Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Google

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

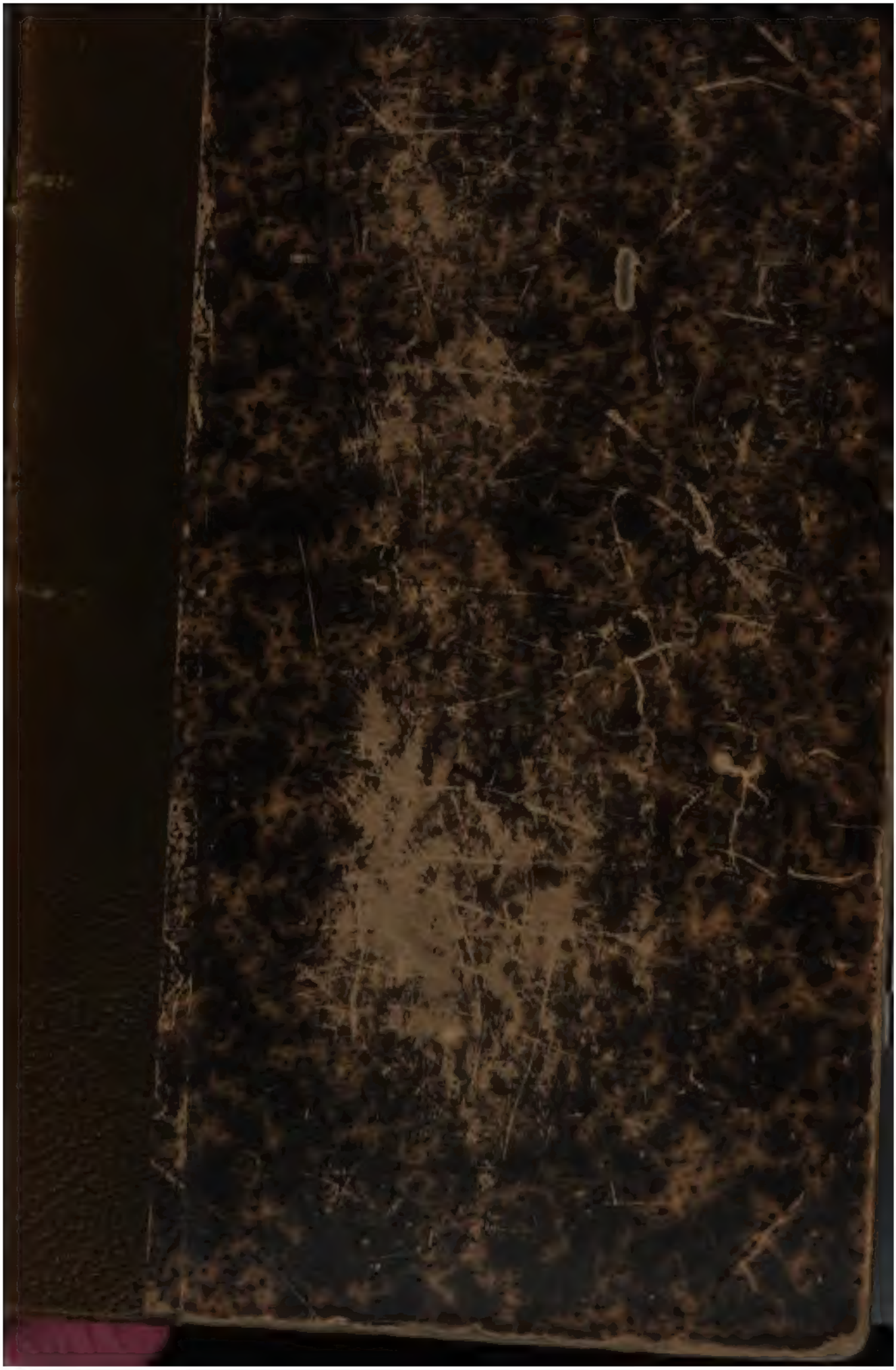
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

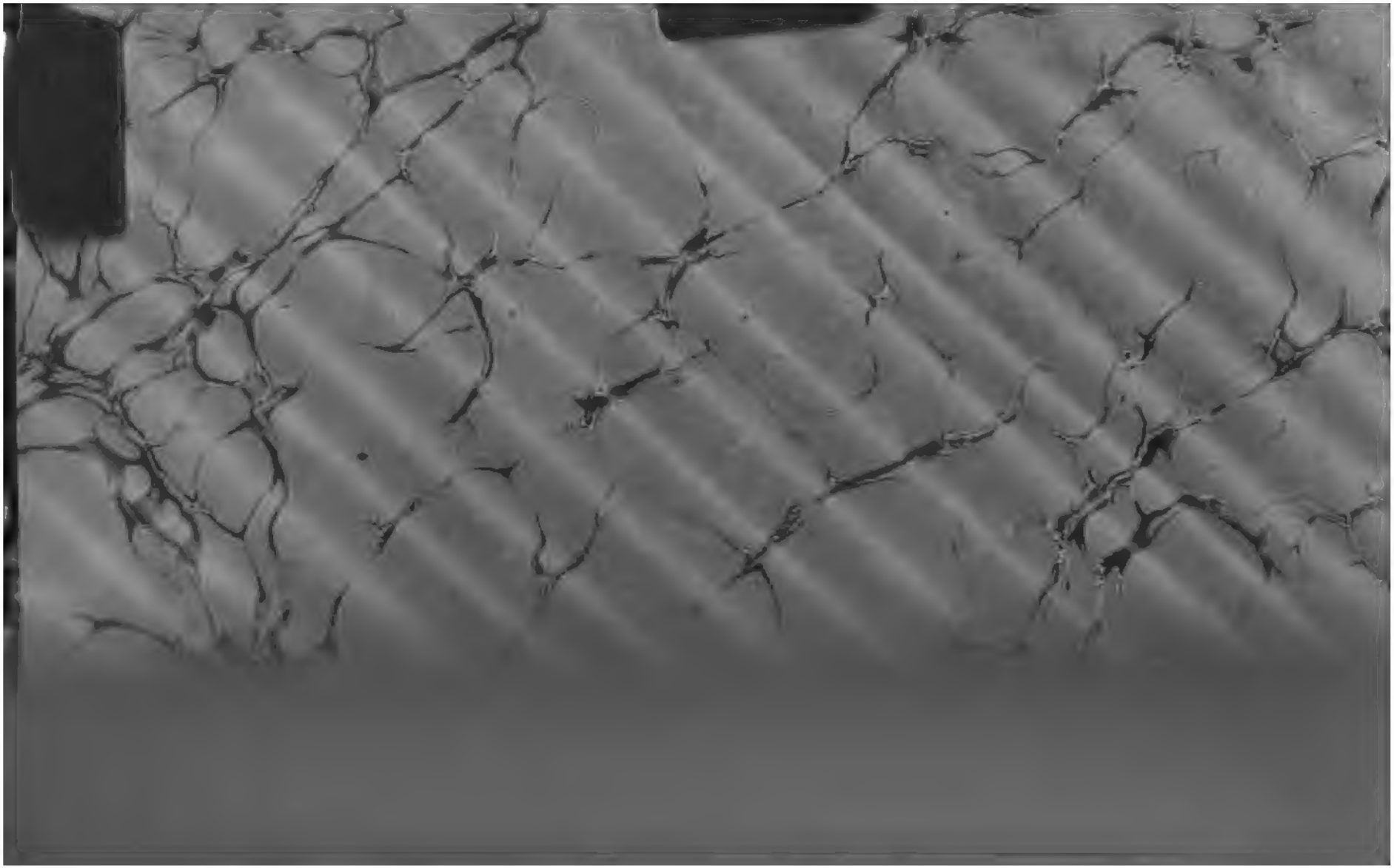
Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com





Comedias de Tirso de Molina

Tomo I

Impreso en la Tipografía
de Archivos y Bibliotecas
para los editores
Sres. Bailly/Bailliere é hijos.
1906

Nueva Biblioteca de Autores Españoles

bajo la dirección del

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

4

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I.

Colección ordenada é ilustrada

por

D. Emilio Cotarelo y Mori

de la Real Academia Española.

Madrid

Bailly/Bailliére é Hijos, Editores

Plaza de Santa Ana, núm. 10.

1906

LELAND STANFORD JUNIOR
UNIVERSITY

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

87843

DISCURSO PRELIMINAR

I

SOBRE ESTA COLECCION

Don Juan Eugenio Hartzenbusch publicó en la *Biblioteca de Autores españoles* un tomo de *Comedias escogidas de Tirso de Molina*, comprensivo de treinta y seis obras dramáticas de este poeta. Eligió las que mejor le parecieron; y como era hombre de claro talento y acendrado buen gusto, acertó casi siempre: pero, con ser el tomo de Tirso el que más piezas de teatro contiene en toda la *Biblioteca*, viése obligado el colector á dejar fuera otras muchas, sin más razón que la de que no podían tener en él cabida. A subsanar esta falta y llenar este hueco vienen hoy los dos tomos que á Tirso destina esta *Nueva Biblioteca de Autores españoles*. Comedias hay en nuestra colección que no desmerecen al lado de las mejores y más famosas de las ya conocidas. Pero, tratándose de un autor como Tirso de Molina, ninguna producción suya debe quedar en el olvido. Aun la pieza de plan más desordenado, de menos interés dramático, suele encerrar, ya una sorprendente pintura de carácter, ya gallardas descripciones, bien animadas escenas villanescas, diálogos inimitables y siempre un estilo rápido y nervioso, lenguaje castizo y elegante, torrentes de poesía y versificación armoniosa, vibrante, fácil y variada hasta lo indecible.

A la luz de estas indicaciones es como deben de ser leídas y saboreadas las comedias de Tirso de Molina y, en general, las de nuestros dramáticos de la grande época. No importa que muchas de sus obras no resistan hoy la representación en el teatro: el gusto público ha cambiado por completo en la manera de entender y apreciar este espectáculo. Aquellos discreteos de damas y galanes; aquellas largas relaciones de los sucesos de actualidad, aquel sacar de espada por el menor motivo, aquellos lances maravillosos; aquella mezcla de temas de la mayor profanidad con otros del más crudo ascetismo, eran el mejor alimento dramático para el pueblo español del siglo de los Felipes; y como eso le fuese ofrecido, importaba poco que la acción tuviese un desarrollo lógico; que el carácter de los personajes pecase de inconsecuencia, y

menos aun que el argumento del drama sirviese para demostrar esta ó la otra tesis moral, social ó política.

Respondía el drama así concebido á lo que, en gran parte, presenciaban sus ojos, y el convencionalismo teatral llegaba á tal extremo que admitían sin empacho que en un mismo acto, y sin previo aviso ni apariencia exterior, se cambiase dos ó tres veces el lugar de la escena, y no así como quiera, sino saltando de Madrid á Nápoles y de allí al Egipto ó Palestina. Un lacayo que representaba un ciudadano coetáneo del siglo XVII satirizaba con grandísimo donaire las costumbres de la corte de Felipe IV, un personaje hebreo de la corte del Rey David hablaba de bajar al Prado á solazarse en las tardes de otoño, otro, egipcio y habitante de Alejandría, ponderaba despacio los talentos del regocijado entremesista Luis Quiñones de Benavente, y enumeraba los entremeses y jácaras que últimamente había compuesto.

Buscaban el pueblo y los autores un arte menos refinado, pero más esencial; y, menospreciando la conveniencia de los medios con el fin, ponían todo su esmero en la expresión de los afectos, en el choque violento y aislado de los hechos y de las personas, en la enérgica pintura de los caracteres, hermoseándolo todo con los primores de lenguaje, versificación y estilo. Y en verdad que lograron superabundantemente lo que se proponían; y aún más, una verosimilitud interna, tanto mayor cuanto más grande é interesante es el suceso que describen. Véase, por ejemplo, si el último acto de *La Venganza de Tamar*, obra de Tirso de Molina, es ó no un trasunto helado aun que terrible, de la infeliz corte del santo Rey de los *Salmos* en la época de su vejez, no obstante los discreteos del diálogo, los anacronismos y otras incongruencias.

Así es como hay que tomar nuestro teatro antiguo. No debemos disputar con Aníbal sobre el arte de la guerra, sino procurar entender y explicar sus portentosas hazañas. Y es la prueba mayor de incultura y grosería de entendimiento pedirle á un autor del siglo XVII que dramatice como un poeta moderno.

Entre las comedias que siguen hay algunas que son las más desviadas de nuestro Tirso, pero que, á la vez, son de las mejor escritas y versificadas, y no era razón que, solo porque no responden á la pauta moderna de esta clase de obras, quedasen siempre relegadas al olvido. Además en el plan de esta *Nueva Biblioteca* entraba el publicar todo el teatro de aquel autor célebre, y esto baste para contestar á los reparos que algunos escrupulosos pudieran hacer.

Aunque se ha dicho que ninguna de las obras impresas en el tomo dedicado á Tirso en la *Biblioteca de Rivadeneyra* tendría cabida en la nuestra, hemos debido hacer una excepción en pro del famoso drama *El Burlador de Sevilla*, tanto por ser la comedia peormente editada por Hartzenbusch, como por la extraordinaria importancia de ella. Reprodúcese, pues, ahora por vez primera el texto de 1630, cotejado con los de 1640 y 1664, también desconocidos á Hartzenbusch. Y á manera de complemento se añaden una esmerada edición de la rarísima comedia anónima del *Burlador* publicada con el título de *Tan largo me lo fiais*, según el único ejemplar conocido, hoy de mi propiedad, de esta comedia, no del todo bien reimpresa en 1878 por los difuntos

Marqués de la Ensenada del Valle y D. José Sancho Rayón, y la inédita de D. Alonso de Córdoba y Maldonado *La Venganza en el sepulcro*, pieza casi desconocida de los que modernamente han escrito sobre el *Don Juan*, tema que parece despertar en estos días un interés mayor que nunca.

Quiza con estas ilustraciones cesara la tendencia de algunos escritores extranjeros que, poco conocedores de los secretos de nuestro idioma, pretenden despojar a Tirso de la propiedad de esta obra, sin mas razon que la de creer haber sido parafraseada por el mismo, cuando acaso haya sido al contrario, y resplandezcan en sus pocos defectos condiciones de autor dramático de poeta y de habilísimo original é ingenioso, sobre todo en los dos últimos actos de ella.

Reimprimimos tambien, aunque ya lo hicimos ó darán en la *Biblioteca de Autores*, una entre las obras de Calderon y otra con las demas de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, los dramas de Tirso, titulados *La Venganza de Tamar* y *Siempre ayuda la verdad*, para que el lector tenga en solos tres tomos todo el teatro profano del Maestro Fecundo.

De los cinco autos sacramentales que se conocen como inéditos de Tirso, dos, los titulados *El Colmenero divino* y *No le arriendo la ganancia*, publicó D. Eduardo Gonzalez Pedroso en el tomo de *Autos* de la repetida *Biblioteca de Autores* (volumen LVIII). A publicarlos debíamos, pues, reproducir los otros tres, todos ellos inéditos.

Con la autoridad de D. Bartolomé José Gallardo, tan profundo conocedor del genio literario de nuestro Tirso como revelan las importantes papeletas bibliográficas inéditas que, al fin, hemos tenido la fortuna de ver, gracias á la generosidad del grande y universal maestro D. Marcelino Menendez y Pelayo (1), publicamos tambien la comedia inédita *Bellaco sois, Gomez*, que, efectivamente, parece haber salido de la pluma del gran Mercenario.

Las demas comedias, aun algunas que nos parecen harto dudosas, hemos incluido en nuestra coleccion, porque son las que va de antiguo vienen considerandose como de Tirso, por críticos tan respetables como Duran, Hartzenbusch y Mesonero Romanos.

Digamos ahora algunas palabras acerca de como hemos procedido en la reproduccion de los textos. A la inarmónica y absurda ortografía de los impresos del siglo XVII, hemos sustituido la hoy corriente en todo lo que no puede alterar al sonido de las palabras. Siguiendo ejemplos de eruditos ilustres, hemos dividido los actos en escenas, que facilitan la lectura y las citas ó referencias de estas comedias, pero no nos hemos

(1) Este y otros importantes documentos de que hemos hecho uso en el presente tomo, los hemos copiado nosotros mismos en la Biblioteca Nacional, donde se conservan en el precioso manuscrito de Gallardo titulado *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, que el actual Director de la Biblioteca Nacional, Sr. Marqués de Pidal, tuvo la generosidad de prestarnos para copiarlo en nuestra casa, por deferencia que, al Sr. Marqués de Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón, cuya amistad nos honramos en contar entre las mas gratas de nuestra vida, debemos tambien el haber podido consultar la preciosa coleccion de papeletas bibliográficas de Gallardo, que pronto pensará dar á luz el actual Director de la Biblioteca Nacional, Sr. Marqués de Pidal, en un tomo del referido *Ensayo*, que esperamos ver impreso, porque es lástima que obras tan importantes como las de Gallardo permanezcan inéditas. Debemos tambien á la amistad del Sr. Menendez y Pelayo, por deferencia suya, la copia de varias papeletas bibliográficas de Gallardo, que pronto publicará el mismo Sr. Menendez y Pelayo en su *Biblioteca de traductores españoles*, en la cual, segun tenemos entendido, ocupará Gallardo un lugar preferente. Ya señalará el mismo, en la debida ocasion, las papeletas bibliográficas tan útiles, apreciadas y dignamente recompensadas aun despues de muerto.

atrevido á cambiar las acotaciones (como hizo Hartzenbusch) ni añadir palabra alguna, excepto la de «Dichos», para indicar que en la nueva escena siguen los de la anterior y alguna repeticion de la frase, siempre breve, empleada por el autor al mismo propósito, cuando creímos que la claridad lo exigía. Tampoco hemos puesto el lugar de cada escena, aunque podía facilitar la inteligencia del drama, á fin de que, en todo lo posible, sea el texto el mismo que pudo salir de manos de Téllez, ó, al menos, el más antiguo.

Cuando hemos podido disponer de más de uno se han señalado las variantes en los casos dudosos, hemos intercalado algún monosílabo, que se echaba de menos, para completar el verso, pero indicándolo siempre, ya por medio de corchetes ó en nota al pie de la plana. Hemos corregido sin advertirlo las erratas de menos valor y mayor evidencia, como cuando á la palabra faltaba una letra ó estaba mal colocada dentro de ella. Si la errata era de todo un vocablo, generalmente lo hemos advertido en nota.

Ponderar la dificultad y enojo que causa reproducir obras de este género, cuando se empieza por carecer de buenos copistas y los originales son poco accesibles, ya por únicos ó por hallarse en establecimientos públicos sólo abiertos unas cuantas horas, y no las más cómodas, en no todos los días, es empresa á que renuncio por no hallar términos para ello. Comedia va aquí cuyo cotejo me ha llevado cerca de una semana, y no digamos cuando se trata de estudiar las variantes de algún manuscrito. Y así y todo han quedado bastantes erratas y otros descuidos, que salvaremos al final con las nuevas variantes y correcciones que proponemos al texto y no hemos colocado al pie de él por no llenarlo de notas innecesarias.

II

VIDA Y OBRAS DE TIRSO DE MOLINA

I

Nacimiento y primeros años.—Los primitivos biografos de Tirso (1571-1600)

Lenta y trabajosamente ha ido formándose la biografía, bien incompleta aun, del Maestro Tirso de Molina, ó sea, el Padre Fray Gabriel Téllez, Mercenario calzado, que publicó sus obras con aquel seudónimo. Esta identidad de persona consta de multitud de datos de absoluta certeza que no hay para qué presentar reunidos; pero que aparecerán de los documentos que en adelante hemos de producir ya íntegros ó ya en extracto.

A las breves palabras que á Tirso consagró su amigo y paisano el Doctor Juan Pérez de Montalban, en el entretenido libro que intituló *Para todos*, impreso por primera vez en 1632 (1), á las no mucho más explícitas del insigne bibliógrafo D. Nicolás Antonio, quien registró en su *Bibliotheca hisp. nova* (2) el nombre de nuestro célebre Mercenario con el debido elogio, y á las no siempre seguras, aunque nunca desprecia-

(1) «El Padre Maestro Fray Gabriel Téllez, Presentado y Comendador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, predicador, teólogo, poeta y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre supuesto de El Maestro Tirso de Molina muchas comedias excelentísimas y los *Cigarrales de Toledo*, y tiene para dar á la estampa unas *Novelas exemplares*, que con decir que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas.»

Dr. Juan P. de Montalban, *Indice de los ingenios de Madrid*, al fin de su *Para todos*. Madrid, 1632, y otras muchas veces impreso.

(2) «F. Gabriel Téllez.—Matritensis, ordinis Sanctae Mariae de Mercede Redemptionis Captivorum, sacrae theologiae magister, genio et ingenio obsequens, quod ad musarum artes ferebatur, plures Comoedias in theatris exhibendas, simul et alia aeque festiva et ingeniosa in vulgus edidit, prudenter his omnibus modesteque proprium nomen subducens, atque fictitium Tirso de Molina inscribens, poeta est facilis et ingeniosus. Ab eo prodierunt:

Comedias de Tirso de Molina. Earum lemmata *Palabras y plumas*. (Siguen los otros once títulos de la 1.ª *Parte*.) Matriti in 4.

Segunda parte de las Comedias. Ibidem in 4.

Tercera parte de las Comedias recogidas por D. Francisco Lucas de Avila. Dertusae, 1634, in 4.

Soluta etiam oratione edidit:

Los Cigarrales de Toledo. Matriti in 4.

Deleytar aprovechando, juxta Horatii illud *utile dulci*. Matriti, apud Regium typographum, 1635 in 4. Huic tamen operi proprium nomen affixit:

Cessit vivis circa annum MDCL.»

Nic. Ant., *Nov.* I, 510.

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I

Impreso en la Tipografía
de Archivos y Bibliotecas
para los editores
Sres. Bailly/Bailliere é hijos.
1906

Nueva Biblioteca de Autores Españoles

bajo la dirección del

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I.

Colección ordenada é ilustrada

por

D. Emilio Cotarelo y Mori

de la Real Academia Española.

Madrid

Bailly/Bailliére é Hijos, Editores

Plaza de Santa Ana, núm. 10.

1906

Digitized by Google

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

Trece años van transcurridos desde que, en 1893, tuve la honra de dedicar á V. mi *Tirso de Molina: Investigaciones bio-bibliográficas.* Hacía votos en este libro porque se publicasen todas las obras de este peregrino ingenio. Cábeme hoy la satisfacción de ser editor, si no de un Tirso *completo*, al menos de las obras dramáticas suyas que no han podido figurar en la gran colección de *Autores españoles;* y con el resultado de mi trabajo me presento de nuevo ante V., principalmente para atestiguarle mi no entibiada amistad y mi admiración, siempre creciente, hacia sus talentos y virtudes.

E. COTARELO.

87843

El convento de la Merced de Guadalajara, bajo el nombre de San Antolín, fué fundado en 1300 por la Infanta D.ª Isabel, señora de Guadalajara, Ayllón é Hita, hija de Sancho IV. Esta dama, «para facer bien é merced á los frayres de Santa Olalla, de Barcelona, é para que sean tenudos de rogar á Dios por mí (dice en la escritura de donación), tengo por bien de les dar una casa que yo he en el arrabal de Guadalfaiara, la cual dicen Santo Antolín, para en que fagan una iglesia de Monesterio» (1).

No mucho después, en tiempo de D. Alfonso XI, el famoso caballero Fernán Rodríguez Pecha, italiano de origen, Camarero mayor del Príncipe D. Pedro (luego don Pedro *el Cruel*) y su mujer Elvira Martínez, Camarera mayor de la Reina D.ª María, fundaron cuatro capellanías, bien dotadas, en este convento, y eligieron en él lugar para su enterramiento. La escritura de fundación, confirmada por Alfonso XI, lleva la fecha de 19 de Junio de 1337. Todavía la patrona Elvira Martínez, después de viuda, enriqueció el convento con donativos de cuantía en huertas, viñas y tierras.

En 1492 la Reina Católica D.ª Isabel, por favorecer á la comunidad de San Antolín, «extramuros de la cibdad de Guadalaxara, de la Orden de Santa María de la Merced», les cedió «la Sinagoga que se llama de los Toledanos, que los judíos de la dicha cibdad dexaron al tiempo que salieron de estos nuestros Reynos, donde pudiésedes (les dice) facer casa de enfermería para que los dichos religiosos se curasen»; pues alegaban ellos no tener lugar para los enfermos (2).

Con estas y otras donaciones el convento de Guadalajara fué enriqueciéndose y cobrando importancia, á tal punto que en 1576 se establecieron en él estudios de Artes, explicados primero por Fr. Luis de Heredia, después Vicario Apostólico. En 1587 se reunió en Zaragoza un capítulo de la Orden de la Merced. Acordóse en él dividir la provincia monacal de España en otras dos, separadas por el río Guadiana, y designarlas con los nombres de Castilla y Andalucía. Hízose cabeza ó capital de la primera al convento de Guadalajara, y por esta razón se reunieron con frecuencia en el siglo XVII capítulos provinciales de la Orden en dicha ciudad, y acaso por tal causa lo eligió Tirso para formular en él sus votos monásticos.

En la exclaustración fué vendido y derribado este célebre convento, del que ni las ruinas se conservan hoy, siendo su solar convertido en vulgares eras de labranza. Los papeles de su archivo fueron quemados por los franceses en 1808, si no es excusa de los encargados de hacer la incautación en 1836, que en otros casos acudieron á este cómodo expediente para disculpar su incultura (3).

(1) SERRANO Y SANZ: *Nuevos datos biográficos de Tirso de Molina*. En la *Revista de España*, de 30 de Noviembre de 1894, págs. 141 y siguientes.

(2) SERRANO Y SANZ: *Ob. cit.*, pág. 152.

(3) Don Bartolomé José Gallardo, que en los últimos años de su vida había llegado á sospechar, no sabemos cómo, la profesión de Tirso en Guadalajara, hizo algunas diligencias para comprobar el hecho; y entre sus papeles se halla la mitad de una carta dirigida á un amigo suyo desde Guadalajara, en 19 de Agosto de 1839 y en ella este párrafo:

«Con respecto a la parte de profesión de Fray Gabriel Téllez y cuanto tiene relación con su persona nada se puede averiguar en esta ciudad, porque en Amortización no existen los libros de gastos del Convento y unos tibros de pertenencia *que se pudieron salvar de los franceses los cuales quemaron en el archivo*, según resulta de una información que existe en sus oficinas. No con-

Y volviendo á la profesión de Fr. Gabriel Téllez, no dejaría de ser importante conocer los motivos que le obligaron á retrasarla hasta los veintinueve años. ¿Hubo tal vez algún temporal arrepentimiento después de terminados los estudios necesarios para su entrada en la Orden religiosa? No sería imposible. Lo más común era que el ingreso en religion fuese hecho en la primera juventud, antes de los veinte años, y despues comenzaban los estudios más profundos é importantes, especialmente de Teología. Así, al menos, sucede con infinidad de casos que hemos procurado estudiar. Puede decirse que casi desde la infancia seguian la *carrera de fraile*.

Con Tirso sucede lo contrario. Esperó á tener algún conocimiento práctico del mundo antes de sujetarse á una vida que quizá no siempre halló muy holgada.

De todas suertes la vacilacion, si la hubo, no debió de durar más de siete ú ocho años, en cuyo período de tiempo, no sólo no sabemos nada de su vida, sino que ni aun inducir ni columbrar siquiera, con algun fundamento, cuál haya sido (1).

No cultivó la amena literatura en estado de seglar. Tirso no gozó la precocidad de Lope de Vega ni Calderón de la Barca. Por sus propias palabras sabemos que empezó tarde á componer para el teatro; y, entre las obras dramáticas cuya fecha ha podido conocerse, no hay ninguna anterior á 1605. Comprueban estas ideas el silencio que acerca de su persona guardan los diversos escritores que al expirar el siglo XVI y en los albores del siguiente nos transmitieron los nombres de los primeros dramáticos compañeros de Lope.

Ni éste mismo, en su *Jardín*, compuesto en los primeros años del siglo XVII, aunque publicado, con la *Filomena*, en 1621; ni el canónigo D. Antonio Navarro en su *Discurso en favor de las comedias*, ni Agustín de Rojas, de ejercicio cómico, que escribía

tento con esto, me he visto con Fray Rufo, el Mercenario, que guardaba algunos apuntes curiosos referentes al Convento, y tampoco ha podido satisfacerme. Sin embargo me ha dicho que aun suponiendo que estubiese el archivo del Convento no se averiguaría nada, porque ninguno profesaba fuera del Noviciado que estaba en Madrid, en cuyo convento estarán las noticias que se piden. En Alcalá tambien se encontrará alguna cosa, pues para recibir á cualquiera colegial era necesario practicar justificaciones de limpieza de sangre y otras que descubrirán noticias referentes á la persona de aquel. Siento no poder complacerte para que tú cumplieses con *el Caballero* que me citas.» (Papeles inéditos de Gallardo.)

El precepto de hacer la profesión en Madrid sería posterior al siglo XVII, porque, como hemos visto, Tirso positivamente la hizo en Guadalajara.

(1) Suponiendo lo mucho mayor, imaginaron algunos biógrafos que Tirso había sido soldado, casado y hombre de vida aventurera. Sólo como curiosidad literaria y por ser el único caso en que vemos á nuestro fraile convertido en personaje de comedia, citaremos el dramita de D. Francisco Flores García, *El nacimiento de Tirso. Cuadro dramático en un acto y en verso, original. Representado por primera vez en el Teatro Martín el 10 de Octubre de 1879. Madrid, Arregui, editor, 1879*, 4.°, 33 págs. Intervienen en la obra, además del protagonista, Lope de Vega, Leonor, el Conde de Alvarado y Ordoñez. Gabriel Tellez es un galán enamorado de Leonor, dama casquivana que ama también al Conde, lo cual provoca un duelo entre ambos que en vano trata de evitar Lope, ya sacerdote. Téllez mata á su rival en el mismo jardín de su casa, en un desafío sin testigos, y á renglón seguido le manifiesta su amada que le aborrece. Presentase Lope y le aconseja que deje el mundo y cultive su grande ingenio poético, á la vez, y en tan oportuno momento, que impide que el desesperado mozo se traspase el pecho con un puñal. Entonces, como el mismo dice,

Ya que la piedad divina
me muestra el camino abierto,
hoy Gabriel Tellez ha muerto
Nace Tirso de Molina.

De modo que en realidad no viene á ser el nacimiento de Tirso, sino el de su seudónimo.

en 1601 su celebre *Viaje entretenido* publicado en 1603, y que en la *Loa de la Comedia* enumera casi todos los autores de su tiempo, recuerdan á nuestro fraile, indicio evidente de que aún no habia dado al teatro ninguna obra.

Mucho mas extraño es que Cervantes le haya omitido en el prólogo de sus comedias, impresas en 1615, al señalar entre los que *habian ayudado al gran Lope a llevar la maquina* de su teatro, al Doctor Remon, Miguel Sánchez, Mira de Amescua, el canonigo Tarrega, Guillén de Castro, Gaspar de Aguilar, Luis Vélez de Guevara y Fernando de Galarza, cuando ya Tirso había producido y hecho representar un gran número de piezas dramáticas.

Esta omision del príncipe de nuestros novelistas se advierte igualmente, con no menor sorpresa, en otra obra suya publicada el año antes: el *Viaje del Parnaso*, destinado á elogiar y censurar á todos los poetas de su tiempo. Dio cabida en él á 125 poetas, muchos hoy casi del todo desconocidos, y en ninguna parte del libro suena el nombre de Lic. Gabriel Tellez, ni siquiera el seudónimo de Tirso de Molina.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, en el artículo Tellez, de su famoso é insigne *Catalogo del teatro antiguo español*, parece inclinarse á que el Mercenario está implícitamente citado entre aquellos seis autores que, segun Cervantes, *estando en divinos puestos, y en sacra religion constituidos*, tenian, á pesar de ser amigos de las Musas, por molestas las alabanzas. Nombro á cinco, como fueron: el Dr. Francisco Sánchez de Villanueva, el Maestro Orense, Fr. Juan Bautista Capataz, el Dr. Andrés del Pozo y Fr. Alonso Remón. En cuanto al sexto no dice más que lo que sigue:

> [illegible] sagrados versos ceñidas
> con [illegible] de Dafne en verde coso
> [illegible] tiene en Arcadia escogidas
> [illegible] otros
> en [illegible] en cada [illegible] famoso,
> siempre el primero corre á más [illegible]
> [illegible]
> con [illegible] á [illegible]
> por [illegible] compuesto (1)

Este elogio que, como tantos otros del autor del *Quijote*, parece algo equívoco, puede referirse á cualquiera lo mismo que á Tirso. Desde luego hay que rechazar la supuesta alusion del verso

> Para su ilustre, sitio vitorioso

que fué lo que indujo á Barrera á equivocarse.

La palabra teatro no significaba entonces, como hoy, el conjunto de las obras dramáticas de un autor, sino, además de los otros sentidos propios (edificio, espectáculo, institución, etc.), se aplicaba al tablado, cadalso ó palenque levantado para actos solemnes y, por extension, al local (paraninfo) y al aparato donde y con que se celebraban las más importantes ceremonias universitarias: tomas de grados, oposiciones, gallos, conclusiones, disputas y otros semejantes. Quiere, pues, decir Cervantes que en

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso*. Madrid, 1784, cap. IV.

las aulas de Alcalá de Henares, tal vez en las de su Universidad, había brillado como orador, controversista o escritor donairoso á estilo de colegial, el poeta cuyo nombre calla, quizá por el carácter irónico del último terceto, cuyo sentido exacto no penetramos.

La causa de preterición tan singular, que pudiera ser indicio de enemistad si no supiéramos que Tirso nombró varias veces y siempre con elogio ó sin rencor á Cervantes, puede adivinarla otro más perspicaz (1); nosotros la ignoramos.

Y, sin embargo, ya en 1610 vemos citado á Tirso como autor dramático por uno del oficio. Publicó tres años después, en Sevilla, el famoso *autor de compañías*, ó sea el director ó jefe de ellas y también escritor de comedias, un librito en verso titulado *Letanía moral*, pero que suena aprobado en 23 de Mayo del referido año de 1610, y en una lista de *ingenios* que va al final, nombra, entre otros muchos, al «*Padre fray Gabriel Téllez, mercenario, poeta cómico*».

Es muy probable que Tirso habitase por entonces el convento de Madrid (2); residencia que pronto hubo de cambiarse por la de Toledo, lugar siempre de su predilección, donde sabemos que se hallaba á fines de Mayo de 1613, como resulta de la protesta de fe que puso al fin de la primera parte de su comedia de *Santa Juana*. Allí

(1) Quizás este silencio pudo mover á la distinguida escritora D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez á suponer á Tirso como autor de *Guzmán*, publicado bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda. En su trabajo *Vigencia moderna*, de Madrid (1918), pág. 170, como en otros, fundó una vez más su buen ingenio y mucha cultura para convencernos. Vea convertido á nadie sobre la inesperada novedad que propone, pero celebro su gracia y donaire.

Lo más extraño relativo á Tirso en Montalbán es lo que dice de sus relaciones con Cervantes, contando á Téllez con el Dr. Ramón o Remón, á quien atribuye la paternidad de muchas comedias que, en el *Prólogo* de sus *Novelas ejemplares*, después de grande elogio de Lope, le dedicó Cervantes, que hay no quiso tan querido contar á la parte de sus trabajos, sabios quizás no tanto y no tanto que [illegible]. Pero no por esto, pues no lo concede Dios todo á todos, debe de tenerse en precio los trabajos del Doctor Ramón, *que fueron los mejores* después de los del gran Lope».

Tan lejos estuvo Cervantes, cuando en unos versos dirigidos á Guillén de Castro y Luis Vélez, sino que de Dr. Remón no se hace mención alguna en ellos, ni nadie le concede gran importancia en esta parte ni como buen autor dramático.

Cervantes sabía que Fr. Alonso Remón era fraile mercenario, como lo prueba su incoloro elogio contenido en el *Viaje del Parnaso*, quizás supuso también que el que en 1615 tenía escritas y representadas las comedias á centenares era un mercenario que se disfrazaba con el seudónimo de Tirso de Molina y tal vez creyó que este falso nombre [illegible], ó deseó primero. Luego [illegible] y natural explicación y naturalmente

(2) Parece que en 1608 se hallaba ya en el convento de Toledo para según los términos en que se expresa [illegible] en hecho año, y en su *Historia de la Merced*, al muerte de un compañero «*Muerto en Guadalajara* [illegible] muchas veces vendrá de P. Maestro Fr. Diego Cárdenas, varón de [illegible] en todo estudioso, letrado y más capaces de lo que pensaban los [illegible] Tirso [illegible] mucho y siempre para [illegible] de [illegible] Y [illegible] en su celda retratado con que al natural del gran Pastor Caravalense y [illegible] me admira que no era de este santo sino una viva copia de nuestro Maestro Cárdenas. Fue tan extremado en no admitir mancha en el hábito como se [illegible] de primero puesto, dice San Bernardo que [illegible] que en lo que se viste consiente algún género de inmundicia también se descubrirá en las demás. Nuestro Mro. Cárdenas ya que no lo dijese con la lengua, nos *lo decía nuestra* con las otras, porque cuidaba en cara cualquiera especie de desaliño. A esta causa *nuestro menasterio le trataba tan*, de quien fue hijo, estuvo de suerte limpio y asseado [illegible] de su gobierno, y fue no contar [illegible]. Tomo II, fols. 205 y 206.)

mismo compuso las otras dos partes de esta obra, cuya tercera lleva una licencia para su representación fechada en Madrid el 15 de Diciembre (1).

III

Viaje de Tirso *á la isla de Santo Domingo.- -Regreso.—Permanencia en Sevilla. Amistad con el Dr. Salinas* (1615-1617).

Propios impulsos, ó más bien órdenes superiores, le llevaron en 1615 á América Si hubiéramos de creer al P. Fr. Pedro de San Cecilio, este viaje no se habría efectuado sino en 1625, pues así lo indica este cronista al decir: «Conocí al Padre Presentado Téllez en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador, el año 1625.»

Que esta fecha está equivocada (y es equivocación trascendental, pues afecta á la época de la aparición del *Burlador de Sevilla*), lo hemos demostrado en otra parte (2), probando que se hallaba aún en Madrid el 24 de Septiembre de 1624. Pero ahora podemos establecer con certeza este hecho tan importante en vida del Mercenario.

Los pormenores, aunque poco explícitos, de este viaje, están referidos por el mismo Téllez en su algún tiempo obscurecida *Historia general de la Merced*, que manuscrita y autógrafa, en dos tomos en folio, se conserva en la biblioteca de la Academia de la Historia.

Copiaré el pasaje que, á la vez, sirve para conocer cómo escribía el autor la prosa histórica.

«La Real Audiencia (que reside en la isla que llaman la Española y ciudad de Santo Domingo), escribió al Supremo Consejo de las Indias proveyese de Religiosos nuestros, ejemplares y doctos para reformar los Monasterios que en aquella Provincia necesitaban de letras y observancia. Lo cierto es que la pobreza summa de aquellas partes descaminaba á los nuestros para que sin licencia de sus Prelados se pasasen los que eran importantes á otras más acomodadas y que quedando solos los inútiles padecia la [Religión] algún descrédito. Los extremos siempre desbaratan las leyes y virtudes; el de la mucha abundancia descamina á no pocos del Perú (como ya insinuamos) y el de la falta de lo preciso para la vida desbarató agora en esta isla lo politico y lo religioso no solo de los nuestros pero aun los de las otras Ordenes. Por eso solicitaba á Dios el Sabio para si la mediania que tiene el lugar mas seguro entre la penuria y la abundancia.

»Era tan poca la suficiencia de los que vivian en el Monasterio nuestro cabeza de la Provincia y frecuentado de la ciudad Metrópoli que no podia hárseles si no era á cual ó cual el ministerio de la Penitencia y la devocion con que se veneraba nuestra Iglesia no solo en la ciudad y

(1) Autógrafos de la *Santa Juana* existentes en la Biblioteca Nacional. Fernández Guerra: *Don Juan Ruiz de Alarcon* Madrid, 1870, 4.°, página 186. Este autor asegura que en dicho día 15 de Diciembre de 1613 se representó en Toledo la *Segunda parte;* pero es aserción que no fundamenta.

(2) *Tirso de Molina Investigaciones bio-bibliográficas*, pág. 55.

esta pertenecen todas las [illegible] y aquella milagrosa imagen de Nuestra Redentora, [illegible] que no las hayan recibido de su mano, [illegible] de la Catedral y Ayuntamiento [illegible]

»Dióse este aviso de parte de [illegible] supremos [illegible] puso los ojos en el padre [illegible] Presentado Fray [illegible] Gómez que actualmente [illegible] nuestro, [illegible] de Vizcaya [illegible] para estas ocurrencias [illegible] esta parte andaba el General tan acertado como en otras muchas, [illegible] pobladores [illegible] para los mayores, [illegible] de acertar en todo [illegible] sin pasar por [illegible] este [illegible] de pué mal satisfechas á las Provincias de la Nueva España [illegible] encomendar á su gobierno, [illegible] pocos meses [illegible] á quien se le debe la restauración [illegible] Monasterios, [illegible] á costa de la Real Hacienda y fueron recibidos [illegible] de aquella ciudad [illegible] con el aplauso y gozo [illegible] deseos.

»Fueron los que [illegible] padres Fr. Diego de Soria, Fray Hernando de Canales, Fr. Juan López, Fr. Juan Gutiérrez y Fr. Gabriel Téllez *que escribe esta segunda parte*, y es que menos [illegible] porque los cuatro compañeros suyos y el Prelado desde que [illegible] Convento [illegible] de tal suerte [illegible] comenzaron [illegible] milagrosamente se transformó por [illegible] ejemplarísimos varones, en [illegible] un retrato del Paraíso. Asentáronse estudios [illegible] estragado de sus naturales sin necesitar [illegible] lectores extranjeros, [illegible] puesto que perezosos. Y en breve [illegible] de manera, que no [illegible] que se padecieron por algunos de los más [illegible] Especialmente se enarboló en aquella [illegible] la pureza preservada de la Concepción Purísima de nuestra Madre y Reina, [illegible] habitadores de aquel pedazo de mundo descubierto [illegible]»

Gallardo, en una nota bibliográfica de esta obra (que también conoció y estudió), opina que el [illegible] á la Española [illegible] Esto parece inducirse de otros sucesos inmediatos, que el historiador de la Merced refiere á dicho año.

Pero el mismo Tirso declara la verdadera fecha en otra obra suya, titulada *Deleitar aprovechando* (3), donde, al hablar *in extenso* de cierta milagrosa y antigua imagen de Nuestra Señora que había en Santo Domingo en el Convento de la Merced, y se festejaba cada año en el día de su Natividad (8 de Septiembre), añade que se ejecutó «este devoto reconocimiento en el de mil y seiscientos y quince»; y, entre otras

(3) [illegible] *Historia* [illegible] *de la Merced* [illegible] principios de [illegible]

demostraciones de regocijo, «no fue menos célebre la de una justa literaria que autorizó la solemnidad con el crédito de los ingenios de aquel nuevo orbe». TIRSO concurrió á este certamen, y los versos que compuso para él (algunos que obtuvieron premio) copia á continuación en dicha obra. Son dos canciones, tres glosas, dos romances «á lo rústico», donde se observa el mismo estilo que el que emplean los aldeanos de sus comedias, y una canción real en cinco estancias de á quince versos. Esta «llevóse el premio con todos los votos» (1).

Si, pues, en 8 de Septiembre de 1615 se hallaba ya TIRSO en Santo Domingo, no cabe duda que en este año, y no después, habrá hecho el viaje. El tiempo que en ella residió es lo que no nos consta. La importancia de los asuntos que allí le condujeron, que en modo alguno puede suponerse despachase con brevedad, y el no hallar noticias suyas en los dos años siguientes, nos llevan á presumir que en la Española transcurrieron ambos agradablemente para nuestro poeta.

Sin embargo, un pasaje de su *Historia general de la Merced* pudiera hacernos presumir que no dos, sino tres años, permaneció en la isla, si bien las fechas no concuerdan exactamente con otros datos auténticos. De todas suertes, copiaremos el lugar aludido de su *Historia* (folios 461 vuelto y siguientes):

«Destrozó el año 1617, á los principios de él, cuando los vientos nortes son por aquel clima intolerables, la mayor parte de aquella grande y fértil isla y lo mejor de su metrópoli, un terremoto horrible, que dió en tierra con lo más fuerte y vistoso de sus fábricas; durando esta desdicha más de cuarenta días con mortales temblores de la tierra á tres y cuatro veces en cada uno. Viéronse en manos de su perdición todos los isleños y en especial los de la ciudad que es corte suya.»

Sigue largamente describiendo los efectos de esta desgracia, como quien había sido testigo de ella, y recordando los prodigios que la Virgen de la Merced de Santo Domingo obró en tales días, añade:

«Después el siguiente año, diligenciando el P. Presentado Fr. Juan Gómez, Vicario gral. de aquellas islas y *los compañeros que llevó consigo*, todo el cabildo, Justicia y Regidores en forma de ciudad y ayuntamiento, la Chancillería, con su presidente (éralo entonces D. Diego Gómez de Sandoval) y sus oidores representando la Real Audiencia, votaron á nuestra imagen soberana por única patrona y sucedió esta acción debida el día de su Natividad deseada.»

Al regreso obtuvo recompensa de sus trabajos, siendo nombrados Fr. Juan Gómez, Vicario General de la isla y su provincia, y FRAY GABRIEL TÉLLEZ, *Definidor general de la misma*. Con tal carácter se halló en el mes de Junio de 1618 en el Capítulo ó junta de la Orden celebrado en Guadalajara, para la elección de Maestro General, votando en favor del P. Fr. Ambrosio Machín, que fué el XXXVIII General de la Merced (2).

(1) *Deleitar aprovechando*, Madrid, 1635, folios 183 y 187 vto.

(2) TÉLLEZ: *Historia general de la Merced*. Tomo II, fol 281.

Si la repetida noticia del Padre San Cecilio es exacta en cuanto á lo demás, entonces sería cuando Tirso estuviese en Sevilla, si ya no es que pasase también por ella en 1615, al embarcarse para América. En una ó en otra fecha debió de trabar amistad con el famoso sevillano Dr. Juan de Salinas, Capellán del Hospital llamado *de las Bubas*, y poeta satírico y jocoso al modo de nuestro Mercenario. Era mayor que él, como nacido en 24 de Diciembre de 1559, y hombre de excelente contextura, pues alcanzó gran longevidad, muriendo, de más de ochenta años, el 5 de Enero de 1643.

Entre sus versos hay una composición suya, «A cierto papel y Decima que le envió el Padre Tirso de Molina, lucido ingenio de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes», que dice:

Apenas de tu papel
gusté lo dulce del verso,
cuando lo Tirso en lo terso
fui reconociendo en él,
Con la antífona «¡oh Manuel!»
y los «¡oh!» de los tercetos,
sentí en júbilos secretos
dilatado el corazón,
en la alegre espectación
del parto de tus concetos (1).

No fué, por tanto, en 1625, sino en época muy anterior, cuando Tirso pudo idear el asunto de su *Burlador de Sevilla*, si, como se asegura generalmente, existía entonces tradición histórica sobre tan célebre personaje.

IV

Tirso *en Toledo. -Venida á Madrid y larga permanencia en la Corte.* Tirso *y Lope de Vega* (1618-1621).

En Guadalajara no permanecería el P. Téllez más que el tiempo necesario para el Capítulo. En breve le hallamos en su tranquila y alegre residencia de Toledo. Consta por el *Libro de la Hermandad de defensores de la Purísima Concepción*, existente en la Biblioteca Nacional, que Tirso se hallaba en la imperial ciudad por el mes de Septiembre de 1618, pues con tal fecha se inscribió por tal defensor y «le firmó el convento de Santa Catalina de la Orden de Nuestra Señora de la Merced de Toledo», firmando á continuación Fr. Gabriel Téllez (2).

Por estos días debió de componer su comedia *Doña Beatriz de Silva*, en que recuerda el movimiento de simpatía que en España produjo la declaración pontificia de

(1) *Poesías del Dr. Juan de Salinas y Castro. Sevilla* (Bibliófilos andaluces), 1869, 2 vols., 12.° —Véase tomo 1, pág. 284.

(2) Serrano: *Nuevos datos*, pág. 71. Firman también otros Mercenarios del convento de Toledo.

la probabilidad del futuro dogma de la Inmaculada, y prohibición de escribir en contra de él; y como toda clase de institutos y colectividades, cabildos, municipios, escuelas é individuos, se apresuraron á declararse defensores de aquella opinión.

En Toledo se habrán representado entonces algunos de sus autos sacramentales. El titulado *Los hermanos parecidos*, dice en su encabezado: «Representóle Tomás Fernández en la iglesia catedral de Toledo, entre los dos coros.» Y el que rotuló: *No le arriendo la ganancia*, dice: «representólo Pinedo, en Madrid, delante del Rey Felipe III»; pero antes quizá se hubiese dado en aquella ciudad, que también fué cuna de su otra obra, que bautizó con el nombre de *Cigarrales de Toledo*.

Y antes de pasar adelante, deberé deshacer el error en que incurrí en mi anterior estudio de Tirso relativo á haber sido nombrado por los años de 1619 Comendador del convento de Trujillo. Afírmalo así, aunque sin citar el año, el extremeño D. Fernando de Vera y Mendoza, en su *Panegírico por la poesía*, que se empezó á imprimir en Madrid y terminó en Montilla en 1627 (1) diciendo:

«El M. Fr. Ortensio Felix Paravicino, Provincial de la S.ma Trinidad y Predicador del Rey N. S. hace versos de ingenio, elocuencia y profundidad; y de facilidad é ingenio el Presentado Fr. Gabriel Téllez, Comendador de la Merced en la ciudad de Trujillo.» (Fol. 54.) Pero como en la introducción de este libro se dice que quedó *á medio imprimir* «habrá seis años», y por otras deducciones que estableció el erudito Barrera, concluí, de acuerdo con éste, en que Vera escribía este pasaje en 1619, poco más ó menos. Como hemos de ver más adelante, el nombramiento no lo obtuvo Téllez hasta 1626; era, por tanto, reciente, cuando recogio la noticia D. Fernando de Vera (2).

En 1620 residía Tirso en Madrid, según aparece por la dedicatoria que Lope de Vega le hizo de su comedia *Lo fingido verdadero*, impresa en la *Parte* XVI de la colección del *Fénix de los ingenios* y suena aprobada por el Maestro Vicente Espinel, en 24 de Septiembre de aquel año, aunque se imprimió dos después. Es también curiosa esta dedicatoria, porque vemos por ella que Tirso había ya obtenido la dignidad de *Presentado* en su Orden:

«Al Presentado Fr. Gabriel Téllez, religioso de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos.—Algunas historias divinas he visto de Vuestra Paternidad en este género de poesía, por las cuales vine en conocimiento de su fertilísimo ingenio, pues á cualquiera cosa que le aplica le halla dispuesto; y con la afición que de esta correspondencia nace (aunque á los envi-

(1) Por Manuel de Payva, en 8.°

(2) En el mismo error incurrió Gallardo que también conoció este curioso dato y se expresaba así en una de sus papeletas inéditas:

«De consiguiente, ya el año de 1621 se decia de molde que Fr. Gabriel Téllez escribía versos con facilidad é ingenio, que era Presentado y Comendador de la Merced en Trujillo.

«Con estas noticias, pasé yo el año de 1810 á Trujillo recién evacuada la ciudad por las tropas de Napoleón, acabada de dar la batalla de Talavera, en rastro de los escritos del P. Téllez. Acompañé al Licenciado D. José Salustiano de Cáceres, que iba allá de Corregidor, tras Tormo, que no quería largar la vara.—En vano.» ¡Rara constancia de erudito que durante treinta y un años ó mas, persiguio noticias acerca del famoso Mercenario!

diosos parezca imposible simpatía) quede cuidadoso de ofrecerle alguna, y por ventura, en reconocimiento de lo que á todos nos enseña... la doy á la estampa con el nombre de V. Paternidad, y con muchas razones para que sea suya, á pesar de los que envidian sus obras, que tantos bien intencionados califican.»

Tirso correspondió á este elogio con otro estampado en su comedia de *La Villana de Vallecas*, escrita en este año de 1620, diciendo por boca de

D. Pedro ¿Qué hay en Madrid de comedias?
D. Gabriel La corte había alborotado
con *El Asombro*, Pinedo,
de la limpia Concepcion,
y fuera la devoción
del nombre, afirmaros puedo
que en este genero llega
á ser la prima.
D. Pedro ¿Y de quién?
D. Gabriel De Lope, que no están bien
tales musas sin tal *vega* (1)

La amistad entre estos dos grandes ingenios debió de haber comenzado en Toledo, donde Lope pasó algunas temporadas, con distintos motivos, no siempre confesables, aunque no deshonrosos, desde 1604 á 1611.

Tirso reconoció siempre la majestad del genio de Lope, confesándose discípulo suyo modesto y reconocido. Y lo era, en efecto. Quizá ninguno adivinó mejor la importancia de la revolución que en el drama había hecho el Maestro, y de seguro que nadie siguió sus huellas con más decisión, entusiasmo y fe en el acierto, así como ninguno se colocó más cerca del modelo ni en el número ni en la calidad de las obras.

¡Qué alegría, qué satisfacción no se descubre en nuestro fraile al ver que, gracias á Lope, ya el ingenio no tiene trabas molestas é inútiles! En adelante el escritor cómico podrá dar rienda suelta á su agudeza y á su talento, y todo tendrá cabida en aquel inmenso campo de la dramática española. Rugirán las pasiones más violentas al chocar entre sí; el espíritu caballeresco de raza, cuando no pueda manifestarse de hecho, porque una sotana liga los miembros del poeta, revelárase en maravillosas obras del entendimiento; las tranquilas y dulces emociones ante la contemplación de la naturaleza vestiránse con las galas de la poesía más inspirada y meliflua; el amor se desbordará en requiebros y diálogos animados, salpicados de ironía, aticismo, ternura y malicias que suspendan y embelesen al que los escuche; el chiste brotará á torrentes de los labios nunca cerrados de los lacayos y doncellas de servicio; la sátira correrá fina y sabrosa en los mil cuentos, descripciones, dichos agudos é inocentadas de los villanos y pastores y hasta el idioma se enriquecerá, creando palabras y formando giros nuevos que el ansia de originalidad y la fuerza expansiva de imaginaciones fortísimas arrojarán de sí como chispas un incendio.

(1) *La Villana de Vallecas;* acto I, esc. VI.

Con esta libertad bienhechora, y en posesión de los nuevos mundos de la fantasía descubiertos, el ingenio español, pródigo en sus conquistas, dará á la escena miles y miles de dramas que siglos adelante serán el orgullo de sus hijos y el asombro y envidia de los extraños.

Y todo esto era debido al hombre que, con acierto semidivino, había sabido elegir el instrumento, el medio y el tema para su grande obra en fuentes puramente nacionales. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Tirso, cuando reflexiona sobre lo que Lope había hecho, exclame de este modo?

«Y habiendo él puesto la comedia en la perfección y sutileza que ahora tiene basta para hacer escuela de por sí y para los que *nos preciamos de sus discípulos* nos tengamos por dichosos de tal maestro y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare (1).

¿Ni cómo admirarnos de que, por el mismo tiempo, congregue á todo el pueblo de Madrid para oir aquel panegírico del gran poeta que corre por todas las escenas y constituye el asunto mismo de *La fingida Arcadia*?

LUCRECIA. No se pudo decir más;
hasta aquí la pluma llega.
ANGELA. Pluma de Lope de Vega,
la fama se deja atrás
LUCRECIA. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé
qué diera por conocelle!
A España fuera por velle,
si á ver á Salomon fué,
la celebrada etiopisa.
ANGELA. Compara con proporción;
que no es Lope Salomón.
LUCRECIA. Lo que su fama me avisa,
lo que en sus escritos leo,
lo que enriquece su tierra,
lo que su espíritu encierra
y lo que velle deseo,
mi comparación excusa,
y á él le da más alabanza
lo que por su ingenio alcanza
que á esotro su ciencia infusa.
Tan aficionada estoy
á la nación española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del día.
ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo. . . . . .
LUCRECIA. Di patria ilustre también
de Lope, y diráslo todo.
ANGELA. Si á tu gusto me acomodo
no es ese su menor bien.
LUCRECIA. Yo, después acá, que estoy
en el español idioma
ejercitada, si á Roma
á Tulio por padre doy
de la latina elocuencia,
y al Boccaccio en la toscana,
á Lope en la castellana
no le hallo competencia.
Más de un desapasionado
me ha dicho, de tu nación,
que en la prosa á Cicerón
estilo y gracia ha imitado,
y á Ovidio en la suavidad
y lisura de sus versos,
sonoros, limpios y tersos,
confirmando esta verdad
con lo que en sus libros hallo
ANGELA. Si él ese favor oyera
¡qué bien le correspondiera!
¡qué bien supiera estimallo!
LUCRECIA ¿Agradece?
ANGELA Aunque hay alguno
que apasionado lo niega,
es tan fértil esta *vega*
que paga ciento por uno.
Pero ¿qué piensas hacer
con tantos libros aquí?
LUCRECIA. Todos son suyos y así,
ya que no le puedo ver,
mientras gasto bien los ratos
que recreo en su leccion,
si los libros suyos son,
veré á Lope en sus retratos (2).
. . . . . .
ANGELA. Todas estas son comedias.

(1) Esto escribía Tirso por los años de 1620 y estampó en el primero de sus *Cigarrales*, al final.

(2) Siguen enumerando largamente las obras no dramáticas de Lope.

LUCRECIA. *Decimaséptima parte*
ha impreso
ANGELA No hay que espantarte,
que aun esas no son las medias
que tiene escritas
LUCRECIA Pues ¿cuántas
ha compuesto?
ANGELA. Novecientas.
LUCRECIA Si los años no le aumentas.
¿dónde hay vida para tantas?
ANGELA Esta es verdad conocida
en España.
LUCRECIA. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.
ANGELA. A novecientos llegara,
siendo otro Matusalén
LUCRECIA. En él se lograran bien

Con la parvedad que le permitiesen sus deberes asistiría también TIRSO por este tiempo á una sociedad literaria particular, pero que se ornaba con el ambicioso título de *Academia poética de Madrid*. Reuníala en su casa por los años 1617 á 1622 el Doctor Sebastián Francisco de Medrano, clérigo que había residido largo tiempo en Italia, de donde trajo el gusto por esta clase de sociedades; que se declaró presidente de su Academia y era muy frecuentada por los escritores de entonces. Que TIRSO asistió á ella algunas veces lo dice el propio Medrano en los preliminares de un libro de poesía que publicó algo después (1).

V

Publicación de los Cigarrales de Toledo.—Examen de esta obra (1621).

Deseaba TIRSO dar á la imprenta cierto ensayo literario distinto de las comedias; y, aunque no sin algún trabajo, pudo lograrlo en 1621 ó 1622, en que salió á luz la primera parte de sus *Cigarrales de Toledo* (2).

(1) *Favores de las Musas hechos á D. Sebastián Francisco de Medrano Milán, Juan Bautista Malatesta, 1623*. 8.° En el prólogo de esta obra enumera los concurrentes á su Academia, que eran casi todos los principales poetas de Madrid.

(2) Madrid, 1621 No he visto esta primera y rarísima edición ni oí citar ningún ejemplar de ella. El de Salvá (*Catálogo I*, núm. 1441), tampoco lo era (según dice luego), y además carecía de preliminares. La primera mención que hallo de unos *Cigarrales* de 1621 es en el P. Harda, como se ha visto, y será cierto, atendiendo á la fecha del privilegio y aprobaciones de la que sigue:

La segunda edición lleva esta portada: *Cigarrales | de Toledo. | Primera parte. | Compuestos por el Maestro | Tirso de Molina natural de Madrid. | Vtinam. | A Don Suero de Quiñones y Acuña | Caualliero del habito de Santiago, Regidor perpetuo, y Alferez | mayor de la ciudad de Leon, Señor de los Concejos | y Villas de Sena, y Hibias. | En Madrid | Por Luis Sanchez, impresor del Rey Nuestro Señor. | Año de 1624.*—4.° 7 h. prels. y 563 págs.

El *Vtinam* de la portada es la letra de una divisa: está dentro una corona de laurel que sostienen las figuras del *Ingenio* y el *Favor*.

La hoja siguiente á la portada contiene la *Tassa*, á 4 mrs pliego, de 73 que tiene. Fechada en Madrid, 6 Marzo 1624 A la vuelta comienza el privilegio por diez años que se copia íntegro, á nombre de *D. Gabriel Tirso de Molina*, Madrid, 8 Noviembre 1621 —Erratas: Madrid 22 Febrero 1624 El Lic. Murcia de la Llana.—Aprobación: «Por comisión del señor Vicario de Madrid y su tierra vi un libro intitulado *Cigarrales de Toledo*, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, en prosa, y diverso género de versos, en el que no hay cosa contra la fe y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor, dispuestas con elegante y cortesano estilo, y con muestra de la erudición que en todas ciencias tiene el que las trata aquí; y de que se mande salgan á luz para alentar los ingenios á sutiles discursos y gastar algunos ratos de los que ocupa la ociosidad enemiga de toda virtud. En S. Martín de Madrid, á 8 de Octubre de 1621.—Fr. Miguel Sanchez.»

Aprobación: «Por mandado de V. A. he visto este libro, donde no hay cosa contraria á la fe y buenas costumbres. El ingenio y estudio del autor es grande, como se descubre en la materia entretenida destos discursos, donde hallarán los aficionados aparato notable de invención fabu-

Es una obra miscelánea, que contiene novelas, poesías líricas, comedias, cuentos, relaciones de fiestas, poemas cortos y romances descriptivos. Las comedias intercalosa y artificio muy diestro en las comedias selectas que entremete. Puede V. A dar licencia á su impresión. En Madrid á 27 de Octubre de 1621.—Don Juan de Jauregui.»

Décimas «de Lope de Vega Carpio.

Con menos difícil paso
y remotos horizontes
hoy tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso.
La lira de Garcilaso
junto á su cristal luciente
halo de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita
«Fenix en ti resucita
canta y corona tu frente.»
Digno fué de su decoro
el ingenio celestial
que canta con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro
Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores,
para guirnaldas mayores,
á quien con milagros tales
los asperos Cigarrales
convierte en selvas de amores.»

Decima «De don Alonso de Castillo Solorzano.

Si Toledo se hermosea
por tener sus Cigarrales,
con los sobrenaturales,
Tirso, Madrid se recrea
Agradece á vuestra idea
que le dexe en sucesion
partos de recreación,
estancias de amenidad,
preceptos de urbanidad
y exemplos de erudicion.»

Décima «De doña María de San Ambrosio y Piña, monja en la Magdalena de Madrid.

La fama, eterna alabanza,
ya no espera, no porfía
si el libro en quien la tenia
ya es gloria; no es ya esperanza
Sólo vuestro ingenio alcanza
con el arte y la experiencia
esencia y ser de la ciencia,
delfico aliento de infusa,
lauro eterno vuestra musa,
luz, Gabriel, de inteligencia.»

Dedicatoria. (No dice de particular más de que le ofrece su libro, «tanto por pagar deudas de su padre, quanto por el interés que se le sigue de su patrocinio.»)

Prólogo. «Al bien intencionado.»

Texto. La pág. 563, última del tomo, no lleva paginación y sólo está impresa su mitad.

3.ª EDICIÓN. Recientemente adquirí yo un ejemplar de una nueva y desconocida edición de este libro. Lleva la siguiente portada:

Cigarrales | de Toledo. | Primera parte. | Compvestos por el Maestro | Tirso de Molina natural de Madrid | A Don Svero de Qvinones y Acvña | Cavallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo, y Alfe- | rez mayor de la ciudad de Leon, Señor de los Concejos, | y Villas de Sena, y Hibias | Vltnam | Con privilegio. | En Madrid por la viuda de Luis Sanchez | Impressora del Reyno | Año de M.CDXXX | (sic) A costa de Alonso Perez librero de su Magestad.

4.°, 4 h. prels. y 212 fols. El *Ultimam* de la portada no lleva alegoría alguna, sino una orla hecha con adornos tipográficos.

En el recto de la hoja siguiente está la *dedicatoria* á D. Suero de Quiñones y á la vuelta la *Tassa* (4 mrs. pliego, 54 pliegos =216 mrs.) Madrid, 6 de Marzo de 1624; la *Suma del Privilegio* (no íntegro) Madrid, 8 de Noviembre de 1621; y la *Fe de erratas*, diciendo que no las hay, á 22 de Febrero de 1624. La hoja siguiente lleva las *Aprobaciones* de Fr. Miguel Sánchez y *Don Juan de Jauregui (sic)* y las dos *Décimas* de Lope de Vega y á la vuelta las de Castillo Solórzano y D.ª María de San Ambrosio. La hoja cuarta la ocupa toda el prólogo *Al bien intencionado*.

Esta edición de 1630 es la que Salvá creyó ser la primera, al observar que era completamente distinta de la anterior y la siguiente, si bien su ejemplar carecía de preliminares. Demuéstrase porque le asigna el mismo número de folios, 212, que contiene la presente. El tipo de letra es mucho más pequeño, así es que en vez de las 563 páginas sólo viene á tener 424 numeradas en 212 folios. Los preliminares estan también alterados y el *Privilegio* abreviado.

4.ª EDICIÓN. *Cigarrales | de Toledo. | Compvesto por el Maestro | Tirso de Molina, natural de Madrid, | A Don Svero de Qvinones y Acvña, | Cavallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo y Alferez | mayor de la Ciudad de Leon, Señor de los Concejos | y villas de Sena, é Hibias. | (Un Escudo del impresor.) 1631. | En Barcelona | Por Geronimo Margarit. | A costa de Iusepe Genouart, mercader de libros.*

4.°, v. en b. Aprob. de Fr. Tomás Roca, en el convento de Santa Catalina á 3 de Septiembre de 1630 (Dice que los *Cigarrales* se habian impreso «seis años ha en Madrid» y le llama al autor «Don Gabriel Tirso de Molina»).—Aprobaciones de Fr. Miguel Sánchez y Jaúregui.—Décimas de Lope, Castillo y D.ª María de San Ambrosio.—Dedicatoria.—Prólogo y texto, que acaba al vuelto del folio 215 con la palabra *Fin*, y tres grabaditos representando una mosca, un ratón y una gallina cubriendo los huevos. La letra es tambien de más cuerpo que la de la edición de 1630, excepto en los versos y comedias, que es más pequeña. (5 h. prels. con la portada y 215 foliadas.)

ladas son *El vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El celoso prudente*. Incluyó también en ella su celebrada novchta *Los tres maridos burlados*, tantas veces reimpresa luego

Hay además en este libro párrafos y especies que encierran algún interés biográfico En el prólogo «Al bien intencionado», y suponiendo que habla el mismo libro, dice

«*Doce meses ha que estoy en las mantillas de una imprenta*, desde cuyos dulces [illegible] me enseñaron los malos resabios que en mi descubrieres, me sobras de un [illegible] que tal vez añadí palabras, las sonaba borras, y ojalá parara en esto y no se me acogera *lo en dinero a mi padre el dinero adelantado* de mi crianza, *medio precio de mi impresión*, y medio para jubón a la marinera, la mitad de seda y la otra de lustan, obligándome a las doce cuerdas pupilar, no borras papeles y trampeada costa [illegible] padre tengo y *los suyos*.»

Sigue en este estilo jocoso narrando el libro sus aventuras, y al final añade

«Puédote afirmar que esta va comenzada (la 2.ª parte de ella), en tanto que se pierden [illegible] *La imprenta doce comedias, primera parte* de muchas que quieren ver mundo: *entre trescientas que en catorce años* han divertido melancolías y honestado ocasiones. [illegible] seguir mis buenas o malas fortunas *doce imprentas*, no hurtadas a las tos ajenas [illegible], las envidiadas unas tras otras, como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo.»

De estos párrafos se deduce que tenía el P. Tirso, en 1621, compuestas trescientas comedias ¡fecundidad verdaderamente pasmosa y solo comparable a la de Lope!, doce novelas, empezada la segunda parte de los *Cigarrales*, y dadas *a la imprenta* una *a luz*, como se supuso equivocadamente, doce obras dramáticas que serían *primera parte* de las suyas. La curiosa especie de que tuvo que cambiar de impresor, perdiendo la mitad de la costa y el haber tardado lo menos ocho meses en terminar la impresión, en combinación con la fecha de 8 de Noviembre de 1621 que lleva el privilegio, dificultan el hecho de que el libro padiese salir á luz en el referido año, sino en el siguiente.

En el cuerpo de él se introduce Tirso á sí mismo, como se ve por este pasaje

«Tirso, *aunque humilde pastor de Manzanares*, nacido en la dureza generosa de Toledo *a ser acogida que en su patria*, tan apoderada de la envidia extranjera, llegó en un pequeño barco

[illegible] Mejora [illegible] las Vidas generales de [illegible] Diego de Agreda y Vargas [illegible] Jose [illegible] en [illegible] (Madrid, por Thomas Iunti, [illegible] [illegible] [illegible] Añade también la [illegible] *Los tres maridos burlados*. Vese la titulada *Los tres hombres burlados* [illegible] *Tirso*, *Un acto famoso*, traducida convertida y [illegible] *compuesta* Madrid, Juan de la Cuesta [illegible], 8.º, 1.ª [illegible] versión de Agreda no es de [illegible] [illegible] de estilo como hizo Pellicer, sino del [illegible] que es á lo que se refiere Tirso En cuanto [illegible] este que no publicó [illegible] la segunda parte [illegible] de los *Cigarrales* [illegible] Vanear, parece deducirse de sus palabras que se proponía [illegible] ver alguna [illegible] por medio de [illegible] [illegible] [illegible] parecido [illegible] que había [illegible] [illegible] Gonzalo de Cespedes y Meneses en su [illegible] [illegible] de *España Cerrada* [illegible] y después en su *Historia [illegible] Cigarrales* engarza [illegible] de diversos especies por medio de [illegible] [illegible] se refiere [illegible] [illegible] en los *Cigarrales*. Nada se ha conservado de sus novelas

aunque curioso, hecho todo un jardín que hallara lugar entre los Hibleos, y en medio de él una palma altísima, sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, vestido de un pellico blanco, con unas barras de purpura á los pechos, *insignia de los de su profesion*, y ayudábanle á subir dos alas, escrito en la una *Ingenio* y en la otra *Estudio*; volando con ellas tan alto, que tocaba ya con la mano en la corona, puesto que la *Envidia* (1), en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los pies procuraba impedirle la gloriosa consecucion de su trabajo, aunque en vano; porque pisándola, colgaba de ellos esta letra, que sirvió tambien para los jueces: *Velis, Nolis.*»

Suponiendo Tirso que para celebrar la vuelta á Toledo de cierto caballero y el feliz termino de los amores de otros y sus damas, determinaron varios amigos de todos, celebrar un torneo acuatico sobre el Tajo y describe extensamente este esparcimiento, así como los sucesos y aventuras que lo prepararon.

Al verse reunidos, acuerdan pasar los cuarenta días de más calor del verano sin subir á Toledo, por las varias casas de campo ó *cigarrales* que ellos y sus amigos tenian distribuídas por las orillas del río. Y á fin de gozarlos entretenidamente, convienen en distribuirse el deber en cada uno de divertir á los demás en cada cigarral que le tocase en suerte.

Fueron veinte los que entraron á distribución; y como Tirso no trató más que de lo hecho en los cinco primeros, parece que pensaba emplear cuatro tomos o partes en describir los juegos y distracciones propios de los demás, si no es que abreviase en adelante.

Es curiosa la enumeración de los cigarrales más hermosos que había verdaderamente entonces en Toledo, y en los que Tirso supone se celebraron las fiestas.

Comenzóse en el *Cigarral I* por la representación de la comedia *El Vergonzoso en palacio*, ya antigua; pues, como expresa el autor, había sido «celebrada con general aplauso diez años había, no sólo entre los teatros de España, pero en los más célebres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mereció que uno de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas y ennobleciese esta facultad con hacer la persona del *Vergonzoso*.» Y, lo que es más curioso, parece que realmente se hizo por entonces en Toledo esta representación, pues añade luego que los adherentes con que se exornó tuvieron por autores, «de los tonos, á Juan Blas, único en esta materia; á Alvaro, si no primero tampoco segundo, y al Licenciado Pedro González, su igual en todo, que habiendo algunos años sutilizado la melodía humana, después, por mejoralla, tomó el hábito redentor de N. S. de la Merced, y en él es ténix único, si en el siglo fué canoro cisne. Los entremeses fueron de D. Antonio de Mendoza, cuyos sa-

(1) Es de notar la insistencia con que Tirso se queja de los envidiosos de su talento. Vella acaso tambien Lope de Vega, en la dedicatoria de *Lo fingido verdadero*, como hemos visto, y Tirso no cesará de traerla á cuento en la *Dedicatoria* de sus comedias, en los prólogos y en muchos lugares de ellas, haciéndole exclamar en una ocasion *Antonio García*,

> Pues ¿vióse ahora tanta
> envidia á ingenios diversos,
> que habiendo hombre que hacienda versos
> á los demás se adelanta,
> y, aunque mas la ataje,
> estalla la verdad, rabia,
> que quita el habla á la embidia
> cada vez que escribe bien

les y conceptos igualan á su apacibilidad y nobleza; y los bailes de Benavente, sazón del alma, deleite de la naturaleza y, en fin, prodigio de nuestro Tajo».

Tirso compuso una *loa* para esta representación, que incluye, así como la comedia. A continuación, y con pretexto de hacer su defensa, explana aquella célebre y briosa apología del sistema dramático de Lope, entonces y algo antes rudamente combatido por los partidarios de la imitación clásica. El pasaje es tan importante que no debe de faltar en una biografía de Tirso.

«Con la apacible suspensión de la referida comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas y la diversidad de sucesos se les hizo el tiempo tan corto que, con haberse gastado cerca de tres horas, no hallaron otra falta sino la brevedad de su discurso. Esto en los oyentes desapasionados y que asistían allí más para recrear el alma con el poético entretenimiento que para censurarle. Que los zánganos de la miel, que ellos no saben labrar y hurtan á las artificiosas abejas, no pudieron dejar de hacer de las suyas; y con murmuradores susurros picaron en los deleitosos panales del ingenio. Quien dijo que era demasiadamente larga y quien improp a. Pedante hubo historial que afirmó merecer castigo el poeta que, contra la verdad de los anales portugueses, había hecho pastor al duque de Coimbra, D. Pedro, siendo así que murió en una batalla que el rey D. Alonso, su sobrino, le dió, sin que le quedase hijo sucesor en ofensa de la casa de Avero y su Duque, cuyas h jas pinto tan desenvueltas que, contra las leyes de su honestidad, hicieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardín. Como si la licencia de Apolo se estrechase á la recolección histórica y no pudiese fabricar sobre cimientos de personas verdaderas arquitecturas de ingenio fingidas.

»No faltaron protectores del ausente poeta, que volviendo por su honra concluyesen los argumentos Zoilos, si pueden entendimientos contumaces, Narcisos de sus mismos pareceres y discretos, más por las censuras que dan en los trabajos ajenos que por lo que se desvelan en los propios, convencerse.

»Entre los muchos desaciertos, dijo *un presumido natural de Toledo*, que le negara la filiación de buena gana si no fuera porque entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima no era mucho saliese un aborto malicioso, el que más me acaba la paciencia es ver cuán licenciosamente salió el poeta de los límites y leyes con que los primeros inventores de la comedia dieron ingenioso principio á este poema; pues, siendo así que éste ha de ser una acción, cuyo principio, medio y fin acaezca, á lo más largo, en veinticuatro horas, sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio, por lo menos, de sucesos amorosos, pues aun en este término parece imposible pudiese disponerse una dama ilustre y discreta á querer tan ciegamente á un pastor, hacerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad y, ultimamente, arriesgar su fama á la arrojada determinación de un hombre tan humilde que, en la opinión de entrambos, el mayor blasón de su linaje eran unas abarcas, su solar una cabaña y sus vasallos un pobre hato de cabras y bueyes. Dejo de impugnar la ignorancia de D.ª Serafina, pintada, en lo demás, tan avisada que, enamorándose de su mismo retrato, sin más certidumbre de su original, que lo que D. Antonio la dijo, se dispusiese á una bajeza indigna, aun de la más plebeya hermosura, como fué admitir á escuras á quien pudiera con la luz de una vela dejar castigado y corrido. Fuera de que no sé yo por qué ha de tener nombre de comedia la que introduce sus personas entre duques y condes, siendo así que las que más grandes se permiten en semejantes acciones no pasan de ciudadanos patricios y damas de mediana condición.

«Iba á proseguir el mancebo su arguyente, cuando, atajándole D. Alejo (que por ser la hasta á su corte tempestuosa, le pareció tocar en el detenerla) le respondió: Poca razon habeis tenido .... La comedia presente ha guardado las leyes de lo que ahora se usa, y á mi parecer, conformándome con el de los que sin pasion sienten, el lugar que merecen las que ahora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les hacen conocidas ventajas, aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque si aquellos establecieron que una comedia no representase sino la accion que imaginariamente puede suceder en veinte cuatro horas, ¿cuánto mas inconveniente será que en tan breve tiempo un galán discreto se enamore de una dama cuerda, le solicite, regale y festeje, que, sin pasar siquiera un dia, la obligue á disponga de suerte sus amores que, comenzando á pretender por la mañana, se case con ella á la noche? ¿Qué lugar tiene para dudar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas y pintar los demás afectos variadentes sin los cuales el amoroso ejemplo es de ninguna estima? ¿Y cómo se podrá precaver un marido de firmeza si no pasan algunos dias, meses y aun años en que haga prueba de su constancia?

«Estos inconvenientes mayores son en el juicio de cualquier mediano entendimiento que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y sepan cosas sucedidas en muchos dias, meses y años como el que lee una historia en breves planas, sin pasar muchas horas se maravillan de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares. La comedia, que es una imagen y representacion de su argumento es fuerza que, cuando le toma de los sucesos de dos amantes retrata al vivo lo que les pudo acaecer, y, no siendo esto verosímil en un dia, tiene obligacion de fingir pasar los sucesos para que la imitacion sea perfeta; que no en vano se llama copia la pintura viva, pues imitando á la muerta, esta, en el breve espacio de vara y media de lienzo, pinta leios y distancias que persuaden á la vista á lo que significan, y no es justo que se niegue la licencia, que concedeis al pincel, á la pluma, siendo esta tanto mas significativa que aquel.

«Y si me arguyes que á los primeros inventores deben los que profesamos sus facultades guardar sus preceptos, pena de ser tenidos por ambiciosos y poco agradecidos á la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades, os respondo que, aunque á los tales se les debe la veneracion de haber sabido con la dificultad que traen todas las cosas en sus principios, esto todo es, es cierto que con aquellos pertrechos á su invencion fuesse que puesto que fácil, necesariamente fuerza que quedando esta substancia en pie, se mudasen los accidentes, mejorándolos con la experiencia. ¿Pluguiera Dios que, porque el primero nos sacó de la consonancia de las martillos en la yunque la diferencia de los agudos y graves y la armonía nuestra, hubiera dicho que agora la pusiesen de á tal carga! ¡Oh, destruimientos de Vulcano! y merecesen castigo, en vez de alabanza, los que á la harpa fuerte añadieron cuerdas y, superando lo superfluo y inútil de la antigüedad, la dejaron en la perfeccion que agora vemos!

«Esta diferencia hay de la naturaleza al arte, que lo que aquella desde su creacion constituyó no se puede variar, y así siempre el peral producirá peras y la encina su grosero fruto, y en todo eso la diversidad del terruño y la diferente influencia del cielo y tierra á que están sujetos las hace muchas veces de su misma especie y casi constituye en otras diversas.

«Pues en lo artificial, cuyo ser consiste solo en la mudable imposicion de los hombres, puede el uso mudar en los trajes y olores hasta la sustancia y en los frutos se producen por medio de los ingertos cada dia diferentes frutos, ¿que mucho que la comedia, á imitacion de entrambas cosas, varie las leyes de sus antepasados y ingiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sa-

cando una ocasión apacible de estos dos encontrados poemas, y que partiendo le entran bos introduzga ya personas graves, como en una y ya pocas y temas como en otra.

»Ademas que si el ser tan excelentes en Grecia, Esquilo y Lope (sic) como entre los latinos Seneca y Terencio, basto para establecer las leyes tan detenidas de sus preceptores, la excelencia de nuestra española *Vega*, honra de Manzanares, Turia de Castilla y Betis de todas naciones, las hizo con comodidad ventajas en entrambas materias, assi en la cuantidad como en la calidad de sus versos bien compuestos, aunque bien entendidos y mui medidos estudios, que la autoridad con que se les defiende es bastante para derogar sus estatutos. Y pues en él presente ay comodidad y perfeccion y sutileza que ahora tiene, basta para hacer escuela de poetas y para que los que nos preciamos de sus discipulos, nos tengamos por dichosos de tal maestro, y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasion la impugnare. Que si en muchas partes de sus escritos, hace que el no guardar el arte antiguo, es hacer por conformarse con el gusto de la plebe que no sabe consentir el freno de las leyes, y preceptos, dados por su natural mal sufridos y porque en ellos no halla la maleza ignorante ni arrogancia lo que es poesia perfecta.» (1)

El *Cigarral II*, que describe la fiesta en el Cigarral del Rey «agora del Marques de Malpica», se reduce a músicas y ejercicios caballerescos y «quantos sobre todo» clava la *Fabula de Pan y Siringa*, obra de D. Placido de Aguilar, poeta madrileño, hombre de «Abarrente de Castilla y después fraile mercenario, discipulo, al parecer, gentil de Tirso, quien, por tal razon, la publicó aqui». Esta el poema en octavas reales.

Una interesante y bien entretenida novela de *D. Juan de Salcedo y la Catalana Dinarsa* ocupa el contexto del *Cigarral III*, aprovechando la ocasion para intercalar algunas poesías, como un «precioso romance» al Manzanares. Por esta composicion, y otras muchas en *Deleitar aprovechando*, alcanza que Tirso adoptaba para entretenar estos versos rusticos el seudónimo de Pascuelos de Cabañas.

En el *Cigarral IV*, tenuncio tal mal sufrido de ir colocando sus versos liricos entre las narraciones en prosa, comienza por ensartar seguidas hasta «cinco composiciones de todo género, y a continuacion la *comedia famosa* de *Como han de ser los amigos*, que antes había estrenado Baltasar de Pinedo, «maestro en los deste oficio», como dice Vélez en el encabezado de ella.

Tampoco falta hacer el elogio y defensa de esta hermosa obra y darnos «otras curiosisimas noticias y juicios sobre el arte de representar en su tiempo» diciendo:

«La razon y doctrina de los preceptos, las galas con que se adornan en *La Imperio que vió en sus discipulos ganar la corona de España*, fue tan a gusto del apacible auditorio que no hay cosa que mas se prefiera, tan poco entretenidas dos horas, dijo D. Melchor, como entre dos mozas de una sociedad cuando les busca Martino de tres o treinta palabras una, cuya D. Gracia «cuidados son» Muchas comedias, dijo D. Alejo, han corrido con nombre de disparatadas y pocas de veras que son locas estravagantes, las han desacreditado unas veces por ellas mismas, y otras por las vestiduras, y ya por ser despropositados los papeles para las personas que

(1) «Musa de mi Cigarral I»

los estudian; las cuales, después que caen en otras manos, ó más cuidadosas ó más acomodadas, vuelven á restaurar con el logro la fama que perdieron. La del *Vergonzoso en palacio*, dijo D. Juan, pasó por esos naufragios, que, no pareciendo en la corte como merecía, en poder del mejor autor y representante destos tiempos, porque ni sabía el papel ni era á propósito sus años para la vergüenza y cortedad primeriza, que en materia de amores trae de ordinario consigo la juventud: después, en las demás compañías, que hubo pocas que no la representasen, ganó renombre de las mejores de su tiempo.

»Tres causas hallo yo, dijo D. Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. La primera es en vituperio del poeta: que ó no sabe trazarla ó escribe impropiedades tan indigestas, que revolviendo el estómago al sufrimiento, provoca á silbos y vituperios. Yo conozco uno de los más corpulentos y no de los más dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Sanctorum* en romance, cuyo argumento fué la vida de uno de los jueces de Israel, se dejó decir, entre ciertas promesas que el gracioso hacía á no sé quién, que le traería el turbante del Gran Sofí. ¡Mirad qué gentil necedad profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á Persia más de mil años después del nacimiento de Cristo! — Tragaría el vulgo, dijo D. Vela, con todo el aplauso y risa imaginable la turbantada que le dió el poetón. — Como esas zarandajas caben en el buche (respondió él) de la ballena plebeya. Llaman á la Tarasca *traga-caperuzas*, ¿y no queréis vos que el poblacho trague turbantes? — Yo se le colgara, después de muerto, acudió D. García, sobre su tumba, como capelo de cardenal, graduándole de presumido, no con borla, pero con borlas.

»La segunda causa, prosiguió D. Melchor, de perderse una comedia es por lo mal que le entalla el papel al representante. ¿Quién ha de sufrir, por extremada que sea, ver que, habiéndose su dueño desvelado en pintar una dama hermosa, muchacha, y con tan gallardo talle que, vestida de hombre, persuada y enamore la más melindrosa dama de la corte, salga á hacer esta figura una del infierno, con más carnes que un antruejo, más años que un solar de la Montaña y más arrugas que una carga de repollos; y que se enamore la otra y le diga: «¡Ay, qué D. Gilito de perlas!: es un brinco, un dix, un juguete del amor?»—En esa ocasión, dijo D. Lorenzo, castigar podrían por vagamundos cuantos pepinos pueblan muladares si no la sacasen colores á la cara, ya que no se las sacó la vergüenza. ¿Pues qué hicierades vos, prosiguió, si viésedes enamorar á una infanta un hombrón, en la calva y barriga segundo Vespasiano, y decirle ella amores más tiernos que rábanos de Olmedo?—Sacárale yo á ése por alquitara, respondió, y quedara en la disposición acomodada para ese papel con una cabellera postiza.—Y si ese tal, volvió á decir D. Melchor, haciendo á un emperador saliese vestido como un Gómez Arias: y, queriendo dar un asalto á una fortaleza, subiendo por una escalera á vista de todos, ¿le viésedes la espada desnuda y subir con chinelas? —Diéraselas yo á comer, respondió, como el otro señor á su zapatero, guisadas (1). —Pues lo más intolerable, prosiguió, es ver errar los versos por instantes, estropeando pasos que merecieran, á recitarlos con fidelidad, suma veneración.—Sabed, dijo don Fernando, que, después que se usan representantes, no ha menester el Pegaso de Apolo herradores; porque ellos hacen este oficio, clavándole por puntos; pero castigáralos yo en la costa, como albéitares que mancan las cabalgaduras.—Ahora, señores, bueno está de murmuración, dijo la reina; emplead esos aceros en la cena que os llama, y dejad á los pobres, que harto hacen

(1) Esto cuentan del Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II y tal vez á él se refiera Tirso.

guardando en la memoria un proceso de papeles de cincuenta comedias, en no pasarse en el tablado de un dicho á otro, como denuncuente entre dos jurisdicciones» (1).

El *Cigarral V* comienza desde luego con la novela de *Los tres maridos burlados*, cuento boccacciano, pero que tambien tiene su origen en las antiguas colecciones de *Exemplos*, *Castigos* y otros semejantes de la Edad Media. Sigue la, sin intermision, la comedia de *El Celoso prudente*, tambien *famosa*, segun el encabezado, y asimismo estrenada por Pinedo. También parece el autor contento de ella, y termina con esta curiosa defensa del teatro en general:

«Bien afortunada fué en todo esta comedia, pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese á satisfacción de los gustos del arte. Miden agora, dijo D. Juan de Salcedo, los Zoilos murmuraciones en la piedra de la envidia, veamos si hallarán, los que pretenden un peso, alguno en ésta digno de reprension. Censuren los Catones este entretenimiento que, por más que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasión de distraerle. Aquí pueden aprender los celosos á no dejarse llevar de experiencias mentirosas, los maridos á ser prudentes; las damas á ser firmes; los príncipes á cumplir sus palabras, los padres á mirar por la honra de sus hijos; los criados á ser leales, y todos los presentes á estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, expurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentian á los teatros de España, y limpia de toda accion torpe, deleita enseñando y enseña dando gusto. Apacibles predicadoras, replicó D. García, son las que en alabanza de sus autores no pasan de los límites honestos, pues persuaden y curan los ánimos que se quieren aprovechar de sus consejos disfrazados» (2).

Tal es este libro, mucho menos conocido hoy de lo que merece y censurado por los que no le han leido, atentos sólo á celebrar en Tirso el poeta dramático, como si le estuvieran cerrados los demás huertos de la amena literatura. No está, como afirmó Mesonero Romanos, escrito en estilo campanudo y afectado, sino con agudeza y originalidad de expresión, que deleita al que sin apresuramiento puede saborear tales primores. Encierra un abundantísimo vocabulario y hasta no tiene ejemplos de aquel adjetivar sustantivos y convertir otros en verbos, de que, aunque siempre con donaire, abusó Tirso en algunas de sus comedias. Todo queda dicho en su elogio con decir que es el mismo estilo que el de su conocida novelita de *Los tres maridos burlados*.

VI

Tirso y los escritores madrileños. Viaje á Zaragoza. Certamen en la canonización de San Isidro (1622).

Por el mes de Noviembre de 1621 publicó el Licenciado Pedro Arias una colección titulada *Primavera y Flor de los mejores romances que han salido ahora nuevamente*

(1) Al fin del *Cigarral IV*. (2) Al final de la obra.

en esta Corte, recogidos de varios Poetas... dirigido al Maestro TIRSO DE MOLINA (1). Gran consideración le merecía nuestro fraile al Licenciado Pedro Arias, á juzgar por el respeto con que se expresa al dirigirse á él (2). En esta colección, que en vano hemos registrado buscando alguna noticia del Mecenas de ella, ninguno de los romances lleva nombre de autor; pero es fácil conocer el de algunos (3), además de dos que, sin dudar, corresponden á nuestro Mercenario (4) y acaso algún otro.

Deberes y atenciones de su profesión le llevaron en 1622 á Aragón. Reunióse en Zaragoza el 13 de Mayo Capítulo general para dar sucesor en el generalato al P. Ambrosio Machín, y salió electo Fr. Gaspar Prieto. No consta que Tirso interviniese con su voto en esta elección, pero sí que asistió á ella, pues lo asegura él mismo en el folio 334 de la segunda parte de su *Historia de la Merced*, diciendo: «Yo, que estuve presente á todo, puedo afirmar.....», etc.

Pero pronto debió de regresar á la Corte (5), donde, á mediados de Junio, se celebraron solemnes festejos con motivo de la canonización de San Isidro y las de otros Santos. Formaba parte de las fiestas una justa poética en honor del primero, y á ella

(1) Madrid, Alonso Martín, 8.°, 8 h. prels. y 120 foliadas. Del Licenciado Pedro Arias habla Jiménez Patón en su *Elocuencia española*, y acaso sea el mismo que, según Quevedo, tuvo por criado en Alcalá al famoso D. Hernando de Acevedo, después Arzobispo de Burgos y Presidente del Consejo de Castilla.

(2) He aquí la dedicatoria:

«Al Maestro Tirso de Molina.—Aristótiles dixo que la ofrenda que se dedicaba primero, no tenía paga equivalente, pues por mas que el valor de la correspondencia se anime á igualarse á ella, siempre queda en pie la ventaja de haber sido la primera. De donde debió de nacer la estima que haze Dios de la primicia: el labrador de los frutos primeros, y los padres de sus primogénitos. Esta que ofrezco á V. m. aunque en la substancia de diferentes padres (que sin menoscabo de su honra se precia de tenerlos) y en la disposicion mia, creo que ha ganado la calidad que ponderó el Filósofo en los primeros dones. Pues no sé que hasta agora se le aya dedicado á V. m. puedo acabarle sin miedo de reprehensión, pues las partes que le adornan son de acarreo, y no de mi cosecha, y esperar la estimación que sus propietarios merecen, de la en que todos los desapasionados y gentiles espíritus tienen á V. m. debaxo cuya proteccion está, á quien Nuestro Señor guarde.—Pedro Arias Pérez.»

(3) Por ejemplo, el que empieza:

Vengada la hermosa Filis
de los agravios de Fabio,

que es de Lope de Vega (en su novela *Guzmán el Bravo*), el de Quevedo

Los que quisieren saber
de algunos amigos muertos,

que Durán dejó correr como anónimos en su *Romancero*

(4) Son el que principia

Mal segura zagalera,
la oc los lindos ojuelos,
grave honor de los azu es
dulce afrenta de los negros,

y este otro

Pero Gil amaba a Menga
desde el dia que en la boda
de Mingollo el porquerizo
la vió bailar con Aldonza.

Estos romances, que también estampó Durán sin autor, se hallan el primero (en parte), en *La gallega Mari Hernandez* (acto II, esc. x), y el segundo íntegro y más correcto que en Durán en *El pretendiente al revés* (acto III, esc. xvi.)

(5) A 17 de Julio de 1623 firma «Fr. GABRIEL TÉLLEZ» con otros mercenarios del convento de Madrid, la escritura de aceptación que hace del Convento de la donación con que le favorece cierto D. Alonso de la Cueva. (*Archivo de protocolos*. Escrituras de Felipe Sierra, de 1623 y 1624, fol. 113.) Debo esta noticia á mi erudito compañero D. Cristóbal Pérez Pastor.

acudieron multitud de ingenios, pues había recompensas para *canciones*, *octavas*, *décimas*, *sonetos*, *redondillas*, *tercetos*, *liras* y otros metros. Concurrió á la justa «el Presentado FRAY GABRIEL TÉLLEZ», con cuatro octavas reales sobre los celos de San Isidro, gongorinas y artificiosas, y en las que solo hay de notable aquella burlesca pincelada con que termina una de ellas, sobre los «celos de San Isidro»:

> Que bravos deben ser para quien ama
> celos que se apacientan en Jarama

Presentó, además, cuatro décimas que, aunque más sueltas, tampoco sobresalen en nada. Así hubo de opinar el Jurado, que no les otorgó recompensa, y, por consiguiente, no mencionó Lope de Vega á su autor en el *Romance* destinado á ensalzar á los vencedores. Llevóse el primer premio de las octavas Guillén de Castro, y el de las décimas el Doctor Mira de Amescua (1).

La continua residencia en Madrid de nuestro poeta le daba ocasión de estrechar amistades con los más distinguidos autores de la Corte. Éralo el ingeniosísimo novelista y poeta dramático castellano D. Alonso del Castillo Solórzano, que alguna vez elogió debidamente al Mercenario, quien, á su vez, aprobó la colección de poesías de Castillo, titulada: *Donaires del Parnaso, primera parte* (2). Suscribe Tirso esta aprobación en Madrid «en este Monasterio de Nuestra Señora de la Merced á 3 de Noviembre de 1623», llamándose «El Presentado FRAY GABRIEL TÉLLEZ».

Fué también en 1623 cuando D. Juan Ruiz de Alarcón, ayudado de ajenas y poco amigas plumas, escribió y publicó su infeliz *Relación* poética de las fiestas hechas al Príncipe de Gales, después Carlos I de Inglaterra, cuando vino á Madrid. Demostrado ya por Hartzenbusch y D. Luis Fernández Guerra, el primero en su *Discurso acerca del carácter dramático de Alarcón*, y el segundo, en su célebre libro sobre el mismo *Alarcón*, que la nube satírica que contra el mísero poeta corcovado descargó con aquel motivo, fué una broma de amigos (aunque bien pesada broma); y admitido que algunos, como Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara, que le habían ayudado en la formación de aquel engendro, fueron los primeros en zaherirle, ningún inconveniente

(1) Se incluyeron las dos composiciones de TÉLLEZ en la *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la Canonización de... San Isidro...*, por Lope de Vega. Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1625, 4.° y reimpresa en el tomo XII de la gran *Colección de Obras sueltas* de Lope, hecha por D. Antonio Sancha. (Madrid, 1776-79, 21 vols. en 4.°)

(2) Madrid, Por Diego Flamenco, 1624, en 8.°, 8 hs. prels. y 122 foliadas. Lleva además una aprobación de Lope de Vega. La de Tirso es como sigue:

«*Aprobación*. Por comissión del señor don Diego Vela, Vicario general de Madrid, he visto vn libro intitulado *Donaires del Parnaso* que ha compuesto don Alonso de Castillo Solorçano, en que no he hallado cosa contra nuestra Fe y buenas costumbres, sino agudezas y sales, dignas del ingenio de su autor, y de la estimación que hazen del en esta Corte todos los buenos ingenios. Por lo qual me parece muy digno de que salga á luz impresso, etc. En este Monasterio de Nuestra Señora de la Merced, á tres de Noviembre de mil y seiscientos y veinte y tres años.

EL PRESENTADO FRAY GABRIEL TÉLLEZ.»

hay en conceder que también el P. TÉLLEZ, de quien hay indicios era Alarcón amigo, colatorase en el cordelejo con la siguiente décima:

Don Colombro de Alarcon
un poeta entre dos platos
cuyos versos os sulbatos
temieron y con razon,
escribio una *Relacion*
de las pestes, que sospecho
que, por no ser de provecho,
le han de poner entre hecho,
porque es todo tan mal dicho
como el poeta mal hecho (1)

Al año siguiente de 1624, y con fecha 9 de Septiembre, aprobó también FRAY GABRIEL TÉLLEZ la novela pastoril *Experiencias de amor y fortuna*, escrita por su paisano el Licenciado Francisco de Quintana, sobrino del cronista de Madrid de igual apellido, y que luego fué gran teologo y predicador famoso. Solo dos años más tarde, y con el seudónimo de Francisco de las Cuevas, publicaba Quintana su obra (2). Y á la misma época corresponden los versos de Tirso, laudatorios del poema *Orfeo*, del Doctor Juan Pérez de Montalbán, ó de Lope de Vega, pues no está aun resuelta la cuestión de paternidad de esta obra (3), que dicen:

«*Del Maestro* TIRSO DE MOLINA.»

Mientras memorias renuevas
del hermano de Faetón,
no echen de menos á Anfión

(1) *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, recogidas por José Nifay. Zaragoza, 1654. 4.º—El documento alcanzó ser impreso y circuló manuscrito en la Bib. Nacional atribuyéndose esta décima á un desconocido *Luis Tellez*, pero debe de ser error del copiante del opúsculo.

(2) En Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1626, en 4.º, 8 h. prels. y 198 foliadas. Dice la aprobación de Tirso:

«Muy Poderoso Señor.—Estos discursos, prosas y versos que se intitulan, *Experiencias de Amor y Fortuna* cumplen ingeniosamente con la obligación en que los puso su Autor, dando con polidos desengaños avisos discretos y prudentes inadvertidas, y entretenimientos á los ratos que permiten los estudios al recreo, sin hallar en ellos cosa contra nuestra santa Fe, ni buenas costumbres, y assi puede V. Alteza, si es servido, darla licencia que su dueño le suplica, etc. En Madrid á 9 de Setiembre de 1624 años.

EL PRESENTADO F. GABRIEL TÉLLEZ.»

(3) Dícese, y parece probable, que Lope dió este poema á su joven amiga para que lo imprimiese como propio y que Montalbán entonces de pocos años así lo hizo. Lo cierto es que á nombre de este salió á luz en 1624, con el título de *Orfeo*, *á la sacra musa doña Bernarda Ferreyra de la Cerda, Señora Portuguesa* (Censura de 13 de Agosto de 1624 aprobación de Lope de Vega, fechada en Madrid á 21 de agosto mes y año) versos laudatorios de D. Gabriel del Corral, Tirso, D. Francisco Lopez de Zárate y D. Jerónimo de Villayzán Garces, prólogo de Lope. Se reimprimió el poema varias veces con otra obra de Montalbán, *Sucesos y prodigios de amor*, colección de novelas (fueron puestas en el *Indice*) y, entre otras, en Barcelona en 1734 y en Madrid en 1735. En la de Barcelona no se incluyó el *Orfeo*, pero sí la novela de Tirso, *Los tres maridos burlados*, con este encabezado:

Novela burlesca y entretenida donde se leerán tres famosas burlas que honestamente hacen con sus Maridos tres Mujeres de esta insigne Villa de Madrid. Escrita por un Ingenio de esta Corte. También figura en la de Madrid.

Hay además otras muchas ediciones que contienen el *Orfeo*: Barcelona, 1637 y 1640. Madrid, 1723. En la gran biografía de Lope, por D. Cayetano Alberto de la Barrera, publicada por la Real Academia Española, se insiste en la probabilidad de ser Lope el autor del repetido poema, que, según Barrera, había compuesto en competencia con el *Orfeo* de D. Juan de Jáuregui.

los griegos muros de Tebas
Cuando al Estigio te atrevas,
donde Euridice suspira,
canta, suspende y admira
y al reja sacras,
en fe de que estuvo más
á tu pluma que á su lira

VII

Caracter historico de algunas comedias de Tirso. *Invectivas contra el cultoranismo* Tirso *perseguido. Deja de escribir para el teatro* (1625-1626).

En el largo período que Tirso habitó el convento de Madrid, compuso y se representaron gran número de comedias. Reflejan muchas de estas obras el espíritu, ideas y sucesos que más ocupaban la atención en aquellos tiempos. Ahora es la indigna elevación de tantos advenedizos, impuesta por el omnipotente favorito, el Duque de Lerma, y sobre todas, la del generalmente aborrecido Marqués de Siete Iglesias, despues la innoble lucha por la privanza entre el mismo Duque, su hijo, el de Uceda y el P. Aliaga, confesor del Monarca; luego las desacertadas medidas de gobierno de unos y otros, y, más tarde, aquella explosión de odios que siguió al fallecimiento del piadoso Felipe III, en la cual no faltaron cadalsos, fieros encarcelamientos, destierros, confiscaciones, y la destrucción y aniquilamiento de algunas casas principales, sacrificado todo á los manes de los antes humillados, y en aras del nuevo sol, es decir, del nuevo favorito.

A todo esto y á otras muchas cosas, como son las modas de la época, las reformas suntuarias relativas á coches, lacayos y servidumbre, bordados de oro y plata, blondas, puntas y randas, sucesos militares en Italia y en Flandes, disputas literarias, fiestas, calamidades públicas, hay alusiones más ó menos encubiertas en los dramas del fraile de la Merced.

En una de las comedias escritas en vida de Felipe III (murió en 1621), *Ventura te de Dios, hijo*, cuyo título es ya una alusión, y en la que nos parece ver á Tirso, evocando recuerdos juveniles y con el Nebrija en la mano, sin poder meter en la cabeza las conjugaciones latinas, exclamar como el Otón de su obra:

¡Que deprenda yo tan mal
y que tan bien me enamore!

En esta comedia, pues, hay el siguiente diálogo entre el profesor y el discípulo.

Festo ¿No os enseñé, ¡impertinente!,
los tiempos del verbo?—Estaba
Otón Ya, ya, no me acordaba,
Festo Pues decí el tiempo presente
Otón El presente es bien bellaco,
si el cielo no lo socorre
Moneda de vellón corre
y reinan Venus y Baco,

Labra casas la lisonja (1);
es pescadora de caña
la verdad, la lealtad daña;
la ambición se mete monja (2)
Es ciencia la presunción,
ingenio la obscuridad (3),
el mentir sagacidad
y *gran pieza* el *ser ladrón* (4)
Vividor el que consiente,
bubonera la hermosura,
vende báculos la usura,
y... ¡este es el tiempo presente!

No está mal conjugado el verbo *satirizar*, ni se mordía la lengua el supuesto estudiante. Debo confesar, sin embargo, que en las demás obras de TÉLLEZ quizá no se halle pasaje tan acre como éste, que nada debe á los mas violentos epigramas de Quevedo ó del procaz Conde de Villamediana.

Hemos dicho que las contiendas literarias tenían igualmente plaza en las comedias del Mercenario; y ahora debemos añadir que este es uno de los temas que presenta con repetición en escena y aun en sus demás libros.

Ardía entonces en la república poética una verdadera guerra civil, provocada por aquella grande herejía que se llamó *culteranismo*, y que, á modo de entermedad epidémica, fué poco á poco invadiendo é inteccionando el campo de las letras, incluso á los mismos que más rudamente le atacaron en sus comienzos (5). Y mientras reñían brabas peleas los adversarios de la nueva escuela, como Lope, Quevedo, Jáuregui, Cascales, los Argensolas, con el indomable D. Luis de Góngora, que fué el Lutero de ella, ayudado de sus discípulos el P. Hortensio Paravicino, Villamediana, Ribera (Atanasio Pantaleón) y D. José de Pellicer, entre otros, Tirso se burlaba donosísimamente de

(1) Quizás aluda al Duque de Lerma, que por entonces edificaba el hoy Palacio de los Consejos, para su vivienda.

(2) Probablemente el ambicioso Fr. Luis de Aliaga, perpetuo aspirante á primer Ministro.

(3) Con seguridad alude á Góngora y sus secuaces.

(4) De tal calificaron sus enemigos, entre ellos el poeta satírico Conde de Villamediana, al gran Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, perseguido después por el Conde de Olivares.

(5) Aunque Tirso no se dejó arrastrar por la corriente como algunos (Jáuregui, por ejemplo) de los que hicieron oposición á la nueva secta, era tal su influjo que, sin querer, en determinados aunque no muy frecuentes casos, aparece escribiendo en *culto*. En prueba de ello, puede citarse el principio de la hermosa comedia *El amor y la amistad*, en que el interlocutor apostrofa á un monte de este modo:

Alta presunción de nieve,
Pirámide de diamante,
Helado, que gigante
al primer rayo se atreve,
el sol en tus cimas bebe
espíritus de candor,
y apenas su resplandor
sale con luz pura y mansa,
cuando en los hombros descansa
por ser el solio mayor

En otras tres décimas sigue hablando en este mismo estilo muy armonioso, sin duda, pero muy semejante al del *Hipogrifo violento*, de don Pedro Calderón.

Donde se observan más resabios culteranos es en las poesías líricas de Tirso, escritas en diversas épocas. En las obras en prosa de sus últimos años domina un conceptismo mitigado y el empleo de algunos neologismos, no todos admisibles, por su tendencia á convertir los sustantivos en adjetivos y en verbos, defectos que le censuraron sus coetáneos y de que él se defendió, no mal, en el prólogo de la quinta parte de sus comedias.

éstos en sus comedias, sacando á la vergüenza pública los vocablos que pretendían y consiguieron introducir en el léxico castellano.

Así, en *Celos con celos se curan*, hace exclamar á un criado:

> Miren vuesirias dos
> cuál anda ya nuestro idioma
> todo es *brilla, emula, aroma,*
> *fatal* ¡Oh, maldiga Dios
> al primer dogmatizante
> que se vistió de *candor* (1)!

En *Amar por arte mayor* (acto v, escena II), dice Bermudo:

> Gruñan cien varas de tosca
> holandesa y pichelinga,
> por cuya blanca gatera
> se asoma una cara mica
> Mas usiria, *muchicha,*
> *brillante, esplendora, aroma,*
> *candor, crepusculo, amago,*
> *aromas, coturno, pira* . .
> ¿Yo en esa edad gruñizón?
> ¿Que ha de hacer cuando sea tia?
> ¿qué cuando suegra ó madrastra
> si rapaza matroniza?

En *Amor y celos hacen discretos:*

> Duquesa. ¡Bajo estilo!
> Victoria. Bien parece
> que tienes el alma corta
> ¿Quisieras tu que empezara
> como otro que me escribió
> «El cielo *hiperboliza*
> *amagos* de su luz clara
> en vuestros, de mi amor, ojos
> *animado* sol el uno,
> Norte el otro, á quien Neptuno
> *yaftreos* rindió despojos»—
> Rasguélo, en llegando aquí,
> viendo tan desatinados
> atributos estudiados,
> y airada le respondí
> «La metáfora que arroja,
> causa, á mis ojos, querella;
> pues si uno es sol y otro estrella,
> yo, señor, seré bisoja»

En *La celosa de sí misma*, es la comedia en que más prodigó sus dardos satíricos contra Góngora y sus secuaces:

> Don Melchor. ¿De que suerte pude verla
> si me embarazó los ojos
> aquella blancura tierna,
> aquel cristal animado,
> aquel...
> Ventura (*criado*). Di *candor*, si intentas
> jerigonzar cultiquicios
> Di que *brillaba* en estrellas,

(1) Acto III, escena III de la edición de *Autores Españoles*.

que *emulaba* resplandores,
que *circundaba* en esferas
que *ilustraba diamantes*,
que *festejaba* azucenas
¡De una mano te enamoras
por el cetro portuguesa
dulce por la virgen miel
y amarga por las almendras!

Acércase luego Ventura á Quiñones, *dueña* de D.ª Magdalena, y le dice:

¿Tiene vuesadueñería
la mano y cuan su señora
culta, animada, espendida
galantante y arpía?

Ventura á su amo.

Mata, *rinde esplende brilla*;
hermoso *rasgo* de glorias,
lumbre en *viella*
para las flechas de amor
se *culto* agur, *crisquiza*.

Habríamos de copiar multitud de fragmentos si hubiésemos de reproducir todos los que Tirso disemminó en sus comedias contra los culteranos (1), pues ni aun dejó de hacerlo en la última de las conocidas, escrita en 1638, cuando tenía setenta y un años de edad:

BRITO. *pastor* ¿Que es esto que relumbrina?
ALFONSO. Un diamante, piedra fina.
BRITO. ¿Lo que llaman *esprendor*
el cura y el boticario?
ALFONSO. ¿Quién?
BRITO. Un par de entendimientos
que, á falta de pensamientos
nos habrán extraordinario.

La censura es más seria y fundada en sus obras prosaicas, como se observa en este pasaje de los *Cigarrales:*

«No son estos los versos... comprendidos en mi expurgatorio, que entre cultos y críticos hay diferencia grande. La pulicia y eleccion de vocablos exquisitos, acomodados con propiedad segun el dialecto natural de nuestro idioma, siempre merece ser celebrada, pagando el cuidado al curioso jardinero, que, entre multitud de flores que cultiva, hizo un ramillete concertado de las más peregrinas y selectas..... Pero aquellos escabrosos en la primera digestion que necesitan de gramáticos intérpretes, obligando á construir Erasmos romancistas, desacomodando con violencia los adjetivos de sus sustantivos, y echando los verbos por contera de la oracion, merecen, mientras sus autores no cantan la palinodia, ridículas invectivas, como el que, convidando á curiosos huéspedes les da guisadas las aves con sus plumas y las frutas con sus cáscaras, para que primero que entren en provecho al ingenio, se quiebren en ella los dientes del entendimiento: éstos vituperio y esotros reverencio y alabo» (2).

Pero todavía es mayor el desprecio que le inspira esta secta años adelante, viendo que en lugar de desaparecer extendía su predominio. En *Delectar aprovechando*, obra

(1) V. la curiosísima escena de la jornada de *La fingida Arcadia*, págs. 454 y 455 de presente vol.

(2) *Cigarrales*, fol. 84 vto. de la edicion de 1630.

escrita en 1631, según veremos, y en su última novela *El Bandolero*, alude á ella, entre otros, en estos pasajes.

«Era discreta como hermosa: y cuantas veces conversaba con su hechizo, tantas encarecía la lisura de sus palabras que, desnudas de ponderaciones, ni la elocuencia crítica se las dificultaba, ni la penuria de conceptos sostituía ambajes y rodeos pomposos, con metáforas indigestas y vocablos adoptivos, que el uso de este siglo afectado gasta, salteando los idiomas extranjeros y españolizándolos, hacen un confuso mixto que, como monstruo procedido de especies diversas, ni bien es griego ni castellano.»

Y más adelante, suponiendo que Saurina, dama, premia cierta composición poética del joven Armengol, dice.

«Quiero premiar tu fábula con esta joya que no han de ser tan desgraciados tus versos como los de muchos que, encarecidos y no pagados, mendigan en los teatros la censura del vulgo idiota, expuestos á la envidia de los interesados, miserable cuanto ingeniosa profesión de una Arte, princesa de las liberales, vuelta ya mecánica, por obligarla la pobreza de sus dueños á hacer vendible lo que les concedió el cielo gratuito. Un sol es de diamantes la presea que tu dama te feria por mi mano; un laurel de esmeraldas le corona, para que sirva de jeroglífico á la lisura y agradable inteligencia de tu poema, pues siendo éstos invención de Apolo, no sé yo por qué causa los que agora le suceden afectan obscuridades desabridas; y, precisándose este planeta de manifestar á todos, no sólo la belleza de sus esplendores, pero aun lo más retirado á las tinieblas, los que agora versifican, adulterando su claridad, tienen por desaire que los entiendan. Aves nocturnas fugitivas de la luz hermosa, quizá porque con ella temen manifestar las manchas y lunares de su aparente estudio.»

Y no contento aun, hace que la misma dama proponga á unos compañeros de viaje que inventen y describan en manera de comparación, lo que sigue:

«Un exemplo ó simil que pinte al vivo la escabrosa propiedad destos ingeniosos modernos, que se intitulan críticos, que estoy tan mal con ellos que, á quien mejor los comparare, ofrezco en premio la pieza que á su gusto escogiere mañana en las ferias vidriosas que nos esperan. Con eluiremos sin salir del propósito con el entretenido asunto que empezamos; y parará nuestra jornada (como si fuera de comedias) en cotre nes ridículo destos exagerantes paladines de Apolo, doctos por fe, que con lenguaje mestizo adulteran la legítima pureza de nuestro idioma; y, al contrario de la babilónica confusión hacen de muchas lenguas una, para echarlas a perder todas.»

Los símiles son tres, que los interlocutores exponen así:

«Dexemos simplicidades, replicó Ortelio, y reparen todos en la propiedad con que comparo á nuestros versificadores de ensambla e. Yo digo que el boato de su fantarrona perspectiva se parece á todas estas cosas. A los gigantones del día de *Corpus*, que fantarrones y adornados en lo exterior de damascos y brocateles, si examinan sus interiores, hallarán en un papelón pintado una alma de atocha ó heno. Digo más que sus poetas son los ganapanes que á poder de sudores y zancadillas hacen que parezcan lo que no son, llevándolos á cuestas, aplaudidos de la admiración vulgacha un día no más, porque todos los otros del tiempo sirven, arrinconados, de albergue á arañas y ratones. Son castillos y máquinas de pólvora, que embutidos de cohetes aguardan que se ponga el sol de la suficiencia á cuya vista no lucen; y en pasando el primer ímpetu ruidoso de su apariencia se quedan en sola la armadura, para relieves de muchachos y vecindad

de la basura. Ultimamente, digo que son villancico ó chanzoneta que cantada á bulto por la vocería de una caterva empapelada, se autorizan con el sonido armónico de las voces solas de toda una capilla, sin que haya quien se alabe de que entendió la letra: porque ni tienen pensamientos ni son más que espantabobos.....

»A mí me parecen estos obligados del humo, críticos abortos, dijo Lorino, un lienzo de boscajes y países, cuyos lexos se nos antojan alcázares sumptuosos, fuentes, quintas, ríos, damas, galanes, alamedas deleitosas; pero miradas con atención desde cerca, sólo vienen á ser unos embriones de la pintura, cuyas colores, sin inquietar las ultramarinas, no costean más que cardenillos, azafranes, yeso mate, y zumo de verdolagas en media sábana surcida de remiendos. Porque, ¿qué otra cosa son los versos hilvanados de tanto emplasto de vocablos hermafroditas, sino capa de pobre socarrón que con diferentes hilos cose retazos de toda color y materia, sin reparar en que el saval se ladee con la raja, ni el paño con el lienzo, eslabonando cláusulas ni en romance ni en latín: pendón de sastre jaspeado de todo género de sisa» (1)?

Las burlas y sarcasmos que Tirso lanzaba contra una parte numerosa de los poetas de su tiempo suscitáronle no pocos enemigosque acechaban el momento de vengarse. Añádase á esto el escándalo real ó supuesto que otros manifestaban al ver á un fraile surtir de comedias, y no de las más devotas, los dos *corrales* de la Cruz y del Príncipe, llenarse el teatro de gente al solo anuncio de obra suya y salir luego á la calle riendo y celebrando los chistes y malicias de aquel apicarado ingenio.

Tradújose en hechos la mala voluntad que la envidia ó una demasiado estrecha moral habían ido acumulando contra el mercenario, y en 1625 se presentó al Consejo de Castilla una especie de queja ó denuncia en que se ponderaba cuán impropias de su estado eran aquellas habituales faenas de Tirso y se pedía que el Consejo recomendase á los superiores que recluyesen ó desterrasen al escandaloso fraile, prohibiéndole además componer otra comedia alguna (2).

Efectivamente, debieron de hacérsele indicaciones que Tirso tomaría quizás como ofensas, ocasionándose de todo un drama monacal del que no tenemos completas noticias, pero sí del resultado, que fué la salida de Tirso de Madrid, contra toda su voluntad; la formación de un proceso ó expediente (como hoy se diría) con caracteres de verdadera persecución, según la califica el propio interesado:

«*Tempestades y persecuciones invidiosas procuraron malograr los honestos recreos de sus ocios; y yo se de alguna borrasca que, á no tener á V. S por San Telmo, diera con él á pique.*»

Estas notables palabras van dirigidas por el mismo Téllez, bajo el nombre de su sobrino, á un noble caballero milanés, llamado Julio Monti, á quien dedica la *Tercera parte* de sus comedias. La condición de italiano del Mecenas parece indicar que en corte de Roma sería donde Monti prestaría sus favores al atribulado poeta cómico (3).

(1) *Deleitar aprovechando*, edición de 1635, folios 197, 209, 213 y 214.

(2) En el Archivo Histórico Nacional existe la noticia de esta querella, según me la ha comunicado mi erudito amigo y compañero D. Cristóbal Pérez Pastor. La noticia es aislada, faltando el expediente que debió de seguir á la denuncia.

(3) Quizá fuese pariente de César Monti, Patriarca de Antioquía y Nuncio en Madrid por los años 1630 á 1634.

Consecuencia de los sinsabores que esta contrariedad le produjo fué la resolución adoptada por TÉLLEZ de no escribir más para la escena. Persistió en ella durante diez años, según afirma en dos lugares de la misma *Tercera parte:* uno en el prólogo *A cualquiera;* al decir, siempre por boca de su postizo sobrino, que «en fe de la buena fama que adquirió (el autor) se ha echado á dormir no menos tiempo que el de diez años, escarmentado de trampas y mohatras»; y otro en la referida dedicatoria: «Dos lustros han corrido en que ni importunaciones de interesados ni preceptos acreedores han podido obligar sus sales á que reiteren sazones del teatro» (1).

Como esto se escribía en 1634, las fechas no convienen más que aproximadamente, por cuanto sabemos que en 1625 y en 1626 compuso algunas comedias (2). De todas suertes bien ganado se tenía el descanso nuestro poeta. *Mas de cuatrocientas comedias* llevaba compuestas en veinte años, según él propio asegura (3), cuando renunció á seguir recogiendo laureles en el teatro. Y si se tiene en cuenta el viaje á Santo Domingo, en que emplearía acaso dos, otros viajes de uno en otro convento, enfermedades y ocupaciones, tal vez no será aventurado suponer que corresponden unas 25 piezas dramáticas á cada año. Y todas se representaron, porque el insaciable apetito del público devoraba todo lo que ofrecían poetas tan fecundos como Tirso y Lope de Vega, que, como es bien sabido escribió, y vió representar ú oyó que lo habían sido *mil ochocientas*, es decir, más que en su época produjeron los teatros inglés, francés é italiano reunidos.

VIII

Salida de Tirso *para Salamanca.—Es nombrado Comendador del convento de Trujillo. -Publica la* Primera parte *de sus comedias* (1626-1627).

Antes de Mayo de 1626 se hallaba ya Tirso en Salamanca, probablemente desterrado; pues en dicho mes y año se reunió en Guadalajara un capítulo provincial de su

(1) Véase más adelante la bibliografía dramática de Tirso. Prólogo y Dedicatoria de la *Tercera parte* de las Comedias.

(2) Según veremos en el *Catálogo dramático razonado* de Tirso, las comedias *Hablador en entrando, No hay peor sordo*, se escribieron en 1625, en que los ingleses acometieron la ciudad de Cádiz, como se ve por diversos pasajes de ellas alusivos á dicho suceso, y al mismo año pertenece también la bellísima *Desde Toledo á Madrid*, pues en 1625 se rindió á nuestras armas la plaza de Breda, á cuyo suceso hace bastantes referencias. La titulada *La Huerta de Juan Fernández* se compuso en 1620, pues en las escenas v y vi del acto II, hay dos cartas fechadas á 29 de Marzo y 14 de Abril de 1620, y en el acto III, escena II, se alude á la inundación de Sevilla, por desbordamiento del Guadalquivir, ocurrida el 25 de Enero del mismo año. Después no se conoce fecha cierta de ninguna comedia hasta 1638 en que terminó en Madrid la de *Las Quinas de Portugal*. De modo que solo ocho años llevaba Tirso en 1634 de abandono en el cultivo del drama. Es probable que luego no volviese escribir otra alguna hasta la de 1638, y ninguna, de seguro, después.

(3) «Gusano es su autor de seda de su misma substancia ha labrado la numerosa cantidad de telas con que cuatrocientas y más comedias vistieron *por veinte años* a sus profesores, sin desnudar, corneja, ajenos asuntos ni disfrazar pensamientos adoptivos.» (Dedicatoria de la *Tercera parte*. Si, como hemos concluído, en vista de otros datos, no empezó Tirso á escribir para el teatro hasta 1606 y cesó en 1626 como queda demostrado en la nota anterior, resultan exactamente los veinte años de actividad productora que acaba de apuntar. El mismo resultado se obtiene con las palabras del prólogo de los *Cigarrales*, escrito entre 1620 y 1621, donde asegura llevar compuestas 300 comedias en los *catorce años* antecedentes.

Orden, presidido por el saliente Fr. Gaspar Prieto, en cuyo puesto le sucedió Fr. Blas de Lineo, y entre los mercenarios que concurrieron al capítulo y tuvieron voto se cuenta á Fr. GABRIEL TÉLLEZ, á quien designa el cronista Fr. Felipe Colombo con el aditamento de «*Redentor de Salamanca*» (1).

Quizá para endulzar la amargura de la anterior persecucion, se nombró á Tirso Comendador del convento de Trujillo, adonde, terminado el capítulo, se marcharía a residir. Y entonces y allí le conocería D. Fernando de Vera y Mendoza y para adornarle con su nueva dignidad, retocaría, en esta parte, su *Panegírico* ya citado. La fecha del nombramiento consta en el P. Colombo. De todas suertes la designacion de Tirso para Trujillo era una especie de destierro, del que se apresuró á salir cuanto antes. Y ya que no podia componer nuevas comedias (y eso que pudiera presumirse que en esta época pergeñó la trilogía de los *Pizarros*, naturales de Trujillo), se dedicó á reunir algunas de las viejas para darlas á la estampa, como lo hizo, imprimiendo su *Primera parte* dos veces al mismo tiempo ó en el mismo año, 1627, una en Madrid, segun toda probabilidad, y otra en Sevilla (2).

(1) También el Sr. Serrano (*Introd.* á la citada) apoya la biografía de Tirso todos los datos contenidos en la fragmentaria é inédita *Historia general de la Merced*, que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional. El P. Felipe Colombo nació en Guadalajara en 1624, entró en la Orden de la Merced en 1641 y murió en 20 de Octubre de 1694, siendo Comendador del convento de Guadalajara. Hizo los sermones y vidas de Santos. (Véase Catalina García: *Escritores de Guadalajara*, pág. 84.) Desempeñó además el cargo de Cronista de su Orden y gozó fama de buen predicador.

Los fragmentos de su *Historia* trata diversas veces de TÉLLEZ como orador sagrado, y sus noticias son ciertamente preciosas, porque se refieren á épocas poco conocidas de la vida de nuestro gran Mercenario.

(2) El Sr. Narciso Alonso Cortés en sus *Apuntes bibliográficos* que en 1621 tenía dadas á la imprenta doce comedias que habían de ser *Primera parte* de las suyas. Ignoramos por qué la impresión no se hizo por entonces. Debió de salir al fin á luz en Madrid en 1627, según se deduce del privilegio, tasa y erratas de la edición de Valencia de 1631, que luego describiremos. El Conde de Schack en su *Historia de la literatura y arte dramático de España*, tomo III, pág. 301 de la traducción castellana (Madrid, 1885), cita un ejemplar de esta impresión madrileña que dice se halló en el Libro de Paris Mr. Ternaux Compans, pero no da de ella más señas ciertas que el tamaño. La fecha es más dudosa por las siguientes razones: 1.ª, estampada en la portada «Con licencia», no expresa la copia (equivocadamente 2.ª, no 1.ª) de los títulos de las doce comedias que en esta fecha de cosecha sino de once, faltando la última, de cuya prueba que el ejemplar que tuvo á la vista no tenía principio ni fin; 2.ª, el Conde no manifiesta haber conocido desde la reimpresión de 1631, pues de lo contrario hubiera estado en disposición de diferenciar entre una y otra. Lo que, al parecer, no ofrece duda alguna es que el ejemplar descrito por Schack fué un ejemplar falto de la edición de Valencia de 1631, ó sea la tercera.

2 Primera parte de comedias nuevas del Maestro Tirso de Molina. D. Antonio de Paz, regidor de la ciudad de Salamanca. Primera parte. Sevilla, Francisco de Lyra, á costa de Manuel de Sosa, mercader de libros, 1627-34, á la prensa 1636, portadas por erratas dice 1630. Este dato carece de más preliminares que la *fecha* de la *dedicatoria* y los *títulos* de las comedias que contiene y se citan en la hoja siguiente á la de la portada.

Contiene las siguientes
Palabras y plumas
El pretendiente á tercas
El dueño de cada uno
La villana de Vallecas
El melancólico
El mayor desengaño
El castigo del penséque
Segunda parte del penséque que es [illegible] otra.
La gallega Mari Hernández
Todo es dar en mas y mas de menos
La celosa de sí misma
Amar por razón de estado
(Schack, *Catálogo* de su Biblioteca, t. 3.º, pág. 322.—Du-

La edicion madrileña nos es, por hoy, solo conocida por la reimpresion de Valencia de 1631; la de Sevilla ofrece de particular el estar dedicada por Tirso á un don Alonso de Paz, Regidor de la ciudad de Salamanca, siendo así que había dirigido al parecer la de Madrid (que comprende las mismas comedias) á su amigo el Dr. Juan Pérez de Montalban. Y sin embargo, Pérez censuraba á los que dedicaban en particular cada pieza á diferente sujeto; lo cual es ciertamente distinto que dedicar una misma obra á diversas personas.

El tal Regidor de Salamanca debia de ser amistad nueva, adquirida por Tirso en Salamanca en 1625 ó 1626 cuando allá le enviaron. Termina su dedicatoria, que suscribe con el nombre de *El Maestro Molina*, con este párrafo: «Todas estas doce (comedias) salen á su nombre seguras, ó á lo menos ejercitadas al sufrimiento, pues habiendo pasado libres por los infortunios del teatro, maltratado ya de envidia y ya maltratado por la ignorancia, como soldados viejos gozarán la plaza muerta del sosiego y paz que les promete *el nombre* y agrado de V. md.»

De las doce comedias de esta *Primera parte* imprimió D. Juan Eugenio Hartzenbusch ocho y en el presente tomo van las otras cuatro, todas excelentes, excepto *El arbol del mejor fruto*, que nos parece mas endeble. *El Melancólico* es superior á *Esto si que es negociar*, su refundición, en cuanto á que el carácter está mejor descrito y sostenido; pero no está tan graciosamente dialogada. *El mayor desengaño*, drama imponente, puede en ciertos respectos parangonarse con *El condenado por desconfiado*, cuya antítesis extremada viene á ser. Si Paulo se condena por demasiado desconfiado, á Dión le sucede lo propio por su excesiva soberbia y desprecio de la omnipotencia y misericordia divinas. *Tanto es lo de más como lo de menos*, en que están refundidas, con grande acierto, las dos historias sagradas del *Hijo pródigo* y del *Rico avariento*, es un drama igualmente bueno, salvo algunos defectos de pormenor, y se sabe que siempre ha hecho buen efecto en las tablas: en el siglo XVIII se representó mucho

rán y Barrera citan otro ejemplar existente en la Biblioteca imperial de Viena.)

Título de la edición: *Doze | comedias | nuevas del Maestro Tirso | de Molina | Al Doctor Juan Perez de Montalvan | Capellan natural de Madrid | Año (1634) | Con privilegio | En Valencia en casa de Pedro Patricio Mey | 634*, a la p. preliminar.

«Suma de la tassa.» Tiene privilegio de Rey nuestro Señor el Maestro Tirso de Molina para imprimir estas doze Comedias suyas. Despachado en el Consejo de Diego Gonçalez de Valdivieso. Su fecha en 12 de Marzo de 1634.»

Fecha de la primera pieza: Viernes 7 y medio. En Madrid á 10 de Noviembre de 1626.

Fecha de la última: Madrid 12 de Noviembre de 1626. El Licenciado Morcilla de la Cadena dice que corresponde con su original.

«Al doctor Juan Perez de Montalvan

»Por ser estas doze Comedias de un tan al contado de v. m. me atrevo á que salgan á luz debaxo de su amparo. Reciba este pequeño agradecimiento de un amigo que le desea mucha salud y aumentos en su persona, cuya vida prospere el cielo.—Amigo de v. m.»

«Títulos de las doze comedias.» Son las mismas doce de la edicion sevillana y por el mismo orden.

Es muy singular que esta impresion, hecha en Valencia, traiga una fe de erratas vista en Madrid cinco años antes. Notese tambien que no lleva aprobacion de las que hay en la Tercera de esta misma colección, ni de una ni de otra anteriores, correspondientes á dichos documentos en la de Madrid, 1627.

IX

Tirso de nuevo en Salamanca. — Fiestas en honor de San Pedro Nolasco (1629).

En 1629 celebró la Religion de la Merced, en honra de su fundador San Pedro Nolasco, solemnísimas fiestas en diversos lugares de España, especialmente en Madrid. Fué historiador de estas últimas el Cronista general de la Orden y autor dramático Fray Alonso Remón, quien reunió en su libro todo lo que se acostumbraba en semejantes casos: relación de los sermones, justas poéticas, representaciones, etc. Lleva además un gran numero de composiciones poéticas de mercenarios y otros que no lo eran, pero ninguna de Tirso, á quien no nombra ni una sola vez en todo el libro (1). Prueba evidente de que no estaba en Madrid. Tampoco continuaba en Trujillo; porque en el mismo año se congregó en Guadalajara un Capítulo provincial, en el que fué nombrado Comendador de aquel convento el P. Velázquez (2). Acreditan, pues, que se hallaba en Salamanca, aunque no lo dice claramente, las palabras contenidas en su ya mencionada obra *Deleitar aprovechando*, cuando trata de «la Justa literaria (Palestra de Apolo la intitularon) que á la canonización de sus dos primeros héroes el fundador y patriarca de esta cándida milicia San Pedro Nolasco, y su primogénito en la gracia San Ramón Nonnat, ó no nacido, celebró la mayor Atenas y católico Parnaso, Salamanca; cuya liberalidad en los gastos, en el lucimiento, en la devoción, en la calidad y en el concurso, si no excedió pródiga á la que la Corte dedicó, *el mismo año*, al divino patriarca, compitióla á lo menos en lo obstentativo y no sé si mereció primer lugar en lo aliñoso. Una de las acciones tan aplaudidas de ella fué el desafío poético en que plumas águilas volaron tan sublimes que las perdió de vista la envidia emuladora; pero ¿qué maravilla, si eran sus plumas las de Salamanca?»

Tirso concurrió a todos los certámenes de esta justa, escribiendo veintiún composiciones poéticas diferentes y llevando el premio en algunas. Siguiendo el método iniciado en la justa de Santo Domingo en 1615 y continuado en otra celebrada en Toledo, con ocasión de la canonización de San Francisco de Borja, presentó duplicados versos para cada tema: uno en serio y otro en estilo rústico y gracioso (como si dijéramos el galán y el lacayo de sus comedias); sólo que aquí cambió su nombre serrano de Paracuellos de Cabañas por el de Gil Berrugo de Texares, sayagués. Así compuso dobles una canción real, una glosa, unas décimas, otra canción de arte menor (de esta clase tres), un romance endecasílabo, unas octavas, dos clases de sonetos, un madrigal

(1) *Las fiestas, lemnes y grandiosas que hizo la Sagrada Religion de Nuestra Señora de la Merced, en este su convento de Madrid, á su glorioso Patriarca y primer fundador San Pedro Nolasco este año de 1629. Por el P. Maestro Fray Alonso Remón. Madrid, imprenta de Reyno M DC XXX.* 4.°, 124 páginas en todo, 15 de preliminares.

(2) SIRVANO, *Nuevos datos*, pág. 73

y unos sáficos. Algunas de estas composiciones, sobre todo las de gusto popular, nos parecen buenas. Todas las incluyó en *Deleitar aprovechando* (1).

Si Tirso no estuvo en Madrid en el referido año de 1629, no creemos pueda ser autor de cierta rarísima *Relación* en prosa de las fiestas que en la Corte se hicieron á la entrada, en el mes de Octubre, del Príncipe de Guástala, Embajador del Rey de Hungría, para acompañar á la Infanta D.ª María, hermana de Felipe IV, ya casada por poderes con el futuro Emperador Fernando de Austria, y una *Loa* en verso al nacimiento del Príncipe de Asturias Baltasar Carlos (2). El autor declara haber visto

(1) Madrid, 1835, folios 318 y siguientes.

(2) El único ejemplar conocido de este opúsculo hállase en la biblioteca de la Real Academia Española y se titula *Breve Suma, y Relación de las grandiosas fiestas que en la Corte se hizieron á la entrada del señor Príncipe de Guástala, Embaxador de su Majestad el señor Rey de Vngría. Con una Loa al nacimiento del Príncipe de España. Compuesto por Grabiel (sic) Tellez. Impresa en Segovia por Gerónimo Murillo. Año 1629.* 8.º, 4 hojas.

Y para que se vea que no puede adjudicarse al autor del *D. Gil*, la copiaremos íntegra.

«Por no cansar al lector no escribo Prólogo largo, sólo verdad infalible, la cual, vista por los ojos, es todo al pie de la letra, deseando mi corto ingenio dar vuelo á mi torpe pluma. Y es cierto que el Excmo. Señor Príncipe de Guástala, Embajador por la Majestad Cesárea y Rey de Hungría, entró en Madrid, miércoles á 3 de Octubre. Fué recebido con la grandeza y aplauso como la ostentación requiere á semejante persona, con justa razón. Le acompañaban cincuenta caballeros de su tierra con vestidos tan costosos y galas admirables, á caballo el Sr. Embajador con tanta gala y bizarría, que invidiaba el sol, dándole todos mil parabienes. Llevaba 24 pajes suyos y 12 lacayos con libreas de terciopelo negro con guarnición de oro, delante 36 acémilas con las armas imperiales. Salió á recebirle la grandeza de España y caballería á San Jerónimo con tanta gala y bizarría que parecía Madrid otras Indias, con muchas libreas diferentes y variedad de plumas de muchos colores. Entre el bullicio y grandeza llegaron los señores Duque de Medina de las Torres y el Sr. Condestable á un mismo tiempo y se saludaron las cortesías debidas y lo mismo hicieron los demás señores que en el acompañamiento se hallaron. El Embajador y Príncipe iba en un caballo brioso en medio de dos grandes señores: el Duque de Medinaceli y el Condestable. La carroza del Sr. Príncipe Embajador detrás, y es tan bizarra, que es de terciopelo carmesí, bordada de oro con clavazón de plata sobredorada, y en los remates águilas, armas imperiales, con cuatro caballos lozanos, dos cocheros, con la misma librea. Luego seguía la carroza del Sr. Condestable, bizarra y tan bella sin comparación. Seguían otras carrozas y muchos coches que no lo digo por no cansar al lector. El Sr. Duque de Medina Coeli llevaba los pajes y lacayos con libreas de terciopelo negro, guarnecido de lama de plata y plumas blancas, muy bizarra en extremo. Por ser tantas las libreas que han salido, no me alargo á escribirlas; que sería menester un libro muy grande.

»Con la ostentación referida dieron vuelta por palacio y Platería y Plaza Mayor, hasta la calle de las Carretas, donde se hospedó su Excia. en casa del Marqués de la Pojylera.

»El día de San Francisco, á 4, después de mediodía, á las tres, con el mismo acompañamiento que entró su Excia., el Sr. Embajador fué á besar á sus majestades las manos y á la Sra. Infanta de España y reino de Hungría.

»Las joyas que trujo el Sr. Príncipe de Guástala para presentar á la Sra. Reina de Hungría son de tanta estima y valor, que pasan de más de 600.000 ducados.

»La noche que besó á los Sres. Reyes la mano hubo una máscara famosa, en la cual entró el Sr. Príncipe D. Carlos, á su lado el Sr. Conde-Duque. Los demás grandes y señores le acompañaban todos con hachas blancas encendidas, en las manos, en la máscara y fiesta. Eran tantas las luces de palacio, plazas y calles que, desde lejos, parecía Madrid que se ardía en fuego. Dióse fin á las fiestas á las doce; las cuales fueron muy grandiosas.

LOA DEL NACIMIENTO

Alégrese toda España,
Flandes, Milán y las Indias,
también se alegre Lisboa
con Saboya y con Sicilia,
porque la reina Isabel,
después de los nueve días
que anduvo las estaciones,
tuvo parto de alegría.
A diecisiete de Octubre,
víspera de Evangelista,
á las seis de la mañana,
cuando ya hebo salía,
el Príncipe soberano,
hijo del Rey de Castilla,
regocijó toda España
y á todos los presos dicha.
Luego la siguiente noche
por plazas, calles y esquinas
parecía Madrid cielo,
luces, música, armonías.
Duques, marqueses, señores,
repartidos en cuadrillas,
dos á dos, hubo carrera,
galan el que más podía.
Clarines y sacabuches,
trompetas y chirimías
repartiéronse por plazas,
donde las fiestas se hacían.
Era la corte otra Troya
por el gran fuego que ardía,
luminarias y cohetes,
mosquetes y artillería.
Los relojes y campanas
sueltas, tañen y repican,

«por los ojos» lo que describe con gran brevedad, y la *loa*, tambien corta, más bien parece romance para cantar los ciegos por las calles de Segovia, donde una y otra fueron impresas, dándoles por padre á un tal *Gabriel Vellez*, tal vez segoviano, que vino á las fiestas referidas.

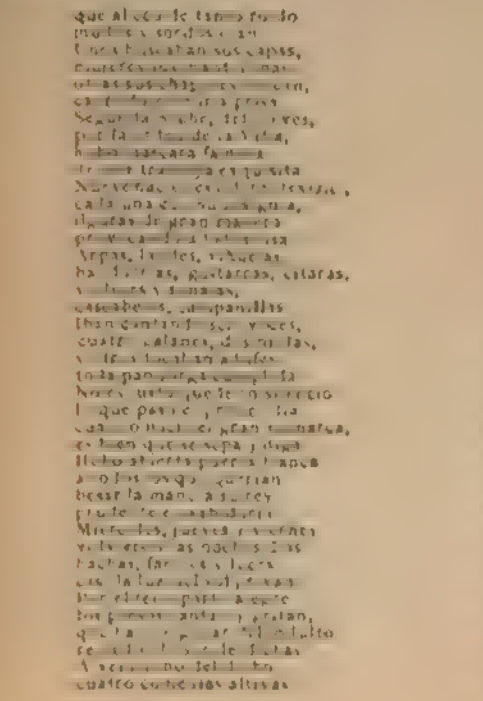
Nada hay en el estilo de la *Relación* ni de la *loa* que recuerde el de nuestro mercenario, y solo la casualidad del nombre hizo que, aparte de su gran rareza, mereciese los honores de una reimpresion elegante (1).

V

Tirso vuelve á Toledo — Termina la composicion de su Deleitar aprovechando — *Examen de este libro* (1630-1632)

Probablemente en 1630 (2) pudo Téllez volver á Toledo, donde se hallaba á principios de 1631. Allí consagró un año entero á la composición de una obra que concluia á 26 de Febrero de 1632, para la cual solicitaba licencia de impresión tres meses después; pero que no salia definitivamente á luz hasta tres años más tarde.

Titulóla *Deleitar aprovechando* (3), para dar á entender que la enseñanza que el libro encerraba iba expuesta en amena forma, á fin de que más fácilmente y con mayor gusto pudiera ser recogida.



Tirso no pudo escribir las sandeces y vulgaridades que hay en estos versos

(1) Hízola en 1806 el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla, por I. Ibarra (16°, 17 páginas), tirando solo cincuenta ejemplares y obsequiándome con el número 2.

(2) En dicho año imprimió en Madrid un *Auto de cortes*, en verso y en folio, segun afirman el P. Rueda y Alvarez Baena.

(3) *Deleytar | aprovechando | Por el Maestro | Tirso de Molina | [1] | Dirigidas | a Fernando Enriquez de Cardona | y Arce Señor de la villa de Carpio Caballero | del habito de Santiago, y Veintiquatro | de Cordoba | Año [Escudo con una torre de tres] 1635 | Con Privilegio | En Ma-*

Tan contento quedó de su trabajo, que no dudó en afirmar que siendo el quinto en el número de los hijos de su talento, era el mayorazgo en el amor que le tenía; y, al fin de él, ofrece una segunda parte, que de seguro no llegó a escribir.

---

drid, En la Imprenta Real | Vendese en Domingo Gonçalez, Mercader de Libros. —4.°, 8 h. prels. y 332 foliadas. *Al fin*: «En Madrid, | En la Imprenta Real | Año M.DC.XXXV.»—A la conclusión del texto lleva una protesta sometiéndose á la corrección de la Iglesia y la fecha «En Toledo á 20 de Febrero de 1632 años», que, al parecer, fué cuando lo terminó.

«*Suma del Privilegio*. Los señores del Consejo dieron privilegio al padre Maestro fray Gabriel Tellez de la Orden de nuestra Señora de la Merced por tiempo de diez años para poder imprimir este libro, intitulado *Deleytar aprouechando*, firmado de su Magestad, y despachado en el Oficio de Marcos de Prado, escribano de Cámara. Dado en Madrid á seis días del mes de Agosto del año 1634.

»*Fe de Erratas*. Este libro intitulado *Deleytar aprouechando*, está bien y fielmente impreso con su original. Dada en Madrid á 25 de Junio de 1635. El Licenc.° Murcia de la Llana.

»*Suma de la Tassa*. Los señores del Consejo tasaron este libro intitulado *Deleytar aprouechando* compuesto por el padre Maestro fray Gabriel Tellez, á cuatro maravedís y medio cada pliego, y tiene ochenta y seis pliegos, que á dicho precio monta trecientos y noventa y siete maravedís en que se ha de vender. Dada en Madrid á 5 de Julio de 1635. Despachado en el Oficio de Marcos de Prado y Velasco.

»*Licencia de la Orden*. Tiene licencia el padre Presentado fray Gabriel Tellez, Coronista General de toda la Orden de nuestra Señora de las Mercedes Redención de cautivos, por nuestro muy Reverendo padre Maestro fray Pedro Merino catedrático en propiedad de Salamanca y Provincial de Castilla de la dicha Orden, para presentar al Real Consejo un libro intitulado *Deleytar aprouechando*, después de haber sido visto por su mandado religiosos de la Orden graves y doctos que le aprobaron, de que yo el infrascripto Secretario de dicha Provincia doy fe. Su fecha en nuestro convento de Madrid á 24 de Mayo de 1632. El Presentado fray Gabriel Adarço de Santander, Secretario.

»*Aprobación del Maestro Josef de Valdivielso*. Capellán de honor del Serenísimo Infante Cardenal. Este libro (cuyo título es *Deleytar aprouechando* y su autor el reverendo padre Maestro fray Gabriel Téllez, Difinidor desta Provincia y Coronista de toda la Orden de nuestra Señora de la Merced) merece la licencia que suplica por ser todo devoto, sutil y entretenido, sin que en él haya proposición que no sea conforme á la sana doctrina de nuestra fé, reformación de costumbres y dignos de las letras y ingenio de su autor, con que el señor Vicario General en esta Corte (que me le remetió) podrá seguramente dar su licencia en lo que le toca, etc. Madrid y Abril 8 de 1634.—El Maestro Josef de Valdivielso.

»*Aprobación del padre fray Geronimo de la Cruz, Lector de Teología Moral en el Real Monasterio de San Gerónimo de Madrid*. Con provecho mío he deleitádome en este libro (que ajustadamente compuesto con el mismo título) y V. Alteza me ha mandado censurar, y solo para su alabanza (porque la comisión que se me ha dado no sufre panegíricos) diré lo que Gregorio Presbítero del grande Nazianzeno, cuando en su edad postrera puso la pluma contra los vicios que introdujo el apóstata Iuliano. Entretiénelo el gramático y pregunta tercio el romancista, pero siendo lo próximo de la autoridad por lo proporcionado al sujeto que merece por todos cuatro costados la licencia que á V. Alteza pide sin perjuicio de la fe y costumbres, antes para reformación destas y confirmación de la otra, etc. En San Gerónimo el Real desta Corte á 22 de Junio de 1634.—Fr. Gerónimo de la Cruz.

»*A don Luis Fernandez de Cordoba y Leyte, Señor de la casa del Carpio, Caballero del Hábito de Santiago, Presidente Governador y Capitán General que fue de las provincias de Chile, Vizconde de la ciudad de Cordoba, etc.*

»Desde el día primero que en casa de V. S. comenzaron sus agrados á favorecerme, desee pagar créditos superiores de tan hipotecandades le meter de mi caudal que de tan desvalijado dueño es fuerza que lo sean los retornos. En mi estimación ningún estado mío con más derecho merece mis mercedes que este libro, hijo de mi talento corto el quinto en número, pero el mayorazgo en el amor que le he cobrado. Costóme un año entero de desvelos, sin divertir la pluma á otros empleos que la inclinación me ejecutaba. Una noche me la elocuencia histórica que San Basilio obispo de Seleucia escribió en griego de la invicta Virgen y triunfadora mártir santa Tecla y llegó á mis manos en latina. Recreábanme los entretenidos sucesos, los acertados descaminos y las derrotas mismas por donde el celo guió al sacrosanto pontífice Gregorio á sus padres y hermanos, para que heroes todos de la primitiva Iglesia, aquel fuese en la Monarquía Apostólica

Es obra de igual trabazón y contextura que los *Cigarrales de Toledo*, si bien los elementos que entran á formarla son completamente distintos. En vez de cuentos ale-

el segundo Vice Cristo (conforme la disposición de su glorioso Maestro Pescador Clavero, aunque el cuarto según el nombramiento de su conclave) y los otros admiración de Asia, blasón de Europa, confusión de la fortuna, blanco de las adversidades, juego de las contingencias y triunfo de la virtud y la constancia. Enseñoreábanse de mis afectos los rodeados atajos por donde la gracia guió para más lustre de nuestra Milicia Redentora los pasos del Bandolero mártir, gloria de Cataluña, e ecutoria de sus hijos y verdadera imitación del que pendiente de un madero convirtió las afrentas del patíbulo en blasones y sus asombros en deseos, lográndosele los que abrasaban á nuestro catalán triunfante, de manera que tres días, joyel de un árbol, pájaro celeste, iris del elemento diáfano, trofeo de la aurora Virgen y viva similitud de su hijo Dios difunto, quebró los brios á la muerte y alargó los plazos á la vida para confusión de bárbaros y admiración de fieles.

»Buscaba, pues, mi pluma alguna disposición nueva que la medrase crédito con tales tres asuntos; tal vez imaginaba harlos al teatro en otras tres comedias, pero apenas me las consultaba el pensamiento, cuando retrocediendo, él mismo me advertía cuán desganado el auditorio á todo lo sagrado amenazaba atrevimientos, ya envidiosos, ya ignorantes (si los unos de los otros se distinguen), lo contingente del aplauso, lo peligroso de las ostentaciones carpinteras y pintoras (adonde han dado en acogerse como á portería de convento, las penurias de las trazas y sentencias), la poca fe que ganan las verdades con los ensanches mentirosos, que en semejantes argumentos añaden las musas, pues no hay comedia de las desta especie en que no pongan más prodigios de su casa que encierra un *Flos Sanctorum* (como les venga á cuento á las tramoyas) sin que escrupulicen los poetas las censuras que el Concilio sacrosanto Tridentino fulmina contra los que fingen milagros nunca sucedidos. Y últimamente recelaba el saber por experiencia lo poco que permanece la memoria de los varones celebres que por este camino se manifiestan al concurso, pues la que más duración goza es en la corte quince días, y en los demás pueblos tres ó cuatro, quedando al tercer año sepultados sus cuadernos en los legajos cuando mucho de algún tratante papelista. Vidas de santos (me decía asimismo) sencillamente impresas, por más que las sazone lo admirable de sus casos, se llevan consigo lo fastidioso, que todo lo divino. Los títulos solos de los libros espirituales dan de suerte en cara que ofrecerle á un mercader el privilegio de valde para que los fle al molde, es sentenciarle en la pérdida del gasto y la impresión al destierro de las especerías ó cartones (tan insípida tiene la devoción nuestra tibieza). ¿Novelas? Eso sí, libros de comedias, aunque salgan los tomos de veinte en veinte, quimeras y aventuras con todo género de divertimiento aseglarado, por lo nuevo apetitoso, por lo eslabonado suspensivo, y por lo satírico picante. Estos se compran, se buscan y apetecen, sin que (aunque diversas veces se impriman) se pierdan los libreros ni los lectores se empalaguen.

»Pues buen remedio (proseguía mi discurso) doremos esta píldora: hagamos una miscelánea provechosa, y á imitación de la abeja (que con su artificio y las flores de los romerales saca un tercer mixto que saludable y dulce ni es totalmente tomillo ni romero, ni del todo degenera de sus virtudes y sustancias). Novelemos á lo santo, y entre lo marañoso y entretejido de lo raro de sus vidas fabriquemos estos tres panales que, lisonjeando al apetito enfermo, comunique confitado lo medicinal de sus ejemplos.

»Si tanto se recrea el común gusto con lo peregrino de los cuentos, lo enmarañado de los amores, lo temerario de la valentía, lo ingenioso de las trazas y lo quimérico de las aventuras. Ni en cuanto el Bocacio, el Giraldo, el Bandello, y otros escribieron en toscano, Eliodoro en griego, en portugués Fernán Méndez Pinto, Barclayo en Francia, los autores de los *Belianises*, *Febos*, *Primaleones*, *Dianas*, *Guzmanes de Alfarache*, *Gerardos* y *Persiles* en nuestro castellano pueden compararse (puesto que todas son patrañas) con los sucesos portentosos, raros y verdaderos destos tres sujetos.

»Determinado en fin en el empleo destas resoluciones, gasté el año que digo en aliñarlas. La curiosidad registradora siempre que las fiscalice, manifestará si cumplí (cuando no con sus deseos) con los míos. Coteje la *Patrona de las musas* con lo que escribió en tres libros de la milagrosa santa Tecla su devotísimo obispo *seleuciense*, los *Triunfos de la verdad* con lo que en diez (que San Clemente dedica al primo de nuestro Dios el menor Santiago y intitula de las *Recognitiones*), *El Bandolero* nuestro con lo que las Crónicas de su Orden refieren del Armengol divino. Y atrévase la novela más bien quimerizada con las que la gracia celestial (sin comparación de más sutil ingenio) para utilidad nuestra, alabanza suya y

gres contiene leyendas piadosas: en lugar de comedias, van autos sacramentales, y en sustitución de fábulas mitológicas ó satíricas, versos devotos (aunque no todos), escritos por el P. TÉLLEZ en varios certámenes en honor de algunos santos.

Lo que más bien á él le parecía de su obra son tres novelas á lo divino que tienen por asunto: una, *La Patrona de las Musas*, la vida, en parte apócrifa, de Santa Tecla, según las *Actas* de la Santa, libro correspondiente á los orígenes del cristianismo, otra, *Los triunfos de la verdad*, tomados de otro antiquísimo libro ebionita titulado las *Clementinas* ó *Recogniciones*, historia también fabulosa del Papa San Clemente y su familia, pero limpia de todo resabio herético, y, por último, la vida tradicional de San Pedro Armengol, uno de los fundadores de la Orden á que Tirso pertenecía.

De estas tres novelas, la primera es ciertamente muy inferior á las otras dos. La segunda tiene interés dramático y agrada la lectura de su primera parte. Pero sobre todas descuella *El Bandolero*. Es obra, á nuestro juicio, indebidamente postergada y mal entendida (1). No sólo está escrita con notable vigor de estilo, riquísimo vocabulario, giros y frases construídas con primor y buen gusto, sino que me parece un admirable ensayo de novela histórica á la moderna. Tirso pinta los caracteres y las personas, hasta en su traje y modo de conducirse, con exactitud arqueológica, y describe con gran verdad y arte los lugares en la época en que viven sus personajes. De ello hay un notable ejemplo en la pintura de Barcelona y sus fiestas en el siglo XIII, y otro al referir la vida de un labrador catalán por el mismo tiempo. De seguro que si se publicara en forma menos amazacotada que está en *Deleitar aprovechando*, se suprimiesen el larguísimo poema de *Píramo y Tisbe* (1.654 versos) y algunos episodios

gloria de sus héroes, entretejió y dispuso, saldrá de la competencia con la ganancia que Midas contra Apolo, que Aragues contra Palas, y yo con el acierto por lo menos de habérselas dedicado á V. S. (a). Capellán de V. S.—El Presentado, FRAY GABRIEL TÉLLEZ.»

2.ª EDICIÓN.—*Deleytar aprovechando. Por el Maestro Tirso de Molina. A la Excelentissima señora D.ª María de los remedios y la Cueva, Condesa de Fuensalida, y Virreyna de Nauarra, Pliegos.* Escudo con una flor de lis *186 y medio. Con licencia. En Madrid. Por Juan García Infançon. Año de 1677. A costa de Mateo de la Bastida, Mercader de libros.*

4.ª, 6 h. prels. y 337 foliadas, la última por errata dice 328. Al fin, en hoja suelta: «Con licencia en Madrid. En la Imprenta Real. Año M.DC.XXXV.»

Este colofón hizo creer á algunos que esta impresión era la misma que la primera con nuevos preliminares. Nada más incierto: todo es diferente: papel, tipo de letra, contenido de las planas, etc., es una verdadera reimpresión.

Después de la dedicatoria, que ocupa hoja y media y va firmada por La Bastida, siguen la licencia de la Orden, la aprobación del Maestro Valdivieso (sic), la del P. Cruz, Suma de la licencia (Madrid, 15 de Marzo de 1677), Erratas (Madrid, 23 Julio 1677), Tasa (Madrid, 14 Agosto 1677), prólogo *A cualquiera*, Tabla y Texto.

3.ª EDICIÓN.—*Deleytar aprovechando. Por el famoso Tirso de Molina.» Madrid. Imprenta de Antonio María, 1765. Se hallará en la Portería del Convento de la Merced Calzada de esta corte.*

4.ª, 2 vols.—Dedicatoria de Tirso.—*Prólogo y noticia del autor de esta obra.* (Sin firma.)

Hicieron esta esmerada edición los Mercenarios del Convento de Madrid, limpia de las erratas de la segunda.

(1) Don Eustaquio Fernández de Navarrete en su *Bosquejo histórico de la novela española* (*Biblioteca de Autores españoles*, tomo 33, pág. LXVI), trata con algún desdén estos ensayos novelescos de TÉLLEZ. En dicho tomo se incluyó también la novelita de *Los tres maridos burlados*.

(a) Sigue trazando una extensa biografía del Mecenas.

y digresiones ajenas al asunto, produciría no poca sorpresa ver escrita en el siglo XVII una novela histórica por el estilo de las de Walter Scott.

Las demás obras, que no forman parte del libro, y sólo ocasionalmente están puestas allí, son tres autos sacramentales, titulados: *El Colmenero divino*, con *Letra* y *Loa*; *Los hermanos parecidos*, precedido de *Loa* y *Romance*, y *No le arriendo la ganancia*, también con *Letra* y *Loa*.

Los diálogos dramáticos y poéticos, uno entre *Simón el Mago y el Apóstol San Pedro*, y el otro entre *San Pedro*, *San Clemente*, *Nicetas* y *Aquila*, están intercalados en la novela de *Los triunfos de la verdad*, á la que pertenecen; y se conoce que el autor quiso dar alguna variedad á su narración interrumpiendo la forma prosaica. Tampoco son esenciales en este libro la mayor parte de las poesías líricas que lo esmaltan.

Ahora, siguiendo el método que hemos usado en la descripción de los *Cigarrales*, haremos una rápida excursión por él. Las razones que le movieron á componerlo y acerca de la forma que le dió están claramente expuestas por Tirso mismo en la interesante dedicatoria que hemos puesto en nota. Veamos cómo realizó su propósito.

Supone, pues, que en los tres días de Carnaval tres familias madrileñas se proponen festejarlo de un modo diferente que el común de las gentes, reuniéndose en lugares distintos para leer poesías de asunto serio, representar piezas devotas y referir historias no profanas, á imitación de ciertas festividades que en sus Colegios celebraban los Jesuítas.

Las reuniones habían de ser dobles cada día; esto es, mañana y tarde. Congregóse la primera el *Domingo por la mañana* en una quinta que, «á los ojos de la Corte», y no lejos «del enano Manzanares», poseía el que primero iba á leer la novela de *La Patrona de las Musas*. Intercala en ella la *Fábula de Mirra*, con pretexto de describir algunas fiestas paganas en Antioquía, patria de la Santa, cuya leyenda escribe. En el mismo día, *por la tarde*, se hizo la representación de *El colmenero divino*. Tirso describe el aparato escénico para ella, y añade que el auto fué «años ha aplaudido de ingenios y plumas, primero en la imperial Toledo, con honra y provecho de su *autor*, Pinedo, y satisfacción del poeta». Recitóse la loa y cantaron varios músicos unas endechas alusivas á la fiesta; y á renglón seguido incluye Tirso los versos que presentó en 1622 en los certámenes con que Toledo celebró la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Son unos tercetos, un soneto, unas liras, una glosa, una canción real, redondillas, un madrigal, unas octavas reales y un romance. Es de advertir que estas poesías son dobles, pues, como ya hemos dicho, Tirso escribía una en serio y otra jocosa, «á lo rústico», en todos los certámenes. Su nombre pastoril era aquí *Paracuellos de Cabañas*.

La fiesta del día siguiente se celebró en «la nunca bastantemente ponderada huerta del curioso y apacible Juan Fernández, regidor benemérito desta corte», como Tirso dice, y de la cual hace el siguiente elogio en prosa, como antes lo había hecho en su comedia del mismo título:

«Su dueño cumplió, sin ser poeta, el precepto de Horacio, entretejiendo lo dulce con lo provechoso, porque en Madrid, ni más amena, vistosa y acomodada quinta (hay) ni de interés tanto y tan lícito. Lo primero, por la comodidad cercana, con que se ofrece á los ojos luego que se entra por la Puerta de Alcalá; presidente á las frescuras del Prado, que en ella tienen principio. Lo segundo, con el estipendio interesable y limpio de infinidad de lavanderas, que, ninfas en vellón, de sus pilas y fuentes son consejeras sin garnachas, pero no sin mantellinas de la junta de la *policía*, puesto que á costa de mazos que, con no pequeño detrimento de sábanas y camisas tienen las veces del jabón, que llevan por ceremonia. .. No necesita la *cuadra*, para quien la ha visto, de que se la pinte, ni para los que no la han gozado será circunstancia forzosa el describírsela. Basta haber hecho el pensamiento á que esta casa de placer es la primera de la corte y el salón della el principal de sus aposentos.»

A continuación va la novela de San Clemente, con el título ya dicho de *Los triunfos de la verdad*, y el mismo *Lunes*, pero *por la tarde*, se representó con loa y letra musical el auto de *Los hermanos parecidos*, «no poco célebre (dice) años ha, entre los dos coros de la iglesia (catedral de Toledo). Representóle Tomás Fernández». Añade que en esta segunda representación (que al parecer fué real y efectiva) á los asistentes «los deleitó la notable similitud de los que representaron á los dos hermanos, pues, fuera de la uniformidad de los vestidos, en la edad los tales y casi las facciones los buscaron de suerte parecidos que no hicieron falta *los dos Valencianos, sus primeros recitantes*, cuya semejanza tantas veces tuvo confusa á la atención misma». Inserta luego Téllez los versos que compuso en América en 1615, en honor de la Virgen María, de los cuales hemos hablado antes

El *Martes por la mañana* (pues así estableció el autor la división de su obra: por días) le tocó «á la generosa huerta del Duque, al Prado, facilitada ya la permisión de su alcaide», ser el teatro de la nueva fiesta. «Compusieron el desahogado salón (ya muchas veces teatro de fiestas Reales, quando la privanza de su difunto dueño divertía en él la más piadosa Majestad que gozó España), adornáronle de brocados y calzáronle de alfombras y cojines. Erigieron después en el curioso patio (donde tantas veces en espectáculo festivo desesperados brutos cedieron provocados las fuerzas y las vidas á la costumbre y temeridad de nuestra patria) un capaz y vistoso tablado.....» Leyóse luego la novela del *Bandolero*, que ocupó toda la mañana, y el *Martes por la tarde* se ejecutó el auto *No le arriendo la ganancia*, «no poco aplaudido años ha, en esta corte, representándole Pinedo, en presencia del pacífico Felipe, Tercero deste nombre» Terminado el auto imprime Téllez las poesías líricas con que en 1620 concurrió en Salamanca á los certámenes en honor de San Pedro Nolasco, fundador de la Merced, cuando su canonización, de cuyos versos hemos hablado.

Al fin vuelve a ofrecer «la segunda parte... si consigue este libro lo que en el título insinúa», y las últimas palabras son: «En Toledo á 20 de Febrero de 1632 años.»

XI

Elogia Tirso *á algunos autores.—Es nombrado Cronista y definidor de su Orden.—Publica la* Tercera parte *de sus comedias antes que la* segunda (1632-1634).

Recuerdo de sus amistosas relaciones adquiridas en Salamanca son dos poesías con que celebró en una de ellas y con el nombre de *El Maestro Tirso de Molina*, *don Fr. Gabriel Téllez*, cierto poema titulado *El Adonis*, compuesto en octavas por don Antonio del Castillo de Larrázval, é impreso en Salamanca en 1632 (1). Este mancebo, natural de dicha ciudad, tenía tal disposición para la poesía, que á los veintiún años de edad, y en el término de un mes, escribió su obra; y estaba tan bien relacionado como demuestran otras composiciones poéticas en loor suyo, obra de Calderón, Mira de Amescua, D. Antonio de Mendoza, Villayzán, D.ª María de Zayas, etc.

Ensalzó además con otra décima cierta obra que, con el título de *Verdades para la vida cristiana, recopiladas de los Santos y graves autores* (2), dió á luz en Valladolid, en el referido año, el Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, famoso autor de la novela *Alonso, mozo de muchos amos*, más conocida con el título de *El Donado hablador*. Este célebre médico, que falleció en este mismo año en que Tirso le elogia, aunque natural y vecino de Segovia, debió de ser amistad granjeada en Salamanca, adonde iría con frecuencia el Dr. Alcalá y donde imprimió años antes su otra obrita: *Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla*. Nómbrase en el encabezado de dicha poesía al autor de ésta: «El Padre Fr. Gabriel Téllez, *Difinidor general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced y Lector en Teología*».

No fueron estos los únicos elevados puestos que Tirso alcanzó en su Orden.

En el mes de Mayo de este año de 1632 fué nombrado *Cronista general* de la Merced; y se averigua de este modo. Era lo en 1629, como él mismo dice, Fray Alonso Remón, quien vivía aun á principios de 1632, como asegura Montalbán en su *Para*

(1) *En la Oficina de Jacinto Taboada, impresor de la Universidad*, 4.°, 11 páginas. No he logrado ver este folleto de gran rareza y por tanto, no puedo hablar de la poesía de Téllez. Cítalo Gallardo en su *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, tomo II.

(2) *En Valladolid por Jerónimo Murillo*. 1632. 3.° hs. prels. y 412 págs.

Entre las composiciones en verso dedicadas al autor, hay una décima siguiente:

«El Padre Fray Gabriel Téllez, definidor general de la orden de nuestra Señora de la Merced, Lector de Theología y el Doctor Alcalá

Décima

Aunque en la ciencia divina
Mismas la virtud
Pues las, o al cuerpo salud
A las almas medicina
Dos borlas a su doctrina
De estrad y humana obreces,
Que en ser que el nombre mereces,
Que honrando de la sangre esta,
Eres al un Alcalá
Que en todas ciencias floreces.»

todos, y había fallecido en 1633, según consta en la impresión que en este año se hizo del segundo tomo de su *Historia general de la Merced*. Si, pues, en 24 de Mayo de 1632 era ya TÉLLEZ *Cronista general*, como afirma su compañero Fray Gabriel de Adarzo en la licencia para imprimir el *Deleitar aprovechando*, y á principios de este año vivía su antecesor Remón, claro está que muy poco después había obtenido el nombramiento. Alvarez Baena dice que fué cronista de la provincia de Castilla; y en este caso habrá desempeñado este cargo particular ó limitado antes que el general (1).

Y en este repetido año de 1632, á 26 de Noviembre, fué TIRSO elegido *Definidor de la provincia de Castilla*, según nos dice él mismo en el tomo segundo (folio 407 vuelto) de su *Historia* manuscrita de la Merced. Confírmalo igualmente el P. Colombo, refiriéndose al capítulo celebrado en Guadalajara en dichos mes y año bajo la presidencia del General Fray Diego Serrano, al cual asistió TIRSO, y en que se nombraron igualmente los otros tres (2) Definidores de provincia. Equivocóse, pues, el Doctor Alcalá al suponer al PADRE TÉLLEZ en esta fecha Definidor *general*. Más adelante alcanzó ciertamente esta dignidad, como expresa la inscripción de su retrato, pero al presente los Definidores generales, que eran dos, y que también se designaron en el Capítulo de Guadalajara, fueron otros.

En los años 1633 á 1635 no sabemos por dónde anduvo TIRSO. Indicio de que estaría ausente de Madrid vemos en el hecho de publicar en 1634 la *Tercera parte* de sus comedias en Tortosa (3), ciudad que no pudo elegirse sin algún motivo especial.

(1) El P. Ribera, en su *Historia de la Merced* (pág. 266), coloca dos cronistas entre los PP. Remón y TÉLLEZ, fundándose en las fechas de sus obras, así para estos como para los demás que desempeñaron aquel cargo, cuya lista, según él, es la siguiente:

1.° Dr. Fr. Gaspar de Torres, Catedrático de Salamanca, Provincial de Castilla: *Tratado de la fundación Mercenaria*. Salamanca, 1565.

2.° Fr. Francisco Zumel, Catedrático de Salamanca: *De initio et fundatione Ordinis Beatae Mariae de Mercede*, 1588.

3.° Fr. Felipe Guimerán: *Historia de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*, 1591.

4.° Fr. Alonso Remón: *Historia de la Merced* en 2 tomos en fol., 1618.

5.° Fr. Bernardo de Vargas: *Chronica sacri et Militaris ordinis Beatae Mariae de Mercede*, 1619, 2 tomos.

6.° Fr. Juan Antillón: *Epítome cronológico de los Generales que ha tenido la Religión de la Merced*, 1636.

7.° Fr. GABRIEL TÉLLEZ: *Crónica de la Merced*. Madrid, 1639.

8.° Fr. Marcos Salmerón: *Recuerdos históricos y políticos de la Merced desde su principio hasta 1646*.

9.° Fr. Damián Esteve: *Símbolo de la Concepción*, 1676.

10.° Fr. Felipe Colombo: *Vida de San Pedro Nolasco*, 1676.

Pero es evidente que Fr. Bernardo de Vargas y y Fr. Juan Antillón fueron anteriores á Fray Alonso Remón, pues está demostrado que Tirso sucedió á este último.

La fecha del nombramiento la confirma el mismo TÉLLEZ en su *Historia* (folio 399) al decir: «Señalóse por general coronista de la Orden al Presentado Fr. GABRIEL TÉLLEZ, autor de esta Coronica.»

(2) SERRANO: *Nuevos datos*, pág. 73.

(3) *Parte | tercera de | las comedias del | Maestro Tirso | de Molina. | Recogidas por D. Francisco Lv | cas de Avila, sobrino del Autor. | A D. Felio Monti, Cavallero Milanes. | (Escudo.) Año 1634. | Con licencia | Impresso en Tortosa, en la Imprenta de Francisco Martorell, año 1634. | A costa de Pedro Escuer, mercader de libros de Zaragoza. | Al final: Impreso en Tortosa en la Imprenta de Francisco Martorell, año 1634.*

4.°, 4 h. prels. y 208 foliadas.

«Títulos de las comedias que van en este libro.
Del enemigo el primer consejo.
No hay peor sordo.
La mejor espigadera.
Averígüelo Vargas.
La elección por la virtud.
Ventura te de Dios, hijo.

Como además se da el caso extraordinario de haber salido á luz antes la *tercera* que la *segunda* parte de aquellas colecciones, de ahí el interés que nos inspira tal anomalía bibliográfica. Mucho hemos divagado todos para explicarla; hoy el fenómeno nos parece una simple errata de la portada.

Que el tomo iba para ser *segunda* y no *tercera* parte, es indudable. En el prólogo se dice terminantemente: «Si estuviera yo (señor cualquiera) tan olvidado del buen pasaje que Vmd. hizo á los *Cigarrales* y *Primera parte de comedias* del Maestro Tirso de Molina, mi tío, como lo están sus divertimientos de la promesa.... *no asegundara* yo riesgos nuevos,» etc. Es evidente, pues, que este tomo se quiso fuese segunda parte, y por eso, al año siguiente, al imprimir la que había de ser tercera, se enmendó el error cometido.

No es admisible, como pensó Salvá, que estando ambas colecciones á la vez en la imprenta salió antes la tercera en Tortosa porque el impresor tendría menos trabajo.

La prudencia en la mujer
La venganza de Tamar
La villana de Vallecas
El amor y la amistad
La huerta de Juan Fernández.»

Aprobación del Doct. Francisco Pons. «La presente Comedia *Pública mutua*.» Tortosa 13 de Septiembre de 1633.—*Licencia del Vicario.*

Aprobación del Mtro. Fr. Gerónimo de San Cucufate, ter-mercedario. Barcelona, 21 de Diciembre de 1633.

Licencia del Conde de Francisco de Erill. Barcelona, 21 de Diciembre de 1633.

«El *Qualquiera*. Si estuviera yo (señor Qualquiera) tan olvidado de aquel buen pasaje que Vm hizo á los *Cigarrales* y *Primera parte de comedias* del Maestro Tirso de Molina, mi Tío, como lo están sus divertimientos y de la promesa que vinculó en su descendiente, no asegundara en su nombre sayo (aunque sin su permission) riesgos nuevos que examinen si aún dura aquella buena voluntad primera, ó si, con tacon de los trabajos se han mudado con las canas y con los humores y pasándose á variedades y novedades descontenta el Autor agora después de tan aplaudido porque fió en fe de la buena fama que adquirió se ha echado á dormir no menos tiempo que el de diez años escarmentado de tan pasados infortunios. En sus trece se está todavía sin querer tomar la pluma para segundo cabe, contento con el buen acierto de primero. Mas yo que sentí lo, como mozo, de que el pasado año dé en avaricioso y recate en las novelas de dos escritorios lo que antes despreciaba por los teatros, he querido hacer almoneda (heredero suyo en vida) de sus bienes. A mi plaza se enfile va mi se usan baratillos con que puede visarse. Estomagado de ver que muchos papeles de esta especie que se aplaudieron en los corrales en virtud de los que los recitaron, se sirven después en su mesa crudos y no me espanto, que es muy diferente en novia en la iglesia y compuesta y en el tálamo casera.

»Apologetizara yo en abono de Maestro con estos que llaman encomios y panegíricos, si no temiera que me dijesen que como sobrino suyo alababa mis agujas pero estando los tiempos como pregonan aun sus mismos compatriotas que la aprobación de estos es la mas calibrada, pues por el contrario *salutem ex inimicis nostris* y como manifiestan los extranjeros en Francia, Italia y los dos mundos, ocasionaría á que me diesen con Séneca en los ojos, que dice *Ineptum panegyricum, quod nemo nisi laudem sibi* (que quiere decir señor Romancista y dama señora) que es necio quien gasta argumentos en probar que el sol es luminoso.

»Por lo menos tengo unas buenas nuevas con que sazonarle y son que saldrán con toda brevedad y diligencia las *Novelas* prometidas no te digo el nombre porque no se me antoje alguno se predecia. Y tras ellas la *Segunda parte de los Cigarrales*, y en medio destos dos, con el apellido verdadero de mi Tío otro que se bautizará con el de *Hecatar apechugado*.

»Excuse Vm averiguaciones sobre si de una y otra fábrica ha de ser el alarife mi tío el Maestro ó su sobrino que cuando me arroje á afirmar que entrambos, pondré de su parte aquel estadero escondidos y olvidados y este nuevas añadduras no será mentira que me execute en la restitución. Lo dirá Vm como Vm se entretenga con provecho de entretenedor, ¿quién le mete en la curiosidad o bastardía de los inquilinos que no pretenden cancelarios ni colegirse?

»Agasaje al menos á este huesped cualquiera por serlo que no ocupara la posada mas de lo que

por cuanto en 1634, en que éste acabó su impresión, no había empezado aún la de la segunda parte, como se ve por la licencia para ella, fechada á 8 de Diciembre del mismo año. La estampación de esta nueva parte solo duró tres meses, pues las erratas y tasa llevan las fechas de 26 y 27 de Marzo de 1635.

Son documentos de gran interés biográfico el prólogo y dedicatoria de este tomo tortosino, que íntegros van en la nota. Por primera vez aparece en ellos un sobrino de nuestro fraile, y tan autorizado, que se cree con derecho á enmendar sus obras.

Casi nadie cree hoy en la existencia de tal sobrino. El lenguaje puesto en su boca es el mismo que Tirso empleó en sus demas obras: igual el estilo algo artificioso y el tono zumbón que emplea aun para hablar de sucesos que debían serle poco agradables. Hasta las metáforas y giros son los usuales del *Maestro*. En *Deleitar aprovechando*, por ejemplo, había dicho: «con sólo los rudimentos de las ciencias, el gusano de seda saca de su sustancia misma telas prodigiosas que adornan alcázares.....» *(El*

Vm. quisiere, pues puede echarle fuera cuando se le antojare, y deje Dios tan buena salud cual fuere la intencion con que la levere. Amen.»

Dedicatoria. «A D. Julio Monti, caballero milanes, único Patron del Dueño deste libro.

»El hurto (digno sin duda de alabanza más que de vituperio) que como ladron doméstico de mi tío, Autor destas doce comedias, hice el verano pasado fiándome sus originales, me parece quedará restituido con mejoras llevándosele á V. S., porque me consta de su misma boca que es tan dueño de los aliños de su pluma, como de todas sus acciones. Advertí que muchas veces ponderaba las liberalidades de que á V. S. le es deudor, tanto más de estima cuanto el agrado y gusto con que las ejecuta se aventaja á la estrechez de muchos.

»Esto le escuché (el agradecimiento á Monti) muchas veces, y no pocas ocupado en el desempeño de sus deseos, se yo que cumplirán estudios mas considerables sus esperanzas.

»Entretanto, pues, que éstas se perficionan, aunque se yo que ha de costarme no pocas reprehensiones, saco á volar sin su noticia, debajo de las alas de V. S. estas doce comedias, en cuya labor engañaba melancolías los asuetos del tiempo mas útilmente empleado, á que le llevaban inclinaciones de su juventud curiosa. Ni medianamente ha de sentir ver peregrinar de nuevo sus anagramas por tanto tribunal de censuradores, que aunque dichosos en esta parte los que andan en tantas manos con general aprobacion de todos le aseguran de este recelo, habia ya con las canas retirado las musas profanas al sagrado del arrepentimiento, mejorándolas de estilo y asuntos.

»Dos lustros han corrido en que ni importunaciones de interesados, ni preceptos acreedores han podido obligar sus sales á que reiteren sazones del teatro. Jubiladas, pues, de él, atreve mi confianza las presentes á plaza más desahogada. Culpenme los escrupulosos á mí, mas no á su artífice, que las faltas que registraren los atentos como no lo son en los borradores de donde las he trasladado, no deben correr por cuenta suya.

»Gusano es su autor de seda, de su misma sustancia ha labrado la numerosa cantidad de telas con que cuatrocientas y más Comedias vistieron por veinte años á sus profesores, sin desnudar, corneja, ajenos asuntos ni disfrazar pensamientos adoptivos.

»Tempestades y persecuciones invidiosas procuraron malograr los honestos recreos de sus ocios, y yo se de alguna borrasca que á no tener á V. S. por Santelmo diera con él á pique.

»A todos les consta, *velint, nolint*, del caudal de su autor, de la apassibilidad y propension con que V. S. le defiende: dilatarme en lo uno y lo otro merecerá la respuesta de Agesilao al embajador prolijo, y me podrán decir: *Eus hospes re necessaria, in non necessaria uteris.*

»Solo advierto á V. S. que no he seguido la opinion usada de los que agora imprimen, dándole á cada comedia su ayo (por no decir Mecenas), no tanto por ahorrarme de dedicatorias, que éstas son fáciles, á costa de un par de latines, cuanto por no defraudarle á V. S. lo mismo que le presento: que en las más novelas y farsas que he visto nuevamente estampadas, si cada padrino se lleva la que se le encomienda, vendrale á caber al patrón de todo el volumen no más que la hoja primera y el pergamino... Don Francisco Lucas de Avila.»

Brunet y el conde de Schack citan una reimpresion de esta *Tercera parte*, hecha en Madrid, 1652, 4.°

Bandolero, folio 214) Y este mismo símil emplea al final de la dedicatoria al caballero milanes Julio Monti, de quien se confiesa muy agradecido, como puede verse más abajo Así, pues, todo lo que aparece dicho por el supuesto Francisco Lucas de Avila debe entenderse serlo por el propio TÉLLEZ, y así tienen grandísima importancia todos los preliminares de sus comedias.

De las comprendidas en e tomo de que venimos hablando siete pertenecen á la antigua colección de *Autores españoles* y las otras cinco van en este volumen. Son: *La mejor espigadera*, tema bíblico tomado del *Libro de Rut* en que el poeta conservó la dulce y nativa poesía del original: las escenas de la recolección tienen un sabor idílico que encanta *La elección por la virtud* es la historia del Papa Sixto V hasta su elevación al cardenalato. Son dignas de estudió, por lo que puedan afectar á la biografía de Tirso, las escenas escolares, y muy lindos los caracteres femeninos encarnados en las dos hermanas del protagonista, mezcla indefinible y picante de candor y malicia, humor cáustico y corazón apasionado. *Ventura te dé Dios, hijo*, comedia cuya inverosimilitud está compensada con otras bellezas de pormenor. *La venganza de Tamar*, tragedia de intensa y sombría grandeza por la que se ve que ni aun los asuntos más escabrosos y difíciles degeneraban en manos de TÉLLEZ. Así lo entendió Calderón al colocar el acto tercero de *La venganza* como segundo y preparatorio del desenlace de su drama *Los cabellos de Absalon*, sin atreverse á retocarlo. Y *La fingida Arcadia*, escrita en 1622, tributo de admiración y respetuoso homenaje á su gran Maestro Lope de Vega, como ya hemos insinuado, á la vez que constituye una divertida comedia palaciega. El tipo del falso médico que viene á curar la locura de la Condesa es un digno predecesor del Sganarelle ó Bartolo del *Medico á palos*

XII

Publica Tirso *la* Segunda parte *de sus comedias. Examen de la cuestión sobre la propiedad de algunas de estas obras* (1635)

En 1635 residía de nuevo Tirso en Madrid, como se deduce de que en dicho año imprimió aquí su ya mencionado libro *Deleitar aprovechando*, á la vez que la retrasada *Segunda parte* de sus comedias (1).

(1) *Segunda parte de las | comedias del Maestro | Tirso de | Molina | Recogidas por su sobrino | D. Francisco Lucas de Avila | Dedicadas á la venerable | y piadosa Congregación de los Mercaderes de | Libros desta Corte en la Tutela del | Señor Don Pedro, Glorioso. | En Madrid, En la Imprenta del Reino. Año 1635. A costa de la Hermandad de los Mercaderes de Libros desta | Corte*

4.° 4 h. prels. y 101 foliadas

Son en lo «Entremeses de las Comedias, Bodas y Entremeses que van en esta segunda parte del Maestro Tirso de Molina

La Reina de los Reyes.

El Conde de Schack afirma, con evidente error, en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (pág. 301), que se hizo una primera edición de esta *Parte* en Madrid en 1627: la dedicatoria de Tirso, la licencia y aprobaciones, todas

Amor y celos hacen discretos
Quien habla paga
Siempre ayuda la verdad
Los Amantes de Teruel
Por el sótano y el torno
Cautela contra cautela
La mujer por fuerza
El contenado por descontiado
Primera parte de D. Alvaro de Luna
Segunda parte de D. Alvaro de Luna.
Esto sí que es negociar
Entremeses:

1, *La venta*. 2, *La primera parte de los Alcaldes*. 3, *Segunda de los Alcaldes*. 4, *Tercera de los Alcaldes*. 5, *Cuarta de los Alcaldes*. 6, *El estudiante*. 7, *El gabacho*. 8, *El negro*. 9 *Las viudas*. 10, *El duende*. 11, *Los coches de Benavente*. 12, *La mal contenta*.

«*Suma de la licencia*: Tiene licencia el P. M. Tirso de Molina para imprimir la *segunda parte* de sus Comedias, como consta de su original, despachado en el oficio de Diego Gonzalez de Villarroel Secretario de Cámara de Su Majestad, en ocho de Diciembre de 1634.»

Erratas: 26 de Marzo de 1635. El Licenciado Murcia de la Llana.

Tasa: A 4 mrs. pliego, la obra tiene 76. Madrid, 27 de Marzo de 1635.

Aprobacion del Licenciado Pedro de Matallana, en Madrid á 10 de Noviembre de 1634: «He visto este libro intitulado *Segunda parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina*, etc., por comisión del Sr. Lorenzo de Iturrigarra, Vicario general desta Corte y su partido, no tiene cosa que se oponga á nuestra santa Fe y buenas costumbres, antes mucho de ingenioso y honesto entretenimiento y la fama de su autor merece la licencia que suplica etc. En Madrid á 10 de Noviembre de 1634. El Lic. Pedro de Matallana.»

Otra aprobacion: «Este libro que se intitula *Segunda parte de las Comedias del Maestro Tirso* (sic) es un pedaço de alivio para los estudiosos de exemplo para que las juventudes huyan riesgos, y de alabança para el ingenio de su autor, sin perjuicio de las costumbres ni repugnancia á la Fe, y assi seguramente se puede dar licencia para imprimirse, etc. En Madrid á 20 de Noviembre de 1634. El Doctor Andres de Espino.»

Dedicatoria

«A la Venerable y piadosa Congregacion de los Mercaderes de Libros desta Corte, en la Tutela del glorioso doctor san Geronimo.

»Hase de suerte avecindado en el mundo la ignorancia y es tan inseparable la altivez presumida de los que saben algo que se pudiera poner en duda cuál, de estos dos opuestos accidentes viven más apadrinados y cuentan mayor número de profesores blasonando luego cuál de ellas es más intolerable y perjudicial á las repúblicas.

»Que desestime pues, el ignorante lo mismo que aborrece no es mucho; pero que el que sí quiere fama docta, no agradezca á quien le dió los materiales y sacó de entre la idiotez plebeya, merece irremisible vituperio.

»Yo, pues por no incurrir (virtuosa Congregacion) en lo que reprehendo, reconocido á lo mucho que todo género de estudios deben á su profesion (cuyas tiendas son joyerías de la mayor potencia con que se adorna el alma, no de las caducas que gasta el artificio para supuestas bellezas sino de las que perdurables, sin morir en la materia, autorizan á la forma) agradezco á los que debo y no pago, y luego por mi misma el buen pasaje que han hecho á mis papeles, la liberalidad con que han redimido del Argel de la penuria mis trabajos, pues si no costearan sus estampas, murieran bullicientes entre las mantillas de sus cartapacios, y en muestras de que no como ignorante (que me infamara á confesarlo) desestimo á tan socorridos bienhechores, ni como sabio (que no lo soy tampoco) el libro en las grandezas buenas obras la dedico destas doce comedias quatro, que son mias en mi nombre y en el de los dueños de las otras ocho, que no sé por que infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas; las que restan con verdaderos y excusables propósitos de patrocinarme en lo demas que escriba de tan liberales acreedores y con anza de que saldré lucido por la parte que es fuerza saliere á mis libros. El Maestro Tirso de Molina.»

Acaban las comedias al fol. 201, siguen los *Entremeses*, intercalados con ellos van las poesías líricas fols. 260, 280, 287, 293, 295 v. y 300.

Los entremeses, excepto el de *La venta*, que parece es de Quevedo, deben de pertenecer á Luis Quiñones de Benavente, al menos son suyos *Los Alcaldes encontrados*, cuatro partes. *Los coches*, *El gabacho* y *La mal contenta*, estos dos últimos, segun afirma el mismo Tirso en su comedia de *Rico avariento*. Las poesías líricas son un romance: *Un poeta muy flaco y viejo, acuse ¡pidole que se muera;* A *la derivacion de Pero Gonzalo* (soneto) *A lo, cuando la entierra Juno pomona da tabanos en la cola transformada en vaca*, A *los celos* (soneto), A *una bucona que an-*

de fines de 1634, no dejan lugar á duda de que en 1635 fué cuando se imprimió por primera y única vez.

En la referida dedicatoria á la Hermandad de San Jerónimo se le confiesa TÉLLEZ muy reconocido por *el buen pasaje que han hecho á sus papeles y la liberalidad con que han redimido del Argel de la penuria sus trabajos, pues si no costearan sus estampas, murieran balbucientes entre las mantillas de sus cartapacios.*

Hasta aquí todo va bien; pero algunas líneas más abajo dice que les dedica estas doce comedias, «cuatro que son mías en mi nombre y en el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas) las que restan».

La opinión que hoy parece más autorizada, y es la que nosotros compartimos, para entender estas obscuras palabras, se reduce á que *Tirso* tiene efectivamente cuatro comedias enteramente suyas en el tomo y ocho que, aunque planeadas y escritas por él en gran parte, unas fueron interpoladas por mano desconocida y otras son producto de la colaboración de algún poeta amigo.

No es fácil distinguir las cuatro de la primera clase, porque en los encabezados todas llevan las palabras «Por el Maestro TIRSO DE MOLINA». Pero D. Juan Eugenio Hartzenbusch, el primero, sostuvo que tres de ellas eran *Por el sótano y el torno* y *Amor y celos hacen discretos* en que, al final, se declara TIRSO autor de estas comedias y la que se titula *Esto sí que es negociar* y es una refundición de *El Melancólico*, comedia indubitada del mismo.

Respecto de la cuarta se creyó algún tiempo que lo fuese el admirable drama de *El condenado por desconfiado*; mas creemos que ya no pueda dudarse de que sufrió algunas, aunque pocas, interpolaciones, pero torpes hasta el extremo de introducirle versos de Lope de Vega.

En las piezas tituladas *Siempre ayuda la verdad*, *Cautela contra cautela* y las dos partes de *Don Alvaro de Luna* colaboró, á juicio de Hartzenbusch y D. Luis Fernández Guerra, el insigne mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Como largamente hemos intentado demostrar en nuestro anterior estudio sobre TIRSO, parece, en efecto, seguro que hubo tal asociación dramática, al menos en las dos primeras (que de hecho había existido, si no en éstas en otras comedias, viene á acreditarlo aquel celebre epigrama:

¡Vaya Don Juan de Alarcón
y el *Fraile de la Merced*
por ensuciar la pared
y no por otra razon (1)!

daba siempre en coche y pedía á todos para dar al cochero, *Epístola de un galán desengañado a una dama muy mudable y entretenida*, Romance *A un amigo a quien convidó el autor para la Academia una noche de invierno* y su respuesta Romance *A una vieja hablador a que callando registraba á un galán lo que le pasaba con su dama desde su casa*.

Por su rareza incluimos estas poesías en el apendice de nuestra reseña biográfica.

(1) Nos transmitió este epigrama, que quizá sea de Quevedo, D. Tomás de Erauso y Zabaleta, ó sea el Marques de la Ofmeda en su *Discurso crítico en favor de las comedias* (Madrid, 1651). Que TÉLLEZ hubo de sentir esta pulla se infiere de las expresiones del italiano Fabio Franchi, en sus

En las demás, como *Los Amantes de Teruel*, *Quien habló pago* y *La Reina de los Reyes*, aparece otro colaborador que no es Alarcón; y, en fin, una reúne, á nuestro juicio, las condiciones necesarias para juzgarla la cuarta de las comedias que, en esta *Parte*, corresponden enteramente á TIRSO DE MOLINA.

Es la titulada *La mujer por fuerza* (1). Pertenece esta comedia al género de que tanto usó y aun abusó el poeta, y en que el enredo consiste en el disfraz masculino de la heroína, como son *La villana de Vallecas*, *Don Gil de las calças verdes*, *Averiguelo Vargas*, *La huerta de Juan Fernández*, *Quien da luego da dos veces*. Pero con la que tiene tal analogía que, á haber usado el recurso de la medicina rayara en identidad, es con *El amor médico*, comedia indiscutible de TÉLLEZ.

El argumento es el mismo, muchas escenas, especialmente las primeras, se desarrollan del mismo modo; se emplea también para preparar el desenlace el medio de que la protagonista, en hábito hombruno, enamore á su rival. La traza, pues, pertenece indudablemente á TÉLLEZ; está bien versificada, y hay en ella gran unidad de estilo, lo que indica ser producto de una sola mano. Aunque la acción en los dos primeros actos se desenvuelve mansamente, acaso con monotonía, en cambio en el tercero hay un verdadero lujo de movimiento y *quid pro quos*. Supuesta y tolerada la inverosimilitud del disfraz, están bien preparados y son oportunos todos los lances, que se suceden con rapidez, y también están vencidas con habilidad las dificultades á que dan lugar tantos enredos. Hállanse asimismo sembradas por doquiera las célebres malicias *tirsescas*, y es digna y propia del autor la ocurrencia de pedir Finea por marido al Conde Federico, cuando todos, incluso el interesado, la creen un hombre, ya sea Celio, ya sea D. Alonso de Aragón, pues con ambos dictados la conocían los presentes, y sólo el espectador está en el secreto. Esta situación es exactamente igual á la de *El amor médico*.

Preguntas poéticas de Lope de Vega. «Presentóse á Tirso, bajo censura particular, aunque genericísima, que escriba siempre, aunque *pared* y *Merced* sean consonantes porque si bien puede una ballesta satírica manchar con una redondilla la pared blanca de un pastelero, no así la rama digna y letras de un ingenio como el suyo no menos docto que festivo.»

A mismo episodio aluden estos versos de *La Ventura con el nombre*, comedia de TÉLLEZ, escrita cuando ya gozaba dignidades en su Orden:

BALOR Tirso puede sentenciallo,
que, *después que es* sacerdote,
tiene seso y es de verdad
más copista.
TIRSO Yo escucho y callo,
pero algunos á hablarán,
en llegando la ocasión,
que á lo que tengo más de una
trabadura
BALOR ¿Vos?
TIRSO Sí, á fe,
y que me lo han de pagar
más de cuatro mosiones
que estuviendo pared ser
piensan que no he de tomar
á dar á *pruevas mentiras*
que en vidrios y que *fuer*
BALOR Y esto ¿cuándo tiene de ser?
TIRSO Mas días hay que longanizas.

(1) Con la desconfianza que me inspiran mis opiniones cuando no están sostenidas por otros he vuelto á leer hasta tres veces todos de ellas al imprimirla en este tomo *La mujer por fuerza*, y no me atrevo á modificar la opinión de arriba sustentada por mí, y en los mismos términos hace trece años. No he intentado sostener que Tirso fuese inventor de los disfraces varoniles de algunas de sus damas de teatro, sino que empleó este recurso muy frecuentemente, lo cual es de por sí un indicio, pero en *La mujer por fuerza* hay las demás circunstancias que van apuntadas y creo que todas reunidas alguna fuerza habrán de tener

La mujer por fuerza, pues, será la cuarta comedia exclusivamente propia de Tirso entre las de esta *Segunda parte*. Hasta la terminación de ella parece indicarlo, no empleando el plural al hablar de su autor.

Aquí acabado, se acaba
La mujer por fuerza, haciendo
de la fuerza voluntad
con que serviros *deseo*

Pero con esto no pretendo establecer comparaciones ni negar que otros que se hallan en esta *parte* no sean del mismo poeta. Tan persuadido estoy de lo contrario, que pienso que en ninguna de ellas la colaboración ajena habra sido grande.

En este punto opino exactamente como el Sr. Menéndez y Pelayo, que decía: «A pesar de la sagacidad con que la crítica va notando rasgos de la pluma de otros autores, nada tiene de temerario creer que, si no estuviéramos sobre aviso por la declaración de Tirso, leeríamos todo el volumen como producción de un solo ingenio, puesto que las desigualdades que en estas comedias se observan no son mucho mayores de las que en las obras auténticas y reconocidas de Tirso puedrá notarse» (1).

Sin embargo, como por alguna razón escribió Pérez las palabras que tanto nos dan que hacer, y como en algunas comedias hay tales caídas y defectos que no es posible atribuir al gran poeta, porque no son de los que solía cometer, es fuerza convenir en que por una ó por otra causa, una mano ajena, tal vez la del cómico dueño del manuscrito ó algún poeta asalariado de las compañías, las hubiese interpolado. Y acaso á esto aludía el mismo Tirso, cuando exclamaba:

Un cierto comprendor
me avisó por la estafeta
de que ya todo poeta
tiene un teniente y socio
uno escribe y otro borra,
y así salen las sentencias
con notables diferencias

Las restantes piezas del tomo son *La Reina de los Reyes*, *Quien habló pago* y *Los Amantes de Teruel*.

La primera es una comedia cíclica que abarca un gran período de la vida de San Fernando, acabando con la toma de Sevilla, después de hacernos pasar por las de Córdoba, Jaén y Murcia. En el primer acto se aparece Nuestra Señora, y en el segundo dos ángeles que dejan al Rey un retrato de la Virgen, mucho más perfecto, como es de suponer, que otro que poco antes había esculpido para el mismo

el Montañés famoso
que por solo en el mundo se señala

como anacrónicamente dice la comedia. Y por cierto que el de hacer vivir al gran artista en el siglo XIII no es el único anacronismo, pues en la misma epoca se supone ya

(1) *Estudios de crítica literaria*, *Segunda serie*, *Madrid*, *1895*, pag. 174.

conocida la baraja, con sus reyes de oros y de espadas. Concluye esta comedia, que no tiene nudo ni desenlace, con la entrega de la ciudad andaluza, diciendo:

Esta es, por que no le demos,
la tradición que tenemos
de *La Virgen de los Reyes*

que quizás sería su primer título. En toda ella hay rasgos propios de Téllez, especialmente algunas frases del gracioso Paja.

Es seguramente de la invención de Tirso la ingeniosa escena de los Mancebos y el Rey, que tiene su reverso cómico en la que se desarrolla entre el Rey moro de Granada y Paja, el truán de Garci Pérez de Vargas.

Con todos sus defectos, esta obra es incomparablemente mejor que otra, rarísima, sobre el mismo asunto, é imitación visible de ella, impresa suelta con el título de *La mejor luz de Sevilla, Nuestra Señora de los Reyes*, y obra del poeta sevillano D. Jerónimo Guedeja y Quiroga (1).

Quien habló pagó, es una comedia palaciega; está bien versificada y dialogada, pero carece de unidad. El título se deriva del castigo que una Reina de Aragón impone á un Conde de Urgel, de quien se juzga ofendida, por las argucias de cierto envidioso que le hace creer haberse alabado el Conde de merecer sus preferencias y favores. El primer acto, que es una buena exposición, parece tener algunos versos y pensamientos de don Juan Ruiz de Alarcón:

Sois mujer: y con todas
han de ser los maridos
ella el cuerpo y él la sombra.
Si no lo sabeis, Irena,
sabed que la mujer propia
siempre ha de andar en el pecho
como la ajena en la bolsa.

El plan tiene no poca semejanza con otras indubitadas comedias de Tirso: *El castigo del pense que*, *El Vergonzoso*, *Quien calla otorga*, etc. Utiliza igualmente el disfraz masculino de una de las damas, aunque sólo en una ó dos escenas. Los versos descriptivos del campo tienen el sello horaciano que Tirso sabía darles.

El asunto de *Los Amantes de Teruel* no es original de Tirso, ni aun en la forma dramática, pues mucho antes había compuesto Micer Andrés Rey de Artieda su tragedia de *Los Amantes*, que son los de Teruel, así como después Montalbán lo tomó de nuevo para su obra de aquel título.

El drama de Tirso es de los que más han padecido antes de volver á sus manos. Debieron de alterarse, no sólo muchos versos, sino hasta situaciones y escenas enteras. El estilo es ampuloso en unas ocasiones y en otras trivial y plebeyo. Ciertos pasajes recuerdan otros de *La Villana de la Sagra*, el papel de Laín es el que menos ha sufrido: en casi todo lo que dice hay huellas del lenguaje de Téllez.

---

(1) La impresión parece de fines del siglo XVII; no tiene lugar ni año, y está en 4.°, con 16 h. núm.

Mucho menos desordenadas son las dos comedias relativas al *buen* Condestable Ruy López Dávalos y D. Alvaro de Luna, sobre todo la segunda, que es un buen drama. Un manuscrito antiguo de la primera parte, que existe en la Biblioteca Nacional, nos demuestra cómo se hacían las alteraciones en estas obras después que salían de manos de los autores. El dueño de esta copia ha suprimido, además de otros pasajes, la curiosísima escena en que interviene el poeta Juan de Mena y en que el Rey D. Juan II recita versos suyos, por cierto muy bien imitados de los cancioneros del siglo XV. En cambio reforzó alguna otra, como la del terrero, que le pareció de mejor efecto. ¿Qué tiene, pues, de extraño que al hallarse Tirso con tales cambios en sus obras rehusase reconocerlas?

Esta segunda de D. Alvaro parece haber sido escrita en los terribles momentos que precedieron al suplicio de D. Rodrigo Calderón. Y ¿quién sabe si eran un memorial en pro de la salvación de aquel infeliz privado estos versos que se ponen en boca del arrepentido D. Juan II?:

> Reyes deste siglo nunca
> desfagáis vuestras mercedes
> ni borreis vuestras hechuras
> ¡Oh quién á mis descendientes
> avisara que no huyan
> de los que bien sirvieron
> para la mudanza suya!

XIII

Muerte de Lope. Tirso *no colabora en la* Fama postuma. – *Publica la* Cuarta parte *de sus comedias* (1635)

La muerte de Lope de Vega, ocurrida el 27 de Agosto de este año de 1635, fue considerada, y con razón, como una inmensa desgracia nacional. Muchos poetas consagraron sus versos á llorarla, y sus obras fueron después reunidas en un libro que se intituló *Fama póstuma*. Con sorpresa vemos que no figura entre los elogiadores Fray Gabriel Téllez, bien es verdad que se procedió en la composicion de aquel tomo con bastante negligencia, pues, además de la falta de nuestro fraile, nótase también la de Quevedo, Alarcón, Rioja, Calderón, Mira de Amescua y Jáuregui, por no citar sino autores de primer orden.

No es creible que la ausencia impidiese á Tirso rendir este homenaje postumo á su antiguo maestro y amigo, porque justamente este año es de los que más necesaria hizo su presencia en Madrid el publicar no menos que tres obras extensas, como fue-

ron: *Deleitar aprovechando* y la *segunda* y *cuarta parte* de sus comedias. De esta última nos toca hablar ahora (1).

Como de costumbre, buscó TÉLLEZ un Mecenas para su cuarta publicación dramática. Fuélo el Conde de Sástago, D. Martín Artal de Alagón, cuya amistad con TIRSO debió de comenzar por entonces, tal vez por encargarle este magnate la genealogía de su casa, como nuestro autor recuerda en la dedicatoria. La *Genealogía* se imprimió cinco años después.

Fueron aprobadores de esta parte Lope de Vega, que escribió su censura cinco meses antes de morir, y á quien la ancianidad y sus grandes desgracias domésticas, que dieron el último golpe á su quebrantada salud, obligaron á ceñirse á lo más preciso en los términos aprobatorios. Contrasta este laconismo y sequedad con la efusiva aprobación ó apología que hace de TIRSO el Dr. Juan Pérez de Montalbán, que examinó estas comedias por encargo del Vicario de Madrid.

En cuanto á las piezas del tomo, advertiremos que son muy poco conocidas. Hartzenbusch sólo imprimió cuatro en su colección de *Autores Españoles*, como fueron *Privar contra su gusto*, *Celos con celos se curan*, *El amor médico* y *Don Gil de las*

---

(1) *Quarta parte* | *de las Comedias* | *del Maestro Tirso* | *de Molina. Recogidas por D. Francisco* | *Lucas de Avila, sobrino* | *del Autor.* | *A D. Martin Artal* | *de Alagon, Conde de Sastago, Marques de Agui* | *lar, señor de la casa de Ispes.* | *Año 1635* | *79 (pliegos)* | *Con privilegio.* | *En Madrid, Por Maria de Quiñones* | *A costa de Pedro Coello, y Manuel Lopez, mercaderes de Libros*

4.°, 4 hs. prels. y 308 foliadas. A la vuelta.

«Las Comedias que en esta *Quarta parte* se contienen son:

Privar contra su gusto
Celos con celos se curan.
La mujer que manda en casa
Antona Garcia.
El Amor medico
Doña Beatriz de Silva
Todo es dar en una cosa
Amazonas en las Indias
La lealtad contra la envidia.
La Pena de Francia.
Santo y sastre
Don Gil de las calzas verdes.

«*Remision del Vicario*» Da licencia por haber sido examinado el libro por el Dr. Juan Perez de Montalban. Madrid, 1.° Febrero de 1635. Lic. Lorenzo de Iturrizarra.

«*Aprobacion* del Doctor Juan Perez de Montalvan, Notario apostolico del Santo Oficio de la S. Inquisición. A la *quarta parte de las Comedias del Mro. Tirso de Molina* ..

»Por comisión y precepto del Señor Licenciado don Lorenzo de Iturrizarra he visto la *Quarta parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina*, cuyo nombre es el mejor crédito de su censura, porque siendo suyas (que con esto se dice todo) no necesitan ni de elogios para su alabanza, ni de advertencias para su corrección. Pero supuesto que es fuerza cumplir .. digo que no tienen cosa que disuene de la verdad católica, ni palabra que ofenda las orejas del más escrupuloso cortesano antes bien, lo sentencioso de los conceptos admira, lo satírico de las faltas corrige, lo chistoso de los donaires entretiene, lo enmarañado de la disposición deleita; lo gustoso de las cadencias enamora, y lo político de los consejos persuade y avisa, siendo su variedad discreta como un ramillete de flores diferentes, que además de la belleza y la fragancia aficiona con la diversidad y la compostura.

»Si fuera este lugar de alabanzas, muchas se me ofrecian del autor, Maestro por su gran talento en las Sagradas letras y Apolo por su buen gusto de las curiosas Musas, y así me contentaré con asegurar que merece, no solo *lo* licencia que pide para imprimir esta *Quarta parte* sino un género de premio honroso para obligarle á que dé muchas á la imprenta en gracia de la lengua castellana, en honra de Madrid, su patria, en gusto de los bien intencionados y en pesadumbre de los maldicientes. Así lo siento. En Madrid, á 10 de Enero deste año de 1635.—El Doctor Juan Perez de Montalván.»

«*Licencia del S. Vicario*». Es la remisión á

calzas verdes, todas excelentes. Las demás van en la colección presente. Entre ellas sobresale la trilogía de los Pizarros, que forma una especie de epopeya en acción de esta ilustre cuanto desgraciada familia. En las dos últimas partes puede admirarse la fuerza creadora de la imaginación de Tirso. El estilo, entonación y lenguaje están á la altura de los hechos que recuerda.

En *Antona García* se complace en pintar un tipo de mujer hombruna, como *Mari-Hernández la Gallega*, llevado hasta la exageración; en *Santo y sastre* hay un bellísimo carácter en Margarita, la dulce y prudente esposa de San Homobono, que, á su vez, forma el más acabado contraste con el repulsivo, pero enérgicamente trazado de la impía Jezabel, en *La mujer que manda en casa*.

Montalbán fechada Madrid, 24 de Enero de 1635 así como lo que antes damos «Remisiones es la verdadera licencia.

Aprobación por el Consejo de Frey Lope de Vega Carpio. «Muy Poderoso señor.—La *Quarta parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina*, que por mandado y comisión de V. A. he visto, no tiene cosa en que ofenda ni á nuestra fe ni á las buenas costumbres. Muestra en ellas el autor vivo y sutil ingenio en los conceptos y pensamientos, y en la parte sentencia grave sus estudios en todo género de letras con honestos términos tan bien considerados de su buen juicio. Puede seguramente V. A., siendo servido concederle la merced que pide para que salgan á luz y le gocen todos. Este es mi parecer. En Madrid, á 10 de Marzo de 1635 años. Frey Lope de Vega Carpio.»

Suma del privilegio al Maestro Tirso de Molina por diez años. Madrid, 8 de Marzo de 1635. Francisco Gómez de Lasprilla.

Tasa. A cuatro y medio mrs. cada uno de los 20 pliegos de la obra 350 mrs. y medio á Agosto 1635 en Madrid.

Erratas. «Está bien y fielmente impreso conforme á su original. Madrid, 1.° de Agosto de 1635. Lic. Murcia de la Llana.»

«Prólogo á tu a solas.

»Mil cosas tenía que comunicarte en puridad, y importame el secreto lo mismo que la fama que se desploma con las murmuraciones. Pero tiénenme tan embarazado los traslados de mi *Quinta parte* de comedias, sucesoras de esta *Quarta parte*, y el recelo de que no eches en corro lo que en chitón te contare, que mortifico, á pesar de mi gusto mis afectos.

»Con todo eso sí me prometes imposibles, que es ser guardadamas de tu lengua y apeteces lo que todos, que es picar en faltas que en nosotros nos parecen aradores y en los demás ballenas, búscame, cuando haya salido de la cuna mi hermano el *quinto* deste nombre. Hallarásme en la tienda de Gabriel de Leon mercader destas sazones y nos daremos un buen rato á costa de los abusos en especie sin riesgo de los individuos. Y entre tanto haz ganas (si es que te faltan, que no puedo creerlo) para la ensalada más sabrosa que jamás puso á su mesa la discreción provocada de la envidia. *Vale.*»

Dedicatoria. «A D. Martín Vrtal de Aragón, Conde de Sástago..

»Salen (señor) tan presumidas doce comedias de mi *Quarta parte*, después que el favor de V. S. las ha vestido de esperanzas, que ni me puedo averiguar con ellas, ni aspiran menos que á inmortalidades.

»Son todas hijas mías, y torcerles á las hijas sus inclinaciones en materia de tomar estados es desacierto prohibido. Más vale que peque en desvanecidas que en pusilánimes: sigan su buena suerte; añadirán en manos de tal dueño créditos al que adquirieron por tantos concursos y teatros.

»Y adviértase que no suplico á V. S. las defienda de los tábanos plebeyos, que molestan más con el zumbido que con los aguijones, porque me parece una petición esta tan imposible cuanto impertinente. ¿Quién hasta agora tuvo tanto espacio que se haya opuesto contra enjambres de zánganos de miel ajena, patrocinando libros y enfrenando libertades? Ni ¿qué empleo sería desautorizar las alabardas de tanto archero en escarmentar mosquitos que á soplos se castigan? Mur muren ellos y guárdeme Dios á V. S. para mayores asuntos de mi pluma, que si en el elogio que le he ofrecido no me lleva á pique mi atrevimiento, en más dilatados desvelos fío del buen pasaje destos más airoso espíritu que desempeñe réditos de mis obligaciones, y conceda el cielo la salud que por V. S. le suplico para desfastidiar á cuantos nos compadecemos de la falta de ella en sujeto tan digno de vivir privilegiado de semejantes accidentes, etc. Capellán de V. S.—El Maestro Tirso de Molina.»

En *Doña Beatriz de Silva* y *La Peña de Francia*, cuya acción coloca en la Edad Media, recuerda dos tradiciones piadosas, relativas la primera á la fundación del convento de la Inmaculada en Toledo, aunque en fecha anterior á la verdadera, y la segunda á un célebre santuario existente en las cercanías de Salamanca.

XIV

Publica Tirso *la Quinta y ultima parte de sus comedias.—Escribe su ultima obra dramática* (1636-1638)

Sin intermision hizo Tellez salir al público la *Quinta parte* de sus obras de teatro (1). Ofreció en el prólogo un «sexto tomo» que contendria prezas de las más jocosas de su repertorio, segun afirma, pero no lo hizo, con harta pérdida de nuestras letras

(1) *Quinta | Parte | de | Comedias | del | Maestro | Tirso de Molina | Recogidas por D. Francisco | Lucas de Avila, | Abrin del Señor | D. Martin Artal de Magallon | Conde de Santa- Marques de | Aguilar, señor de la casa de Esteuz. (Una viñeta) | En Madrid, En la Imprenta Real | Y vense en casa de Gabriel de Leon Mercader de libros*

4.°, 4 hs. prels. y 268 folias. En la portada el escudo del Mercader Leon. A la vuelta

«Las comedias que en esta *Quinta parte* se contienen son las siguientes

Amar por arte mayor
Escarmientos para el cuerdo
Los Lagos de San Vicente
El Aquiles
Marta la Piadosa
Quien no cae no se levanta
La Republica al reves
La vida y muerte de Herodes
La Dama del olivar,
Primera parte de Santa Juana
Segunda parte de Santa Juana»

Suma del privilegio, por diez años á favor de Francisco Lucas de Avila. Madrid, 24 de Julio de 1635.

Erratas. «Está bien y fielmente impresa con su original. Dada en Madrid, 1.° de Enero de 1636. Fr. Marcos de la Llana.»

Tasa. A cuatro y medio mrs. cada pliego de los 67 del tomo (8 rs. y 4½ mrs.). Enero 9 de 1636. Despachado en el oficio de Juan Lopez.

Aprobacion sencilla del Maestro Fr. Francisco Real, Calificador del Sto. Oficio. Madrid, 30 de Junio de 1635.

Licencia del Vicario. Madrid, 4 de Julio de 1635.

Aprobacion de D. Pedro Calderon de la Barca. «Muy Poderoso señor. Por mandado de V. A. he visto el libro intitulado *Quinta parte de las Comedias* del Mro. Tirso de Molina, recogidas por D. Francisco Lucas de Avila, en las quales no hallo cosa que disuene de nuestra Santa Fe y buenas costumbres: antes hay en ellas mucha erudición y exemplar doctrina por la moralidad que tienen encerrada en su honesto y apacible entretenimiento, efectos todos del ingenio de su autor, que con tantas muestras de ciencia, virtud y religion ha dado que aprehender á los que deseamos imitarle. No tienen inconveniente para imprimirse y assi podrá V. A. dar la licencia que pide. Este es mi parecer. En Madrid, á 16 de Julio de 1635.—Don Pedro Calderon de la Barca.»

Dedicatoria. (Es un epigr. de Marcial el x del lib. 4.° traducido ó mejor adaptado en dos de cinco por Tirso, sin mayor interés ni aplicacion

«*A solo*

»Señor padre me dijo que te buscase en la librería de la calle de Toledo en la tienda á espada en mi *Quarta parte* y que te llamabas el *Señor á solo* y segun las señas eres el mismo.

»Ya pues que de contado has de saber que yo vengo (como su hijo) en nombre suyo porque

Tuvo en el presente por aprobador al joven y ya insigne autor dramático D. Pedro Calderón de la Barca, quien, en términos de simpática modestia, como que se excusa de censurar (aunque por deber) las obras del viejo maestro, á quien ensalza y glorifica sobria, pero dignamente.

Y es también de interés no escaso el prólogo *A ti sólo*, porque nos descubre cuán meditadas eran todas las innovaciones de lenguaje y estilo que Tirso adoptó en sus obras. Censuráronle sus coetáneos la costumbre de formar verbos de sustantivos, y él se defiende así de este como de los demás neologismos con la libertad de creación ó adaptación en los idiomas, siempre que redunde en su ventaja, ya abreviando el giro ó

Su mrd anda tan ocupado en repartir envidias cuanto sin embarazo de sus escocimientos Ad virtiome te dijese de su parte que en *Sexto tomo* (de que ya se ñora madre está preñada) te cumpliría los brindis que en la *Cuarta* te hizo, que entre tanto nos ras semos los de á solas de unos bobarrones cuateros del gracejo, que hurtando prosas impresas al sazonado discreto y leído Don Francisco de Quevedo para los *parasitos* de sus comedias, ignoran que nuestro idioma, con lo que connaturaliza de las otras lenguas, ya de la latina, de quien es hijo, ya de la arábiga, griega, toscana y *America*, (*sic*) viene á tener cau tal copioso de voces y sinónomos y que ya los Coronistas no llaman al socorro de municiones y comida sino comboyes y á los bastimentos víveres Tan pesarosos están estos zánganos de que se aproveche nuestra lengua de las que conquistadas son sus subditas que nos ocasionan á que maticemos que hasta en las sisas quieren ser los únicos

»Dirásles, pues, á los tales que este término *paralelo* es antiquísimo en Castilla y el deducir los verbos de los nombres cosa común en los gramáticos (cuya lista los ha excluido porque son antipodas de Antonio de Nebrija) y que según esto el *paralelar*, que tanto les escuece, significa, sin perjuicio del estilo, asimilar dos cosas ó más con igualdad y proporci n tan justa que no los extrañe la diferencia y que nos ahorremos de todas esas zarandajas de circunloquios cuando en un solo vocablo hallamos significación proporcionada á nuestro intento sin ofender ni al *dialecto*, ni al común modo de hablar de nuestra patria, pues ni se anteponen ni posponen los verbos ni adjetivos

»Pero no te entenderán, aunque se lo digas; porque cojean del entendimiento y no saben que la *crítica* es escrúpulo, satisfechos de que entre las almohadillas y ruecas se autorizan con achacar á señor padre que se viste de voces huéspedas, en cuyos regazos *idiotizan* (este vocablo sa-

ya á contemplac ón de su descalabradura) que á hacer caso los lebreles de los gorques caseros que *los* ladran, no fuera dil cil contarles una letanía de disparates en la substancia de sus escritos que es pecar de cuatro costados contra el entendimiento, y gr llamar á los coches ruiseñores de los ramilletes de Provincia (tales se los depare su necedad á las almohadas, cuando tengan aquecas)

»Decir que nuestros antipodas son los que tienen debajo de nuestras plantas sus cabezas de modo que andan de cabodrido y llevan las pantorrillas en el aire, ¡miren qué buenos latinos y que bien entienden las significaciones del *anti* y del *peri-piolos*, de los nominativos!

»Vendernos que un valiente luchando con un jayán le congo,ó de modo que soltándole compasivo, necesitó salir nadando por el pielago de su sudor, que en la carrera de un Piramo se desavecindó de la herradura de un bridon un clavo y volo tan lcaro que ya es estrella en el octavo firmamento para lucir el consonante de *clavo* y *octavo*.

Porque un consonante obliga
á lo que un bobo no piensa

»Y tantas civilidades á esta traza, que á atreverse á despiazarlas alguno dieran en que entender á todos los pañeros de Segovia buen provecho les hagan y con ellas este dístico que Marcial remite á los que se alaban de que de ninguno dicen mal, y los estrados y polleras los desmienten, va como su madre le parió, porque en latín, no entendiéndole, no les para perjuicio, y es el 78 epigr. del Libro III.

De nullo quereris nulli maledicis (Avite)
Rumor dii, lingua te tamen esse male

»Señor A *ti solo*, digales todo esto ó no les diga nada que están en el hospital de los precitos y quedese con Dios hasta que mi padre y el asegunden vistas &c »

ya dando á la expresión vigor y exactitud. Un estudio completo de las novedades filológicas de Tirso creemos que ofreceria no poco interés para los inteligentes y aficionados.

De las comedias de esta *quinta parte* solamente dos figuran en *Autores:* son *Amar por arte mayor* y *Marta la piadosa*, ambas muy buenas, como es sabido. Las otras diez van en el tomo II de esta nuestra colección novísima. En ella, donde también incluiremos un completo y razonado catálogo general del teatro de Tirso de Molina, daremos sobre estas comedias algunas curiosas noticias que aquí serian prematuras, pues no van los textos.

No se desprendió Tirso con esta publicación de todo lazo con la poesía dramática. Todavía en 1638 borrajeaba una comedia cuyo asunto era la fundación del reino de Portugal; comedia cuyo carácter guerrero-religioso la singulariza entre las demás de este ingenio, así como el aspecto histórico que pretende darle, en consonancia con los estudios y lecturas que entonces absorbían la actividad de su mente. Por eso ofrece interés la nota final con que autoriza la composición y estructura de su drama.

«Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, así portugueses como castellanos, especialmente del *Epitome* (1) de Manuel de Faria y Souza, parte tercera, capítulo I, en la vida del primero conde de Portugal (pág. 330), D. Enrique, y capítulo II, en la del primero rey de Portugal (pág. 349), *et per totum*. Item: del librillo en latín intitulado: *De vera Rexum Portugaliae Genealogia*, su autor Duarte Nuñez, jurisconsulto, capítulo I, de *Enrico Portugaliae Comite*, folio 2, *et* capítulo II de *Alfonso primo Portugaliae Rege*, folio 3. Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación se pone, con su autor, á los pies de la Santa Madre Iglesia, y al juicio y censura de los que con caridad y suficiencia lo enmendaren. En Madrid, á 8 de Marzo de 1638. -El Maestro Fr. Gabriel Tellez.»

Esta última comedia de Tirso autógrafa, al menos desde la hoja novena, se conserva con la debida veneración y estima en la sección de manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional (2).

XV

Nuevos honores de Tirso. -*Adiós á las Musas.—Muerte de Montalban.—Obras históricas de* Téllez: *La Historia general de la Merced* (1639-1640).

El P. Felipe Colombo registra en su crónica el nombramiento de *Maestro* á favor de Tirso, en estos términos: «En 13 de Henero de 1639, se admitió un Breve de Urbano VIII, en que, á título de cronista general de la Orden, se hacía Maestro á Fray

(1) Es el *Epitome de historias portuguesas*, libro muy curioso de Manuel Faria y Sousa, impreso en Madrid 1628, 2 volúmenes en 4.°

(2) Signatura *Vc*-617 antigua.

Gabriel Téllez, con las exenciones que tuvo el Maestro Ramón, y por eso se le dió el lugar inmediato á los Padres Maestros del número, excepto el Maestro Orio, por cuanto estaba expuesto y confirmado.» Y en Octubre del mismo año se reunió un Capítulo provincial en Guadalajara para la ejecución y cumplimiento del anterior Breve (1).

Esta dignidad de Maestro no sería en Teología, porque la tal era grado que se adquiría en las Universidades, sino más bien puesto muy elevado (como que exigía un Breve pontificio) en la Orden de la Merced, acaso necesario para obtener el máximo de General.

Honores y cargos con ejercicio alejaron ya para siempre á Téllez del cultivo de la poesía; así, que sólo de cuando en cuando hallamos ya versos de circunstancias en algunos libros que salieron á luz entonces.

A principios de 1639 compuso dos décimas destinadas á llorar la muerte sentida y prematura del Dr. Juan Pérez de Montalbán, su grande amigo, y se estamparon en el florilegio poético que con el título de *Lágrimas panegíricas* recogió todas las demás composiciones alusivas al triste suceso (2). La de Téllez dice así:

A la malograda muerte del Doctor Juan Pérez de Montalbán,
el Licenciado Tirso de Molina.

Manzanares, ya sosiega
en siempre alegre horizonte
la Agampe de tu monte,
la Castalia de tu vega
ya á mejor Apolo llega,
porque sea su arrebol
(si hasta aquí Plauto español
á quien hizo el Pindo salva)
Montalbán, *monte del Alba*,
tal Alba para tal sol.

Aguila, á la esfera suma
(si joven cisne primero
cantó en tu margen Homero)
voló con sola una pluma.
No temas que le consuma
la envidia, que no podrá,
si eternizándose está
(puesto que ausente de ti)
su *Para todos* aquí,
y el para todos allá.

Y poco posterior será otra décima escrita para el elogio del Condestable de Portugal, vencedor de Aljubarrota, en la *Vida y hechos heroicos* del mismo, compuesta por Rodrigo Méndez Silva é impresa en 1640 (3).

(1) Serrano, *Nuevos datos*, pág. 73.

(2) *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta, Teólogo, Insigne Doctor Juan Pérez de Montalbán, Clérigo, Presbítero y Notario de la Santa Inquisición, natural de la Imperial Villa de Madrid. Lloradas y vertidas por los más Ilustres Ingenios de España. Recogidas y publicadas por la estudiosa diligencia del Licenciado don Pedro Grande de Tena, su más aficionado amigo. Madrid, Imprenta del Reino, MDCXXXIX*, en 4.°

La Aprobación del P. Niseno es de 12 de Febrero de 1639, el privilegio de 1.° de Marzo y las erratas y tasa de 5 y 6 de Septiembre.

Sobre 180 poetas loaron la memoria de grande amigo y discípulo de Lope. Empiezan las poesías con una del Príncipe de Esquilache, y al folio 16 vuelto, está la de Téllez.

(3) *Vida y hechos heroicos del gran Condestable de Portugal D. Nuño Alvarez Pereyra Conde de Barcelos, de Ouren de Arroyolos. Por Rodrigo Méndez Silva Lusitano. Año de 1640. Con privilegio Real en M.d por Iu.° Sanchez acosta de P.° coello mercader de libros*. 8.°, 19 h. prels. y 128 foliadas. A la vuelta repite las señas de la impresión.

Después del privilegio, tasa, aprobaciones, etc., lleva la dedicatoria del autor á D. Luis Méndez

En la rapidez con que Tirso procedió á imprimir las cuatro últimas partes de sus comedias adivinase el anhelo de terminar pronto con tales asuntos, para convertir su atención á otras empresas más conformes con sus hábitos, y, sobre todo, exigidas por cargo que desde 1632 venía desempeñando.

Encerrado, pues, en su convento de Madrid, empezó en 1637 á componer su *Historia general de la Merced*, á que varias veces nos hemos referido (1). Obedecía, además, los mandatos de los superiores de su Orden, como él mismo dice en la introducción: «Mandome todo un Capítulo general que prosiguiese con la tercera parte de esta historia, las dos, primera y segunda, que el P. M. Fr. Alonso Remón, coronista general, dejó impresas. . Obedecí al punto, con particular deleite mío, sin perdonar casi un día, en todo un año, que divirtiesen otros desvelos los de este asunto... y fué Nuestro Señor servido que la pusiese fin, comenzando sus sucesos donde los dejó mi antecesor, que fueron en el año 1570 hasta el presente de 1638.» Sin embargo, ya por

de Haro, luego el prólogo y una carta que desde Flandes envió al autor D. Francisco Manuel de Melo; soneto de D. Rodrigo de Cámara Infante del Conde de Villaflores; soneto de D. Francisco de Sosa, soneto de D. Rodrigo de Meneses, hijo del Conde de Castañeda, soneto de D. Francisco de Acevedo y Arriaga; décima de D. Guillén Marqués de Careaga; soneto de D. Gabriel Bocángel, soneto de Bartolomé Leyva, soneto de Antonio Escribano, silva del Licenciado Domingo Martín Fernández.

Al fol. 73 empiezan las poesías en loor del Condestable con la «Dec. Marsias Tirso de Molina | *El sepulcro del gran Condestable* | *Epitafio* |

Mármoles, eternizad
el prodigioso que esmaltó
con cultos ejemplo admirés
al valor y á la piedad
Fama y su fénix dad
que á la parca el recelo,
dad nuevos héroes al cielo,
á la soberbia castigo,
diadema y remedio á su Amigo,
y un santo más al Carmelo

Siguen sonetos de Sor Violante del Cielo, Antonio López de Vega, tres octavas de D. P. Calderón, décimas de Solís y Felipe Godínez, soneto de Rojas Zorrilla, epitafio de Luis Vélez, más versos de Gaspar de Ávila, Moreto, Matos y otros de menor nombre, formando todo una especie de Cancionero.

(1) *Historia general de la orden de Nra S.ª de las Mercedes Redención de cautivos, primera parte. Contiene las vidas y sucesos de veinte y ocho Maestros generales desde el primero que fue nro. glorioso fundador y Patriarca S. Pedro Nolasco hasta el último de los perpetuos, por el discurso de 457 años. Escríbese también en esta 1.ª parte las vidas de muchos ínclitos mártires y Confesores Religiosas Vírgines Varones eminentes en todo genero de letras y virtudes que florecieron en los dichos años. Compuesto por el P. M.º fr. Gabriel Tellez, Coronista General de el dicho Orden de nra Señora de la Merced R.on de cautivos. En Madrid á catorce de Diciembre de el año de 1639.*

Esta fecha corresponde únicamente al día en que otro que no fué Tirso puso la portada al tomo, porque así lo dice él mismo:

«Acabóse en esta celda del mi monasterio real de nra Sra de las Mercedes Redempcion de cautivos de Madrid, á cinco días del mes de Febrero de el año 1639 por el M.º Fr. Gabriel Tellez» (Firma)

Segunda parte.

Historia general del Orden de N. S.ª de las Mercedes R.on de cautivos. 2.ª parte. Contiene las vidas y sucesos de catorce nuestros generales desde el vigesimo octavo que fue el 1.º de los de el Gobierno limitado de á 6 años hasta el 42 en que se dio fin. Esta 2.ª parte. Refiérense también en ella las vidas de muchos siervos de Dios, Sanctos y eminentes en letras y observancia y muchas Religiosas perfectísimas todos hijos de el dicho Orden. Compuesto por el P. M.º fr. Gabriel Tellez, Coronista general. En Madrid á los 20 de Marzo del año de 1639.

Al fin dice:

«En este Monasterio de Madrid á 25 de Diciembre año 1639, por el M.º fr. Gabriel Tellez, Coronista General de la orden.» (Firma)

Manuscrito original y autógrafo en 2 volúmenes en folio de 417 hojas el 1.º y 470 el segundo con 5 más sin foliar (Biblioteca de la Academia de la Historia, Ms. E-105 y 107.)

dar unidad á su trabajo, ó porque no le pareciese bien la obra del anterior cronista, que había tenido muy mal despacho, comenzó de nuevo á escribir la historia, desde su fundación, y rehizo la parte ya compuesta.

Terminó la primera parte y tomo el 5 de Febrero de 1639, y dos meses después empezaba la segunda, á que ponía fin el día de Nochebuena del mismo año.

Está escrita esta obra en estilo rápido y elegante, quizá más de lo que conviene á la seriedad y aplomo de una crónica; no precisa bastante los hechos; omite muchos de importancia y acaso tenga otros defectos de composición, que un detenido estudio comparativo con otras de igual clase y el conocimiento profundo de la materia puedan arrojar; pero no creemos merezca la desdeñosa censura que le aplica el P. Colombo al decir:

«El M. Fr. Gabriel Téllez escribió dos tomos, diciendo que era el desvelo de dos años. Poco tiempo es para cohordinar noticias de más de cuatrocientos. Pero no habiendo para ello visto más autores que al M. Vargas y á Corvera en la *Vida de Santa María de Cervellón* y el brevísimo *Prontuario* del M. Boil, como confiesa, tiempo le sobró para la obra. Más ha de treinta años que voy trabajando esta cultura y cada día se ofrece nuevo trabajo, habiendo en lo estudiado aún mucho que estudiar de nuevo» (2).

Que Téllez había visto más fuentes que las que señala el P. Colombo no hay necesidad de asegurarlo desde el momento que se propuso perfeccionar los dos enormes tomos del P. Remón, impresos en 1618 y 1633, y que teniendo á su disposición los papeles de todos los archivos, siquiera por decoro del cargo, los habrá examinado con mayor ó menor detenimiento. Además, el mismo Téllez estampa en su *Introducción* estas textuales palabras: «Revolví papeles antiguos y modernos, leí autores y crónicas impresas y manuscritas, busqué noticias de archivos y depósitos.» Y más adelante añade: «Paciencia y tiempo ha sido menester para ojear manuscritos, construir letras que, ó por la mucha senectud ó por lo ya no usado de sus caracteres, se dificultaban; pero todo lo sazona el gusto de la obediencia.» Si esto hizo, como no hay por qué dudarlo, claro está que la escasa erudición que su historia tiene obedece al propósito de escribir, más que una crónica autorizada, un compendio histórico de lectura fácil y agradable.

Otra de las obras históricas del Maestro Téllez compuesta por esta época, y de la cual tenemos noticia por la mención que de ella hace el mismo autor en la dedicatoria de la *Cuarta parte* de sus comedias es la *Genealogía de la casa de Sástago*. Citanla también el P. Harda y Alvarez Baena, añadiendo que fué impresa en Madrid en 1640, en folio (2).

---

(1) Colombo *Cron.*, fol. 8.—Serrano *Nuevos datos* pág. 71.

(2) En la *Biblioteca* de Franckenau no figura este libro.

XVI

Últimos años de la vida de Tirso de Molina, *Comendador del convento de Soria.— Su muerte en 1648.*

Según las curiosas noticias que á D. José Antonio A. Baena comunicaron á fines del siglo XVIII los Mercenarios del convento de Madrid, Tirso fué nombrado en 29 de Septiembre de 1645 Comendador, ó sea superior, del de Soria.

De su vida en los cinco años anteriores no tenemos por hoy la menor noticia. Debía de llevar bien los setenta y cuatro de su edad cuando no temió, al ir á sepultarse en el convento soriano, el clima crudísimo de aquella región inhospitalaria.

Allí residió hasta el fin de sus días, quizá sin venir más á la corte. El convento de la Merced de Soria, fundado á fines del siglo XIV (1387), fué reformado hacia 1478, y sus religiosos permanecieron en el de San Martín hasta la exclaustración, en 1835.

La inscripción del retrato que hemos copiado al principio de esta biografía nos informa que, si el P. Téllez se olvidó de todo trabajo literario, no así de ornar y enriquecer la que ya había de ser su última residencia. Fabricó el retablo principal de la iglesia, los colaterales, un camarín y otros adornos que en el siglo XVIII se veían aún en ella. Procuró adquirir alhajas y ornamentos para el culto, y en todo lo demás atendió á la buena dirección y administración del convento.

El notario de Soria, Abad y Crespo, halló, hacia 1883, una escritura de carta de pago, otorgada en 5 de Octubre de 1646 por «el Padre Maestro Fray Gabriel Téllez, Comendador del convento de Nuestra Señora de la Merced de esta ciudad» (Soria), en la que, á nombre de dicho convento, confiesa haber recibido 1.500 reales por la limosna de 1.000 misas dichas en él en sufragio del alma de un cierto D. Francisco López del Río (1).

Esta es la última noticia que tenemos de la vida de nuestro fraile, si se exceptúa la de su muerte, ocurrida en el convento de Soria el 12 de Marzo de 1648, á los *setenta y seis años* y cinco meses de edad (2).

Ningún escritor del tiempo nos ha conservado noticias de su muerte; nadie lloró sobre su tumba; olvidáronle los poetas madrileños, bien es verdad que ya estaba muerto para el mundo hacía muchos años. Fué sepultado en el convento de Soria; pero nuestras bárbaras luchas políticas han hecho desaparecer sus preciados restos (3).

(1) V. *La Ilustración Española y Americana* de Mayo de 1883.

(2) Inscripción del retrato perteneciente al convento de Soria.

(3) La comisión nombrada en 1869 para inaugurar el frustrado *Panteon Nacional*, hizo algunas averiguaciones en Soria en busca de las cenizas del Maestro Tirso pero sólo adquirió el triste convencimiento que están perdidas para siempre.

Los papeles de TÉLLEZ, en que había comedias autógrafas (1), parece que vinieron, después de su fallecimiento, al convento de Madrid. Pero éste «fué demolido, sus moradores pasados á hierro en el horrible día del Carmen de 1834, y sobre el solar de la que fué casa de TIRSO se alza triunfante, como simbólico monumento de la cultura progresista, la estatua del gran desamortizador Mendizábal, bastante por sí sola para ahuyentar á las Gracias y á las Musas que anidaron en el alma de FR. GABRIEL TÉLLEZ. Cada época tiene los grandes hombres que merece, y los honra y festeja como puede» (2).

XVII

Editores, colectores, biógrafos y críticos modernos de TIRSO DE MOLINA.

Muerto TIRSO, murieron tambien sus obras. Como la mayor parte quedaron inéditas, sobre éstas se precipitaron los refundidores de la segunda mitad del siglo XVII, como hicieron sobre aquella parte de las de Lope, que padecieron igual infortunio, y dándolas como suyas, condenaron al olvido el nombre del que las había dado ser y forma.

Por los años de 1733 y 34 reimprimió algunas de las que figuraban en los cinco tomos legítimos de TIRSO cierta D.ª Teresa de Cruzmán, que tenía lonja de comedias en la Puerta del Sol; pero no dió ninguna nueva, porque no las conocía. Así y todo, esta tentativa de rehabilitación cayó en el vacío, ó poco menos, y fué preciso esperar

(1) Aunque en el *Catálogo dramático* general y razonado de TIRSO, que publicaremos al principio del segundo tomo de estas comedias, se dará noticia individual de todas, como en esta biografía hemos ido especificando las que el mismo autor fué dando á luz, pondremos aquí también sin discutirla, la lista de las que á su nombre figuran en otras colecciones ó sueltas:

El Burlador de Sevilla (En diversas colecciones desde 1630.)
La firmeza en la hermosura (Parte 37 valenciana, 1640.)
Desde Toledo á Madrid. (Parte 26 de varios, 1666.)
Amar por señas. (P. 27 de idem, 1667.)
La ventura con el nombre (Idem, íd.)
El Caballero de Gracia (P. 31, 1669.)
La Romera de Santiago. (P. 33, 1670.)
En Madrid y en una casa (P. 35, 1671.)
Sueltas:
Los balcones de Madrid
Bellaco sois, Gomez (Ms.)
El celoso prudente
La Condesa bandolera
Habladme en entrando
El honroso atrevimiento
La joya de las montañas
La Peña de los enamorados
Quien da luego da dos veces
Santa Juana: 3.ª parte (Autógrafa.)

No incluimos en esta lista *La Rey D. Pedro en Madrid ó el Infante de Illescas*, porque el señor Menéndez y Pelayo ha recobrado, á nuestro ver con buenas razones, la propiedad de la comedia para Lope de Vega. A favor de TIRSO no había más presuncion que la de figurar impresa en una coleccion antigua que contiene tambien otra obra suya, pero á nombre de Lope, y la opinion de Hartzenbusch que la incluyó en la *Bib. de Autores españoles*, opinion, sin embargo, abandonada por él más adelante y vuelta en favor de Lope.

(2) MENÉNDEZ Y PELAYO. *Estudios de crítica literaria. Segunda serie*, pág. 168.

todavía otros setenta años y á que el público, cansado de los disparates cómicos aplebeyados de Comella, Zabala y Moncín, así como de las frialdades clásicas de los afrancesados, empezase á ver sin disgusto, y mutiladas ó refundidas, algunas comedias de nuestros grandes autores antiguos, no ya Calderón (que nunca había dejado de ser popular y conocido en la escena), ni Moreto, Solís y Cañizares, sino el tan maltratado Lope de Vega y el resucitado TIRSO DE MOLINA.

Un literato eminente, aunque de modesta clase, pues no era más que apuntador en el *coliseo* del Príncipe, refundió con acierto *La Villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *Don Gil de las calzas verdes* y otras que no llevan su nombre, porque su trabajo, en realidad corto, se redujo á suprimir pasajes desvergonzados ó escenas poco necesarias para el desarrollo del argumento. Tuvo Solís imitadores en esta tarea, loable hasta cierto punto, y el nombre de Tirso comenzó á salir del olvido dos veces secular en que yacía.

Vino luego D. Agustín Durán, gran apóstol de la libertad crítica y aficionado á nuestros antiguos dramáticos, como á toda la antigua poesía popular, y uniendo la predicación con el ejemplo, comenzó á publicar con el título de *Talía española* (1834) una colección de obras dramáticas de TIRSO DE MOLINA. Desgraciadamente no dió á la estampa más que el tomo I, que contiene tres comedias (1) y dos excelentes juicios de *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado* y algunas noticias biográficas del poeta.

Pero el impulso estaba dado; y al mismo tiempo que unos, como el librero Ortega, reimprimían las obras de nuestro poeta, con discretos aunque superficiales juicios sobre sus comedias, escritos por buenos literatos como D. Félix Enciso Castrillon, D. Manuel Bernardino García Suelto y D. Manuel Eduardo Gorostiza (2); tarea en que acompañó á Ortega el editor D. F. Grimaud de Velaude, sin ilustraciones de ninguna clase (3), comenzóse también á investigar algo de la vida obscura del fraile que

(1) *Talía española, ó colección de dramas del antiguo teatro español, ordenada y recopilada por D. Agustín Durán. Tomo I* (único publicado). *Madrid, Eusebio Aguado, 1824.*

8.° marquilla. Correctos y bien impresos pubicó, con discursos sobre *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*, estas tres comedias:

La prudencia en la mujer
Palabras y plumas
El pretendiente al revés

(2) *Comedias escogidas del Maestro Tirso de Molina. Madrid, Ortega y Compañía, 1826-1834.* 4 vols. en 8.° Contienen 14 comedias, con un *examen* crítico al fin de cada una. Los textos son muy poco seguros é incompletos.

Tomo I El vergonzoso en Palacio
Por el sótano y el torno
Celos con celos se curan
Don Gil de las calzas verdes

Tomo II El amor y el amistad
La mujer por fuerza
Amar por razon de Estado
La huerta de Juan Fernández

Tomo III Amar por señas
No hay peor sordo
Escarmiento para el cuerdo
La elección por la virtud

Tomo IV Todo es dar en una cosa
La romera de Santiago

(3) *Teatro español. Madrid, D. F. Grimaud de Velaude, 1837.*

12.° En tomitos sueltos publicó ocho comedias, con un grabado al frente de cada una, y, entre ellas, las cuatro de Tirso que siguen:

Desde Toledo á Madrid
Los balcones de Madrid.
El pretendiente al revés
En Madrid y en una casa *(como de Rojas)*

tan lindas comedias había producido, distinguiéndose en estos primitivos y todavía rudimentarios trabajos el ameno escritor de costumbres madrileñas D. Ramón de Mesonero Romanos, que, á la vez, retundió con notable gusto varias obras de Tirso (1).

Otros fueron á la vez editores, biógrafos y críticos del gran poeta, todo en la pobre esfera que entonces era lícito ó posible. Así dió, en 1838, á conocer en Francia, D. Eugenio de Ochoa, al creador del tipo europeo del D. Juan (2); y con más brío y suficiencia el insigne Hartzenbusch (1839-1842) la colección más rica y mejor ilustrada que hasta entonces se había hecho de ningún dramático del siglo XVII (3).

No citaremos entre los promovedores de este gran movimiento de rehabilitación y desagravio al que lo pudiera haber conducido mejor que todos; porque, hombre insaciable en el acopio de datos y materiales, todos sus peregrinos hallazgos y descubrimientos permanecieron ocultos hasta hoy mismo, que por mi conducto reciben, antes

(1) Don Ramón de Mesonero Romanos, refundió (con muy escasas alteraciones) las comedias *Amar por señas*, *Ventura te de Dios, hijo*, *La dama del olivar*, con el título de *Lorenza la de Estevanel*, todas tres en 1826, y fueron representadas en los teatros públicos.

En 1837 leyó en el Ateneo de Madrid un *discurso crítico* sobre Téllez.

En el *Semanario pintoresco* le estudió de nuevo en su *Bosquejo histórico del teatro español* (1844).

En 1848 publicó un tomo titulado *Tirso de Molina: cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, epigramas y dichos agudos recogidos en sus obras*, con un *Discurso crítico* (Madrid, 1848, 8.°, págs.)

Una *Noticia biográfica* en el tomo 45 de la *Biblioteca de Autores Españoles*, al principio.

(2) *Tesoro del teatro español desde su origen (año de 1560) hasta nuestros días, arreglado y dividido en cuatro partes por D. E. de Ochoa. París, 1838.*

5 vols., 8.° francés, con retratos. El tomo IV contiene de Tirso las cuatro grandes comedias:

La prudencia en la mujer.
Don Gil de las calzas verdes.
El Burlador de Sevilla.
La beata enamorada, Marta la piadosa.

(3) *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez, conocido con el nombre del Maestro Tirso de Molina. Madrid, Imprenta de Yenes*, 1839 á 1842.

12 vols. en 8.° marquilla. Comprende 33 comedias y extractos y noticias de otras. Al fin de cada una hay un juicio del colector, en el tomo 2.° va la apología del *Vergonzoso*, una buena introducción en el 1.° y la biografía que Durán puso en su *Talia española* y algunas noticias de esta clase en el 3.°

Tomo 1.°	La villana de la Sagra Marta la Piadosa Amor y celos hacen discretos
Tomo 2.°	Palabras y plumas La celosa de sí misma Privar contra su gusto.
Tomo 3.°	Don Gil de las calzas verdes El celoso prudente Ventura te de Dios, hijo.
Tomo 4.°	El amor y el amistad La gallega Mari-Hernández No hay peor sordo.
Tomo 5.°	La huerta de Juan Fernández El castigo del penséque Quien calla otorga.
Tomo 6.°	La prudencia en la mujer La villana de Vallecas. Amar por razón de Estado.
Tomo 7.°	Averígüelo Vargas Desde Toledo á Madrid La firmeza en la hermosura
Tomo 8.°	Amar por señas. El pretendiente al revés El amor médico.
Tomo 9.°	Celos con celos se curan Bato si que es negociar. El Melancólico
Tomo 10	Por el sótano y el torno El vergonzoso en Palacio La venganza de Tamar
Tomo 11	Del enemigo el primer consejo Amar por arte mayor El condenado por desconfiado
Tomo 12	Extractos y examen de las demás

de salir á luz, el aplauso respetuoso y admirativo con que todo español debe saludar el nombre inmortal de D. Bartolomé José Gallardo (1).

Pero otros grandes críticos habían, sobre la base de la edición primera de Hartzenbusch, hecho estudios muy estimables del teatro de TIRSO DE MOLINA. Al frente de ellos marcha D. Alberto Lista, que, por su parte, trajo alguna joya nueva al tesoro en formación del poeta madrileño (2). Y por igual senda fueron D. Francisco Martínez de la Rosa (3), D. Francisco Javier de Burgos (4) y D. Antonio Gil y Zárate (5).

A dar nuevo pábulo á este estudio vino en 1848 el ya mencionado Hartzenbusch, con la segunda y más copiosa colección de obras de Tirso, reunida para la gran *Biblioteca de Autores españoles* (6).

En la misma *Biblioteca* se estudió y dió á conocer, aunque más tarde, á Tirso como escritor de autos sacramentales por González Pedroso (7).

(1) Gallardo, que poseyó el manuscrito de la comedia, hoy no conocida, de Tirso *La peña de los enamorados*, se propuso publicarla con una biografía del autor. Perdió ambas cosas en el naufragio que en el Guadalquivir padecieron casi todos sus papeles, el célebre día de San Antonio de 1823, cuando huyó á Cádiz precipitadamente el Gobierno provisional, en el que Gallardo tenía el empleo de bibliotecario y archivero de las Cortes. Posteriormente rehizo casi todo lo relativo á biografía en papeletas sueltas, como hemos tenido ocasión de apuntar en el texto. Estas papeletas no tardarán en ver la luz pública.

(2) Don Alberto Lista trató de las obras de Tirso en dos distintas ocasiones. La primera en unas lecciones de historia del teatro español que explicó en el Ateneo en 1837 y se publicaron postumas, en 1853, con el inexacto título de *Lecciones de literatura española, por D. Alberto Lista. Madrid, Imprenta de D. José Repullés, Librería de Cuesta*, 1853.

2 vols. en 8.º de 345 y 296 págs. Lo más notable de estas lecciones son algunas expresiones críticas en favor del *Burlador de Sevilla*, que con otras solas tres obras de Tirso examina.

Mayor importancia tienen los 17 artículos sobre las comedias de Tirso, contenidos en el tomo II (págs. 89-150) de sus *Ensayos literarios y críticos* (Sevilla: Calvo-Rubio y Compañía, 1844, 4.º). Estudia principalmente el lenguaje, estilo y versificación de las mismas, con exquisitas observaciones. Lista fué el primero que llamó la atención acerca de la comedia *En Madrid y en una casa*, impresa á nombre de Rojas, sosteniendo que era de Tirso, cosa hoy indiscutible.

(3) En el *Apéndice sobre la Comedia. Obras completas*, tomo I. París, 1845, 8.º

(4) En un artículo publicado en el periódico *El Laberinto*. Lo reimprimió Hartzenbusch en los preliminares de su colección en Rivadeneyra.

(5) En su *Manual de Literatura*. Madrid, 1844, 8.º

(6) *Comedias escogidas de Fr. Gabriel Téllez el Maestro Tirso de Molina, juntas en colección é ilustradas por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, Rivadeneyra, 1848*. 4.º ed. estereotípica. XLIX-725 págs.

Lleva al principio un breve prólogo del colector y los artículos de Durán, Mesonero (uno de los de Lista), Burgos, M. de la Rosa y Gil y Zárate. Un breve *Catálogo razonado* de las obras dramáticas de Tirso y como apéndices la 3.ª jornada de *El que hace un ruinto en Madrid*, fragmentos de una impresión de *El Rey D. Pedro en Madrid*, y los dos juicios de Durán sobre *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*.

Contiene 36 comedias que, por orden alfabético, son las siguientes: Los amantes de Teruel.—Amar por arte mayor.—Amar por razón de Estado.—Amar por señas.—El amor médico.—El amor y el amistad.—Amor y celos hacen discretos.—Averiguelo Vargas.—Los balcones de Madrid.—El Burlador de Sevilla.—El castigo del pensé que.—Cautela contra cautela.—Celos con celos se curan.—La celosa de sí misma.—El celoso prudente.—El condenado por desconfiado.—Del enemigo el primer consejo.—Desde Toledo á Madrid.—Don Gil de las calzas verdes.—Esto sí que es negociar.—En Madrid y en una casa.—La gallega Mari-Hernández.—La huerta de Juan Fernández.—Marta la piadosa.—No hay peor sordo.—Palabras y plumas.—Por el sótano y el torno.—El pretendiente al revés.—Privar contra su gusto.—La prudencia en la mujer.—Quien calla otorga.—El Rey D. Pedro en Madrid.—La ventura con el nombre.—El vergonzoso en Palacio.—La villana de la Sagra.—La villana de Vallecas.

(7) Tomo LVIII de la Biblioteca de *Autores Españoles*. Contiene los autos: *No le arriendo la ganancia* y *El Colmenero divino*.

En esta noble empresa coadyuvaron algunos escritores extranjeros, con su talento y erudición, tales como el norteamericano G. Ticknor en su excelente *Historia de la literatura española*, aunque Tirso no sale muy favorecido en esta obra; el benemérito alemán Adolfo Federico Schack, que en su por nosotros ya citada y preciosa *Historia de la literatura y arte dramático de España* (1) condensó y amplió los trabajos de Durán y Hartzenbusch especialmente, y con su criterio expansivo, ilustrado y verdaderamente estético, recabó para Tirso todo el valor é importancia que después le han concedido críticos tan esclarecidos como sus paisanos J. Leopoldo Klein (2) y Adolfo Schaeffer (3), por citar sólo á los más eminentes. Y aunque con menos conocimiento del asunto, los franceses L. Viel-Castel (4), Philarste Chasles (5), Alfonso Royer (6), Alfredo Gassier (7) y otros de menor importancia.

La biografía de Tirso, que parece había sido escrita muy á principios del siglo XIX por un compañero de hábito (8) y muy poco después en las papeletas bibliográficas de Gallardo, progresó muy poco á causa de no ser conocidos estos trabajos. Así que cuando el ilustre, el inolvidable Barrera, reunió en su gran *Catálogo del teatro español* (9), todo lo que se sabía y lo que aportaron su erudición y diligencia, pudo ya abrigarse la esperanza de reconstruir algún día la vida de aquel grande ingenio.

El hallazgo inesperado del famoso retrato de Soria, en 1874, vino á enriquecerla con algunas noticias de la mayor importancia, que condensó luego D. Cayetano Rosell en una breve pero sustanciosa biografía de Tirso de Molina (10).

Deseosa la Academia Española de que hubiese una buena obra acerca de Tirso y su teatro, anunció en 1886 un concurso sobre dicho tema, que sólo dió por resultado, para el público, el notable libro de crítica de D. Pedro Muñoz Peña (11).

Pocos años después cúpome la honra de publicar reunidas todas las indagaciones recogidas por Barrera y Rosell, con otras muchas que allegó mi curiosidad (12), y la

(1) Schack publicó su obra en 1845; pero en 1854 hizo en Francfort una nueva edición muy aumentada. Esta es la que tradujo en 1886 y siguientes D. Eduardo de Mier en 5 vols. 8.°

(2) En el tomo 4.° de su *Historia del drama español* (págs. 114-185). *Leipzig, T. O. Weigel, 1854*, 4.° (En alemán.) Examina largamente algunos de los principales dramas.

(3) *Historia del drama nacional español. Leipzig, 1890*, 2 vols. 4.° (tomo 1.°, páginas 331-375.)

Analiza muchas obras. (En alemán.)

(4) *Ensayo sobre el teatro español. París, 1862*, 2 vols. 8.° (Son artículos publicados primero en la *Revue des Deux Mondes* en 1840 y 1841. (En francés.)

(5) *La France, l'Espagne et l'Italie au XVIe siècle. París, 1877*, 8.° (Reimpresión de sus *Estudios sobre España*, publicados en 1847.)

(6) Tradujo algunas comedias de Tirso (París, 1861, 8.°) y escribió una *Historia universal del teatro*, en 6 tomos en 8.° (París, 1863-70.)

(7) *Le Théâtre espagnol. San Ubl de Portugal de Moreto. París, Paul Ollendorf, 1898*, 4.°, 510 págs. (V. págs. 113-129.)

(8) El P. Fr. Manuel Martínez que murió siendo Obispo de Málaga en 1832, había según dice Mesonero Romanos, escrito algunos cuadernos acerca de Tirso, que Mesonero no ha visto ni nadie después de él.

(9) Madrid, 1860, 4.°—El artículo Tirso es la biografía más completa de las publicadas hasta entonces.

(10) En el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana. Madrid, 1879*, en folio, con retrato.

(11) *El Teatro del Maestro Tirso de Molina. Valladolid, 1889*, 4.°, 674 págs.

(12) *Tirso de Molina. Investigaciones bio-bibliográficas. Madrid, 1893*, 8.°, 221 págs.

satisfacción de ocasionar el admirable artículo histórico y crítico del rey de la erudición moderna (1).

Y al año siguiente un joven, entonces modesto y hoy ya uno de los más notables eruditos de nuestra nación, ampliaba con nuevos é importantísimos datos mis investigaciones, como se ha visto, en este estudio, con las frecuentes referencias que hago al Sr. Serrano y Sanz.

Los doce años que de entonces acá han transcurrido nada han traído de nuevo para la biografía de TÉLLEZ, aunque sí mucho acerca de algunas de sus obras.

El descubrimiento de un texto desconocido de *El burlador de Sevilla* (2) recabó la atención de los críticos sobre este tipo dramático, tan famoso en toda Europa, y á él consagraron notables estudios (para entonces) D. Francisco Pí y Margall (3), don Manuel de la Revilla (4), D. Felipe Picatoste (5), D.ª Blanca de los Ríos (6), D. Joaquín Hazañas y La Rúa (7), el insigne académico Marqués de Valmar (8), y como resumen de todos estos trabajos y los de varios extranjeros, ampliados con las propias indagaciones, la eruditísima monografía del Sr. Arturo Farinelli (9), que es por hoy la más completa historia de las evoluciones y transformaciones que ha sufrido la leyenda dramática del *Burlador de Sevilla*.

Sobre las fuentes de *El condenado por desconfiado* ha versado el discurso de ingreso en la Real Academia Española de nuestro ya ilustre compañero D. Ramón M. Pidal, adicionado posteriormente con nuevos datos (10) y unos profundos artículos sobre el alcance filosófico y teológico de la obra por el P. Norberto del Prado, dominico (11).

---

(1) *Estudios de crítica literaria*. Segunda serie. Madrid, 1895, 8.°, págs. 131-178.

(2) *Comedias de Tirso de Molina y de Don Guillén de Castro*. Madrid, 1878, 8.°

La refundición lleva el título de *Tan largo me lo fiais*.

(3) *Observaciones sobre el carácter de Don Juan Tenorio*, como prólogo de la obra anterior reimpresa en los opúsculos de su autor D. Francisco Pí y Margall. Creemos que fué lo primero algo serio que se escribió en España sobre este tema.

(4) Dos artículos en *La Ilustración Española y Americana*, 2.° semestre de 1878, págs. 255 y 282, y luego en sus *Obras completas* (Madrid, 1883, *Estudios literarios*, pág. 431).

(5) *Estudios literarios. Don Juan Tenorio* por D. Felipe Picatoste. Madrid, 1883, 8.°, 196 págs. *Últimos escritos de D. Felipe Picatoste*. Madrid, 1892, 4.° En la pág. 113 hay un artículo sobre *Don Juan y sus intérpretes*.

(6) Dos artículos en la *España Moderna* (Noviembre y Diciembre de 1889).

(7) *Génesis y desarrollo de la leyenda de Don Juan Tenorio*. Sevilla, 1893, 4.°, 48 págs.

(8) *Contestación al discurso* de D. José Zorrilla en su recepción en la Academia Española. Madrid, 1885, 4.° Reimpreso en las *Memorias de la Academia*, tomo VI.

(9) *"Don Giovanni". Note critiche*. Dos largos artículos en el *Giornale storico della letteratura italiana*, vol. XXVII (1896), págs. 1 y 254 (149 págs. en 4.°).

El Sr. Farinelli nos parece algo injusto en sus apreciaciones sobre el libro de Picatoste, pues hasta entonces creemos era lo más copioso sobre la materia, y, aparte de algunas divagaciones, bien razonado tanto, que el mismo Farinelli acepta la división capital que, á mi juicio infundadamente, hizo aquel del carácter del Don Juan. Mr. de Mañabá había ya publicado en París, en 1893, un estudio sobre *Don Juan et la critique espagnole*.

(10) Madrid, 1902. Posteriormente el Sr. Menéndez Pidal ha publicado en el *Boletín hispánico* de Burdeos, Enero-Marzo de 1904 el artículo *Más sobre las fuentes del Condenado por desconfiado* 4.°, págs. 38-43. Sobre esta comedia imprimió también Revilla otro artículo en *La Ilustración Española y Americana* de Junio de 1878.

(11) En la *Revista del Santísimo Rosario*. Vergara, 1904 y 1905.

El gran drama de *La prudencia en la mujer* ha inspirado un notable artículo sobre sus fuentes al renombrado hispanista Mr. Alfredo Morel-Fatio (1), y con anterioridad un extenso trabajo crítico que acompaña á su refundición de la obra hecha por D. Enrique Funes (2). Del drama de Téllez también hay una refundición póstuma de Hartzenbusch (3).

Tal creo que ha sido hasta hoy la suerte de Tirso en la literatura (4). Nos lisonjeamos que nuestra publicación, facilitando el examen de textos hasta hoy poco accesibles, dará margen á estudios más perfectos y completos acerca del gran poeta.

Para que no se busque en este ensayo lo que yo no he querido poner, ni es obligación de un simple editor, diré que aun cuando no sería impertinente el estudio crítico sobre todas y cada una de las obras del Mercenario famoso, tal obra excedería con mucho los límites de este prólogo, ya harto dilatado. Solamente el trabajo del señor Muñoz Peña ocupa 700 páginas en 4.°, y versa únicamente sobre las comedias (y aun no todas) contenidas en la colección de Rivadeneyra. Al frente del tomo segundo irá un extenso *Catálogo individual y razonado* del caudal dramático de nuestro poeta con aquellas noticias y observaciones que más interés puedan ofrecer al lector inteligente.

(1) *Etudes sur le théâtre de Tirso de Molina, I. La prudencia en la mujer. Extrait du Bulletin hispanique d'Avril Septembre, 1900. Bordeaux, Feret et fils, 1900.* 4.°, 54 págs.

(2) *La prudencia en la mujer. Comedia de Tirso de Molina, refundida en cuatro actos y precedida de un discurso por Enrique Funes. 2.ª edición, corregida por el refundidor. Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de A. J. Benitez, 1889;* 4.°, LVII-177 págs.

(3) *La prudencia en la mujer, comedia en tres jornadas y seis cuadros, escrita por Don Gabriel Tellez, conocido con el nombre de Tirso de Molina. Refundida por Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, Rivad., 1902,* 8.°, 94 págs. La refundición se representó en el teatro del Circo el 20 de Mayo de 1858, pero quedó inédita.

(4) No mencionamos otros muchos trabajos de menor importancia, ya porque nada nuevo dicen en la materia y ya porque no aspiramos á hacer una bibliografía completa de Tirso de Molina. Cuando, al principio de esta biografía, dijimos que la piececita *El nacimiento de Tirso* era la única obra en que nuestro personaje lo fuese literario, olvidábamos que mucho antes lo había sacado á escena, por cierto de un modo bien poco airoso, D. Luis Eguílaz, en su comedia *Una aventura de Tirso*, representada en 1855. Al final de la obra casa el autor á Téllez, nada menos que con D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán, que disfrazada de hombre, le persigue en toda la comedia, al más ni menos que las andariegas damas en las del celebre Mercenario; y con mayor inverosimilitud, pues Tirso ni la conoce.

III

APÉNDICE

Poesías líricas incluídas en la Segunda parte de las Comedias de TIRSO DE MOLINA.

I

«A un poeta muy flaco y viejo, aconsejándole que se muera.»

ROMANCE EN CONSONANTES

A ti, el hombre más sutil
que aguja de hacer filete,
con más pliegues en la cara,
que de un obispo el roquete;
A ti, que traes el juicio
puesto siempre al escudete,
porque no quiere estar fijo
en barrenado casquete,
A ti, relevante en prosa
como tabla de bufete
que daña su munición
más que la de algún mosquete,
A ti, que tienes el casco
más débil que su copete,
siendo veleta en la tierra,
siendo en el mar gallardete:
Otro poeta de bien
que nunca ha puesto bonete,
por hacerte algún favor,
te escribe aqueste billete.
Estima esta cortesía
para ponerla en membrete,
aunque teme de tu ingenio,
que sus versos no interprete.
Dice que, pues ya tu fama
llega ya á beber del Lethe,
que te dejes sepultar
en el nido de un ariete.
Que no debe ya vivir
un ingenio tan pobrete,
que es la fábula de todos
y de la risa el sainete.
Que á cualquier pequeña valla
de cuitado se somete
por no tener cortezón,
sino miga de mollete.
Jamás invocaste musa
sin prevención de alcahuete,
y, sin ayuda de amigo,
jamás hiciste motete.
Cae, amigo, de tu burra,
pues eres tan mal jinete,
que será como caer
de Valencia el Micalete.
Escoge honroso sepulcro,
pues yo te he ofrecido siete,
que el más humilde de todos
á tu vanidad compete.
Pondrán tu cuerpo sutil
más que filos de machete,
para darle sepultura,
en un bordado tapete.
Más armado y más galán
que un valiente matasiete,
desde la baja esquinela
hasta el encrestado almete.
Urna de labor costosa
á tu cuerpo se promete,
donde estés más celebrado
que en el vino está el taquete.
No llegará á tu sepulcro
ningún humano ribete,
en sabiendo que la parca
fué de tu vida corchete.
Muere, poeta caduco,
porque tu cuerpo se quiete;
que sin remisión la parca
ha tocado ya á jarrete.

II

De un amigo á quien convidó el Autor, para la Academia, una noche de invierno.

ROMANCE

Señor secretario: Anoche
ir no pude á la Academia,
que nieve y lodos obligan
á lo que el hombre no piensa.
Fuime á ver de una hermosura
los extremos, que lo fueran
á haber menos que lo digan,
ya que hay tantos que lo sepan.
Es la mujer agradable,
cuyas ventanas y puertas
jamás sufrieron porfías
y nunca escucharon quejas.
Dase á todos muy barata,
aunque muy cara les cuesta;
y si no es por lo que dan,
viene á ser por lo que llevan.
Mas, si por la variedad,
es naturaleza bella,
en su hermosura es Lisarda
la misma naturaleza.
Teniendo tantos, no tiene
hombre que le favorezca,
y así, de lo que le sobra
le falta lo que desea.
Por armas tiene un botín
con una ingeniosa letra

que dice en letra vulgar
«Alejandro de sí mesma.»
Con ésta tuve harto anoche;
fuerte fué anoche con ésta;
que el valor en la caída
fué más que en la resistencia.
Y después de levantado
volví á caer en la cuenta
y que se pasó la causa
del daño que se recela.
Allí en, como condenado,
dando gracias por ofensas,
pagar de mi propia bolsa,
á mi verdugo, mi afrenta.
Esta noche no he dormido
borrando mis fortalezas,
pensando en lo que pasó
y temiendo lo que queda.
Rogad, amigo, á los cielos,
si os oyen sus luces bellas,
que mi señor sea por bien,
ó por menos mal se quiera.
Y que de tan grave culpa
se me dé la penitencia,
ya que lo pecó la carne
sin que los huesos lo sientan.
Y pues la imaginación
en los tristes atormenta
aun con afectos fingidos
como las verdades mismas.
Ya que padezco en la mía,
pudiendo tener mis penas
remedios de vuestras manos,
no es justo que así padezca.
Respondedme y consoladme;
que, por mi desdicha, crea
que en sus extremos mayores
no hay mal que por bien no venga.

III

RESPUESTA Á ESTE ROMANCE

Disculpa el obedeceros
el que en escribir delinque
á versos que son tan doctos,
con ignorancias humildes.
Y todos usan discretos
del sacro humor de Aganipe,
pues su pilón ya es patente
á caballos y rocines.
En el cuartago lenguaje
que mi musa me permite
(porque quien más no merece
no ha de pedir imposibles)
Os digo, señor amigo,
que vuestro ingenio relince
hizo falta en la Academia
del claro desden de Guzie.
Si bien estáis disculpado
con el rigor insufrible
de la nieve y vendabal,
que una hiela y otro gime.
Mas quien con tanto calor
busca llamas, busca Cárces,
pudiera pasar los puertos
de Guadarrama y Bembibre.
Por la vista relación
hallo que gozar quisistes
empleo de ropería
adonde todos se visten.
En mesón de variedad,
donde huéspedes se admiten,
siempre es patente la estafa
y siempre expulso el meandre.
Detenidos pretendientes
adonde queras publiquen
son embarazos de calles
por quien vecinos registren.
Menos escándalo causan
ser cautos á barrer
dándoles barro á la mano
que no un puerco cacique.
Hizo bien la tal señora
no hacerse uraña y difícil,
que en estos tiempos modernos
la que huye no se sigue.
Suelen estas mancebías
con brevedad resolverse
á gustadas experiencias
y no se gusta lo virgen.
Todo venero bueno,
el temonero que rige,
debe tener el escote
y guardarse de la sirte.
El vuestro, que anda surcando
mares de varios países,
para conocer barcos
le conviene ser un lince.
Que en este mar de Madrid
hay Sirenas contra Ulises,
sin que la cera les valga
para que su encanto eviten.
Hay harpías que á las otras
les pueden dar falta y jaque
de quien no hay presas que emboten
uñas que son tan sutiles.
Hay, mas cesso porque os canso,
y á esto podréis decirme
que al fin no hay cuerdo á caballo
ni hombre continente á un brindis.
Y si esto es así, os le hago
y os convido á varios coistes
en la futura Academia;
pues la passada no fuistes.

IV

A la derivación de «Pasa Gonzalo»

SONETO

Brígida de Rubiales, que la gala
De todo el fregonismo en sí atesora,
El alma inclina al talle (que enamora)
Del lacayo Gonzalo de Zavala.
Rendirle quiere pecho o alcabala
Al niño Amor, que sus harpones dora,
Y en una noche en que señala hora
Aguarda al que ella estima, si él regala.
Día a su ministerio desempeña...
Las doce, y una, del reloj, ha oído
Y ve que no venía su regalo.
Oyó las dos y ya, rendida al sueño,
dijo con un despecho desabrido:
¡Oh, cómo pasa el tiempo, y no Gonzalo!

V

A una vieja habladora que callando registraba á un galán lo que le pasaba con su dama desde su casa.

ROMANCE

Epílogo de los tiempos,
almacén de las arrugas,
archivo de las edades
y taller de las astucias.
Inmemorial poseedora
de una vida que madruga,
desde el tiempo de Noé,
á ser de muchas injurias.
Azote de los demonios,
pollita de sepultura,
salteadora de ahorcados
y contra los niños bruja.
Con tu larga senectud
(que no te parece mucha)
Sarra se murió en agraz,
Matusalén en la cuna.
Si resignara la Parca
el oficio que ejecuta,
por inexorable fueras
la primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
te toca el ser sustituta,
pues congregación de tabas
en tu pellejo se juntan.
¿Qué será verte en un cerco,
cuando el Cocito conjuras,
sin zapatos, patizamba,
sin tocado pelirrubia,
con el acebo en la mano,
que descerraje espeluncas,
que divierte el Cancerbero
y que al Eleetonte enturbia:
cuyo mandato obedece
toda la canalla inmunda
como á miembro de su centro,
como á dueño de su furias?
¿Qué será verte una noche
cuando, á las doce, desnuda,
para pisar esos aires
te vales de las unturas,
y penetrando bodegas,
brincando de cuba en cuba,
tanto chupas sus licores
como á los muchachos chupas,
hasta que en solio azufrado
el torpe cabrón adulas,
besándole aquellas partes
tan cursadas como sucias?
Y ¿quién te viera, ¡oh vestiglo!,
solícita como muda,
desbalijar de las horcas
los que el verdugo columpia:
pues aun en bocas cerradas
no tienen muelas seguras:
que para tus invenciones
de sus quijares las hurtas?
Tú forjas las tempestades,
tú los elementos turbas,
tú los granizos congelas
y tú desatas las pluvias.
A fuerza de tus conjuros
el día claro se enluta
y en las más peladas peñas
haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas,
no me ofende ni me injuria
tanto como ver en ti
que eres habladora suma:
que el truhán más aplaudido
y la monja menos zurda
será mudo en tu presencia
y el a será tartamuda.
A usarlo continuamente,
diera á tu falta disculpa:
mas, en mi daño callada,
¿quién ha de haber que lo sufra?
Pues el silencio destierra
esa lengua vagabunda,
no en ocasión de hacer mal
seas Pitágora sigura.
Sólo para locutorios,
donde se guardan clausuras
se remite á los oídos
el hacer papel de escucha.
Y la virtud del silencio
no es bien que se te atribuya
cuando por curiosidad
veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
tenerle siempre procura,
no desentierres secretos
que nobles pechos ocultan.
Pena que si los revela
tu lengua vil y perjura
de la manera que suele,
vendiendo por vino zupia,
tremendo castigo aguarda,
que ya mi rigor le anuncia,
sin que puedan defenderte
los de la precita turba
Con legiones de muchachos,
que es la más inquieta chusma,
me vengaré de tus yerros
y castigaré tus culpas.

VI

A los celos.

SONETO

Émulos del amor, celos mestizos,
linces al daño y al provecho ciegos,
que sois en los buchornos veraniegos
y sois en las heladas invernizos.
¿Qué mostachos se escapan ni qué rizos
á quien no prevengáis desasosiegos?
Si azulos os pintaron muchos legos,
los cultos os pintamos ya pajizos.
¿Qué razón hay que convenceros pueda?
Y si dais confusiones á tropeles,
¿cómo resistiré daños (1) atroces,
pues contra el alma, celos, que os hospeda,
mozos gallegos sois en no ser fieles
y mulas falsas sois en tirar coces?

(1) En el original dice: «como resistiré dos años atrozes.»

VII

A Io, cuando la desterró Juno poniéndola tábanos en la cola, transformada en vaca.

CANCIONES

La reina de las diosas,
de celos la altercaban picazones,
cosquillas venenosas,
que inquietan más que sarna y sabañones;
aunque Jove á su pecho, duro en celos,
le da satisfacción por caramelos.
En vaca transformada,
mira á la que es á ella preferida,
por su orden guardada
de aquel que en muchos ojos tuvo vida,
con quien después, Mercurio, astuto y fiero,
fué, de tantos ojales, botonero.
¡Oh tu, Ninfa encubierta,
por quien mi esposo olvida su familia
(dice, de celos muerta),
tú eres su fiesta, yo soy tu vigilia,
y, aunque en vaca el recato te transforma,
yo me tengo los cuernos, tú la forma!
Tábanos de Sodoma,
de circulares sitios, sanguijuelas
para vengarse toma,
que en su fuga le son vivas espuelas,
pues con sus aguijones le dan caza,
con quien parece perro puesta maza.
Aquí el sermón encajo,
pues se me vino el cabe de paleta,
tu mordaz, que, á destajo,
picas con aguijón que nos inquieta.
El curso no repitas, macho en noria,
que ni acá tendrás gracia, ni allá gloria.

VIII

A una buscona que andaba siempre en coche y pedía á todos para dar al cochero.

MADRIGAL

Trasunto de un truhán, ó alguna monja,
debiste de nacer á ser esponja.
Muchos dudan, mirando cómo andas,
si fuiste tu primero ó las demandas,
los *Pater noster* son tus devociones,
porque constan de sólo peticiones,
el coche en que haces ruido
á un maestro de hacerlos le has pedido,
por estafa te sirven los cocheros,
y los caballos son de dos Archeros;
de la calle Mayor corres la costa
con más daño que hace una langosta;
que á pedir andas, siempre lo publica
cara mellada y mano bacinica,
pero que sea, yo sufrir no quiero
el salto por quien pides, el cochero;
que dicen en la villa
que de cepo le sirve ya su arquilla;
y aun afirman personas de importancia,
ó que es tu amigo, ó partes la ganancia;
las harpías te ofrezcan mil coronas,
que eres la quintaesencia de busconas.

IX

Epístola de un galán desengañado á una dama muy mudable y entretenida.

TERCETOS

La soberana gracia del Paráclito
sea conmigo en el primer capítulo,
pues que ya me escape de ser Heráclito.
A ti, que de mudable te dan título,
siendo con tus amantes siempre incrédula,
terrible institución de tu capítulo;
Tú, que de archivoltaria tienes cédula,
por exceder á las de tu matrícula,
con esa preeminencia, á todos crédula,
A ti, que no te adorna una partícula
de estable y firme, siendo en esto única,
por dar motivo á la pasión ridícula,
Oye á aquel que de necio puso túnica
con que un tiempo observe tu secta pésima,
forzándome á seguir su guerra pírrica.
Un cofrade que fué de la centésima,
si á número reduces ese oráculo,
que mejor llamaré afición mínima.
Este, que toma al desengaño el báculo,
huyendo de tu luz como murciélago,
despejado te escribe sin obstáculo.
Libre de verse en el profundo piélago
que á tantos sumergió el olvido trágico
por quien cobra renombre de archipiélago,
Ya, Circe, me escapé del rigor mágico
donde en ser tu galán estaba tísico
y convertido ya en monstruo selvájico.
Que el desengaño es un experto físico
y obligóme á dejar tu trato herético,
persuadido por modo metafísico.
Fué la causa decirme un aritmético
que no reduce á número su péndola,
tus maridos de rito mahomético.
Y ella, hermosa beldad, por no ir siguiéndola,
de su secta reniego, que es cismática,
y desde luego estoy aborreciéndola.
Muchos enfermos hay en tu probática
que, no se pareciendo á la israelítica,
se quedan sin salud con su lunática.
Y aunque carezca yo de tu política,
de tus sentencias y de tu verónica,
más me valdrá seguir vida eremítica,
Que temo mucho en la región Plutónica
ver á mi alma, entre brasas, hética,
porque ha seguido tu virtud irónica.
Que Galeno me avisa en su profética
que estará muy á pique el que es motólito
de tener por mujeres gota artética,
Y aquel que de mudables fuere acólito
no se podrá escapar de una ceática,
aunque sean más limpias que un crisólito.
Huir pretendo tu engañosa plática,
que un tiempo tuve condición benévola,
mas ya guardo á otro gusto su pragmática.
Según del tuyo la intención malévola,
y, en fuego de tu amor, sacrificándome,
era, por tu servicio, un Mucio Scévola.
Mas ya que el tiempo va desengañándome,
vade retro, Satán (Lisarda frígida),
que ya con mis sentidos voy hallándome,
y apelo de tu tierra á otra más frígida.

COMEDIA FAMOSA

DE

CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS

PERSONAS

El Conde de Fox Don Gastón.
Don Manrique de Lara.
Tamayo, *lacayo*.
Don Ramón.
Tibaldo, Renato, } *caballeros*.
Armesinda.
Doña Violante, *su hermana*.
El Rey de Aragón.
Dos soldados.
El Rey de Navarra.
Un criado.
Rosela, *criada*.
Rey de Castilla.

Representóla Pinedo, maestro de los deste oficio.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Don Gastón, *Conde de Fox, leyendo una carta, y* Don Manrique de Lara, *de camino.*

(Carta.) «En fin, han levantado los ricos hombres y Grandes de Castilla por rey á don Alonso octavo, y han podido tanto con él las persuasiones de Fernán Ruiz de Castro y de don Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya que, prendiendo á la reina, su madre, ha desterrado de sus reinos al conde don Pedro de Lara, el mayor Señor dellos, á quien por el deudo y amistad que conmigo tiene he favorecido y dado tierras en mi condado de Urgel. Su hijo don Manrique, por sus hazañas llamado *el Torneador*, desnaturalizándose de toda España, se va á favorecer de Vuestra Excelencia, por la amistad que la casa de Fox ha tenido siempre con la de Lara. La fama de sus hazañas corresponde con su persona, á cuya vista me remito, satisfecho que será estimado como el valor de su sangre merece. El cielo guarde el Estado y vida de Vuestra Excelencia, como deseo y ese Condado de Fox ha menester. De Urgel, y Julio 8 de 1126 años.—D. Jaime, *Conde de Urgel*.»

D. Gast. ¡Válgame el cielo! ¿En mi casa
tengo al Conde don Manrique?
Su dicha el alma publique,
pues tan adelante pasa.
Desde hoy, famoso español,
conociendo la ganancia
que ha de tener con vos Francia,
envidia me tendrá el Sol;
pues yo sé dél que se honrara
la luz de su cuarta esfera,
si por su huésped tuviera
á don Manrique de Lara.
Mas, pues yo solo merezco
la honra que me habéis dado,
la vida, hacienda y estado
con los brazos os ofrezco.
D. Manr. Esos estimo de modo,
que el pecho que los recibe
se honrará en ver que en vos vive
el valor de Francia todo
con ellos; y si hasta aquí
contra la fortuna airada
de mi desdicha pasada
quejas inútiles dí,
ya, famoso don Gastón,
sus rigores agradezco,
pues que por ellos merezco
veros en esta ocasión.
Pues si cuanto había perdido

en vuestra amistad he hallado,
si no fuera desdichado,
desdichado hubiera sido,
perdiendo el no conoceros.

D. GAST. Ya yo sé que en cortesía
venceis, como en valentía,
á los demas caballeros;
y que en fe de que eso es llano,
si os llama vuestro valor
don Manrique el Torneador,
don Manrique el Castellano
los demás tambien os nombran:
pues porque todos os sigan,
vuestras razones obligan,
y vuestros hechos asombran.
Cesen encarecimientos,
que jamás la voluntad
gastó en la firme amistad
palabras ni cumplimientos,
y dadme despacio cuenta
de vuestra trágica historia.

D. MANR. Aunque me de su memoria,
pena, serviros intenta
el alma. Y porque las leyes
cumpla desta obligacion,
oid; sabreis lo que son
las privanzas de los reyes.
Despues que el célebre Alfonso
de Aragon y de Navarra
se hizo rey en Castilla
y emperador en España,
dió libelo de repudio
á la reina doña Urraca,
por ser parientes los dos,
si es que fue aquesta la causa.
Reinó en Castilla y León,
como reina propietaria,
algunos tiempos en paz,
mediante el consejo y canas
del Conde don Pedro Anzures,
cuya prudencia y hazañas
darán en Valladolid
eterno nombre á su fama.
Mas muerto el Conde, y sintiendo
las condiciones voltarias
de algunos Grandes del reino
que una mujer sola y flaca
los gobernase, usurparon
por el rigor de las armas
las más importantes fuerzas
que las dos Castillas guardan.
Quiso acudir al remedio;
y ansí á don Pedro de Lara,
mi padre, manda que ponga
freno á su ambicion tirana.
Hízolo, aunque con peligro,
sin que las fuerzas contrarias
de los rebeldes le hiciesen
volver al temor la cara.
Puso freno á su soberbia,
venciendo en una batalla
á don Fernán Ruiz de Castro,
con el señor de Vizcaya,
don Lope de Haro y quedó
con aquesto respetada
doña Urraca, y reprimidas
sus inquietas arrogancias.
Obligó tanto á la reina,
que pasando su privanza
de vasallo, á ser señor,
quiso ilustrar nuestra casa,
y hacerle rey de Castilla,
dándole mano y palabra
de esposa. Vez que ocasion,
si supiéramos gozalla.
Hubiera llegado á efecto,
si en secreto ejecutara
los intentos de la reina,
mi padre; mas su desgracia
y cortedad difirieron
nuestras dichas y esperanzas,
hasta que destos sucesos
voló la parlera fama.
Alborotáronse todos,
y puesta Castilla en armas,
á don Alfonso, el Infante,
que en Galicia se criaba,
trujeron hasta Toledo;
y aunque en la edad tan temprana,
que los siete años cumplía,
por él pendones levantan,
y por rey todos le juran,
haciendo que á doña Urraca,
su madre, ponga en prision.
Llegó luego la privanza
de don Fernán Ruiz de Castro
á tanto, que por su causa
quitó el rey las fortalezas
y lugares de importancia
á mi padre; como fueron:
Montes de Oca, Villafranca,
Villorado, Navarrete,
á Castrojeriz, á Anaya,
á Najera, y otros pueblos
que ganaron las hazañas
de nuestros progenitores:
no parando su venganza
hasta echalle de Castilla,
desterrado. Huyó á Navarra,
y parando en Cataluña,
como pariente, le ampara
don Jaime, su primo, Conde
de Urgel, Manresa y Cerdania,
hasta que torne á dar vuelta
el tiempo y fortunia varia.
No pudo mi inclinación
de que viéndome en España,
sufriese el ver mis contrarios
sobre las sublimes alas
de la privanza y favor
del rey; y por ganar fama
fuera de mi patria y tierra,
(madre un tiempo, y ya madrastra)
vengo, valeroso Conde,
aquí, donde mis desgracias,
pues os conozco por ellas,
daré por bien empleadas.

D. GAST. Aunque cual propias las siento,
no sé si el contento iguala
de teneros en mi tierra
á la pena que me causan.
Pero si ajenas desdichas
las propias dicen que ablandan,
y pueden mejor llevarse

las penas comunicadas,
algún tanto me consuelo
por poner freno á mis ansias
con vuestros males á medias.
¡Ay, don Manrique de Lara!
Grandes vallenes han puesto
vuestra quietud en balanzas,
pero puede res sultas
el valor que os acompaña.
Mas si rigores de celos
arrimaron sus escalas
la noche de la sospecha
á los muros de vuestra alma,
juzgad si serán mayores
tormentos sin esperanza
de remedio, siendo amor
quien me destruye y los causa.
Yo (nunca viera) en Narbona
la hermosura soberana
de Armesinda, hija del Duque,
ignorando que se entraba
al alma, amor, por los ojos.
Pero ¡qué necia ignorancia
sabiendo que son Sinones
que meten el griego en casa!
Adore su simulacro,
quemando sobre las aras
de su memoria, deseos,
aromas que en humo pasan.
Quise decirla mis penas,
mas fa táronme palabras:
¡Ved cuán avaro es amor,
que aun el aire da por tasa!
Busqué medios pregoneros,
que son lenguas de quien ama;
rondé, serví, paseé,
de libreas rompí galas.
Entendíome, mas no pudo
ó no quiso dar entrada
á imposibles pensamientos
y á inútiles esperanzas:
bien digo, inútiles, pues
su padre, el Duque, la casa
con don Ramón de Tolosa,
aunque dicen que forzada
la libertad de Armesinda.
Y si esto es así, ¡mal hayan
leyes, que la voluntad
siendo libre, hacen esclava!
Ví concertarse las bodas,
y llena de luto el alma,
á Fox me vine á morir,
guardando para mañana
las obsequias de mi muerte,
si mi persona no basta
á divertir la memoria
que en vivos celos me abrasa.

D. MANR. Conde, imposibles de amor,
con ser imposibles, hallan
en los peligros, remedio,
y ventura en las desgracias.
No dejes de ir á Narbona,
que si aborrece tu dama
fuerzas de amor, como es justo,
el cielo nos dará traza
como, aunque al Conde matemos,
las hojas marchitas nazcan
desa tu esperanza seca.

D. GAST. ¡Oh, ilustre valor de España!
con remedios imposibles
casi las heridas sanas
que me atormentan. Mas, vamos
que ya me promete el alma
por tu ocasión nueva dicha.
Mantenedor es mañana
de un torneo, el de Tolosa.

D. MANR. Pues, Conde amigo, ¿qué aguardas?
Entre todas mis desdichas
es la mayor que no hay armas
que hasta agora hayan sufrido
dos encuentros de mi lanza.
Entremos de aventureros;
verás caer la arrogancia
del de Tolosa á tus pies.

D. GAST. Más prometen sus hazañas.

ESCENA II

Dichos y sale TAMAYO, *lacayo, con un harnero*

TAM. El caballo lo hizo bien,
y quien lo contrario siente,
si es rasca frisones, miente,
y si es lacayo, también

D. MANR. ¿Qué es esto? ¡Ah, loco!

TAM. ¡El ruin!

D. MANR. ¡Ah, Tamayo! ¡Ah, majadero!

TAM. Y pregúntele al harnero,
si era más que un cedemín
y si me le dió por tasa.
Basta decirlo Tamayo,
español protolacayo.

D. MANR. ¿Piensas que estás en tu casa?
Calla, ó vete noramala.

TAM. Para quien me escucha soy
hombre que mi razón doy.

D. MANR. ¡Necio! Salte de la sala;
vete á la caballeriza,
que está aquí el conde de Fox,
don Gastón.

TAM. ¿Aquí está, ox?
Cuando el hombre se encarniza
es caballo desbocado.
Vuestra Excelencia me dé
los brazos, la mano, el pie,
que le soy aficionado,
á fe de quien soy.

D. MANR. ¡Ah, necio!

TAM. Y si fuere menester
le haré cualquiera placer,
porque de hacellos me precio.

D. GAST. ¿Quién es este?

D. MANR. Es mi lacayo,
y tiene siempre este humor.

D. GAST. No es por agüero peor.
¿Cómo te llamas?

TAM. Tamayo;
porque Mayo enamorado,
á lo que dicen, de mí,
el mismo mes que nací
estuvo determinado
de robarme, y para aquesto,
sin advertir que lo vía
mi padre, me metió un día

entre las flores de un cesto;
mas llegando como un rayo
mi airado padre, le dijo:
¡Ea! ¡Mayo, dejad mi hijo.
Y así me llamo Tamayo.

D. GAST. Buen gusto tiene.

D. MANR. Extremado.
Mas lo que tiene mejor
es, Conde, la ley mayor
que tuvo á señor, criado.

D. GAST. No es poco eso. Pues, Tamayo,
¿con quién el enojo ha sido?

TAM. Ya con nadie. Ahí han reñido
dos frisones con mi bayo,
D le un pienso de cebada;
mas, según le despacho,
que no era pienso pensó,
Y como iba de picada,
al mas cercano caballo
le dijo: *monstur frison*,
yo tengo hambre; más razón
será pedillo que hurtallo.
De ese medio celemín
he de comer la mitad
en buena conformidad.
Erizo el frisón la crin,
y dándole un mordisco[1],
le echó, en fin, como grosero,
tras un reniego un no quiero.
Mi bayo, con la razon
airado, aquesa arrogancia,
dijo, os costará pesares.
Y señalándole á pares
los doce Pares de Francia,
se metió entre los frisones;
y con ser pares los dos,
si no le apartan, por Dios,
que me los reduce á nones.
Metióse en medio un gascón
con un palo á apaciguallo,
y sobre si mi caballo
ó el suyo tuvo razon,
llegó la pendencia, en fin,
á que, si no se repara,
casi le encenderá nara
con el medio celemín
los cascos. Y satisfecho
mi agravio, me salí afuera:
esta es la hazaña primera
que dentro de Francia he hecho.

D. GAST. No dejaréis de admirar
con este entretenimiento,
don Manrique, el pensamiento.
Vamos, que quiero aprestar
las armas, porque á Narbona
partamos luego.

D. MANR. El torneo
satisfará tu deseo.

TAM. Si vas á tornear, perdona,
que aventurero he de ser.

D. GAST. Mucho me habeis agradado.

TAM. Tengame por muy criado,
que lo sabré agradecer. (*Vase.*)

ESCENA III

Salen ARMADA y ROSELA.

ARM. Si una fuerza resoluta
que corra á mi gusto las alas,
¿para que me ofreces galas
cuando el corazon se enjuta,
Rosela? En vano despues
tu lealtad, si ya firme fuerza
á que mi amor nace tuerza
y ame al Conde, que no es roble
la voluntad libre y noble
para dar fruto por fuerza.
¿Que importa, amiga Rosela,
que me case aquesta tarde,
si con lo que el Conde se arde
se enfria el alma y se hiela?
Llega á la barba la llama,
que aunque encenderse es su estilo,
si el alma mojas ó el hilo,
á fuego resistirá.
Pues ¿que efecto amor hará
donde es de nieve el pabilo?

ROS. Amor suele tener
el tormento mas terrible
viendo el remedio imposible
y que más no puede ser.
¿Hay pena como no ver?
Pues al ciego aquesta pena
la imaginación refrena
de no poder cobrar vista:
tu pena el alma resista
de imposibles llena.
Si esta tarde has de casarte
y tienes de ser esposa
de Don Ramon de Tolosa,
¿qué sirve desconsolarte?
Lo imposible ha de animarte.

ARM. ¡Que mal reglado me ofrece
tu consejo! ¡Bien parece
cuán poco experimentada
estás! Lo adquirido enfada:
lo difícil se apetece.
¿No causa la privación
apetito al desear?

ROS. La privación, de ordinario;
pero no la negación.

ARM. Con tu blanda mal razon
jamas mas pruebas gobierno,
que á los que dejas infierno,
con que á serte esquiva gana
mas firmeza á mi esperanza
de ver que es su pena eterno.
¡Ay, Rosela! mas tormento
tiene de darme el pensar
cuán tarde se ha de acabar
la pena que ahora siento.

ROS. Entretén el pensamiento
con los dones naturales
de tu esposo, pues son tales,
que hay pocos que en gentileza,

---

1 En el original, y en una impresión suelta de 1734, dice *ecesse* eso en vez del *le echó* que se ha puesto, porque lo otro no forma sentido ni verso. El manuscrito de la Bibl. Nac. decía *le echó el grosero*, que tampoco es mejor leccion.

2 En la impresion de 1734 el *apaciguallo*

en discreción y en nobleza
á Don Ramón sean iguales.
Su gallardía y bizarría
el Duque, en el Conde tienes
tantos motivos de temeres
que aborrecerle es cordura.

ARM. Bien es dar en necedad.
Deja de buscar sainetes
á mi gusto, que me prometes,
que en sus galas de comer
mil veces he de ver
los más sabrosos banquetes.

ESCENA IV.

Dichos y sale DOÑA VIOLANTE.

D.ª VIOL. ¿Qué es aquesto, hermosa hermana?
Cuando la fama en Narbona
tus desposorios pregona
y alegra su gente urbana,
cuando viendo lo que goza
con tan famoso heredero,
está el vulgo lisonjero
tan bizarro que, en la gala,
hoy el oficial se iguala
al grande y al caballero,
¿tú, Armesinda, estás ansí,
siendo el único destas fiestas?

ARM. Violante, obsequias funestas
de mi libertad serán.

D.ª VIOL. Ya tu esposo viene aquí
con toda la bizarría
de Francia, que aqueste día
honra el tálamo que esperas.

ARM. ¡Tálamo! Mejor dijeras
túmulo, Violante mía.

D.ª VIOL. ¿Túmulo? ¡Jesús, qué susto
me has dado! No quiera Dios,
sino que os gocéis los dos
por largos años, que es justo.

ARM. Quien tiene cautivo el gusto,
de la muerte es un trasunto.

D.ª VIOL. Deja eso para otro punto.
Recibe á quien te honra hoy.

ARM. Sí haré pues que muerta estoy,
que no hay honras sin difunto.

ESCENA V.

Dichos y salen el DUQUE *viejo, el Conde de* TOLOSA *con una lanza de torneo,* TIRSO *y* RENATO, *Caballeros*

DUQUE. Lanza de roquete basta.
Haced quitar la cuchilla.

D. RAM. No he de quedar en la silla
menos, Señor, que con asta
de cuchilla de dos cortes.
Buena es aquesta y ligera.
Toma, y sea la primera
que me des. *(Dásela a un criado.)*

TIR. Aunque te reportes
tu inclinación en el torneo
saldrá más regocijado
si no fuere ensangrentado.

D. RAM. Trabajos siempre deseo
hacer las cosas de veras.

REN. Burlas de veras no son
apacibles, don Ramón,
que pesan las más ligeras.

D. RAM. Hoy, que soy mantenedor,
pretendo de hacer mi gusto.
Mas, cese Marte robusto,
y hablen hazañas de amor,
que aqueste es su tribunal.
Pues gozo de la presencia,
señora, de vuexcelencia,
aunque por Dios que hable mal,
hable Marte, y haga alarde
de su belicoso furor,
que si es hijo suyo amor,
ni armas teme, ni es cobarde.
¿Cómo está vuestra excelencia?

ARM. *(Aparte.)* ¡Ay, cielos! ¿Cómo estará
quien sin libertad está?

D. RAM. Es la amorosa presencia
cárcel de la voluntad.
Si la vuestra vive presa,
la misma prisión confiesa
mi rendida voluntad;
aunque á imitación del ave,
desde pequeña encerrada,
que de la jaula quebrada
ni quiere salir ni sabe;
de tal manera el deseo
vive agora en la prisión,
que de la sacó invención
y letra para el torneo.
Hecho Dédalo á Amor pinto,
que aquí, como en Creta, traza
los enredos con que enlaza
su confuso laberinto.
Después á mí en medio dél,
que en fe de cuanto celebra
su prisión el alma, quiebra
mi libertad el cordel
con que se libró Teseo;
y unos grillos á los pies,
con una letra después,
que explica así mi deseo:
(Letra.) «Si el más esclavo, ese es rey
en las prisiones de amor,
cuanto más preso, mejor.»
Mirad si estoy á la ley
que de la libertad priva
el alma que tenéis presa.

DUQUE. Conde, Armesinda os confiesa
estar, como vos, cautiva.
Idos á armar, que ya es hora.

ESCENA VI

Dichos y salen DON GASTÓN, DON MAURIQUE *y* TAMAYO

D. GAST. Corrida el alma quedara
si estas bodas celebrara
Armesinda, mi señora,
(Aymerico valeroso)
de mí, y tomara venganza
mi pena de mi tardanza.

DUQUE ¡Oh! Conde Fox, famoso,
quejas formaba al amor
que os tengo, viéndoos ausente,
siendo tan deudo y pariente;

mas ya con vuestro valor
el desposorio y torneo
quedará honrado en extremo.

D. RAM. Ya, ilustre don Gastón, temo
que los ándeos el trofeo
y alabanza de la fiesta,
no nos habeis de dejar
honra que poder ganar

D. GAST. La que Narsona os apresta,
basta que la suerte os rinda,
pues cuando otra no ganéis,
¿qué mayor joya queréis
que por esposa á Armesinda?

TAM. *(Aparte.)* ¿Cuándo nos han de alabar
á nosotros?

D. MANR. No he querido,
Tamayo, ser conocido,
que importa el disimular.
A don Gastón he avisado
que aquí quien soy no publique.

D. GAST. Vuelve, amigo don Manrique,
los ojos á aqueste lado,
y si eres águila mira
mi bella mal maridada.

D.ª VIOL. *(Aparte.)* Hasta aquí vivo engañada.
Basta, que ha sido mentira
la fama que don Gastón
tuvo de tu pretendiente.
Creí yo que estaba ausente
desde que dió á don Ramón
el Duque, mi padre, el sí,
y que lloraba memorias
de sus pretendidas glorias;
mas pues viene agora aquí
tan galán y cortesano,
venta fué de amor su pecho,
pues tan poca estancia ha hecho.

ARM. Como amo tarde, temprano
pudo, Violante, arrancar
la raíz mal arraigada,
porque viéndome casada,
¿qué tenía que esperar?

D.ª VIOL. Dime, á fe: cuando entendiste
su declarada pasión,
¿sacó fuego el eslabón
de amor con que te encendiste?

ARM. Aunque soy de pedernal,
no da fuego mi desden.
¿Quieresle tú bien?

D.ª VIOL. Muy bien.
¿Y tú?

ARM. Yo, ni bien ni mal.

D. GAST. ¿Qué te parece?

D. MANR. No sé
¿A cuál amas de las dos?—
Pero, don Gastón, por Dios,
que desde que las miré
estoy medio no sé cómo.

D. GAST. Pues, don Manrique, primero
que te sientas medio entero,
porque ya recelos tomo,
esta de lo blanco es
el blanco de mi tormento.

D. MANR. *(Aparte.)* ¿Qué dices? ¡Ay pensamiento!,
volvamos á casa, pues,
por Dios, que al amor del agua
me dejé casi llevar
á donde no es poco hallar
pie, ¿no es aquesa la fragua
que al alma arroja centellas?

D. GAST. ¿Será, pues, doña Violante?

D. MANR. ¡Ay, pensamiento arrogante,
que presto un alma atropellas!
A no vencer la amistad
que á don Gastón debo, presto
hubiera su yugo puesto
amor á mi libertad.
Ojos, yo os enfrenaré.

D. RAM. ¿Famosa letra?

DUQUE. Extremada.
¿Y las colores?

D. RAM. Leonada,
verde y blanca.

REN. ¡Bien, á fe!

ARM. Hermana, ¿no has advertido
en el mejor talle y gala
de cuantos tiene esta sala?

D.ª VIOL. Con don Gastón ha venido
un español en el traje,
digno de envidiarle el sol.

ARM. Bastará ser español
para que se le aventaje.
¡No se que estrella me fuerza
á amar aquesta nación!
Mas ¡ay, imaginación!,
si me han de casar por fuerza,
¿qué importan vanos deseos?

D. RAM. Vamos, que me quiero armar.

D. MANR. *(Aparte.)* Aunque no quiera mirar,
buscan los ojos rodeos
con que se van enlazando
cada instante. ¿Hay tal belleza?

DUQUE. Vamos, hijas.

ARM. ¡Qué tristeza
la vida me va acabando!
Rosela, sabe quien es
este español, que deseo
un imposible.

D. RAM. ¿Al torneo
saldréis?

REN. Claro está.

D. GAST. Después;
que quiero ser el postrero.
(Aparte á él.) Don Manrique, de la lanza
vuestra pende mi esperanza.

D. MANR. Cumpliréla luego espero.

D.ª VIOL. Tierno te mira.

ARM. ¿Qué quieres?
Muerta voy. ¡Ay, españoles!,
que entre los hombres sois soles,
y rayo entre las mujeres.

(Vanse entrando, ellas por una parte, y ellos por otra, y retírase mucho D. Manrique y Armesinda, y al entrarse Tamayo le tira Rosela de la capa.

ESCENA VII

ROSELA y TAMAYO.

ROS. Oiga, hidalgo.

TAM. Yo soy *ese*,
y *claro* de vuesauce.

ROS. ¿Es español?

TAM. ¿No lo ve?

ROS. ¿Aquel caballero?
TAM. Aquese,
una camarada es mía,
que me sue e acompañar
detras, y le suelo dar
de comer.
ROS. ¡Buen humor cría
el hombre! ¿Como se llama?
TAM. Yo, don Tamayo, *monstura*,
que, preso desa hermosura,
pretendo hoy mostrar la fama
de Tamayo en el torneo.
ROS. ¿Y el nombre de su señor?
TAM. Don Manr que el Torneador,
se llama, de Lara.
ROS. Creo
que tengo ya dél noticia.
¿Y á que ha venido á Narbona?
TAM. Pienso que cierta persona
favorecerse cudicia
de su amistad y valor.
ROS. ¿Como?
TAM. Comiendo.
ROS. Decí
esto, por amor de mí.
TAM. A dar al mantenedor
cartas para la otra vida.
ROS. ¿Cómo?
TAM. Don Gastón [1],
mostrando, como es razón,
pena en que su amor impida
el de Tolosa, y forzada
la voluntad de Armesinda,
su padre, el Duque, la roda
á que viva mal casada,
trae consigo á don Manrique,
á cuyo encuentro primero
no hay tan fuerte caballero
que á las cuarenta no pique.
Por aquesto le dan nombre
de Torneador en España.
ROS. Si el sale con esa hazaña
mucho hará.
TAM. ¡Mal haya el hombre
que de mi secreto fal
Ya lo dije. ¿Qué he de hacer?
ROS. Pues yo sé que podrá ser,
si iguala á su bizarría
su esfuerzo, y al Conde mata,
suceder en el lugar
del de Tolosa, á pesar
de quien usurparle trata
lo que él sólo ha merecido,
porque Armesinda... No más.
TAM. Volvióse la lengua atrás.
Ya, señora, lo he entendido.
ROS. No sepa esto don Gastón.

TAM. Seréis en callarlo cuerdo.
Mas cierra, un aviso os doy
que no he hecho sino ahora
el alcaide para entrar
un tasa á para el torneo.
ROS. ¿Que favor quiere?
TAM. Deseo,
para que nunca os olvide,
que quitándome el chapín
un guante del pie me deis.
ROS. ¿Guante del pie?
TAM. ¿No sabéis
que es ya guante el escarpín?
ROS. Pues por él á casa vaya,
señor lacayo.
TAM. Sí haré.
¡Ah! quién viera á vuesaucé
deste lacayo, lacaya. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen TIBALDO *y* RENATO, *caballeros.*

TIB. Digo, que el español que agora vino
con don Gaston de Fox, es don Manrique
de Lara, cuya fama le da nombre
de Torneador por excelencia.
REN. Dicen
que no ha justado vez, que no haya muerto
al encontrar...
TIB. ¡Notable fortaleza!
REN. Por aquesta ocasion había jurado
de no entrar más en justa ni en torneo.
TIB. Pues no viene á otra cosa.
REN. Así lo creo.
TIB. Por eso darse á conocer no quiso
al Duque de Narbona.
REN. El de Tolosa
pienso que ha de dejar libre á su esposa.
TIB. Digámosle el peligro en que está puesto.
REN. ¿Para qué? Si Armesinda le aborrece,
como dicen, virtud será, que en pena
de pretender gozar amor forzado,
don Manrique le deje castigado.
TIB. Ya ha rato que tornean. Vendl, primo.
á armarnos, que ya es hora que salgamos.
REN. Algun suceso adverso espero. Vamos.
(Vanse.)

ESCENA IX

Salen ARMESINDA *y* ROSELA.

ARM. Fingí el desmayo, Rosela,
quitándome del balcón
por no ver la justa y tela;
que, aunque justa don Ramón,
su injusto amor me desvela.
Alborotóse la gente
del repentino accidente;
vínome mi padre á ver,
y aunque debió de entender
la causa, como es prudente,
dejando pesadumbre,
se volvió á ver el torneo.
Mas, ¿cómo he de reposar
siendo de azogue el deseo

---

1 Verso incompleto quizá dijo antes Rosela «Pero, cómo?» El ms. da una buena leccion en esta forma

TAM A dar al mantenedor
cartas para la otra vida,
viene
ROS ¿Cómo?
TAM Don Gastón, *etc*

que me ha venido á matar?
¿Que don Manrique de Lara
es, Rosela?

Ros. El talle y cara
su mucho valor pregona.

Arm. ¿Que á aqueso vino á Narbona?
¡Ay, celos! ¡Si ejecutara
mi esperanza en esta empresa,
y con una muerte sola
hiciera mi dicha expresa!;
que tengo en mi española,
aunque la juzgas francesa.

Ros. A instancia de don Gastón
viene.

Arm. ¿Y no de la afición
con que, cuando me miraba,
por los ojos me enseñaba
el alma y el corazon?
No lo creas.

Ros. Si el criado
no miente, aqueso es verdad.

Arm. Podrá ser que sin cuidado,
las leyes de la amistad
le hayan, Rosela, obligado
á que hoy muestre su valor;
pero yo sé que el temor
de amor, como á mí le abrasa
desde que entró en esta casa:
que ya me ha dicho su amor.

Ros. ¿Pues hase hablado de veras?

Arm. Contado me han los enojos
de sus ardientes quimeras
las dos niñas de sus ojos,
que en ser niñas son parleras.

Ros. También yo he significado
tu nueva pena al criado.

Arm. No has hecho mal, si es de secreto,
que como el fuego, el secreto
tes está si es á encerrado.
(Tocan cajas dentro.)
Pero, ¿qué esto?

Ros. Imagino
que es algun aventurero.

ESCENA X

Dichas y sale Don Gastón *apadrinando á* Don Manrique, *que sale á torneare. Saca una banda en la cara y un paje con una tarjeta, y en ella la divisa del* Conde, *de la suerte que dicen las coplas. Da la letra el* Conde *á* Armesinda, *y ella la tomará con cortesía.*

Arm. ¡Bravo talle!

Ros. ¡Peregrino!

Arm. Que es el español, infiero.

Ros. Y don Gastón el padrino.

Arm. Mira la tarjeta.

Ros. En ella
lleva una divisa bella.
Un caballero es, armado,
con la amistad abrazado,
que el peñon amor atropella.

Arm. Lee la letra. ¡Hay tal rigor!

Ros. «Vuestra afrenta y este amor;
mas, perdonad, que conmigo
puede mas que amor, mi amigo.»

Arm. Salió cierto mi temor.
Por don Gastón significa
que hace el valor resistencia
al amor que ya publica.
¡Ay, celos! Dadme paciencia.

Ros. Gallarda presencia.

Arm. Rica.
(Vase, y al pasar echa D. Manrique un papel en el suelo.)

Ros. Un papel de industria echó
en el suelo, don Manrique.

Arm. Muestra, ¡ay, Dios! si se atrevió
su amor á hacer que publique
su pena. Abrirle no,
que lo que tardo en leelle
privo á los ojos de verle.
Quiero tornar al balcon.
Amor, haz que á don Ramón
y su arrogancia atropelle.

Ros. Mira lo que viene en él.

Arm. ¿Y despues que haré, ignorante,
siendo conmigo cruel,
si puedo ver á mi amante,
por leer este papel?

(Vase Armesinda.)

ESCENA XI

Rosela

¿Qué laberinto intrincado
es este, amor, en que has puesto
á Armesinda en tal ciudad?
Mas no es nuevo en ti. ¿Que es esto?
Organ, este es el criado.

ESCENA XII

Tocan cajas dentro. Sale Tamayo *con un vestido de rina, con lanza. En el brazo de la lanza lleva una bacia de barbero, y debajo colgada una bolsa vacía; y en la otra mano una tarjeta, y en ella una bacinica pintada, y colgada de la tarjeta una bota llena de vino tinto, y da la letra.*

Tam. *Monsiura*,
todos somos torneadores.

Ros. ¡Hay mas graciosa bigarra!

Tam. A estos abogados sabios
de vuestra gran señoría
mi gala y aderezo
con que de amor el bochorno
mis penas mitigaros pretendo,
que luego veréis la letra
del torneo á donde torno.
Porque hecho torneo, amor,
tornando en mi desden,
si tierna á hacerme favor,
seré un torno en el torneo
que torneare al ceder,
y si en el torneo trastorno
al torneador, hecho un torno,
este pecho torneado
tornará á ver su honrado,
con una vuelta de retorno.

Ros ¡Que bien de su cabeza riega!

Tam. ¿No penetrais la intencion?

ROS. A declarármela llega.
TAM. Oid su interpretación,
que á fe que es de una gallega.
Una bacía de barbero
es esta, y bolsa de cuero
esotra que pende de la;
una bota aquesta, aquella
una ballena. Ahora quiero
daros la interpretación.
Porque esta bota mía
llena, gasto mi ración
y siempre traigo vacía
la bolsa. Aquesta razón
que traigo, Tamaso ordena
la bota con la ballena,
la bolsa con la bacía:
lea, pues, franchota mía.
ROS. «Vacía, porque va llena». *(Lee.)*
TAM. Porque va llena la bota,
la bolsa vacía va.
ROS. De tu ingenio[1] has dado nota.
TAM. Vueseñoría verá
una hazaña lacayota. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Hay ruido de armas. Salen DON MANRIQUE, DON GASTÓN *y el* DUQUE, RENATO, TAMASO *y* GUARDAS *acuchillando á* DON MANRIQUE *y* DON GASTÓN *y ellos retirándose.*

DUQUE. Matalde, que al de Tolosa
ha muerto.
D. MANR. Aquesto es injusto.
Si según las leyes desto
del torneo, ¿es justa cosa
que porque al Conde haya muerto,
me prendan? Duque, perjuro?
D. GAST. ¿Así guardas el seguro
destas bestias?
DUQUE. Encubierto
venís por dar la muerte,
fiero español. Ya he sabido
quién eres, y pues has sido
quien en obsequias de verte
las bodas de don Ramón,
si por fuerza contra ese,
mala fe, que en ello infiere
especie fue de traición.
D. GAST. ¡Ah traidor! ¿Desto dudo
quieres que el mundo publique
tu infamia?
DUQUE. Con don Manrique
prended al de Foix y todos,
que él trata la causa ha sido
desta desgracia.
D. MANR. El valor
de España me da favor.
Muerto, pero no vencido
me traerán á tu presencia.—
Don Gastón, mis pasos sigue.
(Retiranse los dos y van tras ellos los guardias.)

ESCENA XIV

DICHOS, *menos* DON MANRIQUE *y* DON GASTÓN *y los guardias*

REN. Espántome que le obligue
la pasión á suceder
para hacer tal.
DUQUE. Dalde alcance,
ó matalde, ó morirá.
TIN. Mira, gran Señor, que fué
el torneo á todo trance.
Si con hierro de dos cortes
quiso justar don Ramón,
y le han muerto, ¿qué razón
hay por que no te reportes?
DUQUE. ¡Mal haya el torneo y lanza
De tal valor homicida!

ESCENA XV

DICHOS *y* ARMESINDA

ARM. Alegre por ver cumplida
mi libertad y esperanza
vengo, pero el sentimiento,
aunque fingida, es forzoso.
Si lloraré al muerto esposo,
alma, decidlo que miento.
¡Ay, de mí!
DUQUE. Desdichados
tú eres toda la ocasión.
Por ti han muerto á don Ramón.
ARM. Testigos serán los cielos,
Señor, si el alma ha sentido
esta desgracia tuya.
DUQUE. ¿Tuya? ¿Qué papel *(Aparte.)*
es el que se hace ya?
(Hace que se entera de y coge el papel que le dió DON MANRIQUE.*)*
ARM. ¡Ay, cielos!
DUQUE. Mostrad, veré
lo que dice
ARM. *(Aparte.)* El que me dió
don Manrique es. ¡Triste yo!:
ya de veras lloraré.
(Lee el Duque la carta.)

«Tres cosas me han obligado á quebrar el juramento que me forzaron á hacer las desgracias que siempre en las fiestas y torneos me han sucedido. La primera es saber que el Conde de Tolosa ha obligado la fe de vuestro padre, el Duque, á que se case con él. La segunda, la amistad que debo al Conde de Foix, cuyos deseos merecen, Señora, ser por vos premiados, por no haber jamás excedido de las leyes que un lícito amor permite. Y la tercera, aunque es la principal, que esto callar á, por no ofender

1 Falta la palabra «voluntad» después de «mío», probablemente. En el ms. también falta.
2 También es seguro que en vez de «este» escribiría Tirso «este». En efecto, así dice el ms. de la Biblioteca Nacional

á la segunda. Rogad, Señora, al cielo cumpla
vuestra esperanza y el deseo que de serviros
tengo.—Don Manrique de Lara.»

Duque. Mirad si fué mi recelo
cierto, ¡ah, traidor!, por ti
murió don Ramon ansí.
Pero, ¡cruel!, vive el cielo
que he de tenerte en prisión
mientras que tuvieren vida
el español homicida,
y su amigo don Gastón.
Llevada á una fortaleza,
y las llaves me entregad.

Rey. ¡Señor!

Duque. Llevalda; ¡acabad!

Tir. ¡Señor!

Duque. ¡Mal haya belleza
tan cara!

Arm. Qualquier prisión
alegre el alma recibe,
pues que don Manrique vive
y ya murió don Ramón.
(Llevan á Armesinda.)

ESCENA XVI

Dichos y Tamayo, *que sale con la bacía de barbero y espada desnuda*

Tam. Algún diablo me ha metido
en dibujos. Di, Tamayo,
¿tu torneador y lacayo?
Don Manrique, se ha perdido,
y yo (si el Duque me coje)
he de pagar por los dos.
Bacía, escondeme vos,
aunque las barbas me moje:
nunca más Francia tornero.
(Ponese la bacía.)

Duque. ¿Qué hombre es éste?

Tam. Yo, Señor.

Duque. Prendelde.

Tam. Ten el rigor.

Duque. ¿Quién sois?

Tam. Un pobre barbero
que vengo á sangrar á un músico,
digo, un criado que agora
murió, por quien Francia llora.
La bacía te hará cierto
de que á sangralle venía.

Duque. ¡Echad este loco!

Tam. Bueno.
¡Vive Dios que voy relleno!
Mamóla el Duque, bacía. *(Vase.)*

ESCENA XVII

Duque y Guardas *que salen.*

Guar. Tan grande el esfuerzo ha sido
del valeroso español,
que, con la ausencia del sol,
la noche ha favorecido
su vida, Señor, de suerte,
que al fin se nos ha escapado.
Sólo el de Fox ha quedado,
tan herido, que á la muerte
está.

Duque. Pues ponedle preso,
y seguid este enemigo,
que con público castigo
ha de pagarme ese exceso.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Don Manrique y el Rey de Navarra.

Don Manrique.

Don Guillén de Tolosa, cuyo estado,
como hermano, heredó del Conde muerto,
viendo al de Fox, mi amigo, aprisionado,
su dañada intención ha descubierto,
porque con Aymerico concertado
que guarde á don Gastón, tiene por cierto,
después que á Fox y su condado rinda,
ser dueño de Narbona y de Armesinda.
Hásela el Duque viejo prometido,
y hasta que ella de el sí de ser su esposa,
la tiene en un castillo, donde ha sido
Armesinda tan firme como hermosa;
porque aunque á nadie el Duque ha permitido
visitalla, sino es al de Tolosa,
ni que la sirva más que una doncella,
no puede persuadilla ni vencella.
Aquesto, gran señor, pasa en Narbona.
Amigo soy de don Gastón; y tanto,
que por la libertad de su persona
daré la vida. Pues el cielo santo
de Aragón te ha entregado la corona,
con que tu nombre al moro causa espanto
y obedecerte aqueste te no miro
por sucesor del Monje don Ramiro.
Así pise las lunas africanas
la victoriosa cruz de tus banderas,
desterrando las barras catalanas
al sarraceno vil de sus riberas,
que el nombre que de justo y largo ganas,
con don Gastón mostralle agora quieras,
dandome gente y armas, con que pueda
su estado defender, que á riesgo queda.
Perderá el de Tolosa su arrogancia,
y partiendo á Narbona en son de guerra,
las lises quitaré, que le dió Francia,
y las barras pondré de aquesta tierra.
Gozarás á Narbona, si á tu instancia
al Duque venzo, que la paz destierra,
y libre don Gastón, será testigo
de lo que vale un verdadero amigo.

Rey.

Don Manrique, el amor que os he cobrado
á vos y á vuestro padre, el Conde muerto,
por el Rey de Castilla desterrado,
y admitido en mi reino, os hará cierto
cuanto deseo que al antiguo estado
de Castilla volváis; y tomen puerto
allí vuestros trabajos; mas recelo

que aun no quiere aplacar su enojo el cielo.
Con el Rey de Castilla, Alfonso Octavo,
por cartas he tratado que os reciba
en su gracia, mas lleva por el cabo
la enemiga á su rigor desde que priva
con él don Lope de Haro, y temo al cabo
que ha de ser imposible, mientras viva
su enojo, y de don Lope la privanza,
cumplir vuestra quietud y mi esperanza.
Quisiera, don Manrique, para aquesto
que, restaurando parte del estado
que habéis perdido, os viera otra vez puesto
conforme merecéis. Pues el condado,
de Fox está en peligro manifiesto,
preso su Conde, y el caso usurpado,
gozad de la ocasión: yo os daré gente
con que quede por vuestro fácilmente.
A mí me está esto bien, porque es frontera
diversas veces á Aragon y á España,
Fox, de Aragon y su áspera montaña,
por donde Francia ha hecho guerra fiera.
Por aquesta razón, Conde, quisiera
que, sacando mis gentes en campaña,
ganárades á Fox, que así procuro
que estemos, vos honrado y yo seguro.

DON MANRIQUE.

Señor, si la amistad que he profesado
con don Gastón, permite, estando preso,
tan grande ingratitud, que su condado
le usurpe...

REY.

Don Manrique, dejaos deso;
mi amigo sois también; determinado
tengo de hacer matalle, que os confieso
que las guerras que ha hecho á esta corona
piden satisfacion de su persona.
Si estimáis mi amistad más que la suya,
yo haré que, despreciando al de Tolosa,
su hija el de Narbona os restituya,
y, conquistando á Fox, sea vuestra esposa.

DON MANRIQUE.

Primero el cielo santo me destruya,
que, siendo yo su amigo, haga tal cosa.

REY.

Perderéis, no cumpliendo lo que os digo,
por un amigo Conde, un rey amigo. *(Vase.)*

ESCENA II

DON MANRIQUE.

¡Qué notable tentación
ha combatido mi pecho!
La honra con el provecho
grandes enemigos son
Si ha de morir don Gastón,
sin que le dé libertad
de Aymenco la crueldad
con que mis ruegos resiste,
porque su estado conquiste
¿en qué agravio su amistad?
Mas ¡oh, cuál pensamiento!
¿tal comunicas conmigo?
Preso don Gastón, mi amigo,
¿su hacienda usurparle intento?
Quimeras sin fundamento
son: mas, si en prisión cruel
muere, ¿qué he de hacer? Ser fiel,
y á pesar de armas y miedo,
libertalle; y si no puedo,
morir en prisión con él.
¿Mandólo el rey de Aragón?
Cuando el amigo es de ley
atropella vida y rey:
¿qué importa, si entrambos son
amigos? La obligacion
que tengo al rey, y su amor
no ha de manchar mi valor,
para que su intento siga,
que no es amigo el que obliga
á su amigo á ser traidor.
Estas consecuencias claras,
por más seguras el yo,
que bien dijo aquel que dijo:
«El amigo hasta las aras.»
Mas ¡ay, alma! ¿No reparas
que á Armesinda me han de dar?
Gran premio, no hay que dudar;
porque si se ha de romper
la amistad, sólo ha de ser
por amor ó por reinar.
Interés y amor me llama
pero, en fin, soy don Manrique;
padezca yo, y no publique
de mi tal caso la fama.
Amo á quien amigo ama,
sin poder mi libertad
olvidar tanta beldad;
pero atorménteme y muera
mi amor, como quede entera
la ley de nuestra amistad.

ESCENA III

DON MANRIQUE y TAMAYO.

TAM. ¡Válgame Dios: y qué á pique
de morir está un lacayo,
si anda cual yo!
D. MANR. Tamayo.
TAM. ¡Pardiez! señor don Manrique
que no lleguemos á nietos
con esta vida en Narbona.
Ayer se vio la persona
en temerarios aprietos.
No soy bueno para espía:
mándame tú que haga plaza
del mandil y la almohaza,
ó que juegue todo un día
y la noche, aunque á mi padre
pierda, y no me mandes ser
podenco de una mujer;
que no pare ya mi madre.
¡Bravas cosas hay de nuevo!
D. MANR. ¿Cómo? ¿Hablaste á don Gastón?

---

1 En el original «hubieras»; pero es errata, pues el verso tendría doce sílabas. El ms. dice también «os viera».

TAM. ¡Sí! ¡Bonica es la prisión,
y bonico es el mancebo!
Ahí tenemos en el arca
otra vida. No hay entrar
una mosca en el lugar;
y por toda su comarca
se publica que eres muerto.
D. MANR. ¿Que soy muerto?
TAM. Sí; y también
que en volviendo don Guillén
de Fox, que dicen que es cierto
el haberse apoderado
de su injusta posesión,
le darán á don Gastón
despachos en un bocado.
D. MANR. ¿Que soy muerto yo?
TAM. Tú, pues.
Y aunque entonces lo creí,
y mandé decir por tí
un real de misas, después
que vi á Rosela quedé
desengañado y corrido.
Dice, que el haber fingido
el Duque tu muerte, fué
porque Armesinda te adora,
desde que á Narbona fuiste
y muerte á don Ramon diste,
como á su Endimion la Aurora.
Tiénela su padre presa
hasta que de ella, de esposa
á don Guillen de Tolosa,
y como á voces confiesa
que don Manrique de Lara
sólo su esposo ha de ser,
tu muerte finge, por ver
si así su mal se repara
y de su amor la revoca.
D. MANR. ¡Qué! ¿Por eso lo ha fingido?
TAM. Sí, mas tan mal le ha salido
la traza, que, como loca,
sin que á nadie comunique,
no hay en la torre lugar
donde no vaya á buscar
su Torneador don Manrique:
esto de Rosela sé.
D. MANR. ¡Qué! ¿Tan de veras me ama?
TAM. Digo que á voces te llama.
D. MANR. Tamayo amigo, ¿que haré?
TAM. Buscar algun hechicero
que te lleve por el viento,
por arte de encantamiento,
que yo no osó ni quiero
meterme más en dibujos.
D. MANR. ¡Ay! ¡Quién la desengañara!
TAM. Pues, don Manrique de Lara,
si eso intentas, busca brujos,
que en Navarra y Aragon
no faltan, y cumplirán
tu deseo.
D. MANR. En fin, ¿que están
resueltos que don Gastón
muera?
TAM. Como te lo cuento.
D. MANR. No saldrán con su crueldad.
¡Mostrad quién sois, amistad!
¡Ah! ¡Fuera, vil pensamiento!
que ha de vivir don Gastón,
y de Armesinda ha de ser
esposo, con el poder
y ayudas del Rey de Aragón;
que, pues favor me ha ofrecido
como le uso, pe el condado,
dice que, determinado
de darle gusto, he querido
ganar á Fox y á Narbona.
Combatiré hasta sacar
libre á don Gastón, y dar
señales de que me abona
sangre de Lara y valor
de España, porque después
sepan que pisan mis pies
al interés y al amor.
Tamayo, tú has de dar traza
como sepa que no he muerto,
Armesinda.
TAM. ¿Yo? Por cierto
que cogiste linda maza.
¿Como será eso posible,
si el Duque tiene las llaves
de la prision, como sabes?
Haz tu que sea invisible,
ó dame la traza y modo,
pues que el peligro me das.
D. MANR. Tu, Tamayo, la hallarás,
que eres hombre para todo.
Esto importa, y me está bien:
que si me tiene por muerto,
es mujer, y será cierto
el sello de don Guillen.
TAM. Mas, que me tienen de dar
un zaparrazo por tí,
extraño.
D. MANR. Haz esto por mí.
Y vamos, que voy á hablar
al Rey, por dar á un amigo
vida y libertad.
TAM. Yo voy
á Narbona á morir hoy;
San Nuño vaya conmigo. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Sale DOÑA VIOLANTE, *y* DON GASTÓN *en la prisión.*

D.ª VIOL. No me agradezcas á mí,
don Gastón, este favor;
agradécelo al amor,
que, aunque quejosa de ti,
la industria para librarte
que ves agora me ha dado.
Mi padre, contigo airado,
manda al alcalde matarte
esta noche, y á mi instancia,
dando garrote á otro preso
por tí, te libró.
D. GAST. Confieso
que eres la lealtad de Francia.
Confieso, doña Violante,
que á poder mi voluntad
usar de su libertad,
quedara con ser tu amante,
en la obligacion mayor
que un hombre puede tener;
pero, ¿como puede ser

si á Armesinda tengo amor?
Echose sobre la hacienda
por ser acreedor primero:
y así, aunque pagarte quiero,
si no es que palabras venda,
que son solas las bajas
que me han quedado, no sé
como pagarte pedir,
que en palabras pago en pajas.

D.ª VIOL. Don Gaston, no quiero más
de que á tu estado te vuelvas
y que en el alma resuelvas
la obligación en que estás
á mi amor, ya que mi hermana,
tan lejos de amarte vive,
que solo admite y recibe
una pretension villana
de un falso amigo que tienes,
con quien mi padre la casa.

D. GAST. ¡Ay, cielos! Si aquesto pasa,
¿por qué á darme vida vienes?
Mas fuime tuerto á mejor.

D.ª VIOL. (*Aparte.*) Celos ¿qué vais á decir?
Mas, si vive de mentir
y engañar siempre el amor,
con una mentira quiero
probar si á Armesinda olvida
don Gaston, que aborrecida,
alegre sucesos espero.

D. GAST. ¿Es don Manrique de Lara
el amigo que me vende?

D.ª VIOL. Ese á Armesinda pretende,
y solamente repara
en que vivas, don Gaston;
y así la ocasion ha sido
de matarte. Ha intercedido
por él el rey de Aragon,
y mi padre, á instancia suya,
despreciando á don Tolosa,
se la ofrece por esposa.

D. GAST. ¡Vaya norabuena Dios! ¡Que destruya
el interés tal amor,
tanta fe, tanta amistad,
tanta nobleza y lealtad,
tanto esfuerzo y tal valor!
¡Don Manrique! ¡Ah, ingratos cielos!

D.ª VIOL. En notable riesgo estás,
si aquí te dan; mas

D. GAST. ¡Don Manrique!... ¡Ay, rabia! ¡Ay, celos!

D.ª VIOL. Vete á Foix, y en él advierte
que te dió, Conde, la vida.

(*Vase doña Violante.*)

ESCENA V

DON GASTON, *solo*

Mentes. Tu eres mi homicida.
¿Aquesta es vida? Esta es muerte.—
Falsa amistad, ladron disimulado,
que lisongea al que robar procura;
perro que halaga lo que el manjar dura,
para morder despues que está acabado.

¿Cómo es posible que hayas derribado
con el vano interés de una hermosura
la más firme amistad y mas segura
que Francia vió jamás y España ha dado?
Labra en parage en el verano el nido
la golondrina, que parece eterno,
mas huye en el invierno y busca abrigo.
De la falsa amistad sucede lo mismo:
labra el verano, pero huye el invierno
de mis trabajos el mayor amigo. (*Vase.*)

ESCENA VI

Salen TAMARO y ROSELA

ROS. De manera lo ha sentido,
y tan fuera de sí está,
que al Duque le pesa ya
de haber su muerte fingido.
Teme que ha de enloquecer,
y aunque mas le desengaña,
que vive y que está en España,
no hay persuadirla á creer,
sino que con don Gaston
murió tambien don Manrique.

TAM. (*Aparte.*) No sé que traza taonique
para entrar en la prision.—
¿En fin, que la crueldad (*A Rosela.*)
de Aymerico llegó á tanto
que al de Foix mató?

ROS. Es espanto;
no hay persona en la ciudad
que su muerte malogrado
no sienta en extremo.

TAM. Y bien;
¿piensa salir don Gaston
con la traza concertada?

ROS. En conquistando el condado
de Foix, se desposará
con Armesinda.

TAM. Sí hará,
si no vuelve trasquilado.
Don Manrique, mi señor,
parte á su defensa, y lleva
diez mil soldados á prueba
de lealtad y de valor.
Y pues don Gaston es muerto
sin herederos, se duda
que [illegible] Navarra acuda;
y en fin, [illegible] pretexto
que, vengando á don Gaston,
se alce con el de Navarra.
Y para hacer la persona,
de [illegible] ocasion,
armas [illegible] sabe,
de hacer mercedes no lo
mayor, y aunque sea postizo
el cargo [illegible]
casarme, que eres rumiza.

ROS. ¿Conmigo!

TAM. Mi fe te doy,
si caballero soy,
que has de ser caballeriza.
En pago desto quisiera
que á Armesinda consolaras
y que la desengañaras.

1 Este soneto falta en la impresion suelta de 1634

ROS. Tamayo, aqueso es quimera.
No me ha de creer, ni puedo
entrar á vella ni hablalla.
TAM. ¿Pues cómo podré avisalla?
¿que mujer hay, que un enredo
no sepa para advertilla
que mi señor vivo está?
ROS. De ninguno lo creerá
mejor que de ti.
TAM. A decilla
vengo aqueste de Aragon.
Pero ¿qué traza ha de haber
para hablalla, si ha de ser
entrando yo en la prisión,
y no sabiendo volar?
ROS. Guardándola el Duque tanto,
no se como.
TAM. Haz tú un encanto.
ROS. Ten ánimo para entrar
dentro en un cofre cerrado
que de vestidos la envío,
y hablarásla.
TAM. ¿Cómo? Un frío
de miedo el alma me ha dado.
¿Yo en cofre?
ROS. Si tan leal
eres siempre á tu Señor,
no es mucho esto.
TAM. De temor
me suele venir un mal,
siempre que estoy encerrado,
con que se me ablanda el vientre.
Si me viene despues que entre,
y estoy vivo embalsamado,
¿gustarás de verme así?
ROS. Hoy le tienen de llevar.
Si te quieres arriesgar,
famosa traza te di.
Determínate, Tamayo.
TAM. Vamos, tomaré sudores.
¿A que no obligarás, señores,
á un leal y fiel lacayo?
ROS. Ven á enterrarte [2].
TAM. En salud
me llevan.
ROS. ¿Eso te espanta?
TAM. Mi sacristán eres. Canta
cuando esté en el ataud. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale un alarde de soldados, tocando primero dentro un tambor, y DON MANRIQUE *detrás, con bastón de general.*

DON MANRIQUE.

¡El Conde don Gastón muerto, y su amigo
con vida, y sin que tome la venganza
del homicida un [1] ejemplar castigo!
¡Oh, Duque fiero! espera, que si alcanza
á tu Narbona el fuego de mi furia,
no lograrás tu inútil esperanza.
¿Que Narbe, que villano de Liguria,
por la codicia de un condado, hiciera
á su mismo valor tan grande injuria?
A Fox he defendido, y defendiera
de tu avara ambicion el mundo todo,
por más que el de Tolosa se opusiera.
Presto verás, si escalas acomodo
á tus cobardes muros, que en España
soy heredero del esfuerzo godo.
Manrique y Lara soy. Si en sangre baña
mi enojo tu ciudad, y no perdona
niños y viejos mi sangrienta hazaña.
no te espantes. Marchemos á Narbona,
que la sangre del Conde á voces pide
venganza de la muerte que pregona.
El Duque muera: aunque mi amor olvide
á Armesinda, que no hay amor que ablande
el pecho donde un fiel amigo vive.
Castigo grande pide injuria grande:
mas ¡ay, cielos crueles! ¿que castigo
la muerte vengará de tal amigo? [1]

SOLDADO PRIMERO.

Famoso don Manrique, marcha luego:
mete á saco á Narbona; muestra á Francia
tu valor, y la guerra á sangre y fuego;
que pues el de Tolosa y su arrogancia
huyó furioso, y Fox por tuyo queda,
ser tus soldados, es nuestra ganancia.

SOLDADO SEGUNDO.

Aunque el Rey de Aragon quejarse pueda
que contra el Duque de Narbona vamos,
cuya antigua amistad la guerra veda,
es tan grande el amor que te cobramos,
y tan grande del Duque fué el exceso,
que tu gusto y su muerte procuramos.

DON MANRIQUE.

Cuando el Rey sepa, amigos, el suceso,
aunque era don Gastón contrario suyo,
confesará el agravio que confieso:
de su valor, su justo enojo arguyo.
Marchemos á Narbona, y sus despojos
gozad mientras me vengo y la destruyo.
Doblad banderas y estandartes rojos;
sacad pendones negros, y entapicen
los vientos la color de mis enojos.
El destemplado parche solemnice
las obsequias y el luto que merece
mi amigo malogrado y infelice,
que contra el fiero Duque el cielo ofrece
un castigo cruel: mas, ¿qué castigo
la muerte vengará de tal amigo? *(Vanse todos.)*

ESCENA VIII

Sale ARMESINDA *sola.*

Ya, aunque libertad me den,
no la querrá mi firmeza,
que libertad y tristeza
pocas veces dicen bien.

1 En el original «de tu».
2 En el original «enterrarme».
3 En el original «con», resultando el verso de doce sílabas. El ms. dice «un».

1 El resto de esta escena falta en la impresión de 1734, así como otros muchos pasajes.

Llore el Conde don Guillen;
podrá ser me ablande ansí,
que como cuanto hay en mí
es llanto, pena y dolor,
vestido de mi color,
quizá me obligará á un sí.
Mas ¿para qué ha de querer
el sí de un alma, trasunto
del sepulcro de un difunto
cuya vida solía ser?
Ojos, ya es hora de hacer
los funerales oficios,
de vuestro pesar indicios,
pues funda en vos cada día
amor la capellanía
destos tristes ejercicios.

ESCENA IX

Descúbrese un cofre en que estará TAMAYO, *ya respondiendo, sacando la cabeza y tornándola á meter. Prosigue* ARMESINDA.

ARM. ¿Es posible que murió
don Manrique, y que estoy viva,
cuando de su luz me priva
la muerte, que le eclipsó?
Lengua, responded que no,
y engañad ne un rato así.
¿Vive? Decid que sí.
TAM. Sí.
ARM. ¡Ay, cielos! ¿Quién respondió
el sí que el alma oyó?
TAM. Yo.
ARM. ¡Válgame Dios! ¡Con que miedo
oyendo esto quedo!
TAM. Quedo.
ARM. ¿Huiré de aquí? Mas, no.
TAM. No.
ARM. ¿Hay más temeroso ensayo?
Voz, que mi muerte difieres,
di, ¿soy yo quien eres?
TAM. Eres.
ARM. ¿Y tú?... Desmayo...
TAM. Tamayo.
ARM. ¿Quién es Tamayo?
TAM. Lacayo.
ARM. ¡Válgame el cielo! ¿Hay tal cosa?
No oso hablar de medrosa.
TAM. Osa.
ARM. Voz, ¿de donde me has hablado?
¿Adónde estás?
TAM. Embaulado.
ARM. De oille estoy temerosa.
Que perdí el seso imagino.
¿Si es esto algun frenesí?
Mas, no. ¿Que quieres de mí,
voz, que á mi mal vino?
TAM. Vino.
ARM. Sin duda que desatino
(Sale Tamayo del cofre.)
TAM. Vino quiero y vino pido,
¡cuerpo de Dios! que embutido
en un baul más de un [1] hora,
por sólo hablaros, señora,
ni he comido ni he bebido.
ARM. ¡Ay, Jesús! ¿Quién eres, hombre?
¿Como entraste aquí?
TAM. No sé:
en arca, como Noé.
Tamayo soy, no se asombre.
Don Manrique, mi señor,
tiene de vivir más años,
á pesar de los engaños
de tu padre, que Nestor.
A esto sólo me ha enviado.
Con las armas de Aragon
va á tomar la posesión
de aquel famoso condado,
que será suyo, por muerte
del Conde, su gran amigo;
y á mí, que siempre le obligo
con hazañas, desta suerte
en el cofre que Rosela
de vestidos te envió,
mi industria me sepultó:
agradece mi cautela
y dame albricias.
ARM. Si es cierto
que mi español vivo está,
cualquiera joya será
de poco precio.
TAM. No es muerto.
ARM. Toma este diamante; ten
esta cadena, este anillo,
toma aqueste cabestrillo
y aquestas perlas también.
TAM. ¡Cuerpo de Dios, y qué rico
quedo esta vez!
(Dentro, el Duque.) (Abrí aquí.)
ARM. Este es mi padre, ¡ay de mí!
TAM. ¿Quién? ¿Cómo?
ARM. El Duque Aymerico.
TAM. De esta vez me hace gormar
oro y joyas. San Onofre,
ayudadme, que en mi cofre
quiero tornarme á embaular.
(Métese en el cofre.)

ESCENA X

ARMESINDA, *el* DUQUE *y* VIOLANTE.

DUQUE. Notable es la confusión
en que estoy puesto, Violante.
Si aquesto pasa adelante,
temo la justa pasion
que don Manrique de Lara
muestra por su amigo, el Conde.
ARM. ¡Señor!
DUQUE. Hija, hoy corresponde
la fortuna, hasta aquí avara
con tu gusto. Aquí me escribe
y manda el Rey de Aragón
que acudiendo á la aficion
de don Manrique, que vive,
aunque lo contrario dije,
te despose con él luego.
Yo quiero cumplir su ruego

[1] En el orig.: «más de hora». El mal dice «un ora».

y tu gusto, que me aflige
el ver venir á Narbona
don Manrique, en son de guerra,
destruyéndome la tierra
de suerte, que no perdona
la vejez ni la potencia
que su rigor fiero alcanza,
creciendo que es en venganza
del Conde y de mi injusticia.
Algun gran daño recelo,
que me exige descuidado,
y un español enojado
es ira y rayo del cielo.

ARM. ¿Sabe él que gustas, señor,
que sea mi esposo?

DUQUE. Sí.

ARM. ¿Pues tan poco fías de mí
y tan poco puede amor?
¡Bravatas son españolas!
Pasen tempestad y truenos,
verás los cielos serenos,
y el mar amansar sus olas.
Yo quiero desenojarle.

D.ª VIOL. Eso mejor lo haré yo,
que Don Gastón no murió.

DUQUE. ¿Cómo?

D.ª VIOL. Si juras de darle
por esposa á Don Manrique,
como dices, á mi hermana,
yo haré que venga mañana
á tus pies, y que pida que
pesarle haberte enojado.

DUQUE. Yo lo juro. Pero di,
¿Don Gastón es vivo?

D.ª VIOL. Sí;
por mi industria se ha librado
de tu rigor, dando muerte
el Alcaide á otro por él.

DUQUE. Confieso que fuí cruel:
contento estoy desa suerte.
Mañana entrará en Narbona:
estarás, hija, avisada.

ARM. ¡Cielos, pues son amada!

DUQUE. Violante, por tu persona
queda á cargo el mi estado
de la Cristiana española;
siendo bastante esta sola
á verse con el Obligado
vos. Haz de luego de usar,
que voy que el Rey responder
á. Rey.

ARM. Vuestra se en placer
me tenga el cielo [illegible]

D.ª VIOL. [illegible] vez de Don Gastón
he de ser esposa.

(Al irse el Duque y Violante, vuelve á salir Tamayo y cierra el Duque en el cofre, con los pies de fuera.)

ESCENA XI.

DUQUE, ARMESINDA y TAMAYO

TAM. ¿Fuese?

ARM. Sí, tal.

TAM. Mas si aca volviese....

DUQUE. Ansí Armesinda, razón
será... ¿Que es aquesto? Espera.

TAM. Cogíome vivo ¡por Dios!

DUQUE. ¿Que hacéis aquí? ¿Quién sois?

TAM. Un lacayo en su vasera:
el diablo mi suerte ordena. *(Ap.)*

DUQUE. ¿Quién sois?

TAM. Ya no vivo más. *(Ap.)*
Yo, señor, soy un Jonás,
y este cofre es mi ballena,

ARM. Criados es de don Manrique,
que, con aquesta invención,
entró ahora en mi prisión
para que me certifique
de que su señor no es muerto.

TAM. Un Lázaro al natural
soy, que huelo como el mal
sepultado, mas si es cierto
que don Manrique ha de ser
yerno tuyo, perdón pido.

DUQUE. Grande atrevimiento ha sido;
aunque me ha obligado el ver
vuestra lealtad.

TAM. Yo me obligo
de traerte á mi señor
luego aquí, si tu rigor
usa de clemencia conmigo.
Direle que vivo está
el de Fox, y que es su esposa
mi señora y tu hija hermosa.

DUQUE. Venid, pues; que allí portará,
para que se certifique,
que le desengañéis vos.

TAM. Tumba de mi muerte ¡adiós!

ARM. Amor, venció don Manrique.

(Vanse todos.)

ESCENA XII

DON GASTÓN y RENATO.

REN. Fox, famoso don Gastón,
á don Manrique de Lara
reconoce.

D. GAST. ¡Ah, suerte avara!

REN. Mandóle el Rey de Aragón
que con sus armas y gente
por fuerza la conquistase,
y que con ese quedase,
y viniendo fácilmente
á don Gastón de Foxosa
la poseyón le ha tomado.

D. GAST. ¡Ah, falso amigo! En estado
me quitaste con la esposa.
Este es el de un castigo
que á quien le conoce asombre:
pero cuídate de nombre
de falso y traidor amigo.
Renato, yo me resuelvo
de ir á Fox, porque el amor
que, como á propio señor

---

1 En el original *haberle*. El Ms. dice *apesalle haberte enojados*, que parece mejor lectura.

2 Así en el original y en la impresión suelta, que debe ser *ofenderme*, pues también consta en el Ms. de la Nacional.

me tienen todos, si vuelvo
me dará su posesión.

REN. Temeridad es aquesa.
De la gente aragonesa
tiene puesta guarnición
el Rey, y el tener por cierto
que no vives, causa ha sido
de no haberte perseguido.

D. GAST. Su enojo y rigor advierto;
pero dicen que mandó
don Manrique que dejasen
mis armas, sin que borrasen
lo que su traición borró,
y que de Fox no ha querido
llamarse Conde; y mi muerte
fingió sentir de tal suerte,
que pienso que fué fingido
que va á asolar á Narbona
en mi venganza.

REN. Con eso
querrá encubrir el exceso,
que su deslealtad pregona,
en que después no no le culpe
el mundo.

D. GAST. Tú dices bien;
aunque la fama también
su falsa amistad esculpe
en el bronce de su afrenta,
que nunca se ha de borrar.

REN. Tu muerte ha de procurar,
sin duda; porque si intenta
ser esposo de tu dama
y Conde de Fox, ¿quién duda
que se asegure y acuda
á desmentir á la fama,
que en viviendo tu, ha de ser
su infamia?

D. GAST. De aqueste modo,
si soy desdichado en todo,
¿adonde he de ir, qué he de hacer?
No puedo huir á Aragón,
porque es su Rey mi enemigo:
Fox, anuncia mi castigo:
Narbona fué mi prisión...
Estoy por darme la muerte.

REN. Una pobre fortaleza
me dió la naturaleza,
y, aunque pequeña, harto fuerte.
Esa te ofrezco y la vida.

D. GAST. Aunque la mia aborrezco,
yo la admito y agradezco.
Español, mi agravio pida
al cielo venganza tanta,
que desta injuria te acuerdes.
La vida pierdas, pues pierdes
la ley inviolable y santa
de la verdad pura y clara,
aunque en la necesidad
dicen que trae la amistad
á las espaldas la cara. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Doña VIOLANTE y Don MANRIQUE *de luto en cuerpo, y soldados con ellos*

D. MANR. Nunca olvida los agravios
la ley de la cortesía
entre los nobles y sabios;
ni la merced deste dia
es bien que sobre los labios
la agradezcan, que el venir
á honrar vos el campo nuestro,
basta, señora, á impedir
aqueste rigor que os muestro.
Hoy no se ha de combatir,
aunque muerto don Gaston,
y corriendo por mi cuenta
su injusticia, inútil son
conciertos, si el Duque intenta
el darme satisfaccion.

D.ª VIOL. Conde, ni está la ciudad
tan sola de armas y gente,
que miedo ó necesidad
la obliguen; ni hay quien intente
en ella que la amistad
rompáis, que con don Gastón
tuvisteis. Sólo he venido
á desmentir la opinión
que de su muerte ha tenido
Narbona, Fox y Aragón.
Si aqueste luto es señal
del honrado sentimiento
de un amigo tan leal,
trocalde hoy por el contento,
á vuestra tristeza igual.
Don Gastón vive, que á ser
muerto, no tuviera vida
yo, pues aguardando ver
una paga agradecida,
soy amante, aunque mujer.
Mi padre mandó matalle;
pero por mi industria huyó,
y el Alcaide por libralle,
la muerte á otro preso dió
de su mesmo cuerpo y talle.
Dióme palabra de ser
mi esposo por tal favor;
con que pudo entretener
mis esperanzas, y amor
y vos la experiencia hacer
desta verdad.

D. MANR. Será poco,
si vive, que mi contento
me fuerce á volverme loco:
pero duda el pensamiento.

D.ª VIOL. Si á creerme no os provoco,
dad, vos, traza para hacer
como os pueda asegurar.

D. MANR. Sois, aunque ilustre, mujer;
y es de cuerdos el dudar,
si es de nobles el creer.

ESCENA XIV

DIENOS y TAMAYO.

TAM. ¿Qué es de mi señor? El luto
deja, con que cubrir pueda
la tumba del cofre astuto:
ponte gales de oro y seda,
y nada de pardo triste.
Dentro de breve salió,
como yo resucité
del cofre en que me metió

tu amor. Todo aquesto sé
de Renato, que llego
a Narbona, y de su vida
ha dado cuenta á Aymerico.
D. MANR. No hay que en mi contento impida,
si eso es cierto. Ya parezco
la paz que mi guerra olvida.
Hermosa dama Violante,
¡que esta vivo don Gaston!
¡que esta esposo! ¡que es tu amante!
Dª. VIOL. Y por el Rey de Aragon
lo serás de aquí adelante
de Armesinda, á quien le ofrece,
juntamente con la paz
mi padre.
D. MANR. Mi dicha crece
Amor ciego, hazme capaz
de tal bien.
TAM. ¿Qué te parece
de aqueste lacayo?
D. MANR. Toque
otra vez templado el parche,
porque el pesar se revoque,
y á Narbona el campo marche.
TAM. Ya no temo Rey ni Roque.
D. MANR. Den á los vientos bizarra
los alegres estandartes,
porque el sol mas dichas vea,
y entapicen por mil partes
el arte que los desea;
que mañana haré testigo
al mundo de cuan dichoso
soy, pues á Armesinda obligo
que me admita por su esposo
sin ofensa de mi amigo.
Y vos, que sois el valor
de Francia y restauradora
de don Gaston y mi amor,
triunfad en Narbona agora
deste campo vencedor.
Dª VIOL. Solo seré los procuro.
Si aqueste adelante pasa, (á p)
por mi mal, mi amor perparo
y con mi hermana se casa
mis deseos aseguro,
pues don Gaston pagará
la vida que le ofrece.
TAM. Ese título será
de ornamento para mí,
porque sois de regocijo
desde el entierro primero.
D. MANR. Vamos, que vivo!
á mi amigo ver espero,
pues la vida le debí
un amigo verdadero.
TAM. Hoy me ha dado San Onofre
la vida que había perdido,
porque no hubiera Gofetre
tal hazaña.
D. MANR. ¿Como?
TAM. He sido
Patriarca ó Patricofre.

[illegible] en la impresion varia
o acordado «Vamos que.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

DON GASTON en *habito de peregrino*

Cuando de la enfermedad
que el cielo hizo mi amigo,
no sacara mi pena otro provecho
mas que hacer esperiencia
de tu fineza y de tu amigo,
quedara, en tus desdichas, satisfecho.
Mis mayores pruebas han hecho,
en sus adversidades,
de un vidrio que fue constante,
compraron por diamante,
pues con su piedra toque de amistades;
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Sigue á la esperanza sombra
cuando el sol está claro,
mas huye si la nube se le opone.
¡Que bien Ovidio nombra
sombra al amigo avaro,
que en solo el norte es su amistad pone!
pues por mas que propone
seguir su adversa suerte,
si falta la ventura
huye en la noche escura,
que no las palabra en la desdicha ó muerte,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Vidrio fue don Mario que,
por más que le celebra
España, y sombra cuando yo sol era.
¿Que mucho que publique
ser vidrio que se quiebra,
y huya cual sombra en la ocasion primera?
A Roy goza espera;
y sin que le averguence
su amistad, á mi dama,
esposa y dueño llama,
que el interes las amistades vence,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Hoy entro yo á España,
pues de mi propia tierra
un falso amigo me quiere desterrar vivo.
Solo á mi me acompaña,
que por hacerme guerra,
no le ofrece el olvido á mi el camino.
Cual pobre peregrino,
iré á buscar mi nombre
que conocerá contigo,
y siendo tan amigo,
asombrará con esplendan con el nombre:
mas será cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.

ESCENA II

TARATO y *dicha*, *de camino*

o
nir la cena
on Manrique,

entre las sombras destas arboledas,
pasar la siesta que hace calurosa;
que entramos ya en España, y las posadas
son tan malas en ellas, que no hacienda
aquesta diligencia, no hallaremos
que cenar, y me envida el hambre el resto.

CRIADO 1.º

A Zaragoza llegaremos presto.

TAMAYO

En aplacando el sol su furia un poco,
avisen á mi amo, si durmiere,
y díganle que voy á apercebille
sábanas limpias.

CRIADO 2.º

¡Plegue á Dios las halles!

TAMAYO

Si no están limpias, estarán al menos
rociadas y doctadas, que es costumbre
de España dotar limpias unas sábanas,
sirviendo cada noche desta suerte,
seis meses sin lavarse.

CRIADO 1.º

¡Ay, hosterías
de Italia y Francia!

TAMAYO

¡Ay, carne y pan de España,
y vino de mi santo, cama blanda,
adonde duermo como en seis colchones!
¿Que cama puede haber en un camino
como una bota de olloroso vino?

CRIADO 1.º

Si te has de adelantar, ¿qué aguardas?

TAMAYO

Nada:
poco el frisón y parto como un rayo. (Vase.)

CRIADO 2.º

¿Mas que te hallamos como ayer, Tamayo?

ESCENA III

CRIADOS y DON GASTÓN

DON GASTÓN

Tamayo oí decir, y don Manrique.
¡Válgame Dios! Si dicen que en Narbona
con Armesinda había de casarse,
¿que puede ser la causa de que agora
á Francia deje, y á Aragón camine?
Sabello quiero. ¡Ay, rigurosos celos,
si se acabasen mi temor y celos!

CRIADO 1.º

Sed tengo, y el calor hace excesivo.

CRIADO 2.º

Si tienes sed, aquí corre un arroyo,
riendose de ver que no la mates.

CRIADO 1.º

¿Yo, agua? ¿yo en mi tripa sabandijas?
Maldiga Dios quien casa de aposento
le dere en ella. Oye, un peregrino
trae la deparad. Dios Monserrate, si acaso
la hermana calabaza sirve aquí cerca,
¿quiere darme de aquel para dos pipas,
y probando si es bueno su zumaque,
pues va á San Jaque, le daremos jaque?

DON GASTÓN

Holgárame de estar tan prevenido,
que trajera con que refrigerarme.
pero voy tan ajeno de mi gusto,
que no me acuerdo de estas prevenciones.

CRIADO 1.º

¡Maldiga el cielo, amen, á peregrino
que puede andar sin el bordón del vino.

CRIADO 2.º

¿Vais ó venís de España?

DON GASTÓN

A Monserrate
voy y á San Jaque, y pienso que os he oído
decir que va á Aragón desde Navarra
don Manrique de Lara.

CRIADO 2.º

¿Conocéisle?

DON GASTÓN

Tengo noticia dél.

CRIADO 1.º

A Zaragoza
vamos con él, adonde el rey intenta
ser su padrino, y celebrar las bodas
de la hermosa Armesinda, que á esta causa
había dos días que su padre, el Duque,
partió con ella para Zaragoza,
y con doña Violante, hermana suya,
porque el Rey de Castilla, Alfonso Octavo,
con el Rey de Aragón y el de Navarra
quiere verse en Morezón, y á dos juntos
hacer guerra á los moros andaluces.
Han convidado al Duque de Narbona
á esta guerra, y así para más honra
quiere casar su hija en su presencia,
echando el sello á sus venturas todas,
pues se han de hallar tres reyes á sus bodas.

DON GASTÓN

¡Ah, cielo riguroso! ¿Y por qué causa
don Manrique no va en su compañía?

CRIADO 2.º

Porque pensó partir á Fox primero
que á Aragón, mas después le ha parecido
que queda bien seguro: que en su alma,
siglos eternos los instantes llama.

DON GASTÓN

¿Podríale yo hablar?

CRIADO 2.º

En despertando,
¿por qué no? Bien podrás mientras enfrenan
los caballos que ahora están pastando.
Pero ya ha despertado, y imagino
que querrá caminar, aunque la siesta
el rigor de su ruego multiplica:
más donde pica amor, el sol no pica.

DON GASTÓN *(Ap.)*

¡Buena ocasión se ofrece de vengarme!
Agravio, yo os haré agora testigo
de que se castigar mi falso amigo.

ESCENA IV

DICHOS Y DON MANRIQUE

D. MANRIQUE.

¿No es hora ya de caminar, hermanos?
Enfrenad y partamos.

CRIADO 1.°

Es temprano,
y el calor es terrible.

D. MANRIQUE.

Ya lo veo,
mas, ¿quién tendrá las riendas al deseo?
¡Ah, cielos! ¿Quien supiera de un amigo,
que el no saber a donde está, deshace
en parte el gusto de mi alegre boda.
¡Depáramele, amor! Será cumplida
mi dicha, que sin él está partida.
¿No vás por los caballos?

CRIADO 2.°

Vamos. ¡Hola!

CRIADO 1.°

Aqueste peregrino quiere hablarte.

D. MANRIQUE.

Querrá alguna limosna. Enfrena: parte.
(Vanse los criados.)

ESCENA V

DON MANRIQUE Y DON GASTÓN.

D. MANR. ¿Sois francés? *(A don Gastón, que llega encubriéndose.)*
D. GAST. No tengo tierra.
D. MANR. ¿Como no?
D. GAST. La que tenía
días há ya que no es mía.
D. MANR. ¿Por que?
D. GAST. Porque me destierra
un falso amigo hecho al temple,
aunque al olio parecó,
que una borrasca borró
y obliga á que se destemple
la pintura, que entendí
fuera eterna, mas no dura
la amistad ni la pintura
en el trabajo.
D. MANR. Es ansi.
¿De dónde sois?
D. GAST. Tal estoy
por un tirano interés,
que no sé si soy francés,
aunque dicen que lo soy.
D. MANR. ¿Como?
D. GAST. Vuelvo á dudar luego;
porque mudó el tiempo vano
un amigo castellano,
que ya en la lealtad es griego.
D. MANR. Amo, vos no os declarás
Tomad, y adios, que ya es tarde.
(Hale tirando, y mira mucho don Gastón *lo que le ha dado.)*
D. GAST. De quien sois hacéis alarde.
D. MANR. Un doblon es. ¿Que miras?
D. GAST. Miro, aunque me maravillo,
el doblon que me habeis dado.
¡Doble el dueño, y el doblado!:
más os quisiera sencillo,
y no sal eran tan caras
mis desdichas; mas ya son
de modo que vos, doblon,
los amigos de dos caras.
En desprecios me fundo,
hasta que ya el tiempo os borre,
que sois falso, y ya no corre
otra moneda en el mundo.
D. MANR. ¿Falso ese?
D. GAST. El dueño me induce
á que le pierda el decoro,
que aunque reluce, no es oro
todo aquello que reluce.
Amigos hay de apariencia
de oro, que en viendo pobre
al amigo, son de cobre:
ya yo he visto la experiencia.
Ya no hay Eneas, ni Acates,
porque el engaño alquimista,
cadenas hace á la vista
de oro de mil quilates,
pero son hierro; y no yerro,
que ya la amistad más buena
se dora como cadena,
con ser amistad de hierro.
D. MANR. O habla aqueste conmigo,
ó está loco. ¡Don Gastón, *(Conócele.)*
amigo del corazón!
D. GAST. ¡Nombre me ofreces de amigo,
traidor, cuando fama cobras
de la deslealtad que labras!:
de amigo son tus palabras,
y de enemigo tus obras.
Cuando usurpando mi estado,
con el de Aragon concertas
mi muerte, por gozar ciertas
tus traiciones, cuando has dado
de esposo palabra y mano
á Arminda, cuyo pecho,
casa de aposento ha hecho
el alma que moro en vano,
porque tu traición traspasa
la amistad, que ya atropella,
y por quedarte tú en ella,
echas al dueño de casa;
cuando me vas á quitar
mi esposa, amigo me llamas.
¿No echas de ver que te infamas,
cuando me vienes á dar
ese nombre, pues con él
pierdes de amigo el decoro?:
mas quieres parecer de oro,
y no eres sino de oropel.
La media vida te di
el dia que á tu amistad

te admitió mi voluntad,
y esa he de quitarte aquí;
aunque por haber estado
con otra media que es tuya,
es razón que della huya,
porque se le habrá pegado
la peste de la traición
que tu espe anza hace ufana;
y como está la mía sana,
huye de tu contagión.
Mas, por lo que á España debo,
cuyos nobles naturales,
por amigos y leales
los aventajo y apruebo;
por lo que á mi amor obliga,
y po-que á ti te está bien,
á trueque que no te dén
nombre de traidor, ni diga
el mundo en tu deshonor,
haciendo tu culpa clara,
que don Manrique de Lara
á su amigo fué traidor;
aquí con mortal castigo
sepultaré tu deshonra,
que quiero volver por tu honra,
por lo que fuistes mi amigo.

D. MANR. Y yo sufrir tus agravios,
porque soy tu amigo, quiero,
sin desnudar el acero
ni la lengua; que los labios
tienen su enojo con llave,
y yo no apruebo ni sigo
el amigo que á su amigo
sufrir injurias no sabe.
Y así, aunque me has injuriado
con la traición que me indicias,
yo te perdono, en albricias,
don Gastón, de haberte hallado.
¿Yo te usurpado tu tierra?
Vé á Fox para que divises
si en vez de tu Flor de Lises
han puesto la paz ó guerra
las dos calderas, que son
las armas con que honra el cielo,
desde don Diego Porcelo,
los Laras y su blasón.
¿Qué alcaídías he mudado?
¿qué tributos he cogido?
¿qué servicios he pedido?
¿qué monedas he labrado?
¿qué escritura hay que publique
lo que tu pasión afirma,
adonde diga la firma:
«Conde de Fox, don Manrique.»
No hallarás, sino es cobrado,
tu patrimonio perdido;
el de Tolosa, vencido,
y el de Narbona, obligado
á darte á doña Violante,
á quien si de esposo diste
tu palabra, cuando fuiste
libre por su amor constante,
¿qué mucho que intente ser
esposo de quien no puedes
sello tú, sino es que quedes
por perjuro? Tu mujer
es doña Violante, y yo
tan tuyo, que la experiencia
hizo prueba en mi paciencia;
pues ni la mano sacó
la espada, haciendo testigos
mis agravios, ni han bastado
á que no te haya enseñado
cómo han de ser los amigos.

D. GAST. Si todos como tú son,
¡maldiga Dios la amistad!
¿Probarás tu lealtad
con el Rey, que en Aragón
te dió sus armas y gente
para que á Fox conquistases,
y con él te levantases?
Dirás que la fama miente:
que pues dices que yo dí
á doña Violante mano
de esposo, dirás que en vano
puedes persuadirme así.
Pero ni quiero creerte,
ni manchar mi noble acero
en tu sangre; sólo quiero
que vivas, pues en tu muerte,
la infamia que tu honra priva
morirá; y será mejor
dejarte vivo, traidor,
para que tu infamia viva.
Viva, que si en tí vivió
de mi vida la mitad,
que tu rompida amistad
tan presto del alma echó,
hoy darte vida he querido,
aunque el enojo me abrasa,
por no derribar la casa
que por huésped me ha tenido.

D. MANR. Pues ¡vive Dios! que esta vez,
aunque tu furia me ofenda,
no ha de romperse la rienda
de mi paciencia, y que juez
tienes de ser y testigo
de mi amistad; y aunque tuerza
hoy mi inclinación, por fuerza
has de ver que soy tu amigo.
¡Hola! (*Salen los dos criados.*)

ESCENA VI

DON MANRIQUE, DON GASTÓN *y dos* CRIADOS.

CRIAD. 1.º ¡Señor!
D. MANR. Esa espada
quitad á ese peregrino.
D. GAST. ¡Ah, traidor! Bien imagino
lo que tu amistad doblada
intenta. A Aragón me lleva,
porque su Rey me dé muerte.
D. MANR. Mas para que desta suerte,
haciendo bastante prueba
de mi amistad, sean testigos
cuantos han visto mi amor,
que ha enseñado mi valor
cómo han de ser los amigos. (*Vanse.*)

ESCENA VII

El Rey de Aragón, el Duque, Armesinda y Doña Violante.

Rey.

Un buen día habéis dado á Zaragoza,
famoso Duque, pues de la belleza
de vuestras celebradas hijas goza.

Duque.

Su humildad favorece vuestra alteza.

Rey.

Vuestra vejez con vellas se remoza.
Mucho deseo á la nacimiento,
pues cuanto pudo dar vuestra ventura:
altos, valor, y bellas, hermosura.
Ya tengo enviada al conde don Manrique
á pedir para esposa de Francia,
donde, en que vuestro hijo se publique;
y al otro, el que hoy goce tal esposa.
Mas si queréis que lo que se ha de esplique,
vuestra suerte en mis ojos ventajosa,
pues en Armesinda el cielo en belleza,
en Violante en gracia y gentileza
yo, señora, he de ser padrino vuestro,
que estimo y amo mucho á vuestro amante.

Armesinda.

La obligación callando, señor, muestra
con que os debo servir de aquí en adelante.

Rey.

Como el tiempo me hizo en amor diestro,
casi imagino ya, bella Violante,
que me pedís que á D. Gastón reciba
en mi amistad y gracia. En esta viva,
pues que veis por vos, y don Manrique,
siempre de amistad, unidos y fuertes,
á Fox le entregaré y Aragón pueblo te
que está en mi provincia y real amparo:
pues cuando de la paz se trate
yo cumpliré con Sevilla otra vez claro,
de sus trabajos y pasión parcial,
viniendo á cumplir esta palabra dada.

Doña Violante.

Beso tus pies.

Rey.

Ya viene el de Castilla
á ver el Pilar santo, consagrado
por la Reina de cielo, cuya silla
tuvo un ángel sobre el sol dorado.
Quiere hacer guerra al moro de Sevilla,
que, soberbio, las paces ha negado,
y que Navarra y Aragón le ayuda
para tan santa empresa á dar ayuda.
En pago del socorro desta guerra
le he de pedir que tomen los de Lara
á su ayuda mi valor.

Duque.

El que se encierra
en vuestra Alteza, ese favor declara.

Rey.

Si don Manrique vuelve á ver su tierra,
y en sus estados otra vez la ampara,
á instancia mía, el Rey, Duque Aymerico,
tendréis un hierno valeroso y rico.

Duque.

Teniendo á vuestra Alteza por padrino,
¿que mucho que á su patria restaurado
se vuelva don Manrique?

Rey.

Yo imagino
que le he de ver como merece, honrado.
Cansado vendréis, Duque, del camino.
En mi palacio estáis aposentado.
Andad con Dios, y descansad, que es tarde.

Duque.

Mil años, gran señor, el cielo os guarde.

(Vanse el Duque y sus hijas.)

ESCENA VIII

El Rey, Don Manrique, Don Gastón, de peregrino, y quédase en un lado.

D. Manrique.

Bien se acuerda de costarme
lo que he querido hacer por un amigo,
y que espantando al mundo mi suceso,
tiene de ser de mi valor testigo;
mas perdida la vida, pues profeso
la amistad, cuyas leyes guardo y sigo,
que aunque la vida es mucho, estimo en poco
quedar por un amigo, muerto ó loco.

Rey.

¿Que es esto, don Manrique? ¿En Zaragoza
vos, y tan triste, la color perdida?
Cuando Armesinda vuestra dicha goza,
tan amada por vos y pretendida;
cuando aguardaba de la gente moza
la nobleza alegre vuestra venida,
con señales de fiesta y de contento,
¿tan triste, vos? Decidme el fundamento.

D. Manr. Dame los pies, gran señor,
y oirás te admire el suceso
de la novedad que ves
y tristeza con que vengo;
que una desdicha traición
despachada en el Consejo
de amistad y voluntad
en mi daño y con provecho,
me trae tan pensativo.

Rey. Levantaos, Conde, del suelo,
y sin hablar por enigmas,
declarad... que estoy suspenso.

D. Manr. Ya sabes, Rey poderoso,
lo que al Conde de Fox debo
y la amistad que con él
tan estrecha me ha profesado.

Rey. Ya sabe Francia y España
ese ejemplo
de la amistad muy sabe.
Parece vuestra partida del centro.
Supuesto que el de Fox está
en Estado y en destierro
por mi causa, don Manrique,

hacés á los deseos extraños,
ya yo, olvidado agravios,
por vuestra ocasión, me he vuelto
á mi gracia y amistad,
y que pese otra vez quiero
á Rey y á doña Violante,
á quien, cuando estuve preso,
dije que daba fe y palabra
de esposo.

D. MANR. ¡Plugiera al cielo!
También sabes el amor
que á Armesinda he tenido,
desde que vi su hermosura
en Narbona.

REY. Si ¿á qué efecto
me hacéis tantas prevenciones,
pues con vos su padre mesmo
han venido á celebrar
vuestro agradecimiento?

D. MANR. Gran señor, mi amigo el Conde
haréis cuanto que en los cielos
á su fuerte brazo dedica
el alma y los pensamientos.
Yo le prometí, casado
con ella, y en el entreno
mate al Conde de Tolosa,
causa de tantos sucesos
Y aunque, cuando vi á Armesinda,
amor encendió mi pecho
las llamas que no ha apagado
ausencia, en tanto tiempo,
ha resistido su furia
la amistad, á cuyo espejo
me miro para enmendar
en su efeto mis defectos.
Aquesto empleo mi amor
á padecer un infierno
de penas, sin esperanza
de alivio ni de remedio,
hasta que deña Violante,
por dar fin á sus deseos,
sostuchas á mi amistad
y á don Gastón (ambos celos,
me engañaron persuadiéndome
que el noble casamiento
del Conde, sabe prenda,
le convenía grandemente,
á ser su esposa Violante;
y advertida, á ser desvelo,
que la mujer y el engaño
cabida á la parte han puesto.
Entre en Narbona de paz;
vuestra amistad satisfecho
de que dejaba en su fuerza
la amistad que estimo en precio,
con celos mis desposorios
en ella, por ver que en ellos
mi palabra habías de ser
Vos el Duque, y que no el cielo,
dilatando mi ventura
que me habían de costar celos
á poner mi fama y honra
en manos de vuestro precio.
Encontré de pared en pared
á don Gastón, que creyendo
su que en mi agravio á la fama
pública capa, y no advirtiendo
mis razones, viene,
si es hecho, en señal de preso
para que sus ojos vean
lo que por ellos hacer quiero.
Invicto Rey de Aragón,
cartas de Castilla tengo
en que me perdona el Rey,
y estando en el destierro
á Inglaterra mis deseos,
prometen volverme presto
mis tierras y patrimonio,
si con don Fernán Ruiz de Castro
amistad y parentesco
con vuestra, dando en mi hija
persona de esposa y dueño.
Esta es la buena ventura
á que aquí don Gastón debo,
á mis parientes y amigos,
aunque mal á mi deseo.
Si el amor que me habías mostrado,
con tan magnífico pecho,
las leyes de la amistad
y el remedio de mis duelos
te obligan, ansí á tus plantas
se postren los más soberbios
de sarracenos alfanes,
tu mano reconociendo,
que á Armesinda persuadan
mis intercesiones y tus ruegos
á que olvide á Gastón ahora
por hoy, que mañana os vuelvo,
desengañando á Armesinda,
mostrará el mundo en mi ejemplo
cómo han de ser los amigos,
tan raros en este tiempo.

REY. Conde, cuando el Rey Alfonso
no me concediera el deseo
que de veros con quietud
ha tantos años que tengo;
el valor que habéis mostrado
y amistad de que he de tenplos
y estatuas, donde eternice
la fama el renombre vuestro,
me obligara á hacer vuestro gusto.
Al Rey de Castilla espero
aquí presto; agardadle.

D. MANR. Prospere la vida el cielo.

REY. ¿Adónde está don Gastón?

D. GAST. A tus pies, señor, postrado
que en la grama me tenías.

REY. Levantaos, Conde, del suelo,
y alabaos de haber hallado
un amigo verdadero,
en la adversidad constante,
que es milagro en este tiempo.
Vamos, Conde don Manrique,
y hablaréis á Duque viejo
y Armesinda.

D. MANR. Gran señor,
tengo amor, y tengo celos
que puede perder el juicio
el temeroso, el celoso,
de su bien dudado propio,
hasta ver cumplido el suyo.
Lo que más he deseado
y al vuelo más firme y recio

que resistió golpes grandes,
suele romper un pequeño.
Pasarme quiero á Castilla,
que imagino que no es cuerdo,
siendo vidro la amistad,
quien osa ponella á riesgo.

REY. ¿Pues no quereis aguardar
al Rey?

D. MANR. Saldréle al encuentro;
y pediréle licencia
para volver á sus reinos.
Adiós, amigo del alma.

D. GAST. Yo, don Manrique, me precio
también, como vos, de amigo,
y si el casamiento acepto
de Armesinda, aunque la adoro,
es más por veros resuelto
de casaros en Castilla,
que por cumplir mis deseos;
que de otra suerte, bien sabe
el amor grande que os tengo,
que á trueco de vuestro gusto
me sería [1] gloria el tormento.

D. MANR. Conde, esposo de Armesinda
habéis de ser: yo lo quiero,
y estáis obligado á darme
gusto en todo.

D. GAST. Yo lo acepto.

D. MANR. Dadme, gran señor, licencia.

REY. A poner voy en efecto
lo que os tengo prometido,
y á publicar el extremo
de vuestra firme amistad,
porque sepa el siglo nuestro
cómo han de ser los amigos.

D. MANR. Tus invictas plantas beso.

ESCENA IX

DON MANRIQUE, *solo.*

Solos habemos quedado.
¿Qué habéis hecho, pensamiento?
¿Qué habeis hecho, amistad ciega?
Alma loca ¿qué habéis hecho?
Por dar la vida á un amigo,
¿es bien haberme á mi muerto?
¡Jesús! ¡qué extraña locura!
Sin Armesinda ¿qué espero?
¿Dónde he de ir, que el rey Alfonso
ni me perdona, ni el cielo
quiere que á mi estado torne?
Todo fué fingido enredo
por casar á don Gastón
con Armesinda. ¡Ay, tormento!
acabadme de matar.
Necio he sido; sí. ¿No es necio
quien da el alma? A lo que obliga
un amigo verdadero
es á dar la hacienda, el gusto,
la libertad y el sosiego;
¿pero, el alma? aqueso no.
Si era el alma deste cuerpo,
Armesinda, ya la he dado.
Sin vida estoy; ¡bueno quedo!
Loco estoy sin Armesinda;
pero, no es mejor que el seso
pierda un hombre que la fama?
Claro está: loco soy cuerdo.
Más vale que muera yo:
mas ¡ay, rigurosos cielos!
que vivo para morir
de amor, de rabia y de celos.

ESCENA X

DON MANRIQUE y TAMAYO.

TAM. ¡Bravo lugar es aquestel
Espantado de ver vengo
la soberbia de sus calles,
la riqueza de sus templos.
Mas mi señor está aquí.
¿Qué diablos tiene? Suspenso
se pasea, y suspirando,
la vista enclava en el suelo.
¿Has merendado cazuela *(A D. Manr.)*
para dar tantos paseos,
ó hay moscones en la cola?

D. MANR. Sin Armesinda, hay desvelos.

TAM. ¡Oigan! Pasear y dalle.
¿Qué es aquesto, qué tenemos?

D. MANR. Por mi culpa, por mi culpa.

TAM. «Y por tanto, pido y ruego
á Dios y á Santa María,
á San Miguel y á San Pedro...»

D. MANR. ¿Que dices?

TAM. La confesión,
por ayudarte.

D. MANR. Confieso
que estoy loco.

TAM. Yo también.
¡Ay, celemines! ¿Qué es esto?
Respondedme.

D. MANR. ¿Qué respuesta
te tiene de dar un muerto?

TAM. ¿Tú estás muerto?

D. MANR. Sí.

TAM. ¿Y con habla?

D. MANR. No hablo yo.

TAM. ¿Pues?

D. MANR. Mi tormento.

TAM. Ya filosofisticamos.
¡Trabajo tiene el celebro!

D. MANR. Ven acá. Cuando da el alma
un hombre ¿no queda muerto?

TAM. Así lo dijo un albeitar,
tomando el pulso á un jumento.

D. MANR. ¿Un amante no da el alma
á su dama?

TAM. Ese argumento
traen siempre los boquirrubios,
pero no los boquinegros;
porque, ¿cómo puede estar
sin alma un hombre?

D. MANR. Eres necio:
porque el alma de su dama
se pasa luego á su cuerpo.

[1] En el original y la impresión suelta, «será». El manuscrito también dice «será» Igualmente formaría sentido «fuera», y acaso así lo escribió el autor.

TAM. ¿Pues es casa de alquiler?
D. MANR. ¡Oyete, loco!
TAM. Hable, cuerdo.
D. MANR. Pues si el alma de Armesinda
vivía dentro en mi pecho,
y á don Gaston se la he dado,
muerto estoy.
TAM. El tema es bueno.
D. MANR. Digo que no tengo vida.
TAM. Mas que no la tengas: ¡quedo!
D. MANR. Entiérrame.
TAM. Vuelve en tí,
por amor de Dios.
D. MANR. ¡Oh, ejemplo
de ingratos! ¿la sepultura
me niegas?
TAM. Yo no la niego,
sino reniego, señor.
¿Qué has comido? ¿Si los berros
de anoche te hicieron mal?
D. MANR. Entiérrame.
TAM. Ya te entierro.
(Quiero seguile el humor:)
¿No te has de echar en el suelo?
D. MANR. ¿Qué más echado me quieres,
si á mal mis venturas echo?
TAM. El primer difunto en pie
eres que vió el siglo nuestro.
Ahora bien; ya entran en casa
tus parientes y tus deudos,
todos cubiertos de luto.
D. MANR. ¡Válgame Dios! ¡Que honreá un necio,
muerto por sola su culpa,
tanta multitud de cuerdos!
Mas si; que la necedad
es la honrada en estos tiempos,
y muertos, todos son unos
los necios y los discretos.
TAM. Los niños de la Doctrina
vienen: ya entran acá dentro:
¡oh, qué de sarna que traen!
D. MANR. ¿De la Doctrina son éstos?
TAM. ¿No lo ves?
D. MANR. Por dar doctrina
á los amigos, me quedo
cual niño de la Doctrina,
amigo Tamayo, huerfano.
TAM. Las Ordenes Mendicantes
vienen.
D. MANR. No entren acá dentro.
TAM. Aguarden, Padres.
D. MANR. ¿Qué orden
tendrán ya mis desconciertos?
TAM. Aquesta es la Cofradía
de la Soledad.
D. MANR. Discreto
fuiste en traella, pues solo,
sin Armesinda, padezco.
TAM. Aquesta es de la Pasión.
D. MANR. Será la de mis tormentos.
TAM. Estotra es de los Dolores.
D. MANR. Terribles son los que siento.
TAM. La Caridad, que á los pobres
entierra.
D. MANR. Muy bien merezco [1],
pues [1], por dar, pobre he quedado,
que me compares con ellos.
Mas oye, ¿no hay Cofradía
de la Amistad?
TAM. En el cielo;
que aquí hay muy pocos cofrades,
y esos son al uso nuevo.
D. MANR. ¿Pues no soy cofrade yo?
TAM. Y aun mayordomo de necios,
pues, estando vivo, cumples
las mandas del testamento.
¡Ea! Si te has de enterrar,
y estás difunto, no hablemos.—
Los pobres son de las hachas.
D. MANR. ¿Cuáles son los pobres?
TAM. Estos.
Salíos al zaguán, hermanos:
¡ea! salid; acabemos;
que es muy estrecha esta sala,
y no huele bien el cuerpo.—
Los clérigos vienen ya
de la parroquia: ¿daremos
las velas?
D. MANR. Bien puedes dalles
las velas de mis desvelos.
TAM. Tome cada cual la suya,
desde el cura hasta el perrero [2].
No toméis dos, monacillo:
¿escondéislas?: ya lo veo.
¡Ea! que el Responso cantan.
¿Quieres que sea el *Memento*,
ó el *Peccatem me quotidie*,
responso de majaderos?
D. MANR. Si el *Memento* es acordarse,
y peno cuando me acuerdo
la hermosura que perdí,
canta olvidos, que eso quiero.
TAM. *(Canta.)* Va: *Peccatem me quotidie.*
¿Quién me ha metido en aquesto?
Pero, ¿qué tengo de hacer?
D. MANR. Canta.
TAM. Ya va: *quia in inferno.*—
Tamayo, ¿tú, sacristán?
D. MANR. ¿No cantan?
TAM. *(Canta.)* *Nulla est redemptio.*
D. MANR. Tienes razón, que no tienen
ya mis desdichas remedio.
¡Ay, Armesinda del alma!
¿qué he de hacer sin tí?
TAM. ¡Silencio!,
que no ha de hablar un difunto:
¡cuerpo de Dios!, vaya el cuerpo.
Ya doblan en la parroquia.
¿No escuchas el son funesto?
Oye: *din, dan, din, don, dron.*
D. MANR. Todo eso puede el dinero.
TAM. Ya cantan la letanía:
Sancte Petre, ora pro eo;
kyrie eleyson; Christi eleyson;
kyrie eleyson.
D. MANR. ¡Ay, confusos devaneos!,

---

1 En el ms.: «Bien lo merezco».

1 En el original, «que»; en la impresión de 1734, «pues».

2 En la impresión suelta, «porterо». En el manuscrito, «perrero».

dejadme ir á morir, pues que ya dejo
de mi firme amistad al mundo ejemplo.
(*Vase* Don Manrique.)

ESCENA XI

TAMAYO.

El se ha ido, y me ha dejado
con el gasto del entierro.
Voy á buscalle. ¡Ay, amor!,
hijo, al fin, de un dios herrero,
todo lo yerras, como él.
Ir tras de don Manrique quiero,
y dar cuenta á don Gastón
del peligro en que le ha puesto.
El que quisiere enterrarse,
yo soy el sepolturero.
Vengan, que chico con grande,
enterraré á real y medio. (*Vase.*)

ESCENA XII

El Rey de Aragón *y el* Duque.

REY.

Duque, aquesto os importa, y yo os lo ruego.
El condado de Fox casi confina
con el ducado vuestro de Narbona:
no hay quien en Francia aventajaros pueda,
si destos dos estados hacéis uno.
Cumpliendo aquesto, quedaré obligado,
contento el Conde, y vos, rico y honrado.

DUQUE.

Señor, si don Manrique vuelve á España,
y por casarse en ella el Rey le vuelve
á su primer estado, no me espanto,
que aquesto y la amistad que debe al Conde
le obligue á que el amor suyo reprima
por el valor, que como noble estima.
Engañóme Violante, y no me espanto,
amando al Conde, porque don Manrique
quitase los estorbos á sus celos,
que me hiciese entender haberle dado
palabra don Gastón de ser su esposo;
que amor, con ser rapaz, es cauteloso.
Yo le acepto por hijo, que á Armesinda
y á mí nos está bien; pues cuando el Conde
no fuera tan ilustre, cuerdo y rico,
basta venir señor, por orden vuestra.

REY.

De vuestra discreción dais, Duque, muestra.
Llamen á don Gastón.

DUQUE.

Sólo recelo
la pena y resistencia de Armesinda,
porque después que estos sucesos sabe,
hace extremos de loca.

REY.

Es obediente,
y forzarála el ver que yo intercedo
por el de Fox y que quedo obligado.

ESCENA XIII

Dichos *y* Don Gastón, *de galán, y un* Criado *después.*

DON GASTÓN.

Dame, señor, aquesos pies.

REY.

Los brazos
dad, Conde, al Duque, de quien ya sois yerno.

DON GASTÓN.

Vivas, famoso Rey, un siglo eterno;
y vos, Duque y Señor, con la corona
de Francia honréis la vuestra de Narbona.

DUQUE.

Por lo bien que os está, lo deseara,
pues siendo mi heredero de importancia
os fuera agora el verme rey de Francia.

UN CRIADO.

El rey Alfonso octavo de Castilla
encubierto ha venido á Zaragoza,
y ya á las puertas de palacio llega.

REY.

¡Válgame el cielo! A recibirle vamos.
Duque, venid; Conde, venid, pariente.

DUQUE.

Ya te seguimos.

DON GASTÓN.

Cierta es ya mi gloria,
pues ha salido amor con la victoria. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Doña Violante *y* Armesinda.

ARM. ¡Violante, mi muerte es cierta.
¡Ay, español enemigo!
¡Sola la ley de un amigo
es bien que tu amor divierta!
A poder cerrar la puerta
mi amorosa voluntad
á tu injusta liviandad,
dejarte fuera mejor,
pues no ama el que su amor
no antepone á su amistad.
Ordena naturaleza
que de su patria se aleje
el hombre, y sus padres deje
por la conyugal belleza;
¿y obligate tú nobleza
por un amigo á quebrar
aquesta ley? Por amar
bien pudieras ser traidor,
que los yerros por amor
dignos son de perdonar.
¿Qué he de hacer, Violante mía?

D.ª VIOL. Dar consuelo á mis cuidados,
si pueden dos desdichados
hacerse así compañía.
El rey te casa este día
con don Gastón, y los cielos,
para darme más desvelos,

mi industria desbaratada,
te dan muerte, mal casada,
y á mí, de amor y de celos.
¿Que has de ser de don Gastón?
¿que tu gusto has de rendir,
á mi pesar?

ARM. Por morir
he de admitir su afición.
Mi padre y el de Aragón
lo mandan, soy desdichada,
y ansí la muerte me agrada,
aunque sea de esta suerte,
que no hay tan áspera muerte
como vivir mal casada.

ESCENA XV

DICHOS y ROSELA.

ROSELA. Los reyes, señora, vienen
de Castilla y Aragón,
con el Duque y don Gastón.

ARM. Ya mis obsequias previenen.

D.ª VIOL. ¡Que mala salida tienen
mis deseos, y la hazaña
que mi amorosa maraña
intentó!

ARM. ¡Ay, fiero Manrique!
mi agravio España publique,
porque te aborrezca España.

ESCENA XVI

DICHOS y el REY DE CASTILLA, el de ARAGÓN, DON GASTÓN, el DUQUE y acompañamiento.

REY DE C. Por esto vine encubierto.

REY DE A. Prudencia notable ha sido,
pues á no venir ansí,
aunque nos prestara Egipto
sus pirámides famosas;
grana y mármol, Paro y Tiro;
Grecia sus arcos triunfales,
y Roma sus obeliscos,
cualquiera recibimiento,
por más suntuoso y rico,
fuera de poco valor
para el que hemos conocido
en vuestra Alteza.

REY DE C. Ya sé
que me ha de dejar vencido
vuestra Alteza en cortesía
como en todo. Yo he venido
á ver aquesta ciudad,
cuyos nobles edificios,
hermosura de sus calles,
riqueza de sus vecinos,
valor de sus caballeros,
claro cielo y bello sitio,
se aventaja al nombre y fama
que sus grandezas ha escrito.
La capilla he visitado,
y en ella el Pilar divino
que á la cristiandad de España
dió milagroso principio.
¡Gran reliquia!

DUQUE. ¡Milagrosa!

REY DE C. Yo os confieso que la envidio,
y que á goza la en Castilla
viera alegre, Aymerico.

D.ª VIOL. Denos los pies vuestra Alteza.

DUQUE. Mis hijas son, rey invicto,
y tus esclavas.

REY DE C. Mejor
diréis ángeles divinos.
Alzad, señoras, del suelo,
que yo por cielo le estimo,
pues con tal belleza quedan
hechos sus Campos Elíseos.
¿De cuál destas dos bellezas
ha de ser el de Foxidigno
de llamarse esposo y dueño,
porque he de ser yo el padrino?

D. GAST. Beso tus pies. Mi ventura
y la lealtad de un amigo,
tu vasallo, que á ser Darío,
vieras, señor, un Zopiro,
premia mi amor con hacerme
merecedor del sol mismo,
que á los ojos de Armesinda
dió sus rayos cristalinos.

D.ª VIOL. (¡Ay de mí, que tal escucho!)

REY DE A. Vuestra alteza ha merecido
el vasayo mas leal
que vió el mundo á su servicio.

REY DE C. ¿Como?

REY DE A. ¿No ha alzado el destierro
y estados restituido
á don Manrique de Lara,
como á los bandos antiguos
de los Manriques y Castros?
Ponga fin, y siendo amigos,
se case con una hija
del Conde de Castro.

REY DE C. Digo,
que aunque siempre he deseado
ese suceso infinito,
que nunca intenté tal cosa,
aunque por ese camino
me holgara ver el valor
de los Laras reducido
á su hacienda, patria y honra.

D. GAST. Todo esto, señor, ha sido
mayor lealtad y firmeza
de la fe de un firme amigo,
y al fin, Manrique de Lara...

ESCENA XVII

DICHOS y TAMAYO.

TAM. Lleve el diablo los amores;
porque por sus desvaríos
ha de andar de ceca en meca
la paciencia y el juicio.

D. GAST. ¿Que es esto, Tamayo? ¡Quedo!

TAM. ¿Que quedo? ¡Cuerpo de Cristo!

D. GAST. Que está aquí el rey de Castilla.

TAM. Aunque esté aquí Valdovinos.
¡Bueno has parado á mi amo!

D. GAST. ¿Como?

TAM. Los cascos vacíos,
busca quien vaya alquilallos.
Con tanto extremo ha sentido

el renunciarte á Armesinda,
que, loco y desvanecido,
ha dado en decir que está
medio muerto y medio vivo.
Hame mandado enterralle:
y ¿sabe de quien soy[1], que ha habido
que ver en la pompa y honra
de su funeral oficio.
Sabe contara los gastos
de lutos, hachas y cirios,
fuera una gran grandeza
Algo ha vuelto en su sentido,
y á mis persuasiones está
sosegado, aunque en suspiros
se le va el alma á pedazos.
Tu, señor, la causa has sido.

ARM. (¡Ay, cielos! si eso es verdad,
celébren los ojos mios
las desdichas de los dos.)

REY DE C. Notable valor de amigo.

D. GAST. Yo también tengo de serlo,
y con la hazaña que él hizo,
aunque á vida me cueste,
he de vencerme á mí mismo.
Famosos y invictos reyes,
ilustre Duque Aymerico,
goce mi amigo á Armesinda,
y sepa el presente siglo
que dura en él la amistad
que celebraron los antiguos
de un Pílades y un Orestes,
de un Teseo y un Perithoo[1].
Eneas soy deste Achates,
deste Furnio soy Nisio,
y Pacias[2] deste Damon.
Con vuestra licencia pido
la mano á doña Violante,
por quien estoy libre y vivo,
que amistad sin amor satisfago
y doy la vida á un amigo.

REY DE A. Mostrásteis, don Gaston famoso,
que los quilates subidos
del oro de la nobleza
vuestra sangre ha ennoblecido.
Yo ruego al Duque que os dé
á doña Violante.

DUQUE. He sido
venturoso, gran Señor,
en cobrar tan nobles hijos.

REY DE C. Tragan aquí á don Manrique,
que, pues en es tan buen amigo,
también será buen vasallo.
Aquí el cielo me ha traído
para que, alzado el destierro,
y vuelto á su estado rico,
de su valor y lealtad
hoy yo propio sea testigo.
Padrino suyo he de ser.

D.ª VIOL. Mi esperanza se ha cumplido.

ARM. Loca de contento quedo.
Dejad el pesar, señores,
pedid albricias al alma.

ESCENA XVIII

DICHOS, DON MANRIQUE Y TAMAYO.

D. MANR. Dame los pies, rey invicto,
que con tu presencia espero
cobrar el seso perdido,
pues el contento de verte
refrena mis desvaríos,
y no es poco refrenallos
mirando aquí lo que miro.

TAM. ¿Acabóse el mal de madre?
¿hemos de enterrarte vivo,
ó podemos ya decir:
vuelve á casa, pan perdido?

REY DE C. Alzaos, Conde, de la tierra,
que por mis ojos he visto
la nobleza y el valor
de vuestras hazañas digno.
No es bien que Castilla pierda
la presencia de tal hijo,
sus reyes tan gran vasallo,
sus grandes tan gran amigo.
Cuantos estados tuvieron
vuestros padres, esos mismos
os restituyo, volviéndoos
á mi amor.

TAM. ¡Manrique, viva!

D. MANR. Prospere tu vida el cielo.

D. GAST. Don Manrique, porque envidio
el nombre que aquesta hazaña
os ha dado hoy, he querido
dar también claras señales
de que, como vos, he sido
amigo fiel y leal.
Gozad años infinitos
la belleza de Armesinda,
que la mano y alma rindo
á doña Violante hermosa.

DUQUE. Ya es el Conde su marido:
dad a Armesinda la mano.

D. MANR. Si de pesar el juicio
perdí, ¿cómo no le pierdo
de contento y regocijo?
Sol de Francia, perdonad
si es que juzgais por delito
el anteponer a amor
la lealtad de un fiel amigo,
y dadme esa blanca mano.

ARM. Siempre el pasado peligro
en el contento presente
se olvida. Conde Yo he sido
en los fines venturosa,
si infeliz en los principios,
y vos, mi señor y dueño

REY DE C. Porque las guerras que ha habido
entre Aragón y Castilla
tanto ha, sobre el señorío
de Molina de Aragón
se acaben, yo determino
dar el derecho que tengo
en aqueste estado rico
á don Manrique de Lara.

REY DE A. Yo también le doy el mio.

TAM. Nuestra es Molina, ¡pardios!
que en ello labro un molino.

D. MANR. Con callar pago mejor
tantas mercedes.

1 Entiéndase «Piritoo».
2 Léase «Pitias».

REY DE C. Venido
he á Aragón por el socorro
que contra el Alarbe pido
á vuestra alteza, y quisiera
irme luego.
REY DE A. Apercibidos
tengo veinte mil soldados,
y el de Navarra he sabido
que acudirá con diez mil
brevemente.
REY DE C. Pues yo elijo
por alférez general
de aquesta guerra á Aymerico,
que de su larga experiencia
felices sucesos fío.
DUQUE. Beso tus pies, gran señor.
REY DE C. Los dos seremos padrinos:
vuestra alteza, de Armesinda,
y yo, de Violante.
REY DE A. Digo,
que soy contento.
TAM. Y Tamayo
se queda en perpetuo olvido,
sin dalle una sed de agua;
mal dije: una sed de vino.
D. MANR. Pide lo que tú quisieres.
TAM. Pues si lo que quiero pido,
es por mujer á Rosela,
y ser tu caballerizo.
D. MANR. Lo postrero yo lo acepto.
ROS. Yo lo segundo suplico.
ARM. Alto, pues.
TAM. Caballeriza
eres: tu gusto he cumplido.
REY DE A. Venid, condes valerosos,
que dejáis ejemplos vivos,
en que los hombres aprendan
cómo han de ser los amigos.

EL ÁRBOL DEL MEJOR FRUTO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

Clodio.	Cloro.
Melipo.	Lisinio.
Peloro.	Nise y Mingo.
Constantino.	Elena.
Andronio.	Irene.
Maximino.	Ifacio.
Un paje.	Constancio.
Cuatro soldados.	Tres indios.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen con máscaras Clodio, Melipo *y* Peloro, *bandoleros, acuchillando á* Constantino, *de camino, y* Andronio.

Clodio.

Rendíos, caballeros,
que somos cuatrocientos bandoleros.

Melipo.

¿Qué habéis de hacer tan pocos
contra tantos, si no es que venís locos?

Constantino.

Yo no rindo la espada
á quien la cara trae disimulada.
Quien della no hace alarde,
traidor es, y el traidor siempre es cobarde;
que, en fin, entre villanos,
cuando las caras sobran, faltan manos;
y será afrenta doble
que se rinda á quien no conoce un noble;
pues ser traidor intenta
quien descubrir la cara juzga afrenta.

Peloro.

Mataldos, caballeros.

Constantino.

Mal conocéis, villanos, los aceros
que aqueste estoque animan.

Andronio.

Porque no te conocen, no te estiman.
Diles quien eres.

Constantino.

Calla,
cobarde, que es honrar esta canalla
mostrar tenerlos miedo.
Cincuenta somos, y el valor que heredo,
basta.

Andronio.

¡Qué desatino!

Constantino.

Villano, ¿es bien que tema Constantino
á cuatro salteadores,
cuando besan sus pies Emperadores?
¡Mueran los foragidos!

Todos.

¡A ellos!

PELORO.

Pocos son, pero atrevidos.
(Métenlos á cuchilladas.)

CONSTANTINO.

(Dentro.) ¡Ay, Irene querida!
muerto soy.

CLODIO.

Por callar, pierdes la vida.

ANDRONIO.

Romanos, de la muerte
huyamos, que no es cuerdo el que por fuerte
la fortuna provoca,
que la temeridad pierde por loca.
(Salen los bandoleros, sacan á Andronio, *y trae* Clodio *unas cartas y un retrato.)*

CLODIO.

No harás, mientras repares
encubrirte, y quien eres no declares,
este retrato y pliego,
que alimentaba del difunto el fuego.

ANDRONIO.

Ya el callar, ¿qué aprovecha,
fortuna en mis desdichas satisfecha,
si ha de decir la fama
lo que la lengua encubre y el mundo ama?
Al César Constantino
habéis, bárbaros, muerto, y al camino
saliéndole tiranos,
la esperanza quitáis á los romanos
del más noble mancebo
que vió en sus ojos coronado Febo.

PELORO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices?

ANDRONIO.

La yedra de sus años infelices
en cierne habéis cortado,
en túmulo su tálamo trocado
á César con Irene,
por quien la Grecia luz y vida tiene.
Desde Roma venía,
viudo antes que casado: en este día
le llora el tiempo ingrato.
De Irene es el bellísimo retrato
que en aqueste trasunto
amor pintado paga amor difunto.
Huid de la venganza
de un monarca que á todo el mundo alcanza,
que su padre, el augusto,
tiene de procurar con amor justo,
en sabiendo la nueva
que mi desdicha y su rigor le lleva. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS, *menos* CONSTANTINO *y* ANDRONIO.

CLODIO.

¡Cielos! si aquesto es cierto,
todo el imperio ha de vengar el muerto.
¿Pues de qué traza y modo
podemos resistir al mundo todo.
Huyamos, bandoleros,
que no son muros estos montes fieros
para excusar castigos
de tantos y tan fuertes enemigos.

MELIPO.

No nos han conocido
con el disfraz, que nuestra vida ha sido,
y destos desconciertos
no hay que temer, no siendo descubiertos.
Lo mejor es que huyamos,
y los ricos despojos repartamos,
pues con ellos podremos
de la pobreza asegurar extremos.

PELORO.

¡Notable desatino!

UNO.

Corra la voz que es muerto Constantino.

CLODIO.

Murió en este destierro
el César.

OTRO.

Constantino ha sido el muerto.
(Vanse dando voces.)

ESCENA III

CLORO *y* LISINIO, *labradores.*

(Cloro será el mismo que hizo á Constantino.)

LISINIO. La conformidad constante,
Cloro, que quiso algún Dios
hacer que fuese en los dos
de un natural semejante,
de tal suerte me ha inclinado,
que no me hallo sin tí.
¿Qué es lo que haces aquí,
siempre en libros ocupado?
Mira que al tosco sayal
el ser letrado repugna.

CLORO. Desmintiendo á mi fortuna,
Lisinio, mi natural,
aunque en verme te congojas
cuadernos desentrañando,
por árboles voy mirando
libros, pues todos son hojas.
No nací para pastor,
puesto que mi madre sea
natural de aquesta aldea,
porque el oculto valor
que vive dentro en mi pecho,
me inclina, si lo penetras,
á las armas y á las letras;
y aunque estudio sin provecho,
el amor de aquesta gente,
que los Césares romanos
persiguen por ser cristianos;
el verla tan inocente,
tan constante en los trabajos
y en los tormentos tan firme,
han venido á persuadirme
que, no pensamientos bajos,
sino verdades ocultas

amparan su profesión,
y hélos cobrado afición.
LISINIO. No sin causa dificultas
lo mismo que yo resisto
cuando de sus cosas trato.
Su sencillez y recato
amo, pero aquese Cristo
que adoran me hace dudar
y que de su ley me asombre.
CLORO. ¿Por qué?
LISINIO. Anteponer un hombre
á los dioses, ¿no ha de dar
ocasión de que por locos
los juzgue? A un crucificado,
de su nación despreciado,
tenido por Dios de pocos,
y esos pocos, pescadores,
á quien, como simples, pudo
engañar, roto y desnudo:
¿que Augustos, qué Emperadores
de su parte alegar puedes,
que acrediten sus hazañas,
sino barcas, y marañas
de engaños, como de redes?
La ley de nuestros pasados
es de más autoridad,
porque toda novedad
fué dañosa en los estados.
La adoración de los dioses,
por antigua y santa adoro:
déjate de engaños, Cloro.
CLORO. Cuando repugnalla oses,
¿qué importa, Lisinio amigo,
si sus obras celestiales
muestran que son inmortales?
Aunque yo á los dioses sigo,
¿perdieran tantos la vida
con tal gusto, á no saber
que otra mejor ha de ser
para su fe prevenida?
¿hicieran milagros tantos?
¿vencieran tantos tormentos,
siempre humildes y contentos,
á no ser buenos y santos?
¿qué fuego se atreve á ellos?
¿qué mares los anegaron,
aunque millares echaron
con hierro y plomo á sus cuellos?
Los anfiteatros digan
si los tigres y leones,
mansos á sus oraciones,
á sus pies vienen y obligan.
Diga el cuchillo más fuerte
si en ellos tuvo poder:
si es ansi ¿qué pueden ser,
hombres que vencen la muerte?
LISINIO. Encantadores.
CLORO. No creo
que ese atributo les dieras
si en este libro leyeras
lo que yo admirado leo.
LISINIO. No dio el cielo á mi ignorancia
tal ventura, que aprender
haya podido á leer,
aunque soy todo arrogancia.
Mas, ¿qué libro es este?
CLORO. Historia
de mil de aquestos que dieron
sus vidas, y al fin salieron,
aunque muertos, con victoria.
¿Quieres oir algo dél,
y sabrás quien es su Dios?
LISINIO. Di.
CLORO. Sentémonos los dos
debajo deste laurel.

(Siéntanse debajo de un laurel y lee Cloro.)

«Pedro y Andrés, en cruz, con fe divina
un Dios confiesan sólo Omnipotente:
victorioso del mar, triunfa Clemente;
del cuchillo y navajas, Catalina.
Palmas ganan Eulalia con Cristina;
un Laurencio honra á España y un Vicente;
del cordero en la púrpura inocente
Justa se baña, auméntala Rufina.
Sebastián, con las plumas de sus flechas
corónicas al cielo en sangre envía;
salen Diego y Ignacio vencedores.
Leocadia ablanda cárceles estrechas;
cuchillos vence Inés, llamas Lucía.»

(Una voz dentro.)

(Lisinio y Constantino, Emperadores.)

(Cae sobre sus cabezas un ramo de laurel.)

CLORO. ¿Qué es esto?
LISINIO. Son las grandezas
con que el cielo nos sublima:
cayendo el laurel encima,
corona nuestras cabezas.
CLORO. Emperadores nos llama
quien nuestra dicha pregona,
y la ninfa nos corona
que Apolo consagró en rama.
LISINIO. Cloro, ya el cielo se ofende
de nuestro ocio, pues que dél,
cayéndose este laurel
nos despierta y reprehende.
Tu pecho con él anima,
y deja estorbos cobardes.
Basta esta rama, no aguardes
que se caiga un monte encima,
que yo, animado por él,
desde hoy el traje grosero
dejo, porque verdadero
salga este imperial laurel.
Escuadrones de soldados
me ofrece el cielo propicio,
no en el rústico ejercicio
hatos de humilde ganado.
Aquesta es mi inclinacion:
púrpura, á mi ser igual,
reinos dará á mi sayal
y hazañas á mi opinión.
Maxencio en Roma adelanta
su ambición y mis deseos,
y con augustos trofeos
gentes alista y levanta.
Con Constancio tiene guerra,
del mundo competidor;
un Sol y un Emperador
pretende solo la tierra.
Si quieres que militemos
á su sombra, Cloro noble,
y que la encina y el roble

en lauro y palma troquemos,
dejemos montes los dos,
que rústicos animales,
ni cívicas, ni murales
dan coronas, sino Dios.

CLORO. Oye, Lisinio, primero,
pues como el oro en la mina,
una [1] alma escondes divina
dentro de un cuerpo grosero;
que puesto que el pensamiento
que tienes en mí es de estima,
lo que más el pecho anima
es el noble nacimiento.
Déjame saber quién soy,
pues nunca mi ingrata madre
me ha dicho quién es mi padre,
que mi palabra te doy,
ya sea, como imagino,
generoso, ya [2] al sayal
deba el ser y natural,
que este presagio divino
contigo haga verdadero,
sin que peligros sean parte
para que de ti me aparte;
antes, desde ahora quiero
que de cualquiera fortuna
que nuestra dicha prevenga,
igual parte en ella tenga
cada cual, porque sea una.
Si fuere César, serás
César como yo, si Rey,
Rey serás con igual ley,
sin dividirse jamás
por guerra o por otro extremo;
que más puede una amistad,
si es firme, que la hermandad
cruel de Rómulo y Remo.

LISINIO. Eso mismo que me ofreces
cumpliré, Cloro, contigo,
haciendo al cielo testigo,
como á sus deidades, fueres.
Pero no puedo esperarte [3],
que la inclinación me llama,
aplica espuelas la fama,
y abrase mi pecho Marte.
No nos veremos los dos
mientras monarca no sea [4]
del mundo.

CLORO. Su esfera vea [5]
á tus pies.

LISINIO. Adiós.

CLORO. Adiós. (*Vase* Lisinio.)

1 En el ms. de 1621 «un alma». A este mismo códice pertenecen las demás correcciones y variantes que siguen. Lleva el núm. 15.484 de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En ella hay en otro códice (x.907), sólo algunos fragmentos, que también hemos cotejado.

2 En el ms. «ó ya».

3 «aguardarte», y lo mismo en el ms. 3.907.

4 «esta».

5 «vea».

ESCENA IV

CLORO, NISE, *labradora* y MINGO, *villano, con un harnero*

MINGO. ¡Válgame [1] Dios! ¿Por echalle
la cebada os dá molestia?

NISE. ¡Calla, bruto, necio, bestia!

MINGO. Eso sí: apodar y dalle.
Pues no suelo yo ser mudo,
ni vos muy limpia, aunque habláis,
que media azumbre gastáis
de agua en lavar un menudo.

NISE. ¡Yo!... ¿cuándo?

MINGO. El de hoy os avise.

NISE. Tú mientes.

MINGO. ¡Dalle, y gruñir!

CLORO. ¡Que siempre habéis de reñir!
¿Que tienes con Mingo, Nise?

NISE. Aposentóse un doctor
en el meson...

MINGO. ¡Qué! ¿quería
decillo ella? En fin, venía
afligido del calor
y de hambre de la jornada.
Mandónos poner á asar
una gallina, y echar
paja á la mula, y cebada.
Entro luego en la cocina,
y como mal entendí,
la cebada al doctor dí,
y á la mula la gallina:
¡miren qué culpas son éstas!

CLORO. ¿Vióse necedad mayor?

MINGO. ¿Pues no ha llevado al doctor
la cansada mula á cuestas?
¿No es bien que á quien más trabaja
se dé mejor de cenar?
Luego bien hice de dar
al doctor cebada y paja,
y á la mula la gallina.

NISE. ¡Calla, bestia!

MINGO. ¿Pensáis vos
que no sabe de los dos
la mula mas medicina?

ESCENA V

DICHOS y ELENA, *de labradora*

ELENA. ¡Que no ha de haber ocasión
que donde quiera que estáis
ambos á dos, no riñáis!

MINGO. ¿Que quiere? Soy un riñón.

NISE. Mientras este bruto esté
en casa, ¿quién no dará
voces?

ELENA. Éntrate tú allá.

NISE. ¡Para ésta!

MINGO. Jurad la fe;
si es bien que en vuesa fe crea,
no siendo la fe de Dios,
aunque si se añade en vos,
no va mucho de fe á fea. (*Vase* Nise.)

1 «Valgamos».

ESCENA VI

Dichos, menos Nise

ELENA. Cloro, ¿qué haces aquí?
CLORO. Generosos pensamientos
animan atrevimientos
tan poderosos en mí,
que me han obligado, madre,
que, porque los certifique,
aquesta vez te suplique
me digas quién fué mi padre.
Que el ilustre natural
que á mi humildad hace guerra,
me certifica que encierra
este rústico saval
prendas con que esfuerzo cobre
el valor á que se aplica,
sin creer que alma tan rica
procede de un padre pobre.
ELENA. Cloro, si estos pensamientos
los gobernara el juïcio,
que en esta ocasión te falta,
fueran sabios como altivos.
A un pastor, humilde y pobre,
debes el ser abatido,
que no en palacios soberbios
te dió, sino entre cortijos.
Una pajiza cabaña,
que contra el sol, el estío,
y contra el agua, el invierno
sirve de toldo propicio,
es tu casa de solar;
no los pavimentos ricos,
ni los artesones de oro,
asombro del artificio.
¿Qué importa que el arroyuelo,
soberbio cuanto atrevido,
con las lluviosas corrientes
haga competencia al Nilo,
si la tempestad pasada
vuelve al mísero principio,
y después pisar se deja
del animal más sencillo
y pequeño de la tierra,
dando á sus pasos camino?
Nacen á la hormiga avara
alas para su peligro,
pues cuando á Dédalo intenta
imitar, de un pajarillo
es miserable sustento,
sepulcro haciendo su pico.
No es bien que porque la palma
hasta el alcázar lucido
se atreva á subir del sol,
un junco, desvanecido,
quiera competir con ella,
pues de su flaco principio
ignorando el fundamento,
es verdugo de sí mismo.
Cuando te pintes, soberbio,
Rómulo, Alejandro y Ciro,
y la ambición te prometa
coronas y señoríos,
considérate un arroyo,
no profundo caudal roj
un junco, una hormiga vil,
y desharás, convencido,
ruedas de pavón soberbias:
que si la corneja quiso
vestirse plumas hurtadas,
ellas le dieron castigo.
No violentes, ambicioso,
tu natural, si perdido
después llorar no pretendes [1]
juveniles desatinos [2].
Una haza son tus armas,
y en vez del estoque limpio,
la hoz corva, el tosco arado,
veinte ovejas y un novillo.
Estos ejercita, Cloro,
y á Scipiones y Fabricios
deja triunfos y victorias,
pues para pobre has nacido.

(Vase Elena.)

ESCENA VII

CLORO. Rigurosa madre, espera.
¡Ay, cielos! no sé si impíos,
porque en tales desengaños
sepultáis nobles designios.
¿Para qué Elena te llamas,
si siempre este nombre ha sido
blasón de ilustres [3] matronas,
que en tí despreciado miro?
Nunca yo quien soy supiera,
pues la humildad pone grillos
al deseo ya frustrado,
que de un rústico soy hijo.
MINGO. Yo, á lo menos más dichoso
soy, aunque me llamo Mingo,
pues si no mintió mi madre,
diz que me parió en el signo
de Capricornio, y en fe
desto, la comadre dijo
que un sátiro me engendró
y por eso satirizo.

ESCENA VIII

CLODIO, *con las cartas y retrato.* PELORO y MELIPO. *Después,* CLORO y MINGO.

CLODIO. Cuanto más lejos estemos
del Emperador, airado,
cuyo hijo malogrado,
sin conocer, muerto habemos,
más se asegura la vida,
que con tanto riesgo está.
MELIPO. Al romano imperio da
Persia [4] guerra defendida;
en ella no hay que temer,
Clodio, castigo ó venganza.

---

1 Así en el impreso y en el ms. de 1621. En el 3.007 «llorando».

2 «desvarios».

3 «bellas», escrito «nellas»; pero el impreso es mejor.

4 «Grecia».

pues en su reino no alcanza
de Roma todo el poder.
Descansemos por ahora
en esta venta.

CLORO. ¡Ay, de mí,
que tan humilde nací!
¡Que cuando el cielo mejora
con el esfuerzo el valor
de quien ilustrar desea,
Cloro, cielos, Cloro sea
hijo de un pobre pastor!

CLODIO. Labradores, ¿hay posada?

MINGO. ¿Para cuántos?

CLORO. ¡Detenéos,
desvanecidos deseos!

MINGO. No les faltará cebada
que coman, si son doctores,
ni gallinas que les demos
á las mulas.

CLODIO. ¿No tenemos,
á pesar de los temores
con que á costa del cansancio
animan nuestro camino,
presente aquí á Constantino,
hijo del César Constancio?

MELIPO. A no desdecirlo el traje
y saber que queda muerto,
yo lo tuviera por cierto,
sino es que del cielo abaje
á castigar nuestro insulto
disfrazado en el sayal.

CLODIO. ¿No es retrato original?
Sí, que vive en él oculto.
¿No es aquella su cabeza,
sus ojos, su boca y tez?

PELORO. En él quiso retratalle
la sabia naturaleza.
No he visto igual semejanza.

CLODIO. Ahora bien; sea ó no sea
quien mi ventura desea,
si consigue mi esperanza
lo que mi intento procura,
y este hombre, amigos, engaño
hoy con un ardid extraño,
doy alas á mi ventura.

MELIPO. ¿Pues qué pretendes hacer?

CLODIO. Pues que se parece tanto
al difunto, que es encanto,
si no es del cielo poder,
y aquí cartas y retrato
de Irene tengo, intentemos
persuadirle, si podemos
y tiene ingenio y recato,
que se finja Constantino
y se case con Irene.

MELIPO. ¡Extraña traza, si viene
á admitir tal desatino!
Mas ¿cómo un tosco pastor
mudará su grosería
en el trato y policía
de un romano Emperador,
si conforma con su traje
su ingenio?

CLODIO. De un tosco roble
se hace una imagen noble.

PELORO. Siendo bárbaro el lenguaje
que aqueste monte le ha dado,
descubrirá esta traición.

MELIPO. Disfrazóse de león
un bruto torpe, y trocado
en él, bramar cual él quiso,
y dicen que rebuzno,
y en su afrenta, á todos dió
de su atrevimiento aviso:
lo mismo ha de sucedernos
si hacemos tal desvarío.

CLODIO. De su traza y rostro fío
que podemos atrevernos.
Aquellas nobles facciones,
del Príncipe semejanza,
me animan.

MELIPO. Todo lo alcanza
la industria. A mucho te pones;
aunque si con eso sales,
seguro está el interés
y ventura de los tres,
porque á Dédalo te iguales.

CLODIO. Si con Irene se casa
y á ver á Constancio va,
cuando de su hijo está
llorando la suerte escasa,
la similitud extraña
que le iguala á su valor,
burlará al Emperador;
y si dichoso le engaña
y le tiene por su hijo,
¿qué más dicha?

MELIPO. Quedó el muerto
á elección en el desierto
de las fieras. Yo colijo [1]
que ya habrán hecho en él presa.
Si no parece ¿quién duda,
viendo que en este se muda
y el imperio le confiesa
por el propio Constantino,
que su padre ha de creer
ser el mismo?

PELORO. Vendrá á ser
un engaño peregrino.

CLODIO. Ponello en ejecución
falta sólo.

CLORO. ¡Que haya sido
tan bajamente nacido!
¡Ay, loca imaginación!

CLODIO. *(De rodillas)* Danos esos pies augustos,
si merecemos besallos.

CLORO. ¿Qué es esto?

CLODIO. Honra tus vasallos
con premios, señor, tan justos.

CLORO. Señores, si el tosco traje
que traigo, os obliga así
á que hagáis burla de mí,
ninguno me hizo ultraje
que, con honrada venganza
no sirviese de escarmiento
á su necio pensamiento.

CLODIO. Generosa semejanza
del más ilustre heredero
que Roma á su imperio dió

[1] ya colijo;

y la muerte malogró,
si el retrato verdadero,
que autoriza y ennoblece
hoy en tí su original,
no es en tu alma desigual
y á la tuya le parece,
por un extraño camino
ha puesto el cielo en tu mano
la esfera y globo romano
y feliz [1] de Constantino.
Si á tu saber [2] satisfaces
y tu persona eternizas,
de sus augustas cenizas
milagro al mundo renaces.
Constantino, sucesor [3]
de Constancio, partía á Grecia,
que en fe de lo que le precia
Maximino, Emperador
y Monarca del Oriente,
á Irene le había ofrecido,
hija suya, y reducido
el griego lauro á su frente.
Con este retrato y pliego
caminaba Constantino,
cuando saliendo al camino
un escuadrón loco y ciego
de quinientos foragidos,
de repente le asaltaron,
y el Abril verde agostaron
de treinta años no cumplidos.
Por no darse á conocer
dió venganza á sus aceros.
Huyeron los bandoleros,
que vinieron á saber
la calidad del difunto,
temerosos del castigo.
Yo, de su muerte testigo,
tomando aqueste trasunto
de Irene, y cartas, volvía
con las nuevas lastimosas
á su padre; mas, piadosas
las deidades este día,
ofreciéndome tu vista,
quieren en tí consolar
la pérdida y el pesar,
que es imposible resista
Constancio, si á saber viene
que le ha quebrado su espejo
la fortuna, y por ser viejo
la muerte su fin previene.
Tú, pues, dichoso pastor,
que con su imagen heredas
su imperio, para que puedas
dar principio á tu valor,
si quieres en lugar dél
transformarte en Constantino,
el cielo á ofrecerte vino
el siempre augusto laurel.

PELORO. No pierdas esta ventura,
que por lo que interesamos
della, palabra te damos
de hacella los tres segura.

MELIPO. Constantino (que ya quiero
de aqueste modo llamarte)
procura determinarte:
deja ese traje grosero,
que aquí del César traemos
con que serás transformado
original, no traslado.

MINGO. ¿Pullas en casa tenemos?
¡Voto al sol! gente ruin [1],
que si la honda desato,
o [2] doy dos silbos al hato
y hago venir al mastín,
que el dimuño os trajo acá.

CLORO. Basta la burla, señores;
ved que somos labradores,
y no se sufren acá.

CLODIO. Para que la verdad creas,
que por tu dicha te trato,
en este sutil retrato
quiero que tu imagen veas,
y con ella á Constantino,
que al sacro laurel te llama.

PELORO. Al atrevido la fama
ayuda.

CLORO. ¡Cielo divino!
parece que en el cristal
me miro de alguna fuente,
aunque en traje diferente
seda aquí y en mi sayal.
¿Qué hay que recelar, temor,
si el cielo á cumplir empieza
del laurel que en mi cabeza
me gratuló Emperador
el pronóstico divino?
Crédito á mi dicha doy.
Cloro he sido; ya no soy,
sino el César Constantino.
Dadme el retrato de Irene.

CLODIO. Este es.

CLORO. ¡Qué hermosa pintura!
Cifrada aquí la hermosura
todos sus milagros tiene.
Sólo de mis pensamientos,
que ya ejecutallos trato,
puede ser este retrato
dueño hermoso. Atrevimientos,
en vuestras alas sutiles
fundo mi imaginación;
nobles mis intentos son,
si mis principios son viles.
Vamos á Grecia, vasallos,
que aunque este apellido os doy,
vuestro amigo firme soy.
Haced prevenir caballos,
y advertid que si el secreto
deste engaño descubris,
aunque pastor me advertis,
ser Constantino os prometo
en vengarme y castigaros.
Ya el verdadero murió,
y en mi pecho se infundió
su alma. Sabré premiaros,
y castigaros también.

---

1 «y féniz».
2 «suerte».
3 «Emperador»; pero es erfata.

1 «royn».
2 «ó».

Su alma el César me ofrece,
que en quien tanto se parece
por fuerza ha de hallarse bien.
PELORO. ¿Hay mudanza semejante?
MELIPO. ¿Hay más portentoso extremo?
CLODIO. ¡Vive el cielo que le temo!
PELORO. Yo tiemblo en velle delante.
CLORO. ¿Quieres venirte conmigo? *(á* MINGO.)
MINGO. ¿Que por que se pareció
al otro, Cloro salió
Emperador [1]?
CLODIO. Sí, amigo.
MINGO. ¡Que nunca yo me parezca
á nadie!
CLORO. Acaba, grosero.
MINGO. ¿No habrá otro emperadero
por ahí á quien merezca
parecerme?
MELIPO. Sí, á mi jumento,
pues os parecéis los dos.
MINGO. Luego, parézcome á vos.
Ir contigo, Cloro, intento.
CLORO. No soy Cloro desde aquí,
Mingo, sino Constantino.
MINGO. Yo os llamaré así, si atino [2].
Una vez me pareci
á otro: en tiempo cruel,
porque á palos me molieron
de noche, y luego dijeron:
«perdone, que no era él».
CLORO. Dadme el caballo y vestido,
y no pongamos en duda
nuestra suerte, pues ayuda
la fortuna al atrevido.
CLODIO. A mucho nos atrevemos,
y temo...
PELORO. ¿Qué hay que temer?
CLODIO. Que nos vengan á deshacer
aqueste, porque le hacemos. *(Vanse).*

ESCENA IX

MAXIMINO *é* IRENE.

MAX. Ya, Irene, se llegó el día
en que el César sea tu esposo.
IRENE. Si de la inclinación mía
el ánimo belicoso
sabes que mi valor cría,
¿por qué tu rigor le enlaza
en el yugo que embaraza
la libertad y quietud?
Manda tú á mi juventud
que se ejercite en la caza;
que del jabalí protervo
el curso ligero siga
con que mis gustos conservo [4];
que el tigre sagaz persiga
y alcance al tímido ciervo;
que en sus despojos celebre
triunfos, y el venablo quiebre
en el león arrogante,
ya con el noble elefante,
ya con la tímida liebre:
y no me mandes que el gusto
pierda á mi edad el respeto,
que aunque es el tálamo justo,
no sabrá vivir sujeto
mi pecho libre y robusto.
MAX. Si á mi voluntad te allanas,
al César por dueño ganas,
de las romanas esferas.
Anda á caza, en vez de fieras,
de libertades humanas.
IRENE. No es, padre y señor, decente
el estado que me das
al valor que el alma siente.
MAX. Yo sé que mi gusto harás.
(Vase MAXIMINO.)

ESCENA X

IRENE.

La cerviz indomable del toro ata
con las coyundas de su yugo grave
el labrador, y brama, porque sabe
que [1] su preciosa libertad maltrata.
Al pájaro, que en plumas se dilata,
el cazador cautiva del süave
acento enamorado, y llora el ave,
aunque honren su prisión rejas de plata.
No en los jardines la florida yerba
medra del modo que en el monte y prado,
patria y solar de su morada [2] verde.
Dichoso, libertad, el que os conserva,
pues es prisión el solio sublimado
de quien por reinos, vuestro reino pierde.

ESCENA XI

ISACIO, *Duque, é* IRENE. *Luego,* UN PAJE.

ISACIO. Hermosa prima, ¿qué haces
sola, si lo puede estar
quien se precia de llenar,
tiranizando las paces
del amor, como él atados
al carro de sus prisiones
encendidos corazones
con grillos de sus cuidados?
¡Ay, si mereciera yo
que te acordaras de mí!
IRENE. ¡Oh 3, Isacio! como nací
libre, y el cielo me dió
un alma de quien soy dueño,
por no ser prodiga y dalla
á prisión, quiero gozalla.
Pensar que he de amar, es sueño.
Hoy dicen que Constantino
á darme la mano viene

1 «emperadero».
2 «Yo os lo llamaré si atino».
3 «*Salen* MAXIMINO *emperador,* IRENE, *su hija y* ACOMPAÑAMIENTO».
4 Falta este verso en el ms.

1 Falta el «que» en el impreso; pero consta en el códice.
2 «prosapia».
3 En el ms. 3.907, «asiv».

de esposo, como si Irene
al mismo Apolo divino
sujetar imaginase
la preciosa [1] libertad,
que en mí es única deidad,
sin que amor mi pecho abrase.
¡Viven los cielos, que adora
todo el humano poder,
que de Irene no ha de ser,
si no es Irene señora!
Mal mi padre me conoce.

ISACIO. Con eso contento quedo.
Pues yo gozarte no puedo [2],
ninguno, Irene, te goce;
que si tu desdén furioso
á cuantos te aman alcanza,
quedaré sin esperanza,
mas no quedaré quejoso.

IRENE. Verás, cuando el César venga,
retratado en mí el desdén.

ISACIO. Mas vale tratarle [3] bien,
porque tu padre no tenga
ocasión que á la impaciencia
provoque, que es el poder
rayo, y éste suele ser [4]
más daño en más resistencia.
Entretenle con engaños;
ni le trates amorosa,
ni le mires desdeñosa,
hasta que los desengaños
le dispongan poco á poco,
que un repentino rigor
suele aumentar el amor,
pues con furias crece el loco.

IRENE. No dices mal; y á fe, Isacio,
que luce más con su opuesto
el sol á la sombra expuesto.
Desdeñaréle despacio,
y por tu consejo sabio
me guiaré en esta ocasión,
forzando mi inclinación.

ISACIO. Fingiendo no ser agravio,
cuando llegue, encubre enojos;
recíbele agradecida,
ostenta risa fingida,
dale á beber por los ojos
ponzoña sabrosa y lenta,
y engaña á tu padre así.

UN PAJE. Ya llega, señora, aquí
el César.

IRENE. Mi pena aumenta.
Pero ¿sabes qué he pensado?
Que para que me aborrezca
y en verme no se enternezca,
encontrando á amor armado,
pensando hallarle desnudo,
que en el marcial ejercicio
me halle ocupada.

ISACIO. Codicio
el daño que de eso dudo,
porque de aquesta suerte
te ve [1] bella y belicosa:
si te amaba por esposa [2],
ha de adorarte por fuerte.

IRENE. En eso, primo, te engañas:
el amante que es prudente
no busca dama valiente.
Al hombre ilustran hazañas,
y á la mujer, la hermosura,
los regalos, la afición,
la apacible condición,
las lágrimas y blandura.
Tiernos les dieron los nombres,
porque con terneza amasen
y regaladas templasen
la condicion de los hombres;
que el ejercicio marcial
es violento en la mujer,
como en la nieve el arder,
derretirse el pedernal,
y acobardarse el león.
Y la que así no lo hiciere,
es señal que usurpar quiere
la preeminencia al varón.
Yo sé que si Constantino,
en vez de amorosa, armada
me ve, á la guerra inclinada,
que por el mismo camino
que en mi amor tierno se abrasa,
primo, me ha de aborrecer,
porque no pueden caber
dos hombres en una casa.

ISACIO. Tu divina discreción
es igual á tu hermosura.
Que te aborrezca procura:
ejecuta esa invención
en que estriba mi esperanza,
dando alas á mi deseo.

IRENE. Quiero ensayar un torneo.
Sácame, Isacio, una lanza,
mientras la espada me ciño,
para que el César, amante,
de verme armada se espante:
que amor teme, porque es niño.

ISACIO. De las que en esta armería
hay, es esta la mejor.

IRENE. Haz tocar un atambor.

ISACIO. Miedo [3] me das, prima mía.
De la guarda de palacio
hay una aquí.

IRENE. Toque, pues.
Aquesta la entrada es
del torneo. Advierte Isacio...

(Hace la entrada del torneo con gallardía. Tocan chirimías.)

ESCENA XII

DICHOS, CLORO, *vestido de Príncipe*, MELIPO, PELORO, CLODIO, MAXIMINO *y* MINGO.

MAX. Aquí aguarda á vuestra alteza
la Princesa, agradecida

1 «la preciada» en el ms. 3.907.
2 «gozar no te puedo» en id.
3 «tratallo» en el ms. 15.484.
4 «hacer» en id. y en el 3.907.

1 «te halla». También en el ms. 3.907.
2 «si te amaba por hermosa». «Si te ama por hermosa» en el 3.907.
3 «Medio» en el impreso; pero está bien en los mss.

á vuestro amor y venida:
mas ¿qué es esto?

CLORO. A su belleza
añade la fortaleza,
como á mi amor, nuevas alas.
Las armas entre las galas
parecen en ella bien,
porque en ella á un tiempo estén [1]
tierna, Venus; fuerte, Palas.

MAX. Su inclinación belicosa
me asombra. Sepa que estamos
aquí.

CLORO. Eso no. Suspendamos
en su hermosura animosa
la vista y alma dichosa
en este ejercicio un poco.
¡Vive el cielo, que estoy loco!
¡Ay, griega del alma, hermosa!

IRENE. ¿Qué te parece? (á Isacio)

ISACIO. El extremo
de la gracia y la destreza.
Aunque adoro á tu belleza,
tu valor y ánimo temo.

CLORO. ¡Por Júpiter, que me quemo
entre su armado rigor
de inmortal y tierno amor!

MINGO. ¡Válgate Dios por muchacha!
Si eres hembra, ó eres macha:
no casarte es lo mejor.

IRENE. Saca la espada y verás
cuán bien los golpes ensayo.

ISACIO. En tus manos será rayo.
Cinco se dan, y no más.
(*Danse los cinco golpes de espada, tocando dentro.*)

IRENE. Retira ahora [2] el paso atrás.

CLORO. Basta, hechizo desta tierra,
ó cielo que el sol encierra,
que para alcanzar la palma
y rendir, Princesa, un alma,
no es menester tanta guerra.

MAX. Tu esposo es, Irene mía.

IRENE. ¡Oh, gran Señor! ¿Vos aquí?
Ya las armas os rendí.
Mejor el alma diría. (*Ap.*)
¡Qué apacible gallardía!

CLORO. Dichoso, divina Irene,
quien á ver y á gozar viene
tal belleza, tal valor,
pues en vos, Marte y Amor
rayos vibra y llamas tiene.

MELIPO. Clodio, ¿es este aquel villano
que hijo de un monte fué?

CLODIO. Mejor, Melipo, diré
que es Constantino romano.

PELORO. ¿No adviertes que cortesano
la gravedad imperial
representa?

CLODIO. A su sayal
desmiente con la presencia,
que también hay elocuencia
en las almas, natural.

1 «Para que juntas estén» Lo mismo en el 3.907.
2 «Retirate el paso atrás». También en el 3.907.

MINGO. ¡Válgame [1] el diablo por Cloro!
Verá lo que decir sabe.
¡Qué quillotrado [2] está y grave!

CLORO. De suerte, Irene, os adoro,
que á la divina beldad
de ese simulacro rico
esperanzas sacrifico,
sin creer que hay más deidad
que vos, Señora, en el cielo.

IRENE. Y yo, que en veros y habiaros
tengo en poco compararos
al claro señor de Delo:
no adoro yo á Dios ninguno,
sino á vos; y si dichosa
merezco ser vuestra esposa,
no tendré envidia de Juno,
pues en vos tengo presente
de Júpiter el valor.

ISACIO. Bien finge tenelle amor.

IRENE. ¿Va bueno? (á Isacio.)

ISACIO. Divinamente.

CLORO. Si yo, Princesa, lo fuera,
nunca más me transformara:
otros cielos os criara;
otro mundo os ofreciera,
que uno para vos es poco.

IRENE. Si yo pudiera mostrar
la ventaja que en amar
hago á todas...

CLORO. ¡Estoy loco!

IRENE. Ni Cartago honrara á Elisa,
como á Penélope Grecia,
ni Roma honrara á Lucrecia,
ni hubiera en Caria Artemisa.
Pero hipérboles refreno,
pues más que ellos os estimo.
¿No hago buen amante, primo?
(á Isacio)

ISACIO. Bravo.

IRENE. ¿Va bueno?

ISACIO. Rebueno.

CLORO. ¿En fin, me amáis?

IRENE. Como á dueño.

CLORO. Vos sois mi sol.

IRENE. Vos mi esposo.

CLORO. Vivo en vos.

IRENE. Yo en vos reposo.

CLORO. ¿Si me olvidáis?

IRENE. Eso es sueño.

CLORO. En gloria estoy.

IRENE. Mi mal calma.

CLORO. ¡Gran suerte!

IRENE. ¡Bien soberano!

CLORO. Dadme, mi bien, esa mano.

IRENE. Y con ella, esposo, el alma.

ISACIO. (*á Irene.*) ¿La mano, tirana, das?

IRENE. Burléme, jugué y perdí.
No he podido, primo, más.

1 En el ms. 3.907 «¡Valgate».
2 «¡Que aquillotrado» en el 3.907.

ACTO SECUNDO

ESCENA PRIMERA

CONSTANCIO *viejo, Emperador, con luto,* ANDRONIO *y otros,* UN PAJE

AND. En este desierto fué
la tragedia, gran señor,
que provocó su valor.
Aquí muerto le dejé,
y huyendo los foragidos
cuando se certificaron
ser César el que mataron,
temerosos, si atrevidos,
de tu enojo y su castigo.
Llegué á esta pequeña aldea,
que en llantos su amor emplea;
lleve pastores conmigo,
tomé el cadáver difunto,
y habiéndole embalsamado,
le dejé depositado,
partiéndome al mismo punto
á darte la nueva triste
que certifican tus ojos
en sus funestos despojos.

CONST. Muerte con ella me diste.
¡Ay, parca fiera é ingrata!
¿por qué ofendes tu decoro?
¿juventud despojas de oro?
¿vejez reservas de plata?
Vieran mis años prolijos
tu rigor ejecutado
en este padre cansado;
conservárase en sus hijos
mi memoria; y la grandeza,
que ya mi esperanza pierde,
floreciera en Abril verde
su joven naturaleza,
y dieras final Enero
de la vejez que ya lloro.
Cobraste el tributo en oro:
menospreciaste el acero.
Traedme el cuerpo y veré,
mientras llanto le apercibo,
muerto el gusto, el dolor vivo.
Segunda vez le daré
el ser, si el dolor informa,
como el alma, al [1] cuerpo frío
almas [2] llora, el llanto mío
podrá [3] darle vida y forma.

AND. Ya con fúnebre aparato
le traen.

CONST. ¡Ay, cielo!, ¡ay [4], rigor!
cortaste un árbol en flor,
de la belleza retrato;
dejaste un tronco con vida.
¡Elección bárbara y ciega!
huye á quien te llama, y ruega
al que te huye apercibida.
Muriera el César romano
entre armados escuadrones,
dando vida á sus blasones,
ya conquistando al britano,
ó ya oponiéndose al persa,
ganando con pompas reales,
ya cívicas, ya murales,
glorias de fama diversa.
Ya cegando cavas hondas,
ya muros altos midiendo,
porque imitara muriendo
la fama de Epaminondas,
pero ¡entre unos bandoleros,
porque de una misma suerte
den á tu fama la muerte
como á tu vida! ¡Que fieros
te son los hados! ¡que esquiva
la fortuna, que envidio
tu suerte, y no permitió
dejar tu memoria viva!

UN PAJE. El Príncipe Constantino
viene ya.

CONST. Ya sé que viene,
por mi mal, ya sé que tiene
determinado el camino.
Su vista á mis años largos,
infeliz, porque en mi espejo
quebrado mire este viejo
fines de un principio, amargos.
¿Por qué prolijo me adviertes
pena que yo llego á ver?
Mi alma no ha menester
que á pedradas la despiertes.

(Tocan cajas destempladas y trompetas roncas. Salen enlutados un ataúd y banderas negras arrastrando.)

Con otro recibimiento,
hijo, os aguardaba yo:
en túmulo se trocó
vuestra boda y mi contento.
Con vos, el tiempo avariento
pagó el curso acostumbrado
á la muerte, juez airado
que, ya grave, ya ligera,
dando á otros pleitos de espera,
de vos cobra adelantado.
Descubríme el rostro triste,
retrato de lo que fué,
en el mi muerte veré,
si en el mi vida consiste.
Vaso que el licor tuviste
de un alma que ya en su ocaso
se puso y con leve paso
voló á eterno señorío,
bien parece que vacío
no tiene valor el vaso.
¡Qué hermoso que te vi yo!
Pero eres vaso de tierra.
Bañó la vida que encierra
el alma que te informó;
como el baño se acabó,
la tierra te desengaña,
pues de su color te baña,
y el alma de ti se aleja,
como el pastor cuando deja
despoblada la cabaña.

(Suenan chirimías y atabales.)

---

1 «un».
2 «almas».
3 «podré».
4 «son».

Pero ¿qué muestras son estas
de triunfos y glorias reales,
mezclando vivas señales
entre memorias funestas?
¿Yo lágrimas y ellos fiestas?

ESCENA II

DICHOS, CLORO, *del mismo modo que* CONSTANTINO, MAXIMINO, IRENE, ISACIO, MINGO, CLODIO, PELORO Y MELIPO.

CLODIO. Muestra, Cloro, tu valor
aquí, no como pastor,
como el César verdadero
te trata, porque así espero
verte presto Emperador.
CLORO. Clodio, vuestro desatino
hasta ahora os ha engañado;
que soy Cloro habéis pensado,
siendo el César Constantino.
MELIPO. ¿Cómo?
CLORO. Por Jove divino,
si injurias el noble ser
que me vino a engrandecer,
que a costa de vuestas vidas
experimente perdidas
las fuerzas de mi poder.
Si más Cloro me llamáis,
lloraréis vuestro fin hoy.
Constantino el César soy,
y mi padre el que miráis.
PELORO. Melipo, Clodio, ¿escuchais
la arrogancia del villano?
Como le dimos la mano,
por eso nos da del pie.
MINGO. Con más miedo vengo, á fe,
que vergüenza.
MELIPO. ¿Hay tal tirano?
CLORO. Vuestra Sacra Majestad
me dé los pies.
CONST. ¡Cielo santo!
¿qué es esto?
CLORO. Y al bello encanto
desta divina beldad,
los brazos.
CONST. ¡Alma, dejad
sueños, si es que estáis durmiendo!
MAX. Mi fortuna engrandeciendo
ampara el cielo divino,
pues á Irene y Constantino
ha enlazado.
CONST. ¿Qué estoy viendo?
MAX. Dad á Maximino ahora
los brazos, que alegre viene
á ofreceros con Irene
el ave en quien Arabia adora [1].
CONST. Si la desdicha que llora
este trágico suceso,
y tiene el sentido preso
en la cárcel del pesar,
no me ha venido á engañar,
yo estoy soñando sin seso.
Andronia, si estoy despierto,
libra mi imaginación
de tan extraña confusión.
¿Qué es esto?
AND. Señor, lo cierto
es que Constantino muerto
en este bosque quedó.
CONST. Pitágoras afirmó
que las almas que dejaban
un cuerpo, se trasladaban
á otros, y no mintió.
Sí, á creer me determino
lo que alegra mi esperanza,
que el amor, que es semejanza,
apoya este desatino.
El alma de Constantino
buscó un cuerpo semejante
al primero, en que, constante,
sus espíritus reciba,
dándome la imagen viva
del muerto que está delante.
El corazón dividido
en dos mitades agora,
cuando un hijo muerto llora,
vivo un hijo ha recibido.
Luto por el que ha perdido
fuerza el dolor á traer;
fiestas hacen suspender
el pensar que en velle calma:
dos contrarios en un alma
me obligan á suspender.
Pesames tristes recibo
del hijo que muerto veo,
plácemes dan al deseo
contento del mismo vivo.
Lágrimas aquí apercibo,
brazos aquí dar consiento,
y en los extremos que siento,
cuando la verdad ignoro,
en un mismo tiempo lloro
de pesar y de contento.
Si al efecto natural
hago juez en esta prueba
y la sangre siempre lleva
el alma á su original,
con amor y gusto igual
por entrambos dos suspira:
este fuerza, estotro tira
el corazón á sus brazos,
y hecha entre los dos pedazos
dividiéndose se admira.
¿Vióse jamás tal portento,
juntos los bienes y males,
y por una causa iguales
la tristeza y el contento,
perplejo el entendimiento,
la voluntad sin saber
lo que en tal caso ha de hacer,
y que en un mismo lugar
den lágrimas de pesar
las lágrimas del placer?
Ahora bien; la semejanza
que tal vez naturaleza
en fe de su sutileza
forma para su alabanza,
de tan extraña mudanza

---

1 En el ms. «el Ave que Arabia adora», pero es evidente que Tiaxo escribió «el ave en que Arabia adora», ó «el ave que Arabia adora», esto es, el ave fenix.

MAX. En ellos gano
dichas que callar conviene.
IRENE. Si tan buen suceso tiene
tu desgracia, esposo mio,
ya de tus venturas fio
triunfos con que al mundo asombres
para que todos los hombres [1]
dilaten tu señorio.
CLORO. Para coronar tu frente
la esfera del Sol quisiera
heredar, porque en tu esfera [2]
te adore y todo el Oriente
CONST. Magencio intenta al presente
arrogante y rebelado
contra el imperio sagrado,
gozar el lauro de Roma.
Cesar eres, monstruos doma
que la ambicion ha sacado.
Lleva todas mis legiones [4];
por su señor te obedezcan.
Cerca á Roma, y permanezcan
en sus muros tus pendones.
Empieza á ganar blasones
que te den nombre divino.
CLORO. A eso, señor, me inclino.
CONST. Diga el aplauso feliz.
Viva Elena, Emperatriz.
TODOS. ¡Viva Elena, Emperatriz!
CONST. ¡Viva el Cesar Constantino!
TODOS. ¡Viva el Cesar Constantino!

(*Vanse con música*)

ESCENA IV

LISINIO, *de Capitán, con jineta* SOLDADOS.

LISINIO.

A Constancio [5], de la patria amigo,
defendiendo contra el bárbaro Magencio;
el hijo de Constancio, mi [6] enemigo,
por legítimo Cesar reverencio.
Siga al tirano [7] Roma, que yo sigo
á quien gobierna al mundo, y al silencio
de la lengua remito en noble alarde
las obras, no palabras de cobarde.

SOLDADO 1.°

Valeroso Lisinio, tus hazañas
te han dado justamente la jineta,
que en la tirana sangre honras y bañas,
digna que nuevas honras [8] te prometa.
Pastor fuiste, entre rusticas montañas
criado, si un laurel fue tu profeta
y el Imperio te ofrece, como dices,
tiempo es de que te ilustres y eternices.
Constancio, Emperador, á Roma viene
contra Magencio, y el amor divino,
que acreditadas sus victorias tiene,
al heroico renombre abre camino.
Casado con la griega y bella Irene
le sigue el invencible Constantino.
Si tu pecho [2] y hazañas reconoce [3],
tu fama hará que su privanza goce [4].

SOLDADO 2.°

Vámosle á dar, Lisinio valeroso,
la obediencia debida que le ofreces;
como sea [5] de tu pecho obsequioso
el premio que en su efecto mereces.

SOLDADO 1.°

Constantino [6], agradecido y generoso,
si en tus victorias como en dicha crece,
de tu lealtad ofrecerá á tu fama
coronas de laurel, de roble y grama.

SOLDADO 2.°

¡Muera Magencio, capitán romano!
¡Constantino y Constancio, eternos vivan!

LISINIO.

Vámosle á ver, y sellare en [7] su mano
labios leales, que su amor reciban.
Amparese entre muros el tirano,
que celebres hazañas los derriban.
Siga es Augusto el excelso y romano [8]
Constantino, y en él honras estriban.
A Constantino mi valor inclino.

TODOS.

¡Viva Constancio! ¡Viva Constantino! (*Vanse*)

ESCENA V

ELENA, IRENE, CONSTANTINO, ISAURO y *soldados*. CONSTANTINO *aparece sentado en medio de* ELENA *é* IRENE

CLORO. Este es el Babel del mundo,
que encerrando siete riscos
entre agujas y obeliscos,
no reconoce segundo.
Roma es esta, en fin; extremo
de la Real ostentacion,
lastimosa emulacion
de los dos, Rómulo y Remo.
Y siendo Imperial cabeza
de cuanto mira el aurora,
si os tiene á vos por autora [9],
honrando en vuestra cabeza
el laurel que ya os previene
¿quién duda que en mas estime
desde hoy su Imperio sublime,
pues le honran los pies de Irene?

---

1 «tus»
2 «si tu esfuerzo»
3 «reconoces»
4 «goces»
5 «conozca»
6 «Constancio»
7 «Sellará su»
8 Faltan este verso y el siguiente en el ms
9 «señora», que es la verdadera lección

IRENE. Veaos yo su Emperador,
vencido el loco Magencio,
que yo solo reverencio,
Constantino, vuestro amor,
sin que del laurel los lazos
deseo á mi gusto dén,
mientras en mi cuello estén
coronando tus brazos.

ELENA. Ocasion hay en que puedas
mostrar que heredas, romano,
las hazañas de tu hermano,
como el Imperio le heredas.
Constantino el Magno, el Grande,
todo el Imperio te llama;
grandes hazañas la fama
te pide para que ande
el valor con el blason
igual, la ocasion te obliga
á que el nombre no desdiga
de tus hechos y opinion:
Magencio, en Roma seguro
se ampara, y triunfa ya él,
que no corona el laurel
á quien no corona el muro
de victoriosas banderas
que planten manos gallardas.
A su vista estas ¿qué aguardas?;
Roma es aquesta, ¿qué esperas?
Conquístela tu valor,
que en Roma tu Imperio fundo
no serás señor del mundo,
si en Roma no eres señor.
Mientras con triunfo solene
en Roma tu nombre afames [1],
ni de Elena hijo te llames,
ni ilustre esposo de Irene.

CLORO. Que eres mi madre negara
y la sangre que te debo,
si con ánimo tan nuevo
tu valor no me obligara.
Hoy, madre, verás que dél
soy legítimo heredero:
morirá el tirano hero,
que si es cobarde, es cruel [2],
que ensangrentando sus manos
en inocentes se infama,
la que Magencio derrama
de los humildes cristianos
anima mi corazon
á que vengallos intente.
No sé que tiene esta gente,
que me roba el corazon.
Cosas en ellas he visto
de mas que humano poder.
A Magencio he de vencer
con la ayuda de su Cristo.

IRENE. ¿Qué dices? ¿A un hombre alabas
muerto en cruz, y en él esperas?
¿A los dioses vituperas
cuando de imperar acabas?
¿A un ajusticiado estimas,
que en un pesebre nació,
á Egipto de un Rey huyó,
y con su favor te animas,
cuando en un tosco madero
no se pudo á sí librar?
Dioses en quien esperar
tiene tu imperial acero;
Júpiter rayos tu mina,
que cíclopes sicilianos
forjados dan á sus manos
llenos de furia divina.
Marte, en sangre humana tinto,
contra tu eleccion se enoja,
y lanzas de fuego arroja
reinando en el cielo quinto.
¿No hay una Palas que invoques,
un Apolo, cuyas flechas,
Pitones, sierpes deshechas,
á darte favor provoques?
¿A un hombre muerto y desnudo
pides que te ayude?

CLORO. Espera.

IRENE. Quien habla desa manera,
mal tener esfuerzo pudo.
Haz con él en Roma alarde
del triunfo que darte intenta,
y quien los dioses afrenta
nunca ser mi esposo aguarde. *(Vase.)*

ESCENA VI

Dichos, menos Irene. Después, Cristianos.

CLORO. ¿Hay caso más peregrino?
Escucha, espera, mi bien,
que me abrasa tu desdén,
bella Irene.
(Dentro una voz.)
¡Constantino!

CLORO. ¡Cielo! ¿Quien me llama ansí? [1]
(Voz dentro.)
¡Constantino!

CLORO. Dulce voz,
que con discurso veloz
triunfas amorosa en mí;
¿qué me quieres?

VOZ. ¡Constantino!

CLORO. Ya te escucho y reverencio.

VOZ. Hoy vencerás á Magencio
si el estandarte divino
llevas, que al cielo [2] da luz,
y es símbolo de la fe.

CLORO. ¿Con que señal venceré?
(Cantan dentro.)
(Con la señal de la Cruz.)

ELENA. ¿Hay música más suave?

CLORO. ¿Hay cosa más celestial?
Pues me das esta señal,
el mismo cielo te alabe.
A mis tinieblas des luz,
pues en ti he de merecer
triunfar en Roma y vencer.
(Cantan dentro.)
(Por la señal de la Cruz.)
(Pasa por el aire una cruz, suena música y dice Cloro arrodillándose.)

---

1 «infames»; pero es errata.
2 «el laurel».

1 Faltan en el ms. este verso y los seis siguientes.
2 Así en el ms.; en el impreso «á Apolo».

Si por esa señal venzo,
¿qué es lo que temo [1], cobarde?
Haga aquí mi esfuerzo alarde:
que [2] hoy á adorarte comienzo.

ELENA. Hijo, el cielo es en tu ayuda.
Por la señal vencerás
de la Cruz: no esperes más.

CLORO. Al arma, confusa duda.

(Entran algunos cristianos en escena.)

¿Qué es esto?

CRIST. 1.° Danos los pies.

CLORO. ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

CRIST. 1.° Cristianos, que sólo en ti
esperan, señor, después
que Magencio, vil tirano
de Roma, donde se encierra,
conjurado nos destierra,
porque con nombre cristiano
ilustrados nos ha visto.

CLORO. Basta ese divino nombre
para que el mundo se asombre.
Yo también adoro á Cristo.
Seguid en su nombre santo
mis banderas: suyo soy:
por él he de vencer hoy
y dar á Magencio espanto.

CRIST. 1.° Todos los que aquí venimos,
en su nombre te ofrecemos
que al tirano venceremos,
y en este papel pusimos
nuestras firmas de ofrecerte
diez cabezas cada uno
de los contrarios.

CRIST. 2.° Ninguno
teme, gran señor, la muerte.

CLORO. ¡Oh, valor, sólo cristiano!
De quien sois, dáis testimonio.
General eres, Andronio;
mi estandarte, honre tu mano:
deja Águilas Imperiales,
que idólatras prendas son,
la Cruz en su lugar pon,
pues vencen estas señales.

ANDR. Yo no puedo [3] derogar
la antigüedad [4] del Imperio,
ni con ese vituperio
á Júpiter provocar.
Suyas las Águilas son
que Roma ilustre enarbola.
Con esta bandera sola
daré nombre á mi opinión
volando hasta las estrellas:
otro á honrar la Cruz comience,
y veremos hoy quien vence,
ella, ó mis Águilas bellas. *(Vase.)*

CRIST. 1.° ¡Oh, bárbaro! yo me encargo
de alcanzar del mismo Marte
victoria, si el estandarte
de la Cruz está á mi cargo.

CLORO. Llévala, pues; saca á luz
de Dios en ella el poder,
que á Magencio he de vencer
por la señal de la Cruz.

(Vanse los Cristianos.)

ESCENA VII

CLORO, LISINIO, ELENA, ISACIO y *Soldados*

LISINIO. Gran señor, ¡válgame el cielo! *(Ap.)*
¿no tengo á Cloro delante?

CLORO. ¡Cielo! si no es que me espante *(Ap.)*
lo que mirando recelo.
¿No es este Lisinio?

LISINIO. Él es; *(Ap.)*
¿pero tan presto un pastor
puede ser Emperador?

CLORO. ¿Qué quieres?

LISINIO. Dame esos pies,
y en tus banderas recibe
un Capitán que se inclina
á tu fama peregrina,
y animoso te apercibe
á Roma, donde has de entrar,
á pesar de su tirano,
hoy con triunfo soberano.

CLORO. Lisinio es: ¿qué hay que dudar? *(Ap.)*

LISINIO. Cloro es éste, ó estoy loco. *(Ap.)*

CLORO. La verdad he de saber. *(Ap.)*
No sabe Lisinio leer;
así su esfuerzo provoco.
Yo estimo vuestro valor: *(A Lisinio.)*
por mi Capitán os nombro.

LISINIO. ¡Cielos! ¿Quién vió tal asombro?

CLORO. Y porque podáis mejor
con hechos extraordinarios
vencer la envidia y olvido,
ahora me han prometido
de los bárbaros contrarios
darme cuarenta cabezas
cuatro soldados valientes.
Si á sus hechos excelentes
comparáis vuestras grandezas,
en este papel firmados
sus nobles nombres están:
imitaldos, Capitán,
pues lo sois, y ellos soldados.
Firmad aquí.

LISINIO. ¡Vive el cielo! *(Ap.)*
que es Cloro, y me ha conocido.
Nunca á leer he aprendido:
mi afrenta noble recelo.
Decir que leer no sé,
es decir que no soy hombre:
pues ¿de qué suerte mi nombre
aquí, cielos, firmaré?

CLORO. ¿Que dudáis?

LISINIO. De firmar dudo,
porque no es bien que presuma
que firme hazañas la pluma,
sino el acero desnudo.
Cien cabezas de enemigos
ofreceré á tu laurel:
las piezas deste papel *(Rámpele.)*
sean de aquesto testigos,
y la que tengo en la cinta

---

1 «esperos».
2 Falta el «que» en el impreso; pero consta en el manuscrito.
3 «pienso».
4 «majestad».

cumplirán aquesa suma,
siendo mi espada la pluma
y siendo sangre la tinta.
Por eso rompo las firmas
de todos, porque yo sólo
he de cumplir por Apolo
su promesa. *(Vase.)*

CLORO. Bien confirmas
tu valor y atrevimiento
digno de Lisinio fiel.
El es; no mintió el laurel:
yo cumpliré el juramento.
César ha de ser conmigo;
que así cumple mi valor
palabras de Emperador
y premia un heroico amigo.
¡Al arma, nobles romanos!
¡triunfad de Roma, valientes!
Coronas ciñan las frentes,
que os rindan estos tiranos.
Salga vuestro esfuerzo á luz.

TODOS. ¡Arma! ¡arma!

CLORO. Roma ha de ver
que sabe la fe vencer
por la señal de la cruz. *(Vanse todos.)*

ESCENA VIII

Dase la batalla. Durante ella aparece MINGO *con casco y rodela, á lo gracioso. Van saliendo sucesivamente* SOLDADOS *durante la escena.*

MINGO. ¡Ea! aquí. Mingo es soldado [1]
sin haber tenido potra;
ni estar quebrado quillotra
el miedo con que yo armado.
¿Mas que tiene de llover
esta fiesta sobre mí?
Del escuadrón me escurrí:
¿dónde me podré esconder?
(Dentro.)
(¡Al arma! ¡al arma!)

MINGO. La grita
que anima á otros y alborota,
me va helando cada gota
de sangre, ¡oh, mi paz bendita!
¡Cuánto mejor me estuviera
yo agora junto al hogar,
viendo la sarten chillar!
(Salen los soldados con espadas desnudas.)

SOLD. 1.° ¡Viva Constantino!

SOLD. 2.° ¡Muera!

MINGO. Si estos encuentran conmigo,
y preguntan de quien soy
¿qué diré? ¡Al infierno doy
la guerra!

SOLD. 1.° ¿Quién va allá?

MINGO. Amigo.

SOLD. 1.° ¿Quién vive?

MINGO. Magencio viva
por siempre jamás, amén.

SOLD. 1.° ¡Ah, traidor! *(Dándole.)*

MINGO. ¿No dije bien?
Aquí me han de volver criba
¡que no pueda acertar yo
en cosa alguna!

SOLD. 1.° Villano,
viva el César soberano
Constantino.

MINGO. ¿Por qué no?
Viva más que una madrastra:
siempre su campo seguí.

SOLD. 1.° Pues dilo, cobarde, así. *(Vanse.)*

MINGO. Mi muerte el cordel arrastra.
¡Ay, cuál tengo las costillas!
(Salen otros dos soldados.)
Otros vienen; ¿de qué parte
serán?

SOLD. 3.° Hoy ayuda Marte
con divinas maravillas
á Magencio.

SOLD. 4.° El cielo ordena
dalle el laurel que apercibe.

SOLD. 3.° ¿Quién va?

MINGO. Ya no voy.

SOLD. 3.° ¿Quién vive?

MINGO. ¡Dios me la depare buena!
Estos son de Constantino. *(Aparte.)*
Constantino, Emperador,
viva más que un tundidor.

SOLD. 3.° ¡Oh, perro! *(Dándole.)*

MINGO. Nunca adivino.
Téngase, seor soldado,
la espada, que reverencio....

SOLD. 3.° Pues ¿quién vive?

MINGO. ¿Quién? Magencio,
que es el hombre más honrado
que el licor de Baco bebe.

SOLD. 3.° ¿De Constantino sois vos?

MINGO. ¿Yo?

SOLD. 3.° Sí.

MINGO. Mas que plegue á Dios,
señor, que el diablo le lleve.

SOLD. 3.° El combate anda encendido,
á la batalla acudamos. *(Vanse.)*

MINGO. Buenos, costillas andamos.
¡Gentil adivino he sido!
(Salen otros dos soldados.)
Otros salen: ¿qué diré?

SOLD. 1.° Los caballos nos han muerto.

SOLD. 2.° ¿Quién va?

MINGO. Si esta vez no acierto,
volaréis, alma, á la fe.

SOLD. 2.° ¿Quién vive?

MINGO. Todo viviente.
Vive un perro, un elefante;
vive un cuñado, un amante;
vive....

SOLD. 2.° Mátale.

MINGO. Detente.

SOLD. 2.° ¿Quién vive de aquestos dos,
ó Magencio ó Constantino?

MINGO. Viven ambos, si convino
con la bendición de Dios.

SOLD. 1.° Dale, que aqueste es neutral. *(Dale.)*

MINGO. ¡Ah, señores!

SOLD. 1.° ¡Oh, villano!
(Vanse los soldados.)

MINGO. Malo soy para gitano,
¿Vió el mundo desdicha igual?

---

1 «He aquí á Mingo que es soldado».

Si vuelvo por Constantino,
con los de Magencio doy;
si digo que el viva, estoy
con estotro; si me inclino
á entrambos, también me pegan.
Amparadme, cueva, vos,
que ya vienen otros dos,
y han de acabarme si llegan.
Si de aquí vengo á escapar
con vida, y pasa la guerra,
he de poner en mi tierra
escuela de adivinar.

(Entrase en la cueva.)

ESCENA IX

Mingo en la cueva, y Lisinio con dos ó tres cabezas, un estandarte y una espada.

LISINIO. Con estas cabezas tengo
cincuenta, y le prometí
ciento á Constantino. Aquí,
mientras á cumplillas vengo,
guardádmelas, cueva, vos:
por las demás volveré.

(Échalas dentro de la cueva, y da con ellas á Mingo.)

MINGO. ¡Ay, que me ha muerto!
LISINIO. ¿No fué
voz humana aquesta?
MINGO. ¡Ay, Dios!
¡que aunque me esconda y encueve
no ha de faltar quien me asombre!
¡ay, de mí!
LISINIO. ¿Quién eres, hombre?
MINGO. Soy el demonio que os lleve.
LISINIO. ¿Quién eres?
MINGO. ¡Qué malas trazas [1]
hoy me persiguen!
LISINIO. ¿Quién eres?
MINGO. Un hombre solo ¿qué quieres [2]?
que hoy has muerto á cabezadas.
LISINIO. ¿Es Mingo?
MINGO. ¿Quién diablo os dijo
mi nombre?
LISINIO. Lisinio soy.
MINGO. Mas.... no.... nada.... Tal estoy
que no os conozco. Colijo
que sois Lisinio el pastor.
LISINIO. Y de César, capitán.
MINGO. ¿Vestido de tafetán?
Mas, si es Cloro, Emperador,
¿de qué me admiro y espanto?
LISINIO. ¡Ah, cobarde!
MINGO. Esto confuso,
y al fin soy valiente al uso:
todo aquesto es por encanto.
LISINIO. No temas; vente conmigo,
que Constantino venció.
MINGO. Mas ¡arre allá!
LISINIO. Ya quedó
muerto el tirano enemigo.
MINGO. El parabién le vó á dar.
LISINIO. ¡Buen valor en ti se emplea!
MINGO. Pondré, si llego á mi aldea,
escuela de adivinar. *(Vanse los dos.)*

ESCENA X

Salen Constancio, Cloro, Elena, Irene y Soldados.

CLORO. Yo, cruz divina, os prometo
buscar en vos nuestro bien,
y dentro en Jerusalén,
aunque os encubra el secreto
de [illegible] atrió [1] hebreo,
no descansa hasta hallaros,
y desde hoy eternizaros [2]
por el más noble trofeo
que conserva la memoria.
Solo al soberano Dios,
que fué [3] sacrificio en vos,
atribuyo esta victoria.
IRENE. ¡Ingrato á los dioses pagas
la ventura que hoy te han dado!
Un hombre crucificado,
por más que le satisfagas,
no pudo victoria darte;
Júpiter sí, que es Dios solo
con sus rayos de oro, Apolo,
y con sus rigores, Marte.
No busques prendas infames
de un patíbulo afrentoso,
o deja de ser mi esposo,
y tuya más no me llames.
ELENA. Hijo, Cristo es el Eterno;
quien no le adora se ofusca,
la cruz soberana busca,
noble asombro de infierno:
vamos á Jerusalén.
IRENE. Si niegas la adoración
de los dioses, la [4] afición
mientes [5], no me quieres bien.
ELENA. Por Dios se ha de dejar todo.
IRENE. No imagines que he de amarte,
si á Apolo dejas y á Marte.
ELENA. Paga con heroico modo
aquesta victoria á Cristo.
Busca su cruz soberana.
IRENE. No sigas la ley cristiana,
que firme ves que resisto.
ELENA. Ingrato eres si la dejas.
IRENE. A mi amor eres ingrato
si la sigues. Poblar trato
el aire de justas quejas,
si menosprecias mi amor
por un madero insensible.
CLORO. ¿Vióse aprieto más terrible?
¿Vióse confusión mayor?
IRENE. Yo sé que me antepondrás
á Cristo, si bien me quieres.
ELENA. Augusto por la cruz eres,
¿por qué á buscarla no vas?

---

1 «hadas».
2 «un hombre ó lo que quisieres».

1 «y».
2 «entronizaros».
3 «fué el».
4 «tu».
5 «mintió».

CRISP. ¿Qué haré en duda tan esquiva,
que tan perplejo me tiene?
Aunque [illegible], estoy á Irene
mas á Irene importa? (Suena.)
Suena otra vez la bocina.

IRENE. Oprimen de Emperadores,
que á leyes de tus mayores
quieren [illegible] cautivo, dejar
No esperes que el vil respeto
de tu [illegible] ofenda,
ya es Irene tu enemiga;
y corte que á ti te opone,
en ella un amor tocado,
que vuelto en [illegible] ser
de un [illegible] que de poder
de Dios sea cruz [illegible]. (Vase.)

CRISP. Espera, espera, escucha,
muda el bárbaro consejo
mas, si por esta cruz [illegible]
en que muerto Dios, ¿qué importa?

ESCENA XI

Dichos, menos Irene. Aparece Asdrubal atravesado por una lanza, y empuñando la bandera de las águilas.

ASDR. Las Águilas imperiales
en que [illegible] triunfante
las [illegible] con [illegible] fe,
puesta á tus plantas reales
Heredo de tu suerte estos,
que [illegible] pues vano,
no [illegible]
que [illegible] desde hoy,
Pereza [illegible]
[illegible]
en [illegible]
Constantino, [illegible] (Vase.)

ESCENA XII

Dichos y [illegible] con la bandera de la cruz.

CRISP. El estandarte [illegible]
que [illegible] en [illegible]
[illegible]
hasta [illegible]
A [illegible]
[illegible]
pues [illegible] destruye.

CRISP. ¡Oh, [illegible]!
[illegible]
Pasen [illegible],
[illegible],
los pies de un Emperador:
[illegible]
[illegible] amparo;
[illegible]
y [illegible]
Leyes [illegible], aunque le estorbe
[illegible]
es [illegible]
desde aquí por todo el orbe.

ESCENA XIII

Dichos. Sale Lisinio con el estandarte y cabeza de Maximo.

LISINIO. Con cabezas prometí
de los enemigos darte
[illegible] á este estandarte
vale, que te ofrezco aquí;
cinco [illegible] te [illegible],
con que cumplo mi promesa.

MAXIM. Y la mía en esta empresa
te presento, que á [illegible] que hoy,
según son tus cabezadas
que le han dado, son tus cuentas,
que van [illegible] de trescientas
Son tus guerras [illegible]:
á mi [illegible] he de tornarme.

CRISP. Lisinio, de tu valor
has dado muestra mayor
que imaginé. A presentarme
vienes hazañas, que intento
premiar. Pues que las trujiste,
tu juramento cumpliste
cumpliré mi juramento.
La [illegible] de darte
[illegible], [illegible] suerte
que [illegible]. Hoy has de verte
Augusto [illegible] la parte
que justamente te toca
Vuelve, Lisinio, es
César.

LISINIO. Deja que en tus pies
sello, gran señor, [illegible] boca

CRISP. Pero [illegible] de [illegible] primero
dos cosas.

LISINIO. Si dellas gastas,
claro está que serán justas.
Di [illegible]

CRISP. Que jures, quiero
no perseguir los cristianos,
[illegible] y querellas,
pues [illegible] se deshacen ellos.

LISINIO. Yo [illegible] en tus manos.

CRISP. Has de [illegible] segundo,
no [illegible] jamás
contra [illegible].

LISINIO. No me verás,
aunque se [illegible] el mundo.
con falso y villano trato
[illegible],
hacerte [illegible],
que es [illegible] grato.
Vuelve, vuelve, gran señor,
en tus imperiales manos.

CRISP. ¡Viva [illegible], [illegible]!

TODOS. Viva [illegible]!

CRISP. Alza [illegible], madre y señora,
ver [illegible] á buscar
la cruz que [illegible] de entronizar
[illegible] el [illegible].
Prevenga [illegible]
trofeos á la Cruz divina.

1 *el [illegible]*
2 *de [illegible]*
3 *[illegible]*
4 *que [illegible]*
5 *[illegible]*

ELENA. Dios tu corazón inclina.
Monarca cristiano, ven.
MISCO. Yo y toda tus pasos sigo
Cristiano, aunque aporreado,
soy desde hoy, viejo soldado.
La guerra y grupes maldigo.
CLODO. Bautizará á Constantino
de Roma el sacro Pastor,
MISCO. Y á mí y todos, aunque mejor
me bautizará con vino.
CLODO. El madero soberano
busquemos, que amar me obliga
su vena, y el campo diga:
Lignum, Cesar romano.
TODOS. ¡Lignum, Cesar romano!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

IRENE é ISACIO.

IRENE.

¿A un villano, á un Lignum la corona
de Roma? Mas ¿qué mucho, si es villano,
que autorice su misma semejanza?
El Monarca romano
los dioses deja, y bárbaro pregona
á Cristo, del hebreo la venganza.
No verá su esperanza.
Constantino, cumplida
mientras á Irene el alma deje vida.—
Isacio, ya el amor se ha convertido
en aborrecimiento, en odio fiero.
¡Pluguiera á Dios, y más le amara Irene,
que cautivo mi gusto
un alarbe cruel, y que querida,
me aborrezca y desprecie! No conviene
que con triunfo solene
por Cesar se corteja
Roma, si que la ley de Cristo siga.

ISACIO.

Muerto Constancio, y con la viuda Elena
partió á Jerusalen, supersticioso,
á buscar el madero, que castigo
dio á un hombre sediciosо,
puesta y dedicada pena
de un hombre que á su patria fue enemigo.

IRENE.

Búsquela, que el amigo
en odio se convierte
el amor, que aspirando va á su muerte.
Isacio, de tu amor y voz constante
obligada pretendo, en premio justo,
darte en alma rendida con la mano,
y dar muerte al Augusto,
que ciego y gran tirano,
los dioses niega, en nombre honra cristiano.

ISACIO.

Por bien tan soberano
cualquier traición, cualquier
á Constantino á Jupiter y á Apolo

IRENE.

El sitio es éste que el gobierno goza
de Roma, mientras hala Constantino
la cruz que estima y su valor infama.

ISACIO.

Si halláramos camino,
pues nuestra ley destroza
el loco Emperador que á Cristo llama,
para engañar á este hombre,
Roma me diera de su Imperio el nombre.
Luego que, si contra el fiero se conspira,
se asista esposa, le darás la mano,
que tu hermosura mas que aquesto alcanza,
y el bárbaro villano,
si en tu beldad se mira,
rendirá su lealtad á su esperanza,
y dándonos venganza,
matando á Constantino,
serás mi esposa

IRENE.

¡Ingenio peregrino!
Apruebo tu consejo. Este, atrevido,
por sus hazañas, con valor extraño,
alcanzó el trono augusto y opulento:
y con amor le engaño,
viera Roma cumplido
mi nuevo amor y justo pensamiento,
y el matador muerto
pagara su delito.

IRENE.

El viene.

ISACIO.

Mi venganza solicito.

ESCENA II

DICHOS y LICINIO.

LICINIO. ¿Oyó Mucho á Constantino debo.
Emperador soy por él:
con glorioso presagio el laurel,
propicio á mis deshas Febo;
pero esto de compañía
remanga me da tristeza.
Sólo pide una cabeza
el nombre de monarquía.
Luego, no sere Monarca
mientras que reinemos dos.
Un Sol solo, siendo Dios,
la esfera de cielo abarca,
un planeta sólo tiene
cada cielo, y es mayor
que la tierra.

IRENE. ¡Gran señor!

LICINIO. ¡Oh, hermosa y divina Irene!

IRENE. ¿De qué viene pensativo
vuestra Alteza?

LICINIO. El gobernar
siempre tiene el pesar,
por ser su peso excesivo.

---

1 Debe de el tu [illegible] pero debe de ser equivocación
2 Licinio emperador

Hame puesto mi ventura
en lo que no sé si acierto,
pero luego me divierto
en viendo vuestra hermosura.
Y ojalá que Constantino
su posesión no gozara,
que, nuevo Icaro, volara
a vuestro cielo divino,
puesto que a su imitación
soberbio como él cayera,
pues muriendo, al fin pudiera
honrar mi imaginación.

IRENE. La que yo, Lisinio, tengo
al presente, es olvidar
á quien pretende injuriar
la ley que a defender vengo;
que el culto que reverencio
de los dioses, han trocado
en odio mi amor pasado.
Venció el César a Magencio
con el favor soberano
de Júpiter, y en su ofensa,
Constantino ensalzar piensa
la ley y nombre cristiano.
Y mal por dueño tendrá
mi alma al que en desacato
del cielo, es á Jove ingrato;
pues conmigo lo será
quien a despreciarlos viene;
y así, aquel que los vengare
y a Constantino matare,
vendrá a ser dueño de Irene.
Si no es encarecimiento
el amor que me mostrais,
y imperar sólo intentais
(que lo demás es tormento)
vengad este vituperio,
siendo desta causa juez,
y ganaréis de una vez
mi voluntad y el Imperio.
¿Qué dices?

LISINIO. Que dificulto
tan ardua empresa.

ISACIO. El amparo
de los dioses está claro
por vos, si en fé de su culto,
castigáis este tirano.
El reinar sin compañía
es la mayor monarquía.
Mi prima os dará la mano
y la posesión de Oriente,
si nuestra fe defendéis.

LISINIO. Grande premio me ofrecéis,
gran peligro es el presente;
pero de dos grandes cosas
se ha de escoger la mayor.
El Imperio y vuestro amor
hazañas dificultosas
merecen, mas pues escucho
el bien a que me provoco,
nunca mucho costó poco:
si mucho pedís, dáis mucho.
Jure al César Constantino
no perseguir los cristianos,
ni con intentos tiranos
abrir ingrato camino
contra él, de traición ni guerra:
mas de los dioses el celo
pueden más, pues en el cielo
reinan, cuando él en la tierra.
No puedo yo ser traidor,
si su ley quiero amparar:
el amor y el imperar
no admiten competidor.
Amor y Imperio me espera,
y pues nuestra ley derriba,
el amor de Irene viva,
y el tirano César muera.

IRENE. Dame esos brazos, valor
de Roma, que dignamente
honra en su lauro tu frente
y en tus méritos mi amor,
que desde hoy, Irene es tuya.

ISACIO. Llámate restauración
de su ley nuestra nación.
Constantino se destruya:
reine Lisinio, no más,
en el mundo y en Irene.

LISINIO. Trazarle como conviene.

IRENE. En Roma por el estás.
Disfrazados y encubiertos
á Jerusalén partamos,
y en ejecución pongamos
deseos que saldrán ciertos,
pues los dioses nos amparan;
que encubiertos y fingidos,
antes de ser conocidos
de los que a Cristo declaran,
por Dios, podremos matarle.
Y en fe que el alma te adora,
yo he de ser ejecutora
desta hazaña; yo he de darle
la muerte: que mi rigor
muestro cuando en el me vengo;
que en más a los dioses tengo
y su culto, que mi amor.

LISINIO. Alto, pues. Haga el efeto
lo que la lengua propone.
Mi juramento perdone,
y amparenos el secreto.
Goce yo el globo del mundo,
y el laurel que adora Apolo,
imperando en Roma solo,
siendo Rómulo segundo,
y la belleza de Irene
disculpe aquesta traición.

IRENE. Mis brazos, en galardón,
la voluntad te previene,
con mi venganza cumplida.

LISINIO. Presto muerto lo verás.

ISACIO. (Ap.) Y tu después pagarás
este insulto con la vida. (Vanse.)

ESCENA III

Salen Judas, viejo, Leví y Zabulón, judíos

JUDAS. No pasó nuestra nación
desde Vespasiano y Tito
tal persecución, Leví.

LEVÍ. No tuvieron los judíos
tal desdicha, tantas plagas,
aunque cuente las de Egipto.

ZABUL. Ni Nabucodonosor,
monarca de los asirios,
ni las de Antioco fiero,
como las de Constantino.
JUDAS. ¡Que se haya un Emperador
aficionado de Cristo
de tal suerte! ¡que defienda
con tanto amor el bautismo,
y que la Cruz nos demande,
y si no la descubrimos,
á muerte vil nos condene,
á tormentos y martirios!
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
JUDAS. Su madre le ha persuadido
que á tormentos nos saque:
para aquesto Elena vino.
LEVÍ. Pues el Comisario fiero
que ha nombrado por ministro
y ejecutor deste caso...
ZABUL. ¿Ni dádivas ni suspiros
son bastantes á ablandalle?
JUDAS. ¡Que un bárbaro, que un indigno
de ser hombre nos persiga!
¿Vióse más cruel castigo?
LEVÍ. ¡Que un hombre tan ignorante
nos tenga tan oprimidos!
JUDAS. Si no le damos la Cruz,
si no decimos el sitio
donde de nuestros pasados
estar oculta supimos,
este bárbaro feroz
ayer, colérico, dijo,
que nos había de azotar
y pringarnos con tocino.
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
ZABUL. ¡Que á este punto haya venido
nuestra misera nacion!
LEVÍ. Este es.
JUDAS. De verle me aflijo.

ESCENA IV

DICHOS *y* MINGO, *vestido de comisario graciosamente, con ropa de levantar y gorrilla*

MINGO. ¿Qué hay, hermanos narigones?
¡Loado sea Jesucristo!
Respondan todos *amén*,
de rodillas y de hocicos.
¿Callan? Respondan *amén*,
ó habrá latigazo fino:
digan *amen*, judiotes.
JUDÍOS. Amén, humildes decimos.
MINGO. ¿Como les va de cosecha
aqueste año de tocino?
¿Ha habido mucho solomo?
¿Qué chicharrones han frito?
JUDÍOS. Prohíbelo nuestra ley.
MINGO. Pues yo no se los prohibo.
Coman conmigo mañana,
que á salchichas los convido.
(*Pasease muy grave.*)
¿Cómo os llamáis vos? (*A* Judas.)
JUDAS. Señor,
Judas es el nombre mio.
MINGO. ¿Judas el Escariote,
de aquel saúco racimo?
¿Cómo no tenéis las barbas
rubias ¡eh! Judas maldito?
Enrubiaos [1], noramala,
ó mudar [2] el apellido.
JUDAS. Señor, estoy cano y viejo.
MINGO. ¿Estáis viejo? Pues teñíos,
y andaréis al uso nuevo,
aunque en los años, antiguo.
¿Qué narices son aquestas? (*A* Leví.)
LEVÍ. ¿Cómo han de ser?
MINGO. ¡Oh, qué lindo!
¡Oh, qué lindo!
No son estas de la marca,
hermanos, de los judíos.
Esas son narices romas
y hidalgas.
ZABUL. ¡Señor!...
MINGO. ¡Pasito!
Sabéis que es el comisario
de vuestas narices, Mingo.
Quítense esas luego, luego,
so pena de un romadizo
por dos años y dos meses,
y miren que ya me indigno:
pónganse otras de dos gemes.
JUDAS. ¿Hay más torpe desvarío?
MINGO. Con narices garrafales
tienen de andar ¡vive Cristo!
ZABUL. ¡Señor!...
MINGO. Esto se ha de hacer.
No replique.
ZABUL. No replico.
MINGO. ¿Con naricicas me vienen
enanas?
JUDAS. ¡Ay, cielo impío!
MINGO. ¿Qué hace la sinagoga?
¿Cómo va de sabatismo?
¿Su Mesías cuándo llega?
¿Viene en mula ó en pollino?
JUDAS. No profanes nuesta ley.
MINGO. Como es lejos el camino,
si viene á pie, quedaráse
en algún mesón dormido.
¿No dan orden que parezca
la cruz?
ZABUL. Si no hemos sabido
donde está, ¿que hemos de hacer?
MINGO. Luego ¿burlanse conmigo?
Pues los *judicame Deus*
advierten lo que les digo:
que si la cruz no parece
el sábado ó el domingo,
ha de criar en su casa
un lechón cada judío,
y con regalo y amor
tratarle como á sí mismo.
JUDAS. ¿Lechon? Nuestra ley lo veda.
MINGO. Vede, o no, yo soy ministro,
y han de hacer lo que les mando.
No repliquen.
JUDAS. No replico.
MINGO. A fe de archicomisario,
si no callan y me indigno.

---

1 «enrubiaos».
2 «mudaos».

[illegible] de mandar que en la cola [illegible]

JUDAS. ¿A quién?

MINGO. A [illegible]

[illegible]

ZAB. [illegible]

JUDAS. [illegible]

MINGO. [illegible]

[illegible] en la monga

JUDAS. [illegible]

MINGO. [illegible]

JUDAS. [illegible] Dios mío, [illegible]

MINGO. Oigan [illegible] en [illegible] cada [illegible]

JUDAS. ¡Señor!

MINGO. No repliquen.

JUDAS. [illegible]

MINGO. ¡Por vida de! [illegible]
[illegible]
Parezca [illegible]
[illegible]
Desde aquí [illegible] (Ap.)
lo que tratan, [illegible]
[illegible]
yo haré que suceda a Mingo.

(Escóndese Mingo.)

ESCENA V

JUDAS, ZABULÓN, LEVÍ, MINGO, que está oculto, y se va al poco rato, cuando se indique

ZABUL. ¿Fuése?

JUDAS. Sí.

ZABUL. ¿Qué hemos de hacer
[illegible]
[illegible] Constantino?

JUDAS. [illegible]
nuestros pasados y antiguos,
[illegible]
[illegible] de padres [illegible]
sabemos por tradición,
pero muertes y peligros
no nos tienen de obligar
á descubrirla.

MINGO. [illegible] provecho
[illegible]

ZABUL. [illegible] entremos
[illegible]

JUDAS. [illegible]
[illegible] de palo,
[illegible]
[illegible] Cristo

ZABUL. [illegible]

LEVÍ. ¡[illegible]!

MINGO. [illegible]
(mejor dijera cabritos) [1]
[illegible]
[illegible] las [illegible]

JUDAS. [illegible]

MINGO. [illegible]

JUDAS. [illegible] el cepo [illegible]

ZABUL. [illegible]

MINGO. (Vayan, [illegible]
que yo me escurro pasito,
[illegible] (Vase Mingo.)

JUDAS. [illegible]
Mas [illegible]
[illegible] triste
[illegible]

ZABUL. [illegible] instrumentos:
[illegible] y martillo.
(Sale [illegible] encendido y unos maderos para hacer la cruz, y herramienta.)

JUDAS. [illegible] y dare
á nuestro [illegible] principio.

LEVÍ. La cruz en que nuestra gente
[illegible]
de aquel [illegible] galileo,
que adora el mundo por Cristo,
[illegible]
y [illegible] de palo,
[illegible] de tu [illegible]
[illegible] atrevidos.

JUDAS. [illegible] agora.
altercado entre ellos mismos
[illegible]
y pareceres distintos.
Leví, [illegible] esa materia.
[illegible] que se hizo
del árbol [illegible]
[illegible]
porque [illegible] dél,
[illegible]
de aquel [illegible] que fué
nuestro [illegible] y su castigo;
y plantando el [illegible]

---

1 [illegible] serán ayos
JUDAS. Señor mío [illegible]

1 apegaranla, [illegible]
¡Cruz fingida [illegible]!

2 [illegible]

en este monte divino,
donde Salomón después
hizo el templo ilustre y rico.
Creció con la elevación del cielo,
y por extraño prodigio
nació una fuente del tronco,
de quien a formarse vino
la saludable piscina,
que de dolores distintos,
al movimiento del Angel,
sanó tantos afligidos
Hizo Salomón cortarle,
por ser estorbo[1], del sitio
que era, sabio y discreto,
para el celebre edificio:
y enamorado de verle,
aplicarle al templo quiso
para arteson de su techo,
que asombro al arte corinto.
Labráronle codiciosos,
y ya compuesto y pulido,
procuraron aplicarle
en el pavimento rico;
pero por misterio oculto,
ya siendo grande, ya chico,
desmintiendo arquitectores,
nunca a la fábrica vino.
Por lo cual desesperados,
juzgando que por indigno
y indigno del templo santo,
mandaron que por castigo
en la piscina le echasen.
Hundióse, pero nadó
el Nazareno que adoran
los cristianos enemigos,
sobre las aguas salió.

ZABUT. ¡Misterio jamás oído!

JUDAS. Y sacándole de allí,
le echaron en un camino,
por donde corre en cristales
el Cedrón, arroyo limpio,
puesto que tal vez crecientes
le dan ambición de río.
Sirvió en él de puente y paso[2],
hasta que por sus delitos
a muerte de cruz sentencia
el pretor romano á Cristo,
que por ver que era pesado,
decretaron los jüdios
que del se hiciese la cruz,
como en fin, a hacerse vino.
Muerto en ella, y los cristianos
supersticiosos han dicho
que es digno de adoración,
haciendo sacrificios.
Escondiéronle por esto
nuestros padres, y escondido
por tradición nos dejaron
donde estaba Constantino,
que a Cristo manda adorar
con gente a escogidos,
cuando tantos nos compele
a darsela.

ZABUT. Yo no alcanzo
eso de aquesos milagros,
aunque así lo hayan escrito
los cristianos hechiceros.

LEVÍ. Y, yo; solamente digo
que con la honda cruz
que labras, a Constantino
engañamos, pues dichosos
de tantos males salimos.

ESCENA VI

Dichos, que han estado trabajando en la cruz, Elena y Mingo y gente

MINGO. Esta es la pura verdad,
y agora lo puedes ver.

ELENA. ¿Que haceis aquí?

JUDAS. La crueldad
y desdicha debe ser
de nuestra infelicidad.

ZABUT. ¡Guayas de mí! ¿que diremos?

ELENA. ¿Qué haceis aquí?

JUDAS. Gran señora,
del comisario tenemos
expreso mandato ahora
que sin cruz no volvamos
sobre las puertas de casa,
nos ha de mandar quemar,
que por saber lo que pasa
la queríamos labrar.

MINGO. ¡Buena excusa!

LEVÍ. ¡Ay, suerte escasa!

MINGO. ¡Chilindrinas para Elena!
Judíos, todo lo sabe,
y daros la muerte ordena,
porque a vuestra culpa grave
aguarde también la pena.
Por ocultar la cruz santa
que buscan, labrar querían
esta, que ya os espanta,
y entendiéndola decían
que por ser la instancia tanta,
decir que es la verdadera
esta que ahora labraban,
y con aquesta manera
librarse de tí intentaban.
Escondido, desde aquí
esta traición escuche.

ELENA. Traidores ¿esto es así?

JUDAS. Lo que te he contado fue.

MINGO. No es esto lo que yo oí.
Mandalos a puros tratos
de cuerda que el sitio digan
de la cruz, cuyos retratos
labran.

LEVÍ. ¡Que nos persigan
tanto los cielos ingratos!

ELENA. Decid donde está el madero
donde el eterno Abraham
sacrificó a verdadero
Isaac, y el dedo de Juan
nos mostró el cierto cordero.

LEVÍ. Señora, a tener noticia
de él, no viéramos tal duda
el temor de la justicia;
el rigor en piedad muda.

---

1 En el impreso dice *estorbo*, pero es errata evidente

2 En el impreso *puerto y paso*

MINGO. Que la esconden de malicia, señora.

ELENA. ¡Oh, infame gente, incredula y contumaz! Vive el Rey omnipotente, que restáis de nuestra paz y en la cruz mal obediente, que os he de quitar la vida a tormentos! Vayan presos.

MINGO. Garrucha hay aperciba, judíos, mas no confesos, nones dicen.

JUDÍOS. Bien perdida será, pues tú lo dispones, gran señora.

ELENA. Andad, ingratos.

MINGO. Yo, judíos socarrones, os daré a pares los tratos mientras dijeredes nones.

(Vase Mingo con los judíos.)

ESCENA VII

ELENA y CONSTANTINO

CLORO. ¿Qué es esto, madre y señora?

ELENA. Diligencias, hijo mío, son de la cruz, en quien fío que tengo de hallarla agora. Tormento tengo de dar a cuantos hebreos hallare mientras la tierra ocultare de Dios el divino altar en que se pagó a sí mismo, y en cuya ara misteriosa halló la iglesia, su esposa, su fuente y nuestro bautismo.

CLORO.

Palma divina, regalado cedro del fruto más sabroso y más suave que la tierra goza; nido del ave del cielo, y no de Arabia, por quien medro.

ELENA.

Restauración de Adán, cuyo desmedro origina la culpa al hombre grave; árbol mayor de la divina nave que Andrés requiebra, que gobierna Pedro.

CLORO.

Merezca hallaros yo, laurel divino.

ELENA.

Alivie vuestro hallazgo nuestra pena.

CLORO.

Enriqueced á Elena y Constantino.

ELENA.

Sin vos no hay bien.

CLORO.

Sin vos no hay suerte buena.

ELENA.

Llave del cielo sois: abrid camino.

CLORO.

Constantino os adora.

ELENA.

Y busca Elena.

ESCENA VIII

DICHOS y MINGO.

MINGO. Los dirán la verdad, gran señora, aunque les pese.

CLORO. Piedad, ¿qué traje es ese?

MINGO. Digno de mi autoridad con sayo y capa, señor, de toda la judería que la cruz tiene ocultada.

CLORO. ¿Quién te ha dado?

MINGO. Mi valor. Si indicios he descubierto de la cruz que oculta está y tu madre sabe ya, ¿parécete desconcierto que con sayo y capa entre? Dentro en pecho he cobrado sayos que no me has dado, que no soy piedra, soy hombre, y he de comer.

CLORO. Basta, basta.

ELENA. Indicios tengo, hijo mío, de hallar la cruz en que fío.

MINGO. La gente es de mala casta, pero no seré yo Mingo, o Jerusalén verá si la cruz oculta esta, que con todos los prendo.

CLORO. El cielo nos dé a los dos tal ventura.

ELENA. ¡Ay, cielo santo! ¿por qué nos dilatáis tanto la dicha que estriba en vos?

(Vase Constantino.)

ESCENA IX

ELENA, MINGO y JUDAS, *atado en una garrucha*

MINGO. Aquí está la gundaleta y el de mediente.

ELENA. Colgadle hasta que la verdad diga.

MINGO. Traidor, dí recia en el aire, pues no quieres en la tierra.

JUDAS. ¡Ay, guayas de mí!

MINGO. Aunque guayes más que en días de teta.

JUDAS. ¿Vos sois verdugo?

MINGO. Y alcalde. Confiesa, perro.

ELENA. Decid: ¿en qué lugar, cueva o parte os dijeron que escondida está la cruz, vuestros padres?

JUDAS. No sé nada ¡ay! no me han dicho cosa, mi señora, nada, que a sabello, lo dijera. ¡Ay!

ELENA. Dadle otro trato: dadle

MINGO. ¡Ah! Judas, cómo os colgada? ¡ojalá que reventases de la suerte que el primero!

---

1 el árbol.

JUDAS. ¡Ah! ¡sayón!
MINGO. ¡Ah! ¡escriba infame!
ELENA. ¿Dónde está el Arca divina,
de Israel sola la sangre
de un Dios?
JUDAS. ¡Ay! no lo sé.
MINGO. Aunque mas arrepentes ayes
te tengo de sobornar
otra agravolla[1] grande.
JUDAS. ¡Ay!
ELENA. Di la verdad
JUDAS. Sí, haré
Haz, señora, que me bajen. *(Bajanle.)*
ELENA. ¿Dónde está la Cruz divina?
JUDAS. No sé, señora
ELENA. Sí, sabes.
MINGO. ¡Oh! ¡borracho! ¿Iba a aquesto
pedirse que te bajasen?
ELENA. Dice el dónde está,
o mandaré que te maten.
JUDAS. Señora, no puedo
decirlo, por mas que mandes.
ELENA. Atormentadle otra vez.
MINGO. ¡Ah, de arriba! Corrumpadme
a este mozo.
JUDAS. ¡Ay, que tormento!
ELENA. ¿Dónde está la cruz, que es nave
del Arcaz del cielo?
JUDAS. ¡Ay! yo lo diré.
MINGO. En el aire,
porque mientras no lo diga,
no hay pensar que han de bajarle.
JUDAS. Enterrada está en un monte
entre el Tigris y el Eufrates.
MINGO. Ya lo dijo.
ELENA. ¿Dónde?
MINGO. Dice
que entre los tigres y reales.
ELENA. Morirás en el tormento,
traidor, mientras no declares
donde está mi amada prenda.
JUDAS. ¡Ay! La maldición te alcance
de Sodoma y de Gomorra.
MINGO. ¡Oh, Rabino, al fin cobarde;
¿mi gusto, que culpa tiene,
que la maldices?
JUDAS. ¡Ayudadme,
Dios de Jacob, Dios de Isaac,
Mesías santo!
MINGO. Aunque llames
al mentir y al blasfemar[2] dios.
JUDAS. Haz, señora, que me abajen,
que yo la verdad diré.
ELENA. Bajenle pues, y matade
si donde está no me dijesa.
JUDAS. No es posible, ya que caré,
que me quebrantaron los huesos
y me abollaron las carnes.
¡Adios, sagrados escudos,
Dios de Israel, perdonadme!
En el monte de Sinar
hallarán que se enterraron,
los antiguos de mis reyes,
y que encima edificaron
una casa deshonesta,
donde mis enemigos
con pensado desprecio y vil
aquel madero pusieron.
Después Adriano Cesar
mandó poner una imagen
de esta diosa sobre él,
como deidad le adoraron.
Mas, vamos, señora, a ver
y donde dejo, caven,
que yo os meteré en el.
a fin que mis deudas me maten.
ELENA. Vamos, pues. ¡Ah, mi corazon!
¡todo se ha dado de aquesta,
que es fuerza de nuestro amor,
y el temor hizo soberbia!
Si hermosura y verdura
que vergüenza y traje, a hartarte,
yo haré que de plata y oro
un templo vestir te vean,
donde adoren y reverencien,
y que el Mundo crea mas grave
por cubrirse de tu grama
tu [illegible] sabia en clave
Ay [illegible] antiguo,
de dos [illegible] reales,
sus [illegible] vengan todos,
los sacerdotes [illegible]
los sabios [illegible]
traigan que la tierra aparten
que esta cosa vista oculta,
digna de [illegible] encubrirse
Yo os haré muchas mercedes
si esta joya viene a hallarse
por vos
JUDAS. Yo la sacaré
MINGO. Pues la verdad confesaste,
ya serás de los mas contento.
ELENA. ¡Ay, prenda de dueño y suave!
JUDAS. ¡Ay, de nosotros dados fuesos!
MINGO. ¡Ay, que tocino he de darte!

(Vanse.)

ESCENA X

Sale CONSTANTINO *y criados. Sientase en una silla con un retrato en la mano, y vanse los criados.*

CONST. Dejadme solo este rato
ya que está a solas mi Irene,
si acaso una pintura tiene,
hablarle con su retrato.
Suavidad de un regalo
pueda que encienda todo el mio,
le pinta al desvario
de mis locos deseos,
¿qué, que cuidado bien
es, cielo, descubrir?
¿Es posible que el amor
de la dueño fue Ingrato?
Pero sí, que tanto olvido
dudara de su lealtad.
Porque de Cristo el favor
vuelva, ¿es razon que me deje
Irene? ¿Es de mi se queje?
Si de veras me quiere,
mi rey Irene siquiera,

1 quiebro

2 [illegible]

pero no hay que en la acometer.
Los dioses favorezcan
que es justa su voluntad,
y en defender la lealtad
siempre salgo vencedora.
¡Quién viera poder vengarme!
Entrando voy a buscarle.
Dame, amor, que logre el brazo,
mi pecho valiente sea,
que no desmaye resuelto,
con mi enemiga en la mano.
(Durmiese.)

ESCENA XI

CONSTANTINO, *dormido*; IRENE, ISACIO y LISINIO, *de soldados.*

LISINIO. Entrado hemos en su tienda,
sin haber sido sentidos,
para ver en su peligro
que nuestros pasos olvida.
IRENE. Hoy la venganza encomienda
las armas a mi valor,
no agravio es, que valor
que vence, a satisface me.
Mas ¿qué es esto que dudo me
en tan notable ocasión?
LISINIO. Los dioses, que los designios
en fe que se ha merecido,
te valgan, prenda, y felicidad.
IRENE. Ahora, pues, es ocasión,
Deidades de pecho, dadle saltos
en brazos, aquí es ella.
Mas ¿qué es lo que me manda;
la voluntad no obedece,
pues ya razón a ciudadece,
cuando presente le amanda.
Pero venza la razón
y el desprecio de mi ley.
LISINIO. ¿Qué aguardas?
IRENE. Si es gusto es ley,
mis brazos mis celos son.
Contarán su afección
en su muerte. Amor, no hay más;
vuelve a mi agravio estas.
Satisfecho estoy.
CLORO. *(Hablando en sueños.)* ¡Ay, Irene!
IRENE. ¿Irene dice?
Pues vuelve un paso atrás.
Quien durmiendo suena en mí,
no merece que despierte,
si es cierto que ya he muerto
a quien vivo me anda así:
mas, ¡muera!
CLORO. ¡Que! ¿Te perdí?
Irene mía, que estás
ausente? Mas pagadas
a quien el alma te dio.
IRENA. ¿Suya el César me llamó?
pues dos pasos atrás;
que si por suya me tiene,
tras será mi rigor
si de muerte a mi señor
que es suya le traya viene.
Con el alma de Irene
de la suya cuando estoy
para vengarme ¿qué hay
que [1] te [2] ¿Has tal desvarío?
¡Vuelve, loca! Mas ¡qué loca!
Dos pasos atrás doy.
¡Mal haya el primero, amén,
que [3] tras tanto intento,
a tiempo de vengarme
pierdas el mayor bien!
¡Muera, ingrato diciendo!
¡Muera, venganza al ofensa!
que aquí en una, tarde o nunca,
y en una afrenta, no afrenta.
Despierta, César, despierta,
que está en peligro tu vida.
CLORO. ¿Quién me llama? ¿Qué voz sagrada.
¿Qué voz es esta que me envía?
¿Irene de mi alma?
IRENE ¡Pese tal por mi, qué baliada!
a matarle vengo armada,
pero ¿quién supo amor
ejecutar con rigor
en presencia de quien adora?
Contra este mano traidora
contra su esposo y señor,
vengue su agravio en Irene.
CLORO. Sí, que en estos brazos,
que con tanto amor los cazas
mi vida segura se prevenga.
IRENE. Llego a hasta te viene
y Isacio, aunque es ser mi amante
le disculpa.
CLORO. ¿Hay semejante
traición? ¿hay atrevimiento
igual?
LISINIO. ¡Oh, mu eres! pronto
en la inconstancia!
CLORO. Villano,
¿tu contra mí?; ¿tu, tirano?
¿Y con tan opuesto juramento?
LISINIO. El verse segura a Cristo,
de Irene las persuasiones,
de esta es ocasiones
me obligan a lo que has visto.
CLORO. ¿Cómo mi enojo resisto?
ISACIO. A tus pies pido, señor,
perdón, si basta el amor
a disculpar mi delito.
IRENE. Si tu cólera limito,
perdona a Isacio por mí.
CLORO. Yo le perdono por ti,
que en todo mi bien te limito.
Y a ti, liviano traidor,
indigno de mi corona,
que en que ninguna no perdona,
no se llame Emperador.
LISINIO. Dame esos pies.
CLORO. Mi valor
se venga desta manera.
Darte la muerte pudiera
que pueden tus tiranías,
pero las ofensas mías
no se vengan. Oye, espera.

---

1 apue r
2 equerrás
3 el alma de

LISINIO. ¿Que mandas?
CLORO. Dos juramentos
hiciste, que has quebrantado.
Ya el uno [1] está perdonado,
y en él tus atrevimientos.
Con martirios y tormentos
los cristianos perseguiste;
á infinitos muerte diste,
asombro siendo del mundo,
y el juramento segundo
bárbaro y cruel rompiste.
Bien puedo yo perdonar
mis agravios, pero no
los de Dios, que me mando
sus contrarios castigar.
Vengan en ti á escarmentar
desleales y crueles,
y los romanos laureles
sepan en mi desatino
que así venga Constantino
la sangre de sus Abeles.
(Dale muerte dentro.)
IRENE. Matóle: ¡heroico valor!
Pero es justo aqueste pago
de mis servicios. ¿Que estrago
hizo jamás el rigor
vendole á la mano amor?
Refrenaron mis enojos
su vista.
ISACIO. Leves antojos
te disculpan, enemiga.
IRENE. Nadie que se venga diga
si ve á su amante á sus [2] ojos.
(Vanse.)

ESCENA XII

ELENA, MINGO y JUDAS, con azadas.

ELENA. Cruz divina, que yo [3] adoro,
si yo os hallo, si yo os veo,
rico queda mi deseo,
infinito es su tesoro.
La primera quiero ser
que saque, mi cruz, la tierra
que como mina os encierra:
merézcaos mi dicha ver.
JUDAS. En aqueste monte está,
conforme la tradicion,
señora, de mi nacion.
MINGO. De sepulcro os servirá
el hoyo que hemos de abrir,
si no parece, judío.
JUDAS. Que habemos de hallarla, fío [4].
ELENA. Ni el oro que ofrece Ofir,
mi cruz, se iguala con vos,
ni las riquezas del Asia,
ni el cinamomo y la casia,
que sois árbol de mi Dios,
lleno de valor divino.

1 «mio»
2 «a los ojos».
3 «en quien adoro»
4 «que hemos de hallarla confío»

MINGO. Comencemos á cavar.
ELENA. Haced primero llamar
á mi hijo Constantino;
no pierda el precioso hallazgo
desta joya soberana,
pues en ella el César gana
tan ilustre mayorazgo.
MINGO. Voile á llamar, mas [1] el viene,
trocando el cetro en azada.

ESCENA XIII

DICHO, IRENE y CONSTANTINO con una azada.

CLORO. Murió el tirano, y mi espada,
hermosa y querida Irene,
á vuestros pies, si es capaz,
mi bien, del que en vos [2] encierra,
trocad [3] mi enojo y su guerra
en vuestra amorosa paz.
IRENE. Con tanto gusto la admito,
generoso Emperador,
que en fe de mi firme amor,
en cuanto haceis os imito.
La cruz preciosa buscad,
que yo desde aquí, con vos,
á Cristo tendré por Dios
rendida mi voluntad;
que quien á un César obliga
á que la tierra grosera
cave de aquesta manera
y humilde sus pasos siga,
no es posible que no tiene
fuerza de Dios y valor.
CLORO. Echaste el sello á mi amor,
discreta y hermosa Irene,
y si idólatra te amé,
contra nuestra ley tirana,
ya agradecida y cristiana
sol de mis ojos te haré.
ELENA. Hijo, solamente á vos
os aguarda mi deseo
para buscar el trofeo
y triunfo eterno de Dios.
Con ese humilde instrumento
mostráis mayor majestad
que con el autoridad
de vuestro imperio opulento.
Vamos los dos á este monte,
preñez del parto que espero,
nacerá el sol verdadero
que de luz á este horizonte.
Yo he de dar, postrada en tierra,
la primera azadonada.
CLORO. Si es, madre y señora amada,
el depósito esta tierra
del tesoro que esperamos,
pidamos juntos los dos
favor á su fénix Dios.
ELENA. Bien dices, hijo, pidamos.

1 «pero»
2 «se encierra»
3 «trueca»

CLORO.

Puente divina, en pielago profundo,
que Dios tranquea y pasa en mi reparo;
pendón del cielo, y imperial labaro
del Monarca divino sin segundo.

ELENA.

Báculo de Jacob, en quien me fundo
sustentar mi esperanza; Oriente claro,
antes Ocaso, donde el pueblo avaro
hizo ponerse el Sol, que alumbra el mundo.

CLORO.

Arco de paz, que venturoso adoro.

ELENA.

Cátedra donde Dios leyó de prima

CLORO.

Tálamo del amor, feliz misterio.

ELENA.

Merezcamos hallar vuestro tesoro.

CLORO.

Dadnos la joya que mi suerte anima,
y estableced con ella nuestro Imperio.

(Cavan y suena un gran ruido, y cae una montaña, donde estarán las cruces.)

(Una voz.) [1]

(Constantino, sólo á vos
se reserva esta ventura.
Esta es la cruz que procura
vuestra fe, cama de Dios.)

CLORO. ¡Oh, misterio soberano!
¡oh, celestial interés!

MINGO. Una buscáis, y son tres
las que hallais.

IRENE. César cristiano,
derretida por los ojos
sale á ver alegre el alma
este cedro, aquesta palma
que á Dios tuvo por despojos.

ELENA. Sí, ¿pero cuál dellas es
la cruz en quien Dios derrama
su sangre, y sirvió de cama
á su muerte?

CLORO. Aquí están tres.
¿Cómo haremos experiencia
de la que es joya infinita?

JUDAS. Si vuestro Dios resucita
muertos, la misma excelencia
tendrá la cruz verdadera.
Manda [2] traer un difunto,
y aquella que diese al punto
vida al muerto, que no espera,
en tocándole, esas dudas
satisfará.

CLORO. Buen consejo.

MINGO. Sin fe le habeis dado, viejo;
mas ¿qué mucho si sois Judas?

CLORO. A Lisinio muerte di
por idolatra y traidor.
La cruz le ha de dar favor
y vida. Tráiganle aquí.

MINGO. Vamos por él.

ELENA. ¡Palma santa
que veros he merecido!

CLORO. ¡Que tal ventura he tenido!

IRENE. ¡Que por vos, divina planta,
salí de la confusión
de la ciega idolatría!

ESCENA XIV

DICHOS Y LISINIO *muerto, sobre una tabla.*

MINGO. Ya un buitre, señor, quería
hacer con el colación.

CLORO. La cruz primera bajad,
y al muerto pongan sobre ella.

JUDAS. Si cobra la vida en ella,
yo tendré por ceguedad
la ley que el hebreo profesa
y la Sinagoga adora
yo seré cristiano agora,
si tal veo.

(Toma Mingo la primera cruz.)

MINGO. ¡Oh, cómo pesa!
No la llevará un Sansón,
y más si sube una cuesta.
¿Quieren apostar que aquesta
fue la cruz del mal ladrón?

CLORO. Ponelda encima los dos
del difunto.

ELENA. Dadnos luz
si sois vos, divina cruz,
la que dió abrazos en Dios.

MINGO. ¡Pardios! Tan muerto se está
como su aguelo. ¿Qué espera?
que esta cruz ya salió huera.

CLORO. Sin duda esotra será
el árbol divino y santo.
Quitalda.

MINGO. Yo bien decía
que del mal ladrón sería
cruz, señor, que pesa tanto.

(Trae Mingo la segunda cruz.)

Pues esta no le va en zaga.
Dándome va testimonio
que es la cruz del matrimonio,
según pesa.

CLORO. En ella se haga
la experiencia apercibida.

ELENA. Pues en la Cruz dió á la muerte
muerte Dios, por nuestra suerte
dad á este muerto la vida,
si sois vos, mi Cruz, la cierta
en quien se hizo aquesta hazaña.

MINGO. A la primera acompaña.

IRENE. ¿Muévese?

MINGO. Sí, á esotra puerta.

CLORO. Yo he de traer la tercera,
que la fe á ello me inclina.

(Trae Constantino la cruz de Cristo.)

ELENA. Esfera de Dios divina,
si sois la verdadera,
sacadnos de aquestas dudas.

JUDAS. Si ella tal milagro hiciese,
sería ocasión que viese
el mundo cristiano á Judas.

---

1 «Cantan».
2 «Mandan».

CLORO. Arbol que en el Paraíso
de vida da fruto eterno,
en quien el racimo tierno
su licor exprimir quiso:
mostrad agora que en vos
nuestra ventura hemos visto.

(Pónenla sobre LISINIO, *y éste resucita.)*

LISINIO. No hay más; Dios es Jesucristo [1];
Cristo es verdadero Dios.

JUDAS. Y yo cristiano desde hoy,

IRENE. Yo la ley de Cristo sigo.

CLORO. Yo de sus glorias testigo.

ELENA. Y yo mil gracias le doy.

LISINIO. Yo con penitencia larga,
Cruz, por vos adquiriré
el bien que perdí sin fe.

ELENA. Mi devoción, Cruz, se encarga
de haceros un templo tal,
que no iguale á vuestra iglesia
la antigua fábrica Efesia,
ni el de Delfos le sea igual.

CLORO. Llevémosla entre los dos
al Calvario, donde este,
pues en él, señora, fué
el triunfo y muerte de Dios.

ELENA.

Con vuestro hallazgo, soberana planta,
granjeó nuestra dicha la riqueza
de más valor, más precio y más grandeza
que de Alejandro Grecia finge y canta.

CLORO.

Yo, señal misteriosa y sacrosanta,
os pienso colocar en mi cabeza,
cifrando en vos mi vida [1] y fortaleza,
dando á mis sucesores dicha tanta.

ELENA.

No os tiene que dejar, preciosa oliva,
palma, cedro y laurel, mi justo celo,
pues deposito en vos el bien que he visto.

IRENE.

La Cruz de Cristo viva.

TODOS.

¡La Cruz viva!

CLORO.

Arbol del mejor fruto, Iris del cielo.

TODOS.

¡Viva la cruz adonde murió Cristo!

CLORO.

Ya su hallazgo hemos [2] visto:
á su triunfo os convida
y aquí da fin *El árbol de la vida* [3].

---

1 «No hay más Dios que Jesucristo».

1 «imperio».
2 En el original «habemos». En el ms. «habéis».
3 «y demos fin al *Árbol de la vida*.

EL MELANCÓLICO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

Leonisa, *pastora.*	Enrique, *conde.*
Firela, *idem.*	Clemencia, *duquesa.*
Carlín, *pastor.*	Pinardo, *viejo.*
Rogerio, *duque.*	Un paje.
El duque de Bretaña	Ricardo.
Filipo, *caballero.*	Músicos.

Representáronla los Valencianos [1].

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Leonisa *y* Firela, *pastoras, con lios de ropa en las cabezas.*—Carlín, *pastor.*

Firela. Carlín, déjanos aquí;
no seas siempre pelmazo.
Carlín. Pues ¿qué importaba un abrazo,
si ves cuál ando tras tí?
Firela. ¿Cuál andas?
Carlín. Cual te dé Dios
la salud: ando cual ves.
Firela. ¿Cuál andas?
Carlín. Ando en dos pies,
porque andas tú en otros dos.
Firela. En cuatro fuera mejor,
que eres un asno.
Carlín. Si tratas
de que ande, Firela, á gatas,
á patas anda el amor,
que es niño, aunque canas tién.
Leonisa. Déjanos ir á lavar,
que es tarde.
Carlín. Pues no han de hablar.
Leonisa. Déjale, Firela, y ven.
Carlín. ¡Válgame Dios! ¿También ella
rezonga? Pues venga acá:
¿qué cuenta al cura dará
después, mi pastora bella,
si por no amarme me mata?
Firela. ¡Oh, qué pesado que estás!
Carlín. El quinto, no matarás:
no mateis, Firela ingrata,
con desdén á las criaturas,
que tenéis, aunque gallarda,
mucho, Firela, de albarda
en esto de her mataduras.
Firela. Mira que estamos cargadas
con los lios de la ropa.
Carlín. Si no mas de en eso topa,
¿hay son soltallo, y sentadas
escuchar la arenga larga
de mi amor? Soltaldos ¡ea!,
que lo que el amor desea
es echarse con la carga.
Lejos está el lavadero;
escuchad mis desvarios,
y yo os llevaré los lios.
Leonisa. Oye aqueste majadero,
porque la ropa nos lleve
y acabe ya de cansarte,
que tengo á solas que hablarte.
Firela. Vaya.
Carlín. Vaya.

[1] Los famosos hermanos cómicos, Juan Bautista y Jerónimo Valenciano.

FIRELA. En breve.
CARLIN. En breve.
Mi burro y yo...; no va bien,
que el burro no ha de ir de ante:
yo y mi burro... ¡qué ignorante!
Cuantos a un borrico ven
cargado ¿no es cosa clara
que deva al dueño tras si
dando de pasos?
FIRELA. Si.
CARLIN. Pues llevando yo la vara
con que dalle, cuesta arriba
y cuesta abaxo, a compás,
llevándome a mi detras,
el burro delante iba
LEONISA. ¿Y eso importa para el cuento?
CARLIN. ¡Válgame Dios! De aquí arguyo
que es bien dalle lo que es suyo
tambien al pobre jumento.
FIRELA. Pasa adelante.
CARLIN. ¿Quien? ¡Yo!
Si adelante he de pasar,
no querrá el borrico andar,
porque si detras no voy
se me aleva al primer paso,
que es bestia de mucho tiento.
FIRELA. Que pase adelante el cuento,
te digo.
CARLIN. Vamos al caso.
La borrica del barbero,
que venia del molino,
luego que vió a mi pollino,
no se yo quien vió primero
á quien. Mi burro bailaba,
y la borrica sobia:
la vista el burro ponia
en cada paso que daba.
La burra, al subir la cuesta,
no le debo de mirar,
porque nunca suele alzar
los ojos, que es muy honesta.
LEONISA. Acaba ya.
CARLIN. No se aburra.
mas digan cuando se ven,
¿quien mira primero á quien,
amandose, el burro o burra?
FIRELA. Ambos a dos, si en tal caso
es igual la voluntad.
CARLIN. Por Dios que dices verdad:
assi fue. Vamos al caso.
El burro, como se pica
de cortesano, al pasar,
a la burra hizo lugar,
mas dijole la borrica
«no pasare, certamente,
pase vuesa borriqueneria.»
Dijo el: «no hare en mi conciencia.»
Yo, que estaba ya impaciente,
alzando la vara y voz,
le di un palo entre las orejas;
y el, alzando las orejas,
le dió al borrico una vez
tal, que ha menester braguero,
porque está el pobre quebrado.
El alcalde ha sentenciado
que la burra del barbero,
si mi burro lo consiente,
con él tiene de desposarse,
porque el dar coz es casarse
por palabras de presente.
Mas yo por eso no paso.
FIRELA. Pues eso ¿que tiene que ver,
bestia, con darme á entender
el tu amor?
CARLIN. Vamos al caso.
El dar coces, ¿no es, Firela,
querer desposarse dos?
Dadme, pues, una coz vos,
con botin o con chinela:
cueste me una quebradura
(aunque os estara á vos mal)
que con esto no habrá tal
como ahorrar de barbe y cura:
pues si por poco se saca,
venimos los dos a ser
tan marido y tan mujer
como Adan y doña Urraca.
Y porque no es para más
y voy a buscar amigos,
deste concierto testigos,
porque no os volvais atrás,
los pies que os prometi
llevo a la huente veloz;
mas mirad do dais la coz,
no os quejeis despues de mi.

(Vase con los pies.)

ESCENA II

LEONISA Y FIRELA

LEONISA. Es un tonto, déjale;
no hagas caso del, Firela,
que cosas de más caudal
te quieren decir mis quejas.
Ese Rogerio, aquese hombre
que tiene el alma de piedra
en cuerpo de hueso y carne,
descuidado me desvela.
Ese, que todo lo sabe,
y haciendo del campo escuelas,
le llaman Fenix de sabios
en las armas y en las letras,
desdeñoso, presumido,
con saber todas las ciencias,
ignora las del amor,
que son las que el alma precia.
Bien sabes tú, mi pastora,
que me da nombre esta sierra
verdadero, de cruel,
y mentiroso, de bella.
Aunque entre trisa y sayal
nací, serrana grosera,
en cuerpo humilde y villano
aposento un alma reina.
Caudalosos ganaderos
juran (podrá ser que mientan)
que el alma les trayo cautivada sus potencias.
¿Qué Abril de la juventud
no me ofrece, si no pecha
entre esquivos de intereses
tributos de gentilezas?

¿Qué tálamos de deseos
no son túmulos que enseñan
de desdenes hom cidas
esperanzas y funestas?
¿Que tronco no es ya letrado
á puras cifras y empresas,
libros de la voluntad,
de, sencillo amor imprentas?
¿Hay fuente que no murmure
mi rigurosa aspereza?
¿Prado que no me retrate?
¿Eco que no me dé quejas?
Pues á todos soy ingrata.
Solo agradecida, necia,
á un hombre sabio, ignorante,
que enamorando atormenta.

FIRELA. Rogerio, Leonisa mia,
que en tantas cosas diversas
se ocupa, no da al amor
ociosa deidad, licencia.
Es padre suyo Pinardo,
y sucede en la herencia
destas fértiles montañas,
que rústicos pueblos cercan.
Tenemos le por señor,
y como tal le respetan
los frutos de aquestos valles,
que siempre le pagan renta.
No querra humillar el alma
á pasiones bellezas,
que entre sus vasallos
se ensoberbece la seda.
Hale enseñado su padre
todas sus armas y ciencias,
porque le herede su ingenio
como el estado le hereda.
Las letras, según el cura,
causan al sabio soberbia.
Sabio es Rogerio, ¿qué mucho,
si lo es, que se ensoberbezca?
Tu, si bien á mas hermosa,
eres hija de una aldea,
pajiza choza tu casa
y tu dote cien ovejas.
A la sombra de las canas
que obediente reverencias,
no aldeanas te envidian,
mil zagales te desean.
¿Que Abril hay que en flor y en rama
no te entapice la puerta?
¿Qué Mayo en gigantes mayos
que á tu puerta no amanezca?
Quiere á quien te quiere bien,
é imposibles locos deja,
que de brocado y sayal
nunca se hizo buena mezcla.

LEONISA. Eso dilelo tu al alma;
verás, amiga Firela,
que de cosas te responde
en mi abono y su defensa.
¿El amor no es fuego?

FIRELA. Si.

LEONISA. ¿Y éste, por naturaleza,
no sube lo mas arriba
que es posible hasta su esfera?

FIRELA. Así, será, pues que tu
lo afirmas, que eres discreta.

LEONISA. ¿Pues qué importa que esté el fuego
cebado en la tosca leña
o en la despreciada paja?
¿Por eso es razon que pierda
su inclinacion generosa
y que el subir no apetezca?
Pues ¿que importa que mi amor,
cebado en alma grosera,
humilde sujeto abrace
si experimento en mi misma
que á pesar de mi ser tosco,
subir al valor intenta
de Rogerio, noble y rico,
que es centro donde sosiega?
Todas las almas, amiga,
son iguales: la materia
de los cuerpos solamente
hacen esa diferencia.
Alma noble me dió el cielo.
No te espantes si con ella
el amor, fuego con alas,
intenta subir y vuela.
A Rogerio he de adorar.

FIRELA. Basta, que estas bachillera,
despues que en Rogerio sabio
tus esperanzas alientas.
Vamos á lavar agora,
por ver si en la fuente templas
ardores tan desiguales.

LEONISA. No havas tu miedo que pueda,
que es poca el agua del mar.

FIRELA. Los serranos que desdeñas,
¿que han de hacer, si no los amas?

LEONISA. Que pues padezco, padezcan. *(Vanse.)*

ESCENA III

ROGERIO, *galan*, y PINARDO.

PINARDO. Ya no tengo que enseñarte:
en la esgrima tu destreza,
junto con tu fortaleza,
retratan en ti otro Marte;
la pintura vera su arte
eternizada por ti:
las lecciones que te dí
en la música, maestro
te han de llamar del más diestro,
cifrándole Apolo en ti.
Sutil dialéctico estás;
docto en la filosofía;
sabes de la astrología
lo que es justo y no más.
Metafísica podrás
enseñar á quien la enseña:
y aunque una parte pequeña
sabes de la arquitectura,
por ti Vitrubio asegura
el renombre que en ti empeña.
Versos haces extremados,
los que para un cuerdo bastan;
que los que á resmas los gastan
no estan ya bien opinados.
Los términos no excusados
de la corte, en que pusiste,
cuando á palacio te apliques,
lisonjas, estudiado has.

no falta. Rogerio, más
de que entiendas los pintores
ROGERIO. S. al padre se debe el ser,
y al maestro el ser de hombre,
y en fe de uno y otro el nombre,
Señor, te ruego a deber,
¿cómo podré agradecer
cosa debida ser que se debe?
Por padre, a darte me atrevo
gracias de eternos loores,
mas por maestro, mayores,
pues que me engendras de nuevo.
Dichoso yo, que (ya osado)
vengo a ser de igual
con el sol, universal,
de tanta estrella adornado.
Mil cosas me has enseñado,
que, como dices, quisiera
que alarde de ellas hiciera
mi estudio, y tu nombre claro.
que el cielo el cielo es, avaro,
y el no le consienta fuera.
¿qué aguardas, padre, en llevarme
a la corte?
PINABDO. Aun falta más:
que puesto que doctrinado estás
en todo, a pocos hombrarme,
temo desacreditarme
por otra parte.
ROGERIO. ¿En qué modo,
si a tu gusto me he mostrado?
PINABDO. Aunque tan sabio te siento,
voluntad y entendimiento
componen un hombre entero.
Y puesto que sea verdad
que a entender has dado en ellos
las letras, en que te atreves
a cualquiera facultad,
no sé que sea voluntad
en hombre tan cuerdo y nueva,
pues es la ciencia la llave,
que nuestras puertas despeja
que te falta a ti esta llave
porque a tanta luz te deja
tu voluntad tan ciega.
Cuando en los brazos de amor,
desde el Rey hasta el pastor,
dan a sus vicios vida,
tú, que tienes despedida
de todos los deseos de ser,
¿has podido detener
de ajenas, de propias manos
el arma, en cuyas tristezas
se pueden ver sus venganzas?
¿No te vale la esperanza
(mal que a todos alcanza gozar
de sus vidas de lograr
algún alto pensamiento)
¿algún vez no te ha dado
hasta de estas dos ramas,
y en los pechos, sospechados,
de ver morir de amor desprecios,
tal vez deseos dar celos,
que vas hecho mar de ingratos!
¿Cómo podré yo atreverme
que vaya a la corte un hombre
(si es que merece este nombre)
que en entre las llamas duerme?
Voluntad que a ti me entregue,
no es cierto, esto es verdad,
no es bien que en tu soledad
pierdas por hacerme agravio,
un entendimiento sabio
y una cierta voluntad.
ROGERIO. Aquí, señor, me has sujeto
en que ogras esperanzas,
no entre groseras labranzas
no amortiguar la gala del seso.
Si me tienes por discreto,
y aun es esa verdad,
¿por que en esta quietud
quieres que pierda la gloria?
¿Piensas que cerradas rejas
tengan un pensamiento?
Vuelve el alma por la honra,
pues en ti está, y me alegra.
PINABDO. Desnuda la espada negra
viene a hacer guerra a la blanca.
Nunca tras el ocio alcanza
que en necesidad su valor
en el mundo tiene,
y a los discretos, si temprano,
la ambición a las labranzas,
espadas y galas vanas,
Si, hoy en día, tiene
la ambición a la razón
a hombre, el más, su igual,
le hurta a ocasiones veces
el que no es cuerdo, sagaz.
Vuelve, pues, tu pensamiento,
te ruego, a tu voluntad
libre, pues es voluntad,
atiende a tus pensamientos.
Si ves a cuerdos, cuerdos,
como tú, cuerdos, cuerdos,
también a quien de ti quiere,
que no ofendes.
Mira que el que ofendes
no es quien te ofende,
pues te ofende el pecho, es llano
que pueda ser ofendido,
a ti ofendes, si ofendido,
sin sazón y con exceso. (Vase.)

ESCENA IV

ROGERIO, solo

Entre el amor y el desden
no sé a cuál me reserva
porque Venus y Minerva
juntas en mí tienen.
Quien que tuviera sus ver
contra tan fieras ofensas,
no hallara a su daño ofensas,
pues su ocio en dulce vida,
desde esta a Venus puesta,
y vírgenes a las Musas.

ESCENA V

Rogerio y Carlos, que aparece mojado y lleno de jabonaduras

CARLOS. ¡Ay, cuál vengo de amor, no más.
¡Hueso de Dios en tal dios!
Yo me acordaré de vos.
ROGERIO. Pues Carlos, ¿á dónde vas?
CARLOS. ¡Ay! Cesa no el mozo. A echarme
catorce baznas
ROGERIO. ¿Caste?
CARLOS. En la cuenta o en echaste
¿De amor, pudo escucharme
cuatro gruesas de razones?
ROGERIO. ¿Qué tales escaseran?
CARLOS. Y dichas. Pues fama os dan
que sabéis por sesgos motes
¿una traza no podréis
darme, con que de Estela,
que es tramposa y me desvela
si no me ama, me venguéis?
ROGERIO. ¿Yo?
CARLOS. Porque no me reproche.
ROGERIO. De amor no se jugar treta.
CARLOS. Pues yo conozco poeta
que compra trazas de noche
ROGERIO. ¿Que le ha sucedido?
CARLOS. Estaba
en la fuente, gorda y lisa,
lavando, que es lo que ensucia
mi amor, Estela mía.
Parabán las compañeras,
(que todas nuestras semanas,
por lo que tienen de ranas,
en el agua son parleras)
y dábanle con los mazos
en la ropa, que es regalo
que dan los jabón de palo,
arremangados los brazos.
Yo, que le pese la ocasión,
llegueme a Estela y díle
mi amor, que es niño y me aflige,
debe de ser para crien,
porque tal vez huele mal
cuando triste á casa vuelvo,
y el arca donde le envuelvo
hace oficio de pañal.
Cerapez tiene, ¿que os espanta?
lava imela, si os molesta,
que quien con moros se acuesta,
ya vos veis cual se levanta.»—
«Que mos plazes», respondieron
todas, avie-dos los mazos ..
¡Pardós! que á puros porrazos
las costillas me molieron,
Pegaban con tanta fuerza,
que de miedo el alma helada
creyendo salir lavada,
ó suda, ó vuelve más sucia.
Y antes llegar cortesanos
con el Duque en compañía,
llenas de villatería
como los casos, las manos,
cesando, dieran los mazos
en mi cabeza con Carlos.
Que ropa de mazo, en fin,
muere moza hecha pedazos.
Dadme algun remedio vos.
ROGERIO. ¿El Duque ha salido á caza?
CARLOS. Á voz de una picaza.
ROGERIO. ¿Aquí cerca?
CARLOS. Sí, por Dios;
y si no se me trabuca
el meollo, una mujer
machorra, que debe ser,
pues va á caballo, la Duca.
ROGERIO. No hay tan entretenimiento
cual la caza para mí
Voile á ver
CARLOS. Y yo, que ahí
batanada el alma siento,
echarme en bazmas trazo.
Para el entermo de amor,
Fuese á estudiar doctor,
que le cura con un mazo. *(Vanse.)*

ESCENA VI

El Conde ENRIQUE, CLEMENCIA, *ambos bizarros, de caza*

ENRIQUE.

Mientras el Duque caza,
y en estos montes bravos se embaraza,
oye, Clemencia mía,
desvelos de mi ciega fantasía:
darás, árbitro juez, en ellos traza
de mi vida ó mi muerte.
Viniste de Borgoña
á darle á él la mano, á mí ponzoña,
y siendo su sobrina,
hacerte esposa suya determina:
mas la llama por tierna, en mi beleño,
hechizo de mis ojos,
si en él engendra gustos, en mí enojos.
Sobrino y heredero
soy suyo, y de sus deudos el primero.
Su vida es imposible
que dilate mas tiempo el infalible
censo fatal, que en vasallaje fiero,
á la tirana ingrata
tributa el mozo en oro, el viejo en plata.

CLEMENCIA.

¿Qué sacas de todo eso?

ESCENA VII

Dichos y el DUQUE, *oculto.*

DUQUE.

Es vieja la sospecha, amor sin seso,
y Enrique con Clemencia,
creciendo celos, me guian mi paciencia.
Yo soy viejo, él la moza, y el travieso;
tras ellos mi sospecha
me trae, que amor con celos, siempre acecha.

ENRIQUE.

Si al Duque al fin heredo,
y en verde mocedad, Clemencia, puedo
en tantos años iguales

1 En el original *em as*, errata evidente.

amarte esposo y remediar mis males,
¿cuánto mejor te está gozar sin miedo
de caducos engaños,
flores juventud que helados años?
No confundas tal tesoro,
ni con tu bella plata mezcles oro
de preciosos quilates,
pues cuando al ciego amor confundas ates,
si bien te quiere el Duque, yo te adoro,
ni tan hermoso espejo
niegue objetos á un mozo por un viejo.

DUQUE.

¡Oh, amante lisonjero!,
no serás, si yo puedo, mi heredero;
que no es bien me suceda
dudoso que en vida lo me oso me hereda.
Hijo tengo, retrato verdadero,
que á quien es corresponde.
Pero veamos lo que dice al Conde.

CLEMENCIA.

Enrique, en la tutela
del Duque, que en amarme se desvela,
quedé desde la cuna,
muertos mis padres; y en igual fortuna,
el tiempo de mi edad, que joven vuela,
conoce satisfecho
la poca falta que con él me han hecho.
Duquesa me obedece
Orleans, estado Real; si me apetece
mi tío el de Bretaña;
y el fuego de mi amor la nieve engaña,
que este hechicero amor rejuvenece,
no sé que el gusto mío
admita ver esposo á quien ve tío.
Ataja tu esos daños
y persuade sus restóreos años,
que yo que le obedezco,
no amante, padres, la mano ofrezco,
á quien, cuando consulte desengaños,
el Duque me dedique

ENRIQUE.

Espera.

CLEMENCIA.

Harto os he dicho, conde Enrique.

(Vase Clemencia.)

ESCENA VIII

El Conde ENRIQUE *y el* DUQUE, *oculto.*

ENRIQUE.

Harto, y tanto, que dudo
si estoy despierto ó sueño. Dios desnudo,
pues que rapaz te llamas,
destierren canas tus sacrosas llamas,
que tu reino jamás sufrillas pudo.
Al Duque desengaña
Dame á Clemencia, amor; dame á Bretaña.

(Vase.)

ESCENA IX

El DUQUE, *solo.*

Ni á Bretaña, ni á Clemencia,
que tengo va sucesor:
menos impulsos, mi amor;
y mis canas, mas prudencia.
La Duquesa ha dicho bien,
no dore mi senectud
con la verde juventud
que en su edad mis ojos ven.
Sucesores deseaba
que legítimos en ella
me heredasen, mas la estrella
que en Rogerio Francia alaba,
me inclina á que de Bretaña
el ducado ilustre herede,
y el conde Enrique se quede
con la opinión que le engaña.
Hijo es mío natural
mi Rogerio, y la prudencia
que hace á mi amor resistencia
le dará mujer igual. *(Vase.)*

ESCENA X

PINABRO y ROGERIO.

ROGERIO.

Ya he vuelto por la opinión
que perdió mi voluntad
por seca y sin afición;
ya, señor, la autoridad
y sentencia de Platón
puede difinirme en hombre;
pues si es animal sociable,
porque en él el amor te asombre,
una belleza agradable
me ha honrado con este nombre.
Ya estoy tan enamorado
que no sé si vivo en mí.

PINABRO.

¿Tan presto?

ROGERIO.

Es precipitado
amor. Vine[1], vi y perdí
la libertad, no el cuidado.
Ya juzgaré por mejor
potencia la voluntad
que el entendimiento: Amor,
de su noble facultad
hoy me ha hecho profesor:
desde hoy cursaré su escuela.

PINABRO.

Rogerio, perdido estás.

ROGERIO.

Amor, como es ave, vuela,
llega presto. Oye, sabrás
la causa que me desvela.
La caza, ocupación que al noble muestra
del trato militar frases y sumas,
al Duque trajo á la comarca nuestra,

[1] En el original es vine

que yo solía gozar, porque presumas
que el ver servir al viento de palestra
á escaramuzas de enemigas sumas,
mi natural inclina venturoso,
en ser simil de tuyo generoso.
Emboscóse, perdíle, y á la fuente
del arrayán, guiando amor mi paso,
la humildad contemplaba de su oriente,
la soberbia, ya río, de su ocaso.
cuando vagando amor por su corriente,
corrida su deidad del poco caso
que hacía de sus llamas mi sosiego,
rayos de agua forjó, si antes de fuego.
Una serrana, entre otras lavanderas,
cristales con cristales afrentaba
lavando linos y aumentando esferas
en círculos de plata, que acendraba.
Espejos eran todos, donde vieras,
que el sol con sus reflejos retrataba,
no ciego, lince si, bellos despojos,
dando ojos á la ropa y á amor ojos.
Esta es vasalla nuestra, esta es Leonisa,
de libres presunciones vengadora,
que flores crece cuando flores pisa,
perlas produce cuando perlas llora.
Pagaba el agua en sucesiva risa
contactos suyos, más murmuradora
que otras veces, que en ver que no podía
cursos parar, corriendo se corría.
Presas madejas, no de las que á Febo
peina el Aurora, que esas son de oro,
de ébano si, que estima el uso nuevo,
cabellos negros, no rubio tesoro,
en un jardín de red, cárcel que apruebo,
si es bien tener en la prisión que adoro
grillos de voluntades, que traviesos,
más almas prenden, cuando están más presos
Blanca gorguera, abierta lechuguilla,
guarnecida de puntas, mejor flechas
que entre limpia camisa, maravilla
será si ves sus pechos, y no pechas.
Ribeteado sayuelo de palmilla
verde en color, azul en mis sospechas,
mangas presas al hombro, cuyo lino
humano fue esta vez con lo divino.
Gozaba el agua lo demás que callo,
puesto que bien pudiera por viriles,
cuando no distinguillo, penetrallo.
Los ojos del amor, argos sutiles
de mi vasalla, en fin, siendo vasallo,
criminales deseos, en civiles
ejercicios, de estudios ocupados,
á nuevo amor dan ya nuevos cuidados.
No se lo que le dije, divertido;
mas se que respondiéndome agradable,
mudó palabras al mayor sentido,
si amor ciego, por ojos es bien que hable.
Tus consejos, señor, he ya cumplido;
hombre soy con Platon comunicable:
no dirás, si intratable daba nota,
que ya me agravia voluntad idiota.

PINARDO.

Ni tanto, hijo, ni tan poco;
ni en amar tan descuidado,
ni de suerte enamorado,
que de libre des en loco.
De dos extremos contrarios
un medio se perficiona;
la sequedad te ocasiona
á efectos extraordinarios,
y el amor que ahora adquieres
en cosa tan desigual,
de tu noble natural
te ha de hacer que degeneres,
á todo pondrás remedio
si ves, que para querer,
el cuerdo no ha de escoger
por fin lo que sólo es medio.
Quita tú de aquese amor
lo superfluo, y quedará
en buen punto.

ROGERIO. No será
posible eso ya, señor.
La memoria, que por tarda,
con dificultad aprehende,
lo que difícil entiende,
sin olvidarlo lo guarda.
Yo, que en la memoria tengo
esta vez la voluntad,
si puse dificultad
en amar, y ya prevengo,
prenda, en que mi gusto viva,
al ángel he de imitar
en no saber olvidar,
porque eterno en ella viva.

PINARDO. ¿Hay mudanza semejante?

ESCENA XI

DICHOS y CARLÍN.

CARLÍN. Nuesamo, los dos Duquesos,
con pájaros y sabuesos,
están en casa.

PINARDO. Ignorante:
¿qué dices?

CARLÍN. Que en casa están
los dos Ducos, hembra y macho.
¿Pensará que esto borracho?
Pues ya llegan al zaguán.

PINARDO. ¡Válgame el cielo! salgamos
á recebillos.

CARLÍN. ¡Verá!,
de rondón se entran acá.
Boda hay hoy: cena esperamos.

ESCENA XII

DICHOS. *Salen por una puerta el* DUQUE, CLEMENCIA *y* ENRIQUE. *Por otra,* LEONISA *y* FIRELA *con lios llenos de flores y* MÚSICOS *con vestimenta de labradores.*

MÚSICOS. *Que el clavel y la rosa*
¿cuál era más hermosa?

UNO. El clavel, lindo en color,
y la rosa toda amor;
el jazmín de honesto olor,
la azucena religiosa.

MÚSICOS. *¿Cuál es la mas hermosa?*

UNO. La violeta enamorada,
la retama encaramada,
la madreselva mezclada,
la flor de lino celosa.

MÚSICOS. ¿Cuál es más hermosa?
Que el clavel y la rosa,
¿cuál era más hermosa?

PINARDO. Mucho debe, gran señor,
á vuestra casa esta quinta,
pues por esta ocasión esta vez
para nosotros, es nueva.

DUQUE. ¡Oh, Pinardo! ya que á vos
de nuestra corte os retira
la calidad de aquestos campos,
envidio vuestra vida,
pues no me veis, vengo á veros.

LEONISA. Rogerio, Fineza mía,
á pesar de resistencias,
á mi amor atado os traigo.
Como te dije, es mi amante.
¿No ves cómo trae en su vista
con más ojos que pestañas,
porque sus penas no pidan?

FIRFLA. ¿Qué no perdonan los hechizos
de tu gracia, Leonisa!
pues las armas de tu amor
has vencido en agua fría.

DUQUE. Si tenéis tales serranas,
Pinardo, no es maravilla
que cortesías de Corte
por aldeanas paloteras
¡Qué cortesías lavanderas!

LEONISA. Advertencias, señor, propias,
libres de los badulaques
que á cada las damas emprenden.

ROGERIO. ¡Aparte! ¡Ay, serrana de mis ojos!
¡qué con dedos! ¡qué con puntas
la adherezas á que al monte
hacen bellezas soberanas!

CARLIS. Levanta la ropa de esa,
señor. Firfla y Leonisa,
y hay pastor que resista á vueltas
el alma de las cortesías.
Pero hay mozo avariento
que desmenuza sus tajas
y batana en amarradas
mis espaldas se desagan.

DUQUE. ¿Qué os parece, mi Clemencia,
las lavanderas?

CLEMEN. Que obligan
á su alabanza los ojos
y las almas á su crevida.

CARLIS. ¡Oh! pues si lavanderas vieta
un mercado con sus ropas
y encher de sangre y celosía
un obispo en su mula,
yo sé, por más que es duqueso,
que, sin buscar gallinas,
á la comida y la cena
no pidiera vino y manzanillas.

PINARDO. Rústico, apártate allá.

DUQUE. Deja de, por vida mía,
que tiene donaire extraño.

CARLIS. Pues palmete esta mañana,
que ahorra de sayete agua,
que hizo un vientre el otro día
se gastar más de un caldero:
¡mal se lavaría limpia!

DUQUE. ¿Este mancebo, que en ese
(Por Rogerio.)

PINARDO. Mucho, ver quien señora,
por ser, mi sangre y casa.

CARLIS. Perdone el otro día,
señor, á esta vieja dura,
que hay quien dice que tiene tiña,
y con fiera cerande,
la halló dentro una morcilla.

ROGERIO. ¿Amor es poca belleza

DUQUE. ¿No fuera injusticia
á tan presente negarle
mi voz con, siendo digna
de cualquiera merced grande?
Mi bien es, y amagen misma
de la prenda mi firmeza
que en esas estrellas pisa
Azad. ¿Cómo es vuestro nombre?

ROGERIO. Gran señor, Rogerio

DUQUE. ¡Aparte! Admita
Pinardo por su señor
tan heroica gallardía,
que yo no quiero ha de ser.

ROGERIO. ¡Ay! Suspenso el Duque me mira.

DUQUE. Pues me ha de heredar en muerte
quien piensa heredarme en vida.
Pinardo, ya que las causas
tan justamente os tuvieran
de la asistencia en mi corte,
Rogerio está en que la siga.
Yo no quiero llevarle.

ROGERIO. ¡Ay, cielos!

LEONISA. ¿Qué es esto, amiga?
¿Os amada y he vuestro ausente?

FIRFLA. ¡Aparte! Amanta tarde olvida.

PINARDO. Habéis podido vuestra alteza
en esa acción con distintas
esperanzas y deseos.
Los primeros con las viñas,
viendo que en Rogerio puede
darnos nueva vez poesía
traslado de original,
que vuestra calidad imita.
Y con las suyas, señor,
porque de suerte se anima
á servirnos en la corte,
que importuno cada día
mi pobreza repercherde.

ROGERIO. ¡Aparte, Ay, serrana de mi vida!
¡Oh, á que estas verdades
se hicieran por ti mentiras!
Procurad ser cortesana
antes de verte vuestra vista,
la corte será deseo
que ausente de tu vista aflija.

DUQUE. Hoy, Rogerio, seguro estés,
vuestra esperanza es cumplida.
Trocaos por la corte, campos,
y por pastoras las damas

ROGERIO. Honrándome vuestra alteza
por tan clara mejoría,

1 En el texto y en la edición de Hartzenbusch este, pero es errata evidente

1 Suplí esta voz
2 En el original de mio

¿qué intereses es despreciar
lo que en sí no tiene estima?

(El Duque se pasea a una parte. Clemente y Enrique hablan en la puerta. Rogerio también en otra parte, y un poco apartado de todos Leonisa y Pinedo.)

DUQUE. Escuchad. Pasead aparte.
ENRIQUE. (A Clem.) Creed de mí, hermosa prima,
que no me he persuadido,
y el Duque se va de partida,
he de perder la Bretaña.
CLEMEN. Tenga el amor de sobrina,
y aunque se desdeñe amante,
no será bien que permita
desacatos tan groseros.
ROGERIO. (A Leonisa.) No merecen mis desdichas,
de este lazo de tu mano,
darme con esta alegría.
Hoy estás me vuelves de parto.
¡Amor y ausencia en un día!
¡Pena y gloria en un instante!
Si no acaban con la vida,
no serán efectos de amor.
LEONISA. Son ya, Rogerio, la mía,
que ha tanto que sustentaba
su esperanza en vuestra vista,
pero no habré de pasar,
que vos, en fin, estáis leída,
por nueva no os peleante,
presto hallaréis medicina.
¿A qué destierro os partís
a la corte, en que hallan tantas
entre hermosuras y engaños,
amorosas bizarías?
¡Pobre de quien sola queda!
ROGERIO. ¿Bizarías, prenda mía,
señores que en un instante
el favor en breve eternizan?
¿Pueden mudanzas del tiempo,
mentiras de las estrellas
que a Troya han dado tragedias,
anegar, ni aun cenizas?
¿Pues por qué tan poco amor
no quieres que eternos vivan
en una voluntad firme,
que victoriosa conquistas?
Inmóvil soy a mudanzas.
LEONISA. Que se cumpla y no se diga
es, Rogerio, lo que importa.
ROGERIO. ¿Que temes?
LEONISA. Circes que hechizan.
ROGERIO. Cisnes soy.
LEONISA. Todo engaños.
ROGERIO. Tu me agravias.
LEONISA. Tu me olvidas.
ROGERIO. ¡No! ¿Cómo?
LEONISA. Como te ausentas.
ROGERIO. En ti me quedo.
LEONISA. ¿En mi misma?
ROGERIO. Sí, mi bien.
LEONISA. ¡Ay, que eres hombre!
ROGERIO. Hombre y firme.
LEONISA. ¿Quién lo afirma?
ROGERIO. Quien te adora.
LEONISA. Jura.
ROGERIO. Juro.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duque os mira.
DUQUE. ¿Qué estás sabio? ¿Qué estás diestro?
PINEDO. Es, gran señor, cosa vuestra
de las cazas las postreras.
ENRIQUE. No quiera el cielo que viva
para dilatar su corta,
y dar a tu edad lozana
el efecto de sus años,
que la tuya esterilizan.
CLEMEN. Dios Dios, que a Duque
sabio en tan alegre vida,
como en mí creen dos os
de que en vos amor prosiga.
LEONISA. Pinto, Rogerio, ¿os partís?
ROGERIO. Luego que vos, Leonisa
no pongáis amor en agua,
prosiga su reina
¡Que las ausente se enturbian
sus claros cristales!
¡Que tan desaparecen,
dando a sus corrientes prisa!
LEONISA. No sé si me hiciera acorte
destas sociedades.
ROGERIO. Dista
lo que basta para estorbo
de verte y de oírla.
LEONISA. Cazas hay que amor inventa,
garzas nuestros montes crían;
amor es todo ocasión
si la ausencia no la estorba.
Si vos la buscáis, Rogerio,
yo haré también de las mías
para poder ser amada.
ROGERIO. Cumplirélo, Leonisa,
volveréis el alma a un muerto
y veréis que resucitan
las veces que a ver me fuere,
mis esperanzas marchitas.
LEONISA. Ya queréis otra.
ROGERIO. ¿Yo, a quién?
LEONISA. Hay allá damas que pisan
plata en corchos arrastrados.
ROGERIO. De su mudanza me avisan.
LEONISA. Arrastran telas.
ROGERIO. ¿Que importa?
LEONISA. ¿Pues que estima sois vos?
ROGERIO. Tu frisa.
LEONISA. ¿Mas que el brocado?
ROGERIO. ¡Pues no!
LEONISA. ¿Por que, si es tosca?
ROGERIO. Es sencilla.
LEONISA. Traen cadenas.
ROGERIO. Son prisiones.
LEONISA. Traen hermezas.
ROGERIO. Son postizas.
LEONISA. Traen diamantes.
ROGERIO. Son engaños.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duque os mira.
DUQUE. Casarele con Clemencia,
si el Papa le legitima,
y sucederá en mi estado.
PINEDO. Sea su hermosura es digna
de esposa que herede reinos.
ROGERIO. ¿Permitís que te escriba?
LEONISA. Si las cartas son tan sal
que conserva amor, ¿quién quita
que no escribás por instantes?
ROGERIO. ¿Sabes leer?

LEONISA. La cartilla
de tu amor, donde comienzo
el A B C de mis dichas;
ROGERIO. ¿Y escribir sabrás?
LEONISA. También;
pues siendo de amor pupila,
plumas serán pensamientos
y lágrimas darán tinta.
ROGERIO. ¿De quién podremos fiarnos?
LEONISA. De Carlín, cuyas malicias
son en toda aquesta sierra
sin perjuicio y de risa.
ROGERIO. En fin, ¿no me olvidarás?
LEONISA. Amor labrador no olvida.
ROGERIO. ¿Serás firme?
LEONISA. Seré bronce.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.
DUQUE. Ya me parece que es hora
que nos partamos, sobrina.
Traigan, Conde, los caballos.
CARLÍN. Boca abajo el zaguán pisan.
DUQUE. Venga conmigo Rogerio
PINARDO. Gracias á Dios que cumplidas,
hijo, ves tus esperanzas.
Letras, armas, cortesía
te he enseñado. Si con ellas,
entre enredos y mentiras,
te conservas, bien logradas
serán las lecciones mías.
Hágate dichoso el cielo.
ROGERIO. Adios, señor. Mi Leonisa,
esto es partir.
CARLÍN. Con dolores,
porque es parto una partida.
ROGERIO. No me olvides.
LEONISA. ¿Cómo puedo?
ROGERIO. ¿Irásme á ver?
LEONISA. Cada día.
ROGERIO. Adios.
LEONISA. Adios.
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.'

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El DUQUE, ROGERIO, CLARENCIA *y otros*

DUQUE.

Ya estás legitimado,
y por sucesor mío declarado
en Bretaña, que estima
las partes con que el cielo te sublima.
Ya yo, cansado y viejo,
seguro de tus letras y consejo,
en tus hombros alivio
el peso del gobierno que no envidio,
sino ociosos descansos
de cazes leves y de libros mansos,
porque en vejez lograda
me manda el tiempo jubilar la espada
Clemencia es mi soberana,
en hermosura y discreción divina;
del de Borgoña hermana,
de Orliens Duquesa, que apacible y llana,
mientras Roma dispensa,
sólo en amarte, como á dueño piensa,
juzgando á gloria inmensa el bien que gana.
Rogerio, ¿pues que es esto?
¿Tú, triste agora, cuando manifiesto
secretos que ha tenido
el tiempo en las entrañas del olvido?
Cuando sólo creías
heredar las groseras alquerías
que viste el sayal pardo,
hijo de un Duque ya, no de Pinardo,
en posesión segura
del estado bretón, donde te jura
por señor la nobleza,
¿melancólico tú? ¿Tú con tristeza?
Pudiera hacerte agravio,
á no llamarte tus estudios sabio,
creyendo que echas menos
montes de riscos y de encinas llenos,
rústico por costumbre,
y que te da la corte pesadumbre,
el palacio tristeza,
y bárbaro disgusto esta belleza:
que aunque ilustre has nacido,
podrás, como entre montes has vivido,
de la costumbre hacer naturaleza.

ROGERIO.

Las razones que alegas
contra el tropel de mis pasiones ciegas,
á mi tristeza añaden
grados, señor, que más me persuaden
á la melancolía
que ocupa mi confusa fantasía.
Estaba yo contento
con un mediano estado, fundamento
de la alegre esperanza
que intenta malograr esta mudanza;
ni pobre jornalero,
ni privado en la corte lisonjero,
mas con la mediania
que Salomon, prudente, á Dios pedía;
porque ni la pobreza
deja volar ingenios, ni la alteza
que estriba en la abundancia,
se escapa de soberbia é ignorancia:
pues sólo hallan remedio
estos extremos en el quinto [1] medio
que forman la bajeza y la arrogancia.
Era mi pasatiempo
los libros y las armas, contra el tiempo
que el ocio necio pierde:
ya el agua, el viento, y ya el campo verde,
midiendo auroras frescas
con envidiosas cazas y con pescas;
y mientras estudiaba,
agradecido al cielo, me preciaba,
que á pesar de la herencia
en que en el mundo estriba la potencia
de necios opulentos,
que llamo sabios yo por testamentos;
yo con la industria mía,

---

1 Así el original y Hartzenbusch, pero debe de ser «justo».

lo que no á la fortuna, le debia
á la naturaleza,
ambicioso de fama y de grandeza
no heredada, adquirida
con noble ingenio y estudiosa vida,
que ilustra mas la personal nobleza.
Agora, pues, que veo
frustrados mis estudios y deseo,
y que en fe desta herencia
no hay entre mi y el necio diferencia,
pues fortuna inconstante
con riquezas me iguala al ignorante,
¿no te parece justo
que cuando adquiero estado, pierda el gusto,
viendo, como soldado
en la paz el ingenio reformado?
A pocos poderosos
he oido celebrar por ingeniosos,
que en ellos, de honras llenos,
es el ingenio lo que vale menos.
Y así siento, ofendido,
tener en menos lo que más ha sido,
pues creera que en me jura
que no es sabio quien tiene tal ventura:
y si es así ¿en qué precio
tendré este estado, en opinión de necio,
contra el ingenio que volar procura?

DUQUE.

Toda melancolía
ingeniosa, es un ramo de manía,
y no hay sabio que un poco,
si á Platon damos fe, no toque en loco.
En ti lo verificas,
sintiendolo de modo que lo explicas.
Feliz Platón llamaba
el reino donde el Rey filosofaba.
¡Mira tu cuán opuesta
es la opinion que triste te molesta!
Probarás cuán súave
es el gobierno para aquel que sabe,
y en medio la experiencia,
la divina hermosura de Clemencia
será como instrumento
que divierta tu triste pensamiento.
Sus discursos reprime,
que suele hacer más mal el más sublime,
pues tal vez daña el mucho pensamiento *(Vase.)*

ESCENA II

ROGERIO, y CLEMENCIA.

CLEMEN. Si como yo os tengo amor,
ventura tambien tuviera
para alegraros, señor,
contento Bretaña os viera
y á mi con gusto mayor.
Mas si para divertiros
os pueden ser de provecho
propositos de servirros,
deseos de un firme pecho,
y de un alma fiel, suspiros,
toda yo en vos empleada
os ofrezco, dedicada
al tiempo de vuestra fe:
vos sois mi sol, yo sere
nube por vos ayudada.
Si estais triste, en la tristeza
se entretendrá el alma mia,
que ya á pintaros empieza;
si alegre, hará mi alegría
alarde de esa belleza.
Sere, en fin, espejo fiel
que en todas las ocasiones,
sin colores mi pincel,
retrate hasta las acciones
vuestras, mirándos en el.

ROGERIO. Perdoneme vuestra alteza,
que merece su belleza
un gusto más sazonado
que el mio, agora asaltado
desta entada tristeza.
Para mejor ocasion
guardo el agradecimiento
que debo á tanta aficion,
cuando el amor y el contento
pongan el gusto en sazón.
Y entretanto dé lugar
á que sin mas compañía
que mi descortes pesar
ceda á la melancolía
el derecho del amar.

CLEMEN. No tengo más gusto yo
que el vuestro. Ah mi amor llegó *(Ap.)*
de la esfera de mi cielo
la llama, que envuelta en yelo,
abrasandome me hielo.
Esta sequedad adoro,
este entendimiento estimo,
deste marmol me enamoro,
y amando me desatino,
porque su sospecho, ignoro.
Discreto que tanto sabe,
triste sin mas ocasion
de la que alega, no cabe
en buen discurso y razon.
Celos, fa sead la llave
de su escondido secreto,
y aunque perdais el respeto
al recato y al temor,
sabed si es la causa amor,
porque llore yo el efecto.
Mi sospecha temerosa
sacara á sus desvelos,
pues son, pasion amorosa,
inquisidores los celos
que no se les pierde cosa. *(Vase.)*

ESCENA III

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mia,
con sofisticas razones,
buscar nuevas ocasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el dia
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento:
ya sin ti, será tormento
la más regia voluntad.
Perdite; ya no es posible,

en desiguales estados,
dar alivio á mis cuidados,
ni ver tu rostro apacible;
pues amar un imposible
será eterno padecer;
no amarte, no puede ser;
pues, amarte, y no esperar
padecer, y no olvidar,
es morir y no poder.
Si yo de Pinardo fuera
hijo, cual pense, y te amara,
cuando á mi ser te igualara,
poco tu suerte subiera
Soy Duque ¡ay, fortuna fiera!
tormentos con honras das:
ya yo se que igualado has,
midiendo amorosas leyes,
los pastores á los reyes:
mas yo soy sabio, que es más.
Con cuanto rey, tan era mucho
llevarme de mi pasión;
en cuanto sabio, es acción
en que mi deshonra escucho.
¡Con que de contrarios lucho!
Amando, he de aborrecer;
príncipe, tengo poder;
sabio, ocasiono mi agravio,
y amante, príncipe y sabio,
queriendo, he de no querer.
Pues dar alivio á mi amor
por medio menos que honesto,
ni aun pensarlo, porque he puesto
todo mi honor en tu honor.
Morir, Leonisa, es mejor:
batalle en mi fantasía
esta contraria porfía,
mientras la vida haga pausa,
como se ignore la causa
de tanta melancolía.

ESCENA IV

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. Que el Duque me haya quitado
por vos, bastardo y espurio,
á Bretaña, no me injurio,
que mi nobleza me ha dado
la sucesión suficiente
que mi sangre ha merecido;
legítime á un mal nacido
el Papa, estando yo ausente,
que de su elección aguardo
el suceso que merece
la provincia que obedece
por Duque suyo á un bastardo.
Pero que con esta herencia
el Duque á Clemencia os dé,
eso no, que os sacaré
el alma yo con Clemencia.
Si fuérades sabio vos,
y por consiguiente, cuerdo,
entrárades en acuerdo,
y comparando los dos,
vos y Clemencia, mi prima,
tendríades su nobleza,
porque en la naturaleza
el Papa no legitima;
ni por más que os habilite
para el estado que os da,
posible al Papa será
que mancha de sangre os quite.
Al agua más limpia y clara,
como á otro cualquier licor,
se le pega el mal sabor
del vaso vil donde para;
y aunque de reyes franceses
sangre el Duque os haya dado,
el vaso en que habéis estado
por lo menos nueve meses,
que os habrá pegado, es llano,
el bajo ser que tenéis,
pues sois Duque, y no perdéis
los resabios de villano.
Que no es más que vesanía
el soberbio pretender
á Clemencia por mujer
legítima, y sangre mía.
¿Conmigo competís vos,
sin honra, ser, ni consejo?

ROGERIO. Conde, miraos á un espejo,
y vengaréisme de vos. (*Vase.*)

ESCENA V

ENRIQUE

¿Que yo á un espejo me mire,
y de mí le vengare?
Extraña respuesta fué:
causa me da que me admire.
¡Cuando le injurio y espero
que usando de su poder,
ó ha de mandarme prender,
ó vengar en mí su acero,
sin airarse contra mí,
sin hacer de injurias caso,
sin descomponer el paso
se parte y me deja así!
Suceso es digno, por Dios,
de admiración y consejo.
«Conde, miraos á un espejo,
y vengaréisme de vos.»
¿Si quiso decir por esto
lo que Séneca advirtió,
que la cólera y el vino
en un mismo grado ha puesto,
cuya furia y frenesí,
si la razón no la aplaca,
al hombre más cuerdo saca,
para afrentarse, de sí?
«Si el airado se mirase
(dijo Séneca) á un cristal,
yo sé que viéndose tal,
de sí mismo se afrentase.»
Ya mi cólera se mira
á vuestro espejo, razón,
y ya mi loca pasión
afrentada se retira.
Justamente os llaman sabio,
pues por tal es bien se estime
que en sus pasiones reprime
y disimula su agravio.

---

1 En el original: Hartzenbusch escribió «divinos».

No haya más entre los dos,
que me diréis, si me quejo
«Conde, miraos á un espejo,
y vengaréisme de vos.» (Vase.)

ESCENA VI

CLEMENCIA y CARLÍN.

CLEMEN. Yo gusto desto, de alde.
CARLÍN. ¿Pues por qué no habían de entrar?
CLEMEN. Cuando yo salí á cazar
te conocí.
CARLÍN. Ni el alcalde,
ni el cura, me quita á mí
que no entre, si se me antoja,
en la iglesia.
CLEMEN. ¿Quién te enoja?
CARLÍN. Un viejo, porque entro aquí.
CLEMEN. Es aquese el guarda damas.
CARLÍN. ¡Válganos Dios! ¡que hay quien deba
guardar damas, y se atreva
á que no quemen las llamas!
Pues aun no puede un marido
guardar solo á su mujer,
¿y habrá quien pueda tener
tanto palacio en un nido?
El tiene gente, tempero.
CLEMEN. ¿A qué has venido á palacio?
CARLÍN. En el campo hay más espacio
que acá. Mas diga, ¿es de vero
que Rogerio es Duco?
CLEMEN. Sí.
¿Vendrás á pedir mercedes?
CARLÍN. Si viniere o no...
CLEMEN. Bien puedes,
que yo rogaré por ti.
CARLÍN. Y qué, ¿el Duco viejo es ya
su padre?
CLEMEN. Él le ha dado el ser.
CARLÍN. ¿Y él os diz que es su mujer?
CLEMEN. Mi esposo ha de ser.
CARLÍN. ¡Verá!:
hombre huésemprede chapa;
desde mi chacho lo tuvo.
Cura en nuso lugar hubo
que ad y no el verle papa.
CLEMEN. ¿Cómo?
CARLÍN. Desde el primer día
que empezó de gorgear,
á todos los del lugar
taita y *papa* les decía;
y como no se le escapa
nada al cura al punto dijo:
«¿Papa sabéis decir, hijo?
pues yo espero veros papa.»
CLEMEN. ¡Graciosa rusticidad!
Pues le vais, serrano, á ver,
procuralde entretener,
y su tristeza al viad,
que después que es Duque, vive
melancólico en extremo,
y al paso que le amo, temo
su salud.
CARLÍN. ¡Oh! si recibe
cierto envoltorio que aquí
le traigo, yo le aseguro
que ella vea cual le curo.
CLEMEN. ¿Es regalo?
CARLÍN. Creo que sí.
CARLÍN. Mostralde acá.
CARLÍN. Viene oculto.
CLEMEN. ¿Es de Pinardo?
CARLÍN. No es dél.
CLEMEN. ¿Pues cuyo?
CARLÍN. Es cierto papel.
CLEMEN. Regalo que no hace bulto,
¿qué será?
CARLÍN. ¿No lo penetra?
Son unos polvos.
CLEMEN. ¿De qué?
CARLÍN. De carta, que si los ve,
también podrá ver la letra.
CLEMEN. ¿Es billete?
CARLÍN. Sí, por Dios.
CLEMEN. ¿Quién le escribe?
CARLÍN. No hay decillo.
CLEMEN. ¿Por qué?
CARLÍN. Mándanme encubrillo,
principalmente de vos.
CLEMEN. ¡Ay, cielos! ¿Y es quien le avisa
en el alguna serrana?
CARLÍN. Más fresca que la mañana.
CLEMEN. Bueno, ¿y llámase?
CARLÍN. Leonisa.
CLEMEN. Según eso, no me espanto,
si es su amante, y no la ve,
que triste Rogerio este.
¿Quiérense mucho?
CARLÍN. Tanto cuanto.
CLEMEN. ¿Y cual de aquellas dos era,
que cuando á caza salí
con Rogerio hablando vi?
CARLÍN. Picando os va la celera.
La que me ha dado esta carta,
cuyo porte pagáis vos,
es, señora, de las dos,
barbinegra y carihartа.
CLEMEN. ¿Esa es Leonisa?
CARLÍN. ¿No bonda
decir que sí? En muesa villa
la llaman «la albondiguilla»
por ser tan catirredonda.
CLEMEN. ¿Y á esa quiere?
CARLÍN. Es bella moza.
CLEMEN. Mostrad el papel acá.
CARLÍN. Mas no nada.
CLEMEN. Acabad ya,
villano.
CARLÍN. ¡Ay, que me retoza!
CLEMEN. ¿Vos sabéis aquestas tretas,
rustico, zafio, villano?
CARLÍN. ¡Aquí del Rey, que la mano
quiere meterme en las tetas!
(Sale Rogerio.)

ESCENA VII

DICHOS y ROGERIO.

ROGERIO. ¿Qué es aquesto?
CLEMEN. La ocasión
de vuestra melancolía,
si de la desdicha mía
presagios ciertos no son.

Triste estás: teneis razon,
que el mudar naturaleza
¿á quién no causa tristeza?
Y más á vos, que trocado
habeis un ilustre estado
por esta vil rusticueza.
Será para vos desierto
la corte que os recibe,
porque donde el gusto vive,
que vive la corte es cierto.
Cambio os da el amor, abierto
en letras que os ha librado,
cobrad, quedareis pagado,
si aceptáis de mejor gana
una morada villana
que un generoso ducado.
Y alegraos, que ya os avisa
de que en vuestra triste ausencia
no ha de malograr Clemencia
esperanzas de Leonisa.
Guardad para ella la risa,
y para mí los enojos
que sus villanos despojos
el alma os traicionaron,
yo, porque á vos os miraron,
sabré castigar mis ojos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

ROGERIO y CARLÍN

ROGERIO. ¡Bárbaro!: ¿que has hecho?
CARLÍN. ¿Yo?
no me sé: ¿qué quiere c'aga?
Aquesta sería la paga
del parabién que le do.
ROGERIO. ¿Envióte acá Leonisa?
CARLÍN. ¿Pues quién me había de enviar?
ROGERIO. ¿Y escribe?
CARLÍN. Todo un plenar,
por más que la daba prisa.
ROGERIO. Y le habrás dicho á Clemencia
todo cuanto en mi amor pasa.
CARLÍN. Pues si con ella se casa,
¿no era encubrillo conciencia?
ROGERIO. ¿Hay disparate mayor?
CARLÍN. El marido y la mujer
¿una carne no han de ser
y un alma? El sermonador
mos lo dijo el otro dia.
ROGERIO. ¿Que querrás decir por eso?
CARLÍN. Pues si es su carne y su gueso,
el papel que á él le traia,
y yo le negué importuno,
cuando á su mujer se diera,
¿qué importa que le leyera?
ROGERIO. ¡Hay tal necio!
CARLÍN. ¿No es todo uno?
ROGERIO. ¿Distesele al fin?
CARLÍN. ¡Mal año!
ROGERIO. ¿Que es del?
CARLÍN. Aquí está metido.
ROGERIO. Discreto tercero has sido

CARLÍN. No hay ya discretos ogaño.
ROGERIO. Muestra acá.
CARLÍN. ¡Que mala cuca
la Duca debe de ser!
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!
CARLÍN. Un Lucifer
es si enoja la Duca.
(Lee Rogerio la carta.)
«Del plácame que os envio
volvedme el pésame á mí,
pues lo que siempre temí
llora ya mi desvarío.
Duque sois, y no sois mio:
gozeis en gusto mayor
mejoras de vuestro amor,
que si en esta triste ausencia
fuere allá todo *clemencia*,
todo acá será rigor.
Entre celosas mudanzas
mis deseos faetones,
envidiando posesiones
sepulturan esperanzas.
Dad, sin injuriar, venganzas
á quien me ha de suceder,
que yo que os supe querer,
y nunca sabré olvidar,
siempre, Duque, os sabré amar
si no os supe merecer.»
ROGERIO. ¡Ay, imposible que dol!:
tus parabienes son tales,
que mas serán para males
del bien que sin ti he perdido.
Quejas, Leonisa, me das,
cuando en tus valles amenos
quisiera yo valer menos
que aquí, por gozarte más.
Sin ti ¿que vale la corte,
si lo es por ti el monte? En fin
perdonándote, Carlin,
te vengo á pagar el porte
deste papel. Ven acá:
¿llora por mí mi Leonisa?
CARLÍN. Todo es llanto, si era risa,
suspiros de á legua da.
ROGERIO. ¿Tanto llora?
CARLÍN. Ojos y cholla
tiene, que es vella compasión,
y más si hace salpicon
y es picante la cebolla,
no embargante que haya quien
ocupando el lugar vueso,
ande por ella sin seso
y la quillotre tambien.
ROGERIO. Será algun pastor
CARLÍN. ¡Mal añol
Es caballero, que hereda
dos castillos, cruje seda,
y guarnece de oro el paño.
ROGERIO. ¿Quién es?
CARLÍN. Filipo, el señor
de Castel y Fuen-Molino.
ROGERIO. ¿Filipo, nuestro vecino?
CARLÍN. Ése la tién tal amor,
que á do quiera que la vé
la pest lenc a le toma.
No hay desde París á Roma
quien tales musquinas dé.

1 Así enmendo Barrenbusch el texto que decía «otra».

Anoche cantó á su puerta
con otros dos una trova,
y por Dios que no era boba:
pero no estaba despierta
la moza, y quedóse en seco.

ROGERIO. ¿Y qué dice á eso Leonisa?

CARLÍN. Aunque hace de su amor risa,
perdoneme Dios si peco:
que ella es hembra, y él es tal,
que temo ha de derriballa
á la postre.

ROGERIO. Torpe, calla.

CARLÍN. Hurtáronmos del corral
el gallo el lunes pasado
no sé cual de las vecinas,
y viudas las gallinas
no atravesaban bocado.
Llevélas otro mejor,
y él, todo plumas y gala,
ya quillotrando el una ala
hasta el suelo alrededor,
ya escarbando, apenas toca
el muladar con la mano,
cuando por dallas el grano
se le quita de la boca.
Él las con los gustos nuevos,
menospreciando el ausente,
que do no hay gallo presente
diz que no se ponen huevos,
darán á Leonisa olvido,
y hará en la memoria callos,
que de galanes y gallos,
uno ido, otro venido.—
Mas no sé quién entra acá.

ROGERIO. Espérame afuera un rato,
mientras que responder trato
á Leonisa.

CARLÍN. ¿Escribirá?

ROGERIO. Pues no!

CARLÍN. Acabe, que es tarde.
Al puebro, par Dios, me acojo,
que me miro de mal ojo
la Duca, y el diabro aguarde. *(Vase.)*

ESCENA IX

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. Primo sabio, en el espejo
me he visto de la razon,
donde para confusion
de mi mismo, faltas dejo.
Vuestro prudente consejo
á pedir perdón me obliga,
y á que respetándoos diga,
que no hay más cuerda venganza
que aquella que con templanza
aconsejando castiga.
Pues sois sabio, perdonad
mi necia descompostura.

ROGERIO. Conde, amor todo es locura,
ciega es toda voluntad.
Yo estimo vuestra amistad
sin haceros competencia:
remitidlo á la paciencia,
y tendréis presto noticia
que hay para todos justicia,
pero para vos *clemencia*. *(Vase.)*

ESCENA X

ENRIQUE, *solo.*

¿Para mí Clemencia? Enigma
es, que mi ventura entiba.
Rogerio es sabio y no habla
sino sentencias de estima.
Esta esperanza me enfrena:
haced mi divida, obedencia,
amor, y tened paciencia,
pues Rogerio os da noticia
que hay para todos justicia,
pero para mí *clemencia*. *(Vase.)*

ESCENA XI

PINARDO y FILIPO, *caballeros los dos en traje de campo.*

PINARDO.

Es Leonisa una hermosa labradora,
Filipo, que si bien se considera,
es en belleza y discrecion señora,
aunque la humilde caridad grosera.
Su padre, mozo entonces, viejo ahora,
en los principios de su edad primera,
extranjero la trujo á esta montaña
para ilustrar sayales de Bretaña.
Rentero ha sido mio muchos años,
y aunque pobre, os afirmo que parece
que desmintiendo su prudencia engaños,
algun valor oculto le ennoblece.
Vaivenes causa la fortuna extraños:
mas sea humilde o noble, ella merece
ser excepcion entre esta rusticueza
de tosca sangre y de comun belleza.
No porque vos la améis, pierde conmigo
la elección que habéis hecho en su hermosura

FILIPO.

Si tal abono en mi favor consigo,
¿por qué recela estorbos mi ventura?
Estoy sin padres, y, aunque noble, sigo
la inclinacion, Pinardo, que procura
de mi oro noble y de su lana escasa
telas tejer con que adornar mi casa.
Desdéñame Leonisa: no me espanto,
que no creerá promesas generosas
en tiempo donde amor promete tanto
y paga al cabo en dádivas mentirosas.
Si vos la persuadís que al yugo santo
conmigo ate coyundas amorosas,
pues siempre os tuvo obedencial respeto,
la vida os deberé.

PINARDO.

Yo os lo prometo.

ESCENA XII

DICHOS y FIRELA *con unos corales en la mano.*

FIRELA. Cuando los corales pierde
Leonisa, perdida esta;
pero quien perdido ha
su esperanza, un tiempo verde,
y ya marchita, ¿qué mucho
que de cuentas no haga cuenta?

Amor, suspensión violenta,
¡qué de males de ti escucho!

PINARDO. ¿Qué hay, Firela, por acá?

FIRELA. Perdido en la fuente Leonisa,
lágrimas dando a su risa,
estos corales. Si está
en casa, mande, señor,
que los salga a recibir.

FILIPO. ¿Suyos son?

FIRELA. Y ha de sentir,
pena el perderlos.

FILIPO. Mejor
será, dándoos el hallazgo,
que me los deis a mí.

FIRELA. ¿A fe?

FILIPO. Y en cabeza los pondré
de mi noble mayorazgo.

FIRELA. ¿Para qué quiere corales?

FILIPO. Para alivio de pasión,
que en el mal de corazón
me aliman que son corales.

FIRELA. Desear bienes ajenos
es pecado.

FILIPO. Restituye
en ellos quien me destruye
cuando no la mas, la menos.
Tomad vos esta sortija.

FIRELA. ¿Puedo yo ser liberal
de hacienda agena?

FILIPO. Mi mal
me manda que los deje.

FIRELA. Si lo sabe, ¿qué dirá?

FILIPO. Dalde vos esta cadena
por ellos

FIRELA. Enhorabuena;
mas no la recibiré,
no habiendo quien dársela ose.

(Dale Firela las sortijas a Filipo y toma de él la cadena y se retira.)

PINARDO. Soy yo su casamentero,
y daréla a Filipo quiero.

FIRELA. Como ella acepte, acabóse.

PINARDO. Vos habeis de interceder,
que, en fin, mas podremos dos.

FIRELA. Como se lo mande vos,
¿qué hay que dudar ni temer?

PINARDO. Decís bien, que es mi vasalla.
Bien Rogerio la ha querido. (Ap.)
si es Filipo su marido
y el sabio, vendrá a olvidalla. –
Vamos.

FILIPO. Convertidos en risa,
lágrimas de amor leales [1]
y corales de Leonisa. (Vanse los dos.)

ESCENA XIII

LEONISA y FIRELA

LEONISA. Anticipóse el invierno,
valles, si hasta aquí floridos,
ya secos, mi bien ausente,
ageno sí, que no mío,
ya no esperes coronar
de verbenas y de lirios
las márgenes de sus fuentes,
los troncos de estos ríos,
si Rogerio todo es falta.

FIRELA. Leonisa, de los suspiros
que das, si son de amor,
lo que has avanzado has
Si todas por tus corales,
hallarás cosa un perdido,
que tan ganado en perderlos.

LEONISA. Todo lo que causa olvido
no perdido, mi Firela.
Mas ¿quién los tiene?

FIRELA. Filipo.

LEONISA. ¿Quién se los dio?

FIRELA. Su ventura.

LEONISA. ¡Qué mal dueño han escogido!
Cóbramelos, mi serrana,
así poblando tus hijos
todos estos despoblados,
cortes vuelvan sus cortijos.

FIRELA. Levántaste con ellos
y alega en tu pertrecho
que le tienes acá el alma,
y así, que le es permitido
cobrar de donde pudiere,
fuera de que, como es feo,
lo que te usurpa en corales,
en oro pagarte quiso.
Esta cadena me dio
para ti.

LEONISA. ¿Qué desvaríos,
Firela, te descomponen
ó la lealtad, ó el precio?
¿Tu eres mi amiga?

FIRELA. Por cierto
esposo te sé decir
aguas, ya que no á tu estado,
á tu pensamiento altivo.

LEONISA. ¿Pues en quién puede emplearse
sin subir a merecido
hasta adorar a Rogerio,
que ya no caiga abatido?

FIRELA. Rogerio es Duque.

LEONISA. ¿Qué importa?

FIRELA. Cásanle.

LEONISA. Puesto que envidio
venturas de mi contraria,
no por esa desconfío.
Mas, si es solo pretensión
del alma, que no apetito;
y es amor por solo amar,
es perfección, si es martirio.
Que se case á no Rogerio,
ni con Clemencia compito,
ni se asemejan las llamas
de mi amor puro y limpio.
Tu eres apasionada
cobrecha has recibido:
para amiga no eres buena;
ni sé si hasta aquí lo has sido.
Quédate á Dios con tu oro,
cumplido de tus deseos,
que según hace tu amores,
no es mucho que ande amarillo

1 Falta un verso en el original que Hartzenbusch suplió así:

«den esperanza mis males».

FIRELA. Ove, espera, y vuelve acá,
que es Rogerio, y no es Filipo,
que tienen prendas dotadas
encadenadas los sentidos.
LEONISA. ¿Que dices?
FIRELA. Que en tu amistad
la prenda firmeza hicieron,
con que la primera prenda,
en vez de firmeza, dieron
¿Así obligas mis respetos?
LEONISA. No a ti te debo verdad alguno,
en riesgo de mi crueldad,
usa de libertades tuyas.
Mas ¿vienes o de ti mismo?
¿has llevado a Duque el papel?
¿dónte para o eso, perdida?
¿qué ha pasado? ¿qué te ha dicho?
FIRELA. ¿Has de dar gusto a quien fuiste?
Si con Carlín le has enviado,
y ha vuelto con la respuesta,
¿qué preguntas?
LEONISA. ¿Están vivo?

ESCENA XV

DICHOS Y CARLÍN

CARLÍN. ¿Quién corta a Carlín el nombre?
LEONISA. ¡Oh, ya viene mi alegría
de mi alma! ¡Oh, mis brazos!
CARLÍN. Estese quieta. Oh, qué cansado
Por Dios, que pensé Firela
que se los pagaba, puesto
a voces, para dar cuenta!
LEONISA. En fin, ¿Rogerio ha venido
hombre en sus cabales? en fin, ¿es
de la firmeza prendas?
en fin, ¿no sabes darme?
CARLÍN ¿Pues qué quieres que se lo dijo?
¿ha habido bestia tan artesa?
LEONISA. En esta cadena envía,
no el oro, que es lo de menos,
el dueño, que la ha tenido.
Al darte esta para mí
¿despedirte encomendó?
¿encargóte mi cortesía?
¿cumplió a su meta, hizo
los quilates de mi fe?
¿qué dices?
CARLÍN. ¿Habla conmigo?
LEONISA. Dirás que te pagaré el porte.
Escoge el mejor cabello
de mi melena.
CARLÍN ¿Por qué?
FIRELA. ¿Aparte. Carlín, todo lo que finjo
a voces no importa que otorgues,
o de mi amor te despidas.
CARLÍN. ¿Hay no callar y otorgar?
LEONISA. ¿Qué dices?
CARLÍN. Lo que yo digo
es, que en cuanto a la cadena,
a Firela se remito.
LEONISA. ¿Cómo es eso?
CARLÍN. ¿Que sé yo?
FIRELA. Este es un asno. Harále dicho
cuanto con él ha pasado.
Como viene de camino
cansado, y yo le ase ¿quieres
que te lo cuente?
CARLÍN. Es lo justo.
LEONISA. ¿No me responde el papel?
CARLÍN. Así lo llevo yo y no
la Duque, que es una suegra,
y el Duque, dique en es hijo,
tuvo cera a los dos,
hubo tanto y tan poco de to:
tenía alguna esperanza,
mas luego el corazón vino
que andaba de respingos,
y yo entre en la duda
de cuál que la entregado,
al fin le di un papel,
y ya, que sea carta:
Firela debe de estar loco.
LEONISA. ¿Pues cuándo te pudo dar
la cadena que recibo,
si hasta luego tanto estorbo?
CARLÍN. A Firela me remito.
FIRELA. ¿Hay tan bajo semejante?
Mentecato, ¿no te he dicho
que en viendo el Duque el papel,
amante y firme te diga
que en fe de constante amor,
con que a pesar del mundo,
a verte a Leonisa tiene,
este cerco hasta atestigua,
de su firmeza y fineza,
y que, como ves cautivo,
luego que envíe pedía
gran prisiones?
CARLÍN Sí, dijo
LEONISA. ¿Entrarían todos luego,
y con el las diversidades
te mandó que esperases?
CARLÍN. A Firela me remito.
LEONISA. En fin, ¿se acuerda de mí?
CARLÍN Como la falda el tocino,
como el rocín la cebada,
y como la sed el vino.
Mas yo vengo tan cansado
de la corte y del camino,
que no hay más que escudar,
a Firela me remito. (Vase.)

ESCENA XV

LEONISA Y FIRELA

LEONISA. ¿Ves ahora cuán constante
es Rogerio, y que el olvido
no tiene jurisdicción
en él?
FIRELA Tu ventura he visto
de que te das parabienes.
LEONISA. ¿Que cortesía es esta!
FIRELA Dese amor fines tan buenos
como gozas tus primicias. (Vase.)

ESCENA XVI

LEONISA, *que se echa al cuello la cadena.*

¡Ay, bien envidia cadena!
mal te pago, pues te envidio

al cuello donde has estado,
de amorosos brazos digno.
Tu adornarás desde agora
el pecho que te dedico:
mi gala eterna ha de ser
las fiestas y los domingos.

ESCENA XVII

LEONISA, FILIPO, *con los corales al cuello, revueltos en una banda*

FILIPO. ¡Que busque yo intercesores *(Ap.)*
para que mi esposa sea
una pastora, y se vea
mi esperanza entre temores!
Mas ¡ay, cielos! aquí está,
y con mi cadena al cuello:
alma, si podréis creello;
viento en popa amor os da.
¡Oh, solícita Firela!

LEONISA. Si vuestros quilates toca *(Ap.)*
mi fe, que os bese mi boca,
cuando el alma se desvela
por el dueño que os envía,
no hago á mi honor agravios.

FILIPO. ¿En mi cadena los labios? *(Ap.)*
¿Que esperáis ventura mía?
Seguro puedo llegar,
pues de mi parte está amor.—
Si ausente hacéis tal favor
á quien le viene á adorar,
y ya le tenéis presente,
no ocasionéis mis desvelos,
que tengo de ese oro celos,
pues en mi agravio consiente
labios de inmenso tesoro,
dignos que amor los asalte,
pues vale más ese esmalte
que los quilates de ese oro;
que aunque ya son celestiales,
pues tal cielo los tocó,
mas justo es que bese yo
por vuestros estos corales.

LEONISA. ¡Ay, mis corales perdidos!
Agora sí que lo estáis.

FILIPO. Hallélos yo, y vos halláis
más perdidos mis sentidos.
Al amor, Leonisa mía,
le rogaba yo me diese
retrato vuestro, que fuese
apoyo de mi alegría.
Mas como excedéis al arte,
favoreciome de modo,
que no atreviéndose en todo,
vino á copiaros en parte,
y dando alivio á mis males,
me dijo: «suspende agravios,
pues el coral de sus labios
retratan esos corales.»
Hallélos en ocasión,
y en fe de lo que intereso,
lo que significan beso, *(Besalos.)*
no, Leonisa, lo que son.
Mas si vos besáis también,
por ser mía, esta cadena,
¿qué más dicha?

LEONISA. ¿Que más pena
que la que mis ojos ven?
¿Esta cadena era vuestra?

FILIPO. Y vuestros estos corales.

LEONISA. *(Aparte.)* Firela, con desleales
industrias su pecho muestra.
¡Fiad de amistad dorada!
Filipo, engañada he sido,
que destroquemos os pido
prendas que han de hacer culpada
la opinión de mi decoro,
pues dan sospechas iguales
caballeros con corales
y labradores con oro.
Lo que es vuestro os restituyo:
haced otro tanto vos.
(Quítase la cadena y ase los corales.)

ESCENA XVIII

DICHOS y ROGERIO.

ROGERIO. Amor, en fe de que es Dios,
en mí muestra el poder suyo.
Con color que salgo á caza
mi Leonisa vengo á ver.

LEONISA. Los favores han de ser
voluntarios, no de traza
que causen pena á su dueño.
Soltad.

FILIPO. ¡Leonisa!...

ROGERIO. ¡Ay de mí!
¿Filipo y Leonisa aquí?
Bien se quieren, ó yo sueño.

LEONISA. ¡Rogerio!

FILIPO. ¡Señor!

ROGERIO. Extrañas
suertes halla un cazador.

LEONISA. ¿Que habéis hecho, ciego amor?

ROGERIO. ¡Ocasionadas montañas!—
Bien os están los corales,
y el oro os está á vos bien.
¡Que de cosas nuevas ven
cada día los mortales!

FILIPO. ¿Que diré, que estoy confuso?

ROGERIO. ¿Queréis que se use el coral
entre gente principal?
No me parece mal uso,
que habiendo hombres con gorgueras,
guedejas, faldas, anillos,
y ojalá no con zarcillos,
si ya no son orejeras,
para que queden iguales
con la dama más curiosa,
no faltaba ya otra cosa
que chapines y corales.
Quitáos os, que no debéis
dar gusto á quien os los puso.

FILIPO. Gran señor...

ROGERIO. Vestíos al uso,
pero no los inventéis.

ESCENA XIX

DICHOS y CARLÍN.

CARLÍN. Estos Ducos no nos dejan.—
¿Acá también estáis vos?

ROGERIO. ¿Qué dices?
CARLÍN. Que esotros dos
nuesos ganados aquejan.
El viejo y la Duca nuera
helos aquí donde están.
ROGERIO. A aumentar mi mal vendrán.
LEONISA. Perdida soy.
CARLÍN. Plaza, afuera.

ESCENA XX

DICHOS y el DUQUE, PINARDO, CLEMENCIA y FIRELA

PINARDO. No aguardaba yo, señores,
tan impensada ventura.
DUQUE. La ociosidad apresura,
Pinardo, á los cazadores.
Rogerio, ¿sin darnos cuenta,
os salís á caza así?
ROGERIO. Creme, señor, aquí,
y así mi tristeza intenta
buscar en mi natural
alivios que allá no tengo.
¡Gran señora!
CLEMEN. Por vos vengo
á cazar también.
ROGERIO. Mi mal
me obliga á divertimientos
del campo.
CLEMEN. Tenéis razón,
y más en esta prisión,
cifra de vuestros contentos.
ROGERIO. Pinardo, también os cabe
parte á vos de mi venida.
PINARDO. Los pies os beso.
ROGERIO. ¡Qué vida
pasé aquí, quieta y suave!
PINARDO. Diviértase y no imagine
vuestra alteza, gran señor,
en eso.
ROGERIO. Aun estoy peor
despues, Pinardo, que vine.
PINARDO. ¿De que procede este mal
tan lastimero?
ROGERIO. Yo creo
que es, conforme á lo que veo,
ramo de gota coral.
LEONISA. Por mis corales lo dice.
¡Ay, Firela! ¡que de daños
han causado tus engaños!
FIRELA. Pues yo por tu bien lo hice.
LEONISA. Tu tambien, villano, fuiste.
CARLÍN. ¿Pues yo, por qué?
LEONISA. La cadena
que ser del Duque fingiste
hace cierto tu delito.
Si es Filipo, su señor,
¿por qué burlaste mi amor?
CARLÍN. A Firela me remito.
CLEMEN. Envidia tengo, serrana,
al donaire que tenéis:
tras vos la corte os traéis;
dicenme que en viéndoos sana
cualquier tristeza que os mira.
LEONISA. Pues vos triste me miráis,
y viéndome, no sanáis:
creed, señora, que es mentira.
ROGERIO. Yo imaginé divertirme
por estos montes agora,
pero mi mal empeora,
todo ha dado en afligirme.
Volvámonos, si es servido
vuestra alteza, gran señor,
que como está en lo interior,
mi mal disparate ha sido.
CLEMEN. No los haréis vos aquí,
Duque, y hallaréis en mi
medicina y enfermera.
Demos e, gran señor, gusto,
aunque la caza perdamos.
DUQUE. Pues que vos le tenéis, vamos.
ROGERIO. Filipo, no fuera justo,
habiendo sido los dos
amigos y comarcanos,
dejaros entre villanos
sin acordarme de vos.
Sed mi secretario.
FILIPO. Beso
á vuestra alteza los pies.
ROGERIO. Seguidme, Filipo, pues.
FILIPO. ¿Hay más infeliz suceso?
ROGERIO. Que miro muchos respetos
en vos de satisfacción,
secretario, y más si son
parientes nuestros secretos.
CARLÍN. ¿Tengo de ir por el cabrito
que en albricias me mandó?
LEONISA. Traidor, tú me has muerto.
CARLÍN. ¿Yo?
A Firela me remito.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ROGERIO.

Estaba melancólico yo, cielos,
por ver que un imposible apetecía,
¿que haréis agora, pues, desdicha mía,
si sobre un imposible os cargan celos?
Corales dan al corazón consuelos,
y en mi corales son melancolía:
vuelvase á un desdichado en noche el día;
lo que á otros da quietud, á mí desvelos.
Sabio dicen que soy, mas si lo fuera,
tuviera en mis pasiones sufrimiento,
pero ¿quién le tendrá con tanto agravio?
Siempre el entendimiento fué su esfera,
y contra injurias del entendimiento
jamás supo tener prudencia el sabio.

ESCENA II

FILIPO y ROGERIO.

FILIPO. En cumplimiento, señor,
del secreto que me encarga
en estas informaciones
vuestra alteza, esta mañana
hice esta breve minuta.
ROGERIO. Pretendo saber las faltas
que tienen los pretendientes
de mi corte y de mi casa:

que aunque es bien premiar servicios,
no será razon se haga
menos que con suficiencia
de las partes.

FILIPO. La ignorancia,
señor, y poca noticia
de algunos principes causa
que sin méritos se den
injustamente las plazas.
Yo me he informado de todas
con el secreto que basta
para que nadie las sepa.

ROGERIO. Decid. (¡Ay, celosas ansias!)

FILIPO. Federico, hijo de Alberto,
que á los Duques de Bretaña
sirvió en la paz y en la guerra
con consejos y con armas,
quedó rico, mas gastando
su hacienda en juegos y en damas,
dicen que es en la pobreza
del pródigo semejanza.
Mas no é [illegible] con esto,
fuerzas de flaqueza saca:
sirve y ronda.

ROGERIO. ¿Es gentilhombre?

FILIPO. Tiene las piernas de gadas.

ROGERIO. Si lo están como su hacienda,
lástima es.

FILIPO. Suple esta falta
con la industria.

ROGERIO. ¿Cómo así?

FILIPO. Trae pantorrillas de plata.

ROGERIO. ¿Pues qué mucho que haga piernas?
No era bueno para estatua
de Nabucodonosor
si en tan ricas piernas anda.
Proseguid.

FILIPO. Vino Conrado,
cubierto anteayer de canas,
á darme este memorial,
y hoy por ver si se despacha,
como un mozo de veinte años,
teñida cabeza y barba.

ROGERIO. ¿Y qué pide?

FILIPO. La tenencia
de un castillo.

ROGERIO. Quien no guarda
lealtad á sus años mismos,
mal la guardará á su patria.
Decid más.

ESCENA III

RICARDO y DICHOS.

RICARDO. Licencia piden
muchos, gran señor, que aguardan
remedio de vuestra alteza,
que como vuela la fama
de su mansedumbre y letras,
y da á todos puerta franca
para que le comuniquen
pasiones de cuerpo y alma,
no hay quien no venga á gozar
tal dicha.

ROGERIO. Dadles entrada.
Divertiréme con ellos,
y aliviaré sus desgracias. (Vase Ricar.)

ESCENA IV

Salen varios pretendientes con memoriales. Dichos.

PRET. 1.° A vuestra alteza suplico
mire mi necesidad,
servicios y calidad.

ROGERIO. ¿Estáis pobre, Federico?

PRET. 1.° Si es vuestra alteza mi dueño,
los ricos me envidiarán.

ROGERIO. Pobre está si pero galan;
galan, pero pedigüeño.

PRET. 1.° Si no tengo que comer,
no haga desto maravillas.

ROGERIO. Comeos hoy las pantorrillas,
y despues volvedme á ver.

PRET. 1.° ¡Vive el cielo que ha sabido
que me las pongo de plata!
Sabio que de todo trata,
te [illegible] yo voy corrido. (Vase.)

ROGERIO. ¿Qué pedís vos?

PRET. 2.° Consultado
estoy en una alcaldía.
La nobleza y sangre mia
me tienen acreditado:
mis hazañas ya son llanas.

ROGERIO. Conrado, mozo venís,
no os daré lo que pedís
hasta que pongáis mas canas.

PRET. 2.° (Aparte.) ¿Si sabe que me las tiño?
Vamos, que no es buen consejo
pretender cargos de viejo
quien quiere parecer niño. (Vase.)

ROGERIO. ¿Qué pedís vos?

PRET. 3.° A firmar,
señor, vengo este decreto.

ROGERIO. ¿De qué?

PRET. 3.° El consejo discreto
los coches manda quitar.

ROGERIO. ¿Por qué?

PRET. 3.° No se vió jamás
tal desorden dias ni noches:
menos casas hay que coches.

ROGERIO. No los quiten, que habrá más.
(Vase el pret.)

PRET. 4.° Aconsejarme, señor,
con vuestra alteza querria,
por ser su sabiduría
al paso de su valor.
Yo tengo una mujer moza
y tan señora de sí,
que no hace caso de mí;
toda mi hacienda destroza.
Mas lo peor que hay en esto
es que de celos me abrasa,
no quepo con ella en casa,
y en tal extremo me ha puesto,
que el amor que habia en los dos
es ya un infierno abreviado.

ROGERIO. Lastímame vuestro estado;
mas ¿pedís á celos vos?

PRET. 4.° No puedo disimularlos.

ROGERIO. Pues mudo habéis de advertillos,
porque lo mismo es pedillos,
que dar licencia de dallos.

PRET. 4.° Celos son que me atormentan.

ROGERIO. Hay dos, y entrambos tan fieros,
que afligen si son solteros,
y si casados afrentan.
PRET. 4.° No hay gala que no quisiera.
ROGERIO. Pues dadsela si podéis,
y con esto excusaréis
el admitirlas de fuera.
(Vase el pret. 4.°)
PRET. 5.° Señor, yo me vuelvo loco
adorando una doncella
para casarme con ella,
mas correspondeme poco.
ROGERIO. ¿Regaláisla?
PRET. 5.° Dolla versos
infinitos en quintillas,
décimas y redondillas
y otros géneros diversos
que no digo, por ser tantos.
Seis cantos de octava rima
la di ayer.
ROGERIO. Pondránla grima,
que descalaban los cantos.
¿Son vuestros?
PRET. 5.° No, gran señor,
que tengo un poeta amigo.
ROGERIO. Y será justo castigo
que ese usurpe vuestro amor.
Cualquier género de penas
es razón hacer pasar
a quien piensa enamorar
mujer con gracias agenas.
¿Queréis a mucho?
PRET. 5.° La adoro.
ROGERIO. Pues dejad los madrigales,
y dalde canciones reales
y redondillas en oro.
(Váse el Pret. 5.°)
PRET. 6.° Un amigo pierde el seso
por casar con cierta dama,
que ella excusa, por la fama
que le han dado de confeso.
ROGERIO. ¿Gasta?
PRET. 6.° Hale dado en sacar
el alma.
ROGERIO. Pues bien se emplea,
que él del tribu de *Dan* sea,
cuando ella es del de *Isacar*.
PRET. 6.° Hale quitado infinito,
y dejale porque está
ya tan rica.
ROGERIO. Sí estará,
si es suyo el reino de Quito.
(Vase el Pret. 6.°)

ESCENA V

ROGERIO, FILIPO y el DUQUE

FILIPO. A ver entra á vuestra alteza
el gran Duque.
ROGERIO. Dejad, pues,
consultas para despues.
DUQUE. Hijo, de vuestra tristeza
participa vuestra prima,
enferma por vos está;
visitalda, y sanará,
pues veis en lo que os estima.
ROGERIO. ¿Clemencia está enferma?
DUQUE. Y siente
vuestro amor tibio y remiso.
Desde el punto que os vió, os quiso:
si sois sabio y obediente,
agradeced como sabio;
como obediente dejad
la vuestra en mi voluntad,
que os haceis á vos agravio.
La dispensación espero
de hoy a mañana.
ROGERIO. *(Aparte.)* ¡Ay, amor!
Dispensad vos, que es mayor
vuestro dominio.
DUQUE. Yo espero
que restaure su alegría
y salud vuestra presencia.
Sangrarse quiere Clemencia:
envialda la sangría. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, *menos el Duque*

ROGERIO. Filipo, la juventud
también es enfermedad:
disposiciones curad,
sangraréisos en salud.
Corales que adornan cuellos,
no generosos, villanos,
afrentan los cortesanos:
sangre muestran, sangráos dellos.
FILIPO. Señor, la que los perdió
gusta.
ROGERIO. Yo soy vuestro amigo:
que os sangreis dellos os digo;
no aguardeis que os sangre yo.
FILIPO. Mucho encierra este misterio.
ROGERIO. Escribir quiero á Clemencia;
traedme con qué.
FILIPO. La ciencia
astróloga de Rogerio
todo lo alcanza. ¿Si sabe
que quiero á Leonisa bien?
¿si la tiene amor también?
ROGERIO. ¿No vais?
FILIPO. ¿Si del cargo grave
que ejercito, desiguales
juzga serranos amores?
ROGERIO. Acabad.
FILIPO. ¿Quién vió, temores,
sangrar de mal de corales?
(Va Filipo por recado de escribir.)
ROGERIO. Por mas que callar procuro,
habla mi desasosiego;
que en fin, donde amor es fuego,
brotan celos, que son humo.
FILIPO. Aquí está la escribanía.
(Con el recado de escribir.)
ROGERIO. Escribiré este papel,
y llevaréisle con él
á mi prima la sangría.
(Pónese á escribir.)
FILIPO. ¡Que deste hombre tiemble yo!
Pero es Duque y es discreto:
sangrarme manda, en efeto,
porque los corales vio.

Yo estoy por Leonisa ciego,
y si me sangra, verá
que en vez de sangre, saldrá
de todas mis venas fuego.

ROGERIO. Echad polvos.

FILIPO. ¿Qué hice, cielos?

(Ha echado el tintero por polvos.)

Turbeme: la tinta eche
por los polvos.

ROGERIO. Eso fué
como echar sobre amor celos.
Dadme el papel blanco acá.

(Vuelve á escribir otra carta.)

FILIPO. Otra vez vuelve á escribir.
Tal prudencia, tal sufrir,
¿que mármol no obligará?
¡Que echase la tinta yo
por los polvos! Pero ¿á quién
no turba un sabio? ¡Ay, mi bien,
tu memoria lo causó!
Mi turbacion manifiesta,
Leonisa, lo que te quiero.

ROGERIO. Filipo, este es el tintero
y la salvadera es esta.

(Vase con la carta escrita.)

ESCENA VII

FILIPO, *solo.*

¡Compendiosa reprensión
y discreto advertimiento!
Tan sutil entendimiento
bien merece admiracion;
pero mayor me la ha dado
lo que por cifras me avisa.
¿Qué le importa que en Leonisa
ocupe amor mi cuidado,
que con tan claras señales
muestra el pesar que le doy?
¿Qué le va si suyo soy,
en que traiga sus corales?
Bien la debe de querer;
juntos vivieron los dos;
si él es Duque, amor es Dios;
¿quién tendrá mayor poder?
Pues sea su amante ó no,
que si disgusto le dan
los corales en que están
cifras que amor declaró,
yo que no oso cara á cara
mis deseos descubrirle,
por escrito he de decirle
el favor que los ampara.

(Escribe y habla.)

Lo que por sabio penetra,
en este papel resuma:
sirva de lengua la pluma
y de palabra la letra.
Firmela; bien está así.

(Cierra el papel y sobrescribele.)

«Al Duque nuestro señor»:
declaraldo vos mi amor,
papel, cuando vuelva aquí.

(Deja el papel sobre la mesa y vase.)

ESCENA VIII

ROGERIO.

Prometió venir á verme
Leonisa, y fue en prometer,
como en el amar, mujer:
La ausencia es sueño; ella duerme;
mas ya que á favorecerme
no venga, sea á atormentarme,
que si por Filipo á darme
viene penas que sufrir,
más vale verla y morir,
que no verla y abrasarme.
Aquí está un papel cerrado,

(Tómale y ábrele.)

sobrescrito para mí.
¿Quién le dejaría aquí?
De Filipo está firmado.
Hele reñido; no ha osado
de vergüenza y de temor
darme cuenta de su amor,
y dárámele en papel,
que en fe de que hay poca en él,
no tiene el papel color. *(Lee.)*
«Leonisa, señor, perdió
los corales que os dan pena.
Hallélos, y una cadena
le envié, que recibió;
que la besaba ví yo,
con que satisfecho quedo;
si de vuestro gusto excedo
por intentarme casar,
vos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»
Aquí sí que es menester
estudiar, ciego rigor.
Comenzó amor por amor;
viniéronle á suceder
celos; mas ya, ¿qué he de hacer
si para fin de mis años
se van aumentando daños,
pues quieren mis penas, cielos,
que á mi amor sucedan celos,
y á mis celos desengaños?
¡Que Leonisa me olvidó
tan presto! Escribí en arena. *(Lee.)*
«Hallélos, y una cadena
le envié, que recibió.»
¿Por oro Filipo entró?
Pero el oro, ¡que no acaba!
¡Ay, cielos! *(Lee.)* «Que la besaba
ví yo.» Basta, que si agora
amor ya sus flechas dora,
no habrá menester aljaba.
Confiesa el suyo sin miedo,
y no le puedo culpar. *(Lee.)*
«Vos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»
Concluído, por Dios, quedo.
¿Qué hay que replicar aquí?

(Rompe el papel.)

Ganó lo que yo perdí.
Pierde el que á jugar se asienta,
y paga aunque más lo sienta:
lo mismo será de mí.
Casarlos mañana intento,

y mostrar cuán sabio sois,
pues venciéndome á mí, dos
corona á mi sufrimiento.
Esto dice el pensamiento,
mas no el amor en que excedo
á la ley que admito y vedo
Si hacéis, ausencia, olvidar,
ayos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»

ESCENA IX

ROGERIO Y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Ya os dispensacion, Duque, ha venido,
ya les dan parabienes á Clemencia,
y ya yo, castigado, presumido,
de mis desdichas lloro la experiencia.
Interprete, de vos favorecido,
en mi favor la equívoca sentencia
que pronunciaste, misterioso, un dia,
juzgando que Clemencia fuera mia:
engañéme de puro confiado.
Gozalda, primo, vos, que si algun gusto
admite mi dolor desesperado,
es ver lograrse en vos amor tan justo
Yo, Duque, muerte menospreciado,
Abridles agostando este disgusto
de una florida edad, de un firme amante,
de un desdichado, en fin.

ROGERIO.

Dadme ese guante.

(*Vase Rogerio.*)

ESCENA X

ENRIQUE.

¿Sin responderme se va
y de la mano me lleva
el guante? Confusion nueva,
¿quién declararos podrá?
¡Válgate el cielo por sabio!
¿guante mio para qué
si de desafío fue
contra su primer agravio?
Mas no, que en el desafío
quien los hace y solicita,
guantes da, que no los quita,
y el Duque se lleva el mio.
¿Yo dándole parabienes,
y él mis penas escuchando?
¿Yo muriendo, y él callando
sus dichas y mis desdenes;
y cuando esperando está
respuesta mi amor constante,
sale con «dadme ese guante»,
y sin hablarme se va?
¡Oh enigmático Rogerio!
hablad y dadme á entender,
que Enrique no puede ser
ciego deste misterio. (*Vase.*)

ESCENA XI

CLEMENCIA con banda, y dos CRIADOS.

CLEMEN. Cuanta hacienda tengo es poca
para albricias deste bien.
el seso he dado tambien,
que estoy de contento loca.
Ya se ha acabado mi mal
¡Oh, alegre dispensacion!

CRIAD. 1.° Cerca de la posesion,
todo amor es liberal.

CLEMEN. ¿Rogerio, que dice á esto?

CRIAD. 2.° Celebrara su alegría,
si de su melancolía
no fuera el mal tan molesto.

CLEMEN. La causa de su pesar
me atreviera á decir yo,
pero mi amor me enseñó
á sentirlo y á callar.
El es sabio y obediente
no sabrá salir del gusto
de su padre.

CRIAD. 1.° Y eso es justo.

CLEMEN. Yo sé de mi amor ardiente
si una vez su esposa soy,
que sabré hacerle olvidar
memorias de su pesar.

ESCENA XII

DICHOS Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Mal parabienes os doy,
aunque á mi costa, señora,
del tálamo que esperáis,
puesto que ingrata pagais
un alma fiel que os adora.
Gozad de amor fértil fruto,
con que á Francia reyes déis,
que si vos galas traés,
las de Enrique serán luto.
¡Pobre de quien con perderos
tiene de perder la vida!

CLEMEN. No agravios con vuestra venida,
Enrique, el gusto de veros.
Ya os dije la voluntad
que de obedecer mi hado
ha tenido el gusto mio;
mi contento acompañad,
que si me queréis, es justo
que mis dichas os le den.

ENRIQUE. Mezclase el mal con el bien,
y el placer con el disgusto.
De mezcla el alma se viste:
porque estáis vos, prima mia,
alegre, tengo alegría,
y porque os pierdo, estoy triste.

ESCENA XIII

DICHOS y FELIPE con una *caja carlota cerrada, con un papel*

FELIPE. El Duque, nuestro señor,
dilata, señora, el veros,
porque teme entristeceros
su melancólico humor,
y este presente os envía.

CLEMEN. Su mal agua mi placer.
ENRIQUE. Regalos deben de ser
y joyas de la sangría.
CRIAD. 1.° ¡Qué de perla y de diamante
el nuevo esposo enviará!
CRIAD. 2.° Es sabio y largo, sí hará.
CLEMEN. Aquí sólo viene un guante.
CRIAD. 1.° ¿Guante? Debe de pedir
limosna.
CRIAD. 2.° ¿Hay mejor sangría?
¡Costosas joyas envía!
CLEMEN. ¿Qué es lo que querrá decir
mi esposo en este presente?
CRIADO. ¿Guante? ¡Donoso regalo!
para parches no era malo,
si tuviera llaga ó fuente
su esposa.
CLEMEN. No sin misterio
viene.
CRIAD. 1.° ¿Si es desafío?
ENRIQUE. Señora, ese guante es mío.
CLEMEN. ¿Vuestro guante á mí, Rogerio?
ENRIQUE. El compañero está aquí:
averigualdo por él.
CLEMEN. Quiero mirar el papel.
ENRIQUE. Siempre este sabio habla así.
CLEMEN. Desaciertos suyos son
sentencias dignas de estima.
ENRIQUE. Veamos el papel, prima.
CLEMEN. Sólo contiene un renglón.
CRIADO. Hasta en las letras también
es avariento.
CLEMEN. ¡Ay, de mí!
ENRIQUE. Leed.
CLEMEN. Dice el Duque aquí:
«esto sólo os viene bien.»
¡Que este guante solamente
me viene á mí bien! ¿Por qué?
Si no es que sin seso esté,
¿qué es lo que por esto siente?
¿No habéis dicho que era vuestro?
ENRIQUE. El mismo me le quitó.
CLEMEN. Que os quiero bien sospechó;
pues siendo tan sabio y diestro,
¿quién duda que habrá alcanzado
lo que me habéis pretendido,
y de celos combatido
este guante me ha enviado
para que se signifique
la mano en él de su dueño?
ENRIQUE. No fuera ese bien pequeño,
si lo consiguiera Enrique.
CLEMEN. Sospechas todo lo ven,
y de vos celoso en vano,
dice que en vez de la mano,
me viene este guante bien.
Bien puede de vos formar
quejas su melancolía.
ENRIQUE. Claro estaba, prima mía,
que yo lo había de pagar.

ESCENA XIV

DICHOS y un CRIADO

CRIADO. Un accidente le ha dado
á vuestro esposo, señora,
mortal.
CLEMEN. Negad, Conde, agora
que vos se lo habéis causado.
ENRIQUE. Decís bien; culpadme á mí.
CLEMEN. Conde, mi sospecha es clara,
que el Duque no me dejara
por otra, á no ser así.
quitaosme, Enrique, delante. (Vase.)

ESCENA XV

DICHOS, menos CLEMENCIA

ENRIQUE. ¿Qué es esto, cielo cruel?
CRIADO 2.° Sacaos la sangre por él,
regalaraos con un guante. (Vase.)

ESCENA XVI

ROGERIO

No estoy bien acompañado;
dejadme, cerrá esa puerta;
pues mi esperanza es ya muerta,
viva eterno mi cuidado.
¡Que por la posta han llegado
las penas de mis sentidos!
No basta, gustos perdidos,
el grado en que Roma piensa
dispensar, pues no dispensa
amor en casos prohibidos.
Diga el médico verdad,
pues siendo sangre, es amor,
será su grado mayor
por la consaguinidad.
Leonisa en mi voluntad
como más propincua vive;
es pastora, y no recibe
mi estado, su suerte corta
dispense amor, más ¿qué importa,
si la razón lo prohibe?
¿Los celos también no son
en amor prohibidos grados?
Pues si están averiguados
¿qué importa dispensación?
¿No es mayor jurisdicción
la de amor y más precisa
que esotras? Sí; ¿pues qué prisa
Roma ha dado á mi paciencia?
Mi amor no quiere á Clemencia,
ni mi nobleza á Leonisa.

ESCENA XVII

ROGERIO, LEONISA y CARLÍN, y un GUARDA

LEONISA. (Pugnando por entrar.)
He de entrar, aunque les pese.
GUARDA. ¡Tente, villana!
ROGERIO. ¿Qué es esto?
LEONISA. Quien vive con tantas guardas,
ó es cobarde, ó anda preso.
ROGERIO. ¡Leonisa es! Dejalda entrar.
¿Vos aquí! ¿A qué bueno?
LEONISA. A procurar que lo estéis,
que ahí á ya os juzgan por muerto
ROGERIO. ¿Muerto?
LEONISA. Sí.
ROGERIO. En vuestra memoria
lo estaré.

LEONISA. ¡Pluguiera al cielo,
y no usurpara mi llanto,
Duque, los ojos al sueño!
ROGERIO. Vendrás á ver á Filipo.
LEONISA. Eso, sí, buscad, Rogerio,
escusas á vuestras bodas,
y grados á mis tormentos.
(*Siéntase Rogerio.*)
ROGERIO. Diréis que le aborrecéis:
corales vi yo por trueco
de eslabones, que, dorados,
yugo son de vuestro cuello.
LEONISA. También yo vi que os llamaba
Bretaña sabio y discreto,
sin merecer este nombre,
quien precíandose de serlo,
es tan fácil en creer.
ROGERIO. ¿Los ojos cuándo mintieron?
LEONISA. Cuando no los rige el alma,
ni alumbra el entendimiento.
ROGERIO. ¿Pues engañáronse?
LEONISA. Sí.
ROGERIO. ¡Pluguiera á Dios! pero tengo
testigos, yo en vuestro daño,
fidedignos, fuera dellos.

ESCENA XVIII

DICHOS y el DUQUE.

DUQUE. Hijo ¿qué nuevo accidente
es este, que en tanto extremo
os tiene, que solo estáis?
Más ¿qué villanos son estos?
LEONISA. Yo, gran señor, soy Leonisa,
hija de Lauso, el rentero
de Pinardo, que me manda
que venga á ver á Rogerio.
CARLIN. Y yo soy saludador,
que cuando rabian los perros,
á dos soplos....
DUQUE. ¿Qué?
CARLIN. A dos soplos
mato un candil y lo enciendo.
DUQUE. Si destas simplicidades
gustáis, hijo, entreteneos
y aliviad melancolías.
ROGERIO. Crieme, señor, con ellos.
LEONISA. No hemos venido de balde.
DUQUE. ¿Cómo?
LEONISA. Curo en nueso pueblo
de mal de hechizos y de ojo,
y á la fe, que si no miento,
que está Rogerio hechizado.
DUQUE. ¿Qué dices?
LEONISA. Allá sabemos
mucho desto las mujeres.
CARLIN. Y los hombres mucho menos.
LEONISA. Hechizos son, no hay que hablar.
DUQUE. Bien puede ser.
LEONISA. ¡Y qué cierto!
¿Ello va á decir verdades?
DUQUE. Sí.
LEONISA. Pues guarde secreto.
Quiso allá Rogerio mucho,
siendo sólo caballero,
á una serrana algo bruja.
CARLIN. Que chupa niños y viejos.
LEONISA. Como ahora le ve Duque,
y ha mudado con el tiempo
la voluntad, pues se casa,
hechizóle.
DUQUE. Yo lo creo;
que tristeza semejante
no es natural, ni yo puedo
creer que quien sabe tanto,
si hechizos no me le han puesto
como está, viendose Duque,
se entristezca; ¿es verdad esto?
ROGERIO. Verdad es que á una serrana
quise, más ya no la quiero.
LEONISA. ¿Velo si doy en el punto?
(¡Ah, mudable!) Pues yo vengo
á curarle.
CARLIN. Y yo también.
LEONISA. Calla, bestia.
CARLIN. Dime bestio,
que soy macho y hembra no.
DUQUE. ¿Sabréis vos?...
LEONISA. Comision tengo
de la bruja para todo.
Déjeme hablarle en secreto.
DUQUE. Hay en todas las montañas
destos extendidos reinos
mil gentes destas perdidas,
tributarias del infierno.
Pues lo afirma esta mujer,
su hechizo debe ser cierto,
y no es mucho colegir
de tal causa tal efecto. (*Aparte el Duque.*)
ROGERIO. Yo lo vi, no hay que excusarte.
LEONISA. Fírela hizo aquese enredo
por casarme con Filipo,
y Carlin fue el instrumento.
ROGERIO. Filipo mismo te culpa.
LEONISA. ¿Pues qué amante, si no es necio,
siendo parte apasionada,
no mentirá en su provecho?
ROGERIO. ¿Su cadena recibiste?
LEONISA. Por tuya, que este grosero
en tu nombre me la dió.
ROGERIO. ¡Carlin! ¿pues qué le iba en eso?
LEONISA. Engañarme.
ROGERIO. No, Leonisa;
tus livandades me han muerto.
LEONISA. Yo he sido en firmeza, bronce;
por testigo pongo al cielo.
ROGERIO. Con Filipo has de casarte.
LEONISA. Daréme muerte primero.
ROGERIO. Tu le adoras.
LEONISA. Mentis, Duque.
CARLIN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!
DUQUE. Apartaos, pastor, acá.
CARLIN. ¿Que me aparte? Por Dios, bueno:
traeme por saludador
Leonisa, y por sopladero.
DUQUE. ¿Saludador?
CARLIN. ¿No lo ve?
de soplón vivo; aunque creo
que hay muchos ya deste oficio
que acá llaman lisonjeros.
ROGERIO. Yo te he querido, Leonisa,
con el amor más perfecto
de cuantos su deidad honran;

vi tu mudable sujeto;
déjame, y ama á Filipo.
LEONISA. No nombrale y dame tormento.
ROGERIO. Clemencia es ya esposa mia.
LEONISA. Si no la abrasan mis celos.
La palabra has de cumplirme.
ROGERIO. Soy ya Duque.
LEONISA. Y aun por eso.
ROGERIO. Llámanme sabio.
LEONISA. No lo es
quien se muda á todos vientos.
Amas á Clemencia.
ROGERIO. No.
LEONISA. ¿Y quien se casa, es discreto,
con quien aborrece?
ROGERIO. Es fuerza
LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mi padre obedezco.
LEONISA. ¿Dios no es más que el padre?
ROGERIO. Si.
LEONISA. ¿Amor no es Dios?
ROGERIO. Es Dios ciego.
LEONISA. ¿Tiénesme amor?
ROGERIO. ¡Ay, ingrata!
LEONISA. Di verdad.
ROGERIO. Mucho te quiero.
LEONISA. ¿Y no me obedeces?
ROGERIO. No.
LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mil estorbos veo.
LEONISA. ¿Y son?
ROGERIO. La dispensacion.
LEONISA. No la aceptes.
ROGERIO. ¿Cómo puedo?...
LEONISA. Dame á mí la mano.
ROGERIO. ¿Cómo?
LEONISA. Siendo mi esposo.
ROGERIO. Eso temo.
LEONISA. No teme amor.
ROGERIO. Antes sí.
LEONISA. ¿Cuándo?
ROGERIO. Cuando tiene celos.
LEONISA. No los creas.
ROGERIO. Vilos yo.
LEONISA. ¿A eso vuelves?
ROGERIO. A eso vuelvo,
que eres fácil.
LEONISA. Mentis, Duque.
CARLÍN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!
DUQUE. ¿Que es lo que habeis colegido,
serrana, de nuestro enfermo?
LEONISA. Que está hechizado, señor.
CARLÍN. El alma á sopios le he vuelto.

ESCENA XIX

DICHOS Y FILIPO

DUQUE. ¿Qué os parece, secretario?
Hechizado está Rogerio.
FILIPO. ¡Válgame Dios, que desgracia!
¿No es esta Leonisa, cielos? (Aparte.)
LEONISA. Señor, todo nuestro hechizo
consiste (Vase á acercarse.)
en ponelle unos corales
que Filipo trae al cuello.
DUQUE. ¿En corales de Filipo?
LEONISA. Sí, porque vienen en ellos,
segun nos dijo la bruja,
estos hechizos envueltos
DUQUE. ¿Teneislos vos?
FILIPO. Sí, señor.
DUQUE. ¿Quien os lo ha dado?
FILIPO. Hallélos...
LEONISA. Y consintió todo el mal
del Duque solo en perdellos
DUQUE. Daldos acá.
FILIPO. ¡Ay, prenda mia!
perdiéndoos, perderé el seso.
LEONISA. Si yo le amara, cruel,
no tuviera atrevimiento
para pedirle mi sarta.
ROGERIO. Por engañarme lo has hecho.
LEONISA. Póntelos.
ROGERIO. ¿Yo? ¡Cómo! Aparta,
que estos corales me han muerto.
LEONISA. (Al Duque.) ¿No ve como se resiste?
Mire su merced si es cierto
lo que dice. Tengale.
DUQUE. Por mi bien te trujo el cielo.
Hijo, en esto está tu vida.
ROGERIO. ¡Que os engañan!
DUQUE. Ten sosiego
ROGERIO. ¿Corales que has dado, ingrata,
á otro, me pones?
LEONISA. Fueron
hallados, que dados no.
Mi bien, mi esposo, mi dueño,
crédito, ó muerte me da.
ROGERIO. En fin, ¿mis ojos mintieron?
LEONISA. Los ojos, mi Duque, no.
ROGERIO. ¿Pues quién?
LEONISA. El entendimiento.
ROGERIO. ¿Que no me ofendiste?
LEONISA. Nunca.
ROGERIO. ¿Qué me quieres?
LEONISA. Sin ti muerto.
ROGERIO. ¿Y á Filipo?
LEONISA. Si le nombras...
ROGERIO. ¿Qué harás?
LEONISA. Rasgareme el pecho.
ROGERIO. Tu esposo soy.
LEONISA. Yo tu esclava.
DUQUE. ¿Como estáis?
ROGERIO. Mejor me siento.

ESCENA XX

DICHOS Y CLEMENCIA

CLEMEN. ¿Es posible que hechizado
este el Duque? Mas ¡ay, cielos!
¿No es esta la labradora,
rabiado de mis contentos?
Prendan á estos dos villanos
DUQUE. Sobrina, ¿que haces?
CLEMEN. Prendeldos.
DUQUE. ¿Por qué, si á curarle vienen?
CLEMEN. La hechicera que me ha muerto
y á mi esposo tiene así,
es esta. Prendela presto.
FILIPO. Amor, amistad mi causa,
y victoriosos saldremos

Gran señor, esto es verdad:
yo sé que quiso á Rogerio
esta pastora infinito,
y intenta ahora de nuevo
hechizarle.

DUQUE. ¿Qué decís?

FILIPO. Este pastor, si á tormento
le ponen, dirá lo que es.

CARLÍN. ¡Helo aquí todo en el suelo!

DUQUE. Di lo que sabes.

CARLÍN. Señor,
la verdad es que yo vengo
por saludador de anillo,
que ni tal oficio tengo,
ni en viernes santo nací.

DUQUE. ¿Y quién es esta?

CARLÍN. Yo pienso
que es bruja que á chupar viene
Ducos desde nuestro pueblo.

CLEMEN. ¿Qué os parece, gran señor?

DUQUE. ¡Hay tal cosa! Quitad luego
á Rogerio esos corales,
que el hechizo vendrá en ellos,
y prendan aquestos dos.

ROGERIO. ¡Traidores! ¿estáis sin seso?
¡A mi Leonisa! ¡á mi esposa!
eso no.

CLEMEN. Gran señor, ¿veislo?

CARLÍN. Luego que soplón me vi,
adiviné el paradero.
¿Mas que me queman por brujo?
¡Ay, Dios! á chamusco huelo.
(*Echen mano á Leonisa y Carlín.*)

ROGERIO. ¡Viven los cielos! villanos,
que si la esposa que quiero
más que á mí, no dejáis libre
que pierda al Duque el respeto.
Dadme una espada.

DUQUE. ¡Hay tal cosa!
Dejalde, que está sin seso.
Curarále la villana,
ó matarela á tormentos. (*Vanse.*)

ESCENA XXI

ROGERIO y ENRIQUE

ENRIQUE. Señor, ¿qué alboroto es este?

ROGERIO. ¡Ay, Enrique, que me han preso
el alma, el gusto, la vida!

ENRIQUE. No hagáis, primo, esos extremos.

ROGERIO. No hare, si vos me ayudáis.

ENRIQUE. Yo moriré al lado vuestro.

ROGERIO. Pues venid, diréos el cómo,
que no interesáis vos menos. (*Vase.*)

ESCENA XXII

El DUQUE y PINARDO.

DUQUE. Sí, Pinardo, hale hechizado
una pastora á quien quiso.

PINARDO. Quien os ha dado ese aviso,
os ha, señor, engañado;
porque esa pastora es
ocasión de mi venida,
y tan noble y bien nacida
como Clemencia. Después
que no os veo, se murió
el pastor á quien tenía
por padre y obedecía
Leonisa, el cual me dejó
aqueste papel cerrado,
mandando que se me diese
el día mismo que muriese.
Leíle, y del he sacado
que era un noble caballero,
que del gran Duque ofendido
de Borgoña, y persuadido
de vengarse, el medio fiero
que tomó, fué de dar muerte
á Leonisa en una quinta,
recién nacida, en quien pinta
el cielo su ilustre suerte.
Hallóla sola y tan bella,
que juzgando por crueldad
el marchitar su beldad,
huyó á estos montes con ella;
que por vivir desterrado
de Borgoña y sin hacienda,
le pareció con tal prenda
quedar más rico y honrado.
Vino en traje de pastor,
nombréle por mi rentero,
hasta que al trance postrero
esto me escribió, señor.
Ved como será hechicera
quien de Clemencia es hermana.

DUQUE. Novela fuera esa vana,
Pinardo, si no supiera
la pérdida de una hija
que el Duque mi hermano tuvo,
por cuya ocasión estuvo
para morir. Regocija
mi tristeza aquesa nueva.
A sacarla de prisión
vamos, que si el afición
que melancólica prueba
de Rogerio la firmeza,
siendo su esposo este día,
tendrá su melancolía
fin, y premio su belleza.

PINARDO. Los pies, gran señor, os beso.

DUQUE. Clemencia perdonará,
que más, Pinardo, me va
el ver al Duque con seso.

ESCENA XXIII

El DUQUE, PINARDO y ROGERIO.

ROGERIO. Ya yo, señor, estoy bueno,
y mi tristeza pasada,
en contento convertida,
le debe á aquella serrana
esta cura milagrosa.
Que la suelten, señor, manda,
si no es que pagues servicios
con prisiones y amenazas.

DUQUE. (¡Extraña fuerza de amor
tiene la voluntad! Tanta,
que disimula contento,
solamente por librarla).

Hijo, de veros ya bueno
doy á los cielos mil gracias,
y haré mercedes también
á la pastora que os ama;
mas habeis de ser esposo
de Clemencia.

ROGERIO. Como el alma
de la enfermedad del cuerpo
defectos participaba
no conocía la dicha
que con la Duquesa gana;
pero ya que la conoce,
en su hermosura idolatra.

DUQUE. (A Pinardo.) Todo esto, Pinardo, finge
porque la pastora salga
libre y segura. ¡Oh, amor!
asombros son tus hazañas.
Llevad aquesta sortija
á la prisión, y sacalda,
pero haced que venga aquí.

PINARDO. Cosas he visto hoy extrañas.
(Vase Pinardo.)

ESCENA XXIV

El Duque, Rogerio, Enrique y Filipo.

ENRIQUE. La Duquesa de Clarencia,
que de Ingalaterra pasa
á París, está en la corte.

DUQUE. ¿Que decís?

ENRIQUE. Esta mañana
en el puerto más cercano
tomó tierra, que es Bretaña,
la provincia más propincua
á Ingalaterra, de Francia.
Viene huyendo de su Rey,
en el favor confiada
del nuestro, que es su pariente,
y aunque poco acompañada,
no quiere pasar sin veros.

DUQUE. Avisen luego á *Madama*
Clemencia, y á recibilla
vamos todos.

ENRIQUE. Ya está en casa.

ESCENA XXV

Dichos y Leonisa, á lo inglés, bizarra, y Carlín, á lo gracioso, también inglés.

LEONISA. (A Carlín.) No nos eches á perder.

CARLÍN. *Bona guis toixton.* Palabras
inglesas hablaré solas,
y en lo demás chite y calla.

LEONISA. Deme los pies vuestra Alteza.

DUQUE. Gran Duquesa, no esperaba
nuestra corte tanta dicha.
(¡Cielos! ¿esta no es la cara
de Leonisa, la pastora?
Mas no; que en brevedad tanta,
¿cómo engañarme pudiera?
Su rostro y talle retrata.)

FILIPO. (¿No es mi Leonisa esta, cielos?
Mas ¡ay, ojos! que os engañan
mentirosas apariencias.)

ROGERIO. Primero que á París parta
vuestra excelencia honre esta corte,
que ya siente que se vaya.

LEONISA. Por serviros, gran señor,
dilataré mi jornada.

FILIPO. (A Carlín.) Diga, señor caballero,
¿cómo se llama *madama*
la duquesa?

CARLÍN. *Bona guis*
toixton.

FILIPO. No entiendo palabra.
¿Tiene su asistencia en Londres?
¿Es donde la o es casada?

CARLÍN. *Bona guis toixton.*

FILIPO. ¿Qué es esto?
¿Hay figura de más gracia?
¿Es caballero?

CARLÍN. *Monsiuro.*

FILIPO. Gracias á Dios que ya habla
palabras inteligibles.

ESCENA XXVI

Dichos y Clemencia.

CLEMEN. Si el Duque está sano y paga
mi voluntad en albricias,
excede [1] mis esperanzas:
señor.

DUQUE. Advertid, sobrina,
que tenéis en vuestra casa
la duquesa de Clarencia,
para honrar nuestra Bretaña.

CLEMEN. Vuesecencia... (¡Ay, Dios! ¿qué miro?
¿no es aquesta la serrana
hechicera de mi esposo?)

CARLÍN. ¿Mas que aquí nos desacatan?

ESCENA ULTIMA

Dichos y Pinardo.

PINARDO. No está en la prisión Leonisa.

DUQUE. ¿Cómo es eso?

PINARDO. También falta
el rústico que traía.

CARLÍN. Temblando están mis lunadas.

CLEMEN. Esta es, Leonisa, señor,
y este el villano, que engañan
tu corte, si no la hechizan.

DUQUE. ¡Bárbaro! ¿Quién eres? Habla.

CARLÍN. *Bona guis toixton.*

CLEMEN. Matalde,

DUQUE. Sosegad, Clemencia, basta.

CLEMEN. Matalde.

CARLÍN. Bercebú lleve
el *bonaguis* y las bragas.
Yo soy Carlín, señor Duco,
y esta Leonisa, empanada
inglesa, que saco el Conde,
porque Rogerio lo manda.

DUQUE. Conde Enrique ¿cómo es esto?

ENRIQUE. Rogerio ha sido la causa
de que estén estos dos libres.

[1] El original dice «á todos». Hartzenbusch lo corrigió como va arriba.

CLEMEN. Esta es Leonisa; matalda.
ROGERIO. Clemencia, seido en las obras.
DUQUE. No será vuestra ira tanta,
que gustéis de dar la muerte
aquí á quien es vuestra hermana.
CLEMEN. ¿Quién es mi hermana?
DUQUE. Leonisa,
la que ha sido tan llorada
de vuestros padres, perdióse,
y hoy el cielo os la restaura.
CLEMEN. ¡Ay, hermana de mis ojos!
No hay para qué hacer probanzas:
la sangre sin fuego hierve;
reconocido te ha el alma.
Dame esos brazos.
LEONISA. ¿Qué es esto?
PINARDO. No eres, Leonisa, villana;
hija, sí, del de Borgoña.
ROGERIO. ¡Ay, gloria de mi esperanza!
LEONISA. ¿Yo soy Duquesa, señores?
DUQUE. De Borgoña sois Infanta.
LEONISA. ¿Y esposa del Duque, quién?
DUQUE. Clemencia.
LEONISA. Pues no soy nada.
ROGERIO. Melancólico estaré
toda mi vida, si pasan
adelante los efectos
por no remediar la causa.
Leonisa ha de ser mi dueño.
CLEMEN. Siendo Leonisa mi hermana,
en albricias de su hallazgo,
mi amor en ella traspasa
su acción.
LEONISA. Las manos te beso.
ROGERIO. Sed, pues, hoy en todo franca:
dad la vuestra al Conde Enrique.
CLEMEN. Cuando dispensare el Papa.
DUQUE. También será menester
para los dos.
CARLÍN. ¡Alto! vayan
por otra para Carlín,
que esta comedia se acaba
sin bodas. TIRSO la ha escrito;
á quien la juzgase mala,
malos años le dé Dios,
y á quien buena, buenas Pascuas.

EL MAYOR DESENGAÑO

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

Bruno, *galán.*
Marcios, *su criado.*
El padre de Bruno.
Ataulfo, *galán.*
Un tio de Evandra.
Soldados.
Visora, *dama.*
Leida, *musica.*

El Rey de Francia.
La Reina de Francia.
Marcela, *dama.*
Hugo, *papa.*
Evandra, *dama.*
Laureta, *su criada.*
El conde Próspero.
Lorena, *dama.*

Enrico, *emperador.*
Milardo.
La Emperatriz.
Roberto.
Lucio, Filipo } *estudiantes.*
Laura, *dama.*
Un Ángel.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Bruno, *galán*, Marcios, *de capigorrón*, Evandra, *dama*, y Laureta, *su criada, con mantos*

Bruno. ¡Extraña estás!
Evand. No te espantes.
Bruno. ¿Cómo es posible me tengas
amor, si cruel te vengas
con desdenes semejantes
de males que nunca te hice?
Evand. ¡Qué terribles sois los hombres!
Bruno. Si me abraso, no te asombres.
Marc. ¡Que lo alaju que lo dice!
Bruno. O me quieres bien, ó no.
Evand. Quierote con amor casto.
Bruno. ¿Qué á persuadirte no basto
á darme una mano?
Laur. ¡Jo!
Marc. Como allá se manosean
de lenguas, yo soy amigo
de obrar callando.
Laur. ¡Jo!, digo.
Marc. De ¡jo! tus requiebros sean.
¡Jo! digas cuando te cases;
cuando el sí vayas á dar
digas ¡jo!, cuando á fregar
cilas y platos repases,
por triple ó por contrabajo
cantes ¡jo! pues lloro yo,
que al fregar no es malo el ¡jo!,
si en jo acaba el estropajo.
¡Jo! te llame tu señora,
¡jo! seas en toda parte,
¡jo! digas al acostarte,
¡jo! cuando salga la aurora.
¡Jo! sea tu sí y tu no;
¡jo! en plazas, tiendas, calles,
y en fin, un marido halles
con la paciencia de un Job.
Bruno. Evandra, si cuando dejo
tantos aumentos por ti,
letras á quien años dí,
respetos de un padre viejo,
grados de universidades,
leyes por las de tu amor,
cargos que ofrece el favor,
honras que son dignidades,
¿qué estado habrá que me cuadre,
pues maltratas mi deseo,
cuando despreciado veo
por ti mi estado y mi padre?
¿El darme una mano bella
fuera mucho galardon?
Evand. Sí, Bruno, que la opinión
tengo de mi honor en ella.
Vive el recato entre miedos
de menosprecios villanos
den otras el gusto á manos,
que yo dudo darlo á dedos.
Si lo que por mí has dejado
en mi amor cobrando vas,
juzga tú cuál vale mas,

¿lo perdido ó lo ganado?
Un alma ganas, que animas
con las llamas de tu amor,
un escrupuloso honor
que por recatado estimas.
Pierdes letras y opinion
de estudios en que amor calma:
por libros te doy el alma,
y por grados mi aficion.
Si esta es mas, deje que llegue
su tiempo, que yo sé, Bruno,
que me pides, importuno,
lo que gustas que te niegue.

MARC. ¿Que no hay darme una manopla
á quien mis versos dedique?
¿Siquiera un dedo meñique,
una uña?

LAUR. ¡Jo!, digo.

MARC. ¡Sopla!
Jo y bofeton, presa y pinta.
La mano te pido yo,
pero en los carrillos no,
que es firma sin pluma y tinta.

BRUNO. Seis años ha que te adoro.

EVAND. Otros tantos ha que en ti
nuevo dueño al alma di.

BRUNO. Todas las joyas y el oro
que de mi madre herede,
y en ti mejoran de dueño,
te traigo. Don es pequeño,
mas quilates de mi fe
le daran nuevo valor:
recibe mi voluntad,
y veras su calidad.

EVAND. A poder, Bruno, mi amor
ofenderse, me averguenzo
de ver que tan mal le apoyas.
De afrentadas esas joyas
se esconden en ese lienzo,
y aunque con prendas tan bajas
me ofendes, de tu oro advierto
que en fe de que viene muerto
para mi amor, le amortajas.
Seis años de voluntad
¿se pueden satisfacer
con oro? ¿Soy mercader
que vendo mi libertad?
¿Que ignorancia hacerte pudo
intentar tan vil quimera?
Si amor vestirse quisiera
no se pintare desnudo,
pero tu para que torne
á agraviar en él la vista,
lienzo le das que se vista
y joyas con que se adorne.
Dejame y vete.

BRUNO. Oye, escucha;
no te alteres, no te enojes.

MARC. Hoy somos todos relojes.
Tambien yo tengo mi hucha.
(Saca un pañuelo muy sucio y roto.)
Cuatro cuartos bien contados
en ese pañuelo van,
que si escudos amos dan,
damos cuartos los criados.
Porque aunque hay relojes hartos,
hay unos que así te goce
no paran hasta dar doce,
y otros que dan cuatro cuartos.
No alcanzan á mas mis brios;
recibe el escaso don,
que si cuatro cuartos son,
serán ocho con los mios.
Toma, ¿que te melindrizas?—
Tu padre es este, señor.
A no venir ciego amor,
por Dios que me descuartizas.

ESCENA II

DICHOS y el PADRE DE BRUNO.

P. DE BR. Buenos logros de tu estudio
das á mis prolijos años,
á la opinion de tu ingenio
y al sudor de tus trabajos.
Buen empleo hizo la hacienda
que tanto tiempo he gastado
contigo en Paris, Bolonia,
Lovaina y Praga. Letrado
en las leyes de tu amor,
ya que no en sus desengaños,
la cátedra lees de prima,
amante ya que no sabio.
¿Honras así la nobleza
que de tus antepasados
es espejo de Colonia?
¿este es merecido pago
de un padre que deposita
su ser en ti, y te ha entregado
por ser único, en mi casa,
su valor y sus cuidados?
¿Tu te casas sin mi gusto?
¿tu, á mis consejos contrario,
el honesto traje truecas
de escuelas que ilustra á tantos,
por las galas licenciosas,
y para volar más alto,
mudas plumas (torpe y ciego)
al sombrero de la mano?
¡Plegue á Dios...

BRUNO. *(De rodillas.)* Padre y señor:
despues de poner los labios
donde tu pones los pies,
tus canas reverenciando,
respondo humilde á tus quejas,
que aunque cuerdo he procurado
seis años ha obedecerte,
inclinaciones forzando,
ni ausencias, madres de olvidos,
ni estudios siempre contrarios
de la ociosidad dañosa. *(Levantase.)*
ni entretenimientos castos
pudieron ser de provecho
á borrar de mis cuidados
el amor que á Evendra tengo,
de su hermosura el retrato.
Si supieras diligencias
que en tu obediencia buscaron
remedios contra mi amor,
desvelos que me han costado,
yerbas, palabras, conjuros,
compañía de hombres sabios,
juegos, entretenimientos,

ya en la ciudad, ya en el campo,
lástima en vez de rigor
me tuvieras, mas son falsos
los remedios que dió Ovidio
contra este ciego tirano.
¿Que importa que padre seas
y que los preceptos santos
de mi ley á obedecerte
me obliguen, si me inclinaron
las estrellas superiores,
que estando en lugar más alto
la jurisdicción te usurpan,
de quien me confieso esclavo?
Por la mujer (dijo Dios)
que dejaría olvidado
el hombre su padre y madre.
Ni te olvido, ni he dejado;
pero, ¿que tengo de hacer,
si las estrellas, los astros,
mi inclinacion, mis deseos,
la libertad me usurparon?
Tú eres solo: muchos ellos:
amor, dios fuerte; yo, flaco:
bella Evandra, ¿cómo puedo
hacer resistencia á tantos?
Sangre ilustre, padre, tienes,
y el copioso mayorazgo
que me dejas en herencia,
basta á darme noble estado.
Estudien hijos segundos,
que en las letras han cifrado
la dicha de sus aumentos,
vinculada en sus trabajos,
que los únicos, cual yo,
cuando al ocio y al regalo
den generosos desvelos,
ni es menosprecio ni agravio.
Evandra, si no tan rica,
porque los cielos cifraron
tesoros en su hermosura,
discrecion, honra y recato,
es tan noble como yo:
no permitas, si eres sabio,
que me case con el oro,
ocasion de tantos daños.
Dotes que maridos compran,
los obligan como á esclavos
á indignidades de honor,
por ser maridos comprados.
Así, padre, siglos cuentes,
que permitas mi descanso,
y antes que deje estos pies
pueda á Evandra dar la mano.

PADRE. Antes que mis canas vean
mi afrenta, tu desacato
y deshonra de tu sangre,
plegue al cielo...

MARC. (Ya plegamos.)

PADRE. Que la noche de tus bodas
trueques gustos en agravios,
y el tálamo que deseas
manchen adúlteros brazos;
jamás te mire amorosa,
desdenes sean sus regalos,
menosprecios sus favores,
y sus promesas, engaños.
No fertilice con hijos
tu desobediente estado,
y si los tienes, pobreza
mezcle su amor con trabajos.
Tus más amigos te vendan,
tengan poder tus contrarios
en tu deshonra, mas... no..
hágate Dios un gran santo
Pero ¿como se enternece
un corazon injuriado
de un hijo, que tanto quiso
á un padre, á quien debe tanto?
Plegue al cielo, si en mi ofensa
dieres la atrevida mano
á esa mujer, pobre al fin,
que es la afrenta de más caso,
que todos te menosprecien,
no te acompañen hidalgos,
de desleales te sirvas,
pidas limosna á villanos;
si jurares no te crean,
en cuanto pusieres mano
desdichas te aguen aumentos;
cuanto estés más confiado
de la lealtad de un amigo,
te usurpe lo más preciado
de tu gusto; pero... no..
hágate Dios un gran santo.

EVAND. Si no tuviera respeto
á tus venerables años
y al amor que tengo á Bruno,
de tu nobleza trasladado,
pudiera ser respondiera
á medida del agravio
que en mi calidad injurias
si no descortés, osado.
Mi sangre no desmerece
darte nietos, pues honraron
mis progenitores nobles
augustos triunfos y lauros.
Si á falta del oro vil,
que calificа villanos,
suplendo sangres ilustres,
dorando quilates bajos,
mi nobleza en poco tienes,
guarda tesoros avaros,
que los de mi honor estimo
como más calificados.
No vendo á peso de hacienda
la calidad que he entregado
á persuasiones de Bruno,
á fuer de mercader falso;
sólo noble correspondo
en amorosos contratos
á la fe con que me sirve:
firme, no rico, le amo.
Y agradece la firmeza
con que en mi pecho ha arraigado
su proceder generoso
la fe de su noble trato;
que á poderle despreciar,
causa en tus palabras hallo
para que dél ni de tu
hagan mis injurias caso.

BRUNO. Padre... señor... ¿es posible
que con ruegos no te ablando?
Si estimas tesoros, coge
perlas destos ojos claros,

oro de aquesos cabellos,
rubíes de aquesos labios,
satisfarás intereses
que está el amor envidiando.

PADRE. En fin, ¿contra el gusto mío
te intentas casar, dejando
burladas mis esperanzas?

BRUNO. ¿Qué he de hacer, si amor tirano
violenta, padre, deseos?

MARC. Si no es mías en nuestra mano,
¿qué habemos de hacer los dos
sino echar cosas á un lado?

PADRE. No me llames padre más

BRUNO. Mi padre y señor te llamo.

PADRE. Mientes.

MARC. ¡Ay!, cargado queda.

PADRE. Hijos que degeneraron
de su valor, no son hijos,
sino espurcos y bastardos.
Desde aquí te desheredo,
que aunque te faltan hermanos,
sobrinos ilustres tengo,
no cual tú, locos e ingratos.
Si más los umbrales pisas
de mi casa,

MARC. (Aquí entra un palo de molde.)

PADRE. ¡Viven los cielos!,
que ha de matarte un esclavo.
Susténtete tu mujer;
si en sus dientes y en sus labios
perlas tienes y rubíes,
bien puede supl r tus gastos.
¿Qué joyas, traidor, son éstas?

MARC. Escondo mis cuatro cuartos.

PADRE. Muestra y agradece.

MARC. ¡Malo!

BRUNO. Señor, mira.

PADRE. Dios permita,
pues su enojo forja rayos,
que uno te abrase; mas... no...
hágate el cielo un gran santo. *(Vase.)*

ESCENA III

DICHOS, menos *el padre de* BRUNO

MARC. A la luna de Valencia
parece que nos quedamos:
¿qué habemos de hacer agora?

BRUNO. ¡Hay tal crueldad!

MARC. ¡Oh, viejazo!

BRUNO. Mi bien, si anda amor desnudo,
amor soy, pues le retrato.
Padre y casa por ti pierdo,
gloria y dicha por ti gano
¿Quieres que sea tu güésped?

EVAND. No, Bruno, que los engaños
temo que otro güésped hizo
á la viuda de Cartago.

BRUNO. Llévame á tu casa.

EVAND. Tengo
un tío viejo y avaro,
y no lo consentirá,
que es mal acondicionado.

MARC. Laureta, ¿no habrá un rincón
entre sartenes y cazos?
Llévame contigo.

LAUR. Tengo
á la escalera un alano
que una pierna se merienda,
y en la cocina dos gatos
con unas uñas de á jeme.

MARC. Buenas son para escribanos.

BRUNO. En fin, ¿te vas y me dejas?

EVAND. El alma te ha aposentado
en medio del corazón

MARC. Y el cuerpo, á ti suspiramos.
(A Laureta.)
¿que me dejas y te vas?

LAUR. El alma, gorrinacayo,
te llevo, que el cuerpo no.

MARC. ¿Almas llevas? Serás diablo.
(Vanse Evandra y Laureta.)

ESCENA IV

BRUNO, *el conde* PRÓSPERO *y* MARCIÓN

PRÓSP. Qué tenéis en esta calle,
Bruno, que tan de ordinario
deseos avecindáis
en ella? Jamás os hallo
cuando os busco, sino aquí.

BRUNO. ¡Oh, Conde y señor! son pasos
de la pasión de mi pena
los que por esta calle ando.
Aquí vive quien me mata.

PRÓSP. ¡Gracias á Dios que he sacado
en limpio que sois amante.

BRUNO. Venturoso y desdichado.

PRÓSP. Esas son contradictorias.

BRUNO. Correspondeme quien amo,
y desdéñame amorosa:
veis aquí los dos contrarios.

MARC. Lo cierto es, señor (si puede
á un Conde hablar un lacayo
bachillerar en la carteta
y en el pasar licenciado)
que el estar á tales horas,
cuando Febo está jugando
con la noche al escondite,
es sólo a falta de rancho.

BRUNO. Calla, loco.

PRÓSP. ¿Cómo es eso?

BRUNO. En la nobleza fiado
y amistad que os acredita,
os contaré sin cansaros
mis desdichas brevemente.
Siendo á Evandra, habrá seis años,
origen de la hermosura,
de sus efectos milagro
Honradas correspondencias
alentan deseos tiranos,
y refrenan osadías
entre el amor y el recato.
Pienso casarme con ella,
á cuya causa he mudado
el hábito y profesión,
contradiciendo cuidados
de mi padre, que lo estorba.
Hallóme con ella hablando
á sus puertas, de su luz
tejiendo cortina, un manto.

Alborotose de verme
mi viejo padre, aumentando
lagrimas con maldiciones,
unas nubes y otros rayos,
y al fin, viendo que rebelde
en este solar idolatro,
de su casa me despide,
injurias multiplicando.
Pedí á mi Evandra que fuese
la suya hospicio y sagrado
de mi destierro y amor;
pero como puede tanto
la ocasion con el temida,
y escarmientos del traviano
huesped de la amante Elisa
hoy su puerta me cerraron
Como sin padre me veo
y sin casa, receando
perder mi dama tambien,
me quede bisoñando
quimeras, que en veros, Conde,
cesan, pues con vuestro amparo
no hecho menos padre y casa.

MARC. ¿Este es el *benedicamus*?

PRÓSP. Agora que sé que perdo
servaros, amigo, en algo,
en albricias de la pena
os doy...

MARC. (¿Dineros?)

PROSP. Los brazos.
Si os casáis, tendreis en mi
padrino. Si os ha negado
vuestro padre, en mi hallareis,
ya que no padre, un hermano.
¿Que tengo yo que no sea
vuestro?

BRUNO. Sois ejemplo raro
de la amistad y nobleza

MARC. Sois...

BRUNO. ¡Ah, necio!

MARC. Largo y ancho.

PRÓSP. Hacienda hay para los dos.

BRUNO. Alargue vida y estados
el cielo á vuestra nobleza.

MARC. Y á mi, racion y salario.

ESCENA V

DICHOS, y EVANDRA *á la ventana.*

EVAND. ¿Que mal hice en despedirle?
Corta y descortes he andado.
Cuando mi casa le niegue,
favores le dan regalos.
¿No se ha ido? Señor mio,
¿sois vos?

MARC. Bruno serenado
y yo somos maza y mona
que un romadizo aguardamos.

BRUNO. Soy, Evandra de mis ojos,
un enfermo que esperando
que salga el sol de tu luz,
á tus umbrales aguardo.
¿Quieres abrirme, mi bien?

MARC. Abra, mientras que yo abro,
entre dormido y hambriento,
bostezos y boca á palmos.

EVAND. Perdona si mis recelos
se muestran contigo avaros,
y el hospedaje te niega
quien su libertad te ha dado.
Amor es niño, y se atreve,
si solo y determinado
le ofrece el tiempo y la noche
cabellos ocasionados.
Yo estimo tanto mi honor,
que no ha de tocar mi mano
quien no me sea de esposo
debajo del yugo santo.
Y es esto con tanto extremo,
que cuando hubiera llegado
a tomármela por fuerza
el hombre mas torpe y bajo,
o me casara con él,
ó hiciera matarle en pago
de su loco atrevimiento.
Esto obliga á mi recato
a no admitirte en mi casa:
pero si quieres despacio
hablarme y verme, esta noche
Lorena me ha convidado
(que es mi amiga y es mi deuda)
a divertir el enfado
del calor, entreteniendo
juegos noches de verano.
Dos casas vive de aqui,
procura que nos veamos:
dispondremos nuestras cosas,
y adios. ¡Hola! dame un manto.

(*Entrase* Evandra.)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* EVANDRA

MARC. ¿Juegos sin cena? ¡Abrenuncio!
Manden que nos echen algo,
ya sea asado ó cocido,
que á la hambre no hay pan malo.

BRUNO. Conde, esta noche pretendo,
temores asegurando,
desposarme con mi Evandra,
si avadas mi intento casto.
Yo se que ella lo desea,
y mi padre, aunque enojado,
es padre en fin, y prados,
en olvido pondrá agravios:
¿que os parece?

PRÓSP. Divertido
estaba Si desposaros
intentais, padrino soy,
no cuideis de costa y gastos.
Vamos á trocar vestidos
de gala

BRUNO. A estar Alejandro
vivo ¡que envidia le tuviera!

PRÓSP. (*aparte*) ¡Oh, mujer divina!

BRUNO. Vamos.

PRÓSP. (*aparte*) Si con palabras hechizas,
¿qué harás con los bellos rayos
que en tu hermosura contemplo?
Amor ciego, retirad
pensamientos, resistid,
que sois cobardes y flacos

os rendáis, mi amigo ofendo:
mas con amor no hay agravios.
(Vanse Bruno y Próspero.)

ESCENA VII

MARCIÓN y LAURETA *á la ventana.*

MARC. ¡Cé! ¡Laureta; ¡ce! ¡be! ¡de!
LAUR. ¿Quién llama?
MARC. Yo llamo y amo.
LAUR. ¿Y qué me quieres?
MARC. Que me quieras.
LAUR. Lávese primero.
MARC. Lavo
cara, sotana y manteo,
para servirte lavado.
LAUR. ¿Y tiene agua?
MARC. No.
LAUR. ¡Agua va!
(Arrójale agua y retírase.)

ESCENA VIII

MARCIÓN, *solo.*

¡Ay! esta es agua, este es caldo;
llena está de zarandajas;
güeso es este, este estropajo.
¡Oh, ladrona! no os me iréis
al otro mundo á pagallo. *(Vase.)*

ESCENA IX

ATAULFO y LORENA.

LORENA. ¡Qué quieres! estoy celosa,
Ataulfo, con razón.
ATAUL. Espuelas los celos son
de una pasión amorosa;
mas sin causa, ya tú ves
si serán, Lorena, injustos.
LORENA. Eres tratante de gustos;
grande será tu interés.
¿Qué tanto habrá que no vienes
á esta casa?
ATAUL. Ocupaciones
impiden tanto...
LORENA. Aficiones,
dirás mejor. ¿Las que tienes
te impidieran el venir
á verme?
ATAUL. ¡Qué tal escucho!
LORENA. Haste encargado de mucho;
no con todo has de cumplir.
Lo que no es tan importante,
que es mi honor, olvidarás.
ATAUL. Pesada, Lorena, estás.
No pase más adelante
tu enojo, que, vive Dios,
á pensar que hablas de veras,
que á mi muerte causa dieras.
Amor puede entre los dos
hacer paces, que en cuidados
como estos, los celos son
como quien mete quistión
entre dos enamorados,
que después de estar reñidos,
pasado el primer furor,
aumenta llamas su amor
y ellos se quedan corridos.
LORENA. Ahora bien; yo te perdono
como propongas la enmienda.
ATAUL. No hay cosa en mí que te ofenda:
mi firmeza está en abono.
¿En qué pasaré tiempo pienso
pasar esta noche injurias
del calor?
LORENA. Contra sus furias
tú entretienes y dispensas,
que como amor predomina,
su fuego, y no el tiempo, abrasa.
Esperando estoy en casa
á Evandra, nuestra vecina.
Es amante suyo Bruno,
y como á honrados respetos
del amor viven sujetos,
les doy lugar oportuno
para que se vean aquí.
ATAUL. Bruno es cuerdo y es mi amigo.
Más á quererte me obligo
si ayudas su amor así:
pero este debe de ser.

ESCENA X

DICHOS y el CONDE PRÓSPERO

PRÓSP. Ociosidad y calor
necesitan el favor,
Lorena, que entretener
sabe, cortés y discreto,
á quien se vale de vos.
ATAUL. ¡Conde y señor!
PRÓSP. De los dos
buena noche me prometo.
LORENA. ¿Vueseñoría en mi casa?
PRÓSP. Una huéspeda tan bella
habéis de tener en ella,
que su memoria me abrasa.
Da licencia á mi deseo
y anima mis desatinos;
pero con tales padrinos
como en vosotros dos veo,
no saldrá mal despachado
el pleito con que he venido.
ATAUL. Por señor os he tenido,
de serviros me he preciado,
y comprara yo ocasiones
á costa de mis desvelos
para serviros.
PRÓSP. Con celos,
amor y imaginaciones
vengo, Ataulfo, á ampararme
de vuestro noble favor
y de Lorena.
LORENA. Señor,
serviros de mí, es honrarme.
PRÓSP. ¿A Evandra habéis convidado
esta noche?
LORENA. Y tarda ya.
PRÓSP. Bruno, que en su amor está
tiernamente transformado,
contándome sus empleos,

de suerte me encareció
su hermosura, que engendró
en mí, si no amor, deseos.
Dióle audiencia una ventana,
de mi libertad hechizo,
de donde le satisfizo
tan honesta y cortesana,
que aunque la tiniebla oscura
ver su cara me negó,
su discreccion confirmó
en mis penas su hermosura;
porque alma tan discreta,
¿quién duda que en cuerpo vive
hermoso, y que la apercibe
posada en todo perfeta?
A ver por los ojos vengo
si corresponde esta dama
con mis dudas y su fama.

LORENA. Yo por dichosa me tengo
de que hagáis esta experiencia
en mi casa, y á testigos
de toda verdad amigos
gustáis de darte en ausencia,
yo os prometo que Evandra es
envidia de la hermosura.

ATAUL. Y en donaire y hermosura,
hija de las Gracias tres.

LORENA. ¿No basta que yo la alabe,
sin que vos seáis su orador?

PRÓSP. ¿Son celos?

LORENA. Celos y amor.

PRÓSP. Es un mixto ese suave.

LORENA. Y ésta, Evandra, que ha venido
á sacarme verdadera.

ESCENA XI

DICHOS, y EVANDRA y LAURETA con MANTOS

EVAND. Amiga.

LORENA. A quien os espera
amante, habeis ofendido.

ATAUL. Y á esta casa, que sin vos
todo bien juzga pequeño.

EVAND. No echará menos su dueño
ocupándola los dos.

LORENA. Habladad al Conde, á quien debo
por vos aquesta merced.

PRÓSP. (Ap.) (¡Ojos, venda os ponedl,
no os ciegue rayos de Febo!)

EVAND. Vueseñoría me dé
sus manos.

PRÓSP. (Ap.) (A ser de esposo,
mil veces yo venturoso.)
Una alma, Evandra, os daré,
que se enamoró de otros,
y os idolatra de veros,
se eterniza con quereros,
y se honra con serviros.

EVAND. Á no saber yo cuán largo
sois, señor, en dar favor
á medida del valor,
que siempre tenéis á cargo,
y mis méritos indignos,
ó me hicierades correr,
Conde, ó ensoberbecer.

PRÓSP. Si en esos ojos benignos
para Bruno, y para mí
no oso decir rigurosos,
pensamientos amorosos
hallasen piedad, aquí
dará un Conde que os adora
á su ventura la palma,
haciéndose, como del alma,
de cuanto tiene, señora.

EVAND. Suplico á vueseñoría
que mude conversacion,
que afrentarme no es razon,
aunque honrarme es cortesía.

PRÓSP. La verdad, por Dios, os digo.

EVAND. Será el encarecer,
pero no podré creer
que en ofensa de un amigo,
á quien su favor admite,
mientras que no desmerece
cuando su casa le ofrece,
su dama le solicite.

PRÓSP. Si es Bruno, en pad su amor,
pues ofendiendo el secreto,
aunque amante, fue indiscreto
y necio encarecedor
de belleza, cuya copia
materia ha dado á mi pena,
pues peligra en dama ajena
y deshonra en mujer propia.
Yo estimaba su amistad,
mas ya no será razon
habiendo sido ocasion
de perder mi libertad
Dejad que mi dicha ordene,
aunque mi lealtad estrague
Quien tal hace, que tal pague
que en tal paga, que tal pene.

EVAND. Y, Conde, soy diferente
de opinion, que es rigor grave
que porque Bruno me alabe,
ó vidándole le afrente,
y que eso que sea testigo
de mi amor la noble dama,
que se hacer mas firme dama
que vos, Conde, fiel amigo.

ATAUL. Ahorremos de intercesiones,
Lorena, que lo mejor
entre pendencias de amor
es ofrecer ocasiones.
El Conde es noble, y merece
lo que Bruno es razon perder
su alabanza poco cuerda
justo castigo le ofrece.

LORENA. Quédense solos los dos,
y averiguen sin testigos
obligaciones de amigos
y de amantes.

ATAUL. Bien, por Dios.
Las luces mato, fingiendo
que voy á despabilarlas.

LORENA. (A Próspero.) Las ocasiones, gozarlas
el que es sabio.

PRÓSP. Ya te entiendo.

(Vanse ATAULFO *y* LORENA, *después de apagar las luces*

ESCENA XII

El Conde PROSPERO *y* EVANDRA.

EVAND. ¡Ay, cielos! Conde ¿qué es esto?
PRÓSP. Fuerza, Evandra, de mi amor.
EVAND. Ataulfo, ¿vos traidor?
¿vos, Conde, tan descompuesto?
¿tú, Lorena, desleal?
Soltad, Conde; soltad, digo;
torpe amante, ruin amigo,
soltad la mano.
PRÓSP. En igual
correspondencia, si pasa
mi amor á lo que interesa,
sereis mi esposa y Condesa,
dueño sereis de mi casa.
Quien os tocase la mano,
ol yo que habia de ser
vuestro esposo, y sois mujer
noble y firme, no hagais vano
juramento en que me va
la vida. La mano os toco;
yo os adoro, yo estoy loco.
EVAND. Basta, Conde, basta ya.

ESCENA XIII

El Conde PROSPERO, EVANDRA, ATAULFO, LORENA *y* LAURETA *con luces*

ATAUL. Bruno, Prospero, está en casa;
sosegaos y componeos.
PRÓSP. ¡Ay, amorosos deseos!
¿qué hará un alma que se abrasa?

ESCENA XIV

DICHOS, BRUNO *y* MARCION.

BRUNO. Por la mano me ganáis,
señor Conde.
PRÓSP. Por la mano
que pierdo, la mano gano.
BRUNO. ¡Que solicito me honráis!
MARC. Ya yo he mudado de pelo.
¿No me ves en otro traje,
Laureta?
LAURET. ¿Es lacayo ó paje?
MARC. Laquipaje, vive el cielo
No hay caballos que curar;
mientras se compra un morcillo,
á fuer de obispo de anillo,
soy lacayo titular.
BRUNO. Turbada, mi Evandra, estáis.
EVAND. Ocasion debe de haber.
BRUNO. Mis desdichas deben ser.
EVAND. Es, sin duda.
BRUNO. Vos bastáis
á aliviarlas y el favor
que por el Conde consigo.
EVAND. Teneis en él un amigo
de notable ley y amor.
LORENA. Remitid cosas de amores
para despues, y juguemos
un rato.
EVAND. ¿A qué?
LORENA. Bien podremos
pasar jugando á las flores
horas que pasadas son
por el calor.
PRÓSP. (*Aparte.*) Niño astuto,
en flor estais, dadme fruto,
que no hay bien sin posesion.
BRUNO. Sentémonos, pues, si el Conde
gusta de nuestros floreos.
(*Sientanse y sacan una cesta de flores.*)
PRÓSP. Si á flores de mis deseos
igual fruto corresponde,
poco va de juego á juego
jugando pienso abrasarme.
LORENA. Tome el Conde
LAURET. ¿Y no ha de darme
tambien flores?
MARC. Ya llego
á entregarte la mas bella
y mas olorosa flor,
porque sospecha mi amor,
Laureta, que estás sin ella.
LAURET. Miente el pallacayazo
MARC. Esta hoja en su lugar lleva,
y taparaste, como Eva,
con la hoja de un lampazo.
LAURET. Esta es ortiga.
MARC. Perdona
si te he venido á picar,
porque así pienso pagar
el agua en la socarrona
PRÓSP. Este clavel me ha cabido.
ATAUL. ¿A qué dama se le dais?
PRÓSP. Donde vos, Evandra, estáis,
fuera mi amor sin sentido,
si duraron mis cuidados
de daroslo en esta empresa.
LORENA. El cielo os haga Condesa.
ATAUL. Dios os haga bien casados.
(*Levantase y quítale la flor.*)
LORENA. Evandra y el Conde vivan.
ATAUL. Para en uno son los dos.
BRUNO. ¿Qué es eso, Próspero? Vos,
en quien mis honras estriban,
¿consentis que os intituen
esposo de quien adoro?
MARC. Por Dios, que han soltado el toro.
BRUNO. No es bien que se disimulen
mis agravios. Con la espada
pienso deshacer traidores
engaños, que cifran flores
contra una amistad quebrada.
PRÓSP. Bruno, advertid que conmigo
no es justo que compitais,
BRUNO. ¿Fe rompeis y flores dais?
¿Vos sois noble? ¿Vos amigo?
PRÓSP. Soy noble, y por eso os dejo,
soy digno merecedor
de Evandra, y es mi valor
tal, si no mudais consejo,
que os obligara á dejar
prenda que no mereceis.
BRUNO. ¿Como celos, si estoveis,
no me procurais vengar?
ATAUL. Bruno, en aquesta ocasion,
temed la airada venganza
del Conde.
BRUNO. Presto me alcanza,
padre, vuestra maldicion.

Ya el amigo en quien he
la prenda de más estima,
me usurpa.

MARC. Al Conde se arrima
todo hombre: lo mismo hare.
¡Viva quien vence!

ATAUL. Dejad,
Bruno, locas competencias,
y veréis las experiencias
que obligan á mi amistad
á este lado contra vos.

LORENA. Bruno, a Evandra el Conde adora.

MARC. Bruno, disimula agora,
que eres uno, y ellos dos.

BRUNO. Ingrata, ¿así corresponde
tu amor mudable a seis años
de penas?

ATAUL. Los desengaños
juzguen si es mejor un Conde
de quien Evandra sea esposa,
que no un pobre caballero.

BRUNO. ¿Muda estás, cruel? Ya infiero
que constantes engañosa.

EVAND. ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?

MARC. Ella es una buena lanza,
fuego azul.

BRUNO. Presto me alcanza,
padre, vuestra maldición.

ESCENA XV

DICHOS y el TIO DE EVANDRA.

TIO DE E. ¿Qué alboroto desatina
la vecindad de este modo?

MARC. ¿Mas que viene el barrio todo?

TIO DE E. Tenéos, ¿qué es esto, sobrina?
Bruno, ¿que es esto?

BRUNO. Pasiones
del amor y la amistad
son contra la deslealtad
sobre las jurisdicciones.

PRÓSPERO.

Parte sois desta causa, pues sois tío,
Artemio noble, de mi Evandra bella,
y juez habeis de ser, que de vos fío,
la sentencia en favor de mi querella.
Vendióse Bruno por amigo mío;
pero interes de amor, ¿qué no atropella,
si es mercader que en ferias de amistades
amigos vende y compra voluntades?
A vuestra Evandra amaba, hermoso objeto
de mi ventura, y fue correspondido
seis años, aunque á costa del respeto
que á sus letras y padres ha perdido,
desheredóse en fin forzoso efeto
de un hijo inobediente y atrevido.
Contome sus desgracias y pobreza,
a que acudió piadosa mi largueza,
encarecíme tanto la hermosura
de su dama, juntó merecimientos,
nobleza, discreción, gracia y cordura,
que despertó en mi nuevos pensamientos.
Quien a su dama alaba, ¿que procura?
¿De qué sirven (decí) encarecimientos,
que aun dentro el alma los amantes sabios
recelan, cuanto y mas rompiendo labios?
¿Quién alabó el manjar al deseoso
que no se lo quitase de las manos?
¿el tesoro al corsario: al ambicioso
la privanza de reyes y tiranos?;
¿la empresa de valor al generoso,
joya á mujer y gala á cortesano,
ni dama á amigo, que aunque más lo fuese,
su posesión a riesgo no pusiese?
Vi su belleza: fué mi amor testigo
de lo que puede la alabanza agena:
juzgad si es bien que niegue por mi amigo
mi gloria propia a costa de mi pena.
Sírvale su alabanza de castigo,
pues su lengua hablad ora le condena,
y Evandra, pues su mano besé, hermosa,
su juramento cumpla y sea mi esposa.

TIO DE E. La ventura, Conde ilustre,
que dáis á nuestro linaje,
al ciego amor agradezco,
si niño, con vos gigante.
Evandra, si hermosa, es cuerda,
y si eleccion de vos hace,
premiando su discreción,
dará valor á su sangre.
No hay duda que os anteponga
olvidando mocedades
á Bruno, pues tal esposo
adquiere por tal amante.
Y cuando necia resista,
yo que en lugar de su padre
quedo con nombre de tío,
os la ofrezco de mi parte.
Cumplid, Bruno, mandamientos
tan dignos de respetarse,
y maldiciones temed,
siendo justas, que os alcancen.
Las letras que profesais
seguid, pues sois estudiante,
y estudiad de hoy más por ellas
á callar, que es ignorante
quien antes de poseer
alaba prendas de nadie,
que dineros y hermosuras
siempre suelen codiciarse.
Dale, Evandra, al Conde el sí
con la mano.

LORENA. Amiga, baste
la resistencia que has hecho,
porque Condesa te llames.
Perdiste por hablador
quien no supo conservarte:
él fue necio, el Conde, cuerdo;
quien tal hace, que tal pague.

ATAUL. ¡Cuánto es mejor para esposo
quien solo de oir nombrarte
te amó, que quien por hablar
conservar su amor no sabe!
Bruno es pobre, el Conde rico,
las maldiciones de un padre
es fuerza que participes
cuando con Bruno te cases.
Amor es fuego y sin oro
será fuerza que se apague,
que es la leña que le aumenta.
Méritos del Conde sabes,
escarmiento Bruno en tu

y si, ame otra vez, no alabe
bellezas que perder puede:
quien tal hace, que tal pague.

LAURET. Si se ha de tomar mi voto,
danos señor que nos mande
riza y roble, que se muere
entre pobres amor de hambre.
Agarra una señorita,
vista esposas de grandes,
lleve en silla a la inglesa
y en carroza por las calles.
Quedese Bruno por bruto,
y pues es pobre, eche un guante,
que si por hablar te pierde,
quien la hace que tal pague.

EVAND. Pues todos me aconsejan
lo que tambien puede estarme,
y Bruno por hablador
es digno de castigarle,
con la mano doy el alma
a Prospero, cuerdo amante,
que ya de derecho es suya,
si palabras satisfacen.
No será bien que por mi,
Bruno, pierdas calidades,
(como tu padre me dijo
su mayordomo y mi padre)
A tu sotana te vuelve,
deja galas arrogantes,
cursa escuelas, mira libros,
no eres pobre, mucho sabes.
Restituye plumas leves
con que ligero volaste
desde el sombrero al papel,
que pueden eternizarte,
y a un padre restituyo,
cuando bien este agradeces,
Dios te haga un gran letrado,
como te hizo un necio amante.
(*Vanse todos menos* Bruno *y* Marcon.)

ESCENA XVI

Bruno y Marcón.

MARC. ¡Pardós señor, que nos dejan
de patas en la calle,
tu sin dama, yo sin moza,
yo sin blanca, y tu sin padre!
¿que diablos hemos de hacer?
Si admitir consejos sabes
como perder ocasiones,
lo que puedo aconsejarte
es, que del pródigo imites
el remedio, y cuando guardes
a los cerdos de su hacienda
harás la segunda parte,
que yo me voy a cumplir
maldiciones de mi madre,
que me dijo: «vete, vea,
y pegue a Dios, ventero o frayle.»
A tu primero me acojo,
quedate, adios, que te guarde,
que pues alabaste de necio,
quien tal hace, que tal pague. (*Vase.*)

ESCENA XVII

Bruno solo.

Quien maldiciones no teme,
razon será que se cumplan,
que en ajena costa,
bien merece que se engañen:
que en guarda en cofres de cedro
los vidrios que han de quebrarse,
siembra arena, labra en viento,
fia en ruego, carga en naves:
cuando sus perdidas cuenta,
ni se queja, ni se aparta
porque aun los vidrios rotos
vidrios son, que no diamantes.
¡Oh, desengañen de una vez!
Cursemos vuestras verdades,
pues esperiencia tuve en mi
el desengaño mas grande
¿Obligada pues podreis ver
honor, a dueño, padre,
que no hay cosa seguro afrenta,
que su lugar no me alcanza?
¿Volver a cursar escuelas?
no, que aunque se pierdan hombres,
mientras vivas te he de ser,
y desdichas constante
Pues ni en letras, ni en amores
tuve dicha, desengañe
que en la guerra, calidad
de valor y prosperidades
Adios, patria, adios, amantes,
adios, amigos, estudios;
cruel padre, cruel patria,
mujeres interesables,
que si hazañas dan ventura,
hay tiempo de aventurarme,
y de ser ejemplo en mi
del desengaño mas grande.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Enrico, emperador, y soldados con escalas y espadas desnudas.

ENRICO. ¡Ea! nobles alemanes,
hecha esta la batería
muestren hoy mis capitanes
que en galas y bizarría
son fuertes, como antes
No os asombre el muro alto,
de valor y esfuerzo falto,
pues cuando mas alto sea,
la fama os dará escalas.

TODOS. ¡Ea! ¡al asalto! ¡al asalto!

ENRICO. Arriba, amigos, arriba,
que va la gente frial a
de esfuerzo y valor se priva:
¡viva la fama alemana!

UNO. ¡Viva Enrique cuarto!

TODOS. ¡Viva!

ESCENA II

DICHOS y MARCIÓN, *armado á lo gracioso.*

MARC. ¡Viva lo que Dios quisiere,
y viva Marción también,
que es un borracho el que muere!
ENRICO. ¡Ea, soldados!
MARC. ¿No ven
que quedo se está? Si quiere
que el soldado fuerte sea,
justo es que á su dueño vea
que la bandera enarbola.
Todo amo manda con *hola*,
todo Emperador con *ea*.
¡Cuerpo de Cristo! consejos
deje, y hazañas celebre
quien honra soldados viejos,
que si el capitán es liebre,
los soldados son conejos.
ENRICO. (*A Marción.*) ¿Qué vos, soldado, aquí?
¿cómo no subís?
MARC. Subí,
y siendo, señor, soldado,
ya pienso que soy quebrado,
y busco un braguero. Fuí
al asalto y confusión,
y huyendo de su apretura,
no quise hacer la razón,
que brindan con confitura
de bellaca digestión.
Manteles puestos consuelan
mesas, que el manjar revelan
sobre bufetes seguros,
pero no lienzos de muros,
que á golpes se desmantelan.
«Brindis», dijo un artillero;
«Caraus, respondí, patrón»,
y el maldito tabernero,
diciendo, «haced la razón»,
desató en lugar de cuero
un esmeril, que reparo
pecho por tierra al amparo
de un foso en el campo nuevo;
y respondile: «no bebo
en ayunas de lo caro»;
«pues vaya este perdigón»,
replicó, y al punto arruga
un mosquete el bellacón.
Yo dije: «esta sin pechuga,
y hoy hago yo colación.»
Dile lugar por la yerba,
y él replicó: «pues reserva
su vida; mientras que ayuna,
allá va aquesta aceituna
y esta naranja en conserva.»
Arrojóme de repente
dos pellotas enramadas,
y respondile: «pariente,
aquesas nueces moscadas
vendedas con aguardiente.»
«Que me place», dijo luego;
y como el caballo griego,
un infierno junto arroja;
mas diciendo: «el diablo coja
letuario envuelto en fuego»,
retiréme á las barreras,
que no es poca valentía,
porque si entre tus banderas
hoy juega la artillería,
yo soy hombre muy de veras.
ENRICO. Vos sois un cobarde.
MARC. Y tal,
que no hallaréis igual,
pero todo hombre de bien
come lo que le está bien,
y no lo que le hace mal.
(*Sale al muro Bruno, y enarbola una bandera con las armas del imperio.*)
ENRICO. ¡Bravo valor! ¿Quién ha sido
aquel soldado valiente,
el primero que ha subido
al muro, para que afrente
al enemigo vencido?
Las aguilas que enarbola,
blasón de la augusta bola,
por su alferez le tendrán.
MARC. ¡Vítor Bruno, capitán!
y á quien le pesare, cola.
ENRICO. ¿Bruno se llama?
MARC. Y mi dueño
que la pluma por la lanza
trocó, y en tiempo pequeño,
si en escuelas fama alcanza,
aquí es un Marte aguileño.
No fué Hércules con Caco
tan valiente, ni de Baco
tan grande valor público.
UNOS. ¡Victoria! ¡victoria!
OTROS. Enrico.
TODOS. ¡Viva Enrico!
OTROS. Al saco, al saco.

ESCENA III

ENRICO, MARCIÓN, MILARDO y *soldados.*

MILARDO. Si tu augusta majestad
pretende gozar despojos
desta rendida ciudad,
yo he visto dos soles rojos
de más divina beldad.
No es digno su resplandor
sino de un Emperador;
mas si no los goza Enrico,
premia hazañas, te suplico,
de Milardo con mi amor.
Cuando el oro á todos sobre,
merezca yo que posea
belleza que mi fe cobre,
que no es bien que presa sea
de un soldado humilde y pobre.
Por solo aqueste interés,
pídeme hazañas después
á medida de tu gusto.

ESCENA IV

DICHOS, BRUNO y VISORA

BRUNO. Un soldado, invicto augusto,
sus labios honra á tus pies.
ENRICO. No están, Bruno, bien premiados
ansí, ni su fama abonas,
que yo los ví levantados

hacer de muros coronas,
por tu esfuerzo conquistados.
Brazos tengo con que honrarte,
si a falta de los de Marte,
los de un Emperador son
bastantes.

BRUNO. Por tal blasón,
otra vez quiero besarte
tus sacros pies, pero ¿quién
te dijo mi nombre?

ENRICO. Den,
á pesar de olvidos viles,
los pinceles y buriles
fama y nombre á cuantos von
las hazañas que este día
te ilustran, y no te asombres
que sepa tu nombre, ya
de mí, que inmortales nombres
te ha de dar tu valentía.
¡Qué belleza celestial!
(*Reparando en Visora*)

BRUNO. De tu valor imperial
es solo merecedora.

ENRICO. ¿Como te llamas?

VISORA. Visora.

ENRICO. Di, serafín celestial.
Cuando solo conquistaras,
Bruno, esta sin par belleza,
hazañas aventajaras
de cuantas la fortaleza
celebra en bronces y en aras.
Di quién eres, pues que das
mientras que triunfando estás
la fama que noble adquieres,
porque cuanto menos fueres,
[ay!] pienso ensalzarte más.

BRUNO. Colonia, augusta ciudad,
César y monarca invicto,
tan ilustre entre modernos,
tan celebrada de antiguos,
es mi patria, y tengo en ella
un padre prudente y rico,
de sangre calificada
entre ilustres y patricios.
Nací solo, vinculando
el amor, que repartido
suele ser en otros padres
menos, siendo más los hijos.
Estudié felicemente,
dando muestra en mis principios
de fertilizar con letras
la fama que adquieren libros.
Gradúeme de maestro.
lleve entre ingenios divinos,
cátedras que autorizaron
mis años entretenidos.
Gustara mi viejo padre
que echara por el camino
de la gresta, por tener
algunos deudos obispos;
pero, amor, más poderoso,
rayo dios, gigante niño,
para cuya resistencia
suelen ser diamantes vidros,
sujetó mis verdes años
al más hermoso prodigio
que encareció la belleza
entre sus dulces hechizos.
Evandra, ilustre, si pobre,
destrucción de mi albedrío,
prisión de mi libertad
y cárcel de mis sentidos,
enamorándome honesta,
multiplicó desvaríos,
tiranizó libertades,
y dio materia á suspiros.
Quíseme casar con ella,
pero mi padre, ofendido
de ver malograr más letras,
ya con consejos prolijos,
ya con ruegos paternales,
ya con enojos fingidos
y maldiciones de veras,
impedir mi intento quiso.
Entre amenazas y ruegos
en su presencia me dijo:
«Plegue á Dios te sea traidor,
Bruno ingrato, el más amigo;
la prenda por quien me dejas
te quite á tus ojos mismos;
ella te desprecie, odiosa,
pagando amor con olvido.»
¡Ay, Dios! ¡que bien se cumplió!
No pasaron, señor, siglos,
años y horas, que los cielos,
con desdeñoso castigo,
en fe destas maldiciones,
el conde Próspero, indignado
de la amistad profanada,
que le llamaba Zopiro,
enamorado de Evandra,
y ella del estado rico,
que interesó con querella,
dando á sus quejas oídos,
juntáronse en yugo ciego,
dejando desvanecidos
deseos, entre esperanzas
de seis años de servicios.
Casáronse al fin los dos,
y viéndome aborrecido
de mi padre, de mis deudos,
y lo que es más, de mí mismo,
salí á buscar muerte honrosa,
creyendo hallar el olvido
de celos desesperados
entre armados enemigos.
Supe que aquesta ciudad,
rebelde al valor invicto
de tu majestad cesárea,
temor del planeta quinto,
te negaba la obediencia,
y sus infieles vecinos,
armándose contra ti,
despreciaban tus edictos;
que con tu campo imperial
la pones cerco y sitio,
honrando con tu presencia
tus alemanes predios.
Alistéme por soldado,
batióse el muro prolijo,
postrando montes de piedra,
abortos del fuego en iros.
Hízose la batería,
y publicaron los bríos

de tu venganza el asalto,
de los rebeldes castigo.
Celos y amor con desprecio
pudieron tanto conmigo,
que desesperado y loco,
alentado de los gritos
con que animabas cobardes,
no hazañas, mas desatinos,
me subí con el primero
sobre los muros altivos
de la rebelde ciudad,
y sobre el mayor castillo
las agrias superficies
puse, valiente, atrevido.
Baje al Moro, codicioso,
y mientras despojos ricos
robaba el atrevimiento,
llevando cejas y viñas,
en el mismo instante preso
que ilustraba con mis hechos
la vencida ciudad,
entro, y de rodillas miro
a los pies de un rico soldado
el asombro peregrino
desta belleza hechicera,
cuyas hermosuras son hechizos.
Determinaba forzalla
sin refrenar sus suspiros
torpezas que en pechos viles
se rinden a apetito.
Impedíselo, piadoso,
pedísela, cortésmente,
a rescate, y respondióme
soberbio y desvanecido.
Pero yo, que de ordinario
al noble acero remito
lo que la lengua no alcanza,
de amor y vida le privo.
La noble presa consuelo,
su nombre precioso redimo;
pagado en perlas que llora
y ensartan preciosos hilos.
Sabe que era una tal prenda
del más ilustre vecino
desta ciudad, que a tus armas
muerto, pagó sus delitos;
y juzgando su belleza
por interesse benigno
contra tu enojo severo,
á tus pies, agradecido,
la presente remitido
que premiando este servicio,
y consolando estos ojos,
perdonarás los rendidos.

EMPERADOR. Con mucha razón dilaciones.
Bruno, bien has adquirido
el favor que he de premiarte,
de tus nobles pareceres digno.
Haz que sangre te bastarde,
retas te han en grandeza,
nazcan todas en valor,
despojos me has ofrecido,
merecedores de premios,
no se pague de ellos,
pues me los das, aunque Cesar,
de tu cabeza, cautivo
siendo, pues, Bruno amigo,
cuerdo, sabio, bien nacido,
valeroso y liberal,
justo es ser agradecido.
Y hontar mi paz y mi guerra
desde este punto contigo.
Acrecentando privanzas,
que en ti mostrar determino,
gobierna mi augusto estado,
y entre las armas y libros,
da consejos y haz hazañas,
reparte cargos y oficios.
Esa divina hermosura
en tu lealtad depósito;
sé alcalde de ese tesoro
y vange, desde palacio.
Celos de la Emperatriz
temo que han de ser castigo
del amor con que me abrasa.
No la vea, que magno
que la vida han de quitalla
mis forzosos desatinos,
puesto que yo quisiera el cielo,
le agradeciera propicio
si en las sienes de Visora
pudiera el laurel invicto
de mi corona afianzarse,
o la que al sol dora rayos.
Mi esposa, Bruno, es aquesta
que a recibirme ha venido
desde mi Corte imperial.
Mientras que favores hago
con que á los suyos engañe,
sirve a quien el alma humillo,
guardamela cuidadoso,
y haz que tenga amor á Enrico.

(Vase.)

ESCENA V

BRUNO, VISORA y MARCIÓN

BRUNO. ¡Oh, maldiciones dichosas!
¡Oh, amorosos laberintos,
en los fines provechosos,
siniestros en los principios!
¡Oh, desdenes bien premiados!
¡Desengaños no entendidos!
¡Amistades mal pagadas!:
ya os adoro, ya os estimo.
Por vosotras honra adquiero,
á privanzas me sublimo,
cargos interesso honrosos,
mi sangre noble autorizo.
Sean agrio pérdidas dan
tan gananciosa, desde hoy digo
con Cesar, que me pesara
si no me hubiera perdido.

VISORA. Vuelve á esas dichas todas,
si á mi amor, Bruno, te obligo,
la voluntad que te tengo,
y en vano honesta recato.
Bruno, tu cautiva soy,
de atrevimientos lascivos
de un villano me libraste,
de mi honor defensor fuiste;
agora, pues, que desdoras
la fama que has ofendido,

premios te ofrece del alma
que en medio del pecho cifro,
¿será razón que violentes
tan generosos principios,
y consientas que profane
lo que defendiste, Enrico?
No lo permitan los cielos,
ni el valor que he conocido
en tu invencible nobleza,
á quien mi esperanza rindo.
Padres ilustres me han dado,
si no dicha, nobles bríos
para defender mi fama,
que va por tuya la estimo;
del soldado me libraste,
líbrame tambien de Enrico,
que no mudan la deshonra,
Bruno, sujetos distintos.
Mi dueño eres, sé mi esposo;
tesoros tengo infinitos
de la fuerza de la guerra
seguramente escondidos.
En la calidad te igualo,
y en el amor excesivo
te llevo tantas ventajas
como es el tuyo testigo.
Con honra, Bruno, me hallaste;
con ella tambien te pido
me dejes, ó no te nombres
de honor y nobleza digno.

BRUNO. Visora, los desengaños
sonaron locos hechizos
en mí de promesas vanas,
que ya sepulta el olvido.
No más crédito engañoso,
no llantos de cocodrilos,
pues escapé, gloria al cielo,
seguro de sus peligros.
El Emperador te adora;
es mi señor, yo le sirvo;
tú eres suya de derecho,
por despojo le has cabido.
No afrentan deshonras reales;
pues tu fortuna lo quiso,
ama al César, y perdona.

MARC. A eso voy y aqueso digo.

VISORA. ¡Oh, avariento mercader!
¡que el interés ha podido
tu valor poner en venta,
y la fama que te fío!
Pues mira bien lo que haces,
que si pierdo el honor mío
por tu causa, he de trocar
en rigores vengativos
el amor que te he mostrado.

BRUNO. Anda, y deja desatinos. (*Vase* VISORA.)

ESCENA VI

BRUNO y MARCIO.

MARC. ¿Y yo podréme volver
á mi lacayil oficio
y servirte?

BRUNO. Sí, Marción;
que puesto que ingrato has sido,
quiero perdonar tus faltas.

MARC. Ya son chazas, señor mío:
pelota rasgada soy,
pero si medro un vestido,
vuelto á tu casa dirás:
vuelve á casa pan perdido. (*Vanse.*)

ESCENA VII

La EMPERATRIZ, MILARDO *y acompañamiento.*

EMPERATRIZ.

¿Que es tan bella, Milardo, la cautiva?

MILARDO.

Ojos deslumbra y ánimos derriba,
vencida vencedora,
á mí me hechiza, al César enamora.
Si no ataja con tiempo sus desvelos,
en el infierno de la envidia y celos
llorará vuestra Alteza
competencias de amor en su belleza.

EMPERATRIZ.

No tendrá Enrico, á quien el alma he dado,
el gusto de su amor tan estragado,
que puesto que en ausencia
cualquier belleza me haga competencia,
ya que le he visto alegre, me prometo
las ventajas de amor, viendo su objeto.
Pero ¿quién fue el soldado
que, atrevido, tal presa ha presentado
al César, dando causa á mis enojos,
materia á celos y á su amor despojos?

MILARDO.

Bruno, extranjero y pobre,
porque soberbia la bajeza cobre,
más loco que valiente y animoso,
subió el primero al muro temeroso,
enarbolando al viento,
Aguilas del imperio, en cuyo asiento
fijando el estandarte, dió materia
á su ventura y fin á su miseria [1];
pues obligado Enrico
á su esfuerzo ó locura, certifico
á Vuestra Majestad que le ha entregado
en guerra y paz vuestro imperial estado.
Este, rendido el muro,
á la ciudad bajó, donde seguro
de la muerte, que á míseros perdona,
mientras el campo el saco real pregona,
despreciando riquezas,
despojos busca sólo de bellezas;
y sabióle dichosa su fortuna
aun hasta en esto, pues hallando una
ostentación hermosa
de la naturaleza prodigiosa,
á Enrico la presenta,
con que su fama y su favor aumenta,
pues rendido el Augusto á sus amores,
de cargos carga á Bruno y de favores.
Los despachos le entrega
deste imperio; que en fin, es pasión ciega
la voluntad enamorada y loca,
y no es el alma á resistencias roca.

---

1 En el original «memoria».

En fin, Bruno, señora,
es el depositario de Visora,
y porque guarda al César la cautiva,
el imperio gobierna, y con él priva.

EMPERATRIZ

Subió el villano presto;
presto caerá del encumbrado puesto.
Medros ruines no son escalones
que sustentan privanzas y ambiciones,
y más si los derriban
celos y agravios que en furor estriban.
Mujer soy agraviada y poderosa,
para su muerte basta estar celosa.
Mas ¿qué es esto?

ESCENA VIII

DICHOS, LEIDA, *dama, con guitarra, y dos* SOLDADOS *que la conducen prisionera.*

SOLDADO 1.º

A tu Alteza
prisionera pretento esta belleza,
que huyendo de la furia
que á esta ciudad casti ga por su injuria,
estos montes vagaba
y sus penas cantando disfrazaba,
pues con su melodía
orbes paraba y vientos suspendía.

EMPERATRIZ.

¿Eres música?

LEIDA.

Templo
males con la paciencia, y al ejemplo
de los trabajos míos,
suspendo con acentos desvaríos;
y como es propio efeto
de la música obrar en el sujeto
según sus calidades,
aumentando á tristezas soledades,
y al contento alegría,
penas, cantando, á penas añadía:
que el triste, gran señora,
mejor entonces canta cuando llora.

EMPERATRIZ.

Si la música aumenta
la pasión del sujeto en quien se asienta,
canta envidia y desvelos,
porque celos aumentes á mis celos;
crecerá la esperanza
que tengo, en mis agravios, de venganza.

LEIDA. (*Canta.*) *El que buscare ponzoñas*
de tal virtud y poder
que mate á sangre fría,
busque celos en mujer.
El que venganza desea
contra el olvido y desden,
que dan la muerte viviendo,
busque celos en mujer.
Quien basiliscos buscare,
áspides quisiere ver,
y onzas, hurtados sus hijos,
busque celos en mujer.

EMPER. Basta, no prosigas más:
todo aquesto vengo á ser
ponzoña, venganza, tigre,
basilisco y áspid fué
contra Bruno mi sospecha.
De mi venganza cruel
verá efectos, pues que loco
busco celos en mujer. (*Vase.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos la* EMPERATRIZ

SOLD. 1.º ¿Qué esto? La Emperatriz
arrojando rayos fué
por los ojos, si sus perlas,
llamarlos rayos es bien.

MILARDO. Celos la abrasan el alma,
y de su infierno cruel
siento penas inmortales
en que me abraso también.
Envidia de la privanza
en que encumbrado se ve
este Bruno venturoso,
en mi muestra su poder.
Pero canta, Leida hermosa,
que si la música es
suspensión de penas tristes,
las que siento suspende.

LEIDA. (*Canta.*) *El que en los Príncipes fía,*
y á la cumbre del poder
por el favor va subiendo,
mire como asienta el pie.
Por escaleras de vidrio
sube el privado más fiel,
y es fácil cuando desciende
ó desliza ó rompe.

(*Sale Bruno lleno de memoriales que le van dando, y Marción con él, y suspéndese oyendo cantar.*)

Aun en el cielo no tuvo
seguridad Lucifer,
pues no hubo más de un instante
desde el privar al caer.
Efímera es la privanza,
mudable el más firme Rey;
hoy derriban disfavores
al que ensalzaron ayer.

(*Vanse todos cantando, y quedan* BRUNO *y* MARCIÓN.)

ESCENA X

BRUNO *y* MARCIÓN

BRUNO. ¡Qué mal pronóstico anuncia
la música que he escuchado
Del augusto ser privado,
¿en mi caída pronuncia
el acento temeroso
que agora acabo de oír?
Hoy que comience á subir,
¿el caer será forzoso?
Fuí desdichado en amores;
por la guerra los dejé,
á Enrico el cuarto serví;
mas mujeres y señores
son fábricas sobre el viento

porque el amor y privanza
ponen sola en la mudanza,
y es peligroso su asiento.

MARC. ¡Que lleno de peticiones
te ha ocupado la ambición!
Ayer dabas petición
al poder, hoy las dispones:
á tal subir y privar
presto ser monarca esperas.

BRUNO. Acertáras si dijeras,
á tal subir, tal bajar.

MARC. ¿Pues qué tienes que temer?
¿Qué recelo hay que te espante?

BRUNO. ¿Que no hubo mas que un instante
desde el subir al caer?
¡Oh, riesgo de la ambición!
¡Oh, peligros de un vasallo!

MARC. No hay hombre cuerdo á caballo,
pero tente tu al arzon,
pues con la carrera arrancas,
y luego no tengas miedo,
aunque tambien yo caer puedo,
porque en fin voy á las ancas.

ESCENA XI

ENRICO, BRUNO y MARCIÓN

ENRICO. Bruno, como es niño amor,
no sabe tener sosiego,
atormenta, como es fuego;
da priesa, como es furor.
Al hermoso resplandor
de Visora cera he sido,
Icaro soy, que he caido
del cielo de mi grandeza,
las plumas de la firmeza
á su sol se han derretido.
¿Parécete que pretenda,
mis tormentos dilatando,
sus favores obligando,
y que entretanto me encienda,
ó que enamorado ofenda
leyes de la cortesía,
y gozándola este dia,
aunque obligaciones tuerza,
muestre al mundo que no hay fuerza
en poder ni en monarquía?

BRUNO. Gran señor, el dar consejos
es de la privanza oficio,
y el estar en tu servicio
puede suplir años viejos.
Los Príncipes son espejos
del mundo, y tu en el sagrado
solio imperial asentado,
es razon que alumbres más:
¿por qué luz despues datas [1],
si eres espejo quebrado?
Visora al fin es mujer,
que, aunque cautiverios llora
y su muerto padre agora,
despues [te] vendrá á querer.
La justicia en el poder
su conservacion confía,
ampara la monarquía
la nobleza y opinion,
porque el poder sin razon
mas parece tiranía.
Aunque eres Emperador,
no has de usar, en cuanto amante,
del poder siempre arrogante:
que ruegos vencen á amor.
Sirve, no en cuanto señor,
sino como enamorado,
ruega y regala humillado,
si al desden quieres vencer,
que no es árbol la mujer
que ofrece el fruto forzado.

ENRICO. Si no fueras más valiente
que eres sabio consejero,
no debieras al acero
mi privanza.

MARC. Bruno, tente.

ENRICO. Persuádesme elocuente
que no pretenda á Visora
por fuerza cuando la adora
el alma que la entregué,
pero ya, villano, sé
que en mi ofensa te enamora.
Suelta la llave que ha sido
guarda suya, y la ocasion
de tu privanza.

MARC. Al arcón,
¡cuerpo de Dios!

BRUNO. Si ofendido
estás porque persuadido
de mi lealtad te aconsejo,
perdóname, que ya dejo
desde aquí de aconsejar,
porque te puedo quebrar
siendo, gran señor, mi espejo.
Como la verdad es dura,
quiebra tal vez el cristal:
yo, gran señor, hable mal;
la lisonjeada ventura
es blanda, y así asegura
vidrios siempre delicados.
Lisonjeros sean criados
y pastores lisonjeros,
por humildes, verdaderos,
y por sello, despreciados.
Yo estoy tan lejos, señor,
de ofenderte, siendo amante,
cuanto desde aquí adelante
con recelo y con temor
de caer de tu favor.
Goza á Visora y procura
tu esperanza hacer segura,
que cuando á tus plantas ven
el mundo, no será bien
resistirte una hermosura.

MARC. Eso sí, ¡cuerpo de Dios!,
vístete del mismo paño:
viva y venza aquí el engaño,
y medraremos los dos.

BRUNO. (*Aparte.*) Padre, si os creyera á vos,
mis estudios prosiguiera,
y en riesgos no me metiera
del favor y la privanza.
Vuestra maldicion me alcanza,
cuanto justa, verdadera.

---

1 Así en el original, parece debiera decir: «pues qué luz...», etc.

ENRICO. Hoy, Bruno, á privar empiezas.
Si te quieres conservar,
sombra has de ser y imitar
en palacio las grandezas.
Vuelve á consolar tristezas,
que si tu discrecion sabe
agradarme, el cargo grave
gozarás que te dí agora.
Sácame, Bruno, á Visora;
tráela aquí, toma la llave.
Pero, detente, que viene
la Emperatriz.

BRUNO. (*Aparte.*) ¡Ay, de mí!
¿Que el palacio trata así
á quien con honras mantiene?
¿Que tan flaco asiento tiene
en él el sublime puesto?
¡Subir y bajar tan presto!

ESCENA XII

ENRICO, *la* EMPERATRIZ, BRUNO *y* MARCIÓN.

EMPER. ¡Gran señor!
ENRICO. Esposa mía.
EMPER. ¿Qué nueva melancolía
os entristece? ¿Que es esto?
ENRICO. (*Ap. á Bruno.*) Si tu obediente cumplimiento
lo que te mandó mi amor,
y nuevo aconsejador,
mis deseos no impidieras,
ni mis tormentos crecieras,
ni á mi esposa alborotaras,
haciendo sospechas claras
que ha visto en mi turbacion.
EMPER. ¿No merece mi aficion
que me hables? ¿No te declaras?
ENRICO. Entronizar un villano,
necio y desagradecido,
causa de mi enojo ha sido.
Dile indiscreto la mano,
subió por el viento vano,
y al mismo paso ha de ser
fuerza que vuelva á caer:
pregúntale lo demás. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* ENRICO.

EMPER. ¿De aquesa suerte te vas?—
Celos tengo, y soy mujer;
satisfacellos conviene.—
Ven acá. ¿Por qué ocasión,
con tan grande indignación,
contra tí enojos previene?
BRUNO. La culpa esta llave tiene,
en que me premia y castiga
quien al silencio me obliga,
que ha de escusar mis daños
por no creer desengaños
ella la verdad te diga.
(*Da la llave á la* Emperatriz *y vase.*)

ESCENA XIV

La EMPERATRIZ *y* MARCIÓN, *que se finge mudo.*

EMPER. ¿Hay tal descomedimiento?
Sin responderme se fué:
yo, villano, humillaré
vuestro desvanecimiento;
presto seréis escarmiento
de lo que el favor se muda.
Satisfaced vos mi duda,
llave, pues que la sabeis;
pero cuerda me direis
que sois secretaria muda.
Este debe ser criado
del arrogante extranjero:
saber de la causa quiero
por qué Enrico va indignado.
MARC. (*Ap.*) ¿No es bueno, que me he quedado
en el potro, donde dudo
decir, aunque no desnudo,
la maraña desta danza?
Todo este mundo es mudanza:
por Dios que he de hacerme mudo.
EMPER. ¡Hola!
MARC. (*Ap.*) Ya empieza á olearme:
desahuciado debo estar.
EMPER. ¿Quien sois?
MARC. (*Ap.*) Oir y callarme,
si es que pretendo escaparme.
EMPER. No temais; llegad á hablarme
¿Servis á Bruno?
MARC. (*Ap.*) Diré
por señas que no lo sé,
ni lo que me dice entiendo.
EMPER. ¿No me respondéis?
MARC. Pretendo
de mi lealtad dar hoy fe.
EMPER. ¿Que tiene el Emperador?
¿Por que se partió severo?
¿Que llave es esta?
MARC. (*Ap.*) El primero
que sirve y no es hablador,
he sido.
EMPER. ¿Acaso es traidor
con el César vuestro dueño?
¿No me respondes si sueño?
¿Sois mudo? Dice que sí.
Mas mudo en tal traje aquí,
¿es ó no?
MARC. (*Ap.*) Cielo risueño,
lleva mi engaño adelante,
y sácame deste aprieto.
EMPER. Este me encubre el secreto
con engaño semejante,
mas no pasará adelante
su cautelosa aficion.
¡Hola!
MARC. Tres con esta son
las oleadas: ¿qué mar
te pudiera hacer tragar
tantas olas, dí, Marcion?

ESCENA XV

DICHOS, *y* MILARDO *con algunos* SOLDADOS.

MILAR. ¿Llama vuestra Majestad?
EMPER. Sí, Milardo. Aqueste mudo,
de cuyas cautelas dudo,
de un pino al punto colgad.
MARC. (*Ap.*) ¡Cuerpo de Dios! Lengua, hablad
y nolamos de represa. (*Hablando.*)

Gran señora, á mí me pesa
de no haberte respondido.
Imágen conmigo has sido
de milagros. Digo...

SOLD. 1.° Apriesa

MARC. Que yo me llamo Marcion,
sirvo de lacayo á Bruno.
Fuéle el amor importuno,
y por aquesta razon
dejo estudios, aunque sabio;
dejo amores, aunque ciego,
dejo padres, galas, juego,
celos, desdenes y agravio.
Vino á la guerra, seguile;
subió el muro, y ayudele,
venció la ciudad, loéle,
honróle Enrico, y servile.
Presentóle cierta dama,
enamoróse de vella,
hízole custodio della,
fué mariposa en su llama.
Quisóla agora forzar,
fuele á la mano mi dueño,
esto del privar es sueño,
comenzóse á desgraciar.
Quitóle el César la llave,
temió Bruno el tropezon,
mudo cuerdo de opinion,
que quien miente, privar sabe.
Díjole que hacia muy bien,
que pues era Emperador,
apretase con su amor.
Ayudele yo tambien,
restituyóle á su gracia;
iba á sacar á la moza,
pero todo lo destroza
si se emperra una desgracia.
Salió entonces vuestra Alteza,
fué perro del hortelano,
y ó su amor, Enrico, en vano,
dióle su estorbo tristeza,
trocó el favor en desden;
fuese, acabóse la historia
aquí gracia y despues gloria
por siempre jamás, amén.

SOLD. 1.° Mudo que habla de ese modo,
¡fuego en él! Callar y huir.

MARC. Reventaba por parir,
y eché las parias y todo

EMPER. Yo he quedado satisfecha,
celosa y desengañada,
si con la verdad a rada,
libre de amor en sospecha.
No gozará su esperanza
el mudable Emperador,
ni el villano intercesor
de sus gustos, su privanza.
Toma, Milardo, esta llave,
goza la ocasion, discreto;
saca esa mujer, efeto
de mi agravio y pena grave.
Llevala de aquí, no viva
donde pueda darme enojos,
ni hechizar con torpes ojos
al César, loca y lasciva.
Su jurisdicción te entrego;
goza su amor entretanto
que yo entre penas y llanto
de menosprecios me anego. *(Vase.)*

ESCENA XVI

MILARDO, MARCIÓN y SOLDADOS.

MILARDO. ¡Oh, llave de mi esperanza,
remedio de mi temor,
premio justo de mi amor,
y de mi envidia venganza!
Perdone el Emperador,
que si su vasallo fuí,
amor, que es Dios, puede en mí
más; así obedezco á amor.
Sacaré la prenda hermosa
que mi lealtad atropella,
desterrareme con ella,
que si la patria amorosa
menosprecio por Visora,
patria, riqueza y ventura
llevaré con su hermosura,
y serviré á mi señora. *(Vase.)*

ESCENA XVII

DICHOS, menos MILARDO.

SOLD. 1.° ¡Lindamente desbucháis!

MARC. El temor causarlo pudo.
Hacéos vos media hora mudo,
veréis después lo que hablais.

SOLD. 1.° ¿Hacenlo así los discretos?

MARC. Para hinchazon tan odiosa
es medicina famosa
una gaita de secretos.

ESCENA XVIII

VISORA, sola.

¿Qué es esto, soberbia mía?
¿Quién os humilló tan presto
á las leyes del amor
y injurias del menosprecio?
¿Vos de Bruno desdeñada,
cuando pagaban deseos
de espíritus generosos
el ver mis ojos risueños?
¿Yo, ayer de amor simulacro,
que á dos atras pensamientos
pagaba en desdenes locos,
siendo adorada por ellos
de un pobre soldado agora
menospreciada y á riesgo
de que mi fama profane
Enrico, amante soberbio?
Eso no, imaginaciones,
prevenga mi amor primero
brasas con Porcia y con Dido
espadas que aliente el fuego.

ESCENA XIX

VISORA y MILARDO.

MILARDO. A daros, Visora hermosa,
la libertad que no tengo

me envía la Emperatriz
abrasada en vuestros celos.
Hase declarado Bruno
el amor que le tengo, ciego,
os tiene, y que determina
forzaros torpe y violento.
Dióme la llave que veis,
y justamente consejo
que os quite la hermosa vida,
digna de siglos eternos.
Hanme hecho su ejecutor,
pero yo, que en sus intentos,
vivo advertidos, Visora,
si es vida vivir muriendo;
si admitís servicios nobles
y un alma que humilde ofrezco,
leal á vuestro servicio;
si agradecéis mis deseos,
huir con vos determino
con voluntario destierro,
y mejorar amoroso
la corte por el destierro.
Cazaremonos lejos,
y con el traje grosero
disfrazaremos las almas,
de nobles, villanos vueltos.
No responda's desdeñosa
á los nobles pensamientos,
que en vez de daros la muerte
os exigen por mi dueño

VISORA. ¿Bruno aconseja á la Augusta
que me dé muerte?

MILARDO. Esto es cierto.

VISORA. ¡Oh, bárbaro, mal nacido!
¿Ya añades á tus desprecios
nuevos agravios y enojos?
Satisfaceme, y con esto
verás lo que es un amor
vuelto en aborrecimiento.
Como á ese ingrato enemigo
mates, Milardo, prometo,
en satisfacción dichosa
el alma y vida te entrego.

MILARDO. Pues hoy dare muerte á Bruno.

ESCENA XX

VISORA, MILARDO y BRUNO *que sale*

BRUNO. ¿A Bruno matan; qué es esto?

VISORA. ¡Traidor, ingrato, villano,
alma vil en noble cuerpo!
venganzas son contra injurias;
castigos contra consejos.
Si mi muerte deseabas,
permitieras al acero
del soldado vio lador
cumplir su bárbaro intento.
¿Porque te quise me matas?
¿Porque mi honor defiendo;
porque desprecio al augusto;
porque insultos aborrezco?

BRUNO. ¿Que dices, Visora bella?

MILARDO. Las traiciones con que has hecho
agravio á aquesta hermosura,
que agora vengar pretendo.

BRUNO. ¡Oh, bárbaro! ¿Tú te atreves
á injuriarme?

MILARDO. En este acero
hallarán satisfacciones
sus agravios y mis celos.

(Meten mano y sale Enrico por una parte y la Emperatriz y Marcelo por otra.)

ESCENA XXI

VISORA, BRUNO, MILARDO, ENRICO, LA EMPERATRIZ, y MARCELO

ENRICO. ¡Traidores! ¿En mi palacio
desnudas armas? Perdeldos.

EMPER. ¿Que voces, señor, son esas?

ENRICO. Dos locos y descompuestos
á la inmunidad sagrada
de mi casa.

MILARDO. Yo confieso
cuan mal, gran señor, he andado;
mas si castigar excesos
contra tu fama, merecen
perdon de mayores yerros,
Bruno, á quien has confiado
los despachos de tu imperio,
encumbrado en tu privanza,
y con tu favor, soberbio,
dentro tu mismo palacio
con torpes atrevimientos
quiso gozar á Visora,
y hube sido alegado á efecto,
si con la espada en la mano,
de justa cólera ciego,
no impidiera desatinos
traidores y deshonestos.
Si no basta esta disculpa,
da'le de aqueste cuello
la cabeza que te ofende.

BRUNO. ¡Que escucho, piadosos cielos!
¿Yo intente tan gran delito?

VISORA. Gran Señor, mi honor le debo
á Milardo, defensor
de la joya de mas precio.
Verdad es cuanto te ha dicho.

EMPER. ¿Este es, señor, el sujeto
tan digno de vuestra gracia,
de cobre con tanto extremo?
Quien deja vasallos fieles
por encargar el gobierno
á un hombre advenedizo,
la culpa se eche á sí mesmo.
Justas quejas habeis dado
á mis inocentes celos,
que satisfaceis confuso
con vergüenza y con silencio.
Si en vos, que sois la cabeza,
tiene el mundo tal ejemplo,
¿que esperará cristiandad?
¿que harán en ella los miembros?
Volved, gran señor, en vos,
y á apetitos deshonestos,
resistencias generosas
pongan y clotivos frenos.
Visora le dé á Milardo
la mano, en que agradezco
la defensa de su honor,

como salga de aquí luego,
y quien á vuestra privanza
subió con tan malos medios,
derribad, pues que es indigno
del favor que le habéis hecho. *(Vase.)*

ESCENA XXII

Dichos, menos la Emperatriz.

ENRICO. Desnudad este villano
de las insignias, que han hecho,
cuanto más nobles en él,
más indignos sus empleos.
Baste esto por castigo,
que si matarle no quiero,
es por pagar, aunque ingrato,
su mal empleado esfuerzo.
Yo os perdono á vos, Milardo,
este honrado atrevimiento,
y á Visora por esposa
liberalmente os concedo.
Llevada á vuestros estados,
y sírvame de escarmiento
para no fiar de hazañas
lo que agora experimento.
Salid de mi corte, vos,
que quien, su padre ofendiendo,
fue contra sus canas malo,
no será para mí bueno. *(Vase.)*

ESCENA XXIII

Bruno, Milardo, Visora y Marcion.

VISORA. Así castiga desdenes,
descortés, ingrato, el cielo.
Escarmentad en vos mismo,
si escarmienta nunca el necio. *(Vase.)*

ESCENA XXIV

Bruno, Milardo y Marcion.

MILARDO. En tres días de privanza,
Bruno, servíos de ejemplo
al mundo. Presto subisteis,
no es mucho que caigáis presto.
Revolved otra vez libros,
y estudiad, Bruno, de nuevo
derechos que os hagan sabio,
que en privanzas no hay derechos.
(Vase.)

ESCENA XXV

Bruno y Marcion.

MARC. ¿Qué privanza terciana
es esta, señor? Tornemos
(pues á tres va la vencida)
desde el principio este juego.
Privado eres de alquitar,
quien te vio dando gobiernos
en aqueste triunvirato,
y agora quedarte en pelo,
dirá que eres rey de gallos,
que en los tres días de antruejo
triunfaste, y ya te desnuda
el miércoles ceniciento.
Triangulada es tu ventura,
para bonete eres bueno,
de tres esquinas, señor,
vo me á buscar amo nuevo.
Adiós, señor tres en raya,
que pues contigo no medro,
quien se muda Dios le ayuda:
él me ayude, pues te dejo. *(Vase.)*

ESCENA XXVI

Bruno.

¡Oh, sagrados desengaños!
pues no me curáis el seso,
curad mi ciega inquietud,
alumbrad mi ente dimiento.
¡En tres días de privanza
tanta confusión! ¿qué es esto?
Fiel en hombres, ¿qué me espanto?
Si crió Dios al primero,
y de un soplo le infundió
el alma, animando el cuerpo,
por fuerza se ha de mudar
si fue su principio el viento.
¡Qué confiado dormía
Jonás, á la sombra puesto
de una yedra, que secó
un gusanillo pequeño!
Yedra es la privanza humana:
rovola la envidia, y luego
faltóle al favor la sombra,
quede á la inclemencia puesto.
Dichoso soy, sin razón,
piadosa deidad, me quejo;
embosquéme en laberintos
de lazos y penas llenos.
Si anduve tres días perdido,
dichoso llamarme puedo,
pues la salida he hallado
de su confusión tan presto.
No más engaños de amor,
no más favores soberbios,
no más príncipes mudables,
no más cargos y gobiernos.
Peregrino he de vivir,
y pregonar escarmientos
por el mundo á los mortales;
conmigo el ejemplo llevo.
Quien desengaños buscare,
mercader soy que los vendo,
pues el mayor desengaño
puede en mí servir de ejemplo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Roberto, Lucio y Filipo, *estudiante:*

ROBERTO. ¡Notable ingenio!
LUCIO. ¡Espantoso
mónstruo es Bruno en todas ciencias!
ROBERTO. Con exceso se llevará
la cátedra, aunque con ella
se llevará la tiara.
FILIPO. No hay quien le haga competencia.

LUCIO. A su maestro Dion,
con ser águila en las ciencias,
se aventaja aqueste monstruo.
ROBERTO. Así él mismo lo confiesa,
y como ha caído malo,
y la muerte se le acerca,
que á su cátedra se oponga
me han dicho que se aconseja.
LUCIO. Es Dion un grande santo:
á Dios goza aca en la tierra;
llórale todo París,
que del maravillas cuentan.
ROBERTO. En fin, ¿á la oposición
se hallan el Rey y la Reina
de Francia?
LUCIO. Quieren honrar
á Bruno, y por experiencia
ver lo que la fama á voces
de su mucho estudio cuenta.
FILIPO. Si lee cátedra de Prima
y es canonigo en la iglesia
de París, no será mucho
que lleve una mitra.
ROBERTO. Y sea
la de arzobispo de Remes,
ó un capelo le engrandezca.
LUCIO. Los Reyes y los doctores
salen al acto.
ROBERTO. A mi cuenta
está un argumento.
FILIPO. Todos
delante la Real presencia
arguiremos, aunque Bruno
nos concluya y nos convenza.

ESCENA II

DICHOS BRUNO, *de clérigo*, MARCIOS, *de gorrón*, MARCELA y LAURA, *damas, de estudiantes* — EL REY, LA REINA, *doctores y estudiantes de la Universidad*

(Tocan música. Los Reyes se colocan en un sitial. Bruno en una silla, y delante un bufete con unas conclusiones. Los doctores y estudiantes se sientan en un banco, y en otro Marcela, Laura y Marcios. *Levántase* Bruno, *y siéntase luego al empezar.)*

BRUNO. Cuestión antigua y reñida,
con no pocas competencias,
es, cristianísimos Reyes,
amparo de la ley nuestra,
entre sabios y soldados
sobre cuál profesión sea
mayor en nombre y en fama,
ó las armas ó las letras.
No me atreviera á mostrar
cuál de los dos lo merezca,
por no ofender á la una,
aunque en cátedras y guerras
seguí entrambas profesiones,
que respeto en una grandeza
del cristianísimo Rey
la espada, noble defensa
de la fe por tantos siglos;
mas digo por cosa cierta
que letras y armas se hermanan,
y sólo se diferencian
en que las armas se ayudan
de las corporales fuerzas,
como las letras del alma,
pues unas y otras pelean.
Las armas son instrumentos
bélicos, que sujetan,
mediante el valor invicto,
materiales resistencias:
las letras, con argumentos,
silogismos y entimemas,
que convencen el discurso
y la más noble potencia.
Éste al presente me toca,
puesto que temblar pudiera
delante la Majestad
y soberana grandeza
de los Católicos Reyes;
mas si el argüir es fuerza
donde el ánimo acredita
y donde el temor alienta,
en la oposición que he hecho
á la cátedra suprema
de la sacra Teología,
que está vaca en las escuelas,
por no volver las espaldas,
el mantener será fuerza
los puntos que me han cabido,
aunque pobre en suficiencia.
(Levántase y descúbrese.)
Y así, Sacras Majestades,
luz de la sangre francesa;
Rector, maestro decano,
digno de memoria eterna;
insigne Universidad,
donde viven en su esfera
las Musas y las Virtudes,
el saber y la elocuencia:
proponiendo mi cuestión
en nuestra lengua materna,
porque mejor la perciba
la Reina, señora nuestra,
digo en el punto asignado
y escogida controversia,
que es, si puede la criatura
ver de Dios la eterna esencia,
con su virtud propia sola,
y si hay naturales fuerzas
que á ver en Dios sean bastantes
la beatífica presencia.
Ciertos filósofos hubo
en la platónica escuela
que ser posible afirmaron
ver de Dios la esencia eterna
una criatura finita
en esta vida; que tenga
virtud un hombre mortal
en sí para comprendella.
Deste error blasfemo y loco
dan á Eudomio por cabeza,
de quien eudomios se llaman
los que siguen esta secta.
Así lo refieren muchos,
como son, Pselo y Nicetas,
San Gregorio Nazianceno,
Crisóstomo, *Homilia tertia*,
de incomprensibilidad

de Dios, y otros mil que en Grecia
se opusieron valerosos
contra sus plumas perversas.
Siguieron estos errores
despues con barbaras lenguas,
Beguardo, Beguino y otros,
con que en Alemania siembran
ponzoñosas herejías,
que ya condenadas quedan,
conforme una Clementina
del concilio de Viena.
Y entre otras autoridades
que puedo traer con ella,
basta alegar a San Pablo,
sol claro de nuestra Iglesia,
que escribiendo á Timoteo,
en la epistola primera
y en el capitulo sexto,
dice de aquesta manera:
«Dios habita eternamente
luz maccesible, eterna,
la cual ningun hombre vió,
ni es posible pueda verla.»
Dejando, pues, este error
como hereticó y sin fuerzas,
pues ya no hay tan loco ingenio
que le apadrine y defienda,
digo, que afirmaron otros,
puesto que con agudeza,
(distinción cuarenta y nueve
del cuarto de las sentencias,
al número veinticuatro,
question segunda y tercera),
que aunque Dios no puede verse,
por ser sol de luz inmensa,
conforme á la orden comun
de nuestra naturaleza;
porque segun este orden
nadie es posible le entienda,
si con sentidos corporeos
primero al alma no entra,
y siendo espiritu puro
de Dios la divina esencia,
no hay sentido que le alcance,
por no tocar á su esfera.
Con todo eso, realzando
nuestra natural flaqueza
(segun el orden de gracia)
la Divina Omnipotencia,
puede una pura criatura
alcanzar la inteligencia
de Dios, y en mortales lazos
ver la soberana esencia.
Esta opinión es de Scoto,
sobre la *parte tercera*
de la *distinción catorce*
quæstione prima; y se prueba,
porque toda facultad
y cognativa potencia
que de algun modo termina
al objeto su agudeza,
quitado el impedimento
extrinseco, que estorbo era
para producir el acto
y efecto que nace della,
luego al momento obra fácil;
sed sic est, que á la potencia
del entendimiento humano,
por mas finito que sea,
toca el conocer á Dios,
pues es su naturaleza
un objeto inteligible
que en su latitud se encierra.
Luego si el impedimento
de la corpórea materia
se quita, segun la gracia,
¿no habrá quien á Dios no entienda?
Pruebo la mayor *asimili*.
La vista, que en las tinieblas
no puede ver la color,
que es su *circa quam materia*,
luego que sale la luz,
echando el estorbo fuera
que impedia sus efectos,
produce visión perfecta:
igitur, si Dios quitase
las imperfecciones nuestras
y el conocer sin especies
que los sentidos presentan
su Divina dad, ¿qu en duda
que si *inmediate* se viera,
del entendimiento humano
ser conocido pudiera?
Pero todo esto, no obstante,
mi conclusion verdadera
es, que no hay pura criatura
que con naturales fuerzas
vea la esencia divina,
la pueda gozar, ni entienda,
si con la lumbre de gloria
Dios no realza y eleva
el criado entendimiento,
y animando su flaqueza,
le da celestial valor
con que hasta su objeto vuelva.
Esta clara conclusion
es de fe, segun lo prueba
en el lugar ya citado
el Concilio de Viena,
y como tal, admitida
de la Catolica Iglesia,
me excusa de autoridades
que puedo excusar por ella.
Pero *ratione probatur;*
entre el objeto y potencia
tiene de haber proporción
natural, medida y cierta.
Dios es objeto infinito
de virtud pura y inmensa;
finito el entendimiento
humano: luego está fuera
de la latitud debida.
luego confesar es fuerza
que entre nuestra mente y Dios
no hay proporcion verdadera:
luego para conocelle
es necesario que tenga
una calidad sublime
que de suerte le engrandezca
(medi ante su actividad)
que pueda subir por ella
á la divina visión,
que lumbre de gloria sea.
Otros muchos argumentos

alegara en mi defensa;
pero los propuestos bastan,
pues para que resplandezca
la verdad de mi doctrina,
las impugnaciones vuestras,
doctos sabios, ilustres,
la harán mas constante y bella.

MARC. ¡Vitor, Bruno, vive Dios!
¿Qué papagayo pudiera
hablar con mas elegancia?
¡Vitor, Bruno!

MARCEL. ¡Ay, prima bella!
que me hechiza aqueste hombre
con los ojos, con la lengua,
con el talle, con la cara,
con su gracia, con su ciencia.

LAURA. Todo lo merece Bruno,
que es Fénix de la edad nuestra.
Calla agora y escuchemos
los doctores que argumentan.
(Roberto, en pie y descubierto.)

ROBERTO. Contra vuestra conclusion
habita, primo, *licentia*
a serenissimus regibus
de la cristiandad defensa,
et a domino rectore
et decano, en quien se muestra
en iguales paralelos
la virtud y la nobleza,
et a tota schola in qua
en hermosa competencia,
resplandent scientiæ et virtutes
quæ adquirunt famam æternam
acutissime Magister,
águila de nuestra escuela,
este argumento propongo,
que parece me hace fuerza.
Decís que no puede ver
de Dios la naturaleza
un entendimiento humano
mientras que lumbre no tenga
de gloria; pues *sic insurgo*,
inutil es la potencia
que no se reduce al acto,
como Aristoteles prueba.
Luego si á Dios, que es objeto
inteligible, no llega
la potencia intelectiva,
por mas finita que sea,
en vano Dios la crió,
y Dios saldrá de la esfera
de inteligible, que es cosa
absurda. *Probo sequelam*:
Dios no se puede entender
de quien con lumbre no venga
de gloria, luego es forzoso
que inteligible no sea.

BRUNO. *Arguit sic dominus rector*,
inutil es la potencia
que no se reduce al acto,
como el filósofo enseña:
concedo este antecedente.

ROBERTO. *Ergo*, como á Dios no vea
el humano entendimiento,
inutiles son sus fuerzas
y en balde Dios le crió.

BRUNO. Niego aquesa consecuencia.

ROBERTO. Pruébola. Es inteligible
Dios; luego es fuerza se entienda
no puede el entendimiento
humano entenderle, queda,
segun esto, defraudado
de su virtud, o concedа
que no es Dios inteligible.

BRUNO. Respondo desta manera.
Nuestro entendimiento humano
entiende lo que sus fuerzas
alcanzan, no más, que es propio
de todo agente y potencia.
No puede alcanzar á Dios,
cuya latitud inmensa
excede infinito y puro
nuestra natural flaqueza:
luego ¿por eso no es
inteligible? Es quimera
afirmar tan grande absurdo.
El Padre Eterno, que engendra
al Verbo de su substancia,
entiende su misma esencia,
siendo el Hijo sacrosanto
el acto y la especie expresa
de su intelección divina;
luego ya probado queda
que es inteligible Dios.
Si no tiene el hombre fuerzas
para entendelle ¿estará,
decid, aquesa impotencia
en Dios? De ninguna suerte,
que es primera inteligencia,
sino en nuestro entendimiento,
eso sí, cuya flaqueza
no alcanza, por ser finito,
á la infinita excelencia.
Luego es mas inteligible
de cuantas cosas encierra
la máquina que crió.
Y porque el hombre le vea,
(pues por sí solo no basta)
cria una luz pura y bella,
que llaman lumbre de gloria,
para que á nuestra potencia
de antojos de larga vista
sirva, con que alegre llega
al sol Dios, de quien depende
nuestra beatitud eterna. *(Levántase.)*

TODOS. ¡Vitor! ¡Vitor!

REY. Eso basta.
No se arguya mas, pues muestra,
Bruno, cuan bien empleada
es la catedra que lleva.
De mi Parlamento os hago.

BRUNO. Dé el cielo á vuestra alteza
las dos coronas del mundo,
pues tan magnífico premia
mis merecimientos cortos.

REINA. Tambien corre por mi cuenta
el honraros, Bruno sabio.

BRUNO. ¿Qué honra de mas grandeza
que la de haberos tenido,
gran señora, aquí?

REINA. Quisiera
que hubiera vaca una mitra
que honrara vuestra cabeza.
Yo me acordaré de vos.

BRUNO. Pisen las Lunas turquescas
vuestras flores de Lis de oro,
imperando ambos en Grecia.
(Vanse los Reyes.)

ESCENA III

Dichos en la escena anterior, menos el REY *y la* REINA.

ROBERTO. Conmutéis, señor Doctor,
la cátedra que se aumenta
por regirla vos, en mitra
de la mas sublime iglesia.
LUCIO. Darme puedo el parabién
a mí, por lo que interesa
con tal maestro mi dicha.
FILIPO. París de hoy más se renueva,
pues por oráculo os tiene.
BRUNO. Ya yo sé mi suficiencia
y cuán corteses honráis,
señores, mis pocas prendas.
Aquí estoy para serviros.
LUCIO. La universidad espera
veros honrando un capelo.
BRUNO. ¿Qué más honra que con ella?
(Vanse los estudiantes.)

ESCENA IV

BRUNO, MARCELA, LAURA *y* MARCIÓN.

MARCELA.

Si pueden dar amores
parabienes en vez de dar favores,
el mucho que os enseño
os los da, que aunque en cuerpo tan pequeño,
vive un amor gigante
que os desea, cual sabio, ver amante.

BRUNO.

No entiendo vuestro enigma.

LAURA.

¿Cuando llevéis la cátedra de prima,
que vuestro ingenio exalta,
decís, señor, que entendimiento os falta?

BRUNO.

Es facultad diversa
la que en amor, no en cátedra, conversa.

MARCELA.

¡Ay, Bruno! yo os adoro.

MARCIÓN.

¡Oxte, puto! muchachos, guardá el toro:
¡fuego de Dios! resina,
oliendome vais hoy á chamusquina.

MARCELA.

Bruno, vuestra presencia,
discreción, elegancia y suficiencia,
desde el dichoso día
que os vió para perderse el alma mía
en Aviñon de Francia,
aunque el amor en mí fué una ignorancia
hasta allí no entendida,
luego os rendí la libertad y vida,
siguiéndoos en el traje
que estoy hasta París, de mi linaje
y nobleza olvidada,
sólo en vos, Bruno, transformada.
Quiso mi poca suerte
para darme tormento (si no muerte)
que al sacerdocio santo
subsistes dando fuentes á mi llanto,
y bastara, á ser cuerda,
para olvidaros esto, mas recuerda
amor con imposibles,
en fe de que son llamas invencibles,
pues si os amaba antes,
ya os adoro con fuerzas tan constantes,
que si me sois ingrato,
seré de Dido un mísero retrato.
Laura, pues compañera
de mis desdichas eres, sé tercera
de mis remedios; dile
lo que le quiero, y el cuchillo afile
de su crueldad si intenta
despreciar el amor que en mí aumenta.

LAURA.

Por vos las dos andamos
tierras extrañas que hoy peregrinamos
con el disfraz violento
que veis. Pues Fenix sois de entendimiento,
de voluntad agora
lo sed, agradeciendo á quien adora
vuestro talle gallardo,
que si correspondiente no os aguardo,
juzgare a groseria
la ciencia que os ilustra aqueste día.

BRUNO.

¡Oh, invencible hermosura!
no hay resistencia para vos segura.
¡Oh, ciegas pretensiones!
¿Qué pretendeis con tantas invenciones?
Ni en mi patria bellezas,
ya seguras rendidas fortalezas,
que á costa de seis años
pararon en dañosos desengaños;
ni en la guerra, soldado,
de amor desnudo escapa Marte airado,
pues aun paderco agora
persecuciones largas de Visora,
sino que hasta en las letras,
libros derribas, cátedras penetras.
Deidad ciega y desnuda,
pues de estado mudo, de intento muda.
Ya me acogí á sagrado;
del sacerdocio gozo el sacro grado.
Mas ¡ay! pasión tirana,
¿qué inmunidad, qué asilo no profana
tu fuego, si hay ejemplos
de que violentas, como chozas, templos?
¡Pobre de mí, que al pato
que intento resistirme, más me abraso!

MARCIÓN.

Si son las dos mujeres,
aun no tan malo, pues que gallo eres.
Juzgábalos varones,
y revelaba en ellos chicharrones.
Apretemos con ellas,

¡cuerpo de Dios! si te parecen bellas,
si leer determinas,
que también el amor paga propinas;
y mientras que las cobras,
reduciendo palabras á las obras,
si *dormit ista tecum*,
ista me servirá de *vademecum*.

MARCELA.

Responde agradecido,
ó mátame, si intentas con olvido
pagar, Bruno, amor tanto.

(*Dentro.*) (¡Cuerpo santo!)

BRUNO.

¿Qué es esto?

(*Dentro.*) (¡Cuerpo santo!)

ESCENA V

DICHOS Y ROBERTO.

ROBERTO. Murió Dión, si es cordura
decir que murió quien vive
la vida que le apercibe
el cielo, y eterna dura.
BRUNO. ¡Válgame el cielo!
ROBERTO. París
á voces santo le llama,
y divulgando la fama
que por las calles oís,
desde el plebeyo hasta el noble
á su túmulo se allega,
y como á santo le ruega.
No hay campana que se doble;
antes repicando todas
con nunca vistas señales,
en vez de honrar funerales,
fiestas le aprestan de bodas.
Sus ropas cuantos le ven
van á cortar á pedazos,
y el cuerpo, huesos y brazos
quisieran llevar también,
á no hacellos resistencia
la catedral clerecía,
que con su cuerpo este día
aumenten la reverencia
de su templo, pues que vienen
á añadir la devoción
con este santo varón
de las reliquias que tienen.
BRUNO. Toda es deuda merecida
de la mucha santidad
de Dión, su cristiandad,
limosnas, virtud y vida.
Tiene nuestra corte llena
de fama que le bendiga;
no hay lengua que dél no diga
mil bienes.
ROBERTO. París ordena,
con un entierro pomposo,
que le traigan á palacio,
donde los reyes despacio,
de su cuerpo milagroso
las santas reliquias vean
y le admitan por Patrón.
MARCEL. Era un gran santo Dión.
Justamente en él se emplean
honras de concurso tanto.
ROBERTO. Ya llegan con el aquí.
MARCEL. Quiérame bien Bruno á mí,
y sea ó no Dión santo.
ROBERTO. En la capilla real
le depositan, y en ella
quieren por fe favorecella,
que con pompa funeral
los oficios se le hagan,
y que han llegado recelo.
BRUNO. Servicios hechos al cielo
de aqueste modo se pagan.
ROBERTO. El Rey y Reina son estos.
MARC. ¿Cuando dos ninfas amamos,
de *requiem*, señor, estamos?
Sucesos temo funestos.

ESCENA VI

BRUNO, MARCIÓN, MARCELA, LAURA, ROBERTO, LUCIO, FILIPO, *el* REY *y la* REINA *con acompañamiento y estudiantes.*

(*Traen unas andas y en ellas á* DIÓN, *difunto, de cuerpo presente, con bonete y borla. Los Reyes llegan á besar la mano del muerto, y al mismo tiempo arrodíllanse* LUCIO, FILIPO *y otros.*)

REY. Llegad á reverenciar,
esposa y señora mía,
á un santo que en este día
nos ha de patrocinar
con Dios.
REINA. A quien él levanta
toda majestad se humilla.
ROBERTO. Escuchad, que la capilla
el fúnebre oficio canta.

(*Cantan dentro.*)

In memoria æterna erit justus:
ab auditione mala non timebit.

(DIÓN *levantándose de medio cuerpo, y echándose luego que acaba.*)

DIÓN. Por justo y recto juicio
de Dios, Juez Soberano,
á juicio voy.
REINA. ¡Ay, cielo!
REY. ¡Qué portento tan extraño!
REINA. Sacad de aquí ese difunto,
que no es posible sea santo
quien pone en duda espantosa
su salvación.
ROBERTO. ¡Gran milagro!
REY. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible
que un hombre tan estimado
en boca de todo el vulgo,
y por santo respetado,
ejemplo de la virtud,
en la doctrina un San Pablo,
un San Hilario en la vida,
un Gregorio en el recato,
un Antonio en penitencia,
cuando los nobles, los bajos,
desde la cama hasta el cielo
subir dichosos pensaron,
su salvación ponga en duda,
y que él mismo haya afirmado
que Dios le llama á su juicio
ante su tribunal santo?

MARCEL. ¡No se si vivo ó si muerto!
LAURA. ¡Las carnes me estan temblando!
MARC. De miedo mortal estoy
medio desabotonado
ROBERTO. ¡Hay asombro semejante!
FILIPO. El corazon se me ha helado
en medio el pecho.
LUCIO. Mejor
es, Filipo, que nos vamos.
REINA. Sacadme de aqui este cuerpo.
BRUNO. Reina y señora, Rey sabio,
doctores siempre discretos,
escuchadme y sosegaos.
No es digno de tanto asombro
lo que veis, puesto que espanto
os cause que os hable un muerto,
que siempre asombra lo raro.
Dión fue en Paris y en Francia
por santo reverenciado,
y hasta ahora no tenemos
certeza de lo contrario.
Que va á juicio confiesa:
¿qué indicios da de pecados,
ni quien dirá por aqueste
que Dios le haya condenado?
Con su divina justicia
¿quien hay recto, quién hay santo,
si con ella David dice
que *nemo justificatur*?
¿Pierde el tesorero fiel
su credito y fama en algo
porque el Rey le llame á cuentas
y al recibo ajuste el cargo?
Antes, si sale bien dellas,
por prudente y recatado,
queda con nombre mayor
y con su credito en salvo
¿Que justo puede alabarse
que le haya perdonado
en el juicio severo
un pensamiento liviano?
Podrá ser que este difunto
tan bien haya administrado
los talentos de su vida,
que con Dios cuenta ajustando
salga con nombre de fiel,
y premiándole su mano,
llame testigos en el cielo
de la gloria que ha ganado.
Por santo le tienen todos:
¿quien será tan temerario,
porque Dios le llame á cuentas,
que ose afirmar que no es santo?
No le ha sentenciado el juez,
pues cuentas le está tomando:
sepamos cual sale dellas,
si libre, si condenado.
No sin causa quiere el cielo
que los que viendole estamos
para mayor honra suya,
que va á juicio sepamos.
Prosigan, si vuestra alteza
gusta, los oficios sacros,
que ya podrá ser que quede
de cielo canonizado.
REY. Dices, maestro, muy bien.
Hasta agora solo ha dado
noticia que va á juicio.
¿que hombre hay que alcance tanto,
que del Tribunal eterno
libre quede, si el más santo
teme el dar cuentas á Dios?
Jeronimo está temblando
con la trompeta al oido
y la voz de «*levantios,*
muertos, á dar a Dios cuenta.»
Pues si él tiembla ¿qué me espanto,
que, imitándole Dión,
nuestro olvido despertando,
freno ponga á nuestros vicios,
y asi quiera escarmentarnos?
Prosiga el lúnebre oficio.
MARCEL. ¡Ay, amor torpe y liviano!
Si á un santo pide Dios cuenta,
¿qué será de mí?
ROBERTO. ¡Caso raro!
(Cantan dentro.)
«Responde mihi quantas habeo iniquitates et
peccata, scelera mea atque delicta ostende mihi.»
(Dión alzándose de nuevo.)
DION. Por justo y recto juicio
de Dios, Juez Soberano,
en juicio estoy.
REY. Volvió
segunda vez á avisarnos
el aprieto en que se ve.
REINA. Y en mi acrecientan desmayos
que me asombran. ¡Santo Dios!
¡qué espantoso y triste caso!
MARC. Marción, desde hoy libro nuevo:
no más sisas en el rastro,
en la plaza, ni taberna,
si con bien de aquesta salgo.
MARCEL. ¡Jesus! Laura, aqueste aviso
reprehende mis pecados.
Yo hare enmienda en mi vida.
LAURA. Vida nueva desde hoy hago.
REY. Muestre aqui mi real valor
el esfuerzo necesario:
el fin tengo de saber
de aqueste suceso extraño.
Pues dice que está en juicio,
el fin que tiene sepamos
tan severa y justa cuenta.
Prosiga el oficio sacro. *(Cantan.)*
Responde mihi, etc.
(Dión otra vez levantándose.)
DION. Por justo y recto juicio
de Dios, sálgo condenado.
REINA. ¡Jesus sea con nosotros!
TODOS. ¡Jesus mil veces!
REINA. Huyamos. *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS, *menos la* REINA.

REY. ¡Oh, ciega opinión del mundo!
¡oh, jüicios temerarios!
¡qué dejo hay que saber
en un corazon humano!
¿Dion se condeno, cielos?
¿el caritativo, el santo,
el recogido, el virtuoso,
el humilde, el cuerdo, el casto?

¡Qué diferentes que son,
Dios eterno y soberano,
vuestros divinos secretos
de los nuestros, siempre falsos!

ROBERTO. Yo pienso que la soberbia
que al querubín ha derribado
y engaña á la hipocresía,
á Dión ha condenado;
porque cuando morir quiso
dijo, loco y temerario,
más que humilde, justo y cuerdo:
«No quiero que en este paso,
según su misericordia
me juzgue Dios, porque aguardo
que por rigor de justicia
me dé el cielo que han ganado
mis virtudes y paciencia»;
y quien fía de sí tanto,
que por santo se averigua,
condenarse no es milagro.

REY. Si eso dijo, justamente,
por loco y desatinado
la justicia le condena
quien da á la gracia de mano.
Yo voy tan lleno de asombros,
como bien desengañado
de que mientras uno vive,
hasta en el último paso,
no puede fiar de sí,
pues como avisa San Pablo,
quien está en pie, tenga cuenta
no caiga, que es todo engaños. *(Vase.)*

ESCENA VIII

BRUNO, LUCIO, FILIPO, MARCIÓN, ROBERTO, MARCELA y LAURA.

MARCEL. Al fin se canta la gloria.
No hay hombre cuerdo á caballo;
camino es aquesta vida
llena de enredos y lazos.
En un monasterio quiero,
si hasta aquí me he despeñado,
buscar por sendas estrechas
otro más seguro y llano.

LAURA. En todo quiero imitarte.

MARC. Desde hoy me vuelvo ermitaño
ó motilón de un convento.
Adios, mundo inmundo y falso.
(Vanse Marcela, Laura y Marción.)

ESCENA IX

BRUNO, ROBERTO, LUCIO y FILIPO.

BRUNO. ¿Qué hacemos aquí suspensos,
señores? ¿Que dilatamos
nuestra salvación? ¿Qué hechizos
nos desvanecen? ¿Qué encantos?
¿Que importan letras y estudios,
dignidades, honras, grados,
libros, cátedras, oficios,
si se condenan los sabios?
Dichoso el pobre pastor
que entre el grosero ganado,
ignorante para el mundo,
para los discretos zafio,
es para Dios elocuente.
Decid, ¿qué le aprovecharon
fama y opinión de bueno
á quien para Dios fue malo?
Abrid los míseros ojos:
no os predican desengaños
los vivos ya solamente;
los muertos nos están dando
voces y ejemplos seguros.
Pálpitos son ya de humanos
los túmulos, desde donde
un muerto está predicando.
Si desengaños buscáis
donde con torpes halagos
no os divirtáis, el que veis
es *el mayor desengaño*.
Dión, tenido en París
por un vivo simulacro
de santidad y virtud,
sin bastarle los trabajos
de estudios y de desvelos,
el verse reverenciado
de los Príncipes y Reyes,
de los plebeyos y bajos;
sin dalle ayuda sus letras,
magisterios, honras, cargos,
se condena, y por su boca
pronuncia su horrendo fallo.
¿Y esperaremos nosotros
en las cortes y palacios,
entre ocasiones lascivas,
entre tanto enredo y lazo
salir libres? ¿No es locura?
Amigos, desengañáos,
pues el que presente vemos,
es *el mayor desengaño*.
A vida tan breve y corta,
á tan inefable plazo,
á juez tan recto y severo,
á tan apretados cargos,
¿no despertamos, señores?
¿Nos dormimos descuidados?
¿Nos entretenemos locos?
¿Nos divertimos ingratos?
Si un predicador difunto
no es suficiente á quitarnos
vendas de los ojos ciegos,
prisiones de pies y manos,
¿qué desengaño lo hará?
¿Tan contumaces estamos
que ya para convertirnos
son necesarios milagros?
¡Oh, mil veces venturosos
desengaños! Ya me aparto
de ocasiones, pues he visto
hoy *el mayor desengaño*.

ROBERTO. A persuasiones tan ciertas,
¿qué bronce, Bruno, qué mármol
podrá resistir rebelde?
Un muerto vivo está dando
lición al ambicioso,
y un vivo, muerto ramos
en ti, pues al mundo mueres
y predicas desengaños.
Pues de los despeñaderos
nos apartas, vé guiando
al camino, que nosotros

queremos seguir tus pasos.

LUCIO. Por mi capitán te elijo.

FILIPO. A tu sombra asegurado
procuraré desde hoy más
escarmentar mis pecados.

BRUNO. Eso sí, amigos discretos;
en los desiertos y campos
aun no está un hombre seguro,
¿cómo lo estará en palacio?
En ellos Pedro á Dios niega,
y para llorar agravios
hechos contra el cielo, busca
cuevas que ocultan peñascos.
Lloremos con él nosotros,
y también con él huyamos
ocasiones engañosas,
pues lo son de vuestro daño.
Una orden de vivir
muriendo, quiero enseñaros,
donde aprisionéis sentidos,
enemigos no excusados;
freno á la lengua el silencio
ha de poner, y candados
á los oídos y ojos,
si nos despeñan regalos.
Penitencias nos den vida:
perpetuo ayuno le mando
á mi cuerpo, sin que guste
otro manjar que pescado.
Prisión y cárcel perpetua
tendrán á los pies livianos
á raya, y en su clausura
darán al alma descanso.
No ha de entrar mujer jamás
en parte donde vivamos,
ni en la iglesia que labremos,
que así el peligro excusamos.
Si este modo de vivir
admitís, y como hermanos
debajo de la conducta
de Dios, os llamáis soldados,
respondedme brevemente.

ROBER. Todos humildes te damos
la obediencia desde aquí,
poniendo á tus pies los labios.

BRUNO. Pues supliquemos á Dios
ponga su divina mano
y ayude nuestros principios,
porque firmes prosigamos.
Pero, atended; ¿qué es aquesto?

ESCENA X

Dichos, que se pondrán de rodillas. El Papa Hugo y un ANGEL.

(Suena música, y aparece sentado en un sitial el Papa Hugo, y un Angel va bajando por invención, con siete estrellas en la mano.)

LUCIO. Un ministro soberano,
abriendo Dios nuestros ojos
y su potencia llevando,
al sucesor de San Pedro
llega, y con celestes rayos
consuela nuestro temor:
¡qué favor tan soberano!

ANGEL. Piloto, que este gobierno
de la nave que surcando
almas para Dios flectua,
tienes dichoso en la mano:
Dios quiere que prevalezca
á tu sombra y con tu amparo
una nueva religion,
que Bruno desengañado
comienza á fundar agora.
A tus pies con seis letrados
que con él el mundo dejan,
vendrá, procura animarlos,
que todos siete han de ser
fundamentos soberanos
desta fábrica divina,
significada en los rayos
destas siete estrellas puras.
Ya les da sitio y espacio
el valle de la Cartuja,
de quien el renombre santo
tomará su religión.

(Cubrese con música el Angel.)

EL P. H. Si alista tales soldados
nuestra militante iglesia,
postrará viles contrarios.
Yo les doy mi bendición.

(Cúbrese el Papa.)

BRUNO. Dadme todos esos brazos
en albricias de mi gozo,
y en ejecución pongamos
nuestros propósitos justos.

ROBER. Si escarmentia el cuerdo y sabio
en desengaños, aquéste
es *el mayor desengaño*.

TANTO ES LO DE MÁS COMO LO DE MENOS

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Bautista

PERSONAS

Nineucio.	Clemente, *viejo.*	Tayda, *dama.*
Modesto	Torbisco, *pastor.*	Felicia, *dama.*
Liberio.	Abrahan.	Flora, *dama.*
Gulín, *lacayo.*	Laureta, *pastora.*	Músicos.
Diodoro.	Garbón, *pastor.*	Cuatro pobres.
Dina, *mujer*	Lázaro.	Dos capeadores.
Nisiro.	Simon.	Dos pastores.
Un criado.	Nicandro.	La Avaricia.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Nineucio, Liberio y Lázaro

Nineuc. ¿En fin, en mi competencia
amáis los dos á Felicia?
Liberio. No siempre guarda justicia
el juez que ciego sentencia;
y siendo ciego el amor,
cuando te venga á escoger
Felicia, por ser mujer,
vendrá á escoger lo peor.
Nineuc. No imagines que me afrento
de tu loca mocedad:
que yerra tu voluntad,
pero no tu entendimiento;
que éste, por torpe que sea,
confesará, aunque forzado,
que no hay hombre afortunado
que el bien que gozo posea.
No hay caudal ni posesión
que en Palestina pretenda
ser réditos de mi hacienda,
casi mis vasallos son
cuantos en Jerusalen
saben mis bienes inmensos,
sus casas me pagan censos,
sus posesiones también.
Desde el Nilo hasta el Jordan
Ceres me rinde tributo,
cada año a Baco desfruto
desde Bersabe hasta Dan
¿No cubren estas comarcas
vellocinos apacibles
para el número imposibles
respetados por mis marcas?
Los vientos me engendran potros
que brotan aquesos cerros,
en sus crías los becerros
se impiden unos á otros.
A la aritmética afrenta
la suma de mi tesoro,
pues entre mi plata y mi oro
se halla alcanzada de cuenta.
De suerte el planeta real
con diamantes me enriquece
y esmeraldas, que parece
que traigo el sol á jornal.
Las ondas del mar, si á verlas
llego, son tan liberales,
que en nácares y en corales
me ofrecen purpura y perlas;
con las unas y otras quiso
honrarme el cielo, que trata
mi dicha, visto escarlata,
gasto Cambray, rompo biso.
Mi mesa es la cifra y suma
donde el gusto no preserva
desde el árbol á la yerba,
desde la escama á la pluma.
Brindo á la sed que desprecia
vides que poda Tesalia,
va con Falernos de Italia,

y ya con Candias de Grecia;
y á tal gloria me provoco,
que conforme á lo que escucho,
para rey me sobra mucho,
para Dios me falta poco.
Si desto teneis noticia,
¿no será temeridad,
viendo mi felicidad,
que pretendais a Felicia?

LISARDO. Ponderativo has estado,
rico y poderoso eres,
mas no es razon que exageres
con tal soberbia tu estado.
Arrogante, á Dios te igualas,
y á nadie te comunicas;
cauda oso te publicas
y á ti solo te regalas.
El bien es comunicable,
Dios es bien universal;
tu para ti liberal,
para todos miserable:
mira cuán diversos modos
distinto de Dios te han hecho:
tu á ninguno de provecho,
y Dios todo para todos.
Podremos sacar de aquí
(aunque te injuries) los dos,
que no es bueno para Dios
quien es todo para sí.
Yo en riquezas no fundo
la pretension de mi amor,
que en fin soy hijo menor,
pues me hizo el cielo segundo,
en las partes personales
con que me aventajo, sí;
de ilustre sangre nací,
dotes tengo naturales;
juventud y gentileza
es el tesoro mayor
para los gustos de amor,
cuyo objeto es la belleza.
En esta felicidad
hallarás tus desengaños:
no quita el oro los años
que ya han mediado tu edad:
ya en la tela de tu vida
teje la vejez ingrata
hilos de peinada plata
que traen la muerte escondida;
ya con arrugas procura
tu cara desengañarte,
pues te dobla por guardarte
el tiempo en la sepultura.
Disforme estás para amante,
que la gula corpulenta
en fe que en ti se aposenta,
te hizo su semejante.
S. amor se pinta con alas,
porque siempre es ágil ¿cómo
siendo tú un monstruo de plomo
á mi agilidad te igualas?
Anda, que ese es barbarismo;
come, bebe y atesora,
de ti mismo te enamora,
pues eres Dios de ti mismo.
Procura desvanecer
el fuego que te estimula,
y pues adoras la gula,
no busques otra mujer.

NISELO. Eres loco y te desprecio:
solo, sobrino, de ti (A Lázaro.)
me admiro por ver que así
intentes como este necio,
haciendome oposición,
desacreditar la fama
que sabio y cuerdo te llama.

LÁZARO. Sobrárate la razón
si estribara la esperanza
que en Felicia tengo puesta
en la riqueza molesta,
que es tu bienaventuranza.
Si es causa la voluntad
del amor, y esta potencia
del alma, cuya excelencia
goza de inmortalidad,
no creo yo, siendo tan sabia
Felicia, que hará elección
de tus riquezas, blasón
caduco que el alma agravia.
Menos rico que tú soy,
aunque con bastante hacienda
para que esposa pretenda
á quien inclinado estoy.
Y advierte, porque deshagas
la rueda sobre que estribas,
más considerado vivas,
y menos te satisfagas,
que imitó naturaleza
á una madre que ha criado
dos hijas á quien da estado:
una de extraña belleza,
y otra fea, y que acomoda,
porque casallas desea,
toda su hacienda á la fea,
y á la otra su gracia toda.
Entre sabios e indiscretos
Dios sus dones repartió;
ingenio á los sabios dió
y hacienda á los imperfetos;
que por eso es pobre el sabio,
y el ignorante es tan rico.
Pon el ejemplo que aplico
en los dos, aunque en tu agravio,
que si para tu desprecio
la sabia naturaleza
reparte hacienda y riqueza
á la medida del necio,
destos dos diversos modos
la cuenta podrás hacer,
que tan necio vendrá á ser
el que es mas rico de todos.

NISELO. Consuélete esa opinión,
que no por eso me agravio:
tan rico fué como sabio
Job, David y Salomón.
No es bien que por eso cobre
desestima de mi estado:
siempre el rico es murmurado
y desvergonzado el pobre.
Llamados hemos venido
por Felicia todos tres;
si es hermosa, discreta es;
escoger quiere marido.
Al mas digno ha de nombrar

por esposo de nosotros.
Esta es. ¡Pobres de vosotros,
cuáles os he de dejar!

ESCENA II

DICHOS Y FELICIA

FELICIA. Reconocida al amor
que todos tres me mostráis,
y aunque confusa en la deuda,
deseosa de pagar,
os permito, caballeros,
que ahora merced me hagáis,
honrando esta casa vuestra,
que ufana en veros está.
Si yo tuviera tres almas
en tres cuerpos que alograr,
entre sujetos tan nobles
diera en amorosa paz
fin á vuestra competencia,
brío á vuestra voluntad,
quietud á mi confusion
y á mi sangre calidad.
Mas siendo vosotros tres,
y una sola la que amáis,
fuerza es que entre vuestro amor
viva mi eleccion neutral.
Desve os me habeis costado
con que el cuidado, á pesar
del sueño, diversas noches,
ya abogado, ya fiscal,
os abona y os condena:
ved como sentenciará
quien es juez en causa propia,
si es pasion su tribunal.
Reconozco de Liberio
que es ilustre, que es galán,
que es discreto, que es hermoso,
que es cortés, que es liberal;
y cuando voy á elegir,
hallo que alegando está
Lázaro merecimientos
de valor y estima igual.
Considerole apacible,
virtuoso y principal,
bienhechor de sus vecinos,
amado en esta ciudad.
¡Bien pudieran tantas partes
reducir mi libertad,
si no la contrapusiera
Nineucio, prosperidad
deste siglo, mayorazgo
de la fortuna, caudal
del contento y la riqueza,
que en él calmados están.
En fin, halla en vos el gusto
(A Liberio.)
gentileza y mocedad;
en vos, prudencia y virtud;
(A Lázaro.)
y en vos halla autoridad
(A Nineucio.)
y riqueza el interés:
corregid cuál estará
quien ha de escoger al uno,
y perder á los demas.
Pero pues ha de ser fuerza,
y Felicia me llamáis,
la inclinación determino
con el nombre conformar.
Felicia soy; solamente
aquel mi dueño será
que poseyere en su estado
la humana felicidad.
Vos, Liberio, mientras vive
vuestro padre y á él estáis
sujeto hijo de familia,
tasándoos la cortedad
de su vejez alimentos,
mal os podréis alabar
de ser feliz, pues consiste
el serlo, en la libertad.
Juventud y bizarría
son venturas al quitar
que, ó el tiempo las tiraniza,
ó postra la enfermedad.
Felicidad de futuro,
sujeta á la variedad
de mudanzas y accidentes,
mientras llega, pena da,
en espera, sois dichoso,
martirio es el esperar;
dichas presentes procuro,
pues que tardan, perdonad.
Y vos, Lázaro también,
que puesto que sea verdad
que os den fama las virtudes
que piadoso ejercitais,
ya remediando pobrezas,
componiendo pleitos ya,
con que os llama todo el reino
su socorro universal,
entretanto que adquirís
á costa de la mortal
la felicidad eterna,
á que piadoso aspirais
distribuyendo vuestra hacienda
y faltandonos el caudal,
fuerza es, casando con vos,
que también falte la paz.
En la casa de Nineucio
no halló la necesidad
puerta franca, ni hasta ahora
ha entrado en ella el pesar.
La abundancia es quien la habita,
y hasta ella corriendo van
los deleites como rios,
por ser Nineucio su mar.
Llámale rico avariento
la murmuración vulgar,
porque con ellos no gasta
los bienes que Dios le da:
miente el vulgo, que el avaro,
sólo por acrecentar
riqueza á riqueza, es
verdugo de sí mismo.
Cuando más rico, es más pobre:
no come por no gastar,
no viste por no romper,
no duerme por no soñar:
en la casa de Nineucio,
desde el retrete al zaguán
toda güele á ostentación,
toda sabe á majestad.

Sus paredes cubren telas,
sus artesones están
compitiendo en sus labores
con la esfera celestial.
Biso delicado viste,
arrastra púrpura real,
sobre blandas plumas duerme,
en carrozas fuera va.
¿Qué invención el apetito
ha inventado, qué manjar
que no registre su mesa?
¿Qué licor tan cordial
que su sed no satisfaga,
si su prodigalidad
empadrono para el gusto
cuanto abraza tierra y mar?
Luego no será avariento
quien, consigo liberal,
no malogra sus riquezas
y bienes con los demás.
Si es Nineucio, pues, tan rico,
discreto sois, sentenciad
el pleito de vuestro amor,
que entretanto que envidiáis
mi elección y su poder,
él y yo con yugo igual
al triunfo de amor unidos
consagraremos su altar.
(Dánse las manos Nineucio y Felicia.)

NINEUC. Consolaos el uno al otro,
y uno de otro me vengad.
Rico soy, Felicia es mía;
cuerdos seréis si sacáis
en mi abono y vuestra afrenta,
que aunque el bien partido está
en honesto y deleitable,
no hay bien sin utilidad.
(Vanse los dos.)

ESCENA III

LIBERIO y LÁZARO

LIBERIO.

No fueras tú mujer, y no eligieras
interesables gustos. Si tú amaras,
mis dotes naturales abrazaras,
sus miserables bienes pospusieras.
Adora á un monstruo de oro, lisonjeras
mentiras apetece, estima avaras
felicidades torpes, pues reparas
en lo que esconden montes, pisan fieras.
Riquezas, de tu amor apetecidas,
herede yo, si así te satisfaces,
que premiarán tu amor; pero más justo
es, que imitando en la elección á Midas,
tengas, cuando en tu esposo el oro abraces,
con sed al interés, con hambre al gusto. *(Vase.)*

ESCENA IV

LÁZARO

Tan lejos de formar quejas ni celos
estoy de ti, Felicia interesable,
que mil gracias te doy porque mudable,
tus desengaños curan mis recelos.
¡Qué contrarios que son nuestros desvelos!
Tú en deleites humanos variable,
felicidad elijes; yo, inmutable,
agregación de bienes en los cielos.
No es gloria la que teme á la mudanza
y amenaza en peligros de la vida,
mas funda en ella tu razón de estado,
pondré yo en Dios mi bienaventuranza
y veremos los dos á la partida
cuál de los dos es bienaventurado. *(Vase.)*

ESCENA V

CLEMENTE, *viejo y* MODESTO, *su hijo.*

MODEST. No te espante de que viva
Liberio tan sueltamente,
señor, si en tu amor estriba
de sus vicios la corriente
que su juventud derriba.
Si por ser hijo menor
te ha de ocasionar tu amor
á consentir lo que pasa,
sin que tenga á nadie en casa
ni respeto, ni temor,
cuando disipe tu hacienda,
tu fama desacredite,
juegue, desperdicie, venda,
llorelo quien lo permite
y le da tan larga rienda;
que yo, cumpliendo con esto,
y á obedecerte dispuesto,
aunque soy hijo mayor,
me quejaré de tu amor
y sus [1] locuras.

CLEMEN. Modesto,
hasta que padre hayas sido
y con tierna sucesión
hayas cuerdo repartido
en hijos el corazón,
de sí mismo dividido,
no culpes lo que no alcanzas.
La juventud en mudanzas
gasta la flor de sus años,
y el tiempo con desengaños
suele lograr esperanzas.
Cuerdas amonestaciones
doy á Liberio; no puedo
violentar inclinaciones.
Que es travieso te concedo;
mas, si no excusas razones,
¿he de ser con el tirano?
¿No puso Dios en su mano
su libertad y alvedrío?
rompa la presa este río,
cual avenida en verano.
Quien ve un arroyo pequeño
crecer con la tempestad,
hacerse del campo dueño,
inundar una ciudad,
y en breve espacio pequeño,
el que antes imitó el mar,
dejarse humilde pisar
sin barco, ó vado, á pie enjuto,
de un simple niño, de un bruto
pues así has de comparar.

---

1 «Tus» en el original

La juventud licenciosa,
borrasca es en el estío
de la edad, que presurosa
saca de madre este río,
cuya creciente furiosa
rompe peñas y edificios;
pero como son los vicios
que causaban sus crecientes,
bienes no más que aparentes,
dan de su violencia indicios,
y empalagando el descanso
que en el discreto tener,
se reduce á su remanso,
y vuelve luego á correr
seguro, apacible y manso.

MODEST. Pudierate replicar
mil cosas, á no mirar
lo que obedecerte estimo.
De mi hermano me lastimo;
el cielo le dé lugar
para que ataje prudente
su juvenil desvarío,
que es mar la muerte inclemente,
y suele sorberse un río
en mitad de su corriente.

ESCENA VI

Dichos y GULÍN, *con una caja de joyas escondida*

GULÍN. ¡Alto! Mi gozo en el pozo:
en las brasas hemos dado.

CLEMEN. ¿Qué es esto?

MODEST. Este es su criado:
cual el amo, tal el mozo.

CLEMEN. ¿Dónde te vuelves? Espera.

GULÍN. Un poco se me olvidaba
allá dentro. (¡angustia brava!)

CLEMEN. Detente.

GULÍN. ¡Quién se escurriera!

MODEST. ¿Qué es lo que escondes, turbado,
con la capa?

GULÍN. ¿Yo que escondo?

CLEMEN. ¿No respondes?

GULÍN. Ya respondo.

CLEMEN. ¿Qué llevas?

GULÍN. Cierto recado.

CLEMEN. Muestra.

GULÍN. Camisas y un cuello
con ropa sucia es.

CLEMEN. Espera.

GULÍN. Llévolo á la lavandera

CLEMEN. ¿Pues yo por qué no he de verlo?

GULÍN. ¿Para qué has de ver andrajos,
señor, de un salario corto?

CLEMEN. Reporta.

GULÍN. Ya me reporto.

MODEST. Enseña.

GULÍN. ¿Cuatro estropajos,
por me oír decir, rodajas,
quieres ver?

MODEST. Yo sé que mientes.

CLEMEN. Enseña.

GULÍN. No están decentes,
porque algunas seguidillas
que causó cierta flambrera,
me forzaron sin razón
á hacer versos á tracción
que borre la lavandera

MODEST. Cualquiera bellaquería
se puede esperar de ti.
¿qué es lo que cubres aquí?

(Descúbrele la caja.)

CLEMEN. Toda esta es hacienda mía.
Traidor, ¿mis joyas me llevas?
¿Hay atrevimiento igual?

GULÍN. Yo soy lacayo leal.

CLEMEN. Muy bien con esto lo pruebas,
pues me robas.

GULÍN. ¿Yo?

MODEST. ¿A excusar
te atreves?

GULÍN. ¿Y es maravilla,
si aun el basto y la espadilla
no robo, por no robar?
Mi señor, que enamorado
colige, por ser galán,
que amor del tribu de Dan
sale mejor despachado,
no cesa de dar jamas,
porque so pena de olvido,
Cupido se acaba en pido,
y sus damas en *da mas*.
Anoche descerrajó
tus escritorios por ver
si el interes mercader
en amor se transformó;
y perdido por Belicia,
para comprar su hermosura
hizo esta tarde postura,
mas pujando la codicia,
venció su competidor.
Quiso despicarse luego
jugando, que en fin el juego
es triaca contra el amor;
perdió el dinero en diez pintas
(de tabardillo serán),
y según prisa le dan,
ya no debe tener cintas.
Mandóme en fin que viniere
por el oro, que escondido
guardó anoche, prevenido
que nadie en casa me viese:
es mi amo, y yo soy fiel,
pues dice el refrán que anda:
«Haz lo que tu amo te manda
si quieres cenar con él.»

CLEMEN. Vos sois un...

GULÍN. Dirás, bellaco.

CLEMEN. ¡Qué á su medida os hallo
vuestro buen amo!

GULÍN. Si yo,
lo que él hurta á plaza saco,
¿en que peco, o que te asombra?
Sombra es el criado del
de su señor, voy tras él:
¿no imita el cuerpo á su sombra?
¿Si, el roba, he yo de rezar?
En casa el tamborilero,
el mozo baila el primero:
mozo soy, y he de bailar.

CLEMEN. No has de estar mas un instante
en casa. Las faltriqueras

le mira, que son terceras
de sus hurtos.

GULÍN. ¿No es bastante
disculpa la que te he dado?
Riguroso estás

(Registrante y le hallan una taba.)

CLEMEN. ¿Qué es eso?

MODEST. No sé, ¡por Dios! Este gueso
halle sólo en este lado.

CLEMEN. Enseña. ¿Pues para que
traes este hechizo contigo?

GULÍN. ¿Yo, hechizo?

CLEMEN. Habla, enemigo.

GULÍN. ¿Brujo yo?

CLEMEN. ¿Pues no se ve?

GULÍN. Solamente te faltaba
para formarme procesos
desenterrarme los guesos.

CLEMEN. ¿Pues que es aquesto?

GULÍN. Una taba:
juego desacreditado
para andar entre esportillas,
aunque libre de pandillas
y sin artificio hallado.

(Juega con la taba.)

Echase así. Si hacía arriba
cae la carne, que es esta,
gana el que tira la apuesta:
pero si sobre ella estriba
este, cuyo nombre oculto
para callar es mejor,
pierde al punto el tirador.

MODEST. Juego culto.

GULÍN. No es honesto,
pero entretiene cuidados.

CLEMEN. Provechosa ocupación.—
¿Que es eso?

MODEST. Tres dados son.

GULÍN. Nunca los busco prestados.

CLEMEN. Con oraciones devotas
á los demás te aventajas.

MODEST. Aquí tienes dos barajas. *(Sacaselas.)*

GULÍN. Siempre me persiguen sotas.

MODEST. ¡Buen libro! ¡devoción buena!

GULÍN. Y tal, que suele obligar
las más veces á ayunar
esta santa cuarentena.

CLEMEN. ¡Que hable éste tan sin empacho,
y su vicio no le asombre!

GULÍN. Si tu jugaras al hombre
y supieras dar un chacho,
lograr la espada y bastillo
con la malilla y entolla,
hacer reponer la polla,
llevártela de codillo,
valdándote de un manjar,
y los reyes escoger,
te olvidaras de comer
y de dormir por jugar.

CLEMEN. No olvidaré de daros,
yo al menos, el galardón
digno de la ocupación
en que sabéis emplearos.
¡Hola! *(Salen dos criados.)*

GULÍN. En habiendo oleadas,
tormenta promete el mar.

CLEMEN. *(A los criados.)* Madme éste.

GULÍN. (Salmonar
me quieren las dos lunadas.)
Señor, desde hoy pondré fin
al juego y hurtos.

ESCENA VII

CLEMENTE, MODESTO, GULÍN, LIBERIO y CRIADOS.

LIBERIO. ¿Que es esto?

CLEMEN. ¿Qué ha de ser?

GULÍN. Acude presto,
que corre riesgo Gulín.

CLEMEN. Dos grillos y una cadena
le echad.

LIBERIO. ¡A Gulín! ¿por qué?

GULÍN. ¿Comilo yo? Mi amo fué.

CLEMEN. Llevalde.

GULÍN. ¿A dónde?

CRIAD. 1.° A la trena.

(Vanse los dos Criados con Gulín.)

ESCENA VIII

CLEMENTE, MODESTO y LIBERIO.

CLEMEN. Mal, Liberio, te aprovechas
del amor con que te trato:
á Dios y á tu padre ingrato,
consejos cuerdos desechas,
y haciendo ya mis sospechas
verdades, porque te adoro,
osas perderme el decoro,
y eres, por vivir sin rienda,
ladrón de tu misma hacienda,
pirata de tu tesoro.
Aun si en nobles ejercicios
mozo la desperdiciaras,
ó amigos con él ganaras,
en la adversidad propicios,
colorearas los vicios
con que dar ne muerte quieres:
pero en juegos y mujeres,
peste de la juventud,
hospital de la salud,
del infierno mercaderes...
¡Ay, de ti! que al mismo paso
que á engaños vicios enlazas,
tu perdición misma abrazas
corriendo, ciego, á tu ocaso.
De tu edad verde haz más caso,
que el que en torpezas livianas
gasta las flores tempranas
de su juventud florida,
plazos acorta á su vida
y al tiempo adelanta canas.

LIBERIO. No ha estado malo el sermon
para el humor con que vengo:
sabio David en ti tengo
cuando ser quiero Absalón.
¿Tan torpes mis vicios son?
¿Tan adeudado te dejo
para que llores perplejo
culpas que finges en mí,
que en cada maravedí
me has de dar siempre un consejo?
Gentil modo has inventado

de ahorrar: por no persuadirte,
siempre que llego á pedirte,
me riñes adelantado.
Ya yo estuviera casado,
si menos guardoso fueras,
con quien honrarme pudieras,
y mi sosiego alabaras,
en nietos te conservaras
y noble en ellos vivieras.
Mas como dura el invierno
de tu larga vejez tanto,
me tienen (y no me espanto)
por hijo del Padre Eterno.
De tu cansado gobierno
es ya martir mi paciencia,
edad tengo y experiencia:
Padre, acaba, ó muerete,
ó la parte se me dé
que me toca de mi herencia.
Del dote que, caudaloso
de mi madre te enriquece,
la mitad me pertenece;
por esto te soy odioso.
No es mi edad para el reposo
que me aconsejas molesto:
mucho vives, mas supuesto
que al alma te ha de llegar
el quererte la sacar,
así morirás más presto.

MODEST. Atrevido, ¿así es razón
que hables á quien el ser debes?
¿así á tu padre te atreves?

LIBERIO. Empieza tu otro sermon,
hipócrita en la opinión
de quien tiene entendimiento;
encarece sobre el viento
la virtud que no acreditas,
dime que á mi padre imitas,
por ser cual él avariento;
alábate que no juegas,
que nunca serviste damas,
que si Modesto te llamas,
modesta vida sosiegas,
que si soberbio me alegas
que eres mi hermano mayor,
te probaré yo, en rigor,
que del justo Abel en fin
fue hermano mayor Caín,
y vino á ser el peor.
Si en los primeros que el mundo
tuvo, el mayorazgo fué
tan malo, ¿es justo que esté
sujeto á tí por segundo?
En no estimarte me fundo,
por ser de tí tan distinto,
que si obediente te pinto,
será hipócrita avariento
para que en su testamento
te mejore en tercio y quinto.
Por huir dél y de tí
pienso partirme tan lejos
que os espante: tus consejos
y tu ambicion huyo así.
Liberio soy; pues aquí
oprimes mi libertad,
excuse mi libre edad
vuestra avara hipocresía
y busque en Alejandría
la humana felicidad
Corte soberbia es Egipto:
lograré en ella mi hacienda,
soltaré al deleite rienda
y presas al apetito.
Con el mismo sol compito
en gentileza; á mi amor
la dama de más valor,
más rica, sabia y hermosa,
rendiré: será mi esposa,
y yo de Egipto señor.
Triunfará mi mocedad,
sin perdonar juego ó fiesta,
convite, prado, ó floresta,
deleite, ó prosperidad.
Esta es la felicidad
por quien me dejó Felicia,
esta mi gusto codicia,
y esta sola me destierra
de mi casa y de mi tierra,
y en fin, de vuestra avaricia.
Venme, padre, á entregar luego
lo que heredé de mi madre,
saca el testamento, padre,
ó pondré á tu casa fuego.

CLEMEN. Liberio, ten más sosiego;
considéralo mejor;
no uses tan mal de mi amor,
que ya tu perdicion lloro. *(Llora.)*

LIBERIO. Mejor dirás por el oro,
de quien soy tu ejecutor.
Como guardas el dinero,
guarda lágrimas tambien,
y haz que mi hacienda me den,
que partirme á Egipto quiero.
Ni me repliques severo,
ni amoroso me persuadas.
A romper voy aceradas
arcas y cofres que adoras:
no me enterneces, que lloras
lágrimas, padre, doradas.
Dame mi hacienda y no intentes
que mala vejez te dé.

CLEMEN. Oye: eso y más te daré,
como de mí no te ausentes.

MODEST. Respeta canas prudentes,
y si estás de mí ofendido,
perdon y brazos te pido.

LIBERIO. Apartá engañosos lazos:
dinero quiero, y no abrazos:
tus engaños he entendido.
Todo es por lo que sentís
que á los dos el oro os lleve;
ni vuestro llanto me mueve,
ni con él me persuadís.
¡Vive Dios! si me impedís
la hacienda que me usurpáis
y el tesoro me negáis
en que idolatráis avaros,
que en casa no he de dejaros
un sólo pan que comáis. *(Vase.)*

ESCENA IX

CLEMENTE y MODESTO.

MODEST. Dásela, corra este río,
como dices, caro padre,
sin presas; salga de madre
su juvenil desvarío.
CLEMEN. ¡Ay, engañado hijo mío!
Experimenta mortales
peligros que á buscar sales,
si el desengaño previenes
que nunca estimó los bienes
quien nunca probó los males.
(Vanse.)

ESCENA X

NINEUCIO, vistiéndose y lavándose con música de chirimías, criados dándole de vestir y DINA *se hinca de rodillas y dice.*

DINA. Señor, si en tiempo de bodas
los reyes hacen mercedes,
y tú aventajarte puedes
entre las personas todas
que coronan sus cabezas,
casándote hoy, no hay dudar
que te hayas de aventajar
á todos, como en riquezas.
Mayordomo tuyo ha sido
mi esposo, dió mala cuenta
de su oficio y de tu renta,
en deleites divertido.
Disculpa en parte merece,
pues en ellos te ha imitado,
que todo leal criado
á su señor se parece.
(Vase paseando y vistiendo Nineucio.)
En mil ducados le alcanzas,
y le has hecho encarcelar;
no te ha de poder pagar,
si no le das esperanzas.
Deudo es tuyo y yo mujer:
si uno y otro no es bastante
á enternecer un diamante,
tu misma sangre, tu ser
cifro en dos ángeles bellos,
partes de mi corazón:
haz cruel ejecución
en tu sangre y cobra dellos,
ó da lugar á su padre
para pagarte después,
siquiera porque á tus pies
está su afligida madre.
NINEUC. Cantadme algún nuevo tono.
DINA. Que en vale mucho, hace mucho.
NINEUC. Cantad.
DINA. Escucha.
NINEUC. No escucho.
DINA. Perdónale.
NINEUC. No perdono.
DINA. Si no le das libertad
¿cómo ha de satisfacer?
NINEUC. Los hijos podeis vender
para pagarme. Cantad. *(Cantan.)*
Si el poder
estriba sólo en tener,
y es más el que tiene más,
tú que das
tus bienes, que son tu ser,
serás tu propio homicida;
pues mientras gastas sin rienda,
cuanto dieres de tu hacienda
tanto acortas de tu vida.
NINEUC. ¿Cúya es esa letra?
MÚSICOS. Es
de un poeta corpulento
en verdades avariento
y en los versos calabrés.
Miente más que da por Dios;
tahur en naipes y engaños,
viejo en pleitos, como en años,
y es en la cara de á dos.
NINEUC. Ese ha de estar en mi casa:
gajes desde hoy le señalo.
MÚSICOS. Este medra porque es malo,
que aquí la virtud no pasa.

ESCENA XI

DICHOS y SIMÓN.

SIMÓN. Señor, mi esposa y tu prima,
espiró ahora, y es cierto
que más la hambre la ha muerto
que la enfermedad: si estima
tu sangre la compasion
que á los difuntos se debe:
si el ser tu deudo te mueve,
si obliga la religión
que adoras y profesaste
y con tu piedad concierta,
dame con que entierre muerta
á quien viva no amparaste.
No tengo con que le dar
mortaja ni sepultura.
NINEUC. Los pobres y la basura
echallos al muladar.
En Job esta verdad fundo,
pues, luego que empobreció,
en un muladar paró,
por ser basura del mundo.
SIMÓN. ¿No fué sangre tuya?
NINEUC. Sí,
mas fué sangre aborrecida,
por ser pobre corrompida,
y echéla fuera de mí.
Sangre que no es nutrimento
del cuerpo que en ella espera,
de su oficio degenera.
Quien me pidiere sustento,
no se llame sangre mía,
pues mi sustancia empobrece:
la sangre mala enflaquece,
la buena alimenta y cría.
De parientes me he sangrado
pobres, que me dan congoja,
pues al muladar arroja
su sangre el que la ha sacado.
Haz á los cuervos con ella
plato, en que sepulcro cobre,
si, por ser carne de pobre,
los cuervos osan comella
(Hase acabado de vestir.)

SIMÓN. ¡Señor!
NISELO. No seas importuno.
Cantad, echaldos de aquí.
SIMÓN. ¡Que el oro entoquezca así!

ESCENA XII

Dichos y FELICIA *con una caja en un plato. Chirimías y criados con toalla y platos y bebida. Después algunos Pobres*

NISELO. ¿Qué es esto? ¡Hola!
MAYORD. El desayuno.
FELICIA. Porque te sepa mejor,
quise yo servirte el plato.
NISELO. Envidéme el aparato
el monarca que hay mayor;
pues ninguno merecío
el banquete que hoy recibo
en fuentes de cristal vivo,
mas tengo más dicha yo.
¿Que hacéis? Cantad mi ventura.
(Cantan.)
«En la casa del placer
ha convidado a comer
al apetito la hartura.»
NISELO. Felicia es quien la procura,
pues a pesar del pesar,
al gusto ofrece manjar
y á los ojos hermosura.
(Cantan.)
«Aunque en diversos extremos
plato franco hace el amor.»
(Salen cuatro Pobres y hincanse de rodillas.)
UN POB. Danos limosna, señor,
que de hambre perecemos. *(Cantan.)*
«Satisfecho el gusto vemos,
pues que le sirve la hartura.»
OT. POB. Señor, nuestra desventura
manda por Dios remediar. *(Cantan.)*
«Al gusto sirve el manjar,
y á los ojos la hermosura.»
(Vuélvese á los mendigos.)
NISELO. ¡Oh, asqueroso y vil enjambre
de moscas, que ficenciosas,
en las mesas más preciosas
osáis matar vuestra hambre!
Después que aquí habéis entrado
el alma me habéis revuelto;
¿de qué infierno os habéis suelto,
o que peste os ha echado?
¡Que presto olisteis mis bodas,
harpías de mis regalos!
Echadmelos de aquí a palos;
cerradme esas puertas todas.
(Quieren echarlos y sale Lázaro al encuentro y tiénelos.)

ESCENA XIII

NISELO, DINA, FELICIA, SIMÓN, LÁZARO, *Músicos, Mendigos y Criados*

LÁZARO. ¿Con tal desalumbramiento,
con los pobres maltratas,
que del crédito de Dios
son abonadas libranzas?
Dichoso pretendes ser,
y cuando se te entra en casa
el bien, le cierras las puertas,
porque á los vicios las abras.
Ya que niegas buenas obras,
no niegues buenas palabras,
siquiera porque en el mundo
son la moneda que pasa.
¿Cómo ajustarás tus cuentas
con Dios, que al más santo alcanza,
si en el registro del cielo
las cartas de pago rasgas?
Si felicidades buscas,
mayor bienaventuranza
es dar que no recibir,
que esta sirve, aquella manda.
Aprende de las criaturas,
que unas con otras contratan,
ya dando, ya recibiendo,
con trabazón soberana.
No fuera, augusto planeta
el sol y su luz negara,
pues no se alumbra á sí mismo,
y alumbra a todos de gracia.
Si sus luces vapores
que le da la tierra, paga
en nubes, que fertilizan
sus verdes campos con agua.
Recibe el fuego materia
en que conserva sus llamas,
y paga con el calor
que nos alienta y ampara.
Recibe el aire impresiones
peregrinas, que rehusara
si en respiración vital
las vidas no conservara.
Recibe el aire hospedaje
en la tierra, que es su casa,
y págale, agradecido,
en dar humor a sus plantas.
La tierra que toma á usura
los granos a sus entrañas,
de los tres vivientes es
generosa tributaria.
Todos pagan, si reciben:
tú solamente te apartas
desta ley, pues que de todos
recibes, y a nadie pagas.
¿Quieres ver cuán triste cosa
es recibir? Pues repara
en el invierno encogido,
que es cuando, necesitada,
mendiga la humilde tierra,
ya la nieve, ya la escarcha,
el sol, la lluvia, el calor,
la sementera y labranza,
y verás que, porque á todos
pide, ¡qué desalhada,
qué melancólica está!
mas recibe ¿qué me espanta?
Considerará después
que á sus acreedores llama
desde el Abril al Octubre,
verás qué hermosa y bizarra
al Mayo corre cortinas,
las Primaveras que arrastra,

los tabiques que entapiza,
los plumajes que la agracian.
¡Ayer triste, hoy tan alegre!
¡Válgame Dios! ¿qué mudanza
es esta? Ayer recibo;
recibir es cosa baja.
Hoy paga, hoy tiene que dar,
y el dar es de reyes salga
cuando hace mercedes, reina,
cuando las recibe, esclava.
Da á tus deudos, da á los pobres,
y no serás semejanza
de estéril tierra en invierno,
ni malograrás tu fama.

NINELO. Desatado persuades,
sofísticamente engañas:
para concluirte, quiero
valerme de tus palabras.
Prodigaliza la tierra
cuando tras pobrezas largas,
en invierno padecidas,
se le sigue la abundancia.
Pero mira lo después
que desnuda y esquilmada
desperdicio sus riquezas,
si en el invierno se holgara
de guardar, por no pedir,
y luego á la hormiga aba,
que no mendiga en Enero,
porque en el Agosto guarda.
¿Será bien que en el estío
de mi edad, necio reparta
bienes que eche después menos
en la senectud helada?
Si yo limosna á estos diera,
otros pobres convocaran,
porque siempre se esclabonan
los pobres y las desgracias.
Tengo mucho que vivir,
sustento familia y casa;
saduceo es mi opinion,
la inmortalidad del alma
niego, en muriéndose el hombre,
todo para él se acaba:
ni espero premios del cielo,
ni el infierno me amenaza.
Tú, que en opinión distinta,
quimérica gloria aguardas,
deposita en pobres toscos
bienes que con ellos gastas;
y si en el mundo, mendigo
vieres á la hambre la cara,
por la hartura que esperas,
muy buen provecho te haga.

LÁZARO. ¡Que ciego estás! Ven acá.
A tu mayordomo alcanzas
en mil ducados, por ellos
te quiero dar una granja
que orillas del Jordán tengo.

NINELO. Ya la he visto.

LÁZARO. Soltar manda
por ella á tu mayordomo.

NINELO. Hazme, pues, la entrega, y salga.

DAN. Dame esos piadosos pies,
amparo de pobres

LÁZARO. Alza.
¿Que pides tú? *(A Simón.)*

SIMÓN. Con que entierre
mi esposa, mitad de mi alma

LÁZARO. Sangre es mía, en el sepulcro
donde mis padres descansan
este, y para sus obsequias,
si cien escudos no bastan
(Sale un Criado.)
que aquí llevas, ven por más.

SIMÓN. Pisen mis labios tus plantas.

NINELO. ¡Oh, sepulturero loco!
Mientras que tu hacienda gastas
en la basura de mundo,
yo con acciones contrarias
quiero sepultar deseites
en mí mismo. Haz que me traigan
para cenar esta noche
el ave Fénix, si Arabia
se atreve á ponerla en precio.
(En la escena aparecerán á un lado Lázaro con los pobres, y al otro Nineclo con sus criados.)

POBRE 1.º Yo, señor, pido frazadas
para el hospital, que hay muchos,
y casi no tiene camas

LÁZARO. ¡Ay agentes de Dios vivo!
Todo es pagar libranzas.
Ve á la noche, y te daré
cuanta ropa tengo en casa.

NINELO. ¡Hola! Haced á mis caballos
y á mis yeguas nuevas mantas:
cortadas de paño azul
y guarnecidas de grana.

LÁZARO. Cenad conmigo vosotros
esta noche, que empalaga
el manjar como dado á solas.

NINELO. Estén mis puertas cerradas
mientras me asiento á cenar,
que no os mi mesa villana
para que á otros pague pechos.

SIMÓN. ¡Qué vidas tan encontradas!

ESCENA XIV

DICHOS *Suena un clarin y salen á caballo, bizarramente de camino,* LIBERIO *y en una mula de alquiler tras él,* GALVA *á lo gracioso*

LIBERIO. Mucho me huelgo de hallaros
juntos cuando me despido:
Ya de menor he salido:
ya no tengo que envidiaros.
De los tesoros avaros
que mi padre encarceló,
la parte que me tocó
pone á mi apetito espuelas:
de alimentos y tutelas
mi libertad me sacó.
A la Babilonia egipcia,
de Alejandro fundacion,
me destierra la eleccion
bárbara que hizo Felicia:
juzgue ahora su codicia,
si da lugar al consejo,
mientras que dello me quejo,
cuál es más cumplido gozo,
o el gusto en brazos de un mozo,
ó el pesar en los de un viejo
Que aunque el tesoro le sobre,

¿qué importa, si ya publica
que al paso que triunfa rica,
llora el gusto triste y pobre?
De su felicidad cobre
réditos el interés,
y compitamos los tres
sobre quien es en su estado,
sólo el bienaventurado
reinará en los dos después
Gasta tú solo contigo (*A Nineucio.*)
regálate, come, bebe;
y tú, empobreciendo en breve,
(*A Lázaro.*)
gana el cielo por amigo;
que yo, que otro extremo sigo,
sin que perdone mi edad
fiesta, deleite, beldad,
galas, convites, placeres,
sólo en juegos y en mujeres
pongo mi felicidad.
(*Tocan el clarín y vanse.*)

GULÍN. Yo, lacayo Gandalín,
y el primero que anda á mula,
trompetero de la gula,
que por eso soy Gulín,
ya en jumento, ya en rocín,
ya de portante, ya al trote,
comiendo á pasto ó á escote,
daré á venteros venganza:
no me llamen Sancho Panza,
que se enoja Don Quijote. (*Vase.*)

ESCENA XV

DICHOS, *menos* LIBERIO *y* GULÍN.

NINEUC. ¿Un loco me desafía
á deleites? ¡Vive Dios,
mi bien, que hemos de ir los dos
á la egipcia Alejandría!
Hasta allí la hacienda mía
llega, hasta Menfis alcanza
mi poder: deme venganza
quien soberbio me resiste,
y sepase en qué consiste
esta bienaventuranza.

LÁZARO. En vosotros, pobres míos,
la suya ha puesto mi fe.
Venid y os regalaré;
corran al mar estos ríos:
pues sois del cielo navíos,
mi hacienda al cielo llevad,
que en él mi felicidad
tengo solamente puesta.

NINEUC. Este necio me molesta.
Triste estoy ¡hola! Cantad.
(*Tocan chirimías, y vanse unos por un lado y otros por otro.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

LIBERIO, *muy galán.* DIODORO, NISIRO *y* GULÍN.

DIODORO. ¿Cuánto perdiste?

LIBERIO. No es nada,
seis mil ducados.

DIODORO. Los naipes
son de casta de mujeres.

LIBERIO. ¿Por qué?

DIODORO. Porque son mudables.

GULÍN. Dí también porque se afeitan,
porque sue en desollarse,
porque en Príncipes se estrenan
y se rematan en pajes.

NISIRO. ¿Salís picado?

LIBERIO. No mucho;
sólo sentí levantarse
aquel corto jugador,
porque pudieran ganarme
veinte ó treinta mil escudos.

NISIRO. Es un triste miserable.

DIODORO. Venturosas pintas hizo.

NISIRO. Asentóse con cien reales,
y llevónos el dinero.

LIBERIO. Siempre pierdo.

NISIRO. No os espante,
que en juego nunca es dichoso
quien es venturoso amante.

LIBERIO. ¡Brava quinta!

DIODORO. ¡Deleitosa!

NISIRO. Este cenador nos hace
el brindis: sentémonos. (*Siéntanse.*)

GULÍN. ¿Brindis aguado? Un salvaje
que le acepte.

DIODORO. ¿Qué hay de amores?

LIBERIO. El mío, por despicarse
de unas damas, pica en otras,
ya alabastros, ya azabaches.

NISIRO. Juega el gusto al ajedrez.
Donde no hay muchos manjares,
es amor mal comedor,
y no es mucho que se canse.

DIODORO. Buena cara tiene Elisa.

LIBERIO. Es doncella con su alcaide.
Acogióse al matrimonio
y cítome de remate.

DIODORO. ¿Matrimonio?

LIBERIO. Por lo menos,
y por lo más doncellaje.

DIODORO. Daros quiso *quid pro quo*,
porque esa es virgen y madre.

LIBERIO. ¿Cómo?

DIODORO. Yo sé que ha parido
sietemesino un infante,
tan huérfano, que le aplica
para cada mes un padre.

NISIRO. ¡Oh, doncella nominal!

LIBERIO. Hay lunas virginidades
que cada vez se renuevan,
ya crecientes, ya menguantes.

DIODORO. No son malas para guindas.

NISIRO. Ni falta quien las compare
á los caños de barquillos,
que entretienen sin que enfaden.

LIBERIO. A las casadas me atengo.

NISIRO. Civil gusto. Dios me guarde
de jurisdicción á medias
y amor de partícipantes:
¿yo había de comer las sobras
de un marido?

LIBERIO. Mejor saben
uvas del majuelo ajeno
que las que en el propio nacen.

NISÓN. Señores, [illegible]
[illegible] que es trance
[illegible]
[illegible] tos, [illegible]
[illegible] pesar
[illegible] una [illegible]
[illegible] de [illegible]
[illegible] graves!

LIBERIO. [illegible] de ese parecer,
porque [illegible] hambre,
que [illegible] mesa
[illegible] me hacen.

GEL. [illegible]?

LIBERIO. [illegible] lance,
[illegible]
[illegible] de lance.

NISÓN. Labradoras...

DIODORO. [illegible] gusto.

LIBERIO. Sí, mas tal vez [illegible]
[illegible]
mezcla [illegible] hambre

GELAS. [illegible]
[illegible]
[illegible] de [illegible]
[illegible] de.

LIBERIO. [illegible] es una [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] (Dentro.)

(Pará, pará.)

LIBERIO. [illegible] en
[illegible] de [illegible]
que [illegible]

NISÓN. [illegible]

ESCENA II

[illegible] FLORA y músicos que cantan

CANTA UNA

¿Qué parecen valonas que [illegible]? [illegible]

OTRA

Los hornazos de [illegible] que dan por Pascua

TODOS.

Mas si hay dinero,
[illegible] reales, [illegible] castillos.

UNA.

[illegible] los [illegible], ¿[illegible] te parecen?

OTRA.

[illegible] encontrados de [illegible] veces.

TODOS.

Mas si hay dinero,
[illegible] todo [illegible]

UNA

¿Qué parece [illegible] se afeita?

OTRA

Hermosura que en verso miente y deleita

TODOS.

Mas si hay dinero,
entonces es un ángel, y un tigre Venus.

UNA.

Los ricos avarientos son como cardos,

OTRA.

que á ninguno aprovechan, sino enterrados

TODOS.

Todo dinero
es redondo por causa que es rodadero.

UNA.

El amor y el vino todo se es uno,

OTRA

porque andan entrambos en cueros puros

TODOS.

Mas sin dinero,
ni el amor vale nada, ni el vino es bueno.

UNA.

¿Qué parecen las [illegible] con mongil negro?

OTRA.

Truchas empanadas en pan centeno.

TODOS.

Mas si hay dinero,
toda [illegible] llorona vende contento.

LIBERIO.

Bien cantando y bien bailando
[illegible]
se [illegible] estos [illegible],
que de [illegible] me han quedado,
[illegible], y estas
vosotras. (Dales unas cadenas.)

FLORA. Tan liberal
amante no sea mortal.

TAIDA. [illegible] fiestas,
que de [illegible] adquiriste.

LIBERIO. Sentaos [illegible] á mi lado.
(Él en medio.)

GELAS. [illegible] eres empeñado
[illegible] que estés triste.

LIBERIO. Esta es [illegible] verdad,
[illegible] en mi centro estoy.

DIODORO. [illegible]
de [illegible] facultad
[illegible] parte della.

LIBERIO. [illegible]
dineros; pedid los dos
[illegible] más bella
[illegible] de cuantas [illegible],
que [illegible] en ese reparo;
[illegible] en damas soy [illegible]
[illegible] cuantas veo.
Mucho os habeis hoy tardado; (Habla con ellas.)
¿Cómo os habeis detenido?

TAIDA. Bastante [illegible] ha sido
[illegible] he prestado.
Prometieronmele anoche,

[illegible] tienen en el [illegible]

pero es tan difícil cosa,
que la que es más generosa
dará un ojo antes que un coche.
LIBERIO. ¿Luego estáis sin él las dos?
TAIDA. Circunstancia es para dama,
que disminuye su fama,
y más queriéndoos á vos.
LIBERIO. No ha de quedar, pues, por eso.
En el mío os llevaré,
y en casa os le dejaré.
TAIDA. La prodiga mano os beso,
que á Alejandro afrentar sabe.
DIODORO. Digno erades de imperar.
FLORA. También yo os quiero abrazar
por la parte que me cabe;
que coche que es de mi amiga
conmigo se ha de partir.
LIBERIO. No, Flora; no he de sufrir
que nadie en mi agravio diga
que os dejo quejosa á vos.
Para comprar otro coche
vengan á casa esta noche
por mil escudos.
NISIRO. Por Dios,
que sois un rey.
FLORA. ¡Oh! ¡bien haya
quien os sirve!
GRIFIN. ¡Oh socarronas,
aruñatrices, chuponas,
qué bien le encañás la saya!
TAIDA. Así lo hiciera el poltron
de Nineucio.
FLORA. Desde el día
que vive en Alejandría
falta en ella provisión.
NISIRO. No hay regalo de provecho
que no embargue su despensa.
DIODORO. Eso es su Dios, eso piensa;
de suerte glotón se ha hecho,
que siempre su mesa llena
se alcanza (juzgad que vida)
del almuerzo á la comida,
y la comida á la cena.
Y esto sin participar
otro que él, deudo ó amigo,
de sus bienes.
NISIRO. Buen testigo
soy yo deso.
DIODORO. Y buen lugar
Epicuro le apareja.
LIBERIO. Felicia que su oro goza.
¿como lo pasa?
TAIDA. Cual moza,
con las pensiones de vieja.
LIBERIO. ¿Por qué?
FLORA. Todo hombre barriga
es inútil para amante;
todo marido tragante
deleites de amor castiga.
NISIRO. Dios de impotentes es Baco
y por eso es barrigon,
Dios de la generacion
es pan, y le pintan flaco.
Nineucio, que á Baco y Ceres
por dioses viciosos adora,
más querrá dormir un hora
que diez noches de mujeres.
LIBERIO. Muy buen provecho le haga,
y sal siga Felicia,
si no su amor, su codicia,
que mal cobra quien mal paga.
Y entre tanto que ella llora,
tragannos de merendar.
NISIRO. Mañana se han de casar
Timandro y Arquisidora
y hay sortija.
LIBERIO. ¿Pensáis vos
salir?
NISIRO. Faltanme caballos.
LIBERIO. Escusareos de buscallos,
como salgamos los dos.
De un alazan y un overo
sois dueño, que alcanzo bien,
las alas con que se atreve
al pájaro mas ligero.
NISIRO. ¡Vive Dios, que echáis prisiones
á las almas!
DIODORO. ¿Hay largueza
semejante?
TAIDA. La nobleza
impera en los corazones
con beneficios, testigos
del valor de quien los da.
LIBERIO. ¡Ea! señores, bueno está:
quien no da, no gana amigos.
Aderezos y jaeces
con ellos os llevarán;
y vos, porque de galán (á Diodoro.)
os den el precio los jueces,
os vestiréis en mi casa
la librea que tenia
para mí.
DIODORO. Ya es demasía
lo que en vuestros gastos pasa.
¿Hablamos yo de quitar
las galas que para vos
teneis hechas? ¡Bien, por Dios!
LIBERIO. Vos las habeis de lograr,
puesto que á dos mil escudos
me llegan. De azul turquí
y blanco son.
GRIFIN. ¿Mas que aquí
nos han de dejar desnudos
estos leones rapantes,
á desde modo les das?
LIBERIO. Soy pródigo.
GRIFIN. En güerta estás:
seremos representantes
de Adan y Eva en paraiso;
hasme galas y dineros,
quedaremonos en cueros,
llorando tu poco aviso.
Tú en Adan vendrás á ser,
y yo á tu lado desnuda,
seré la Eva bigotuda,
á vago para mujer
Pondremonos dos lampazos,
saldrá el hortelano, en fin,
y echarános del jardin
á palos y á pepinazos.
LIBERIO. Yo [illegible] de verde
y encarnado, que [illegible]
que [illegible] con mi humor.
TAIDA. Merendemos, que se pierde

el tiempo.

DIODORO. Ya están las mesas
debajo aquellos parrales,
mostrando cuan liberales
son los gustos que profesas.
(Levántanse todos.)

LIBERIO. Vamos, pues, y holguémonos;
no quede gusto á la vista
del deleite, que no asista
en nuestra mesa: por Dios,
que no he de perdonar fiesta,
mientras dura el la vida,
que no esperimente.

FLORA. Impida
tu edad la vejez molesta,
en eterna juventud
triunfes y logres el tiempo.

LIBERIO. Gloria es todo pasatiempo,
infierno toda virtud.
Esta noche he de cenar
en tu casa, Taida bella.

TAIDA. Toda yo soy tuya.

LIBERIO. A ella
puedes por mí convidar
cuantos entretenimientos
alegran Alejandría,
bailes, juegos, bizarría,
juglares y encantamientos.
Haya comedias discretas,
que es el mejor ejercicio,
suspensión de todo vicio
y martirio de poetas.
No tenga el pesar modesto
jamás en mi casa puerta:
sólo el gusto la halle abierta.
Venid, cantad más. ¿Qué es esto?

ESCENA III

DICHOS y LÁZARO, *en traje de peregrino*

LÁZARO.

Mísero fin, Liberio, mi camino
ha tenido en haberos encontrado,
si ya no es que el cielo lo previno,
incomprensible en su razón de Estado.

LIBERIO.

Lázaro, ¿vos á pie? ¿Vos peregrino?
¿Vos en Egipto, solo y fatigado?
¿Tan rico ayer, tan pobre y triste ahora?

LÁZARO.

No es pobre quien riquezas atesora.
Deposité en los cambios de los cielos
(pobres digo, de Dios correspondientes)
mi hacienda, donde libre de recelos,
no temen fortuitos accidentes,
ni recelan ladrones, ni en desvelos
necesitan de guardas que, imprudentes,
á costa de la escolta de los ojos,
cuando hallar piensan oro, hallan enojos.
Quede pobre, que en fin el que contrata
y embarca á extraños reinos su riqueza,
mientras no llega el logro de su plata,
fuerza es que le ejecute la pobreza.
Siempre al menesteroso le fue ingrata
la patria que le dió naturaleza:
fuélo también en la mía: no halle ayuda
en deudos, ni amistad que el tiempo muda.
Fueme fuerza pedir, ¿qué más bajeza?
Parientes, cuando rico, me adulaban,
que nunca conocí, y en mi pobreza
los que eran más propincuos, me negaban.
Amigos lisonjearon la riqueza
que, mendigo, después vituperaban,
y huyeron el invierno como hormigas
que brota el campo cuando dura el higas.
Por no cobrar en fin en sinrazones
beneficios librados en engaños,
espuelas me pusieron ocasiones,
destierros me enseñaron desengaños.
Peregrinando bárbaras naciones,
antepongo á los propios los extraños,
que para el pobre, si le ven con mengua,
lo que les falta en manos, sobra en lengua.

LIBERIO. Desperdicios imprudentes
son de su afrenta testigos;
quien ganar no supo amigos,
no halle ayuda en sus parientes.
En pobres impertinentes,
loco liberal has sido;
aun si lo hubieras comido,
eso hubieras más gozado,
que todo gusto pasado
suele deleitar perdido.
Cobras en necias libranzas
bienes, que en miseria truecas;
si en pobres las hipotecas,
no aseguro sus fianzas.
Sustentate de esperanzas,
aunque envidies mi ventura,
que si es ganancia segura
la que has después de tener,
no puede Lázaro ser
hambre que espera hartura.
Aunque con fin diferente,
pródigos somos los dos:
tu el fiado diste á Dios,
mas yo cobro de presente.
Amigos gano, prudente,
á quien, cuando pobre, pida;
pero en ti está tan salida
la hacienda que diste á pobres,
que no es posible que cobres,
si no es perdiendo la vida.
Mas yo quiero con todo eso
ser hoy liberal contigo:
sigue la vida que sigo,
profesa el bien que profeso:
ama, juega, se trasveso,
que mi hacienda es de los dos.
Mozo eres, holguémonos,
que al fin de la vida breve,
si en sus pobres Dios te debe,
ejecutarás á Dios.
Vente á vivir á mi casa,
que cual yo su dueño eres:
escoge destas mujeres
la que más bella te abrasa;
pues se pasa el tiempo, pasa
el que te queda en regalo.

LÁZARO. Huyendo de ti, señalo

lo que tus vicios condeno,
mas quiero ser para luego
que rico, si he de ser malo. (*Vase.*)

ESCENA IV

Dichos, menos Nisbeo.

GALÁN. ¡Oh, borracho! ¡Ya, de la puerta
suerte es mas natural beber,
dejarle con su opinion,
y pida de puerta en puerta.
Juegue la dama con ella,
y nosotros, pues de dos,
vida y juventud tenemos,
gusto, hacienda y libertad.
TODOS ¡Viva el pródigo!
TAGO. Cantad,
que nosotras bailaremos.
(*Vanse cantando y bailando.*)

ESCENA V

FELICIA y NISBEO.

NISBEO. Hoy, Felicia, estás molesta.
FELICIA ¿Que mucho? Soy tu mujer.
NISBEO. Acabando de comer,
es salud dormir la siesta.
(*Acuéstase en una silla, tendido los pies sobre un taburete.*)
No te doy celos, no tienes
falta en mí que zahieras ni en galas,
en mi mesa te regalas,
sefiora eres de mis bienes,
adórote por mujer,
¿por qué te quejas de mí?
FELICIA. Tengo celos.
NISBEO. ¿Celos?
FELICIA. Sí.
NISBEO. ¿Pues tú, de quién?
FELICIA. De tu sueño.
NISBEO. Por Dios, que tienes donaire.
(*Vase durmiendo.*)
Nuevo modo de querer,
ya decia que hubo mujer
que tuvo celos del aire,
pero de sueño no sé
que haya habido otra inventora
de tales celos.
FELICIA. Ahora
ves, Nisbeo, lo que sé.
¿Ves si tengo con razon
á que duerma desa casa
ve á la fiesta que la abrasa,
y que á mí me deje con
que le diga: Duerme, gusto,
la usurpan agenes brazos,
profanan los de sus brazos,
tan dulce dueño de gusto?
NISBEO. Estás...
FELICIA. Luego bien puedo
quejarme de verme así,
pues me ha sido fuerza usurpar
de tus brazos lo que cedo
al sueño, que le pesa
de la justa obligacion
que debes á mi afficion.
Desde la cama á la mesa,
y de la mesa á la cama
dan penas á tus sentidos
los gustos y las empresas
mias, que ha de hacer quien te ama.
Si nunca te hallas despierto,
el amor que entre ti,
¿qué mucho es que digan de mí
que me castigo de lerdo?
(*Vuelve á mirar dormido.*)
NISBEO. Ya, ya entiendo... Ha de advertir...
FELICIA. ¿Que por verte mas despierto
¿A la mesa bien dispuesto
te dejaré? ¡Oh, tal amante!
Esto nunca ha de ser
que á tu lado el desprecio
por tu Dueño, duerme, duerme
NISBEO. Yo...
FELICIA. Si supieras querer,
de otras celos tuviera,
en otra que tú, no fuera,
pero si que tú me vieras,
pues mujeres son las mas
que usan de estos artificios,
que tú sueñes bien es malos
(*Vuelve á mirar en voz alta.*)
NISBEO. Seis leyes reales de pavos
y otras tantas de perdices
FELICIA ¿Que con otro estés sin guia
tanta vez? Mira, ¿no ves
que es pedir que abra
al que duerme? Y no lo
es, pues le estás diciendo
(*Vuelve á mirar.*)
NISBEO. No hay duda que me desvanezco:
le despavo, le engarzo.
FELICIA. ¡Oh, tirano! Ya te veo
que despiertas, ¿no es verdad?
¿Quieres vida eterna, traidor?
NISBEO. Nacer y morir no hay mas

ESCENA VI

FELICIA, NISBEO y CRIADO.

CRIADO. Señor, señor, tus siervos,
Lázaro, ha venido á verte.
(*Vase.*)
NISBEO. ¡Bárbaro! ¿Pues desa suerte
me osas despertar?
CRIADO. ¿Si no
de lo mismo por ti
tu mismo brazo?
NISBEO. (*Levantándose.*) Necio,
¿qué sabes tú hay de mas precio
que el descanso que perdí?

---

* La referencia indica la virtud contraria en sentido irónico a la que se refiere
en cuanto a que no se ocupan
las personas ociosas,
que se dedican
a los que les son cercanos.

No gran parentesco me trate.
[illegible]
[illegible]
o de tal es desparate
No hay ya de aquí que me cuadre,
[illegible]
por un bocado de sueño
venderé a mi padre y madre.
[illegible]
[illegible]
que no es bien que en casa viva
que con tal de ser hospeda e
[illegible]
No tengan miedo que pierde,
[illegible]
no [illegible]
[illegible]
pida [illegible]
[illegible]
lo que he [illegible]
¡Que hasta aquí me den tormento
primero! No me entro allá.

FELICIA. ¡Mal haya Dios que en esta
[illegible] (*Vase.*)

ESCENA VII

LIBERIO, DOROTEO, NISTO, NICANDRO, TADEA y FLORA

LIBERIO. ¡Brava comedia!
DOROTEO. ¡Donosa!
LIBERIO. ¿Y el entremés?
TADEA. ¡Entremado!
LIBERIO. ¿Qué en fue el poeta?
NISTO. La sal
de los gustos es, negrito
de nuestra alma. Pese de un hombre
mozo, cuerdo, cortesano,
[illegible]
mal de poeta.
NICAND. ¡Milagro!
TADEA. Amigo debe ser vuestro,
NISTO. Aunque soy su apasionado,
la verdad es mas amiga
[illegible]
[illegible]
por mas de nueve o diez años
que están en piedra fina
y [illegible]
FLORA. ¿Que es entremés tan acertado?
NISTO. Al pie de trescientos.
LIBERIO. ¿Tantos?
NISTO. Y acaban en bailes todos.
[illegible]
Hizo *La Mascarada*,
La Maroma, *Los Arrojados*,
dos de *Los Mozos*, *El Amo*,
El [illegible], *Los Valientes*,
Los [illegible], *Los Hilanderes*,
Comparsas, *peines*, *pebetero*,
Los consonantes y *Mojiganga*
he visto casi acabado
[illegible] de *Los Instrumentos*
[illegible]
de dar [illegible]
[illegible]
LIBERIO. Mientras vienen dando de cenar,
juguemos pintas o dados.

DOROTEO. Va de pintas; naipes vengan.
TADEA. Yo he de servir ese plato
(*Vuelve un bufete y sacan en una salvilla una baraja. Juega en pie.*)
LIBERIO. ¿Hay cinta?
FLORA. Sí, esta firmeza.
NICAND. Curiosa es Vuesa
DOROTEO. ¿En cuánto?
FLORA. Dos mil escudos costó.
LIBERIO. Riémosla, pues, en cuatro.
(*Salgan a ganar y mirar.*)
NICAND. A mil nos sabe a esta uno.
LIBERIO. Por dama no todo es barato.
NISTO. Por mí, vaya
NICAND. Por mí y todo.
DOROTEO. No quede por mí
LIBERIO. Pues, ¡alto!
(*Dan de mano.*)
DOROTEO. ¡Cinco!
NICAND. ¡Siete!
LIBERIO. ¡Sota!
NISTO. ¡Tres!
LIBERIO. El naipe me cupo
NICAND. Paro
esto mas a cinco pintas.
NISTO. Paro.
DOROTEO. Paro.
LIBERIO. Digo y hago.
DOROTEO. Caballo y dos.
LIBERIO. Sacala.
NISTO. ¿Teneis azar en caballos?
LIBERIO. Cuando juego, soy de a pie.
DOROTEO. Pues andar que no saco.
LIBERIO. Esta es una, dos, tres
NISTO. ¿Y el tres de encaje? andar.
LIBERIO. Cuatro,
cinco, seis.
NISTO. Y ese y todo.
LIBERIO. Siete, ocho, nueve.
DOROTEO. Ahí, diablos.
LIBERIO. Diez, once, doce, y no mas.
NICAND. ¿No son hartas?
LIBERIO. Esto gano,
(*Toma el dinero, y andan los naipes los otros.*)
y tengo para la ronda
doce pintas. Doy barato.
Tomad, Tadea, tomad, Flora,
tomad, todos.
FLORA. ¿Que Alejandro
hay cual tur?
TODOS ¡Vitor, Liberio!
(*Tomando el naipe.*)
LIBERIO. A diez doblones.
NICAND. Barajo.
DOROTEO. A treinta doblones.
NICAND No.
NISTO. A cincuenta
LIBERIO. Parad largo,
que esto le corre detrás.
DOROTEO. A ciento, pues.
NISTO. Topo a entrambos.
LIBERIO. As y rey.
NICAND Vaya la trocada.
LIBERIO. Anda y no tentemos
NICAND. ¡Que abajo
que está el señor rey!

DIODORO. Y encima el as de copas
NICAND. Andallo.
DIODORO. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve.
LIBERIO. ¡Malo!
DIODORO. Diez, once.
LIBERIO. ¿Con as y rey?
NICAND. ¡O' ¡maldiga Dios mis manos!
DIODORO. Doce, trece.
NICAND. Trece pierdo.
LIBERIO. ¿Cuánto me cabe á mí?
NICAND. Cuanto sobre estos trecientos cuente, y de los demas.
NISIRO. Yo gano mil y quinientos escudos.
DIODORO. Y yo, que paro doblado, gano tres mil.
LIBERIO. ¿Cuanto es todo lo que debemos entrambos?
NISIRO. Cuatro mil y más quinientos.
LIBERIO. ¡Que he de perder de ordinario!
NICAND. Sobre estos trecientos cuenten, y dad lo demas.
LIBERIO. ¡Qué extraño rigor de estrellas!
DIODORO. Tres mil y nuevecientos.
TAIDA. Gran mano perdistes.
LIBERIO. Tomad ahora esos tres mil entretanto que me traen de casa más.
DIODORO. Yo nunca juego al fiado.
NISIRO. Ni yo fio.
LIBERIO. ¡Pues tan poco crédito tengo ganado con vosotros! ¿Qué os parece de mis amigos?
NISIRO. Jugamos, y no hay amistad en juego, cuando el oro nos tiramos
DIODORO. Aquí como aquí, y allá como allá.
LIBERIO. Diodoro, paso, jugad, y sed mas cortes, que no tardará un criado que fué á casa por dineros, y os satisfará en llegando.
NISIRO. Mientras que viene ó no viene, podeis para asegurarnos, empeñar esos diamantes y esa banda.
FLORA. Yo me encargo de su depósito.
LIBERIO. Bueno: á ser los diamantes falsos cual los amigos que se usan, diera engaños por engaños. Tomad, no quede por eso, aunque creí que obligaros á vos mis galas pudieran y á vos tambien mis caballos.
DIODORO. ¡Oh' pues si en cara me echais con dadivas, que os honraron por alhajillas nosotros no os llameis pródigo en largo.
LIBERIO. Con mas os correspondientes, razón es.
NISIRO. Hablad más bajo.
LIBERIO. Nisiro, ¿pues vos conmigo os descomponeis?
NISIRO. Me canso, por Dios, de que siempre useis de hermano mayor.
DIODORO. A escuatos menospreciad desde modo, y juguemos que me enfado.
NISIRO. Concluyamos esta risa, y si os dais por agraviado, opdad ones de honor sana es acero en el campo.
LIBERIO. Jugad, pues, el naipe es vuestro. ¡Perezosos desengaños! abriendome vais los ojos, mas gloria á Dios que los abro.

ESCENA VIII

Dichos y GELIN, *todo alborotado*

GELIN. ¡Agua agua! ¡Fuego, fuego! ¡Calderas, jeringas, cazos, que se abrasa todo el mundo! ¡Agua, Dios!
LIBERIO. ¿Estás borracho? ¿Qué disparates son esos?
GELIN. ¿Borracho yo? Pues a estar'o ¿pudiera agua tan aprisa, elemento tan contrario de mi lacaya pureza? Tu casa se esta abrasando desde el infimo cimiento hasta el chapitel más alto.
LIBERIO. ¿Qué dices, loco?
GELIN. ¿Que digo? Cargó el mozo de caballos delantero aquesta noche, árbitro entre tinto y blanco. Fue al pajar con un harnero; llevaba encendido un cabo de sebo, cayóscle un pabilo, y en sacando la paja provision, cerro, dió un pienso, y soltando las riendas al sueño y vino, entre sábanas de Baco envolvio los torpes miembros entre sueños paseando paraisos de la noche, ya que no á pasos á tragos. Dió el pabilo tras la paja, la paja tras lo inmediato, y esto tras el primer techo, que yendo comunicando su contagion, en un punto emprendio salas y cuartos, y para acabar con ello, en un hora (¡triste estrago') más pródigo fué que tú, pues que todo lo ha abrasado, sin dexe se de la ropa, caudal de un pobre lacayo.

Personas, bestias, hacienda,
colgaduras, cofres, trastos,
todo se ha resuelto en humo,
como favor de privado.
Deja ya damas y juegos,
y a la patria nos volvamos
cenicientos, si no ricos,
que así pagan ruines amos.

LIBERIO. Sirviendo al mundo, bien dices.
¡Qué tarde en la cuenta caigo!
Vamos á ver si podemos
dar algun remedio.

GULÍN. Vamos,
puesto que en balde ha de ser.

LIBERIO. Amigos, si los trabajos
son toque de la lealtad,
en fe de la que he mostrado
con vosotros, socorredme,
que si es verdad este caso,
solo en vosotros confío.

DIOMEDO. Mostrad corazón hidalgo
en la adversidad, Liberio,
y como de un propio hermano
de mi hacienda disponed.

NISIRO. Lo propio ofrezco.

TAIDA. Mi llanto
muestre lo que esta desdicha
siento.

FLORA. Y yo también que os amo
con el corazón que os dí,
señor de mi hacienda os hago.

LIBERIO. Sois ejemplo de firmeza,
sois de la lealtad retratos.

GULÍN. A la vuelta lo veredes,
dijo Agrajes.

LIBERIO. Vamos.

GULÍN. Vamos.

(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DIODORO, NISIRO, NICANDRO, FLORA y TAIDA.

TAIDA. Muy gentil despacho lleva.

FLORA. Ya este pollo va pelado.

DIODORO. ¡Alto' á cenar, que si vuelve,
él llevará su recado. *(Vanse todos.)*

ESCENA X

TIMANDRO y CLODRO *desnudas las espadas tras de* GULÍN, *que sale huyendo.*

GULÍN. ¡Quedo que dan el porrazo,
que me derriengan, quedito!

TIMAND. No grite.

GULÍN. Pues si no grito,
no acuchillen. ¡Ay, mi brazo! *(Dante.)*
¿Qué quieren, cuerpo de Dios?
Pidan sin dar.

CLODRO. Lo primero
pido el acero.

GULÍN. ¿Yo, acero?
¡Qué poco saben los dos
del humor á que me inclino!
Siempre que estoy opilado,
en vez de andar acerado,
conmuto el acero en vino.

CLODRO. ¿No trae espada?

GULÍN. En mi vida
ni porfié, ni reñí.
Un no por no, y sí por sí
es mi reñia conocida.

TIMAND. Largue la capa.

GULÍN. ¿La capa?
¡pidiera(des) un capón!

TIMAND. Acabe.

GULÍN. ¡Hay tal petición!

CLODRO. ¡Ea pues!

GULÍN. De una gualdrapa
salió, á imitacion de Eva
de la costilla de Adán.
Mi amo es rico y galán,
y vale más la que lleva
de gorgoran, oro y raso.
A no dejarle escapar,
tuvieran bien que pillar.

TIMAND. Atajado le han el paso
otros que le tomen cuenta
de toda esa bizarria.
Acabemos.

GULÍN. ¿La porfia?

CLODRO. Dale, y muera. *(Dante.)*

GULÍN. ¡Ay' tengan cuenta
con la necedad.

TIMAND. No calá [1]
y da la capa.

GULÍN. ¡Bobear!
Si la tienen de llevar,
¿de qué sirve cuchillada?
(Dalee la capa.)

CLODRO. El sombrero.

GULÍN. Está lloviendo,
tengo reumas, soy quebrado,
no puedo ser bien criado;
daréle en amaneciendo.

CLODRO. ¡Oh, pese al bufon! Acaba,
dale, y vámonos los dos. *(Dante.)*

GULÍN. Dada mala les dé Dios,
con siglia y con octava.—
Allá va el sombrero.

TIMAND. El sayo.

GULÍN. *(Entregándolo.)* ¿Sayo? Cara de sayón
tenéis vos.

CLODRO. Venga el jubón
(Vale dando.)

GULÍN. A un verdugo, y no á un lacayo.

CLODRO. Quite los calzones.

GULÍN. Yerro
es negarlos, ya los dan: *(Quitalos.)*
si muero aquí, llenos van
de cera para mi entierro.

TIMAND. Pues brevemente.

GULÍN. Hilo á hilo
me voy.

TIMAND. ¿Qué dice?

GULÍN. ¡Ay, de mí!
¿quién ha visto, sino en mí,
cera hilada y sin pabilo?
(Da los calzones.)

CLODRO. La camisa.

GULÍN. Esa es crueldad.

---

1 Así en el original: la refundición no trae este pasaje, que queda sin corregir.

CLODRO. No ha de quedarse un cabello
GULÍN. Sentirés, que es cosa fuerte,
mi espíritu en su honestidad
hacer que tiende desmayos
virginales.
CLODRO. No hay creerlo.
GULÍN. Sese, si en pavesas queda,
cupido de los rayos.
CLODRO Gente siento de espada.
GULÍN. Aun no tengo media pierna
TIMANO. Agarrezca a la ventana
el desafío la cabeza (Vase.)

ESCENA XI

GULÍN en camisa

Con buen tiento os recostrem
para resistir cabales
¡Oh, cuánta desventura traes
cuando tras un pobre vienes!
No hay cosa tenga que desmientan
de uno en otro en escuadrón
varias puntas, y diferencian
grandes de igual tercero
Gente es fuerte, mis vestidos
nuestra hacienda han abrasado,
hoy y aquí me han dejado,
desnudo y con calores.
¡Pues desde que cada día
nos enseña rica de nuevo!
¡Santa igualdad, cuánta
cortesía nos enseñas!
Dichoso el pensamiento,
que sus, si no puedo,
tiritando de frío.

ESCENA XII

LIBERIO, *desnudo*. GULÍN. *Después* TIMANO, *bruja y gente*.

LIBERIO. No es pequeña desventura,
llamando voces mi mal mal,
de su dueño la escapar,
aunque les oiga, y a ella
que me ayude a dar de fuego,
sastradores o vestidos,
topes y no sentido,
mocedades o sosiego.
Los dones de la fortuna,
como son penes prestados,
que en los pagan vilezas,
no hay cosa firme alguna
en esto vanidad cierta,
que a tantos presta en un día,
cuando más en calma,
de un golpe que se seca
¿Qué he de hacer? ¿Adónde iré
de noche, sin y desnudo?
GULÍN. ¡Qué lástima y qué mandado
se deja ver!
LIBERIO. ¿Qué haré?
GULÍN. Oiré, si puedo
Mas ¿no son estos nuestro?
¿Si es nuestro prodigo?
LIBERIO. ¿Si es?
¿Que bien merecido os tiene
la fortuna de vuestro
engaño, pues tarde os viene?
GULÍN. ¿Qué es esto?
LIBERIO. Desnudo perdido
a fuer de pobre, me dejan
ya porque me pueden quitar,
sino es vida cansada,
en el pobre desechada,
y en el rico de envidia.
¿Qué es esto? ¿Qué pasó se pasa?
GULÍN. ¿Quién va?
LIBERIO. ¿Quién es quien me pregunta?
GULÍN. Una desventurada,
que viene con la su casa,
y todos [illegible].
Le han quitado el faldellín
dos soldados.
LIBERIO. ¿Es Gulín?
GULÍN. ¿Es Liberio, mi señor?
LIBERIO. **¡Ay, amigo! la fortuna**
me deja como estoy.
GULÍN. Según parece, no de cosas
de mis dueños da cuenta,
sino de sus prendas de la dama,
tan cabales y propias.
LIBERIO. Dos compañeros, amigo
que me den socorro. Llama
GULÍN. ¿Amigos?
LIBERIO. Su hacienda aprisa
GULÍN. Con dos de Jubetería,
que cuando se ganan sudan
a quitarse la camisa
LIBERIO. **Pues yo mi hacienda les daba,**
de que se ampararon todos
GULÍN. **Más da el duro que el desnudo;**
desnudo estoy y me daba
(Llama y sale hacienda suena y grita y sale Timano.)
¿Que parecen estos que empolvaron
Cascaras de huevos que se vendieron,
Toda la gente,
de los tres tiempos vive sola el presente
GULÍN. Si escuchas esto, ¿qué esperas?
Bastando estar, voy Dios'
y acelerando las bodas
a [illegible] de cuero y pieles.
LIBERIO. Estoy sin [illegible]
GULÍN. No [illegible] ver
cuando tuviste.
LIBERIO. Pa, en [illegible]
GULÍN. Oiremos nos [illegible]
el cantor.
LIBERIO Verdades [illegible]
GULÍN. Oiremos pasar [illegible]
sobre [illegible]
como [illegible] el fuego,
[illegible]
[illegible]
cantos [illegible]
¿No [illegible]
LIBERIO. Una [illegible] vez.
GULÍN. Y [illegible]
[illegible]
con su manto de anchez,

y la prueba cabal y sacada,
hasta el cabo.
LIBERIO. Basta.
GELIN. Basta
(Mostrando.) ¿Quién va allá?
GELIN. Gelín y su amo
en tiempo
(Aparte.) Dios le valga.
GELIN. ¿Abrirán? Nunca acabo
LIBERIO. Tiene mucha prisa de venida
GELIN. Buena nueva es la que anuncia
cuando cuidados estorban
(Llamando otra vez.)
LIBERIO. Abre, amigo.
(Aparte.) Dicho le he aquí
LIBERIO. Vamos, que hace frío,
ya, porque soy amigo.
Deja, Tadea, que entre
Liberio aquí.
USO. ¡Buen regalo!
¡Pues ha de entrar un pan!
OTRO Cierra y calla (Cerrando de golpe.)
GELIN. ¡Buena va!
(Llamando.)
Ya parece esta casa pobres no tienen,
porque todos los que llegan pasan
¿Un caminante cansado
necesitado de hallarse pasar, no hallará recibos

LIBERIO ¡Vive Dios, que ya no hasta
la puerta! Verás, ¿Tadea,
para todo, con mañas,
¿Abrirán, o qué es lo pasa?
¿Abrirán? ¿Qué pasa
pasa? ¿Qué es, qué pasa?
Vuelva a entrar.
USO. ¡Agua va!
(Cerrando apresurado, y saliendo.)
GELIN. Aquí no, ¿Qué hay?
¡Pues ¡Jesús, la Divina Virtud!
(Cerrando con fuerza.)
LIBERIO. Las puertas se de quebrar,
¡Vive Dios!
GELIN. Para alcalde
cabal es el amigo de casa
LIBERIO. ¡Ah, Tadea! Ah, Tadea! ¡Ah, tirana!
¿Es paga el abrir
las puertas? ¿Qué es
de tener a mi amigo
detenido a la puerta
¿Por qué? ¿Qué es esto?
GELIN. Cuando las cosas, los nuevos
¿Cuándo hemos de ver?
LIBERIO. ¿Qué es
que no me conoces?
(Volviendo a llamar con más fuerza.)
TADEA. ¿Quién es? ¿Qué es esta pendencia
así? ¿Qué es, qué pasa?
LIBERIO. Mi Dios, tu hermano soy;
abre, abre, que ya de cansado
y de agua, de Vos Dios.
Dejé en el mar de Italy,
mísero despojo de suerte;
en [illegible] perdida,
en [illegible] dejé,
de [illegible] Señor perdida,
con [illegible] la
que me ofrece tu favor.

Tadea. [illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
LIBERIO. ¡Ah, ingrata! ¡Ah, tierra
¿[illegible] de [illegible]?
TADEA. ¿[illegible]? No, por mi vida,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
LIBERIO. Hasta [illegible],
Acaba, acaba de abrir.
TADEA. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
(Cerrando apresurada, y vase.)
GELIN. [illegible]
LIBERIO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Mas, no importa; padre tengo
que en [illegible]
[illegible]
de [illegible] que vengo.
[illegible]
caudaloso para ver
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
GELIN. Salgan acá con [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
NISIRO [illegible] Abre esas puertas;
¡vive Dios! que he de matarte

a palos.

GULÍN. Toma esa calle,
si en tus peligros despiertas,
no haya tras el *agua va*,
un rato de torbellino.

LIBERIO. ¡Ay, juvenil desatino!
tarde escarmentaste ya.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIII

LAZARO, *medio desnudo, y echándole* NINEUCIO *y sus criados* FELICIA.

NINEUC. ¿Tu en mi casa a mi pesar?
¿Tu a mis puertas pordiosero?
Ni te conozco, ni quiero
por deudo. Te he de sacar
yo en persona desta corte
y del mundo, no me fio
de nadie.

LAZARO. Nineucio, tío,
señor, mi humildad reporte
tu cólera, enfermo estoy,
á pobres mi hacienda dí,
ninguno conozco aquí,
de tu tierra y sangre soy.
¿Que importa que á los umbrales
de tu casa un pobre esté
que sobrino tuyo fué?

NINEUC. En la corte hay hospitales.
No lo es mi casa, sal fuera.

LAZARO. Opinión los pobres dan
que a puertas del rico están;
deja que a las tuyas muera:
crean los que á ellas me ven
que ser limosnero sabes.

NINEUC. Cerrad y dadme las llaves.

FELICIA. Compasión, esposo, ten
por esta noche no más
de tu sobrino.

LAZARO. Lebreles
criar regalados sueles,
y a perros sustentadas:
haz cuenta que un mastín tienes;
con ellos, señor, me iguala.

NINEUC. No hago yo cuenta tan mala
que menoscabe mis bienes.
Ni aun como perro has de estar
aquí, que ellos á quien pasa
ladran por guardar la casa
que el pobre viene á robar,
y no es justo que tu cobres
lo que ellos tan bien merecen,
pues no sin causa aborrecen
los perros tanto a los pobres.
Mira quién eres y fía
que limosnas te acrediten,
pues aun los perros no admiten
á un pobre en su compañía.
Sacalde de aquí arrastrando.

ESCENA XIV

DICHOS, LIBERIO Y GULÍN, *ambos desnudos*

LIBERIO. Porque tu felicidad
triunfe de mi adversidad,
que hasta en esto te está honrando,
quiere mi suerte importuna
que Liberio a tus pies venga
(Arrodillase.)
para que los suyos tenga
en mi cuello la fortuna:
no quieras mayor venganza
de quien compitió contigo.

GULÍN. Ni de un lacayo prodigo
que entra también en la danza.

LIBERIO. Mientras mi padre me envía
algun socorro, señor,
hazme en tu casa favor.
Destruyeronme en un día
las llamas, el vicio, el juego,
la amistad que ahora pasa,
que pues que todo esto abrasa,
todo debe de ser fuego;
y como no hace ventaja
el pobre al que se murió,
la fortuna me dejó
solamente esta mortaja.
El más vil de tus criados
ser en tu casa quisiera.

GULÍN. Porque venimos siquiera
como piñones mondados.

NINEUC. ¡Oh, que buenos mercaderes
de la felicidad fuisteis!
Ingeniosos la adquirísteis,
tu en pobres, tu con mujeres.
Felicia, buen casamiento
hubieras hecho por Dios
con cualquiera de los dos.

FELICIA. *(Ap.)* ¡Ay, Liberio! ¡como siento
tu prodiga adversidad!
aunque más siento la mía,
que en fin en tu compañía
fuera yo felicidad,
y no en la deste avariento,
porque mas es de sentir
que la pobreza, el vivir
junto del manjar, hambriento.
Señor, pues que vencedor *(á Nineucio)*
destos pobres has salido,
hacer merced al vencido
es propio del vencedor.
En tu casa los recibe.

NINEUC. De que eso digas me pesa:
las migajas de mi mesa
no les daré, ¡el cielo vive!
Quitadmelos que me corro
de que aun los tengas amor:
idos.

LIBERIO. ¡Socorro, señor!

GULÍN. Socarron, señor, favor,
mala imagen del socorro.

LIBERIO. ¡Ay, cielos! ¡que tarde avisa
el desengaño!

GULÍN. A buscar
voy quien me dé de cenar
á costa de mi camisa.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Gulín, de labrador, Torbisco y Garbón, villanos

TORBIS. Sea para bien, Gulín,
el nuevo cargo y oficio.
GULÍN. Aunque soy en él novicio,
pues no soy del campo, en fin,
yo mostraré en mi talento
que soy persona de tomo.
Hízome su mayordomo
Nineucio, el rico avariento,
(que así le llama la gente)
desta granja, y pienso en ella
mostrar que se merecella
por guardoso y diligente.
GARBÓN. ¿Qué es lo que movelle pudo
á recibiros, un hombre
tan miserable?
GULÍN. Mi nombre.
Entré en su casa desnudo,
con el pródigo perdido,
envióle enhoramala,
que así á los pobres regala,
sin darle un pobre vestido;
y queriendo hacer de mí
lo propio, me pregunto:
«¿quién sois vos?» Díjele yo:
«Iacayo pródigo fui,
y Gulín es mi apellido.»
«Si de gula se deriva,
dijo, justo es que os reciba;
en gracia me habeis caido:
de la gula esclavo soy,
y en fe dello honraros quiero;
mi mayordomo y quintero
habeis de ser desde hoy.»
Dióme de vestir, y, en fin,
su quintero me intitula,
que siendo su dios la gula,
fuerza es que medre Gulín.
TORBIS. No es poca vuestra ventura,
que según el año pasa
estéril todo, en su casa
la vida estará segura.
GARBÓN. Toda esta región perece
de hambre.
GULÍN. Rigor extraño!
TORBIS. No ha crecido el Nilo ogaño,
y con su olvido padece
el campo, común sustento
de los hombres y los brutos.
GARBÓN. En Egipto, siempre enjutos
los cielos, niegan al viento
las preñeces de sus nubes,
porque jamás en el llueve,
al Nilo solo se debe
la vida.
TORBIS. ¿Por qué no subes
como sueles, rey de ríos,
y rompiendo tu prisión,
gozas la jurisdicción
que ensancha tus señoríos?
GARBÓN. ¿Por qué los campos no riegas
que el cielo fiarte quiso
(si es tu padre el Paraíso)
y á Ceres el censo niegas
que tantos años le has dado?
GULÍN. Como agora los señores
son tan malos pagadores,
los habrá el Nilo imitado.
Por tasa ración nos dan,
tasajos mal sazonados
y pan tosco de salvados.
TORBIS. Para la hambre no hay mal pan.
GULÍN. Cada cual cuidado tome
de trabajar mientras pasa
este año, que en esta casa
quien no trabaja, no come.
GARBÓN. Yo soy vaquero.
TORBIS. Yo guardo
el ganado que se pierde
á falta del pasto verde.
GULÍN. Y yo con mi gabán pardo
soy quintero y mayoral.
TORBIS. Murió el porquerizo ayer.
GARBÓN. De pura hambre debió ser.
TORBIS. Y es la necesidad tal,
que su oficio se pretende
de muchos con la porfía
que el cetro de Alejandría.
GULÍN. La hambre todo lo vende,
quien me diere más por él
llevará su investidura.
GARBÓN. Buen cargo.
TORBIS. ¿Por qué procura
Nineucio, si de Israel
es natural, y el hebreo
no puede comer tocino,
criar lechones?
GULÍN. El vino
dispensa con él.
TORBIS. Ya veo
la amistad que han profesado
el Dios vino y Dios jamón;
mas como á vuestra nación
ese manjar se ha vedado,
de que le coma, recibo,
nuestro Nineucio, pesar.
GULÍN. En lógica os he de dar
la respuesta. Un relativo
es imposible que este
sin correlativo: el vino
es relación del tocino
desde el tiempo de Noé.
Nineucio, que á cangilones
bebe, le come en efeto,
porque estima el ser sujeto
de aquellas dos relaciones.
Y en lo que toca á pecar,
no repara si hay comida,
porque niega la otra vida,
y en esta quiere triunfar.
TORBIS. ¡Qué bárbaro parecer!
GULÍN. Beba y coma hasta morir,
que unos beben por vivir,
pero el vive por beber.
Y con esto, á lo aquí:
á trabajar, que ya es hora.

ESCENA II

[Dicha] Lucrecia, *pastora*

LAUR. Pascual, buena señora,
está en la granja. Venid
a recibirle.
TORRIS. ¿Nuestra alma?
LAUR. La mujer de nuestro dueño.
GELIS. ¿Pues a que se retira?
LAUR. De sueño
y pena de ausencia tal
se queja, y por esto sale,
mas no se empeña en quedar.
GELIS. No tiene el cuerpo de casado.
Pues que sea en el casarse,
pena tiene merecida
pagarla.
TORRIS. También lo digo.
GELIS. Mas vendré todo con mimo
a darle la bienvenida. (*Vanse.*)

ESCENA III

[Dichos, menos] Liberio, muy rotoso[1]

LIBERIO. Arbol se llama al reves
el hombre, y son en todos ellos
sus raices sus cabellos,
y son sus ramos sus pies,
árbol con propiedad es,
que más perfección encierra,
mas ¡ay, dolor!, ¡cuánto yerra
quien por gustos de mentira,
tal vez que el cielo mira,
quiere echar gajos en la tierra!
Por lo cual doy, lo que ahora
desprecio, cuando árbol fui,
hoy me veo hecho un roto
de un cabo en otro lleno;
no se acuerda de su dueño
el árbol en sus veranos,
despojar suele hojarascas
o antiguas, cuyas empresas
a nuestro alcance son flacas,
y a pedir no tienen manos.
¿Quién ve al hortelano astuto
cavar con el azadón
un tronco, porque en sazón
cobre de sus frutas fruto?
Con el cuchillo le poda
le escarba, y después,
en tanto que es de interes,
ejecuta la hazaña,
que lo que pierde en basura,
le cobra en fruta después.
¿Qué fue de lo que de mí pudo
el dueño, si no cuidados
de veras y de lisonjas,
que aun hombre ahora dudo?
Ya desprendido y desnudo
soy árbol de su venganza;
y aun menos, que en tal mudanza
el árbol desnudo espera
vestirse en la primavera,
y yo ni aun tengo esperanza.

[1] En el original «Sale el Pobrete muy roto».

Pobre y con esta hambre siento:
hasta en esto, cielos, sois
para con los pobres crueles,
pues en tiempo empobrecer
que no hay que en mí dé sustento.
Y tengo fuerzas nuevas,
ni de aquí, pueden pasar
la mayor pena y pesar
que a ser rico un pobre viene,
es cuando puede a lo que tiene
excesos para no dar.
Grande es esto, ¿padre?
a pobre desnudo,
porque no hay para el que dio,
afrenta como el pedir
No hay de ser rico a servir
nada, y una cosa mucho
servir quisiera, mas dudo
aun de esto en esto ser,
porque ¿quién ha de querer
a un pobre, hambriento y desnudo?

ESCENA IV

LIBERIO y GELIS

GELIS. Para comida de prisa
bastan un pavo y capon.
Haz que le asen, Catalon,
y en el medio pon la mesa.
LIBERIO. Este hombre debe ser
el que administra esta hacienda
temo que en verme se ofenda,
que aun no estoy ya para ver.
Señor, la necesidad, (*Lo vuelve a ver.*)
que tan adelante pasa
GELIS. Hermano, en aquesta casa
no hay limosna, perdonad
Tengo un amo muy rico,
de pobres tan enemigo,
que si le nombra algun
y os ve aquesa ropa, es tan dragon,
que os mata, aunque se cubre
de la hacienda, porque ha salido
que todo pobre es malado,
y que en ser pobre consiste un pobre.
Idos, antes que un criado
os traiga una pierna
LIBERIO. ¡Cielo!
¿no es este Gelin?
GELIS. Reconozco
que os en casa os ven...
LIBERIO. Galan,
¿no me conoces?
GELIS. ¿De tu
a mi, un pobre? ¡Satuperio!
LIBERIO. ¿No conoces a Liberio?
GELIS. Con razon le buscaba.
¿Quien es Liberio?
LIBERIO. Quien fue
dueño tuyo.
GELIS. Fue... pues...
No se prefiere ya...
es presente ya...
Dec... ...
en el mundo pasado el ser,
que es lenor y no ser,
y un tiempo, que es presente.

[illegible]

LIBERIO. [illegible]

GILES. Pues [illegible] ¿y [illegible] guardáis?

LIBERIO. [illegible]

GILES. [illegible]

LIBERIO. ¿Qué de males experimente!

GILES. [illegible]

LIBERIO. [illegible] que es tan torpe su gusto. (Vase.)

ESCENA V

FELICIA, muy triste.

[illegible]

ESCENA VI

FELICIA, GILES, que habla desde dentro. Después LIBERIO.

GILES. (Dentro.) [illegible] ...chones son, [illegible]

LIBERIO. [illegible]

FELICIA. [illegible] (Vase.)

ESCENA VII

LIBERIO.

[illegible]
En deleites disolutos,
[illegible]
pero no para tocadas.
[illegible]
la parte de [illegible] frutas.

despreciando de hombre el nombre,
que come, en fe que no es hombre,
bellotas como animal.

ESCENA VIII

DICHO, LAURETA, GULÍN y GARBÓN, *que acometen a* LIBERIO *y le quitan las bellotas y maltratan.*

LAURET. ¡Haed que se engulle á puñados
las bellotas que no masca
el pacaton.
GULÍN. ¿Sois tarasca?
Quitaseslas.
GARBÓN. ¡Bien medridos
estuvieran los lechones
con vos!
LIBERIO. Sosegaos, amigos.
LAURET. Hermano, traga bodigos,
en la corte hay bodigones:
á buscar amo y afan,
que no heis de estar más aquí.
GULÍN. Quien bellotas traga así,
hoy dará tras un lechón,
y tras todos poco á poco
hasta engullirle el berraco.
GARBÓN. ¡Oh, comilon!
LAURETA. ¡Oh, belaco!
¡Con cáscaras! ¿estáis loco?
GARBÓN. Lo que habia menester
nuestro amo.
GULÍN. Quien tan aprisa
hasta á los cochinos sosa
lo que les dan de comer,
picar de aquí, que no quiero
tenteros en casa un dia.
Las bellotas se comian.
GARBÓN. ¡Oh, ladron!
LAURET. ¡Oh, golosmiero!
(*Vanse los tres y quédase* LIBERIO.)

ESCENA IX

LIBERIO y FELICIA, *oculta.*

LIBERIO. Hasta en esto, avaro mundo,
muestras quien eres, ¿siquiera
por hombre no mereciera
lo que un animal inmundo?
Cuando mi sustento fundo
en tal vileza ¿me atrenta
tu ingratitud avarienta?
¡Siquiera no me pagaras
en bellotas e igualaras
con mis torpezas tu renta!
¿A Nabucodonosor
como bruto apacentaste,
y hasta esa no me negaste?
mas debe de ser peor.
¡Que haya llegado el rigor
de daño que venga á ver
á tanto, que por comer,
envidie yo el vil estado
del bruto mas despreciado,
y no lo merezca ser!
Alma, deja el enemiga,
despertad, volved en vos,
ya que con azotes, Dios,
á fuer de esclava os castiga.
Al villano no le obliga
el bien, que es hijo de Adán:
trabajos virtud le dan.
¡Ay, Dios! ¡Cuantos jornaleros
de mi padre, aunque groseros,
andan sobrados de pan,
y yo pereciendo aquí
de hambre, suspiro en vano!
¡Mi Dios! dadme vos la mano:
levantadme, pues caí
iré á mi padre ¡ay, de mí!
diréle, besando el suelo:
«Padre, contra vos y el cielo
pequé, no me llame hijo;
el menor ganan el jornal
ser de vuestra casa.» Apeno,
mundo vil, de tu escasez
á su abundancia y clemencia:
sabrá por esperiencia,
de mí mismo seré juez.
No he de servirte otra vez,
mundo vil, desengañado
salgo de ti y desmedrado;
mas no me baldonarán
que he comido, en fin, tu pan,
que bellotas no me has dado.
(*Quiere irse y detiénele* FELICIA.)
FELICIA. Aguarda, Liberio amado,
si he sido de ti querida.
Desde esta mata, escondida,
tus desdichas he escuchado:
No sé de los dos á quien
persiga así la inclemencia,
tu, en los males con paciencia,
yo, impaciente en tanto bien.
Aunque ya no son tus daños
como los mios tan atroces,
tus desengaños conoces,
yo conozco mis engaños,
mas, ¿que importa conocellos,
si cuando olvidarlos tratas,
tu con tiempo te rescatas,
yo quedo cautiva entre ellos?
No es tu suerte tan cruel,
pues no hay desventura igual
como conocer el mal,
y no poder huir del.
Tengo esposo que aborrezco,
tengole presente á ti,
como mujer elegí,
y como ciego padezco.
Cuando de todos querido,
te aborrezco mi interés,
y amote cuando te ves
de todos aborrecido:
mira los diversos modos
de mujeril desvarío,
que ahora te llamo mio
cuando te han dado todos.
Si por el amor presente
el desden pasado olvidas,
olvidarás prendas perdidas:
repudiado, no consiente,
repudiarte un tal repudio,
avariento hasta en amar,

pues si suele comparar
el sabio á la muerte el sueño,
y el duerme en mi amor, ¿quién duda
que ya para mi murió
Nineucio, y que me dejó
libre para amarte y viuda?
Llévame, mi bien, contigo:
rica soy, serás señor
de mi hacienda y de mi amor.

LIBERIO. Eso no, mundo enemigo.
Sirviéndote me despides
desnudo, solo y hambriento,
y porque de arte intento,
el paso ahora me impides.
A ser tan mísero llegas,
que cuando estoy en tu casa,
me tratas con tanta tasa
que aun las bellotas me niegas,
y ya tan pródigo estás,
que lo que antes adoraba
y á peso de oro compraba
de balde ahora me das.
Ya te entiendo: la razón
rompió á mis ojos la nube:
de lo que contigo estuve
conozco tu condición;
amigo reconciliado,
no por mi bien el tornarme
á casa, mas por robarme
lo poco que me ha quedado.
Quitarme tu engaño pudo
la hacienda, la libertad,
la virtud, la castidad,
hasta dejarme desnudo;
y como sobre mí he vuelto,
propósitos he adquirido
de tu rigor despedido,
y de mis engaños suelto,
á robármelos se atreve
tu lisonjera malicia,
que le pesa á tu avaricia,
aunque propósitos lleve.
Desnudo voy, no te admires
si de ti el cielo me escapa,
que aun no me de aste capa,
como á José, de que tires.

FELICIA. Ni á mí me queda paciencia
que sufra tanto rigor. (*Vase Liberio.*)

ESCENA X

FELICIA y UN CRIADO

CRIADO. Vuestro esposo, y mi señor,
está sin vuestra presencia
triste, señora, y me envía
por vos.

FELICIA. Iré á padecer:
escogí como mujer,
la culpa y la pena es mía. (*Vase.*)

ESCENA XI

NINEUCIO y DOS CRIADOS.

NINEUC. En fin, ¿muere mucha gente
de hambre?

CRIAD. 1.° Está todo Egipto
pereciendo.

CRIAD. 2.° Gran señor,
más mueren que quedan vivos.

NINEUC. Pues tráiganme de comer,
que no hay para mi apetito
como ver á otros hambrientos,
y sírvame de principio
la necesidad de todos.
¿En qué se distingue el rico
del pobre, si todos comen,
los nobles y los mendigos?
¡Ojalá que no quedara
vivo nadie en este siglo,
para que gozara yo
bienes tan mal repartidos!

ESCENA XII

DICHOS, y GULÍN POBRES, *después.*

GULÍN. Dame, gran señor, los pies.

NINEUC. ¡Oh, Gulín, seas bien venido.
Bien por tu nombre te quiero;
la gula fué tu padrino.
¿Llegó Felicia?

GULÍN. Indispuesta;
tanto, que al punto que vino,
se echó en la cama.

NINEUC. ¿Qué tiene?

GULÍN. Dicen que antojos de un hijo.

NINEUC. No apetezco yo herederos:
quédese en mí mientras vivo,
mas la hacienda que á su padre
yo he de heredarme á mí mismo.
En un día han de acabarse
yo y mis bienes.

GULÍN. ¡Buen alivio
para quien enferma está
por verte en su amor tan tibio!

NINEUC. Muérase, porque me ahorre
de los gastos excesivos
con que todas las mujeres
empobrecen sus maridos.
Todo lo que en mí no empleo
me llega al alma. ¿Han traído
de comer?

CRIAD. 1.° Esta es la mesa.
(*Descúbrese una mesa muy espléndida. Siéntase, tocan chirimías, y sírvenle con majestad.*)

NINEUC. Di el altar de mi apetito.
¿Hay deleite comparable
de cuantos á los sentidos
tributa naturaleza
como el del gusto? ¿Hay paraíso
como el distinguir sabores
de manjares exquisitos,
ostentando competencias,
unos simples y otros mixtos?
¿Qué gloria hay como el comer?

GULÍN. Yo por mayor he tenido
la del beber, gran señor,
puesto que á entrambas me inclino.
El comer cuesta trabajo,
y necesita ministros
en la digestión primera,
de dientes, muelas, colmillos,

[illegible]

... que es mas que un h...

[illegible]

NISEO. Hoy ... de beber,

[illegible]

No andaba Naturaleza

[illegible]

tan gran deleite.

GILES. Mal hizo

[illegible]

TODOS. [illegible]

NISEO. ¿Qué es esto?

GILES. [illegible]

que á tus pa...

[illegible]

medicinas cordiales.

[illegible]

ESCENA XIII

Dichos y LÁZARO mas [illegible]

LÁZARO. A las puertas de la ...

[illegible]

NISEO. [illegible]

LÁZARO. [illegible]

¿Nunca tu espíritu ...

en éxtasis suspensivos,
ya velando, ya durmiendo,
pidió treguas á los grillos
del cuerpo, breves instantes,
pensamientos discursivos,
remontando por los cielos
y midiendo sus zafiros?
¿Con los brutos te comparas?
Mas como ellos sumergido
en torpezas, no me espanto,
que en brutos transforma el vicio.
Mas racionales que tú
son tus perros, que han lamido
las llagas que tú maltratas,
piadosos y compasivos.
¿Migajas niegas, avaro?
Plega á Dios que en su juicio
no te niegue el cielo gotas
cuando sediento des gritos.
Yo me muero por vivir,
pero tú con fin distinto,
moriras para más muerte,
mientras más mueras, más vivo.
(Váse.)

ESCENA XIV

NINEUCO, GULÍN y CRIADOS

NINEUC. Matalde, sacalde el alma:
satisfacedme ofendido.
GULÍN. Ya él por sí se está muriendo.
NINEUC. ¡A mí, un ahogado! ¡á mí, un mendigo!
Arrojad aquesas mesas
el asco me ha conmovido
las entrañas, muerto soy,
ofuscanse mis sentidos.
Desnudadme, que me abraso,
llamas broto por suspiros,
vengan los médicos todos
que en más precio tiene Egipto
¡Que me abraso, que me enciendo!
¡Agua, cielos! (Váse.)

ESCENA XV

GULÍN y CRIADOS

GULÍN. Dalde vino,
y plegue á Dios que reviente
si de luto ha de vestirnos,
que son galas del criado.
CRIAD. 1.º Al que muere avaro y rico,
compara un sabio al lechón.
GULÍN. Dice bien, porque el cochino
aprovecha á todos muerto,
como enfada á todos vivo.
(Vanse.)

ESCENA XVI

CLEMENTE, viejo. Después LIBERIO

CLEMENTE.

La madre de Tobías
imitan vales las desdichas mías.
Como ellas, á cada instante
salgo á buscar un hijo, que ignorante
de vicios salteadores,
causan su perdición y mis temores.
Caminos, reducilde,
si loco se ausentó, cuerdo y humilde;
arroyos, detenelde,
si se despeña contra Dios, rebelde.
¡Ay, prolijos enojos!
si le vieran venir mis tristes ojos,
diera á la vida plazos,
y á su cuello amoroso tiernos brazos.
Apenas se mueve hoja,
cuando al alma, que viene se le antoja.
Mas ¡ay, loco deseo!
¿quién es aquel que apresurado veo?
Pasos que engendran sustos,
y entre temores sobresaltan gustos,
el aire, el movimiento
es todo de mi hijo. ¡Ay, pensamiento!,
salid vos al encuentro,
del alma precursor, que está aquí dentro
pintándome en sus lejos
regocijos que admito, aunque en bosquejos,
porque á pesar de enojos,
más penetra su vista que mis ojos:
corriendo, al viento alcanza,
y juzgo yo por siglos su tardanza.
¡Liberio! (¡Ay, desvarío!) (Llama á voces.)
¡Hijo, Liberio!

LIBERIO. (Responde como de muy lejos.)

¡Amado padre mío!

CLEMENTE.

(¡Ay, cielos! padre, dijo.
¿Si el eco me engañó?) Querido hijo,
¿eres tú?

LIBERIO.

Sí, mi padre. (Más cerca.)

CLEMENTE.

El es. ¿qué dicha habrá que no me cuadre?
¡Ay, pies! si os entorpece
la edad, amor, que es Dios, rejuvenece.
Corred, que siempre el gozo,
tiñendo al viejo canas, le hace mozo.
¡Mitad del alma mía,
restituye con ella mi alegría!
(Corre más cada vez. Llega á Liberio que sale y se hinca de rodillas y él le abraza.)
¡Qué alegre que estuviera
si en veros toda en brazos se volviera!
Levántate del suelo.

LIBERIO.

Pequé contra ti, padre, y contra el cielo.

CLEMENTE.

No digas más disculpas;
bastantes son arrepentidas culpas.
Mi llanto y tus cuidados
son cohechos de amor. ¡Hola, criados!

ESCENA XVII

Dichos y dos Criados.

CRIADO 1.°

¿Qué es, señor, lo que mandas?

CLEMENTE.

Púrpuras escoged, sacad holandas;
día es hoy de mi boda,
mi recámara abrid, robalda toda.
Entapizad mis salas,
y registrando magestuosas galas,
haced elección dellas
vistiéndole á mi hijo las más bellas.
Sus dedos le coronen
anillos, que del sol giros blasonen;
sean tales sus ornatos,
que en diamantes se aneguen sus zapatos.
Convidad mis amigos,
que no hay contento donde no hay testigos.
Matad una ternera
escogida entre mil desa ribera;
tan pingue, que la leche
en vez de sangre por los poros eche.
Instrumentos sonoros
alegren danzas y ocasionen coros:
todo sea regocijo,
pues muerto en vicios resucita un hijo.
Perdióseme, y ahora
restituido alegra, porque llora.

CRIADO 2.°

Tan bien venido sea,
que siglos largos de tus canas vea
paternales ejemplos,
para que erija á tu clemencia templos.

LIBERIO.

Ya, bárbaros engaños,
mejoro con la vida torpes años:
no sois ya, alma, cautiva.

TODOS.

¡Viva tal padre!

LIBERIO.

Mas que todos viva.

(Suena música de chirimías, y vanse todos, menos el Criado 1.°)

ESCENA XVIII

Modesto, como de campo, y el Criado.

MODEST. ¿Qué músicas serán estas
tan nuevas en esta casa?
¿Qué huésped hay? ¿quién se casa?
¿por qué se hacen tantas fiestas?

CRIADO. No admires el regocijo,
señor, que juzgas por vano.
Hoy has hallado un hermano,
y tu padre ha hallado un hijo.
Vino Liberio, aunque roto,
desengañado y confuso
del mundo, á los pies se puso
de su padre. Cumplió el voto,
cual marinero que en medio
del mar, náufrago perdido:
porque en fin, su padre ha sido
la imagen de su remedio.
Recibióle con los brazos
abiertos, porque es clemente;
él pidió pies de obediente,
y en vez dellos halló abrazos.
Tan regocijado está
el viejo noble y piadoso,
que con todos generoso,
albricias y joyas da.
Terneras de leche mata,
á sus amigos convida,
y remozando su vida,
años y gustos dilata:
tanto como esto ha podido,
con ser tu su mayorazgo,
de un hijo mozo el hallazgo,
hoy hallado, ayer perdido.

MODEST. Eso sí, gaste con él
la hacienda que á mí me toca;
premie de su vida
los vicios, y á mí, que fiel
siempre estuve en su obediencia,
tratame con escasez,
efectos de su vejez,
y prueba de mi paciencia.

ESCENA XIX

Dichos, Clemente y criados.

CLEMEN. Dame albricias, hijo mío,
o para decir mejor,
pídeselas á mi amor.
Ya volvió á su madre el río
que desatinado viste
romper presas; ya tu hermano,
obediente, humilde y llano,
te espera: ¿de qué estás triste?:
entra, y abrazos apresta.

MODEST. Desde que tuve de ti
vida y ser, nunca salí
de tu gusto, ni en molesta
juventud quebré jamás
las leyes que me pusiste,
y nunca, padre, me diste
lo que hoy á un perdido das.
Aun un cabrito siquiera
que comer con mis amigos
te debo (sean testigos
mis quejas), y una ternera,
lo más gruesa de tus hatos,
á un disipador previenes
de sus virtudes y bienes
y autor de sus desacatos.
Si es bien hecho que autorices
contra quien te obedeció,
á quien su hacienda gastó
en juegos y en meretrices,
mas me valiera haber sido
como él, que obedecerte.

CLEMEN. Necio enojo te divierte.
Mi mayorazgo querido
eres, Modesto; mi hacienda

es toda tuya ¿quién duda?
El tiempo costumbres muda,
la experiencia pone rienda.
Ya reducido, te besa
los pies, enseñale amor,
y agraviarás tu valor
si de su dicha te pesa.

ESCENA XX

CLEMENTE, MODESTO y LIBERIO, *que sale bizarramente vestido y se hinca á los pies de su hermano. Criados. Después, Felicia, tóvese música de chirimías.*

LIBERIO. Hermano y señor, yo he sido...
MODEST. (Las entrañas me enternece.)
No me digas más; mil veces
seas hermano, bien venido.
Tu hijo es, á testejalle (á Clemente)
con los demás quiero ir,
que más es el reducir
un hijo, que el enjendrarle.
(Sale Felicia de viuda.)
FELICIA. Si desengaños del mundo
son padres del escarmiento,
y de tus justos agravios
á canzo perdón, Liberio,
viuda ya y desengañada,
con el alma que te ofrezco,
á darte cuenta he venido
de lástimas y sucesos.
Murió de una apoplegía
Nineucio, el rico avariento,
blasón que torpe ha ganado.
LIBERIO. ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
FELICIA. Murió Lázaro también,
los dos en la vida extremos
de la rueda de fortuna,
y hasta en el morir diversos.
A Lázaro, como á sobras
del mundo, por pobre dieron
sepulcro en un arenal,
como sus entrañas seco.
Al otro con aparatos
costosos, cuanto soberbios,
arrastrando largos lutos,
galas de sus herederos,
en prolija procesión
le llevaron hasta un templo,
donde de mármoles finos
de jaspes verdes y negros
piras que á la clave llegan
del edificio supremo,
grabadas de armas, de motes,
y jeroglíficos griegos,
en sus entrañas admiten
el cadáver avariento,
que vivo no abrió jamás
piadosas puertas al pecho.
Estas son las honras que hace
el mundo en la muerte, y esto
en lo que paran coronas
y el fin que tienen imperios.
Rica y libre restituyo
á la voluntad el reino,
que mi engañada elección
entregó al interés necio.
Mil veces yo venturosa,
y muchas más si merezco
en tálamos mejorados
enmendar pasados yerros.
CLEMEN. Felicia, porque lo sea
ya mi ganado Liberio,
esposo vuestro será,
y el amor, de entrambos dueño.
La inmortalidad del alma
negaba el torpe Nineucio,
su felicidad ponía
Lázaro en bienes del cielo.
Mi Dios, para certidumbre
de la vida que confieso
en vuestro inmortal dominio
y más seguro escarmiento
deste Pródigo enmendado,
enseñadnos con qué premio
premiáis los pobres humildes
y castigáis los soberbios.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LÁZARO, ABRAHAN y NINEUCIO.

(Suena música arriba. En lo alto del tablado un paraíso, y Lázaro, de blanco y oro, en el regazo de Abrahán. Abajo un infierno, y Nineucio sentado á una mesa abrasándose y muchos platos echando de los manjares llamas.)

NINEUC. Padre Abrahan, que me abraso
en el alma y en el cuerpo:
llamas de inmortalidad,
castigos de Dios eterno.
La guía en que idolatré,
manjares me da de fuego,
hidrópica sed me abrasa;
ten piedad de mis tormentos.
Padre, á Lázaro me envía
que moje el último extremo
del dedo en agua un instante,
y de un breve refrigerio
á mi lengua.
ABRAH. Acuérdate,
hijo, del bien que viviendo
recibiste en la otra vida,
y Lázaro los desprecios
y trabajos que tú sabes.
No hay dos glorias, no hay dos cielos:
él recibe descansado
de sus virtudes el premio:
tú en tormentos perdurables
pagas los males que has hecho.
Mal te podrá socorrer
desde lugar tan diverso
al en que estás, que hay abismos
de inmensa distancia en medio.
NINEUC. Ruégote, pues, que le envíes
(si desde aquí obligan ruegos)
á la casa de mis padres,
donde cinco hermanos tengo,
para que los amoneste,
porque á estas penas viniendo
no acrecienten las que paso
ten misericordia dellos.

ABRAH. A Moisés y á los Profetas
tienen en libros, que llenos
de amonestaciones santas
predican y dan ejemplos.
NINEUC. No, Padre Abrahán, mejor
los persuadirán los muertos.
Si á Lázaro ven, no hay duda
que ponga á sus vicios freno.
ABRAH. Quien los Profetas no admite
y tiene de bronce el pecho,
ni á los que resucitaren
creerá tampoco; esto es cierto.

CLEMEN. Hijo, á Lázaro imitando,
y escarmentando en Nineucio,
restaurarás lo perdido
y excusarás tus tormentos.
Vicioso pródigo fuiste,
y aquél, mísero avariento;
tanto en tí fué lo de más,
como en él fué lo de menos.
En medio está la virtud:
si son vicios los extremos,
de Lázaro el medio escoge,
y tendrás á Dios por premio.

LA REINA DE LOS REYES

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Avendaño.

PERSONAS [1]

ALVAR PEREZ DE CASTRO, *general.*
LA CONDESA, *su mujer.*
DOS DAMAS *de la Condesa.*
ALHAMAR, *rey de Granada.*
MAHOMAD, *su vasallo.*
NUÑO DE LARA, *viejo.*
LA REINA.
El santo rey don FERNANDO.
NUESTRA SEÑORA.
GARCI PÉREZ DE VARGAS.
DIEGO PEREZ DE VARGAS.
DON ALONSO TELLO.
HAZEN, *moro, hermano del rey de Murcia.*
PAJA, *truhan.*
TRES HOMBRES VULGARES.
UN SOLDADO.
UN CORREO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Paja, truhan, con una canasta de pan, retirándose de tres hombres que salen acuchillándole. Después Nuño de Lara.

PAJA. En palacio habeis entrado,
y habrá quien al Rey le ruega.
HOMB. 1.° La hambre que nos obliga
no reconoce sagrado.
PAJA. ¿El pan que es para los reyes
quereis quitarme?
NUÑO. ¿Hay maldad
igual?
HOMB. 2.° La necesidad
deroga todas las leyes,
y así, aunque sea contra ley,
de pan hemos de llevar.
NUÑO. Monstruo indigno y vulgar,
el pan es para un Rey,
y aunque de un polo á otro polo
y toda aquesta mundana entera,
de pan que defender quiero
no llevará un pan tan malo.
HOMB. 1.° En lo que decis reparais,
que aunque á comer provocado
á mucho os habeis obligado.
PAJA. ¿No ves que es Nuño de Lara?
HOMB. 1.° Sea; si me ha de matar
la necesidad infame,
Nuño mi sangre derrame,
pues la suya me ha de honrar.
Deja que algun pan llevemos,
ó prevente á la defensa.
(Nuño, echando mano á la espada.)
NUÑO. Miente el villano que piensa
comerlo.
HOMB. 2.° Aquí morirémos.
PAJA. Mirad que la Reina viene.
(Embainan todos las espadas, y arrodíllanse.)

ESCENA II

DICHOS *y la* REINA.

REINA. ¿Qué es esto?
HOMB. 1.° Poner la boca
en tus plantas. Una loca
pasion, que castigo tiene,
pues desta suerte nos ves.
REINA. Nuño, decid, ¿cómo es esto?
¿vos airado y descompuesto?
NUÑO. Humillado á vuestros pies,
antes de daros respuesta,
pido, señora, perdon.
REINA. Sepa yo que es la ocasion
de una locura como esta.

[1] Además de estos personajes intervienen en la obra los siguientes: EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN, los MARQUESES DE [illegible], D. [illegible] PEREZ SOTELO, ALVAFAR, rey de Sevilla, ALHAMAR, ABENZAYDE, alfe Reyes, ALI, [illegible] D. ALFONSO, D. RAMON DE LOSANA, D. RAMON BONIFAZ, un VENTERO y MOROS, los nueve últimos sólo en la *Jornada tercera*.

HOMB. 2.° Hambre señora. No hubiere;
logreros guardan el trigo,
y á los que aquí están conmigo
fuerza oprime, razón mueve.
Estando desde anteayer
sin comer, este traían
pasaba con ese pan,
y al querérsele detener
para que alguno nos diese,
sacó la espada, ocasión
de que aquí con tal pasión
vuestra majestad nos viese.
Nuño, cual veis, defendiólo:
este es el caso, estas son
nuestras vidas, la razón
de procurarlas, es solo
por darlas de buena gana
á Fernando nuestro rey,
por justa y guardada ley
de la lealtad castellana.

REINA. Bien acierto á ponderar
de una corona el desvelo,
el que habiéndola en el suelo
no la quiso levantar.
El reino, de varios modos
repartido, está ocupado
cada uno en su cuidado,
pero el Rey en los de todos.
Vela, porque vos durmáis;
porque vos comáis, trabaja,
y porque el alimento ataja,
vos vuestra hacienda gozáis.
Aquí entrá's desesperados,
porque la hambre os fatiga,
cuando el Señor nos castiga
quizá por nuestros pecados.
El Rey por vosotros llora,
á Dios ruega penitente,
y ha muchos días que siente
lo que aquí sentís ahora.
En todo el reino se hacen
rogativas, procesiones
de sangre, por si en acciones
tales á Dios satisfacen
No ha quedado imagen santa
en tabernáculo alguno
que el triste pueblo importuno
no saque en aflicción tanta.
Tres días ha que mi Fernando
no veo, porque tres son
los que ha que está en oración,
por este reino llorando.
Viendo de Dios los enojos,
le intenta desenojar,
y agua le piensa sacar
con el agua de sus ojos.
Ved como son diferentes
de los reyes los cuidados.

HOMB. 1.° Señora, nuestros pecados
causan los daños presentes.
Nunca mereció Castilla
tal Rey; divino tesoro
es su valor; tiembla el moro,
el mundo se maravilla
No ha habido como él alguno
en castellanos pechos,
pues siendo amparo de todos,
es padre de cada uno:
y en fin, es santo.

REINA. Oid ahora:
haced, Nuño, pregonar
que vengan á declarar
en término de una hora
todos los que tienen trigo,
sin que me oculten un grano,
pena de la vida.

HOMB. 2.° Es llano,
que hay.

NUÑO. Tu celo bendigo.

REINA. Estando de manifiesto
comerá la pobre gente,
que es quien más la hambre siente:
yo lo pagaré.

NUÑO. Voy.

REINA. Presto.
Y en todo el reino avisad
que haga lo mismo

NUÑO. Sí haré. (*Vase.*)

ESCENA III

La REINA, PAJA *y los* HOMBRES

HOMB. 1.° (*A la* REINA.) Dios muy larga vida os dé
muros de la cristiandad.

REINA. Lloverá ó podrá ser que haya
trigo oculto, de manera
que sobre hasta el que se espera
por Galicia y por Vizcaya.

HOMB. 2.° Para sembrar y comer
hay bastante; harto ocultado,
porque no habiendo sembrado
pasa Enero sin llover

REINA. (*A* PAJA.) Tú, reparte entre esta gente
el pan.

PAJA. ¿Todo?

REINA. El que trajiste.

(*Para que vea si hay algo de pan.*)

PAJA. ¿Pues yo he de comer aliste?

HOMB. 1.° Señora, aunque lo consiente
la necesidad, no es justo.

REINA. Dáselo. No repliquéis.

HOMB. 2.° La gran Sevilla ganéis,
y en ella os gocéis con gusto.

HOMB. 3.° ¡Qué piadosa y qué discreta!

(*Vanse los* HOMBRES *llevándose el pan que se les dió.*)

ESCENA IV

La REINA *y* PAJA

PAJA. (*Ap.*) Hágales muy mal provecho.
No me veo sal hecho
después que la hambre aprieta.
Del estómago el ahínco
es tal, que comer solía
tres hogazas en un día,
y ya no hay harto con cinco.

REINA. Vuelve al panadero.

PAJA. ¿A qué,
si las raciones ha dado?

REINA. Otras dará.

PAJA. (Ap.) A lo guardado
me atengo. Yo volveré;
de un piadoso y noble alférez
requeriré la guarida,
que me regala y consuela
por truhán de Garci Perez.
Paja me llaman, y espero,
según se estrecha el comer,
que lo he de venir á ser
en lo vano y lo ligero.
Yo pienso andar (no es donaire,
de veras hablo) entretanto
que esto dura, atado á un canto,
porque no me lleve el aire. (*Vase.*)

ESCENA V

La REINA, *luego el* REY

REINA. Ya, deseos y ansias mías,
que entre á ver á mi Fernando
me estais persuadiendo: ¿cuándo
se acaban ya los tres dias?
Tres siglos han parecido,
y aunque no se deja ver,
seré contada Esther,
que es amor muy atrevido:
con silencio quiero abrir
por si reposa; elevado

(*Corre la Reina la cortina, y aparece el Rey elevado en oracion ante un crucifijo.*)

en la oracion se ha quedado.
No le quiero divertir,
antes en este retrete
á que salga esperaré.
Gran Rey, gran Santo, tu fe
altas cosas nos promete.

(*Escóndese la Reina en el retrete. Toquen chirimías, y aparezca Nuestra Señora como está en su capilla de los Reyes en nube.*)

(*Dentro.*)

«Fernando, enojado estaba
Dios con tu reino, el perdon
alcanzó tu interces on,
que todo con Dios lo acaba.
Yo, por gloriar tu cuidado
en afliccion tan terrible,
traigo á Dios, niño apacible,
cuando era Dios enojado.
La pena y temor destierra,
que pues en mi fiado estás,
mientras vivieres, jamás
faltará el agua en tu tierra.»

(*Vuelve á oirse la música, y desaparece la visión. Vístese el Rey y se pone la gorra.*)

FERNAN. ¡Válgame Dios! ¿Si es verdad
lo que he visto? ¿Si fue sueño?

(*La Reina, saliendo.*)

REINA. Mi Fernando, amado dueño,
milagrosa novedad.
Logróse vuestra esperanza:
ved que agua abundante y recia
riega la tierra.

FERNAN. Fué necia
siempre la desconfianza,
y mi Dios muy piadoso.
Mil gracias os doy, Señor,
pues venció el justo rigor
hoy vuestro pecho amoroso.

REINA. Por mí y por toda Castilla
los pies os quiero besar,
pues Dios ha querido obrar
por vos tan gran maravilla.

FERNAN. Alzad, señora, del suelo,
que este favor soberano
que os humilla ante un gusano,
es de la *Reina* del cielo.
Quien al Señor aplaco
fué la *Reina de los Reyes*,
y quien no guarda las leyes
de agradecido, soy yo.
Trasportado en la oración,
vi á la Virgen asentada
en una silla, cercada
de gloria; en tal suspensión
me dijo: «Pierde el cuidado,
que en afliccion tan terrible
traigo á Dios, niño apacible,
cuando era Dios enojado.»
A Jesus niño tenia
en sus rodillas, vio el alma
el Cielo en gloriosa calma;
luego oí que me decia:
«La pena y temor destierra,
que pues en mi fiado estás,
mientras vivieres, jamás
faltará el agua en tu tierra.»

REINA. ¡Gran favor!

FERNAN. Aunque soñado,
en el pude ver la gloria.

REINA. Es maravilla notoria,
pues Dios agua nos ha enviado.

FERNAN. Llena de amor y tristeza
recuerda el alma de un sueño
glorioso, con nuevo dueño.
¡Qué soberana belleza!
¡Qué negros ojos, tan bellos!
¡Que honesto y grave mirar!
En su amor pudo abrasar
almas de nieve con ellos.
¡Que soberanos tesoros
vi en la madeja que peina!
¡Qué gran ser! ¡qué digna Reina
de los angélicos coros!
Era un cielo su espaciosa
frente; no hay serafin
que su boca iguale, en fin,
morena, grave y hermosa.
Quiero hacer por mi consuelo
que la retraten; mas ¿quién
la sabrá retratar bien,
si no es un ángel del cielo?

REINA. Eso tomo yo á mi cargo.
Una memoria me dad
del retrato, y descuidad,
que yo de hacerlo me encargo.

(*Siéntase el Rey, y escribe sobre un bufete.*)

FERNAN. Dichoso aquel escultor
que un retrato verdadero
me hiciere; premiarle espero
con gran riqueza y honor.

REINA. Aquí he de estar esperando
á que me déis la memoria.

ESCENA VI

Dichos, y Paja mojado, sacudiéndose el agua

PAJA. Todos desto dan la gloria
al Santo rey don Fernando.
REINA. Los mejores oficiales
del mundo he de hacer buscar,
que alguno podrá acertar
dándole bien las señales.
El mismo deseo que vos
tengo, que aunque no la ví,
muy grande devoca en mí
tiene la madre de Dios.
(Acaba el Rey de escribir la memoria, dala á su mujer, y entrase esta.)
FERNAN. Esto es lo que escribir puedo
de la imagen deseada.—
¿Quien es?

ESCENA VII

El Rey y Paja

PAJA. Soy paja mojada,
pues sin mis albricias quedo.
Con uno y otro turbion
me he detenido hasta ahora,
que la Reina, mi señora,
me ha hurtado la bendicion.
Fuerza es que el vestido tuerza,
pues que vengo hecho una sopa,
que aunque es fuerza mudar ropa,
el no mudarla es mas fuerza.
FERNAN. Dile á Nuño que te dé
un vestido.
PAJA. Cien mil años
vivas, y en los más extraños
reinos ensalces la fe.
FERNAN. ¿Está contento el lugar
con el agua?
PAJA. Aunque es tardía,
general es la alegría
y el deseo de sembrar.
FERNAN. Aunque está el tiempo adelante,
que hoy somos quince de Enero,
de quien envió el agua espero
un año muy abundante.
PAJA. Alegría general
dije que había, y mal digo,
que los logreros de trigo
se han alegrado muy mal.
Un miserable malquisto,
aunque vió el cielo nublado,
no lo creyó. Fué al tejado,
vió su desdicha mas llana,
cual de parto, sin sosiego
con dolores y ansia esquiva,
andaba escalera arriba,
escalera abajo luego,
á la azotea, al mirador,
poniéndose los antojos,
en fin, cuando vió á sus ojos
tal agua, como el traidor
Judas se echó una lazada
á la garganta, y se ahoga
si no le corta la soga
su escudero con la espada.
FERNAN. ¡Gran miseria!
PAJA. Lo mejor
es, que despidió al criado.
FERNAN. ¡Bien le pagó su cuidado!
PAJA. Hay otra gracia mayor.
Que hicieron cuenta, y después
que tuvieron conferido
lo que tenía recibido
y el sueldo de cada mes,
le contó «tanto de un plato
que quebró, tanto que un día
respecto á ser cosa mía
le dió Tello de barato.
De medio día que faltó,
tanto, tanto de un disanto
que estuvo indispuesto, y tanto
de la soga que cortó.»
FERNAN. Lo que tu inventando estás,
fuera digno de castigo.

ESCENA VIII

El Rey, Nuño de Lara y Paja, luego un Criado

FERNAN. *(A Nuño)* ¿Qué hay Nuño?
NUÑO. Señor, hay trigo
para dos años y más.
FERNAN. ¡Escondido! ¿que decís?
NUÑO. La codicia era tan ciega,
que llegó á valer la hanega
á doce maravedís.
CRIADO. Aquí está el Embajador
del rey de Murcia.
FERNAN. Entrar puede,
que todo lo que hoy sucede
sin duda es en mi favor.
(Retírase el criado.)

ESCENA IX

Dichos y Hazén, moro Embajador

HAZÉN.

A tus pies, gran Fernando, humilde tienes
un hermano de un Rey, cuya embajada
es darte otra corona y parabienes
de tu fortuna, al cielo levantada.
Tu fama vuela publicando bienes,
y de corta en el mundo está notada.

FERNANDO.

Levanta, noble Hazén, y de tu intento
nada me digas sin tomar aliento.

HAZÉN.

Obedeciendo humildemente tu mandado,
aunque es exceso, tal honor recibo.
(Siéntanse en taburetes.)
Mi hermano el rey de Murcia, confiado
en tu piedad y de tu amor cautivo,
su reino á tu grandeza ha dedicado,
y quiere que lo heredes siendo el vivo.
Dos condiciones pide, en razon puestas,
para entregarlo luego, que son éstas
la primera es, que dejes á mi hermano
la mitad de sus rentas, la segunda,

que este en tu proteccion, y tu real mano
á sus defensas salga.

FERNANDO.

Esto se funda
en que el rey Alhamar, soberbio y vano,
vuestro reino pretende, y de ahí redunda
quererse guarecer Hudiel conmigo
sin rendir vida y reino á su enemigo.
Pero yo, que jamás niegue mi amparo
al que llego allegado, con gran gusto
tomaré su defensa, y si le amparo,
no tema que Alhamar le dé disgusto.
En la renta que pide no reparo:
tendrála de por vida, que es muy justo.

HAZÉN.

Este papel, señor, con la real firma,
mi embajada acredita y la confirma.

(Dale un papel y léelo el Rey.)

NUÑO.

Habrá en Castilla general contento
en ver que tal poder á cargo tome
esta defensa, y de Alhamar exento
la bárbara arrogancia y yerro dome.

PAJA. *(Haciendo gestos al moro.)*

Es gran perrazo.

FERNANDO.

Calla.

PAJA. *(En voz baja.)*

Yo no miento.
Ni vino bebe, ni tocino come,
y me juran que desde mas muchacho
su ordinaria comida has sido macho.
El rey de Murcia, en fin, es rey de Mula.

NUÑO.

Es famoso lugar.

FERNANDO.

Vete allá fuera.

PAJA. *(Aparte.)*

¡Qué severo, su gusto disimula!

ESCENA X

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.

Garci Pérez de Vargas.

PAJA.

¡Cómo! Espera;
¿ha venido mi amo?

CRIADO.

De una mula
se acaba de apear, que á la ligera
se viene del ejército apartado.

(Sale Paja un momento.)

FERNANDO.

Cáusame su venida gran cuidado.
El agua enviástes, Virgen Soberana,
y aquí añadís un reino á mi corona.
No sea mi dicha como dicha humana,
no la aguen estas nuevas.

PAJA *(Entrando con la cabeza de un rey moro.)*

Bien abona
á mi amo este bárbaro, cuya cana
cabeza, como reina se corona:
preso de las agallas le la ofrece.

HAZÉN.

El bárbaro es de valor [1].

PAJA.

Barbón parece.

ESCENA XI

El REY, NUÑO DE LARA, *el moro* HAZÉN, GARCI PEREZ DE VARGAS *y* PAJA.

GARCI P. Si armándome caballero
me honró vuestra majestad,
aquí han de mostrar quiero
con primicias de mi acero
mi agradecida lealtad.
Y aunque no es esto que iguale
al favor mi ofrenda, es cierto
que mi amor de deuda sale,
si al ser de noble equivale
la cabeza de un rey muerto.

HAZÉN. El de los Gazules es,
y un Alarbe valeroso.

FERNAN. *(Levantándose.)* Mi brazos sean interes
desta hazaña.

GARCI P. En vuestros pies
alcance premio dichoso.

FERNAN. Que le tenga apercibo
cual vuestro valor merece,
y el don por grande recibo,
que es mejor muerto que vivo
un rey que á Dios no obedece.
Contad despacio, Garcia,
de esta jornada el suceso.

GARCI P. Es largo, y la prosa mia
muy grosera: no querria
enfadaros.

FERNAN. Con todo eso.

GARCI P. Ya vuestra majestad supo
que la gran villa de Palma
rendimos, llevando á hierro
los moros que la ocupaban.
Pusimosle guarnicion
bastante, y en dos escuadras
dividimos nuestro campo
para hacer general tala.
Una llevó el gran Maestre
de Santiago hasta Granada,
para bajar hasta Cordoba
abrasando sus campañas.
Con la otra quedo el Príncipe,
vuestro heredero, á quien llaman
el Sabio, que en tierna edad
es igual en letras y armas.
Su campo rige Alvar Perez,
cuya experiencia y espada

1 Así en el original, parece debiera decir: «El regalo» ó «El presente es de valor.»

á España dejan sin moros,
amenazando á Fez de Africa.
Marchamos hacia Sevilla
destruyendo sus comarcas,
sin perdonar á los trigos
de la abundante Tabada.
Hasta Xerez caminamos
sin que la ardiente guadaña
ofrezca una hierba verde
que al moro dé esperanzas.
Viendo Alhamar, rey soberbio,
toda la tierra abrasada,
y que á los moros que encuentran
los cautivan ó los matan,
junto innumerable gente
de la tierra comarcana,
buscando favor su miedo
en las africanas playas.
Puso su campo en Xerez,
y subiendo á la muralla,
vió el nuestro, que en la ribera
del rio Guadalete estaba.
Cuando vió que era nos pocos,
y que su gente era tanta,
que para cada cristiano
se hallaba con una escuadra,
mandó luego hacer cordeles,
con priesa y con abundancia,
para llevarnos cautivos
y atrás las manos atadas.
Sacó su ejército á campo
con victoriosa algazara
de moros, con añafiles,
trompas, clarines y cajas.
Hizo de á dos mil y pocos
siete lucidas escuadras,
poblando el quemado suelo
con sus sarracenas plantas.
El dueño desta cabeza,
con un escuadron de lanzas
y de andaluces caballos,
nos cogió la retaguardia.
Los nuestros, que eran dos mil
no mas, mirando tal máquina
y que, aunque afrentosa, no era
posible la retirada,
porque tenian á Alhamar
enfrente de la vanguardia,
y á este Rey y á Guadalete,
por la otra parte contraria,
animados de Alvar Perez,
que viendo que se acobardan,
les persuade y asegura
que es toda chusma y canalla,
siendo gatos encerrados,
fueron leones de España
resueltos con gran valor
á que se dé la batalla.
Confesaron todos luego,
y para alcanzar la gracia,
perdonándose unos á otros,
se reconcilian y abrazan.
El príncipe don Alonso,
vuestro hijo, que llevaba
quinientos moros cautivos,
que sean degollados manda;
hácese al punto, y la gente
de á caballo, ya apartada
de la de á pie, hechas dos tropas,
toca nuestro campo al arma.
Santiago y *Castilla*, dicen,
y embisten con tal pujanza,
que á los primeros encuentros
á los moros desbaratan.
Cada soldado era un rayo
que parece que llevaba
una legion en el cuerpo.
Era cruel la matanza:
este Rey de los gazules,
no sé yo por cual desgracia
con gran cuidado seguia
mis acciones y pisadas.
Yo andaba dél receloso
viendo que con asechanza
tres caballos me habia muerto,
y embestirle deseaba.
Díjele, hallando ocasión
de encontrarle cara á cara:
«Voto á Dios que hemos de ver
quien lleva este gato á agua.»

PAJA. Mejor dijera, este perro.

GARCI P. En fin, de un bote de lanza
lo tendí en la roja arena,
donde sigue su garganta.
Señalaronse entre todos
con valerosas hazañas,
el Príncipe y Alvar Perez,
don Gil Manrique de Lara,
Ruy Gonzalez de Valverde,
Tello Alfonso, y con ventaja
quien mas lució, aunque es mi her-
fue Diego Perez de Vargas. [mano,
Mató infinidad de moros,
y quebrándole la espada,
desgajó de un acebuche
un verdugon con su maza.
Era una porra nudosa,
tal, que de cada mazada
daba con uno en el suelo:
y esto hacia con tal gracia,
que el Príncipe y Alvar Perez,
viendo que los machucaba,
le daban grita: «Machuca,
machuca.» Con esta causa
daba á diestro y á siniestro
tantas y tales porradas,
que les hundia los sesos
allá en la cima de Cabra.
En fin, los moros sin orden,
muertos ya los mas, desmayan,
y para entrarse en Xerez
todos vuelven las espaldas.
Prosiguimos la victoria,
fuímos les dando tal caza,
que ellos por coger la puerta
unos á otros se mataban,
y no quedara uno vivo
si á los nuestros no estorbaran
los cuerpos muertos, que al campo
hacian sangrienta montaña.
Huyó á Xerez Alhamar,
y temiendo que no estaba
seguro, por otra puerta
secretamente se escapa.

PAJA. ¡Qué mal logrados cordeles!
GARCI P. No tan mal, pues hoy enlazan
en cautiverio á los moros,
á manos de su arrogancia.
Volvimos por el despojo,
que fue tal, que se cansaban
los soldados de coger
cosas de mucha importancia.
Y por no hacer digresion
con mas circunstancia larga,
para mejor coronista
quiero dejar lo que falta.
FERNAN. Falta lo mejor, Garcia.
GARCI P. ¿Que falta, señor?
FERNAN. Saber
la gente que faltaria
de los nuestros.
GARCI P. A fe mia
que no se puede creer.
FERNAN. ¿Tanta fue?
GARCI P. Porque os asombre,
solo un hombre os ha faltado.
FERNAN. ¿Es posible? ¡Solo un hombre!
¿Era noble?
GARCI P. Era su nombre
Pero Miguel.
FERNAN. Gran soldado.
Conocile muy bien, que era
de Toledo.
GARCI P. Mas, señor,
si os ama Dios de manera
que una jerarquia entera
despacho en nuestro favor,
y al Patron de España, es cierto
que allí, por caudillo vimos,
¿que hay que admirar nuestro acier-
ni los treinta mil que han muerto [to,
por un hombre que perdimos?
El cual murió, como es llano,
por entrarse á pelear,
enemigo de mi hermano,
sin querer darle la mano
ni quererle perdonar.
FERNAN. Mi enfermedad ha causado
no hallarme en esa jornada;
mas luego iré confiado
en quien la salud me ha dado,
á servirle con mi espada.
PAJA. Señor, yo tambien quede
tercianario, y voto hago
de ir á pelear por la fe,
que yo tambien venceré
como me ayude Santiago.
GARCI P. Ahora es tiempo, señor,
de acabar de conquistar
la Andalucia, y hay temor
en el moro, y no hay valor
para ofender ni esperar.
FERNAN. Hazen.
HAZEN. Gran Señor.
FERNAN. Pues viene
mi hijo en buena ocasion,
pareceme que conviene
que con la gente que tiene
vaya á tomar posesion
del reino de Murcia.
HAZEN. Deso
se sigue, sin dar lugar
á ningun motin ni exceso,
todo nuestro buen suceso:
importa mucho abreviar.
FERNAN. Volved, Garci Perez, luego,
y al Príncipe le entregad
donde estuviere este pliego,
y cuidad, hecho el entriego,
que marche con brevedad
á Murcia, y la posesion
tome del reino, en que ponga
presidios y guarnicion
bastante, y su duracion
con buen consejo disponga.
El trato podrá firmar
por el papel del mensaje.
HAZÉN. Yo le quiero acompañar.
(Garci Perez levantase.)
GARCI P. Pienso que lo hemos de hallar
en Toledo.
FERNAN. Buen viaje.
Con cartas al Rey preven,
y partid juntos los dos.
GARCI P. *(al Rey.)* Yo iré sirviendo á Hazén.
Esto se ha de hacer muy bien.
HAZEN. Tu esclavo soy.
FERNAN. Id con Dios.
(Vanse todos, y queda solo el Rey.)

ESCENA XII

El Rey.

Muerto, sin duda, Virgen Soberana,
estuve cuando os vi, pues que me privo
de aquella gloria cuando me hallo vivo,
por ser de la incapaz la vida humana.
El alma de gozarla quedó ufana,
y yo preso de amor, y aquí cautivo,
haciendo estos favores que recibo
mi fe segura y mi esperanza llana.
Si el ausente amador con razon pide
un retrato á quien ama, que entretenga
las esperanzas de la vista y trato,
mientras la carne vuestra vista impide,
permitid, gran señora, que yo tenga
por prenda de mi fe vuestro retrato.

ESCENA XIII

El Rey y Alvar Pérez, de camino.

ALVAR P. Beso á vuestra Majestad
los pies.
FERNAN. Seáis bien venido,
como de mi recibido.
Alvar Perez, levantad
y abrazadme, habeisme dado
gran gusto en venir me á ver.
ALVAR P. Justo premio viene á ser
tal favor á mi cuidado.
Huelgome mucho de hallar
á vuestra majestad bueno.
FERNAN. Ya mi ocasidad condeno,
vamos, Alvaro, á pelear.
¿Como queda Alfonso?
ALVAR P. Queda,
gracias á Dios, con salud;

y en valor, cuerda y virtud,
no hay en su edad quien le exceda
que es vuestro hijo afirmar puedo
FERNAN. ¿Donde está?
ALVAR P. Yo me quedé
en Martos, parecerme
que está nuestra gente en Toledo
FERNAN. ¿Pues que hubo en Martos?
ALVAR P. Hubo hartos
combates, que os cansará
otros en ésta
por vos la Peña de Martos.
FERNAN. Dadme los brazos. No había
hoy cosa tan deseada
de mí.
ALVAR P. Ha de ser ganada
muy presto la Andalucía.
FERNAN. Es fuerza muy importante
¿Que gente dejais?
ALVAR P. Cuarenta
soldados de nombre y cuenta.
FERNAN. No se si es guarda bastante.
ALVAR P. Yo he de resistir en ella,
ya dejo mi casa toda
dentro.
FERNAN. Así se acomoda
con certeza el defender la
ALVAR P. Martos fue las aceitunas
de la bodas de Xerez
FERNAN. Las espadas desta vez
quedan las mejores sumas
ALVAR P. Ya Gutre. Perez de Vargas,
que cogió la fortaleza,
os habrá hecho relación
de nuestras hazañas largas.
FERNAN. Dios tendrá por buen deseo,
y acá otro premio me hadado.

ESCENA XIV

Dichos, un CRIADO *y después un* CORREO

CRIADO.

Corriendo la posta ha entrado,
señor, ahora un correo.

UN CORREO.

Rey Fernando, vuestra gente,
la gran ciudad de Córdoba ha ganado.
Dentro de la Ajarquía está la gente,
seis torres y una puerta han entrado,
á socorreros marcha presto luego,
que son dos mil moros, y en tal cuidado
y socorro consiste su esperanza,
y su muerte á cuchillo en la tardanza.

FERNANDO.

¿Cómo siendo tan pocos han pasado,
si los almogavares guardan la Ajarquía,
entrar en ella?

CORREGO.

Porque trato ha sido,
y entrada se les dio.

FERNANDO

¡Virgen María,
con alas me llevad, socorro os pido!

CORREGO.

Parte luego, señor, y en Dios confía
que á toda la comarca han despachado
por socorro y alguno habrá llegado.

FERNANDO.

Temeridad ha sido lo que han hecho.

ALVAR PEREZ

Darles los almogavares entrada,
fue muy grande ocasion.

FERNANDO

Mayor el hecho.
El Maestre es persona confiada.

ALVAR PÉREZ.

Forzoso es socorrerle en tal estrecho.

CORREGO

Fiad de Dios que Córdoba es ganada.

FERNANDO.

Quiero llevar la gente desta costa.

ALVAR PEREZ.

Yo partir al socorro por la posta. (*Vanse.*)

ESCENA XV

La CONDESA, *mujer de Alvar Perez y sus* DAMAS

CONDESA. Mirad si por dicha, amigas,
veis venir á nuestra gente,
que estando en Alvaro ausente
todos nuestros bienes y fatigas.
DAMA 1.ª Todas te pueden ser cierto,
por serlas harto evidente,
de encerrarte en tan estrecho.
CONDESA. La obediencia á mi señor,
y amor, pues en Jaen no
se ha de esperar cortesía,
que sea corte para mí
donde estuviere con esposo
DAMA 1.ª Parecerás de aquí en torre
gran tropa de gente viene
CONDESA. Vuestra curiosidad me tiene
con pena
DAMA 1.ª Otra vez asoma:
pendones son, según creo
CONDESA. ¡Cuán desdichada Martos son,
y cuán mis pensamientos acudian
¡Válgame Virgen María!
DAMA 2.ª Aquel caballero llama,
otra escuadra nos enseña.

ESCENA XVI

Dichas SANCHA PAEZ *en la ventana del Alcázar y una carta en la mano*

PAEZ. ¡Válgate el diablo por pena
de Martos! ¿Las de Aguilar?
¡Ah, de castillo!
CONDESA. ¿Quien es?
PAEZ. Sin escudo ni escudero,
y un paje con la celada
que el conde Partinuplo.

CONDESA. ¿Quién es?
DAMA 1.ª [illegible] es, señora,
de Gil Pérez.
CONDESA. Razón
tiene.
DAMA 1.ª ¡Famoso burlón!
CONDESA. Para eso está nos aman.
PAJA. Y Diego Pérez de Vargas
hace un papel de su hermano.
DAMA 1.ª Y se alborota todo el llano
de las muchas adargas.
PAJA. ¡Pesar de quien me parió!
Abra la puerta el postigo.
CONDESA. No es posible, Osorio, amigo.
PAJA. ¿Que no se puede abrir?
CONDESA. No.
Los caballeros hombres de guerra
que están fuera de sí, y tarde,
están fuera de sí, y tarde
que están de la entrar la tierra
Si en tu desesperación
me hieres, y quieres quebrantar
mi honra a pena, entrar
[illegible]
Acuerdo a lo que [illegible],
[illegible] en su vida,
que Dios nos trae en duda
PAJA. [illegible]
Si de [illegible] todo están,
porque [illegible] escucha,
que oyendo a [illegible] peña,
¿con [illegible]?
CONDESA. Animo es.
DAMA 1.ª Hombre, vete,
que nos vamos a perder.
PAJA. Yo tengo que este Bermudo
para [illegible]
Ver [illegible],
que [illegible]
Sobre prenda.
DAMA 1.ª ¿Y a fe?
PAJA. Son [illegible]
CONDESA. Notable tropel de [illegible] Paja.
corre a ver [illegible] esta gente.
PAJA. Yo corro[illegible],
y aunque [illegible] no me mata.
(Vase Paja.)

ESCENA XVII

La Condesa y las Damas

CONDESA. Los pechos alentados
[illegible]ad, pues [illegible] es fuerza,
y [illegible] la fuerza
como varoniles [illegible]dados
Tomad vuestro vestido,
y estad [illegible] almas como
que si el [illegible]
famoso haza a haber [illegible]
Haga [illegible] honra
como [illegible], sin dar lugar
[illegible] pueda imaginar
la falta que hay de defensa.
DAMA 1.ª Mi dal trae [illegible] bien.
DAMA 2.ª Mi [illegible] traza [illegible].
DAMA 1.ª [illegible] el [illegible] Condesa,
pues [illegible] tan bien.

ESCENA XVIII

Dichos, El Rey Alfonso, con Bastón, Mahomad y Moros

MAHOM. Nunca Fernando pensó
que aquí nos pudiera ver.
ALFAM. Nunca creyó [illegible] decía
que tu castillo perdí.
Ya es costumbre que le acame,
de vuestra sangre y baja gen,
pues cobrar no puede un Rey
lo que algo perder me hame.
La pena es tan importuna
de haberse Martos perdido,
que por azar o fortuna
de mi próspera fortuna.
MAHOM. Muy justo es con tus enojos,
pues vas experimentando
que es una ingrata que Fernando
nos tiene puesta en los ojos.
Vino a [illegible] parecer
a [illegible], lo que encierra
[illegible] y tiran la tierra,
sin poder [illegible] tender.
Pero ya en el de Adamar,
en las [illegible] de Granada,
va esta la Peña cercada,
y hoy en ella hemos de entrar

ESCENA XIX

Dichos, DIEGO PÉREZ DE VARGAS con una carta, DON MONTO TELLO, PAJA y otros que [illegible] otra puerta, quitándose la cantalla [illegible] y [illegible] nuestros [illegible]

PAJA. A que avisase, con bastos
miedos, me hicieron venir.
[illegible] decirles
con [illegible] de Martos
Que no en ausencia suya,
con este su error confirme,
pues [illegible] firme,
y [illegible] la tuya.
LOS SOLD. Si esta fuerza perdida
por su [illegible] debía,
y [illegible] defendella
es desesperar la vida,
en [illegible], perdidas
ciudades y [illegible] estamos
¿por [illegible] cobrarla estamos,
y hay tres [illegible] y más?
DIEGO P. Hasta [illegible] Diego
que he de [illegible] con ellos.
Y vos, honor de los Tellos,
¿qué decís?
D. MONS. Que [illegible] en vos.
LOS SOLD. Todos iremos también,
mas es desesperación.
ALFAM. Que [illegible] ver que gozan con
hay dentro. Haced que nos den
escalas.
PAJA. Moro es aquél.
(Mira al [illegible].)
D. MONS. Corriendo a [illegible] oyente,
a que pase no consiente
DIEGO P. Pues yo daré cuenta de. (Vase.)

D. ALON. En la falda desta peña
nos podemos encubrir
para salir á morir,
que á esto honor nos empeña. *(Vase.)*

PAJA. Ya Diego Perez dió en tierra
con el moro: su vestido
me ha de hacer moro fingido
para entrar en esta guerra.
Ya que hartas no pueda,
porque brota la campana
tantos galgos á esta hazaña,
puedo asegurar mi miedo,
pues entre ellos disfrazado
tendré la vida segura,
sin seguir vana locura
de embestir á un campo armado.
Vome á vestir.

(Vase Paja y salen la Condesa y sus damas por lo alto, todas vestidas de soldados.)

CONDESA. Valerosos
soldados, hoy como tales
seréis al mundo inmortales,
ó muertos ó victoriosos.

(Salen los moros y ponen escalas.)

DAMA 1.ª Si hay para morir un dia,
escoja nuestro valor
el de hoy.

DAMA 2.ª Dadnos favor
en tal ocasion, María.

ALHAM. Con ímpetu se acometa
para entrar por los adarves.

(Tocan á rebato y suben los moros por las escalas; ellas van á las mujeres á cuchilladas y alcanzándolos.)

MAHOM. ¡Al arma, fuertes alarbes!

ALHAM. Ayudad, Santo Profeta.

MAHOM. No es muy valiente la fuerza
que hay dentro: no desesperes.

(Salen Diego Pérez, Don Alonso Tello y soldados.)

DIEGO P. ¡Por Dios, que son las mujeres
las que defienden la fuerza!
¿Cuál sería el escudero
tan sin honra y tan sin ley
que habiendo hallado en Rey
esta fuerza de su acero,
si hoy el moro la ocupase
y á las mujeres en ella,
siendo su culpa el perdella,
ante su Rey pareciese?

D. ALON. Razon es para que entrarme
el pecho á cuanto se ha dado
á querer morir honrado
antes que vivir infame.

DIEGO P. Embestamos de tropel,
y entrar dentro procuremos,
que con la mitad que entremos
ha de temblar el infiel.
Entremos haciendo estrago,
pues una mujer se arma
con tanto valor.

D. ALON. ¡Al arma!

DIEGO P. ¡Santiago!

TODOS. ¡Santiago!

(Vuelven todos, tocan y dase la batalla peleando los nuestros con dos muchas cuchilladas a Paja, que trae de morro, con adarga y se mete entre los moros.)

PAJA. ¡Lo, lo, lo, lo, lo, lo!

CONDESA Dios vos nuestros socorra.

MAHOM. *(Aparte.)* Hoyo, rey, que al de la porra
de Xerez he visto aquí!

PAJA. ¡Que soy Paja! Andan metidos
en fuga, y aunque les hablo,
ni me oyen, ni ven; el diablo
me hizo trocar mis vestidos.

(Suban Diego Perez por unas escalas y los demas por otras.)

DIEGO P. Esta es gran temeridad,
que brota el suelo paganos.
Valerosos castellanos,
arriba al adarve entrad.

(Dice desde lo alto.)

Ya Diego Perez de Vargas
está en el castillo. Perros,
id á matizar los cerros
con lunas, bandas y adargas,
que yo solo he de guardar
esta fuerza en que me veis,
aunque mas moros sintais
que tiene arenas el mar.

(Paja quiere subir tambien por las escalas y le echan á cuchilladas.)

ALHAM. Retiraos, canalla vil.

MAHOM. ¿Tan presto volveis atrás?

ALHAM. Si cuarenta hombres no mas
acometen á tres mil,
¿que hay que esperar? Alzad luego
el cerco: vuelta á Granada.

PAJA. Que soy Paja; dadme entrada;
ved que desbaratado llego. *(Tirando.)*

D. ALON. ¡Válgate el diablo, el morillo!

PAJA. Ya mi mala traza lloro.

ALHAM. Por Alá, que quiere un moro
solo ganar el castillo.

PAJA. ¡Ah, Diego Perez!

ALHAM. *(A Mahom.)* ¿No ves
lo que por subir trabaja?

MAHOM. Es valiente.

PAJA. *(Gritando.)* Que soy Paja.
¿Oyen?- hablad con Ines.

ALHAM. *(A los suyos.)* Traedmele con cuidado,
que le quiero conocer
y premiar no es bien perder
tan importante soldado.

(Llegan los moros á Paja.)

MAHOM. *(A Paja.)* El Rey, de vuestro valor
admirado, os quiere hablar.

PAJA. Que templen Martes ganar:
hoy no me he de rendir.

(Quiere subir y desde arriba quitan las escalas.)

D. ALON. Diez hombres nos han faltado.

DIEGO P. Has sido muy gran ventura
ver esta plaza segura

D. ALON. Y el moro se ha retirado.

MAHOM. *(A Paja.)* S. Alhamar por vos envió,
¿es bien que aguardando esté?

(Llevanle y vanse.)

PAJA. Lleva el diablo tu quexarme
y el que madre que te parió.

JORNADA SECUNDA

ESCENA PRIMERA

El rey D. Fernando, Don Lorenzo Suárez, Don Alvar Pérez, *los* Maestres *de* Santiago, Calatrava *y* Alcántara, *el* Gran Prior *de* San Juan, *por una puerta, la* Reina *y las damas por otra al son de chirimías*

Reina. Mi Fernando y mi bien.
Fernan. Señora mía.
Reina. Bien merecidos tengo estos abrazos,
con la esperanza larga deste día.

(*Vanse las damas*)

Fernando.

Hanse ofrecido encuentros y embarazos,
mas todos están puestos en olvido
con sólo haber llegado á vuestros brazos.

(*Siéntanse los Reyes*)

Reina.

Los pies por tal favor, señor, os pido,
aunque pudiera bien estar celosa
de lo que dicen, si verdad ha sido.

Fernando.

¿Qué es lo que han dicho?

Reina.

Que á una dama hermosa
habéis, señor, primero visitado
que llegásteis á ver á vuestra esposa.

Fernando.

Soy desa dama tan enamorado,
que su amor al subir me entró en la sala
donde el retrato está que han acabado.

Reina.

¿Y qué os ha parecido?

Fernando.

Que no es mala
la mano.

Reina.

Fué del Montañés famoso,
que por solo en el mundo se señala.

Fernando.

En esto anduvo poco venturoso,
y la falta está en mí, que no merece
gozar un pecador bien tan dichoso.

Reina.

¿En efecto, señor, no le parece?

Fernando.

Muy poco ó nada. Falta e hermosura;
de agrado y buen color carece.
Fuera el acierto al escultor ventura,
y á mí en la vida celestial consuelo,
mas mi mérito en vano lo procura.

Reina.

Que alguno ha de acertar confío en el cielo,
y siempre imagine que este acertara.

Fernando.

Templará la cordura al desconsuelo.
La imagen es de diferente cara,
pero por ser de mano de tal hombre,
que se estime es razón por cosa rara,
y por María, que en fin se hizo en su nombre.

Reina.

En memoria, señor, de su promesa
ha de ser de las Aguas su renombre.

Fernando.

Pues tanto con las Aguas se interesa,
la Virgen de las Aguas sea llamada;
su advocación desde hoy ha de ser esa.

Reina.

¿Córdoba, en fin, señor, queda ganada?

Fernando.

Así tuviérais á la gran Sevilla.

Reina.

No es difícil á Dios y á vuestra espada.

Fernando.

Córdoba es vuestra, á vuestros pies se humilla.
Ya está sin moros, y á poblarla empieza
mucha gente andaluz y de Castilla.
Su conquista se debe á la nobleza
de caballeros que tenéis presente.

Maestre de Santiago.

Participan los pies de la cabeza.

Fernando.

El gran Maestre entró con poca gente
y mucha confianza en la Vjarquía,
de quien fue defendida heroicamente.
Don Alvar Pérez socorrió en un día
á los nuestros con gente y bastimento,
dando á todos valor su compañía.
El Maestre de Alcántara fué aumento
del valor que en las torres se encerraba,
causando sus escuadras nuevo aliento.
Trajo las suyas el de Calatrava,
y el moro á sus hazañas cobró miedo,
perdiendo la esperanza en que se hallaba.
Del Gran Prior, sin duda, no puedo
decir del modo que nos fue importante:
en él y en los demás muy corto quedo.
Mas todo junto no fuera bastante
si Don Lorenzo Suárez no viniera
el nos dió la ciudad en un instante,
porque si él á Vhamar no persuadiera,
que al socorro llegó de sus amigos,
rendir á Córdoba imposible fuera.

Don Lorenzo.

Sólo, señor, servimos de testigos
de los grandes milagros que Dios obra
por vos, que destruís sus enemigos.

Fernando.

Hoy el Apóstol sus campanas cobra
que á su mezquita el cordobés le trajo.

Don Alvar.

Bien pagan el baldón.

DON LORENZO.

La razón sobra.

FERNANDO.

Por hacer el Apostol agasajo
y castigar del moro la malicia,
á cuestas las traginan.

REINA.

¡Buen trabajo!
¿De Córdoba á Santiago de Galicia
á cuestas lleva el moro las campanas?

FERNANDO.

Fué concierto: rigor fué de justicia.

REINA.

¿De Alfonso, qué sabeis?

FERNANDO.

Que tiene llanas
las fuerzas de aquel reino, y que es tan cuerdo
que afrenta su niñez á muchas canas.

ESCENA II

DICHOS y NUÑO DE LARA. *Despues dos* MANCEBOS *extranjeros, en hábito de peregrinos*

NUÑO. Un pintor y un escultor,
señor, ha muy grande rato
que esperan.

FERNAN. Haré favor
al escultor y pintor
que acertasen el retrato
Entren luego.

(Salen los dos peregrinos.)

REINA. Aunque los dos
hagan conciertos firmados,
han de dar fianzas.

MAN. 1.° Dios,
rey Fernando, sea con vos;
su paz en vuestros estados.

(Levantase el Rey y quitase la gorra y tirale la Reina de la capa y sientase.)

REINA. Muy mozos son.- ¿De la silla
os levantáis?

FERNAN. Divertido
con Jaén...

D. LOR. El rey se humilla,
y ellos ni hincan la rodilla
ni la mano le han pedido.

MAN. 1.° Señor, el mayor maestro
que en el mundo ha trabajado,
el mas insigne y más diestro,
sabiendo un deseo vuestro,
á cumplirlo nos ha enviado.

FERNAN. Yo le seré agradecido
si el retrato no se yerra.

MAN. 2.° No se errará.

FERNAN. ¿Habéis venido
de muy lejos?

MAN. 1.° Fuerza ha sido,
pues no somos de la tierra.

FERNAN. ¿En fin, llego allá la fama...?

MAN. 1.° De que un retrato fiel
queréis hacer de una dama
celestial.

FERNAN. ¿Cómo se llama
ese maestro?

MAN. 1.° Emanuel.

FERNAN. ¿Es eminente en la talla?

MAN. 1.° Con gran superioridad.

REINA. El pudiera retratalla.

FERNAN. ¿Donde reside?

MAN. 1.° Hoy se halla
en Hostia.

FERNAN. Noble ciudad.
En cualquiera profesion
merecen lauros y palmas
los que así eminentes son.
¿Hostia es grande población?

MAN. 1.° Sustenta infinitas almas.

FERNAN. Por ser tan mozos podemos,
aunque el celo se agradece,
temer si conseguiremos
el fin.

MAN. 1.° Más edad tenemos,
señor, de la que parece.
Oficiales tan cabales
suele el maestro sacar
que vencen esas señales,
y aquí os envia oficiales
que sabe que han de acertar.

FERNAN. ¿Es escultor y pintor?

MAN. 1.° De uno y otro es tan bizarro,
que es divino su primor.
El fué el primer escultor
que hizo figura de barro
y de hueso, y á ocasion
hizo dos figuras tales,
y de tan gran perfeccion,
que ellas por él, sin pasión,
pudieran ser inmortales.

FERNAN. ¿Será rico?

MAN. 1.° No se ve
su igual, ni á quien tanto sobre.

REINA. ¿Hombre humilde?

MAN. 1.° Lo que sé
es, señora, que hijo fué
de un carpintero muy pobre.

REINA. ¿Y enseñóle el carpintero?

MAN. 1.° Fué su aficion de manera,
que sin aprender, primero
supo obrar en un madero
lo que otro que él no pudiera.
Pero no hay por qué os asombre
ingenio tan peregrino,
ni que tenga tanto nombre,
porque aunque fué humilde hombre,
tuvo natural divino.

FERNAN. ¿Tan gran maestro es?

MAN. 1.° No hay cosa
buena en el mundo, esto es llano,
que se estime por preciosa,
rara, perfecta ó famosa,
que no sea de su mano.
Y si el original
(como es justo que se arguya)
de quien queréis copia igual,
raro, perfecto y cabal,
tambien será hechura suya.

FERNAN. Si el original tuviera
yo, no buscara el traslado,
que fácilmente se hiciera.

El retrato que se espera
está en un monte guardado:
mirad si habrá de ser diestro
quien haga otro como él.

MAN. 1.° En un caso como el vuestro
hizo un retrato el maestro,
pero no ha hecho más que aquél.
Tuvo su padre en la mente
fabricada una señora,
hermosa perfectamente,
y un deseo vehemente,
como el que tenéis ahora,
y fué su gracia tan alta,
que aunque siempre en caso tal
la talla ó el pincel falta,
la copió sin una falta,
y sin ver la original.

FERNAN. ¡Gran cosa!

MAN. 1.° Causó este hecho
alguna incredulidad
en maestros, mas sospecho
que habiéndole satisfecho,
han de honrar esta verdad.

FERNAN. Obra es tan particular,
que ella sola basta y sobra
á darle nombre.

MAN. 1.° Alabar
os puedo por singular
lo encarnado de la obra;
que encarnó en este retrato
tan alta y perfectamente,
que hubo de andar con recato,
huyendo de algún mal trato
por la envidia de la gente.

FERNAN. Gracias tales, perseguidas
son de ordinario.

MAN. 2.° Es tan cierto,
que hubo gentes mal nacidas
que le dieron cinco heridas
y le dejaron por muerto.

FERNAN. Con celos intempestivos
la fiera envidia en la tierra,
y con daños excesivos,
quiere enterrar á los vivos,
y á los muertos desentierra:
á la misma rabia excede.

MAN. 2.° Con las señales quedó.

FERNAN. Y es gran ventura que quede
ágil.

MAN. 1.° Muy cierto se puede
decir que resucitó,
pues muerto y amortajado,
y con mil melancolías
de muchas gentes llorado,
lo encontraron levantado
sus amigos en tres días.

FERNAN. Dificultoso ha de ser
el traerle por acá.

MAN. 1.° De tan noble proceder
es, que en siendo menester
á cualquiera parte va.
Pero pues él nos envía,
perded el miedo y recato,
que si vistéis á María
y está en vuestra fantasía
su verdadero retrato,
con que memoria nos deis
veréis lo que deseáis.

FERNAN. Si fianzas ofrecéis
de lo que aquí prometéis,
muy buen premio aventuráis.

REINA. Desto, amigo, no te asombres,
que no han sabido acertar
hombres de inmortales nombres.

MAN. 1.° Nosotros no somos hombres
que os habemos de engañar;
y no entendáis que el provecho
nuestro celo hace importuno,
que el retrato ha de estar hecho
y haber antes satisfecho
que se nos dé premio alguno.

FERNAN. Bastante satisfacción
es esa.

(Les da la Reina una memoria.)

REINA. Esta es la memoria.

MAN. 1.° En tan difícil acción
á una buena aprehensión
se ha de atribuir la gloria.
El retrato estudiaremos
conforme á esta memoria,
y querrá Dios que acertemos,
que si bien aprehendemos,
no podemos obrar mal.
Una sala es menester
alta, ó baja, en que la imagen
con quietud se pueda hacer.
Y porque os vemos temer,
y esos recelos se atajen,
nos queremos encerrar
dentro de ella, y de la llave
la reina se ha de encargar,
sin que á nadie deje entrar
hasta que la obra se acabe.
Para quince días podéis
hacer que metan sustento,
que antes de los diez y seis
el retrato gozaréis
como está en el pensamiento.

FERNAN. ¿Nuño?

NUÑO. Señor.

FERNAN. Si la sala
de ante el oratorio quieren
se les puede dar.

NUÑO. No es mala;
ninguna en quietud le iguala.

FERNAN. Deseles lo que pidieren.

MAN. 1.° En los semblantes advierto
que, como mozos nos veis,
tenéis el fin por incierto,
tanto, que viendo el acierto,
por milagro lo tendréis.

FERNAN. Premio podéis esperar,
demás que nombre se cobra
con obra tan singular.

MAN. 1.° Al maestro se han de dar
las gracias de aquesta obra.

MAN. 2.° Aquí su saber se muestra.
Siendo los dos instrumento,
suya es la gloria, aunque es nuestra,
y también vendrá á ser vuestra
por el agradecimiento.

(Vanse los dos Mancebos con Nuño.)

ESCENA III

Dichos, menos los Marqueses y Nuño

FERNAN. (A la Reina.) ¿Qué decis?
REINA. Que sin temor
una gran cosa acometen.
D. LOR. Puedese temer su error,
que son muy mozos, señor,
y es mucho lo que prometen.
La Italia toda he andado,
y hombre con mente en el arte
del nombre que aquí han nombrado
no supe que hubiese estado
en Hostia ni en otra parte.
D. ALV. Muchos engaños se ven.
D. LOR. Y con estas ocasiones
muy grandes hurtos también.
FERNAN. Parecen hombres de bien;
no hay temor que sean ladrones,
y en lo demás, la razón
de parte dellos está,
pues sin pedir galardon
nos dan á satisfacción
el retrato.
D. LOR. Ello dirá.
FERNAN. A María encomendad
su acierto.
M. DE S. Todos lo haremos,
y si vuestra majestad
da licencia, á la ciudad
de Jaen cerco pondremos.
FERNAN. Obligais al amor mio.
Tendrelo, amigos, por bien,
y aunque delante os envio,
partire luego; en Dios fio
que hemos de entrar á Jaen.
Cada uno puede marchar
con sus huestes, de manera
que se vengan á juntar,
que á todos podre alcanzar
caminando á la ligera.
(*Levantanse los Reyes.*)
D. ALON. Garci Pérez con la gente
que de Murcia trae sobrada,
que marche allá es conveniente.
FERNAN. Irá un correo diligente
que le encuentre hacia Granada.
(*Toquen y entranse todos.*)

ESCENA IV

El Rey ALHAMAR, y PAJA de moro.

ALHAM. En fin, ¿eres africano
ó arabe?
PAJA. Xi, xonior.
ALHAM. Espere tu gran valor
premio honroso en mi mano,
que de moro que se empeña
contra el cristiano poder
en Martos á pretender
entrar el suelo en la Peña,
el esfuerzo es bien que honremos,
que Alá no le dio de balde.
PAJA. Mahoma t. perdonaide
el extorbaide que entremos.
ALHAM. Con cuidado lo estorbe,
porque si entraras, es cierto
que al momento fueras muerto.
PAJA. No hayax miedo vuexancé.
ALHAM. Por Alá que es animoso.
Jamas en alarbe vi
tal valor. Tu nombre di.
PAJA. Xolimán.
ALHAM. Nombre famoso.
PAJA. El moxeres le boxcamos,
y el hombrex medo teneide.
ALHAM. (*Ap.*) (Este podra ser que suelde
de honor la quebrada en que estamos.)
Y tu venida á estas partes
¿con que causa ha sido, y cuándo?
PAJA. (*Ap.*) (El me ha de estar preguntando
desde el miercoles al martes.)
Venemox en romeria
á Xantiago de Galecia.
ALHAM. ¡Qué romeria tan necia!
PAJA. (*Ap.*) Buena la he dicho, á fe mia.
ALHAM. ¿Moro á Santiago?
PAJA. Exa ex ella.
ALHAM. Sospechoso es tal auxilio.
PAJA. Estar vuexancé bobilio.
Pox il tenerin no entendella,
on crextiano de Castilla
devotox de xon Miguel
ponelde on candela á el
y á xo diablo on candelilla.
E decer, que hacelde igual
al xanto e deablo tambien,
aquel porque hacelde ben,
este que no hacelde mal.
Dil Batixta no verán
que dando il moroz tenemox
por el festa que le hacemox
il mañana de xon Juan.
Ni en batallax se ve
que en el moro hacelde extrago
con xo espada est. Xantiago
estar bel aco vuexancé.
Esti el morox acribilla
ALHAM. En Xerez lo habias de ver.
PAJA. Joro á dex que ex menexter
ponelde algon candelilla,
y á vexetalde xo casa,
que vamos descalzo el pe.

ESCENA V

Dichos y MAHOMAD

MAHOM. Cubierto el campo se ve
de gente, y dicen que pasa
á Jaén, que el rey Fernando
la manda otra vez cercar.
ALHAM. Tanto podrá porfiar
que la rinda porfiando.
MAHOM. Garci Pérez dicen que es.
PAJA. ¿Garci Perez?
ALHAM. (*A Paja.*) ¿Dónde vas?
PAJA. Oir su nombre no mas
me puso alas en los pies. (*Ap.*)
Quereme x desatalde
é cortamox il cabeza.
MAHOM. Aunque será gran proeza,
no nos saldrá muy de balde.

pues nuestra vega ha talado,
y á los moros fugitivos
de Alhambra lleva cautivos:
todos la han desamparado.

PAJA. ¿Exo el crextanillo hacelde?
Dami el armax y cabalio,
vamox a desafialio,
é xo cabeza traelde.

MAHOM. En que ha pasado, repara,
y ya camina a Jaen.

PAJA. Háxta lia vamox también,
que importamox velde el cara.

MAHOM. Será desesperación.
Es Garci Perez un hombre
de tanto valor y nombre,
que mata con la opinión.

ALHAM. Es señalado en Castilla
por más valiente.

MAHOM. Estribando
en el, piensa el rey Fernando
que ha de ganar a Sevilla.

PAJA. Bono extar: exo queremox,
campox vamox á perder,
xi el xe atrevelde á xaler,
los dox nox entenderemox.

MAHOM. Los hombres se come, y del
los nuestros temblando estan.

PAJA. No comelde el Xolimán,
xo no volvelos con mel.

ALHAM. Si veinte cristianos salen
á matarte, ¿qué remedio?

PAJA. A traedor, traedor e medio:
comego tretax no valen
Xonior, hacelde ona e bona:
on treta tener prinxada
con que hacemox celebrada,
in el mondo me pixona

ALHAM. ¿Qué treta?

PAJA. Oí vuxancé.
Docentox morox llevamox
valentex, y á Jaén vamox
cuando il noche oscuro exté,
y en on caxeria caida
que extá cerca dil ciodad,
con il mexmo oxcoridad
poner il gente excondida.

ALHAM. ¿Y luego?

PAJA. Va Xolimán
tocax blancax tremolando
al campox dil rey Herrando,
donde xox brabox extan

ALHAM. Adelante.

PAJA. Contax largax
dexte pecardiax le damox
al rey, e dexañamox
al Gallo Pirex de Vargas.
Logo el xaler confeado
en xo extrella e xo poxanza,
y al primer botax de lanza
lo tenemox derrebado.
Logo en el arzon ponemox
el xo cabeza pendiente,
y adonde extar noextra gente
paxo a paxo nos volvemox.
De lox cresteanox xaler
vente ó trenta con prexteza,
y á quitarmox il cabeza
llenox de crocex vener.
Van trax me lox crextanillox,
al caxeria guiamox,
y al morox lox entregamox
como a trenta corderillox.
¿Que te parece por vida
vostra?

ALHAM. Que está muy bien dicho,
y que es tan bueno el capricho
que á la ejecución convida

MAHOM. Famosa hazaña seria

ALHAM. Dos cosas son de saber:
una es, si se puede ver
del cerco esa caseria.

MAHOM. No es posible, porque enfrente
cubierta de un monte está.

ALHAM. Otra es, si capaz será
de encubrir á tanta gente.

MAHOM. Deso, señor, no me acuerdo.

PAJA. Pode extar toda encerrada
en xolo on rencoxonada
que tenelde al lado exquerdo.

ALHAM. Miraráse con cuidado,
y ahora del que me dan
los Oximeles, que se han
por rebeldes declarado,
vamos á trazar.

MAHOM. Conviene
que en eso se dé algun medio
antes que falte remedio,
aunque no sé si hoy lo tiene,
que los expelidos moros
de Córdoba les ayudan,
y habrá otros muchos que acudan
á fama de sus tesoros.
Tu corona y tu persona,
señor, grande riesgo corren.

ALHAM. ¡Que los Oximeles borren
los triunfos de mi corona
y la esten amenazando!

PAJA. Quetalde á todos el vida,
e xi te vex de vencida,
acoder al rey Herrando,
que extar tan hombre de ben,
que xi xox pex li bexamos
como vasallo, y le damox
por concertox á Jaen,
il tomará to defensa,
dándolex il morte á todox.

ALHAM. Mi valor por otros modos
vengarse de todos piensa.

MAHOM. No fuera este grande yerro,
pues te aseguras con el.

PAJA. No quedalde on aximel
que no llevar pan de perro.

ALHAM. Terrible es mi confusion.
(Paja á Alhamar que se retira.)

PAJA. Señor, llevadme, aunque indino,
á la tierra de tocino,
que es tierra de promisión.
(Vanse los tres.)

ESCENA VI

El rey DON FERNANDO, *la* REINA *y* NUÑO.

REINA. (A D. Fernan.) ¿Qué novedad es, señor,
la que con tal priesa os lleva,

cuyo alboroto renueva
los tormentos á mi amor?
De daros quejas no trato,
que gran causa debe ser,
pues os ausenta sin ver
de la Virgen el retrato.
¿Posible es que por tres días
que faltan sin verlo os vais,
y de tal gloria os priváis
á costa de penas mías?

FERNAN. Gloria fuera conocida
ver el retrato, y tormento
sabe la Virgen que siento
en mi forzosa partida;
pero más le ha de agradar,
cuando le voy á servir,
el tormento del partir
que la gloria del quedar.

REINA. Son de santo esas finezas.

FERNAN. Del ejército he sabido
que en bandos se ha dividido
por haber muchas cabezas,
y á diligencia deseo
llegar, que el demonio vil
quiere con guerra civil
malograr mi buen deseo:
y aunque estorbe, ó les ataje,
entraré á ver el estado
del retrato deseado
para tener buen viaje.
Nuño, en la puerta llamad
de la sala.

(Llega Nuño á mirar por la puerta.)

REINA. Tengo yo
la llave.

FERNAN. ¿Quién os la dió?
Fué encerrarlos cortedad.

REINA. Para que nadie les viese,
ellos mismos ordenaron
el día que se encerraron
que yo la llave tuviese.
Y como hicieron entrar
para quince días sustento,
y no se han cumplido, siento
que les queráis perturbar.

FERNAN. Sobrevino este accidente
de partir, y el de mi amor
dispensa en ese rigor
de clausura.

NUÑO. Aquí no hay gente.

FERNAN. ¿No responden?

NUÑO. Antes creo
que no hay quien responda.

FERNAN. Están
ocupados, y querrán
ver el fin de su deseo.

REINA. Hasta que acaben la imagen
no han de querer responder.

NUÑO. Por la loba se han de ver
como en la sala trabajen;
mas no están dentro.

REINA. Son vanos
antojos: tengo yo aquí
la llave.

NUÑO. Pues para mí
pienso que hay juego de manos.

REINA. Si no hay ventana sin reja,
¿por dónde habían de salir?

FERNAN. No hay para que diferir
nuestro gusto é nuestra queja.

NUÑO. Deme vuestra majestad
la llave, que yo entraré,
y esta enigma aclararé.

(Dele la llave, y Nuño haga que abre y entrese.)

REINA. Tomad, Nuño, abrid y entrad.—
Aunque el alma se me parte,
Fernando, cuando partís,
la ocasión que me decís
puede consolarme en parte;
pues es cosa tan precisa
acudir á la concordia
del campo, cuya discordia
justamente os da tal prisa.

FERNAN. Nunca, señora, en mi pecho
habrá culpable mudanza.

(Nuño, saliendo de la sala.)

NUÑO. Famosa ha sido la chanza
de los maestros.

REINA. ¿Qué han hecho?

NUÑO. Volaron.

REINA. Entrad, señor,
que alguna reja han limado.

FERNAN. Contra aquel talle y agrado
culpable es cualquier temor.

(Vanse todos por la puerta de la sala y salgan por otra luego.)

¿Veis, señora, como nada
han llevado?

REINA. Es una cosa
tan notable y misteriosa,
que estoy confusa y turbada.

NUÑO. Como espíritus se han ido.

REINA. Y yo os tengo por tales,
pues en doce días cabales
no han bebido ni comido.

NUÑO. No han llegado á la comida:
toda está como la puse.

FERNAN. No sé como les excuse
desta encubierta partida.

REINA. El modo es tal, que alguna alta
maravilla nos promete.

FERNAN. ¿Aquí no estaba un bufete?

NUÑO. Sí, señor; ese nos falta,
con la sobremesa.

FERNAN. Ved
si le mudásteis de aquí.

NUÑO. Yo, no.

REINA. ¿Si es el que está allí
arrimado á la pared?

NUÑO. El es, y como cortina
tiene delante un dosel.

REINA. ¿Si está encubierta con él,
señor, la imagen divina?
Que de allí sale un olor
del cielo.

FERNAN. El dosel quitad.

(Corra Nuño la cortina, y parezca la imagen como el rey la vió, puesta sobre el bufete con sobremesa larga arrimada á un sitial y arrodillense.)

NUÑO. Ciégame la claridad
de un divino resplandor. *(Toquen.)*

FERNANDO.

Retrato deseado y milagroso,
¿qué fin sino que en vos hizo, hacer supiera
imagen tan perfecta y verdadera
de aquel original que vi glorioso?
En vos, como en espejo, mirar oso
el Sol que a Sol nos dio, y como vidriera
habiéndonosle dado, quedo entera,
sacando al hombre á puesto venturoso.
Pobre es un Rey para favor tan rico,
mas pues mi alma con debido afeto
á vuestro original se ha dedicado,
a vos, divina imagen, os dedico
mi cuerpo, y aunque inútil, os prometo
que al pie de vuestro altar será enterrado.

REINA.

Reina del cielo, que con mil señales
os mostrais de Fernando tan pagada,
que para que él os tenga retratada,
de vuestra Corte envistes celestiales,
á cielo y tierra con favores tales
notorio haceis que os tienen obligada
su fe, su amor, su santidad, su espada,
que en grado superior son tan iguales.
Si el agua le ofrecisteis de por vida
cuando ajenado el Rey mereció veros,
porque los frutos nuestra edad prosperen,
permitid, ¡oh, gran Reina esclarecida!
que la alcancen también los venideros
cuando á esta santa imagen la pidieren.

(*Corre la cortina y levántanse*)

FERNAN. Corred, Nuño, la cortina,
y guardad con gran secreto
este milagroso efeto
de la clemencia divina.
Yo soy tan gran pecador,
que no es mucho que pretenda
mi confusión y mi enmienda
por este medio el señor.

NUÑO. Yo seré mudo.

FERNAN. Señora,
adiós, tened alegría
con la nueva compañía
que mi jornada mejora,
y enlazad con nuevos lazos
al que tan vuestro nació.

REINA. Dichosa mil veces yo,
pues merecí vuestros brazos.
El escultor y el pintor
os guíen.

FERNAN. Con la verdad
nos engañaron, guardad
en vuestra alma este favor.

(*Vanse por dos puertas*)

ESCENA VII

GARCI PEREZ, *con gineta, y* D. LORENZO SUÁREZ, *en cuerpo.*

D. LOR. La paloma con la oliva
en vos nos ha enviado Dios,
pues con eso, llegando vos,
la tormenta intempestiva.
Por vos está sosegado
el campo, y será cercada
la ciudad.

GARCI P. En vuestra espada
se logrará mi deseo,
que yo poner intenté
á los Maestres en paz,
y atajar la pertinaz
discordia en que el campo hallé.
Pude apaciguar dos amigos
que profesan religión,
sin que diese su ambición
gloria á nuestros enemigos;
pero rendir no es posible,
aunque conformes estén,
la gran ciudad de Jaén
sin vuestra espada invencible.

D. LOR. No debe ser comparada
otra á la vuestra en la tierra,
pues es temida en la guerra,
cuanto en la paz respetada.
y á ella sola deberemos
el sosiego y la victoria.

GARCI P. De Dios es toda la gloria
si algún acierto tenemos;
aunque no se si lo ha sido
el volver contra Jaén
en esta ocasión, sabién
se debe haber conferido.

D. LOR. Porque en Martos Alhamar
diez caballeros mató,
Fernando airado juró
que á Jaén se ha de quitar,
y confirmo el juramento
cuando supo que mataron
á Paja.

GARCI P. En él nos quitaron
muy grande entretenimiento.

D. LOR. Su muerte ha sentido el Rey,
que le era afecto.

GARCI P. Y es justo,
porque, aunque era hombre de gusto,
era vasallo de ley.

ESCENA VIII

DICHOS *y el* GRAN PRIOR, *con gineta, después un* SOLDADO.

G. PRIOR. Tan breve y tan felizmente
que era Dios que sea ganada
la ciudad, como cercada
de nuestra animosa gente.

D. LOR. Con buen aliento se empieza
el cerco.

GARCI P. Ha de ser durable,
que es Jaén inexpugnable
por su sitio y fortaleza.
Montes, castillos y murallas
la tienen fortalecida,
y está muy bien en prevenida
de armas, gente y vituallas.

G. PRIOR. Confiado el Rey está,
aunque todo esto confiesa,
de salir bien con la empresa.

GARCI P. Milagro suyo será.

D. LOR. Tantos Dios por él ha obrado,
á su amor agradecido,
que toda su vida ha sido
un milagro dilatado.

Y así lo será también
el ganar esta ciudad.

(*Sale un Soldado.*)

SOLDADO. Llegado ha su majestad
por la posta al campo.
D. LOR. ¿Quién?
SOLDADO. El Rey ha venido.
GARCI P. Es hombre
incansable.
G. PRIOR. Vamos luego
á recibirle.

ESCENA IX

Dichos y el REY, *con bastón, acompañado de los tres* MAESTRES.

FERNAN. Yo llego
descansado. No os asombre
que la venida anticipe,
porque mi amor no quería
ver en el campo un mal día
de que yo no participe.

(*Humillanse y levántanse.*)

G. PRIOR. Denos vuestra majestad
los pies.
FERNAN. Mis brazos es justo.
Hame dado grande gusto
ver cercada la ciudad.
(Disimularé, pues hallo (*Aparte.*)
en paz mi gente.)
G. PRIOR. Señor,
vos dais heroico valor
al más humilde vasallo.

ESCENA X

Dichos y PAJA, *de moro, con lanza y adarga por el corral, montado en un caballo y cubierto el rostro con un velo.*

G. PRIOR. Un moro hacia el cerco viene,
y de paz ha hecho señal.
FERNAN. Háganle otra seña igual,
por si el temor le detiene.

(*Hagan señas con un lenzuelo, y llegue.*)

D. LOR. Mensajero debe ser
de Alhamar, rey de Granada,
que viendo á Jaén cercada
quiere algun feudo ofrecer.
PAJA. Rey don Fernando el Tercero,
á quien por santo veneran,
por milagrosas hazañas
y por virtudes excelsas
oye á un moro, que ha venido
desde la casa de Meca
á solo deshacer tuertos,
nado en solas sus fuerzas.
Hijo soy del gran Mahoma,
nado en un alma en pena,
y al valor que me infundieron
no hay humana resistencia.
El resplandor de mi rostro [1]
águilas deslumbra y quema,
y por no abrasar tu ejército,
cual ves la traigo cubierta;
pudiendo entrar castigando,
llego usando de clemencia,
por la paciencia y piedad
que en tí la fama celebra.
Tu abuelo, el rey don Alonso,
indignó á nuestro profeta.
De las Navas de Tolosa
en la batalla sangrienta
más de doscientos mil moros
nos mató entonces, con pérdida
de veinte y cinco cristianos.
Fue una cosa muy mal hecha,
pero pues tú no la hiciste,
trataré, sin tratar della,
de recompensar agravios
que has hecho después que reinas.
No hay cosa á mi ciencia infusa
en todo el orbe encubierta,
y así se cuanto á los nuestros
les usurpa tu violencia.
De edad de diez y ocho años,
por la reina Berenguela,
tu madre, te dió Castilla
la corona y la obediencia.
Después, por muerte del rey
de Leon, tu padre, que era
tu contrario, fue aquel reino
tu íntima paterna.
No es mi pretensión quitarte,
aunque de hecho pudiera,
de Castilla y de Leon
las dos coronas que heredas;
sólo quiero que á los moros
les restituyas y vuelvas
lo que tú les has ganado,
no se yo con que conciencia.
Lo primero has de dejar
libre la ciudad que cercas,
pues no es posible ganarla,
aun cuando yo no viniera.
Luego rey, me has de entregar
el reino de Murcia y fuerzas
que en él tienes ocupadas,
sin exceptuar una almena.
Hasme de entregar á Córdoba,
á Martos, Quesada, á Cuenca,
á Priego, Loja, Montijo,
Capilla, Cáceres, Mérida,
Palma, Badajoz, Cazorla,
á Chelva, Jodar, Estepa,
á Trujillo, á Medellín,
Andújar, Cabra, Lucena,
Alfanjes, Ubeda, Osuna,
Torre de Albep, Santisteban,
Almodóvar, Sietesilla,
Luque, Santa Cruz, Marchena,
Arhama, Hebor, Arjona,
Iznatal, Cacheros, Teja,
Zambra, Garcíes, Bejíjar,
Chiclana, Curet, Baena,
á Cazalla, á Moratilla,
á Negon, á Santaella,
á Bermeja, Aguilar,
Pegalajar, Escarcena,
Fuenterrubio, Hornachuelos,
Cañapardal, Rubitella.

---

1 Así en el original, pero Tirso escribía «cara» para concordar con «cubierta».

Cote, Alcalá de Benzaide,
Lora, Montoro, Baeza,
y á Moron, con cuatrocientos
lugares de menos cuenta,
que con mal título ocupas
á nuestra gente agarena.
Sólo te dejo á Porcuna
por su mal nombre y por prenda
de que alcanzaras mi gracia
si lo que pido me entregas.
Y si no ten por muy cierto
que de toda la nobleza
que tu persona acompaña
y tu ejército gobierna,
no quedará un hombre vivo
como el á salir se atreva
cuerpo á cuerpo á la campaña.
Y porque veas la experiencia:
á Garci Perez de Vargas
desafío: salga aunque sea
el asombro con que el moro
á sus hijuelos desteta,
pagará los daños que hizo
en la granadina Vega,
siendo su violenta muerte
de mis verdades la prueba.
Y si él muerto, á otro valor
apercibas de mi sentencia,
salgan los nobles que traen
verde cruz, blanca ó bermeja,
caballeros, escuderos,
y de la gente plebeya
salgan los bravos, que aquí
Cachumbanchuz les espera.

GARCI P. A no estar delante el Rey,
y deberse á su presencia
soberana reverencia,
que es en mi divina ley,
te dijera moro, que eres
un perro, vil, malnacido,
que de embustes prevenido
engañar al mundo quieres.
Mas pues no se me permite
hablar libre, por ser mengua
deste respeto, mi lengua
á la espada se remite.
Aguarda, que si en tu idea
eres sol, un español
hará que esta noche el sol
en el infierno se vea.
Licencia me dad. (*Al Rey.*)

FERNAN. A vos
entre todos desafía.
Lance forzoso es García;
vaya en vuestra ayuda Dios.

(Apéase Paja y va al tablado por un lado. Garci Perez entra á armarse.)

G. PRIOR. Misteriosa pretensión
la deste moro parece.

FERNAN. A gran peligro se ofrece
con mucha satisfacción.

D. LOR. Antes, señor, imagino
que el tener la vida en poco
debe nacer de ser loco.

FERNAN. Por lo menos es ladino.

PAJA. Garci Perez tarda ya,
y siento el tiempo que pierdo:
si él salir rehusa es cuerdo.

GARCI P. (*Con rodela.*) Moro hablador, aquí está;
deja palabras ociosas,
que el Rey de oirlas se enfada,

(Saca la espada.)

y descubre con la espada
tus quimeras fabulosas.

PAJA. De ellas te quiero dar parte,
Icaro te quiero hacer,
porque yo no he menester
para ti más que mi arte.

GARCI P. Pues quítate el velo aprisa,
ó bien mis golpes repara.

PAJA. Con descubrir yo la cara
morirés todos de risa. (*Quítase el velo.*)

GARCI P. ¡Hay tal pícaro!

FERNAN. ¿Quién es?

PAJA. (*Mamóla.*)

GARCI P. Hanos engañado.

PAJA. Paja, en la tierra postrado
para besar vuestros pies.

FERNAN. ¿Qué es esto? ¿De dónde sales?

PAJA. De tierra de moros vengo,
y al pie desta peña tengo,
señor, doscientos zorzales.
Dos compañías enviad,
y el pescuezo les torced,
ó enjaulados los tened,
porque son de calidad.
Engañé al rey de Granada,
que soy moro alarbe piensa,
y en fin, traigo en mi defensa
una famosa emboscada.
Cerquen esa casería,
que allí encerrados están.

FERNAN. El Gran Prior de San Juan
lleve la caballería,
porque no puedan huir.

G. PRIOR. ¿Cómo se ha de proceder?

FERNAN. Presos los podéis traer
si se quisieren rendir,
y sino, mueran.

GARCI P. Yo iré,
señor, con toda mi gente,
porque más cómodamente
los traerá gente de á pie.

ESCENA XI

El rey FERNANDO, *Los* MAESTRES, DON LORENZO *y* PAJA.

FERNAN. Desa suerte se asegura
el buen suceso al fin, Paja.

PAJA. Por valiente de ventaja
pude hallar tal aventura.
Señor, al mundo engañoso,
que ve las verdades tarde,
cuando estuve más cobarde,
parecí más animoso.
Vime en Martos con muy gran
miedo, y sucedió tan bien
que, siendo poco de sen,
remanecí Soliman,
y el traje moro me dió
con la vida, esta gran presa.

D. LOR. De paz viene un moro apriesa.

PAJA. Para llegar se apeó,

Será del rey Alhamar,
á quien con guerras crueles
inquietan los Oximeles.

ESCENA XII

Dichos y Mahomad.

MAHOM. Al rey Fernando he de hablar.
FERNAN. Llegar puedes.
MAHOM. Un papel
trago que os dar, y primero,
gran señor, besar os quiero
los piés.
FERNAN. Alzad.
(*Dale una carta y lee para sí.*)
MAHOM. Ver en él
de mi Rey la pretensión
puede vuestra majestad.
PAJA. Bon amego Mahomad,
¿no oramox me prevón?
MAHOM. Soliman, ¿qué haré llorando,
cuando de Alá es permitida?
PAJA. ¿Por quedamox de por vida
cautivox de rey Herrando?
MAHOM. No harás si el Rey que me envió
á librarte á cargo toma.
PAJA. Lleva el diablo á seor Mahoma
y el perro que lo parió.
FERNAN. Mahomad.
MAHOM. Señor.
FERNAN. Bien puede
llegar al Rey.
MAHOM. Tal piedad
á tan alta Majestad
iguala, si no le excede.
Voy á avisarle. (*Vase el Moro.*)

ESCENA XIII

Dichos, menos Mahomad

FERNAN. María,
Reina celestial, por vos
mi agrosamente Dios
nos favorece y nos guía.
Amigos, nuestra es Jaen.
D. LOR. ¿Quiere á el Rey entregar?
FERNAN. Hoy en ella hemos de entrar.
M. DE S. Darseos puede el parabien,
que es muy próspero suceso,
señor, por no ser posible
rendirla.
D. LOR. Es un infalible
milagro.
FERNAN. Pues demás deso
ofrece ser mi vasallo,
y la mitad de sus rentas.
Hacenle muchas afrentas,
y pretenden despojallo
los Ogimeles, y quiere
valerse de mi poder.
M. DE S. De lo que os envía á ofrecer,
lo que le aflige se infiere.
PAJA. Alhamar es perro viejo,
y asegura su quietud
dése Dios mucha salud
á quien le dió este consejo.
FERNAN. Es fuerza, aunque de otra ley,
que el que á mi llega afligido
sea amparado y defendido.
D. LOR. Ese es ánimo de Rey.

ESCENA XIV

Dichos, el rey ALHAMAR y MAHOMAD

ALHAM. Déme vuestra Majestad
á besar su mano.
FERNAN. (*Retirando la mano.*) Es justo
que mis brazos con gran gusto
den muestras de mi amistad.
Levantá del suelo.
ALHAM. En vano
negáis la mano á mi ruego,
porque en el suelo estaré
hasta que os bese la mano.
FERNAN. Eres Rey, y yo profeso
humildad.
(*Tiende la mano y bésela.*)
ALHAM. No os resistáis,
que si como á Rey me honráis,
como vasallo os la beso.
En Jaen podeis entrar,
que ya está llana, señor.
(*Levántale el Rey.*)
FERNAN. Seré amigo y protector
del rey Abenalhamar.
ALHAM. Yo vuestro esclavo.

ESCENA XV

Dichos y GARCI PÉREZ

GARCI P. Ya están
los doscientos moros presos.
ALHAM. Nuestros pasados excesos
perdonad, y á Soliman,
capitán desa cuadrilla,
que delos os servirés
y de otros mil, si quereis
ir á cercar á Sevilla
FERNAN. Queden libres, pero no
Soliman.
ALHAM. Advertid que es
muy valeroso.
FERNAN. Después
sabrás cómo te engañó.
Yo, en guarnecendo á Jaén,
á Sevilla he de cercar.
ALHAM. Este es tiempo de abrasar
sus mieses. Yo me tambien
para que su Rey, que el bando
de mis contrarios anima,
vea lo que Alhamar estima
ser vasallo de Fernando.
FERNAN. Conforme á este memorial
nuestro contrato firmemos.
ALHAM. En Jaen lo firmaremos.
Entrad con pompa real,
que va mi gente os desea,
viendo cuanto se mejora,
y como en Jaen agora,
en la gran Sevilla os vea.

FERNAN. En estando consagrada
la iglesia, con devocion
en militar procesion
se haga una solene entrada.
(Vanse con música.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

AXATAFE, *rey de Sevilla, y* ALBENZAIDE

AXAT. Querer rendir á Sevilla
no es pretension, es locura.
ALBENZ. Un imposible procura
con que al mundo maravilla,
y mas con haber jurado
que en el cerco ha de asistir
hasta rendirla ó morir.
AXAT. El animo le ha engañado,
no advirtiendo que hoy se encierra
para un siglo bastecida,
y que está fortalecida
con cien mil moros de guerra.
Veinte leguas de Azarate
nos bastecen por Triana;
en fin, es intencion vana,
y mas reinando Axatate.
ALBENZ. Reines mil años, señor,
para que á Sevilla ampares;
pero es justo que repares
con recatado valor
en que es un rey prodigioso,
Fernando.
AXAT. Trae poca gente,
y aunque la animo ó aumente,
alzar el cerco es forzoso.
ALBENZ. Yo consulté á Abenraxel,
celebrado judiciario,
y es de parecer contrario.
AXAT. No es justo hacer caso del.
¿Y qué dice?
ALBENZ. Que será
Sevilla perdida.
AXAT. Ese hombre
engaña con fama y nombre.
ALBENZ. Es muy docto.
AXAT. Loco está.
Como Alcalá se rindió,
y de paso entró á Gerena,
á Cantillana á Guillena,
y ya Carmona se dió,
en Sevilla certifica
la ejecucion del intento.
ALBENZ. Señor, con mas fundamento
nuestro daño pronostica.
Yo le hice venir conmigo
para que oigas el que tiene,
que pagar parias conviene,
y echar de aquí este enemigo.
Óyele, y sus letras premia,
que es sabio. Voile á traer.
AXAT. Por Ala que lo he de hacer
empalar por la blasfemia.
(Vase Albenzaide á buscar al astrólogo, y vuelve al momento con él.)

ESCENA II

AXATAFE, ALBENZAIDE Y ABENRAJEL, *astrólogo.*

ALBENZ. Ya Abenrajel está aquí.
ABENRAJ. Tus pies beso, y quiera el cielo
que con prudente recelo
señorees los astros.
AXAT. Di,
¿tan sabio eres, que llora
nuestros daños tu cuidado?
ABENRAJ. Nunca, señor, me ha pesado
de ser sabio, sino ahora.
Mi patria me hacen llorar
los estudios, y el saber
sin consuelo de temer,
que me he podido engañar.
Pero, cielos, la hora es esta
en que prometen mi muerte
las estrellas. ¡Triste suerte!
no puedo daros respuesta,
que la muerte imaginada
turba mi lengua y sentido.
Matarme quieren. *(Caiga desmayado.)*
AXAT. ¿Qué ha sido?
ALBENZ. Una locura extremada.
Dice que halla por su ciencia
su muerte á este tiempo y hora,
ó que pretenden ahora
matarle con violencia
y este desmayo mortal
causó la imaginacion.
AXAT. Mayor es mi turbacion,
aunque es tan grande su mal.
Darle la muerte quería
en premio de su juicio,
y este desmayo es indicio
de su gran sabiduría.
Mi pensamiento y su muerte
supo; en confusion me ha puesto,
que quien ha acertado en esto,
temo que en mi daño acierte.
La vida tienes segura.
Levanta.
(Levántese ayudándole.)
ABENRAJ. Beso tus pies.
AXAT. Quiero que cuenta me des,
pues has alzado figura,
del daño desta ciudad
por el cerco de Fernando.
ABENRAJ. ¡Gran señor!
AXAT. No estes temblando;
háblame con libertad.
ABENRAJ. Una figura he juzgado
para ver la duracion
que tendrá en nuestra nacion,
Sevilla. El punto he tomado
de aquel en que fué ganada
por los nuestros, y en su daño
hallo que será este año
á enemigos entregada.
Otra figura alce en prueba
desta, sirviendo de intento
el punto del nacimiento
del rey Fernando.
AXAT. ¿Y comprueba
esotra?
ABENRAJ. Con tal verdad,

que le promete a este Rey
que con gente de su ley
poblará nuestra ciudad.

AXAT. De presente no hay señal
que tu pronóstico entable:
Sevilla es inexpugnable.

ABENRAJ. Es tan cierto nuestro mal,
que estando ya comprobado
con dos iguales juicios,
y llamando los indicios
al temeroso cuidado,
hallé una confirmación
de un antiguo, á quien se debe
grande fe.

AXAT. ¿Hay quien compruebe,
Abenrajel, tu opinión?

ABENRAJ. Tumerto, aquel africano
astrólogo sin segundo,
que dejó admirado el mundo
con su ingenio soberano.
El que predijo á Abdelmon
su imperio, tan verdadero,
que siendo hijo de un ollero,
fue Rey de nuestra nación.
En uno de los ochenta
pronósticos que escribió
esta perdida llora.

AXAT. No sé yo donde la cuenta,
que sus pronósticos tengo
leídos y venerados,
doctamente interpretados.

ABENRAJ. Que hay muchos yerros prevengo
en las interpretaciones.

AXAT. (*Llamando.*) Hola.

UN CRIAD. Señor.

AXAT. Dame el libro
de Tumerto, que en él libro
la luz destas confusiones
(*Vase el criado.*)

ABENRAJ. Vea vuestra majestad
el pronóstico veintiuno.
(*Entra el Criado con el libro, tomale el Rey.*)

AXAT. Ni en ese ni en otro alguno
trata de nuestra ciudad.

ABENRAJ. Culpable fuera, señor,
que una ciudad tan grandiosa
pasara en silencio.

AXAT. Es cosa
muy posible.

ABENRAJ. Eso en rigor;
pero despacio mirado,
verás cuán bien lo entendí.
(*Hojeando el libro.*)

AXAT. *Veintiuno.* Dice así
el pronóstico citado. (*Lee.*)
«Después de dar el sol por el Zodiaco
quinientas vueltas sobre treinta y cuatro,
mirando capellares y turbantes
en la Libia ciudad, cuyas murallas
al que murió infeliz hacen eterno,
el gran restaurador del alto nombre,
alcázares de estatuas fabricante,
de bronce al cielo; y con temor valiente,
su ciudad asentada sobre el fuego
entrará en la abundante y invencible,
habiéndole segado la garganta
con cuchillo de palo, acción que espanta.»

ALBENZ. Rindome: obscuros están.

AXAT. Dice un autor diligente
que habla de la Libia ardiente
y de la ciudad de Orán:
y la que dice asentada
sobre el fuego, que es Madrid,
por cuya gente y ardid
Orán ha de ser ganada.

ABENRAJ. No me quiero detener
en refutar la opinión
de ese autor, que es dilación
prolija, y no es menester.
Sólo para inteligencia
de lo que dice Tumerto
asentaremos por cierto,
pues que lo es con evidencia,
que ha que el sol mira turbantes
en Sevilla, ó su teatro,
quinientos y treinta y cuatro
años. Tanto ha que, inconstantes,
la dejaron los cristianos
y que el moro la posee,
y el sol capellares vee
en los moros sevillanos.
Llámala libia ciudad,
porque Hercules comenzó
á fundarla, y se llamó
Libio. También es verdad
que la cercó de muralla
Julio César, que fue muerto
á puñaladas.

AXAT. Tu acierto
quiero ver leyendo. Calla. (*Lee.*)
«Después de dar el sol por el Zodiaco
quinientas vueltas sobre treinta y cuatro
mirando capellanes y turbantes
en la Libia ciudad, cuyas murallas
al que murió infeliz, hacen eterno.»
Hasta aquí se entiende bien.

ALBENZ. Y al parecer, propiamente
habla del tiempo presente
y de Sevilla también.

AXATAFE. (*Lee.*)
«El gran restaurador del alto nombre.»

ABENRAJ. Ese es Fernando, que tanto
ha restaurado, y es hombre,
cual veis, de tan alto nombre,
que todos le llaman santo.

AXATAFE. (*Lee.*)
«Alcázares, de estatuas fabricante.»

ABENRAJ. Esos alcázares son
mil templos que ha fabricado
y rentas les ha aplicado
con cristiana devoción.
El hizo, acabó y dispuso
el gran templo toledano,
y en público de su mano
la primera piedra puso.

AXATAFE. (*Lee.*)
«De bronce al cielo y con temor valiente.»

ABENRAJ. *De bronce al cielo*, está claro,
pues con prolija asistencia
es de bronce á la inclemencia
del cielo. Es hombre tan raro,

que aunque en el cerco perece
gran parte de sus soldados,
de trio y valor fatigados,
nada teme ni le empece.

AXAT. *Con temor valiente* ¿que es?

ABENRAJ. Que siendo tan valeroso,
es de su Dios temeroso.

AXAT. ¿De qué suerte?

ABENRAJ. ¿No lo ves?
En toda la cristiandad
se venera su paciencia,
su piedad, su penitencia,
su justicia y su humildad.
Persiguiéndole su padre
con las armas y en persona
por quitarle la corona
que fué herencia de su madre,
aunque teologos sabios
le dieron que debia
defender su monarquia
de los paternos agravios,
no quiso tomar jamás
las armas, aunque ofendido,
contra su padre: ¿no ha sido
temeroso de Dios? Mas,
que por observar su ley
á mil rebeldes vasallos,
que pudiera castigallos
como justiciero Rey,
perdono; fueron traidores,
haciendole injusta guerra,
y talando[le] su tierra
los condes y otros señores,
prendólos, y sus amigos
los hizo.

AXAT. Accion soberana,
que sin duda es sobrehumana
perdonar los enemigos. (*Lee.*)
«Su ciudad asentada sobre el fuego.»

ABENRAJ. Su ciudad es el real,
que en el campo de Tablada
es una ciudad formada,
sin faltar cosa esencial.
Tal concierto y policía
tiene, y tan grande artificio,
que hay calle de cada oficio
y cualquier mercaderia;
plazas para bastimentos,
gente de cualquier nacion,
y es ciudad, en conclusion,
con todos sus cumplimientos.
(*Axataf lee.*)

AXAT. «Su ciudad asentada sobre el fuego.»

ABENRAJ. Nuestras mieses abrasaron,
fuego á Tablada pusieron,
y en el fuego que encendieron
sus reales asentaron;
y así la llama ciudad
asentada sobre el fuego.

AXAT. Poco á poco á creer llego
mi ruina y su verdad. (*Lee.*)
«Entrará en la abundante y invencible.»

ABENRAJ. Eso es que entrará en Sevilla

AXAT. ¿Pues como, siendo invencible?

ABENRAJ. A este Rey no hay imposible:
todo su estrella lo humilla.

AXAT. (*Lee.*) «Habiendole segado la garganta con cuchillo de palo, accion que es-»

ALBENZ. El ladron que tal escribe .. ¡panta.»

ABENRAJ. Nuestra garganta es, si atento
se ve, paso del sustento
que el estómago recibe,
y de Sevilla diremos,
que es la garganta, la puente
por donde ya hoy solamente
pasa el sustento que vemos,
pues hoy, señor, como ves,
o como del Real se entiende,
el rey Fernando pretende
dar con la puente al través.
Dos naves de las más buenas
apresta para este intento,
que con la fuerza del viento
rompan barcos y cadenas
Desta accion se maravilla
Tumerto, que al derribar
la puente, llama segar
la garganta de Sevilla,
y á las dos naves, cuchillo
de palo.

AXAT. Esta interpretado
tan bien, que me da cuidado,
si bien no es justo sentido.
Querer derribar la puente
de nuevo fortificada
y con cadenas trabada,
es frenetico accidente.

ABENRAJ. Solas dos cosas podrán
mejorar nuestra fortuna:
matar al Rey es la una;
otra es que, con alquitran,
estopa, pez y resina
se hagan balsas, y con ellas
en tiempo que a las estrellas
densas nubes sean cortina,
en las naves se eche fuego,
que si se quema su flota,
nuestra desgracia remota
abrira puerta al sosiego.

ALBENZ. En el Real traigo una espia
en hábito de cristiano,
que plaza de castellano
pasa en una compañia.

AXAT. ¿Ese no es Ali Muley?

ALBENZ. Allá se llama Barzaga,
y presa espero que haga
en la persona del Rey,
que en hallando algún camino
ha de avisar nuestra gente.

ABENRAJ. Es moro astuto y valiente,
y en la lengua muy ladino.

ALBENZ. Ese por coger trabaja
a Fernando en soledad,
y ha granjeado la amistad
de un tuhan llamado Paja,
que como es entremetido,
sabe el secreto mayor,
y en efecto es hablador.

ABENRAJ. Eso esta bien prevenido.

AXAT. Echar en las naves fuego
es cosa muy importante,
y á asegurarnos bastante.

ABENRAJ. Importa que se haga luego.

ALBENZ. Abenraje, lo ha de echar.

para que se acierte en todo.
AXAT. Vamos á arbitrar el modo.
ABENRAJ. (*Ap.*) ¡Que poco ha de aprovechar!
(*Vanse los tres.*)

ESCENA III

Alí, en hábito de cristiano, y Paja. Toquen música.

ALÍ. ¿Qué es esto?
PAJA. El Rey ha traido
en procesión ostentosa
una imagen milagrosa
de la Virgen, y ha venido
con ella en esta ocasión
el Príncipe.
ALÍ. ¿Ha entrado ya
con la gente que le da
su suegro el rey de Aragón?
PAJA. Todos la han acompañado,
y ya la imagen bendita
queda en la famosa ermita
que en el Real le han fabricado.
ALÍ. Muy largo cerco se espera.
PAJA. Si al Rey se le apareció
San Isidro, y le animó,
justamente persevera.
ALÍ. Dicen que trae consigo
á don Ramon de Losana,
clérigo de sobrehumana
ciencia.
PAJA. Es don Alonso amigo
de hombres doctos. Yo me voy,
señor Barzaga, á Alcalá.
ved lo que queréis de allá.
ALÍ. Ya sabeis que vuestro soy.
¿á que váis?
PAJA. Llevo una carta
del santo Rey á la reina,
que Amor en sus pechos reina,
aunque Marte los aparta.
ALÍ. Querrala ver, que en efecto
tanta ausencia lo promete.
PAJA. Yo voy á ser alcahuete,
pero advertid que es secreto:
esta tarde la va á ver
disimulado.
ALÍ. ¿Y que gente
llevará?
PAJA. No la consiente
el secreto, ni el lugar,
por lo cual tiene intención
de llevar solo consigo
algun caballero amigo.
ALÍ. (*Ap.*) (Del cielo es esta ocasión.)
¿Vendréis hoy?
PAJA. (*Ap.*) (A este soldado
ya con enfado le escucho,
que aunque me regala mucho,
es preguntador cansado.)
Adiós, que hoy he de volver,
y los reyes salen ya
de la ermita. (*Vase Paja.*)
ALÍ. Por Alá
que á Fernando he de prender.
(*Vase Alí.*)

ESCENA IV

El rey D. Fernando, Lorenzo Suárez, Garci Pérez, el Príncipe y D. Ramon Losana.

LOSANA.

No he visto imagen que con tal imperio
levante al cielo el corazón humano.
Contemplo en ella á la gloriosa Virgen,
y un divino retrato verdadero
de como está en el cielo.

PRÍNCIPE.

Algunas cosas
repugnan al estar así en el cielo,
si bien confieso que es cosa divina.

FERNANDO.

Alonso siempre tiene la contraria.

LOSANA.

Yo no hallo cosa que lo dificulte.

PRÍNCIPE.

Pues yo hallo cinco.

FERNANDO.

¿Cuáles son?

PRÍNCIPE.

No es justo...

FERNANDO.

En que esto se confiera tendré gusto.

PRÍNCIPE.

La primera es que tiene á Jesus niño,
y no está así en el cielo. La segunda,
que la Virgen murió y subió á los cielos
de más edad de setenta años,
y el retrato parece que es de treinta;
luego no será imagen ó retrato
de como está en el cielo. La tercera
es, que tiene esta imagen por cabello
una rica madeja de oro fino,
y virisímil no es, aunque es decoro,
que hubiese en tal edad cabellos de oro.
Demas que á Alberto Magno le parece
que la Virgen tendria el cabello negro,
porque procede de igualdad de humores:
y esta misma razon viene á proposito
á la quinta objecion que se me ofrece,
que es de Alberto tambien; el cual nos dice,
que la igualdad de humores y la buena
complexion que en la Virgen se supone,
engendran un color de enves de rosa,
que la cara hermosea, y que tendria
este color el rostro de María.
La imagen, como vemos, es morena,
y si Cristo fue blanco y colorado,
como de los cantares se colige,
y no tuvo en la tierra otra persona
á quien ser parecido, bien se infiere
que la Virgen fue blanca y colorada.
Es la quinta objecion, y sea la última,
que estando recibida en las mujeres
la pequeñez por gracia y hermosura,
esta imagen es alta, y tal defecto
no pudo hallarse en cuerpo tan perfeto.

DON LORENZO.

Bien dan en que entender las objeciones.

FERNANDO.

Don Ramón de Losana ¿qué os parece?

LOSANA.

Tiene su Alteza superior ingenio,
y pienso que se funda su agudeza
contra el comun y propio sentimiento
solamente en querer probar el mio:
pero, pues, es forzoso obedeceros,
probaré con razon que es esta imagen
retrato de la *Reina de los Reyes*
como en el cielo está, aunque en tal cuidado
quisiera responder más de pensado.
Cuanto á tener el niño, no le tiene
como retrato, sólo por insignia
por la cual el cristiano reconozca
que es la Madre de Dios, y muchas veces
se ha visto aparecer en esta forma
Cuanto á su muerte y su subida al cielo,
aunque murió la Virgen de setenta
y dos años, tenemos de los santos
que está en la gloria su sagrado cuerpo
de edad de treinta y tres, no más, y es llano
que los tiene el retrato soberano.
San Agustin, San Pablo y San Crisóstomo
dicen, que todos resucitaremos
de aquella misma edad que Jesucristo,
y estando en tal edad, muy propiamente
tiene la Virgen el cabello de oro,
sin que obste el parecer á Alberto Magno
que dejó de ser negro, procedido
de la buena igualdad de los humores:
pues en contrario afirman que fué rubio
Epifanio y Nicéforo, y Galeno
le alaba por hermoso y por más bueno.
Que sea el cabello rubio mas hermoso,
lo dicen las dañosas diligencias
que por tenerlo han hecho las mujeres;
y siendo el más hermoso, le tendria
aquella en quien crió Dios la hermosura.
El cabello del rostro de su hijo,
segun dice Nicéforo, fué rubio,
y con más evidencia se colige
de dos cartas que Quintuvio Pilato
escribieron á Roma, donde trata
cada uno de Cristo, y le retrata.
Los cantares nos dicen del Esposo
que tiene la cabeza de oro fino;
y sea la conclusion de esta materia
un testigo de vista muy auténtico.
La bienaventurada Santa Brígida
dice que vió a la Virgen, y el cabello
tendido en sus espaldas, dice que era
una bella madeja de hebras de oro:
esa misma tenemos en la imagen,
que causando en las almas mil consuelos,
representa á la Reina de los cielos.
Respondo á la objecion de ser morena,
que aunque es la conjetura razonable
para qué fuese blanca y colorada,
es opinion que hallamos contradicha
por Nicéforo y por San Epifanio,
que dicen, que la Virgen fué trigueña.
Y esta opinion confirman las imágenes
del tiempo de los godos veneradas
y que Cristo tambien fuese trigueño,
tratando de sus partes y colores.
Le hacen afirmar estos autores
Pero dado que blanco y colorado
fuese en la Virgen el color nativo,
cuando vino á tener treinta y tres años
que no hubiese mudado el sol, es fuerza,
como esto nos lo advierte en los cantares.
Y así por ser este color gracioso,
como causado por amor del hijo,
en sus penalidades y destierros
lo pudo conservar hasta la gloria,
como Cristo sus llagas, por señales
del grande amor que tuvo á los mortales.
A la quinta objecion responderemos,
que es verdad que se dice comunmente
que las mujeres han de ser pequeñas,
porque del mal el menos, mas la Virgen,
que fué el bien y el remedio de los hombres,
y la mujer en todo mas perfecta,
no pudo ser pequeña, porque a serlo,
no hubiera perfeccion en su hermosura.
Una máxima es esta de Aristóteles,
que una pequeña dice que es graciosa,
pero que no es perfectamente hermosa,
y entre cuatro precisos requisitos
de la hermosura, pone la grandeza
en el primer lugar. Y en la Escritura
vemos que Adan, que fué inmediatamente
hecho por Dios, con perfeccion hermoso,
y al respecto también su compañera,
fueron muy altos, tanto, que se escribe
que era cama de Adan, en que dormia,
una piedra de treinta pies de largo,
despues que el sueño echó á su cuerpo embargo.
José, David, Sansón y otras figuras
de nuestro Salvador fueron muy altos:
y que es gala en las mujeres, nos lo dicen
los disformes chapines deste tiempo.
En la ciudad de Roma, hay en la Iglesia
de San Juan de Letran una medida
del cuerpo de la Virgen, que yo he visto,
y es de alguna altura desta imagen,
alta con proporcion, sin demasía
Y así, de todo con certeza infiero
que es divino retrato y verdadero.

PRINCIPE. Honrado han mis desvaríos
á Don Ramon de Losana.
D. LOR. Cada objecion queda llana.
FERNAN. **Don Ramón.**
LOSANA. Señor.
FERNAN. Cubríos.
LOSANA. Es contra todas las leyes
del real decoro, señor.
FERNAN. **Cubríos por defensor**
de la *Reina de los Reyes*
Y porque á nadie en Castilla
pueda exceso parecer,
título os doy de primer
arzobispo de Sevilla
Y no entendais que es premiar
de anillo, á Sevilla os doy,
porque con certeza estoy
de que la hemos de ganar,

LOSANA. Besoos los pies, que es muy cierta
la duda en que me ponéis,
pues merced que vos hacéis
no puede salir incierta.

ESCENA V

DICHOS y RAMON BONIFAZ

BONIFAZ. Dos naves se han aprestado
para que á la puente vaya,
de las trece que en Vizcaya
hice por vuestro mandado:
mas si viento del Poniente,
que falta seis meses ha,
cosa imposible será
que derribemos la puente.
FERNAN. ¿Pues en sólo eso consiste
el rendir esta ciudad?
BONIFAZ. Muy buena es mi voluntad,
pero el cielo la resiste.
FERNAN. (*Aparte.*) ¡Válgame Dios! ¿Si es divino
impulso el que al corazon
inclina mas á esta accion
que al concertado camino?
Al amor que dentro reina,
le dice, aunque le es molesto,
que Dios se sirve más desto
que de ir á ver á la Reina.
Ramón Bonifaz.
BONIFAZ. Señor.
FERNAN. Mañana es dia de la Cruz,
en que Cristo, nuestra Luz,
fué glorioso vencedor.
Mañana hemos de vencer
por su infinita bondad
esta gran dificultad.
BONIFAZ. Sin viento no puede ser.
FERNAN. ¿Del Poniente ha de venir?
BONIFAZ. Muy recio, y aun plegue á Dios
que baste.
FERNAN. Virgen, por vos
mi intento he de conseguir.
En cada una de las dos
naves una cruz llevad,
y el suceso encomendad
con grandes veras á Dios.
GARCI P. Señor, los nobles han ido,
y ya la mano han besado
á la Reina. Yo he faltado
por justas causas que ha habido.
Si me dais licencia, iré
esta tarde.
FERNAN. Yo os la doy,
y avisaréis que no voy,
García.
GARCI P. Yo avisaré.
(*Toquen y vayanse.*)

ESCENA VI

ALI, ALBENZAIDE y MOROS, *todos en traje de cristianos*

ALI. Nadie ha de extrañar el veros
por el traje en que venís,
que entenderán que salís
para guardar los herberos.
Lo que importa es que no habléis,
porque ninguno es ladino,
y se puede abrir camino
á que cautivos quedéis
ó muertos, sin que logremos
esta importante ocasion,
que ha de ser la remision
del aprieto en que nos vemos.
ALBENZ. Aquí tienen tus agudos
ardides. Al Muley,
para la prision del Rey
veinte ejecutores mudos.
ALI. A Alcalá desde Sevilla
este es forzoso pasaje,
que por eso en tal paraje
se ha labrado esa ventilla.
ALBENZ. Aquí aguardaremos, pues;
lo demás queda á tu cuenta.
MORO 1.º Un hombre paró en la venta.
ALI. Yo llegaré á ver quién es.

ESCENA VII

DICHOS, PAJA y *el* VENTERO.

PAJA. Ventero ¿que hay de comer,
que está el molino picado?
VENT. Habrá algun torrezno asado,
y buen vino que beber.
PAJA. Pues abrid por medio un pan
y animadlo con tocino,
desquitaremos en vino
el agua de Soaman. (*Vase el Ventero.*)
ALI. Seguras tiene el seo Paja
las espaldas, yo las guardo.
PAJA. Parecíendole que tardo
sale al camino y me ataja.
Guarda de espaldas molesta
os será Barzaga, y más
si preguntais por detrás,
que no es cortés la respuesta.
¿Que gente es esa?
ALI. Estos son
veinte soldados de guarda
de herberos. ¿La Reina aguarda
á su esposo?
PAJA. A la oracion.
¿No es Don Pedro Finestrosa
con su gente y compañía
de guarda?
ALI. Así se decia,
pero acordóse otra cosa.
(*Sale el Ventero con un pan abierto y tocino dentro.*)
VENT. Este recado está aquí.
PAJA. Y á fe que trae buen recado:
¿adivinó el convidado?
VENT. ¿Traeré media azumbre?
PAJA. Sí.
(*Vase el Ventero. Paja coma y dale á Ali.*)
Ea, metendemos.
ALI. ¿Qué es esto?
PAJA. Muy bien se puede comer.
ALI ¿Es tocino?
PAJA. Al parecer.
ALI Yo no me hallo bien dispuesto,
y me haria daño.

PAJA. No hará,
que está asado.
ALÍ. Yo recibo
la merced.
(*Paja refregándole la boca con el tocino.*)
PAJA. No seais esquivo:
Abrid la boca, que está
provocativo.
ALÍ. ¡Qué necio!
¿Por fuerza quereis que coma?
PAJA. ¿Es precepto de Mahoma,
ó del convite desprecio?
ALÍ. No estoy bueno.
PAJA. Estos soldados
harán por vos la razón.
Pocos los torteznos son
para tantos convidados.
Comer puede esta pringada
un rey de espadas ó de oros.
(*Acércase á los moros con el tocino, y éstos le dan un golpe que le hace soltarlo de la mano.*)
¡Vive Cristo! que son moros, (*Ap.*)
y que es alguna celada
que esta aquí guardando el Rey.
(*Albenz. á su gente.*)
ALBENZ. Fuerza es que le detengamos,
que ha malicíado.
(*Lléganse á Paja, y éste de nuevo el Ventero con limeta y taza, que coge el truhan.*)
PAJA. Bebamos.
MORO 1.° Avisaré á Alí Muley.
ALÍ. No acostumbro á beber vino
por la tarde.
PAJA. ¿Es rejalgar?
ALÍ. No lo tengo de probar.
PAJA. Yo me corro y me amohino,
Barzaga; de veras hablo.
ALÍ. Es dieta, no os asombre.
PAJA. Decidme, ¿Barzaga, es nombre
de pila?
ALÍ. Es nombre de diablo.
PAJA. Yo lo creo. ¿Qué se debe? (*Al Ventero.*)
VENT. Señor, dos maravedís.
PAJA. ¡Linda gracia! ¿Que decís?
¿Cuál de vuesarcedes bebe
dos maravedís? Robando
estáis el mundo.
ALÍ. La paga
está aquí.
(*Paga Alí el gasto. Vase el Ventero, y entran los moros, después de quebrar la limeta y taza á Paja, lo maniatan.*)
PAJA. Señor Barzaga,
¿qué es esto?
ALÍ. Se estan burlando.
PAJA. ¿Se están burlando? ¡ah, traidor!
MORO 1.° Garci Perez viene aquí:
¿qué haremos?
ALÍ. Dejadme á mí.

ESCENA VIII

DICHOS y GARCI PÉREZ, *que entra por una puerta en donde están los moros. Atraviesa la escena y se le cae un lenguete.*

PAJA. ¡Mi amo y mi redentor!
GARCI P. ¿Qué gente?
ALÍ. Amigos y guarda
de los herberos.
PAJA. (*Ap.*) Callar.
será bien, por excusar
alguna zalagarda.
GARCI P. Vuelve conmigo á Alcalá.
PAJA. Vamos. ¿Viene el rey?
GARCI P. No viene.
PAJA. (Algun angel le detiene,)
¿Que ha sido?
GARCI P. No viene ya.
PAJA. Es santo.
GARCI P. Dame aquel lienzo,
que se ha caido.
(*Paja con las manos atadas atrás hace diligencias para alcanzar el lienzo, y no puede.*)
ALBENZ. (*A los suyos.*) Mal
hemos hecho en perder tal
cautivo: yo me avergüenzo,
si por temor se ha dejado.
ALÍ. ¿Quién cautivarlo pudiera?
ALBENZ. Cuando yo sólo viniera
le llevara man atado.
ALÍ. ¿Pues como no se hizo así
cuando lo de la escopeta?
MORO 1.° ¡El diablo que le acometa!
ALBENZ. Porque yo no estaba allí.
GARCI P. ¿No acabas? ¡Hay tal torpeza!
PAJA. (*Ap.*) (Ni puesto al hilo ni al sesgo
lo alcanzo, y estoy á riesgo
de hacer alguna vileza.
(*Échase de espaldas y coge el lienzo.*)
Mi silencio es por demás.)
Señor, aquellos soldados
son...
GARCI P. ¿Qué?
PAJA. Moros disfrazados.
Cual ves, atadas atras
las manos, me vi en prisión.
Desátame.
(*Garci Pérez, que desata á Paja.*)
GARCI P. Pues ¿por que
callaste cuando pasé?
PAJA. Porque se tu condicion,
y temí, que hay ventiuno.
GARCI P. ¡Vive Dios! que he de volver.
(*Huyen los moros.*)
ALBENZ. ¡Que vuelve!
ALÍ. Yo sé correr.
PAJA. Ya no ha quedado ninguno.
GARCI P. La culpa has tenido tú.
PAJA. Honra has comprado barata.
Hazles la puente de plata,
y vayan con Belcebú.
(*Vanse por donde iban.*)

ESCENA IX

DON LORENZO SUÁREZ y EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN.

PRIOR. Milagro es de la oración
del Rey, pues tan de repente
sopla el viento de poniente
que ha deseado Ramón
Bonifaz.
D. LOR. Con la una nave
á embestir la puente va.

PRIOR. Mayor milagro será
que la ren eva y destrabe.
D. LOR. Y no es grande, si se rota
el milagro que hubo ayer,
en que se echaron de ver
que quenan quemar la flota.

ESCENA X

Dichos y el rey DON FERNANDO, *el* PRINCIPE, *el* MAESTRE DE CALATRAVA *y* RAMON BONIFAZ, *en una nave enfrente del tablado, o una puerta en la popa*

FERNAN. Quien el Sur sueste envia
hará entera la merced.
Ramon Bonifaz, poned
vuestra esperanza en Maria.
BONIFAZ. Vuestros mandatos son leyes
divinas, mas si son de hombre,
y sois, si en ese nombre
de la *Reina de los Reyes*.
FERNAN. La Virgen vaya con vos.
PRIOR. Con la creciente y el viento
parece rayo violento

(Corren la nave y hagase ruido dentro de cesar la fuente.)

FERNAN. Logro nuestro intento Dios.
D. LOR. Este has sido inmortal hecho
milagrosamente obrado.
Los barcos se han destrabado,
y la puente se ha deshecho.
Y el muro, que sin remedio
de bastimentos se halla,
reducir quiere á batalla
los peligros de asedio.
PRIOR. De la ciudad han salido
á pelear
FERNAN. Hazaña es sabia,
aunque es conocida rabia
de haber la puente caido.
Animo, española gente,
que aun no se canta la gloria,
cierta tenéis la victoria,
pelead valerosamente.
Sevilla al moro destierra
y á nuestro poder lo envia;
¡invocad nos á María,
y á Santiago, al arma, cierra!

(Tocan cajas y vanse con las espadas desnudas y salen EL CONDE, ALVAR PEREZ *de Castro y otros caballeros y detrás* DON LORENZO SUAREZ *el Maestre de Santiago y* DON FERNANDO SUAREZ *el Maestre de Calatrava. Vuelven á salir los moros acometiendo al* REY *y retírase en ambas ocasiones el* REY *con prisa y fuga. Salen* GARCI PEREZ *y* PAYO *y siguen* DON LORENZO, *el* PRIOR *y el* MAESTRE *de Calatrava.)*

ALBENZ. El ánimo te ha engañado,
Rey, y metido te has
donde cautivo serás,
ó muerto.
PRINCIPE. Estoy yo á su lado,
perros.
ALBENZ. Mueres los dos.
FERNAN. Si en peligro me he metido,
Vargas, bien sabes que ha sido
justa causa en vos
GARCI P. ¿Viose tal temeridad?
ALF. ¿A Garci Pérez no veis?

(Hay en las manos y traen ellos GARCI PEREZ *y* PAYO.)

D. LOR. (A Rey.) ¿Donde vás, señor? ¿quereis
entrar vos en la ciudad?
FERNAN. Escalemos la muralla,
y dentro en Sevilla entremos,
pues ya encerrada tenemos
esta cobarde canalla.
PRIOR. (Grita.) ¡Escalas!
D. LOR. Por esta parte
podemos acometer,
y pues riesgo puede haber,
vuestra majestad se aparte.

(Hagan escalas y suban y defiendan el muro los moros, menos Albenzaide.)

FERNAN. Nada temais, Don Lorenzo,
que Dios es en nuestra ayuda.
Oigase la gente aguda,
que no es muy fuerte este lienzo.

(Sale Albenzaide.)

ALBENZ. Prodigioso rey Fernando,
si gustas de que se trate
de medios, cese el combate
que en vano estás intentando.
En este estado se quede
hasta que el Rey salga al muro,
que con licencia y seguro
te quiere hablar.
FERNAN. Salir puede.

(Vase Albenzaide.)

¿Qué decis desto? *(El Rey á sus consejeros.)*
PRIOR. Que haciendo
aventajado partido,
con honra se habrá salido.
FERNAN. Honra y provecho pretendo.

ESCENA XI

Dichos y el rey moro, AXATAFE, *en el muro.*

AXAT. Fernando, aunque está mi gente
bastecida y animada
á mantener determinada
peleando animosamente,
me ha parecido excusar
la mortandad que ha de haber
en estos, por defender,
y en esotros, por entrar.
Dos embajadores salen
de mi ciudad á tu tienda
para que dellos se entienda
la intencion, y ellos semenen
los buenos medios de paz
que á los dos bien nos esten.
FERNAN. Hubiérase hecho esto bien
si fueras perti naz
en otro tiempo, es verdad
que pudo haber medios buenos,
mas hoy no los hay con menos
de entregarme la ciudad.
AXAT. Oye, señor, mi embajada,
verás que servirte quiero,
y de tu prudencia espero
resolución acertada,

que más cuerdo, que cobarde,
tu grey á buscarte estoy.
FERNAN. A Dios, cristiandad vil.
AXAT. A ti prospere y guarde.

(*Vanse todos.*)

ESCENA XII

ALI, *de moro, maniatado, y conducido por* PAJA, *que le maltrata*

PAJA. Mestizo preguntador,
sabrá el Rey de qué manera
capitan de malos era
tan grande sufrido hablador.
¡Vive Dios perro cobarde
que habeis de comer tocino
gordo y rancio, y beber vino,
aunque sea por la tarde.
Pringado habeis de dar cuenta
desde el dia en que nacistes
por las preguntas que hicisteis
para saber á la venta.
ALI. Ingratamente me pagas
la amistad que entre ambos hubo.
PAJA. Yo sabré que origen tuvo
la casta de los Barzagas.

ESCENA XIII

DICHOS y GARCI PEREZ

GARCI P. ¿Qué es esto? ¿Por qué ocasion
la tregua estás quebrantando?
PAJA. No es fruta de contrabando
puntapiazo y mojicon.
En fin, ¿con treguas se trata
de partidas con el moro?
GARCI P. Su Rey á peso de oro
la gran Sevilla rescata,
pero está entero Fernando.
Mensajeros van y vienen,
y pienso que efecto tienen
los medios que van tomando,
pues ya por la Reina mando.
PAJA. Si la Reina viene, ciertos
son y honrosos los conciertos.
Rogad, perro mal nacido,
que os la depare Dios buena,
que á Sevilla han de rendir,
ó vos habeis de servir
de espantajo en una entena.
Señor, su maldad obliga
á un castigo muy solene:
miradle atento, que tiene
los diablos en la barriga.
Este, siendo Ali Muley,
fué Barzaga, y á servirme
espera, y salió al camino
de Alcalá á prender al Rey.
GARCI P. El es tal, que piadoso
su traicion perdonará.

ESCENA XIV

GARCI PÉREZ, ALÍ, PAJA y RAMON BONIFAZ

BONIFAZ. La ciudad se entrega ya.
PAJA. ¿Hay perro tan venturoso?
GARCI P. Justo es que se satisfaga,
pues Axataf se ha rendido
y os la entrega á Sevilla,
como entregaste á Barzaga.
ALÍ. ¿A él, cómo ha de quien entregar?
BONIFAZ. De espanto os ha recatado.
El servicio ha intentado
por nuevo medio pagar
lo que á Mirama robó.
El tercio de la ciudad
daba, despues la mitad
con Mirama en medio; en fin
con que salir se les deje
con lo que puedan llevar,
la ciudad se ha de entregar.
PAJA. Pues yo estoy hecho un hereje
de que vuesarce se escurra,
aunque así lo ordene el Rey
tan contra razon y ley,
sin darle una gentil zurra.

ESCENA XV

DICHOS. *Tocan y salen por una parte las damas y la Reina á quien saque de la mano el Príncipe Don Fernando, y por otra entran Don Gonzalo Ponce, los Maestres, Don Ramon Lissana, Arzobispo, el rey Don Fernando y Axataf con las llaves de Sevilla en una fuente y tomadas el Rey.*)

(*Axataf, hincándose de rodillas.*)

AXAT. Como dueño de Sevilla
su Rey teneis á los piés
y sus llaves.
FERNAN. Rey, no estés
así.
AXAT. (*Levantándose.*) La razon me humilla.
FERNAN. (*A la Reina.*) Será vuestra Majestad
bien venida y recibida,
pues le da la bien venida
tan alegre novedad.
REINA. Dichosa soy, pues me acerco
á merecer vuestro lado,
que lo demás han granjeado
diez y seis meses de cerco,
y como continuamente
fuisteis clemente y piadoso,
consegais fin tan dichoso
en dia de San Clemente.
FERNAN. Tan grande favor incita
al justo agradecimiento.
REINA. Yo haré el reconocimiento
á la Virgen en su ermita.
FERNAN. La iglesia sea consagrada
y la ciudad guarnecida,
y haga el moro su salida,
porque se haga nuestra entrada.
Su Patrona en procesion
llevemos á la ciudad
con solemne Majestad
y cristiana devocion.
GARCI P. Quedarán en este estado,
aunque no muy satisfechos
del rey Fernando los hechos,
que siendo á reyes dechado,
dió á Sevilla santas leyes,
y esta es, porque tan le demos,
la tradicion que tenemos
de *la Virgen de los Reyes.*

QUIEN HABLÓ, PAGÓ

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representola Valdés.

PERSONAS

La reina de Aragón.
El rey de Navarra.
Doña Blanca, *su hermana.*
Estela, *dama.*
El conde de Urgel.
Don Sancho, } *criados.*
Don Vela, }
Sancho, *labrador.*
Tirrena, *labradora.*
Nuño, *secretario.*
Ricardo.
Ximén, *soldado.*
Tres embajadores.
Dos pretendientes.
Un soldado.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El conde de Urgel y tres Embajadores

Conde. La Reina aun no está vestida:
esto me envió á mandar
que os diga.
Emb. 1.° Yo he de esperar,
siendo su alteza servida,
á que me vea.
Emb. 2.° Es forzoso
que hoy tome resolucion.
Emb. 3.° En cuanto á mi pretension,
á mi, por mas cuidadoso,
me envió mi Rey aquí;
y en la dilacion que veo,
la priesa de su deseo
me habrá de culpar á mí.
Conde. No niego yo, caballeros,
que teneis justas razones
de sentir las dilaciones
con que excusa responderos
la Reina; pero advirtiendo
que no ha de elegir esposo
sin un acuerdo dudoso
con que se va disponiendo.
Y éste las horas dilata,
y los dias entretiene:
disculpa bastante tiene,
y con poca ofensa os trata.
Bien sabeis todos que el Rey
mandó, muriendo, que fuese
su esposo el que ella escogiese,
y su testamento es ley.
Prevenid con la esperanza
el buen fin deste suceso,
que no habrá culpable exceso
en quien tal ingenio alcanza.
Su alteza sale, llegad
y hablalda todos.

ESCENA II

La Reina, con gran acompañamiento, los tres Embajadores, dos Pretendientes y un Soldado, con memoriales los tres. El Conde.

(Siéntase la Reina en una silla y el Conde en pie á su lado.)

Emb. 1.° Señora,
pues vuestra alteza no ignora
el valor, la majestad
de Alfonso, rey de Castilla,
las partes de su persona,
á quien la imperial corona
por mil respetos se humilla,
admita el justo deseo
con que ser suyo se ofrece.

REINA. Ya lo que Alfonso merece
estimo, conozco y veo
EMB. 2.° Francia, con justa razón
á su príncipe Delfín
estima. No busca, en fin,
la posesion de Aragon
pretendiendo á vuestra alteza,
en quien cifra su ventura,
que adora, alaba y procura
su discrecion, su belleza.
Merezca premio esta fe
que por mí os publica ausente.
REINA. Debo al Delfín, mi pariente,
mil favores.
EMB. 3.° Bien podré,
aunque tercera en lugar,
informaros, gran señora,
de que Roger os adora,
á quien el Tirreno mar
besa en Sicilia los pies,
y yo los vuestros aquí.
Por él su retrato os dí,
que fué el mayor interés
que os puedo ofrecer agora,
pues siendo tan bella vos,
y él tan galan, en los dos
¿quién la consonancia ignora,
cuando ha de hacer el amor
música de pensamientos
reales?
REINA. De sus intentos,
de su gallardo valor,
de su gala y bizarría
tengo nuevas; mi consejo
me ha de casar con el hijo,
si bien la eleccion es suya,
por justo acuerdo de Rey,
mi padre, que no forzó
mi voluntad, aunque yo
hoy la sujeto á la ley.
Hablad al Conde mañana,
que él responderá por mí.
EMB. 1.° Si á Castilla llevo un sí,
gloriosos aumentos gana. (*Vase.*)
EMB. 2.° Si á Francia en esta ocasion
puedo conducir tal Reina,
hasta donde el sol se peina
se dilatará Aragon. (*Vase.*)
EMB. 3.° Si la eleccion de Roger
llevo á Sicilia, y yo veo
bien logrado mi deseo,
tiemble el otomano imperio. (*Vase.*)
PRET. 1.° Aunque estaba consultado,
gran señora, en la tenencia
de Jaca, por cierta ausencia
forzosa se me ha quitado.
Yo he servido á vuestra alteza
como un vasallo fiel.
(*Entrega un memorial á la* REINA, *y esta lo da al* CONDE.)
REINA. Hablad al Conde de Urgel.
CONDE. (*Al* PRET.) Merece vuestra nobleza
y vuestra noble oposicion,
Nuño, muy buenos oficios,
y creed que á mis deseos
debeis grande estimacion.
A la Reina advertiré
como os puede mejorar.
PRET. 1.° Después os iré á besar
las manos. (*Vase.*)
CONDE. Vuestro serré
SOLDADO. Muchas veces, gran señora,
he dado ya á vuestra alteza
memorial de mi pobreza
y mis hazañas.
REINA. Y agora
¿qué me pedís?
SOLDADO. Lo que ayer
pedí, y pediré mañana,
y un siglo, si no se humana
como piadosa y mujer,
como reina de Aragon,
como Emperatriz del suelo,
al ver que no llueve el cielo
sobre cosa, en conclusion,
que pueda llamarse mia.
REINA. ¿Donde habeis sido soldado?
SOLDADO. (Cogióme.) Aunque no he empezado
á serlo, muy bien podria.
REINA. Tambien yo os pudiera dar
mucho, pero nada os doy
por esta vez.
SOLDADO. A eso voy.
Los reyes no han de mirar
para dar *por qué*, ni *cuándo*,
sino quien ha menester,
que á Dios han de parecer,
que siempre nos está dando.
REINA. Pues yo os doy solo por él
lo que me pedís por vos.
SOLDADO. Dare mil gracias á Dios.
REINA. Acudid al conde de Urgel.
SOLDADO. Ya me espantaba, que habia
cosa en que no entrase el Conde.
CONDE. Vedme después.
SOLDADO. Corresponde
á quien es vuestra señoría. (*Vase.*)
PRET. 2.° En tan justa pretension
como la mia, señora,
quisiera informar.
REINA. Ahora
venís á mala ocasion.
Acudid á hablar al Conde,
que él me informara despacio.
CONDE. Cuando salga de palacio
me hablareis, ya sabeis donde.
Y estad cierto de mi pecho,
que vuestro aumento querria.
PRET. 2.° Yo soy de vuestra señoría
obligado y satisfecho. (*Vase.*)
REINA. Ea, despejad la sala,
salios todos á fuera:
Conde, yo tengo que hablaros;
no os vais.
CONDE. Mande vuestra alteza.
(*Salen todos, y quedan solos la* REINA *y el* CONDE.)

ESCENA III

La REINA *y el* CONDE.

REINA. ¡Grave peso el del gobierno!
¿No será justo que tengan
los reyes algunos dias

en que el cuidado suspendan?
Quiero entretenerme un rato;
hablemos en cosas nuevas.
De la corte ¿que os divierte
y entretiene más en ella?
¿Jugáis? ¿salís á caballo?
¿Gustáis de imitar la guerra
en la caza por los parques,
ó en la ciudad haceis fiestas?
¿En que os ocupáis las horas
que los negocios os dejan?

CONDE. Lo que me ocupa es serviros,
y solamente me alegran
los sucesos, gran señora,
en que mi cuidado acierta.
En él ocupo los dias,
y las noches me desvelan,
prevenciones que hago al tiempo
por las horas que me niega,
que siempre el tiempo me falta.

REINA. Debeis á vuestra nobleza,
Conde, tan grande cuidado,
pues he confiado de ella
todo el peso deste reino.
Pero admírame que puedan
vuestras galas, vuestros años,
no tomarse la licencia
que suelen los hombres mozos,
y que tan estrechos sean
los preceptos del cuidado
que vuestras pasiones venzan.
¿No servís dama en palacio?;
que con pretension honesta
no lo excusa un caballero,
García, de vuestras prendas.

CONDE. Tal vez, señora, podria
haber visto vuestra alteza
en las cuadras de palacio,
en los saraos ó en las fiestas
algun descuido en mis ojos,
y que habrá nacido, advierta,
de obligaciones corteses,
mas no de amorosas penas.

REINA. No, Conde, no quiero yo
apurar desa manera
vuestras verdades, que sólo
mi curiosidad desea
saber á cuál de mis damas
os inclinais, que hay entre ellas
algunas de ilustres partes,
nobles, hermosas, discretas.

CONDE. Yo confieso sus valores,
pero vuestra alteza crea
que me deben poco amor,
no porque no lo merezcan,
sino por desconfiado.

REINA. ¿Cierto?

CONDE. La verdad es esta.

REINA. ¡Graciosa desconfianza!
Otra cosa sienten della
las damas de Zaragoza,
que no falta quien me cuenta
su hermosura y vuestra gala:
ya sé que doña Teresa
de Aragon es muy hermosa,
y que algun cuidado os cuesta.

CONDE. Poco sabe de mi pecho
quien informó á vuestra alteza.
Doña Teresa es hermosa,
mas tiene mucho de necia,
y cuanto agrada á los ojos,
los oidos atormenta,
que es brava pension del gusto.

REINA. Bien decis, esta sospecha
pudo engañarse, si ya
no llegue á ser la mas cierta
que doña Angela, su prima,
es la que más os desvela.

CONDE. Es un angel, vive Dios,
mas es muy libre, y es fuerza
que ofenda su libertad
su opinion, aunque no llega
á menosprecio su honor.
Préciase de muy discreta,
escribe versos y canta,
con que visitar se deja
más de lo que fuera justo.

REINA. Esa es advertencia cuerda
hace doña Angela mal.
¿Y doña Beatriz de Urrea?

CONDE. Poco me debe esa dama,
que es conformidad de estrellas
amor, y han estado siempre
muy encontradas las nuestras.

REINA. Mucho os estimais, García;
ninguna al fin os contenta,
y así no amais.

CONDE. No por Dios.

REINA. ¿Cierto, cierto?

CONDE. Ya es ofensa
de mi verdad esa duda.

REINA. Mintieron, pues, mis sospechas.
Ahora bien, Conde, volvamos
á mis cuidados, que apenas
puedo una hora suspenderlos.
El reino me pide apriesa,
por ser mujer, que me case.
Mi padre ya veis que ordena
en su muerte que yo escoja
esposo, y me da licencia
para elegir á mi gusto,
aunque mi vasallo sea.
El de Castilla me pide,
el de Francia me desea:
Rogerio, rey de Sicilia,
me solicita con veras,
y no me inclino á ninguno.
Demás que no es bien que tenga
Aragon rey extranjero,
y así casarme quisiera
dentro en mi reino, pues tengo
de nuestra real nobleza
deudos tantos, si vasallos
tan ilustres, que no llegan
con locas indignidades
la corona á sus cabezas.
Esta es mi resolucion,
y para acertar en ella
hacedme memoria ahora
de los nobles en quien pueda
escoger uno, que al reino
y á mí por suyos merezca.

CONDE. Supuesto que determina,
gran señora, vuestra alteza

darnos rey en Aragón,
que propongo, y no extraño sea,
(que es justo y prudente acuerdo)
caballeros hay que llegan
á merecer este nombre
en vuestro reino. Nobleza
hay en el conde de Ampurias,
demas de las excelencias
de su ingenio y sus virtudes,
de su gala y gentileza.
De vuestra sangre es el conde
de Belchite: la grandeza
de la casa de Moncada,
don Ramon, su dueño, aumenta.

REINA. Es vano el conde de Ampurias:
preciase de su belleza,
y no es bueno para mí
hombre que tan lindo sea,
que es fuerza que entre los dos
haya grandes competencias,
y estimo mucho la paz.
El de Belchite se precia
de mucha sangre real
que le habrá de dar soberbia
con que no me estime en tanto,
ni este favor agradezca:
quiero esposo más humilde.
El de Moncada á la guerra
de Marte, no á la de amor
se inclina, y tanta fiereza
no es buena para marido:
vaya á guardar mis fronteras.

CONDE. ¿Y don Blasco de Aragon,
ó don Ximeno de Urrea?

REINA. Ninguno dellos me agrada.

CONDE. No me parece que queda
otro noble en Aragon
que tan dignamente tenga
bríos de ser vuestro dueño,
cuando estos no lo merezcan.

REINA. ¿Es posible que no hay otros?

CONDE. Aseguro á vuestra alteza
que no alcanzo otro ninguno
que proponerle.

REINA. (*Aparte.*) (¡Qué necia
desconfianza!) Yo sé
que hay en el reino quien pueda
tener tan alta esperanza;
mas esto es bien que se advierta
con mucho espacio. Miraldo,
Conde, con más vagar ciencia
y escribidme una memoria
de los títulos que quedan

(*Levántase la* REINA.)

por advertirme hasta ahora,
y mirad que venga en ella
también el conde de Urgel,
porque humildades tan necias
más parecen cobardía,
que desconfianza cuerda.

(*Vase la* REINA.)

ESCENA IV

El CONDE.

Fuese, y confuso he quedado.
Hoy desvanece[1] la Reina
mis altivos pensamientos:
desde hoy suben á su esfera.
Mis necias desconfianzas
con justa causa condena,
pues águilas de su sangre
á su sol los ojos cierran.
Ánimo, temor cobarde;
las más heroicas empresas
la fortuna las acaba
cuando el valor las comienza.
Ya en mis sienes la corona
que ponen sus manos bellas,
con rayos de un sol se dora,
guarnece un alba con perlas.
¡Qué envidia dará mi dicha!

ESCENA V

El CONDE *y* RICARDO.

RICARDO. ¿Su alteza no estaba aquí
ahora?

CONDE. Pienso que sí.
¿Qué es lo que queréis?

RICARDO. ¿Por dicha
alcanza vuestra privanza
á querer de mi secreto
saber el fin? ¡Bravo efeto
de favor: gran confianza!
A la Reina quiero hablar,
y no os vengo hablar á vos,
si no es que ya sois los dos
tan uno en este lugar,
donde asistís de ordinario,
aunque su opinión se ofenda,
que para que ella me entienda,
que me oigais es necesario.
No imagino que responde
sin vos, ni puede vivir,
pues no acertáis á salir
de su antecámara, Conde.
La Reina es reina y mujer,
y vos, en fin, su privado;
privad con menos cuidado,
y no tendreis que comer.
Mirad bien como medis
los pasos por donde vais,
que hasta el cielo levantáis
y al sol los rayos pedís.
Porque os tengo voluntad,
de hallaros aquí me pesa.

CONDE. Si la voluntad es esa,
Ricardo, es poca amistad;
porque cuando yo tuviera
tal pensamiento conmigo,
si vos fuerades mi amigo,
no envidia, contento os diera.
Consejo á quien no le pide,
nunca es darle discreción,

---

1 Así en el original, pero quizá escribiría Téllez *oenvanece*.

y más si con la razón
poco se gobierna y m de.
Y cuando mi pensamiento
fuera de empresa tan l oca,
¿por qué parte á v os os toca
el llamarle atrevimiento?
¿Violante no ha de escoger
el marido que quisiere?
Pues cuand o á mí me escog ere,
¿quién como yo puede ser?
Cuanto más que esta es respuesta
de vuestra mala intencion,
que mis méritos no son
dignos de empresa con esta
mas cuando los tenga alguno,
si no le igualo, le excedo.

RICARDO. Paso, Conde, habl ad más quedo,
que no os excede ninguno.
Vos sois el mejor de todos;
justamente pretendéis,
y os la empresa merecéis,
vos la alcanzais de mil modos,
y todo con gran razon.

CONDE. La Reina vuelve, no puedo
responderos.

RICARDO. Yo me quedo
aquí con cierta ocasion.
Dejadme hablar con su alteza
á solas.

CONDE. ¿Que pretendes?

RICARDO. Despues, Conde, lo sabréis.
que hoy mi pretension empieza.
Y pues fuera desvarío
juzgar vuestro pensamiento,
tambien será atrevimiento
querer vos saber el mio.

CONDE. Quedaos, Ricardo, en buen hora.

RICARDO. El cielo esa vida aumente.

CONDE. (Ap.) Este encubre lo que siente,
y su necia envidia dora.

(Vase el Conde.)

ESCENA VI

La REINA *y* RICARDO.

REINA. ¿Con quién hablábais aquí,
tan alto, Ricardo?

RICARDO. Hablaba
con el Conde, que me daba
mucha ocasion.

REINA. ¿Cómo así?

RICARDO. Está tan desvanecido
con tus favores, señora,
que aquí me ha tratado ahora
tan soberbio y atrevido,
que á no salir vuestra alteza
castigara su arrogancia.
La sangre real de Francia
me dió esta ilustre nobleza,
y tambien me da el respeto
con que á mí se me ha de hablar;
pero quiero disculpar
á un hombre tan indiscreto
que atribuye á su privanza
el merecer tus amores,
y aun se alaba de favores
que con más secreto alcanza.
Ahora me ha dicho aquí
que ha de ser rey de Aragón
mañana, dióme ocasion
á enojarme, y respondí.

REINA. Basta. ¡Que graves enojos! (Ap.)
¡Ah, necio Conde! ¡ah, villano!
¡Apenas os dov la mano,
cuando me quebrais los ojos!
Castigo de mi osadía
ha sido tan fuerte ofensa.

RICARDO. (Ap.) Turbada, hermosa y suspensa
rayos á mi pecho envía.
Adoro á la Reina, aspiro
á esta corona, si es ley
que un primo del muerto Rey,
con los valores que miro
en mí á todos se adelante.
En tan justa pretension,
no los reinos de Aragon
pretendo, adoro á Violante.
Reina nació, y es mujer,
no peña. Esperanza mia,
ánimo, que quien porfía
con arte vence al poder.

REINA. (Ap.) Resolverme, aunque me cuesta
la mitad del alma; pero
quiero averiguar primero
la verdad, si acaso es este
envidioso ó su enemigo.
Ricardo.

RICARDO. Señora.

REINA. ¿Tu
creiste al Conde?

RICARDO. ¡Jesú!,
reñíle, el cielo es testigo;
y á no estar en tu aposento,
que me suspendió la ira
de su enojosa mentira,
pagara el atrevimiento.

REINA. ¡Que se atreviese á mi honor!

RICARDO. Tan necio y tan satisfecho,
que dijo que aun hoy le ha hecho
vuestra alteza un gran favor.

(Reina, *aparte*.)

REINA. ¡Válgame el cielo! ¿A qué aguardo?

RICARDO. (Ap.) Bien culpo al Conde, en efecto.

REINA. (Ap.) El secreto amor me enseña[1].
Ya veis que importa, Ricardo,
Tú eres mi deudo, y sabrás
guardarme, si ya no has sido
que el falso Conde atrevido
le haya dilatado mas.
¡Con mentirosa alabanza (Ap.)
que se atreva á mi opinion!
Yo tengo satisfaccion (A Ricardo.)
del mucho valor que alcanza
tu persona, y quiero ahora
valerme de tí. ¡Que pena! (Ap.)

RICARDO. Tu esclavo soy, manda, ordena,
verás el amor, señora,
y la lealtad de Ricardo.

REINA. Llámame al conde de Urgel,
y volveras tú con él.

---

1 Este verso debió de escribirse «Amor me enseña.» El secreto»

RICARDO. Voy á buscarle.
REINA. Aquí aguardo.
(Vase Ricardo.)

ESCENA VII

La REINA, *luego* NUÑO, *secretario, con una cartera, tinta y plumas, y una carta.*

REINA. Necia y vana confianza.
¿Qué diré con mudos labios
de tan injustos agravios?
¿Cómo tomaré venganza?
¡Venganza, cielos, de un hombre,
por indigno de mi amor;
olvido, falta y rigor,
que aborrezco hasta su nombre!
Si en pago mi atrevimiento
quien fue del suyo testigo,
también dará su castigo
ocasión al escarmiento.

NUÑO. *(Retirando.)*
Aquí escribe, señora, vuestra alteza
está al rey de Navarra, en que le pide
que suspenda las armas con que intenta
satisfacerse por estar quejoso
de no haberle admitido por esposo.

REINA.
Mostrad, la firmaré.

ESCENA VIII

DICHOS, *el* CONDE *y* RICARDO.

RICARDO.
Ya está aquí el Conde.

CONDE.
¿Qué manda vuestra alteza?

REINA.
En gran cuidado
me pone el de Navarra: injusta guerra
mueve en mi ofensa. Hoy supe que se apresta
para meter en Aragón su gente,
que es fuerte casa. En la ocasión presente
importa, Conde, que os partáis al punto
á toda prisa á veros con Teobaldo,
que vuestra autoridad y carta mía
disuadirán al Rey del nuevo intento.
Decidle que dilate el casamiento,
y que tomando en él mejor acuerdo
podrá ser que asentemos nuestras paces.
No deis crédito vos á esta mudanza,
ni aseguréis del todo su esperanza:
sólo le entretened, que es lo que importa.
Mi carta es esta, y vuestra diligencia
feliz suceso me promete en todo.
Partid, Conde, y partid á la ligera:
tan solamente Nuño os acompañe,
que lo que más conviene es el secreto:
no os quiero decir más, pues sois discreto.

NUÑO
Yo iré como mandáis.

CONDE.
Y yo á serviros
con esta misma fe, por cuanto dora
el sol, desde el ocaso hasta el aurora.

REINA.
Vos, Ricardo, volved á verme luego,
que tengo en que ocupar vuestra persona
de mi real servicio.

RICARDO.
Si serviros
es digno premio que mi amor alcanza,
desde hoy llamo dichosa mi esperanza.
(Vase Ricardo y la Reina por una puerta, y el Conde y Nuño por otra.)

ESCENA IX

SANCHO *y* TIRRENA, *labradores.*

TIRRENA. Mal hayan los cazadores,
y vayan siempre en mal hora
á espantarnos el ganado.
SANCHO. ¡Que hasta en una pobre choza
no viva el cuidado ocioso!
Verá que confusa tropa
de cortesanos desciende
al valle á la fuente agotan.
Acá parece que guían.
TIRRENA. No, que hacia el monte se emboscan.
SANCHO. Acercáos á mí, Tirrena.
TIRRENA. ¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de andar junto á ti?
SANCHO. Sois mujer, y con todas
habían de ser los malos,
ella el cuerpo, y ella sombra.
Si no lo sabéis, Tirrena,
sabed, que la mujer propia
siempre ha de andar en el pecho
como la ajena en la bolsa.
TIRRENA. Tu necia desconfianza,
Sancho, me tiene quejosa;
tu cuidado me da pena
y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
habito una pobre choza,
cubierta de humildes pajas,
entre cuatro peñas solas.
La música de las aves,
que me despierta al aurora,
á quien ayudan las fuentes
y el aire entre aquellas hojas
de aquellos copados olmos,
ni me llama ni enamora,
porque no entiendo la letra,
por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
el cielo de verdes ropas,
son galanes solamente
de la Primavera hermosa,
y á mí jamás me dijeron
amores, con verme sola.
Mis verdes dormidas siestas
sobre esa pintada alfombra.
Por estos montes paseo,
no en las calles espaciosas

de la corte, que á los ojos
tantas veces ocasionan.
Si estás triste, no me alegro,
lo que te enoja, me enoja,
contigo gozo tus bienes,
contigo tus males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
poco excusan la deshonra
del marido desdichado
que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
la buena, y á poca costa
de cuidados asegura
á su dueño por sí sola.
Esto advierte, Sancho mio,
y ven á segar agora,
que se va pasando el dia;
que al paso que tu las cortas
cogeré yo las espigas,
para que en mis brazos cojas
el fruto de tus amores
libre de penas celosas.

SANCHO. Ponlos, Tirrena, en mi cuello,
que tus palabras de alcorza
me han azucarado el alma.
Vamos, y esta mano toma
de que no me verás mas
pedir celos desde agora.

TIRRENA. ¡Qué necedad es pedirlos!

SANCHO. Y darlos, ¡qué mala cosa! (*Vanse.*)

ESCENA X

El CONDE DE URGEL *y* NUÑO, *de camino.*

CONDE. Aquí podemos parar.

NUÑO. Señor conde Don García,
ya vuestra melancolía
me da licencia y lugar
de preguntaros la causa,
si es posible que se diga,
que á tal pesar os obliga.

CONDE. No sé, por Dios, quién la causa.
Vengo con algun cuidado
de ver que al partir cayó
mi caballo, y se trató
tan mal, que al fin le he dejado.
Hemos perdido el camino
tres veces, y en la caida
me pudo quitar la vida
mi propia espada. Imagino
que al salir de Zaragoza
vimos los dos escuderos
heridos, necios agüeros
son, mas tengo de Mendoza
alguna sangre en mi casa,
y no los puedo excusar.

NUÑO. Si dais en imaginar,
y á tan grande extremo pasa,
Conde, esa melancolía,
vuestra salud temo.

CONDE. Ardiente
está el sol; aquesta fuente
más templado el aire envía,
á quien hace sombra aquel
olmo, y me fatiga el sueño.

NUÑO. Dormid, que es pesado dueño,
y yo os seré guarda fiel.

SANCHO (*Dentro.*) Canta, Tirrena, que quiero
que alivies nuevas fatigas.

NUÑO. Vaya si son de las espigas
muesama, que es un silguero.

(*Canta dentro una mujer.*)

Alabastis os, caballero,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.
Alabastis os en Castilla
que teniais linda amiga,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.

(*Gritan todos como ruido de segadores.*)

NUÑO. No canta mal la villana.
Falsa, Conde, os puedo ser
al sueño.

CONDE. ¿Que he de temer?
(Déjame, sospecha vana.
¿Que quieres, necia tristeza?
¿Quién me enoja y me divierte?)
Allí me reclino. Advierte
que en pasando esta aspereza
del calor, si me durmiere,
me llamés, y caminemos.

NUÑO. Descansa. ¡Fuertes extremos!
¡Oh, privanza, quién te quiere!)

(*Retírase el Conde á dormir donde se ha dicho.*)

ESCENA XI

RICARDO, *de camino, con una cédula y un pliego de cartas en la mano.* NUÑO *y el* CONDE, *dormido.*

RICARDO.

Corriendo, Nuño, dejo atrás el viento
por alcanzarte. ¿Donde queda el Conde?

NUÑO.

Allí descansa.

RICARDO.

(Lograré mi intento.)
Esta cédula real mira, y responde
á la Reina, por cuyo mandamiento
mi lealtad á mi sangre corresponde:
secretos suyos son, no hay resistencia.

NUÑO.

La respuesta, Ricardo, es la obediencia. (*Lee.*)

«Ricardo, á mi servicio conviene que ayudado de Nuño, mi secretario, que le acompaña, deis la muerte á D. García, conde de Urgel. Buscad el lugar más á propósito, por lo que importa este secreto. En vuestra diligencia conocere el celo que tenéis de mi servicio, y habiéndolo muerto pasaréis los dos á Pamplona, donde abriréis el pliego que os he dado, y tratad con el rey de Navarra lo que ordeno en él. *La Reina.*»

¡Fuerte resolución!

RICARDO.

Este es el pliego.

NUÑO.

Su letra es esta, y el que allí descansa
el triste Conde, descuidado y ciego,

gozando desa fuente clara y mansa
con que templa del sol el mayor fuego.
El sueño rinde lo que mas le cansa,
que fue su pensamiento.

RICARDO.

Pues despierte
en las últimas quejas de la muerte.
Desnuda, Nuño, como yo el acero;
si eres leal vasallo, y obedeces
una firma real.

NUÑO.

De pena muero.

RICARDO.

¿Donde está tu valor? ¿Tu te enterneces?
Si no te atreves, yo seré el primero
que pase el traidor pecho muchas veces:
á mi Reina obedezco.

NUÑO.

Esa obediencia
será testigo fiel de mi inocencia.

(Vanse las espadas desnudas y suena dentro ruido de cuchilladas.)

CONDE. *(Dentro.)*

Rendido al sueño ¿qué mayores señas
de que, traidores, afrentáis aceros
en mis heridas, que juzgo pequeñas
rigor infame de ánimos tan fieros?
Repite el eco entre elevadas peñas
que sois cobarde, viles caballeros,
y en la traición de que os valéis, advierto
que llegáis á matar un hombre muerto.

(Salen ahora y el Conde herido.)

CONDE.

¿Tú, Ricardo, tú tienes sangre mia?
¿Tu eres mi deudo?

RICARDO.

En mi rigor advierte
que la justicia de la Reina envia
á tu delito inexcusable muerte.

CONDE.

De tu envidia nació la alevosía
que en mi desdicha ocasionó la muerte.
Yo muero, ¡ay, cielos! *(Cae.)*

RICARDO.

Vamos, que esto es hecho,
este anillo publique su mal pecho.

(Pone Ricardo una sortija en un dedo al Conde, y desante en el suelo, y sale doña Blanca, infanta de Navarra, muy gallarda, de caza.)

ESCENA XII

DOÑA BLANCA DE NAVARRA *y el* CONDE.

D.ª BLAN. Queriendo vengar la muerte
del cazador que en las selvas
de Chipre lloro piadosa
y enamorada su Reina,
me dejó sola mi gente:
tan veloz huye la fiera,
que si no corre con alas,
con miedos cobardes vuela.
¿Por donde iré, que este monte
no tiene camino ó senda
que malezas no le corten,
que no le borren las yerbas?
Pero ¿qué tirios matices
labran el campo? ¿quien hiela
el alma en mi pecho?

CONDE. ¡Ay, cielos!

D.ª BLAN. ¡Válgame Dios! ¿Quién se queja?
¿Que voz es esta que mueve
los montes, si en su aspereza
enternecidas, parece
que lloran sangre las piedras?
¿A mi, que puede importarme?
¿Qué necia piedad es esta
que alentar no deja el alma
y mover me deja apenas?
Aqui está un mancebo herido.
¿Si es cazador, que la fiera
hirió? Las galas y el talle
de todos le diferencian.
Quiero llegar... No es acción
de mi calidad... ¿La Reina
del Catay no curó un moro
de mas desiguales prendas?
¿Deidad, que nació en el mar
de otra superior esfera,
no baño á Adonis en llanto
sobre la tierra sangrienta?
¿Qué aguardo? ¿no es la piedad
acto generoso? Venza
la razón, no el falso engaño,
que la vanidad sustenta.
«Caballero». ¡Ay, Dios, si es muerto!
Faltóle al mundo su idea
en tan floreciente edad,
Abril de la gentileza.
«¡Ah, caballero! ¡ah, señor!»—
Aun tiene vida y aliento.
«Abrid los ojos, de quien
rayos del sol son centellas.»—
No puede hablar, ¡triste suerte,
que paga en flores la tierra
espíritus que traslada
de las del cielo á sus venas!
¿Quién me mueve? ¿si es piedad?
¿qué extraña pasión me esfuerza
con movimientos de nieve,
que abrasan cuando se hielan?
Para piedad, mucho es esto.
¿Quién me inclina? ¿quién me lleva
tras este engaño, á quien sigo
entre desdichas tan ciertas?
¿A un no vivo, que da muerte,
y á un sol, que eclipsado ciega?
¿Que discreteos me entretienen
para que no le prevenga
remedio? Mas la ocasión
llegó á faltarme en las fuerzas.
Inculto, erizado monte,
heladas y duras peñas,
á quien si labra esta sangre,
bañan mis lágrimas tiernas:
sordos troncos, que os tapáis
con arrugadas cortezas

al encanto de mis voces
y á la piedad de sus quejas:
fieras, que desta crueldad
si no piadosas, suspensas,
las entrañas destos montes
en sus grutas os encierran:
llegad, que seréis humanos
viendo el rigor, la inclemencia
de los hombres, de los cielos,
de elementos y de estrellas.
Fiero es el mal, que al remedio
entre esperanzas muertas,
ojos ingratos le sobran
cuando le faltan orejas.
Si no es ilusion que forma
la necesidad, corneta
veloz, penetra un villano
el monte, el valle y la sierra:
parece que oyo sus voces,
y que adonde estoy se acerca.
¿Que anillo es aqueste, lleno
de sospechas y de letras? (*Lee*)
«Quien habló, pagó» ¿Qué es esto?
Venganza, venganza es esta.
«quien habló, pagó». Ya crecen
con la piedad las sospechas.
Fiera venganza ¡ay, de mí!
¿Qué pudo hablar, que merezca
tal rigor? Aunque este calle,
bien pudo tener soberbia
y émulos su bizarría.

ESCENA XIII

Dichos y SANCHO, *labrador*

SANCHO. Atada dejo la yegua,
y es tan fogosa, que temo
que rompa el tronco y las riendas.
¿Señora, llamásme á mí?
D.ª BLAN. ¿Conócesme?
SANCHO. Vuestra alteza
me dé sus pies.
D.ª BLAN. Dime, amigo,
¿es cerca de aquí tu aldea?
SANCHO. No la conozco; una choza
tengo al trasponer la cuesta,
pobre, pero sin vecinos,
que no es pequeña riqueza.
D.ª BLAN. Lleva en tu yegua este herido,
y lo mejor que tu puedas,
que la falta de la sangre
fuera de acuerdo le lleva.
SANCHO. Para restañar la, yo
conozco piadosas yerbas,
y se curar por ensalmo.
D.ª BLAN. Toma, amigo, esta cadena:
pues tan cerca está la villa,
trae médicos, que la ciencia
es la verdadera cura.
SANCHO. Eso es querer que se muera.
D.ª BLAN. ¿Cómo te llamas?
SANCHO. ¿Yo? Sancho.
D.ª BLAN. ¿Conócesle?
SANCHO. En la presencia
un príncipe me parece,
y no le conozco.
D.ª BLAN. Abrevia,
que temo en la dilacion
su muerte.
SANCHO. Yo voy.
D.ª BLAN. Espera;
¿Sabes leer?
SANCHO. Y escribir,
y aun letras de otras escuelas.
D.ª BLAN. Sancho, guarda esa sortija
presto, que mi gente llega.
SANCHO. Las letras quiero leer,
aunque los sabios me sellan:
«quien habló, pagó»; eso no,
yo soy mudo.
D.ª BLAN. Tu cabeza
guardará tu lengua.
SANCHO. Vamos,
que yo guardaré mi lengua.

(*Vase la Infanta por un lado, y por el otro Sancho con el Conde.*)

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA

DOÑA BLANCA, *ya con verdugado, y* ESTELA, *su dama*

(*Doña Blanca sentada en una silla.*)

D.ª BLAN. Ciega piedad, ¿á quien soy
se ha de atrever mi deseo?
ESTELA. Triste, señora, te veo.
D.ª BLAN. Triste, Estela amiga, estoy
En nada alcanzo sosiego,
todo me aflige y congoja,
lo que me alivia, me enoja,
ya soy de hielo, y ya fuego.
ESTELA. ¡Extraña melancolía!
Pues procure vuestra alteza
divertir esa tristeza.
D.ª BLAN. Adoro su compañía:
vivo con mi pensamiento,
y muero sin él, Estela:
lo que me mata y desvela
es el consuelo que siento.
Déjame sola, mas, no,
no te vayas.
ESTELA. ¡Fuerte extremo!
Tu vida, señora, temo.
D.ª BLAN. Quien más la acaba soy yo.
Entra por un libro, á ver
si me puedo divertir,
Estela
ESTELA. Voite á servir. (*Vase.*)
D.ª BLAN. Alma ¿que habemos de hacer
con tan extraña pasion,
con tan ciego desvarío?
¿Qué en amor un cadáver frío?,
¿si fué amor o compasion?
Déjame ya, pensamiento,
que mi voz enternecida
pudo detener su vida,
que vi en el postrer aliento.

(*Saque Estela un libro.*)

ESTELA. Busqué, señora, un poeta
para entretenerte mas
D.ª BLAN. No sé, Estela, si podrás,
aunque fue eleccion discreta.

¿Cuál es?
ESTELA. Pienso que el mejor
de Italia.
D.ª BLAN. ¿Ariosto?
ESTELA. Sí.
D.ª BLAN. Vuelvele, Estela, ¡ay, de mí!
que aumentaran mi dolor
las heridas de Medoro
y la piedad de la bella:
tal es mi pena.
ESTELA. Si en ella
no te sirvo, es que la ignoro.
D.ª BLAN. Lleva ese libro, vé, a Fabio
que cante un rato. Allá fuera
en la antecámara espera...
no... vaya, todo es agravio,
todo me cansa ¡ay, de mí!
ESTELA. A Fabio voy á avisar. (*Vase Estela.*)
D.ª BLAN. Di que cante sin templar,
o que me saldré de aquí.
Cesad, cuidados, que os veo
sin esperanzas, cesad,
acábese la piedad
donde se acaba el deseo.
(*Sale Estela y tocan dentro una guitarra.*)
ESTELA. Las voces del instrumento
y las de su dueño escucha,
que ya te sirven.
D.ª BLAN. Es mucha
mi pena; morir me siento.
(*Cantan dentro.*)
«En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robles
le dejó por escondrijo
o le perdonó por pobre,
mal herido y bien curado
se abriga un dichoso joven
que sin tirarle amor flechas
le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
le hallo en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.
Amor le ofrece sus vendas,
mas ella sus venas rompe
para atarle las heridas:
los rayos del sol perdonen.
Los mismos nudos daba,
cuando el cielo le socorre
de un villano en una yegua
que iba penetrando el monte.»
(*Oída esta, [torna]* la Infanta y escu-
(*Acaban de cantar.*)
D.ª BLAN. (*A Estela.*) No canten más.
ESTELA. Ya en tu llanto
cuán poco te alegras veo.
D.ª BLAN. Suspiros doy al deseo,
lágrimas ofusco al canto.

ESCENA II

Dichos y [Don] Pedro, *rey de Navarra, muy galán, y haya estado escuchando. Luego un* Criado.

ESTELA. El Rey te ha escuchado.
REY. Hermana,
¿quién causa vuestra tristeza?
D.ª BLAN. Tenerla con vuestra alteza
fuera pasión necia y vana.
A vuestro servicio estoy
alegre de que tengáis
salud buena ¿cómo estáis?
REY. Con mil disgustos. Yo voy
al campo, á ver si divierto
este pesar ¿gustaréis
de acompañarme?
D.ª BLAN. ¿No veis
mi pecho, señor, abierto
siempre a vuestra voluntad?
REY. Ya tome resolución
en lo que pide Aragón.
Venero mi noble verdad,
el poco advertido engaño
con que Valante quería
ser Roma, en ofensa mía,
de Navarra, ¡caso extraño!
No permitió el justo cielo
tan grande ofensa en mi honor,
pues su mismo embajador
me avisó de su mal celo.
Amaba al conde de Urgel
de suerte, que se alababa
que sus favores gozaba
poco amante y poco fiel.
Mandéle matar, y luego
con indigno atrevimiento
intentó mi casamiento.
Vano error, intento ciego:
corrido estoy ¡vive Dios!
en el grado que ofendido.
D.ª BLAN. Con justa ocasión ha sido.
REY. Quiero suspender con vos,
Infanta, tanto pesar.
D.ª BLAN. (*Aparte.*) Si no le excediera el mío,
que aunque olvidarle porfío
nunca le acierto á olvidar.
CRIADO. Ya está todo prevenido
REY. Vamos, hermana.
D.ª BLAN. ¡Ay, de mí!
¿Si hallaré donde perdí
la libertad y el sentido...?
(*Vanse todos.*)

ESCENA III

El Conde de Urgel, *con galán de labrador y apoyándose en la espada.*

¡Oh, bienaventurado
silencio santo, de sayal vestido!
¡Oh, venturoso estado,
de pocos en la vida conocido,
donde el menos dichoso
no tiene que temer ni estar quejoso!
De la verdad sagrada
luce el cristal por varios horizontes,
y sobre una cavada
está la vida, por incultos montes,
más segura entre hierbas
que entre esperanzas siempre lisonjeras.
La envidia, ni por sabas
llega á la choza, al monte, al valle, al risco,
ni estas soberbias peñas
que tantas veces corono el tentisco,
pretendieron alguna

más bellas flores, ni mejor fortuna.
Mísero cortesano,
contento nunca, eterna tiranía
de quien te busca en vano,
donde el padre de Jajo no se fía,
que al mandar solamente,
ni leyes cuadra, ni igualar consiente.
Para mi injusta muerte
no sé la causa en que ofendió mi vida;
mas ¿qué ocasión más fuerte
que en un deudo la envidia mal nacida?
¿Qué rigor más villano
que un falso amigo y un aleve hermano?

ESCENA IV

El Conde, Tirrena *y* Sancho, *oculto al principio.*

TIRRENA. Después, gallardo Ramiro,
¿qué debéis? [1]
CONDE. *(Aparte.)* (Esta villana
me mira de buena gana.)
De tu condición me admiro.
A la piedad que has mostrado,
y á la que en tu esposo hallé,
eternamente estaré
si agradecido, obligado.
No tienes que ponderar
deuda tan reconocida,
¿qué es la vida? con la vida
aun no la podré pagar.
TIRRENA. Mayor la causa juzgaba.
CONDE. Ya supe que tu marido,
Sancho, me halló tan herido
que casi sin vida estaba,
y con más piadoso afecto
que el troyano, me llevó
en sus hombros.
TIRRENA. Bien sé yo
que debéis más.
CONDE. En efecto,
al darme vida aquel día
medios puso más que humanos.
TIRRENA. Sancho si ponía las manos,
pero yo el alma ponía.
(Acecha Sancho, *y desde el paño dice.)*
SANCHO. Bueno, bueno, ¿qué, esto pasa?
No recelaba yo en vano.
Vive Dios, señor fulano,
que habéis de volar de casa.
TIRRENA. *(Aparte.)* (De verle cerca de mí
tengo un no cumplido antojo.)
¡Ay, que me caygo en el ojo!
CONDE. ¿Que es eso?
TIRRENA. Llégate aquí,
Ramiro, que ya no espera
mi vista la luz del día.
CONDE. Alguna paja sería
TIRRENA. Sopla y echarásla fuera.
SANCHO. Así, noramala, así,
soplarme la dama luego
al primer descuido. ¡fuego,
en vos, en ella y en mí!
En vos, porque hoy habéis sido
ingrato huésped aquí;
por fácil en ella, en mí
por desdichado marido;
que Ramiro os llamáis vos,
y me queréis enramar
las sienes: ¿ha de quedar
en casa? no, juro á Dios. *(Sale.)*
TIRRENA. ¡Ay, Sancho, ya puedo ver!
SANCHO. Yo tengo en vos buena alhaja.
TIRRENA. Tuve en el ojo una paja.
SANCHO. Una viga había de ser.
Vos, señor Ramiro, ya
estás valiente mancebo.
CONDE. Sancho, la vida te debo.
SANCHO. Vos, Tirrena, entrad allá,
y esto podéis excusar,
porque al huésped la mujer
nunca le ha de entretener,
aunque le ha de regalar.
TIRRENA. Tras de negarme un ingrato
deudas de un alma quejosa,
es esto bueno. *(Vase.)*

ESCENA V

El Conde *y* Sancho.

SANCHO *(Aparte.)* No hay cosa
que no facilite el trato.
De cualquier modo, imagino
la seguridad que es necia.
no se matara Lucrecia
si conversara á Tarquino,
ni Troya ardiera en su fuego,
ni resuelta en su humo y brasa
pereciera, si en su casa
se recelara el Rey griego.
CONDE. Pues Sancho, ¿qué suspensión
os divierte?
SANCHO. Aquesto es hecho,
Ramiro, en vuestro provecho.
CONDE. Conozco mi obligación;
la vida os debo.
SANCHO. No es á mí,
Ramiro, sino á la infanta
de Navarra. ¿Qué os espanta?
CONDE. ¿A la Infanta, Sancho?
SANCHO. Sí.
¿Qué os encoge?
CONDE. Hablad con tiento,
por Dios.
SANCHO. El pecho ensanchad,
que en Blanca esta voluntad
tiene mayor fundamento.
Mi vida, ciegos desvelos *(Aparte.)*
aventuraís: no es tan malo
morir colgado de un palo
como arrastrado de celos.
Por fuerza lo ha de saber
la Infanta; yo me aventuro;
si el bien, Ramiro, os procuro,
en esto lo podéis ver.
CONDE. ¿En fin, que el hallarme herido
pudo mover su valor?
¡Gran piedad!
SANCHO. Más grande amor:
no soy yo tan atrevido.
CONDE. En lo que dices repara.

---

1 Parece faltar algo en este lugar.

SANCHO. ¡Qué encogidos son los sabios!
Ramiro, yo vi en sus labios
sangre de tu misma cara.
Los pensamientos levanta
á tu fortuna dichosa;
mas mira que es peligrosa,
y quiere á un mudo la Infanta.
Que hoy ha salido presumo
á caza, ya el rumor siento.
CONDE. Voy á verla como el viento.
SANCHO. Y sea la vuelta del humo.

(Vase el Conde.)

ESCENA VI

DOÑA BLANCA, SANCHO y TIRRENA.

D.ª BLAN. ¿En fin vivió?
TIRRENA. Quiso el cielo
guardarle.
D.ª BLAN. Supe su historia,
que hoy obliga mi memoria
á lastima y desconsuelo,
al paso que mi deseo
por volverle á ver se abrasa.
¿Curose al fin en tu casa?
Por mí caminos rodeo *(Ap.)*
el llegarle á preguntar
adonde está, y no he sabido
quien es.
TIRRENA. Cuidado he tenido,
mas él ha dado en callar
con tal cordura y tal modo,
que tanto silencio admiro.
Sé que se llama Ramiro,
que esto nos responde á todo,
pero en su talle, á la fe
que parece un gran señor.
D.ª BLAN. *(Ap.)* Detente, atrevido amor,
pues á donde vas no sé.
TIRRENA. *(Ap.)* Como por claro cristal
el corazon manifiesta.
SANCHO. *(Ap.)* ¡El callar que poco cuesta!
Ya lo dije: yo hice mal;
quiero ver libre mi honor,
suceda lo que suceda.
D.ª BLAN. ¿Y Ramiro, adónde queda?
SANCHO. Él tiene gentil humor.
A pie, sin querer la yegua
siguiendo fue los ventores
del Rey, que los cazadores
se sienten á media legua.

ESCENA VII

DICHOS, el REY *galán de caza*, el CONDE DE UBOEL y CRIADOS, *después* un CABALLERO.

REY. Infanta.
D.ª BLAN. Rey y señor.
REY. Cuando en el bosque os dejé,
este labrador hallé,
cuyo notable valor
es indigno deste nombre.
Grande inclinacion me debe;
notable estrella me mueve
en su favor; no os asombre
que os diga que ha satisfecho
mi pecho de tal manera
en sola la accion primera
que hoy en mi servicio ha hecho,
que ya es dueño de mi amor.
CONDE. Eso debere á mi estrella,
pues ya llego á vos por ella
con tan mal digno valor.
D.ª BLAN. *(Ap.)* Tiene agrado y gentileza:
mal hice en volverle á ver.
CONDE. *(Ap.)* No, humana no puede ser
tan peregrina belleza,
que con secreta deidad
mueve á admirarla. Si gano
lo que me dijo el villano,
dichoso yo, si es verdad.
D.ª BLAN. *(Ap.)* Si cuando sin alma estaba
resuelto en su sangre fria,
divino me parecia,
por inmortal le juzgaba;
viéndole con tal valor
y tan gallardo ¿que espero?
REY. Desde hoy será mi montero.
D.ª BLAN. Dicen que es gran cazador.

(Un Caballero con un pliego de cartas.)

CABALL. Supe al pasar, como estaba
en el bosque vuestra alteza,
y puesto que el premio empieza
adonde el servicio acaba,
no quise pasar de aquí
sin veros.

(Dale el pliego al Rey y apártase a leer á un lado.)

REY. Seáis bien venido.
CABALL. Yo, señor, os he servido
como debo á vos y á mí.
CONDE. Sancho, en la amistad sencillo,
¿hasme engañado?
SANCHO. Eso no,
que os amo.
CONDE. Dichoso yo.
SANCHO. Guardad, Ramiro, este anillo,
que nos importa á los dos.

(El Conde lee la divisa del anillo.)

CONDE. «Quien habló, pagó.»
SANCHO. Hasta aquí
me tocó guardarle á mí,
y desde hoy os toca á vos.
Besad, Ramiro, la mano
á la Infanta, mi señora;
hablad.
CONDE. *(Ap.)* El alma la adora.
Mal sabrá un tosco villano.

(Llégase á la Infanta.)

No el claro Olimpo, horizonte
del sol, si cielo en belleza,
compite con la grandeza
deste jardin, que fué monte.
Después que entre glorias tantas,
donde otras memorias pierde,
goza de Abril siempre verde,
agradecido á estas plantas.
Aquí de la aurora hermosa
el sol madruga en favores,
y aquí, entre vencidas flores,
colora al nacer la rosa.
Aquí el cristal deste risco
que helaron desdichas mias
y coronó en sierpes frias

el argentado obelisco,
la plata, que entre esmeraldas
más bella hace las sombras,
bordadas te ofrece alfombras
que no se atreve á guirnaldas.
Aquí las fieras rendidas
postradas vienen...

D.ª BLAN. Y aquí
no han de decirse á mí
lisonjas tan atrevidas
No os esfuercen vanos intentos
de quien entiende las señas,
si no queréis que estas peñas
despeñen atrevimientos.

CONDE. (Á Sancho.) Sancho ¿qué es esto?

SANCHO. Porfía
que disimula, y con ello
acuérdate desse sesso,
que es tu cabeza y la mía.

CONDE. Cobarde quedo

SANCHO. En amor
se pierde todo cobarde.

(*El* REY *al portador de los pliegos.*)

REY. Descansa, y vedme esta tarde.

CABALL. Beso vuestros pies, señor. (*Vase.*)

REY. (*Al* Conde.) Que en eres quiero saber,
y á mi servicio dispone.

CONDE. La vida me dio este monte,
su hijo debo de ser.
Aquí, señor, me he criado
en este humilde ejercicio,
y moriré en tu servicio,
menos libre, más premiado.
(Aquí me importa fingir
lo que no soy ni seré,
pues esta vida que hallé
hasta hoy para morir.)
Con más valor que fortuna
(que huye siempre y se olvida
del merecer) vino mi padre
la guerra, vencidas intimas.
Soldado fue muchos años,
tuvo otras tantas heridas
en el pecho, porque espaldas
dicen que no las tenía.
Asaltó, rompió murallas,
ganó plazas defendidas,
tal vez con sus armas propias,
muchas veces vencedor enemigas.
Fue siempre acreditado pobre,
y de banderas moriscas
guarneció templos cristianos,
desgastados de mezquitas.
A los reyes de Aragón
sirvió, donde se decía
que el solo echaba de España
las africanas reliquias.
Fue comúnmente estimado,
sin alcanzar en su vida
ni á ser cabo de una escuadra,
mayor de su estrella misma.
Viendo que vencer no pudo
en edad en tan largas dias,
colgó las armas sangrientas,
que más parecen mas limpias,
y habiendo dado á mi madre
blancas y lúgubres paz,
última casa del mundo
y más cierta que temida,
retiróse á estas montañas
al tiempo que yo salía
veníamos los dos cargados
de años él, verde de desdichas
Fue mi maestro, enseñóme
á huir la compañía
de los hombres, que las fieras
traen por menos esquivas.
Murió, quedé en verdes años,
y obligaciones precisas
me hicieron diestro en el arte
desta montaraz milicia.
Llámome una fiera arada,
y casi de la otra vida
me volvió el alma un pastor,
que el curar consiste en dicha.
Este tengo por amigo,
que entre estas peñas vecinas,
huyendo de la ciudad
seguros bienes cultiva.
Coge verdades en flor,
guirnaldas de verde oliva,
con que le premian virtudes
que en la corte se castigan.
Permite, invicto señor,
que en estos montes te sirva,
no en la corte, de quien dicen
que tiene malas salidas.
Allá, sin favor del Rey,
os atropellan y pisan,
y si el Rey os favorece,
os han de quitar la vida.

D.ª BLAN. ¿En la dicha te acobardas?
¿Qué es lo que temes?

CONDE. Podría
si llegase á ser dichoso,
dar de mis dichas envidia,
que es la desdicha mayor.

D.ª BLAN. Justo es, señor, que te sirvas
de hombre tan bien entendido.

REY. Tengo bastantes premisas
de que acierte mi elección
en llevarle.

D.ª BLAN. Determinas
cuerdamente, que los reyes
dan lustre, dan hidalguías,
y es poder mucho hacer grande
á quien tan chico se humilla.

REY. ¿Es aquel el labrador
filósofo?

SANCHO. Sois alquimia.
De las artes no sé más
que guardar esta cartilla,
por ser hueso de mis huesos,
aunque no mi carne misma.

REY ¿Es tu mujer?

SANCHO. Sí, señor

REY Vamos

CONDE La amistad sencilla
de Sancho se acaba perdida
¿Mandas que en tu compañía
le lleve?

REY Vaya conmigo.

(*Vanse todos menos* Sancho *y su mujer.*)

ESCENA VIII

SANCHO y TIRRENA

SANCHO. ¿Yo á la corte? No, en mis días.
TIRRENA. Sancho, ¿y si lo manda el Rey?
SANCHO. Ya os tiene desvanecida
la corte y sus embelecos.
TIRRENA. Allá he de ir.
SANCHO. Como á Turquía.
TIRRENA. Vamos á la corte, Sancho.
SANCHO. No, sino al infierno.
TIRRENA. Viva
mil años yo entre sus penas,
y entre estas flores, ni un día.
(Vánse los dos.)

ESCENA IX

LA REINA DE ARAGÓN, NUÑO y RICARDO

RICARDO. El secreto se guardó
como mandaste, de suerte
que desconocido la muerte
las manos en quien llegó,
valerosas y advertidas.
NUÑO. ¡Fuerte rigor!
REINA. ¿En efeto
murió?
RICARDO. Con igual secreto
si no hablaron las heridas.
De una montaña en la falda
víctima á tu honor le ofreces
atravesado mil veces
del traidor pecho á la espalda.
REINA. *(Aparte.)* Ya la piedad de mujer
quiere cubrir mi rigor,
mas ¡ay, venganzas de honor,
que fuerte es vuestro poder!
NUÑO. El pueblo temo en su muerte,
que era el Conde muy amado
de todos.
REINA. No os dé cuidado,
puesto que es airado y fuerte.
No se entienden con los reyes
las leyes, que su derecho
consiste siempre en el hecho
de las armas, no en las leyes.
Esta es la razón de Estado
que ensancha las monarquías.
RICARDO. *(Aparte.)* Borrad, esperanzas mías,
tan ofensivo cuidado.
Locura es desesperar,
que en la fortuna que intento
tal vez el atrevimiento
ocupe el primer lugar.
REINA. ¿Que responde el Rey?
RICARDO. Abrí,
gran señora, vuestro pliego,
visto que ordenaba, y luego
á besar la mano fuí
á Teobaldo, y sabe el cielo
que antes de hablarle quisiera
que el último paso diera
mi vida. Cubreme un hielo
de imaginar que ha de oír
vuestra alteza su respuesta,
y á mí me aflige y molesta
pensar que la he de decir.
Recibióronme en Pamplona
desdeñados hijosdalgo,
que del color de los reyes
se visten los cortesanos.
Eché menos por las calles
aquel general aplauso
que en las bodas de los reyes
sue en hacer los vasallos.
Vi las ventanas cerradas,
desocupados los pasos
más estrechos, los oficios
en su ejercicio ocupados,
como si un villano fuera
de los Pirineos altos,
entre sin hacer ruido,
viéronme sin hacer caso.
Matáronme aquella noche,
sin ocasión, dos criados,
que mi guarda y tu respeto
se desconocía en palacio.
Hablar quise en mi embajada,
y suspendiólo Teobaldo
algunos días, que yo
juzgué por prolijos años.
Al fin, señalóme un día,
que el cielo cubrió de pardo,
que es justo que en sus ofensas
le vista el sol de villano.
Resuelto, en fin, gran señora,
como injusto, aleve y falso,
tu casamiento desprecia.
Llama á mi verdad engaño;
díceme, sin querer ver
del mismo cielo el retrato
en el que yo le llevaba
de ese rostro soberano:
«Vase, Ricardo, que es fea,
no discreta, y de más años
que decís. No han de engañarme
pintores apasionados».
Respeto, vida y cordura
aventuré, y con la mano
puesta en la espada, más fiero
que baja el temido rayo...
Nadie te podrá decir
lo que dije.
NUÑO. ¡Bravo caso!
¡que he de ayudarte á mentir!
REINA. Ya sé que tenéis, Ricardo,
valor. El Rey, ¿en efecto,
me desprecia, y en mi agravio
dice que soy vieja y fea?
No me ofrece desengaños
mi espejo, sino consejas,
que viendo amigos tan claro,
verdades que le pregunto
me ha negado algunos años;
no tantos como el Rey dice,
que se ha engañado, Teobaldo.
Ya busco satisfacion
á esta ofensa.
RICARDO. No la hallo,
sino es casarte.
REINA. Está bien.
RICARDO. Porque tu esposo gallardo
te vengue.

REINA. Ya hice elección.
RICARDO. ¿De quién?
REINA. Del mismo Teobaldo.
El ha de ser mi marido,
si los cielos, si los astros
no lo niegan, y en su favor [1]
disponen ya lo contrario.
¿Quién me desprecio por fea?
NUÑO. Este es el mayor agravio
que siente.
REINA. Siendo su esposa,
si no conoce su engaño,
tendrá á lo menos castigo
de verse necio y casado
con la misma que desprecia.
Alístense mis soldados,
salga en campaña mi gente,
hagan los parches pedazos,
del bélico son los ecos
repitan los montes altos,
y atemorizando el mundo,
á Navarra ponga espanto,
sabrán que el arnés luciente
mejor que el cabello tranzo;
que aun no la ha trocado el tiempo
en plata de sus agravios,
al oro que le enriquece
de que ofendida me hallo.
RICARDO. Oiga, advierta vuestra alteza
que será más acertado
que se case en Aragon,
pues tiene tales vasallos
que el amor de ellos excede
en valor al Rey navarro.
casada será mejor
que se vengue.
REINA. ¿Y si entretanto
me olvido de sus ofensas?
RICARDO. Cásese luego.
REINA. Ricardo,
eso quiero hacer.
RICARDO. Yo sé
de alguno que iguala á cuantos...
REINA. (*Ap.*) (Ya entiendo á este majadero,
qué necio y qué confiado,
quiere que le elija á él.)
Vuestro consejo, Ricardo,
estimo; casarme quiero,
pero ha de ser con Teobaldo.
RICARDO. Cielos, si mi vida os cansa,
¿para qué la guardais tanto?
(*Vanse los tres.*)

ESCENA X

El CONDE DE URGEL; SANCHO, *de lacayo, vestido graciosamente; luego, un* CRIADO.

CONDE. ¿Cómo te va, Sancho?
SANCHO. Mal:
el cielo me dé paciencia.
CONDE. Hay, Sancho, gran diferencia
desta seda á aquel saval.
SANCHO. Dios, Ramiro, os lo perdone,
que yo me estaba mejor
con mi sayo pecador,
por más que el justo me entone.
Decid ¿fue buena amistad
engañarme?
CONDE. ¿Qué te admira?
SANCHO. O que fue aquello mentira,
o que no es esto verdad.
CONDE. Diferente es mi suceso.
Yo vine, Sancho, á morir.
SANCHO. ¡Que en comenzando á servir
pierdan en la corte el seso!
Mas debese de llamar
privanza, porque este viento
los priva de entendimiento:
esto pienso que es privar,
pues con tener la subida
incierta, si peligrosa,
no tiene el mundo otra cosa
de todos tan pretendida.
No hay judiciario adivino
que estas locuras concierte.
CONDE. ¡Ay, Sancho! De aquel á muerte
que con valor peregrino
me libró, fue por matarme
con penas y con desdenes.
SANCHO. ¿Ese es todo el mal que tienes?
CONDE. Y de quien no sé librarme.
SANCHO. Para estar más consolado
en tu mal, yo te aconsejo
que te mires al espejo
del más dichoso casado.
CONDE. Juzgue con bienes de amor
en la luna mi fortuna.
SANCHO. Bienes de amor, y en la luna,
tendrán menguantes de honor:
y pues hoy estás en ella,
mandando el reino (que el Rey
por su gusto, que es la ley
que las demás atropella,
te puso en tan gran privanza,
que aun él mesmo te obedece,
y con él nadie merece
más que de tu gracia alcanza)
si no te quieres perder
huye de amor, pues te advierto
que es el camino más cierto
de tropezar o caer.
CONDE. Al revés me aconsejabas,
juzgando con otra ley.
SANCHO. Eres muy pobre, y del Rey
en obligacion no estabas.
(*Un Criado con un papel y consultas.*)
CRIADO. Aquí tiene vueseñoría [1]
las consultas y un papel
de su alteza.
CONDE. Veré en él
lo que manda.
SANCHO. Cortesía
sin ocasión y excusada.
CONDE. Luego es razón que los vea.
Dejadme solo los dos.
CRIADO. Gran ministro.
SANCHO. Plegue á Dios
que muchos años lo sea.
(*Vanse Sancho y el Criado.*)

---

1 Verso de nueve sílabas.

1 Verso de nueve sílabas: quizá deba leerse «vuesiría».

ESCENA XI

El CONDE DE URGEL

(Siéntase junto á un bufete en que hay recado de escribir, y abre el papel.)

(Lee.) «Con el rey de Castilla, Alfonso, tengo efectuado el casamiento de mi hermana. Ofrecile en el contrato ciertas tierras que alega pertenecerle. Querría escribirle que tome la posesión de ellas, y señale el día de sus bodas. Fiolo de vuestro ingenio, haceldo luego, y buscadme en el cuarto de mi hermana.—*Yo, el Rey.*»

¡Hasta aquí pudo llegar
mi dicha! No acierto en nada:
ya está la sentencia dada,
amor, morir ó olvidar.
¿Qué he de hacer? Quiero asistir
á mi obligación, celoso,
favorecido y quejoso,
no he de acertar á escribir,
que este espantoso cuidado
me acobarda. Quiero hacer
la cruz pesada ha de ser,
si la del alma traslado.

ESCENA XII

El CONDE, *escribiendo, y sale la* INFANTA, *y desde aparte le mira, y habla.*

D.ª BLAN. *(Ap.)* La ocasión que he deseado
ha llegado. ¡Qué temeridad
intento! Honor, perdonad,
por lo menos desde aquí
veré dónde me perdí
á manos de mi piedad.
Sólo está escribiendo: quiero
verle bien, que vivo apenas
le vi. Desangradas venas,
¡cuán otras os considero!
Sin duda que es caballero,
que aquel talle, aquellas manos
no nacen entre villanos;
y si no es noble mi bien,
príncipes hacen también
los príncipes soberanos.
Hidalgos, nobles y leyes
hace el Rey, y vez alguna
deja de ser su fortuna
la voluntad de los reyes.
Deja de seguir los bueyes
con tardo paso el villano,
y sin darle el Rey la mano,
con sólo acordarse del,
ciñe su frente el laurel
que no alcanzó el cortesano.
Mucho importa, ó es amor
lo que escribe y le suspende.

(Escribe el Conde y dice.)

CONDE. «Vuestra majestad si entiende:»
¿hay disparate mayor?
Si entiende, dice en rigor: *(Borrale.)*
¿es locura ó necedad?
(Escribe.) «Sepa vuestra Majestad...»
peor, que escriba es forzoso. *(Borra.)*
¿Qué diré? Que estoy celoso,
y escribiré la verdad.
«Quise, obedeciendo...» Así
comienza bien: «brevemente
dar la posesión...» No intente
mi pluma pasar de aquí,
que posesión contra mí
viene á ser todo, y en suma,
porque yo ar no presuma
ni alargue la pretensión,
que tiene ya posesión
escribieron lengua y pluma.

D.ª BLAN. *(Ap.)* Tal borrar... Yo he de saber
que es esto: quiero llegar,
que no puedo aventurar
más que en dejarlo de ver.

CONDE. El papel he de romper
pues *posesión* escribí. *(Rompele.)*

D.ª BLAN. Ramiro, ¿no estaba aquí
mi hermano?

CONDE. Aquí me escribió
que á tu cuarto fuese yo
á hablarme y buscarme á mí.

D.ª BLAN. ¿Pues vos sólo despachais
y escribís, ya tan privado
del Rey, que en el mismo grado
que él mismo el reino mandais?
Fineza es grande, privais
dignamente con mi hermano,
que el buen ministro, esto es llano,
del Rey aquellos efetos
que quiere que estén secretos,
han de pasar por su mano.
Vuestra letra quiero ver:
dadme ese papel.

CONDE. Señora,
tú misma dijiste ahora
como el secreto ha de ser.

D.ª BLAN. Yo no pretendo leer.
(Ap.) Honor, ¿dónde te abalanzas?
borrones, rasgos, mudanzas,
ya de plumas, ya de intentos.

CONDE. Para borrar pensamientos
rasgaba las confianzas.

D.ª BLAN. Rasgarlas no es valentía,
sustentarlas, sí. ¿En la corte
hay quien lo que vos importe,
ni el sol al nacer del día?
¿Pensaréis que es bizarría
desconfiar, estimado?

CONDE. Si me viera en ese estado
condenara el desvarío,
pero pues yo desconfío,
bien se que soy desdichado.

D.ª BLAN. Lo que rasgáis quiero ver.

CONDE. ¿Juntar los pedazos quieres?

D.ª BLAN. Sí, que somos las mujeres
muy amigas de saber.

CONDE. No acertarás á leer,
por ser en esta ocasión
la tinta de ese borrón,
noche, aunque de sol presuma,
de un ronco cisne la pluma,
y el papel del corazón.

(Toma Doña Blanca los pedazos del papel roto, y vale juntando y leyendo.)

D.ª BLAN. ¿Dice *posesión*? Sí, sí,
que ya la tendréis entiendo:
y aquí, *quise, obedeciendo*:

breveniente, dice aquí
Ya vuestros borrones vi,
y pues os mandan amar,
obedecer y callar
es justo. (Ap.) (No acierta en nada,
quien busca desalumbrada
lo que no quisiera hallar.)

CONDE. Eso que ves escribí
á Alfonso, su majestad.

D.ª BLAN. La satisfacción de edad
á quien le importa, que á mí
no hay para que.

CONDE. Si es así
que el pecho, el alma tenías
en otra parte ¿que vías
por tantas bocas abiertas,
sino unas entrañas muertas
sobre sus cenizas frías?
¿Por qué contra el bien de verte
suspende tu voz el viento,
no leona en darme aliento,
sino en procurar mi muerte?
Si es matar de cualquier suerte
fin del rigor más airado,
claro está que has deseado
mostrar que fué tu piedad
fin de otra mayor crueldad,
que el morir ya era pasado.
No es hazaña de estimar
de la deidad no ofendida
resucitar y dar vida
para tener que quitar.
(Ap.) (Amor me ha de despeñar
contra el sello que me dió
Sancho. «Quien habló, pagó.»
(Mira la sortija.)
Ya mudo quiero sentillo.)

D.ª BLAN. (Ap.) (Olvidó Sancho el anillo;
mal el secreto guardó:
no me pesa.) ¿Todavía
hacéis borrones? ¿á quién
hablais?

CONDE. A un soñado bien
que resucitó algun día
la muerta esperanza mía,
sueño al fin, y sueño leve,
si pudo en tiempo más breve
enriquecerme tan franca
fortuna con una Blanca
de jazmín, de rosa y nieve.

D.ª BLAN. Borrad, que escribís sin tiento,
y rasgad la confianza
si es mía de la privanza
que os comunica ese aliento,
no pase el atrevimiento
á castigo. (Vase.)

CONDE. A Dios pluguiera,
cielo hermoso, hermosa fiera,
que cuando me hallaste muerto
no honraras aquel desierto
y vivo que no te viera.

ESCENA XIII

El Conde. Salga Sancho á prisa y luego el Rey.

SANCHO. El Rey te busca.

REY. Ramiro.

CONDE. Señor.

REY. Hablarte quería.

CONDE. Creces la fortuna mía
con los favores que admiro.

REY. Eres vasallo fiel.

CONDE. Tu esclavo soy.

REY. ¿Escribiste
á Castilla? ¿respondiste
á Alfonso?

CONDE. Vi tu papel,
en que escribir me mandabas,
pero yo no me atreví.

REY. ¿Por qué ocasión?

CONDE. Advertí,
aunque de mí lo fiabas,
que habiendo de ir de tu mano,
ningun ingenio es tan dino
por ser, si no eres divino
tan divinamente humano.

REY. Eres muy cuerdo. En efeto
debo estarte agradecido,
como por ser bien servido,
por mostrarme á ser discreto.
Bien dicen que está obligado
el Rey á tener consigo
un particular amigo,
y este ha de ser el privado.
En este lugar te tengo,
y pues hago confianza
del gobierno de mi reino,
del cuidado de mi casa,
solamente de tu ingenio,
que te ha llegado á mi gracia,
por tu estrella que me inclina,
por tu valor que me llama,
quiero fiarte, Ramiro,
todo el secreto del alma
para que estimes mi amor,
pues te obliga mi privanza.
Yo quiero bien á Violante,
reina de Aragon, por fama
de su belleza y virtudes,
aunque esta tal vez engaña.
Quise casarme con ella,
y al tiempo que lo trataba,
enamorado y gozoso,
supe, ¡ay, cielos, que desgracia!
que amaba al conde de Urgel,
aunque de su sangre y casa
pudo ofender su opinión,
que hasta los cielos llegaba.
En fin, el Conde atrevido,
necio amante, le dió causa
para mandarle dar muerte
quejosa de su alabanza,
pues publicó sus favores;
mas no pudo ejecutarla
con tan prudente secreto
que en Castilla, Italia y Francia
no lo supieron sus reyes,
que al mismo tiempo trataban
de su ilustre casamiento.
Burladas sus esperanzas,
todos dejaron, Ramiro,
pretension tan engañada,
y en este tiempo Violante
á ser su esposo me llama.

Si fue ofensa tu lo juzga,
y si debiera estimarla.
demás que supe tambien
que injustamente engañaban
los pinceles á mis ojos
con lisonjera alabanza,
puesto que es menos hermosa
que la pintan la distancia
que hay de Navarra á Aragon,
que nos dividió las almas.

CONDE. ¡Qué extraña traicion, señor!
No prosigas, que la agravias,
si bien su valor no ofendes,
aunque tu engaño dilatas.
Mintió el falso caballero
que la ofendió, no su fama,
que esta sube á las estrellas,
y pudiera estar mas alta.
A las manos de la envidia
murió el Conde, no por causa
tan indigna de su nombre.
Honesta fué su privanza,
y tu estimarla debieras
para reina de Navarra,
si debo crédito justo
á cuantos de la me hablan.

REY. ¿Pues pudiera yo casarme,
Ramiro, si hubo esta fama?

CONDE. No, señor, que á tu grandeza,
como el mismo cielo intacta,
ha de ser en la opinion
quien la merezca, aunque estabas
obligado á averiguarlo.

REY. Era hacer propia la causa,
y ajena me está más bien.

CONDE. Digo, que por no agraviarla
tras la informacion primera,
tan sospechosa, acertaras
en procurar hacer otra
secretamente, y si hallas
que es verdad, seguir tu intento,
y castigar si te engañan.

REY. Dices, Ramiro, muy bien
yo confieso que fue tanta
mi pasion, que me cegué
de enojo.

CONDE. Pues ya es pasada,
envía á quien con secreto
lo sepa.

REY. Esa confianza
de ti solo quiero hacer.

CONDE. Por cristal ves mis entrañas.

REY. Hoy has de partir.

CONDE. Al punto.

REY. Que si tu verdad ensalzas,
á Violante restituyes
su honor, y á mí toda el alma.

SANCHO. ¿Así se pasa su alteza
sin ver? ¿No le sobra nada
que dar á quien tanto tiene?

REY. ¡Oh, Sancho! ¿Como te hallas
en la corte?

SANCHO. Mal, señor,
porque no como en tu casa
sino esperanzas, manjar
de poquísima sustancia.

REY. Quéjate de Don Ramiro
si otra posesion no alcanzas
que cuantas él te conceda
tendrás.

SANCHO. Tus reales patas
beso mas de treinta veces.

(Vase el Rey.)

ESCENA XIV

El CONDE *y* SANCHO

CONDE. Sancho amigo, escucha, aguarda,
en ti mi remedio estriba,
pero temo.

SANCHO. ¿Por qué agravias
mi lealtad, noble Ramiro,
con esas desconfianzas?

CONDE. Como te fie la vida,
hoy quiero fiarte el alma,
ó todo el secreto della.

SANCHO. Tuyo soy, prosigue, acaba.

CONDE. Yo soy el conde de Urgel,
en quien fortuna contraria
á los pechos de la envidia
alimentó las desgracias
del conde Don Pedro Anzures,
cuya lealtad en su patria
túmulos tiene, y altares
por todo el orbe su fama.
Soy tercer nieto, la reina
de Aragón, mi prima hermana,
á quien ausente venero,
si rigurosa me agravia.
Desde la edad que anochece
sobre aborrecida plata,
á la que amanece y brilla
tan agradecida el alba,
fui en Aragon bien querido,
celebráronse mis galas,
honré las paces con fiestas
y las victorias con armas.
Tuve un deudo, y si la envidia
toca en sangre, no hay tan brava
fiera ponzoñosa y triste,
y más con desconfianzas.
Este ambicioso, corrido
de ver que yo me llevaba
la voz del pueblo, y quizá
con otra vil esperanza,
intentó darme la muerte,
que enternecio las montañas,
dejándome cual me hallaste.
Quisiera entre peñas pardas
pasar en tu compañía
la que gocé en tu cabaña,
mas temí, que el perseguido
tiene siempre á la garganta
la ira del ofensor,
cuchillo que le amenaza.
Sirvo al Rey, y quiere agora
que á Aragon parta mañana
solo á aventurar mi vida
por ciertas sospechas falsas.
En tu cabaña estaremos
los dias ó las semanas
que en ir y volver pudiera
ocupar.

SANCHO. ¡Famosa traza!

Tu historia á piedad me mueve.
Ven, señor, ordena y manda,
que en mi hallarás el que fuí.

CONDE. ¡Oh, verdad divina y santa!
¡que ofendida vives siempre
en las cortes, y qué amada
en los montes, donde asistes
hasta que á los cielos pasas!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El rey de Navarra y la Infanta DOÑA BLANCA, *con lucido acompañamiento, salen por una puerta. El* CONDE DE URGEL *y* SANCHO, *ambos de camino, salen por otra.*

SANCHO

Aquí están sus altezas.

REY.

Seas, Ramiro,
bien venido.

CONDE.

Señor, á veros llego,
feliz suceso aquí dichoso aspiro
que vengo bien hecho conocido luego
que besé vuestros pies.

REY

De nuevo admiro
tu valor

CONDE.

El alma que os entrego
os dirá cómo os sirven mis lealtades.

REY.

¿Supiste de verdad?

CONDE.

Y mil verdades.
Llegué á Aragón al tiempo que salía
la Reina antes que el sol, como su aurora,
dando hermosura al campo, luz al día,
ya de todo divina vencedora.
Numeroso escuadrón, que ordena y guía,
luciente arnés, que con los rayos dora
del cabello que esparce por el viento,
su beldad me dejaron sin aliento.
De tus desprecios, gran señor, quejosa,
sus gentes mueve con valor divino,
y el limpio acero cine valerosa,
ya retrato de Palas peregrino
piensa, señor, que estaba más hermosa
cuanto más enojada la imagino,
extremo de beldad que la asegura
si el enojo escarece su hermosura.
Veloz caballo opuesto, hijo del viento,
criado en las riberas andaluces,
blanco, por ser de sol, en cuyo asiento
salto, dando á la tierra nuevas luces
Temblaran de su bizarro movimiento
con que alentaba sus crespadas crines
cuantas moriscas lunas tiene España
hasta la gran ciudad que Genil baña.
Llegó Viviante á Ebro, el claro río
suspendió de sus aguas la corriente;
cuajó el vapor, en vez de otro rocío,
perlas que guarnecieron el Oriente;
corona de jazmines y alhedrío
y de clavel es la sagrada frente
vuelve la Primavera á sus pensiles
verteendo rayos, derramando abriles
¿Qué te podré decir á vuestra alteza
de su hermosura, pues me atrevo en vano,
que ha de anegar el mar de su belleza
la misma esfera del imperio humano?
Si la estampa rompió naturaleza
¿quién pos ble juzgó la natura mano
de perfección igual? Mal me desvelo
que en el cielo ha de acabar lo que es del cielo.

(Hace un retrato.)

REY. *(Aparte al Conde.)*

Yo admiro en tu retrato su hermosura

DOÑA BLANCA. *(Aparte.)*

¡Notable encarecer! Si el alaballa
nace de amor, terrible desventura.

REY.

Entre pintura vuelvo á contemplalla

DOÑA BLANCA. *(Aparte.)*

Vuela, es hermosa, hoy muere mi ventura
á manos del silencio. Sobre mi cara,
cobarde corazón, si entonces fuerte
diste la vida á quien te dió la muerte

CONDE.

Informéme de todos con secreto,
supe que vive el Conde, y que atrevido
al cielo, á su valor, á su respeto
nubló, un traidor cobarde, temerario,
la causa fué de tan contrario efeto.
Con su engaño á los tres os ha ofendido,
á ti, á la Reina, al Conde, porque todos
pueden quejarse por diversos modos
La Reina, de la ofensa que le has hecho,
sintiendo mal de su virtud, el Conde,
de su nombre indigno de su noble pecho,
si el ser gran dama á su pasión corresponde,
tu alteza, puesto en tan notable estrecho
con tan furiosa guerra, pues además
llegó con tal poder la Reina, luego
pudiera su furor á sangre y fuego

REY

Forzosos son, Ramiro, mis enojos,
porque se podía Viviante hacerte guerra
con los hermosos rayos de sus ojos
más que con las soldadas en mi tierra
Pues, porque su victoria vea después
que en mi rendido pecho amor encierra,
después que tu alteza y mi deseo
desvanecen el engaño en que me veo
Salga de gente toda á estorbarle el paso,
á prevenir esa dichosa entrada
Llegue el Conde de Aragón á hacer su ocaso
en mis brazos, pues bien, aunque ofendida
piadosa sentirá que ya me abraso
con alma amante ahora, y en su gracia
de aquellos pensamientos atrevidos.

que amor hiere también por los oídos.
Mi general te nombro en esta empresa,
y yo he de ser, Ramiro, tu soldado.
Priesa me da el deseo, date priesa,
hoy al campo saldrés, y yo á tu lado
Tu aumento empieza, y mi cuidado cesa
si me conduces donde, disfrazado,
pueda ver a la Reina.

CONDE.

Soy tu hechura.

REY.

Ven, y dirásme más de su hermosura.
Hermana, adios.

DOÑA BLANCA.

El guarde a vuestra alteza

(Vase el Rey *con su acompañamiento.)*

ESCENA II

El CONDE, DOÑA BLANCA *y* SANCHO

SANCHO.

Señor, la Reina viene.

CONDE.

¿Quién lo ignora?
Cierto aviso he tenido.

SANCHO.

Tu agudeza
sola pudiera haber fingido agora
el viaje que has dicho.

(Vase andando el Conde poco a poco, y la Infanta mirándole.)

DOÑA BLANCA. *(Aparte.)*

¿Otra belleza
ha de escuchar que alabe quien le adora?
¿Lo que no pudo amor, pudonos celos,
contra mi honor, han de poder los celos?
Ramiro.

CONDE. *(Deteniéndose.)* Señora mia.

D.ª BLAN. ¿A donde vas?

CONDE. A servir
al Rey. Voy á prevenir
mi partida, que me envia
su alteza á estorbar el paso
á la reina de Aragón.

D.ª BLAN. Notable satisfaccion
tiene de vos. (Yo me abraso.) *(Ap.)*
Si es como vos la pintais,
es intento temerario,
que para tan gran contrario
poca defensa llevais.
Aunque es tal vuestro valor,
no se si acierta su alteza,
que tan superior belleza
es fuerza matar de amor.
Lástima tengo de vos,
y así el peligro os advierto

CONDE. Ha tanto que amor me ha muerto,
que yo imagino, por Dios,
que ya no ha de hallar en mí
vida que poder quitar.

D.ª BLAN. Si, porque tanto alabar
eso mismo dice aquí.
Los bellos soles, los ojos
traen rayos ó flechas
que vendo al alma derechas
dieron mortales enojos.
O todo el divino cielo,
digo, el rostro que retrata
su hermosura [1].

CONDE. Quien me mata
es fuego que cubre un hielo,
un cielo hermoso y sereno
que en mí fulmina rigores,
un áspid entre las flores,
y en vaso de oro un veneno.

D.ª BLAN. ¿Tanto rigor? *(Vuelvese á ir el Conde.)*

CONDE. ¡Ay, de mí!

D.ª BLAN. *(Ap.)* ¡Honor, con celos no puedo
resistirme; mas mi miedo
me anima: yo me perdí.)
Ramiro, oye, para [2]

(Deteniéndose el Conde.)

el ligero curso,
que pueden sospechas
lo que amor no pudo.
Pierdanse los reinos,
ya los aventuro,
que es vida del alma
el vivir con gusto.
Publiquen mis males
las penas que sufro
desde que mis bienes
te hallaron difunto.
Reconoce ingrato,
adorado injusto,
que huyes en vano
si en vano te busco.
Negar sus pasiones
supe con mucho,
sospechas ni celos
no supo ninguno.
Sepan que te adoro,
publíquelo el mundo;
morir por callar
no es buen disimulo.
Mi bien, no te ausentes,
que en tan fuerte punto
llorarán mis ojos
efectos tan suyos.
Cantarán entonces
sobre arroyos turbios
viudas tortolillas
llorados arrullos.
Parece que ya
al alba madrugo,
bañando ellas rosas
y yo eterno luto.
A Aragón te vas,
¡ay, Dios! no te culpo,
que es Violante hermosa,
y sabes a mucho.
Si de mí te acuerdas,
que llegues presumo
ciego para verla,
para hablarla mudo.

---

1 Pasaje ininteligible como no deba de leerse «y todo el divino cielo», etc

2 En el original «espera», errata indudable.

No busques mi muerte
cuando el alma ocupo
contemplando ausente
las glorias que tuvo.

CONDE. Hermosa señora,
por quien el buril
del sol en su estera
se afrentó de ti.
Milagrosa imagen,
que entre oro y marfil
tocó la azucena
retoco el carmin:
cazadora de almas,
¿quién podrá huir?
que es cebar con gloria
generosa ardid,
Cuando muerto estuve,
mi bien, sin sentir
vos, y da, y yo, alma,
nos dimos allí.
Pague de contado;
ya, ¿que me pedis?
Sin alma y sin vos.
¿que he de ver ni oir?
No se vista el sol
de ageno turquí,
dejaldo á mis ojos
que van á morir.
Soberana Infanta,
mi gloria, advertid
si vos os quedáis,
que yo voy sin mí.
El Rey, mi señor,
me manda partir,
amor, que no parta.
Y vos, ¿que decis?
Llorar puede el sol,
cerca está mi fin,
que el rigor la espada
corgo en mi cenit.
Bien hayan los celos,
bienes para mí;
bien haya la ausencia,
pues puedo decir
que gozo por ella
lo que no crei

SANCHO. (*Que está suspenso mirando al paño, dice*)
Hermosa Tirrena,
escúchame tú,
que tambien me ausento
vestido de azul.
De satisfaccion
no lleno un almud,
de sospechas sí
que llevo un baúl.
Quisiste la corte,
forzosa inquietud
donde hallar pensaste
riquezas del Sur.
Defiendete, amiga,
mira la virtud,
que en la corte haya gente
de Cafarnaun
No quieras que yo
pierda la salud
si no se la pe
por saber la cau;
ni que en nuestros montes
casado avestruz
diguera tinteros
en mi juventud.
Dicen que los pastos
son ya de comun,
cásese con esto
algun Berceba.
Si del caracol
no llevo el testuz,
que lo temo, juro
á Dios y á la cruz.

CONDE. Cuando fortuna y valor
del uno el otro envidioso
quieren hacerme dichoso,
es mi desdicha mayor.

D.ª BLAN. En tan dudoso quedar,
y en tan forzoso partir,
¿Que has de hacer por mí?

CONDE. Morir.
¿Y tu en mi ausencia?

D.ª BLAN. Penar.

CONDE. Muerto voy

D.ª BLAN. Sin alma quedo.
Mi bien, ¿volverás?

CONDE. Mi bien,
adios.

D.ª BLAN. Adios.

SANCHO. Yo tambien
voy muerto, mas jes de miedo.

(*Vanse el Conde y Sancho*)

ESCENA III

DOÑA BLANCA

Fuese al fin. Ya que mi estrella
me inclino, ya que homicida
le dí á Ramiro la vida,
porque me mate con ella:
si ya mi honor y recato
quitaron al amor la venda,
si no temo que se entienda
el bien que estimo y que trato,
¿como en tan dudosa calma
dejo que parta? ¡Ay, sospechas,
flechas de amor! ¡Que derechas
llegais penetrando el alma!

ESCENA IV

DOÑA BLANCA Y SANCHO

SANCHO. ¿Volvió el Conde á estar aqui?

D.ª BLAN. ¿Que Conde?

SANCHO. (*Aparte*) ¿Qué hice?

D.ª BLAN. Responde:
¿no vienes buscando al Conde?

SANCHO. ¡Yo buscando al Conde!

D.ª BLAN. Si.

SANCHO. Por Ramiro preguntaba.
(La lengua se deslizó, (*Aparte*)
que está en agua, y descubrió
el secreto que guardaba.
¡Pesar de mí!

D.ª BLAN. Aguarda, espera.

SANCHO. Vuelvo, señora, á buscar
á Ramiro.

D.ª BLAN. Quiero hablar
contigo.
SANCHO. Estara allá fuera
esperando, mi señora,
que hoy nos hemos de partir.
D.ª BLAN. Primero me has de decir...
SANCHO. Voy con mucha prisa agora.
D.ª BLAN. Sola una verdad.
SANCHO. Ninguna
puedo saber que te importe:
cuanto ha que estoy en la corte
no he llegado á alcanzar una.
D.ª BLAN. Toma esa cadena.
SANCHO. ¡Fuerte
ocasion! ¿Cebo me pones?
No saldré de tus prisiones.
D.ª BLAN. ¿Es Ramiro Conde?
SANCHO. Advierte,
este es el conde de Urgel,
no Ramiro, don Garcia
es su nombre. (Ah, lengua mia, (Ap.)
que poco habeis sido fiel!)
D.ª BLAN. ¿Pues como tu lo has sabido?
SANCHO. Cuando á Aragon le mandó
partir el Rey, se quedó
en mi casilla escondido,
y me contó de la suerte
que la reina de Aragon,
á fuerza de una traicion
intento darle la muerte
donde llegó tu piedad
á darle la vida.
D.ª BLAN. Admira
su historia.
SANCHO. De su mentira
he sacado esta verdad.
Si me ha engañado, y te queda
algo por saber, mejor
lo sabrás del.
D.ª BLAN. (Ap.) Necio amor,
ya no hay mas mal que os suceda.
SANCHO. ¿Iréme?
D.ª BLAN. Tu eres discreto:
no le digas nada al Conde.
SANCHO. Como en un mármol se esconde
en mi, que soy muy discreto.
D.ª BLAN. Vete con Dios.
SANCHO. Él te guarde.
(Vase Sancho.)

ESCENA V

DOÑA BLANCA

¿A donde vas, confianza,
si ya con necia alabanza
hara de mi amor alarde?
Mi atrevido desvario,
¿que espera de un necio amante?
Si de favor de Violante
se alabó, ¿que hara del mio?
¡Triste de mi, que se fue,
que se alaba, que ha querido
á la Reina, que he perdido
la esperanza, que le amé!
¿Dare voces que en mi agravio
suspendan los aires? ¡Cielos!
¿diré mi amor, ó mis celos?
¿que fuí necia, ó que no es sabio?
¿quejareme al Rey mi hermano?
¡Ay, de mí! ¡qué loco error!
si ya le dije mi amor,
que ya le publicó es llano.
¡Cielos! ¿como en un sujeto
caben traicion y nobleza,
en mal ingenio agudeza
y en facil lengua secreto?
¡Que rigurosos enojos!
¿Por que, cielos, ofendidos
no tapasteis sus oidos
ó no cegaste mis ojos?
En vano lloro y suspiro:
¿no fuera mejor morir?

ESCENA VI

DOÑA BLANCA y ESTELA.

ESTELA. ¿No quisiste ver partir,
señora, al galán Ramiro?
Salió gallardo, y con él
dicen que va de secreto
el Rey.
D.ª BLAN. ¡Qué amoroso efeto!
Fué siempre el conde de Urgel
un gallardo caballero.
ESTELA. ¿Ramiro es Conde?
D.ª BLAN. ¡Ay, de mí!
Estela, no estaba en mí.
¿Que hare? ¿qué remedio espero?
¿que se ha partido mi hermano?
ESTELA. A Aragon dicen que va
por la posta.
D.ª BLAN. ¿Donde está
mi resistencia, que en vano
me defiende? Llama, Estela,
en mi cuarto á mis criados
todos ¡qué extraños cuidados!
no á todos, llama á don Vela
y á don Sancho.
ESTELA. Al punto voy.
D.ª BLAN. Cobardes atrevimientos,
¡qué de varios pensamientos
me afligen! muriendo estoy.
Conde, espera: ¡que bizarria
llegará tu estimación
á ostentar en Aragón
presunciones de Navarra! (Vase.

ESCENA VII

La REINA DOÑA VIOLANTE, *muy bizarra, con manteo y vaquero, espada y sombrero con plumas.* RICARDO *y* SESO, *con plumas y bandas.* SOLDADOS.

REINA.

Los campos de Navarra son aquellos,
y este es el postrero límite, y fijados,
de Aragon, y ya espero ver en ellos
todos mis escuadrones alojados.
La ocasion me presenta sus cabellos,
puesto que los navarros descuidados,
no de vuestro valor, de nuestra guerra,
no previenen defensas de su tierra.
Hoy su Rey atrevido, cuanto necio,
tendrá de su locura el desengaño

y yo satisfaccion de su desprecio,
castigo justo de tan loco engaño.

RICARDO.

Yo, señora, que soy el que más precio
tu servicio, prevengo el grave daño
que puede resultar desta jornada,
que es ya menos dichosa que acertada.
No quieren Rey los de Aragon, leales,
extranjero, su amor les llama y mueve,
mira, señora, si á buscarle sales,
que medio has de tomar, que si se atreve
con la ley que milita en casos tales,
teniendo á quien seguir la comun plebe,
fuerza padeceras, que el pueblo inquieto
en perdiendo el temor, pierde el respeto.

REINA.

Ricardo, ¿donde está la valentía
que tembló el africano en sus arenas,
valor, que va con la opinion vencida
ganado con la sangre desas venas?
¿Cómo en su patria teme quien solia
ser ausente temido en las ajenas?
¿Un villano tumulto os acobarda
que en deshacerse, lo que en verme, tarda?

RICARDO. (*Aparte.*)

Por más remedios, ciego amor, que intento
fuerte rigor de mi fatal estrella,
no puedo disuadir su pensamiento
Si á casarse ¡ay, de mí! llega con ella
el Rey, mis esperanzas en el viento
se fundaron. ¿Qué haré? Violante es bella,
grande mi amor, si su desden extraño.
Quiero valerme de otro nuevo engaño.
No tan solo el navarro te ha ofendido,
(*A la Reina.*)
gran señora, negando tu belleza
al cielo desos soles atrevido,
que de tu honor la soberana alteza
humilla, ofende, culpa inadvertido,
puesto que hoy he sabido con certeza
que vive el Conde, y que con él milita,
y en su venganza la opinion te quita.

REINA.

¿El Conde vive?

RICARDO.

Dile mil heridas,
la menor, fiera y menos espantosa,
para rendir por ella dos mil vidas
en manos de la muerte rigurosa.
Andaban por el monte divididos
tropas de cazadores, y dudosa
fortuna me obligó á que le dejase
donde Teobaldo sin morir le hallase.
Hallóle al fin, y con piedad impía
se le quitó á la muerte, deseando
saber la causa, que contó García
su gran maldad, sobre tu honor cargando.
Esta es la informacion que ya tenia
de tu grandeza y excelencias cuando
no dió audiencia á Teobaldo, ya ofendido
de lo que fue por él tan pretendido.

REINA.

Disculpa tiene el Rey, si el Conde aleve
tan falsamente le informó en ofensa
de mi opinion.

RICARDO.

Ya la pasion te mueve,
que no tiene tu agravio recompensa.
A tu deidad igualmente se atreve
quien lo cree, quien lo dice y quien lo piensa,
y así, señora, el Rey te ofende al doble,
que más injuria y honra el que es más noble.

REINA.

Decís bien, y de mi villano Conde,
atrevido á mi honor, pariente ingrato,
pues tan mala su sangre corresponde,
de su nuevo castigo solo trato,
no de casarme ya. Si el Rey le esconde,
no le podrá guardar con tal recato
que no llegue el cuidado á la venganza.
Ya el cielo me asegura esta esperanza
Quien me entregare al Conde, preso ó muerto,
ese ha de ser mi esposo. Caballeros,
este es mi intento, ya de los advierto:
manchad en su vil pecho los aceros.
Por más seguridad de este concierto
mi palabra real quiero ofreceros,
que siendo noble gozará mi mano
quien me diere venganza del tirano
Haceldo publicar, sepanlo todos.

RICARDO.

Cuerdo consejo tomas. (¡Cielo santo! (*Ap.*)
¡por qué pensados y diversos modos
me das el bien que dificulto tanto!)

NUÑO.

Sangre ilustre me anima de los godos
á tal empresa. No me causa espanto
que se ampare del Rey. Buscaré al Conde,
si en sus señas la tierra no le esconde.
Yo me parto á servirte. (*Vase.*)

RICARDO.

Y yo, señora,
nuevo valor ofrezco en tu venganza
si corro cuanto el sol alumbra y dora
(Aunque va bien segura mi esperanza, (*Ap.*)
pues muerto el Conde, como es cierto, ahora
mi nueva industria la corona alcanza.
El cuerpo buscaré en aquel desierto,
que basta que le traiga preso ó muerto.)
(*Vase Ricardo.*)

ESCENA VIII

La Reina. Luego, Ximén, soldado.

REINA. Si es de mujer mi venganza,
tambien es fuerte mi ofensa,
pues no pueden mis piedades
ni olvidarla, ni temerla.

XIMÉN. De un caballo, hijo del viento,
un caballero se apea,
á quien tan solo acompaña
un criado. A vuestra alteza
del parte del Rey nos dice

que quiere hablar.

REINA. En mi tienda
entre él no más.

XIMÉN. (*Dirigiéndose al* REY.) Entrad solo,
que ya os aguarda la Reina.

ESCENA IX

DICHOS *y el* REY DE NAVARRA, *muy galan con botas y espuelas*

REY. Beso los pies, gran señora.

REINA. Alzad.

REY. (*Ap.*) (¡Divina belleza!
Poco os acabo Ramiro,
y mucho mintió su ofensa.)
El Rey, mi señor, señora,
dice... (¡Ay, Dios! ¡si fuera
un nuevo efecto de amor!) (*Ap.*)

REINA. ¿Que dice el Rey?

REY. Que le pesa
de haberos dado ocasion
de que con tan dura guerra
le amenaceis, porque teme...

REINA. ¿Que teme?

REY. Morir en ella,
que es poderoso el contrario,
pues con divinas fuerzas
no hay resistencias humanas,
si vuestra alteza pelea
con vivos rayos que abrasan,
con bellas luces que cieguen,
estos soles hermosos,
y en claros cielos aquellas.

REINA. Lisonjas despues de agravios
no me obligan, pues me enseñan
que antes fueran alabanzas
las que ahora son afrentas.
Suspenda el temor al Rey
si no le espanto por fea,
que esta es la mayor batalla
que temió siempre su alteza.
Decilde que a las mujeres
muy pocos discretos llegan
con tan claros desengaños,
ni con verdades tan frescas,
que aun del tiempo no lo sufren,
y que su alteza pudiera
dar otra causa á mi agravio,
si no mas justa, mas cuerda.

REY. Direle al Rey, vive Dios,
su necedad, vuestras quejas,
su engaño, vuestro valor,
su dicha y vuestra belleza.
Disculpele que os adora,
y que ya rendido llega
á vuestros pies, donde humilde
vuestras victorias confiesa.
Las cadenas de Navarra
os rinde, porque con ellas
al carro de amor le ateis,
que es dulce prision que espera.
Esto os digo de su parte:
¿qué le dire de la vuestra?

REINA. Que cuando pensé acabar
nuestros enojos, se aumentan,
puesto que al conde de Urgel
he sabido que en mi ofensa
ampara en su reino ahora.

REY. Ha engañado á vuestra alteza
quien dice que el Rey al Conde
favorece, sabe ó piensa
que esté en Navarra.

REINA. Decilde,
que hasta que el Conde parezca
he propuesto no casarme,
y solo quiero que sea
mi esposo quien me le diere,
ó preso ó muerto, en mis tierras:
si el Rey estima mi mano,
busquele.

REY. Su diligencia
veréis, señora, y que estima
daros gusto: pero es fuerza
que aunque no parezca el Conde
os caseis. Saber quisiera,
si esto no fuese posible
que hara por el Rey la reina
de Aragon?

REINA. Lo que os he dicho,
mi resolucion es esta.
(*Vanse la* REINA *y* XIMÉN. *Sale el* CONDE.)

ESCENA X

El REY DE NAVARRA *y el* CONDE DE URGEL.

CONDE. Cuidadoso me ha tenido,
esperando como queda
de sus enojos Violante.

REY. Ni piadosa, ni severa,
y yo mas enamorado:
es hermosa y es discreta.
Mintieron mis pensamientos
y mintieron mis sospechas,
mintió el vil que me engañó,
y miente quien no confiesa
que puso advertido el cielo
todo su retrato en ella.

CONDE. Segun eso, mis verdades
ya tu desengaño aprueba:
dichoso he sido en servirte.

REY. Y yo, Ramiro, lo fuera
si hoy mereciera su mano.

CONDE. ¿Pues quien lo estorba?

REY. Mi estrella.
Pídeme el conde de Urgel,
á quien dice que en mi tierra
amparo en ofensa suya,
y dice que está resuelta
en no casarse, hasta tanto
que ya en su poder le tenga.
Con tan grande extremo sigue
este intento, que se entrega
á sí misma al que le diere,
preso ó muerto, su cabeza.

CONDE. ¡Gran rigor!

REY. Y gran venganza.
Mujer, al fin. ¡Quién supiera
del Conde, Ramiro amigo,
que adoro ya su belleza!
¿No dijiste que vivia?

CONDE. Dícese por cosa cierta
en Aragón, pero nadie,

después que quiso la Reina
matarle, ha sabido donde.
Solamente su inocencia
el pueblo publica á voces.

REY. La de Dios habla por ellos.
Yo quiero poner, Ramiro,
mi vida y mi diligencia,
y buscar al Conde.

CONDE. Aguarda,
oye una traza y ¡qué buena
para que logres tu intento!
La Reina solo desea
que parezca el Conde, á fin
de que el vulgo, que condena
siempre por sus presunciones,
sin que la verdad entienda,
viendo que está vivo el Conde
se satisfaga, y la ofensa
que ha padecido su honor
por tan indignas sospechas
de su majestad real,
cuyo nombre en las estrellas
tiene asiento, se trasluce
conociendo el autor della.
El Conde y yo, gran señor,
desde nuestra edad primera
nos criamos siempre juntos,
porque su vasallo era
mi padre. Dimos el cielo
tal conformidad, que apenas
en nuestros rostros se vieron
conocidas diferencias.
Mil veces por él me hablaron.
Finja ahora vuestra alteza
con la Reina que soy yo
el Conde, que ya me entrega
en su prision, vuelva á hablarla,
que en viéndome, será fuerza
que me tenga á mí por él,
y que en este engaño tenga
la satisfacción que busca.
Vos podréis desta manera
decir que ya habéis cumplido
con lo que pide, y que sea
vuestra esposa.

REY. ¡Aguda traza!
¿Y si acaso no concuerdan
tus razones con las suyas,
de la suerte que pudieran
las mismas del Conde?

CONDE. Yo
tuve cuidosa advertencia
de saber todo el suceso,
y aseguro que la Reina
no advierta el engaño.

REY. Y dime:
luego que Violante sepa
que he sido yo quien la engaña,
de que tendrá justa queja,
¿no me ha de culpar á mí,
cosa indigna en la grandeza
de la majestad real,
que siempre verdad profesa?

CONDE. Después de una vez casado,
ni la ofende vuestra alteza,
ni se ofende á sí. Demás
que en tan amorosas guerras
los ardides se permiten
cuando no valen las fuerzas.

REY. ¡Oh, cuánto debo á tu ingenio!
CONDE. (*Aparte.*) Hoy quiero dar á la Reina
digno esposo, y mis lealtades
quiero que conozca y vea
á pesar de sus rigores.
REY. Quiero volver á su tienda.
Ramiro, vamos.
CONDE. Ya os sigo.
REY. Amor me anima y te enseña. (*Vanse.*)

ESCENA XI

La REINA *y* XIMÉN

REINA. ¿Qué dices, Ximen?
XIMÉN. Que espera
señora, el Rey que le des
licencia de verte.
REINA. El es
todo extremos: no quisiera
que te engañaras, Ximen.
¿El Rey en mi tienda?
XIMÉN. Sí.
REINA. ¿Vístele tú?
XIMÉN. Yo le vi.
REINA. ¿Y estás informado bien
de que es el Rey?
XIMÉN. Sus criados
lo dicen, y su persona,
bien digna de su corona,
asegura tus cuidados.
REINA. Entre el Rey. Poned aquí
dos sillas.

(*Sale la* Infanta *en traje de hombre muy galan y* D. Sancho *y* D. Vela, *sus criados.*)

ESCENA XII

DICHOS *y* DOÑA BLANCA, *en traje de galan.* DON SANCHO *y* DON VELA

D.ª BLAN. (¡Rara belleza!)
Déme á besar vuestra alteza
su mano.
REINA. Démela á mí
vuestra majestad.
D.ª BLAN. No en vano
á tan valiente enemigo
la pido, pues que le obligo
sólo con tomar su mano.
A mi amistad, que recelo,
y á tan peligrosa guerra
no está seguro en la tierra
á quien amenaza el cielo.
REINA. (*Aparte.*) (Gallardo mozo es el Rey,
y no parece tan necio
como muestro en su desprecio.)
Yo debo por justa ley
estimar vuestra amistad,
pero no olvidar mi agravio.
D.ª BLAN. Poco amante y poco sabio
ofendí vuestra deidad;
si bien fue justa, señora,
la causa de tal efecto.

REINA. ¿Justa, señor?
D.ª BLAN. Yo os prometo
que aun la estoy temiendo ahora.
REINA. Según eso, ¿todavía
os parece mal?
D.ª BLAN. Por Dios,
que sois un ángel: de vos
hurta sus rayos el día.
REINA. ¿Pues que os obliga? ¿De dónde
nació el no haberme querido?
D.ª BLAN. Dicenme que había sido
mi contrario cierto Conde,
á quien dio vuestro favor
atrevimiento en mi ofensa.
REINA. Mucho se engaña quien piensa
tal bajeza de mi honor.
Hallé en el conde de Urgel
satisfacciones para dalle
mis papeles; quise honralle,
pero luego que vi en él
tan bizarros pensamientos,
castigué sus confianzas,
y sus necias esperanzas
desvanecí por los vientos.
D.ª BLAN. ¿Que era tan indigno el Conde?
REINA. Era mi vasallo, y tal,
que no estuviera á mi mal
hacerle Rey. Ya os responde
mi verdad y su castigo:
testigos hago á los cielos.
D.ª BLAN. Quiero asegurar mis celos
y que os declaréis conmigo,
y que tomemos acuerdo
en nuestras bodas.
REINA. Si al Conde
me entregáis, pues que le esconde
vuestro favor...
D.ª BLAN. (Ya me acuerdo.)
¿No será mejor, señora,
que asegure mis temores,
ya que de vuestros rigores
se ha librado ausente ahora?
Tratad de mi pensamiento:
ya estoy rendido, por Dios,
á vuestros ojos.
REINA. De vos,
de vuestro arrepentimiento
y vuestro honesto deseo
no podré quedar quejosa.
D.ª BLAN. Por Dios, que sois muy hermosa,
y mas mientras más os veo.
¿Qué os parezco yo?
REINA. Muy bien;
que aunque me quiera vengar
en vos, no tienen lugar
ni el desprecio ni el desdén.
D.ª BLAN. Bésoos por este favor
las manos.
REINA. Vuestra he de ser.
D.ª BLAN. Mañana os volveré á ver.
(Levántanse los dos.)
REINA. Y yo os espero, señor.
D.ª BLAN. El cielo os guarde.
REINA. Id con Dios,
que va con el alma os sigo.
D.ª BLAN. Lo mismo estoy contigo,
Reina, que quedar con vos.
con tal cualidad podeis
hacer vuestro amor de mí.
En fin ¿ya me queréis?
REINA. Sí.
D.ª BLAN. ¡Qué mal, señora, escogéis!
REINA. Antes al cielo agradezco
el poderos merecer.
D.ª BLAN. Por Dios, que quisiera ser
eso mismo que os parezco.
Vamos, Don Vela.
D. VELA. (Á Doña Blanca.) Señora,
esto que emprendes me admira.
D.ª BLAN. Calla, que desta mentira
saque una verdad ahora.
Muy presto sabréis mi intento.
Sígueme.
REINA. Destos enojos
ni puedo apartar los ojos,
ni apartar el pensamiento.
(Vanse Doña Blanca, Don Vela y D. Sancho.)

ESCENA XIII

La REINA. *El* REY *y el* CONDE *que salen por otra parte*

REY. No puede ya vuestra alteza
negar al Rey, mi señor,
pues le merece su amor,
el premio de su belleza.
Nada después de ser él
tan digno de vuestra mano
os obliga, pues es llano
que ya os da al conde de Urgel.
Preso os lo entrego, llegad,
Conde.
CONDE. A vuestros pies estoy,
y el mismo que he sido soy
en nobleza y en lealtad,
y siempre humilde vasallo
vuestro.
REINA. No, sino enemigo.
Pero ya que mi castigo,
por las ofensas que callo,
no puso fin á tu vida,
Yo tengo mano y acero.
(Empuña la espada.)
CONDE. Venturosa muerte espero
con tan piadosa homicida,
pero sepa yo la culpa
porque tal castigo aguardo.
REINA. Preguntaselo á Ricardo.
CONDE. Esa es mi mayor disculpa.
Pero para que la acierte,
preguntárselo es mejor
á su envidia, á tu favor,
primer causa de mi muerte.
Sabe mi inocencia el cielo,
tu engaño, y la vil malicia
del traidor. A su justicia
de tus rigores apelo.
Mira, si quiere ampararme,
que en trance tan peligroso,
tu poder y un envidioso
aun no han podido matarme.
REY. *(Aparte.)* Bien finge Ramiro. El Conde
ha pensado que es, sin duda.
¡Oh! ¡Cuanto el ingenio ayuda!

¡Qué bien á todo responde!
CONDE. Esto es verdad. Vuestra alteza
verá que no la ofendí.
Ricardo lo dirá así,
ó aquí tiene mi cabeza.
REINA. (*Aparte.*) Parece que ya en mi pecho
halla lugar su razón.
¡Oh, primera información!
¡Qué de venganzas has hecho
injustas! Ya he conocido
que le importa al poderoso
cuando escuchare un quejoso
guardar siempre el otro oido.
CONDE. (*Aparte al* Rey.) ¿Qué te parece, señor,
no finjo bien?
REY. Por extremo.
¿Qué diré al Rey? Porque temo
(*A la* Reina.)
que no os obliga su amor.
REINA. Todo el disgusto pasado
he puesto en perpetuo olvido
si bien conmigo ha tenido
mucho de desconfiado.
A toda satisfaccion
me ha querido por mujer,
pues hasta venirme á ver
no tomó resolución
de ser mi esposo.
REY. (*Aparte.*) Por Dios,
que me han conocido ya.
CONDE. (*Aparte al* Rey.) Ya menos furiosa está.
Si quiere y queréis los dos,
que es lo mismo que desea,
vuestra alteza hable.
REY. (*A la* Reina.) No ha sido
desconfianza; he querido
que también á mí me vea
vuestra alteza para dar
á sus ofensas venganza,
porque adonde el suyo alcanza
¿qué valor puede llegar?
Mirad cuán lejos estoy
de ofender vuestra hermosura:
hoy que llego á tal ventura
podré decir que el Rey soy. (*Cubrese.*)
REINA. ¿Vos sois el rey de Navarra?
REY. Parece que os ha pesado.
Yo soy.
REINA. Pues hanme engañado.
REY. Venganza ha sido bizarra.
REINA. Digo que engañada he sido.

ESCENA XIV

DICHOS, *la Infanta* DOÑA BLANCA *y* DON VELA, *que se detienen al ver al* REY.

D. VELA. ¿Dónde vuelves?
D.ª BLAN. A buscar
un hombre que he visto entrar.
(*Mira.*)
¡Mi hermano! Yo me he perdido.
D. VELA. El Rey está aquí, señora;
¿qué habemos de hacer?
D.ª BLAN. Don Vela,
no te turbes.
D. VELA. Ya recela
mi temor.
D.ª BLAN. Déjame ahora.
Digna reina de Aragón,
á quien se debe este nombre
por reina de la hermosura,
escúchame, y pues me oye
vuestra alteza, invicto Rey
de Navarra aunque le enoje
mi atrevimiento, disculpe
yerros que son por amores.
Doña Blanca soy, infanta
y hermana suya, á quien ponen
en esta ocasión desdichas,
y en este traje temores.
Entre unas soberbias peñas
que de un elevado monte
coronan verdes lentiscos
y ciñen ilustres robles,
hay un campo en quien el cielo
dilata un espeso bosque,
siempre albergue de las fieras,
siempre imagen de la noche,
donde á caza llegué, cuando
tiernos lamentos se oyen,
que enternecieron las peñas,
que penetraron los montes.
Matizaba el verde suelo,
no el tirio carmín de Adonis,
que más compasiva sangre
daba en Abel tiernas voces.
Hallé herido otro Medoro;
si más gallardo y más noble,
otra Angélica lo diga,
que alguna debe este nombre.
Pregúntele enternecida
con lágrimas, que me oye,
al cielo, si estaba muerto,
y *muerto* el eco responde.
Con el alma propia mía
le dí la vida, y pagóme
con matarme: pero ¿á quién
no pagan así los hombres?
Ya sabrás, Violante hermosa,
que estas son deudas del conde
de Urgel, á quien cast garon,
justos ó no, tus rigores.
Que pudiera ser tu esposo
publica quien le conoce,
y quien merece ser Rey
no humilla las presunciones
de una infanta de Navarra.
Creció mi amor, conociote,
mas no olvidó tu hermosura
entre mis obligaciones.
Alabóla en mi presencia
con mil extremos: partíme
á verte, supe quién era,
que celosas ocasiones,
temor de sus alabanzas,
si no amor de sus valores,
guardada desos criados
y escondida en este nombre,
me traen siguiendo sus pasos,
y mientras no me conoces
quise, fingiendo contigo,
asegurar mis temores

con tus verdades. Ve ahora
entrar en tu tienda al Conde,
á quien me dicen que buscas.
Si con nuevas sinrazones
vuelves á ofender su vida,
en mí hay valor que lo estorbe,
si quieres que sea tu esposo,
y á mi hermano le antepones,
más me debe á mí que á ti,
y ha de ser mi esposo el Conde.
Perdona, Reina, y el Rey
que me escucha me perdone:
perdone el rey de Castilla,
que antes que mi mano tome,
daré mi vida á esta espada
De Conde soy, rico ó pobre,
muerto ó vivo, libre ó preso;
mi firmeza amor corone.

CONDE. (*Al Rey.*) A tus pies, invicto Rey,
pone su cabeza el Conde
verdadero, no fingido,
atrevido en tus favores.
Derriba de mi cuello
si te enoja que me honre
con honesto amor la Infanta,
si no consientes que adore
su deidad el alma mía.

REY. Levanta del suelo, Conde.

REINA. ¡Grande amor!

REY. Y gran disculpa.
Vete de aquí, no provoques
á mayor rigor mi enojo,
que ya que no sean traiciones
á su lealtad, á los reyes
los engaños de los nobles
parecen género dellas.

(*Vase el Conde y sale* Ricardo.)

ESCENA XV

El REY DE NAVARRA, *la* REINA DE ARAGÓN, DOÑA BLANCA, RICARDO *y después* NUÑO

RICARDO. Ya quiere el cielo que logre
mis altivas esperanzas
Ricardo, señora, goce
el bien merecido premio
que le ofreciste del vil conde
de Urgel trayga la cabeza.
Si tus promesas cumples,
y siendo ley tu palabra
te obliga, nadie se opone
á mi valor, justamente
soy ya tu esposo.

NUÑO. Tu nombre,
tu palabra y mi osadía
aumentaron mis valores,
gran señora, y por servirte
busqué al atrevido conde
de Urgel. Supe que servía
al rey de Navarra, dime
atrevimiento dichoso
la oscuridad de la noche
para llegar á su campo.
Pasé por sus escuadrones
con secreto hasta su tienda
con diez soldados, á donde,
descuidado Don García,
estaba durmiendo entonces.
Prendíle sin resistencia,
y con recato sacóle
de entre las suyas mi escuadra:
si fue deslealtad, perdone:
preso le traen mis soldados.
Cumple tu palabra, y goce
Nuño tu mano y sus dichas,
pues mi nobleza conoces.

REINA. Tráele, Nuño, á mi presencia.

NUÑO. Presto estará en tus prisiones.

REINA. No niego yo mi palabra,
mas no sé qué medio tome,
puesto que un Conde os pedí,
y me traéis tantos condes.
Uno ha de ser, caballeros,
mi esposo, las pretensiones
de tres no es posible ser
todas juntas y conformes.
Una ha de ser verdadera,
esa admito, llegue y cobre
su deuda el rey de Navarra,
que el solo me entrega al Conde.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS *y el* CONDE DE URGEL; *luego,* SANCHO *entre dos* SOLDADOS.

CONDE. Humilde vuelvo á tus pies.

REINA. Quien se atreve, no se enoje.
Ricardo, aquí está García:
tú, Nuño, bien le conoces,
y yo vuestros falsos pechos.

CONDE. Heroicos reyes, traidores
no han de quedar sin castigo.
Dadme licencia.

REY. Perdones
con el deste alegre día.

RICARDO. Conde, mi yerro...

CONDE. No tornes
á ocasionar mi paciencia.

UN SOLD. Aquí traigo preso al Conde.

SANCHO. ¡Que Conde ó que calabaza!
¿En esto para en la corte
el que trueca á sus engaños
las quietudes de los montes?

CONDE. ¡Sancho!

SANCHO. Parece que sueño.

NUÑO. (*Ap.*) Corrido estoy, engañóme
mi atrevida confianza.

REY. Todo el cielo lo dispone.
Conde de Urgel, vuestra estrella
dichosa, vuestros valores,
que á mí me inclinan á amaros,
me obliguen á que ya abonen
justos yerros de la Infanta:
dalde la mano.

CONDE. Corones
tu frente de laurel sacro.

D.ª BLAN. Venturosos siglos goce
vuestra alteza tal esposo.

REINA. Y vos la vida que el Conde
os debe para serviros,
á quien pido que perdone

mis rigores engañados.
SANCHO. ¿Y qué hay de Sancho? ¿quedóse
por entrar con tantos reyes?
Servir siempre, y siempre pobre
ya es cosa vieja en palacio.
CONDE. A mí es justo que me toque
tu premio, y yo te le ofrezco.
SANCHO. Dios te libre de traidores.

CONDE. El nacer con buena estrella,
Sancho, en todas ocasiones
es defensa en los peligros
y mérito en los favores.
Si esta comedia la tiene,
se verá en los que la oyen,
perdonando nuestras faltas
y animando mis temores.

SIEMPRE AYUDA LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.

PERSONAS

DON VASCO DE ACUÑA.
REY DON PEDRO *de Portugal.*
ROBERTO, *príncipe de Polonia.*
TRISTÁN DE SILVA.
TELLO, *gracioso.*
DOÑA BLANCA, *dama.*
BEATRIZ, *criada.*
EL CONDESTABLE.
DOÑA ELENA, *dama.*
CONSTANZA, *criada.*
NUÑO PEREIRA.
DUARTE DE ALMEIDA.
DON PEDRO.
MACEDO.
UN CRIADO [1].

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El REY DON PEDRO *y* VASCO.

VASCO. El de Polonia ofendido
se ha de mostrar si le amparas.
REY. ¿Pues quién de un rey se ha valido,
si en la obligación reparas,
Vasco, que no lo haya sido?
¿Y quién es tan inhumano,
aunque aborrezca á su hermano,
que le pese de su bien?
VASCO. Ya deja de serlo quien
fué con su sangre tirano.
REY. Mas puesto que á imaginar
que es tirano te acomodas,
pues debes considerar
que no son verdades todas
las que pasan por la mar.
Cuando el desengaño importe
poco se puede perder,
pero dentro de la corte
sabes tú que no hay poder
que las venturas reporte.
Aquí por sus voluntades
reparten las dignidades
oficios y provisiones,
que con locas disensiones
andan á inquirir verdades [2].
No hay honor seguro aquí.
VASCO. Ya viene Roberto.
REY. Advierte
que éste se ampara de mí.
VASCO. Pues me toca obedecerte,
tomaré ejemplo de ti.

ESCENA II

DICHOS *y* ROBERTO, *galán, de camino.*

ROBERTO.
Vuestra alteza me dé los pies.
REY.
Roberto,
los brazos, al valor vuestro debidos.
ROBERTO.
Dichoso yo, si en ellos hallo el puerto
que me han negado bárbaros oídos;
si en esta información, temor incierto
aquella de enemigos atrevidos.

1 Además figuran en la comedia OCTAVIO y SOLDADOS.

2 Este pasaje es casi ininteligible. Hartzenbusch lo alteró, pero no pudo hacerlo mucho más claro.

y éste del Rey mi hermano, me han forzado
á vivir fugitivo y desterrado.
Mas ya, Pedro invictísimo, que veo
á vuestros pies pasada mi fortuna,
no tengo que pedir á mi deseo
ni de tantas envidias que, á alguna.
La antigüedad pintaba á Prometeo
oro robando al sol, plata á la luna;
después, atado en ásperas montañas,
un águila rompiendo sus entrañas:
este fiero castigo mereciera
quien la corona de oro hurtar pensara
al legítimo rey, y hasta su estera
Faetonte, loco de ambición, llegara
á los rayos de un rey, alas de cera,
cual Icaro atrevido fabricara,
que no sembrara en cándidas espumas
soberbias locas, ni ambiciosas plumas.
No sue e en verde prado álamo solo
esmaltarse de pájaros parleros
para dormir cuando se acuesta Apolo,
como lo estaba el Rey de lisonjeros:
debe de ser estrella de aquel Polo,
aunque hay muchos muy nobles caballeros
darles los reyes fáciles oídos,
que han de estar de diamantes guarnecidos.
¿Yo pretender el Reino? ¿yo la muerte
de Venceslao? ¡Traidores! por Dios vivo
que me transforma la maldad de suerte
que en tus respetos de razón me privo;
mas pues mi yedra halló muro tan fuerte,
traspuesta en ti de su lugar nativo,
agradezco á la piedad del cielo
aun de la misma envidia me consuelo.

REY. Estoy, con haberte visto,
seguro de tu valor,
que es poderoso un traidor
á hacer á un noble mal quisto.
Yo seré de hoy más Roberto,
pues que eres vivir conmigo,
para tus penas amigo,
para tus fortunas puerto.
Cánsese la envidia en vano,
que, pues le fuiste leal,
vivirás en Portugal
seguro del Rey tu hermano.—
Vasco.

VASCO. Señor.

REY. Hoy contigo
descuidaré mi cuidado,
hoy á Roberto te he dado
por huésped y por amigo.
Regálale y entretén
su persona con mi amor.

VASCO. Y con el mío, señor,
que en le merece también.

ROBERTO. Beso los pies de tu alteza
mil veces, Rey español,
que bien te ilustran por sol
rayos de tanta grandeza.

REY. Que es mi persona creed.
Vasco de Acuña.

VASCO. La hechura
soy de esos pies. (*Vase el Rey.*)

ESCENA III

ROBERTO y VASCO.

ROBERTO. ¿Que ventura,
qué honor, que mayor merced,
que darme para señor
y huésped tal caballero?

VASCO. Señores, Roberto, espero
con la voluntad y amor
que el Rey, mi señor, me manda,
y lo que vos merecéis
porque la envidia que veis
en vuestra patria, ha de ser
en Portugal amistad.

ROBERTO. Los pies mil veces me dad,
si los puedo merecer

VASCO. Dejad ahora humildades;
y pues habéis descansado,
y vais estáis del cuidado
de tantas adversidades,
venid á ver la ciudad,
sus damas y caballeros.

ROBERTO. No tengo más que ofreceros
después de la libertad.

ESCENA IV

DICHOS y TELLO.

TELLO. Que el Rey se fuese esperaba,
para hablarte.

VASCO. Tello, advierte
que Roberto, aquel hermano
del rey de Polonia, es este
que á Breaver desembarco,
quiere el Rey favorecerle
y dímele por amigo,
con el cuidado de huesped

TELLO. No ha mostrado en eso el Rey,
lo que dicen que te quiere.

VASCO. Antes sí, que es honra mía
la que él ampara le tiene.
En casa de un hombre mozo,
¿qué cuidado darle puede
un huésped también mancebo?
¿Qué ha de quitarme o ponerme?
Di presto á lo que venías.

TELLO. Luego tú, señor, ¿no adviertes
que has de gastar cada día
mil escudos?

VASCO. Gaste veinte.—
Di presto, necio

TELLO. Si estás
tan liberal, ¿qué prometes
á un papel de doña Blanca?

VASCO. Mil abrazos que te aprieten
amorosamente el pecho.

TELLO. Menos amorosamente
tomara yo diez escudos
por darte que se, no esperes
favor de Blanca en tu vida.

VASCO. Te lo amigo, si le tienes
sírvete deste diamante.

TELLO. Ahora amante pareces.
Toma este papel, señor,
y haz cuenta que me le debes,

porque la dije que estabas
de ronda la seis ó siete
noches, con un notable
y peligroso accidente
que no podías comer,
ni dormir, ni estar alegre,
que te daban parasismos,
y que remedio te diese.
Con esto, á escribilla
le truje atrevidamente,
y hincándome de rodillas
á la mano y al bufete,
en cuya mano el papel
y la pluma me parecen
todo plata y yo la tinta
y el ebano de una suerte.
Cuento allí por el papel
una azucena seis veces
tantos fueron los reales,
tantos diamantes me debes.
(*Lee* Vasco) «Dice Tello que no estáis con salud, bien parece que es la mia, pues la tratais tan mal.»
¡Jesus!

TELLO. ¿Qué has visto?

VASCO. Un favor
tan grande, que me enloquece,
su salud dice que es mia.

TELLO. Muerete, y verás si miente.

(*Lee* Vasco) «Mirad, que si no deseais
venir, me matareis á mí.»
¡Acabóse!

TELLO. ¿Qué, el papel?

VASCO. No, sino cuanto favor
pudo merecer mi amor.

TELLO. Pues algo mas viene en él.

(*Lee* Vasco) «Como es imposible curaros, va mi retrato con poder de sustituir en cualquier atrevimiento.»
¿Pues perro, aquesto traias?

TELLO. ¿Perro soy?

VASCO. Muestra el retrato.

TELLO. No le verás tan barato
como el papel.

VASCO. ¿Pues porfias?

TELLO. ¿Qué me has de dar?

VASCO. El vestido
con que á la muestra salí
con el ejecutado.

TELLO. Aquí
tienes del mejor sentido,
la luz, la vida y el ser,
aquí de Blanca, el frasco
de nuestros, y aquí el traslado
de la mas bella mujer
que formó naturaleza.
(*Saca un retrato.*)

VASCO. Por mi de manera habraste
que todo mi amor le traste
y el cielo de su belleza
Mas di, ¿qué quiere decir,
pues no parecerle ingrato,
que tiene aqueste retrato
poder de sustituir?

TELLO. No has hecho tales agravios
á tu ingenio como ahora
da poder esta señora
á sus ojos y á sus labios,
que en este retrato están,
á cualquier atrevimiento
que tenga tu pensamiento
como de ausente galan
¿Hasto entendido?

VASCO. Y me admira,
Tello, tan nuevo saber,
que quisiera responder;
pero Roberto nos mira,
que debe de estar cansado
deste discurso amoroso.
Perdonad, que fue forzoso
hablar con este criado.

ROBERTO. No me tratais como amigo,
si es que lo habemos de ser.

VASCO. Yo os quisiera entretener,
venid, Roberto, conmigo,
que cuando por ocasion
que yo os voy apadrinando,
para que vos vais pagando
visitas de obligacion,
no ha de haber dama en Lisboa
que esta tarde no veais.

ROBERTO. Dos grandezas me enseñáis
que todo el mundo las loa,
y el cielo, con mano franca,
hizo en tanta perfeccion.

VASCO. ¡Oh, que dichosa ocasion,
Tello para ver á Blanca!

TELLO. Extremada dicha ha sido.

VASCO. Pensando voy con recato
en mi divino retrato.

TELLO. Y yo en mi humano vestido.

(*Vanse y salen* Blanca y Elena.)

ESCENA V

DOÑA BLANCA y DOÑA ELENA, *damas*

BLANCA.

Seguramente puedes
decirme tu cuidado.

ELENA.

Y yo lo quedo
de que admirada quedes.

BLANCA.

¿Cómo de efectos amorosos puedo
admirarme, aunque vea
que á su hijo Semiramis desea?
Amor, los elementos
en dulce union enlaza; amor, conforma
extraños pensamientos;
amor, valientes Hercules transforma
en actos mujeriles,
y en fuerza de Sansón, ánimos viles.
Amor, sin pesadumbre,
corta del mar el paso arrogante,
y por pequeña lumbre,
tan abrasado llega un ciego amante,
que entre Sesto y Abido
quedó el Estrecho en fuego convertido.

Amor, con una espada
hallo camino á verse con la muerte,
dos almas que la agrada
fortuna da á dos, porque tan fuerte
pasión, no resistida,
tiene por gloria despreciar la vida.

ELENA.

El día, Blanca hermosa,
que fuiste al mar, y el de Polonia vino,
cuando por la arenosa
playa, cubriera damas el camino,
en él puse los ojos
libre de imaginar tantos enojos.
Fué cosa en mí tan nueva
el ver que un extranjero me agradase,
que no pudo hallar prueba
amor, que más sus fuerzas confirmase;
pues la ciudad tenía
tan altas ocasiones aquel día.
Verle otra vez deseo,
mis imaginaciones cultivando
aquel primer empleo,
por ventura se irán desengañando;
que es bien que se resista
tanto valor de la primera vista.

BLANCA.

No estés tan descontenta,
Elena, de tu gusto por extraño,
pues que la griega afrenta
al capitán de Troya y de su engaño
con más fácil conquista
rindió su amor á la primera vista.
No haya miedo que abrase
á Lisboa tu amor como hizo á Troya,
ni que á cuidado pase;
que allí la admiración de tanta joya
por tan pocos despojos
hizo á la voluntad abrir los ojos.
Otra vez que le veas
conocerás tu error y desatino.

ELENA.

¡Ay, Blanca!, no lo creas;
pienso que por mi mal á España vino,
y más si á pensar llego
que sabiese de agua tanto fuego.

ESCENA VI

DICHOS Y BEATRIZ, criada.

BEATRIZ. Una visita notable
pide, señora, licencia
para besaros las manos.
ELENA. ¿Es á mí, ó á la Condesa?
BEATRIZ. Claro es á que es á las dos.
BLANCA. ¿Qué es, Beatriz, que te fuerza
á venir con tanto brío
y prisa tan descompuesta?
BEATRIZ. Aquel Príncipe extranjero
que dicen que á nuestra tierra
viene huyendo de su hermano.
BLANCA. ¿Roberto?
BEATRIZ. El mismo.
BLANCA. ¿Qué intenta?
BEATRIZ. Cumplir con su obligación.
BLANCA. ¿De qué te pones suspensa?
ELENA. ¿Quieres que de aquí me vaya?
BLANCA. ¿Que pierdes en que te vea,
demás de ser necedad
cuando tu verle deseas?

ESCENA VII

DICHOS, ROBERTO, DON VASCO Y TELLO.

VASCO. No os parezca atrevimiento,
señoras, que á veros venga:
de Roberto soy padrino.
ROBERTO. Bien dice, que no pudiera
ver al sol sin tanto amparo.
BLANCA. No sé cómo os agradezca
tanto favor y merced.
¿Viene bueno vuestra alteza?
ROBERTO. Tan mal me ha tratado el mar,
como ahora bien la tierra.
VASCO. ¿Qué os parece destas damas?
ROBERTO. Que es de la hermosura reina
la condesa Doña Blanca.
VASCO. Mi señora Doña Elena,
es su prima.
ROBERTO. Bien parecen
ser de un mismo cielo estrellas.
BLANCA. ¿Habrá vuestra alteza visto
muchas damas?
ROBERTO. No quisiera
seros ingrato en decir
que todas son sombra vuestra.
BLANCA. ¿Qué os parece de mi prima?
ROBERTO. Lo que es justo que parezca,
una estrella junto al sol;
junto á un diamante una perla,
junto á una palma un laurel.
ELENA. Los ojos Blanca le lleva,
no pienso que se me inclina.
VASCO. La visita ha sido necia:
que Roberto en Doña Blanca
tan ternamente se eleva,
que le bebe la hermosura,
como dicen los poetas.
TELLO. Mientras sus divinas amas,
señora Beatriz, emplean
sus altos entendimientos
en demandas y respuestas:
mientras que juzgan facciones
y envidias en competencia
tan altas discreteras
entre donaires y veras,
escucha un necio amador,
así nunca en tal se vea,
dos pares de necedades.
BEATRIZ. O me burla, o me requiebra:
si me burla, ¿qué vio en mí
que de burla le pareció?,
si me requiebra, ¿á qué efeto
pretende que yo le quiera?
TELLO. Donde la de tu señora,
por este nombre doncella,
requiebros son, que no burlas.
BEATRIZ. Pues diga, que estoy atenta.
TELLO. Don Vasco de Acuña...
BEATRIZ. Bien.
TELLO. Quiere á Blanca, y pienso que ella
le quiere á él.

BEATRIZ. Puede ser
que Blanca también le quiera.
TELLO. ¿No me entiende?
BEATRIZ. No le entiendo.
TELLO. Debo de hacer mala letra;
que me quiera y la querré.
BEATRIZ. ¿Cierto?
TELLO. Sí.
BEATRIZ. ¿Sobre qué prenda?
TELLO. ¿Luego pide matrimonio
á la pregunta primera?
BEATRIZ. ¿No le hiciera Dios merced
en casarse?
TELLO. Beatriz bella,
como sabiera el melón;
que tal vez quien más lo piensa,
o lleva un duro pepino
o alguna loca badea,
pero casados tú y yo,
pienso, Beatriz, que parieras
algún mentante de esgrima.
VASCO. La primer visita es esta:
no será razón cansaros.
ROBERTO. ¡Qué presto las dichas cesan! –
¿Queréisme oír vos, señora?
ELENA. ¿Qué me manda vuestra alteza?
ROBERTO. Decilde á Blanca que voy
sin alma, y que si pudiera
fuera reina de Polonia.
ELENA. ¡Qué desdicha! (*Ap.*)
ROBERTO. ¡Qué belleza! (*Ap.*)
VASCO. Celoso voy de Roberto.
BLANCA. No hay cosa humana que pueda
sacaros de adónde estáis.
VASCO. De lo que he dicho me pesa.
TELLO. ¿Cómo quedamos, Beatriz?
BEATRIZ. Tello, como tú me quieras,
soy tuya.
TELLO. A tanto favor
mis sentidos hagan fiesta,
ponga el alma luminarias,
corran toros mis potencias.
(*Vanse Tello, Roberto y Vasco.*)

ESCENA VIII

BLANCA, ELENA y BEATRIZ

BLANCA. Paréceme que has quedado
triste.
ELENA. ¿No tengo razón,
si he visto en la afición
que Roberto te ha mirado?
De la vista he medrado.
Blanca, notables consuelos
para mis necios desvelos;
porque si en la fantasía
solamente amor tenía,
ya tengo amores y celos.
No he visto tal desatino
como tenía en mirarte,
sin que Vasco fuese parte
para impedir su destino;
luego al despedirse vino
á decir que te dejase
cómo iba sin alma, y fuese
con la mía en su lugar,
que yo se la quise dar
para que alguna tuviese.
BLANCA. Elena, cuando mi amor
don Vasco no mereciere,
segura estoy que no hiciere
á un extranjero favor:
en el hidalgo mejor
del mundo estoy empleada;
ama y vive descuidada
de tener celos también;
que de parecerle bien
á quererle, hay gran jornada.
(*Vanse Blanca y Beatriz.*)

ESCENA IX

ELENA

Extraña desdicha ha sido
que de Blanca se agradase
y que apenas me mirase
mirándola divertido,
pero pues me ha prevenido
para hacerme su tercera,
aunque mi gusto prefiera
á mi honor, viendo que muero,
sin que sepa que le quiero
tengo de hacer que me quiera. (*Vase.*)

ESCENA X

REY y TRISTÁN

REY.

No me deja el dolor, como si fuera,
Tristán de Silva, aqueste el primer día
que vió aquel ángel la dorada esfera
de su inocente y pura jerarquía:
admírese el amor de que no muera
quien perdió su adorada compañía,
y yo que vivo, en tanto mal me veo,
pienso que basta, que mora deseo.
Si á doña Inés de Castro, tan amado
mató mi padre, cuya muerte injusta
en los feros traidores he vengado
por ley de amor y por sentencia justa,
en sombras me aparece, y mi cuidado
de adorar su divina imagen gusta.
¿por qué te admira la tristeza mía?

TRISTÁN.

Porque cual es el sol, tal es el día.
Si estás triste, señor, por la sangrienta
historia de tu Nise lastimosa,
que el coro de los ángeles aumenta,
con muerte tan atroz y rigurosa,
¿cómo no quieres que tu reino sienta
tu misma pena?

REY.

Mi querida esposa
no me deja alegrar.

TRISTÁN.

Ni el reino puede
viendo que tu pesar lo justo excede.
Ya en público teatro, coronada
reina de Portugal, después de muerta,
fué la divina doña Inés jurada.

de telas de oro y de dolor cubierta;
y el pecho que paso cobarde espada
del alma noble dolorosa puerta
gozo tus brazos, ¡ánimo excesivo,
con una muerta desposarse un vivo!
De tu venganza y de este dolor fiero
tan sangriento y cruel, señor, quedaste,
que tiembla Portugal, de aquel severo
rostro que desde entonces le mostraste,
confieso que la causa fui primero,
mas ya los homicidas castigaste:
tres reyes Pedros tiene agora España
y todos tres crueles, ¡cosa extraña!
Mas si el de Aragón y el de Castilla
por justicieros este nombre tienen,
en Zaragoza aquel, este en Sevilla,
diferentes renombres te convienen,
tu tristeza á tu reino maravilla,
fiestas en mar y tierra te previenen,
alegrate, señor.

REY

Si yo pudiera
olvidarme de mí, posible fuera.

ESCENA XI

DICHOS, ROBERTO, VASCO y TELLO

ROBERTO. Todo el mundo está cifrado
en esta insigne ciudad;
de toda su variedad
la quinta esencia ha sacado
la bella naturaleza.

VASCO. Bien la podeis alabar,
si por tanto variar
se conoce su grandeza.

ROBERTO. Como grandes edificios,
adornan á las ciudades
riquezas y cantidades
de mercaderes y oficios.
¿No hay aquí Universidad?

VASCO. En Coimbra está fundada
donde se aumenta, adornada
de una y otra facultad,
hasta música y poesía.

TELLO. Y advertid, que no es acá
como en Castilla, que es ya
una vulgar tiranía
Un cierto componedor
me avisó con la estafeta
de que ya todo poeta
tiene un teniente asesor:
uno escribe y otro firma,
y así salen las sentencias
con notables diferencias.

ROBERTO. Esa grandeza confirma
la riqueza de su mar,
sus damas, calles y galas.

VASCO. No eran las dos rubias malas.

ROBERTO. Nada me pudo agradar
como la Blanca que vi.

TELLO. ¡Guarda fuera!

VASCO. No es tan bella
como la haceis.

ROBERTO. Una estrella,
un sol en sus ojos vi.

TELLO. Un diablo fuera mejor.

VASCO. ¿No era más hermosa Elena?

ROBERTO. Hasta el nombre me da pena,
que tiene trágico amor.

VASCO. ¿La morena casadilla
no es hermosa?

ROBERTO. Blanca es blanca;
y en diciendo doña Blanca
el sol á sus pies se humilla.

TELLO. (Aderézame esa novia.)

ROBERTO. Hay en las dos más distancia
que desde Polonia á Francia,
y desde España á Moscovia.

TELLO. (Mala mosca te dejo amen,
y á quien te trujo de allá.)

VASCO. Doña Bernarda de Sá,
yo sé que os parece bien.

ROBERTO. ¿Quién puede tener igual
con Blanca?

TELLO. (Estés blanqueado
con cal viva por un lado
y por el otro con sal.
El está fuera de sí,
no lo sacará de Blanca,
si una tenaza le arranca.)

VASCO. (Aparte.) (¡Cielos, qué queréis de mí!)
Doña Elvira de Miranda
es bellísima mujer.

ROBERTO. Con Blanca no puede ser,
porque como Venus manda
los Amores y Cupidos
que andan repartiendo flechas.

TELLO. (Cuatro te pasen de flechas
los ojos y los sentidos.)

VASCO. ¿Cómo negarme podeis
la hermosura y bizarría
de doña Ana Estefanía?

ROBERTO. Con las gracias que sabéis
de doña Blanca divina

TELLO. ¿Qué le porfiás? (Apartándose.)

VASCO. ¡Ah cielos!

TELLO. Mayores haces tus celos
si el tu cuidado adivina.

REY. Este Roberto, Tristán,
es un Príncipe que puede
heredar.

TRISTÁN. Por eso excede
la envidia de los que están
á la mira del suceso.

REY. Si mi hermana Isabel fuera
legítima, se la diera.

TRISTÁN. Que no te he visto confieso,
humilde en otra ocasión,
ni aun la merece mirar
si acabase de heredar
su reino.

REY. Tienes razón.

TELLO. El Rey está aquí.

ROBERTO. Señor,
Vuestra alteza me perdone.

REY. No es menester que os abone,
Roberto, más que mi amor.

ROBERTO. Lo que me ha parecido
que no veo á vuestra alteza.

REY. Consuelo de mi tristeza
el veros hubiera sido.

VASCO. Tello, yo pierdo el juicio
de ver este hombre sin él.
TELLO. De que es lindo cascabel
me ha dado su amor indicio,
que viendo diez mil mujeres
esta sola le apasiona.
VASCO. Tiene tan linda persona
Blanca.
TELLO. ¿Disculparle quieres?
VASCO. Tiene tan lindo mirar
que lleva el alma tras sí.
Gesto que me ha muerto á mí,
¿á quién no podrá matar?
Con dos armas extremadas
de hermosura, amor, conquistas,
unas que mataron vistas,
y otras después de miradas.
Blanca, en verdad, segura
tiene el alma en la prision
que parte jurisdiccion,
con el cielo su hermosura.
TELLO. Mi dicha el cielo mejore,
porque bien se yo que ha estado
en que no tuvo criado
que de Beatriz se enamore.
REY. ¿Cómo os ha ido estos dias
con el huesped?
ROBERTO. Con exceso
me ha regalado.
VASCO. Confieso
que las humildades mias
afrentan la voluntad,
vuestra alteza está culpado
si no ha sido regalado
conforme á su calidad.
REY. Yo se de vuestro valor
Vasco, que yo no pudiera
hacer más.
VASCO. Que yo quisiera
sabe Roberto, señor,
que mi amor ha conocido.
ROBERTO. De todo estoy obligado,
Vasco de Acuña ha mostrado
ser hombre tan bien nacido.
REY. ¿Qué os parece la ciudad?
ROBERTO. Que aun es mayor que la fama
que por antigua la llama
su nobleza y calidad.
Desde el Tajo por la orilla
del mar tendido se ve
que viene á besarla el pie
de los montes de Castilla.
Mucho me alegré de ver
naves de tantas naciones;
mas ¿donde hallaré razones
si quisiera encarecer
de sus hidalgos las galas,
de sus damas la hermosura,
sin ponerme en aventura
de Paris con Juno y Palas?
Que una Venus vi tan bella,
que el premio á todas llevaba.
REY. ¿Quién por mi vida?
VASCO. Repara
Tello, en lo que dice della.
ROBERTO. Blanca se llama, señor.
REY. ¿La condesa de Ademira?:
con justa causa se admira.
TELLO. No era para mina amor.
VASCO. ¿Por qué?
TELLO. ¿No lo ves aquí?
No sabe encubrir el fuego.
VASCO. Nuestro huesped anda ciego
y no es bueno para mí.
REY. En fin, ¿la habéis visitado?
ROBERTO. Y la comienzo á servir.
REY. De Blanca os puedo decir
que estaréis bien empleado.
De la casa de Mendoza,
de Castilla fue su madre;
la calidad de su padre
tantos privilegios goza
que yo solo soy mejor.
ROBERTO. Principios ahora han sido,
aunque estoy favorecido.
TELLO. ¿Oyes aquello, señor?
VASCO. Callo, porque estoy culpado.
REY. Que os entretengáis así
estimo mucho.
ROBERTO. Yo fui,
de Vasco de Acuña honrado,
donde tuve esta ventura
(*Vanse el Rey y Tristan.*)

ESCENA XII

DON VASCO, ROBERTO y TELLO.

VASCO. Mal habéis hecho, Roberto,
en haberle descubierto
que amáis á Blanca.
ROBERTO. Es locura
todo amor, y yo lo estoy.
VASCO. Pues, Roberto, no lo estéis,
que un competidor teneis
tan bravo, á fe de quien sois,
que os ha de costar cuidado.
ROBERTO. Del rey abajo, ninguno.
VASCO. ¿No podria ser que alguno
que la amase y fuese amado
se declare con vos?
ROBERTO. No,
que soy yo muy diferente
VASCO. Vos no sabéis con la gente
que tratáis.
ROBERTO. Presumo yo
que es un Cid todo español.
VASCO. ¡Vive Dios que hay portugués
que pondrá el sol á sus pies
si se le igualase al sol!
reyes tendrán por esclavos,
porque cuando no lo fueran,
del rey D. Pedro aprendieran
que los enseña á ser bravos.
Desenterró á doña Ines
y con ella se casó
después que la coronó,
porque esto es ser portugués,
y los hidalgos, Roberto,
que son de tan buena ley,
harán lo mismo que el Rey,
no digáis que no os advierto.

ROBERTO. El que mi huesped no fuera
no me hubiera hablado assi:
advertid que a Blanca vi
y que basta que me quiera
para aventurar la vida.
Pero decidme quien es
ese bravo portugues,
que yo hare que no me impida.
VASCO. Pues yo hare que os venga a hablar.
ROBERTO. Cuanto no sea, el Rey prefiero.
VASCO. No es el Rey.
ROBERTO. Pues ya le espero.
VASCO. ¿Dónde?
ROBERTO. A la orilla del mar.
VASCO. ¿Con que armas le direi?
ROBERTO. Con daga y espada.
VASCO. Irá.
ROBERTO. Yo voy á aguardarle allá;
y en la campaña vere
lo que son los portugueses.
VASCO. Pues id, que a llamarle voy.
(Vase Roberto.)

ESCENA XIII

DON VASCO y TELLO

TELLO. ¿Qué intentas?
VASCO. Perdido estoy.
TELLO. De que credito le dieses,
en lo del favor te culpo;
que es extranjero y haria
favor de la cortesia.
VASCO. Ya el favor le disculpo.
TELLO. ¿Vaste?
VASCO. No me digas nada. *(Vase.)*

ESCENA XIV

TELLO.

Puesto quedo en confusión:
¡que por tan necia ocasión
saque don Vasco la espada!
Roberto estara ignorante
de competidor igual,
cuando vea al general
don Vasco amante y diamante. —
El Rey es este, ¿qué hare?

ESCENA XV

TELLO y el REY.

REY. ¿Quién sois hombre?
TELLO. Soy criado
de Vasco de Acuña.
REY. Honrado
dueño tenéis.
TELLO. Ya lo sé.
REY. ¿De qué le servis?
TELLO. Señor,
un pobre soldado fuí
que en la guerra merecí
que me hiciese algun favor.
Despues que vinimos della
salgo de noche con él.
REY. ¿Qué llevás?
TELLO. Solo un broquel,
y esta hoja, que con ella
he muerto diez castellanos:
y esto a vista del de Acuña,
y otros tantos por la uña
se escaparon de mis manos.
REY. ¿Diez castellanos? mitad
lo que decis.
TELLO. ¿Esto admira?
REY. Pocos son para mentira
y muchos para verdad.
¿Y donde de noche va
el general?
TELLO. Gran señor,
tiene un poquito de amor
que pesadumbre le da.
REY. ¿Goza?
TELLO. No señor.
REY. ¿Quien es,
porque á estar en posesión,
ni aun al Rey era razon
decirlo?
TELLO. Beso tus pies...
Doña Blanca de Mendoza
es por quien Vasco suspira.
REY. ¿Pues cómo Roberto mira
lo que don Vasco no goza?
TELLO. Aquí le ha avisado ya
que tiene competidor,
y con saberlo, señor,
resuelto en quererla está,
y yo en que sepas de mí
la verdad de lo que pasa.
Vasco de celos se abrasa
y dijo a Roberto aquí
que le queria enseñar
quien es su competidor
y fue á aguardarle, señor,
á las orillas del mar.
Y el general irá luego
donde á costa de su daño
ha de ver el desengaño,
que lo remedies te ruego.
REY. Bien se yo que Vasco es hombre
de valor.
TELLO. Cuerpo de tal,
es tan hombre el general
que solo basta su nombre.
Yo le vi partir un moro
por la mitad, de un revés.
REY. Buen revés.
TELLO. De portugues.
REY. Aunque deslustre el decoro
real, no me da sosiego
la braveza natural.
¿Ha mucho que el general
fué a la ribera?
TELLO. Fué luego.
REY. Con qué enojo escucho y trato
hasta las cosas más viles:
o tengo el alma de Aquiles,
ó me engendró Viriato.
Desde aquella sombra helada
que estoy por instantes viendo,
luego en colera me enciendo;
muero por sacar la espada
con alma tan ofendida.

que cualquiera pensó que es
quien dió muerte á doña Inés
y me ha quitado la vida.
(Vase y sale Roberto.)

ESCENA XVI

ROBERTO

En la mayor confusión
que hombre se ha visto jamás
vengo, amor, donde me das
para tenerla ocasión.
celoso estoy con razón,
porque el favor que he tenido
por agena mano ha sido,
y bien puede haber engaño,
no en los celos cuyo daño
¿como puede ser fingido?
Que es el Rey tengo pensado
el que tiene a Blanca amor;
que menos competidor
ya le hubiera declarado
ser don Vasco su privado,
es mas cierto fundamento,
pues ¿que esperáis pensamiento
en tanta desconfianza?
que es locura la esperanza
que ha de parar en el viento
Playa del mar lusitano,
puerta ilustre del Oriente,
aquí de mi reino ausente
vine huyendo de mi hermano;
pero ya pretendo en vano
del rey don Pedro el favor,
que si á Blanca tiene amor
presto me ha de aborrecer,
porque el supremo poder
no admite competidor.
Si fuere el Rey, Blanca hermosa,
aunque Elena me ha contado
que es mi amor de vos pagado,
dejare, que es justa cosa,
la pretension amorosa,
que, fuera de ser quien es,
y tan bravo, que á sus pies
tiene el mundo, fuera error
tener en cosas de amor
competidor portugues. (Sale Vasco.)

ESCENA XVII

DICHOS y D. VASCO

VASCO. Amor, donde la esperanza
que se funda en lo mas pura
no tiene cosa segura
mientras que su fin no alcanza,
pues con tan desconfianza
me trae de Blanca hermosa,
permite á un alma celosa
impedir a un nuevo amante
porque no pase adelante
su pretensión amorosa.
En decirle mi aficion
bien sé que no soy discreto,
¿pero qué amor fue secreto
si celos dan la ocasion?
Puesto vengo en confusion,
que callar es dar lugar
que su amor pueda aumentar,
y decir que tengo amor
es declarar el favor
y dar á Blanca pesar.
Pedir celos no he querido;
porque estan de agravios llenos,
y porque es tenerme en menos,
que de quien yo celos pido,
el amor que está dormido
suele despertar con ellos:
sufrillos si no tengo
fue siempre mayor razón,
que por la misma ocasion
viene el agravio tras ellos.
Ya Roberto ocupa el puesto;
honra ó amor le han forzado;
mayores celos me ha dado
el verle venir tan presto.
A todo viene dispuesto:
mas no es a su sangre igual
que, siendo hombre de caudal,
desde Polonia y sus hielos
traiga una nave de celos
á vender á Portugal.

ROBERTO. Vasco me parece aquel.
El es: ¿que es esto don Vasco?

VASCO. Venir á volver por mí.

ROBERTO. ¿Vos por vos, cuando yo aguardo
á quien quiere á doña Blanca?

VASCO. Yo soy quien la quiere tanto
que he de quitarle la vida
al que quisiere estorbarlo.

ROBERTO. No, Vasco, no puede ser
el Rey aquí os ha enviado,
el la quiere, y vos queréis
cerrar á mi amor el paso.

VASCO. Yo os he dicho la verdad,
y si estás determinado
de servir á Blanca, oidme:
Ese es la mar, este el campo:
ó navegar por allí,
ó aquí morir peleando.

ROBERTO. Entrambas cosas haré,
porque después de mataros,
será fuerza navegar,
y abrirme navegando.

VASCO. ¿Sabéis bien quien soy?

ROBERTO. Ya se
que el Rey no me hubiera dado
a menos huesped que á vos.

VASCO. ¿Y es nobleza ser ingrato?

ROBERTO. No es aquesta ingratitud,
sino presuncion de bravo
que quien entre en Portugal
os honra con mataros.

VASCO. Sacad la espada.

ESCENA XVIII

DICHOS, *el* REY, TELLO y TRISTAN

REY. ¿Que es esto?

VASCO. El Rey, por Dios.

ROBERTO. ¡Caso extraño!
REY ¿Así los huéspedes riñen?
VASCO. Señor.
REY. No hay que disculparos:
ya sé la ocasión, Roberto,
y que tenéis culpa entrambos:
vos en querer alterar
el reino, de ayer llegado,
y Vasco en no haberme á mí,
que supiera remediarlo.
¡Vive Dios que el reportarme,
mas que cordura, es milagro!
yo reniego de que de hoy más
me llamen don Pedro el Bravo;
yo veo espadas desnudas,
y ningún respeto humano
tiene embainada la mía.
ROBERTO. Si yo pensara enojaros.
REY Bueno está.
VASCO General vuestro
en mar y tierra me llamo;
si aquí habéis de ser juez,
señor, y no Rey armado,
pues decís que habéis sabido
la ocasión, a suplicaros
me atrevo que me escuchéis.
REY. Nunca estuve tan despacio.
La condesa doña Blanca,
que es solo en lo que reparo,
¿cual de los dos favorece?
ROBERTO. Mis favores no son tantos
que pueda alabarme de ellos,
basta que me haya contado
su prima Elena que estoy
en su gracia.
REY. ¿Quien o cuándo
os llevo á verla?
ROBERTO. Señor,
don Vasco, recién llegado.
REY. No tenéis culpa en quereros:
pero habiéndoos avisado,
¿como la podeis servir
sin hacer á Vasco agravio?
La ley de amigo y de huesped,
¿no obliga a un noble?
ROBERTO. No hallo
disculpa; perdón le pido:
y a vos, señor, de enojaros.
REY. Vencido habéis mis enojos:
¿vos, general, en qué estado
teneis el amor de Blanca?
VASCO. Ha que la sirvo seis años
sin haberme hecho favor;
maldije, pues me ha dejado
servirla sin que se ofenda.
REY ¡Que cortesano recato!
TRISTÁN. Esté cierto vuestra alteza
que en su servicio y palacio,
como don Vasco, no tiene
tan valeroso hidalgo.
REY. Lisonja me hacéis, Tristán;
y si como éste es hermano
de un rey, y al fin extranjero,
que viene á buscar mi amparo,
fuera de reino, por Dios,
que hubiera mandado mano
y quitádole la vida
en defensa de don Vasco.
¿General?
VASCO. Señor.
REY. Yo quiero
hoy de mi mano casaros
VASCO. Venturoso yo, si hoy quedo
casado de vuestra mano
REY. Yo se que hoy habeis tenido
un papel con un retrato
Blanca os quiere, ya sabeis
que su padre don Fernando,
sus dos hijos me encargó,
y que, muerto don Gonzalo,
para mayor dicha vuestra,
Blanca herede sus estados.
Ya sois conde de Ademuz,
y yo á su dote os añado
seis mil ducados de renta.
VASCO. Las estampas que dejando
van vuestros pies, son envidia
de mi boca.
REY. Tristán, vamos.
TRISTÁN. Conde, el parabien os doy
(Vanse el Rey y Tristán.)
ROBERTO. Y yo voy desesperado,
lleno de celos y envidia.
(Vase Roberto.)

ESCENA XIX

DON VASCO y TELLO

TELLO. ¿Puedo besarte la mano?
VASCO. No, Tello, que al Rey dijiste
lo del papel y el retrato.
TELLO. Gentil agradecimiento
si por esto estás casado
VASCO. Ahora bien, yo te perdono,
Tello, mas pues eres sabio,
advierte que entre los nobles
se tiene a termino bajo
decir a nadie en favor.
TELLO. Esos estilos tan altos
son de tiempo de Amadís;
que agora hay muchos hidalgos
que cuentan lo que no han hecho
como si hubiera pasado. (Vase.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

CONDESTABLE y TRISTAN DE SILVA

CONDESTABLE.
De cuantas novedades en mi ausencia,
Tristán de Silva, referis, ninguna,
puede estar con el gusto en competencia
de ver casada á Blanca.
TRISTAN
Si hay alguna
que pueda celebrar vuestra excelencia,

de su real sangre y su mayor fortuna,
es ver casada á Blanca, su sobrina.

CONDESTABLE.

Digo que fué disposición divina.
Muerto su padre y su gallardo hermano,
fué todo mi cuidado la Condesa,
temí que caballero castellano
gozase, á mi pesar, tan alta empresa:
Vasco es honor del reino lusitano,
Vasco, de la nobleza portuguesa,
lustre y valor, y en la extranjera tierra,
valiente por la paz y por la guerra.

TRISTAN.

El día de sus bodas, sumamente
fué de toda Lisboa celebrado,
honrándolos el Rey como pariente,
sino digo mejor como á privado.

CONDESTABLE.

¡Oh, cuanto me peso de estar ausente!

TRISTAN.

Mucho, señor, hubiérades honrado
el regocijo y fiesta de aquel día.

CONDESTABLE.

Las cartas tuve allá cuando venía.

TRISTAN.

Alabaros de Blanca la hermosura
aquella noche, fuera empresa vana,
que digna fué su celestial pintura
de no admitir comparación humana.
El bañado jazmín en plata pura,
la púrpura en clavel, la rosa en grana,
no igualaron su rostro que tenía
aquella luz con que se alegra el día.
Galán Vasco de Acuña, acompañado
de toda la nobleza, se presenta
airoso en la ocasión, como soldado;
que es guerra amor, y parecerlo intenta.

CONDESTABLE.

¡Dichoso el que se casa enamorado,
si aquel amor hasta morir sustenta!

TRISTAN.

Si la dama después no desmerece,
amor es niño y con los años crece.

ESCENA II

DICHOS, el REY, VASCO y TELLO.

REY.

Esto me escriben del Algarve ahora;
mirad si es justo que me cause pena.

VASCO.

Traición extraña y digna de castigo.

CONDESTABLE.

Vuestra alteza me dé sus pies reales.

REY.

¡Oh, Condestable!, á tiempo habéis venido
que en tanta pena me daréis consuelo.

CONDESTABLE.

Muchos años, señor, os guarde el cielo.

REY.

¿Cómo en Castilla os fué?

CONDESTABLE.

No hay cosa en ella
que al nuevo rey, señor, no esté rendida.
Ya queda don Enrique, rey pacífico
y olvidado también su muerto hermano;
que se quejaba el reino castellano,
de la fiera crueldad del rey don Pedro.
El parabién le di, mostrando el gusto
que de vuestra amistad y paz es justo.

(Dale una carta.)

Aquí responde.

REY.

Muerto su hermano,
no habrá contradicción en todo el reino.

CONDESTABLE.

Esta muerte y prisión, los castellanos
han sentido, señor, con grande exceso [1].

REY.

Que fué valiente príncipe, os confieso.

TRISTAN. (Ap.)

Como él es tan cruel, disculpa á un hombre,
de quien se precia de imitar el nombre.

REY.

Descansad, Condestable, que mañana
trataremos despacio destas cosas.

CONDESTABLE.

Que fueran sospeché, dificultosas.—
Vasco, dadme los brazos.

VASCO.

Todo el pecho
como siempre os lo di.

CONDESTABLE.

Grande alegría
me ha causado de Blanca el justo empleo.

VASCO.

Yo sé vuestro valor, vos mi deseo.

(Vase el Condestable.)

ESCENA III

El REY, DON VASCO, TRISTÁN *y* TELLO.

REY. ¿Vasco?
VASCO. Señor.
REY. ¿Qué he de hacer
para poder castigar
quien me ha dado tal pesar?

1 Como ya observó Hartzenbusch, falta algo en este lugar. La muerte y prisión serían probablemente de algunos partidarios del rey D. Pedro, como por ejemplo, el Maestre D. Martín López de Córdoba, inicuamente degollado por D. Enrique. El pasaje sería tachado por la censura.

VASCO. Señor, no más de querer.
REY. Con los Algarves se alzó
Héctor, aunque no el troyano,
y fuera afrentar mi mano
no castigarle yo.
Que por lo que es mi disgusto,
vive Dios, que luego fuera
y que en persona le diera
mil muertes.
VASCO. No fuera justo;
que vos no habeis de salir,
ni entre los reyes es ley,
no habiendo Rey contra Rey;
pero es querer me decir
que tome las armas yo,
que soy vuestro general
y me toca empresa igual.
REY. No, Vasco amigo, eso no,
que estais muy recien casado.
VASCO. Afréntome, por Dios vivo;
que aunque mi amor excesivo
me diera mayor cuidado,
en siendo servicio vuestro,
ninguno puede igualar
con mi honor ese lugar.
REY. Quede Vasco, á cargo nuestro
castigar ese tirano;
gozad vuestra esposa vos.
VASCO. No digais eso por Dios,
sino dadme vuestra mano,
que esto quiere brevedad.
REY. No sé, don Vasco, qué os diga,
la confianza me obliga.
VASCO. Vos sabeis mi voluntad.
REY. Conde, siendo vuestro gusto,
partid.
VASCO. Mil veces, señor,
os beso los piés.

(*Vanse el* Rey *y* Tristán.)

ESCENA IV

DON VASCO *y* TELLO

TELLO. Valor
has mostrado.
VASCO. ¿Y no era justo?
TELLO. No deja de ser por eso
valor.
VASCO. Y es valor de suerte
que no me diera la muerte
disgusto con más exceso.
¡Ay, Tello! no sé si amor
es solo el que me atormenta,
sino otro amor, que es afrenta
del amor y del honor.
Hicieron, Tello, los cielos
dos amores; al mayor
llaman comunmente amor,
y al segundo llaman celos.
TELLO. Cuando niño me contaba
mi madre, que quiso hacer
hombres el diablo por ver
si los del cielo imitaba,
y que le salieron monas,
con que temor me ponia
todas las veces que via
querer imitar personas.
Y así dieras mejor,
por la envidia y sus desvelos,
que no son amor los celos,
sino monas del amor.
VASCO. He visto hablar con Elena
á Roberto en gran secreto.
TELLO. Pues ¿que importa?
VASCO. Te prometo
que me ha dado mucha pena.
Ando con estos desvelos
de mi amor y de mi honor,
que no hay tormento mayor
que callar teniendo celos.
Pues di, ¿que será de mí
si me ausento?
TELLO. Loco estás;
mas la disculpa que das
valga, aunque no para mí.
Elena quiere á Roberto
y el la debe de querer.
VASCO. Puede ser.
TELLO. Si puede ser,
que es gran locura te advierto
pensar que pueda llegar
el mayor atrevimiento
con sombra, ni pensamiento
á tan divino lugar.
Que la Condesa, ya es claro
que es quien es.
VASCO. Quédate aquí,
que al Rey escucharnos ví,
porque ya sólo reparo
en que él ha de ser servido,
si cuesta vida y honor

(*Vase* Vasco *y sale el* Rey.)

ESCENA V

El REY *y* TELLO

REY. ¿Fuese el Conde?
TELLO. Sí, señor.
REY. Parece que está ofendido
de unos necios pensamientos;
no me encubras nada á mí.
TELLO. ¿Quién podrá negarte á ti
los más graves sentimientos,
si no ofendes la lealtad
del Conde, siendo tu el Rey,
pues no hay lealtad de más ley
que tratar al Rey verdad?
El Conde lleva temor
en esta ausencia.
REY. ¿De qué?
TELLO. Tiene amor.
REY. Pienso que fue
del amor hijo el temor.
Mas viene á ser desconcierto
si es de Blanca.
TELLO. No, señor.
REY. ¿Pues de quién tiene temor?
TELLO. Deste príncipe Roberto,
que desde que se casó

ha dado en solicitar
a Blanca.
REY. ¿Tiene lugar?
TELLO. Doña Elena se le dio
en algunas ocasiones.
REY. ¿Pues cómo pasa por eso
el Conde?
TELLO. Perdiendo el seso
y malogrando sus fines
que Elena entender no quiere,
y pienso que hubiera muerto,
á no ser por tí, á Roberto,
de que su lealtad se infiere,
pues, por no darle disgusto,
pasa por su atrevimiento.
REY. Que vaya á la guerra siento.
TELLO. Servirte, señor, es justo.
REY. Llamale.
TELLO. Ya vuelve aquí.
(*Sale* Vasco.)

ESCENA VI

DICHOS y DON VASCO

REY. Conde, yo no me acordaba
que aquí el Condestable estaba,
cuando esta jornada os dí.
Descansad recién casado.
VASCO. Vuelva vuestra alteza acá,
que ni el Condestable irá,
ni otro, aunque mayor soldado,
de cuantos os sirven hoy;
ni merecen esta afrenta
mis servicios.
REY. Ni lo intenta
ninguno, á fe de quien soy.
Sino que lástima tengo
á Blanca.
VASCO. No hay Blanca aquí,
sino vos sólo.
REY. Es así.
VASCO. Pues vá, señor, me prevengo.
REY. Id en buen hora. (*Vase el* Rey.)

ESCENA VII

DON VASCO y TELLO

VASCO. ¡Villano!
¿mis celos dijiste al Rey,
contra la lealtad y ley
que me debes?
TELLO. Ten la mano.
VASCO. ¡Vive Dios que has de morir!
(*Sale el* Rey.)

ESCENA VIII

DICHOS y *el* REY.

REY. ¿Qué es esto, Vasco? estás loco?
VASCO. A ser loco me provoco,
por deseos de servir
á vuestra alteza, señor.
REY. Partid, que en vuestro lugar
vuestro hermano sabrá guardar,
pues vos miráis por mi honor.
VASCO. Vuelvo á besar vuestros pies.
(*Vase el* Rey.)

ESCENA IX

DON VASCO y TELLO.

VASCO. ¿Estás contento?
TELLO. Y tú debes
estarlo ya, pues te atreves,
si un Rey tu defensa es
VASCO. Muerto voy.
TELLO. Saben los cielos
que con lealtad te he servido.
VASCO. ¡Ah, Blanca! mucho he perdido
en que sepa el Rey mis celos.
(*Vanse y salen* Blanca y Elena.)

ESCENA X

BLANCA y ELENA

BLANCA. Aunque sé que tiene amor
temas de loco y cobardías,
que no las vencen los días
ni las divierte el calor,
no puedo con el temor
del Conde dejar, Elena,
de referirte la pena
que á darme por punto vienes,
con el que á Roberto tienes
ya causa propia y no agena.
No me ha dicho nada el Conde
con saber ya que lo siente;
porque es hombre tan prudente
que sus secretos esconde,
de sí mismo, y no responde
á propósito, si intento
entender su pensamiento,
que el hombre, Elena, que es sabio,
hasta saber el agravio
nunca declara el intento.
Si he de aventurar por tí,
Elena, el amor del Conde,
vete, prima, y vive donde
no me trate el Conde así.
Tu casa tienes aquí
pared en medio, con puerta
á la mía, aunque encubierta;
sin que lo llegue á entender
me puedes ver, y tener
toda la del alma abierta.
ELENA. Al fin me apartas airada,
sólo por la fantasía,
de tu casa, y en la mía
quieres que viva apartada.
Á no verme confiada
de tu amor y de quien eres,
pensara, Blanca, que quieres
darme á entender que no es bien
que á los requiebros estén
presentes otras mujeres.
Cuando el Conde haya entendido
mi pensamiento amoroso,

¿cómo puede estar celoso
de lo que no le ha ofendido?
Yo pienso que tu has tenido
celos de mí, que es lo cierto,
que él no, pues quiere á Roberto,
imaginando de mí
que de verte amar á ti
tengo yo amor encubierto
Cuando esta hablando contigo
dirás que me está mirando
y que estoy imaginando
que qué sera hablar conmigo;
amor no quiere testigo,
que busca las soledades,
para tratar sus verdades,
porque son los gustos menos
cuando los ojos ajenos
entrenan las voluntades.
Desentadate con él,
que no estoy tan advertida
que á tus requiebros les pida
imaginaciones del.
Amo á Roberto, y por él
estoy tan fuera de mí,
que no vendre más aquí
porque no ofendas mi amor;
que quien ama su valor
no puede envidiarte á ti.
Esa puerta de mi casa
que pasa, Bianca, á la tuya,
pues no es del alma, y la suya
á la que le di no pasa,
es visita muy escasa;
no la abriré, ni vendré
á verte, porque yo sé
que es necia la voluntad
que prosigue el amistad
adonde falta la fe.

(Vase Elena y sale D. Vasco, *el Condestable y Tello.*

ESCENA XI

D. Vasco, *el* Condestable, Tello y Blanca, *retirada*

VASCO. Con esta priesa me envia,
aunque, sabiendo mi pena,
me quiso quitar el cargo.
CONDEST. Sobrino, en ofensa fuera
de vuestro valor y el mío;
servid, que los reyes premian
obras y no voluntades,
que aunque en todo se parezcan
á Dios, sólo en esto no.
VASCO. Así es razon que lo entienda.
CONDEST. En su modo hacen los reyes,
como dicen de la tierra
hombres, que sin ellos crían
con su favor los sustentan.
Los reyes hacen justicia,
castigan, honran, enmiendan,
perdonan, juzgan, defienden
con las armas y las letras.
Lo que no pueden hacer,
que sólo á Dios se reserva,
es conocer voluntades
fingidas o verdaderas,
y así es menester servir
para que las obras puedan,
porque en llegando á intenciones
no juzgan los hombres dellas.
VASCO. Aquí está Blanca, señor,
decidle, por vida vuestra,
mi partida, porque yo
soy cobarde.
CONDEST. Si lo fueras
no fueras adonde vas.—
Sobrina...
BLANCA. Señor.
CONDEST. Las nuevas
dicen que han de ser sangrías
á pausas, porque es prudencia
no sacar toda la sangre
de un golpe.
BLANCA. La de mis venas
se helara á no ver al Conde;
con él, lo que fuere sea.
CONDEST. El Conde va á los Algarves:
breves son, si no son buenas.
Hector Fernández se alzo
con ellos, no es esto guerra
sino castigo; y en fin,
cuando lo sea, paciencia
que es bien, si el conde es Aquiles
que Héctor á sus manos muera.
BLANCA. Cuanto es el honor del Conde
no es justo que me enternezca;
quisiera no ser mujer,
como su mujer no fuera,
porque llevara á su lado
valor y amor en defensa.
Agravio me hiciste, tío,
en prevenir tan de veras
las lágrimas de mis ojos,
aunque estoy de amor enferma,
antes por esa merced
beso los pies á su alteza,
porque esperando victorias
sabré yo templar mis penas. *(Vase.)*

ESCENA XII

D. Vasco, *el* Condestable y Tello.

CONDEST. ¿Qué dices?
VASCO. Que estoy sin mí.
CONDEST. ¡Bravo valor!
VASCO. Más quisiera
menos valor y mas llanto.
CONDEST. Yo os aseguro que tenga
más agua este claro sol
que ha menester vuestra ausencia.
¿No veis que bañan ya las niñas
de aquellos ojos tan tiernas
que hacian pucheros, Conde,
y deten endose en ellas
las lágrimas, como el agua
queda en el hielo suspensa?
Yo la voy á consolar. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DON VASCO y TELLO.

VASCO. Tello.
TELLO. Señor.
VASCO. No aprovechan
engaños en tanto mal.
TELLO. ¿Engaños, de qué manera?
VASCO. No viste partir de aquí
sin lágrimas la Condesa?
TELLO. Sí, señor, mas yo te juro
que no esté agora sin ellas.
VASCO. ¿Ha respondido mujer
de tal suerte en tal ausencia? -
«Cuanto es el honor del Conde
no es justo que me entristezca,
quisiera no ser mujer
como su mujer no fuera,
porque llevara á su lado
valor y amor en defensa.
Agravio me hiciste, tío,
en prevenir tan de veras
las lágrimas de mis ojos,
aunque estoy de amor enferma.»
TELLO. Lindamente lo tomaste
de memoria.
VASCO. Las ofensas
no hablan, sino trasladan
al ofendido las penas.
«Antes por esa merced
beso los pies de su alteza,»
¿había de decir Blanca?
TELLO. Amas, temes y recelas;
tres disculpas que te culpan,
conocida la firmeza
de mi señora en amarte.
VASCO. ¿Qué hará después de mi ausencia?
(*Sale Beatriz.*)

ESCENA XIV

DICHOS y BEATRIZ

BEATRIZ. ¿Está aquí el Conde?
TELLO. Aquí está.
BEATRIZ. Señor, mi señora queda
en brazos del Condestable...
VASCO. ¿Que te turbas?
BEATRIZ. Medio muerta.
VASCO. ¿De qué?
BEATRIZ. ¿De qué me preguntas
cuando te vas?
VASCO. Voy á verla,
que la quiero desmayada,
y medio muerta me alegra. (*Vase.*)

ESCENA XV

TELLO y BEATRIZ

TELLO. La diosa Venus, Beatriz,
para las bodas y fiestas
de amor, dicen que las randas
inventó la vez primera,
juntando de majaderos
mil docenas para hacerlas.
Sobre un tafetán azul
unos con otros enreda,
mas faltándole á Cupido
tal vez, para el arco flechas,
los majaderos tiraba
á cual verla, á cual acierta.
Mas no los que necios aman
ó que guardan mal su hacienda,
ni los que hijos de otros
que los engendraron piensan,
igualan á nuestro Conde
que quien tiene mujer buena,
si con sus celos la infama
merece que no lo sea.
BEATRIZ. Ya cesará la ocasión,
que se ha retirado Elena
á su casa, y concertaron,
que pues hay en medio puerta,
la visite ausente el Conde.
Y pues ya los celos cesan,
dime que Algarves son estos,
ó que guerra á que te llevan
mis desdichas. (*Llora.*)
TELLO. No eres tú
del valor de la Condesa.
BEATRIZ. ¿No he de llorar si te matan?
TELLO. No hayas miedo que tal sea,
que como está concertado
el casarnos á la vuelta,
para tal desdicha mía
querrá Dios que vida tenga. (*Vanse.*)

ESCENA XVI

Salen ROBERTO y OTAVIO

ROBERTO.

Hasta agora tenía mi esperanza,
Otavio, puesta en duda.

OTAVIO.

Todo el tiempo lo muda,
la porfía en amor todo lo alcanza;
pero estoy admirado de tu empresa
por la fama y virtud de la Condesa.

ROBERTO.

Yo nunca hablé con Blanca en mis amores;
Elena sólo ha sido
de quien he recibido
tan altas esperanzas y favores;
Elena, prima suya, de quien fía
Blanca su amor, rendida á mi porfía.

OTAVIO.

En Elena no puede haber engaño,
por interés ninguno.

ROBERTO.

Ni yo le he dado alguno
que me pueda servir de desengaño;
todo nace de Blanca agradecida:
tan mal resiste una mujer querida.

OTAVIO.

El irse ahora el Conde es tu remedio.

ROBERTO.

Ese tengo seguro;
porque en habiendo, Otavio, tierra en medio,
pocas mujeres suelen ser constantes
que hay muchos vidrios para dos diamantes.

ESCENA XVII

DICHOS Y UN CRIADO

CRIADO. Como me mandaste fuí
a ver si el Conde partía,
y llegué cuando salía.
ROBERTO ¿Viste á Blanca?
CRIADO. A Blanca ví,
Porque puesta en el balcon
á manera de la aurora,
perla con las rosas llora:
que sus mejillas lo son.
ROBERTO. ¿Qué? ¿lloraba?
CRIADO. O lo fingía,
mas no me quise admirar,
si las pensaba enjugar
con saber que el sol salía.
Don Vasco de Acuña, en fin,
salió tan bien adornado
de plumas, como esmaltado
se mira en Mayo jardin
No ha quedado caballero
que no le acompañe, y todos
galanes, por varios modos,
hasta el más pobre escudero.
Entróse Blanca en partiendo;
que si ella allí se quedara,
ninguna cosa faltara
del jardin que estoy diciendo.
Luego de un balcon, que estaba
junto al suyo me llamó
Elena, y este me dió. (*Dale un papel.*)
ROBERTO. Tu relacion, necio, acaba,
si aqueste papel traías.
CRIADO. Quise contarte el suceso.
OTAVIO. ¿Que amante escucha con seso?
ROBERTO. Animo, esperanzas mias.
(*Lee Roberto.*) «El Conde se parte esta
noche, el campo queda seguro á las
once os aguardo, que la casa se reco-
gerá temprano y Elena se fué á la
suya.»
CRIADO. ¿No lees más?
ROBERTO. ¿Para qué?
Lo demás es que me guarde
Dios: ¡ay si fuera más tarde!
OTAVIO. Ya, Roberto, el sol se fué:
vete á entretener un rato.
ROBERTO. ¿Adonde, como, ó con quien?
pues fuera ser de tal bien
á tanta esperanza ingrato.
Noche, que á tantos has dado
tantos contentos y gustos,
como penas y disgustos
por tus tinieblas causado:
noche, á quien llamaron fría,
siendo á mi esperanza fuego,
ven esta vez á mi ruego
y nunca amanezca el dia.
(*Vanse y salen Elena y Constanza.*)

ESCENA XVIII

ELENA Y CONSTANZA

ELENA. Este papel escribí.
CONSTAN. ¡Temerario atrevimiento!
ELENA. Perderme ó ganarme siento,
aunque estoy fuera de mí.
Yo pasaré por la puerta
á su casa, y si me ven,
sabré disculparme bien,
pues la Condesa concierta
que nos veamos ansí;
si no me ven, abriré
y segura miraré
si está mi Roberto allí
lo demás haga el amor
y ayúdeme la fortuna.
CONSTAN. No hé visto mujer ninguna
de más resuelto furor.
¿No ves que han de conocerte?
¿no ves que puede infamarte?
¿no ves que el Conde ha de darte
con justa causa la muerte?
ELENA. ¿A mí conocerme?
CONSTAN. Y luego.
ELENA. No hará, que en tal ocasión,
las riendas de la razon
lleva el apetito ciego.
Y cuando sea conocida,
¿cual hombre querrá perder
la ocasion de una mujer
entre sus brazos rendida?
No se funda en desatino,
como piensas, este amor:
yo lo he pensado mejor,
que ha mucho que lo imagino.
Yo le contaré despues
á Blanca todo el suceso,
ella al Conde, pues por eso
celoso y triste le ves:
el Conde al Rey, satisfecho
de Blanca, el Rey enojado
á Roberto, que culpado,
no ha de negar lo que ha hecho.
Será el remedio casarme,
y si el de Polonia queda
sin hijos, Roberto hereda,
y nadie puede quitarme
el ser de Polonia reina.
CONSTAN. Ahora veo que amor
es un ardiente furor
que en las voluntades reina.
¡Por qué notables caminos
de grado en grado te has hecho,
reina!
ELENA. Amor me abrasa el pecho:
suyos son mis desatinos.
Ya es tarde.
CONSTAN. ¡Extraña porfía!
Vaya vuestra magestad.
ELENA. Constanza, en viendo verdad,
te has de llamar señoría
(*Llaman y sale el Condestable con espada y vela.*)

ESCENA XIX

El Condestable

En las palabras que oí
á don Vasco en la partida,
sospechas de su ofendida
honra y valor conocí:
no porque yo presumí
de mi sobrina temor,
que conozco bien su honor,
más porque ocasión le ha dado
algún atrevido honrado,
y porque es cobarde amor.
Los celos pintaba un día
Apeles, sabio pintor,
en forma de aquel pastor
que con cien ojos veía;
no sé yo si en la edad mía
vendrá bien este cuidado;
más yo estoy determinado
de guardar aquestas puertas,
no porque han de ser abiertas
más por haberlas guardado.
Es loca la juventud,
y aunque no tenga favor
suele con sólo el amor
dar al honor inquietud;
no es cerrada la virtud,
y así el honor desconciertan,
que porque todos lo adviertan,
quando á dormir se retiran,
con pólvora sola tiran
y la vecindad despiertan.

ESCENA XX

Dicho, y *salen el* Rey Don Pedro *y* Tristán de Silva, *con broqueles*

Rey. Dame ese broquel y vete.
Tristán. Pienso que hay gente en la calle.
Rey. Ya te he dicho que te vayas.
¿De qué sirve replicarme?
Tristán. ¿Has de quedar solo aquí?
Rey. Nunca un rey puede quedarse
solo, y yo soy muchos reyes,
y cada rey tiene un ángel.
Vete.
Tristán. ¿Aquí detrás, señor,
desta esquina?
Rey. No me canses,
¿soy don Pedro el Bravo, o quién?
Tristán. En los monasterios tañen
y deben de ser las doce,
¿dónde mandas que te aguarde?
Rey. Sean las ciento, matadero,
ni me sigas, ni acompañes.
Tristán. Esto es amor.
Rey. Sí es amor.
vete á acostar que ya es tarde;
y hazme mañana un soneto
en que ese amor me declares.
Tristán. Ya me voy. (*Vase.*)

ESCENA XXI

El Rey *y el* Condestable.

Rey. (Gente hay aquí.)
¿Quién va?
Condest. Un hombre.
Rey. En esta calle
no hay mas hombre que yo.
Condest. Y yo,
que de todas pienso echarle.
Rey. Saque la espada.
Condest. ¡Señor...
Rey. ¿Quién eres?
Condest. El Condestable.
Rey. ¿Pues, en qué me conocisteis?
Condest. No solo en la voz y el talle,
sino en el sacar la espada,
que la postura y buen aire
debéis al primer maestro,
que es el que teneis delante.
Rey. ¿Qué haceis aquí?
Condest. Vine á ver
á mi sobrina.
Rey. Tratadme
verdad, que no se entra en casa
de mujeres principales
á visitar con rodelas,
sino en las que son infames.
Condest. Señor, vine á ver si andaban
por esta calle galanes,
en ausencia de don Vasco.
Rey. ¿Fué celo de vuestra sangre,
ó fueron celos del Conde?
Condest. Celo, y no celos me traen;
que, como Blanca es hermosa,
y hay muchos necios amantes,
no dan honra, ausente el Conde.
Rey. ¿Quien por mi vida? nombra de.
Condest. Roberto, hermano del rey
de Polonia.
Rey. Aquesta tarde
tuve cartas de su hermano
con mis desengaños, tales,
que por el menor me dice
que de Roberto me guarde.
El es un traidor al fin,
mañana haré despachalle
y saldrá de Portugal;
idos á acostar que es tarde,
que yo guardaré estas puertas.
Condest. Permitid que os acompañe.
Rey. Idos con Dios.
Condest. Señor...
Rey. Basta:
no me enojeis Condestable.
Condest. (*Ap.*) No era sin razón la pena
que tenía de ausentarse
el Conde, el Rey sirve á Blanca,
y enviarle á los Algarves
no ha sido sino ocasión.
¡Ah, cielos! quiero dejarle:
que no tiene condición
para que se atreva nadie
á contradecir su gusto;
y pues que Blanca no sale,
debe de estar ausente.

REY. Condestable, Condestable.
CONDEST. Señor.
REY. ¿Murmuráis por dicha,
que yo guarde aquesta calle?
¿Vais celoso?
CONDEST. ¿Yo, señor?
Pues ¿yo soy tan ignorante,
que del señor soberano
que honor á todos reparte,
presumiese que le quita
á vasallos tan leales?
REY. Id con Dios.
CONDEST. Guárdeos el cielo.
(*Vase el Condestable.*)
REY. Cosa que este imaginase,
que soy hombre, aunque soy Rey.

ESCENA XXII

El REY *retirado, y salen* ROBERTO *y* OTAVIO *con los broqueles.*

ROBERTO. Vete, Otavio, y no me aguardes.
OTAVIO. Hasta que salgas, no es justo
que desta esquina me aparte.
ROBERTO. Vete, no entienda que alguno
nuestro amor secreto sabe.
OTAVIO. Bien dices, pues no hay peligro.
(*Vase.*)
ROBERTO. No sé si espere ó si llame,
la calle está sola, allí
se divisa un bulto grande,
¿si es hombre ó es sombra? Voy...
mas no, que las puertas abren.
(*Sale Elena á la puerta.*)

ESCENA XXIII

ELENA, ROBERTO *y el* REY *retirado.*

ELENA. Pasé la puerta sin verme,
que ha sido dicha notable;
y entrando en casa del Conde,
con la prevenida llave
he abierto el postigo. ¡Ay cielos,
qué temores me combaten!
Allí está un hombre, ¡si es él!
ROBERTO. Hermosa Blanca, ¿tu sales
á abrirme?
ELENA. No hables palabra:
entra y sígueme.
ROBERTO. Pues hable
amor por mí.
ELENA. En el jardín
podrás con espacio hablarme.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XXIV

El REY.

¿A Conde podrá haber honor seguro
si falto en esta casa, airados cielos?
¿Qué palabra, qué fe, qué fuerte muro,
qué obligacion, qué argólicos desvelos,
qué principios de amor honesto y puro,
qué respetos, qué méritos, qué celos
guardan á una mujer? ¡Ah, Blanca infame,
que así mereces tu que un rey te llame.
Vasco de Acuña se ha partido apenas
y ya el honor le quitas; pues advierte
que lavará la sangre de tus venas,
su noble honor con tu violenta muerte.
Cuanto se deben estimar las buenas,
tu ejemplo, tu malicia nos advierte,
y es de manera, Blanca, tu malicia,
que envía Dios un rey á hacer justicia.
(*Saca dos llaves.*)
Pues yo la haré de ti; maestras llaves,
¿cuál hará de vosotras? esta pruebo;
no entra, ¡que desdicha! Honor, pues sabes
haz una llave y un milagro nuevo.
Esta quiero probar, hierro, si cabes,
con mil diamantes guarnecerte debo;
entro, la vuelta dió, y queda abierto:
que entrase en el jardín dijo á Roberto.
(*Entra, y salen* VASCO *y* TELLO.)

ESCENA XXV

DON VASCO *y* TELLO.

VASCO. No vengo á entrar, sino á ver,
para descansar con esto.
TELLO. De cualquiera suerte, Conde,
ha sido notable yerro.
Mas ya que la gente dejas
en ese lugar primero,
por venir á ver tu casa,
di que es amor y entra dentro;
mi señora pensará
que es fineza, que no celos.
VASCO. No pensará, que me ha visto
lleno de amor y de miedo:
estémonos en la calle
hasta que el alba del cielo
nos eche, como á la noche,
hasta los polos opuestos.
TELLO. ¿De manera, que has venido
por unos celos tan ciegos,
desde marido á galán?

ESCENA XXVI

DICHOS *y el* REY.

(*Sale el Rey y cierra con llave, y vase apriesa.*)

VASCO. Espera, Tello, ¿qué es esto?
¡Hombre sale de mi casa
y la vuelve á cerrar!
TELLO. Quedo.
¡Vive Dios, que de ella sale,
y qué apriesa!
VASCO. ¡Ah, caballero!
¡ah, caballero! ¿á quién digo?
TELLO. Hombre ó diablo.
REY. Teneos.
VASCO. ¿Cómo tener?
REY. ¿Es don Vasco?
VASCO. ¿Es el Rey, mi señor? ¡Cielos!
¿vos en mi casa, señor?

REY. Yo te obligo y no te ofendo,
á guardar mi calle,
en tu casa entró Roberto;
entré y matéle.
VASCO. Señor,
como quien sois habéis hecho.
¿Hablaba con Blanca?
REY. Sí.
VASCO. ¿Y qué hay de ella?
REY. Que la he muerto,
y juntos en un estanque
los eché por más secreto.
Volveos á llevar la gente,
que yo para todo quedo,
como Rey y como amigo.
Don Vasco, vos sois discreto:
no os han de quitar la honra
mientras vos me estáis sirviendo.
El rey soy don Pedro el Bravo,
y aquí soy el justiciero;
no entréis aquí, no entréis, Conde,
que no es acción de hombre cuerdo:
si algo se os ofrece, hablad.
VASCO. Señor, quisiera y no puedo;
¿que es muerta Blanca?
REY. Ya es muerta.
Volveos, Conde, volveos luego,
que no me iré sin que os vais.
VASCO. Mi señor, ya os obedezco
¡El Rey, Tello!, mata un hombre
en mi casa!
TELLO. No me atrevo
á decir que este cuidado
nacio de amor y de celos,
pero matar la condesa
¿no pudiera ser por ello?
Esto la sospecha quita.
VASCO. No el dolor, ¡ay Tello!, hoy muero:
hoy perdí vida y honor:
vamos de aquí, que en saliendo
al campo, quiero dar voces.
(Vanse el Conde y Tello.)

ESCENA XXVII

El REY.

REY. ¡Cual va el pobre caballero!
Lástima me da, por Dios,
y la que de Blanca tengo
me va traspasando el alma;
pésame de habella muerto.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY Don PEDRO, TRISTÁN de SILVA, y *muchos.*

REY. No quede ninguno aquí.
TRISTÁN. Ya, señor, todos se van.
REY. Oye mi pena, Tristán,
y ten lástima de mí.
TRISTAN. De manera estás, señor,
que la que tengo es de suerte,
que no me diera la muerte
más pena, ni más dolor.
¿Tu puesto en tan gran cuidado?
REY. Nunca tan grandes ocasiones
la desdicha y la razón
á ningun hombre le han dado.
Trés dias ha que estoy ansí,
desde aquella noche triste
que me dejaste y te fuiste.
TRISTÁN. Dios sabe que lo sentí.
Parece que adivinaba
algun trágico suceso.
REY. Que he perdido te confieso
lo que yo más estimaba,
que es aquella natural
braveza con que nací.
TRISTÁN. ¿Viste alguna cosa?
REY. Ví
la causa de tanto mal.
Ví entrar, Tristán, á Roberto
en casa del Conde.
TRISTÁN. ¿En casa
del Conde un hombre?
REY. Esto pasa.
TRISTÁN. ¡Espantoso desconcierto!
REY. Pruebo las llaves, abrió
una: tan propia y igual
vino; que para hacer mal,
¿qué llave jamás faltó?
Entro al jardín, hallo en él,
sobre la arena sentados,
á los dos, bien descuidados
de su fortuna cruel.
Luego en viéndome Roberto
se puso en pie, y animoso
sacó la espada; furioso,
le arremeto descubierto,
donde de dos estocadas
midió la tierra.
TRISTÁN. ¿Pues quién
estaba con él?
REY. ¿Que quien...?
TRISTÁN. ¿O de nombrarle te enfadas,
ó lo dejas por olvido?
REY. ¿Que era Blanca es menester
referirte?
TRISTÁN. ¿En tal mujer
tal infamia?
REY. Amor ha sido.
Amor que tantas afrentas
ha hecho, pues tiene amor
tantos hombres sin honor
y tantas camas sangrientas,
cuantas estrellas el cielo,
cuantas arenas el mar.
Blanca, en viéndole matar
vino desmayada al suelo,
póngola en los brazos, voy
á un estanque, en que el desmayo
templó con agua.
TRISTÁN. ¡Qué rayo;
qué castigo!
REY. Yo lo soy.
TRISTAN. ¡Buena manera de echar
agua á quien se desmayó!
REY. Sobre su arena quedó,
y en ese mismo lugar

Roberto, que no era bien
que dejasen de estar juntos.
TRISTÁN. Bien es que lo estén difuntos.
Ninguna pena te den
solo me la causa á mí
que aquesto se ha de saber.
REY. ¿Que puede el Conde perder
si yo por su honor volví?
TRISTÁN ¿Que puede el Conde ganar?
El morirse de dolor.
REY. Yo le daré más honor
que le pudieron quitar.
Quiérole dar á Isabel,
mi hermana.
TRISTÁN. Mil veces beso
tus pies por él.
REY. No es exceso,
pues hay méritos en él.
Escríbele que en volviendo
de la guerra, será suya
Isabel.
TRISTÁN. La fama tuya,
mil Alejandros venciendo,
en las puntas de las alas
alcanzara los dos polos
REY. Parte.
TRISTÁN. De tus hechos solos
con que cielo y tierra igualas,
quedaran tantas memorias
con esta piadosa hazaña
que las historias de España
cuenten eternas tus glorias. (*Vase.*)

ESCENA II

El REY

Después que la inteligencia y astro
con que nació mi amor, el blanco cielo
quiso que viese, como rosa en hielo,
teñida en sangre á doña Inés de Castro,
y un ángel retratado en alabastro
pedir venganza á mi abrasado celo,
que discurrió la tierra como el cielo
de cometa veloz ligero rastro,
nunca tuve más penas, ni mayores
asombros, aunque puede la conciencia
mejor asegurarme la disculpa;
que á doña Inés mataronla traidores,
á Blanca un Rey, con esta diferencia
culpada Blanca, y doña Inés sin culpa.

ESCENA III

El REY *y sale* DON PEDRO

D. PEDR. (Su pena y tristeza admira;
fuego por los ojos vierte.)
REY. ¿Que hay D. Pedro?
D. PEDR. Viene á verte
la condesa de Ademira.
REY. ¿Que condesa, estás en vos?
D. PEDR. Doña Blanca de Mendoza,
que el premio de Venus goza
en hermosura, por Dios,
al gusto de cuantos ven
su talle y su bizarría.
(Lisonjearle quería,
que se que la quiere bien.)
REY. Idos luego noramala.
D. PEDR. ¿Pues en que puede ofenderte
el decir que viene á verte?
REY. Despejad luego la sala.
D. PEDR. Señor, yo se lo diré.
REY. ¿Que le diréis majadero?
D. PEDR. Tu enojo, porque no quiero
que piensen que no te hablé.
(*Vase Don Pedro.*)

ESCENA IV

El REY

Sombras vienen á turbarme,
ya en mi casa se parecen:
si á mis criados se ofrecen
no será justo enojarme,
ni yo perder el valor
donde jamás hubo miedo.

ESCENA V

El REY *y* MACEDO.

MACEDO. Yo lo diré.
REY. ¿Que hay, Macedo?
MACEDO Aquí está Blanca, señor,
que dice que os quiere hablar.
REY. Pues hacelde la cruz vos:
id con Dios. (¡Válgame Dios!
¿si me quiere encomendar
su alma?)
MACEDO. (No me ha entendido.)
Digo, señor, que está aquí
la condesa Blanca.
REY. ¡Ah! ¿si?
algo estaba divertido.
(¿Que hare, que aquesto es verdad?
¿no soy yo D. Pedro el Bravo?
¿pues de qué valor me alabo?)
Macedo.
MACEDO. Señor.
Llamad
á algunos que entren con ella,
por honra suya y del Conde.
(Esto a mi valor responde,
ó mi valor atropella.)
¡Ola!, no venga ninguno:
entre sola.
MACEDO. Así vendrá. (*Vase.*)
REY. Mi espada conmigo está:
ven espíritu importuno
en sombra, ó como quisieres.

ESCENA VI

El REY *y sale* BLANCA, *vestida de negro*

BLANCA. Deme, señor, vuestra alteza
la mano.
REY. ¡Oh muerta belleza!
¿qué me asombras, que me quieres?
BLANCA. A hablaros vengo, señor,
que yo no vengo á asombraros.

REY. (Nunca oí que á cielos claros
diesen las sombras temor.
¿Si me engañe, si soñe?
No, que yo truje la espada
con sangre. ¿Es viva, ó formada
del aire Blanca? ¿qué haré?
pero ¿soy D. Pedro ó quien?
Sea quien fuere.) Aquí os sentad,
Blanca.

BLANCA. Señor
Acabad,
sentaréme yo también. (*Siéntense.*)

BLANCA. En la merced recibida
á D. Vasco estáis honrando.

REY. (La ropa le estoy tentando
por ver si es cosa fingida.)

BLANCA. Pedro generoso,
lusitano Pedro,
cuya vida guarde
mil años el cielo.
Príncipe famoso,
cuyos altos hechos
dan gloria á tu nombre,
dan fama á tu reino.
Por tu gusto y mando
fué mi casamiento,
y aunque gusto tuvo
fué mío el deseo.
Honra dió á mi casa
y alto nacimiento,
don Vasco de Acuña
y Portocarrero.
Don Vasco á quien yo
amaba en extremo,
que bien me disculpan
sus merecimientos.
Apenas mis ojos
de sus brazos vieron
de incierta esperanza
desengaños ciertos,
apenas le tuve
sólo un mes en ellos,
que celos injustos
quitáronme el miedo
cuando á los Algarves
con quien se alza Héctor,
enviaste al Conde
y su ausencia siento.
Lloré, soy mujer,
porque no tenemos
en nuestras tristezas
más fuerte consuelo.
Fué el Conde á servirte,
las galas cubrieron
el luto del alma
y el temor del pecho.
Las auras y plumas
llevaban trofeos,
penas los sentidos,
los cuidados celos.
Quedé temerosa,
que han hecho concierto
de andar siempre juntos
el amor y el miedo.
Esa misma noche
un pesado sueño
me ha puesto en cuidado,
aunque no lo creo.
Soñé que miraba
á mi esposo muerto,
sangrienta la cara
y el arnés deshecho
y con hachas blancas
cuatro bultos negros
que estaban velando
en torno del cuerpo.
Despierte llorando,
dí voces, vinieron
todas mis criadas,
conté mi suceso.
Dije que á mi prima
me llamasen luego
no parece Elena,
faltóme el consuelo.
O se me ha negado
por ciertos respetos,
ó porque la rino,
que quiere á Roberto:
Roberto Vatir,
aquel extranjero
traidor á su hermano,
tirano á su reino.
Con estas tristezas
de que estoy muriendo,
saliendo á un jardín
sus calles paseo.
Cerca de unas vedras
todo el verde suelo
con asombro miro
de sangre cubierto.
Quedóme suspensa,
convertida en hielo,
con ir destocado
rizóse el cabello.
Desde allí á un estanque
la hierba tiñendo
sangre voy pisando,
temerosa vuelvo.
Con estas congojas
á pediros vengo,
Pedro generoso,
que me deis remedio.
Dice el Condestable
que no está tan viejo
que no lleve el cargo
de prender á Héctor.
Si le dais licencia
partiráse luego,
volverá mi esposo,
dejaránme sueños.
Que aunque los enojos
de don Vasco temo,
de mis brazos fío
aplacalle presto.

REY. Blanca, mucho me ha pesado
y más de lo que pensáis,
puesto que tan triste estáis
de la causa que os he dado.
Levantad, que si culpado
he sido en dalle el bastón,
fué por honrar su opinión,
no por haceros pesar,
que bien lo vengo á pagar
y con mayor confusión.

¿Adónde está el Condestable?
BLANCA. Conmigo vino, señor.
REY. Entre.

ESCENA VII

Dichos, y sale el CONDESTABLE

CONDEST. De tu gran valor
la fama en mármoles hable
eternamente admirable.
REY. Id al punto os ruego
y decid, que yo le ruego
el Conde os dé su lugar.
CONDEST. Los pies te vuelvo á besar.
REY. ¿Que estuviese yo tan ciego!
Id, Blanca, con vuestro tío,
id con Dios.
BLANCA. Deme la mano
tu alteza. (*Vanse.*)
REY. ¿El engaño es llano,
en qué dudo, en que porfío?
¡qué notable desvarío!
Maté á Roberto y á Elena;
la casa del Conde llena
de sangre y de deshonor
dejo mi loco furor:
¡qué desengaño y qué pena!
¿Qué haré? ¿como le diré
el suceso y el engaño?
¡Pero pues no es tanto el daño
como yo lo imaginé,
por disculpa le daré
su honor, si está culpada
Blanca, con su misma espada,
la puede matar cruel
que yo le dare á Isabel,
menos moza y más honrada. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Tocan cajas, y vale DON VASCO Y DUARTE DE ALMEIDA, *capitán*, y TELLO, y *todos los que pudieren de soldados*

DUARTE.
Mucho ofende, señor, vuestra tristeza
á todo vuestro ejército, y es cosa
que pone en nuestros ánimos flaqueza,
si miran al amor de vuestra esposa,
de un soldado se espantan, que ha tenido
á sus pies la fortuna valerosa.
Si advierten al enojo recibido
del Rey, que os destierro de vuestra casa,
¿como vuestro valor pudiese olvido?
Si dicen que el soldado que se casa,
cuelga las armas ese mismo día,
aunque á guerra mayor, de menor pasa.
Mal hace, el rey don Pedro que os envía
forzado á pelear contra una gente
que con desesperado error porfía.

VASCO.
Duarte de Almeida, capitán valiente,
no nace mi tristeza de las cosas
que vuestro pecho advierte, justamente
besé del Rey las manos generosas
por la merced deste valor y tengo
esposa que me dio, pero no esposas.
Con mucho gusto á su servicio vengo:
cuando vuelva sabréis en que ocasiones,
no triste, divertido me entretengo.
No desmayes los fuertes corazones
que vas á castigar rebeldes viles,
mas diestros que en las armas, en traiciones.

DUARTE.
Pues Conde, ¿será justo que aniquiles
con tu pena el valor de tus soldados?

VASCO.
Triste, Duarte, estaba en Troya Aquiles,
mas no por oprimille sus cuidados
dejo de ser un Marte valeroso,
y los trofeos de Héctor arrastrados,
y el cuerpo de su carro polvoroso,
triunfo á la vista de la teucra gente,
que lloraba del caso lastimoso.
La nuestra recoged, que brevemente
me daréis parabien de la victoria.

DUARTE.
Guárdete el cielo y tu valor aumente.
(*Vase Duarte de Almeida.*)

ESCENA IX

DON VASCO Y TELLO

TELLO.
¿Es posible que pueda la memoria
de una mujer que te ofendió, quitarte
de tus empresas la corona y gloria?
¿Que he, de oir hablar tan bárbaro Duarte,
que oscurezca tu honor con tu flaqueza?
¿Qué olvido es éste, lusitano Marte?

VASCO.
Alma divina, celestial belleza,
que pisando los orbes estrellados,
de ásla mora en tan mortal tristeza,
mira desde ese alcázar mis cuidados
¿Pero como podrás, sol de mi vida,
si ya tienes los rayos eclipsados?
¡Maldiga Dios la bárbara homicida
mano que te mató!

TELLO.
¿Que dices, Conde?

VASCO.
¡Que en agua mato el Rey mi luz querida!
¿No has visto, Tello, el sol cuando se esconde,
que se entra por el mar? Pues desa suerte
se puso Blanca en agua y no responde
¡Que la echó en el estanque!

TELLO.
Conde, advierte...

VASCO.
¿Que tengo de advertir, cuando piadosas
lágrimas debo, á su temprana muerte?

Como ponen de flores olorosas
en agua un ramillete, puso á Blanca,
ella azucena y las mejillas rosas.
El alma de pensallo se me arranca.

TELLO

Vuelve, señor, en ti.

VASCO.

Con el desmayo,
Blanca estaria como nieve blanca.
Dicen, Tello, que muere en agua el rayo.
así murió mi bien. ¿Como caeria
de los brazos del Rey?

TELLO.

¿Como? al sosayo.

VASCO.

¡Oh, quién te viera, hermosa Blanca mia!
¿No has visto imagen, Tello, en vidriera?
pues tal en el cristal aparecia [1]
Pero como me olvido que esta fiera
mi noble honor...

TELLO.

Peor está que estaba.

VASCO

Bajo del sol y aun más sublime esfera.
¿Hay tal maldad? ¡Que á un extranjero amaba!
¡Que le llamo la noche de mi ausencia,
y que en mi casa, en el jardin le hablaba!
¡Bien haya el Rey, bien haya la inclemencia
que en agua sepultó su vida infame!
Lavó mi honor: ¡qué buena diligencia!
Yo haré que toda el agua se derrame
en volviendo á Lisboa, que no quiero
que estando cerca de traidor me infame;
y aun otra vez matar á Blanca espero.

TELLO.

Ya cuando vuelvas se habrá vuelto rana.
(Perdió el sentido: ¡ah, pobre caballero!)

VASCO.

Bien dices: Filomena por su hermana
se volvió ruiseñor, y tiernamente
la flora dolorosa en voz humana.
Esta que fue traidora justamente
quedará convertida en pez tan fiero.

TELLO.

Toma el bastón, señor, que viene gente.
Ten lástima á tu honor.

VASCO.

Vencerme quiero.

ESCENA X

DICHOS y *sale* NUÑO PEREIRA

NUÑO. Aquí dicen que está el Conde.
TELLO. Aquí está Nuño Pereira,
señor, que viene á buscarte.

NUÑO. Dame, valor de la guerra,
mil veces los pies.

VASCO. ¡Oh, Nuño!
¿cómo es posible que vengas
tan alegre de mi casa?

NUÑO. Mi señora la Condesa
me envia á saber della.

TELLO. ¡Oh, que gente borrachera!

VASCO. ¿Qué Condesa?

NUÑO. Mi señora.

TELLO. (¿Mi señora, y está muerta?)
Por Dios, Nuño, que sospecho
que habeis cargado en la venta.

NUÑO. Yo no os entiendo á los dos.

TELLO. ¿Pues quien quieres que te entienda?

VASCO. ¿Que se dice por Lisboa?
dilo, no tengas vergüenza
de mi honor.

NUÑO. ¿Pues qué has perdido,
cuando comienzas la guerra?
Aquesta carta me dió;
recibesme con tristeza,
y no entiendo lo que dices.

VASCO. ¿Blanca?

NUÑO. ¿Pues quien?

TELLO. Otra es esta.

VASCO. Mira lo que dices, Nuño.

(*Abre y lee la carta.*)

TELLO. Nuño, (el corazon me tiembla,
del otro mundo, sin duda,
debe de ser estafeta.)
¿Qué hay, Nuño, en el otro mundo?
¿Cómo los amigos quedan
que pasaron desta vida?
¿De que manera atormentan
á envidiosos, á testigos
falsos, á gente que lleva
por mil reales siete mil;
á ingratos que no se acuerdan
de los bienes recibidos,
á gente necia y soberbia?
¿Como pena un bellaco
que hace un pleito de espera
por no pagar a quien debe
con escrituras supuestas?
¿A un hipócrita vicioso
que anda de iglesia en iglesia,
agazapado á lo santo,
en qué sartenes le queman?

NUÑO. ¿Estás loco?

TELLO. Eso á mi amo,
que está leyendo la letra
que aquella carta sin alma,
que tiene...

VASCO. Llégate cerca,
mira esta letra.

TELLO. Señor,
no me mandes que la lea.

VASCO. Llega, bestia, ¿no es de Blanca?

TELLO. Sí, señor.

VASCO. Oye.

TELLO. Comienza

(*Lee* VASCO.) «Tan desosegada estoy,
después que os fuistes, señor mio y
todo mi bien, que he suplicado á su
alteza envie en vuestro lugar á los
Algarves otra persona. Pienso que

[1] Así en el original, Hartzenbusch corrigió acertadamente «pareceria».

irá el Condestable: no os enojéis, que
más va en mi vida que en castigar á
Héctor.»

Hay, Tello, un cierto placer
y un pesar en competencia,
que uno es honra y otro amor,
quieren que lea y no lea.
Alégrome de que viva,
y de que viva me pesa,
que no puedo tener honra
si no es muerta la Condesa,
ni vida puedo tener
si fuera verdad que es muerta.—
Nuño, ¿qué dia te dio
Blanca esta carta?

NUÑO. No eran
las once ayer.

VASCO. Mira bien
que no puede ser.

NUÑO. ¿Que intentas
con esas cartas, señor,
para que entenderte pueda?

VASCO. Dijéronme... estoy temblando...
que era muerta.

NUÑO. Viva queda,
Dios la guarde, y más hermosa
que el sol, llorando tu ausencia.

VASCO. ¿Que la has visto y la has hablado?

NUÑO. ¿Pues cómo, señor, pudiera
haber fingido esta carta
de su firma y de su letra?

VASCO. Muerto soy, Tello.

TELLO. ¿Qué dices?

VASCO. Que dos cosas me atormentan,
sin remedio.

TELLO. ¿De qué suerte?

VASCO. Si fué mi deshonra cierta,
el Rey no dió muerte á Blanca,
y para que yo me fuera,
quiso engañarme y librarla,
si fué que á Blanca desea,
y de Roberto celoso
le mata hablando con ella,
es mayor mal, porque, en fin,
queda viva, y él por fuerza
será tirano de entrambos.

TELLO. ¡Que de quimeras intentas!
Si el Rey la quisiera, Conde,
claro está que no quisiera
que volvieras á Lisboa
para gozalla en tu ausencia.

VASCO. ¿En fin, el mató á Roberto?

TELLO. ¿A Roberto? no lo creas
mañana vendrá otra carta
de su firma y de su letra.

VASCO. Pues cuando vivan los dos,
¿qué honor con Blanca me queda,
saliendo el Rey de mi casa?

TELLO. Como esas sombras en pena
andan de noche en Lisboa.

ESCENA XI

Dichos, y salen DUARTE DE ALMEIDA, *el* CONDESTABLE *y soldados.*

DUARTE. Aquí con Nuño Pereira
y con Tello de Meneses
comunica sus tristezas.

CONDEST. Sobrino.

VASCO. Señor, ¿qué es esto?
¿Dónde va vuestra excelencia?

CONDEST. ¿Lo que sabeis preguntáis?
No os pese de que yo venga.
Blanca de ausencia se muere,
y al Rey con lágrimas ruega
que volvás; volved, sobrino;
que este es castigo y no guerra.
Yo quedo en vuestro lugar,
y cuando primero fuera
mio, yo os lo diera á vos:
prestad al Rey la obediencia;
que es piadoso obedecido,
y resistido una fiera.
No os enojeis por mi vida
con Blanca, que es mujer vuestra
y la disculpa el amor.

VASCO. Digo que mil veces sea;
tomad, señor Condestable,
el baston, que si otro fuera...

CONDEST. No prosigais, que este honor,
esta jornada, esta empresa,
igualmente á entrambos toca:
vuestras mismas armas quedan.
Dad este contento á Blanca
y no os espanteis que os quiera
con tantos merecimientos.

VASCO. Ahora bien, dadme licencia,
y el cielo os guarde, señor.

CONDEST. La carta del Rey es esta.

VASCO. El Rey ha de ser servido.—
Tello.

TELLO. Señor.

VASCO. ¡Que tristeza!

(Vanse Vasco y Tello.)

ESCENA XII

El CONDESTABLE, DUARTE *y Soldados.*

CONDEST. Al fin otro general,
señores soldados, llevan,
si no de menos[1] valor
de mas canas y experiencia.

DUARTE. A la gente has dado vida:
porque la llevaban muerta
las tristezas de don Vasco.

CONDEST. Marchen, Duarte de Almeida,
que de Blanca mi sobrina
le disculpa la belleza. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

BLANCA, BEATRIZ *y* TRISTAN.

TRISTÁN Aquí le podéis hablar
que para vos, mi señora,
no hay ocupación; agora
y siempre tendreis lugar.

---

1 Este verso y el siguiente fueron omitidos por Hartzenbusch.

1 Así en el original, pero debe de ser «mayores».

BLANCA. Vengo con notable pena;
que en esto soy desgraciada.
TRISTÁN. Vos seréis bien escuchada
BLANCA. Puesto que por culpa agena
no me he podido excusar
de dar entado á su alteza.
TRISTÁN. ¡Cuanto puede la belleza, (Ap.)
pues puede á un Rey obligar
que á un vasallo como el Conde
quite el honor! Pues yo creo
que por más que su deseo
de mi privanza se esconde,
ya se le tengo entendido
desde la noche que vi
que entró en su casa.
BLANCA. Por mi
no hubiera, Beatriz, venido.
Temo al Conde, y es razón.
(Sale el Rey.)

ESCENA XIV

Dichos y el REY.

REY. Blanca...
BLANCA. Deme vuestra alteza
sus manos.
REY. De tal belleza
los reyes vasallos son.
¿No vino el Conde?
BLANCA. Ya espero
al Conde, con la merced
que le habéis hecho.
REY. Creed
que como le estimo, os quiero.
¿Qué es lo que ahora queréis?
BLANCA. Señor, el traidor Roberto,
para que fuese más cierto
lo que por cartas sabeis,
á doña Elena, mi prima,
ha robado y se ha embarcado.
REY. ¿Que á doña Elena ha robado?
En el alma me lastima.
¿Y es cierto que se embarcó?
BLANCA. Por el suceso se ve.
REY. (Ap.) (Sí, y en un estanque fué,
donde fuí el piloto yo.)
Pero ¿de quién se ha sabido?
BLANCA. El haber los dos faltado...
REY. Si Roberto la ha robado,
París de otra Elena ha sido.
BLANCA. Pues si él no está en la ciudad,
ni más se ha sabido del,
¿no es cierto, señor, que es él?
REY. ¡Que extraña temeridad!
Con él á Polonia iría,
pues que falta de su casa,
y por él de amor se abrasa.
(Ap.) (No se abrasa, antes se entiria.)
Tristan de Silva.
TRISTÁN. Señor.
REY. Esto ha de tener remedio.
TRISTÁN. ¿Como, estando el mar en medio
y tanto fuego de amor?
REY. Salgan dos naves con gente
que le sigan.
TRISTÁN. Sus criados
he visto desconsolados.
O se fué secretamente,
ó los dejó de temor.
REY. Id Blanca, y estad segura
que el Rey vuestro honor procura [1]
y que no se irá el traidor.
BLANCA. Al indio más apartado
vuestras quimas lleve el cielo.
(Vanse los dos.)

ESCENA XV

El REY y TRISTAN.

TRISTAN. Yo voy, señor; que recelo
que el viento les ha faltado,
y no están lejos de aquí.
REY. Esperad: no os vais, Tristán;
que yo sé que cerca están.
TRISTÁN. ¿Y os sabéis donde están?
REY. Sí.
TRISTÁN. Pues yo los iré á prender.
REY. De donde están embarcados
no se irán.
TRISTÁN. ¿Tan descuidados
amor los ha de tener,
con deudos de tal valor,
á quien tal ofensa ha hecho?
REY. Como le han pasado el pecho,
Tristán, heridas de amor,
á Roberto, y está Elena,
templando con agua el fuego,
el, como muerto, está ciego,
y ella, de pena, sin pena.
TRISTÁN. No te entiendo.
REY. No podrás,
que son secretos de amor. (Sale Tello.)

ESCENA XVI

Dichos y TELLO.

TELLO. No pido los pies, señor,
sino la tierra no mas.
REY. ¿Quién es?
TELLO. Tello, ¿no me ves?
Pues no vengo destrozado,
que no habemos peleado,
ni visto contrario arnes
Esto, porque no has querido.
REY. ¿Volvió el Conde?
TELLO. Ya volvió.
REY. ¿Sintiólo mucho?
TELLO. Sintio
lo que un hombre bien nacido.
Manda que Tristán despeje,
que tengo á solas que hablarte.
REY. Tristán
TRISTÁN. Señor.
REY. A otra parte.
TRISTÁN. (Ap.) Solos quiere que los deje:
no me engañe yo en pensar
que el Rey por Blanca se muere.

---

1 Verso omitido por Hartzenbusch.

Viene el Conde, y ella quiere
darle disculpa ó lugar.
Pero es callar es prudente;
que el que al Rey ha de servir,
ha de hacer, ó ha de vivir,
que ni ve, ni oye, ni siente. (*Vase.*)

ESCENA XVII

El Rey y Tello

TELLO. Mientras al Conde no injurio,
antes vuelvo por su honor,
me huelgo de ser, señor,
desta tragedia Mercurio.
Sabiendo el Conde la muerte
de Blanca, se enfureció,
de pena, cuando llegó
un criado que le advierte
de que vive y que le escribe.
Dada el caso, que es notable;
pero llega el Condestable
y está cierto de que vive.
Luego piensa que fué cierto,
viendo que le has engañado,
que, de Blanca enamorado,
diste la muerte á Roberto.
O que si fué por piedad
el dejar á Blanca viva,
perdió el honor, pues estriba
en no guardarle lealtad.
Partimos, y en el camino
el Conde se resolvió
de matar á Blanca, y yo
de impedir su desatino.
Esta noche lleva intento
de ahogalla con una liga:
no permitas que prosiga
en un hecho tan sangriento.
Aunque Blanca esté culpada,
que flaqueza de mujer
con dejarla puede ser
perdonada ó castigada.
Monasterios hay, señor,
deshágase el matrimonio,
que es bastante testimonio
para que él cobre el honor.
Casa al Conde con tu hermana,
como se lo has prometido.

REY. ¡Qué discreto, Tello, has sido!
Que fuera cosa inhumana
que matara á Blanca el Conde.

TELLO. Señor, piedad; que fué amor.

REY. ¿Lloras, Tello?

TELLO. Sí, señor.
A tu piedad corresponde.

REY. Toma, por esa piedad
y el aviso, este diamante.

TELLO. La fama tus glorias cante
invicto honor de esta edad;
y pida á Dios que tus quinas
pues ya por los mares corres,
honren almenas y torres
de las más remotas Chinas,

REY. Ven conmigo, que á lo menos
vivirá Blanca entretanto. (*Vase el Rey.*)

ESCENA XVIII

TELLO.

No pensé que para el llanto
eran los diamantes buenos.
¿Qué valdrá este? ¡Hay tal cosa,
que den tal estimación
á una piedra! Y es razón;
que es por todo extremo hermosa.
Yo más quisiera dineros,
que está el valor en contar,
y no... Mas que eso callar,
que se enojan los plateros.

(*Vase Tello.*)

ESCENA XIX

BLANCA, VASCO y BEATRIZ.

BLANCA. No me canso de abrazarte,
Conde mío y mi señor.
Pero ¿qué necio es amor!
que debes tú de cansarte,
pues no es justo que sea parte
un enojo que ha nacido
de amor, pues amor ha sido
de mujer, y tu mujer;
que suele el amor poner
las ofensas en olvido.
Si yo no te deseara,
¿qué pensaras tú de mí?
pues por no llorar por ti
en la partida, repara
que me escondiste la cara;
y con esta causa hable
al Rey, porque imaginé
que mi voluntad dudabas;
¿pues para que me culpabas
si tuya la culpa fué?
Alegra el rostro, y advierte
que no me ha dejado un sueño,
dulce de mi vida dueño,
dejar de llamarte y verte:
cualquier temor de tu muerte
es principio de la mía:
no dure más tu porfía;
que á ver mujer tan constante
eres el primer amante
que vuelve sin alegría.
No son, mis amores, éstas
las promesas esperadas:
digante aquestas criadas
las lágrimas que me cuestas.
Deja que te hagan fiestas...
¿A Blanca tantos desdenes?
Luz mía, dime, ¿qué tienes?
¿Por qué estás tan enojado,
que antes de haber peleado
pienso que vencido vienes?

VASCO. Condesa...

BLANCA. ¡Qué mal comienzas!
Di Blanca, por vida mía,
aunque tu enojo y porfía
si es tierno el estilo, venzas.

VASCO. Supuesto que me convenzas,
Blanca, pues así lo quieres,

con que la causa no eres
de mis pesares y enojos,
y con tener en los ojos
la disculpa las mujeres,
no puedo dejar de estar
algo enojado contigo,
de que es Tello buen testigo;
que no lo puedo excusar,
porque el Rey ha de pensar
que yo contigo trazé,
que le hablastes, y tendré
con el tan mala opinion,
que me aborrezca en razon
de un secreto que yo sé.
No estará el Rey satisfecho;
pero ¿que se puede hacer?
aunque antes de amanecer
lo ha de quedar de mi pecho.
Todo lo posible he hecho
de mi parte, y tú el error
á que te ha obligado amor;
que los hombres, (no te alteres,)
queremos bien las mujeres
y mucho más el honor.
Yo saldré del todo bien:
no te espante el verme ansí,
pues cuando el honor perdí,
gané del Rey el desden.
Ahora á mis brazos ven;
que ya estoy desenojado.

BLANCA. Mil vidas, mi bien me has dado.

(Abrázanse, y sale el REY.)

ESCENA XX

DICHOS, *el* REY *y* TELLO

REY. ¿Esto llamas, Tello, enojos?
TELLO. ¿Que importan alegres ojos
si hay corazon lastimado?
REY. Sean, Conde, bien venido.
VASCO. Señor, ¿vos aquí? ¡Que exceso
tan grande!
REY. Aunque á vuestra casa
fué justo venir á veros,
esta carta que he tenido
del Condestable, me ha puesto
en mayor obligacion.—
Condesa.
BLANCA. Señor.
REY. No acierto
á daros el parabien
hasta el fin deste suceso.
VASCO. Pues ¿qué escribe el Condestable?
REY. Que vino á verme don Héctor
y echado á sus pies le pide
perdon, y que le trae preso.
VASCO. Sin sangre se ha negociado.
REY. Estoy contento en extremo.
Yo tengo, Conde, que hablaros
bajémonos á este huerto,
porque habemos de estar solos,
para negocios secretos.
¿Hay algun estanque en él?
VASCO. Sí, señor.
REY. El jardinero
venga para desagualle,
y porque se vaya luego.

(Vase el REY *y don* VASCO.)

ESCENA XXI

BLANCA, BEATRIZ *y* TELLO.

BLANCA. Tello, ¿cómo no me hablas?
TELLO. El Rey me tuvo suspenso.
Quisiera tener la boca
á la medida del cuero
de la suela del chapin,
aunque fuera de cien dedos,
para besartelo todo.
BLANCA. Levante del suelo Tello
y dame un abrazo.
TELLO. ¿Yo?
(Vive Dios que tengo miedo;
que aun pensó que está difunta.)
Con el debido respeto
te abrazo, señora mía;
pero ha de ser desde lejos.
BEATRIZ. Abrácelo todo allá,
y acá que nos papen duelos.
TELLO. Con pan, señora Beatriz;
que con carne no son menos.
BLANCA. Tello, ¿cómo ha estado el Conde?
¿Tuvo mucho sentimiento?
TELLO. Dios lo sabe, y otro naon,
si bien yo entendo su pecho.
BLANCA. ¿Qué decia, por tu vida?
TELLO. Mil amorosos requiebros.
BLANCA. ¿Como, como?
TELLO. ¿Qué preguntas?
Esta noche has de saberlo.
BLANCA. ¡Oh, como saben los hombres
fingir caricias y enredos!
En la cara son traidores,
y en ausencia verdaderos:
que hay marido que desea
sin que ofensa le haya hecho,
dar la muerte á su mujer,
por verse libre, ó por celos.
TELLO. Pues no lo digas burlando,
que conozco algunos destos
que ya trata á su mujer
como pierna.
BLANCA. No lo entiendo.
TELLO. Quiere apretalla con liga.
BLANCA. Si es de sus brazos al cuello,
venturosa tal mujer.
TELLO. No mucho.
BLANCA. ¿Pues por qué, Tello?
TELLO. Porque lo pasara mal,
a no haber rey de por medio,
que cuando juegan al triunfo,
Blanca, el amor y los celos,
suele llegar la espadilla,
y no es el rey de provecho.
Pero ya vino un caballo
que por la posta corriendo
dió aviso al Rey que perdia,
carta *blanca* todo el juego,
y antes que el otro triunfase,
metióse el Rey de por medio;

con que no habrá más barajas,
aunque se prosiga el pleito.

ESCENA XXII

DICHOS, el REY y VASCO.

REY. ¿Estáis satisfecho?
VASCO. Estoy
de lo que vi satisfecho.
REY. Pude engañarme.
VASCO. Pudistes;
el favor os agradezco:
que visteis á doña Elena.
REY. Esa por la vuestra he muerto;
hablad bajo, y no lo entienda
Blanca.
VASCO. Yo seré tan cuerdo,
que les daré sepultura
de noche, con tal secreto,
que quede limpio mi honor.
REY. Que abracéis á Blanca quiero,
y la estiméis como es justo.
TELLO. Señor.
VASCO. ¿Qué me queréis, Tello?
TELLO. Licencia para Castilla.
VASCO. ¿Pues por qué?
TELLO. Porque estoy cierto,
cómo en secretos andáis,
que porque sé parte dellos,
cuando esté más descuidado
me habéis de dar pan de perro;
que saber secretos graves
nunca ha sido de provecho.
VASCO. Yo haré que el Rey te dé cartas,
y yo te daré dineros.
Abrazadme, esposa mía.
BLANCA. Con el alma y con el pecho.
REY. *Siempre ayuda la verdad.*
VASCO. Con este título quiero
que dé fin nuestra comedia.
BLANCA. Senado ilustre y discreto,
si no ayudaren las obras,
ayúdennos los deseos.

LA MUJER POR FUERZA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Avendaño.

PERSONAS

Finea.	Fenisa, *criada de Florela.*
Florela.	Fabio, *criado de Finea.*
El conde Federico.	Riselo, *criado de Federico.*
Alberto, *hermano de Finea.*	El marqués de Ludovico.
El rey de Nápoles.	Isidoro, *criado.*
Clarin, *criado del Conde.*	Otro criado.

La escena es en Nápoles.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Finea, *dama, y* Fabio, *su criado*

Fabio. Mira que es poca prudencia.
Finea. ¡Que poco sabes de amor!
Fabio. Quien no hace resistencia,
para ofender su favor
parece que da licencia.
Finea. ¿Que puedo yo resistir
á un amor desatinado?
Fabio. ¿De un hombre que se ha de ir
tal pensamiento te ha dado?
Finea. Eso me obliga á morir.
Vino por Embajador
del rey de Nápoles, Fabio,
el Conde ¡que loco error!
pero ¿quien ha sido sabio
en accidentes de amor?
Por gusto del rey de Hungría
le dió mi hermano su casa;
vi su talle y bizarría:
¡ay, del deseo que pasa
desdichas por celosía!
Que á darle necios trofeos
para tan locos empleos
con ser tantas y tan llanas,
hallaba pocas ventanas
la prisa de los deseos.
Si el Conde se levantaba
sin que me pudiese ver,
con atención le miraba:
esto, Fabio, es ser mujer:
la inclinacion me forzaba.
Si con mi hermano comia,
sin que me viese le veia,
y de todas sus acciones
hallaba el alma razones
y engaños la fantasía.
De esta manera le ame.
Fabio. ¿Que nunca el Conde te vió?
Finea. No, por mas que lo intenté;
porque mi hermano temió
lo que guardándome fué.
El procuraba esconder
lo que me dió más lugar,
y al fin me vine á perder,
que mal se pueden guardar
los ojos de una mujer.
Mas ¿de donde hallare razones
para pintar mi aficion
mi inquietud y mis pasiones,
que en habiendo prevencion
es todo amor invenciones?
Sueño y sustento perdí,
y al fin me determiné
á seguirle; y como en él
mis esperanzas fundé,

cuenta de mi error te dí.
Yo pensé mudar el traje,
sin que me obligue y reporte
la afrenta de mi linaje,
ver de Nápoles la corte,
y en ella servir de paje.
No repliques, cierra el labio,
si me vas á reprender,
porque en resistiendo, Fabio,
la furia de una mujer
dará en el mayor agravio.
Ellos salen, y él se parte.
Yo me voy, espera aquí.

FABIO. Y¿ tengo de acompañarte?

FINEA. Por eso, Fabio, te dí
de mi atrevimiento parte.
Agradece el ir conmigo,
que desde que en mi cuidado
fuiste secreto testigo,
subiste desde criado
á la grandeza de amigo. (*Vase.*)

ESCENA II

FABIO

¡Qué notable pensamiento!
Pero seguiré su intento,
que si la desamparase
¿quién duda que se arrojase
á mayor atrevimiento? (*Vase.*)

ESCENA III

ALBERTO, *el* CONDE FEDERICO *y criados*

ALBERTO.

De no haberos servido estoy corrido,
que aunque el Rey me fió vuestro regalo,
ni le he servido, ni le habéis tenido.

CONDE.

A su deseo vuestro amor igualo,
y del que en vuestra casa he recibido,
por tan esclavo vuestro me señalo
como veréis mandándome en mi tierra,
pues hoy se trueca en blanda paz la guerra.
Hoy he sabido que tenéis hermana;
sólo el favor de verla me ha faltado,
que á haberla visto, fuera cosa llana
volver, Alberto, á Nápoles casado.

ALBERTO.

Finea ha dado en retirada y vana:
por esta causa no le habé s hablado,
y por lo que decís del casamiento
béseos las manos.

CONDE.

Digo lo que siento.

ALBERTO.

Gran honra para mi servitos fuera.

CONDE.

Escribiré en llegando.

ALBERTO.

El cielo os guarde.

CONDE.

Yo parto, como veis, á la ligera.

ALBERTO.

Y es justo, Conde, porque el Rey no aguarde.
Quéroos acompañar.

CONDE.

De esa manera
volvereme con vos.

ALBERTO.

Mirad que es tarde.

CONDE.

No pasaréis de aquí

ALBERTO.

Serviros quiero.

CONDE.

Alberto, adiós.

(*Vanse el Conde y criados.*)

ESCENA IV

ALBERTO *y su* CRIADO.

ALBERTO.

¡Que honrado caballero!

CRIADO.

Toda tu casa deja aficionada
y tus criados de presentes llenos.

ALBERTO.

Así pagan los buenos la posada,
con agradecimientos por lo menos.

CRIADO.

Mi señora estuviera bien casada
con tal valor y términos tan buenos
en Nápoles.

ALBERTO.

No quise que la viese,
que fuera obligación que la sirviese,
que para dalle joyas competentes
á su valor y al de Finea, mi hermana,
se pudieran seguir inconvenientes:
la nobleza se yo napolitana.

CRIADO.

Si él quisiera que fuésedes parientes,
¿que mayor dicha?

ALBERTO.

Si el paso allana,
yo vendré en ello.

CRIADO.

Escribele.

ALBERTO.

Si el Conde
me escribe, y á su intento corresponde,
(que si palabras son de cumplimiento,
porque en mi casa al Conde he regalado,
no es justo que le obligue á casamiento,
ni todo huésped á volver casado),

las cartas nos dirán su pensamiento,
tan noble soy como él.

CRIADO.

Ser tu cuñado
su noble honor y el amistad le obliga.

ALBERTO.

Sí, no ha de ser, no es justo que se diga.

(Vanse.)

ESCENA V

El conde FEDERICO *y* CLARÍN, *su criado*

CLARÍN. En lugar de lo que suele
entretener los caminos
reprehenderte quisiera,
generoso señor mío.
¿Tienes a Florela amor?
¿sirves á Florela?

CONDE. Sirvo,
y tengo amor á Florela.

CLARÍN. ¿Pues no es cruel desatino
el decir á la partida,
sin haber de Alberto visto
la hermana, que te casaras
con ella?

CONDE. Pues ¿qué hay perdido?

CLARÍN. Si el otro te respondiera
tan necio y no tan amigo,
¿como volvieras?

CONDE. Casado.

CLARÍN. ¿Eso dices?

CONDE. Eso he dicho.

CLARÍN. ¿Búrlaste?

CONDE. De ti me burlo,
que aquella palabra has sido
sólo por honrar al huésped,
que aunque el es tan bien nacido
y debe de ser su hermana
un ángel, el excesivo
amor que á Florela tengo
no me hubiera permitido
casarme si el rey de Hungría
me diera á su hija.

CLARÍN. Es digno
su honor de tan grande amor;
que si sus méritos mío,
aunque sin pasión, apenas
tu amor se alcanza á sí mismo.
Decir puede un hombre á otro
á cuenta de los seres dos
que ha recibido en su casa.
«Señor, mi hacienda, mis hijos,
mis caballos, mis criados,
mis pájaros y mis libros
á vuestro servicio están;
siempre tengo de serviros.»
Pero, «yo me casaré,
y con mujer que no he visto»,
no lo ha dicho caballero;
caballero no lo ha dicho,
aunque fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

CONDE. ¡Ay, Florela! Si fué agravio
del amor que te he debido
y del que debo tenerte,
perdona mi desvarío.
Cumplimiento y necio, fué;
pero por disculpa has sido
el no haber visto á Finea;
no me des mayor castigo,
ni aun te rebele el alma
por deslealtad, por olvido,
obligar á un caballero
que con generoso indicio
de su valor me ha obligado.

CLARÍN. Si, turbera aquel chillido
de las mujeres celosas,
te dijera: «Federico,
no mas, acábose aquí.
—Señora.—No mas conmigo—
—Oye por Dios—No hay oír.—
—Escucha—Dare mil gritos
Esto deseaba ver,
y haber visto ya confirmo
tus traiciones! ¡Muerta soy
desleal, traidor, pérfido!»
Y va el otro majadero
muy contento deste arbitrio
á sacar ropas y savas,
y firma con un vestido
las paces que en brazos de otro
la de los celos hizo
mientras duraba el enojo.

CONDE. No riñas mas.

CLARÍN. No te riño,
mas por Dios que he de mirar
si el dueño deste cortijo
tiene hermana.

CONDE. Gente viene.

CLARÍN. ¡Gentil talle!

CONDE. ¡Hermoso brío!

ESCENA VI

Dichos y sale FINEA, *de hombre muy galán, y* FABIO

FINEA. Pregunta si vamos bien.

FABIO. Ese es el Conde.

FINEA. Pues calla.

CLARÍN. Sobre buena cara entalla
mejor la gala también.

FINEA. ¿El Conde, Dios guarde á vueseñoría.

CONDE. El mismo venga con vos.
¿De donde buen?

FINEA. Los dos
somos, como veis, de Hungría.

CONDE. ¿Donde?

FINEA. A Italia.

CONDE. ¿A qué ciudad?

FINEA. A Nápoles.

CONDE. Della soy.
Venid conmigo, aunque voy
de prisa.

FINEA. Vuestra amistad
y compañía me pone
codicia.

CONDE. Y á mí la vuestra

FINEA. Luego en la vista se muestra
lo que el corazón dispone.

CONDE. Soy el conde Federico.

FINEA. Dadme, gran señor, los pies.

que mi calidad no es,
si la verdad os publico,
para igualar tal valor,
que soy un pobre escudero
con humos de caballero,
que gradua el buen humor.
Hay cierta universidad
para los pobres discretos,
donde hace *quodlibetos*
la mediana calidad.
Aquí soy yo bachiller
y pretendiente de un don.

CONDE. La nobleza y discreción
juntas se os echan de ver;
que pues vos con humildad,
donde no sois conocido,
os habeis disminuido,
¿que mas cierta calidad?
Unos hombres tanfarrones
que á dos leguas de sus casas
quieren asir de las asas
los más antiguos blasones,
son monos de la nobleza,
que con gestos y visajes
remedan altos linajes.

FINEA. Yo os he dicho mi bajeza.

CONDE. Esa, aunque vos encubrais
la nobleza que teneis,
mal persuadilla podeis:
con el rostro la negais.

FINEA. Con alguna á Italia vengo,
pero casos de fortuna
me llevan á ver si alguna
fuera de mi patria tengo.
Esto sabréis caminando,
pues tal espacio ha de haber.

FABIO. Como yo sé que es mujer,
estoy de oirla temblando.

CONDE. Pésame que con disgusto
veáis á Italia.

FINEA. No será
uno con gusto, pues yo,
señor, de serviros gusto.
Y pues tengo de servir
de paje en Nápoles, quiero
servir tan gran caballero,
si me queréis admitir.

CONDE. Por cierto que si pensáis
servir, ya determinado,
que habéis un hombre hallado
como vos lo imagináis.
Mi amparo, brazos y casa
tendreis desde hoy.

FINEA. Gran señor
tanta merced y favor
del cortes límite pasa.
En estos brazos me olvido
de la patria; ya soy vuestro.

CONDE. Y vos vereis que me muestro
á ese amor agradecido.
¿El nombre?

FINEA. Celio es mi nombre.

CONDE. ¿Quién es el que va con vos?

FINEA. Criado mio, y los dos
vuestros.

CONDE. Pues vos gentilhombre,
tendréis mi casa tambien.

FABIO. Mil veces los pies te beso.

FINEA. ¡Qué venturoso suceso!

CONDE. ¿Clarin?

CLARÍN. Señor.

CONDE. Haz que den
lo necesario á los dos,
y traigan las postas luego. (*Vase.*)

ESCENA VII

FINEA, FABIO y CLARÍN

FINEA. Que me deis, Clarin, os ruego,
los brazos.

CLARÍN. Celio, por Dios
que habeis tenido ventura,
pero vos la mereceis.

FINEA. En mí un amigo tendreis.

CLARÍN. El Conde, solo procura
hacer bien á sus criados.

FINEA. ¡Qué bien se le echa de ver!
¿Tiene en Nápoles mujer?

CLARÍN. Tiene las de otros casados,
pero suya no la tiene,
aunque ha poco que queria
casarse el necio en Hungría;
que allá de su corte viene,
que el de Nápoles le dió
particular embajada,
y por pagar la posada
por lo menos intentó
casarse con cierta hermana
de la capacha que habia
en casa.

FINEA. ¿Vióla algún dia?

CLARÍN. Jamás en puerta ó ventana:
que el hermano era celoso,
y debió de conocer
el humor de la mujer
y el pensamiento brioso:
que el Conde tiene buen talle,
y doncellas y secretos,
si no lo guardan discretos,
presto salen á la calle.

FINEA. En fin, ¿no es casado el Conde?

CLARÍN. No, pero quiérelo ser
con una hermosa mujer
que le adora y corresponde.

FINEA. ¿Dónde?

CLARÍN. En Nápoles está.

FINEA. ¿Cómo se llama?

CLARÍN. Florela,
y es la flor de la canela.

FINEA. (*Aparte.*) ¡Muerta soy!

CLARÍN. Pienso que ya
seréis vos el alcahuete,
que sois muy acomodado:
que hasta ahora yo he llevado
el recado y el billete,
el vestido y la sangría.

FINEA. (*Aparte.*) Sangrarme del alma puedo,
que á ella se fué de miedo
cuanta en los brazos tenia.

CLARÍN. Ahora bien, vos teneis dueño
enamorado y señor

FINEA. (*Aparte á Fab.*) La esperanza de mi amor
Fabio, se convierte en sueño.

CLARÍN. Venid, veréisle comer.
FABIO. (*Ap. a* FIN.) ¿Qué piensas hacer?
FINEA. Monr.
¡Qué presto suele seguir
gran pesar á gran placer!
Mas bien puede haber mudanza:
¡buen ánimo, corazón,
que de aquí á la posesión
tiene lugar la esperanza! (*Vase.*)

ESCENA VIII

FLORELA y RISELO, *criado del conde Federico*

RISELO. Lee la carta y verás
cuándo se parte, por ella.
FLORELA. ¡Oh, qué mal sufre, Riselo,
grande amor, grandes ausencias!
RISELO. Pues ¿que culpa tiene el Conde
si el Rey le condena á ellas
con tan honrosa embajada?
FLORELA. No le culpo, aunque pudiera,
pues se pudiera excusar,
que es de lo que tengo queja:
culpado le ha mi fortuna.
RISELO. Está segura que venga
muy presto, que así lo dijo.
¿Que dudas? Rompe la nema,
pregúntaselo á la carta,
que ella te dará respuesta
como oráculo de amor.
FLORELA. Dilato, Riselo, el verla,
por entretener las dudas,
por engañar las sospechas.
¿Entró muy lucido el Conde
en la corte?
RISELO. Cuando fuera
el mismo Rey, no sé yo
si fuera con más grandeza.
Salieron de la ciudad
hasta la famosa puerta
todos los grandes señores,
toda la ilustre nobleza.
Las galas fueron notables,
pero juntas todas ellas
no igualaron la del Conde
sobre tanta gentileza
FLORELA. ¿Que color?
RISELO. Azul celeste:
bordadas de oro y de perlas
cifras de tu nombre, y flores
que decían: *Fe y Florela*.
Era el caballo español,
que la gualdrapa de tela
quería arrojar de sí
para mostrar que lo era.
Parecía al son del oro,
como iba tocando en ella,
instrumento á cuyo son
iba estampando la arena.
Llegó á palacio, y el Rey
salió á la sala primera
á recibirle, y los dos
hablaron más de hora y media.
Lo que tratan se murmura,
que es casar Lisarda bella
con el Príncipe de Hungría,
pacificando las guerras.
Abre la carta por Dios.
FLORELA. Vengaréme de su ausencia,
Riselo, en no abrir la carta,
aunque ella de mí se venga.
(*Abre la carta y la lee.*)
«Lleno de pena te escribo,
pero entre esta misma pena
halla gloria la memoria
de hablar contigo por ella.
No sé cómo he de agerar[1]
lo que siento, porque sientas
á lo que obligan temores,
y á lo que sospechas llegan.
Celos que allá no sabía,
aquí, mi bien, me atormentan,
que los sostituye amor
á falta de la presencia.
Perdona este injusto agravio;
y ten por seguras nuevas,
que tengo para partirme
mil almas y una licencia.
Presto te veré (mal dije),
porque, por presto que sea,
será tarde para amor
que me enloquece tu ausencia.»
RISELO. ¿Merezco albricias?
FLORELA Merecés
los brazos y esta cadena.
RISELO. Yo te aseguro que el Conde
llegue más presto que piensas.
FLORELA. Bien dices, porque el temor
amando, piensa que llegan
todas las cosas muy tarde:
¡con tal ansia las desea!
¡Ay, Federico! si quieres
dar vida á un alma tan muerta,
haz mis deseos jornadas,
serán instantes las leguas.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX

Salen el REY DE NÁPOLES, *de barba; el* MARQUÉS LUDOVICO *y acompañamiento.*

REY.

Tendrá de esta manera
quietud el reino y los confines paces.

MARQUÉS.

Como de ti se espera,
cuanto crédito tienes satisfaces.

REY.

En lo que escribe el Conde
se ve que el Rey con gusto corresponde.

MARQUÉS.

Federico es discreto,
sabrá muy bien lo que ha de hacer en todo.

REY.

Él lleva de secreto
de lo que importa, Ludovico, el modo
en este casamiento.

[1] Así en el original, quizá deba decir «exagerar». En la edición de Ortega se dice «No sé cómo he de pintar.»

MARQUÉS.

Digno ha sido de ti su pensamiento.

REY.

En tanto que sin guerra,
sin sangre de vasallos que consume
la mas flor da tierra,
la paz que se pretende, se presume
aciertan más los reyes
y vo en en qu etud las santas leyes.
Razon de conservarse
con guerra un re no, nunca fué admitida
de qu en debe obligarse
más á ta religion, puesto que olvida
la paz, Marqués, en parte
á los vasallos el valor de Marte.
Fuera del Rey, no es justo
tener tal vez ejército que obliga
al que os d era d sgusto
que depuestas as armas no prosiga
en declarar su intento.

MARQUÉS.

El Conde viene.

REY.

Y viene al pensamiento.

ESCENA X

DICHOS, *el* CONDE FEDERICO, FIXRA *y criados*

CONDE.

Vuestra alteza me dé los pies.

REY.

Ya, Conde,
los brazos, que tenéis tan merecidos,
os da mi amor, que al vuestro corresponde

CONDE.

Mis servicios de ti favorecidos
tendrán de hoy más valor, tendrán ventura,
pues siempre fué el mayor ser admitidos.
Ya te escribí, que el Hungaro procura
satisfacerte si hay algun agravio,
de que ya lo tratado te asegura.
En todo se mostró Príncipe sabio;
honro mi entrada su real persona,
sus dos sobrinos, y su hermano Octavio.
El digno sucesor de su corona,
y que ha de ser espejo de Lusarda,
agradecido tu eleccion abona.
El tiene la persona más gallarda
que vi en mi vida y de quien toda Hungria
la ejecucion de su esperanza aguarda.
Salió bizarro cuando el sol salia
una mañana en un caballo airoso
que á hacerme mal de veces que venía;
mas él lo hizo tan bien, que fué forzoso
mudar este lenguaje en quien miraba
brio tan alentado y amoroso.
Al fin tan diestramente le manaba,
que al concertado son de la baqueta
el caballo parece que danzaba
como si fuera oyendo la trompeta.
Intentaba quitarse las espumas
de la boca y fogosa é inquieta,
mas porque desto lo demas presumas,
cuando al curso le puso las espuelas,
volando entrambos parecieron plumas.
No suele por el mar con blancas velas
y remos la galera presurosa;
con banderolas de diversas telas
hender las blancas olas más airosa,
ni del arco veloz partir la flecha,
pues aun era la vista perezosa.
A este Príncipe puedes sin sospecha
dar, señor, á la Infanta mi señora,
que ya queda la paz firmada y hecha,
y este es el pliego que responde ahora.

REY. Los brazos os vuelvo á dar,
y el premio os daré tan presto
como veréis.

CONDE. Yo he dispuesto
tu deseo hasta llegar
al fin de tu pretension,
y este es el premio que quiero,
porque de servir no espero
más seguro galardon.
¡Dichoso quien ha servido
Rey, á quien puede decir
que es acertarle á servir
premio de haberle servido!

REY. Ahora bien; voy á leer
las cartas. (*Vase.*)

ESCENA XI

DICHOS, *menos el* REY.

MARQ. Ya os puedo dar
el parabién del lugar
que presto habeis de tener.

CONDE. Lo que al Rey le respondí,
respondo á vuestra amistad.

MARQ. Yo os amo con la lealtad
que debo y me debo á mi. (*Vase.*)

ESCENA XII

El CONDE FEDERICO, CLARÍN *y* FIXRA

CLARÍN. (*Al conde.*) Lo más tienes hecho ya

CONDE. Antes, Clarin, lo que es menos,
que en los negocios agenos
menos sabe el alma esta.
Digo agenos que no son
los que tanta fuerza tienen,
si bien á ser propios vienen
por tan justa obligacion.
No quise ver á Lucrecia
primero que al Rey, y así
con la obligacion cumplí,
agora, Clarin, verécia
con espacio, que después
de ausencia, será razon.

CLARÍN. Hoy, señor, tu pretension
antes te puso en los pies
Gran merced del Rey te espera,
y fuera de parecer

---

1 Verso incompleto. En la impresión de Ortega también está incompleto.

que hasta tenerla, y saber
que no sea tal que prefiera
lo que Florela merece,
no trataras de casarte.

CONDE. A no poder disculparte
que mi afición te enloquece,
vive Dios, necio, que hiciera
un disparate contigo.
¿Eso dices?

CLARÍN. Esto digo.

CONDE. Pues aunque el Rey me prefiera
á sí mismo ¿puedo yo
igualar á un ángel?

CLARÍN. Mira
tu calidad.

CONDE. Es mentira
cuanta mi sangre me dió
comparada á su belleza,
mas cuando su gran valor
considere sin amor,
no la iguala á su nobleza.
Vive Dios, si del romano
imperio el cetro tuviera,
ó como el sol en su esfera,
fuera señor soberano
de la tierra y de la mar,
que me pusiera á sus pies
aun pensando que después
no la pudiera igualar.
Celio, ¿cómo callas tanto?

FINEA. Señor, como yo no entiendo
que tratas, estoy oyendo
y callado.

CONDE. No me espanto,
que yo sé que si supieras
qué prenda adoro...

FINEA. (Ap.) ¡Ay, de mí!

CONDE. Por lo que ya he visto en tí
que otro consejo me dieras.
¡Ay, Celio! quiero á una dama
que, por verte tan discreto,
te la he de mostrar á efeto
de que culpes quien disfama
un ángel de tal valor,
con pensar que yo la igualo
cuando á su sol me llegaro
deshecho á su tierno amor.
Este es un necio que debo
sufrir porque me ha criado:
tú has de ser de mi cuidado,
desde hoy secretario nuevo;
tú, de todo el pensamiento
sin encubrir parte alguna,
el dueño, y de mi fortuna
dichosa, prospero viento.
Contigo quiero tratar
los favores, los deseos,
porque veas tú que empleos
tan venturosos de amar.
Bien haya quien con discretos
trata sus bienes ó males,
porque, en fin, de causas tales
resultan tales efectos.
Cuando veo un entendido
tratar con un necio, y ser
su amigo, vengo á tener
aquel hombre por perdido:
porque, ó diciendo el secreto,
ó aconsejándole mal,
ha de ser de causa tal,
si es necio, necio el efeto.
El rey cuando tiene al lado
el sabio cuán bien acierta
que á quien el relox concierta,
se debe andar concertado.
El sabio gobernador
con prudentes consejeros
afila bien los aceros
y puede cortar mejor.
No hay sabio al lado del necio;
un loco hace muchos locos,
siempre los sabios son pocos.
Por sabio, Celio, te precio;
que cuanto en este camino
contigo he tratado, fue
satisfacción en que hallé
tu entendimiento divino;
y así, aunque paje, he gustado
que me sirvas con espada,
que está más acreditada
honra que la trae al lado.
Que aunque es verdad que la pluma
es en lo que has de servir
no la embota el escribir,
y más cuando yo presuma
de general de una empresa,
aunque cese la de Hungría
Mas porque de amor la mía
va sobre tus hombros pesa,
ven con este necio á ver
á Florela, y tú dirás
que no hay en Nápoles más,
si Dios no lo vuelve á hacer. *(Vase.)*

ESCENA XIII

Finea y Clarín.

CLARÍN. ¿Qué te dice este Calixto
de la hermosa Melibea?

FINEA. Que es hombre y que la desea *(Ap.)*
¿Qué aguardo con lo que he visto?
¿Por qué no me vuelvo? ¡ay cielos!
Pues no puedo conseguir
lo que intento, y es morir
muy bajo morir de celos.
Y no has sido atrevimiento
que aqueste nombre le dé,
que morir de celos fué
bajeza del pensamiento.
Pero ¿por qué celos llamo
lo que no lo pudo ser?
Este quiere una mujer
sin saber que yo le amo
ni tenerme obligación;
¿qué agravio ni celos puedo
tener ni pedir al miedo
de mi justa perdición?
Loca fuí, loca he venido
de mi tierra tras un hombre
que apenas sabe mi nombre
¿mi nombre? ni aun si he nacido.
¿Hay desdicha, hay necedad
(si es la necedad desdicha)
como la que tengo dicha?

CLARÍN. Ya tu nueva voluntad
estará haciendo quimeras
de la que te muestra el Conde;
no me espanto, que responde,
Celio, a la merced que esperas.
Bien entras en el servir
con achaques de mediar,
que esto de solicitar
gran premio suele adquirir.
Criado de señor mozo,
que no es oficial del gusto,
muerto de hambre y disgusto
dale sepulcro en un pozo
destos en que guardan nieve
con esta letra baldía:
«Aquí murió quien vivía
de no hacer lo que debe.»
No sé que es que no lo entiendo
este deleite de amor,
que en pensar otro mayor
a naturaleza ofendo.
El que tiene más vasallos,
más riquezas, más oficios,
más serenos edificios,
más enjaezados caballos,
no tiene justo contento
mientras no ha comunicado
con una hermosura al lado
su intrínseco pensamiento.
¡Oh, fuerte imaginación!
¡Oh, loco deleite humano!

FINEA. Yo, Clarín, pienso que en vano
tus celos del Conde son.
Soy hombre de bien, soy noble,
no sirvo por interés,
aunque de opinión estés
que la privanza me doble.
Contradices al amor
de tu señor, no eres cuerdo,
aunque las sospechas pierdo
que tuve de tu valor.
Criado que contradice
al dueño, no ha de mediar;
que consiste en aprobar
lo bueno o malo que dice,
cuanto más en lo que hace.
¿Esta dama es bella?

CLARÍN. Sí.

FINEA. ¿Es noble?

CLARÍN. Como él.

FINEA. Pues di,
¿si es noble y le satisface,
en qué verás?

CLARÍN. Yo no saber
a dónde el Rey se pondrá,
que quizá le igualará
con su sangre y su poder.

FINEA. Necios estás, que a los reyes
no empuercentan con varas
obedecen, las aman las
son del servicio las leyes.
Tratemos de mujeres cosas;
si estoy en Nápoles ya,
¿no me entiendes?

CLARÍN. Claro está.
Dos muchachas tengo hermosas,
a la una quiero bien,
tengo temor á tu brío.

FINEA. ¿Qué temes?

CLARÍN. Un desvarío.

FINEA. ¿Celitos?

CLARÍN. Celo, también;
que á las veces lleva el hombre...

FINEA. No digas más.

CLARÍN. Con cuidado
muchas veces te he mirado.

FINEA. Y en fin, ¿que soy?

CLARÍN. Gentilhombre.
Y esta pícara que adoro
es una veleta al aire,
que en mirando tu donaire
me ha de perder el decoro.

FINEA. Esa es pura necedad,
que donde hay amor con trato
no es posible que sea ingrato
á la primer voluntad.

CLARÍN. No conoces las mujeres,
porque aun tu barba procura
ser de la primer tonsura,
y en lo del trato no esperes,
que por lo mismo desea
una mujer novedad.
Y no fío de tu amistad
que, como me dices, sea.
Ven y verás dos infames
que pueden prestar contento
al diablo.

FINEA. ¡Qué atrevimiento!
No quiero que así las llames.

CLARÍN. ¿Pues qué quieres que te diga?
¿que son reinas?

FINEA. Que honres quiero
las mujeres.

CLARÍN. Presto espero
que tu opinión contradiga
su bellaca condición.

FINEA. El gusto no es calidad
ni puede en la voluntad
haber fuerza ni elección.
¿No has visto al Príncipe amar
tal vez á una vil mujer?

CLARÍN. La calidad del placer
es sólo saberle dar.

FINEA. Dices soberanamente,
y te lo quiero abonar.
Cuando ves un rey cenar
entre una escuadra de gente,
y le sabe bien, Clarín,
una perdiz, un capón,
un torrezno de un jamón,
nunca al príncipe previno
pregunta donde nació
cosa que bien le sabe.
Y así amor en hombre grave
se mira si sabe o no:
si sabe, no hay que saber
si es bajo su nacimiento,
porque nunca del contento
información se ha de hacer.

CLARÍN. Por Dios, que dudes de ser
diablo.

1 Desde aquí hasta la conclusión de la escena, esta sustituida en el texto con puntos suspensivos en la edición de Ortega (*Comedias escogidas*).

FINEA. (Ap.) ¡Ay, de mí, que he venido
á amar un hombre perdido
de amores de otra mujer! (Vanse.)

ESCENA XIV

El Conde Floridio y Florela

FLORELA. Yo me templando, que quiero
que el contento no me mate.
CONDE. No presumo que lo es
placer que pueda templarse.
FLORELA. Quiero decir que le doy
al alma, no en todo, en parte,
que si todo se le diera
pudiera el gusto anegarme.
Los brazos os vuelvo á dar.
CONDE. Bien merezco que me abracen
brazos que me cuestan vidas.
FLORELA. Bien es que abiertos los hallen [1]
galanes después de ausencia,
porque solo los galanes
los pudieran merecer.
CONDE. Bien hayan desdichas tales
que hacen á un hombre dichoso.
FLORELA. Temo de vos informarme
en materia de memoria.
CONDE. Excusa tenéis bastante
si os gobernáis por la vuestra.
FLORELA. Yo no he podido olvidarte.
CONDE. Juzgad lo mismo de mí,
que os prometo que las tardes [2],
imaginando las noches,
bastaban para matarme:
pues ¿qué os diré de los días?
FLORELA. Mejor pudieran pasarse
entre las húngaras damas,
que vuestra persona y talle,
y esto del Embajador
obligan á muchos lances.
¿Con quién tuvisteis lugar?
¿qué os dijeron? No se calle
ninguna cosa conmigo.
CONDE. Hoy quieres desesperarme,
esto sí que fue querer
templarme el gusto.
FLORELA. Dejadme.
Pensar en que tuve celos.
CONDE. Tuvisteis celos de balde,
que yo no sabía la lengua;
y en llegando dama á hablarme,
ella se entendía á sí,
en el húngaro lenguaje,
y yo, ni á ella ni á mí,
respondiendo disparates.
FLORELA. ¿Dieron os algún favor?
Por vida mía, mostradme
banda, flor, papel ó cinta,
que aunque en palacio excusase
la novedad estas cosas,
no pudieron excusarse
en casa de vuestro huésped.

CONDE. Florela, un rayo me abrase
si vi la hermana de Alberto.
Y aquí llegan mis dos pajes,
de quien podréis informaros.

ESCENA XV

Dichos, Finea y Clarín

FLORELA. Clarín no ha de declararse:
ya conozco yo su humor.
CONDE. Tú, Celio, pasa adelante:
dile á la hermosa Florela,
que aún no quiere asegurarse,
si vi la hermana del huésped,
(aunque dicen que era un ángel)
donde pose aquellos días.
FINEA. Si puede crédito darse
á un hombre de bien, que sirve,
yo os juro que en una cárcel
tuvo Alberto á su Finea.
Perdonadme que le llame
su nombre en presencia vuestra.
FLORELA. ¡Buen paje!
CONDE. Viniendo á Nápoles,
le recibí en el camino.
FLORELA. ¿Y de este puedo informarme?
FINEA. Bien podéis, señora mía,
que allá vi al Conde.
FLORELA. Tú traes
contigo la información.
FINEA. No es justo que así me trates:
¿tengo cara de mentir?
FLORELA. Tienes á lo menos talle
de solicitar placeres
al Conde.
FINEA. ¡Desdicha grande!
Según eso, bien me puedo
despedir.
CONDE. Presumo que antes
te quieren hacer mercedes.
CLARÍN. Mi señora, no te espantes,
que si es mala condición
no querer asegurarse
no será amor, que son celos.
El Conde fue á cosas graves,
no, como presumes tú,
á tratar de enamorarse.
Conmigo, que le asistí,
hablóis siempre en adorarte
y en solo sentir tu ausencia.
FLORELA. ¡Qué testigos!
CONDE. ¿No? pues basten
juramentos.
FLORELA. ¿Cuáles?
CONDE. Oye:
¡Plegue al cielo que me falten
tus ojos, si te ofendí,
ni en palacio ni otra parte
vi mujer que...
FLORELA. No lo digas.
¡Qué juramento notable.
¿Mis ojos juras?
CONDE. Pues, Celio,
tú, que sus cielos miraste,
ahora di si perdellos
es juramento bastante.

---

1. Este verso y los dos siguientes fueron suprimidos en la impresión de Ortega.
2. También este y los tres que siguen, faltan en la edición dicha.

FINEA. Mirarlos de espacio quiero.
FLORELA. ¿Los ojos quieres matarme?
FINEA. Quiero saber su valor,
porque el Conde no se engañe.
¡Jesús! ¡es gran juramento!
Son dos cielos, que por darles
este nombre, tienen almas
con sol que en sus niñas arde.
Creed al Conde, señora.
FLORELA. Ya quiere en el mar bañarse
el dorado cielo y del jardín
llaman los claros cristales
á gozar de su armonía.
Vend, Conde, porque trace
con vos lo que aver me dijo
hablando de vos mi padre.
CONDE. Si es de nuestro casamiento,
no haya causa que dilate.—
Volveos á casa vosotros.

(Vanse el Conde y Florela.)

ESCENA XVI

FINEA y CLARÍN.

FINEA. *(Ap.)* Y yo volveré á matarme.
CLARÍN. Ven, Celio, á ver nuestras damas,
no nos ocupen galanes
la puerta.
FINEA. ¿Es gente de muchos?
CLARÍN. Diez ó doce personajes
de ellos dan y de ellos no.
FINEA. *(Ap.)* Pensamientos me combaten
que me han de quitar la vida.—
¿Es la gente de donaire?
CLARÍN. Tú lo verás.
FINEA. Pues no temas,
aunque el mismo turco baje,
que con la que traigo al lado
seré..
CLARÍN. ¿Quién?
FINEA. Roldán de pajes.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY DE NÁPOLES, *el* MARQUÉS DE LUDOVICO *y* CRIADOS.

REY.

No he tenido en mi vida mayor pena.

MARQUÉS.

Parece cosa, gran señor, indigna
de Federico, y de su nombre agena.

REY.

¿Amor á quién no engaña y desatina?
Viene esta carta de razones llena,
que la menor á su castigo inclina.

MARQUÉS.

Llama al Conde, veámos qué responde.

REY. *(A un criado.)*

Llamad al Conde luego.

CRIADO.

Aquí está el Conde.

ESCENA II

DICHOS y el CONDE FEDERICO.

CONDE.

¿Qué manda vuestra alteza?

REY.

No quisiera
pensar de tí tan grande alevosía,
ni esta carta y la razón me altera
con que de Hungría el rey de Hungría
por esotra verás que hoy esperas
una traición que cause á tu honra afrenta
su sentimiento en cada letra sierte
que con la misma á tu cadena ligarte
No te digo lo que es, pues ya me entiendes,
y has de leer las cartas á mis ojos.

CONDE.

¿Es este el premio con que honrar pretendes
mis servicios despues de mis enojos?

REY.

Pues de su embajador á un rey ofendes
y traes desta hazaña por despojos
á la hermana de tu huésped que te ha dado,
¿mereces ser premiado ó castigado?

CONDE.

¿Que hermana, ni que huésped? Vuestra alteza
pienso que no conoce á Federico,
pues Nápoles bien sabe mi nobleza
y el divino valor del conde Enrico.

REY.

Lee las cartas, que mayor bajeza
no se cuenta de París.

(Toma las cartas el Conde.)

CONDE.

Yo suplico
á vuestra alteza que sin dos oidos
no juzgue.

REY.

Ya los tengo prevenidos.

(Lee el Conde la carta.) «Al conde Federico, que con particular embajada me envió vuestra alteza, apeteció, por mi orden, Alberto mi gentilhombre de cámara, cuyos ruegos pago con desvalle á la partida, á Florela, su hermana. Vuestra alteza vea que medio puede tener tanta ingratitud y bajeza, no que más breve será casarlos, porque Alberto no tome la debida satisfacion de su afrenta á costa de su vida.»

REY.

¿Resta de la carta?

CONDE.

¿Cómo puedo
dejarme de reir?

REY.

¿No te ha turbado
esta maldad?

CONDE.

Cuando seguro quedo,
no me turba, señor, el ser culpado.

REY.

Pues tu respondes ya perdido el miedo,
debe de ser en fe de esta casado.
Si estás casado, no te turbes, Conde,
escribe á tu cuñado, al Rey responde.

CONDE.

Esa seguridad no es la que tengo,
que nace, gran señor, de mi inocencia.
De Hungría sólo con mi gente vengo;
la desnuda verdad no quiere ciencia.
Nace, señor, la risa que prevengo
de la seguridad de mi inocencia:
que un ánimo inocente muestra en risa
que lo secreto á lo exterior avisa.
Por el Rey en la casa de ese Alberto
estuve con mi gente aposentado,
si vi á su hermana, todo el centro abierto
me dejó entre sus llamas sepultado.
Si alguno con quien tuvo igual concierto,
luego que me partí se la ha robado,
no es justo que de mí, que soy tan noble,
presuma el Rey, ni Alberto un trato doble.
Yo regalé, señor, á sus criados
de joyas y presentes, y sabiendo
de su hermana el valor, con mil honrados
ofrecimientos le obligué partiendo.
Ni la vi, ni la oí, ni mis cuidados
fueron más que servirte, disponiendo
tus cosas con recato y con prudencia.

MARQUÉS.

Por Dios, que persuade su inocencia;
y que debe de ser que algun amante
que tendría Finea, en la partida
de Federico halló lugar bastante,
la casa en tanto huésped divertida.

REY.

No puede ser que cosa semejante
hiciese un hombre noble.

MARQUÉS.

Es conocida
maldad del mismo que robó á Finea.

REY.

Querrá que su defensa el Conde sea.

CONDE.

Señor, aquí me quede la cabeza
cuando se me probare que yo he sido
infame autor de tan cruel bajeza.

REY.

Estoy de tu inocencia persuadido.

CONDE.

Más honra mis servicios vuestra alteza
con esa confianza. Sus pies pido,
deme mil veces estos pies.

REY.

Escribe,
que quien nunca ofendió, seguro vive.
(Vase el Rey.)

ESCENA III

El Conde y el Marqués Ludovico.

CONDE.

¿Qué os parece, Marqués?

MARQUÉS.

Que escribáis luego,
respondiendo á esa carta.

CONDE.

No he querido
leerla, por no ver que un hombre ciego
se descomponga airado y atrevido.

MARQUÉS.

¿Qué importa un desatino? Abridla os ruego,
que no será tan necio, aunque ofendido.

CONDE.

Por vos la leo, aunque temiendo el daño
que puede resultarme de este engaño.

(Lee el Conde la carta.) «En mi casa os aposenté, en mi voluntad os tuve, la confianza de vuestro nombre me engañó, pues á mi casa habéis sido traidor, á mi voluntad ingrato y á mi confianza tan desleal como os lo dirá presto mi agravio, pues cuanto tarde en llegar tendréis de vida.»

—¿No os dije yo que, en fin, como ofendido,
era fuerza escribirme descompuesto?

MARQUÉS.

Si está engañado, corta ofensa ha sido;
que aunque libre, tomo término honesto.
Que luego despachéis un hombre os pido,
que por escrito satisfaga desto
á un noble caballero.

CONDE.

Si él lo piensa,
disculpo las palabras por la ausencia. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Florela y Finea, en su traje de hombre.

FLORELA. Que está muy enamorado
el Conde lo da á entender.
FINEA. Y ¿quién puede merecer
mejor que tu su cuidado?
FLORELA. Ya vas, Celio, conformando
las palabras con el nombre.
FINEA. Pues á fe que no soy hombre
para andar solicitando;
y si el nombre de alcahuete,
(aunque ya la cortesía,

si ya no fuese [illegible]
otro nombre le prometes,
pues como al que es bachiller
le llamamos licenciado;
moreno al negro, y honrado
al que no lo quiere ser,
al alcahuete se llama
tercero: desde este dia
dejaré mercadería
que tanto al *tercero* infama;
no quiero servir al Conde.

FLORELA. ¿Por qué, si te quiere bien?

FINEA. No porque el nombre me den
que al oficio corresponde,
mas porque despues que estoy
en Nápoles he tenido
una desdicha.

FLORELA. ¿Qué ha sido?

FINEA. No sé más de que lo soy.

FLORELA. ¿Tú puedes ser desdichado
siendo criado leal?

FINEA. ¿Parécete poco mal
estar...

FLORELA. ¿Como?

FINEA. Enamorado.

FLORELA. ¡Oh, qué donaire!

FINEA. No fue
este donaire tan aire
que no me cueste el donaire
la vida.

FLORELA. ¿Quien es?

FINEA. No sé.

FLORELA. Por la mía que lo digas.

FINEA. Si me guardas el secreto...

FLORELA. De guardártelo prometo.

FINEA. Mira que á mucho te obligas;
que es una dama del Conde.

FLORELA. ¿Pues el Conde tiene dama,
fuera de mí? ¿El Conde infama
su lealtad? Habla, responde:
¿quien es aquesta mujer?

FINEA. Una mujer enojada,
que de verla tan airada
no lo acierto á responder.

FLORELA. ¿Soy yo?

FINEA. ¿Pues ya no sabías
que tu hermosura y valor,
pueden abrasar de amor,
Florela, las piedras frías?
Dirás que es atrevimiento;
claro está, mas pues me voy,
y sin decirte quien soy,
no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginacion
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fue sin mucha ocasion:
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el Conde,
pues mi ausencia te responde
que antes le trato lealtad.
Si yo me voy por ser fiel
¿en que me puede culpar?
No fue en mi mano mirar,
serále apartarme de él.

FLORELA. ¿Como habia de enojarme,
Celio? He querido reirme,
porque puedo persuadirme
que ha sido posible amarme.
No es milagro, y en tu edad,
que yo te parezca bien:
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.
Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal,
es sin duda y me enojaras.
Mas quien quiere y no porfia
dice su amor y no enfada;
y no sé que ofenda en nada
mientras no tiene osadía.
Celio, á ninguna mujer
le peso de ser querida,
como no fuese ofendida
mas que en callar y querer.
Quiere tu, no me lo digas,
que tampoco lo diré
al Conde, pero con fe
de que á ser mudo te obligas.
No viendo corresponder
es fuerza que has de olvidar,
que amor no puede durar
sin ayudarlo á querer.

FINEA. ¿Quieres tu que yo te diga
quien soy, y disculparás
mi amor?

FLORELA. Quiero.

FINEA. Hoy sabrás
lo que á quererte me obliga:
que mejor que el Conde soy.

FLORELA. ¿Mejor?

FINEA. Escucha.

FLORELA. No mientas.

FINEA. Jura el secreto, si intentas
saberlo.

FLORELA. A fe de quien soy.

FINEA. Si juras el ser mujer,
fué juramento discreto;
que de no guardar secreto
juro haciendo su ser.
Mas si juras á quien eres
yo me doy por confiado.

FLORELA. Mucho, Celio, has afrentado
el valor de las mujeres.

FINEA. Hijo soy, Florela hermosa,
del rey de Aragon, Fernando,
mira tu si puedo yo
tener pensamientos altos.
Mucho dice, ya lo he dicho,
y esto en fe de que has jurado,
y tambien de que me voy,
si al Conde piensas contarlo;
aunque no se lo dirás,
que no has llegado á los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.
Yo en aquesta confianza
te he dicho lo que he callado
al Conde, y aun á mi mismo,
si á solas conmigo hablo.
Dirás «pues hombre, si fuiste
quien dices, ¿como has llegado
á servir desta manera?»
Esto te dijera Fabio,

el criado que me sirve,
que es el marques don Fernando
de Cabrera y de Aragon,
que hasta el nombre se ha mudado;
porque yo, que aquí soy Celio,
don Alonso allá me llamo.
Oye la historia y sabrás
por donde me atrevo á tanto.
El Rey quiso cierta dama,
de quien por sucesos varios
no fué, Florela, marido.
Nací yo de estos engaños;
casóse el Rey, y me dió
en breve tiempo un hermano
entendido y gentilhombre,
que lo era el padre de entrambos.
No nos criábamos juntos,
que aun no estaba declarado
mi nombre, por el temor
de los celos, siempre largos;
porque lo que fué una vez
amor por dicha obligado,
piensan las propias mujeres
que ha de durar dos mil años.
Enviudó el Rey, y con esto
me trajeron á palacio
de una aldea en que vivía
con un retirado hidalgo.
Cobróme el Príncipe amor,
y de la sangre ayudado,
ya de algunas gracias mias,
puesto que soy desgraciado,
en los ojos de la Corte
halle gusto, y ya inventando
galas y fiestas que fueron
ocasion de tantos daños,
puse los ojos ¡ay, Dios!
en una dama, que estando
en un jardin cierto dia
se dejó tocar las manos.
Hizo el Príncipe lo mismo
veis aquí todo trocado
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.
Tenia yo, aunque eran menos,
Florela, aquellos privados
que no llegaron á ser
de la llave de mi hermano.
Estos, ya por sus consejos,
ya por sus lisonjas, dando
principio á nuestra discordia,
todo cuanto ves causaron.
Pero la firme señora,
que le envidaba de falso
al Príncipe, y me quería,
dispuso de suerte el caso
que, en ausencia de su padre,
entre una noche en su cuarto...
¡Nunca entrara! Al fin, Florela,
entre atrevido y gallardo,
Pasáronse algunos meses
el huésped de estos cuidados,
descubriendo su secreto,
con irnos la vida á entrambos,
mueren los que no han salido
á la luz por ver sus rayos,
que no saben que acá fuera
está la muerte esperando.
Como llegó la ocasion
del mal encubierto parto,
asistí á verla en secreto,
y el niño infeliz tomando
en la capa mal envuelto,
con ella entre algunos paños,
salí donde pensé yo
que asistian mis criados.
Llegó el Príncipe á saber
quien era, y yo porfiando
á no querer descubrirme,
dos ó tres me acuchillaron.
¡Caso extraño! que otros riñen
dando todo á al contrario,
y yo para defenderme
daba todo el pecho á tantos.
Quiso Dios que no le hirieron
ni á mí, pero no es milagro,
que mal pudieran herirme
con un ángel en los brazos.
El Príncipe lo quedó
y Aragon alborotado,
de suerte que en una aldea
de las faldas de Moncayo
dejó al niño, y por la posta
en toda Francia no paró.
Corrió á Flandes, llegó á Hungria
á la sazon que, llegando
el Conde con la embajada,
pude aficionarme tanto,
que así por mas ocultarme,
como por verme obligado
de su amor y inclinacion,
en el camino le aguardo.
Dióme oficio de mi edad,
que esto no lo tuve á agravio.
Florela aqueste secreto,
que la vida me ha costado,
que viendo tu rostro he visto
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise
hasta romper su retrato.
No sé como me atreví
á decirte suspirando
lo que no pensé, Florela.
Ya lo dije y ya me parto,
que el decirlo fué partirme,
mas juramento te hago
á la cruz de aquesta espada
como aragones honrado
y á la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago,
que si me guardas secreto
y me veo en el estado
que pienso, y el Conde falta
á vuestro concierto y trato,
de casarme y de enviar
por tí al marques don Bernardo
desde Aragon, porque estoy
por tu belleza espirando.
Ten lástima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos,
que en tenerla de mi vida
no haces al Conde agravio.

(Hace que se va.)

FLORELA. Tente, tente.

FINEA. ¿Qué me quieres?
(*Sale el* Conde.)
FLORELA. Entra el Conde no lo digo.

ESCENA V

Dichos y el conde FEDERICO.

CONDE. (*Ap.* Que pierda un hombre un amigo
por enredos de mujeres,
ó por su propia afición
su desdicha ó disculpe,
pero que á un hombre le culpe
la agena imaginación,
es la mayor necedad
que se ha visto ni se ha oido.
¿Florela?
FLORELA. Seas bien venido:
¿Que hay de nuevo en la ciudad?
CONDE. Cartas, señora, de Hungria.
FLORELA. Contrarias deben de ser,
pues te veo suspender,
y mas en presencia mía.
CONDE. Si son cartas contra mí,
¿no me ha de causar pesar?
FLORELA. ¿Contra ti?
CONDE. ¿Puedes pensar
tal cosa?
FLORELA. ¿Qué?
CONDE. Escucha.
FLORELA. Di.
CONDE. Escribe el hungaro Rey
diciendo que le he robado,
contra la ley de hombre honrado
y humana y divina ley,
al huesped donde posaba,
una hermana que tenia.
FLORELA. ¿Y ser verdad no podia?
CONDE. ¡Eso solo me faltaba!
No, podia ser verdad,
ni la vi, ni sé quien es.
Público parti; despues
sucedió esta novedad.
FLORELA. No se que á sin razon.
CONDE. Hace me desesperar.
FLORELA. ¿Pues como os pueden culpar
sin causa de esta traicion?
CONDE. ¿Celio, aqui estais?
FINEA. Si, señor.
CONDE. Ponte luego de camino.
FINEA. ¿De camino?
CONDE. Determino
defender mi nobre honor.
Esta carta has de llevar
á Alberto, y aquesta al Rey.
FINEA. ¿Yo, señor?
CONDE. ¿No es justa ley
servir, defender y honrar
á sus dueños los criados
cuando hay tan grande ocasión?
FINEA. Yo conozco que es razón,
pero hay otros mas honrados
y de más entendimiento.
CONDE. Pues hago escepcion de ti,
yo se que sabrás por mi
defender mi nobre intento.
¿No convive en Hungria
á Alberto?
FINEA. ¿Yo? si, señor
CONDE. ¿Pues quien le hablará mejor,
Celio, en la inocencia mia?
¿No sabes tu que he venido
solo?
FINEA. ¿Y cómo si lo sé!
CONDE. (*A* Florela.) No á Finea vi ni hablé,
mi amor te merezca olvido.
FLORELA. Ya, Conde, se lo que son
los criados en ausencia.
CONDE. ¡Vive Dios, que mi inocencia
de voces á tu razon!
Juzga si quieres, de mi,
como es justo
FLORELA. Ya he juzgado
que te ausentaste y he hallado
que dotó el amor en ti
hasta que viste esa dama
¿Donde la tienes? Bien creo
que puedes de mi deseo
hacer lo que el tuyo ama.
¿Por que no la traes aqui?
CONDE. ¡Oh, pesar de mi desdicha!
FINEA. (*Ap.*) Por aqui ha de entrar mi dicha.
CONDE. ¿Que tu me trates asi!
¿Pues satisfácese el Rey
y el mundo de mi inocencia,
y tu en mi propia presencia
contra toda justa ley
de amor y de obligación,
por ese pasado ya me nombras
por imaginadas sombras?
FLORELA. Muy justas vuestras sospechas son,
que el Rey no te ha de querer
ni tener celos de ti,
y yo, Federico, sí,
que pienso ser tu mujer.
CONDE. Perdona mi atrevimiento,
que no te puedo escuchar. (*Vase.*)

ESCENA VI

FLORELA y FINEA

FINEA. Mal has hecho en apretar
tanto al Conde el pensamiento;
que de ser esto verdad,
verdad es, y ya ha traido
consigo. Adios. (*Hace que se va.*)
FLORELA. ¡Qué atrevido
te hace ya la voluntad!
Tente, vuelve, escucha, para.
FINEA. ¿No ves que me he de parir?
(*Ap.*) (Harto bueno fuera ir
donde Alberto me matara.
¡Caso extraño, que este ingrato
que vaya á mi propio hermano!
Mas no me envia en vano
cuando de su parte intente,
pues soy la misma ocasion.)
Triste estás. (*A* Florela.)
FLORELA. Estoy pensando
venganzas.
FINEA. No son, amando,
nobleza ni estimación.
FLORELA. ¿Pues no dices que es verdad?
FINEA. Y si me guardas secreto

te la enseñaré.

FLORELA. ¡Qué efeto
de celosa voluntad!
¡Ay, Celio! si tu me enseñas
esta mujer, ten por cierto
que te adore.

FINEA. Yo soy muerto
si se entiende ni aun por señas.

FLORELA. Quíteme el cielo la vida
cuando te venga algun daño.

FINEA. Hoy verás el desengaño.

FLORELA. Tú, la palabra cumplida,
mi hacienda es tuya.

FINEA. No quiero
más premio que hacerte gusto,
aunque de al Conde disgusto,
por la fe de caballero.

FLORELA. Fia en la palabra mia.

FINEA. Gran necio debo de ser,
pues fio de una mujer
dos secretos en un dia. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen ALBERTO *y* LUSIDORO *de noche;* ALBERTO *con una pistola*

ALBERTO.

De otra suerte quisiera disfrazarme,
ya que á Nápoles vine, Lusidoro,
á cobrar el honor que me han quitado.

LUSIDORO.

¿Como quieres venir más disfrazado
que no siendo de nadie conocido?

ALBERTO.

Si del Conde lo soy, que me ha ofendido,
¿que importa que ninguno me conozca?

LUSIDORO.

Guardate de él hasta que llegue el dia
que te puedas vengar de sus agravios.

ALBERTO.

¡Qué pocos son en la venganza sabios!
¿Dónde tendrá á mi hermana, Federico?

LUSIDORO.

¿Pues hale de faltar lugar secreto
en esta insigne máquina? ¿No advertes
tantos palacios, tantas torres fuertes,
tantas hermosas quintas y jardines,
y que de la ribera los confines
parecen otras calles y ciudades?

ALBERTO.

En fin ¿á qué es mejor me persuades
disparalle de noche una pistola?

LUSIDORO.

No me parece que es venganza honrada,
porque donde hay traicion basta la espada,
y si te dije que era bien matalle
en su casa, en palacio ó en la calle,
fue consejo no más de consultalle
con el honor entonces, mas agora,
mirando que otros medios son más cuerdos
y remedian mejor tu honor perdido,
que no le mates á traicion te pido.

ALBERTO.

¿Pues qué llamas traicion? ¿Correme acaso
obligacion de hacello en desafio,
habiéndome quitado el honor mio?

LUSIDORO.

Si pudieras casarle con Finea,
¿no era remedio, Alberto, mas honrado?

ALBERTO.

¿Quien duda que si el Conde se casara,
cuanto honor me ha quitado me volviera,
y que el remedio más piadoso fuera?
Pero llegando á ser rebelde en todo
sola su muerte puede ser el modo
para que salga yo de tanta afrenta.

LUSIDORO.

Si al Rey hablases, tengo yo por cierto
que puesto el Conde en ásperas prisiones,
vendria á confirmarse en lo que es justo.

ALBERTO.

Mas, Lusidoro, de vengarme gusto,
que no de pleitear públicamente.

LUSIDORO.

De la casa que acude sale gente.

ALBERTO.

Aquí dicen que vive cierta dama,
á quien el Conde sirve, adora y ama,
y con quien antes que partiese á Hungría
casarse, que es muy noble, pretendia.
Pues mira tú si el Conde se casase
que buen remedio daba al honor mio.
Yo no quiero prision ni desafio,
sino pasarle el pecho con dos balas.

LUSIDORO.

La voz he conocido; él es sin duda.

ALBERTO.

El trae un paje y un lacayo solos.

LUSIDORO.

Hombres de espada son.

ALBERTO.

No importa nada
que no defiende pólvora la espada.

ESCENA VIII

DICHOS, *y salen el* CONDE FEDERICO, FINEA *y* CLARIN *de noche.*

CONDE. Perdido voy de tristeza.

CLARIN. Muy atrevido has andado.

CONDE. Causa Florela me ha dado,
aunque adoro su belleza.

CLARIN. ¿Qué causa te puede dar,
si son efectos de amor
los celos? ¿No ves, señor,
que como no puede estar
el sol sin sombra, no puede
el amor estar sin celos?

FINEA. (Ap.) Ya, por piedad de los cielos,
prosperamente sucede
mi imposible pretension,
que la discordia que ha entrado
por celos principio ha dado.
CONDE. ¿Qué hora es?
CLARIN. Las doce son.
Desvíate de esa puerta,
que se vengará de ti
si sabe que estás aquí.
CONDE. Mas quisiera verla abierta.
CLARIN. Pues volvamos á llamar.
Di que no puedes vivir
¡Ah, señor! ¿cómo el fingir
negocia mas que el amar?
¿Tienes seso? Habes reñido
sobre tan cruel novela
como decirte Florela
que una mujer has traído.
¿Juraste de no la ver,
porque no quiere creerte,
y ella á ti de no quererte,
y luego quieres volver?
Estáte dos horas quedo,
no muestres que te apasionas:
las mujeres y las monas
no han de conocer el miedo,
que en conociéndole muerden.
CONDE. ¡Que fácilmente aconseja
quien no quiere á quien se queja!
CLARIN. ¡Oh, cuántos su gusto pierden
por no saber esperar!
Vámonos de aquí, señor.
CONDE. Clarin, no me deja amor,
que harto me quiero esforzar.
CLARIN. Pues tráigante aquí la cama.
CONDE. ¡Que tal mentira se crea!
¡Maldiga Dios á Finea
por quien Florela me infama!
¡Que me culpasen á mí
de lo que no vi ni sé!
FINEA. (Ap.) La discordia que sembró
viene á llover sobre mí.
CONDE. ¡Plegue á Dios, Finea, ó quien eres
que nunca tengas ventura.
FINEA. Señor, ya es eso locura.
¿Pues tú ofendes las mujeres?
¿Qué culpa tiene Finea
de lo que piensan de ti?
CONDE. ¿No es ella la causa?
FINEA. Sí,
¿más qué importa que lo sea?
CONDE. Celio, si me quieres bien,
ayúdame á maldecir
esta mujer y decir
que es un demonio también.
FINEA. No haré tal, por vida mía
que soy noble, y defender
me toca toda mujer.
LUSIDOR. (Á Alb.) ¿Aguardas que llegue el día?
CONDE. Gente viene.
ALBERTO. Ya disparo.
(*Dispara Alberto y no da fuego.*)
¡No dió fuego, vive Dios!
CONDE. ¡Oh, perros!
LUSIDOR. Pues somos dos,
sea el acero reparo
de lo que el plomo faltó.
(*Acuchillanse, y Finea va tras Alberto y Lusidoro.*)
FINEA. ¡A ellos, señor, á ellos!
CLARIN. ¡Cómo se tiene con ellos,
pesar de quien me parió!
CONDE. ¡Oh! buen Celio, no los sigas.
(*Vuélvese Finea.*)
FINEA. Porque huyen te obedezco.
CONDE. Que premio y brazos ofrezco.
FINEA. Con lo postrero me obligas.
CONDE. Vive Dios, que eres honrado.
CLARIN. ¡Pesia tal, que cuchuladas
tiraba!
FINEA. Bien empleadas
por tu vida y á tu lado.
CONDE. ¿Esta gente, quien sería?
CLARIN. Ladrones deben de ser.
CONDE. No llegan á acometer
con fuego y tanta osadía,
que el ladron pide, Clarin,
la capa, y no mata al hombre;
solo quiere que se asombre.
CLARIN. La llama del polvorin
me puso bravo temor.
CONDE. La pólvora ardió no más.
FINEA. Mal seguro, Conde, estás.
CLARIN. Mal seguro, estás, señor.
CONDE. Este demonio ó mujer,
esta Finea infernal
es causa de tanto mal.
CLARIN. Por ella debió de ser.
Vamos á casa y volvamos
con fuego á buscar quien son.
CONDE. No ha de faltar ocasion,
Clarin, si de noche andamos.
En Nápoles está Alberto,
y aqueste debió de ser.
Yo me quiero recoger.
FINEA. Eso, señor, es lo cierto.
(Ap.) Sin duda mi hermano fue,
que el rostro le conocí.
CONDE. Basta, amigos, que hoy nací.
FINEA. (Ap.) Por eso me reporté.
¡Jesus, que desdicha fuera
si hubiera muerto á mi hermano,
ó él al Conde!
CONDE. Ya es en vano
salir de aquesta quimera
con escribir ni con dar
satisfacciones de mí. (*Vase el Conde.*)

ESCENA IX

FINEA y CLARIN.

CLARIN. ¿Verás á Fenisa?
FINEA. Sí,
si el Conde se va á acostar.
CLARIN. Díjome que te esperaba
con Flora.
FINEA. Si aqueste loco
tarda en acostarse un poco,
voy como flecha de aljaba.
CLARIN. Vive Dios, que eres valiente
pero quejase Fenisa
que eres tibio.

FINEA. Está de prisa,
como el dinerillo siente.
Yo, como soy socarrón,
querría enamorar,
porque esto de ejecutar
es muy baja condición.
CLARÍN. Yo sé que te quiere bien,
y que me alaba tu brío.
FINEA. Por el dinerillo mío
debe de hacello también.
¿Es limpia?
CLARÍN. Como una plata
lo interior y la corteza.
FINEA. Porque no habiendo limpieza
todo amor se desbarata.
¿Buen olor?
CLARÍN. Divino olor.
FINEA. No digo lo perfumado.
CLARÍN. Acaba, no seas pesado,
que se aleja mi señor.
FINEA. ¿Hay otro?
CLARÍN. ¡Necia porfía!
FINEA. Saber yo si hay otro es justo,
porque no es cambio mi gusto
que haya «celo y compañía».
(Vanse y salen el Rey y el Marqués.)

ESCENA X

El Rey de Nápoles y el Marqués Ludovico.

REY.

Vuelve á escribirme el Rey; está con pena.

MARQUÉS.

No es posible que el Conde lo negara,
pues no era cosa de razón agena
que con mujer tan noble se casara.

REY.

Mucho tanta porfía le condena.
Yo pienso que el engaño se declara.
Pondré en prisión al Conde.

MARQUÉS.

¿Con qué prueba?

REY.

¿Por los indicios, fuera cosa nueva?

MARQUÉS.

No fuera nueva cuando son bastantes;
el Conde jura que no vió á Finea,
y no se prenden hombres semejantes
sin que la causa conocida sea.

REY.

Que este indicioso en esto, no te espantes,
fuera de no ser justo que lo crea,
y el Conde, como sabes, me ha obligado.

MARQUÉS.

Satisfacción de su valor te ha dado,
fuera deso me obliga su inocencia
saber que quiere y sirve á cierta dama
con notable cuidado y asistencia,
y ella también le corresponde y ama.

REY.

Como esas cosas pasan en ausencia...

MARQUÉS.

No siempre dice la verdad la fama.
El Conde libre importa á tu servicio,
mas que en prisión por tan pequeño indicio.

ESCENA XI

Dichos y sale un Criado.

CRIADO. Dos hungaros caballeros
piden, gran señor, licencia
para verte.
REY. Ya, Marqués,
mayores pruebas comienzan.

ESCENA XII

El Rey, el Marqués, Alberto y Lusidoro.

ALBERTO. Dame, gran señor, los pies.
REY. Por vuestra presencia y tierra
es justo daros los brazos.
LUSIDOR. Conforme tu real grandeza
favorece los vasallos
de un Príncipe que desea
darte en sus hijos su sangre.
REY. ¿Es embajada, o es queja?
ALBERTO. Queja, señor.
REY. Ya conozco
quién eres. Mucho me pesa
que esto se ponga en estado
que así te obligue que vengas,
Alberto (si eres Alberto),
á buscar con tanta pena
satisfacción á tu honor;
mas porque no es bien que sea
tu información sin la parte
que se afirma en su inocencia,
llamad luego á Federico.
ALBERTO. Yo sé que cuando él me vea
no negará la verdad.
MARQ. Por lo menos jura y niega
que nunca vió á vuestra hermana.
ALBERTO. Pues yo, con licencia vuestra,
sé que me pidió al partirse,
y con mucha diligencia,
que por mujer se la diese;
¿pues cómo me la pidiera
si nunca la hubiera visto?
REY. ¡Extrañas cosas son estas!
¿No viene el Conde?

ESCENA XIII

Dichos y el Conde Federico.

CONDE. Ya estoy,
gran señor, en tu presencia,
agradecido en extremo
de que no dieses sentencia
contra mí sin escucharme.
REY. Propón, Alberto, tus quejas.
ALBERTO. Habiendo, ilustre Rugero,
que en la mayor parte reinas
de Italia, fuera de Roma,

(perdonen Mantua y Florencia)
aposentado en mi casa,
de antigua y clara nobleza,
al Conde, que está presente,
y regalado en ella,
si no como merecía,
como pude, al salir de ella
me faltó mi propia hermana;
faltó mi hermana Finea
de mi casa, habiendo sido
ejemplo á cuantas doncellas
tuvo la corte de Hungría,
donde á una voz no divierpa
persona que no le culpe,
y es tan cierta la sospecha,
que habiéndose en todo el reino
hecho grandes diligencias
con penas extraordinarias,
no hay quien diga ni quien sea
más de que la voz común
dice que el Conde la lleva.
Con esto el Rey te escribió;
yo sin aguardar respuesta
vine á ver si de mi honor
me daba Nápoles señas
No he merecido ninguna
de mis contrarias estrellas,
y así tuve por mejor,
excusando competencias,
venir á pedir justicia
al tribunal de tu alteza.

CONDE. El Rey, mi señor, Alberto,
y cuantos en su presencia
te escuchan, habrán juzgado
por tu información incierta
tu engaño con mi lealtad,
tu opinión con mi inocencia:
porque faltarte tu hermana
corto indicio manifiesta
de que yo me la llevase,
porque pudo entonces ella
entre tanta confusión
salir con quien...

ALBERTO. No te atrevas
á decir tal libertad.

CONDE. Si es preciso, ¿de qué te quejas?
Pues aun en oposiciones
de cátedras hay licencia
para decir los defectos,
y no es bien que tú la tengas
de llamarme á mí traidor,
y que yo, Alberto, no pueda
decir que lo fué tu hermana
á tu valor y nobleza.
Culpame de la ocasión
que mi alboroto pudiera
excusar, á no ser huésped
y no de tanta bajeza;
que me atrevo presumir
que algún galán que requiebra
muchos años á una dama
el que la ha llevado sea,
que no es que jamás la vió:
que mujer de tales prendas
no había de conquistarse
con una palabra tierna.
Esta es toda la verdad.
Vuélvete, Alberto, á tu tierra;
que los caballeros nobles
que tan justo Rey gobierna,
no van á ser defensores
sino al negocio que llevan.
Y esto te dice en el campo
á tu, á tu sangre, á cuanta era
que salga, aunque entre tu Rey,
si el mío me da licencia. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Dichos, menos el CONDE.

ALBERTO. Saldré luego á defender
que eres traidor.

MARQ. No pretendas
la justicia que no tienes,
ni ausente al Conde te atrevas.

LISIDOR. ¿Puede el Conde con razón...?

MARQ. Pues porque tú le defiendas,
dos á dos...

REY. Quedo ¿que es esto?

MARQ. Perdone, señor, tu alteza,
que no es justo que por cosas
injustas, así padezca
el honor de tus vasallos.

REY. No quiero que se resuelva
este caso por las armas:
en mi consejo se vea.
Pruebe Alberto lo que dice,
que hasta ahora por sospechas
no es justo infamar al Conde.

ALBERTO. Perdona si ha sido ofensa
querer defender mi honor.

MARQ. También es bien que defienda
el Conde el suyo.

LISIDOR. Es verdad.

ALBERTO. ¡Maldiga el cielo, Finea,
tu liviandad, pues padezco
tanto disgusto por ella! *(Vanse.)*

ESCENA XV

Salen FENISA *y* FINEA.

FENISA. ¿Es posible que has de ser
tan avariento de un sí?

FINEA. Si esto no naces por mí,
yo no te pienso querer.

FENISA. Dime tú si puedo yo
servirte, y mi amor verás.

FINEA. Oye y todo lo sabrás

FENISA. Habla.

FINEA. **El Conde me mandó**
que buscase una mujer
para dar á su Florela
celos, que amor con cautela
sue e mu veces vencer.

FENISA. Ya sé sus estratagemas.

FINEA. Florela celos le ha dado.

FENISA. ¡Que amor tan desatinado!
Mas si le quiere, no temas.

FINEA. Que le quiera ó no le quiera,
celos le ha dado, y él quiere
darle celos.

FENISA. Pues espere
dos cosas de esa manera:

ó picaría á más venganza,
ó rendiría á más amor.

FINEA. Tiene el Conde, mi señor,
en mi grande confianza
Piensa Florela que habemos
traído cierta Finea
de Hungría. O sea o no sea,
con mil celosos extremos
le amartela por venganse,
y el quiere darla á entender
que es verdad.

FENISA. Bien puede ser.

FINEA. Antes debe de engañarse;
pero yo te he de llevar
y tu fingirte Finea,
porque como ella te vea
se puede certificar.
Contarás e que has venido
con él, y cuanto le quieres

FENISA. Suelen así las mujeres,
Celio, descartar olvido
y quedarse en solo amor.
Digo que todo lo haré

FINEA. ¿Sabrás?

FENISA. Pienso que sabré.

FINEA. Pero ¿qué abono mayor
que ser mujer, porque todas
tienen destreza increíble?
Con esto será posible
dulce fin de nuestras bodas,
que yo quiero ser muy tuyo,
como en las otras verás,
mas no has de querer jamás
otro amor

FENISA. De todos huyo,
Celio, después que te vi.

FINEA. Trujome aqueste picaño
de Clarín, á quien engañó
con Silvia, y muero por ti.
Ello no es mucha lealtad,
pero ya los cortesanos
dicen que no siendo hermanos
no se mira en amistad.
Y de ver hombres me admiro,
que al amigo más honrado,
por cualquier gusto prestado
hacen en la honra un tiro.
Tu no tienes tantas prendas
con Clarín que me este mal,
serle un poco desleal.

FENISA. ¡Que satisfacer pretendas
á un lacayo picarón!

ESCENA XVI

DICHOS, y CLARÍN *al paño.*

CLARÍN. ¿Qué es aquesto de lacayo?

FENISA. Páseme la vida un rayo
si le he tenido afición.

CLARÍN. ¡Celio y Fenisa y aquí
de lacayo y juramento!
Mujeres, al fin.

FINEA. ¿Qué intento
pudiera moverte así?

FENISA. Decir que te casarías
conmigo, y ha de tener
miedo una sola mujer
de vivir sin compañías
Sujétale el vino al tal
y el bravo desatinado
nos pone en tanto cuidado
y á veces en tanto mal
Quise aceptar el embite,
que en lo demás es Clarín
un gallina, un hombre, en fin,
que lo que sabes permite,
y no quieras saber más.

CLARÍN. Fiad de mujeres tales.

FENISA. Mi bien, pues prendas iguales
de tu voluntad me das,
confirmalas con los brazos.

FINEA. Una y mil veces, mi bien.

CLARÍN. (*Saliendo.*) Y yo doy el parabién
á usaste de los abrazos

FENISA. Pues ¿qué le parece, diga?

CLARÍN. Que es mal hecho y que es mi amigo.

FINEA. Picaro, tu eres testigo
que necesidad me obliga,
porque yo soy caballero.

CLARÍN. Vive Dios, que he de cortar
á alguna...

FINEA. Deje de hablar,
lacayo ingerto en cochero,
o dárele.

CLARÍN. ¡Pesia á mí!
Saque el pajazo la espada.
(*Sacan las espadas.*)

FINEA. Pues tome esta cuchillada,
gallina.

CLARÍN. Reparo así.

FINEA. ¿No huye? pues si me enoja...
Tome.

CLARÍN. ¡Pesia á mi linaje!

FENISA. ¿Hay tal donaire de paje?
¡Vive Dios, que es de la hoja!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen FLORELA *y* FENISA *con mantos, y* FINEA.

FLORELA. Celio, bien venido seas

FINEA. Hoy verás si verdad fué
¿Estás en todo? (*A Fenisa.*)

FENISA. Ya sé
que me he de llamar Finea.
(*Florela á Fenisa.*)

FLORELA. ¿Sois vos á quien trujo el Conde,
hermosa dama?

FENISA. Yo soy.

FLORELA. ¿Qué en tanta desdicha estáis?
Mal á quien es corresponde.

FENISA. Yo soy la hermana de Alberto.

FLORELA. Mal miráste s por su honor.

FENISA. ¿Qué concierto por amor
no fue siempre desconcierto?

FLORELA. ¿Tan presto se le tuvisteis?

FENISA. ¿Pues tardásteis mucho vos
en tenérsele?

FINEA. ¡Por Dios
que te cogió!

FLORELA. Bien hicisteis
FENISA. Bien ó mal, puso en mi casa;
soy mujer, no somos fuertes
en la ocasion.
FINEA. (Ap. á Florela.) Bien adviertes
lo que pasa.
FLORELA. Y que me abrasa.
¿Es posible que engañase
el Conde á una dama noble,
y que con trato tan doble,
casa y voluntad pagase...?
FINEA. Si se ha de casar con ella,
no será muy mala paga.
FLORELA. Bien será que satisfaga
la deuda el Conde.
FINEA. ¿No es bella?
FLORELA. Es demonio para mí.
Nunca la hubieras traido.
FINEA. Tú, señora, lo has querido,
por eso la truje aquí.
FLORELA. ¿Es posible que dijese
amores á otra mujer?
FINEA. Si no le quieres creer,
mejor desengaño es ese.
Haz cuenta que fue mentira,
que cuanto á mí ¿que me va?
FENISA. (Ap. á Celio.) Turbada Florela está;
con mal semblante me mira.
Vámonos, Celio, que estoy
temblando no venga el Conde.
FLORELA. (Ap.) ¿Con qué libertad responde:
«yo soy Finea, yo soy
de Alberto hermana, y á quien
engaño es el Conde»?
FINEA. (Á Fenisa.) Habla más.
FENISA. ¡Qué libre mintiendo estás!
FINEA. Mi parte me va también.
FENISA. ¿Parte?
FINEA. Sí, me ha prometido
el Conde por estos celos,
para traer con desvelos
á la memoria su olvido,
mil escudos. ¿Como quieres
que no tenga en esto parte?
La mitad tengo de darte,
Fenisa, para alfileres.
FENISA. Para una casa los tomo,
aunque yo solo de ti
quiero tu amor.
FINEA. (Aparte.) Pues en mí
buscarás oro, y hay plomo.
FENISA. Mira que el Conde vendrá.
FINEA. ¿Como ha de venir si yo
concierte con el que no?
En fin, avisado está.
FLORELA. (Ap.) Porque me informe de todo
me estoy muriendo, y quisiera
no escucharla si pudiera.
Mostradme, celos, un modo
con que no pueda saber
esto que saber deseo.
Pero si lo escucho y creo
¿que sabe darme á entender
que es mentira la verdad?
¿Finea?
FINEA. (Á Florela.) Responde.
FENISA. (Ap. á Finea.) ¡El nombre
es nuevo, no hay que te asombre
mi poca puntualidad.)
¿Qué le mandas á Finea? (Á Florela.)
FLORELA. ¿Qué? ¿os dijo muchos amores?
FENISA. Pienso que fueron menores
los de Jasón á Medea.
Juraba me que en su vida
tuvo amor á otra mujer.
FLORELA. Si jura, bien puede ser,
pero piensa que se olvida.
FENISA. Ya se que os le tuvo á vos,
y que no le tiene ahora,
porque dice que me adora
estando á solas los dos.
FLORELA. (Ap.) (Celosa esta necia trata
asegurarse de mí.)
Llevame, Celio, de aquí
esta mujer que me mata.
FINEA. (Á Fenisa.) Ven, Finea, que otro día
habrá mejor ocasion.
FENISA. (Á Florela.) Pues sabeis mi obligación,
suplícoos, señora mia,
que no le admitáis aquí,
y que la palabra dada
me cumpla, pues es jurada;
decid al Conde por mí,
que si no mi hermano Alberto
le ha de matar.
FLORELA. Bien, será.
(Ap.) (Tras la ofensa me hace va
tercera de su concierto.)
Celio, si de aquí no llevas
este demonio de mujer,
verás.
FENISA. ¿Qué puedes hacer
que á ti misma no te debas?
Vengate del Conde en mí,
que mejor que el Conde soy.
FLORELA. Por vengarme del estoy;
pero no ha de ser así,
que mi honor y el tuyo temo,
puesto que mejor se emplea.
FINEA. Vámonos de aquí, Finea.
FENISA. ¿Hícelo bien?
FINEA. Por extremo;
la misma no te igualara.
FENISA. ¿Qué me has de dar?
FINEA. Calla y vamos,
que en grande peligro estamos,
si esta en su agravio repara,
y aun me espanto, segun ví
sus ojos echando rayos,
que no hame dado lacayos
para vengarse de mí.

(Vanse los dos por una puerta, y sale el Conde por otra.)

ESCENA II

El Conde y Florela.

CONDE. Con estos necios cuidados,
Florela, y viles sospechas
de antojos de Alberto hechas
y de dos locos criados,
mas bribones que honrados,
no pude venir á verte,

porque es la cosa más fuerte
que a hombre noble sucedió,
supuesto que me libró
mi inocencia de mi muerte.
Dio fuego sin emprender
la pólvora y municiones;
turbóseme el corazón,
porque fué razon temer.
No sé que tengo de hacer
contra aqueste testimonio,
todo invencion del demonio,
solo porque dije un dia
no sé qué por cortesía
con nombre de matrimonio...
¿Que es esto? ¿estás enojada?
¿cosa que algo de esto creas?
que si matarme deseas,
no busques mejor espada.
¿Pues no respondes, airada?
Vuelve ese rostro, señora;
¡bueno será que tu ahora
sus desatinos ayudes
y que el semblante me mudes,
que el alma por verlo adora!
¡Ah, Florela! Mas ¿qué digo,
si me matas tú también?
Mira mi bien, que soy quien
estoy hablando contigo.
¿De qué sirve dar castigo
á un hombre que está inocente...?

FLORELA. No es inocente quien miente;
y con vergüenza tan poca,
lo que en el alma no siente
quiere que diga la boca.
¡Ah, Conde! nunca te hubieran
visto mis ojos!

CONDE. ¿Ahora
sales con eso, señora?

FLORELA. ¡Cuánto más dichosos fueran!
que si este gusto perdieran,
menos lágrimas llorarán.

CONDE. ¿En que tus dudas reparan?
Que no pense que tus ojos
jamás con agua de enojos,
mas que con sol me mataran.
Haz sol, la lluvia suspende;
mira que te han engañado.

FLORELA. En no verte hablar turbado
tu misma traición se entiende.

CONDE. Antes eso me defiende,
porque mi inocencia crea
quien tanto mal me desea.

FLORELA. ¿Quieres que claro lo diga?

CONDE. Dilo, si mi amor te obliga.

FLORELA. Pues hoy he visto á Finea.

CONDE. ¿Que Finea?

FLORELA. Esa mujer
con quien estás ya casado.

CONDE. ¿Tu visto...?

FLORELA. Visto y hablado.

CONDE Soñando, bien puede ser.

FLORELA. Digo que acabo de ver
viva y presente esa dama,
que ya tu mujer se llama;
y llorando me pidió
que te persuadiese yo
á que vuelvas por tu fama.
¿Quieres más?

CONDE. ¿Que tu has hablado
esa que llaman Finea?

FLORELA. La misma que te desea,
y con quien estás casado.
¡Qué bien, Conde, me has pagado
lo que he pasado por tí!

CONDE. ¿A que yo no hable nunca,
has visto tú? ¿Que es aquesto?
Algun demonio se ha puesto
en figura contra mí.

FLORELA. A cuatro dias de ausencia
amores á otra mujer,
ser su esposo prometer
y traerla á mi presencia.
No se quien me da paciencia
para sufrir tus agravios.

CONDE. En alma tengo en los labios
y el corazon en los ojos.
¿Hay tan injustos enojos?

FLORELA. ¿Hay desengaños tan sabios?

CONDE. ¿Hay maldad semejante?

FLORELA. ¿Hay traicion tan desigual
en un hombre principal?

CONDE. Yo haré que a este reino espante
mi venganza

FLORELA. No es bastante
ninguna satisfacción;
los ojos testigos son
que no se pueden tachar.

CONDE. Tu me quieres obligar,
y aprovechas la ocasion.

FLORELA. ¡Buena salida, y que tiene
ingenio!

CONDE. Nunca le aplico
á traiciones.

FLORELA. Federico,
tarde tu malicia viene.
Olvidarte me conviene:
desde aquí voy á olvidarte.

CONDE. Yo á matarme.

FLORELA. Yo á dejarte.
pues que tu traicion me esfuerza.

CONDE. Mi verdad hará que fuerza
tu intento.

FLORELA. No puede ser.

CONDE. Basta, que vengo á tener
aquesta mujer por fuerza. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen el REY *y el* MARQUES.

REY. Alberto ha dado en decir
que el Conde tiene á su hermana.

MARQ. Yo tengo por cosa llana
que lo debe de fingir.

REY. ¿Como fingirlo pudiera
no le moviendo interés?

MARQ. O es engaño, pues ya ves
que el Conde nada le altera.

REY. Buenas ausencias son leves
dignas en hombres de honor.

MARQ. Así las tienen, señor,
los que están junto á los reyes;
porque como siempre ven
lo que hay con ojos ajenos,

hacer malos ó hacer buenos
consiste en quien hable bien.
Pero cierto, gran señor,
que no es por mi natural,
más porque sé que es leal
el Conde y digno de amor.

ESCENA IV

DICHOS y un CRIADO

CRIADO. Una mujer está aquí,
que quiere hablar á tu alteza.
REY. Entre. (Ap.) Notable tristeza
por el Conde vive en mí.

ESCENA V

Dichos, y sale Finea, de mujer, con manto, cubierta el rostro, é hincase de rodillas delante el Rey

FINEA.

Como en lugar de Dios están los reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano,
y el dispensar ó ejecutar las leyes
está en su voluntad como en su mano,
sin exceptar desde el que humildes bueyes
pone al arado, bárbaro villano,
hasta el mayor señor (que la justicia
ni la tuerce el amor ni la codicia),
no es justo que se tenga á desconcierto
venir, señor, pues la razón responde,
á tus pies generosos, como puerto
que al mar de mis desdichas corresponde
Finea soy, la hermana soy de Alberto,
á quien de Hungría con engaño, el Conde
Federico sacó, dando primero
palabra como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fué causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida,
para encubrir con todos este engaño.
Niégame la palabra prometida,
de que tengo tan cierto desengaño,
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico á vuestra alteza no permita,
ya que yo fui mujer, cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita:
(así nos fabricó naturaleza)
que no se case, pues mi honor me quita
y el de mi casa, de mayor nobleza,
que si saben tan grande tiranía
se ha de poner en arma toda Hungría.

REY.

¿Qué os parece de aquesto, Ludovico?
¿Es verdad ó mentira? ¡Vive el cielo,
que ha de morir el conde Federico!

MARQUÉS.

A tu piedad de tu justicia apelo.

REY.

¿Pues no es justo el rigor que significo
contra su deslealtad é injusto celo?
¿No basta la traición? ¿A un Rey se niega
la verdad que pregunta, pide y ruega?
¿Esto se sufre en ley de cortesía,
cuanto más de respeto y de obediencia?

MARQUÉS.

¿A quién no le pusiera cobardía
tu enojo, de quien ya tiene experiencia?
Demás que esta mujer finge y podía
ser hermana de Alberto.

REY.

En mi presencia
está Alberto también.

FINEA.

¡Cielos! hoy muero:
mi atrevimiento me mató, ¿qué espero?

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO.

ALBERTO. (Al Rey.) No puedo dejar, señor,
de proseguir en cansarte,
porque no tengo otra parte
donde pueda hallar favor.
El Conde quiere matarme,
todos me faman por él.
(Hablan al oído el Rey y el Marqués.)
MARQ. ¿Decirlo quieres?
REY. Y dél
quiero, Marqués, informarme.
Descubre el rostro, Finea.
(Descúbrese Finea.)
¿Es ésta, Alberto, tu hermana?
(Saca una daga para ella.)
ALBERTO. ¡Oh, infame, vil y villana!
Con esta daga.
FINEA. ¡Ay, de mí!
MARQ. (A Finea.) Huye presto.
FINEA. Eso deseo.
(Vase huyendo Finea.)

ESCENA VII

El Rey, el Marqués y Alberto

REY. ¿Hirióla?
MARQ. No, señor.
ALBERTO. Creo
que es ilusión lo que vi.
REY. ¿Pues Alberto en mi presencia...?
Préndanle luego.
ALBERTO. Señor,
movióme el justo dolor;
no pude hacer resistencia.
Confieso el atrevimiento,
pero yo estoy tan perdido,
que aun pienso que no he tenido
señal de arrepentimiento.
De honor mis afectos son;
perdona mi desatino.
REY. Su rey ha sido el padrino
por quien merece perdón.
Corre por cuenta de ser
esposo ya de Lisarda
su hijo.

ESCENA VIII

Dichos. El Conde y Clarín.

CLARÍN. No entres, aguarda.
CONDE. Antes lo que no sabes
¿De qué, Marqués, procedió
este alboroto?
MARQ. Aparte. Temo,
que esté el Rey muy enojado
con vos.
CONDE. ¿Conmigo?
MARQ. Y no siento
disculpa á vuestra malicia.
CONDE. Pues ¿vos os mudastes tan presto?
¿es porque Alberto está aquí?
Señor, ¿qué os ha dicho Alberto
que me volvéis vuestro rostro?
REY. Los leales caballeros
nunca engañan á sus reyes,
porque el bueno mal que han hecho
no se les debe negar.
CONDE. Señor, si culpa tengo,
¿será bien que la confiese?
REY. ¿Marqués?
MARQ. Señor
REY. Esto es bueno.
MARQ. Conde, aquí estuvo Federica,
el Rey la vió, y Alberto
dice que es su propia hermana.
Quéjase de todo siendo
que la trujiste de Hungría,
y que tratas casamiento
con otra dama.
CONDE. ¿Que dices?
MARQ. ¿Qué digo?
CONDE. Sí.
MARQ. Lo que veo.
CONDE. Señor, ¿tú has visto á Federica?
REY. Yo la he visto, y te confieso,
Conde, que he de que en tu
y en tu buen entendimiento
no cupiese tal maldad.
CONDE. ¡Si la he visto, plegue al cielo...!
REY. ¿Todavía? ¡Extraño caso!
O está ciego, ó está loco
que á todos nos vuelve locos.
CONDE. Señor, digo que la creo,
pues vuestra alteza lo dice,
y que es verdad que la tengo.
Yo la debo de tener,
aunque ¡vive Dios eterno!
que no sé cómo, ni donde,
porque yo jamás la veo.
REY. Ya no la debes de ver,
como tratas casamiento
con esa dama á quien sirves;
que aborrecerla te ha hecho,
ó tratarla de esta suerte
porque no te obligue Alberto
á que con ella te cases.
ALBERTO. Federico, si tenemos
ojos, si razón, si ley,
si trato humano, ¿qué es esto?
¿Como niegas á los ojos
lo que con los ojos vemos?
¿Por qué á la razón la pena?
¿Por qué á la ley el derecho?
¿Por qué al trato humano el ser
con que se vive en concierto?
Tienes á mi hermana aquí,
y en desdoro y en desprecio
suyo y mío, y aun del Rey,
que á los dos nos está ofendo,
¿niegas que jamás la viste?
CONDE. Á decir, verdad, no os niego,
yo sin ser todos, puesto todos
ven aquello que no veo.
Ello es cierto la verdad;
pero enseñame, te ruego,
esa señora, y sabrás,
no digo yo que la tengo,
sino sólo que la he visto,
yo digo que desde luego
soy su marido.
ALBERTO. Pues yo
voy á buscarla. (*Vase.*)
CONDE. Y yo espero.
REY. Tú has hecho como quien eres.
CONDE. Yo, Rey poderoso, he hecho
lo que quiere mi fortuna,
la razón no, porque puedo
jurar que jamás la vi.
REY. ¿Otra vez?
MARQ. Tan grande exceso,
señor, parece locura.
REY. Que es tema en que ha dado creo;
y no es justo, Ludovico,
que pierda tal caballero
vida y honor si es culpado,
y si no es culpado, el seso.
(*Vanse y queda solo el Conde.*)

ESCENA IX

El Conde.

¿Hay semejante desdicha?
¿Si la vi...? Si no me acuerdo?
Pero ¿cómo puede ser
que la viese, y que tan presto
no me acuerde haberla visto?
Que estos se han juntado pienso
para hacerme alguna burla.

ESCENA X

El Conde y sale Clarín.

CLARÍN. Afuera estuve, creyendo
que salieras para ver
el fin de aqueste suceso,
y oigo decir que está el Rey
tan enojado que entiendo
que te ha de costar la vida.
CONDE. Ya no aun la vida deseo.
CLARÍN. ¿Cómo? ¿tuviste esta dama,
señor, con tan gran secreto,
que no la vese Clarín
por todo el camino? Y tengo
justa razón de que arme,
pues siendo fiel me has puesto
en dudas de las de Ave
María y de tus pensamientos.
Enséñame á esa mujer,
sepa yo si es merecedo

por lo que, en fin, te he servido
y mi padre á tus abuelos.
¿Qué talle, que rostro tiene,
que brío, que entendimiento?
Que, pues tú la guardas tanto,
debe de ser de los cielos.

CONDE. Ellos se duelan de mí,
pues inocente padezco
tan grande persecución.
Y tú, villano, grosero,
¿también ayudas á quien
gusta de quitarme el seso?

CLARÍN. Señor, tente, que no es justo
que juzgues atrevimiento
decir lo que dicen todos.

CONDE. ¿Cómo todos?

CLARÍN. Lo primero,
dice Florela, señor,
que vió á Finea, y haciendo
extremos por tus injurias,
daba perlas y oro al suelo:
éstas de sus bellos ojos,
y estotras de sus cabellos.
Lo segundo, dice el Rey
y los grandes, que estuvieron
en la cámara, que han visto
á Finea, que pidiendo
justicia movió á piedad
cuantos la vieron y oyeron.
Y porque no puede ser
que lo finjan, dice Alberto
que es su hermana: pues ¿qué quieres?
¿Todos mienten? Vive el cielo,
que si me dijeran todos
que era caballo ó jumento,
que en una caballeriza
pusiera á un pesebre el pecho,
y que si dijeran que era
murciélago ó cuervo negro,
que me arrojara á volar
desde un corredor de aquestos.
Hace entender una dama
á su marido, que viendo
está el mancebo que viene
á su casa por momentos,
que es por una prima suya;
y mil veces los hijuelos
que salen zarcos y rubios,
siendo el hombre pelinegro,
que se parecen á un tío
que era colorado y fresco,
y críalos el tal hombre
como si fuera su dueño.
Hace entender la doncella
á su noble padre viejo
que toma acero en Abril,
y sale vivo el acero.
Hace entender la soltera
que tiene treinta requiebros,
que son todos primos suyos,
y créenlo todos ellos.
Hace la viuda entender,
con más tocas que un armeno,
que es bayeta lo que viste,
y es oro todo el manteo:
¿Y no quieres tú creer
lo que todos están viendo?
Acaba ya, que es locura
negar lo que ven los ciegos.

CONDE. Infame ¿que es lo que dices?
¿hablas conmigo? ¿que es esto?

CLARÍN. Tente, señor.

CONDE. ¡Vive Dios,
que de temor me detengo!
¿Por qué dices que estoy loco?
Pero yo debo de serlo:
acabóse, yo lo estoy;
¿lo que todos dicen niego?
Por Dios, que si el mayor sabio
que vieron latino ó griego
Atenas ó Roma, fuera,
que le quitaran el seso.
Pues quitaré yo la vida
á quien me tratare de esto.

CLARÍN. Señor, Señor, yo no digo
que lo he visto ni lo creo,
sino que lo dicen todos.

ESCENA XI

Dichos y FINEA, *en su hábito de paje.*

FINEA. ¿Está aquí el Conde?

CLARÍN. A buen tiempo...

CONDE. ¿Qué quieres, Celio?

FINEA. Señor,
por muchos años y buenos
te cases con esa dama
que en tanto rigor te ha puesto,
que no hay en todo palacio
otra cosa, y yo me huelgo
por tu honor, que murmuraban
mil envidiosos y necios.
Vila salir, y por Dios
que es gallarda en todo extremo,
y que debe de tener
no menos entendimiento.
Bien haces en atajar
el curso de estos enredos,
que me dicen es muy noble
y rica de hacienda y deudos,
y que le diste en Hungría
palabra con juramento
que ser as su marido;
pues con esto has satisfecho
al Rey de allá y al de acá
y no menos al del cielo.

(Saca la espada el Conde.)

CONDE. Finalmente infames[1]
el que primero huyere
podrá vivir.

CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?

FINEA. ¿Pues tú para mí la espada?

CLARÍN. Huye, no le aguardes, Celio.

FINEA. Pues ¿por qué no me avisabas
que el Conde estaba sin seso?

(Vanse huyendo.)

---

1 Este pasaje está viciado evidentemente. El editor de las Comedias escogidas lo enmendó así:

CONDE ¡Infames! Ya que primero
huyere, podrá vivir.
CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?, etc

ESCENA XII

El Conde

Acabóse, fortuna; yo estoy loco;
no tengo que esperar, pues un cayo
y un paje tienen mi valor en poco.
¡Abrase esta mujer, del cielo un rayo!
Pero, por Dios, que á veces me provoco,
si bien me causa tan mortal desmayo,
presumir de que debe de ser cierto,
y que se queja con razón Alberto.
Así deben de estar los que enloquecen
como yo ahora, no creyendo nada,
á quien varias imágenes se ofrecen,
nubes de confusión, alma turbada.
Un rey, un reino, creído me ven,
pues todos esta dama desdichada
vieron y hablaron, que con tal cuidado
me pide la palabra que le he dado.
Un Rey, ¿dónde no fué siempre creído?
¿qué ley no le da fe, si él solo jura?
Pues luego ¿cuántos hombres han tenido
noticia de mi engaño y mi locura?
El seso tengo, vive Dios, perdido,
mas que es del cielo todo me asegura.
¿No estaba cuerdo yo? ¿pues cómo es esto?
¿qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto?
¿Supe hablar, supe amores á Finea
mientras duro en Hungría la embajada?
Que no es mucho que loco de la idea
la tenga ya confusa, ó ya borrada.
Mas como ¿qué era que el suceso sea,
cumplir es justo la palabra dada:
que si yo la hice, no es bien no apruebo
faltar, por no acordarme, á lo que debo.
Quiero decir al Rey, para que pueda
desenojar al Rey, que fué accidente;
y quiero casarme, con que queda
mi seso en paz y libre de esta gente;
que fuera de pedir que me conceda
perdón, no puede haber cosa que intente
que de más gusto en mis desdichas vea,
pues veré por lo menos á Finea.

ESCENA XIII

El Rey, el Marqués y el Conde

MARQ. La espada tiene desnuda;
pienso que quiere matarse.
REY. ¿Tanto aborrece el casarse,
que de la muerte se ayuda?
MARQ. Llegue vuestra majestad,
que es justo favorecer
un caballero que ayer
sirvió con tanta lealtad.
REY. ¡Ah! Federico, ¿qué es esto?
¿pues vos os tratáis así?
CONDE. ¿Hay más que pase por mí?
¿qué en en tanto mal me ha puesto?
REY. Oh, talde la espada vos.
CONDE. Bien digo yo que estoy loco.
REY. Quien el alma tiene en poco,
Conde, no conoce á Dios.
CONDE Tras ser loco, gran señor,
¿eso me añaden ahora?
Ya mi fortuna mejora.
ya voy cobrando valor;
mire, señor, vuestra alteza
la nobleza de mi casa.
REY. ¡Qué presto á otras cosas pasa!
Ya trata de su nobleza.
Yo le quiero, Ludovico,
curar de aqueste accidente.
MARQ. Bien es que su alteza intente
su remedio.
REY. Federico,
vos teníades razón,
y Alberto no la tenía,
que Finea está en Hungría
y niega vuestra afición.
Sosegaos, volved en vos,
que no os habéis de casar.
CONDE. (Ap.) (El Rey me quiere engañar;
pues no lo ha de hacer, por Dios.)
Señor, si hasta ahora he sido
rebelde en no conocer
que es Finea mi mujer
y que de allá la he traído,
sabed que la obligación
y amor que tuve á Florela
me obligaba á la cautela
que puse en ejecución.
Ya que estás tan enojado,
no es razón que por su gusto
pase adelante el disgusto
con que me habéis castigado.
Mandad que venga Finea,
que yo me quiero casar.
REY. Pues yo os quiero perdonar
como vuestra mujer sea,
y creed que acertaréis
en hacer lo que es tan justo,
dando á todo el reino gusto,
por la opinión que tenéis.
Dalde la espada que ya
puede ceñirse la espada.
por quien mi corona honrada
en tantas partes está.
Id, Federico, en buen hora
á vuestra casa, y traeréis
á Finea, porque deis
su honor á tan gran señora,
que os juro que es la que tiene
más sangre del rey de Hungría.
CONDE. Señor, la palabra mía
cumpliré yo si ella viene,
que yo ¿cómo he de traer
la que no tengo ni he visto?
REY. Mucho he de hacer si resisto
en tanto enojo el poder.
¿No confesásteis aquí
que la trujistes de Hungría?
CONDE. Digo que verdad sería,
puesto que yo no la vi.
MARQ. Mira, señor, que está loco.
REY. Traedla luego, ó haré
que os prendan.
CONDE. Yo la traeré:
vuestra alteza espere un poco.
¡Yo voy por ella, y no sé
dónde la tengo de hallar;
pero andarela á buscar
hasta que con ella dé.

Pues todo el poder me fuerza
de un Rey, que vengo á creer
á que tengo de tener
aquesta mujer por fuerza! (Vase.)

REY. Id con el, Marques, no haga
el Conde algun desatino.

MARQ. No dejalle determino,
porque el honor satisfaga
de tan grande pal mujer,
antes de mayor locura. (Vase.)

REY. Bien pudiera su hermosura
su nuevo amor merecer
¿Que tanto á Florela estima!

ESCENA XIV

El Rey y Florela, con manto.

FLORELA. (Ap. (El Rey está hablando en mi
á buen tiempo viene aquí;
oir mi nombre me anima.)
Tengo por dichoso acuerdo
que hable vuestra alteza en mí

REY. No fue en tu favor, que así,
menos obligarte espero,
antes estoy enojado.

FLORELA. Pues yo, señor, ¿te he ofendido?

REY. Si es Federico marido
de mujer que ha infamado
y traido desde Hungria,
y siendo mas generosa,
¿parécete justa cosa
quitársele tu porfia?
¿Es bien que tu necio amor
traiga sin sentido al Conde?
¿Esto, Florela, responde
al generoso valor
de tus padres, tus abuelos,
de tu casa, á quien me honrado?

FLORELA. ¡Que mal honran informando
gran señor, ajenos celos!
Ni al Conde quiero querer
ni tengo por que estorbar
que le deje de pagar
á tan grande pal mujer
lo que dicen que le debe:
á otra cosa vengo yo.

REY. Pues el Conde me engaño,
sino es que su amor te mueve.

FLORELA. El lo debe de pensar,
que es hombre de poco seso.

REY. Bien se ha visto en el exceso
con que ha dado en porfiar
que á Finea no tenia

FLORELA. Mintió, que la he visto yo,
con que me desengaño
de engaño en que vivia.

REY. Pues de ahora lo que quieres,
sobre del Conde estás.

FLORELA. Tú, que tanto aumento das
al honor de las mujeres,
gran señor, con tu favor,
oye un notable secreto
que es de mi remedio efeto.

REY. Dímelo, Florela, amor.

FLORELA. En Napoles está ahora
don Alonso de Aragon,
cuyo talle mi aficion,
fuera de su sangre adora.

REY. ¿Que dices?

FLORELA. Que yo lo se,
y le hablo cada dia.
No será mucha osadia
que la sangre que hereda
se atreva al rey de Aragon.

REY. No, Florela, que bien puedes
igualalle, y aun le excedes
en parte, que menos son.

FLORELA. Ya entiendo. Las que pudra
tener de alguna humildad.
Mi amor y su voluntad,
para tanta dicha mia,
tiene, señor, concertado,
si gustas, que nos casemos,
no porque los dos tenemos
mas que el haberlo tratado.
Llame dicen que te hable,
que sin tu gusto y favor
no se atreve y tiene amor.

REY. El es suceso notable
Huegome de tu ventura,
que me dicen que el infante
es gallardo y arrogante
de su ingenio y su hermosura:
y aun presumo que le vi
alguna vez retratado.
¿Donde está?

FLORELA. Como criado
del Conde, á quien sirve aquí,
está en su casa, señor.

REY. ¿Este enredo mas tenia
el Conde?

FLORELA. Hallóle en Hungria
sin conocer su valor,
y á Napoles le ha traido:
sólo á mi se ha descubierto.

REY. Del Conde tengo por cierto
que es el hombre mas fingido
y de mayores enredos
que hay en el mundo.

FLORELA. Señor,
ya sabes que es el amor
todo esperanzas y miedos.
Hazme este bien.

REY. Si hare;
no tengas pena, Florela

FLORELA. Mi remedio me desvela.

REY. Ya que tu ventura fue,
no lo perderás de mi,
que hoy tengo de hacer de modo
que tenga remedio todo.
¡Hola!

ESCENA XV

Dichos y un Criado.

CRIADO. Señor.

REY. Traed aquí
al Conde, Alberto y Finea.

FLORELA. Harás de tu gran valor
cosa tan digna, señor,
que famosa al mundo sea.

ESCENA XVI

Dichos y FABIO ALBERTO

ALBERTO. Deseando, invicto Rey,
cobrar mi honor, que mas deudos
con mas valor por ventura
mueven el hangaro remo
sin que á tu tierra se atrevan,
vengo, como ves, resuelto
á pedirte una merced
de tu valor satisfecho.
El Conde ahora me habló;
dícéme que está contento
de casarse con mi hermana,
que se la da s. la tengo,
porque él no la vió en su vida,
ni puede, no la teniendo
casarse; de donde yo
imagino que la ha muerto,
S. ha muerto á mi hermana el Conde,
como infame caballero
ha procedido, señor,
verdad es que lo sospecho.
Pues el remedio que hallo
es pedirte contra el
campo, que es justo derecho
en cosas que son dudosas.
Concedemele, que quiero
matarle si está en pado,
porque si no, quiera el cielo
que me dé la muerte á mí,
de que ya tengo deseo.

REY. Alberto, si el Conde dice
que aceptando el casamiento
le pondrá en ejecucion
¿qué otra fuerza hacerle puedo?
S. de pedirte á Finea
presumes tú que la ha muerto,
mejor es que el desafío
la seguridad del pleito.
Pide, que yo haré justicia.

ALBERTO. ¿Y he de aguardar los procesos
sin honor por tantos dias?
¿No son mejores derechos
las espadas que las plumas
entre honrados caballeros?

ESCENA XVII

DICHOS, *el* CONDE, *el* MARQUES, CLARIN *y* FINEA, *de paje*

CONDE. Si su alteza otorga el campo,
respondo que yo lo acepto

MARQ. Mira que está el Rey aquí.

REY. En confusion habeis puesto,
Federico, el reino todo,
y aun los reinos extranjeros.
Nunca fuerades á Hungría,
que tanto mal habeis hecho
y tantas honras quitado.

CONDE. Señor, aquí tengo el cuello;
mandad cortarle, señor,
pues á serviros no acierto;
que nací tan desdichado,
que, por más que os obedezco,
no os acierto á obedecer.

REY. Mirad lo que dice Alberto,
que es la parte que se queja.

ALBERTO. Digo, Señor, que sospecho
que el Conde ha muerto á mi her-
pues acepta el casamiento mana,
y dice que no la tiene.

CONDE. ¡Vive Dios, que no la tengo!
Denmenia, que luego al punto
le daré la mano, y ciento
le daré si las tuviera,
porque todo mi deseo,
fuera de agradar á Rey,
es dejaros satisfecho
del honor que habeis perdido.

ALBERTO. Pues, Federico, yo os reto
de traidor y os desafío.

CONDE. Yo acepto el campo y me ofrezco
á sustentar que mentis.

REY. Y yo á los dos le concedo.

ALBERTO. Besoos mil veces los pies.

CONDE. Yo tambien los pies os beso.

ALBERTO. Esto queda bien así.

CONDE. ¿Para cuándo?

ALBERTO. Para luego.

REY. Basta que mañana sea.

FLORELA. Ya, señor, que queda esto
á las armas remitido
de tan buenos caballeros,
ahora tienes lugar
de ejecutar el concierto
que te dije.

REY. ¿Donde está,
que yo tambien lo deseo,
don Alonso de Aragon,
que quiero honrarlo por deudo
y saber su voluntad?

FINEA. (Aparte) Hoy me gano ó hoy me pierdo.

CLARIN. Cielo ¿de qué estás temblando?

FINEA. ¿No ves hablar en secreto
al Rey?

CLARIN. Sí.

FINEA. Pues de mí habla.

CLARIN. ¿De eso tiemblas?

FINEA. Deso tiemblo.

CLARIN. ¿Pues qué trata con Florela?

FINEA. Ciertas cosas que yo entiendo.

CLARIN. ¿No las puedo yo saber?

FINEA. Clarin, sabranse tan presto,
que no hay por que las preguntes.

FLORELA. Llegad cerca, señor Cielo,
que su alteza os quiere hablar.

FINEA. (Bien temeroso me acerco.)—
¿Qué me manda vuestra alteza?

REY. Don Alonso, ya no es tiempo
de encubrir vuestra persona.
Dadme los brazos, que quiero
casaros hoy de mi mano.

FINEA. Señor, la palabra acepto
y estimo tanto favor;
pero sea el casamiento,
si vos fuéredes servido,
con quien ya le tengo hecho.

REY. Eso mismo quiero yo
y saber con quien espero.

FINEA. Con el conde Federico.

REY. ¡Vos con el Conde! ¿Qué es esto?

FINEA. ¿Esto os causa admiración?

REY. ¿No se acaban los enredos
del Conde?
CONDE. Sólo me falta
para rematar el seso
lo que dice aqueste paje.—
Hombre ¿estás en ti?
FINEA. No puedo
ser hombre, que si lo fuera
no tratara el casamiento
contigo, que me has costado,
Conde, trabajos inmensos
desde el día que te vi
en Hungría, pues siguiendo
tus pasos con loco amor
con tal confusión he puesto
a, Rey, á Alberto, á Florela
y a ti. Pero el Rey y Alberto
y Flore a sepan hoy
que aunque me has visto, y sirviendo
tu persona estoy contigo,
nunca supiste el suceso,
que en efecto soy Finea,
que de aqueste atrevimiento
le pido perdón a Rey,
á ti, a Florela y Alberto.
REY. ¡Hay suceso semejante!
CLARÍN. ¿Y á mí no? ¡Viven los cielos,
que si lo hubiera sabido !
CONDE. ¿Es posible que tu has hecho
tanto mal á mi inocencia?
REY. Federico, ya no es tiempo
de examinar el amor,
de quien latinos y griegos
tantas cosas han escrito.
FLORELA. Su poder conozco inmenso;
pero ¿es efecto de amor
la burla de que me quejo
á tu justicia?
REY. Florela,
y tu, Conde, estadme atentos.
Hoy mi voluntad es ley.
Que sea Finea quiero
mujer del Conde, que es justo
de sus trabajos el premio.
Yo no tengo por traiciones
las industrias del ingenio,
mayormente cuando amor
ayuda al entendimiento.
Todo ha de quedar en paz:
dale tu la mano, Alberto,
á Florela; en lo demás
pongo perpetuo silencio.
CLARÍN. ¿No le dan nada a Clarín?
FINEA. ¿No basta que satisfecho
quedes?
CLARÍN. ¿De qué?
FINEA. De Fenisa,
pues como estaba la dejo.
CONDE. Aquí, senado, se acaba
La mujer por fuerza, haciendo
de la fuerza voluntad
con que serviros deseo.

PRIMERA PARTE

PROSPERA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA

Y ADVERSA DE RUY LÓPEZ DE ÁVALOS

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

El rey Don Juan de Castilla.
El Infante de Aragón.
Don Alvaro de Luna.
Juan de Mena.
Ruy López.
Alfonso, *Rey de Aragón.*

La Infanta de Castilla.
Doña Elvira, *dama de la Infanta.*
García, Herrera, *criados de Ruy López.*
Inés, *criada de doña Elvira.*
Pablillos.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Ruy López y sus *criados* García y Herrera, *vistiéndole luego un* Paje.

Ruy.

¿Qué hora es?

García.

Señor, las nueve.

Ruy.

A la vejez cualquiera mal se atreve.
Tarde me levanto:
mis continuos achaques lo han causado.
Hijos, vestid me aprisa,
porque antes que á palacio, vaya á misa.
Herrera, Juan García,
mucho huelgo de veros, á fe mía.

García.

Tu vida el cielo aumente.

Ruy.

Amigos, ¿qué se debe á aquella gente
que he sentido allá fuera?

Herrera.

Nada, señor; son pobres.

Ruy.

Pues, Herrera,
¿no es deuda, y muy debida,
la limosna que piden por mi vida?
Que nunca el pobre aguarde,
la limosna deshace el darla tarde.
Dadme capa y espada,
que se alegra el día, y si le agrada
salir al campo agora
al Rey, nuestro señor, pienso que es hora
de verle, que ha tres días
que no le vi por las dolencias mías.

Un Paje.

Este papel te envía
el marqués de Villena.

RUY.

El que solía
tener tan grande estado,
y agora, con sus libros, retirado,
contempla las estrellas,
adivinando lo futuro en ellas.
Sal, y junta esa puerta. (*Al Paje.*)
Aunque no nos predice cosa cierta
la docta astrología,
á Enrique consulte la dicha mía,
y en este me responde
el fin que á mi vejez el cielo asconde,
de varios astros lleno.

(*Lee.*) «A Don Ruy López de Avalos, el Bueno.»

Mejor es que lo fuera,
y que el mundo este nombre no me diera.

(*Lee.*) «Cuando lea vueseñor á este papel, estará con dos criados suyos, los que más quiere, el uno será ejemplo de lealtad, y el otro de la traición: el uno causará su ruina, y el otro será restaurador de su honra. De allí á pocos días entrará en su casa quien le ha de suceder en sus estados, y vueseñoría será feliz en sucesión, si desdichado en sus últimos días. — *Don Enrique.*»

¿Qué decís desto los dos?

HERRERA. Que el prudente predomina
los astros de luz divina,
y sobre todos es Dios.
Si voy siguiendo tus huellas
y tus ejemplos seguí,
claro está, señor, que en mí
han mentido las estrellas.

GARCÍA. Si fe al papel se debiera,
como á precepto de Dios,
me pesara á mí por vos,
Álvaro Núñez de Herrera,
pues hallándome fiel
con Ruy López, mi señor,
o vos seréis el traidor
o ha mentido ese papel.

HERRERA. Córdoba, mi patria, sabe
que jamás agravio he hecho,
y el hábito de mi pecho
nos dice que en él no cabe
semejante deslealtad,
y así es consecuencia mía
que el traidor es Juan García,
si el papel dice verdad.

RUY. Basta, hijos, que señales
vencen virtud y prudencia,
y esa honrosa competencia
os da á los dos por leales.

PAJE. Señor... señor...

RUY. ¡Con qué susto
entras! Prosigue, ¿qué pasa?

PAJE. Su majestad entró en casa.

RUY. Grande amor ó gran disgusto.
Buenas albricias mereces,
y no es nuevo para mí
que reyes entren aquí.
Su padre entró muchas veces,
aunque esta me maravilla.
A recibille salde.

ESCENA II

Dichos y el rey Don Juan, niño, y toda la compañía.

REY. Ya no tenéis para qué,
gobernador de Castilla,
Condestable amigo: ansí
se han de visitar los hombres
como vos.

RUY. Dente renombres
de Alejandro y César.

REY. Di
de Enrique, mi padre, pues
á su [gran] nombre es debido
más honor.

RUY. (*Aparte.*) (Gracia ha tenido:
fue agudeza y verdad es).
Honreme el besar tu mano.

REY. Los brazos, padre, te debo.

RUY. Otro honor es ese nuevo,
nombre es ese soberano.

REY. Mi padre, cuando murió,
por ser tu el mejor vasallo
que en todos mis reinos hallo,
mi niñez te encomendó.
Como á hijo me has criado,
y pues que mi padre has sido
y mi ayo, este apellido
justamente te ha cuadrado.

RUY. Tanto estimo que me cuadre
el de súbdito, que aun hallo
en el nombre de vasallo
más honra que en el de padre.
(*En la sala hay un dosel con silla.*)
Sentaos, señor, y reciba
honra de espacio esta casa,
y no es nuevo lo que pasa
en ella, que ansí yo viva,
que vuestro padre la honró
tres veces, y en esta silla
ningún señor de Castilla
después acá se sentó.
Vuelta ha estado á la pared,
en señal honrosa y bella,
que el rey se sentaba en ella,
haciéndome á mí merced.

REY. En mí vive el mismo amor.
Oid aparte.

RUY. (*A la gente.*) Despejad,
que quiere su majestad
quedar solo.

HERRERA. ¡Gran favor! (*Vanse.*)

ESCENA III

El Rey y Ruy López.

REY. ¿Cómo no os cubrís?

RUY. No pasa
esa honra á mi cabeza
porque es tanta la grandeza
del estar vos en mi casa,
Rey y monarca español,
que me deslumbro con ella,
y cualquier merced estrella
sería delante del sol.

REY. Cubrís, dadme contento.

RUY. No he de ser grande este día.

REY. Acabad, por vida mía.
RUY. Obligóme el juramento.
REY. Mi padre, á quien llamó el mundo
el Enfermo don Enrique,
murió cuando daba yo
los primeros pasos libres
de la vida, dando al reino
su muerte lágrimas tristes.
Quede yo tan niño entonces,
que en su testamento impide
que pueda gozar el reino
hasta que llegue á los quince
años, y á vos, Condestable,
gobernador os elige,
con otros grandes, mas pues
el cielo santo permite
que para los quince años,
medio me falta, supla de
Ruy López, para que yo
estos reinos administre.
Hoy á los grandes y al reino
esta petición humilde
les proponed, Condestable,
si en algo queréis servirme,
pues á vuestra casa, amigo,
sólo á este negocio vine.
RUY. A estar, señor, en mi mano,
que siempre experiencias hice
de vuestra capacidad,
no fuera hacerlo difícil.
¡Oh! ¡Qué bien, qué sábiamente,
ya severo, ya apacible,
hizo temerse y amarse
vuestro padre don Enrique!
Acuérdome que una vez
cazaba por divertirse
en las riberas de Arlanza
palomas y codornices.
Y como todas sus rentas
se gastaban en las lides
con los moros, pobre estaba,
pero no por eso triste.
Llega al Rey su despensero,
y con turbación le dice
que no tiene que yantar,
ni crédito con que hen
el bastimento á su alteza.
Obligale á que se quite
un balandrán que traía
para que le empeñe y guise
algo que coma. Empeñole;
no compraron francolines:
una espalda de carnero:
¡Qué pobreza tan insigne!
¡Qué riqueza tan gloriosa!
¡Qué modestia tan felice!
Parecíme que le escucho
muchas veces que repite
esta sentencia discreta
«mas temo yo, mas me afligen
las maldiciones del pueblo,
que con mucho amor me sirve,
que las armas de los moros.»
Sentencia de rey sublime.
Llevósele Dios temprano,
porque Dios que nos redime,
para si quiere los buenos
perdonad, que bien le quise.
Débole el ser, y ansí el alma
por los ojos se derrite
en lágrimas, si me acuerdo
del Enfermo rey Enrique.
Sus memorias me enternecen,
y estas lágrimas me piden
como legítima deuda:
¡llorad, ojos infelices!
REY. Condestable, si en el cielo
ahora mi padre vive,
el mismo amor hallaréis
en mis años juveniles.
RUY. Ansí, señor, lo he creído,
mas son afectos gentiles
del alma tales efectos,
y ansí suelen convertirse
en lágrimas: perdonad.

ESCENA IV

DICHOS y el INFANTE DE ARAGÓN.

INFANTE. Siguiendo los pasos vine
de tu Majestad.
REY. ¡Oh, primo!
¿Qué hay de nuevo? ¿A qué venistes?
INFANTE. Una novedad extraña
le traigo á tu majestad.
REY. Infante, ¿qué novedad?
INFANTE. Que está en los reinos de España
el Pontífice romano,
porque juntándose van
á Concilio en Perpiñán,
con un hijo de su hermano,
ésta escribe para ti.
REY. Yo lo agradezco y estimo.
Abrid vos la carta, primo.
INFANTE. Su Santidad dice ansí:

«A nuestro muy caro y amado hijo el rey de Castilla, don Juan el Segundo. Los cuidados y diferencias en que está la Iglesia romana por la elección de tres Papas, me han traído á España á hacer Concilio para unirla y concertarla. Desto doy aviso á vuestra majestad, á quien envío á don Alvaro de Luna, mi sobrino, para que le sirva. De nuestro palacio.—*Benedicto decimo tercio.*»

REY. ¿Qué os parece, Condestable?
RUY. Que en vuestro palacio viva
ese mancebo, y reciba
con rostro alegre y afable
vuestra majestad, porque es
hijo de un gran caballero.
REY. Hacer vuestro gusto quiero.
RUY. Mil veces beso los pies
de tu majestad, señor.
Siendo del Papa sobrino,
lisonja os hizo si vino
buscando vuestro favor.
REY. Entre don Alvaro.

ESCENA V

Dichos, Don Alvaro y Pabillel

PABILL. Luna,
tu loco [1] he de ser; ya sigo [2]
tu luz.
D. ALV. (*Santiguase.*) Entre Dios conmigo.
PABILL. Entre tu buena fortuna,
y no hagas por desdichas
reverencias con corcovos,
encomiéndate á los bobos,
que son dueños de las dichas.
INFANTE. Alvaro, besad la mano
á su majestad.
D. ALV. Los pies
besaré al Príncipe que es
mas ilustre y soberano.
REY. Levantad; ¿como ha venido
el Papa?
D. ALV. A España ha llegado
con salud y con cuidado.
Esta cisma le ha turbado.
REY. En la salva me da aviso
de vuestra virtud, y aquí
quiere que os traigais de mí.
D. ALV. Sí, señor, y bien me quiso.
REY. ¿Como le dejas?
D. ALV. Por ser
criado vuestro, que así
seré más de lo que fuí.
REY. Ya os tengo que agradecer
D. ALV. Natural inclinación
es pretender vuestro aumento:
no pido agradecimiento.
REY. ¿Como siendo de Aragon
vuestro padre, habeis dejado
vuestra patria?
D. ALV. Fue sopero
del rey Enrique el Tercero,
y cuatro villas le ha dado,
porque mi abuelo sirvió
con la hacienda de importancia
cuando Enrique pasó á Francia;
que en Aragon le venció
el rey don Pedro.
REY. Vos dais
muy buena cuenta de todo,
y por vuestro honrado modo,
deseo que me sirvais,
y creo que acertareis,
porque ya se han confrontado
nuestras sangres, y he pensado
que buen vasallo seréis.
D. ALV. Felicidad se alcanza
el saberos agradar,
que no se puede alcanzar
sino es con dicha.
PABILL. ¿Que dia
podré yo besar la mano
de tu majestad, señor?
REY. ¿Quien es?
D. ALV. Un loco.
PABILL. ¡Que error!
D. ALV. ¡Ah, necio!
PABILL. Muy cortesano
estáis, muy introducido
os veo ¿en tal desprecio?
Fuí vuestro ayo, y yo soy necio.
Cat como habeis subido.
REY. ¡Que ingenio tiene!
PABILL. Ya el modo
de mi ingenio te prevengo.
Estos arbitrios que tengo
son el remedio de todo.
(*Da unos papeles y lee el Rey.*)
(*Lee.*) «Arbitrio para que el rey de Castilla sea rey de Granada, de Aragón, de Navarra, de Portugal y de antípodas y nuevos mundos.»
«Arbitrio para que Manzanares corrompa con su corriente con el rio Nilo, lleno de cocodrilos.»
«Arbitrio para que no se halle un necio por un ojo de la cara, aunque sea menester para una medicina.»
«Arbitrio para que en España no haya pecados, ni falta de dineros, sino que todos sirvan á Dios, y estén ricos: hay grandes arbitrios.»
REY. Algunos de los, amigo,
será forzoso saber.
PABILL. Como el premio llegue á ver,
á declararlos me obligo.
(*Hace el Rey ademan de irse.*)
REY. No os olvideis, Condestable,
de lo que os pido.
RUY. Señor,
servirosdebe mi amor.
REY. (*Aparte.*) ¿Notais, primo, muy agradable
don Alvaro?
INFANTE. Y ha de ser
hombre prudente y sagaz.
REY. ¡Mas si fuese este rapaz
el que me ha de suceder! (*Vanse todos.*)

ESCENA VI

La Infanta de Castilla y Doña Elvira

D.ª ELV. El infante de Aragón
hoy me ha escrito este papel.
INFANTA. No habrá finezas en él,
sino toda prevención
inquieta si primos son
mis primos. ¿Pues que te escribe?
D.ª ELV. Dirá que amándote vive.
INFANTA. ¿Luego tu no le has leido?
D.ª ELV. Ahora le he recibido
INFANTA. ¿Que mujer cuerda recibe
papel de infante, que es
quien me enfada cada dia?
D.ª ELV. Temia descortesía
INFANTA. Hazle pedazos, no des
crédito á antojos
D.ª ELV. Después
¿qué responderé al Infante?
INFANTA. Que debe de ser amante,
lo que agrece la urbanidad,
que es libre mi voluntad,
y es su término arrogante.
(*Rásgale.*)

1 En el ms. y en el de la B. N. se lee *loco*.
2 En el original es *ha sido*. En el ms. está bien.

D.ª ELV. ¿Como rompes impaciente
papel que no es para ti?
INFANTA. Pues si fuera para mí,
¿rompiérale solamente
sin que la mano insolente
que le escribió se rompiera?

ESCENA VII

DICHAS, y sale El INFANTE DE ARAGON. (Al entrarse la INFANTA, salen el REY, DON ALVARO y RUY LÓPEZ y todos.)

INFANTA. Tan atrevida no fuera,
ni tan dichosa contigo,
que mereciera en castigo
lo que por favor tuviera.
REY. ¿Donde, Infanta?
INFANTA. Al cuarto voy
de la reina, mi señora.
REY. Conoced, hermana, ahora
á don Alvaro, á quien hoy
su tío, el Papa, ha enviado
á servirme, y yo deseo
honrarle mucho, que creo
que ha de ser bien empleado.
Miralde bien, que me hallo
tan inclinado á su amor
que no le tendrá mayor
ningun rey á su vasallo.
(Vanse el Rey y Ruy López.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos el REY y RUY LÓPEZ.

D.ª ELV. (Ap.) Quiero mirar muy atenta
esto que el Rey encarece.
Buen talle tiene, y parece
que majestad representa
su aspeto con bizarría.
Con dicha en palacio entró,
pues que con el Rey halló
tanto favor en un dia.
INFANTA. Huelgo que el Rey, mi señor,
se sirva de vos, y espero
que, como buen caballero,
mereceréis su favor. (Vase.)
D.ª ELV. Luna sois, palacio os vea
siempre sin luz eclipsada:
feliz ha sido la entrada,
ansi la salida sea. (Vase.)

ESCENA IX

El INFANTE DE ARAGON y DON ALVARO.

INFANTE. ¿Don Alvaro?
D. ALV. Mi señor,
¿qué me manda vuestra alteza?
INFANTE. Ampare la sutileza
de tu ingenio el grande amor
que tengo á la Infanta, y creo
que has de ser favorecido
tanto del Rey, que excedido
hallés tu mismo deseo.
Si haces mis partes desde hoy,
con prudencia y con recato,
de que nunca seré ingrato
palabra y mano te doy.
Yo te prometo, yo juro
de ser tuyo si encamina
esto tu industria.
D. ALV. ¿Adivina
vuestra alteza lo futuro,
ó burla de mí? ¿Qué fuente
en los abismos del mar
no ve morir y atajar
el cristal de su corriente?
¿Qué luz de breve farol,
ó qué centella atrevida
tiene aliento, tiene vida,
si está delante del sol?
Yo, fuente, ¿puedo tratar
misterios del Océano?
Yo, centella, al sol humano
¿podré nunca aconsejar?
INFANTE. Vanas retóricas son
las de la modestia, amigo.
Si podrás, y yo me obligo
de nuevo á tu protección.
Tu podrás lo que deseas:
venceras humanas suertes. (Vase.)
D. ALV. Plega á Dios que en eso aciertes,
aunque tú ingrato me seas.

ESCENA X

El REY y DON ALVARO.

REY. Alvaro, poco me quieres,
pues sin mí puedes estar
cuando te vengo á buscar.
D. ALV. Mi propio ser, mi Rey eres,
y poder estar sin ti
es querer que el sol esté
sin la luz que en él se ve.
REY. ¿Pues cómo huyes de mí?
D. ALV. Humildad, no desamor
me detiene.
REY. ¿Y osadía
no te da la amistad mía?
D. ALV. Mucho alienta tu favor.
REY. Como tienes poca edad
como yo, fuerza es tener
amistad.
D. ALV. ¿Favorecer
á un criado es amistad?
No, señor, no dé tal nombre
tu majestad al favor.
REY. La amistad nace de amor.
D. ALV. Siendo desigual el hombre
que el favor recibe, es llano
que no es amistad, y ansi...
REY. En fin, yo te quiero á ti,
y tu pensamiento es vano.
Siéntate y dime qué damas
viste más bellas.
D. ALV. Señor,
sentarme será favor
desproporcionado.
REY. ¿Llamas
desproporción al hacerte
yo favor? Siéntate aquí.
D. ALV. ¿Qué dirá, señor, de mí

quien me viere de esta suerte?

REY. Nadie nos ve, y así digo
que no es ajeno de ley [1]
que por ser un hombre rey
tener no pueda un amigo.
Siéntate.

(Siéntase á sus pies.)

D. ALV. Obedezco, pues,
y digo que solo ahora
con la Infanta, mi señora,
vi una dama.

REY. Elvira es
Portocarrero, y es hija
del señor de Moguer.

D. ALV. Ella,
ó nacido de mi estrella,
ó para que yo corrija
mi arrogancia, si desea
altivez demasiada,
me dijo: «felice entrada;
ansí la salida sea.»

REY. ¡Donosa bachillería!
Si tu en mi gracia has entrado,
no temas que pueda el hado
quitarte la gracia mía.
Preciase Elvira de ser
quien todo amante acobarda.
¿Que te parece?

D. ALV. Gallarda.

REY. Es muy hermosa mujer.

ESCENA XI

DICHOS. *Va á salir Ruy López y en viéndolos quédase escuchando.*

RUY. Hablando está el rey don Juan
con don Alvaro de Luna,
que á sus pies está sentado:
privará con él, sin duda.
La juventud de los dos
sus nobles ánimos junta,
que no siempre la razon
contradice la fortuna.
Niño el Rey, Alvaro joven,
que sobre el labio las puntas
del bello de oro se muestran,
aunque en la barba se encubran,
claro está que han de tener
amistad. Siempre son unas
nuestras acciones humanas,
aunque con la edad se ocultan.
Lo mismo pasó por mí.
Muchas veces fueron, muchas,
las que yo sentado estuve
entre las alfombras turcas
de la cámara de Enrique
á sus pies, que sus hechuras
tiene cada rey, y quiere
parecer á Dios, y gusta
de hacer de nuevo los hombres
á su imagen. Las profundas
y cristalinas corrientes
de los ríos, que procuran
llegar con ansias al mar,
una vez montes inundan,
otras valles, otras prados,
pero siempre el agua es una.
Varios climas va ilustrando
el sol, con sus trenzas rubias
diversas casas lumina,
nuevos hemisferios busca,
y siempre es una luz.
Desta suerte es la fortuna:
siempre corre, siempre vuela,
siempre delante, atrás nunca;
nuevos campos fertiliza,
nuevos caminos procura,
nuevas hechuras levanta,
que son imágenes suyas
agua y sol. Quiero escuchar
lo que dicen.

REY. La mas pura
fe y amistad que los libros
en sus historias ocultan,
Alvaro, ha de ser la muestra;
y en reinando te asegura
mayores honras mi pecho,
como lo verás.

D. ALV. Quien usa
de ese favor que le has dado,
harto ha merecido.

REY. Injurias,
Alvaro, mi grande amor.
Si tu fueras, por ventura,
rey, ¿que me dieras á mí,
á quererme?

D. ALV. Fuera tuya
mi potestad, fueras rey:
yo fuera una estatua muda.
A tu voluntad, mi ser
al tuyo pasará, y juntas
nuestras dos naturalezas,
parecieran ambas una,
y aun no te diera nada,
porque fueras la absoluta
potestad del reino y mía.

REY. ¿Y así de darme te excusas?

D. ALV. Hicierate condestable
de Castilla, fueran tuyas
Arcos, Arjona, Ladrada,
Ribadeo y Villaescusa,
Aillon, Betanzos, Vivero,
Montalbán y Villarrubia,
fueras conde, marqués, duque.

RUY. (Amagos son estas burlas
de los sucesos del tiempo,
sin malicia y sin industria
le ha dado el rapaz mi hacienda.
¡Ay del pobre que lo escucha,
si hubiera de ser verdad!
Las puertas estaban juntas,
hacer quiero que las abro.)

D. ALV. ¿Quien entra agora?

REY. ¿Te turbas?
¿que tienes?

D. ALV. Me vio sentado
Ruy Lopez.

REY. Pues disimula.

D. ALV. Digo, señor, que el halcon

---

[1] En el original dice «delrite», errata indudable; pero tal vez el verso se habrá escrito así: «ser muy ajeno de ley.» En el ms. «que no es ajeno de ley.»

con sus engañosas puntas
de la garza se remonta.

RUY. (Ap.) (¡Que bien la platica mudan!)
Señor, ya trate en las Cortes
que los seis meses se suplan
y que reines luego.

REY. Y pues,
¿qué fue la respuesta suya?

RUY. Parece al reino, señor,
que siendo una ley tan justa
la que dispone la edad,
que reprimas y que sufras
los deseos de reinar,
pues falta poco.

REY. ¿Quién duda
que por mandarlo vos todo
me poneis tales excusas?
Sois Gobernador del reino,
y barascos del mal, ya es mucha
esa ambicion, Condestable,
en una vejez caduca.

RUY. ¡Vive Dios que no he podido
hacerlo, porque se juzga
á livianidad el intento!
Rey don Juan ¿por qué me culpas?
¿como dudas de mi amor?
(Ap.) (Moriscas escaramuzas
no temo como á este niño.
Alguna deidad oculta
vive en los reyes.)

D. ALV. Señor,
siempre en los ayos se culpa
la severidad, mas ellos
el bien del pupilo buscan.

REY. ¿Quien os mete á vos en eso?
Mucho sus cosas me injurian.

RUY. ¡Señor...!

REY. Basta, Condestable.

D. ALV. (Ap.) La lengua suspendo muda.
Quedome sin ir con el.

REY. Alvaro.

D. ALV. Señor.

REY. Escucha.

D. ALV. Yo le quitaré el enojo,
Condestable, con industria.

RUY. Obrar bien es lo que importa,
don Alvaro; no me turban
accidentes, que Dios tiene
en sus manos la fortuna.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

HERRERA y GARCÍA, *criados de* Ruy López.

GARCÍA. ¡Vive Dios que he de probar
mi intencion donde no hable!

HERRERA. En casa del Condestable
ha de sufrir y callar
con respeto y cortesía.

GARCÍA. Y cuando llegue á perder
el respeto ¿que ha de hacer?

HERRERA. Tiemple, señor Juan García,
el enojo, que está en casa
de Ruy López, mi señor,
á quien respeto y amor
debemos ambos.

GARCÍA. Me abrasa
esa flema. Si habla mal
á espaldas vueltas de mí,
¿para que esta humilde aquí?

HERRERA. Hanle engañado; no hay tal,
y si agora humilde estoy,
ya he dicho por que, García.

GARCÍA. ¡Oh! ¡que cortes cobardía!

HERRERA. Eso no, que noble soy;
cobardes son los villanos.
Perdone esta vez la casa.

GARCÍA. Agora veré si pasa
desde la lengua á las manos.

(Saquen las espadas y sale Ruy López.)

ESCENA II

DICHOS y RUY LÓPEZ.

RUY. ¿Que es esto? ¿Ansi se atropella
el respeto que se debe
á mi casa? ¿Ansi se atreve,
sabiendo que estoy en ella,
vuestra soberbia, rapaces?
¡Vive Dios, que os mate á palos;
necios, locos, hombres malos,
y que derramáis solaces,
como dicen en Castilla!
¿Ansi turbais mi sosiego?
Y tú, que pusiste luego
en la vaina la cuchilla,
¿quien duda que la ocasion
diste al enojo?

HERRERA. Prometo
que ha sido por tu respeto.

RUY. Ya se vuestra condicion,
soberbia y presuntuosa;
tambien sois de Andalucía,
y teneis por bizarría
no sufrir ninguna cosa
los andaluces. Ya sé,
de veros ansi á los dos,
que tendreis la culpa vos;
no me engaño, bien lo sé.
Andad, andad noramala,
no esteis delante de mí.

HERRERA. Debo obedecerte. *(Vase.)*

ESCENA III

RUY LÓPEZ y GARCÍA.

RUY. Di,
¿que fue aquesto?

GARCÍA. No le iguala
ninguno, á su parecer;
revienta de caballero.

RUY. Como ve que bien te quiero,
celos debe de tener.
Sed amigos, no haya mas;
tened paz, tened amor
á vuestro dueño.

GARCÍA. Señor,
si un hábito no me das,
como á Herrera, viviré
siempre del menospreciado.

No tengas sólo un criado
con hábito, amor y fe.
Me debes honrar mi pecho
como el suyo, porque ansí
mire tu poder en mí,
y Herrera esté satisfecho
de que no ha de atropellar
tus criados.

RUY. Otro día
hablaremos más, García,
en esto.

GARCÍA. ¿Qué se ha de hablar?
Si tú quieres, ¿qué no puedes?
¿Que Maestre no es tu amigo?
Mi señor, si es que te obligo,
no me hagas más mercedes
que esta, y en ella confío
que mi suerte se mejora.

RUY. ¿Te bastará por ahora
si te doy un lugar mío?

GARCÍA. Pues, señor, ¿dificultades
hallas con tanta aspereza?
¿No es bastante mi nobleza?

RUY. ¡Oh, que mal te persuades!
Temo el pedir, y ansí quiero
darte un lugar.

GARCÍA. ¿Pues qué aldea
puede haber que merced sea
como hacerme caballero
de hábito?

RUY. Bien está;
yo lo trataré, García.
Antes que se ausente el día,
que remontándose va,
he de ir á palacio, mira
si hay que firmar, dejaré
despachado.

GARCÍA. ¿Y yo tendré
con justas razones ira?
Si tendré; pero ¿con quién?
con el que me dice aquí
ó que no hay nobleza en mí,
ó que no me quiere bien.

(*Vase García.*)

ESCENA IV

RUY LÓPEZ. *Después un* PAJE.

RUY. ¡Con qué furor, con qué extremos
de soberbio y loco error
nos engaña el propio amor,
y nunca nos conocemos!
Nadie sus defectos ve,
amor propio es amor ciego:
bien dice el proverbio griego,
que la mayor ciencia fué
el conocerse á sí mismo.
Es hombre humilde García;
no es hombre noble y porfía
con tan loco barbarismo
por un hábito, y recelo
desengañar su ambición,
porque le tengo afición
y le daré desconsuelo.
Mas irele divirtiendo
hasta que conozca ya
que su descrédito está
en lo que está pretendiendo.

PAJE. Este memorial me ha dado
un pobre.

RUY. Y con mucho gusto
le veré yo: esto sí es justo.
¿Memorial, y tan cerrado?
(*Lee.*) «Mire bien vueseñoría
lo que firma, que conviene
este recato á quien tiene
por secretario á García.»—
¿Hay desverguenza como esta?
Grande envidia le escribió.
(*Al Paje.*) Dile que entre á quien le dió
y llevará la respuesta.
¡Que pueda descomponer
la malicia á un buen criado,
con mercedes obligado!
¿Yo tenía de creer
fácilmente deslealtad
en quien mucho amor merece?

PAJE. Quien me le dió no parece.

RUY. ¡Qué conocida maldad!
Ya he conocido de quien
ha procedido, sí, sí.

ESCENA V

RUY LÓPEZ y GARCÍA, *con papel y tinta.*

GARCÍA. Que firmar tienes aquí.

RUY. ¿Que porque te quiero bien
testimonios te levanten?
¡Oh, envidia! ¡soberbio trueno!
vómitos das de veneno,
porque á la virtud espanten.
Salte fuera, Juan García,
no sé si tienes memoria
de un suceso de la historia
de Alejandro, que tenía
un médico muy privado,
y escribiéronle un papel
que se recatase del,
porque había concertado
darle la muerte. El famoso
y magnánimo señor,
como le tenía amor,
nunca estuvo temeroso.
Trujole cierta bebida
un día el médico, y él,
entregándole el papel,
tomó la copa, y la vida
segura en caso tan nuevo,
dijo con gallardo brío:
«Mira si de ti me fío,
lee tu mientras yo bebo.»
El mismo caso confirmo,
sin ser Alejandro yo,
mira si te quiero ó no:
lee tu mientras yo firmo.

(*Dale el papel y firma mientras lee García.*)

GARCÍA. (*Lee.*) «Mire bien vueseñoría
lo que firma, que conviene
este recato á quien tiene
por secretario á García.»—
¡Esto se escribe de mí!

¿Quién duda que Herrera ha sido
soberbio y desvanecido
autor desto? ¡Que no fuí
hombre para darle muerte!
Mas, si bien lo considero,
agradecerlo quiero,
pues me avisa de la suerte
que podré vengarme yo,
si el hábito no me dan.

REY. Todas firmadas están.

GARCÍA. ¿No las has leído?

REY. No,
ansí viva y ansí vivas:
soy confiado, aunque viejo.
Dos firmas en blanco dejo
porque dos cartas escribas
á Luis y á Pedro, mi hijo,
y sepan que bueno estoy.
mira si á ellos lo doy
á lo que la envidia dijo.

GARCÍA. ¿Y en lo del hábito?

REY. Calla,
que ya es necia tu porfía.
Esa pretensión, García,
es menester...

GARCÍA. ¿Qué?

REY. Pensalla.

GARCÍA. (Ap.) ¿Con Herrera ánimo franco,
conmigo tanto recelo?
Si no me le dan aperos
á las dos firmas en blanco. (Vase.)

REY. ¡Qué engañada aprehensión
en algunos mozos veo
cuando apoya su deseo
su misma imaginación!

ESCENA VI

REY LOPE y HERRERA

HERRERA. ¿Estás ya desenojado?
¿Podré llegar á tus pies?

REY. No, ingrato, aquí, porque es
mi enojo agora doblado.
Cuando acabas de reñir
con García, porque del
no me fíe, ¿este papel
te has atrevido á escribir?
¿Un hombre tan bien nacido
ha de hacer cosas mal hechas?
¿Ponerse deben sospechas
en criado que ha servido
tan bien tanto? Mira, di,
si aquesta letra conoces.

HERRERA. Ansí de buen agüero goces,
que ese papel no escribí.
¿Yo tenía de dudar
de la fe del secretario?

REY. ¿Pues quién en este temperatio
que me pudo á mí enviar
tal papel?

HERRERA. Reconocer
quiero la letra, que yo
la he visto.

REY. ¿Y quién la escribió?

HERRERA. De fray Vicente Ferrer,
el santo que está en Valencia,
es sin duda. El le escribía
otro tiempo cada día,
y haciendo la conferencia
con las cartas que tú tienes,
verás que es una la letra
y que el misterio penetra.

REY. ¿Malagrados me previenes?
Muy cansado estoy de ti.
Mientras se templa mi enfado
has de hacer lo que he mandado:
no estés delante de mí.

HERRERA. Ni te absuelve ni condena
mi lengua, pero consejo,
que si acaso verdad dijo
don Enrique de Villena:
aunque á mí me quieras mal,
y á él le tengas tanto amor,
que él ha de ser el traidor,
y yo he de ser el leal.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII

El REY DON JUAN *y* DON ALVARO DE LUNA

REY. Salir esta noche quiero.

D. ALV. ¿Y dónde has de ir, señor mío?

REY. A pasear hasta el río,
ó á rondar hasta el terrero,
que hay una dama á quien tengo
una grande inclinación,
y quiero que el afición
crea con que la vería vengo.
Quiéreme declarar
con ella, aunque su valor
es tan grande que mi amor
más en esto he de mostrar.

D. ALV. ¿Quién es la dama, señor?

REY. De doña Elvira me agrado.
Parece que te ha pesado:
¿tenesla tú acaso amor?

D. ALV. Hasta aquí mi pensamiento
no le he, señor, reprimido,
ni es cobarde mi atrevido.

REY. ¿Amor fuera atrevimiento?

D. ALV. El cortés galantear
de palacio, no es amor,
como el del vulgo, señor.
Es un linaje de amar
sin celos, sin esperanza,
sin cuidado, sin porfía,
sin amor, sin fantasía,
sin intento, sin mudanza:
es respetar las deidades
de un cielo humano; tal es
el palacio de un rey.

REY. ¿Pues
con esas dificultades
amas á Elvira?

D. ALV. Señor,
esta inclinación le tengo,
pero ya yelos prevengo
al pensamiento menor.

REY. Después que sabes que á hablalla
vengo yo ¿dices que quieres
olvidar? Gracioso eres.

D. ALV. Señor, mira...

REY. Alvaro, calla,
que doña Elvira ha de ver
por su infanto valor
que es la trato de amor,
sólo del tuyo ha de ser.
Por tu solo hablarla quiero;
y, si te agrada, verá
tu mujer, Alvaro, ya
que yo vengo á ser tercero.

D. ALV. ¿Qué en tantas dichas alcanza?
Dame esos pies que presumo...

REY. Necio, que agradeces humo,
¿dote yo sino esperanza?

ESCENA VIII

DICHOS Y PABILLOS

PABILL. Éntrome, que llueve.

REY. ¿Que hay,
Pabillos?

PABILL. Vengo pedido
de un poeta que ha venido
de allá de Córdoba, y trae
un libro que ha dedicado
á tu majestad. ¿Que importa
que con cien á legua y corta
haga un libro un licenciado
y me ded que su empeño,
para que por eso yo
le haya de dar lo que no
vale el libro ni su dueño?
Algunas veces reviento
por decir muchas verdades
Escribe mil necedades
un cortesano hambriento;
dedicalas á un señor,
con seis renglones en prosa,
dura, extranjera, escabrosa,
y pretende con rigor
que le de para la imprenta
á escudo por necedad,
y hay quien tenga vanidad
de lo que llamo yo afrenta,
y lo de ¡qué barbarismo!

REY. ¿De un arbitrio, pues, te espantas?

PABILL. Que haga el señor cuatro tantas
y se las ded que á él mismo.

REY. El insigne Juan de Mena
tiene ingenio soberano.
También yo al amor tirano,
que la libertad condena,
en versos míos espero
alabar, porque también
los hago, aunque no muy bien,
don Alvaro.

D. ALV. Lisonjero
quisiera ser. Vanaglorias
puedes recibir con ellos.
¿Qué en duda que del hacellos
te han de alabar las historias?

PABILL. Entrad, señor Juan de Mena,
que sois hombre muy sonado.
Pero ¿cuanto habeis ganado
á este oficio?

ESCENA IX

El REY, DON ALVARO, JUAN DE MENA Y PABILLOS

MENA. (*Entrando.*) Fama y buena
Dejad, señor soberano,
Príncipe de España Augusto,
que se me cumpla este gusto
de besaros vuestra mano.
Juan de Mena soy, aquel
que el castellano poeta
llaman hoy, y si profeta
es el corazón fiel
del hombre, yo he dedicado,
por saber la inclinación
vuestra y notable afición
á los versos inclinado,
este libro á vos. En el
no se son con dicha alguna
las mudanzas de fortuna
escritas, César novel.
Sírvase tu majestad
de recebirle. Trescientas
son las coplas. Tu me alientas,
tu eres, señor, mi caudal.
Mi voluntad manifiesta
es de escribir tus hazañas,
siendo Rey de dos Españas.
La dedicatoria es esta.

(*Lee.*) «Al muy prepotente don Juan el segundo
aquel con quien Jupiter tuvo tal ceño,
que tanta de parte le hace del mundo
cuanta de parte se hace de cielo
al gran rey de España, al César novelo,
al que es en las Hades bien afortunado,
aquel en quien caben virtud y reinado
á el las rodillas postradas al suelo.»

PABILLOS.

¡Ay! que me mata aquel *prepotente*,
pudiendo decir *al muy poderoso*;
¡ay, ay! que ese metro es tan famoso
para los ciegos cantar de repente.
¡Ay, ay! que ya temo que pueda la gente
oir tales versos sin dar alaridos,
tirando los bancos por mal admitidos.

MENA.

Atiende, y no hables, bufon imprudente.

REY. Mucho estimo conoceros,
que muy inclinado soy
á los versos, y desde hoy
por maestro he de teneros,
pues sois castellano Apolo.
Aunque yo en tan corta edad,
versos hago.

MENA. Y calidad
das á las musas tu solo.
Mas no eres el rey primero
que escribe versos, señor.

REY. A las mudanzas de amor
leerte unos versos quiero.
Oye.

PABILL. Mas arbitrios santos
son esta vez para vos:
versos oyes, oye Dios,
que para vos tantos tantos
(Pues rasga el papel)

[1] En el mismo papel falta lo que sigue hasta los seis últimos versos de la escena X.

REY. (Aparte.) «Amor, amor no pense
que tuvieras tal poder
que pudieras deshacer
la fineza de un leale,
hasta ahora que lo se
es tu fuerza tan igual,
pues esa tu inclinación
vence a tu firme corazón
rendido a tu ley bruna,
Para en pena desto mal
va en todos cuatro reales se ve
una alma libre hasta aquí
vencida a fuerza de
del poder que esto mire,
hasta ahora que no sea.»

MESA. Descubren con bizarría
gracias y aire los extraños.

PARRILLA. ¿Ven estos? De aquí a cien años,
habría quien dellos sea.

MESA. En mi libro los pondré

REY. Y en mi nombre.

MESA. Dasme licencia.

REY. Y sepan mis sucesores
que estas letras estimé
¿No eres, Alvaro, inclinado
a los versos?

D. ALV. Mucho a ellos
y estimarlos, no a escribirlos.
Mi profesión me ha llevado
a las armas y a jugar,
y es vuestra alteza gusto,
mantener pechos y cuanto esta
cuando con él crece a reinar

MESA. Y yo he venido a ser el oír
la real condición

PARRILLA. Oiga, pues, una cuestión
que se tiene de decir
en estos siglos venideros.
Juan de Mena a su pesar,
como poeta quiere tratar
apretando, y no dineros.
Vuestra majestad me abarque
de aquella más alta almena
si el poeta Juan de Mena
debe consonante a abarque.

MESA. Vuestra majestad le abarque
por no quebrantar la ley,
pues en la buena fe, Rey
hay que echar los cascos aparque.

REY. ¿Veslo?

PARRILLA. ¡Ay, que me aparque!
mal de consonante a ese modo
consonante será todo
allá en el que vale enfoque,
toquitumbaque

REY. (A Mesa.) Venid
a verme.

MESA. Tu escribanos.

PARRILLA. Y entretanto, Mesa, vos dos
con los dos cofres del Rey.

(Vase Juan de Mena.)

D. ALV. (Al Rey.) Dale, señor, por tu vida
a Juana cosa.

REY. Después,
cuando reine.

D. ALV. Luego es
una cualquier cosa recibida
del poste con mayor gozo
Dale esta cadena mía

REY. Alvaro, tan avaro
no sea un hombre tan mozo.
Luego de Vigueda podré
pagarla.

PARRILLA. (Aparte.) ¡Ay Juan de Mena!
el Rey os pone en la tela,
pero no será en el pico.

(Vase Parrilla.)

MESA. ¿Qué manda tu majestad?

PARRILLA. No es manda, que es de contado.

REY. No os vais sin hacer llevado
a guarda esta Lozana.

MESA. Beso tus pies. (Vase.)

ESCENA X

(Rey, Don Alvaro y Lozana.)

REY. Bien habemos
divertidonos

D. ALV. Entiendo,
señor, que va a anochecer,
y que va a ser peligroso
que Ruy Lopez nos vean
porque es mal visto en efecto.

D. ALV. Sí, señor, y ese consejo
es muy digno de tu alteza. (Vase.)

ESCENA XI

(Doña Leonor de Ines, criada, y la misma.)

D.ª LEON. Ya que en esta galería
corren los vientos templados,
y esta con nuestros cuidados
de un amor el alma baña,
del fresco quiero gozar
esta noche. Ines

INES. Señora.

D.ª LEON. Si me quieres bien ahora,
podrías un rato cantar.

INES. ¿Aquí, señora? ¿No ves
que se juntaran de espacio
los galanes de palacio
a escuchar?

D.ª LEON. No importa, Ines.

INES. ¿Pues dirásme una verdad?

D.ª LEON. Sí, diré.

INES. ¿No tiene alguno?

D.ª LEON. Ines, no seas en hablar uno
que no sea nuestra voluntad.

INES. ¿Correspondes?

D.ª LEON. En mi vida
se hable palabra ninguna.

INES. ¿Es don Alvaro de Luna?

D.ª LEON. El mismo.

INES. ¡Que conocida
tengo yo tu inclinación!

D.ª LEON. ¿Pues en qué lo conociste?

INES. En que la vela advertiste
en palacio su afición.

ESCENA XII

(Dichas, y sale Parrilla con una redoma.)

PARRILLA. Gente hay en la galería,
si acaso no me engaña.

Señor soy de la campaña,
la tierra esta noche es mía.
A mí no me pudre el mirar
lo que llaman galanteo
ahora bien, yo no me paseo
el terrero he de ocupar
No ha de haber alma en pena
que llegue esta noche aquí,
viéndome ocupar á mí,
el puesto. Mas ¿qué suena
(Canta Inés.)

INÉS. «Manzanares, de buen gusto
son, aunque pobres, tus aguas,
pues por llegar á Madrid
de la sierra se desatan.»

ESCENA XIII

Sale la INFANTA *á la ventana. Dichos.*

INFANTA. ¿Fresco, músico, y son mía?
INÉS. Su alteza viene...
INFANTA. No vengo
á estorbaros, porque tengo
gusto también. Inés, di
INÉS. (Canta.) «No dan blasón á los ríos
grandes corrientes de plata,
arroyos recibe el mar
con más aplauso y más fama.»

ESCENA XIV

Dichos, y el INFANTE *con un criado, de noche.*

INFANTE. Cómo es la noche serena,
damas á las rejas hay,
y al gozo de amor no trae
la voz de aquella sirena [1].
INÉS. (Canta.) «Hasta que bese los pies
á los Césares de España,
no envidien ondas del Tajo
cuando tributo le pagan.»
PABLILLO. Duendes vienen, yo les doy
estorbo, celera y celos.
Ha cantado de los cielos,
muy agradecido estoy.
Como muchas veces cante
la serenata de escuchar
goloso soy de oír cantar.

ESCENA XV

Salen el REY *y* DON ÁLVARO, *de noche.*

REY. ¿Quién habla?
D. ÁLV. Será el Infante.
INFANTE. Llega á ver si reconoces
quién es.
CRIADO. Difícil sería.

PABLILLO. Cante más vuesseñoría,
que esa voz es voz de voces
Es un trueno celestial,
es un chirimía excelente,
es la trompeta valiente
del gran juicio final,
pues los muertos resuena.
¡Oh, bien haya gruesa tanta!
¡Oh, bien haya quien lo canta!
¡Oh, bien haya quien lo grita!
INÉS. Pues con voz tan sonora
gracias da de haberme oído
D.ª ELV. Curioso dad habrá sido
(Ap.) (¡Oh, si don Álvaro fuera!)
Pregúntale tú quién es.
(Ap.) (Amor, dejen tu violencia).
INÉS. ¿Dame tu alteza licencia?
INFANTA. Licencia te doy, Inés
INÉS. ¿Quién es el agradecido?
PABLILLO. Soy desde la cuna,
soy don Álvaro de Luna
(Ap.) (Solo esta vez he mentido
y otras mil.)
CRIADO. (Al Infante.) ¿Oyes, señor?
Don Álvaro dice que es.
INFANTE. Huélgome mucho de haberle, pues,
que tercero de mi amor,
por medio de doña Elvira,
intenta ser, aguardemos.
D.ª ELV. Prosigue, Inés, y sabremos
si es el secreto, ó es mentira
lo que dicen dél.
PABLILLO. Señora,
¿fue tapadera mi nombre?
¿Es acaso hablar á un hombre
bueno de hurto? No había ahora
que os reñir, mamola tía
INÉS. ¿Qué música fue más buena
para vos?
PABLILLO. La que más suena
un organillo y una gata,
y el grandísimo de un coche no
cuando le quieren matar,
porque está cerca de dar
alabanzas para el vino
D.ª ELV. Oíste ella, ó está loco
quien habla
PABLILLO. Mi inclinación no
es de justar, aunque sé
los instrumentos que toco.
Mantener puesta una justa
cuando los reyes se casan
toda dama me perdone,
que deseo oír que gasta
cada cual he de vestirme.
INÉS. ¿Sabréis en muchas cortes?
PABLILLO. Sabré en mi tierra.
REY. (Con Álvaro.) En amores
anda el Infante muy triste
D. ÁLV. ¿Y tenemos de aguardar
á que acabe?
REY. Hasta ver
quién le habla.
D.ª ELV. El mantener
una justa es seguir al
acero, y el peligroso
para mozos

---

[1] Ahora se introduce va aquí el Rey y Don Álvaro, que dicen:

ÁLVARO. Pues no que canta una dama
REY. ¿Si sabrá lo que canta?
ÁLVARO. ¿Es de la cámara?
REY. Sí,
Inés de Torres se llama,
criada de Doña Elvira
escuchemos, por mi vida
su voz dulce y regalada

PABLILLO. ¿Lindo añito!
Aunque soy algo lampiño,
tengo yo bastante osadía
¿Venirme con aquesta cara
tan rara y tea? A tenaza
que en la gran carnicería
de los gigantes de Lara
me hallé yo, y en Aragón
mantuve en el mes de Abril
un torneo contra mí...
¿Mas he dicho? pocos son:
Y de todos ellos solo
en pie me quedé venciendo dos
Bramantes, fieros Dragones,
con mi lanza como toros
Unos y otros, muy galán,
sin botas y con espuelas,
vestido todo de tela
de cedazo de Milán.
Su escudo en mi cara una arpa,
que en su garra siesta y fea
se llevaba a Granada.

D.ª ELV. ¿Y la letra?

PABLILLO. Así decía
Polifemo tenía un ojo,
vos, señora, tenéis dos
no sois Polifemo vos.
Otro sacó, allá lo que entiendo,
la humanada naturaleza
con un monte en la cabeza,
medio cíclopa bien siendo.
Era el mote *Infante es mío*
que crezca el género humano,
y estos mis manos serán
para matar más que yo creo.
Otro...

D.ª ELV. Etcétera es mejor,
porque no es tan cansado.

CRIADO. (*El Infante.*) De estas están tratando.

INFANTE. ¡Oh, cielos! trata de amor
D.ª ELV. (*Ap.*) Apenas ha renovado
amor sus iras en mí,
cuando el desengaño vi
que tantas veces ha dado.
Ha crecido por puntos,
pero ya es locura cierta
viendo un hombre decir
tantas cosas aparte juntos.

Vase, cerrando la ventana D.ª ELVIRA *e* INÉS.

ESCENA XVI

El REY *y* DON ALVARO, *El* INFANTE DE ARAGÓN *y su* CRIADO, *La* INFANTA DE CASTILLA, *a la ventana.*

D. ALV. Pienso que no es el Infante.
REY. ¿Quién será?
D. ALV. Pablillo es;
no me engaño.
REY. Pague, pues,
la burla de hacerse Infante.
D. ALV. Loco ¿qué estás haciendo?
REY. ¡Ah necio! ¿qué estás haciendo?

(*Dando de espaldarazos.*)

PABLILLO. Desos nombres no me ofendo
cuando estoy galanteando,
y agradézcolos a vos

D. ALV. ¿Qué, loco?
PABLILLO. Que he conocido quien son.
REY. Si esta la Infanta al balcón,
don Alvaro, espera un poco.
CRIADO. (*Al Infante.*) Otros llegan
INFANTE. ¡Qué rigor!
REY. (*A la Infanta.*) Bien la música asegura
que vuestra alteza procura
hacer cielo el mirador.
INFANTA. ¿Y qué es lo que tiene ese cuidado?
REY. El Infante de Aragón.
INFANTE (*Aparte.*) ¿Oísteis aquí la razón?
CRIADO. A vuestra alteza un nombrado.
INFANTA. El Infante se podía
quedar ya con mis razones,
pues que son sus pretensiones
para tratadas de día.
No con armas ni denuedo
mi inclinación venceréis
que es mi condición, diréis,
muy fuerte, yo lo concedo;
pero ser de otra manera
me pesara, porque estoy
contenta de ser quien soy
poco alabada. (*Vase.*)
REY. Escucha, espera
INFANTE. ¡Válgate Dios por mujer!
Si entrara armada de Aragón
en Castilla, agravios son,
si en servir y pretender
me has ofendido, también te ofendes.
¡Vive Dios que he de quedar
a Castilla hasta alcanzar
la deidad que me defiendes (*Vase.*)
REY. (*A* D. ALV.) La infanta fue mi hermana.
D. ALV. Cansale el atrevimiento
del Infante
REY. Andar intento
hasta que de la mañana
la luz vea

ESCENA XVII

El REY, DON ALVARO, RUY LOPEZ, *con rodela*

REY. Rey mío,
cuando tenga voluntad
de saber tu majestad,
aun no he perdido yo el brío
de galán y desenvuelto,
veráse, pues procuro
su gusto, era más seguro
llevando el escudo suelto.
REY. Con calor tan entrado Mayo,
y el fresco tan agradable
¿siempre me habéis de buscar?
Cansada cosa es un ayo
REY. No, señor, como ayo no,
como vasallo y criado
te busco, que me has dado
a esta esfera se extiende o
Pero ya que es tarde ahora
supuesto te revelas,
porque ya sabes que estorbas
a la Reina, mi señora.
REY. Ruy López, yo lo haré. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

REY, RUY LÓPEZ Y DON ÁLVARO

REY. ¡Ah! don Álvaro, escuchad:
que en vos á su majestad
la salida pongo.
Si no es el Rey no salga:
sabe perdonar locuras,
por si mira bien en vos
tales vuestra compañía.
La salud y autoridad
andando de noche pierde,
y es menester que se acuerde
de las dos su majestad.
Y ansí, aunque sois mozo viejo,
sois hombre ya de razón,
y tenéis obligación
de darme mejor consejo.
Nieto de ilustres abuelos
nacisteis, ¿qué os queda?
Naturaleza os dotaba
no causéis estos desvelos.
Al Rey seguir é imitar
es bien á vuestro linaje,
que, aunque va barbas, sois paje,
y os mandaré castigar. (Vase.)

D. ÁLV. Cuando tales pagas dé,
¿tengo yo miedo á mis labios?
Del Rey son estos agravios,
por el los pienso sufrir.

ESCENA XIX

EL REY Y DON ÁLVARO

REY. Álvaro, ¿que es esto?

D. ÁLV. Empleos
de Ruy López. Me ha rendido,
porque de noche pasando
hame quebrado los ojos
con tus injurias aquí.

REY. ¿Cuántas fueron?

D. ÁLV. Cinco ó seis.

REY. Tantos estados tendrés
como sufristeis por mí,
baldones del Condestable,
que he de ser agradecido
pues con vos, Álvaro, ha sido
mi voluntad tan mudable.

D. ÁLV. Hacerme de nuevo puedes,
pero yo amo esa hechura,
mas agravios pretendiera
habiendo de ser mercedes.

ESCENA XX

DICHOS Y JUAN GARCÍA, CRIADO DE RUY LÓPEZ

GARCÍA. (Ap.) ¡Perdone señor Álvaro,
el Condestable impaciente,
pues me dijo claramente
que no era hombre y era oro!
¿Es vuestra alteza? (Al Rey.)

REY. ¿Quién es?

GARCÍA. Criado de Condestable
Permitid, señor, que os hable.

REY. Levantad.

GARCÍA. Beso tus pies.
A la Reina mi señora
de cuenta de una traición,
y he tenido temor, gasto
de darle en sus reales manos,
por lo que trae ha enviado.

REY. Mirad bien lo que decís.

GARCÍA. A su hijo don Luis,
que es de Murcia adelantado,
un correo en que le manda
que al rey de Granada entregue
á Lorca, y antes que llegue
con esta injusta demanda,
vendrá á Madrid el correo,
porque va nombrado por él
Vedme después.

REY. (Aparte.) Mayor crueldad
ardid en esto, ya le veo
ciego me trae, mis enemigos. (Vase.)

REY. Pues veré las cartas presto,
suspenderé el crédito en esto.

ESCENA XXI

EL REY, DON ÁLVARO Y RUY LÓPEZ

REY. No hace provecho á los vasallos
un Rey, aquese se ausenta.

REY. No hace mal,
mira la majestad real
con que trae nuestro cuidado,
destas esta el premio cierto
de un hombre que habiendo sido
tan leal, ha pretendido
á la vez lisonjear
su buena fama y mostrar
á los extraños y amados.
¿De qué sirven las hazañas
que en la guerra hacéis ganado,
si tan mal cuenta han dado
vuestras locas sinrazones?
De las que estos días veces
que en vos descubro esta vez
testigo soy y vos juez
¿No fuera mucho mejor
nuestro mozo, que el honor
de tratar á la vez?
Gracias á la noche dos
por los buenos que me ha hecho
por ella de vuestro pecho
con la maldad hoy.
Ahora sí que Rey sois,
pues como rey, á mi afrenta
le dais en vuestra ausencia
tras con que se pueda vengar
mi sangre de vuestra cara
hasta que os mande esta cosa

REY. Mucho olvidáis, señor,
y no quiero castigar
si me podéis perdonar
sereno voy declarando.
De pechos desde el dolor
tan excesivo y tan fuerte
que á veces me mate,
que os mandé prender
los servicios de aquel (Vase.)

ESCENA XXII

Rey y Don Alvaro

D. ALV. Turcas hacen tus enojos,
cristiana tratan tus mercedes.
Espanto son las paredes
ya Rey López. A los ojos
les falta luz.
REY. Los despechos
son que ya traición ha dado;
que siempre turba el pecado,
y aun, pues mucho que le siga
el que á la bandera sigue
D. ALV. Sueles ser más templado;
él no ha hecho tan mala hazaña;
pienso que has de arrepentirte.
REY. Alvaro
D. ALV. Señor.
REY. Cenarte
quiero la espada mañana
darte en la cabeza á mi hermana.
D. ALV. Beso tus pies.
REY. Gentil hombre
de mi cámara, se nombre
ya don Alvaro de Luna,
que de su guarda fortuna
quiero que el mundo se asombre.
(*Vanse.*)

ESCENA XXIII

Rey López.

¡Hola! criados. Garcia
¿aun no hay luces en mi cuarto?
Sombras y figuras veo
de las desdichas que paso.
Reverendísima cara ¿qué es esto?
Estás en el alma trazo,
aun mi vestido me carga,
¿Pajes? ¿Hola de un año?
pesan tanto, pueden tanto,
que mi valor al cielo eleve?
¿Fueron palabras ó rayos?
¿Yo sin honra, yo traidor,
y á tal mala cuenta he dado
de mi honor á la vejez?
«Como? por qué, donde, ó cuándo?
¡Ah, Reyes, estáis por
me matáis? Ay diez años
antes me hubiera muerto,
dichoso fuera y honrado
¡Que vida amable la vida,
á no solo me haga daño!
¡que mucho, si era forzoso
que nace ese desdichado?

ESCENA XXIV

Dicho y salen el Rey y Don Alvaro

D. ALV. Voces da sin luz y á escuras.
REY. No parece gente, y gritos.
REY. Mas rey, ¿eres gran señor?
¿Cómo de tu esta lealtando
que en estos desmoros
vencio en anda uces campos?
¡Ah, fortuna! ¿de que sirve
que en estos años pasados
me dieses honras y riquezas,
si de un golpe me has quitado
el honor en la vejez,
cuando suelen los ancianos
tener ya su honor seguro
viendo los naufragios
de la juventud ociosa?
Bien dicen que el hombre es árbol,
hojas y flores produce,
su belleza son los ramos,
sus riquezas son las flores,
compitiendo con los rayos
del Sol los arreboles
de las nubes de oro
en colores y hermosura
Sopla el cierzo, sopla el austro,
y antes de llegar el trato,
pimpollos verdes y lozanos
desafian en la campaña
verdes blasones de Mayo.
¡Ay, honor! ay, vejez mia!
¡ay, hijos ausentes, tanto,
que ya verme no podreis!
Lucas de la muerte paso.—
Rey de Castilla, yo ruego
al tu fortuna! resto y santo
de tu fortuna, ¿por que
me has hecho tales agravios,
que traidor me llamas? Yo
honrosos timbres he dado
á las armas de Castilla
con esta espada, este brazo,
seis batallas he vencido
y seis treinta y dos años
á tu padre y á tu abuelo;
con amor de padre y ayo
te crié, tu bien deseo:
«en que te ofendí ¿que hago? —
«Rey Lopez, á mi me ha dicho,
que sois traidor, y me espanto
que deis vos tan mala cuenta.»—
Rey mio, mirad que engaños
padece el hombre, y la envidia
á veces suele cansarlos. —
«Ya Rey Lopez he creido
lo que me han dicho, y no hallo
disculpa á vuestros errores;
estad preso, retraos.»—
Pues apelo á Tribunal
de Dios, que es Rey soberano.—
Señor, yo vengo á juicio,
leal sois, castellano
monarca, bien lo sabéis;
«por que sirvo este trabajo?—
«Rey Lopez. —Señor, ya tiemblo,
Rey eterno, de escucharos —
¡Oh cuando hubieras servido
á mi Madre y á mis santos
como al Rey: tu fueras bueno,
como el mundo te ha llamado!—
Señor, si los corazones
veis solos, y los humanos
reyes no los pueden ver,
sólo á vos, Rey justo y santo,
servir deseemos los hombres.»

D. ALV. [illegible]
REY. Pero [illegible]
D. ALV. Gente baja viene.
REY. Vamos (*Vanse.*)
REY. ¿Con quién me consuelo,
triunfos, hijos y grandeza?
¡Ah, Juan García! ¡ah, hijo mío!
con [illegible]
¿Dónde estás que me consuelas?

ESCENA XXV

REY LÓPEZ y HERRERA, *con una luz.*

HERRERA Señor, esta luz te traigo
con recelo de enojarte,
triste de haberte escuchado
si yo fuera tan discreto
que, como prudente y sabio,
te sirviera y agradara,
me echara á tus pies, rogando
que me dejaras por muerto.
REY. Herrera, desdichas pasa
García, que á por verte,
á consolarme no ha entrado
Vete ahora fuera. ¡Ah, García!
(*Vase retirando* Herrera.)
Hijo, mira que te llamo,
¿cómo no por qué me desmayo?
Tengamos valor, no seamos
pues que seguros estamos.
Mas ¿qué valor puede haber,
si en la hombre me ha tocado
un rey de España? ¡Ah, García,
hijo... ¿para qué te llamo?[1]
(*Vase.*)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

HERRERA y otro, *de camino.*

HERRERA

Pues llegas á Madrid hoy, de Sevilla,
escucha, Garcerán, las novedades
de este imperio español y desta villa,
metrópoli y de sede de majestades.
Del segundo don Juan, rey de Castilla,
que de, bien á alcance las edades,
ayer se coronó la hermosa frente,
ya sea con los rayos de Oriente
Quererte yo decir la diferencia
famosa de aparatos, gente y galas,
sin retórica griega ni elocuencia,
era pedir á Dédalo sus alas
Excedió la católica prudencia
las tarascas de Júpiter y Pasas,
y la hasta ya, de español y griego llena,
en metro esta escribió don Juan de Mena
Ruy López no [illegible], pues este día,
en su casa le tienen retirado,
ascalbo de las cosas, y no [illegible]
mas ¿qué nuestro varón tan envejado?
Aquel valor, aquel brío y gallardía
con que tuvo este reino alborotado
el Infante, la osadía y presunción,
que la soberbia humana, este fin tiene.
Ese concurso popular que miras,
ese tropel confuso de la gente
que en esa plaza ves y admirado miras,
una justa es real y acción valiente
¡Oh, magnífico hazaña en cuyas aras
a eternizar tu nombre eternamente
Mantenía don Alvaro de Luna,
mancebo á quien aplaude la fortuna.
(*Dentro.*)
Mas ¿qué rumor es este tan grande y desta?
¿Alguna novedad ha sucedido
El Rey desciende apriesa de su asiento
don Alvaro cayó ¿es esa herida
Con tal magnanimidad y sentimiento
el pueblo se aterró, que es de querido.
Con algunas el Rey a vez se sube
¡oh, cuánto a virtud de un hombre vale

ESCENA II

DICHO, y SACAN A DON ALVARO *desmayado entre dos;* el REY, PARLILLO *y gente desarmados*

REY. ¿Esta muerte?
PARLILL. No, señor.
REY. Buenas nuevas me has traído.
Dé las armas quitando,
no le toquen [illegible]
Don Alvaro, vuelve en ti,
advierte que es caída,
si da pena á tu vida,
que la de dar la muerte á mí
Nunca yo me coronara
si me hubiera de costar
tan disgusto, tal pesar,
mas ya no á ser Rey llegara,
pues en hay [illegible] blasón
[illegible] que quiere ser,
que estar gozando de quien
es dueño de su afición
Si [illegible] pena te otorgo,
esta [illegible] gallardía,
que no quiero la corona
si ha de perder tu amigo.
PARLILL. Alguna vieja bellaca
de [illegible] le metió,
porque aquella que llega
á cuarenta, no se saca
[illegible] por no matar
Si yo a ser poder tuviera,
de [illegible] y [illegible] cuera,
y apriesa [illegible] á rezar
viejas, ni vivan ni beban.
REY. Sus pasos no fuerza están
¡Ah, señor de Marialva!
¡Ah, marqués de Santistevan!
¡Ah, duque de Alburquerque! ¡ah, conde
[illegible] de Santisteban!
¿Ninguno de ellos me oye?
Muertos, pues que no responde
PARLILL. Si [illegible] no [illegible],
aquí [illegible] de esa callando,
porque [illegible] temido
con más títulos, que son

[1] En el mismo hojo mira que te llamo.

puestos de sazon gustosa
que le volverán su vida
Voy á estar aderezada
una dama medrosa
porque comprado no habia
cierto coche su marido,
y en, llegándose á todo,
salimos en vano desta
Quite al marido de alto
mas triste que escura noche,
Llegue y diré: «coche, coche»,
y al momento vuelvo en sí.

REY. ¿Amigo, amigo...? [1]

D. ALV. Señor,
¿con ese nombre querés
darme vida?

PARILLE. (Ap.) Ojos ¡que veis!
¿esta es lástima ó es amor?

REY. Castigo demo de ser,
que á desobedientes contrasta,
pues de enojo te vi, ¡basta»,
volver que este á correr.

D. ALV. Ejemplo fue mi caida
de que, aun en burlas, es ley
que la palabra de Rey
sea siempre obedecida.
Si la vida ó muerte das
con mandarlo desa suerte,
yo aprenderé á obedecerte
sin replicarte jamás.

REY Sangrese ahora que empieza
á alentar con priesa tanta.

PARILLE. (Ap.) Su mucha alteza me espanta.

D. ALV Los pies beso á vuestra alteza. (Vase.)

PARILLE. Luego bien dice á ese intento
un doctor moderno que hay,
que en soñando uno que cay,
ha de sangrarse al momento.

ESCENA III

El REY, PARILLOS, *un criado y luego un* ALCALDE.

CRIADO. Un alcalde quiere ver
á tu majestad

PARILLE. ¿Alcalde?
No ha venido acá de balde
hu d, que es querrá prender

REY. Entre y despejad.

PARILLE. Despejo.
y entre

ALCALD. Como me mandaste,
tengo, señor, secuestrados
los bienes del Condestable.
Ya truje en el correo,
porque le alcanzaron antes
que entrase en Murcia. Estas cartas
son los despachos y el parte
que llevó.

REY. ¡Valgame Dios!
¡con qué temores las abre
la mano, que ya en el pecho
mil temores me reparte!
Carta, si no eres leal,
flecha serás penetrante,
tocada en yerba cruel,
que el corazon me traspase.
Mas ¿como es posible, cielos,
que en aquellas canas falte
la generosa realtad,
timbre de su ilustre sangre?
Temerosamente leo
¡Plega al cielo que no halle
en vez de tinta, veneno,
y en vez de letras, un áspid!

ALCALD. (Ap.) ¡Piadoso se muestra el Rey!
Dios muchos años le guarde.
¡Que tristemente que lee!
Miedo me ha dado el mirarle.

REY. (Ap.) Esto es hecho. ¡A Dios pluguiera
que palabras semejantes
leer no hubiera podido!
¿Hay mayor traicion? Alcalde.

ALCALD. Señor.

REY. Para hacer justicia
os doy mi poder bastante
Toma esas cartas y haced
lo que importa á casos tales.
Id luego á reconocer
la casa del Condestable;
poned guardas en ella.

ALCALD ¿Y al correo?

REY Ese soltalde,
que sin duda está inocente,
que si llevaba el mensaje
sin saber á lo que iba,
¿que culpa tiene? ¡Ah, mudable
Ruy Lopez, que á tu vejez
tales afrentas buscaste!

ESCENA IV

El REY, y DON ALVARO *con banda*

D. ALV. Señor, á pedir me envia
en su prision el Infante
que le vea y que te pida
licencia.

REY. ¿Ya te sangraste?

D. ALV. Sí, señor.

REY. ¿Como te sientes?

D. ALV. Mejor.

REY Visitale.

D. ALV. Dasme
mil favores. Tus pies beso.
Pero, señor, tu semblante
muestra tristeza, ¿que tienes?

REY. Alvaro, que son verdades
las sospechas de Ruy López.

D. ALV. Señor, envidias hacen,
tal vez, aparentes culpas.
¿Cuántos pequeños y grandes
han padecido sin culpa!
¿Aquellas canas y sangre
tan ilustres, aquel hombre
que á tu abuelo y á tu sangre
sirvió tanto, puede ser
traidor?

REY. Tu verdad le ampare.

(*Vase el* REY.)

[1] En el original falta uno de los «amigos»; pero consta en el manuscrito

ESCENA V

[illegible]

Corazon, temamos [illegible]
sirvanos de exemplo grave
la desdicha de Rey Lopez
Mas ¿qué mucho? Condestable,
«Cesar bueno es lo que importa»
despues una vez sereis ante
es mi parecer la cautela,
o va temeroso o va constante,
obremos bien y sucederá
yo he de poner de mi parte
obrar bien [illegible], de la nueva,
haz aquello que gustares (Vase.)

ESCENA VI

Rey [illegible] y Garcia.

REY. Si mi descanso deseas,
al paso que te he querido
es bien que estando afligido,
ni me hables ni me veas.
Si con la ausencia a mi hijo
de mis hijos, ¿como ans..
Verdugos todos en ti,
¿que amor te ha hecho mi hijo?
te has retirado de veme?
Ya se que pena tendrás
en el estado en que estoy,
bien se que tu amor no duerme,
que mi mal te ha despertado,
pero en el valor constante
no ha de mostrar el semblante
la fatiga ni el cuidado.
Ten paciencia, pues que sabes
mi inocencia y mi verdad,
no te admire la crueldad,
porque en los sucesos graves
se ve el animo leal.
mira Juan lo que te estimo,
que yo soy el que te animo
a que no sientas mi mal.
Mas ¿que mucho, si lo sientes
mas que yo, que yo te animo,
y que tu presencia estimo?
Ea, rapaz, no te ausentes,
ni te alejes mas de aqui,
que el verte me ha consolado,
y teniendote a mi lado
llueven desdichas en mi.

GARCIA. ¿Luego [illegible] te consuela,
y es tu hado?

REY. Calla necio
no fue el decreto desprecio
de tu honrada parentela,
que espero en Dios que has de ser
cabeza de un gran Estado,
como a cavalleria no ultraje
mi verdad y mi poder

GARCIA. ¿Y puede vivir con gozo
quien ve ans a su señor?

REY. Si mañana estuviera muerto
(Aparte.) ¡Y que me quiere este mozo!
Cuando mis bienes y males
se restaran en cero,

cierto corresponderá al c
tiene razon y dara señales
y muestras mi grande amor
de la alteza en que le dejo.
aunque contigo no es nuevo
ser liberal tu señor

(Saca [illegible] un collar.)

Toma esta joya, Garcia:
quiza sera la postrera
que he de darte, y si la viera
mi hija doña Maria,
no la diera la mas?
Estimala tu, Valdés:
culpa los hados, no a mi
si va mate de veras

GARCIA. Mi señor, merced es esa
que agradezco. Cede y pasa...

ESCENA VII

Dichos y un Criado, *luego* un Alcalde

CRIADO. Un alcalde ha entrado en casa
REY. Vuelve a esconder aprisa.

(Quitando un cuadro, [illegible] sale el Alcalde.)

ALCALD. Dios guarde a vuestra señoria.
REY. Señor Alcalde, en buen hora
a esta casa venga.
GARCIA. (Aparte.) Agora
ha de conocer que es mia
la causa de su prision.
Retirarme me conviene,
que, aunque es vieja, valor tiene
y le ayuda la razon

ALCALD. (A Garcia.) Dejadnos vos.
GARCIA. Si hare (Vase.)

ESCENA VIII

Rey [illegible] el Alcalde. Luego un Criado.

ALCALD. Vuestra señoria de licencia
para esta silla de respaldo.
REY. No es menester que la pida,
ya la doce Rey, mi señor,
dueño feliz de Castilla.

(Quitase el Alcalde sentar en la silla del dosel y vuelve a volver.)

Señor alcalde, esa silla
es una silla de honor:
mi casa la reservo.
no la vuelva, no use de la
Reyes se han sentado en ella,
pero pocos hombres no;
cuanto mas hidalgos. Hoja
traed en que estén sentado
aquí el señor [illegible].

ALCALD. (Aparte.) La vanidad española
murmuran los extranjeros,
¡En que punto se entremete!

(Sale un Criado con un taburete.)

CRIADO. Aquí está un taburete
ALCALD. Mientras [illegible] y cabalgan
estos hidalgos han de ser
de un modo y sin excepcion,
padres de la patria son.
Señor Condestable, haced

...dades, por hacer no esto.
Gobernador de Castilla,
no me dabades la vara,
ni yo os la habia ofrecido.
Poco tenia esta vez
el tiempo, como mudable,
va son mas que Condestable,
pues que soy Gonzalez Lopez.
La dalle cuenta de aviso
no es esto (que ya lo sabeis) es hoy
no soy alcalde, rey sea,
pues no puedo ser reo cierto.

REY. Tanto respeto este nombre,
que no me cuesta poco dado.
Mucha razon ha tenido;
que el que es justicia de reyes
como los demas, reyes
imagen sois, y aun
quita ese sello de alli,
que ya que el que puede des
aquel ejemplo, y cuenta,
pues sus acciones son leyes,
y donde se sientan reyes
sientese la imagen vuestra.

ALCALD. La prudencia y cortesia
son, si pudiera contarlo,
diamantes que mande fuer.
Digame vuestra alteza
que enemigos tiene.

REY. ¿Yo?
No me puedo tener,
porque faltas de poder
a los reyes se atreven,
mas los pobres, ¿pues a quien?
Siempre recto y siempre igual,
á los unos no hace mal,
y á los otros hace bien
Que el hombre de bien, el dia
que agradando al enemigo
le gana para su amigo,
hace una grande hazaña.
El ejemplo en Dios se ve
si esto manda hacer mayor,
cuando gana un pecador
que antes su enemigo fue.

ALCALD. No conozco persona
daña en esta ocasion
¿Cuyas estas firmas son?

REY. Una y otra es firma mia.

ALCALD. Reconozca bien.

REY No creo
que las tengo de negar
vos vendreis a mirar,
ambas son mis firmas

ALCALD. (Disimule los pliegos y lea.

REY. (Leyendo) Firmo don Pedro luego que vieres esta, entregad la ciudad de Loxa al rey de Granada, y sea de suerte que se entienda que se perdio acaso y no la entregasteis.»
¡Valgame Dios, como acierto
a decir tales razones,
y leyendo estos renglones
en piedra no me convierto?
¿Como no me he quedado muerto
mirando a vision tan fea?
¡Que haya un hombre que esto vea,
y que pueda estar ans!
Que sea mi firma esta,
y vea esta carta en
Ruy Lopez, con el veneno
destas razones en
Mentis, Ruy Lopez, mentis,
mentis Verdes, que Bueno.
¿Para cuando guarda un trueno
con un relampago fiero
el vapor que se convierte
en agua en luna de Mayo?
¿Para cuando guarda un rayo...?
¡Muera, muera la muerte!
(Lee el otro papel.) «Poderoso rey de Granada: para cumplir con vuestra majestad, he escrito lo acaecido de Marcela, mi hijo, que os entregue a Loxa. Hacedlo al punto, y cumpla vuestra majestad lo que ha prometido.»
No haber no puede otro mal
tan espantoso y tan fiero,
y con esto ya no muero,
debo de ser inmortal.
¿Que de mi se escribe tal?
¿Y la firma de Juan Garcia?
Cuerpo de la tropa mia,
¿Cuando parezco yo,
que, siendo Juan, le vendió
el que en su plata comia?
¿Como no es esta razon
vengativa en cruel?
Mas mi honra pesado por el
que por mi honra lo son
Estas las lagrimas son
del villano que vió helado
el áspid, y le ha abrigado
para su mal en el pecho
áspid fue, y el mismo ha hecho,
áspid fue, mas no pasado.
Muevate tanto dolor,
Garcia, de la verdad
pero ¿cuando hubo piedad
en el pecho de un traidor?
¿Asi se paga un amor?
¡Ah, cielos! Dadme ah
cartas que yo no escribi,
cartas que yo he de llorar,
cartas que me han de costar
la vida y honra ¡ay de mi!

ALCALD. Cuando entraba vi esconder
mesa escritorio ah.
Perdonad, señor, que ans.
mi oficio debe hacer
(Ap.) (Sus iras deben de ser

(Vase el Alcalde.)

ESCENA IV

REY

¿Cuando hallara el alma mia
consuelo en tanta agonia?
Dentro de mi mesmo perdido.—
Garcia, ¿en qué te he ofendido?
¿Que mia, te he hecho, Garcia?
¡Oh, quien al traidor cogiera

Vuestra alteza acabara'
¡Oh, vuestro!
¿Esto dice? No se hicieran,
que el azote á Dios quitara,
de su mano
No en balde fue mi enemigo
Dios castiga mi pecado.
Instrumento
fuese, traidor de mi castigo,
aquese á Dios enojado
mi tormento.
Yo vine en mi juventud
con mi capa y con mi espada
á pasear;
dióme dicha la virtud,
sustenta gran señor de nada,
bien despacio.
Cuarenta años he vivido
con dicha y contra intinta,
y ahora apresa,
destas pocas pascuas he caido,
si Dios lasdia y las quita,
no me pesa
Al ataud y á la cuna
una misma forma damos
nuestra muerte
fué mesa de la fortuna,
¿qué aucha? Todos nacemos
de una suerte

ESCENA X

Ruy López y Herrera

Herrera. Aunque no quieras, señor,
he de arrojarme á tus pies,
perdone esta vez mi enojo,
y mi respeto tambien
Cuando á un hombre como tu
llegan, señor, á prender,
¡bien fundada está la culpa!
¡bien informado está el Rey!
Bien se que tu gran virtud
en Castilla un templo es;
bien sé que eres inculpable,
tu virtud y tu honor sé,
mas si enemigos te han hecho
que voces sobre tu hacer,
en las lunas de palacio,
salvar las vidas es bien
Huye, que el rey de Aragon
dará mi pecho á tu vejez
tu mocedad será sol,
nubes destierra despues.

Ruy. Herrera ¿ésta me aconsejas?
pues si yo me ausento ¿quien
volverá por mi honra?

Herrera. Yo,
que tu esclavo pienso ser.
Mi hacienda vendré, señor,
cuando sea estar mitre
la tuya Diez mil escudos
tengo agora en mi poder
en una cama escudados,
lleva para tus viajes
á Aragon, ya van delante.
Con los cuatro pleitearé
hasta defender tu honra,
y Castilla ha de saber
que Ruy Lopez es leal.

Rey Y que tu lo eres tambien.
¡Ay, hijo de alma mia!
ya conozco que peque,
no contra el Rey, contra ti.
pues á un villano cruel
quise más.

Herrera. Un buen caballo,
fuerte de manos y pies,
te esta aguardando, camina.

Rey. ¿Qué mal me puedo mover!
Como no estoy enseñado
á huir..

Herrera. Pues yo sere
Eneas de un nuevo Anquises.

Rey ¡Ah, destos mis marques
de Valencia! les dijiste,
los dos ejemplos se ven
de traicion y lealtad
Pagueteo Dios tanto bien (Vanse.)

ESCENA XI

El rey Don Juan y Don Alvaro

D. Alv. Vive Infante, y aunque espera
que venga el Rey de Aragon
á sacarle de prision
con guerra ó paz, no quisiera
la libertad de ese modo,
señor, te suplico pienses.
De tu aliento y voz depende,
ya esta arrepentido, y todo
se rinde á tu voluntad
para que su dueño seas.
Señor, si quietud deseas,
cásele tu majestad
cásese ya norabuena
con la Infanta, mi señora,
cuyo dote será agora
el estado de Valencia

Rey. ¿Que pides tu quimera?
Alvaro, ¿no has conocido
que es el Infante atrevido?
Y aunque casado pudiera
sosegar de su valor
el ímpetu fervoroso,
siendo de la Infanta esposo
temo que ha de ser peor.

D. Alv. No te quiero responder
La mano te beso y callo
la obediencia del vasallo
es callar y obedecer.

ESCENA XII

Dichos, y Pablillo con el cofrecillo

Pablill ¿Qué joyas son las que tiene
un cofrecillo cerrado,
que con él me hacéis cargado?

Rey. ¿Viene la Infanta?

Pablill. Ya viene.

Rey. Ruy Lopez las recataba
sin duda que joyas son
de estima.

D. ALV. (*Aparte.*) ¿Qué tal varón
fortuna este bien guardaba?
¿Has visto lo que hay en él?
REY. Aguarden tempestades
y lo veremos.
D. ALV. (*Aparte.*) (Ya están
sus riquezas contra el...)

ESCENA XIII

DICHOS, *la* INFANTA, DOÑA BEATRIZ *e* INES

INFANTA. Vengo con gran sobresalto.
Pesame de haber salido
que el Condestable se ha ido.
REY. ¿A dónde?
INFANTA. Dice que a Aragón.
D. ALV. ¡Aquí viene venerable
el cuidado en este sitio!
REY. Si el Condestable se fue
¿quién será mi Condestable?
PARRILL. Yo, señor.
REY. Ya de un tirano
que me quería vender,
libre me he vendido ver.
Ruy López, el castellano,
que tal traición cometió,
por justo derecho y ley
en desgracia de su rey
por sus delitos cayó.
De sus estados y hacienda
le despojo, a otros se den
que lo merezcan más bien,
y porque el dueño se entienda,
don Alvaro, vuestro heredia
los que en este papel van
D. ALV. (*Lee.*) «De don Alvaro serán
Arcos, Arjona, Maqueda,
la aduana de Sevilla,
el conde, duque y marqués
de estos tres estados, y es
Condestable de Castilla.»
D.ª ELV. Inés, dame el parabién
de estos estados, pues bien puedes.
D. ALV. Los cielos a tus mercedes
agradecimiento den.
¡Ah! desde la edad suprema
de aquel ave generosa,
que plumas de nieve y rosa
en ascuas de mirra quema,
la que ciclos y tumbas hace
donde acaba y eternaza,
pues gusano, ave y ceniza,
muere, expira, vive y nace
Pero, señor, yo no quiero
que las llamas amortigües;
deja que agite tus ardores,
deja sea yo el primero,
en la guerra peleando,
vayan rindo, vaya muriendo,
honras y merecimientos,
mercedes no gastemos
porque no eviten de mi
apasionada lealtades
que en sangre y en victorias
tus favores reciba.
PARRILL. Acepta, bárbaro, acepta,
que es hacha descortesía
D.ª E... (*Aparte.*) ¡Oh, qué vana bizarría!
INFANTA. (*Aparte.*) Necia, grandeza y destreza
REY. Ya que merecéis no queréis
en que os pague primero,
darle ese gusto quiero,
pues estáis ya lo que sois etes.
¿Qué mas fineza ha de ser
el desearte os dar
que el pretenderlo y estorbar
tu magnanimidad y poder?
PARRILL. Basta, señor, ya que llamas
fineza, y este rompamos.
(*Por el cofre.*)
REY. Sí, abrid pueblos, repartamos
las joyas entre las damas.
Para mi hermana ha de ser
la que sacaremos antes.
(*Abren el cofre y sacan una disciplina.*)
PARRILL. ¡Lindo ramal de diamantes!
¿A quién la queréis hacer?
REY. Para doña Elvira quiero
una joya
PARRILL. (*Saca un dildo.*) Y sea de fama.
¡Lindo mote para dama
de palacio! Es lo mismo
es el señor cotejo
¿Que don sus bujerías
para estas señoras mías!
¡Caprichoso cabestrillo!
Su nombre ilustre no pierda.
Portacarreto ha de ser
¿por que la queréis hacer
doña Elvira de la Cerda?
(*Saca una mortaja del cofre.*)
REY. Que esta es mortaja imagino.
INFANTA. Joyas son estas de nombre
REY. ¡Que esto tuviese tal hombre!
PARRILL. Entierro del Saladino
es este repartimiento
de joyas.
D.ª ELV. Todas son tales.
REY. ¿Qué son esos?
D. ALV. (*Lee.*) Memoriales
de pobres
REY. Lástima siento:
cartas que yo le escribí
cuando en la guerra asistía
son estas; la letra es mía.
¡Don Alvaro, estoy sin mí!
D. ALV. ¿Pudo tener tal intento
quien puso en esto cuidados?
REY. (*Lee.*) «Memoriales de soldados
mandas de mi testamento.»
«A mi hija doña María
aquestas joyas le dejo,
porque le sirvan de espejo
en que verse cada día.»—
Estoy en llanto deshecho
viendo caso tan extraño.
Don Alvaro, aquí hay engaño.
D. ALV. Este secretario ha hecho
sin duda alguna traición,
y mal por bien ha pagado.

ESCENA XIV

[illegible]

CRIADO. Señor, en Castilla ha entrado
Alonso, rey de Aragón
a cobrar su hermano viene
con armas y gente.
REY. Vamos
porque á pasos se ganan.
(Ap.) (Si no este caso me tiene.)
(Vanse.)

ESCENA XV

Don Alonso, rey de Aragón, Señores, Luego Rey Don

DON ALONSO

Sabed cuanto de guerra
vengo pesando en esta tierra,
y sepa el de Castilla
que Alfonso el de Aragón tiene castilla,
cuyo derecho acero
a Alcalá venció y templó primero
El Infante, mi hermano,
vendrá de la prisión que por mi mano

REY LÓPEZ.

Rey de las vascas desde por Tarteya
rey don Alonso de Aragón, abuelo
a un valeroso nieto de agravios lleno,
que dos reinos de tu hijo pretende
Este, de cuyo castigo al campo armado
un arroyo de lágrimas de sangre,
ayer, ¡Ay que vez no cumplida alguna,
espectáculo cruel de la fortuna!
Esta espada que ahora es simple ornato
hasta vencida de estas canas,
aquesta fue de bronce apercibido
de las huestes mayores y africanas
Por persuasión artera de un ingrato
a dejar las estancias soberanas
a nuestros padres de abismo,
que toda esta grandeza hay de mi mismo
Por extrañas costumbres, peregrinas,
bisnieto esparto, aunque de fuerte,
me nueva a la vez, fuerte diestro
en ejército, y rey prudente
El Condestable de Castilla vive
le vence a tu valor, y en vano envía,
a cuerpo rey, a nuevo sol romano
el que a tus plantas generosas yace

ALFONSO. Ruy López, el castellano;
Condestable, leyendad
que hemos de que llamen *el bueno*
esta tierra no ha de estar
en mis brazos s—
REY. Señor,
¿pues vos mismo os humillais
para levantarme á mí?
D. ALF. De esa manera fuera de estar
de ser vos tan desdichado,
pues ya es fuerza que vuelva
en mi reino, y ¿Ay de Dios!
(aparte) no ha de hablar,
que no olvides a Castilla,
aunque el Rey, como leal,
vuelva a hacerlo, quiera
haceros mercedes. Ya
Napoles ha de ser hoy,
la gusto que me ha dado
los trofeos que en Castilla
ganastes de tedeas
REY Dichosa fue mi desdicha
no es perder, sino medrar
el buscar, rey Alfonso
del enojo de don Juan.

ESCENA XVI

D[illegible] HERRERA

HERRERA. Dame albricias, duque mío,
el bueno, el santo, el leal,
el que Castilla perdía,
pues ya [illegible]
REY Pues ¿qué hay de nuevo?
HERRERA Sal[illegible]
La sentencia escrita tiene,
que he sacado a verdad
REY. (aparte) Alonso, los muertos y vivos
desde proceso, decimos que debemos
absolver y dar por libre de la culpa
que se le probaba al Ruy López
de Avalos, el *Bueno*, Condestable de
Castilla, y de grandes prendas y fe
nos ha hecho vasallos de Rey, nuestro se
nor. Y así en este debemos condenar
y condenamos a Juan García, su secretario, a ahorcar, y hacer cuartos,
por autor de la falsedad y traición.»

Tres sentimientos á un tiempo,
tres afectos en mí están
peleando por salir,
y hallándose igualdad
por competir y ser grandes.
El primero es de alabar
a que es padre de mi honra.
el segundo es la piedad
de cristiano, lo que infiere
con afrenta y pena tal,
y el gozo de verme honrado.
Pero ingrato no seas,
corazón, sea primero
el afecto natural,
del amor que te he debido.
Hijo, abrázame, que ya
por amor te engendraron en mis brazos,
mal hayas de mi sangre
que fuera de no ser este,
gran señor
D. ALF. Yo he de premiar
su lealtad.
HERRERA Yo he de servirte.

ESCENA XVII

[illegible] el rey [illegible] la
[illegible]

CRIADO. Mucha luz y mucha estad
en pocos años, te busca
el segundo rey don Juan.

con su hermana y el Infante
ha llegado.
(*Salen todos*)

REY DE C. Aquí nos trae,
buscando, rey de Aragón,
el amor, vuestra amistad.

D. ALF. A mí el amor de mis primos.

REY DE C. Yo, primo, vengo de paz.

D. ALF. Yo también sólo á pedille
la mano á tu majestad
y á su alteza.

INFANTA. Bien venido
hoy á Castilla seáis.

D. ALF. Don Enrique. (*A su hermano.*)

INFANTA. Mi señor.

D. ALF. Con tan dulce libertad
¿qué prisión no ha sido libre?

RUY. No sé si osaré llegar
á los pies de mi buen rey.

REY DE C. ¡Oh, Ruy López! ¿aquí estáis?

RUY. Señor, temí... no temí...
Llegué á pensar... no á pensar...
Turbado estoy de miraros:
tenéis un sol en la faz.

D. ALF. Yo, primo, para mis reinos,
tenía necesidad
de un consejero prudente,
de un famoso capitán:
la fortuna me ha traído
á Ruy López.

REY DE C. Libre esta,
y así volverá conmigo.

D. ALF. Perdone tu majestad;
juré de nunca dejarle.

REY DE C. ¿Y sus estados?

D. ALF. Ya están
repartidos ¿quién lo duda?
y será dificultad
quitarlos á quien se dieron.
Tantos títulos tendrá
en mi reino.

REY DE C. Desa suerte
no ha sido más de trocar
las suertes, pues de Castilla
á Ruy López os lleváis,
y á mí me deja Aragón
al hombre más singular,
á don Alvaro de Luna,
en quien España verá
que solamente el ser rey
conmigo le ha de faltar.

D. ALF. Yo estimaré esta vejez.

REY DE C. Yo estimo esta mocedad.

D. ALF. Ruy López merece mucho.

REY DE C. Y este ha despreciado más.

D. ALF. Avalos tendrá mi reino.

REY DE C. Lunas, Castilla, tendrá.

D. ALF. Familias serán ilustres.

REY DE C. Pues desa manera, en paz
todo queda. Doña Elvira,
mañana se casará
con don Alvaro, y mi hermana
al Infante le ha de dar
la mano, pues della ha sido
tan cortesano galán,
y el ducado de Trujillo
para dote se le da.

INFANTE. Solo ese título ahora
en arras debo aceptar.

REY. Aquí se queda suspensa
esta historia, por dudar
si hasta la segunda parte
nuestras faltas perdonáis.

SEGUNDA PARTE

ADVERSA FORTUNA DE DON ÁLVARO DE LUNA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

El rey D. Juan de Castilla.
La reina, *su mujer*.
El Infante de Aragón.
La Infanta de Castilla.
D. Alvaro de Luna.
D.ª Juana Pimentel, *dama*.
Grandes.
El Conde de Benavente.
Juan de Silva.
Zúñiga.
Robles.
Vivero.
Un portugués.
Dos ciudadanos.
Un alcaide.
Un secretario.
Linterna, *gracioso*.
Moralicos, *criado*.
Soldados.
Cazadores.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen dos Ciudadanos.

Ciud. 1.° Seas, Nuño, bien llegado,
á los reinos de Castilla,
de los peligros de Oriente,
de aquellas gentiles islas
del mar Tirreno. Después
que, capitán en Sicilia,
dejaste á España, no tienen
el estado que solían
las cosas. El Rey es hombre,
á empresas grandes se inclina.
Niño le dejaste, y ya
conocerle no podrías
á verle sin majestad,
y la diferencia misma
en don Alvaro hallarás.
Otro es ya; mas tanto priva
con el Rey como merece:
consérvele Dios la dicha.
Viudo está, ya lo sabrás;
que murió doña Mencía
Portocarrero, que fue
del señor de Moguer hija.
El Rey, en fin, como sabes,
casó con doña María,
hija del rey de Aragón,
y las bodas en Medina
se celebraron; y ahora
esa grandeza que miras,
ese espanto de los hombres,
esa pompa y bizarría,
ese concurso que ves
en San Pablo, es que bautizan
al príncipe don Enrique,
que en las amenas orillas
de Pisuerga le ha nacido
deste matrimonio. Digan
los críticos las señales
con que los cielos avisan
revoluciones y aumentos
desta feliz monarquía.
Tres padrinos, tres señores
han de sacarle de pila.
Don Alonso Enríquez es
uno dellos; sangre antigua
del mismo Rey, gran señor
y Almirante de Castilla.
El Adelantado es otro;
ya sabes que se apellida
Sandoval, y Diego Gómez
ordinariamente firma
Es don Alvaro de Luna
el tercero: no adivinan
á este propósito mal
políticos estadistas.

Dicen que los dos hicieron
a don Enrique aprehendan,
y tanta el de Condestable,
que quedó de las ruedas
de Ruy Lopez, y que ahora
querrá el Rey que se le pida
don Alvaro, porque ansi
en este bautismo estrañan
los tres oficios que son,
(ya, Nuño, tenés noticia)
Almirante, Condestable,
y Adelantado. La gente
y acompañamientos del vulgo
parece que nos avisan
que salen ya de la iglesia.
A esta parte te retira,
y acompañemos tambien
la soberana Infanta
del Rey, para ver despues
lo que tanto nos admira

ESCENA II

Sale el CONDESTABLE DON ALVARO DE LUNA *con el niño, dos tenientes en una banda en que le llevan, toda la compañía y damas, y sale el* REY *al encuentro. Despues* INFANTA

REY.

¿Como traeis al Príncipe?

DON ALVARO.

Cristiano,
del gremio de la Iglesia, y con su alma,
(como el alma es mas cierto soberano),
su oculto fuego y pensamiento sabio,
en florido Abril, cuando el sembrado
muestra, rasgando la sutil camisa,
en las hojas que son estera breve,
unas listas de sangre, otras de nieve
Cuando el desnudo Infante se miraba
con un ceño arrogar la hermosa frente,
de lágrimas los ojos coronaba,
mas brazo de Adam inobediente;
y apenas del primer botron se ayuda
cuando, puesto el capullo transparente,
alado señala, mas parece
que de trono de Dios se desvasa
Por edades se cuente, y no por años
su dichoso vivir y todo veas
conquistando los reinos mas extraños,
gallardo Anquises deste nuevo Troya.
No atienda a los mortales desengaños,
entre las garras pardas y feas
de la muerte, hasta ver como retrata
la prudente vejez hebras de plata.
Alegrete de ver que excedes y pasa
su edad a la del Fenix matizado
que en árabes aromas hechas brasa,
su cuna y su sepulcro la fue dando.
En esta, ya del sol celebre casa,
de tus nietos te mires adornado,
que con esto, señor, parecerás
al año con sus meses y sus dias
En tus armas conquistar a Granada
mas hermosa del nuevo Enrique, y sea
quien aquesta república cerrada
con flor de nacar en su escudo vea,
que agora, de turbantes coronada,
su parda cerviz arar desea,
mostrando por rubíes y hermosos granos
racimos de valientes castellanos
Este pimpollo de tu Hispano copa
a Castilla dirate los extremos,
pielagos surque en arrevesada popa
cuantos ocultos a nuestros tiempos vemos,
y revienten montes de Europa
hasta que en Asia la mayor parientes,
á pesar de los barbaros atlantes,
Guadalquivir al Tigris, Tajo al Ganges

REY. Dende el tiempo y la fortuna
esa edad y ese trofeo,
que yo mismo le deseo,
a don Alvaro de Luna
Si el gran Filipo decia,
cuando Alejandro nacia,
que el cielo dicha le daba,
porque en el tiempo nacia
de Aristoteles, y diestro
en la virtud peregrina,
beber la doctrina
de tan divino maestro,
yo mismo digo, que un rayo
será este Príncipe temido,
pues en el tiempo ha nacido
que os podrá tener por ayo.

D. ALV. A tanta satisfacion
el alma se rinde ya.

REY. Condestable, bueno está.

D. ALV. Esas palabras no son,
señor, las que os he pedido.
¿Nuestro oficio es esto que fue?
¿Condestable yo, por que,
si á los moros no he vencido?

REY. Esa modestia es bizarra,
como con esa cuchilla
que retrae de Castilla
las banderas de Navarra.
Mayor victoria es vencer
un rey cristiano, que un moro
vuestros meritos no ignoro
Si, ha muy poco, Canciller
a don Enrique, os fuí a ver
que le hayan apadrinado
Almirante, Adelantado
y Condestable, que son
los cuatro oficios supremos
de Castilla. Condestable,
vuestra modestia no hable,
y porque os canseis, andemos.

(Van pasando.)

INFANTA. No ande mas, gran señor,
detengase, que no es cosa
atrevimiento es el mio,
pero disculpa pide amor
Los sabios deben ser
audaces con cortesía
Y vos, de la Astrología
el primer hombre, el primer
conocedor de los cielos,
un signo sois desatado
del Zodíaco arrojado
por tropeles, parabienes,

sumbos, cumbas, epicedios,
pavos, sirios, borceguíes,
galanamentos y galopos,
hierogrifes y cercos
M fama la desenterría,
luz y guía es de hombres
y por aquesto este nombre
el mesmo dado Lisiero,
Heredo levantador
deste admirable portento,
a cuyo claro nacimiento
de Príncipe, mi señor,
verás en esta España
cuanto se ha de suceder.

REY. Estoy cierto de ser
de su grandeza secretaria.
Porque Dios ha decretado
para sí, no ha de sujetar
a hombre, no desconocer
el provecho y recatado
consejo que revela
la providencia. Sabe
adversidades dar aflicción,
su mano a desventuranza,
sabe prosperos mudar
ruinas en confianza,
y si después hay mudanza
en los años y no dan
sucesión de ese modo,
mas nos alegre, y amo,
nuestros hados y
sobre Dios cuanto todo

(Rompe el papel.)

Ningun pronóstico leo,
ni letra ni voluntad,
mas antiguo rompo el papel,
tomad por el mejor deseo.

(Arroja unos cedazos.)

LISTERO. Vivas más que el sol nacido,
Rey sin par, más que es justo
adivinar en tu gusto:
vivas lo que Dios quisiere.
Y el Príncipe que ha nacido,
porque España en César crea,
viva, señor, viva, y sea
lo que Dios tuviere servido.

(Vanse todos, y queda Listero.)

ESCENA III

LISTERO

Aquí, que nadie me ve,
¿dónde está la ciencia mía
en Astrología Astrología,
que yo palabra no sé?
Que no es mucho en mi conciencia,
este mundo de ignorancia
¿hasta cuándo he de callar
con mentiras y desvergüenza?

ESCENA IV

LISTERO y ROBLES

ROBLES. Señor astrólogo...

LISTERO. ¿Pues
ser astrólogo es...?

ROBLES. Mucha que ocupar...

el Condestable

LISTERO. ¿Qué es?

ROBLES. Don Alvaro, mi señor.

LISTERO. ¿Desde cuándo?

ROBLES. Desde ahora.

LISTERO. Es muy dichosa esta hora,
que está en la Casa Mayor
Nadie o Cetro están
en oposición del Can
contra el dragón Tauro.
Y mucho acuerdo y mucha maña
cuando no era Condestable.

ROBLES. ¡Loada memoria!

LISTERO. No daba
Toma la cuarta una.

ROBLES. La aquí cuarta otra.

LISTERO. Dadle bueno. ¿Le dador,
don Alvaro, mi señor?

ROBLES. Ya ha venido, y lo sabra

ESCENA V

DON ALVARO y DON JUAN

D. ALV. Licenciado, ¿se acordó
de mí en aquella figura
que le dije?

LISTERO. ¡Qué locura!
no pregunta a mis oyo
Pues estoy de ello acordadísimo
cosas que espantan, y hablan
de verdad lo que usan
tanto, si esta vez cuando?
El año de cuatrocientos,
que nació dichosamente
tenía pasa ascendente
dos planetas turbulentos,
Marte y Venus. Cada uno
por sí es cuerpo terrible
y Mercurio en casa suya
(ya se sabe que estaba Junio)
Marte estaba de por sí
Capricornio. Tenían
y haciendo las dos cuentas
es que tiene la fortuna
de hacer sucesos notables
con Reyes y Condestables
dados Navarros de Luna
Que desdenados y de Palacios
todos aquellos á quien
hasta en este mundo bajo,
le sean ingratos hados
Echo yo en que así sea,
vencerá vuestra alteza
tres batallas en un día,
treinta villas ganará
Vaya contento y paso
con la fortuna en Madrid,
Toledo y Valladolid.

D. ALV. ¿Y mentira?

LISTERO. En cualquiera.

D. ALV. Pues vuelva con el cuento
Vive Dios, que no he de entrar
tantas veces en Madrid,
para que no me prendan

(Vase.)

LISTERS. Y con aquesa piedra
ser un Josafat de España en Dios,
y otra milagrosa, y cumplidos
estos años, será
D. ALV. ¿Quieres servirme?
LISTERS. Sí haré.
D. ALV. (Aparte.) Mi agradecida condición humana
Hernando de Robles, oiga
ROBLES. ¿Qué me mandas?
D. ALV. Que en aspira
a mostrar con mi valor,
una cosa tengo de hacer
secretamente
ROBLES. Di cuál es.
D. ALV. Oye primero, y después
lo sabrás de tu amiga.
Te he criado y te he tratado
como a mi sobrino. Hoy estás
en el desfavor, por causa mía,
de tu Rey, que tan querido,
me honraba más cada día,
sabiendo que principal,
Tesorero general
eres suyo.
ROBLES. Paga tuya
dos herejes en esta frente,
porque quiso ser sobrino.
D. ALV. Esa mi voluntad fue causa
bastante que ahora intente
esa que tú llamas ofensa,
porque estaba ya ofrecido
mi valor a ser desde hoy
haciendo bien.
ROBLES. No lo creas,
y menos de mí, señor
porque es cierto lo que he dicho
es verdad, es un capricho
pura voluntad de hacerme.
D. ALV. Vete a casa y habla al Rey
por la merced, que te pierde.
ROBLES. ¡Mal me vengaje, que te haces
criado de mi criado,
tal fortuna te derribe,
mientras preso en buen estado!
D. ALV. Seguramente es desatado
el que tan por bien recibe
¿Oyes, Vivero?

ESCENA VI

DON ALVARO, LISTERS Y VIVERO

VIVERO. Señor
D. ALV. También en vos tengo pecho
Su Majestad os ha hecho
ya su Contador mayor
VIVERO. Alejandro, Augusto, Nero,
nuevo César, nuevo Eneas,
cabeza Roma, veas
tiempos y fortuna a tus pies
D. ALV. Esas esperanzas no pido,
mas tres provisiones espero
que sabréis de tener, Vivero,
y os ruego que apercibido
VIVERO. Mueva, señor, de voluntad
de un hombre que tanto os debe con
esingrato corazón
que [illegible] la ciudad.
D. ALV. Hablad al rey, cesad vos
señores.
VIVERO. Pavo sere.
D. ALV. Vete a casa.
LISTERS. Sí, haré
a mudar de traje voy,
porque es justo ser cortés,
por todo lo demás creo
que se debe lo que espero
reconocer merced de ti.
D. ALV. Te llamaras Licenciado
con espada.
LISTERS. ¿Que advertido!
¿Y no he de tratar a quien debo,
y he de haber [illegible] que un soldado
adiestre en Aragón?
Ordéneme vuestra era,
y diga desta manera
cuantas de cortesía
allá en Aragón estudié
con [illegible] Lanuza,
y por este Lanuza,
el alférez Luis Carlos.»
Decir en mi tierra,
otra gracia es locura.
D. ALV. Dame que escriba una
carta a [illegible] dilo[illegible]
allá con lealtad de amigo
el regalo de Gaspar,
y por no saber hablar,
pulirlo por mi un testigo. (Vase.)

ESCENA VII

DON ALVARO

Mi ánimo crece solamente
hacer, cielo, ¿qué verde planta
sobre los ramos levanta
verdad cierta, alta y fuerte,
que no perdone en sus ramos
a sus vecinos y asistentes,
a sus yerbas de sus cercas,
descanso de pena, mostr
No sea cierto para vos,
Alvaro, en dichas seguras,
porque esta de hacer hechuras
tiene un poco que de Dios.
La fuerza de viene hacer algo:
me retiro. Y doña Juana,
reyna que tuvo soberana
es de cielo para mí,
la acompaña. ¡Ay, dulce amor!
¡poderoso imperio alcanzas!
Entre guerras y privanzas
no me deja tu rigor.

ESCENA VIII

DON ALVARO, un poco retirado; sale la INFANTA y DOÑA JUANA

INFANTA. Doña Juana Pimentel,
este mi cuerdo tu sacó,
mira si tendré cuidado

tú de puedes sacar del.
Habla al Condestable, amiga;
favor será tan pequeño,
que es el Infante mi dueño,
y á tales altas esferas
Señor don Álvaro puede
sacarme deste pesar.
Vese aquí, ¿se ha ido ya
para que le hables? Puede
con las dos mi gran dolor
para que le mates de. (Vase.)

JUANA. A tu alteza sirve
como debes. (Ap.) ¡O ella, amor;
desdicha, mal Dios,
si en mí pretendes creer,
porque es grande el entender
somos perdidos los dos.
Si hallas en esta ocasión
medios, amor, en que
no te ofendas á los dos,
vete ahí en el corazón.)
Don Álvaro.

D. ALV. Apenas creo
que en tu voz mi nombre oí.

JUANA. ¿Eso es imposible?

D. ALV. Sí,
tanto como me desvío.

JUANA. A su alteza le dijeron
que el Infante de Aragón
prevenía una traición
hombres que mal aquietaron,
que como el Infante mueve
nuevas guerras en Castilla,
no piensa que es maravilla
si á tercio engaño se atreve.
Dicen que á caza ha salido,
y aunque el Rey se haya mandado,
sacadnos deste cuidado,
don Álvaro, yo os lo pido.
¿Dónde vais sin responder?
Volved acá, Condestable
dadme lugar á que os hable.

D. ALV. ¿Dónde he de ir? A obedecer
órdenes que á mí me da
gustos de vuestra señoría
no admiten réplica. Mía
es tanta la causa ya,
que aunque es gloria estar oyendo
tu deidad y estar mirando,
lo que el alma está mandando,
quiero irme, obedeciendo,
ausentarme y ser despojos
de esa diosa, porque es justo
que me ausente el vuestro gusto
de la gloria de mis ojos.

JUANA. Impedid una traición,
y á la Infanta este pesar.

D. ALV. ¡Que hubiera fuerza llevar
para esta empresa un corazón
verde de un pecho cruel!

JUANA. Vos sabéis cuerda esta queja
desto al Rey, porque se alienta...

D. ALV. Fuera para mí bastante
el verde corazón, que diera
envidia á Cesares.

JUANA. Yo
pienso que él no lo mandó

D. ALV. La misma fortuna fuera
y fuera abismo de glorias.

JUANA. Eso así no es razón
matar á hombre que á traición.

D. ALV. Yo porfío. Dos historias
son las nuestras, pero creo
que diferentes han sido.

JUANA. Yo hablo en esto que os pido.

D. ALV. Y yo en esto que deseo.

JUANA. Digo, pues, que amigos tendremos
dicha en esto, aunque disfrute.

D. ALV. Pero en esto de la cuenta
¿qué tenemos?

JUANA. ¿Que tenemos?
una empresa portentosa,
locura en que un hombre dio

D. ALV. Ya me contentara yo
con no veros en ninguna.

JUANA. Si á partidos habláis, yo intento
volver otra vez los ojos;
digo que voy sin enojos.

D. ALV. Digo que yo voy contento.

(Vanse cada uno por distinto lado.)

ESCENA IX

Sale el INFANTE *y un* CRIADO

INFANTE. Estas fuentes y estas sombras
del celebrado Pisuerga,
de cuyas sombras y flores
aprende la Primavera,
suelen divertirme á ratos
del cuidado y la tristeza,
porque la caza arrebata
todas las tristezas nuestras.

CRIADO. Deja decir....

INFANTE No me digas,
que es imagen de la guerra,
que es vana crueldad,
y me cansa.

CRIADO. ¿Y si dijera
que es invención real,
y las damas honestas
de los príncipes?

INFANTE. Dejas
cosa cierta para mí esta.
¿Los señores ricos, dime están?

CRIADO. Siguen leves sus verdades.

INFANTE. Entretenerte á ti.
Entretenes por la maleza
de sabrosas enlazadas
con las hermosas madreselvas. (Vase.)

ESCENA X

Salen algunos CAZADORES *con máscaras*

CAZ. 1.º Guardas del monte ha pensado
que somos y las cabezas
nuevas que ya las cabezas
hacen á los ojos mandan
los señores que le buscan
el salvaje de Castilla
matándole

CAZ. 2.° ¿Si lo intenta
el Rey ansí?
CAZ. 1.° No lo creo.
No son enseñanzas estas
de quien es su primo y rey.
CAZ. 2.° ¿Y los demás?
CAZ. 1.° Ya rodean
el monte, todos cubiertos
las caras, porque no pueda
escaparse de unos á otros.
CAZ. 2.° ¿Cuántos somos todos?
CAZ. 1.° Treinta,
conjurados á morir
sin que la traicion se sepa
de nuestras bocas.
CAZ. 2.° Aquí
me parece que es la senda
donde vendrán á parar.
Aquí espadas y ballestas
le darán la muerte.
(Sale don Alvaro con máscara y háceles señas que se vayan.)
CAZ. 1.° ¿Quién
es aqueste que por señas
retirar nos manda?
CAZ. 2.° Alguno
diestro opuesto. Cabeza
será de la otra cuadrilla,
pues con máscara se muestra
orden dando á nuestro intento.
D. ALV. Silencio, amigos, y alerta
á mi aviso.
CAZ. 1.° Ya esperamos.
Reconoce bien.

ESCENA XI

Dichos y el INFANTE.

INFANTE. No esperan
los gamos, ni aun los conejos,
y aun es novedad que teman
hoy tanto.
D. ALV. Señor Infante:
salga del monte tu alteza,
por esta parte que el rio
que murallas de agua peina.
Suba luego en su caballo,
porque dalle muerte intentan
aquellos hombres que mira,
mejor dire, aquellas fieras.
INFANTE. ¿Y sabes quién los envia?
D. ALV. No, señor. No se detenga
vuestra alteza, huya en tanto
que yo con maña ó con fuerza
los entretengo.
INFANTE. El caballo
se ha quedado, amigo, fuera
del monte, y el ancho rio
por aquí no se vadea.
Mal podré escaparme.
D. ALV. ¿Mal?
Pues, señor, ánimo, y mueran
los traidores, ó muramos
los dos en vuestra defensa,
aunque primero he de ver
cuanto el artificio pueda.
(Háceles señas.)
CAZ. 1.° Que nos vamos, dice, creo
que nos engaña, quien sea
no sabemos, y el Infante
está solo. No se pierda
la ocasion: acometamos.
D. ALV. Si la maña no aprovecha,
apelemos á la espada,
señor, la dicha de César
va con vos.
INFANTE. Y aun el valor,
segun bizarro te muestras.
CAZ. 2.° Un rayo del cielo ha sido
quien le ampara. Resistencia
es imposible, el huir
agora nos aprovecha. *(Huyen.)*

ESCENA XII

El INFANTE *y* DON ALVARO.

INFANTE. La vida, amigo, te debo:
¿quién eres?
D. ALV. Quien no desea
paga de aqueste servicio.
INFANTE. Descubre el rostro.
D. ALV. No quieras
obligarte á nadie.
INFANTE. Amigo,
en esto ¿qué me aconsejas?
¿Iré á palacio?
D. ALV. ¿Pues no?
INFANTE. Temo que mi muerte intentan
el Rey y su Condestable,
y así me he de ir á Villena.
D. ALV. (Aquí cuando me importa el honor,
acabarán las finezas
de no darme á conocer.)
(Descúbrese.)
No imagine vuestra alteza
que mi Rey ni el Condestable
muerte ni mal le desean.
INFANTE. Alvaro, dame los brazos.
¿De quién Enrique pudiera
sino de ti recibir
la vida? Tuya es mi hacienda,
mi bien, mi vida y mi alma.
D. ALV. Solo pido que agradezcas
mi voluntad, porque yo
hago bien solo con esta
condicion.
INFANTE. Tu me casaste,
tu me das la vida.
D. ALV. Quieran
los cielos que no me pagues
como suelen todos.
INFANTE. Ea,
deja tal desconfianza.
Otra vez, ya se me acuerda,
te di la mano y palabra
de ser tuyo.
D. ALV. Vuestros sean
los reinos de Asia, señor.

INFANTE. Y vaya la fama eterna
A Oviana que esto parturme,
que mi pecho no sosiega.
Adios, don Álvaro.
D. ALV. Llevaré,
gran señor, con vuestra Alteza.
INFANTE. Tu amigo soy.
D. ALV. Yo tu esclavo
INFANTE. No temas que mi trato sea (Vase.)
D. ALV. Señora, porque es hombre,
y es tal su naturaleza. (Vase.)

ESCENA XIII

El REY, *y* LOS GRANDES

GRANDE 1.º

A un reino conmovido,
¿qué prudencia de rey ha resistido?
Señor, el sentimiento,
no en modos descortes ni acción violenta,
que se ejecute luego
para bien de Castilla y tu sosiego,
lo que aquí se previene,
que cuando injusto fuera, te conviene

REY.

Yo lo veré de espacio

GRANDE 2.º

Eso no puede ser. Aquí en palacio
el cumplimiento esperan
los grandes de Castilla.

REY.

¿Que ver quieran,
de la envidia llevados,
los vasallos leales castigados!

GRANDE 1.º

No es rigor conveniencia
que a tu corona importa. (Vanse.)

ESCENA XIV

El REY

¿Que paciencia
tendré correspondiente
á la pasión cruel que siente
el alma? ¡Oh! ¡quién tuviera
lo que un rey de Aragón, y el ejemplo diera
de justicia y regalos,
cortando en un jardín las altas flores
que empinaban el cuello!
Siempre fuera el buen rey, sabio fue en ello.
¿Para qué de mi corte
desterré y echaré Vivaros? ¿Esto pasa?
Que huyo estoy, ¿que pida
el reino tu crueldad, vida de mi vida
esta verdad, cruel,
si pudieras acaso hallar el consuelo.
Mas cuando el sentimiento
este destierro niega, ¿qué importa el ruego,
[illegible]
pedir [illegible] la sentencia?
¿Cómo mis propósitos labios,
si bien le quieren, le darán agravios?

ESCENA XV

El REY *y* DOÑA JUANA

DOÑA JUANA.

La Reina, mi señora,
te espera, gran señor.

REY.

Dame tu agora
valor y aliento, Juana,
que no puede mi lengua ser tirana.
El tercio me ha pedido
lo que en este papel verás, y ha sido
tanto su atrevimiento,
que su fuerza me deja sin aliento
con que palabra alguna
decir pueda a don Álvaro de Luna.
Dile tú lo que pasa,
el reino le destierra de mi casa,
y yo, por no perderle,
forzado de los grandes vengo á hacerle.

DOÑA JUANA

Señor, ¿cuando las damas
secretarios habían de ser, y mí me llamas
para intimar sentencia
que la envidia escribió con tal violencia?

REY.

Sí, Juana, porque es bueno
que al amigo se dude el veneno
El viene, a quien me empeño
en un grande deseo, yo tengo sueño
por no ver su semblante,
verle no quiero y quiero estar delante.
(Siéntase el REY.)
¡Quien durmiera de veras
por no escuchar palabras lastimeras!

DOÑA JUANA.

Si para tanta crueldad
al Rey le tarda el valor,
¿cómo ha de hacer el amor
lo que teme el amistad?
Tarda tarde a mi amistad
para dejar de sentir
lo que no sé dar de decir,
pues no lo podré con
sin amor. Bien podrá ser
que le diga sin amor
Excusa el Rey su piedad,
y si no, no le da de pecho,
que la amistad no ha alcanzado
las finezas del amor.
Si yo acierto a corresponder
desta loca, aunque advertida
se levanten mis sentidos,
o vayan nobles o vasallos,
¿cómo han de poder mis labios
dar veneno a tales dichas?

ESCENA XVI

[illegible]

D. ALV. ¡Durmiendo el Rey, y leyendo
con turbación un papel,
doña Juana Pimentel!
novedades estoy viendo.
Cuando en mí mismo no entiendo
si es verdad o no es amor
¿qué mucho que con temor
estén mis ojos inquietos,
si ven juntos dos sujetos,
la privanza y el amor?

JUANA. Don Alvaro.

D. ALV. No despierte
la voz al Rey, hable paso
vueseñoría.

JUANA. Si en caso
tan riguroso y tan fuerte
en hielo no se convierte
la voz ¿cómo puede hablar
paso la que quiere dar
voces que remedio son
para echar del corazón
tantos siglos de pesar?
Don Alvaro, desdichado
fuera el hombre, a no tener
alma inmortal, y a no ser
un bosquejo trasladado
del mismo que le ha criado;
porque excedido se viera
de los brutos, de una fiera,
de un pajarillo pequeño,
y siendo el hombre su dueño,
miserable animal fuera.
Y es su excelencia mayor,
digna que se estime y precie,
que los brutos de una especie
tienen, pues tienen amor,
entre sí se dan favor,
y sólo el hombre es cruel
con el hombre, porque en él
nunca hay paz, y siempre lidia.
Rasgos son de humana envidia
las letras deste papel.

D. ALV. Dejasme tan prevenido,
que ya es fuerza que al leer
piense que ha de suceder
tanto como el trueno ha sido.
(Lee.) «Señor, el reino ha advertido
»que don Alvaro pretende
»mandarlo todo.» El ofende
mi intención y mi lealtad,
no dice el reino verdad,
mas la envidia ¿qué no emprende?
(Lee.) «Causa ha sido su ambición...
(¿Ambición es fe sencilla?)
»que nos den guerra en Castilla
»los Infantes de Aragón,
»y ansí muchos grandes son
»de su parte, por lo cual
»es conveniencia real
»que el Condestable no esté
»en la corte.» Mayor fué
el temor del mal que el mal.
Letra de Robles parece...
¡Vive Dios, que es de su mano!
Quien hace bien á un villano,
quien á aun traidor favorece,
esta ingratitud merece.
Mas ¿qué mucho si en aquel
divino y santo verge
labró Dios una figura
que, en mirando su hermosura,
se reveló contra él?
Mi señora, cuando importe
al Rey, mi señor, mi ausencia,
no es muy agria esta sentencia.
Partiréme de la corte,
y á los piélagos del Norte
me pasaré, al mar profundo
que ve el Ponto sin segundo,
o por ver si verdad fué
que hay antípodas me iré
buscando otro nuevo mundo.

REY. Sois ingrato y desleal
á mi grande amor. ¿Ansí
sentís el dejarme á mí,
cosa que llevo tan mal
que aun el ánimo real
me ha faltado, vive Dios,
para decíroslo, y vos
sentís alegre y cortés?
No, Condestable, no es
amistad la de los dos.

D. ALV. Rey y señor, el no verte,
supuesto que mi desgracia
fuera el perder yo tu gracia,
eso fuera trance fuerte,
sombra y líneas de la muerte.
Eso sí fuera sentir,
eso sí fuera morir,
eso sí fuera penar,
eso sí fuera llorar,
eso sí fuera gemir.
Pero importando al sosiego
de tu reino mi partida,
atropéllese mi vida,
muera o ausénteme luego,
que aunque con el alma llego
á sentir tu ausencia yo,
aquel que honrado nació,
y sus costumbres condena,
siente el merecer la pena,
pero el padecella no.

REY. Condestable, yo no soy
tan filósofo moral;
vuestra ausencia llevo mal,
tristeza al semblante doy.

D. ALV. Rey mío, excusando estoy
lo que el alma calla y siente.
Sabe Dios si estando ausente
yo sentiré más dolor,
porque en materia de amor
es más tierno el más valiente.

JUANA. (Ap.) Y quien oye á la amistad
hacer aquestos extremos
¿qué ha de hacer? Disimulemos,
amor, tirana deidad
de la humana voluntad.

D. ALV. En Allión me estaré yo.

REY. ¿Es tuyo? Pienso que no.

D. ALV. ¿Tu merced olvidas?

REY. ¿Quién,

si es amigo hombre de bien,
se acuerda de lo que debe'

D. ALV. Sí, y se debe acordar
que en ver que vive lo debe
desagradecido que vive.

REY. Tu ausencia pedía obligar
á que pueda asegurar
esta envidiosa partida.
Escríbeme cada día.

D. ALV. ¿Cómo pudiera vivir
callando sin ser bien
afectos del alma mía'

REY. ¿Y qué tiempo estaré yo
sin veros?

JUANA. (Ap.) ¡Amor extraño'

D. ALV. Un año.

REY. Sigo es un año.
Condestable, un año no.

JUANA. (Ap.) Con mi misma lengua habló.

D. ALV. Medio estaré

REY. No ha de ser
sino tres meses.

D. ALV. Hacer
tu voluntad determino.

REY Y toma para el camino
el ducado de Alcocer.

D. ALV. Beso tus pies.

JUANA. (Ap.) ¡Quién le diera
el favor que me pedía'
Modo falta, no osadía,
que va sentido de manera
su ausencia, que le dijera
lo que el Rey ¡Ah, cristón verde!
¡Que dulce ocasión se pierde
de que vos suyo seáis,
para que á la reí digáis
que, si alma, de mí se acuerde'

D. ALV. Viviera fuera de mí
á no haber de verte presto,
y podré decir con esto
que te dejo á ti por ti.
Tu quietud procuro así:
reina en paz, vive, señor,
sin este inquieto rigor,
y aquel que servirte sabe,
ya que en tu corte no cabe,
quepa al menos en tu amor.

REY. Ese ha de ser los olabe.
Prudes sois de mi gusto.

D. ALV. De Mecenas con Augusto

REY Abrazadme, Condestable

D. ALV. Calle Alejandro, no hable
su privado Efestión.

JUANA. **Amor, dame la ocasión.**
Ea, modestia importuna,
sirva de rayo á esta luna
la plata deste listón
No me vio el rey.

D. ALV. Juraré
que al tocar sus brazos vi
dos tizones ardiendo
un alma, un pecho, una fe.
¿Qué esperanza no tendré,
si tus brazos merecí,
si con ellos recibí,
el favor más excelente
que al sol corona la frente
de lo pasado y de lo futuro?

REY. Adios, Alvar

D. ALV. Sanos
almas voy.

REY. Vengan mañana
cartas.

D. ALV. Adios, doña Juana.

JUANA. (Ap.) (Responder no puedo.) Adios,
don Alvaro.

REY. (A don Alvaro.) ¿Como vos
no me miráis?

D. ALV. No me atrevo.

REY. Mucho os amo.

D. ALV. Mucho os debo.

JUANA. (Ap.) Mucho calo

REY ¡Qué rigor!

D. ALV. ¡Qué cuidado!

REY. ¡Qué temor!

JUANA. Triste voy.

D. ALV. Pesares llevo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON ALVARO Y LINTERNA

LINTERN. Gracias á Dios que te veo
volver á la corte ya.

D. ALV. ¿Que hay de nuevo por allá'

LINTERN. Hay un general deseo
de verte en los corazones.
Lo que pasa, Vla saber.

D. ALV. Si más caras suelen ser
lisonjas y aduladores
que nos cubren el semblante,
¿cómo sabrá lo verdadero?

LINTERN. No quedará caballero
que no salga de provante
á recibirte, por verte
de su rey favorecido
Del se cuenta que ha sentido
más tu ausencia que la muerte
de la reina.

D. ALV. Calla, necio.
Sentimientos y cuidados
de los reyes son sagrados
de tal dignidad, de tal precio,
que no los ha de vulgar
la plebe, ni discurrir
sobre el obrar y sentir
de su rey. En lo vulgar
te pregunto que hay de nuevo;
deja aparte lo sagrado.

LINTERN. Si desto me has preguntado,
poca estimación te debo.
Sabe que tienes de hasta
monstruos que la corte espantan
Y si mosquitos que cantan,
sin hacerse de rogar,
yo veo sana una fiera,
yo veo celoso un marido,
un culto que se ha entendido
y un calvo sin cabellera,
una vieja sin gruñir

y sin fingirnos cuidado,
y una moza que ha hablado
tres palabras sin pedir.

D. ALV. Ya disparatas, no espero
que tu gusto me entretenga.

LINTERN. Juan de Silva viene.

D. ALV. Venga,
que es honrado caballero.

ESCENA II

DICHOS Y JUAN DE SILVA

SILVA. Dele, señor, vuecelencia
á esta hechura los pies.

D. ALV. Juan de Silva amigo, ¿qué es
Excelencia?

SILVA. Es diferencia
que inventó la cortesía
para que entre los señores
se conozcan los mayores.

D. ALV. ¿No bastaba señoría?

SILVA. Y así á los grandes se dice.

D. ALV. Acepto el tratarme así,
como no comience en mí,
que un privado es infelice
con el reino cuando suele
ser dichoso con su rey.
Sin el freno de la ley
le murmuran, aunque vele,
sobre sus mismas acciones
y se ajuste á la razón.
En mí llaman ambición
el recibir galardones
de las manos liberales
de mi rey, pero, paciencia.

SILVA. ¿Y cómo está vuecelencia
detenido aquí en Cigales?

D. ALV. Hasta ver segundo aviso
de su majestad, á quien
mi llegada escribí.

SILVA. Bien
tu persona estimó y quiso
su majestad.

LINTERN. Por la arena
corren dos, aprisa suben.
Mientras tienes miel, acuden
zánganos á la colmena.
Cuando al destierro saliste
eras colmena vacía,
poca gente nos seguía,
pero agora que volviste
á la corte y al amor
del rey, te van aplaudiendo:
velos, señor, conociendo,
velos marcando, señor.

ESCENA III

DICHOS, ROBLES Y VIVERO

VIVERO. Vuecelencia dé los pies
á sus criados.

ROBLES. Y sea
bienvenido, pues desea
Castilla, por su interés,
esta dichosa venida
con que á mí el vivir me dais.

D. ALV. Como vos lo deseáis
sea Hernando vuestra vida.
(*Saca un papel.*)
Robles, preguntaros quiero
si esta letra conocéis.
La cólera y la razón
no consienten dilación
no os turbéis ni la neguéis.

ROBLES. Confieso que la escribí,
pero... señor...

LINTERN. Que no hay pero
vos sois lindo majadero.

D. ALV. Si vi aquel villano fui,
que la serpiente abrigó,
que muerda no es maravilla.

ROBLES. Los señores de Castilla,
sin tener la culpa yo...

D. ALV. Bueno está, no deis disculpas,
que ya sé que en vuestra casa
dos juntas hizo la envidia
de mis émulos. ¿Qué causas
os he dado para ser
escritor de las palabras
que este memorial contiene,
envidiosas y tiranas?
¿Por haceros bien y honraros
merezco vuestra desgracia?
Una de dos, ó me habéis
de confesar que vuestra alma
es ingrata y sois traidor,
ó que merezco la infamia
deste papel; porque vos,
siendo una persona baja,
no habéis merecido nunca
las mercedes soberanas
de mi Rey, y me castigan
por haber sido la causa.
¡Que escriban los naturales
admirables alabanzas
de brutos agradecidos,
y el hombre, imagen sagrada
de Dios, apenas lo sea!
¡Que de las azules garras
de una serpiente librase
á un águila hermosa y parda
un piadoso labrador,
que á coger las ondas claras
bajó de una clara fuente,
y luego al beber el agua,
el águila, agradecida,
le derribó con las alas
el barro, porque el veneno,
que el labrador ignoraba
y vomitó la serpiente
sobre la líquida plata,
no le matase! ¡Que un hombre,
en los desiertos de Arabia,
sacase una aguda espina
á un león cuando bramaba
extremeciendo los montes
y derribando las palmas
de dolor, y que después,
saliendo este nombre á la plaza
de Roma, echado á las heras,
aquella bestia inhumana
reconoció agradecida
al bienhechor, y á sus plantas

se postró de [illegible] cuidado,
¿cómo, si de tres te estan
aquel en su lado [illegible],
su defensa se ha negado?
¿Quién [illegible] ni? ¡Qué vergüenza
de los hombres! ¿Qué pensabas
cuando estas cifras hacías,
menos que fiera, y agravias
con venganza ingratitud
la naturaleza humana,
pues el agua y [illegible]
te conservan y te aventajan?
Y verdad es, que en tal traición
no hay condición recatada,
no hay prudencia, no hay paciencia,
todo es ira, todo es rabia.
Pudiera darte la muerte
el acero desta daga,
mas quiero que vea el mundo
que mi razón no te mata
porque me has debido una vez
un gesto [illegible] el alma
que te sea agradecida,
no atendiendo a la venganza,
por darte ejemplo con esto,
que las piadosas entrañas
del hombre no se [illegible] pendían
por tu ser [illegible] tadas,
y es mejor agradecer
el cierto don que se alcanza
que vengar muchas injurias,
que uno da honor, otro agravia.
Acuérdate que a éste
[illegible] prisión triste y larga
que el no fuere agradecido
castiguen tus palabras.
Vete en paz, sigue tu estrella.
Tú, Álvaro, en esta causa
toma ejemplo y escarmienta:
y si mi piedad te engaña,
advierte que no está siempre
nuestra cólera enfrenada,
que algunas veces se suelta.

Listenos. Señor, el Rey de Castilla,
de León y las montañas,
de Toledo y de Sevilla,
el príncipe de Vizcaya,
el hijo de rey Enrique,
el [illegible],
el nieto de rey don Juan,
el primer hombre de España...

D. Alv. ¿Qué dices, bestia?

Listenos. Que viene,
si mis antojos no engañan.
Si, ya es aquella carroza,
ya llega cerca, ya para,
y el levantan el estribo,
ya sale fuera, ya aguarda
que a sus pies llegues. Camina,
que tu dicha te acompaña.

ESCENA IV

Dichos, el Rey, y *gente*.

Rey. Álvaro, amigo.

D. Alv. Señor,
la corona castellana,
el honor de España [illegible]
de sus [illegible]
de su [illegible]
con hazañas extraordinarias
sus historias.

Rey. Condestable,
en mi edad, si breve o larga,
no he tenido [illegible].
¡Oh, cuánto ver deseaba
tal amigo! ¿Cómo estás?

D. Alv. Alegre, como quien halla
tantas honras y mercedes
y un rey que mi amor me paga
tan [illegible] y tan [illegible]
que la [illegible]
[illegible] de la muerte
[illegible]. Las [illegible]
manchas [illegible] y estrellas
[illegible] de noche miraba.
La corona de Aragón
entre [illegible] sueños,
[illegible],
me representaba especies
de algunas cosas pasadas
entre [illegible],
entre [illegible] y fantasmas.
Se [illegible], todo
[illegible] paradas
y leones, por ser reyes
de [illegible]. Y hallaba
[illegible],
que reyes pequeños llaman,
porque traen [illegible]
de reyes, [illegible].
Si a referir [illegible]
[illegible] las verdes campañas,
[illegible]
[illegible] conquistaba,
porque entre ramas de murta,
entre las flores [illegible],
como un [illegible] campo
[illegible] trata [illegible] nada.

Rey. Yo, [illegible] de esto
que la luna contemplaba
muchas veces cuando hermosa
[illegible] rayos de plata,
por ser tu nombre y decir:
«Yo soy el sol de España
y [illegible] mi luna»,
[illegible], que [illegible] pesada
se [illegible] y no deja
que [illegible]
[illegible] rayos
de [illegible]
[illegible] el [illegible]
que [illegible] contaba.
[illegible] y yo
[illegible] largas,
salgo a [illegible], y te doy
con obras y con palabras,
la bienvenida. Y esto
después [illegible] Baeza.

D. Alv. Y [illegible] de rey don Juan.

Rey. ¿[illegible] te acompaña?

D. Alv. [illegible] de [illegible]
que por sus partes hidalgas

estimo.

REY. ¿Y aquel traidor,
el ingrato en cuya casa,
que ya lo supe, se hizo
la conjuración pasada
contra mí, se atreve ahora
a venir? Ya tengo causas
para derribarle en esto
el castigo no es venganza.
Sea mi Alférez mayor
Juan de Silva, y porque haga
luego algún servicio, prenda
a Hernando de Robles.

SILVA. Gracias
por tan gran merced te doy,
César español, tu alteza.

ROBLES. Señor, ¿en qué te he merecido?

REY. En muchas cosas. ¿No basta
comunicar con personas
a mí contrarias? Notarás
la hacienda y estorbarás.

LISTERA. La fortuna vuestra
ha dado pasos atrás
con toda vuestra arrogancia.—
Señor Juan de Silva, escuche.
Cierto un verano en su casa
un cochino vi un puntido.
Al cochino reparaba
tanto, que el puntido mismo
daba en duda, que esta fiera
es cuya de años. Llegó el día
de San Martín, y escuchaba
el casco grandes gruñidos
Asomé a una ventana,
y vi al mismo cochino
escabullirse la ganzúa,
que roncaba sin dormir
¿Para aquesto le engordaban?
dijo el amo. Vuelve al monte
por leña, vuelva mi albarda.
Sirviste, pagó tu día,
rematado ya tu desgracia,
vuelve a tu antigua ganzúa,
sea mozo de especias hasta.

ROBLES. ¡Bárbaro, loco, por Dios!

LISTERA Grandes son, no me espantan.

D. ALV. Honras recibo grandes

REY. Silva.

SILVA. Señor.

REY. Dad las gracias
a don Alvaro, por el
todas vuestras mercedes pasan;
de tan buena a virtud,
a la mañana el agua
que por arcaduces lleva
su cara a la fuente cara.
Con mercedes vuestros reyes
se han visto bien gobernadas
las repúblicas.

D. ALV. Del orbe
seas singular monarca. (*Vase.*)

ESCENA V

La INFANTA *y* DOÑA JUANA *Pimentel.*

INFANTA

El Infante me ordena en esta carta
que a Trujillo me parta.
Veis que el Rey se va a Toledo a Molina.
Cuéntese me el Rey,
sin duda esta privanza
Algún gran guerra tiene prevenida
el de Navarra contra, y aun mi hermano
tendrá sus ruegos en vano
en tanto que nos prenden
en Castilla estuvieren. Bien lo temo
en el alma presto,
pues veo en esta contienda desposado,
a Castilla tarde para vencida.
dad Enrique, en que juega
se verdad la paz. ¿Qué causas pueden
hacer que mis deudos pongan pendencias
Y a muchos grandes saquen su partido,
por matar que ha venido
don Alvaro, y le ha dado
tan grande mano el Rey,

DOÑA JUANA.

¿cuando un privado
no rey no tuvo, si en dos mil historias
de reyes y privanzas, las memorias
cuentan en ellos sucesos,
que son comunes a todas las gentes?
Estos son buenos dejados.
¿No ha de tener el Rey que en la fatiga
del peso del reinar le sobrelleve,
con quien el corazón que debe
hacer en las ocasiones mas dudosas
¡Oh, gentes envidiosas!
¡Oh, condición humana,
fuga del costumbre vulgar,
de mis señores reales,
que siempre estos días son fatales
que el Rey quiere un Nado repara
cada peligrosa y cara
es aquella privanza.

INFANTA.

Don Alvaro ha llegado,
quiero dar cuenta al Rey de mi cuidado.

DOÑA JUANA.

Vuestra alteza es nuestra riqueza
ausente de pasada belleza.
Vuestra pedro, mi reina María,
la reina mi señora, a quien servía

INFANTA.

¿Que he de hacer, doña Juana?
Volverse a casa el Rey mañana. (*Vase.*)

DOÑA JUANA.

Vuestra alteza, señora,
este disfraz que yo vestido agora.
Esas palabras de la venida quiero
dar al Condestable.
Esperare a que hable
con este caballero.

ESCENA VI

DOÑA JUANA, DON ALVARO *y* UN CABALLERO

DON ALVARO.

Digo, señor, que en esto no habra duda.
Con Isabel de Portugal sin falta

el Rey se casará. No lo he tratado
con él, pero está bien el casamiento
á Castilla, y así doy la palabra
al Maestre de Avís de que está hecho.

CABALLERO.

Al Maestre diré que vuexcelencia
le hace esta merced.

DOÑA JUANA. (*Aparte.*)

Si no me engaño,
de casamiento tratan. No me han visto:
quiero acercarme.

DON ÁLVARO.

¿Es Isabel hermosa?

CABALLERO.

Este retrato lo asegura.

DON ÁLVARO.

Quedo
agradado, señor, por todo extremo.
Al Maestre diré sólo que os he dicho.
La palabra le doy, y á vos la mano.

CABALLERO.

Esa respuesta, Condestable, llevo.
(*Vase el Caballero portugués.*)

DON ÁLVARO.

Al Maestre de Avís amistad debo.

ESCENA VII

DON ÁLVARO Y DOÑA JUANA

JUANA. Cuando, por haber llegado,
veros, Condestable, quiero,
no sé qué he de dar primero,
si el parabién de casado
ó el de la vuelta dichosa
(*Ap.*) No tiene mucho pesar
quien puede disimular.
turbada estoy y celosa.

D. ALV. Este retrato, señora,
podrá responder por mí:
para el Rey le recibí:
su casamiento es ahora
el que se trata, no el mío.
Isabel de Portugal
es la consorte real,
cuyo rostro, cuyo brío
ha trasladado el pincel
con tan valiente destreza
que dejó á naturaleza
con envidia y celos dél.

JUANA. (*Ap.*) ¿Si mi dice la verdad?
Sí, que mal será traidor
hombre de tanto valor.
Ahora en el alma mía
los celos se han de mostrar:
callar os supo el pesar,
y no sabrá el alegría.
Y con esto, adiós.

D. ALV. Ahora
saber de vos me conviene.

JUANA. No puede ser, que el Rey viene.
Idos de aquí.

D. ALV. Adiós, señora. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA

Tanto es este amor, que muero
con el susto y el espanto.
Corrida estoy de amar tanto,
no he de amar, olvidar quiero.
Mas ¿cuándo se ha pretendido
olvidar? ¡Qué loco error!
Sin querer vino el amor,
sin querer venga el olvido.

ESCENA IX

El REY *y* DOÑA JUANA

REY. Juana.

JUANA. Señor, he tenido
á dicha el veros aquí,
para deciros que en mí
la resolución ha sido
el partirme á Benavente.

REY. ¿Cómo, Juana? Cuando trato,
(bien lo muestra este retrato)
de casarme brevemente,
¿irte de palacio? No,
ya se sabe lo que estimo
sangre del Conde mi primo.
Presto tendré dueño yo,
y presto tú le tendrás,
nuevo sol y luz de España.

JUANA. (*Ap.*) Don Álvaro no me engaña.

REY. Aquí, Juana, lo sabrás.
Mira este cielo francés,
á cuyo dorado sol
se pone el sol español
por tapete de sus pies.
Recíbida es la francesa
que verifica el pincel.

JUANA. (*Ap.*) ¡Ay, de mí! No es Isabel.

REY. Esa es la Luz, flor es esa
que hoy elige mi albedrío,
porque lirios sobe años
á leones castellanos
con el aliento del brío.

JUANA. ¿Francesa reina nos das?

REY. Sí, Juana, no es maravilla,
que á Francia ha dado Castilla
reinas santas.

JUANA. (*Ap.*) Ya no más,
fiero amor, más afición,
que mi rabia y mis enojos
arrojan hoy por los ojos
pedazos del corazón.
El engaño siento más
que la traición que me ha hecho:
no cabe el alma en el pecho.

REY. ¿Qué tienes? ¿á dónde vas?

JUANA. Ese retrato, señor,
ha acordado al alma mía
la reina doña María,
y enternéceme su amor.
Bien me quiso, y tanto doy
del alma sin resistir.
(*Ap.*) Si hay mayor mal que morir,
á buscar ese mal voy. (*Vase.*)

ESCENA X

El Rey

Aunque más en celos arda
por accidente temor,
pienso rendirme al amor
por vos, francesa gallarda.
A nadie he dicho mi intento,
mas ya que estoy inclinado,
reina sois de mi cuidado,
dueño de mi pensamiento.

(Siéntase el Rey con el retrato en la mano, y sale don Alvaro.)

ESCENA XI

El Rey y Don Alvaro

D. Alv. Solo está el Rey, y un retrato
contempla con atención.
¿Si tuviese otra intención
cuando de casarle trato?
Mal hice en no darle cuenta
primero de mi deseo.
Empeñada en esto veo
mi palabra; mas ¿qué intenta,
qué presume, qué imagina,
sin que yo lo sepa? Nada,
según eso, ni le agrada
el retrato, ni se inclina.
Sin duda que está durmiendo,
pues entre y no me sintió.

(Acércase al Rey.)

El retrato que envió
el rey de Francia estoy viendo.
Este retrato le quito.

(Truéquele el retrato.)

y le pongo el de Isabel,
despierte o no, porque en él
mi palabra solicito.

(Despierte el Rey.)

Rey. Rapto del sueño veloz
venció mis ojos. Pintura,
si á vos, en tanta hermosura,
os falta sola la voz,
en el sueño parecidos
habemos los dos estado,
que el hombre es mundo pintado
cuando duermen sus sentidos.
Mas ¿qué esto? ¿quién se atreve
á volver sombras oscuras
perfiles de estrellas puras,
sombras de luz y de nieve?
¿Qué occidente ó mar helado,
qué nube sin arrebol
hurtó de mi mano el sol,
y la sombra me ha dejado?
¿Qué nube, qué humor, qué mal
transformó con arrogancia
los bellos lirios de Francia
en quinas de Portugal?

D. Alv. (Ap.) No le ha parecido bien.
Ahora, ahora, fortuna,
he menester que en mi luna
tus rayos prósperos den.
Yo fui el mar, yo el occidente,
yo fui la envidia y la nube
que ese atrevimiento tuve.
Este vos resplandeciente
de Isabel de Portugal,
del Maestre de Avis hoa,
quise, gran señor, que ella
vuestra majestad Real.
Un abismo es de belleza,
que al tiempo que la formó
á sí misma se excedió
la madre naturaleza.
Compararse á nadie debe,
que para su ejemplo, son
las estrellas un carbón,
sombra el sol, noche la nieve.

Rey. Alvaro, yo me contento
con mi elección y me caso
con la nieve en que me abraso,
con el sol con que me aliento.
Belleza tan sin igual
pasme á la naturaleza,
básteme á mí una belleza
que merezca hombre mortal.
Dadme el retrato.

D. Alv. Señor,
conveniencias del estado
son las que siempre han casado
á los reyes, no el amor,
no el gusto, no los antojos,
que hacer debe el casamiento
de un gran rey su entendimiento,
no la elección de los ojos.
Con guerras está Castilla,
Portugal la dará gente.

Rey. También Francia, y tan valiente.
Recisunda es maravilla
de Europa, y mía ha de ser.

D. Alv. Pues, señor, ¿y si yo he dado,
en vuestro amor confiado,
mi palabra, que he de hacer?

Rey. ¿Cómo, don Alvaro, vos
me casáis á mí sin mí?

D. Alv. Allí suele hacer así
una voluntad de dos.
Confié, engañeme, erré,
pero ya me vuelvo á Aillon
á tomar satisfacción
de mí mismo. Allí estaré,
huyendo vuestra presencia,
pues que sin palabra estoy,
afrentado y triste voy,
mi error me ha dado licencia.

Rey. Volved acá. ¿Qué es aquesto?
Don Alvaro ¿dónde vais?

D. Alv. Donde un hombre no veáis,
que su fe y palabra ha puesto
donde no puede cumplirla.

Rey. Alvaro, en nuestra amistad
no cabe dificultad.
Reina será de Castilla
Isabel, no os enojéis.
¿Otra vez os desterráis?
Poco, don Alvaro, amáis,
poco á mí me agradecéis.

D. Alv. Dadme vuestros pies, señor;
vida y honor me estáis dando.

Rey. Don Alvaro, estoy pensando,
que pues cobré tanto amor
á esta francesa, podría

Mostrarse agora dispuesta,
¿para qué es buscarse capa
vuestra grandeza?

D. ALV. ¿La mía?
No, señor, nunca fué sea
que yo viva desterrado
como un hombre que ha quebrado
su palabra. Cese ya
vuestra majestad, señor,
que duden que deseo,
y el mundo sepa de mí que vea

REY. Álvaro, ¿tanto os pesa?
Veisla aquí, por mi vida,
que es vuestra dueña Isabel,
y en fin, mujer al fin,
tendrá el alma agradecida.
Y cuando no, santiguo
diablos que encierra en mi pecho,
que vos hicieseis tan necio
Maestre de Santiago.
Vos sabéis cómo os quiero
de mi corazón, y así
perded, Maestre, de aquí,
gratificadme luego a Portugal,
que el Infante de Aragón,
desde allí desafiado,
grandes fiestas ha pintado.

D. ALV. Vuestra vuestra razón

REY Mas amor que tengáis nuestro.

D. ALV. Señor, ¿habláis en serio, caso
de Isabel?

REY. Sí, que me caso
con mi gloria y vuestro. (*Hase*)

D. ALV. Hoy veré, por mi vida,
con esto los pies
a la fortuna, pues
Isabel agradecida.

ESCENA XII

DON ÁLVARO Y DOÑA JUANA

DOÑA JUANA.

Mal caballero, lamentado amante,
desleal y grande a la fe mía,
más cortada, más pura y más brillante
que el rosicler y púrpura del día,
¿en qué valor magnánimo y constante
mi veneno vertido a la ofensa?
Infiel, traidor, ¡vaven los cielos!
que estos agravios son, que no son celos.
Que el Rey se casa en Portugal, ¿leíste,
cuando el retrato mío en su mano,
que un retrato le ves, y otro que dejaste
gusta es ocasión de olvido de ayer?
Mentiste, cuando afirmaste, mentaste
no poderme amar, Dios soberano,
que de pecho a pesar de mis enojos,
se asoma a los ojos de mis ojos
¡Pluga al cielo, traidor, que derribado,
a fuerza de la crecida diligencia,
del supremo lugar de tu estado
admiración te caigan de la gente.
Y si en vez de castigo tu loco pasado,
mayor lástima de tu mal presente,
desvanecerse vea en luz alguna
la pompa y majestad de tu fortuna,
porque yo en Benavente retirada
sangre de Pimentel es generosa
de amor, con escarmientos enseñada,
gozare libertad y paz dichosa
Y pues que la fortuna ecelada
infeliz me formó, no ser dichosa,
allí con mis pesares divertida,
contaré las tragedias de tu vida
No siento tus engaños, siento
que mi imprudente amor se haya atrevido
a sacar a la lengua y el tormento
que en silencio le daba, haya rompido
¡Oh, mal nacido amor! Este escarmiento
tu ligereza ha merecido
¡muertas en el alma, y vivas en los labios,
sintiendo injurias y llorando agravios!

DON ÁLVARO.

Atiende, mi señora, al desengaño
de que en la sombra de tu luz adora.
En Francia quise el Rey (que no te engaño)
casarse con mi gusto, pero ahora
no quiere casarse, esto tan extraño,
Isabel quiere ya María, señora,
el retrato francés que te dio enojos.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Dios! ¿si esto es verdad?

DON ÁLVARO.

Sí, por tus ojos.

DOÑA JUANA

¡Que fácil condición tiene quien ama!
Vi mal las comparaciones poéticas,
con ecos. Una vez airada brama,
moviendo y produciendo olas inquietas
en globos de cristales se derrama,
que parecen diamantes cometas,
y luego en dulce paz y sin enojos,
campo de estrellas es, campo de flores.
Paso la tempestad de mis enojos,
serena el desengaño mi semblante
Borre en mí lengua, pues borró en mis ojos,
tantas quejas amor de aquí adelante.
Tributario de bárbaros despojos
te mire la fortuna tan triunfante,
que aun el tiempo sentirse apenas pueda
en los vuelos tardíos de su rueda.
No recele, ni tema tu privanza
golpe intenso de mísera caída,
ni se mire tu luna con mudanza
de los rayos del sol instituida,
ni adquiera en tus sucesos sin venganza
la envidia de los hombres, ni en tu vida
nos deben experiencias las historias
de lo que pueden las humanas glorias.
Pasmo del mundo tu fortuna sea

DON ÁLVARO.

No es eso lo que yo me deseaba.

DOÑA JUANA.

Pues tengas lo que esta alma te desea.

DON ÁLVARO.

Ser pudiera con eso desdichada.

DOÑA JUANA.

Siempre Castilla tus hazañas vea

DON ALVARO.

No es eso, no: tu amor desenamorada
Si cansada me dices, y contigo,
teme por celos?

DOÑA JUANA.

Pues eso digo
(Vanse cada uno por su parte.)

ESCENA XIII

El Infante y Soldados.

INFANTE. Suelta Castilla, Lizarra
sea siempre en su opinion,
las banderas de Aragon
y las cuatro de Navarra
Plaza de armas no ha de ser
Tudela, de nuestra gente
desde aquí hasta el Occidente
a Castilla se ha de ver.
Aposentar hasta mañana,
y estando juntos los dos
hemos de dar, vive Dios,
en Castilla tal campana
que de mi muerte han tenido
que se ha de vengar
SOLD. 1.° Al Condestable has pedido
la vida.
INFANTE. Pues, pardiez
tengo al Rey de su poder,
no ha de gobernar Estado.
SOLD. 1.° Advierte que de ese modo
pierdes y cobras ser
Rey con la infanta,
la vida despues te doy.
INFANTE. Y no podré ni casarme
esto en mandes, ¿que te espanta?

ESCENA XIV

Dichos y un Alcaide, saliendo de una torre.

ALCAIDE. Sepa, señor, vuestra Alteza
que está a peligro la villa,
que la gente de Castilla
viene ya. Esta fortaleza
no teme, porque ha de estar
por el nombre y la opinion
de Navarra y Aragon,
no la puede conquistar
el castellano aunque
que a todos es inexpugnable.
INFANTE. ¿No ha venido el Condestable
con el ejército?
ALCAIDE. Creo,
segun dicen las espías,
que el conde de Benavente
gobierna ya esa gente.
INFANTE. ¿En efecto, desvalida
Mis fuerzas son, desgraciado
Alcaide, ¿que te acobardas?
ALCAIDE. Señor, no a vos de ellas,
que antes les tengo ánimos
y el Alma, porque pienso
que es medio mas acertado

INFANTE. Contra aragoneses [illegible]
[illegible]
de [illegible] este [illegible]
por [illegible] por [illegible]
a [illegible] pues, [illegible]
[illegible] a [illegible]
ALCAIDE. Mucho siento, pero
INFANTE. ¿Nos vais?
ALCAIDE. Tengo
INFANTE. Pues [illegible] padre
a Castilla. Vamos
ALCAIDE. Adios.
INFANTE. Marche el [illegible]
y la marcha [illegible]
y que [illegible]
en [illegible] sangre [illegible]
(Vanse los dos.)

ESCENA XV

El Alcaide y algunos Soldados.

ALCAIDE. La gente que el Rey prevenia
en esta frontera, cuenta
que mas de diez mil apenas
entre caballos, peones,
entre sanos y enfermos
SOLD. 1.° Cuenta esta cuenta el campo,
en Castilla tres veces
las banderas de Aragon
ALCAIDE. Grandes [illegible]
SOLD. 1.° Que [illegible]
ALCAIDE. Soldados, [illegible]
esperar, [illegible]
a [illegible] ¿Vosotros
que [illegible]
y en [illegible]
le [illegible]
SOLD. 1.° Porque [illegible]
dan [illegible]
ALCAIDE. Alcaide, [illegible]
de [illegible]
ser [illegible]
(Vanse.)

ESCENA XVI

Torre con [illegible] y salen [illegible], el Conde de Benavente [illegible]

D. ALV. Decid pardiez, [illegible]
[illegible]
que [illegible]
porque [illegible]
hijos [illegible]
en [illegible]
los [illegible]
El [illegible]
bien [illegible]
mandar [illegible]
y a [illegible]
CONDE. Hasta estar [illegible] muerte.
[illegible]
[illegible]
de [illegible]
de [illegible]
¿Seguirme [illegible]
D. ALV. [illegible]
[illegible]
[illegible]

LINTERN. Demos.
D. ALV. ¿Demos dices? Acomete.
Ea, escálese el castillo.
LINTERN. Atrévese quien se atreve.
D. ALV. (*Llamando.*) ¡Ah, del castillo!

ESCENA XVII

Dichos y el ALCAIDE, *en la torre*

ALCAIDE. ¿Quién llama?
D. ALV. Llama, Alcaide, quien pretende
vuestro honor y vuestro aumento.
El rey de Castilla quiere
que le entregueis su castillo.
ALCAIDE. No se gana de esa suerte
honor, como vos decís.
Haga el Rey que á mí me suelten
los infantes de Aragon
el homenaje.
D. ALV. ¿Quién puede
en tierras del rey don Juan
tener castillos?
ALCAIDE. Quien suele
darle guerra y ser su igual.
D. ALV. (*Ap.*) No te respondo que mientes,
villano, por no impedir
la faccion que se promete. —
Retírese vuesceleencia,
retiraos todos, y queden
algunos en esa ermita.
(*Retíranse.*)
Solo quiero hablarte. Deme
su salvaguardia el castillo.
ALCAIDE. Suba, pues, que ya la tiene.
Agria es la cuesta, y quien solo
á esta fortaleza viene,
no nos engañará.
D. ALV. Yo,
señor Alcaide, fuí siempre
vuestro apasionado, y pues
el Rey manda que le entregue
su castillo, á cargo mio
han de quedar las mercedes.
Salid acá y hablaremos
sobre este repecho verde
con que este cerco, esta basa
del castillo se guarnece.
ALCAIDE. Señor Condestable, hablemos.
D. ALV. Si los infantes no pueden
resistir al rey, ¿por qué
se resiste y se defiende
un alcaide?
ALCAIDE. Porque he sido
noble como vos.
D. ALV. No siempre
es nobleza el ser constante,
porque hay constancias ajenas.
ALCAIDE. Entregad á Enrique vos
el castillo de Alburquerque.
D. ALV. ¿Lo que no debo ni puedo
me pedís?
ALCAIDE. Mi dicho es ese.
D. ALV. Vos debeis, si sois leal,
entregarle.
ALCAIDE. ¿Quién me excede
en lealtad á mí? Ninguno.
D. ALV. Ya no puedo más, reviente
mi impaciencia. ¿Tú, alcaidillo,
tú, hombrecillo, te defiendes
del rey don Juan? Vive Dios,
que con una infame muerte
has de llevar á ese valle
hoy tu lealtad.
(*Derríbale.*)
ALCAIDE. Socorredme
los del castillo.
SOLD. 1.° ¿Quién basta
contra el ánimo valiente
del Condestable?
D. ALV. ¡Ah, soldados!
(*Salen el Conde, Linterna y Soldados.*)
CONDE. ¡Muera!
D. ALV. No muera; prendedle.
Da el anillo del Infante
para que el castillo entreguen,
ó morirás.
ALCAIDE. Veisle aquí.
D. ALV. Suban las banderas, trepen
ese cerro los soldados,
y en las almenas del fuerte
las tremolen.
LINTERN. Bien rodáis,
señor alcaide.
CONDE. El Rey viene
á gozar de la victoria.

ESCENA XVIII

Dichos y el REY

REY. Un nuevo soldado tienes,
Maestre de Santiago,
no puedo vivir sin verte,
tu sombra soy y testigo.
D. ALV. Señor, el cielo prospere
tu corona. Ya es Trujillo
tuyo otra vez.
REY. A Alburquerque
pasaremos á esperar
al que la reina llegue
por ti y por ella he venido.
Alvaro, llamarte puedes
duque de Trujillo tuyo
ha de ser, pues le defiendes.
D. ALV. Mirad, señor, que la envidia
vive entre tantas mercedes.
No más, señor, ¡vive Dios,
que esta merced me entristece!
REY. Prosigamos la victoria.
Haced que marchen, Maestre,
Marques de Villena.
LINTERN. Dale.
(*D. Alvaro va á besar los pies al Rey y cae sobre ellos.*)
D. ALV. Beso tus pies. Que tropiece
hizo el peso de tus honras.
Detente, dicha, detente,
fortuna, no quiero más,
á los pies del Rey me tienes.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

JUAN DE SILVA Y VIVERO

SILVA. Yo no sé desde este día
lo que en la corte ha pasado,
que me han tenido ocupado
fronteras de Andalucía.

VIVERO. El infante de Aragón,
hoy á la paz reducido,
entra en la corte, que ha sido
un soberano blasón
de don Juan no ser cruel
á tantos atrevimientos.
Ya sabes los casamientos
del Rey con doña Isabel
de Portugal, que ya vino,
siendo octava maravilla
de las damas de Castilla;
y con ella fue padrino
el Rey, prudente y afable,
de don Alvaro, ambos fueron
padrinos que honrar supieron
las bodas del Condestable.
Doña Juana Pimentel
fue el favor que la fortuna
dió á don Alvaro de Luna
más supremo, porque en él
el Condestable ha librado
toda su dicha, y en fin,
la quinta de su jardín
fue el talamo deseado.
Mas si el sol suele crecer
al auge, y de allí no sube,
la misma sospecha tuve
de que esto ha de suceder
á don Alvaro, y que ha sido
el auge de su ventura
ser dueño de esta hermosura.

SILVA. ¿De qué lo habéis presumido?

VIVERO. De que, volviendo el Infante,
le han de volver los estados,
y los grandes, incitados
de la ambición arrogante
de don Alvaro, se unieron
á hacer cargos rigurosos.

SILVA. ¿Y vos llamáis ambiciosos
pecho y ánimo que os dieron
tanto honor? ¿Es este buen pago?
¡Vive Dios, que es inculpable
la vida del Condestable
y Maestre de Santiago!
Ni arrogante ni ambicioso
en sus obras se ha mostrado;
mas es siempre el envidiado
lo que quiere el envidioso.
De ingrato y desconocido
retaros puedo, y prometo
que á mí mirar el respeto
de palacio.

VIVERO. Ya ha salido
el Rey. Yo os responderé
donde os deje satisfecho.
(Ap.) Declaréme: mal he hecho,
mas yo lo remediaré.) (Vase Silva.)

ESCENA II

El Rey y Vivero

REY. ¿Qué hay Vivero?

VIVERO. Gran señor,
lo que siempre digo. Presto
no tendréis hacienda, y esto
lo sé como contador.
Mucho á don Alvaro dais,
todos los grandes lo sienten
¡plega á Dios que ellos lo intenten
remedio que vos sintáis!
Remediado como sabio;
rico está, basta, señor,
tanta merced, tanto amor.

REY. ¿Os ha hecho algún agravio?

VIVERO. No, señor, ni del le espero.

REY. Ingrato sois.

VIVERO. El criado
á su dueño está obligado.

REY. Bueno está, basta, Vivero.

ESCENA III

Dichos, la Reina y el Infante

REINA. Señor, el Infante viene
más humilde y más humano.
Suplicoos le deis la mano.

REY. Cuando tal padrino tiene
los brazos daré al Infante.

INFANTE. Señor, si algunos enojos
os he dado sin razón,
bástame para perdón
el sagrado de esos ojos.
Soy vasallo.

REINA. Y yo lo fío.

INFANTE. Pues que sabéis mis intentos;
perdonad si tengo alientos
de aconsejaros, Rey mío.
No llevar los grandes bien
tanto favor y amistad
con don Alvaro.

REINA. Es verdad.

REY. ¿Y vos, señora, también?
¡Pobre don Alvaro! creo
que una vez os dió la vida.

INFANTE. No hay obligación que impida
el buen celo, el buen deseo
de que este tu majestad
en sus reinos con quietud.

REY. ¡Oh, villana ingratitud!
¡que se atreva tu impiedad
á una reina y á un infante!

INFANTE. Muchas culpas nos refieren
del Maestre, con que quieren
que no le tenga delante.
Señor, ó días, que es justo.

REY. ¿Cargos le quieren hacer?

INFANTE. No es bien dejaros vencer
de la amistad y del gusto.

REINA. Y cuando culpas no hubiera;
(si las hay, sábelo Dios)
el apartarle de vos,
¿qué inconveniente tuviera?

ESCENA IV

[illegible]

ZUÑIGA. Esta mi hermana os escribe
REY. ¿Quién?
ZUÑIGA. [illegible] Acuerdo el Pleno
que [illegible]
retirado en [illegible]
REY. Levantad, Zúñiga, [illegible]
y [illegible]
que [illegible]
Turbado [illegible]

(Aparte. Mucho, Dios, [illegible]
mandó [illegible]
[illegible]
se [illegible] D. Álvaro de
Luna, [illegible]
culpas que se [illegible]
Majestad [illegible] *D. Luis de Velasco, Contador Mayor, Conde de Pinto, D. Marqués de Santillana, Pero Manrique.*

¿Qué es esto, temo envidioso?
¿Que sea [illegible]
y que [illegible]
Vedme vos [illegible] (Vase [illegible])

ESCENA V.

[illegible] y salen D. ÁLVARO, LISTENA y MORATINOS

D. ÁLV. (A Listena.) ¿Vos [illegible]?
LISTENA. Sí, y de buena gana [illegible],
¿A [illegible]
que no entiendo [illegible]?
D. ÁLV. (A [illegible]) Perdonad, Majestad
[illegible]
REY. [illegible]
como [illegible], [illegible]
[illegible]
D. ÁLV. ¿No me [illegible]?
REY. (Aparte.) ¿Que en
tantas desventuras [illegible]
Desdichado aquel [illegible],
de [illegible]
¿Pues [illegible]
en culpas? No [illegible].
Pues [illegible]
sea yo quien no [illegible]
D. ÁLV. Besar [illegible]
para [illegible]
Y que, ¿no me [illegible]?
REY. (Aparte.) Mal.
Si es culpado, [illegible].
¡Oh, [illegible]!
D. ÁLV. Hablaros, señor, [illegible].
REY. Alzad, [illegible],
porque [illegible] (Vase.)

ESCENA VI

[illegible]

D. ÁLV. ¿Vase [illegible]?
¿Hay [illegible]
de [illegible]

presto fue, fortuna, presto
[illegible]
de Rey [illegible]
en [illegible]
sabed [illegible]
INFANTE No [illegible],
que [illegible]
D. ÁLV. ¿No [illegible] que habéis dado
palabra [illegible]
mi voluntad?
INFANTE. Si me acuerdo,
mas ¿qué [illegible]?
(Vase el [illegible].)

ESCENA VII

[illegible], DON ÁLVARO, VIVERO, LISTENA y MORATINOS

D. ÁLV. Basta Dios, [illegible],
[illegible]
[illegible]
[illegible]
REINA. Sed, Maestre, [illegible]
y es [illegible] (Vase.)

ESCENA VIII

[illegible], sale la REINA

D. ÁLV. (Aparte.) Yo os hice [illegible] un día
[illegible]
[illegible]
[illegible]
pues se [illegible],
y que [illegible]
[illegible]
a [illegible]
para [illegible]
de [illegible]
en [illegible]
a ser [illegible],
[illegible]
pues [illegible]
Rey, señor, [illegible]
[illegible]
y [illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] (Vase.)
VIVERO Oíd, oíd.

ESCENA IX

VIVERO, LISTENA y MORATINOS

LISTENA. ¿Pese [illegible]?
San Marcos [illegible]
¡Oh, [illegible]!
de [illegible]
de [illegible],
[illegible]
En [illegible]
con [illegible]
[illegible]
de [illegible]
¿Pese [illegible]

á la fortuna y ultraje?
Dame cuenta la fiada vista,
tenga [illegible] sus armas
MORAL. Señor, parece que duerma,
y viendo á su señor cerca
LISTERO No has de hablar palabra ninguna
sin que primero yo hable
MORAL. Todo pasa y nuestro espera,
no ha de ser siempre sujeto estado.
LISTERO. Hoy el Rey nos ha hecho tan grande,
mañana de mi ira guarda.
Tras esto, por quien yo era
¿de esta manera? ¡ah, dolor!
Déjame ver si
la gente que me seguía (Llama.)

ESCENA V

Salen DON ALVARO

D. ALV. ¡Oh, cuerpo humano terrenal!
¡Oh, cuánta verdad en ti cabe
más de menos, menos triste,
más cuerdo, más animoso!
Agua de Dios, qué pocos
persuades cuando persuades.
¿Hay cosa más mudable?—Sí.
¿Y agravio que quiere?—Vengarse.
¿Son todos?—Todos son así.
¿Que he muerto á...?—Luego arde.
¿Los parientes?—Corren.
¿Qué pretenden?—Perseguirte.
¿Quién defiende?—La inocencia.
¿Qué dicen?—Que eres culpado.
¿Por qué me dan?—Por uso.
¿Se quejan?—Lo mismo.
¿Pues duermo?—Durmiendo.
Quien mal anda mal reposa.
Moralejas.

ESCENA VI

DON ALVARO y MORALES

MORAL. Mi señor
D. ALV. Tu sueño, tu reposo
que despierta á toda hermosa,
divierte, no cantares,
vilipendia tanta,
canciones tristes me cansa
para hartarme de pesares.
MORAL. ¿Quieres que llame á alguno?
D. ALV. Sí.
MORAL. ¿Llama? ¿Lozano?
D. ALV. Calla, aguarda,
por si no me engaño tarde,
la gravedad de su semblante.
Morales, [illegible]
porque sea de tal
el que se acerca, el mirar
de las humanas pasiones
¿Quién hay, no importuna, que haya?
¿Qué nueva me cansa los ojos
Ya no tengo [illegible]
estremada, nueva,
MÚSICA. ¿Quién es el que se atreve á pasar
de hoy en cuatro el paso,
donde mana la fuente,
donde nace el arroyo?

D. ALV. Si humo, nada polvo y viento
es [illegible]
[illegible], mañana nos da?
Tiempo [illegible] entretenimiento,
¿Aquí [illegible] reposa?
No ha de decir [illegible]
[illegible]
[illegible]
MÚSICA. [illegible]
[illegible]
[illegible]
D. ALV. Señor, [illegible]
siempre me ha querido;
[illegible]
de [illegible]
Mas [illegible]
con [illegible]
¿Por qué [illegible]?
Verdades [illegible]
[illegible]
pero ¿qué [illegible]?
No lo entiendo, estoy turbado;
[illegible]
[illegible] (Vase por donde entró, y sale Listerna.)

ESCENA VII

DON ALVARO, LISTERNA, luego MORALES

D. ALV. ¿Hay algo?
LISTER. No es nada.
Cuidados [illegible],
[illegible],
y de tal [illegible]
que son [illegible]
hacer á [illegible] Pr
MORAL. Vamos, Pérez y ver,
á ese hacen [illegible]
esperaba para hablarte;
[illegible]
D. ALV. Señor, [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y [illegible]

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA JUANA, LISTERNA

JUANA Don Alvaro, mi señor
[illegible]
[illegible]
¿[illegible]?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

la luz de los desengaños
debe á sombras?... ¿qué es esto?

D. ALV. Retraos

LISTERA. Morales, presto
verás sucesos extraños.

(*Vanse.*)

ESCENA XIV

DON ALVARO Y DOÑA JUANA

D. ALV. Mi señora, ya he mirado
que la vida, vuestro amor
cobran nuevo brío y hacen
que la fortuna se atreva
á dar nuevos pasos, pues
y en este punto decidan
los aspectos de la suerte,
si no has estado advirtiendo
en vuestro valor efectos,
mi desdicha ni mis ruegos
y valida prevenciones,
Mas los contrarios astros,
la fuerza de mis tiempos,

JUANA Mi señor, no creo, ni trato
de desmentirlos, ni intento,
que la vuestra vence el hado
atento y cierto, porque
que al que en tal conflicto trato
no puede la fortuna hacerle
resistir, y al valor fuerte
no tiene cobarde ataque
con el tiempo y la fortuna,
con la vez y la muerte,
la que importa es poner el frente
de una parte de estos cuatro
se exponga á la sobre el teatro
del valor que á quien
culpa alguna, y que conduce
su virtud y acciones al nombre,
porque cuando mas le asombre
tortura ó infame atrevida,
quitarán envidia y vida,
mas no le harán vil ni innoble

ESCENA XV

DICHOS, Y SALE LISTERA

LISTERA Señor, señor Condestable,
en aquel trono, en aquel
hombre de Pedro sentado,
por quien á prender os envía
los constantes consejeros,
sus privados mas queridos,
cautelosos, atrevidos,
y con verdades astutos.
Vuestra es la vida, señor,
á las pasadas desdichas
y fortuna el corazón agrega
á la que va viene encima

D. ALV. Eterna, ¿qué es lo que dices?

LISTERA. Que el noble en sangre antigua,
á quien le untaron padres,
pensó que en vuestra muerte la mia.
Nuestra casa está cercada
ya las puertas nos derriban,
gente sube, luego llega,
que otro temor no turba
Castellanos para seguirte
que entre vuestros se dan
mas grandes desacuerdos
y vos guardan las espaldas

ESCENA XVI

DICHOS Y SALE ZUÑIGA

ZUÑIGA Señor Condestable, daos
á prision

LISTERA. Vuestra vida
se ha de dar.

ZUÑIGA. El Rey lo manda.
ó á prenderos se atreva

JUANA Huid, señor, que en vos no
detenta el hado vuestra vida
fuerte, sino vuestra alma,
fuerte seguid los pasos
(Oyese la trompeta de nuevo y parece contra
fuera.)
¿Ves Dios, que es gran Maestre,
Condestable de Castilla,
no se ha de dar á prision
persona alguna
Huid las armas, cuidado

ZÚÑIGA. Señora, es vano empeño
vuestro: dad vuestro esfuerzo
á los hombres fuertes

JUANA A cuanta
de su pecho serán pocos
Salid, señor, por mi vida.

D. ALV. No, que en esta ocasion
ni mi esperanza me anima,
ni se han de dar un paso
el pecho con el decoro
por cuya prenda y cuenta
que ser vuestro pecho
sabia siempre

D. ALV. No se diga
que D. Alvaro de Luna
algunas culpas tenia.
No diga que cuesta el Rey
temor y afan de hacerla
guardar á su Rey como
que en la vida es pagarla
Y que [illegible] mandado,
obra de mano divina,
pague con esto al Rey,
olvido, pues, la ofendida
hace vuelo de su pecho
Presto, vos,

JUANA Y vos á esta

LISTERA. Y con todo

MORAL Verdadero lugar vemos.

(*Vanse.*)

ESCENA XVII

Vase el Infante, y luego la Reina y el Rey, por su orden

INFANTE. Que mengüe luna tan llena
a mí, señor, no conviene,
pues los estados me tiene
de Portugal y de Valena.
Sabe Dios que no deseo
ni su mal, ni su desgracia,
y entre el engaño y la culpa,
no sé duda, no, no creo.
Mientras tengo la pasión
y el querer a justicia,
como cegado de ciega
no sabe en su perdición.

REINA. Que tenga por atrevido tu...
prevenido, es gran rigor
en tan cuerdo caballero
que siempre de arte de un,
que grande de la sierra,
y si, que, cierta estaba
y en fin que no se pagara
y que pagaría pesada

REY. Ya estará el reino contento,
porque nos quiten nombre
que examinen en la fe
y lealtad de aquel portento
de desdichas

REINA. En la muerte
de Vivero poco habrá
que averiguar; aquí está

REY. No más de aquí, la otra suerte
ahora no han referido.

ESCENA XVIII

DICHOS, y *sale* ZÚÑIGA

ZÚÑIGA. A esta torre traigo preso
al Condestable.

REY. Conforme
que su amar me ha enternecido.
¡Preso el... que... no!
¡Que aprisa que se pasa el gusto!
¡Pluguiera a Dios que no me hubiera!
¡Pluguiera a Dios que no me hubiera!
¡Pluguiera a Dios que no me hubiera

ESCENA XXI

Dichos, un [illegible] y luego el SECRETARIO

CRIADO. Aquí espera el secretario. (*Sale este.*)
REY. ¿Qué queréis vos?
SECRET. A firmar
los pliegos que envía
a sentencia de Maestre
REY. ¿No escuchar sus descargos?
¿No oír cada cual sus razones?
¿Es nuestra vida tan corta,
que todo pasa en un día?
Pero ¿quién viene desde Aragón?
Presto daréis la sentencia.
INFANTE Las cargas de [illegible],
[illegible] darse prisa
sosegando el reino.
REY. Cuando
esta pasión el furor,
amar pueda el abogado,
hacer la paz el pacífico,
¿a, de [illegible] armada
reyes en tanto temor,
¿A qué, pues, os señalaron,
secretario, los jueces?
SECRET. A qué, mísera desgraciado
REY ¡Válgame Dios, qué pregunta,
gallarda mina, a fe mía!
¿Que tuviera el efecto,
después de tanto, largo
de tus servicios?
REINA. Señor,
¿valor falta en vuestra mano
para tener una pluma
y un papel, que es esto? Agravio
hacéis a vuestra nobleza.
REY. Con siete letras designo
lo que en muchos años hice.
¡Que pueda un hombre en un cargo
darle muerte, siendo dueño
de vivir sólo la mitad
de Dios! ¿Que tantos reyes
a este traidor no le hablaron?
La pluma es aspid venenoso
es la tinta, el papel cáncer
es retrato de la vida;
manchémosle, pues el retrato.
No acierto a escribir.
REINA. Aun
moveras, señor, la mano
(*Llévale la mano.*)
REY. «Yo el Rey» dice, mas, ¿qué horro,
escribe, mas resulta
«yo el de Luna» que es lo mismo?
¿Yo he de decir que le mato?
¡Fuese aquí, el escribano,
envuelto con sus papeles
Rodrigo, Dios en la tierra,
[illegible] este paso,
¿cómo la firmaré «Yo el Rey»?
¿Cómo firmo [illegible] esto?
Letras, sí, serán borrones,
caracteres sin de cuentas,
líneas de la muerte misma,
no se vean con [illegible]
¡Oh, pluma, hecha con verba
que disparada de arco
de [illegible] ta, penetras
dos pechos de cera y mármol!
Pluma, parece que estás
la imagen del verdugo
de [illegible] privanza de [illegible],
¡mas [illegible] haga Dios!
REINA. ¡Que tanto
pueda [illegible] con vos
INFANTE Señor, debe [illegible]
que [illegible] que merece
REY [illegible] de [illegible] privado
de [illegible] muerte, de [illegible] ta
es un objeto bizarro. (*Vanse.*)

ESCENA XXII

DON ÁLVARO con cadenas y MORAL resguarda[illegible]
[illegible] vanse el SECRETARIO

MÚSICA. «Aquella luna hermosa
que sus cuernos le dio ocasión,
hoy con toda su luz eclipse
perdió luz y resplandor
en los brazos a tu sombra
de cuyo dolor [illegible]
nace en [illegible] de Tarsa
y muere en [illegible] de León.»
SECRET. Don Álvaro, mi señor,
aquí es menester paciencia:
aquí importa la prudencia;
aquí es menester valor.
D. ÁLV. ¿Cuando pero tengo que hablar
Aún escucha de esta [illegible]
sin duda que vamos a
Maestre a [illegible] ndestilar
¿Sentencia tan mismo valor,
de valor que prevenís?
SECRET. A gran desdicha venís,
a no poder ser mayor
A muerte os han condenado,
y esta se ha de ejecutar.
D. ÁLV. ¿Qué, no pudo la [illegible] brar
no ha gemido ni [illegible] temblado?
¡Válgame Dios, [illegible] te!
¡[illegible] este [illegible]
Se ha espantado [illegible] nombre
¿qué será [illegible] te?
Un [illegible] de agua helada
por [illegible] con desdén
esta sentencia, este [illegible]
que del mismo cielo cae:
[illegible] ta, en tal estruendo,
[illegible] ha temblado
[illegible] desamparado
el corazón en el pecho.
MORAL (*Aparte.*) Aquí [illegible] agua
D. ÁLV. ¿No espanta
la muerte con su [illegible]
[illegible] que [illegible] por [illegible],
se [illegible] [illegible] ta
[illegible] que el [illegible] (*Bebe.*)
SECRET. Señor, [illegible]
[illegible] [illegible]
MORAL. [illegible] que [illegible]
D. ÁLV. [illegible] ta, el corazón,
temor no debe [illegible]

porque el nacer y el morir
todos semejantes son.
Siempre a desdichas vivimos,
siempre en miserias estamos,
cuando nacemos lloramos,
llorando cuando morimos.
El que nace, sabe que ha de
dar un sepulcro, en que yace.
Sepulcro de la vida que nace,
a sepulcro va el que muere.
La cuna es bien y es trabajo,
porque sin duda a alguna,
cuando esta hasta arriba es cuna,
tumba cuando esta hacia abajo.
Bien sabeis, rey verdadero,
pues sois el alma
de un rey, que es rey mortal,
que por su defensa no mueve,
por las vuestras, su, y asombre
vuestra gran piedad, no Dios,
que piedad no puede ser
sin hacer ofensa a hombre,
Y pues de esto no arribe
no puede a Rey hombre sabio
sin que ofensas agravie,
no sintiendo el vuestro el.

SR. REY. Escuchadme la sentencia.

D. ALV. Sin oiros la consiento.
Niño, tu perdida acata:
hoy tarde estas, ten paciencia.
Con solo este anillo vengo,
daroste este anillo en
y mas si hubiera también.
pues ya la cabeza no tengo.
DOÑA ANA. Pues por quien
que, a quien sirve con amor,
aprenda a pagar mejor
que su padre me ha pagado.
Bien se que atalaya soy,
que sabe desde la cuna
al monte de la fortuna,
y vuestra hermosura doy,
porque se guarde y asombre,
dando con voz de alerta
«Vuelta humanos, a esta,
no confieis en el hombre.» (Vase.)

ESCENA XXIII

Salen el REY DON JUAN, el INFANTE, y criados.

REY. Fantasmas, melancolías,
¿qué me quereis desta suerte?
Sombras ¿que sois? ¿sueño o muerte?
Pues ya se acaban mis dias,
bastenos ya las ansias mias,
Dejadme ya por extraño,
con piedad y sin engaño,
todo es piedad y sentir,
que solo pude vivir
mas que don Alvaro un año,
sometido al Tribunal
de Dios. Estoy engañado,
que fue siempre el desdichado
tan piadoso, tan leal,
que no me hara tanto mal,
y pues el pudo ser esperar
No permitio el traydor hero
ser piedad y con mal acabar,
todos dicen que es justicia,
y que de tanta no quereis.

ESCENA XXIV

Dichos, y DOÑA JUANA FIGUEROA.

JUANA. Rey don Juan, rey de Castilla,
y mas heredero de mundo,
en el titulo segundo,
a los pies, señor, se arrodilla,
la misma lealtad, la fe,
a quien sola la ha visto,
vuestra Juana, y es ya
sombra de lo que sera.
¿Es sombra de lo que fue
Rey piadoso ¿como podeis
matarme con impiedad?
que siendo yo su lealtad,
¿en que ofendo tan mal mandes
Desdichas son tus mercedes:
una de dos, rey airado,
si el pecho, si estas engañado
en darle honor imprudente,
sino ves, y es inocente,
¿por que ha de ser desdichado?
Es Rey, que es singular
piedad en la grandeza
la ley en naturaleza
pelea por conservar
lo que ha sabido criar
imita a Dios, su renombre
pretendes que al mundo asombre,
que antes que se pueda ver
que borrar mi deshacer
esta maquina de hombre.

REY. (Aparte.) Con el alma enternecida,
entre piedad y rigor,
yo vengo a estar como flor
de dos vientos combatida,
pesando estos muerte y vida.
¡Oh, tu, justicia! ¿aqui estas?
¿aqui, amor, tus mañas das?
Pelead con esperanzas,
muera o viva en las balanzas [1],
pero la justicia más.

JUANA. Dueño mio, no hay piedad:
todo es de la fortuna
es vuestra pompa veloz,
vuestra majestad caduca.
Hoy moriras, y tan pobre,
que te falte sepultura.
Mas no importa, prodigiosas
serán las obsequias tuyas.
Los montes serán de mundo,
pirámides y columnas
de tu rico monumento,
no le igualara el de Nauma.
El concavo de los cielos
sera la funebre tumba,
y la temerosa noche

[1] En el original: «muera o viva en las balanzas», en los balan-

con sus bayetas la cubra.
Las estrellas serán hachas,
pues son faroles que alumbran
en el entierro del sol,
en la tristeza nocturna.
Lágrimas serán las fuentes,
que el mar anhelando buscan,
y las voces de tu fama
epitafios que reduzcan
alabanzas á tus dichas:
si el Rey falta, Dios te ayuda,
porque tan grande varón
no cabe en menores urnas. *(Vase.)*

ESCENA XXV

El Rey, *el* Infante *y criados.*

Rey. Movido de aquellas voces,
más piadosas que importunas,
seguidme todos, seguidme,
y esta acción tenedla oculta,
porque historias no la cuenten
á las naciones futuras.
Por si alguno nos conoce,
los que vinieron se cubran,
que quiero ver el teatro
donde en trágicas figuras
representan mis mercedes
en agravios y en injurias.
¡Vive Dios, que si no es muerto,
que aunque el reino se conjure
contra él, que ha de vivir:
mas ya mi tardanza es mucha!

Infante. Ya estás, señor, en la plaza;
que parece que con plumas
has venido, y aquí tienes,
si mis ojos no lo dudan:
el espectáculo triste.

Rey. ¿Quién habla en él? Oye, escucha.

ESCENA XXVI

Descúbrese un teatro de luto, y Moralicos, *de luto con un plato pidiendo; el cuerpo aparte y la cabeza aparte.*

Moral. Dadme por Dios, hermano,
para ayuda enterrar este cristiano.

Rey. ¡Ay, Luna triste!
saliste tarde, y presto te pusiste;
nunca á crecer llegaras,
porque si no crecieras, no menguaras.

Moral. Dadme por Dios, hermano, etc.

Rey. Si la vida no le dí,
¿qué importa la sepultura?
Honras le hiciera en la muerte,
pero de hacerlas resultan
inconvenientes agora
que de su bien me desnudan:
arrepentido estoy ya.—
Reyes deste siglo, nunca
deshagáis vuestras mercedes,
ni borréis vuestras hechuras.
¡Oh! ¡Quién á mis descendientes
avisara que no huyan
de los que bien eligieron
para la mudanza suya!
Y con este triste ejemplo
de la envidia y la fortuna,
acabe aquí el gran eclipse
del resplandor de los Lunas.

COMEDIA FAMOSA

LA MEJOR ESPIGADERA

PERSONAS DELLA

El rey de Moab.
Rut.
Orfá, *dama.*
Bohoz.
Timbreo.
Aser. } *pobres.*
Herbel. }
Gomor.
Lisis, *pastora.*
Nohemí.
Jabel.
Zefara.
Asael.
Elimelec.
Masalon.
Quelion [1].

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Aser *y* Herbel, *pobres.*

Aser. ¿Hasta cuándo ha de durar
el hambre de Palestina?
Herbel. Mientras no cesa el pecar
no cesa la ira divina
que nos quiere castigar.
Tres años ha que olvidada
la tierra que esteriliza
nuestra suerte desdichada,
la maldición profetiza
de nuestro padre heredada.
Mete el hambre el mundo á saco;
ni á Céres paga el Agosto,
ni el fértil otoño á Baco.
Aser. Herbel, sin pan y sin mosto,
todo estomago anda flaco.
Comíme el año primero
el ganado que tenía,
sin dejar macho ó carnero;
los bueyes maté otro día,
comiéndome carne y cuero.
Mis tierras después vendí,
y comímelas también.
Por pan mis alhajas dí,
y la casa que en Belén
tuve, también me comí.
Ni ya tengo que vender,
ni el hambre su rigor doma,
pues de suerte viene á ser,
que si no que á mí me coma,
no tengo ya que comer.
Herbel. ¡Pobre de quien no ha dejado,
Aser, jumento ó rocín
que al hambre no haya guizado [2]
Ayer me comí el mastín,
alcaide de mi ganado.
Por tejados y rincones
ando á caza todo el día
(sin ser gato) de ratones;
gazapos, que el hambre mía,
juzga pavos y pichones.
Ya no tengo qué comer
si Dios su rigor no aplaca:
cayéndome estoy, Aser.
Aser. Yo anoche cené una urraca.
Herbel. Yo un jernicabo [3] anteayer.

1 Figuran además: Jaleel, Nisiro, Capitán ismaelita, Elfi y Asa.
2 En la reimpresión de D.ª Teresa de Guzmán. «quitado.»
3 En la misma: «zernícalo.»

ESCENA II

Dichos Sosotrata, Gomor, Asser, y Lisis, parte

LISIS. Parte, Gomor, con tu hermano,
la mitad de aquese pan,
y verás que no le es amor

GOMOR. Hambre y amor mal caben
en el pecho de los pastores.
Dezid lo que por ellos,
buscando y perdiendo,
muchas veces, desvelados,
he suspirado, y no he comido
estas solas y breves
mitad vos comeréis quedo
en tanto de vuestras tales

LISIS. ¿Si tú amarás bien!

GOMOR. Cene
anoche con su querida,
y verá el amor pagado

LISIS. ¿Quién os ha dado el trigo
que así os tratáis, amos?

GOMOR. ¿Vuesa vida tengo yo?

LISIS. Mi vida, ingrato, te di
que quien tiernamente amo
más vive en la cosa amada
que en sí mismo.

GOMOR. Bien, ¡por Dios!
El trueco, Lisis, me agrada.
Lo uno, que yo vivo en vos,
y vos en mí, transformada

LISIS. Si bien me queréis, no hay duda
que vidas hemos trocado.
Mas si es razón lo que acuda
a quien yo mi vida he dado
y en mí la que tiene muda

GOMOR. ¡Ah! Pues que me da ser
vuesa vida agradecida,
no tengáis que responder,
sin que á quien me da su vida
que viva de de comer.
Medio pan me ha dado Dios,
y según el hambre es fiera,
no hay para empezar los dos.
Más justo es que yo me muera
a trueque que vivas vos.
Pues tenéis mi vida allá,
no os la pida, mas tasad,
que, aunque tan barata está,
con la sobre el pan, podréis
sustentar la vuestra allá. (Comiendo.)

LISIS. ¿Respuesta tan descortesa,
bárbaro, ingrato, hosco, fiera?

GOMOR ¿De veros comer os pesa?
¿No se os da todo á mi vida
para daros de la vuesa?

LISIS. Yo me vengaré de ti
si hay lugar, que tiempo pasa

ASER. Pues aquí vive aquí,
la persona más estraña
y rica que en Belén vi.

GOMOR. ¡Ah, cómo puertas no coge
en habiendo!

HERBEL. ¡Luego de Dios
fuera destierro y despojo
de tanta hacienda!

ASER. Los dos,
aunque de ellos se escape,
a pedir hemos venido
limosna.

LISIS. Otra la duda

ASER Por su deuda y nuestra tenida.
Mas dar el dar que es debido,
ved, cuando es gracia

HERBEL. No hay hombre en todo el trato
tan cauteloso.

LISIS. ¿Qué importa,
si a nadie empiesta nada?
Larga hacienda y mano corta
mucho suele perderla
las veces, que es grano raro
guardar el dar y comer
del alma lo que es suyo,
y el vano, que vendría a ser
del ajeno pedir despojo,
en vuestro concurrir
pequeño que rendirse
al poco

ASER. Yo me he de pedir
a las puertas y no irme
sin antes que morir.

HERBEL. ¿Qué mal que le cuadra el nombre
de Hambrero!

ASER. Sigue ya
Hambrero, porque os asombre.

GOMOR. Mas si se da Dios a entender
a tan avaro como hombre,
que Dios a todos mantiene,
y más a pobres de pedir

HERBEL. Revela interpretarse viene
Lisis.

LISIS. ¿Que mal rey
que en guardado el trigo tiene
y a ningún pobre recibe!

ASER. Esa mía el rey, que de medio
que vida al cuerpo apercibe,
y estando toda en él, todo,
toda en todo que el parte vive,
así el rey tiene de estar
dando a todos lo que ser,
y así con él que el pobre halla
todo le ha de suceder
vengo yo hombre a sustentar

GOMOR Id a Egipto, que es,
veréis si os cumple anas

LISIS. El hambre es a vuelta del seso.

HERBEL. De seso, es No hay
a mucha virtud exceso.

GOMOR. Hasta empezar en Nabe
su mucha para ser vuesa,
que el vicio inventó.

ASER Yo se
que la avaricia cadena
que el pecho en sí preso ve.

HERBEL. No hay, es cosa que hermosa.

LISIS. Pues mucho, mas los años
hacen a veces cobarde,
en toda en los desengaños
que mayor en hay, es rosa.

ASER. Pues no tiene tanta edad.

LISIS. Ha pocos y muchos años.

GOMOR. Los años y la necesidad,
en ellos y vuestros
que con hambre es necedad

meteros en eso.
HERBEL. Ah,
el tiempo y hambre se pasa.
GOMOR. Pues hombre no, en tres punt.
Si [illegible] no está en casa,
de la virtud de Noemí
remediar mi pobreza,
que es [illegible] y honesta
ASER. Llamar a sus parientas que es
y pedir. Mas ¿qué es estar
HERBEL. Sí.
LISS. Su piedad considero.

ESCENA III

Dichos y NOHEMÍ.

NOHEMÍ. ¿Posible es que de Efrata,
que se interpreta abundante,
provedes en Dios vos?
No hay semejante semejante,
en la tribu de Judá
en tratos, pues de Israel
la tribu se suela llamar
Ved, señor, padeció Dios,
que a Jacob que estéis dar
esta tierra, acordaos de él.
Mirad que estéis y sea
afligir vuestra nación,
que cierra el que peca.
No es tierra de promisión,
ni hartadme mis mantenga,
ni aun verán en estos tres años,
como prometistes vos.
¿Qué andar de dioses extraños
sino imputarlos, mi Dios,
estos trabajos y daños?
Cu para su pena de ésta
de vuestra mano airada,
contra vuestra omnipotencia,
vuestra ira irritada,
y dar con nos enseña
que es mejor Dios su Dagón,
su Astarot, su Baalsefón,
que no vos, Dios de Sion,
que nos trastes, en fin,
a esta tierra de promisión,
sino de dura cautiverio,
y de Beer-Sabe hasta Dan,
los que así ofendo, decid,
otra vez sus pactos,
por las cebollas de Egipto.
No permitáis tal, señor;
vuestro pueblo socorred.
y dando fin al rigor,
no permitáis volved,
más veáse por vuestro honor.
Nuestra casa es arruinado,
ojos pobres vuestros,
que pues Dios me ha enriquecido,
con abundancia nos tratan
de que me ha proveído
Pero aquí están pobres míos,
¿qué les queréis hacer?
HERBEL. Dios lo sabe.
NOHEMÍ. Pecados y desvaríos
tienen [illegible] con llave
GOMOR. Y [illegible] estómagos fríos
ASER. Señor, no sé que no sé
lo que es pan
GOMOR. Una barriga
de buey a reventar,
[illegible] de [illegible],
que no hay [illegible] suave,
cosa en [illegible] entiende
[illegible] aparta.
Por [illegible] entiende
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y cebada de prisa.
NOHEMÍ. Entrad, mis pobres, que aquí
os tengo puesta la mesa.
LISS. Pague Dios, criada Nohemí,
que de la familia suesa,
pues nos visitada vuestra,
de Moisés deseado
nunca que a Israel de gloria.
ASER. [illegible]
[illegible]
en [illegible] libro sagrado.
NOHEMÍ. Por cierto [illegible]
Aser, ve mesa esa
dalos en tres sustentos,
pues dicen que [illegible]
por [illegible] pueblos, siento.
Entrad pr [illegible] venga
mi esposo que lleva mal
que de [illegible] la mantenga
de mi hacienda natural
los pobres, cuales que tenga
Mas [illegible] de esto no cura
y Queremos, nuestros hijos,
en [illegible],
que os [illegible] pagos
con que de Dios la justicia
nos alegra, nos ha hecho
tan [illegible] a su padre:
entrad, y haréis buen provecho.
HERBEL. Pues de pobres eres madre,
y en tan pocos pocho
acudes a nuestro [illegible],
[illegible] bendiga,
honreste el propio y extraño.
NOHEMÍ. Entrad.
GOMOR. Hoy, Lisa amiga,
[illegible] (*Vanse.*)
NOHEMÍ. Si de Egipto, hombre fuera
honesto [illegible],
aunque extraña nación era,
y mi casa enriqueció
en [illegible] esta manera.
¿Por qué no [illegible] de faltar
a los de [illegible] sustento?
Ninguno [illegible] de negar
que [illegible] hambriento
mientras haya que dar.

ESCENA IV

NOHEMÍ, ZEFARA Y JAFEL

JAFEL. Digo, Zefara, que vos
tengo de echar a cuestas
con, aquesta sportilla,
que el padre sois de ser
ahora, y la madre no.
Nacer escuderos veis que quieres
que reciba, hija?

ZEFARA. Madre sois, y no padre eres,
vos sois la que la parís,
mas que el hombre en las mujeres.
Es cosa de lástima dada,
que a un pobre
de mi amigo le echen,
cuando vos estáis sentado.
Levantaos luego por vos
probar que sois su dueño
le quiten, no os estéis vos,
de noche a costa de sueño
y de descanso nuestro.
Dame ese ¿de qué os reís?
si os forzara se quedara
y antes que os la trajera
y de allí se os volviera,
sin mi aspado, peinera.
Vida con mi padre
en mi vientre estuvo,
y Dios, como es criador,
su cuerpo allí me entretuvo,
hasta que vino el criador
del alma, que me has dado,
en su cuerpo la metió,
por no sacarle ocupado
De mi vientre a pedazos,
hiriendo y partiendo
mas de la que ha parido,
que aun hasta ser de animal
nunca sale sin espasmo
y sin dar de sí señales
y de la casa voces.
¿Por qué has de querer, ingrato,
(con perdón sea de la suya)
con tu padre ser cruel?
No la tuviera verdadera,
y así, como a padrastro
le quieres
que reciba, hija?

NOHEMÍ. ¿Qué es esto?

ZEFARA. Sí, acuerda Nohemí
cómo le has de tener
por la barba de tu padre
y que le has de honrar de él
Padre putativo, no padre
el mundo le llama, por ser,
sin que sea a mi madre cargo,
quiere, no tanto, comer,
y así, que, en fin, vos su madre,
le defiendo.

JAFEL. Si os atreve
a hombres la mano,
a mí es cosa que no atreve
La cabeza, en verdad,
y aun a mí, que me debe,
que en trabajos tan urgentes
no es ninguna mi demanda,
no os estéis padre perezoso,
pues veis de aquí a la cuesta
que el padre es consistente

NOHEMÍ. ¿Vos pedís a mi padre?
¿A quien demandar os hiera?
¡Vive el Señor de Israel
que se os han de caer las manos
antes que en pan, padre en él
la piedad que le enternece
¿Que a mi padre, a mi Dios torrenda
piedad santa en el cielo,
que a mi padre, a mi padre pida
un padre, a un padre pida
esta vida la vida!
¿Que vos estando yo presente
es Señor maltratado
Asael.

ASAEL. Señora

NOHEMÍ. Sala
cuatro panes con cuidado,
[illegible] por ello,
Sustentados con dos [illegible]
vos, mirad por mis despojos.
Jafel, que en vos [illegible] por vos
que [illegible] padres es
a semejanza de Dios.
Venid adelante pasa
de [illegible] el mayor premio
que la piedad puede abrasa,
[illegible] de nuestro hijo,
os daré a sacar de veras
Trabajad esa criatura,
que [illegible] me pesa.

ZEFARA. [illegible] de padre, Zefara,
que en todo cosa es poco
no pensemos mas que en hechura.

ASAEL. (Sale) Ya está en la mesa el pan.

JAFEL. (Vase) Y en tu señora sobre
a caridad de Noemí,
su amor, su piedad y te

NOHEMÍ. ¿Que a mi madre es de Adán,
mi Dios, tu gran poder
que [illegible] un padre a tanto
que a quien debe a ser
cruel? Pero ¿qué me espanto
si a vos os han de comer?

ESCENA V

DICHOS Y SALEN JAFEL, NOHEMÍ, MASAL Y QUINTOS

JAFEL. (Dentro) [illegible] m. pan a
para [illegible] Hem [illegible] lm
¿Lo que [illegible]
[illegible] [illegible]
a pedazos? [illegible]
Sus [illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

MASAL Padre y señor, a [illegible]
que pues [illegible] en tu desdicha
[illegible] tanta [illegible]
te están pidiendo los jueces,

con [illegible] has [illegible].

ELIMEL. ¿[illegible]
que [illegible] bastará [illegible]
[illegible]?

QUELION. [illegible] mereces,
pues de [illegible]
[illegible]

ELIMEL. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]?

JAFFET. [illegible]

ELIMEL. [illegible]
[illegible] que para [illegible]
[illegible]?

NOHEMI. [illegible]
[illegible] corona,
[illegible]

ELIMEL. [illegible]
[illegible]
¿[illegible]?
¿[illegible]
que [illegible]
[illegible] verdad,
que [illegible]
[illegible]
[illegible]?
¿[illegible]
[illegible]?

NOHEMI. [illegible]

ELIMEL. ¿[illegible] hermanos
que [illegible]?
[illegible]
[illegible]
hechura de vuestras manos
(Quítasele.)
[illegible] Masalon.

MASAL. [illegible]

ZEFARA. ¿[illegible]
[illegible]
[illegible]?

ELIMEL. Quelion,
[illegible]

QUELION. [illegible]

JAFFET. [illegible]

ZEFARA. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] reses,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
entre las mas [illegible]

fuera [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
es que [illegible]
[illegible] *(Vanse.)*

ELIMEL. ¡Ah, [illegible] entrar
por [illegible]

MASAL. Ya se han ido.

NOHEMI. [illegible]

QUELION. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

MASAL. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] después?

NOHEMI. [illegible]
[illegible] es;
[illegible]
[illegible] cuentos.
[illegible]
[illegible]
[illegible] corazon
[illegible]
([illegible] pobres.)

ELIMEL. Salid, [illegible]
[illegible]
salid, [illegible]
[illegible] contad,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
¿[illegible] bajas,
[illegible]?

HEBREO. [illegible] *(Vanse.)*

ELIMEL. [illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] provecho
[illegible]
[illegible] hecho
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
en pobres, que es [illegible]

ESCENA [illegible]

[illegible]

GEMON. [illegible]
[illegible]

(1) [illegible]

de cenizas. ¡Ay, mientras toca!
pues [illegible] hay seguridad
desde la mano a la boca
[illegible] primero
de este pobre tarea,
cebada en pan y en carnero,
y después [illegible] que me vea
y trate este [illegible] fiero.

FLEMEL. ¿Mas quedaste con cuidado?
Teresa.

GOMOR. De cuanto que contra
esto por [illegible] que ha quedado.

FLEMEL. En pasando el [illegible] de Roma
GOMOR. Zampando de un bocado.
FLEMEL. ¿Ves Dios, que has de echar,
si acaso, cuatro de mentir?
GOMOR. ¿De poco acá de aprovechar
mas con ya?
QUETIÓN. No te vas de ir,
mendigo, de este lugar
con [illegible] que se convierta
en [illegible] vida.
GOMOR. Señor, que me [illegible] cierta.
FLEMEL. Echa, allame, la cuenta.
GOMOR. ¿Por dónde se cierra la puerta?
FLEMEL. Ahorcado, y con cuenta.
GOMOR. Ya, señores, lo despacho. (Vanse.)
Id tranquilo a la zaguera
pues [illegible] peón, estafacho,
y podreis [illegible] en cuenta. (Vase.)

ESCENA VII

Dichos menos Gomor

FLEMEL. No he de estar mas en Belen,
no ha de verme mas judá
adonde estado me den
hogazones de trigo.
Todos, ganados prevenid. (Con ajos.)
bestias, caballos, camellos,
no haya cosa en vosotros carga,
que a Moab he de ir con ellos,
pues tan cerca [illegible] larga
a, la [illegible] pobreza vuelve a los
Esta noche he de partirme,
¿oyes Dios
MASAL. Medrosa es prudente.
FLEMEL. Mentiras no tan de allá irme,
mentiras Dios tan ruin gente,
que vean de perseguirme,
Aprestad nuestra partida
y huyamos de esta angosta,
que abrasa nuestra comida
y se sustentan a costa
de mi hacienda y de mi vida.
MASAL. Vecinos desde hoy mas
de Moab
QUETIÓN. Vamos, Masalon.
NOHEMI. ¿A tierra de ateos vas?
FLEMEL. Huyo de la perdicion
cruel, que a mis [illegible] días
No quiero que en tierra quedes
donde gastas de ese modo
[illegible] que te adquieren [illegible] puedes.
Cargado en los carros todo,
de mis [illegible] as paredes.

NOHEMI. ¿Los pobres que comieran
en tan [illegible] serán estado?
¿Por que en Belen, Dios de Abraham,
é panes he negado,
si es bien en casa de pan?
FLEMEL. ¡Luego de [illegible] en nacion
que me ha puesto en este trance
por tu mesa condenado!
NOHEMI. ¿Que a Dios que no [illegible] te alcance
en Moab su maldicion! (Vanse.)

ESCENA VIII

Salen Thamyro, Rut, Ofpes, Nisino y músicos
Serranos

THAMYRO.

En el teatro verde
desta alameda umbrosa,
y al nacimiento desta fuente fria,
vida del alma mia,
Rut discreta y hermosa,
por quien mi amor, ganandose, se pierde,
duerman pesares, para que recuerde
el contento perdido
que en tu rostro florido
a primavera alegre retrataba,
y acabandose en tarde, y da acaba.
Y esta sombra te secreta,
que en tapices de flores
colmes de tabi verde Amantes,
donde, aunque el sol desea
hartarse tus colores,
porque sus rayos en sus ojos vea,
no le dejan entrar, por mas que sea
su luz penetrativa,
los arboles que arriba
veras tejerse y enlazando ramas,
son de las tres mas flores guardadamas
De tus melancolias
el rigor, Rut, suspende,
divierte aqui los ojos.
Si el campo cuanto en ellos,
por este campo extiende
la vista, asiento de las dichas mias,
que en el mirar puedas
mi amoroso cuidado
al vivo retratado,
mas, ay! que veo en las flores que divido
las tuyas ves, la clave de Narcis
Mira esta fuente clara,
que en cristales rodeos,
amorosa este prado besa y baña,
y parece que tiene
mal pagados deseos
de quien verba de sol es de tu cara
en las vidrias repara,
que con eternos lazos
todas se forman brazos
hasta que de su amante el cuello losa,
cada una por parte besa con besos.
Pinten mi confianza
los troncos de estos olmos,
dando la mano a aquestas verdes parras,
cuyas hojas abrazadas
con generosos ramos,
nectar [illegible] dan que amor alcanza

y envidia mi esperanza
ver en tus brazos estrechos,
como hiedras de los pechos,
colgar de los sarmientos los racimos
que al matrimonio dan frutos tan ricos.
Mira de gozos llenos,
los pajaros traviesos
competir con las hierbas y las flores,
que en tiernos amores,
se dan con dulces besos
plantas por brazos y por labios pecos,
cantando vil a coros
á Apolo cuando nace,
porque lo nuevo agrade.
Mas ¡ay, de mí! que como amar ignoras,
cantas sin pena, y sin mi agravio lloras
Todo me muestra alegre,
la fuente, el monte, el prado,
los arboles, las aves y los peces:
sólo tú, te entristeces
y de todo haces piedad
el rio, el prado, el monte, el sol, el dar
hasta la fuente fria:
las aves que enamoran,
por verte llorar, lloran,
y yo, que todo á padecello vengo,
no se que tienes cuando amor te tengo

RUT

Si mañana, Timbreo,
me esperas dar la mano
¿qué sospechas contrastan tu firmeza?
Y agrada la tristeza
tanto no cortesano,
ni corresponde amor siempre á deseos.
Lo que me aquejo creo,
lo que padezco lloro
sin saber de qué lloro.
Y, un mal humor los gustos desazona,
mi amor estima y mi rigor perdona

TIMBREO.

¡Qué compendiosa y breve
obligando lastimas
y en tan pocas palabras dudas satisfaces!
Si en reciprocos paces
mi amor manda mañanas,
eternice el amor y vuelo eleve.
Pero pues se atreve
la pasada tristeza
que envidia á tu belleza,
cantad mas nunca el canto es mal resistes,
que alegre da gusto, y penada triste.
(Cantan.) «Florecitas que Rut bebia pesar,
mejores sus ojos regalos os sean,
menos lágrimas, tomad bien
con sus lágrimas vuestra risa.»

TIMBREO. De, Rey, mi Rut, eres hija,
á Moab mas de heredar,
con quien me he de casar,
deja la pena prevenir,
que cuando el pesar te aflija,
para que te alegres basta
la ocasion que te contristo
mientras los hombres
de tu belleza al vuelo (Cantan.)
«Florecitas que Rut bebia pesar, etc.

RUT. La tristeza que me atenta,
me sospecho por perdida
á tu ardiente amor rendida,
que es cuando la vence pierde.
en mis pechos se asienta
debajo de tus ojos,
y por mas que la ahuyento,
vive en ellos de tus
Rut, prenda, que es mucho
pensar que pesar me ausa (Música)
«Florecitas que Rut bebia pesar, etc.

TIMBREO. Si entretenerse en estos
árboles, prados y fuentes
las tristezas de ausentes
que en ellos se encantan,
no en las otras flores,
las unas en las otras,
ni entre las aves rojas,
mirando de cerca las aguas
las otras: llorad agravios
de una criatura ausente. (Cantan.)
«Florecitas que Rut bebia pesar, etc.
(Pausa en que Rut se muda.)

TIMBREO. ¿Durmióse mi esposa?
NISIRO. **Si.**
TIMBREO. De nada, que siempre el sueño
es de la tristeza dueño.
ORFA. ¿Qué cosa de nueva ausencia?
TIMBREO. Por cierto, que es grande
en una, que se atreve
á pagar, ingrata y leve,
sus deudas con pena y tiempo
porque de ellas se olvide
por el pago que le debe.
Mas ya mañana ha de ser
mi esposa, mal conjeturo,
cuando quejas dar procuro
en vez de agradecer.
Muchas veces en tierno
cuando la quejosa
creo que el olvido ha,
con tan grande esperanza
la voz a la tristeza tu
Yo espero querella tanto
que en su seno la fresca
en su seno la adorada
y en cuanto mas ausente de tanto.
Dejemos á Rut, entretanto
en fe de lo que la adoro,
(Vanse todos, quedando Rut.)

ESCENA IX

Salen Masal y Asaet.

ASAET. Esta noche llegaremos
á Moab
MASAL. Mas es la vuelta
de ver [illegible]
Mas [illegible]
de [illegible]
[illegible]

el ganado.

ASAEL. ¡Qué agradables
riberas! ¡Qué alegre río!
su margen es un vergel.

MASAL. No se echa de ver en él
la sequedad del estío,
ni el rigor de tantos años
con que hacen los cielos guerra
á la israelítica tierra.

ASAEL. Merecemos estos daños
porque nuestra gente ciega
mitigar á Dios no sabe.

MASAL. Tiene el pecado con llave
las nubes, y el cielo niega
el agua á nuestras querellas,
que como contra él pecamos,
mientras culpas no lloramos
no quieren que lloren ellas.

ASAEL. En Moab vive el hartura.

MASAL. Mientras este rigor pasa
olvidaré patria y casa.
Brindando está la frescura
de aquestos álamos bellos
al sueño.

ASAEL. Hacer la razón.

MASAL. Entretanto que Quelión
hace descargar camellos
y en las tiendas se defienden
del sol mis padres, aquí
cama de campo escogí,
donde sus rayos no ofenden.
Vete, y diles donde quedo,
y vuélveme á despertar
cuando quieran caminar.

ASAEL. Voy, pues. *(Vase.)*

ESCENA X

MASALON y RUT, *dormida*

MASAL. A esta sombra puedo
lo que queda descansar
de la siesta. ¡Bella fuente!
No hay cosa que el sueño aumente
como es el oír cantar.
Y si en las guijas templadas
de estos risueños cristales
cantan tonos naturales
sus corrientes enlazadas,
¿qué reyes hay que merezcan
en camas que mullen flores
dormir oyendo cantores
sin que jamás se enronquezcan?
Echome, pues... Mas ¡ay, cielo!
una mujer duerme aquí:
¿mujer? mal dije, ángel sí,
que con las rosas del suelo
compiten las de su cara.
Si en la ley que profese
no me enseñara la fe
que hay solo un Dios, afirmara
que era la misma deidad
de la madre del amor.
¿Viose hermosura mejor?
No durmáis, ojos, velad
mientras su amor me desvela
y el alma en su vista hermosa,
imita á la mariposa
dando vueltas á la vela.
Solía reirme yo
de que afirmase un amante
que haya amor que en un instante
se engendre, pero ya no,
pues quiere que experimente
esta hermosura divina
que hay, cual muerte repentina,
también amor de repente.
Instantáneamente abrasa
una casa el rayo fiero;
rayo es amor más ligero;
mas ¡ay! si yo fuera casa
que tal huésped mereciera
¡qué bien que le aposentara!
todas las puertas cerrara
para que no se me fuera.
Una mano de cristal
la hermosa mejilla apoya;
mas bien merece tal joya
tal engaste y basa tal.
A descansar vine aquí,
y hallé por descanso, cielos,
amor, temor y desvelos. *(Escucha.)*
Parece que habla entre sí.
(Rut, entre sueño.)

RUT. Hija soy del rey moabita:
mas ¿qué importa el nombre real
si en lo que es más principal
mi padre el gusto me quita?

MASAL. ¡Válgame el Dios de Sión!
Hija del Rey dijo que era.
¡Ay, amor! volvéos, quimera.

RUT. ¿Amor no es inclinación?
¿Pues por qué contra la mía
á Timbreo me han de dar?
Yo no me quiero casar.

MASAL. ¿Celos y amor en un día?
¿dulce y amargo en un punto?
¿pena y gusto en un sujeto?
¿amor, sospecha y respeto?
¿vivo, cielos, y difunto?
¡Que contradicciones tienes
voluntad desordenada!

RUT. A Israel soy inclinada.

MASAL. De aquí colijo mis bienes.
Israelita soy, preven,
amor, mis venturas ya.

RUT. De la tribu de Juda,
y vecino de Belén
ha de ser solo mi dueño.

MASAL. ¿Hay dicha, hay suerte mayor?
Despierto te cobre amor,
favoreciome tu sueño.
Si me aborreces despierta
como me elijas dormida,
no despiertes en tu vida.

RUT. La ley aborrezco incierta
de mi ciega idolatría,
al Dios de Israel me inclino
de un oráculo divino
que estimo por profecía.
Se dice un esposo que espera,
el más noble de Efrata,
que en mi sucesión tendrá
dilatada de manera

que llegue su última rama
[illegible] eminente,
para que en su [illegible] asiente
[illegible] que [illegible] ama.
[illegible]
[illegible]
[illegible]

MASAL. No duermes tú, mas yo sí,
[illegible]
pues que [illegible] lo sabes
[illegible] más graves.
[illegible] los [illegible], despierta.
Pero duerme, que es razón
[illegible] despertando
[illegible] dando,
que [illegible]
Yo estoy [illegible] y este [illegible] ciego,
[illegible]
[illegible]
saber [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] esposo,
[illegible]
[illegible]
[illegible] de ayudar.
A esta parte [illegible]
[illegible]
para que [illegible] despierte
[illegible] la verdad
de su amor [illegible]
que [illegible] de esta suerte
[illegible]
[illegible] (Échase.)
¡Ay, [illegible]!
[illegible]
Despierta [illegible]
para que me vea [illegible].

(Despiértela.)

REY. [illegible], cielos, favor [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] creo.
¡Ay [illegible]!
¡Qué [illegible] me [illegible] entes?
(Viendo a Masal.)
Mas [illegible] ¿quién está aquí?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] da,
[illegible] da,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
perder [illegible]
que en el [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
a su noble cortesía

Parece [illegible] en [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible] en tal cama,
[illegible]
[illegible] a dormir.
Hermoso tal [illegible]
bellezas [illegible]
De [illegible] será
Jacob [illegible] a Raquel,
[illegible] visto.
¡Ay [illegible] ventura
[illegible]!
Mas, ¿qué [illegible]?
el [illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
¿[illegible] de [illegible] edad
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Mas [illegible]
[illegible]
¿[illegible] empleaste
en [illegible]?
Pero [illegible]
[illegible]
que [illegible] dormir
tan [illegible]?
No [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Pero [illegible]
[illegible]
Mas [illegible]

MASAL. [illegible] Espera.

REY. [illegible]
[illegible] alianza
[illegible] esperanza
[illegible]
Pero [illegible]
[illegible]
Señor [illegible]
si [illegible] este extranjero,
[illegible]
pues [illegible]
[illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
de [illegible] ingrata.

MASAL. ¿[illegible] ingrata,
[illegible]?

REY. [illegible] está
[illegible]
Amor, [illegible]

¿quién [illegible] podrá?

MASAL. [illegible] bien
[illegible]
sea tu esposo [illegible]
[illegible]
en la [illegible]
[illegible] ventaje
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

REY. ¡Ay, [illegible]
por [illegible]
[illegible] deseo
[illegible] verdad,
[illegible]
[illegible] que busco
[illegible]
[illegible]
Dios [illegible] de ser
[illegible]
[illegible]

(*[illegible]*)

MASAL. Mientras [illegible]
Dame [illegible] quedarás
libre, [illegible]
paga [illegible] el sueño
[illegible]
[illegible]
[illegible] dueño.
Satisfaz [illegible]
con [illegible] quebrarla
la ley [illegible]
que al extraño da hospicio:
[illegible]
cobrarás de [illegible] nombre
[illegible]

REY. ¿Conócesme, hombre?
¿Sabes que [illegible]
de Moab [illegible]
[illegible]
¿Sabes que [illegible] aquí
[illegible]
[illegible]

MASAL. Sé que [illegible]
cuando [illegible] llamaron,
y que [illegible]
[illegible]
que [illegible] cara
[illegible]

REY. [illegible]
[illegible]
[illegible]

(*[illegible] una cadena.*)

[illegible]
[illegible]
[illegible] ausente
[illegible]
[illegible]
de [illegible]
[illegible]
que [illegible] hasta
[illegible]
[illegible] Adiós. (*Vase.*)

MASAL. [illegible]
[illegible]
que [illegible]

cuando me aflige tu ocaso.
[illegible] tiempo [illegible] que gano
[illegible]
y [illegible]
se [illegible]
[illegible]
como el que en [illegible] se ofusca.

(*[illegible]*)

REY. [illegible] que bien [illegible]
[illegible]

ESCENA XI

MASALÓN.

¿Que busque bien, [illegible] bien?
Dices bien, [illegible] loco,
[illegible]
[illegible]
que en [illegible]
hasta [illegible]
[illegible]
y tras [illegible]

ESCENA XII

MASALÓN. Sale [illegible] NOEMÍ, alborotada.

NOEMÍ. ¿A dónde vas [illegible]
[illegible] muerte
que en castigo de [illegible]
[illegible]
Los [illegible]
[illegible] nuestros
[illegible]
[illegible]
[illegible] sueño
[illegible]
[illegible] sombras
que [illegible]
nuestras tiendas asaltaron,
[illegible]
poner defensa bastante
[illegible]
[illegible]
de [illegible]
[illegible]
y las [illegible]
[illegible]
[illegible]
de [illegible]
[illegible]
Nuestros ganados [illegible]
[illegible]
de [illegible]
que [illegible] venden.
[illegible]
en que [illegible]
[illegible]
[illegible] bienes!
castigo [illegible]
con que [illegible] pobres pretende
[illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Murió Elimelec, mi esposo,
por los que de hambre mueren
en Judea y Efrata.
Imagino estando ausente,
conservar sus bienes rico,
mas como son bienes muebles
los bienes de la fortuna,
no es maravilla que rueden.
Por guardar, hijo, lo poco,
todo el avaro lo pierde.
Huye, no pierdas la vida,
que viene tras ti la muerte.

MASAL. A buen tiempo, ciego amor,
abrazando te pretendes,
pues mirándote desnudo
imposibles loco intente.
Perdí á mi padre, mi hermano,
perdí mis criados fieles,
mi hacienda, mi amada patria,
¿y tambien que pierda quieres
la libertad? Ya ¿que vales
sin hacienda, amor, pues hieres
las almas con flechas de oro,
y al plomo pobre aborreces?
Pues la esperanza me quitas,
pues despojado me ofendes,
pues que me dejas desnudo
justo será que me dejes
tu tambien, que no es razon
que extranjero y pobre intentes
imposibles de una infanta,
aunque digas que los vendes.

ESCENA XIII

DICHOS, *salen* EN CAPITÁN ISMAELITA Y TRES SOLDADOS

SOLD. 1.º Aquí están.

CAPITÁN. Mataldos todos
si humildes no se rindieren
al derecho de las armas.
(*Sacan preso á Quellon.*)

NOHEMÍ. (*De rodillas.*) El acero mas valiente
del mas bárbaro enemigo
es cortés con las mujeres,
con los vencidos piadoso,
con los humildes clemente.
Valeroso ismaelita,
hijo mio es el que ofreces
á los filos de tu alfanje,
y esotro que agora prendes
es primogénito mio:
¿qué injurias te hacen que vengues?
¿qué gloria en matallos ganas?
¿qué victoria ilustre adquieres?
Goza la hacienda que llevas,
conténtate con la muerte
de la mitad de mi vida,
del dueño que esta alma tiene.
Murió mi esposo á tus manos,
deja estos retratos fieles
de su noble original,
porque mis penas consuelen.

CAPITÁN. ¿Tus hijos son estos dos,
y tú la señora eres
del despojo que gozamos?

NOHEMÍ. Yo soy la que á tus pies vierte
el corazón por los ojos.

CAPITÁN. Tu llanto á piedad me mueve
Vida y libertad les doy,
el serle deben dos veces
Quitándoselos vestidos
entre la espesura verde
deste bosque reservado,
á esta mujer solamente
no la quites cosa alguna.

QUELLON. Quien los pobres aborrece,
y á Dios en ellos maltrata,
razon es que pobre quede.

NOHEMÍ. ¡Ay, Elimelec querido!
Jamas el consuelo espere
en lugar mis tristes ojos,
pues que los privan de verte.

MASAL. Oh, dad, alma afligida,
quimeras, que si los bienes
son las alas del amor,
¿cómo es posible que vuelen
mis esperanzas sin alas?
Pues no es mucho que se seque
la vedra de amor, faltando
interés que la sustente.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY DE MOAB, RUT, ORFA, TIMBREO, NISIRO *y otros.*

REY. ¿Es posible, hija querida,
que cuando para consuelo
de mi vejez afligida
en ti creí darme el cielo
un báculo en que mi vida
sustentase al grave peso
de mi edad y la grandeza
que con el reino intereso,
quieres con esa tristeza
quitarme el descanso y seso?
¿No me bastaba el cuidado
que en mi larga edad se ve?
¿Como de un reino pesado
la carga sustentaré
sobre un báculo quebrado?
¿Que interior melancolía
eclipsa la luz hermosa
de esa cara que es mi dia?
¿Que cierzo seca la rosa
de esa primavera mia?
¿Que riguroso pirata,
hurtando al gusto el tesoro,
te aflige y matarme trata,
cuando tus cabellos de oro
daban valor á mi plata?
Un mes ha que en dilaciones
suspendo tu casamiento,
y fingiendo ocupaciones
doy riguroso tormento
á enamoradas pasiones.
¿Cuándo tras la noche oscura
de ese escondido pesar,
tirano de tu hermosura,
volverá el sol á alumbrar
de tu cara mi ventura?

¿Cuándo del hermoso espejo
en que mis penas engaño
y mi amor cifrado dejo,
quitarás el triste paño
para mirarse este viejo?
¿Cuándo en tu rostro gentil
cobrarán su resplandor
Rut, el coral y el marfil?
¿Cuándo pondrá de flor
tus mejillas el Abril?
¿Y cuándo, en fin, mi deseo
su vejez remozará,
y en los brazos de Himeneo
seguro dormir podrá
el firme amor de Timbreo?

TIMBREO. No es digna mi suerte dura
que goce sin contrapeso,
señor, tan grande hermosura.
Quíteme su amor el seso,
y su desden la ventura,
seré amante desdichado,
y tendré que agradecer
menos al amor vendado,
que el pesar con el placer
de mis bodas ha mezclado.

ORFÁ. ¿Es posible, prima mía,
que no sabremos el mal
que destierra tu alegría?
La enfermedad más mortal,
la mayor melancolía
remedio buscar procura,
y el tormento que hay más grave,
conocido se asegura,
porque el mal que no se sabe
con dificultad se cura.
Habla, que quien comunica
su mal, los dolores mengua,
porque remedios aplica
la enfermedad toda es lengua
que sus tormentos aplica[1].
Habla el pulso, la color,
hablan las manos, los ojos,
el destemplado calor,
los suspiros, los enojos,
los desvelos, el dolor.
Solamente en ti se muda
este orden, pues del modo
que tu vida has puesto en duda,
en ti ha enmudecido todo
viendo que padeces muda.

REY. Por mi vida, si es de estima
en ti quien el ser te dió,
por la de tu esposo y prima,
Rut mía, que sepa yo
la pasión que te lastima:
aclara la confusión
que mi vejez atropella.

ORFÁ. Danos de tu mal razón,
cara prima.

TIMBREO. Esposa bella:
si yo he sido la ocasión
de ese pesar, que tirano
á dos en uno atormenta,
y sientes darme la mano,
á trueque que estés contenta
quiero perder lo que gano.
Pierdase el reino que espero
por ti esperar, tu belleza
pierda mi amor verdadero,
la esperanza que ya empieza
á secar tu rigor fiero,
la vida que en ti confía
y el gusto que puse en ti;
que, aunque es en ofensa mía,
más quiero perderte á ti
que tu pierdas la alegría.

REY. ¿Qué callando, mi Rut, quieres
dar á mi vejez enojos?

RUT. Padre, siempre en las mujeres
pueden livianos antojos
tiranizar sus placeres.
¿Quién, padre y señor, creyera,
cuando de tus reinos soy
y tesoros heredera,
que de la pena en que estoy
la causa una joya fuera?
El día que á divertir
salí al campo con Timbreo
penas que suelo sufrir,
(que en el mundo no hay deseo
que llegue el gusto á cumplir)
dormida al sonoro acento
de la música suave,
di treguas al pensamiento,
que cerrar los ojos sabe
de un Mercurio el instrumento.
Todos sola me dejaron,
y apenas en varios sueños
mis esperanzas pintaron
gustos ahora pequeños,
que al cielo entonces volaron,
cuando perdiendo el decoro
al valor que en mí se ve,
á un extranjero que ignoro
vi que cuando desperté
con más codicia del oro
que de mi cuello pendía
que de mi honor (que temió
su ofensa) mientras dormía
la cadena me quitó
que en más estima tenía.
Quise dar voces, temí
la muerte que amenazaba,
dejésela en fin, y huí
adonde mi gente estaba,
y tanto ha podido en mí
su atrevimiento y mi pena,
que entretanto que el ladrón
darme la suerte no ordena,
que me robó el corazón
(quiero decir la cadena),
no hay, padre, para que trates
que cobre el gusto perdido
por más que el tiempo dilates:
mira lo que en mí han podido
mujeriles disparates.

REY. Pues, Rut, ¿por causa tan poca
á perder la salud vienes?
¿Eso á pesar te provoca,
cuando mis tesoros tienes
haciendo ley de tu boca?

TIMBREO. ¿Una cadena te agravia,

1 «Explica» se lee en la reimpresión

siendo bastante á impedir
tu ausencia y eres sabia?
Trasiada á Moab á Orfr,
pide á los montes de Arabia
de sus partos abundantes
la fecundidad mas,
dete el Asia sus diamantes,
y entre perlas y coral
sus crespos rizos brillantes,
bálsamo Egipto destile,
y de ámbar te ofrezcan pomas
con que tu perla aniquile,
plata Tarsis, saba aromas,
seda el persa gusano hile
que teja el medo con oro,
y el murice después tina,
y en fe de lo que te adoro
para que tus sienes ciña,
el sol te dé su tesoro,
que una cadena es bajeza
que eclipse el hermoso Oriente
de tu divina belleza.

RUT. Luego yo disimuladamente
os cautiva mi tristeza.
No sabia nada. Tambreo,
cuando sucedo á mi padre,
de la cadena deseo
sino el diadema mi madre
y el hurtarmela un hebreo
de mi pena es la ocasion;
que soy mujer te confieso,
cuya leve condicion
hace que unas comun peso,
y que estimen el carbon
otras más que el nectar puro
que á Jove da Ganimedes.
Venganza tomar procuro
de un ladron que buscar puedes,
y vive en Moab seguro.
¿Que vellocino á Jason?
¿que manzanas de oro pido,
si no en fe de tu aficion,
á mi amor agradecido,
que me busques un ladron?

TIMBREO. Si en eso no mas estriba
tu tristeza, alégrate,
que aunque el vil hebreo viva
en los cielos, subiré,
por servirte, mas arriba
Vendrá, y en Moab no quede
casa, posada ó mesón,
que si hospicio le concede,
no busques, pues mi pasion
y amor á su industria excede. (Vase.)

REY. ¿Qué por cosa, hija, tan poca
te entristeces siendo cuerda?

RUT. Yo veráme en pesar loca
de que una joya se pierda
que á venganza me provoca,
y que un bárbaro grosero
me lleve, padre, con ella
robada el alma y el gusto,
fue de mi madre, y pedella
sin que lo sienta ¿no es justo?
Si como á hija me quieres
déjame sola entretanto
que al ladron no me traigueres

REY. Es niño amor, no me espanto
que le imiten las mujeres. (Vase.)

ESCENA II

RUT y ORFÁ.

ORFÁ. ¿Tu lloras por miserias?

RUT. En sociedad, prima Orfá,
avivan las penas mias

ORFÁ. Mi amor consolar podrá,
prima, tus melancolías.
No pienses, si eres discreta,
que persuadirme podrás,
en la pasion que te aprieta,
que de la pena en que estás
no haya otra causa secreta
más que el oro, que no estimas.
Lo que con la lengua callas
dicen los ojos, en lágrimas
que amor sabe así vincallas,
aunque á ocultallas te animas.
Misterio tiene el ladron,
que tanto apeteces ver

RUT. No pienses que es disfracion
ni amistad querer saber
lo que oculta el corazon.
No acrecientes mi pesar.

ORFÁ. Mayor el amor parece,
que haciéndose de rogar
para que á cantar empiece,
despues no sabe acabar
Vence, que aunque agora estés
de esa opinion, tu tristeza
me buscará, y amor es,
y una vez, si el canto empieza,
no sabrá acabar despues. (Vase.)

ESCENA III

REY.

¿De que ha servido ¡ay de mí!
el huir de mi enemigo,
pues que le traje conmigo?
¿Si en el alma le admití,
para qué mando que aquí
me le vuelvan en prision?
¿Si vive en mi corazon,
cómo con su ausencia pena?
y si le dí la cadena,
¿por que le llamo ladron?
¿Cómo, amor, te llaman ciego,
si te engendras de mirar?
¿Por qué tiemblas al hablar,
si te dan nombre de fuego?
¿Por que quitas el sosiego,
si el mundo paz te ha llamado?
¿Como eres rey sin estado?
¿cómo Dios, y estás desnudo?
¿como elocuente, si mudo?
¿como cobarde, si osado?
Si blasona tu poder
que eres deidad atrevida,
¿como acometes dormida
el pecho de una mujer?
¿Quién definirá tu ser,
si de repugnancias nace;

ni de ti quien caudal hace
que en breve no se consuma,
si eres nieto de la espuma
que el viento en el mar deshace?
Pero sin provecho empleo
injurias que en vano gasto,
pues á elogarte no basto
á que á vos mi deseo
¡Ay, encantador hebreo!
Como yo te vea presente,
para que amor no se afrente,
confesaremos los dos
que es vida, que es Rey, que es Dios,
que es luz, que es paz, que es cie-
mente

ESCENA IV

RUT y MASALÓN, *vestido de zayal muy pobre*

MASAL. Discreta necesidad,
despues que contigo estoy,
lo que eres sé, y lo que soy.
Necia es la felicidad,
contigo anda la verdad
la mentira y la abundancia
acompañan la arrogancia
con la afectada belleza.
Mientras servi á la riqueza
fui siervo de la ignorancia,
mas ya que pobre me veo,
como de un confuso abismo,
conociéndome á mi mismo,
á mi mismo me poseo
Libro el cordel á Teseo
del intrincado vergel,
y yo tambien salgo de él
para que llorarme pueda,
que del engaño que enreda
es la verdad el cordel
Mas, pensamiento atrevido
¿donde entrando me desvelas?
¿qué tienen que ver las telas
con el sayal abatido?
Amor, aquí me has metido,
que abatiendo me levantas,
mas ¿cómo osarán mis plantas
pisar reales pavimentos,
ni mis pobres pensamientos
osar pretender infantas?
Mas, amor, ella está aquí.
¡Ay, imposibles quimeras!
¡pluguiera á Dios que durmieras
como la vez que te vi!
¿Habrá atrevimiento en mí
para hablalla, cielos? No
ella es rica, y pobre yo
¿Qué osadía habrá que cobre
ánimo, si siempre el pobre
delante el rico tembló?
Vuélvome, ... pero en el sueño
que fingí, ¿no supo amor
el no esperado favor
con que me llamo su dueño?
De su semblante risueño
mi esperanza vi crecer,
pero si me llega á ver
pobre mendigo extranjero,
ya sin hacienda ¿qué espero,
si es mudanza la mujer?
Mas ¿no me dijo deseo,
por mas que el temor te ofusca,
«el que bien ama bien busca,
busca si amas bien, hebreo?»
Si lo que buscaba veo,
¿por qué apartándome dudo?
Igualar el amor pudo
el burel al real ornato,
del mismo amor soy retrato,
pues vengo como el desnudo.
Si le engendra semejanza,
y su semejanza soy,
amor es rey, amor soy,
no hay de qué tener mudanza.
rico vengo de esperanza,
aunque pobre de riqueza.
El poder y la grandeza
al mas humilde levanta
ánimo, pues, que la infanta
sublimará mi baleza.

RUT. Hombre, ¿qué buscas aquí?
¿sabes que estás en Palacio,
y que es prohibido este espacio
sino á mi padre y á mí?

MASAL. Perdona si te ofendí.
La ignorancia en todo yerra.
Como no soy de esta tierra
entre donde no sabía,
aquí de la patria mía
la pobreza me destierra;
mas volme por no ofenderte.

RUT. Espera.

MASAL. Servirte trato.

RUT. (ap.) ¿No es este, amor, el retrato
que á mi honor hizo atreverte?
Sí, ¿mas pobre de esta suerte
un príncipe de Efrata?
Disfraz sin duda será
con que á verme habrá venido,
que si el pobre es atrevido,
¿en qué parte no entrará?
¿De donde eres?

MASAL. De Belen.

RUT. ¿Qué buscas?

MASAL. Mi traje es lengua
y te contará mi mengua,
que yo no lo diré bien

RUT. ¿Por qué?

MASAL. La necesidad
cuando á combatir comienza
al noble causa vergüenza,
y al plebeyo libertad

RUT. ¿Pues tu eres noble?

MASAL. Sí.

RUT. ¿Y tu hacienda?

MASAL. Hela perdido.

RUT. ¿Jugado?

MASAL. Yo el juego he sido

RUT. ¿De quién?

MASAL. Del tiempo y de ti

RUT. ¿Robáronte?

MASAL. Alarbes crueles

RUT. Nada vales.

MASAL. Es verdad.

RUT. ¿Quedóte algo?

MASAL. Voluntad.
RUT. ¿Qué más?
MASAL. Pensamientos fieles.
RUT. ¿Y eso tiene valor?
MASAL. Sí.
RUT. ¿Sin hacienda?
MASAL. Es pobre amor.
RUT. En fin, ¿amas?
MASAL. Con temor.
RUT. ¿Pues de quién temes?
MASAL. De ti.
RUT. ¿Soy fea que espanto?
MASAL. Obligas.
RUT. ¿A qué?
MASAL. Al culto que mereces.
RUT. Piadosa soy.
MASAL. Favoreces.
RUT. Pero hija de un rey.
MASAL. Castigas.
RUT. ¿Pides limosna?
MASAL. Sí pido.
RUT. (*Dale una cadena.*) Toma.
MASAL. Con otra me has preso.
RUT. ¿Preso yo?
MASAL. La vida y seso.
RUT. ¿Tu eres pobre?
MASAL. Y atrevido.
RUT. ¿Qué aguardas?
MASAL. Morir aguardo.
RUT. ¿Por quién?
MASAL. Por quien me condena.
RUT. ¿Con qué?
MASAL. Con esta cadena.
RUT. Guárdala allá.
MASAL. Ya la guardo.
RUT. Otra vez te he visto yo.
MASAL. Y en fortuna diferente.
RUT. ¿Dónde fué?
MASAL. Junto á una fuente
mi amor dormida te hallo.
RUT. Cortés fuiste.
MASAL. No herede
dicha como cortesía.
RUT. Lo que entonces te debía
mi honor ya te lo pagué.
¿Una joya no te di?
MASAL. Otra cadena me diste.
todo es prisión.
RUT. ¿Qué la hiciste?
MASAL. A una madre socorrí
con ella y á un pobre hermano,
que dando á mi padre muerte
vivos me dejó la suerte,
y del despojo tirano
de los bárbaros quedó
segura por esconderla,
que sólo, señora, en ella
nuestro caudal se cifró.
Venderanla para hallar
con que vestir y comer,
y yo viniéndote á ver
quise atrevido probar
si como ejecutas pagas.
RUT. ¿Pues yo qué ejecuto en ti?
MASAL. La libertad que perdí;
¿á quien no es bien satisfagas
siendo del alma tesoro,
con el más rico metal,
pues nunca fué paga igual
de la voluntad el oro?
La mía se llama á engaño.
RUT. ¿Yo que libertad te debo?
MASAL. Si ante amor completo llevo,
no sentenciará en mi daño.
El contrato se deshaga,
pues soy pobre y acreedor;
amor te di, dame amor,
que amor con amor se paga.
RUT. ¡Hay igual atrevimiento!
Loco, ¿aquí para eso entraste?
MASAL. Vine á hacer lo que mandaste:
testigo el prado y el viento.
RUT. ¡Buenos testigos te abonan!
¿Y qué te mandé jamás?
MASAL. Si en vano las voces das
que tu inconstancia pregonan,
mudable fué tu deseo
cuando dijo, aunque te ofusca:
el que bien ama, bien busca,
busca si amas bien, hebreo.
Bien ame, mal he buscado,
pues hallándote te pierdo.
RUT. ¿Loco estás?
MASAL. Mal seré cuerdo
si tal deuda me has negado.
(*Hace que se va.*)
RUT. ¿A dónde vas?
MASAL. A morir.
RUT. ¿Quién te fuerza?
MASAL. Tu mudanza.
RUT. Espera.
MASAL. No hay esperanza.
RUT. Yo te la doy.
MASAL. Por fingir.
RUT. ¿Tú me injurias?
MASAL. Tengo celos.
RUT. ¿Pues hete yo amado?
MASAL. Sí.
RUT. ¿Cuándo?
MASAL. Soñando te vi.
RUT. ¿Qué soñaba?
MASAL. Mis desvelos.
RUT. ¿Yo amarte?
MASAL. Como á la vida.
RUT. Fué sueño.
MASAL. Fué cosa cierta.
RUT. ¿Durmiendo?
MASAL. Estando despierta.
RUT. ¿Enamorada?
MASAL. Y perdida.
RUT. ¿Qué hacías tú?
MASAL. Dormir fingía.
RUT. ¿Para qué?
MASAL. Para escucharte.
RUT. ¡Oh, traidor!
MASAL. Amor es arte.
RUT. Ya me mude.
MASAL. Suerte es mía.
RUT. Cásanme.
MASAL. Mi muerte aguardo.
RUT. Vete.
MASAL. Impídelo mi pena.
RUT. ¿Quién te estorba?
MASAL. Esta cadena.

RUT. Guárdala allá.
MASAL. Ya la guardo.
RUT. Hebreo, que hablando hechizas,
monstruo, que mirando matas,
pobre, que reyes maltratas,
guerra, que almas tiranizas,
¿de qué conjuros te armas?
¿Sin llamas, cómo me enciendes?
¿Desnudo, cómo me ofendes?
¿Cómo me vences sin armas?
Mas ¡ay! que ignorante dudo
de amor las leyes discretas,
que trayendo armas secretas
conquiste ciego y desnudo.
En fin, ¿me tienes amor?
MASAL. Testigo mi pena ha sido.
RUT. ¿Luego serás atrevido?
MASAL. No sabe amor el temor.
RUT ¿Pues osarás ser mi esposo?
MASAL. Imposibles de amor sigo.
RUT Tienes un fuerte enemigo.
MASAL. Amor es mas poderoso.
RUT. Eres de contraria ley
MASAL. No hay ley que al amor le cuadre.
RUT. Es rey de Moab mi padre.
MASAL. Amor es Dios, si él es rey.
RUT Agravias áse su corte.
MASAL. No agravies tú mi firmeza.
RUT Cortarate la cabeza.
MASAL. A todo da el amor corte.
RUT. ¿Si te mata?
MASAL. Muerto estoy.
RUT. Loco estás.
MASAL. Estoy sin seso.
RUT. ¿Si te prenden?
MASAL. ¡Que más preso!
RUT. Extraño eres.
MASAL. Tuyo soy.
RUT. Teme el peligro
MASAL. Es en vano.
RUT. ¿Quién lo impide?
MASAL. Tu hermosura.
RUT. ¿Tu vida?
MASAL. Aquí está segura.
RUT. ¿En qué amparo?
MASAL. En esta mano.
(*Toma y tírala*)
RUT. Hombre, ¿qué haces?
MASAL. Adorarla.
RUT. ¿Estás en ti?
MASAL. Estoy en ella.
RUT. ¿Qué intentas?
MASAL. Vivir por ella.
RUT. ¿Vivir, cómo?
MASAL. Con batalla.
RUT. Suelta.
MASAL. Nieve es entre brasas.
RUT. Vete.
MASAL. Inténtolo, y no acierto.
RUT. ¡Ay, hebreo, que me has muerto!
MASAL. ¡Vive, morena, que me abrasas!
RUT. ¡Vive tu Dios soberano,
que otro que tú no ha de ser
dueño á quien pueda ofrecer
el alma como la mano!
Si amor de tu parte está,
¿quién impide mi deseo?
Adiós, patria, rey Timbreo,
adiós, temores. ¡Ah, Orfá!

ESCENA V

DICHOS Y ORFA

ORFA. Llamas, prima?
RUT. Llamas heras
del alma á la lengua pasan
que te llaman y me abrasan,
si antes modas, ya parleras.
ORFA. ¿Ves como al mas no imitas,
que haciendote de rogar,
agora para cantar
me ruegas y solicitas?
¿Qué tenemos?
RUT. ¿El poder
de un príncipe, cara prima,
no es de tal valor y estima,
que mide con su querer
su potencia?
ORFA. Ley es esa
que el poder estableció.
RUT. ¿No soy la primera yo?
ORFA. De Moab eres Princesa.
RUT. Luego ¿el que quiero puedo?
ORFA. Puedes todo lo que alcanza
de tu poder la esperanza.
RUT. ¿Tener un príncipe miedo
no es bajeza?
ORFA. Solo á Dios,
y á lo que es contra lo justo
teme un príncipe.
RUT. Mi gusto,
amor, sólo os teme á vos,
que sois Dios á cuya llama
toda deidad tiene miedo.
ORFÁ. Pues bien.
RUT A mi padre heredo.
ORFA. Es verdad.
RUT. Que ¿tanto me ama?
ORFÁ. Cualquier encarecimiento
con su amor no lo será.
RUT. Pues si me ama, no querrá
mi padre que en un tormento
viva eterno, quien adora.
ORFA. Esa es cosa conocida.
RUT. Y por conservar la vida
de quien es su sucesora
dará por bien hecho todo
lo que á su conservación
convenga.
ORFÁ. En confusion
me tienes de aquese modo.
RUT. ¿No incumbe á la real grandeza,
para mostrar su poder,
á Dios que no tiene ser
sublimar?
ORFA. Naturaleza
hace que con ese cobre
el poder en que se ve.
RUT. ¿Quién hay que mas cerca este
de la nada que el que es pobre?
ORFA. Ninguno, á lo que sospecho,
porque, en fin, el no tener
es prima casi no ser.

RUT. Con eso me has satisfecho.
Si tu hallaras un diamante
de valor más estimado
que ver el sol, aunque engastado
de ese lugar, siguiente
en un anillo de plomo,
¿qué hicieras?

ORFA. ¿Qué? le realzara,
y el mejor oro buscara
para él.

RUT. Ese empleo temo,
y en fe de tu contestación
tu mano honrarás con él

ORFA No hará, si no es de él
el voluntad de corazón
¿Qué intentas con las preguntas
que tan diversas me has hecho?

RUT. Declararte mi provecho
en ellas hoy sus cuentas.
El poder es un rey grande,
un padre es rey, y le heredo.
Tener un príncipe miedo,
si no es á Dios que le mande,
es atrevida bajeza,
y el dar ser á lo que es nada
es hazaña reservada
al rey y á naturaleza
Un pobre casi no tiene
ser que su humildad levante,
y si es desdicha, es diamante
que engastado en plomo viene.
El diamante de Judá,
que á enriquecer Moab basta,
es este que en plomo engasta
la pobreza con que está.
Hállele y por lo que gano
en su fineza y valor,
quiero engastarle en mi amor
para honrar con él mi mano,
que si el temor es empresa
en el Príncipe pintada,
dando ser á lo que es nada
no temo, pues es Princesa,
ni tienes que replicarme
con mi padre ó con mi hermano.
si estimas lo que deseo,
y te precias de agradarme.
Lleva á este hebreo contigo,
y en la recámara real
trueca el hábito de sayal,
de ser que le doy testigo,
en la púrpura que ensalza
á mi padre y verás cuando
cuando la saques del plomo
la fineza se realza
de este precioso diamante,
pues en fe que suya soy
el alma y mano le doy
por diamante y por amante.

(Dale la mano.)

ORFA. ¿Qué es lo que hace vuestra alteza?

RUT. Mostrar así mi poder;
dar á lo que es nada ser,
que es privilegio de mi grandeza.

ORFA. Mira, prima...

RUT. Este es mi esposo;
ya el aconsejarme es vano
Diamante es, que este en mi mano
es mi gusto, y es fuerza si
No me repliques si estima,
Orfa, mi vida tu amor.

ORFA. ¿No temes?

RUT. No es el temor
blasón de príncipes, prima.

ORFA. Alto, sigo tu empresa,
aunque llena de recelos

MASAL. Oyendo, propios celos,
á Rut, aunque luego muera.

(Vanse estos dos.)

ESCENA VI

Sale el REY, *y* RUT. *Luego* MASALON *y* ORFA

REY. No puedo hallarme sin ti.
Ven ya tu padre á buscarla,
hija de la vida mía,
la ha de acabar, y vuelve en ti.
¿Cómo estás? ¿Cuándo podré
dar á mi vejez próspera
albricias?

RUT. Cuando una hija
que tienes sola, y se ve
de una tristeza afligida,
que no puedes remediar,
por ti vuelva á restaurar
con el contento la vida
De estos extremos terribles
tu sólo el medio eres

REY. Pide, Rut, lo que quisieres,
que si amor hace imposibles,
y yo, sujeto á su ley,
te adoro, por tu salud,
si es necesario, mi Rut,
menospreciaré el ser Rey.

RUT. Padre amoroso, que el nombre
de padre, siempre apacible,
es conjuro del amor
bastante para que obligue
á conservar en su imagen
el noble ser que me diste,
en quien la naturaleza
quiere que te inmortalices
si tuvieras muchos hijos
en quien vieras repartirse
la voluntad que me tienes,
porque en mí tu sangre vive,
no me espanto que me amaras
menos, que se divide
en muchos brazos un mar,
no son sus vados terribles.
Mas si una pequeña fuente
viene en un agua á ceñirse
y con corriente eternas
le paga censo, aunque humilde,
añadiendo siempre arroyos
hace su paso imposible
Si muchos hijos tuvieras,
viendo su amor dividirse
cupiérame poca parte
Sola soy, sólo en mí vives:
siendo, pues, esto verdad
¿qué mucho que deposites
en mí, como en cifra tuya,
el noble ser que me diste?

REY. Escusa, in. Rut, rodeos
que al corazon solo sirven
de tormentos dilatados,
que la esperanza me afligen,
y asegúrate mi amor
que la corona sublime
de todo el orbe inmortal,
las victorias mas insignes,
las riquezas mas copiosas,
con ser tan apetecibles,
con el amor que te tengo
son prendas bajas y viles.
Si es que no amas á Timbreo
y los cielos no permiten
que con su amor te conformes,
ni á ser su esposa te inclines,
antes que le des la mano,
y en lazadas apacibles
entre de amor lazos tiernos,
cautiveros de armas libres,
retrocediendo su curso,
el Dios amante de Chipre
contradira al primer movil
sin que violentado gire.
Quéjese de tu Timbreo
y del amor que consiste
en conformarse las almas,
pues el querer es unirse,
que cuando á un pastor quisieras,
(que es el mayor imposible
que de tu altivez conozco)
tosco, extranjero y humilde,
la voluntad que te adora
sobre mi trono sublime
colocándole te diera
la corona que á Moab rige.

RUT. Dame esa mano, honrara
estos labios en que imprimes
agradecimientos nobles
para promesas felices,
y en fe de esa real palabra,
que en ser tuya será firme,
oyes sucesos que amor
te manda que facilites.
Entre los muchos esclavos
que en la guerra que tuviste
con las tribus de Israel
tu reino ilustran y sirven,
en fe de lo que me quieres,
una cautiva me diste
parienta del gran Bohoz,
juez noble que á Belen rige:
Bohoz, aquel patriarca
que, segun los hebreos dicen,
de la mayor tribu es padre,
que trae de Abraham su origen.
Como era doncella y moza,
y hace el cielo que me incline
con natural influencia
á aquesta nacion insigne,
recibila en mi privanza,
que cuando vienen á unirse
en conformidad los gustos
hace amor sus lazos firmes
Desde entonces juntas siempre,
ya de noche en los jardines,
ya de dia en la labor,
mientras en hilos sutiles
desentrañábamos copos
de algodon y seda virgen,
para emular sus colores
en bordados y matices,
ninguna conversacion
nos era tan apacible
como el tratar de Israel,
de sus hijos varoniles
y los hechos de sus duques,
bastantes á hacer que quiten
la posesion de sus reinos
á tantos pueblos gentiles
Siempre, pues, que en estas cosas
procuraba divertirme
de pensamientos que al ocio
ninguna entrada aperciben,
mirándome atentamente,
tal vez alegre, y tal vez triste,
de misterios tan secretos
me daba muestra inicial Dios.
Una vez que entre otras vi
con los afectos decirme
lo que la lengua no osaba,
animándola la dije,
¿que enigmas, Viva, son estas?
¿que partos el alma oprimen
que por los ojos pretenden
inobedientes salirse?
Si deseos naturales
de ver tu patria te afligen
(que no has de ser cautiverio
que se guarde al vivir libre)
dímelo, cautiva hermosa,
que aunque del gusto me prive
que de tu apacible trato
mi amor sociable consigue,
te enviare llena de joyas,
que para que no me olvides
la memoria que me debes
á mi amor te necesites.
«Mal dijo, señora, pagas
la voluntad que en servirte
no en el oro se funda,
descuida de pechos viles.
La patria mas natural
es aquella que recibe
amorosa al extranjero,
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con mas agasajos patria
mas digna de que se avise.
Si tantas veces suspensa
con la vista, Rut, te dije
lo que nunca oso el temor,
freno que la lengua oprime,
misterios son con que el cielo
(si no es que amor desatine),
en historias y en estatuas
quiere que te inmortalices.
Bohoz, de quien prima sois,
para que la dicha estimes
que de tan ilustre deudo
á mi valor se le sigue,
una noche entre los brazos
del sueño, sobre cognes

que en alba borda de perlas
y flores que el Mayo pise,
verdura de los prados
merecen alabarse
a sueños misterios altos
que Dios en ellos esconde?
soñaba que de una piedra,
que en el desierto apto
y del generoso tronco
que a Judá dio real estirpe,
con influencias celestes
vino un monte a producirse
tan alto, que se igualaba
al trono en que Dios asiste.
Bajó á pacer de su hierba
un cordero que se viste
de mas cándidas ganaderas
que las que adornan al cisne.
Despierto lleno de gozo,
y a los profetas les pide
que de este oculto misterio
los secretos profetizen.
Echanse en oración todos,
y convienen en decirme
que del tronco de Judá
el sacro sagrado profete
la casa real de Booz.
y que esa piedra sublime
de quien nacerá la vara
que el mas alto cielo humille,
será una mujer gentil
de Moab, bella y humilde,
que casándose con él,
el cordero amante obligue,
que de los pastos sabrosos,
donde eternamente reside,
al monte de Judá baje
para que a Dagon derrite.
Por una idolatra, en fin,
y un príncipe de la estirpe
de Booz ha de gozar
el mundo al que el cielo rige,
y llamándose el Mesías
hará hazañas que conquisten
desde la cuna del sol
hasta su tumba triste.
Viendo, pues, Princesa amada,
cuán bien estas cosas dicen
con tu nombre, pues Rut es
cuando en mi lengua le explique,
lo mismo que piedra, siempre
que a tu presencia me admites,
aborotándome el alma
viene casi a persuadirse
que tu has de ser esta piedra,
a quien amor apercibe
ramas del ilustre tronco
de Booz, cuyas raices
el monte pronosticado
producirá en que se asiente
el Cordero que Israel
ha tantos siglos que pide.
¡Ay, Princesa generosa!
si es justo que te suplique
que en desea que tu fama
los tiempos inmortalicen,
que de el amor que te debo

las palabras acredites,
y al cabo amigo franco
estos favores supliques,
no te cases si no fuere
con quien te haga imposibles
las esperanzas de ver
que esta verdad salga firme.»
Cesa, al paso que crecen
mis deseos, porque siguen
la inclinación que a Israel
me obligue que arde y envidie,
y para alimentarlos mas
(si cabe con imposibles)
a casarme con Hebreo,
padre y rey, me persuadiste.
Tu sabio eres, y me espanto,
pero cuál aborrecible,
¿quién juntara voluntades
que la inclinación olvide?
De esto nace mi tristeza,
y si quien era dueño
hazañas de amor que el tiempo
a la lengua no permite,
me dicta para piadoso,
instándote apacible,
obligándote rendido
y persuadiendote sobre.
Pero no quien cansarte,
sino solo persuadirte
que si el amor que me tienes
es bien que mi vida estime,
no esperes que esposo llame,
mientras mas venas anime
el corazon que te adora
y en quien tu imagen imprimes,
a quien no fuere extraño
y de escogido origen
de Judá no descendiere,
pues cuando el cetro me quites
que pienso heredar de ti,
y matarme determines
¿que importa que el cuerpo muera,
mientras la libertad vive?

REY. Obligaran mi afición
tus quimeras, Rut querida,
para restaurar tu vida
y alentar tu inclinación
si con medios tan terribles
cosas no me propusieras,
cuando menos verdaderas
mas livianas y imposibles.
De Moab, mi Rut, soy Rey,
tu mi sola sucesora,
Israel á un Dios adora
que contradice mi ley;
pues es mio, aunque yo permita
lo que me pide tu amor,
consentira por señor
Moab á un israelita?
¿Esto cómo puede ser?

RUT. ¿Cuándo halló dificultad
rebelde á la voluntad
que no venciese el poder?
Si aquí un israelita hubiese
con todas las condiciones
que yo pido y tu propones,
y de suerte me quisiese

que su ley por mí dejase,
y reducido á la nuestra
por el amor que me muestra,
su sangre y patria olvidase,
¿mereciera sucederte?

REY. No se verificaría
entonces la profecía
que te inquieta de esa suerte.

RUT. ¿Pues por qué? Su condición,
si lo adviertes, no me pide
que mi ley deje y olvide
en daño de mi nación.

REY. Pues en tal caso con él,
por lo mucho que interesa
nuestra ley si la profesa
un Príncipe de Israel,
diera fin á tu tristeza
en fe de lo que te adoro,
y con mi diadema de oro
coronara su cabeza.
Mas siendo todo quimera,
¿qué es lo que intentas con eso?

RUT. Porque no culpes mi seso,
amoroso padre, espera,
y sin prevenir enojos,
aquí el alma y vista pon,
que amor para esta elección
no es ciego, que todo es ojos.

(Tira una cortina y descubre á Masalón de reales ropas, junto á un bufete, y sobre él, en una fuente, una corona, y á su lado Orfa.)

Mira si iguala Timbreo
á la ostentación gallarda
de quien tu licencia aguarda
para alegrar mi deseo.
Mira el valor de Belén,
la nobleza de Efrata,
el hechizo de Judá,
el objeto de mi bien,
el que ser tu sucesor
sólo en el mundo merece
y el que por dueño me ofrece
en siempre discreto amor.

REY. Su presencia y majestad
fuerza á que tu amor apruebe,
ya que robada me lleve
el alma y la voluntad.
Alguna oculta deidad
me obliga, y vuelve por él
á ser Apolo, el laurel
no se transformara en planta.
¡Que engendre belleza tanta,
cielo, el reino de Israel!
Quien tal elección no abona
hace á la justicia agravio.
La hermosura (dijo un sabio)
ser digna de la corona.
No tiene Moab persona
tal que se atreva á igualalle,
el talle me inclina á amalle
y que premie su valor,
que no hay cortas de favor
como buena cara y talle.
En fin, ¿eres bellehemita?

MASAL. Aunque tuyo ser pretendo,
del mayorazgo deciendo
de Jacob.

REY. El te acredita.
¿Y por la ley moabita
pondrás la tuya en olvido?

MASAL. El amor mi ley ha sido
y Rut mi legisladora.
No tengo otra ley agora
si no es la de agradecido.

REY. Si has de darme decendencia
no menos que de tu Dios,
y ha de alcanzar de los dos
mi sangre tal excelencia,
el no estimar tu presencia
fuera no estimarme á mí.
Pues lo ordena el cielo así,
será el resistirle en vano.
Dale, hebreo, á Rut la mano,
que está idolatrando en ti.

(Danse las manos.)

MASAL. Dame tu los pies primero.

REY. Los brazos y el corazón.
¿Cómo es tu nombre?

MASAL. Masalón.

REY. Desde hoy serás mi heredero.

MASAL. Sólo ser tu esclavo quiero.

ORFA. Imposibles llego á ver,
mas ¿qué no hará una mujer
y un Rey que hechiza, amorosa,
pues la más difícil cosa
vencen amor y poder?

REY. La brevedad de este caso
importa como el secreto
no intente el vulgo indiscreto
motines viendo que os caso.
Tanto te quiero, que paso
por cualquier inconveniente:
sitio á tus bodas decente
es mi casa de placer,
en ella tienen de ser
sin aparato y sin gente.
Es mi sobrino Timbreo
en el reino poderoso,
alborotará celoso
vuestro amor y mi deseo.
En mi quinta real, hebreo,
con aparatos mejores
serán padrinos sus flores,
y aunque murmuren, madrinas
sus fuentes, si cristalinas,
espejo en vuestros amores
Vamos allá. Mas ¿qué es esto?

RUT. Mi ventura el cielo ordena.

ESCENA VII

DICHOS, *Sacan* NISIRO *y otros á* NOHEMI *y* QUELIÓN *presos.*

NISIRO. El ladrón de la cadena
que en tal extremo te ha puesto
fué aqueste hebreo dispuesto,
que con aquesta mujer,
procurándola vender
prendimos. Restaura agora
tu contento, gran señora,
pues están en tu poder.

MASAL. Este es, gran señor, mi hermano
y esta mi madre Nohemí.

NOHEMÍ. Hijo ¿que es esto?
MASAL. Perdí
mi hacienda, y un reino gano.
Dame á besar esa mano.
RUT. Y á mi los brazos me da.
MASAL. Pobre he sido, Rey soy ya,
que así el cielo me sublima.
RUT. (A Quelión.) Y tu esposo de mi prima,
si su bien conoce Orfa.
Padre y señor, es justo.
MASAL. Con mi hermano Quelión
tendrás en esta ocasión
esposo, regalo y gusto.
ORFA. No sabré yo dar disgusto
á mi prima la Princesa.
NOHEMÍ. Hijo ¿qué es esto?
MASAL. La priesa
no da lugar para más.
Despacio, madre, sabrás
lo que tu dicha interesa.
REY. Daos, pues, las manos los dos,
y venid. (Dánselas.)
QUELIÓN. Cielo ¿esto es sueño?
MASAL. (A Rut.) ¡Ay, mi bien!
RUT. ¡Ay, dulce sueño!
MASAL. Muriera el alma sin vos.
NOHEMÍ. ¿Pues, hijo, tu ley, tu Dios?
MASAL. Mi ley, mi Dios y mi vida
es so á mi Rut querida.
NOHEMÍ. Ya tu perdición recelo,
que no favorece el cielo
amor que á su Dios olvida.

ESCENA VIII

DICHOS y TIMBREO

TIMBREO. Ya los cosarios tiranos,
sol que da luz á Timbreo,
están... mas ¡cielos! ¿qué veo?
¿Rut y un hombre de las manos?
Celos que como villanos
acometeis á traición;
no hay guerra sin prevención
que no condene la ley.
Moabitas, Princesa, Rey,
aclarad mi confusión.
REY. Timbreo, conformidad
de gustos se llama amor,
y entre nobles es rigor
violentar la voluntad.
Supuesta aquesta verdad
y que mi Rut tiene esposo,
si puede un desden celoso
vencer un pecho robusto,
busca mejor á tu gusto,
y sufre lo que es forzoso.
(Vanse el Rey, Orfa, Rut, Masalon, Quelión y Nohemí.)

ESCENA IX

TIMBREO y NISIRO

TIMBREO. (Ap.)
«¡Sufre lo que es forzoso!» ¿Esto consiento?
¿Al fin de tantos años
me remites, cruel, al sufrimiento
con celos, mas no celos, desengaños?
¿Cuándo, tiranos cielos,
se hallaron juntos sufrimiento y celos?
Sufra el amor que vive en esperanza,
que no es tormento eterno
el mas prolijo si á la fin se alcanza;
¡mas pedir sufrimiento en el infierno!
¿Cómo, decid desvelos,
se compadecen sufrimiento y celos?
Pedir que con el sol la noche viva;
la quietud con la guerra:
que á la salud la enfermedad reciba,
la liviandad el peso de la tierra
y al fuego atícen velos,
es pedir sufrimiento á amor con celos.
Quién es, decid, moabitas, este hombre;
este tirano fiero?

NISIRO.

Ni su patria sabemos, ni su nombre,
solo que es extranjero,
que el reino hereda, la Princesa le ama,
el Rey le casa y sucesor le llama,
en la quinta del bosque amor elige
el tálamo amoroso
que á Rut te usurpa y tu esperanza aflige.

TIMBREO

¡Oh, ingrata! ¡oh, vil esposo!
¡oh, Rey tirano! ¡oh, bárbaro homicida! -
¿Sueño? ¿he perdido el seso? ¿tengo vida?
Mas ¿cómo viviré si Rut me mata?
si loco, ¿cómo siento?
si duermo, ¿cómo el Rey de veras trata
su gusto y mi tormento?
Mas ¡ay, de mí! soñando estoy despierto,
soy loco cuerdo, y tengo vida muerto.
Abrase el cielo los crueles lazos
en quien mis penas fundas;
ciñan tu cuello áspides, no brazos,
y en vez de las coyundas
de amor, porque me vengue y te desveles,
desdeñosa tirana, halles cordeles.
Presto aborrezcas, pues tan presto adoras,
á quien mis gustos priva;
juzgue por siglos de tu amor las horas,
y aborrecido viva;
mas si perseveraré en tus amores
en vez de bodas sus obsequias llores
Pero ¿para qué pido á los extraños
venganza cuando puedo
mi injuria castigar y tus engaños?
Al rey tirano heredo,
pues soy ramo del tronco real moabita
pierda la vida quien á Rut me quita.
Vasallos tengo, amigos y parientes
que por esto no pasen,
y celos que, atrevidos y valientes,
la quinta vil abrasen;
pues es mejor, cuando en furor me enciendo,
morir matando que vivir muriendo.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen Rut de labradora, con la Noemí, Timbreo y otros

TIMBREO. Traje es ese merecido
de tu ingratitud tirana,
que con tanta saña vistió
satisfacer desengaños
de un mal pagado deseo.
Viuda has sido un hebreo,
Príncesa, en Moab diez años,
que no pudo mi esperanza
ser á tu piedad dadiva,
hasta que vino la hora
que á mi amor pidió mi esperanza.
Dices muerto, y yo soy Rey,
porque hacerlo el cielo no tuera
que en su sola encontrara
á un bárbaro de otra ley.
Mate á tu esposo atrevido,
y también á Quelion
su hermano, que no es razon
que diez años, que en tu olvido,
tirana me atormentaste,
no satisfaga mis celos
Vengueme, en fin, y abrasalos
como en ellos me abrasaste.
Y, viuda mi amor te mueve,
no estimas ser mi mujer,
ni el soberano poder
del reinar á quien se atreve.
Es, mas quieto natural
te ha podido persuadir,
ingrata, ingrata, á admitir
la mas pequeña señal
de amor, que fuera bastante
á refrenar mis rigores,
pues aun fingidos favores
hacen cortés al amante.
Vuelta estás de Belen,
y entre pobreza y congojas
á ver ventura, que escojas
lo que te estuviere bien,
Si la mano me concedes
la diadema gozarás
de Moab, y heme estás
en tu ingratitud, ya puedes
satisfacer tus deseos.
Cruel serena, ¿que lloras?
¿Y los hebreos adoras?
¿Ya pisas campos hebreos,
Todos de un pastor descienden,
que este humilde oficio dan,
á la nobleza de Abraham,
los que imitalle pretenden.
Pastora eres, ¿que te quejas
si sigues tu ascendencia?
por ser pastores son,
sublimes purpuras dejas:
si te arrepientes, escoge.
¡Ay, Rut de las cuitas mias,
no tormes de perlas rios
que Abril codicioso coge
para convertir en flores!

RUT. Déjame, tirano dios,
llorar la muerte cruel
de los Príncipes mejores
que honraron á Palestina,
que si el que en presencia esta
de quien la muerte le da
por disposición divina
brota sangre, y tu me has muerto,
por descubrir tu traicion,
la sangre de corazon
que brotar no vio vierto.
Y la silla en que te asientas,
pues de ella mi esposo falta,
cuando su corona estrada
de piedras por tu sangre cuitas,
menospreciarle es bizarro,
que será afrenta doblada
admitir mano manchada
en la sangre de mi esposo.
Vete y deja me, traidor.

TIMBREO. Estima mi cortesía,
que aunque forzarte podria,
no es mi amor, al fin, mi amor,
y aposenta tus locos hatos
con tus locos ganaderos,
pues son sus pechos groseros
de tu ingratitud retratos,
á prueba de tu desden,
digno de vestir sayal,
que si á la mesa de mal
echares menos el bien,
podrá ser que su aspereza
te obligue á mudar consejos,
porque no espanta de lejos
el hambre ni la pobreza
Cuando de cerca la toques
y conozcas lo que pierdes,
como de mi amor te acuerdes,
y á pagarme te provoques,
á la razon reducida
de quien tan lejos estás,
la puerta abierta hallarás
de tu reino y de mi vida,
que mal la podrian cerrar
desdenes por más que ofrezcas,
pues cuanto mas me aborrezcas
mas, ¡cruel te pienso amar. (Vase.)

ESCENA II

Dichos, menos TIMBREO

NOEMÍ. Hijas, ya que Dios me ha dado
el castigo merecido,
y sin hijos ni marido
en soledad ha trocado
mi amorosa compañía,
mas contentos en dolor,
en llanto eterno mi amor
y en tormento mi alegría,
á Moab os volved,
no renovéis á mis ojos
pasadas penas y enojos,
de mis desgracias huid,
que aunque mi pena os desvele
ofendera vuestra dicha,

que es contagiosa la desdicha
que á todos pegar se suele.

RUT. Madre, no es justo que así
á quien te adora dispidas.
Una alma vive en dos cuerpos,
que en las dos ser es Nohemí.
Yo no te pienso dejar,
que esta mi ventura ordena.

ORFÁ. Tu fortuna, mas es buena,
la nuestra ha de acompañar:
diez años hemos vivido
contigo, haciendo experiencia
en tu virtud y prudencia.
¡Cuán engañosa ha salido
la fama con que las suegras
su opinion han desdorado!
Madre en ti habemos hallado;
con tu vista nos alegras
despedirnos es rigor.

NOHEMÍ. ¡Ay, Rut hermosa! ¡Ay, Orfá!
¿Con qué pagaros podrá
mi desdicha vuestro amor?
A vista estoy de Belén;
goza, Rut, gozad la
la corona apetecida
que has merecido tan bien.
Goza en amorosos lazos
al hombre cuida cruel,
de mis hijos, que con él,
entre tiernos abrazos
refrenarás desconsuelos
que es de renovar conmigo,
con miserable castigo
que sienta vengar los celos
en mis hijos: se dejar
su Dios y ley verdadera,
de la ambición lisonjera
se dejan engañar.
De Dios la justicia estimo,
como su esclava le adoro,
pero como madre lloro
y en su muerte me lastimo.
No pierdas, mi Rut, por mí
lo que por naturaleza
heredas, rica belleza.
Orfa, desprecies así
allá os casares bautizados,
por madre a Mí habreis tenido:
no es bien que perezcais
extranjeras. Hagaos Dios
dichosas, págueos el bien
que en vuestra patria me hicisteis,
premie el amor que tuvisteis
á mis dos hijos también
que mis desdichas no agraven
bastaran a que os olvide.
Si amor, cuando se despide,
suele imprimir con los labios
recuerdos en la memoria,
desdichas señalar con ellos
hará, vuestros rostros bellos,
y será la postrer gloria
que á mi desdicha debáis.
(Abrázalas.)
Prospere vuestra ventura
el cielo.

RUT. No estés segura
sin vos, madre, si se ve.

ORFÁ. Por mi parte firmemente
habré de seguir tu gusto.
Bien conoce el cielo justo,
siendo testigos mis ojos,
lo que en apartarme siento
á esta ocasion de las dos.
Adiós, madre; prima, adiós.

RUT. Parte a la lengua el sentimiento
quien amando deja después
habla poco y mucho siente.

NOHEMÍ. Dos tan dichas tan repente
y tantas de tí se alejan. (Llora.)

ESCENA III

NOHEMÍ y RUT

NOHEMÍ. Vete, mi Rut, con tu prima
donde segura reposes,
goza tu tierra, tus dioses
y el esposo que te estima.
¿Qué esperas de mi pobreza,
mis hados tan contrarios?

RUT. Cuanto mas me contradices
aumentas mas mi terneza.
Sombra he de ser que te siga,
viviré donde vivieres;
seguirte donde fueres,
ya la suerte te persiga,
ya de fortuna me mires
Tu patria es mi patria ya,
tus preceptos leyes da,
adorare el Dios que adores.
Un pueblo ha de recebirnos,
una casa ha de abrigarnos,
una mesa sustentarnos
y una tierra ha de cubrirnos.
Plegue al cielo que me niegue
su luz el planeta hermoso,
me persiga un envidioso
y á ver tu patria no llegue,
cuando imposibles sean parte
para que en tu compañía
no viva alegre hasta el dia
que la muerte nos aparte.

NOHEMÍ. A tal amor, tal crueldad,
ingrata es mi resistencia
á vista tu presencia
merecedora de amistad.
Estad en Belén, Rut querida

RUT. Nuevos gozos cobro en verla.

NOHEMÍ. Entremos, y vere en ella
si la patria al pobre olvida
Parientes tiene ricos,
á muchos favorece,
á muchos socorrió,
muchas granjerías hace.
Por fuerza habré de probar
agora para vivir
si la caza del pedir
es la misma que dar,
y si estará en, pobre ó rica
en Belén la misma ó no
como la prosperidad

RUT. Esa prueba es excusada,
no hay para que hacella ausentes.

que aunque veas alaballa,
ni la verdad posada halla,
ni la pobreza parientes. (*Vanse.*)

ESCENA IV

LISIS y GOMOR, *pastores*.

GOMOR. Lisis ¿cuándo han de cesar,
dime, tus desdenes locos?
si no es que llore los mocos,
no tengo ya que llorar.
¿Que gato en camaranchón
anda como yo maullando,
que borrico rebuznando
en prado, establo o mesón?
¿Que berraco de concejo
gruñe cual yo y se embarrincha,
ó que cuartago relincha,
sin albarda ni aparejo,
cuando topa á la mohina
cual yo? Mira que me matas
con esa cara de natas.
Ya he llorado hasta la orina;
no reposo en ningún cabo,
mojadas tengo las parvas,
dos años ha que las barbas
no me quito, ni me lavo
la cara, que con pezuñas
tal vez cubren telarañas;
lleno me traes de legañas,
de yeme! tengo las uñas.
Ten mancilla, Lisis mía,
de que ande ansí tu Gomor,
porque si esto no es amor,
al menos es porquería.
Sírvame esto de castigo,
dame á hocicar esa mano.

LISIS. Bocado comido, hermano,
dicen que no gana amigo.
Un tiempo te amaba yo,
mas como el pan te comiste
y darme de él no quisiste,
mi amor de hambre se murió.

GOMOR. ¿Medio pan, Lisis discreta,
entre dos de que servía,
sabiendo tú que venía
con más hambre que un poeta?
Siempre os habemos de dar
¿no habrá una mujer que quiera
de balde? ¿es amor gotera
que nunca tien de parar?
¿no basta ser gentilhombre?

LISIS. Como de Adán descendéis,
su nombre es bien que imitéis.

GOMOR. Pues bien, ¿qué hay en ese nombre?

LISIS. Que he de dar el que de Adán
deciende, he sacado yo,
que por eso se llamó
Adán, que se acaba en *dan*.

GOMOR. ¿En *dan*? ¿pues es tamboril?

LISIS. Y si en los nombres me fundo,
la primer mujer del mundo,
este secreto sutil
también con el suyo aprueba.

GOMOR. Eso no más mos faltaba.

LISIS. Pues ven acá. ¿En que se acaba
el eco del lleva?

GOMOR. En *eva*.

LISIS. Luego quien no *da* no es hombre,
ni quien no *lleva*, mujer.

GOMOR. De aquí saco que ha de ser
desde hoy *lleva* vueso nombre.

LISIS. No hay sin dar ningún galán,
ni sin llevar dama á prueba,
pues *lleva* se acaba en *eva*,
como Adán se acaba en *dan*:
pues no has dado, no hay amores.

GOMOR. Ya os doy á los diabros yo,
y á quien tanto os enseño.

LISIS. Ven do han los segadores,
Gomor, de Bohoz, nueso amo,
porque hoy comienza la siega.

GOMOR. ¿Si no os dan, no amáis, borrega?
¿chancera sois? pues no os amo.

ESCENA V

DICHOS, y *van saliendo* HERBEL, ASAEL, ZEFARA y JABEL.

HERBEL. Salve y guarde. Es tiempo ya
de aprestar dediles y hoces.

LISIS. ¡Oh, Herbel! si el tiempo conoces
en casa el agosto está.

HERBEL. Dolióse Dios de Israel:
buena cosecha esperamos.

ASAEL. (*Sale.*) Mantengaos Dios. Acá estamos
todos, pardiez.

GOMOR. ¡Oh, Asael!
Oraciones de Bohoz
mos han dado el año lleno;

HERBEL. Es santo Bohoz.

LISIS. Es bueno.

ASAEL. Embotada estaba mi hoz
diez años ha, y de orín llena,
que el hambre la daba empacho,
pero ya ha vuelto el gazpacho
á dar filos á la cena.

(*Salen Zefara y Jabel.*)

ZEFARA. Año, buen año.

HERBEL. ¡Oh, Zefara!
¡Oh, Jabel! de aquí adelante
no habrá hebreo mendigante.

JABEL. Todo lo llena la hartura.
¿No sabéis quién ha venido
á Belén?

LISIS. ¿Quién?

JABEL. Noheml.

ASAEL. ¿Decíslo de veras?

JABEL. Sí.

GOMOR. El sustento nueso ha sido.

LISIS. ¿Viene rica?

ZEFARA. Antes tan pobre
que no tiene que comer.

HERBEL. ¿Pues y el avaro Eliacer? [1]

ZEFARA. No hay vicio de quien no cobre
Dios, en plazos de venganza,

1 Así en el original y en la reimpresión; pero tal vez haya escrito *Tirso* «de á jemo».

1 Aquí se olvidó *Tirso* de que el nombre que antes había dado al esposo de Noheml era Filimeleo y no Eliacer.

la justa satisfacción.
Negonos la provisión,
hizo de Belén mudanza,
y en Moab diz que perdió
la hacienda y vida.

GOMOR. ¡Oste, puto!

JABEL. No trae más que llanto y luto
Nohemí, que allá se dejó
muertos los hijos.

ASAEL. ¿Y vive?

JABEL. Sin que haya quien la socorra.

LISIS. Si el beneficio se borra
al tiempo que se recibe,
y el agravio en piedra está
eternamente esculpido,
el odio que su marido
tuvo á todos durará,
sin que haya memoria alguna
de lo que á Nohemí debemos.

HERBEL. Todo este mundo es extremos.

ASAEL. Gobiérnale la fortuna.

JABEL. Trae la más hermosa nuera
que ha visto Efratá, consigo.

GOMOR. Sin hacienda, buen abrigo
trae de allá.

ZEFARA. Diz que en Moab era
princesa.

HERBEL. ¿Pues quién la fuerza
á venirse acá á morir
de hambre?

ZEFARA. El no consentir,
Herbel, casarse por fuerza,
y el amor que en Nohemí fundó.

GOMOR. ¿En su suegra?

ZEFARA. ¿Qué te espanta,
sabiendo que es una santa?

GOMOR. La primer nuera es del mundo
de ese humor.

LISIS. Pues del buen trato
eso y más.

GOMOR. Será por yerro
Suegra y nuera, gato y perro
no comen bien en un plato.

LISIS. Dejad eso y aprestemos
la siega.

HERBEL. Aquí está mi hoz.

JABEL. Antes que venga Bohoz
con bendición en pecemos,
pero esperad, que Nohemí,
de quien hablamos es ésta,
y la moabita.

ASAEL. ¡Y qué honesta!

GOMOR. Noramala para mí.

ESCENA VI

DICHOS y *salen* RUT Y NOHEMÍ

RUT. Pues que la pobreza fiera
en ninguno halló piedad,
porque la necesidad
es en su patria extranjera,
para poder sustentarte,
señora y madre querida
yo tomo á cargo tu vida.
Cansate ya de cansarte
pidiendo á quien socorrer
te pudiera y dice ultrajes,
que no hay más de dos linajes,
que es tener y no tener.
Tus deudos tienen, si afrenta
la falta, madre, de bienes,
¿qué mucho, cuando no tienes,
que te nieguen por parienta?
No pruebes pechos, Nohemí,
que la hacienda endureció,
que avergüenza mucho un *no*
á quien dije á todos *sí*.
Princesa he sido y señora,
mas la pobreza maestra
y amor, que todo lo muestra,
me enseña á ser labradora.
La siega ha empezado ya
ya Ceres da su tesoro
á Agosto en espigas de oro,
la gente ocupada está
en afeitar los cabellos
al campo, que da en despojos
á las eras sus manojos
colmando los trojes de ellos.
Espigadera he de ser,
si princesa hasta aquí he sido.

NOHEMÍ. Hija, si el reino has perdido
por mí, no es justo perder
el respeto á tu valor.
Quien debajo el solio real
se crió llevará mal
desacatos del calor.
Atrévase el hambre vil
á hacer en mi vida prueba,
primero que el sol se atreva
á ese coral y marfil,
no es bien que oficio te cuadre
tan tosco como cruel.

RUT. No vale más que otro aquel
que no hace más que otro, madre.
De á que en la siega coja
espigas que el rico olvida,
pues antes que se las pida
las da el campo y no se enoja.
Algún padre habrá clemente
de familias, sin codicia
del trigo que desperdicia
mientras lo siega su gente,
que de andome espigar
me dé con que sustentarte.

NOHEMÍ. Estatuas puede labrarte
la piedad, ponerte altar.
Bendecid, cielos constantes,
á Rut, que humilde os obliga,
haced que mientras espiga
coja por granos diamantes.
Jamás su memoria muera,
y el amor, mientras espiga
pan, con nuevo blasón, diga,
la mejor espigadera.

ZEFARA. Seáis, Nohemí, bien venida.

NOHEMÍ. No me llaméis más Nohemí,
que es hermosa, amarga sí,
viuda sola y afligida.
¿Por qué Nohemí me llamáis,
si no es razón que me cuadre
tal nombre?

JABEL. No lloréis, madre,
que el corazón nos rasgáis.

ESCENA VII

Dichos y Boaz, que sale con el acompañamiento que dice Masalón, con una gaita y montera muy noble en el campo.

BOAZ. ¡Ea, amigos, á la siega!
TODOS. Vamos en nombre de Dios
(Entranse.)
RUT. Volveos, madre, á casa ves,
y lo que mi amor os ruega
haced.
NOEMÍ. ¡Ay, fortuna fiera!
bien tu condición se ve,
pues la que primero fue
ya es tan de espigadera. *(Vase.)*
(Acorre Rut tras mirando mas despacio ella y Boaz.)

ESCENA VIII

BOAZ

¡Válgame el Dios de Sinaí
¿Quién es esta mujer bella,
que me ha dado tal cuidado verla,
mi voluntad á sosegar?
No la he visto en esta tierra
otra vez mas hermosa
á la siega de Judá,
como suelen de la sierra,
con los demás montañeses.
Detrás de los segadores
coge espigas, á fe de flores,
perlas sembrara y cogiera meses.
¿Has mas bella compostura?
¿Has mas compuesta beldad?
Mas puede la honestidad
con amor que la hermosura.
Pues si es compuesta y hermosa
¿que mucho vaga por dos?
¿Yo sin armas, amor Dios,
y la ocasion tan poderosa?
Pelegrina corre, sospecha,
que ve el sol de Agosto abrasa
y el de amor en mi pasa
¿quién sabe tanto tan luego?
En un misterioso sueño
quiso el cielo recrearme
que no tengo de casarme,
ni mi amor llamará dueño
sino á una mujer no habida,
cuya virtud y humildad
honre mi posteridad
con deseada descendida.
Por esta causa hasta agora
á nadie he dado
del alma donde se ha entrado
esta hermosa labradora.
¿Cómo, atrasado y cansados,
entre, y la puerta cerrada
estaba el alma guardada?
Mas si tuviera en los ojos
de puertas que hallando abiertas,
con que sale ¿que has que dudar?
pues no se podrá guardar
casa que tiene dos puertas
El hombre con que espiga
enamorando al amor
le transforma en segador
y porque si pasa siega,
en vez de espigas, arroja
á rachas las estrellas,
que al bajar las manos bellas
se estorban porque las coja.
Ya no con tus vendas ciegas
la gente á los hombres echas,
pues arrancando las flechas,
amor, de ciego has de noz,
y como en vista no ciegas
derribando cuanto alcanzas,
segando mis esperanzas
á ciegas mis dichas siegas
(Gritan dentro.)
Ya cantan mis segadores.
Haceos, pensamientos vanos,
espigas, porque en sus manos
des fruto, pues que sus flores.
(Cantando dentro.)
(«Segadores, afuera, afuera,
dejen segar á la espigaderuela.»)
HOMBRE. *(Dentro.)* **¡Quién espiga se tornara**
costara lo que costara,
porque en sus manos gozara
las rosas que hacen su cara
por Agosto primavera
TODOS. («Segadores, afuera, afuera,» etc.)
UNO. ¡Vítor!
TODOS. ¡Vítor!
BOAZ. ¡Que alegría
han dado á mi corazon!
¿Has sido con mas razon?
GOMOR. (Vaya una, vaya una.)
(Cantan.) «Bien casamos que bendiga
fuera yo espiga de trigo,
que me hiciera harinadigo
y luego torta o bodigo,
porque luego me comiera.
TODOS. **Segadores, afuera, afuera,»** etc.
(Vítor, Gomor!)
ASAEL. (Ciertamente
lo habeis dicho.)
GOMOR. **(Aunque grosero**
¿qué quereis? yo soy cosechero.)
BOAZ. En vida tengo á mi gente,
pues donde ponen los pies
sus bocas pueden salar.
GOMOR. (Lisis, la tuya has de echar.)
TODOS. **(Diga Lisis.)**
LISIS. (Digo, pues
(Canta.) «Si con cuidado cogiera sus manos
perlas volviera los granos,
porque en anillos galanos
en sus dedos se hallaran
eternamente andubiera.
TODOS. Segadores, afuera, afuera,» etc.)
GOMOR. **(Esta se lleva la gala.**
¡Viva Lisis!)
TODOS. (¡Lisis viva!)
BOAZ. Ya anochece el alba nos da.
Luego por esta cebada
(Llama á los segadores.) ¡Ah Gomor,
Lisis! ¡Vaya!
TODOS (Nuestro amo.)
GOMOR. (¿Llama acaso?)

BOHOZ. Llamo y amo
entre las llamas de amor

ESCENA IX

BOHOZ, GOMOR y HERBEL.

GOMOR. ¿Qué es, nuevo amo, lo que manda?
BOHOZ. ¿Quién es esta espigadera
que las almas, y bellas cera,
con manos de nieve abranda?
HERBEL. Esta es nuera de Noemi,
moabita en profesión,
esposa de Masalón,
que fué, según lo que oí,
princesa: pero llevada
del amor de nuesa ley,
con el moabita rey
menospreció estar casada,
y por sustentar a su suegra,
desde la soberbia silla,
cogiendo espigas se humilla
y á cuantos la ven alegra.
BOHOZ. ¡Válgame el Dios deseado!
¡que en una idólatra así
halle la virtud Noemí
lo que en sus deudos no ha hallado!
¡Que una princesa excelente
con ejercicio tan bajo,
á costa de su trabajo
así a su suegra asistente!
Si honesta, humilde y hermosa
conquistado mi pecho ha,
poderoso amor, ¿qué hará
socorrida y virtuosa?
Y si con una moabita
quiere el cielo que me case,
¿qué milagro es que me abrase?
Ya vienen con fiesta y grita,
y tras ellos el cristal
de los pies que á amor provocan,
volviendo el trigo que tocan
de trechel en candeal.

ESCENA X

DICHOS y *salen los segadores cantando y* RUT *tras ellos lleno de espigas el delantal*

TODOS «A la espigaderuela linda
el amor sus flechas rinda,
á la espigaderuela honesta
hagan estos campos fiesta
UNO. Arcos haga nuevas hayas,
flechas las espigas bellas
que tire al amor con ellas
contra las suyas crueles,
las mujeres con tiernas voces
cantando la dehesa gala,
y á los pies de la zagala
Flora ramilletes rinda.»
TODOS «A la espigaderuela linda,» etc.
(*Estándose mirando* RUT y BOHOZ *mientras cantan.*)
UNO. «Vístase á vestir de flor
el prado que Agosto seca,
pues con su vista se trueca
en primavera mejor.
Más pica el fuego de amor
que el fuego del sol ardiente;
su hermosura es fresca fuente
que en vasos de cristal brinda.»
TODOS. «A la espigaderuela linda,» etc.
BOHOZ. Bendigan tu hermosura
los cielos cristalinos,
hermosa espigadera,
como yo te bendigo
Peregrina piadosa,
enamorado hechizo,
princesa del amor,
si de Moab lo has sido,
á tus hermosas plantas
las de este claro río
humillen por besallas
los cuellos más altivos:
vuelva á brotar el prado
jazmines, rosas y lirios,
coronas de tus pies,
de mi esperanza grillos:
no quede, tu señor,
pintado jilguerillo,
calandria y oropéndola
en árboles y en nidos,
que alegres y bizarros,
de amor y pluma ricos,
no ofrezcan á tus plantas
en vez de labios picos.
Mil veces ventarosas
las hazas de mis trigos,
los pagos de mis mieses,
pues ver han merecido
primicias de sus partos
en el cristal bruñido
de aquestas manos bellas,
aquí en el alma rindo.
No ausentes de mi siega,
por otras que ya envidio,
los soles de tu cara,
risueños y benignos,
que sin llegar á colmo,
en fe de tal castigo,
se anublaran las mieses
que verdote han crecido.
Sigue mis labradoras,
que en fe de que te sirvo,
solícitas y alegres
las pongo en tu servicio.
Recoge espigas rojas,
serán plumajes ricos
del oro que tus brazos
guarnecen cristalinos.
RUT. ¡Oh, generoso hebreo!
¿De dónde ha merecido
una romera pobre
tus ojos ver propicios?
La tierra humilde beso
que honraron tus vestigios,
ilustre Patriarca
del pueblo circunciso
(Ap.) (Retrato es verdadero
y espejo donde miro
de mi difunto esposo
el simulacro vivo.
Pero si de Bohoz
mi Masalón fue primo,

¿que mucho que una sangre
de dos haga uno mismo?)
¿Quién, noble betlehemita
te obliga á que benigno
ampares extranjeros
y hospedes peregrinos?

BOHOZ. Ya, moabita hermosa,
hazañas he sabido
de tu piadoso pecho,
de tu valor benigno;
ya se que el reino dejas
á tu virtud debido,
la patria en que naciste,
el tálamo ofrecido,
la ley que cuerda truecas,
por la que el dedo ha escrito
de Dios, que dió á Moises,
nuestro primer caudillo.
La caridad mas nueva
que vieron nuestros siglos
que con tu suegra usaste,
pues al humilde oficio
de espigadera pobre
el trono has reducido
por solo sustentalla
del mas estuoso sitio.
Colme de bendiciones
el Señor infinito,
que Dios Israel llama,
trabajos tan lucidos,
mudanza tan dichosa,
amor tan inaudito
mas si hará, que en sus alas
te dé su sombra abrigo.

RUT. Ya yo la experimento,
pues ha hallado contigo
gracia mi buena suerte.
Juez amoroso y pio,
mi alma has consolado,
mi pecho enternecido,
pues liberal ensalzas
mis méritos indignos.
Aun ser esclava tuya
mi amor no ha merecido,
la tierra que has pisado,
el aire que respiro.

BOHOZ. (Ap.) ¿Hay humildad tan grande?
¿Hay más bello prodigio
en cuantos celebraron
imágenes y libros? (Gritan dentro.)

RUT. Ya vuelve á su tarea
el escuadrón sencillo
de nuestros segadores.
Si gustas, señor mio,
siguiendo sus trabajos
proseguiré mi oficio.

BOHOZ. Y igualarás tus gracias
á sus granos de trigo.
Ve, hermosa espigadera,
despoja el vellocino
que á la desnuda tierra
dió Céres por vestido,
saquea á mis gavillas
los fértiles racimos
que en órdenes dispuestas
componen granos limpios,
y en cada huella tuya
produzca el amor niño
contra el calor que abrasa
claveles y narcisos. (Vase Rut.)

ESCENA XI

DICHOS, menos RUT.

BOHOZ. Lisis, señora, espera;
escucha, Herbel amigo,
así tu mesa cerque
amor de alegres hijos,
que de esta espigadera
cuideis tan advertidos
que muestre su regalo
que sois zagales mios.
Cuando de Céres fértil
cortéis el fruto opimo
despedidad manojos
de industria perdedizos,
llenaida el delantal,
y servirá su lino
de mesa que al amor
ponga en manteles limpios.
Si la sed rigurosa
agravios del estío
formase, id á las fuentes
del bosque mas vecino,
brindalda, mis zagales,
con su raudal nativo,
que es Melec mi Rut bella,
y así bebera frio.
Si el rústico vinagre
y el fruto del olivo
con líquidos abrazos
diere al calor alivio,
cuando mojéis el pan
rogaida comedidos,
llamaida diligentes,
servida agradecidos
mirad que vive en ella
mi alma, y que consigo
me lleva el corazon
ganado por perdido. (Vase.)

GOMOR. Picado va nuestro amo.

LISIS. Hagamos lo que dijo,
que Rut, Gomor, merece
de sol ser bello signo.

HERBEL. ¡Pluguiera á Dios que en ella
tuviera Bohoz un hijo
de quien nacieran reyes!

GOMOR. Amor todo es principios.
Quilotreie una vez,
que siendo el mozo y rico,
y ella muchacha y bella
hecho va ya el partido. (Vanse.)

ESCENA XII

ELEI, NOHEMI y ASA.

ELEI. La hacienda que de Belen
llevaste á Moab pudiera
socorrerte. Ya te ven
pobre, Nohemi, y extranjera,
porque, si lo miras bien,
aunque esta tu tierra ha sido,
no hay patria más natural

como la hacienda. Has venido
viuda, sola y sin caudal;
fue avariento tu marido,
sus parientes desprecio,
que te desprecien, Noemí,
no te espantes.

NOEMÍ. Ya sé yo
que aunque á muchos socorro
siempre en la arena escribo
sus cartas de obligación.
Deja razones privadas,
con que mi pobreza corres,
y mis penas no corrijas,
que pues que no me socorres,
no será bien que me aflijas.
Mi sobrino sabrás ser,
pero ya lo negarás.

ELEC. Estoy pobre, ¿que he de hacer?

NOEMÍ. Poco me han dicho que estás.

ELEC. Sustento hijo y mujer,
no he de quitárselo á ellos
para gastarlo contigo.
Adiós. (Vase.)

NOEMÍ. Vete, Asa, con ellos.
¡Ah tiempo, que de amigo
son el toque tus cabellos!
Tus canas y desengaños
me enseñan á no fiar
en deudos, que ha vuelto extraños
el interés, que á mudar
basta la cara y los años.
Si yo próspera volviera,
¡que de deudos me cercaran!
¡que de parientes tuviera!
¡que de casas me hospedaran!
¡qué reverendas fuera!
Pero, en fin, sé el no tener
escasa, no ser, que venga
en su patria á empobrecer
no se espante que no tenga
deudos, pues no tiene ser. (Sale RUT.)
Sobre en Rut este argumento
ni tiene fuerza ni vaze;
pues deja el reino opulento
y á ganar hambre sale
con su sudor mi sustento.
¡Cielo! pagadselo vos,
pues yo no tengo con que.

ESCENA XIII

NOEMÍ y RUT

RUT. Ya, madre, gracias á Dios
y al noble Booz, hale
con que comamos las dos.
Tres celemines de trigo
traigo. ¿No he espigado bien?

NOEMÍ. Más veces tu amor bendigo.

RUT. Carne y pan traigo también,
querida madre, conmigo.
Asentáronme á su mesa
los piadosos segadores,
y entre su hambre y mi priesa
de los bocados mejores
para vos guardé una presa.
Venid, señora, á comer.

NOEMÍ. ¡Oh piadosos! premiad tal virtud;
cielos, tal nuera!
¿Y en qué hacienda, pues, mi Rut
quiso Booz ofrecer
tu trabajo y mi esperanza?
Dios le dé su dulce bendiga.

RUT. De Booz es la herranza.

NOEMÍ. Dese Dios por cada espiga
mies de que Arabia alcanza.

RUT. Ay, madre, ¿que he visto en él,
de mi amado Masalón
la imagen tan viva y fiel
que pedí tal sustitución
en el deudo más cercano?
¡Ay, madre, que voluntad
le debo, aunque se la pago!
¡con qué cariño y lealtad
cautivó mi libertad!
¡Ay, madre, que sus razones
están llenas de terneza,
de gusto sus bendiciones,
de autoridad su presencia,
de dulzura sus persuasiones!
¡Ay, madre, que la piedad obliga,
que enamora cuando ve;
que en su ausencia asegura,
y ¡ay, madre! en fin, que no sé
que tengo ni que me diga!

NOEMÍ. Bendígale Dios, amén,
pues que á los vivos socorre
y á los muertos hizo bien.
Jamás el cielo borre
su memoria de Belén.
El pariente más cercano
era, mi Rut, de tu esposo,
porque era su primo hermano.

RUT. En su talle generoso
le miro.

NOEMÍ. Por más anciano
hay otro deudo primero
que Booz, cuya obligación,
si tenerme á la ley quiero,
el nombre de Masalón
que en él pretende pagar espero
tiene de resucitar
en darte nuevo desposo.

RUT. No hará, madre, ese pesar
á mi amor piadoso.
Viva á Booz la honra de amar
por dueño, sirva á mi vida

NOEMÍ. El cielo tu dicha ordena.

RUT. Hoy á sus deudos convida
para una espléndida cena

NOEMÍ. Que sin duda es ya recogida
en julio cuando se empieza
en Agosto, que el sembrado
de las mieses, su riqueza
tiene, haga, el trabajador,
acarle de su largueza
llenan todos en las eras,
y luego sirven de camas
las parvas, aunque groseras.
Mas pues limpiamente te amas
y en favor de Dios esperas,
el mismo deseo de animar
para que esas tres diga
que esta noche han de añudar

lazos que el amor bendiga
y alivien nuestro pesar.
Ven, que ya el cielo procura
contra la fortuna atroz
despertar nuestra ventura,
pues solo es digno Bohoz
de tu virtud y hermosura. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

Salen todos los pastores. Luego Bohoz.

LISIS. ¡Brava cena!
ZEFARA. Cual su dueño.
HERBEL. Bohoz es rico y liberal.
GOMOR. No hay cena, Lisis, igual
como el vino para el sueño.
ASAEL. Poderosamente habemos
cenado.
GOMOR. Y mejor bebido.
Yo vengo medio dormido.
JABEL. Parvas mullidas tenemos
libres de pulgas y chinches.
GOMOR. No me cabe en la barriga
la cena, Lisis amiga.
LISIS. Tal embutes cuando hinches.
GOMOR. Buscar quiero do me acueste.
LISIS. ¡Cual debes de estar!
GOMOR. Ya ves
fayancas me hacen los pies.
BOHOZ. *(Saliendo.)* Amigos.
GOMOR. Nuevo amo es este.
BOHOZ. ¿No es hora de reposar?
GOMOR. Yo al menos á echarme voy.
BOHOZ. Huesped esta noche soy
de las eras.
HERBEL. Buen lugar
hay aquí sin que os ofenda
el cuidado y la ambición.
GOMOR. Sea en vos la ejecución,
y echaos sobre vuesa hacienda.
BOHOZ. Idos á dormir vosotros.
GOMOR. *(A Lisis.)* Rolliza y hermosa estáis.
¡Plega á Dios que no me hagáis
en sueño, Lisis, quillotros.
(Vanse los segadores.)

ESCENA XV

BOHOZ.

Niño amor, que por señal
de lo que los campos precias,
los de tu Chipre antepones
á las cortes opulentas.
Cuidadoso labrador
que esperanzas verdes siembras
y amorosos pechos labras
que después con llanto riegas;
tu, que las mieses sazonas
y arrancas después sospechas,
de pensamientos cizañas
con que tus frutos desmedran;
tu, que estando en posesión,
coges tu agosto y cosecha
en granos de hijos sabrosos,
siendo el tálamo tus eras
labrador soy como tu,
una hermosa espigadera
trilla pensamientos castos
que ofrecen memorias tiernas.
Sopla manso y favorable,
limpia las aristas secas
de estorbos siempre enfadosos
que con tu trigo se mezclan.
Coja yo lícitos frutos
de la tierra más honesta
que tu heredad fertiliza,
que las memorias celebran.
Si en una mujer gentil
he de tener descendencia
de quien proceda el Mesías
que Israel tanto ha que espera,
sea Rut, piadoso amor,
que si significa piedra,
en piedras hace señal
el arado de tus flechas.
¡Ay, sol del alma que alumbras!
¡Si en mi pecho amanecieras
y con tu vista alegraras
de mi pesar las tinieblas!
Sosegad, cuerpo, entretanto
que los pensamientos velan
en las faldas de la noche
dormid, ojos, hasta verla.
(Echase una parva de espigas, y sale Rut.)

ESCENA XVI

BOHOZ y RUT.

RUT. Los consejos de Nohemí,
madre en obras, aunque suegra,
sola y de noche me traen,
bien que enamorada honesta.
Durmiendo está aquí Bohoz;
costumbre dicen que es vieja
en las tribus de Israel,
cuando algún varón intenta
casarse, en vez de la mano
y el sí que al libre sujeta,
cubrir con su misma capa
de su esposa la cabeza.
Esta es ley del matrimonio
hebreo, en señal y muestra
que marido es el abrigo
de la mujer casta y cuerda.
Buen testigo, amor, sois vos,
que no lascivas quimeras
ofenden la honestidad
que limpia el alma conserva.
Persuasiones de Nohemí:
celestiales influencias
que en proféticos avisos
certifican sus promesas,
me traen, puesto que amorosa,
tan segura, que en ofensa
del honor que reverencio
le hace de mi vida ofrenda.
Temblando voy, Dios piadoso
de Israel, á quien confiesa
mi fe, libre del engaño
que idolatras almas ciega.
Sed vos conmigo animándome,
y en vuestras llamas eternas

abrasad mi casto amor,
pues que limpian y no queman.
A sus amorosos pies
reclinando la cabeza
cumplo, Nohemí, noble y sabia,
las leyes de tu obediencia.

(Échase á sus pies y despierta Boaoz *)*

BOHOZ. ¡Válgame el nombre inefable
del Señor! ¿Quién me despierta,
y lo que soñando goza
el alma desasosiega?
¿Quién está aquí?

RUT. *(De rodillas.)* Yo, Bohoz.
Soy Rut, una esclava vuestra,
que en vuestro amparo segura
su honra y vida os encomienda.
El pariente mas propincuo
sois en sangre y en nobleza
de mi esposo malogrado.
La ley de Moisés ordena
que resuciteis su nombre;
pues murió sin descendencia,
honrad su posteridad
y cubridme la cabeza.

(Con un cabo del gabán, le cubre la cabeza.)

BOHOZ. Mil veces bendita tú,
pues que la piedad primera
con la segunda aventajas,
ejemplo de la belleza.
Agradézcate mi amor
con el alma y con la lengua
la elección que de mí hiciste,
cuando pudieras hacella
de la juventud lozana
de Belen, de la riqueza
de Efratá, que tu hermosura
cuantos la habitan rindiera.
No niego de Masalón
el deudo y naturaleza,
pero hay otro mas propincuo
en quien esa ley se emplea.

(Levántanse.)

Propondréle tu virtud,
tan grande que la celebran
cuantos vecinos ampara
nuestra patria entre sus puertas.
Dile su obligación:
quiera el cielo y mi amor quiera
que asegure con un no
mi vida porque no muera.
Si me cede su derecho,
y el sí y la mano te niega
con todas las ceremonias
que dispone la ley nuestra,
pídame albricias Judá,
envidia Israel me tenga,
la fama mis dichas cante,
esculpa en bronces y en piedras
nuestro amor la eternidad,
porque el olvido no pueda
borrar con sus tristes sombras
nuestra historia alegre y tierna.
Ya el sol á su misma luz
saca á enjugar las madejas
que cada noche en el mar
lava cuando en él se acuesta.
Al interesado voy
á buscar de tu belleza.[1]
Vuélvete á casa segura;
di mi contento á tu suegra,
que hoy tienes de ser mi esposa,
porque á un mismo tiempo tengan
mis trojes y mi esperanza
de trigo y de amor cosechas.
Galas de bodas prevén,
mas no es bien que las prevengas,
que si ansí me enamoraste,
ansí esposa es bien te vean.
Sal drante á echar bendiciones
nuestras matronas hebreas,
porque sea espejo suyo
la mejor espigadera.

RUT. Si yo tuviera palabras
para agradecerte...

BOHOZ. Deja
de amor exageraciones,
que la lisonja usa de ellas,
y dime ¿que tanto me amas?

RUT. Como el sol á su luz bella,
que no hallo ejemplo mejor
con que imitar mi pureza.

BOHOZ. ¿Serás mi esposa?

RUT. Y tu esclava.

BOHOZ. ¿Querrásme sabia?

RUT. Y honesta.

BOHOZ. ¿Mudaráste?

RUT. Como un monte.

BOHOZ. ¿Ceñirásme?

RUT. Como yedra.

BOHOZ. ¿Tendrasme?

RUT. Como á señor.

BOHOZ. ¿Llamarásme?

RUT. Mi cabeza.

BOHOZ. ¿Recibirásme?

RUT. En el alma

BOHOZ. ¿Y guardarásme?

RUT. Obediencia.

BOHOZ. ¡Qué gloria!

RUT. ¡Que dulce vida!

BOHOZ. ¡Ay, mi sol!

RUT. ¡Ay, cara prenda!

BOHOZ. Adiós, dulce esposa.

RUT. Adiós

BOHOZ. Contigo voy.

RUT. Tu me llevas. *(Vanse.)*

ESCENA XVII

Sale GOMOR *corriendo tras* LISIS. *Luego mas pastores*

LISIS. ¿Estás loco?

GOMOR. Estoy borracho.

LISIS. ¿Qué me quieres?

GOMOR. Que me quieras.

LISIS. ¿Agora sales con eso?

GOMOR. Agora salgo con ello.
Pardios, Lisis de mi vida,
que soñaba...

LISIS. Siempre sueñas.

GOMOR. Que parias un muchacho,
con todas sus pertenencias;

---

1 Así en ambos textos, pero debe de faltar algo

pescudaba la comadre
cuyo es el niño, y tú mesma
entre los ayes del parto
con una voz de manteca
decías: ¡Ay! de Gomor,
su nombre quiero que tenga.
Gomor quiero que se llame,
Gomor le nombra su abuela,
y el rapaz que te imitaba,
la boquilla medio abierta,
en vez de decir, *gua, gua*,
decía, *go, go, denme teta*.
Esto se ha de ser verdad;
la mano y el alma venga,
que pues ya de mi pariste,
no casarte es desvergüenza.

LISIS. Anda, vete en horamala.

GOMOR. Para ti será mi hacienda,
para ti mi pegular
para ti mi buey y ovejas,
para ti el alma y la vida,
y para ti mi borrega
y estos brazos gomorriles. (*Abrazala.*)

LISIS. ¡Ay, Dios! aquí de la siega,
que hurtan ladrones el trigo.

GOMOR. No des boces.

LISIS. Que se llevan
las gallinas.

GOMOR. ¡Oh, bellaca!
bien sabes guardar las vuesas.

(*Salen los pastores con bieldos y horcas.*)

JABEL. ¡Mueran los ladrones todos!

GOMOR. Por mí, Jabel, mas que mueran.

HERBEL. Todo este bieldo le encajo.
¿Qué es del ladrón que os altera?

LISIS. No hay nadie, que me burlaba.

GOMOR. Mamaronla.

ZELARA. ¡Buena flema!

LISIS. Por despertaros lo hice.

ESCENA XVIII

DICHOS Y ASAEL

ASAEL. Segadores, buenas nuevas
Hoy no habéis de trabajar,
que es día de boda y fiesta.

GOMOR. ¿Cómo?

ASAEL. Nuestro amo se casa.

LISIS. ¿Con quién?

ASAEL. Con la espigadera.

GOMOR. ¡Miren si lo dije yo!

HERBEL. ¿Tan presto?

ASAEL. Amor todo es priesa.
Vestida de labradora,
porque luzca su belleza,
como el sol entre las nubes,
flores vierte y rosas siembra.
Toda Belén la acompaña,
y de casa de su suegra,
Bohoz la lleva a la suya,
para que a la noche sean
las bodas.

LISIS. Que buena pró
les haga.

GOMOR. Que los dos vean
tataranietos y choznos
que en cuatro mundos no quepan.

ASAEL. Todos han salido acá,
y con músicas y fiestas,
en competencia bailando,
los segadores se alegran.

LISIS. ¿Pues qué aguardamos nosotros?
Aquí traigo castañetas
como el puño.

GOMOR. Y yo pulgares
que las arrojan más tiesas.
Mas, pues nuestro amo se casa,
¿no haremos nosotros sendas
matrimoñaduras?

LISIS. Digo
que soy tuya.

GOMOR. Alto, pues, vengan
los dos puños.

LISIS. Uno basta.

GOMOR. No basta. Testigos sean
que me he casado a dos manos
cuantos están en las eras.

ESCENA XIX

Sale toda la compañía de labradores, y de las manos Bohoz y Rut, sale Noemí, cantan y bailan los pastores.

(*Cantan.*) Esta sí que se lleva la gala,
de las que espigaderas son
esta sí que se lleva la gala,
que las otras que espigan non.
Viertan todos trigo
sobre la cabeza
digna de coronas.

TODOS. De la espigadera.

UNO. Echen bendiciones
que del cielo vengan
y a montones caigan

TODOS. En la espigadera.

UNO. Alaben los cielos,
celebre la tierra,
coronen los campos

TODOS. A la espigadera

UNO. Que ella es la primera
gloria de amor

TODOS. Y esta sí que se lleva la gala,
que las otras esposas non

BOHOZ. De Rut y Bohoz nació
Obed, y por línea recta
de Obed, Jesé, que fue padre
de David, rey y profeta,
de quien, descendiendo Cristo,
hace la memoria eterna
de Rut, que esta historia llama
la Mejor Espigadera

(*Descubrese un árbol y en él la descendencia de David desde Jesé hasta Bohoz.*)

COMEDIA FAMOSA

LA ELECCIÓN POR LA VIRTUD

PERSONAS DELLA [1]

SIXTO.
PERETO, *viejo*
CAMILA
SABINA.
CESARO
DECIO, *criado.*
MARCO ANTONIO
POMPEYO
FABIO, *criado.*
CHAMOSO y *otros pastores.*
RODULFO, *caballero.*
ASCANIO.
MARCELO.
JULIO, *criado.*
GRENUDO.
ALEXANDRO
COLONA.
DOS FRAILES FRANCISCOS
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale SIXTO *de labrador pobremente vestido; saca á su padre muy viejo, vestido de labrador, con un gaban viejo, y sácale con los brazos, con báculo grosero. Llámase* PERETO, *el viejo*

SIXTO. Ya es, padre, hora de almorzar.
Aquí hace buen sol. Sabina,
saca un banco en que sentar
nuestro padre.

PERETO. ¡Peregrina
virtud! ¡piedad singular!
Hijo, aunque soy viejo y cansado,
no tanto que si arrimado
á un palo os pese provoco,
no pueda andar poco á poco.
Soy ya viejo, estoy pesado;
ya de mis carnes molestas
la carga grave contemplo.
Suelta, si ya no me aprestas
de la cigüeña el ejemplo,
que lleva á su padre á cuestas;
no te canse, por tu vida,
pues, la cosa más querida
de mi vejez..

SIXTO Quien os lleva,
padre, en el alma que aprueba
esta obligación debida
á quien el ser que me anima
me dió, que sois, padre, vos,
es razón que os lleve encima;
que el padre, después de Dios,
la cosa es de más estima
Y si el padre es el segundo
después de Dios en el mundo,
no es bien que os parezca nuevo
si en el hombro, padre, os llevo,
que en buena razón me fundo,
aunque os espanto y asombro,
pues, según naturaleza,
he de llevar cuando os nombro,
padre, á Dios en la cabeza,
y luego al padre en el hombro,
que es el segundo lugar

[1] Figuran además en la comedia los siguientes: EL PAPA SAN PIO V, ARQUETA, ENRIQUE, FABRIANO, JULIANO, RICARDO, EL EMBAJADOR DE ESPAÑA, FABRICIO, ROMA, ESTUDIANTES, PASTORES

donde se puede asentar
la piedad en que me fundo,
pues sois, en fin, el segundo
que he de obedecer y amar.

PERETO. Ya se que has de vencer,
hijo, en razones, mas eso
conmigo no ha de valer,
que no es para tanto peso
tu cuello, ni ha de traer
cosa que le canse.

SIXTO. ¿Cómo?
Eso por agravio tomo.
¿Causa al noble cuello pena
el oro que en la cadena
tiene por liviano el plomo?
¿Cansa el honroso blasón
con que el ilustre alemán
adorna con el tusón
el pecho, cuando le dan
las insignias de Jasón? [1]
¿No honra el francés decoro
con el San Miguel de oro?
¿Que con la cruz de San Juan
al español no le dan,
con la encomienda un tesoro?
Y quedando satisfechos,
ganan honras y provechos,
sin que el peso les oprima,
y llevan cruces encima
de los cuellos y los pechos.
Pues si en sus mayores fiestas
son sus insignias aquestas,
¿parecieran mejor ellos
con sus cruces á los cuellos
que yo con mi padre á cuestas?

PERETO. Como en mi casa pajiza
descubierta á la inclemencia
del cielo, cuando graniza,
su soberana influencia
el invierno fertiliza,
con que, entre el tosco sayal,
eres vela al natural,
que en la linterna encubierta
á su luz abre la puerta
por viriles de cristal,
mil cosas me pronosticas.
Quieran los cielos que cobres,
hijo, lo que significas,
y que estas montañas pobres
tu dicha las vuelva ricas.
Mas si harán, que ya han mirado
el amor que me has cobrado;
y honra siempre su clemencia
la paternal obediencia.

ESCENA II

Sacan CAMILA *y* SABINA, *de labradoras, una mesilla con manteles, jarro y vaso y pan y un torrezno, y un banco y una silla de costillas.*

SABINA. Ea, padre, ya está asado
un torrezno de pernil,
verdugo del hambre vil
para que la vuesa impida.

PERETO. ¡Ay, mi sobrina querida!
Mi vejez ve en ti su Abril.

CAMILA. Entre esas dos rebanadas
viene que alienta su olor.

SABINA. Comeldas, que están pringadas,
porque desde el asador
en las diversas jornadas
que al plato la lonja hacía,
que las cumpliesen decía
las lágrimas que lloraba,
y cada vez que llegaba,
y enjugárselas quería,
como en toalla de lino
descansaban sus enojos,
y lloraban, imagino,
los dos, dando el pan los ojos,
las lágrimas el tocino.

PERETO. ¡Que gracia! Camila amada,
parte.

SABINA. Come si os agrada,
aunque está salado á fe.

PERETO. Por muy salado que este,
hija, estás vos más salada.
Felix, siéntate aquí:
Ea, ¿no os sentáis las dos?

SIXTO. (*De rodillas.*) Padre, ya sabéis de mí,
que siempre que comeis vos,
gusto yo de estar ansí.

PERETO. Ahora quiero que me des
este gusto.

SIXTO. Si lo es
vuestro, alto, enhorabuena.
(*Siéntanse todos.*)

PERETO. Almorzad, que hasta la cena
no habéis de comer los tres.

CAMILA. ¿Que os dice, padre, la lonja?

PERETO. Que si mirara de espacio
la ambición y la lisonja
del adulador palacio
que al rico sirve de esponja,
el que es de tu gusto esclavo
estimara más que el pavo,
el francolín y el faisán,
pobre mesa y negro pan,
añejo jamón, y al cabo
dos cascos de una cebolla,
que en la labradora mesa
siempre que anda el hambre en tolla
son, en vez de la camuesa,
mondadientes de la olla.
Porque aquí, todos sentados,
no hay menos ni más honrados:
todos comemos al fin,
sin que nos este el ruin
contándonos los bocados,
como en el palacio están.

CAMILA. Echáis esta vez de vino,
que cuidados, pena os dan.

PERETO. Si, que sin él, el tocino
es cura sin sacristán.
¿Y iréis hoy al Termo? (*A Sixto.*)

SIXTO. Sucio
ir.

PERETO. Ya que es tarde recelo.

SABINA. Dad gracias, padre.

---

1 En el original «al sajón», lo cual no hace sentido. En la reimpresión de Ortega «al Jasón», que no resulta más claro.

PERETO. ¡Pues no!
Quien aquí nos sustentó
nos bendiga allá en el cielo.
TODOS. Amen. (*Alzan la mesa y levántanse.*)
PERETO. ¿Quién ha de ir contigo?
SIXTO. Siempre va Sabina. (*Entrase Sixto.*)
PERETO. Vaya,
que tú quedarás conmigo. (*A Camila.*)
SABINA. Sí, siempre ha de ser la maya,
Camila.
CAMILA. También lo digo;
mas yo sé que no te pesa,
en levantando la mesa,
de ir allá cada mañana,
porque con cuerpos de grana
y patena rabitiesa
te vean los escolares:
¿para qué muestras pesares?
SABINA. Hago bien, ¿qué quieres tú?
PERETO. ¿Y qué llevas?
SABINA. Alajú,
turrón de almendra, dos pares
de cantarillas de arrope,
transparente como el ascua,
donde el hombre el pan ensope;
castañas, fruta de Pascua,
que cuando el hambre las tope
de la gente escolaniega,
yo apostaré que se pega
a con prailas como moscas,
y aun miel, nueces y roscas
llevamos, y apenas llega
al mercado la borrica,
cuando como tordos vienen
escolares, a quien pica
el hambre, que se entretienen,
como alguna es gente rica,
en comprarme en un instante
cuanto les pongo delante,
y nos dan aquestos riscos.
Ello más de dos peliscos
me pasó, aunque un estudiante
harto garrido me aguarda,
que, mientras vende la leña
mi hermano, que a veces tarda,
me defiende y aun me enseña
voluntad.
PERETO. De ellos te guarda;
que es mala gente.
SABINA. ¡Si soy
muy boba yo cuando voy!
Si llega al brazo desnudo,
con el palo le saludo
y le digo: «¿Baste de ir hoy?»
Tien ne miedo.
SIXTO. (*Sale.*) Aparejadas
están las jumentas, ea,
vamos.
CAMILA. ¿Están ya cargadas?
SIXTO. Sí, hermana.
CAMILA. Cosa que sea
que las calzas coloradas
se os olviden, como ayer,
y no las traigais.
SIXTO. Por ver
la gracia con que te enojas
no las traje.
CAMILA. Excusas frojas
son esas, no han de valer.
SIXTO. Ea, las alforjas pon.
Echadme la bendición
como soleis, padre mío.
PERETO. ¡Ay, hijo de cielo frío
que ha de darte el galardón
que tu obediencia merece.
La bendición que a Esau
Jacob hurtó, y pides tú,
mi amor, Félix, te la ofrece.
Ruego al cielo que, pues él
mudó el nombre en Israel,
lo mudes tú, aunque es locura,
en papa. (*Bendícele y levántanse.*)
SABINA. Barbero o cura
tomara yo que fuera él.
SIXTO. Ea, vamos.
CAMILA. (*Ap. a Sixto.*) ¡Buena choza
tiene el viejo, cuando escapa
del torrezno o de la olla!
SIXTO. Pues que ¿no puedo ser papa?
SABINA. ¿Quién, tú?
SIXTO. Yo.
SABINA. ¡Papateolla!
SIXTO. (*A su padre.*) Al sol os dejo. La mano
me dad, y adiós. (*Beba la mano.*)
PERETO. Él te guarde.
Mira que vuelvas temprano.
SIXTO. No hay volver hasta la tarde.
CAMILA. Las calzas de grana, hermano. (*Vanse.*)
PERETO. Hija, mi bien pronostico,
pues que de Félix espero
las venturas que publico.
CAMILA. Disputa con el barbero
es dimuño. Cuando chico
llevaba el calendario
al Jura, y el incensario,
y el mismo le dijo un día
que si estudiaba sería
sacristán é boticario.

ESCENA III

PERETO, CAMILA y CHAMOSO, *pastor*

CHAMOSO. Pereto, Dios os mantenga.
PERETO. ¡Oh, Chamoso! ¿por acá?
CHAMOSO. ¿Do está Félix? porque venga
conmigo, quizá será
rey, que no hay quien convenga
los zagales de Montalto.
PERETO. ¿Cómo?
CHAMOSO. Todos pican alto
quitando y poniendo leyes.
Como es la Pascua de Reyes,
cada cual, de seso falto,
quiere esta Navidad ser
rey.
PERETO. Ya sé la costumbre
que aquí se suele tener
cada año.
CHAMOSO. Esta pesadumbre
no la puede deshacer,
sino vuestro hijo, Pereto,
que es muy meolludo y discreto.

PERETO. A Fermo á venderme va
leña, mas Vamos, que allá
apaciguallos prometo.
CAMILA. ¿Do vais, padre? Dejaos de eso.
PERETO. Camila, mi amor travieso
hace moza mi vejez,
y si veo rey esta vez
á Felix, saldré de seso. (Vanse.)

ESCENA IV

Sale CÉSARO de estudiante, y DECIO, su criado, de galán.

DECIO. ¿Solo un mes de ausencia puede
hacerte que á Laura olvides?
CÉSARO. ¿Al viento firmeza pides?
DECIO. ¿Viento, amor?
CÉSARO. Sí, y aun le excede.
DECIO. Diversas difiniciones
he visto suyas, señor.
Unos le llaman furor,
y á sus efectos, pasiones,
otros dicen que es locura
o accidente que maltrata,
otros calidad innata
que al hombre inclinar procura
que ame de cierta edad
á quien tiene inclinación;
quien tal llama imperfección,
quien locura y liviandad.
El médico dice que es
cierto humor o destemplanza
de la sangre; semejanza,
el filósofo; interés,
la dama, y el desvarío
del astrólogo adivina
que es fuerza de astros que inclina
á amar al libre albedrío.
Luego le llamaron ciento,
pues que abrasa al que enamora,
y agua le llama el que ignora:
mas nadie le llama viento.
CÉSARO. Pues nadie, Decio, le da
el nombre que le conviene.
Quien amor tiene, no tiene
sino viento.
DECIO. Bien está.
CÉSARO. Y así aguarda quien ama
y al yugo de amor suspira.
¿no es porque primero mira
la belleza de su dama?
DECIO. Es verdad. De lo exterior
comienza amor su conquista:
¿qué infieres?
CÉSARO. Verás tu error.
En fin, que cualquier amor
tiene principio en la vista,
y el objeto que se ve
es lo amado.
DECIO. Ve al efeto.
CÉSARO. Sí haré. Si la dama es el objeto,
para que en la vista esté
de quien la ha de amar, no envía
sujeto suficiente copia,
sujeto sí, que ella propia [1]
mal en los ojos cabría.
Fuera de que es circunstancia,
como muestra la experiencia,
que entre el objeto y potencia
haya debida distancia.
DECIO. Vengamos al fundamento.
CÉSARO. Las especies que á los ojos
representan los despojos
de la dama ¿no son viento?
Sí, que para verte á ti,
desde el lugar donde estás,
especies al viento das
las cuales llegan á mí
y me enseñan tu retrato.
DECIO. Todo [lo] concedo.
CÉSARO. Pues,
claro está que lo que ves
es el viento, mentecato.
Luego si ama el pensamiento
la hermosura que mire,
y esta solo viento fué,
el amor no es mas que viento.
DECIO. Bien tu opinión has probado.
Conforme á aqueso, señor,
nadie tendrá mas amor
que un cuero cuando está hinchado,
porque es todo viento.
CÉSARO. Quiero
dejarte para importuno.
DECIO. Ahora sé que es todo uno
viento, amor, amante y cuero.
¡Pobre de Laura, que en vano
llora, Césaro, por ti!
CÉSARO. Decio, desde que salí
de nuestra patria, Fabriano,
y vine á Fermo á estudiar,
de Laura olvidé el amor.
¿Debole más que el favor
que una dama suele dar
á quien comienza á servilla:
una ventana, un semblante
risueño, una mano, un guante,
y cuando mucho, una silla
en su casa?
DECIO. ¡Aqueso es bueno!
¿Pues amor que había llegado,
señor, á verse enseñado
sabe tan poco de freno?
Es imposible.
CÉSARO. Yo sé
que el príncipe de Fabriano,
mi padre, y Julio, mi hermano,
tienen de holgarse en que esté
tan libre que á Laura olvide,
porque lo llevaban mal.
DECIO. Laura es mujer principal.
CÉSARO. Mas prendas mi sangre pide,
que, aunque soy hijo menor,
en Italia ni en Sicilia
no hay más ilustre familia
que la Ursina.

1 Estos dos versos, defectuosos, están así en la edición de Ortega:
sujeto bastante copia,
sujeto sí, que ella propia

DECIO. Es la mejor;
mas no mirabas en eso
habrá un mes cuando adorabas
á Laura y palabra dabas
de ser su esposo.
CÉSARO. El exceso
de amor disparates fragua
como esos. ¿Que no dirá
Decio, el que hidrópico está
por echarse un golpe de agua?
De Laura no hay calentura,
y ya la sed acabó.
DECIO. La causa bien la sé yo.
CÉSARO. Dirás alguna locura.
DECIO. Dice que la vi ramera
que cada día al mercado
viene, este clavo ha sacado.
CÉSARO. Necio, disparates dices.
DECIO. Negámelo, por tu vida,
que estoy yo ciego, señor
Yo sé que en tu pecho, amor,
juega á «saca la parda,» y
ya que á Laura ha rempujado.
CÉSARO. ¿Por qué?
DECIO. Porque te desvelas
mucho, y más que las escuelas
cursas la plaza y mercado
de Fermo. Si las más veces
vienes, y en verdad la aquí
son más criados que á mí,
con ser quien eres, tú crees
hablar con ella, de modo
que das nota á quien te ve.
Y si quieres que te dé
razon que lo diga todo,
¿por qué me mandas comprar
cuanto aquí trae á vender?
¿para qué puedes querer
lino tú, pues no has de hilar?
¿No me hiciste el otro día
que me ensuciase la ropa
con una carga de estopa
que truje?
CÉSARO. Harás que me ría.
DECIO. ¿De qué sirven tus cautelas?
¿qué puedes ganar
haciéndome ahora ver comprar
una esportilla de peras
que traje? Dos asientos
tengo hechos de despojos,
semejantes de manojos
de cebollas, de pimientos,
de tomillo, de tomero,
de espliego...
CÉSARO. No digas más.
DECIO. ¿Tu espliego?, ¿y me negarás
que es amor! ¿Eres barbero?
CÉSARO. Decio, la mayor vergüenza
que Laura tendrá de mí,
es que una villana así
me obligue á hacer tal mudanza
Confiésote que la adoro,
DECIO. Fáciles muros contrastas.
CÉSARO. No pienses en conchas bastas,
ni en saya guarnecida de oro,
ni en sol que por la mañana
por nubes tienda el cabello,
sale más bizarro y bello
que la grasosa villana
entre el grosero vestido,
donde la naturaleza,
sin el arte, á su belleza
su poder todo ha rendido
Si vieres cómo se tiene
cuando habla, cómo el lenguaje
corresponde con el traje,
si el donaire con que viene
á vender verás después,
yo sé que no digas más
y su aldea venta aras
á la corte y el palacio.
Ocho días ha que salgo
á verla, y después de vella
quedo más muerto por ella.
DECIO. Pues di, ¿hasla dado algo?
CÉSARO. Sí, mas dice cuantos días
su aspereza
DECIO. Todas son
gatos en cantaramuhon.
¡Do al diablo gatos tan feos!
CÉSARO. No tanto que no me avisa
tal vez con los ojos buenos
que espere mi amor en ellos
lo que me ofrece su risa.
Y aunque se con lengua grosera,
respóndeme de cuando en cuando,
risueño, cortés, blando,
y en el mercado me espera,
porque mis deseos entiende.
DECIO. Mas porque ve el interés
que saca de ti después,
que á precio de oro te vende
sus rústicas mercancías.
CÉSARO. Antes juzgas como necio,
porque sabe el justo precio
toma, sin que más porfías
la hayan podido obligar
á que un ardite rebaja.
DECIO. Una condición esquiva
así suele comenzar
Ella se aflojará cuando
al interés no resista,
que no hay menor tomista
que la que empieza en *Durando*.
Pero ¿aguardasla hoy?
CÉSARO. Ahora
vamos, que ya habrá venido.
DECIO. ¡Pobre Laura! ¡que ha podido
una grosera pastora
que la tenga posesión,
que en sayal quieres que tome!
Mas ¿qué mucho? si hay quien come
vaca mejor que un capon. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen SABINA, *con alforjas*, y STEFO

SABINA.

Estas paredes son, hermano, el sitio
donde sueles vestirte. Los jumentos
dejo pacerdo en unas verdes malgas.
Cerca estamos de Fermo, ¿mas de mudarte
de escolar, como sueles?

SIXTO.

¿Pues no, hermana?

SABINA.

Saco, pues, el manteo y la sotana.

SIXTO.

El cielo mis intentos favorece
Cuatro años ha que estudio, y que tu vendes
las rústicas alhajas que te compran,
mientras estudio yo. La causa de esto,
aunque no te la he dicho hasta este punto,
es ésta, que á tu amor será mal hecho
no revelarte cuanto esconde el pecho

(Saca de las alforjas todo el vestido de estudiante y un vademecum y vase vistiendo.)

Un día que, como otros, en la plaza
de esta universidad vendía contigo
los miserables frutos que la sierra
á quien cultiva su aspereza ofrece,
se llegó un estudiante, que con otros
entre una carga de cabritos tiernos
estaban escogiendo los más gordos;
y reparando, con notables veras,
en las facciones de mi rostro un rato,
y advirtiéndome ser el que regía
la cátedra sutil de Matemática,
me pidió que le diese larga cuenta
de mi edad, patria y nombre,
en que mes y en que día salí al mundo,
porque miraba en mi fisonomía
pronósticos notables de ventura,
correspondiendo con su pensamiento
la dicha de mi humilde nacimiento.
Reíme, imaginando que eran tretas
de estudiantes fisgones, y dejele,
pero de suerte á persuadirme vino
á que hablaba de veras, que obligado
á escucharle por ver en su persona
partes dignas de darle honrado crédito,
lo mejor que yo supe satisfice
á sus preguntas, advirtiendo que era
de humildes padres, y mi pobre patria
las grutas toscas de Castel Montalto,
que un miércoles nací, que era á catorce
de Diciembre, según solía mi madre,
(que Dios haya) decirme, y ser el año
en que al mundo salí mil y quinientos
y veinte y uno, Félix solamente
en el nombre de pila, y infelice
en todo lo demás, pues no hay ventura
adonde siempre la pobreza dura.
Quedó suspenso, y arqueando
después las cejas, dando un grande grito.
«Félix, dijo, las obras corresponden
con el nombre, de modo que tu dicha
tres coronas ofrece á tu cabeza,
si tomas una, con que serán cuatro.
En una religión, estudia y deja
el rústico ejercicio, que las letras
prometen ensalzar tu nombre y fama.
En estrella naciste venturosa:
ten cuenta con el miércoles, que es día
en que has de ser dichoso, sin que tengas
felicidad que en él no te suceda.
Tu ingenio fertiliza el cielo pío,
sigue las letras y el consejo mío.»
Fuese: ¡que de suspenso volví á casa!
y, cavando en aqueste pensamiento,
dispuseme, á pesar de la pobreza,
estribo vil de inclinaciones nobles,
á seguir del astrólogo el consejo.
Volví á buscalle, y hallé que era ya muerto;
pero no desmayé por eso un punto,
antes vendiendo mis humildes ropas
á los serranos de mi pobre sierra
y llegando también algún dinero
de lo que iba vendiendo cada día,
compré secretamente á un estudiante
este vestido, y de tu amor fiado,
ha ya cuatro años, con ayuda tuya,
cual ves que en estudiante me transformo.
Bien es verdad que en nuestro pueblo el cura
á leer y escribir me enseñó un tiempo
y un poco de gramática, y con ella
aprovecho de modo en los estudios
que todos me celebran y respetan;
mas no porque ninguno hasta este punto
sepa quién soy, adonde vivo; adonde
me escondo, cuando salgo de sus cursos:
porque como me esperas aquí, y luego
me vuelvo á mis groseras antiparas,
de modo los deslumbro y causo espanto
que hay quien piensa que es todo por encanto.
Este, Sabina mía, es el suceso
de mi historia.

SABINA.

Y á fe que es agradable.

(Mete el vestido de labrador en las alforjas.)

SIXTO.

Yo espero en Dios que presto he de pagarte
lo mucho que te debo.

SABINA.

Estudia, hermano;
que no será pequeña tu ventura
si fueres sacristán del pueblo ó cura.

SIXTO.

Dame esos brazos, mi Sabina cara.

SABINA.

¡Qué bien te está el vestido! Sei mereces
calondrigo, y pardiez que lo pareces

SIXTO.

Ves á vender la leña.

SABINA.

No repares
en eso. Adiós, que vienen escolares *(Vase.)*

ESCENA VI

SIXTO

Si Cleantes de noche agua sacaba
para vender, por estudiar de día,
y en la atahona donde el pan molía
nombre á sus letras y virtudes daba,
si Plauto, por ser sabio mendigaba,
y á un pastelero mísero servía,
si Euménides en güesos escribía
á falta de papel que no alcanzaba;

si ha habido quien en el Imperio altivo
por el cetro trocando el agujada
á célebres historias dió motivo,
si á Pedro pescador Roma agradaba,
no será mucho, aunque pobre y vivo,
por letras venga á ser...

VOZ. *(Dentro.)*
(O papa, ó nada.)

SIXTO
Precedióme á la razón
una voz cuyo sentido
me ha dejado suspendido;
y si pronósticos son
señal de algun bien futuro
muchas veces para un hombre,
y siendo Félix mi nombre,
serlo en las obras procuro,
ya he visto pronosticada
mi felicidad aquí:
el cielo dijo por mí
que he de ser ó papa ó nada.

ESCENA VII

Salen MARCO ANTONIO *y* POMPEYO, *de camino*

M. ANT. *(Desde dentro.)* O papa ó nada pretenda
ser el cardenal Colona,
pues tan digna es su persona
de la [illegible].
POMPEYO. No entienda
Roma que de su elección
poca gloria ha de tener,
mas temo que le ha de hacer
notable contradicción,
entre otros, el cardenal
Carrafa.
M. ANT. El senado grave
del conclave, primo, sabe
que no hay sujeto papal
más digno de la eleccion
que mi tio.
POMPEYO. Quiera el cielo
asegurarme el recelo
con que estoy.
SIXTO. *(Aparte.)* Estos dos son
Colonas. La Vicaría
de Cristo debe estar vaca
M. ANT. Si el cónclave no le saca
ahora en vano porfía
mi tio.
SIXTO. Informarme quiero
de lo que es.

ESCENA VIII

DICHOS, *y sale* FABIO, *criado de* POMPEYO

FABIO. Ya están aquí
los pastores.
POMPEYO. Primo, vean. *(Vanse los dos.)*
SIXTO. ¿Qué es esto?
FABIO. Paulo Tercero
es muerto.
SIXTO. ¡Válgame Dios!
FABIO. Es el cardenal Colona
pretendiente.
SIXTO. Su persona
lo merece.
FABIO. Son los dos
sobrinos y a Roma van
para ver de este suceso
el fin.
SIXTO. Las manos os beso. *(Vase Fab.)*

ESCENA IX

SIXTO.

Nuevos alientos me dan
mis deseos. A buen punto
mis palabras atajaron
cuando me pronosticaron
el bien que he de gozar junto.
El astrólogo me dijo
que si en religión entraba,
tres coronas me guardaba
mi dicha. El hábito elijo
en San Francisco, después
que de doctor graduado
pueda tomar otro estado,
que este mi deseo es.
La ciencia es mi enamorada,
por letras he de valer:
¡alto! á escuelas, que he de ser,
aunque pobre, papa ó nada. *(Vase.)*

ESCENA X

Sale SABINA *con un jumento cargado de leña y fruta, y un palo en la mano, y* CÉSARO, *estudiante gato*

SABINA. ¡Jo, parda!: verá el dimuño
cuán va ¡jo, burra ¡Qué aguda!
porque el hijo deja en casa
quiere volverse. ¡Jo, burra!
CÉSARO. Serrana bella, escuchadme,
hablad siquiera.
SABINA. So muda.
CÉSARO. ¿Muda ó mudable?
SABINA. Eso no.
CÉSARO. ¿Pues nunca os mudaréis?
SABINA. Nunca.
CÉSARO. ¿Luego nunca imagináis
quereros?
SABINA. Quiérale Judas.
CÉSARO. ¡Ay, quién os diera un abrazo
aquí!
SABINA ¡Arre, que se burla!
CÉSARO. Escuchad, serrana bella.
SABINA. Juegue limpio, que soy limpia [1],
y tenga quedas las manos
que se paguito de burlas.
(Dale con el palo.)
CÉSARO. Todo esto es amor
SABINA. Amor
quiere que se le sacuda.

1 Así en el original y en la reimpresión de Ortega, pero el asonante pide una palabra como «cruda», «dura» ú otra semejante

Luegos, que el amor y el polvo
duren quien pasos se curan.
CESARO. No se qué tenga en este ojo
¿quereis soplarme?
SABINA. Acuda
á los fuelles del herrero
CESARO. Soplad.
SABINA. ¡Arre, que se burla!
CESARO. ¡Que sa!
SABINA. ¡Oh! son muy salada
CESARO. Mi tormento os asegura,
porque me matais de sed.
SABINA. Habra comido aceitunas
CESARO. Oid.
SABINA. Señor escolar,
vaya con Dios, que son muchas
tardas burlas y cuchetas,
y en mi vida comí chuletas
Dexa el diabro y quiere
de mi leña y de mi fuego,
que anochece y vivo lejos,
y tengo la bolsa dura.
CESARO Siempre dais en pagaros,
porque teme mi ventura
que os va a sosegar y me dexais,
serrana de alma, á oscuras.
SABINA. ¿Pues soy yo cancer?
CESARO. Soys sol
que mis tinieblas alumbra.
SABINA. ¿No veis cuñas que tengo?
¿Por que quereis ser con ellas?
CESARO. Porque me asi como el fuego
en el...
SABINA. ¿Que se asa?
CESARO. Sin duda.
SABINA Pues aun no está bien asado
su merced.
CESARO. ¿Por que?
SABINA. Aun no suda.
CESARO. ¡Plugu era a Dios que sudara
y fuera señal segura
que de la fiebre de amor
desconfiaba salir!
SABINA. ¿Luego está en entendimiento?
CESARO. De mi amor las llamas puras
me abrasan, tened el pulso,
porque el tormento en cura.
SABINA. ¡Mas arre!
CESARO Acabad, traidor,
ea
SABINA. Dese el asno burra,
que mas sabe de albeitar
y sabe de calenturas.
CESARO Yo se que tienes de quererme.
SABINA. Poco sabes si no estudias
mas
CESARO. Llegad, dadme una mano:
¿quereis?
SABINA. ¡Arre, que se burla!
CESARO ¿Saben en vuestro lugar
lo que es amor?
SABINA. ¡Ya pesuda!
¿pues no lo han de saber?
Desde el porcariza de cuña: [1]

[1] Así en ambos textos, pero quizá escribió Tirso
Desde el porquerizo al cura

ellos deben de pensar
que no rompe sayas anas,
sayas, brocado y seda
nada escupe.
CESARO Pues escucha
¿que es amor?
SABINA. Debe de ser
enzo que pica y punza
el alma, o mango de sastre
cargado de sus agujas.
CESARO. ¿Has amado?
SABINA. Tanto, cuanto.
CESARO. ¿Gustas de amar?
SABINA. ¿Quién no gusta?
CESARO. ¿Quitate el sueño?
SABINA. No, duermo.
CESARO. ¿Pues causate pena?
SABINA. Alguna.
CÉSARO. ¿Ha mucho le quieres?
SABINA. No
CESARO. Pues dilo.
SABINA. Es desenvoltura.
CESARO. ¿No es tu igual?
SABINA. Es mucho más.
CESARO. ¿Sera tu esposo?
SABINA. Esto en duda
CESARO. ¿Amante?
SABINA. Dese el que si.
CESARO. Pues basta.
SABINA. No estoy segura.
CESARO. Dime quién es
SABINA. ¿Para que?
CESARO. Matarele
SABINA ¿Por qué injuria?
CESARO. Porque te ama
SABINA ¡Arre, que se burla!
CESARO. ¡Ay, de mi!
SABINA. ¿Sentelo?
CESARO Mucho.
SABINA. ¿Tanto me quiere?
CESARO. Es locura
SABINA. Pues jurelo.
CESARO. ¡Por tus ojos!
SABINA. ¿No mas?
CESARO Y por tu hermosura.
SABINA ¿Es muy noble?
CÉSARO. Soy Ursino.
SABINA. Y yo villana.
CESARO. ¿Amor no ajusta
desiguales muchas veces?
SABINA. Cuando su fama asegura
CESARO. Luego iguales los dos somos
SABINA No hay a mi en parte alguna
CESARO. ¿Pues que es aqueste?
SABINA Engaño.
CESARO. Mucho sabes
SABINA. Soy muchacha.
CESARO. ¿Es galán tu amante?
SABINA Lindo.
CESARO. ¿Muy alto?
SABINA. Como una grulla.
CESARO. ¿Gentilhombre?
SABINA. Como un Mayo.
CESARO ¿Muy discreto?
SABINA. Mas que un cura.
CESARO. ¿Que talle?
SABINA De aqueve talle

CÉSARO. ¿Qué cara?
SABINA. Como la suya.
CÉSARO. ¿Soy yo acaso?
SABINA. ¿Querrá el sello?
CÉSARO. ¡Pues no!
SABINA. ¡Arre, que se burla!
(Ap.) ¡Vaya el diablo el escolar!
Qué llorada estoy sin duda,
o es amor el que me come,
o son cosquillas o pulgas.
CÉSARO. ¿Que no me crees?
SABINA. No lo creo.
CÉSARO. ¿Pues que hare?
SABINA. Comer las truchas
de aquí, que diz que se pescan
señor, á manos enjutas.
¿Para que quiere sardinas
del aldea, que aunque hay muchas
son muy groseras y caras?
CÉSARO. Sobre gustos no hay disputa.
Dame esa mano.
SABINA. ¿A qué fin?
CÉSARO. Dire mi buena ventura
á la tuya.
SABINA. ¿Sois gitano?
CÉSARO. ¿Que no es amor?
SABINA. ¡Ah, hi de pucha
que bien sabeis quitotrar!
A fe que sois mala cuca.
(Dale la mano á Cesaro.)
CÉSARO. ¡Que blanca!
SABINA. Como carbon.
CÉSARO. Dime, pues, la patria tuya.
SABINA. Ya no os puedo negar nada.
Castel Montalto y sus grutas
es mi patria humilde y pobre;
y tan baja mi fortuna
que mi padre y tres hermanos
heredamos de la cuna
una casa sin tejado,
treinta ovejas y dos burras.
Pereto á mi padre llaman,
mi nombre es Sabina, y una
hermana que me dió el cielo,
más fresca que las lechugas,
se llama Canilla; Felix
es mi hermano, que procura
el regalo de mi padre,
con tal piedad y cordura,
que espero en Dios le ha de hacer
mil mercedes. Si es que gustas,
señor, de nuestra pobreza
y nuestras penas incultas,
esto solo soy y tuya,
que es lo mas que tener puedo,
si como noble procuras
que la joya de mi honor
no se rompa ni destruya,
que la guardo por ser solo
lo que debo á la fortuna.
CÉSARO. Sabina sabia, ya entiendo
tus palabras. La hermosura
de esos ojos vale mas
que cuanto mi sangre ilustra.
Fia de mí, que soy noble,
y que las palabras tuyas
por ser tan castas y honradas
el oro de mi te apuran.
Yo iré á tu lugar mañana
fingiendo que en la espesura
de sus montes ando á caza
ocasion de vernos busca,
verás cuanto puede amor.
Aquesta cadena es tuya
y aquestos brazos tras ella.
SABINA. Lo postrero no, que es mucha
licencia; esotro recibo
por su amor y por mi fruta.
CÉSARO. En fin, ¿me quieres?
SABINA. No sé.
CÉSARO. ¿Serás mia?
SABINA. Seré suya.
CÉSARO. ¿Cuándo?
SABINA. El tiempo lo dirá.
CÉSARO. ¿Quién lo puede hacer?
SABINA. El cura.
CÉSARO. Dame en señal una mano.
SABINA. Luego ¡Arre, que se burla!
(Vanse. Llega á abrazalla, y vase sin abrazalla.)

ESCENA XI

Salen dos ESTUDIANTES.

EST. 1.° Ya descubrí el estudiante
que á Fermo y comarca asombra.
EST. 2.° ¿De veras?
EST. 1.° Felix se nombra.
Cosa os diré que os espante
desde el cuello [1], y le seguí
por saber si por los vientos
con alas de encantamentos
volaba, y fuera de aquí,
tras una casa caida,
vi que una hermosa villana,
á quien dió nombre de hermana,
con su tardanza afligida,
á desnudarle acudió
la sotana y el manteo.
EST. 2.° ¿Que dices?
EST. 1.° Aun no lo creo.
EST. 2.° Y, ¿pues?
EST. 1.° De un costal saco
un traje rústico y vil,
y vestido en un instante
fue pastor nuestro estudiante.
EST. 2.° ¡Hay enredo mas sutil!
EST. 1.° Metió en el saco al momento
el escolástico traje,
y vuelto al tosco lenguaje,
cada cual en un aumento
subió, y la hermosa villana
dijo: «Felix, aguijemos,
que amanece, y aun tenemos
seis millas que andar.» Hermana,
respondió, yo sé que falto
á mi padre, que me espera;
no puedo más, yo quisiera
estar ya en Castel Montalto.
Mas caminemos, que presto

1 Así en los dos impresos. Tirso debió de escribir: Divisello y le seguí.

llegaremos», y picando
se fueron los dos, quedando
suspenso yo.

EST. 2.° Habéisme puesto
en admiración extraña.
¿Castel Menalto es su tierra?

EST. 1.° ¿Las perlas de aquesa sierra
ver el lugar de tanta montaña
tan bien cercar puede?

EST. 2.° Mañana ha de venir,
pues sabe, que he de decir
quién es, y sin que lo vede
su poco nombre y estima,
con todos medios de hacer
que a Hermosilla le haga poner
á la cátedra de prima.

EST. 1.° Eso sería lo mejor.

EST. 2.° No vergüenza semejante.

EST. 1.° En un pueblo los estudiante
el que en otro fue pastor. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen SIXTO, *de villano*, y SABINA.

SIXTO. Aún no ha, hermana, anochecido,
y estamos en casa ya.

SABINA. Bueno, ni anochecerá
en esta hora.

SIXTO. Hemos venido
todo el camino corriendo.

SABINA. (*Aparte.*) ¡Ay, escolar robador!
Si esto que tengo es amor[1]
de amantes me estoy muriendo.

SIXTO. (*Aparte.*) Mi imaginación honrada
me está consumiendo en mí
desde el instante que oí
la voz de ser papa o nada.
(*Voces de fiesta dentro.*)

SABINA. Feliz, ¿qué voces son estas?

SIXTO. Porque la Pascua va,
y alguna fiesta será.

SABINA. No está el alma para fiestas.

ESCENA XIII

Salen PASTORES *con música*, PERETO y CAMILA.

(*Cantan.*) «Viva Félix felice,
de los mozos rey,
que la Pascua de Reyes
va de flores es.»

UNO. Su reverencias serranos
le acaban de hacer.
Dios le haga de veras
lo que en juego es,
obispo o barbero,
papa o sacristán.
Den de la obediencia
con el parabién
los que haciendo fiestas
le vengan á ver.»

[1] En los originales:
Si esto que tengo es amor

TODOS. «Viva Félix felice,
de los mozos rey,
que la Pascua de Reyes
va de flores es.»

CAMILA. Hermana, dame esos brazos

PERETO. Enojado te esperaba
el amor que mi vejez
tiene con tu tardanza

SIXTO. (*Besándola.*) No he podido, padre, más
Dadme esa mano

CAMILA ¿Y mis calzas?

SIXTO Dentro las alforjas vienen
con una pretina y sarta.

CAMILA. ¿Vivan mi Juan y Sabina?
¿No ves
como los de la comarca
te han hecho rey esta tarde
para holgarse aquesta Pascua?

CHAMOSO. Padrazo, que no ha todo.

PAST. 2.° Seña' que á nadie se ha ido
el amor que todos muestran.

SIXTO. El que les tengo me pagan.

CHAMOSO. ¡Viva Félix, nuevo rey!

TODOS. ¡Félix viva!

PAST. 2.° ¡Hola! Sacá
una silla de cortezas.
(*Sacanla y siéntanle.*)
Dejesmo por una vara
de alcalde de mi tosca aldea.

SIXTO. Vayan por colación.

PERETO. Vayan.
Traigan tostones y pesos
pan, turrón, vino y castañas.

PAST. 2.° ¿Adónde está la corona?

CHAMOSO. Quédese, padrazo, en casa.

PAST. 2.° Ve por ella.

CHAMOSO. Vivo lejos.

PAST. 2.° ¿Pues qué hemos de hacer?

CHAMOSO. Aguarda,
entraré dentro en la iglesia,
y una corona dorada
quitaré que puesta tiene
San Luis, el rey de Francia

PAST. 1.° No te vengan lamparones
de los santos desa casta.

CHAMOSO. No desacato, antes acato
que á Su Merced le haga
(*Vuelve a su Aldeana.*)

CAMILA. ¿De qué estás tan enojosa?

SABINA. Tengo, no sé, turbada el alma.

CAMILA. ¿Quillotrada cómo?

SABINA ¡Ay, Dios!

(*Sale* CHAMOSO *con una tiara de tres coronas y pónesele en la cabeza.*)

CHAMOSO Ve se aquí va coronado.

PAST. 1.° ¡Ve', la corona de Papa,
que tiene puesta San Gregorio,
le quitó!

PERETO ¿Que has hecho?

PAST. 2.° Estaba
un poco oscura la iglesia,
y pensando que quitaba
la de rey, quitéle esta,
pero mañana se le traga.

SIXTO. ¿Qué es esto, padre? Estos celos
tantos pensamientos? Bastan
los que he visto que me inquietan
los pensamientos y el alma.

Bien viene aquí este presagio
ya con las propias palabras
del astrólogo y la voz
que tantas veces oí me cansan.
¿Qué agravio hay que no merezco
el primero que me manda
el cielo para este fin?
Francisco, vuestra Orden sacra
me ha de recibir por hijo.
A hacerlo me dio materia
donde los claustrales moren
una noble religiosa casa;
el hábito he de tomar,
que ya esconde la esperanza,
y he de ser fraile mañana,
pues hoy estos dos me amparan.

PERETO. Bien le dice a cuenta nuestra.
CAMILA. Cuando sólo con la cara
basta para papa.

CHAMOSO. Buena
PERETO. A sello ¿que nos la lleva?
PAST. 1.º Que de mozos le hizo Dios.
CHAMOSO. La verdad y la experiencia.
CAMILA. Hace cuenta nos espera.
CHAMOSO. No le quites la tiara,
sea rey y pontífice.
SIXTO. ¡Qué inquieta tengo el alma!
CHAMOSO. Vengan en brazos.
PAST. 1.º Bien has dicho.
TODOS ¡Viva Félix!
CHAMOSO. (*A sus pastores.*) Silvio, canta
SIXTO. Pon freno a tus de burlas,
pues Pedro de vuestra barca
he de regir el timón,
porque he de ser papa ó nada.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Música y acompañamiento de Universidad. Detrás de todos Sixto, de fraile franciscano, con barba crecida en la cabeza, con barba blanca, y a su lado Roberto, caballero muy galán.

RODULFO. Gozes el honroso estado,
padre, que tener nos debe,
pues el grado que os ha dado
da nuestras que le merece.
Vuestro mérito en sumo grado.
Goce vuestra religión
la dicha que con razón
vuestra sombra promete,
Francisco, pues que en vos
por vos su congregación.
Goce vuestra humildad
hermano que en vos ha de haber
de humildad un mar de amor,
cuando esta Universidad,
pues se precia de tener
todas las ciencias, merezca
mi fineza vuestra estima,
pues no hay facultad alguna
que no os guarde con ella
Y así, en esta universidad
vuestro nombre será segundo,
pues os da el de la francesa
blanca, por ser vos el blanco
de las ciencias en el mundo.
Padre, el cardenal, mi tío,
vuestra humildad conoce,
Pero en sabios obras pías;
y para que él con todos goce,
que dirá de vos contento,
si papa, para que pueda
aplicar vuestra entereza.

SIXTO. Si tan bien vos nombre queda
en tanta suerte segura,
¿qué será la nueva que la exceda?
Yo soy hijo de un villano,
pero ya bien sé ser grato
pues si tan bien me hallas,
valedme mis cuantías,
pues les doy mi mano.

RODULFO. Verás, padre, vuestra humildad,
que no es propósito de hacer
que en alto su santidad
vuestro humilde ser
y honre vuestra habilidad.
Aquí es vuestro convento
la universidad podrá
volverse.

SIXTO. (*Aparte.*) Buen fundamento
el cielo á mi dicha da:
no desmayéis, pensamiento
(*Vanse todos.*)

ESCENA II

Salen PERETO, SABINA *y* CAMILA, *y detienen á* SIXTO

PERETO.
Félix, hijo.

SABINA.
Con la prisa
que se va, hermano

SIXTO.
¿Qué es esto?
Mi padre y tu voz me avisa.

SABINA.
La caperuza le han puesto
del cura.

CAMILA.
¡Linda divisa!

SIXTO.
¿Que nuevo aliento, amado padre mío,
os trae? ¿Enfermo, os sacó de la cama
apenas á la vista el cuerpo frío
podades mover?

PERETO
Hijo, que en alma
renueza su vejez y cobre brío
que amor con ser tan viejo no se llama
sino niño, que al viejo vuelve mozo,
si viejo soy, con verte he de ser mozo.
Dijéronme en Monteralto que este día

te honraba esta ciudad con un bonete
y una borla que blanca te ponia
tu Orden porque Italia te respete;
y como la honra tuya es honra mía,
el gozo me animó que me promete
tu vida deseada: al fin á Fermo
me he atrevido á venir viejo y enfermo.
Hoy es miércoles, hijo, y hoy has sido
con esa nueva dignidad honrado;
en este dia sólo hemos tenido
las venturas que el cielo nos ha dado:
en miércoles te vió Italia nacido,
en miércoles te vimos bautizado,
en miércoles ese hábito tomaste,
y hoy que es miercoles, Félix, te graduaste.
En miércoles, en fin, mi fraile, espero
que has de honrar nuestro rústico linaje.

SIXTO.

Si la fortuna, padre, como os quiero
me ayuda, aunque la envidia más me ultraje,
Italia os la tendrá.

SABINA.

Yo os considero
muy grave fraile; como en ese traje
estáis, ya no hacéis caso de Sabina.
A fe que estoy enojada.

CAMILA.

Y yo mohina.

SIXTO.

¡Ay, compañera en mis estudios! Sabe
el cielo que eres de mis gustos vida.

CAMILA.

Ya no hacéis caso de nadie: estáis muy grave.

SIXTO.

Jamás lo que te quiero se me olvida,
Camila amada. Porque no hay quien lave
la ropa en el convento, ya sabida
vuestra pobreza, si gustáis quisiera
que fuéredes desde hoy su lavandera.
Seis reales os darán cada semana
y de comer, que así lo ha prometido
el padre guardián. Venid mañana
por la ropa.

CAMILA.

En buen hora.

SIXTO.

Y lo que os pido
es que, ayudándoos mi querida hermana,
regaléis nuestro padre.

PERETO.

Siempre he sido
en esto venturoso.

SIXTO.

Y dad contento
con vuestro buen servicio á este convento;
haced la ropa limpia y olorosa

CAMILA.

Más blanca ha de venir que la cuajada,
y de las hojas del poleo, la rosa
y trébol llena.

SIXTO.

Sed muy aseada.

SABINA.

No hay labradora sucia ni asquerosa;
y más Camila, que es leche cuajada.

CAMILA.

Ya es hora que nos vamos, que anochece.

PERETO.

¡Qué corta aquesta tarde me parece!

SIXTO.

Padre, adiós.

PERETO.

El te vuelva brevemente
á mis ojos.

SIXTO.

Sí hará. Dadme esa mano.
(De rodillas.)

PERETO.

Eres de misa; ya no lo consiente
tu dignidad.

SIXTO.

Si el trono soberano
de Roma coronara aquesta frente
con la tiara del pastor romano,
me levantara de su sacra silla
y os la besara hincada la rodilla.
Adios, Camila; adiós, Sabina amada;
id con Dios. *(Abrazalos.)*

SABINA.

Aun no habemos vendido
nuestra leña.

SIXTO.

Iréis de camarada,
padre, con los serranos que han venido
al mercado

CAMILA.

No hayáis temor de nada.
que hartos irán con ei.

SIXTO.

Padre querido,
mirad que no caigáis.

SABINA.

Que no hará, hermano.

SIXTO

¿Anda bien el jumento?

SABINA

Bien y llano. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen ROBERTO y *el maestro* MONTALTO, *fraile francisco*

ROBERTO. El cardenal, mi señor,
como en su aumento se emplea,
ver á fray Felix desea
del papa predicador.

FR. ABOS. Vuestro tío el cardenal,
señor Rodolfo, se comunica
a una persona mas digna,
sabia, docta y principal
¿Para semejantes puestos
cómo os parece conviene
esto de tratar a un villano,
y decir tales disparates
como hoy en mi presencia?

RODULFO. Fray Felix, vos sois grave,
letrado y de mundo sabe
las trazas y condicion
de fray Felix

FR. ABOS. Las veras
que ver le vemos guardar
le deben, en verdad

RODULFO. A pesar de vuestras quejas,
padre, sois discreto, y creo
que aunque os pese habeis de pedir
perdon á nuestra locura,
aunque la pena de nuevo
corazon me causaba,
pues por él mas se aventaja.
Cuando vuelva el cardenal,
y entienda el caso que pasa
Mas, para que la prision
del cardenal, que no dar
hoy á la corte lugar
que de fiestas se ocupen
¿Qué os parece que hagamos
para que el papa perdon
FR. ABOS. Muchas cosas se le pueden
leer y decir que le den
no hay escusa, mas honesto
de ver premiar nuestras canas,
y en ellas dotrinas sanas,
y no en otro mozo.

RODULFO. Ya lo veo

FR. ABOS. Doce son los que contiene
este papel cada una
fama experimentada
para el fin que pretenden.
Ya Roma sabe cuantos
el maestro Tolentino.
El Predicador divino
tuvo por nombres despues
que con aplauso notable
leyó la cuaresma
Rosario, ya es sabiduría
que es un pueblo admirable.
Pues fray Marcos de Esposito
fraile de la Merced, mundo,
el Padre, el gran seguidor
al seguido Cayetano
Fortunato por el
este Valentin, el capuchino.
el celebrado Agustino
se nombre Calatayud,
y vos, pues sois el mayor,
no habeis mas que escoger la materia..

RODULFO. Basta. Ya sabeis que toca
Celar nuestras honras mias,
que pues la causa es mia,
para vengar como sabio
no quereis hacer a otro agravio
por tomar á uno

FR. ABOS. Es razon
esa nueva fiesta. Ya están
todos dentro.

(Salen unos criados de fiesta, y meten las sillas.)

RODULFO. El que supiere
primero, ese se prevenga
a hacer, y todos estén
en la sala,
nadie pare, me parece
que está bien prevenido
como fray Felix, mas ama
mucho las escuelas, lea
al papa, y vea para que
es aquesto, empiece

FR. ABOS. Creed que os serán
estas burlas de vos vistas
por todas que á nuestra
honra y vuestra fama.
La primera que he topado
saco.

RODULFO. Dadla, pues

FR. ABOS. ¡Válgame el cielo!
¿Qué es esto?

RODULFO.

FR. ABOS. Fray Felix Mayor no ha entrado
en sala, ni ha salido?

RODULFO. Decid verdad, padre,
por amor de Dios, que
agradecido he de ser mucho
como los demas.

FR. ABOS. ¿Qué es esto,
señor? ¿Que hasta un villano
se haga burla
de mi? Vuestro en vano.
Aunque es tan gran sabio,
no le dan las Letras a Roma
Rasgada, y volved a sacar
otra.

FR. ABOS. ¿Quereis callar,
digo, por vida de Roma
que á la primera
de papel sacado, presto
quemo, supuesto puesto
de que es un forzado

(Saca otra.)

Por Dios que no sera
de fray Felix esta

RODULFO. Aqui
fray Felix

FR. ABOS. ¿Que aun
me le nombran en la mesa!
No sabeis que debe el nombre
dentro de este vaso.

RODULFO. Vos
os escondisteis

FR. ABOS. ¿Que os
me atrevais con este hombre!

RODULFO. Pues de veras me parece
que se ha entrado,
no se ha visto,
y el deseo de ser sabio
que tiene, le ha hecho
Pedid, pedid que vengais aqui

FR. ABOS. ¿Que digais vos esto
este hombre!

RODULFO. ¿Gran cosa!

FR. ABOS. ¡Que por tan ruin

hombre, mas penas me inquieten'
RODULFO. Estos principios prometen
grande honra, dichoso fin.
Yo le amaré, que yo quiero
darle el cargo y parecer
FR. ABOS. (Aparte.) Yo amo pesame me den
Mas pues de envidia me muero,
y se celebra en Florencia
capítulo general,
iré yo del orden claustral
general, la competencia
me pagará, ¡voto á Cristo!
y que tengo de ser valle
á que acude de valle en valle
guardando cabras.
RODULFO. Recelo
que estais envidioso.
FR. ABOS. ¡Yo!
De mi pecho juzgás mal.
(Aparte.) Salga una vez general,
que yo la mejor halle
traza con que me vengar.
La opinion ha de perder
que tiene el villano, y ser
pastor.
RODULFO. Vamos.
FR. ABOS. ¡Oh, pesar! (Vanse.)

ESCENA IV

Salen SABINA y CAMILA

CAMILA. Adelante, hermana, pasa
con tu cuento y con tu amor,
mientras nos pagan la leña
que hemos vendido las dos,
que me parece consejas
las que cuentas; y si son
verdades, pardiez, Sabina,
que es tu dicha la mayor.
SABINA. En el escaparate dado
mas que cuando sale el sol
entre nubes á quien borda
su dorado resplandor.
Cada dia en el mercado
me aguardaba, como hoy
que amanezca que aguarda al vuelo
como al asunto cazador.
Compraba mis despojos
que mas la tierra no da,
ya el vino, ya las perdices,
ya la miel, ya el requesón.
Y si era de Navidad,
en viéndole el corazon
me latia debajo el pecho;
pues si era que en la basa son,
llevé dos cargas de leña
una vez, que con dos
cuatro mis leñas y mi fuego,
echaba chispas salia,
mas, que es esta, y mi sosa hermana,
que en la leña no escarmienta,
sino que cada dia, donde
se encomienda la envia bon.
Dejo el chascarrillo á
tantas cosas, que al sabor
de sus melosas palabras
la libertad me robó.
En fin, le dije mi nombre,
pueblo, tierra y afficion,
que amor, mudo en los principios,
da, á la postre, en hablador.
Prometió de ir á verme
en traje de cazador
otro dia á mi nueva tierra
¡Ay, Dios! ¡que bien lo cumplió!
Los pensiles son testigos,
sus robles testigos son
de sus palabras, mis yerros
el oro de mi amor dijo.
Dióme palabra de ser
mi esposo, aunque ardid ese amor
entre su seda mi estambre,
que siempre ha sido mudanza:
Quede, me llama, dueña,
pero no dueña de honor
mientras Cesario no cumpla
la palabra que me dió
Tres años ha que viniendo
á Florencia, como á señor,
le paga mi amor tributo;
suya ha tres años que soy:
esta casa de placer
quinta ó tercera es de amor
¿á donde no pone en quintas
este ciego cazador?
Pero lo que mas me aflige
es, mi Camila, que estoy
como quien de dos se apena,
porque aquí me ha sido dos,
revalóse me á mas veces
cubrí, y de mi error
descubrí el fruto que quise
gozar solamente en flor.
¿Que me aconsejas?
CAMILA. No sé,
parienta, que es lo mejor.
Tu vanidad me ha agradado,
tu amor me da compasion:
ello es hecho, no hay remedio,
es tiempo de sufrir
no sé si lo que has de hacer.
Pero que es pasion,
no lo sepa nuestro padre.
SABINA. Mi esposo viene.
CAMILA. ¡Ah, traidor
rapaz, descubre secreto!
¡Luego en que en se cree de vos'

ESCENA V

Dichos, y sale CÉSARO

CÉSARO. ¡Labradora de mis ojos'
SABINA. ¡Corazon de mi vida'
CÉSARO. Ya la prenda se me olvida
que perdí, que dirá enojos
Dame esos brazos
SABINA. Y en ellos
el alma.
CAMILA. ¡Vera del modo
que están!
CÉSARO. Mi bien es todo.

CAMILA. ¡Eso sí, apretáos los cuellos,
arrulláos, qué palominos
sois los dos!
CÉSARO. ¿Esta serrana
quién es?
SABINA. Camila, mi hermana.
Ya sabe mis desatinos,
abrázala.
CAMILA. ¿A quién? ¿a mí?
mas no, nada haceis á un lado.
CÉSARO. Abrazad ne por cuñado.
CAMILA. Por cuñado, aquesos.
¡Qué buena cara que tien!
No he visto ojos mas garridos.
Andaos á escoger maridos,
Sabina, que lo haceis bien.
CÉSARO. ¿Quereis vos uno?
CAMILA. ¿Qué manda?
Nació en las malvas mi gesto.
CÉSARO. Que os casareis: será presto
la boda.
CAMILA. Ya se me anda.
CÉSARO. Pues, Camila, yo me encargo
de casaros, y os prometo
marido rico y discreto.
Abrazadme.
CAMILA. Es cuento largo.
CÉSARO. Tomad aquesta sortija
y los brazos. *(Abrázala.)*
CAMILA. Lo que os pido
es aquello del marido.
¡Ao vera cuál me embracija!
SABINA. Sabed, Césaro, que esto
mala.
CÉSARO. ¡Cómo!
SABINA. El otro día...
díselo tú, hermana mía,
que tengo vergüenza yo.
CÉSARO. ¿Qué teneis, esposa amada?
CAMILA. ¿Qué diabros ha de tener?
Tentad y echareis de ver
que tien la tripa hinchada.
CÉSARO. ¿Eso me dices ansí
sin albricias?
CAMILA. Yo os las pido.
CÉSARO. ¿Qué albricias?
CAMILA. Las del marido.
CÉSARO. ¡Hay tal ventura!
SABINA. ¡Ay, de mí!
que, si mi padre lo sabe,
temo que me ha de matar.
CÉSARO. Dejad, mi bien, de llorar,
que en el peligro mas grave
socorre el cielo mejor.
Aquí, con gloria distinta,
ha de ser Chipre esta quinta.
y vos, Venus, que al amor
ha de parir. Al mercado
acostumbrás cada día
venir; cuando, esposa mía,
llegue el tiempo deseado,
aquí, serrana querida,
dareis el fruto que espero.
La mujer del jardinero,
que también es á parida,
cuidará de tu regalo.
Mi padre es viejo y enfermo,
y presto te ha de ver Fermo,
si á mi amor mi dicha igualo
en diversa vida y traje:
sed ahora labradora,
que así mi amor os adora.
Solo Castro y un paje
saben nuestro amor; mi bien,
no lloreis.
CAMILA. Alto de aquí.
CÉSARO. ¿Es hora, Camila?
CAMILA. Sí,
que es tarde. Sabina, ven,
que hueles á caballera,
y yo envidiosa un poquillo:
yo no guelo si á tomillo
y cantueso.
SABINA. No quisiera
partirme de aquí en mi vida;
pero ya es de noche. Adiós,
que acá me quedo con vos.
CAMILA. Espera hoy la despedida.
CÉSARO. Camila, el cielo os me guarde.
CAMILA. Ao, no pongais en olvido...
CÉSARO. ¿Qué?
CAMILA. Bueno, lo del marido.
CÉSARO. No hayáis miedo.
CAMILA. Ven que es tarde.
(Vanse las dos.)

ESCENA VI

CÉSARO, *sale el* PRÍNCIPE FABRIANO, POMPEYO *y* DECIO

PRÍNCIPE

Debe á su Santidad la casa Ursina
mil mercedes, y yo principalmente
por la afición que á mi favor le inclina.

CÉSARO.

Señor ¿qué es esto?

PRÍNCIPE.

Hoy, hijo, dale al cielo
mil gracias en albricias de que toma
á su cargo tu aumento mi consuelo.
Cardenal eres, Césaro, de Roma.

CÉSARO.

¿Yo?

PRÍNCIPE.

Sí; la beatitud de Pio Quinto,
santo en la dignidad como en las obras,
la púrpura te da con que en distinto
y en diferente estado te prefiere
á tu hermano mayor en honra y fama.
Cardenal te ha criado, y ya lo eres.

CÉSARO. *(Aparte.)*

¡Ay, de mí!

PRÍNCIPE.

La familia y casa Ursina
honra su Santidad con gran cuidado.

CÉSARO. *(Aparte.)*

¡Ay, mi serrana hermosa! ¡ay, mi Sabina!
¿qué estorbos de tu amor son los que escucho?
Mas ¿qué estorbos quien ama no atropella?

Quien quiere mucho, poco aprecia mucho.
Perdóneme la pregunta [illegible],
la dignidad [illegible] su aspecto,
que no sabía este yerro su grandeza.

PRÍNCIPE.

Parécome que te has entretenido
de lo que en casa pasa [illegible] agrados.
¿No me respondes? ¿Has de comer perdido?

CÉSARO.

No te espantes, señor, que me haya detenido
cuando en casa he tenido el mayor alboroto
de cargo sacro que gozar no puedo.

PRÍNCIPE.

¿Cómo que no puede? ¿Qué te inhabilita,
que no puedes gozarle?

CÉSARO.

Estoy casado.

PRÍNCIPE.

¿Casado? ¡Loco! Una paciencia arrita
á tanto enojo. ¡Ah, desdichado de ejo!

CÉSARO.

No aguarda amor licencia ni consejo.

PRÍNCIPE.

¿Quién es tu infame esposa?

CÉSARO.

No es infame
la esposa de tu hijo, ni ahora puedo
declararte quién es.

PRÍNCIPE.

¡Que no derrame
tu sangre vil! ¿Quién es? Dilo, responde,
esa mujer?

DIEGO.

Tan ignorante en eso
estoy, que no sé quién, cómo, ni adónde
no pido en tanto que me cuenta
de su amadores, otros pasatiempos,
en cosa tan grandes.

PRÍNCIPE.

¿Has terminado?
¿Parécete bien que vuelva á tu
[illegible] sabes que el papel de los criados
cuando en tanto amor las cosas toma?

CÉSARO.

Señor, estoy temeroso y presentes,
pido para mi [illegible] disculpa,
que en ocasiones [illegible] merecen otros

PRÍNCIPE.

¿Quién es esa mujer?

CÉSARO.

No he de decillo

PRÍNCIPE.

Pondré en el castillo de Milán, cautivo,
verás si no dirás el nombre.
De guarda estén con armas.

CÉSARO.

Aunque apliquen
prisiones, poco importa, que en mi ausencia
las armas, con amor, se consumirán.

PRÍNCIPE.

Llevarde

CÉSARO. (Aparte.)

Todo por Sabina es poco.

(Vanse á CÉSARO.)

ESCENA VII

El príncipe FABRIANO y DIEGO.

PRÍNCIPE.

No saldrás en tu vida tu verdugo
será en lugar de padre, infame loco.
Mientes, tú sabes esto.

DIEGO.

Ruego al cielo,
señor, si sé tal cosa.

PRÍNCIPE. (*Llama.*)

¡Hola! traedme
aquí un verdugo.

DIEGO.

De tu inocencia apelo.

PRÍNCIPE.

Sacad un potro aquí.

DIEGO.

Dámele otro,
no le saquen, señor, que aunque estudiante,
no quiero que me den cargado en potro.
La verdad cantaré, yo seré galán.

PRÍNCIPE.

Acaba, pues.

DIEGO.

Estése el potro dentro,
que no se acaba [illegible] acabo.
Cesario habrá [illegible] años que, perdido
por [illegible] de Monferrato,
[illegible] pretendía [illegible]
Era [illegible] lavandera
de [illegible] que [illegible] hacían,
y Cesario [illegible]
que, con [illegible] Roma,
en [illegible] pasó [illegible] sierra,
á [illegible] Príncipe [illegible]
Cada mes cada [illegible] cargada
de barajas, y cargada vuelve,
porque pierde, señor, que es [illegible]
[illegible] que [illegible] pierde,
esta, en fin, es Sabina y es Pareto.

PRÍNCIPE.

No [illegible] de quedar en [illegible] Monferrato
casa, [illegible] esta, [illegible]
[illegible] lugar [illegible] vengarse [illegible]
Y [illegible] pierda [illegible] esta venganza
¿De [illegible] Cesario [illegible]?
No agravará su vana esperanza.

[illegible]

ESCENA VIII

[illegible]

ASCANIO. [illegible] a Roma?

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible]

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible]

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible] del Papa.

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible] para ser [illegible]

ESCENA IX

[illegible]

SIXTO. [illegible] que sólo de su justicia [illegible] Mas ¡[illegible] Dios!, ¿quién son [illegible]?

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible] Padre, [illegible]

SIXTO. [illegible] que es madre [illegible]

ASCANIO. [illegible]

SIXTO. [illegible] Ascanio.

ASCANIO. [illegible] deseo [illegible] Perero.

MARCEL. [illegible]

ASCANIO. [illegible] asombra

MARCEL. [illegible] de letras.

ASCANIO. [illegible]

MARCEL. [illegible]

SIXTO. [illegible] del Papa, y llévalo mal, [illegible]

MARCEL. [illegible] España, donde la Observancia ha sido [illegible] vuestra Orden mal, [illegible]

SIXTO. [illegible] Dios.

ASCANIO. [illegible] de vuestra justicia.

vuestros abonare
SIXTO. De mí;
soy satisfecho, señor
no he menester protector,
mi inocencia habrá por mí.
ASCANIO. Ya yo sé que la tenéis
en toda Italia abonada.
(Sale Julio, criado.)
JULIO. La cena está aderezada.
MARCELO. Venid y descansaréis,
que luego con nosotros
ASCANIO. Vamos, veréis la tiara.
SIXTO. Virtud, tu valor me ampara,
por más que andes por extremos.
(Éntranse, quedase Julio, que saca una tiara.)

ESCENA X

JULIO

¡Oh, hetica insaciable
de la codicia de Midas!
otro gastan tus comidas,
tu sed nebli otro apetece.
De oro vestes tu avaricia,
de oro bueyes tu amistad
y otro ha puesto mi lealtad
en tus manos, ¡oh codicia!
La tiara que Venecia
ha entregado á mi señor
para el Romano Pastor,
hurto mi cobdicia necia.
Con sesenta mil ducados
que valías ¿qué cantidad
podrá con seguridad
librar de vivos cuidados?
Entre estas piedras que son
las más oscuras de aquí
esconderla, vivo me allano,
con vos que la el corazón.
Quiero volver donde pueda
no dar sospecha, y después
que en vano busquen ladrones
el ladrón que en vos se queda,
tornaré, que aunque es vileza,
esta no la puede haber
como el haber menester,
pues siempre es vil la pobreza.
(Escóndela entre unas piedras y vase.)

ESCENA XI

Sale SIXTO

Mientras duerme quien me ampara,
montañas, cava aspereza
tengo por mayor riqueza,
oh cielo, la que repara
del mundo la suerte avara:
porque entre el tosco sayal
nace la envidia mortal
y me valga esta ignorancia,
que hasta la misma virtud
quieren que sea principal.
¿Quién diferencia el como hace,
(decid, cuentas y sobres)
entre villanos y nobles,
¿entre tanto los sabios?
El grande uno y otro nace,
y traen las mismas señales,
cayados y cetros reales,
llevan también al salir,
que en el nacer y morir
unos y otros son iguales.
No abate al noble la pluma
por ser sus frutos mejores,
que las dotes que hay mayores
son sobre dotes del alma.
Con esta mi alma calma,
por faltarme los pequeños,
de que en sus arcas dueños
pelas, razón de esto es pido;
dadla, aunque esté durmiendo,
si puede hablar entre sueños.
(Duérmese sobre las piedras donde está escondida la tiara. Aparécese Roma en lo alto con corona de oro en la una mano, y en la otra una espada desnuda.)
ROMA. Hola, ¿qué descuido es esto?
Tiempo es de velar, despierta;
que el que ha de ser mi pastor
no es bien que descanse y duerma.
(Entre sueños.)
SIXTO. ¿Quién eres, doncella hermosa,
que tus palabras me inquietan
el alma?
ROMA. Roma, del mundo
y de la Iglesia cabeza.
SIXTO. ¿Pues qué me quieres?
ROMA. Amarte,
para que en los hombros tengas
la carga honrosa y pesada
de mi santa Iglesia a
El Santo Papa Pío Quinto,
en cuyo favor esperan
Austria y España en Lepanto
vencer las armas turquescas,
con un capelo te aguarda,
y desdeñas que las ovejas
de Cristo tu rebaño
sesenta y cinco y nueve
con su cabeza la Iglesia
Gregorio de fama eterna,
para consagrar tus sienes
mis aceros y mis manos te esperan
por un rústico con que vestirás
á Roma, que está en cuerpos.
No te vuelvas la cara
de las cargas en tenerlas
sus varias pensiones,
pues porque mis enemigas
de sus aves tengo el cielo,
pero porque las poseas
en seguridad, te doy
aquesta espada con ellas.
(Quítale la tiara y vuelve
por ella, a pesar de sus ruegas,
advierte que no se acuerda
á veces la paz sin guerra;
usa bien, señor
que esta corona la buena muestra,
y no á los deseos malos
(Cubrese Roma. Despierta Sixto. Quedase con la tiara en la mano derecha.)

SIXTO. Oye, Roma, aguarda, espera;
la tiara que me ofreces
quiero ver donde la llevas:
dame, Roma, la tiara.
¡Válgame Dios! ¡qué quimeras
aun durmiendo me persiguen!
¡Cielos! ¿qué tiara es esta?
¿quién durmiendo me la ha puesto?
Pero dentro de estas peñas
cuando desperte la halle.
Si con señales tan ciertas,
Roma, no gozo tu silla,
nadie en pronósticos crea.
¡Oh, peso de todo el mundo,
que, sin saber lo que pesas,
tienes tantos deseosos,
rica y noble en la apariencia!
¿qué mucho que peses tanto
si te adornan tantas piedras?
y ¿qué mucho que de de ojos
la cabeza que te lleva?
¡Válgame el cielo! ¿quién pudo
ocultar tanta riqueza
en estos toscos peñascos?
Pero ¿qué voces son estas?

ESCENA XII

Salen ASCANIO, MARCELO *y* JULIO *alborotados*

MARCEL. Todos los de la posada
y el huésped con ellos prendan,
que tal insulto merece
como es la culpa la pena.
ASCANIO. ¿Hay igual atrevimiento?
¡La tiara que Venecia
envía al Papa, robada!
JULIO. (*Aparte.*) Encubrid mi insulto, peñas.
MARCEL. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
¿la tiara no es aquella
la misma?
ASCANIO. ¡Jesús! Fray Félix,
¿vos la hurtasteis? No creyera
tal cosa jamás. ¡Jesús!
MARCEL. No me espanto de que os tengan,
padre, en tan mala opinión,
pues que vuestras obras muestran
las malas inclinaciones
que a los de vuestra orden fuerzan
a perseguiros así.
SIXTO. Pues vos...
ASCANIO. ¿Aun no teneis vergüenza
de hablar aquí? No hay disculpa.
MARCEL. Vaya a Roma, porque en ella
se castigue este delito
como merece.
ASCANIO. ¿A bajeza,
se inclina un hombre cual vos,
semejante? Mal se emplean
las letras que os dan tal fama.
JULIO. (*Ap.*) De mis desgracias las medias
ahorro, ya que perdí,
por mi poca diligencia,
tal joya, pues mi codicia
con mi infamia está encubierta.
ASCANIO. Por lo bien que os he querido,
padre, y por la reverencia
del hábito que traéis,
de quien dais tan mala cuenta,
haré que no os lleven preso
a Roma, que me avergüenza
el ver á un fraile ladrón.
SIXTO. Escuchad, señor.
MARCEL. ¡Que aun lengua
tengáis para disculparos
de tal! ¡De que á tal bajeza
la de su bajo linaje
le inclina!
(*Vanse.*)

ESCENA XIII

SIXTO.

¡Cielos, paciencia!
¿Qué enredos, qué confusión
rendir mi paciencia intenta?
¿Qué borrasca, qué tormenta
derriba así mi opinión?
¿Ya me tienen por ladrón,
cuando me juzgo por dueño
de Roma? ¡Por tan pequeño
gusto, afrentas, cielos, tales!
Despierto me dais los males,
y los bienes cuando sueño.
¡Ay de mí, cómo ha salido
el vil pronóstico cierto!
Ya experimento despierto
lo que me engañó durmiendo.
Las tres coronas han sido
aquestas que mis quimeras
creyó gozar verdaderas.
¡Ay, desdichada ambición!
¡de burlas mis dichas son,
y mis desdichas de veras!

ESCENA XIV

SIXTO. *Salen* CHAMOSO, CRENUDO *y* PERETO, *llorando.*

CRENUDO. Ya el llanto, Pereto, en vano
vuestra honrada vejez baña.
CHAMOSO. No hais... por cierto, hazaña
del príncipe Fabriano
el quemar la pobre hacienda
que el cielo en Montalto os dió;
pero ya que os la quemó,
dando a su colera rienda,
en mi casa viviréis,
y la mía, aunque es escasa,
será vuesa.
PERETO. No es mi casa
quien causa el llanto que veis;
que, aunque de ella vivo falto,
la vejez que me hace guerra
casa debajo la tierra
pide, y no sobre Montalto.
Mi honra lloro perdida,
y a Sabina que la dió
á quien tan mal la empleó.
SIXTO. ¡Padre!
PERETO. ¡Hijo de mi vida!
¿Tu aquí?
SIXTO. Y vos dando á los ojos
llanto que mis penas fragua.

PERETO. ¡Ay, Félix! no basta el agua
que derraman mis enojos
para que la mancha lave
de nuestro honor.

SIXTO. ¡Ay de mí!
Padre mío, ¿cómo ansí?

PERETO. Sabina, tu hermana, sabe
el cómo á Césaro ha dado
la joya de más valor
que heredó de nuestro honor.
Su padre, el Príncipe, airado,
porque su mujer la llama,
dicen que le tiene preso,
y en venganza de este exceso
que dice ofende su fama,
fuego á mi casa pajiza
ha puesto, cuyas alhajas
por ser los techos de pajas
se han convertido en ceniza.
Pero no siento esto tanto
como mi perdido honor
y que quite de este error
fruto que aumente mi llanto.
Félix, Sabina está [1]
preñada.

SIXTO. Eso, sí, fortuna:
vengan desdichas, que alguna
la vida me acabará.
¡Ah, males con que acrisolo
mi paciencia! Derribad
juntos mi felicidad;
que nunca un mal viene solo.
Padre, ni el honor perdido,
ni la hacienda siento tanto
como ese honrado llanto
que el alma me ha enternecido.
¡Ay, padre! quién padeciera
cuantas penas puede haber
para que del padecer
ninguna parte os cupiera!
No pequeñas me han cabido:
infamado de ladrón
estoy, y mi religion
de su gremio me ha expelido.
Pero aunque tanta venganza
á la invidia doy, no intento,
porque crezca el pensamiento,
que desmaye la esperanza:
que si el cielo solicita
contra mí desdichas tales
y, con un tropel de males,
todos los bienes me quita,
sin ellos mi dicha pruebo,
que, pues por tan varios modos,
Dios me desnuda de todos,
es por vestirme de nuevo.
Yo voy á Roma; aun tengo
al cardenal protector,
y de su ayuda y favor
mi felicidad prevengo.
Entretanto, padre mío,
podreis con Chamoso estar;
que de nadie oso fiar
lo que de su amistad fío.
Chamoso por mi respeto
mirará, padre, por vos.

CHAMOSO. Por cualquiera de los dos,
que es muy honrado Pereto.
Mas ya que á Roma partís,
¿vais á pie?

SIXTO. No tengo en qué,
y es fuerza que vaya á pie.

CHAMOSO. No haréis, pues eso decís;
que os prestaré un cuartago
que el miércoles os pondrá
dentro en Roma.

SIXTO. ¿Quién podrá
pagarlo?

CHAMOSO. No quiero pago.

SIXTO. Dame, mi padre, tu mano.

PERETO. Pague tu obediencia el cielo,
que con verte me consuelo:
mas sin honor todo es vano.

SIXTO. Estos trabajos celebran
mi nueva felicidad;
que la virtud y verdad
adelgazan, mas no quiebran. (*Vanse*)

ESCENA XV

Entra PÍO QUINTO, RODULFO, *un fraile francisco y otro. Siéntase* EL PAPA

EL PAPA.

Ya yo tengo noticia de las partes
que aqueste religioso; que fray Félix
tiene fama y renombre en varias partes.
Tambien la envidia se que le hace odioso
con su Orden, y estímole por eso,
que siempre es envidiado el virtuoso.
Si el general por eso le aborrece
y le acusais vosotros, yo le alabo,
que la virtud más perseguida crece.

FRAILE 1.º

Beatísimo Padre, en esta carta
que nuestro Padre general escribe
á vuestra Santidad hay materia harta
para que eche de ver cuan virtüoso
es fray Félix al mundo, y su justicia
dar ayuda y favor á un sospechoso
en la fe

RODULFO.

Si no hubiera mas sospecha
en vuestra acusacion que en el hábito [1],
quedara esa malicia satisfecha

EL PAPA.

Cosas de fe aun en duda es bien vellas,
que aun la fama no mas deslustra un hombre.

RODULFO.

¡Ah, envidia! ¡que de honores atropellas!

EL PAPA.

Vos la leed, que de un ingenio grande
se puede sospechar cualquier desgracia.

1 Verso incompleto en los originales

1 Así en los textos, pero el pasaje está viciado

ROBERTO.

Que á tal maldad ya cuerda se desmande!
Mas aunque mas se [illegible] sabrá al cabo
la verdad [illegible] por fin [illegible]
Así la carta, Padre Santo, dice.

(Lee.) «El maestro fray [illegible] Perusa, por cartas del [illegible] de Venecia, Santidad [illegible] vuestra Santidad [illegible] en [illegible] de Venecia, que está [illegible] de esta [illegible] infrascritos por testigos [illegible] Universidad de [illegible] de San [illegible] de [illegible] *El maestro* [illegible] *Orden* [illegible] *Angelo de Mosca* [illegible]»

FRAILE 1.º (*Muy sorprendido.*)

Fray Angelo, dice?... [illegible]
ta, cosa?

FRAILE 2.º

¿No es un [illegible]

FRAILE 1.º

¿El Padre General [illegible]

EL PAPA.

¿Son aquestos los [illegible] que deponen
de fray Pedro, [illegible] de Venecia? [illegible]
os sirva de castigo por ahora

ROBERTO.

No quepo de contento.

FRAILE 2.º

¡Oh, envidia necia!

EL PAPA.

Inquisidor [illegible] de nombre de Venecia

ESCENA XVI

[illegible]

SIXTO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

EL PAPA. [illegible]
ROBERTO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

EL PAPA. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Vuestro General es muerto.

SIXTO. ¿Muerto el [illegible]?

EL PAPA. [illegible] hallo
partes dignas de ocupar
[illegible]
[illegible]
en [illegible] señalo

SIXTO. [illegible]

EL PAPA. De [illegible] gusto.

SIXTO. [illegible]

FRAILE 1.º ¿[illegible]?

FRAILE 2.º [illegible]
[illegible]

FRAILE 1.º [illegible]
[illegible]

EL PAPA. [illegible]
[illegible]

SIXTO. [illegible]

ROBERTO. [illegible] años
el oficio.

SIXTO. [illegible]
[illegible]

FRAILE 1.º [illegible]
[illegible]

SIXTO. Los brazos
os doy [illegible], padres,
vuestra envidia [illegible]

ESCENA XVII

[illegible] *frente la [illegible]*.

MARCELO. [illegible] Gracias [illegible] San Pedro
el Senado veneciano
[illegible],
porque [illegible] parte santo
de [illegible]
[illegible]

EL PAPA. [illegible] Muestra el Senado
de su cristiandad [illegible]

ROBERTO. [illegible]

FRAILE 1.º [illegible] Presente raro!

EL PAPA. Mostrad.

[illegible] *da la [illegible]*

SIXTO. [illegible] ¡Sagrado Dios! Pened,
que [illegible] hacer en alto
[illegible]
[illegible]

EL PAPA. No [illegible], fray [illegible] quereis
la tenéis, y en vuestras manos
[illegible]

SIXTO. [illegible] ¿que prendas
[illegible]

ASCANIO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

SIXTO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[

los de mi padre volved
en gusto.

EL PAPA. A bendecir vamos
el católico estandarte
de la Liga. Dos vuestras manos
dad, fray Felix, mi tiara;
traelda, que os he de honrado
tanta parte con que he de haceros
mucho favor.

SIXTO. Tus pies sacros
beso mil veces humilde
(Aparte. Alcances, siempre me ha dado
en tu elección buena suerte.)

FRAIL. 2.° ¡Gran dicha!

MARCEL. ¡Suceso extraño!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen ALEJANDRO y PERETO

ALEJAN. La mano César ha dado
de esposo á Octavia Colona:
ya se ilustra su persona,
asegurando el cuidado
de su padre, que hasta ahora
le ha tenido en una torre
Pues una vez se socorre,
y una pobre labradora
pierde el bien de ser gozada
de un Príncipe, no os admire,
buen viejo, el ver vuestra hija
de esa esperanza burlada,
que el nieto que el cielo os dio,
como hija natural
de César, del saval,
que en vuestra casa heredó,
pasará á ilustre seda,
y os honrará, en efeto,
con un caballero nieto
que á pique de heredar queda
el estado de Fabriano,
porque Julio, que heredaba
al Príncipe, ahora acaba
de morir, siendo su hermano,
César, tan venturoso,
que en el estado sucede

PERETO. Cuando por Príncipe quede
César y de Octavia esposo,
no quedará muy honrado,
y su nobleza cerrada
con las palabras que quiebra
quien su valor ha quebrado.
Gozense, vivan los dos
en el fruto de su hazaña;
que si una mujer engaña,
no podrá engañar á Dios,
que es juez y testigo santo
de que es sola su mujer
mi Sabina.

ALEJAN. Podrá ser
si perdonáis padre, tanto,
que arrostrando la paciencia
del Príncipe mi señor,
efetos de su rigor
os hagan tener paciencia
El es quien aquí me envía
á que de su parte os ruegue,
sabiendo el interés os el goce
de vuestra vana porfía,
que dé sí á Sabina estado
con algún cerrado igual
á su sangre y natural,
que así quedaréis honrado,
y César, vuelto en sí,
viendo á Sabina casada,
podrá la palabra dada
cumplir á Octavia. Si así
lo hacéis, para remediaros
mil ducados os ofrece
el Príncipe, si os parece
hoy podéis determinaros.

PERETO. Decid al Príncipe, señor,
que si supiera el contento
que mi grosero sustento
y estado de labrador
me causa siempre, y lo poco
en que estimo los blasones,
nobleza y pretensiones
que llama honra el mundo loco,
yo quedara desculpado
y tuviera su grandeza
más en día á mi pobreza
que yo á su soberbio estado
Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene.
que no es rico el que más tiene
sino el que ha menester menos.
Si Sabina me creyera,
ni el Príncipe se quejara,
ni nuestro estado sacara
de su humilde y pobre estera
Era mujer, y heredó
de la primera mujer
el ser fácil de creer;
pero pues que me engañó,
decid, que de qué provecho
daría á otro esposo será,
ni quién deshacer podrá
lo que Dios y el cielo ha hecho.
Yo no le pienso ofender,
supuesto que se por cierto,
por su palabra y concierto,
que es Sabina su mujer,
pues vivirá consolada,
por más que el vulgo la arguya,
con llamarse esposa suya,
aunque no perdiera nada
vuestro Príncipe, por cierto,
en juntar su sangre noble
con nuestra humilde, que al doble
es más sabroso el engerto
que junta la noble rama
al tronco aspero y grosero,
y amor, como es jardinero,
más estos engertos ama.
Pero no importa, decí
que goce á Octavia mil años,
pues agravian sus engaños
la casa Colona así.

y los ducados que ofrece
no los tenemos menester,
que no se usa aquí vender
las honras, ni me parece
que juzgara el vulgo necio
bien de nuestro honor, si intenta
ponelle al Príncipe en venta
y Sabina admite el precio,
que en la corte es cosa usada,
por más que el vulgo lo note,
el remediar con un dote
una mujer deshonrada.
Y si esto el mundo publica,
no es bien que esta fama cobre;
pues vale más la honra pobre
que la deshonra más rica.

ALEJAN. Pesárame de que os venga
de aquesa resolucion
algun mal.

PERETO. En mi razon
mi inocencia amparo tenga:
no es la justicia cobarde
que me ha de amparar.

ALEJAN. Recelo
algún mal, buen viejo. El cielo
os desengañe.

PERETO. El os guarde.
(*Vase Alejandro.*)

ESCENA II

PERETO

Acuérdome una vez haber oído
una fábula en que ejemplos toco,
notables de un ciprés, que en tiempo poco
hasta el cielo crecio desvanecido.
Burlábase de un junco que, vencido,
su segura humildad juzgaba en poco,
mas con un viento recio el ciprés loco,
quedando el junco en pie, se vio abatido.
Su humilde estado y pobres ejercicios
estime mi Sabina, aunque haya hecho
burla el ciprés de su honra y hermosura;
que cuando en los soberbios edificios
abrasa el rayo el mas dorado techo,
la más humilde choza esta segura.

ESCENA III

PERETO. *Sale* SABINA

SABINA. Arroyuelos que, entre arenas,
plata en guijas descubrís,
pareciendo que os reís
porque lloro yo mis penas,
márgenes verdes y amenas
que al sol serais de cortina,
cuando en su agua cristalina
imita a Narciso hermoso,
decidle a mi preso esposo
lo que llora su Sabina.
Montes de crecidos talles
que los cielos asaltais
y al ambicioso imitais,
como al humilde los valles;
verdes é intrincadas calles,
por cuya sombra camina
el que ausente peregrina,
cual yo, sin gusto y reposo,
decidle a mi pobre esposo
lo que llora su Sabina.

PERETO. ¡Que descuidado venís
cantando endechas al prado!
Llorad vuestro honor burlado,
hija, si agravios sentís.

SABINA. Padre mio, ¿que decís?

PERETO. Que Cesaro, en vuestra afrenta,
ajenos brazos intenta,
y a olvidaros se ha dispuesto,
porque quien se cree de presto
presto tambien se arrepienta.
Cesaro á Octavia pretende
por esposa, que es su igual,
y el oro con el sayal
siempre se agravia y se ofende.
Comprar vuestro honor pretende,
para haceros mas afrenta,
y cubrir con oro intenta
el hierro de vuestro amor:
mirad si es joya el honor
digna de ponerse en venta.

SABINA. ¡Ay, de mí!

PERETO. Llorad las penas
de vuestras desgracias sumas,
pues vuestras groseras plumas
dejasteis por las ajenas
Las del sayal eran buenas:
quien su natural violenta
bien es que su agravio sienta;
morir llorando os conviene,
porque en poco su honor tiene
á quien no mata una afrenta.

SABINA. ¡Cielos! ¡Cesaro casado!
No es posible, engaños son:
que es profeta el corazon,
y no le siento alterado.
Alto, amoroso cuidado,
buscad el modo mejor
como asegure mi honor
con mi esperanza afligida,
que corre riesgo la vida
en el potro del temor. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale el PRÍNCIPE, MARCO ANTONIO *y* ALEJANDRO

PRÍNCIPE. ¿Eso responde el villano?

ALEJAND. En eso se determina.
Esposa llama a Sabina
de Cesaro, y que es en vano,
dice, el que intenta vencer
con interes su firmeza,
que estima en mas su pobreza
que tu valor y poder;
fuera de que ofenderá
á Dios si se determina
casar con otro a Sabina
si con tu hijo lo está
esto responde.

M. ANT. ¡Que ansí
un rústico vil responda

PRINCIP.

M. ANT.

PRINCIP.

ALEJAND.
PRINCIP.
ALEJAND.
PRINCIP.

(Vanse.)

ESCENA V

Salen ASCANIO y SATO de frente.

ASCANIO.

SATO.
ASCANIO.

SATO.

ASCANIO.
SATO.

que hace ilustre su ribera,
por verme cabeza en ella,

su injusta persecución
me fuerza á que el Papa pida
que del oficio me absuelva,
y con otro estado y vida,
ó a mis principios me vuelva,
ó del orden me despida.
Estos favores prevengo
y á esto solo á Roma vengo:
ved qué modo de intentar
cargo, si vengo á dejar,
Ascanio, el cargo que tengo.
Si César tuvo amor
á mi hermana, y ella ha sido
tan dichosa, que al valor
de su nobleza ha subido,
con ser hija de un pastor,
¿por qué culpáis su ventura,
pues que la naturaleza
con mil ejemplos procura
igualar á la nobleza
muchas veces la hermosura?
Veis como no estoy culpado
y con la poca razón,
Ascanio, que estáis airado.

ASCANIO. Estoy en esta ocasión
en el palacio sagrado,
villano, que si no...

SIXTO. Paso,
mirad que su Santidad
sale.

ASCANIO. De enojo me abraso.

SIXTO. (*Ap.*) ¡Ay, pobreza y humildad,
lo que por vosotras paso!

ESCENA VI

DICHOS, *y sale* PÍO QUINTO *y un* FRAILE FRANCISCO, *y siéntase* EL PAPA

EL FRAILE.

De parte de la orden, Padre Santo,
á vuestra beatitud pido y suplico
á fray Félix absuelva del oficio,
si no quiere que todos nos perdamos.

EL PAPA.

¿Pues qué tiene fray Félix?

EL FRAILE. Es de modo
la gran severidad con que castiga
las más mínimas faltas de nuestra orden,
que es imposible se conserve y medre
mientras el lego reine. La clemencia
tiene en pie las repúblicas y reinos;
y el castigo y rigor demasiado
destruye las provincias y ciudades.
Fuera de que los frailes principales
que la orden claustral de San Francisco
honran con sangre ilustre y generosa,
sienten, y con razón, que los gobierne
un pastor de las grutas de Montalto.

EL PAPA.

¿Luego en la religión y su pobreza
también miran en sangre y en nobleza?

SIXTO.

Santísimo Pastor, si un desdichado
merece, porque el cielo y la fortuna
le hizo hijo de unas peñas toscas,
que todos le persigan, yo me precio
de hijo de Pereto, un pastor pobre
que en Montalto dejó el arado rústico
por herencia a sus hijos; y esto sólo
quiero ser, y no más, pues soy indigno
del hábito que traigo y del oficio
que vuestra Santidad con él me ha dado.
A vuestra beatitud pido y suplico
me absuelva de él y volveré contento
á mi sencillo y pobre nacimiento.

EL PAPA.

Más luce, hijo, la virtud de un hombre
cuanto de más humilde y pobre sangre
se ensalza más. Yo y todo en mis principios
nací de un pobre labrador, y aun anduve
de puerta en puerta mendigando el tiempo
que estuve en mis estudios ocupado.
Parientes tengo yo cual vos, fray Félix,
pobres y en traje de sayal grosero;
que si se precia de su sangre el necio,
más noble es la virtud de que me precio.
Si el orden vuestro juzga por agravio
que le rijáis, por eso yo os absuelvo
del oficio que en ella habéis tenido.
Y pues que Fermo os vio vendiendo leña
y registeis ovejas en Montalto,
en castigo, fray Félix, de sus quejas,
pastor de Fermo os hago y sus ovejas.
Obispo sois de Fermo.

SIXTO.

Padre Santo,
¿cuando me abaten me ensalzáis vos tanto?

EL PAPA.

Así doy gusto á todo el orden vuestro,
y os premio á vos. A Ascanio quiero dalle
el capelo que tanto ha que pretende:
el de Santa Sabina le prometo.

ASCANIO.

Tus santísimos pies beso y respeto.

EL PAPA.

Luego quiero, fray Félix, consagraros
públicamente, porque toda Roma
mire el premio que tienen en la iglesia
la virtud y las letras. Un capelo
os doy también.

SIXTO.

Tu nombre ensalce el cielo.
(*Ap.*) Ánimo, inclinación dichosa y alta;
subí, que un escalón no más os falta.

EL PAPA.

Cardenal os crearé en el mismo día
que os consagre.

SIXTO.

Crecida la dicha mía;
y pues con tal largueza me ha ilustrado
el cielo y vuestra Santidad, quisiera

enviar por mi padre y mis hermanas,
y el mismo día que me vea Roma
hecho de vil pastor, pastor de ovejas
de la Iglesia católica, esclava
quiero que entre mi padre venerable
triunfando en Roma, no como los Césares,
sino vestido de sayal grosero
en que nace, porque la envidia sepa
que cuando, á su pesar, estoy más alto,
de la humildad me precio de Montalto.

EL PAPA

Yo hago que con vos salga toda Roma.

ASCANIO.

Yo también acompañaros quiero

SIXTO.

¿Veis, Ascanio, del modo que los cielos
saben hacer de humildes labradores
grandes, príncipes y pastores?
Porque nací en Montalto me llamastes,
pues desde aquí, mudando el propio nombre
de Félix, para dar gloria á mi patria
y á sus groseras peñas, determino
llamarme el cardenal Montalto.

EL PAPA

Alto,
seréis desde hoy el cardenal Montalto.

ASCANIO.

Perdonad mi pasado atrevimiento;
que en muestras de que estoy arrepentido
daré de este suceso aviso al Príncipe,
que se tendrá mil veces por dichoso
de que César case con Sabina,
pues se honrará el estado de Fabriano,
siendo de Roma Cardenal su hermano.

EL FRAILE.

Y yo también de las persecuciones
que por mi causa os hizo el orden nuestro,
monseñor ilustrísimo, suplico
me perdoneis

SIXTO.

Alzad, padre, del suelo,
que si fray Félix tuvo deudos quera,
ya yo soy Cardenal, y no fray Felix,
y no es razón cuando me veis tan alto
que á Felix vengue el cardenal Montalto.

ASCANIO.

¡Qué prudente respuesta!

EL PAPA.

Venid, hijo,
que en vos miro presagios venturosos.

DIEGO.

¿Qué le parece, padre?

FRAILE 1.°

Encantamento

ASCANIO.

De perseguidor vos hace su dueña

FRAILE 2.°

Mil veces perseguid venturoso,
que tan seguro del peligro escapa

DIEGO.

Persígale otra vez, y harále Papa (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen los músicos de pastores y SABINA de pastor con cana, Aurora y cuevitas

SABINA Monte la sospecha loca
mi amor sabe, y celoso,
aquí está mi preso esposo,
á quien en vano provoca
su padre, por más que agravia
su frente constancia vil,
para que con mi ausencia dé
la mano de esposo á Octavia.
No pudo su engaño hacer
mella en mi constante amor,
aunque celos y temor
son tales de ver,
y á pesar de sus consejos
he venido de esta traza
á obrar mi esposo.

PAST. 1.° ¿A caza
anda tu amor de vencejos?
Mis ojos en la ocasión.

PAST. 2.° Lugares hay más ricos
donde cazar mozos idos
las mujeres con huron,
quiero decir con los ojos
o escuderos atrevidos,
registradores de nidos,
donde viven los vencejos;
pues son hurones, en suma,
que cazan para sus dueños
á los vencejos pequeños
hasta dejarlos sin pluma.

SABINA. Pastores, dejadnos eso
y comenzad á cantar
para que os salga á escuchar
desde la reja mi preso.

PAST. 1.° ¡Oh, que cierren de repente
hacen! pero ¿qué he de hacer?

SABINA ¿Luego, estos son los pastores?

PAST. 2.° Sátiras al maldiciente.

MÚSICA. «¿Qué llamaba la tórtola, madre,
al cautivo pajarero vivo,
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos»

UNO. «Pajarero preso,
que entre tus dulces datos,
temores y ausencias
te tienen cautivo,
mal podrá el cazar
de tu padre injusto
desatar las alas
á tus dos amores el cuidado.
Sal, pajarero amado,
á cazar seguro,
á pesar de estorbos
mi amor vivo y fiel.

TODOS Así llama á su querida madre
al cautivo pajaro suyo,
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos»

(*Arómase Césped una reja como preso.*)

CÉSARO.

Pintadas aves que al pulir la aurora
con peines de oro sus compuestas hebras,
al son de arroyos, arpas de estas quiebras,
lisonjeais cada mañana a Flora.
Aura suave que con voz sonora,
murmurando las aves te requiebras,
y las obsequias fúnebres celebras
de Pocris muerta, que tras celos llora.
Los pastores imitan la armonía
con que resucitando la memoria
de mi Sabina vivo entretenido.
Cantad, amigos, la firmeza mía,
que es la música imagen de la gloria,
y mientras dura mi tormento olvido.

SABINA. Ya está mi esposo a las rejas.
Cantad, pastores, cantalde
otra canción, y llenalde
de música las orejas.

MÚSICA. «Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,
pero más le prenden y matan
memorias de su lindo amor.»

UNO. «Si de tu firmeza
las cadenas son,
testigos seguros son
que amor presento,
canten tu alabanza
nuestra alegre voz,
bien haya quien hizo
cadenas de amor,
y tú, pájaro mío,
canta en tu prisión,
pues que preso y triste
canta el ruiseñor.»

TODOS. «Preso está el pájaro solo
en las redes del cazador,» etc.

SABINA. ¡Ah de las rejas el preso!
¿sabéis acaso quién soy
yo, que pretendo cantando,
al viar vuestro dolor?
¿Mas que no me conocéis?

CÉSARO. Pondo y bello pastor,
lo que los ojos afirman
negando está el corazón:
regocijos hace el alma
de los ecos de esa voz,
que en el distrito de Esau
conocer quiero a Jacob.
¿Quién sois, hermoso zagal?

SABINA. ¡Qué presto que ejecuto
sus efectos el olvido,
descuidado preso, en vos!
Cantad para que despierte,
que si ausencia le adormece,
dándole voces mis quejas
le hará despertar mi amor.
(Cantan.) «Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,» etc.

CÉSARO. ¡Ay, esposa de mis ojos!
La tiniebla y confusión
de mis pesares y penas
me impidió la luz del sol.
De no haberos conocido,
corrido, mi bien, estoy;
y castigaré mis ojos,
Sabina hermosa, este error,
¿cómo habéis, mi bien, estado?

SABINA. Como el verano sin flor,
como el otoño sin fruto,
y estado como sin vos,
que es decir, o de una vez.
Vueso padre pretendió,
con engaños y mentiras
sembrar celos en mi amor,
pero segura del vueso,
en forma de cazador,
vengo a daros libertad.
Tomad las cuerdas que os doy,
y, a pesar de estorbos viles,
asegurad el temor
de mis sospechas y ausencia.
(Dale con la caña los cordeles.)

CÉSARO. Celebren tu firme amor
cuantas mujeres la fama
con pinceles retrató
de la eternidad en lienzos
del tiempo consumidor.
¡Ay, esposa de mi vida!

SABINA. ¡Ay, mi bien!

PAST. 2.° ¡Bueno, por Dios,
que se están chicoleando
como jilgueros los dos!

PRINCIPE. (Dentro.) Preso y con guardas dobla-
ha de quedar mientras voy [das
a Roma.

CÉSARO. Mi padre es este.

SABINA. Pues entraos.

CÉSARO. Adiós. (Vase.)

SABINA. Adiós.

PAST. 2.° No hay son, fingir que cazamos
vencejos.

SABINA. Daca el hurón,
pon las cuerdas y la caña.

PAST. 2.° No está mala la invención.
(Pónese á cazar.)

ESCENA VII

Dichos, el PRINCIPE y ALEJANDRO.

PRINCIPE. De vos, Alejandro, tío
su guarda en aquesta ausencia.

ALEJAND. Ya sabe vuestra excelencia
mi lealtad.

PRINCIPE. El papa Pío
á Roma me envía a llamar,
y este camino excusará
si en mi lugar no os dejara.
Las guardas podéis doblar,
sin dejar llegar persona
que con él hable, que ansí
le forzaré que de él sí
de esposo á Octavia Colona,
ó morir en la prisión,
que la villana atrevida
ya debe de estar sin vida,
si puso en ejecución
Marco Antonio su noble ira.

ALEJAND. En esta ocasión es cuerda.

PAST. 1.° Dale cuerda.

PAST. 2.° Dale cuerda.

SABINA. Ya chilla el vencejo.

PAST. 1.° Tira.

PRÍNCIPE. Alejandro ¿qué serranos
son estos?
ALEJAND. Pastores son
que cazan con un huron
pajaros.
PRÍNCIPE Si son vilanos,
y sabes lo que me ofenden,
¿por qué aquí los consentis?
Echalos luego
ALEJAND (A los Pastores.) ¡Hola! ¿Oís?
SABINA. Verá lo que se defienden
PRÍNCIPE. ¡Ah, villanos! ¿estais sordos?
SABINA ¡Arre allá! ¿Que dobles dais
voces, que nos espantais
los vencejos y los tordos?
ALEJAND Rústicos ¿no veis que está
el Príncipe Fabriano
aquí?
SABINA. ¡Valgame el alano
de San Roque!
PAST. 2.° Verá.
SABINA. Pues bien ¿hamos de comer
el Príncipe, cuando aquí
nos hace?
PRÍNCIPE. ¿Qué haceis ansí?
SABINA. Oiga, y podrálo saber
Tienen aquí los vencejos
nidos en los muros hijos,
y aunque sacar los hijos,
porque los guardan los viejos
Yo, deseando cazar
uno que en esta ocasion
guardando está el vencejon
del padre, que pernear
le veia yo ¡prégue al Señor
porque ansí su enojo pueda,
vine con huron y cuerda,
y cuando mas á sabor
se asomaba á la muralla
sale su padre al encuentro,
metese el vencejo dentro
y de ronas de la galla. (Llora.)
ALEJAND. ¡Buen canto!
PRÍNCIPE. ¿Que el padre viejo
el vencejo os ha quitado?
SABINA. Sí, señor, desvencijado
le veia yo. De esto me quejo
PRÍNCIPE. Gracias tiene. Aunque á esta gente
aborrezco, este pastor
me ha dado gusto
ALEJAND. Es, señor,
donoso como inocente
SABINA. Ven acá. Vos que teneis hor
una pesquda, buen viej
Si quereis bien un vencejo,
y recibe por mujer
á una vencesa que ha sido
querida de esa otra vencejo,
¿es bien casarse con otra,
porque rabiando me olvide,
porque en alcázares viva,
y esotra entre peñas pobres,
de los castaños y robres
grosero manjar reciba;
porque tiene plumas mayores
y porque son mas valientes
los vencejos á sus parientes
y cuentan que sus mayores
trujeron de reyes mas lejos
su procedencias bien pigo?
Juzgadlos vos, que yo os hago
acorde de los vencejos
PRÍNCIPE Gusto me da el pastorcillo
SABINA Ea, la vara arrimad
o este pleito sentenciad,
que me importa concluirlo.
PRÍNCIPE. Digo, donoso pastor,
que como el vencejo quiera
á la vencejo primera
es bien pagarle su amor,
por mas que el padre lo impida:
y sentencio que la amada
le goce y que desterrada
la vencejo aborrecida,
aunque alegue mas consejos,
luego al momento se vaya,
porque yo no sé que haya
nobleza entre los vencejos
SABINA. Esta vez os he cogido,
contra vos es el proceso
¿Por que ha de estar por vos preso,
viejo borrado y afligido,
vuestro vencejo, decí,
si la otra vencejo adora
que en la sierra le enamora,
y no puede dar el sí
á la vencejo que tiene
su querida entre los godos?
Pues que son vencejos todos,
y estos dos se quieren bien,
casados, que las altivas
nobiezas son espartizos,
y todos, altos y bajos,
nacimos de Adán y Adivas
PRÍNCIPE Idos con la maldicion
SABINA. Vos el pleito sentenciastes,
si vos mismo os condenastes
un asno sois con perdon
PRÍNCIPE. Echa, Alejandro, de aquí
estos bárbaros, o harás
una barbeza.
SABINA ¡A la hé,
vos sois buen juez, pues ansí
les justicia!
ALEJAND Este lugar
desocupad.
PAST. 1.° Con paciencia
SABINA Acompañe á la sentencia:
el juez ha de condenar
PRÍNCIPE. Echalde de aquí, o matalde
SABINA ¿Por la primera vencejo
sentenciais, y tenéis queja?
Muy bobos sois para aldeanos
Dios vaya por la verdad
Pues no mandais, casaranse
ALEJAND. Idos, villanos
SABINA Idos,
que no son bestias. Cantad
(Vanse cantando.)
PRÍNCIPE Mucha prudencia he tenido,
pues muerte no les he dado
ALEJAND. Aunque el villano, ha estado
mal en sí, hubiera sido
indigno de vuestra clemencia

manchar en él el acero
PRINCIPE. Partirme esta noche quiero
a Roma. Vuestra presencia
no falte nunca de aquí,
ni deje llegar á Italia
una legua de Fabriano,
porque sospecho que ansí
le vienen á dar aviso
de Montalto.
ALEJAND. Podrá ser.
PRINCIPE. Mal hice no os prender,
que allí grime el cielo quiso
con darme un hijo travieso.
ALEJAND. La mi piedad vuelca en sabia.
PRINCIPE. Ha de ser su esposa Octavia,
o tiene de morir preso. (*Vase.*)

ESCENA IX

Sale CAMILA *con un lío de ropa blanca y un mazo, y* MARCO ANTONIO

M. ANT. Por Dios, lavandera hermosa,
que desde el punto que os vi
dejé vuestra ley paranza
esta é la más hermosura
de vuestro amor perdidiza;
porque habéis de manera
que os sabote la bandera,
lavandera de mi vida,
esta noche mi razón.
CAMILA. Anda luego Dios, caballero.
M. ANT. Lavadme el alma primero.
CAMILA. ¿Que os la lave escarabajo?
M. ANT. Sí, vestida por camisa,
y veréis que no hay holanda
que este más tratable y blanda.
CAMILA. ¿Alma de holanda? ¡Oh, qué risa!
M. ANT. Dadme tercio el corazón.
CAMILA. ¿A jabonar?
M. ANT. Sí, eso os ruego.
CAMILA. ¿Que tiene?
M. ANT. Como amor es fuego,
se ha puesto como el carbón.
CAMILA. ¿Es todo carbón? pues á un lado,
que estoy limpia, y si me topa
ensuciarame la ropa
y tiene corazón tiznado.
M. ANT. ¡Qué gracia!
CAMILA. No llegue al brazo,
y sepa que en mi lugar
nadie sabe jabonar,
si no es con jabón de mazo
Por esa no traga esquinas
si no quiere en cada rincon
llevar, señor, un jabon
que le quebre las costillas.
M. ANT. Para el alma os entregos
de alma dama piadosa
dos onzas, que es bien las deis,
pues tenéis tan bellos ojos,
y la podréis jabonar.
Vuestra es, tomalda
CAMILA. La astucia;
no quiero yo alma tan sucia,
que se ha menester lavar.
M. ANT. Yo estoy ya tan rematado,
mi graciosa lavandera,
que ser el jabon quisiera
segun los celos me ha dado
de que ande cada instante
en vuestras manos, que en suma
son más blandas que su espuma.
CAMILA. Si fuéreis, que será todo amante
es jabon que á los despojos
de tiranas hermosuras
derrama en jabonaduras
el corazon por los ojos;
aunque vos sois palaciego,
y no habrá tomaros tino,
que todos pregonais vino
y vendeis vinagre luego.
¡En la boba que creyere
en vuestras bachillerías,
sabeis muchas romerías
y olvidais á quien os quiere!
M. ANT. Cuando es perfecto el amor
y bien nacido el amante,
ni burla ni, es inconstante.
CAMILA. El noble engaña me, sr.
Yo conozco una serrana
á quien burlo un escolar
con parlar y más parlar.
M. ANT. ¿Quien es?
CAMILA. Sabina, mi hermana.
M. ANT. ¿Sois vos hija de Pereto.
CAMILA. *Reverencia* ¡Para lo que le cumpliere.
M. ANT. Errara quien no tuviere
á Cesaro por discreto
en despreciar por Sabina
á mi hermana, que, por Dios,
si es tan bella como vos,
que es cuerdo quien desatina
por tan dichoso sayal.
CAMILA. Soy yo un coco comparada
con mi hermana.
M. ANT. ¡Qué extremada
belleza! ¡qué al natural!
Yo vine determinado
de castigar á Pereto
y á Sabina, que en efeto
me tuve por agraviado
de que Cesaro dejase
mi hermana Octavia por ella;
pero el amor, que atropella
soberbias, que sólo hallase
en vos el justo castigo,
pues á vuestro amor sujeto,
á las hojas de Pereto
y á aquestas sierras bendigo.
Bien hayan, amen, los robles,
los peñascos y asperezas
que crían tales bellezas,
pues por fuerza han de ser nobles
almas que viven y habitan
en cuerpos que son tan bellos,
y bien hayan los que en ellos
su libertad depositan.
¡Ay, serrana, muerto estoy!
CAMILA. Pues ¿vos por acá pensais
que hallamos? bien quisiérais.
Algun diablo os trajo hoy
por aquí.

M. ANT. ¿Quieresme bien?
CAMILA. ¿Qué sé yo?
M. ANT. Pues ¿quién lo sabe?
CAMILA. Mucho. Apartes, ¡cuate.
(¡Ay!) ¡Qué buena cura que 'stoy!
M. ANT. Dame esa mano.
CAMILA. (¡Ay!) Recelo
que en el alma se me entre.
M. ANT. Dame, ¿no esos brazos?
CAMILA. ¿Yo?
M. ANT. Pues ¿quién?
CAMILA. ¿Tan presto, es burlarse?

ESCENA X

Dichos. *Salen* CESARO *de galán, y* [illegible] *pastores*

CESARO. Apenas de allí os partisteis
cuando mi padre se fue,
y luego, esas ataduras
de las cuerdas que me disteis,
que atadas a las adelfas
a las guardas engañaron
y, a pesar suyo, quedaron
colgadas de crueles penas
Seguros, y como amor
vuela ligero, alcanceos
SABINA. ¡Ay, esposo! mis deseos
cumplió el cielo. Ya el rigor
que en mi vuestro padre empieza,
mi miedo y temor advierte,
que no temeros la muerte
como a vuestros ojos sea
CESARO. Contra su enojo crüel
pienso llevarme a Milan,
que allí mis deseos podrán
tener fin viviendo en él,
hasta que el paterno amor
venciéndole te reciba
por hija y mi esposa
PAST. 1.° ¡Viva
tal nobleza y tal amor!
SABINA. ¡Camila!
CAMILA. ¡Sabina mía
M. ANT ¡Cesaro aquí!
CESARO. ¡Marco Antonio
en tal lugar!
M. ANT. Testimonio
de amor y su marquesa
Abrazar viene a Montalto
y a dar muerte a la serrana
que os enamora, y su hermana
dio en mi libertad alivio,
pues cuando mi hacienda y casa
que se abrasan, con sus rejas
el alma, con sus despejos
la adelfa, rinden ceniza,
Sabina, Cesaro mi esposo
que vuestra gran nobleza
me llama a su vasallaje
CAMILA. Yo os lo tendré por dichosa.
SABINA. Y yo con tan buen criado
me gracio a vuestra merced.
CESARO. ¡Que de dichas tantas hoy
amor y el cielo me han dado!
CAMILA. Es mi gozo tan y tanto
serlo para mi ventura.
SABINA ¡A buen tiempo y coyuntura
te casas!
CAMILA. Pues ¿qué pensaba?
¿Todo ha de ser para ella?
¿No somos las pretensas?
M. ANT. Los Ursinos y Colonas
por vos, mi Camila bella,
y por vos, Sabina hermosa,
estableceré desde hoy
eternas paces.
CAMILA. ¡Que estoy
mal dada! ¡Linda cosa!
PAST. 2.° Aun no aguardar a cura
los cuatro se han desposado.
PAST. 1.° No hay cura ni Pedro Alcalde
mejor que la coyuntura.
CAMILA. Demos a mi padre aviso
de su dicha y mis amores.
PEDRO. (*Sale*) ¿Pedirme albricias, pastores,
¡Viva Montalto! Pues quise
probar mi nombre tan alto
de tan pesado tan largo,
al cielo debí esa merced.

ESCENA XI

Dichos. *Salen* PEDRO *de peregrino*, CHAMUSO *y* [illegible]

CESARO.
¿Qué es esto?
TODOS.
¡Viva Montalto!
PEDRO.
No sé cómo el contento de estas nuevas
no me ha muerto, que ya mis flacas canas
no son para tan grande sobresalto
Hijas, tres Leos, cardenal de Roma,
cardenal de Roma es vuestro hermano.
CESARO
¡Válgame Dios!
SABINA.
¡Albricias, que ventura!
CHAMUSO.
¿Ya es cardenal? pues presto será cura
CESARO.
Dadme, dichoso padre, aquesos brazos
MARCO ANTONIO.
Y a mí me concededlos por los vuestros
SABINA.
Estos son mi esposo, padre mío, que preso
ha estado por mi causa. Todo ha sido engaño
engaño de [illegible] que os dijo
de Octavia, por burlarse de vos
y huir de la prisión
PEDRO.
Estoy en mí
SABINA
Libre está ya en mis brazos preso

PERETO.

Dadme, señor, los pies.

CESARO.

No, padre mío,
los brazos sí, con nudo estrecho y tierno.

CAMILA.

Hola, padre, catad aca otro yerno,
abrazalde también, que no ha nacido
en las malvas.

CESARO.

También es hijo vuestro
Marco Antonio, la nobleza que es de Italia
y aun del mundo. Enamorose
de la belleza de Camila, y quiere
que por esposa se la deis.

PERETO.

O sueño,
o estoy loco. ¿Hay mas bien cielos piadosos?

CAMILA.

Supimos escoger buenos esposos,
para no tener dote. La nobleza
virtud quiere por dote con belleza.

PERETO.

Vamos a Roma luego, y eche el sello
mi buena suerte con hallar mi hijo
honrado de la púrpura romana;
que, pues tan nobles sucesores dejo
la muerte pido con el santo viejo.

ESCENA XII

DICHOS. Sale FABRICIO.

FABRICIO.

Yo vengo, dichosísimo Pereto,
a llevaros a Roma con Sabina
y Camila. Aquí traigo tres carrozas.

CHAMOSO.

¿Qué son carrozas, ao?

FABRICIO.

Unas doncellas
que se llaman carrozas en Italia.

CHAMOSO.

Casarme quiero, pues, con una de ellas,
mostradme esas carrozas o doncellas.

FABRICIO.

Cesaro, vuestro padre Ursino gusta
que seais de Sabina amado esposo,
que luego que en llegando á Roma supo
que era de Monseñor Montalto hermana,
á dicha tiene ser pariente suyo,
porque sospechan que ha de ser monarca
de Roma y gobernar su sacra barca.

SABINA.

Ahora fenecieron mis recelos.

CESARO.

¡Qué tan dichoso soy! ¡Benignos cielos!

FABRICIO.

Vamos, que Monseñor está aguardando
con toda la romana y sacra Curia,
que quiere el Papa que á su honrado padre
reciba en triunfo.

PERETO.

Vamos, nobles hijos,
que mi vejez de nuevo se remoza.

TODOS.

¡Coches, coches!

CHAMOSO.

¿Do está doña Carroza?

(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen JULIANO y RICARDO.

JULIANO. Esto es lo que en Roma pasa.
Todo el popular aplauso
la ventura de tras Felix
celebra y estima en tanto,
que habiendo la Santidad
de Pío Quinto consagrado
al cardenal por obispo
de Fermo, hoy miércoles cuatro
de Agosto, á los senadores
y caballeros romanos
mandó que á recibir salgan
á su padre, cuyos años
han merecido llegar
á ver de pobre serrano
cardenal de Roma un hijo
de las peñas de Montalto.

RICARDO. Su prudencia lo merece,
porque no es soberbio sabio,
ni pobre presuntuoso.

JULIANO. Decís la verdad, Ricardo.

RICARDO. Oid, que según las voces
del vulgo y pueblo voltario
entran ya.

JULIANO. ¡Notable día!

RICARDO. ¡Oh, venturosos serranos!

ESCENA XIV

DICHOS. *Por una puerta salga el* PRÍNCIPE COLONA *y el* EMBAJADOR DE ESPAÑA ASCANIO, *de cardenal, y* SIXTO, *de cardenal también. Y por otra, al mismo tiempo salgan* MARCO ANTONIO, CESARO, FABIO, SABINA, CAMILA *y* CHAMOSO. *Y arriba se descubre un corredor donde está* PÍO QUINTO. *Y en un caballo que lleve del diestro un lacayo, entre* PERETO *de pastor toque la música y en llegando,* SIXTO *le tiene el estribo á su padre para que se apee.*

SIXTO. Yo, padre, os tendré el estribo.

PERETO. Hijo, aguarda que va abajo.
¿Un cardenal ha de hacer
tal cosa?

SIXTO. Si por honraros
me honra el cielo de este modo,
no es mucho, mi padre caro,
que teniendoos el estribo

estribe en él mi descanso.
Aquesa mano me dad. (*De rodillas.*)

PERETO. Levanta y toma los brazos,
que no es justo que á mis pies
este un Cardenal postrado.

SIXTO. Si como vos Cardenal
gozara del trono sacro
de san Pedro, ya os he dicho
que os besara arrodillado
esta venerable diestra.
Sepan los que me llamaron
villano, lo que me precio
de este sayal tosco y basto
Montalto ha sido mi patria,
que aunque pobre, el nombre es alto,
un monte serán mis armas,
y mi apellido Montalto.
Montalto han de llamarse
mis parientes, comenzando
mi linaje en mí, que espero
que mi dicha ha de encumbrarlo
Llegad, padre, y desde aquí
adoraré el pie sacro
de su beatitud.

PERETO. ¿Qué aguardan
mis regocijados años?
(*De rodillas.*) Santísimo Padre Pío,
cuya piedad ha mostrado
lo que la humildad estimas,
los humildes ensalzando,
tus pies beatísimos beso.

EL PAPA. Venerable viejo, alzáos,
que os debe Italia infinito
por el hijo que habéis dado
á la militante Iglesia,
de cuya prudencia aguardo
célebres y heroicos hechos
Su aumento tomo á mi cargo.
y para que ponga casa
le doy siete mil ducados
de renta.

PRINCIPE. Yo le señalo
otros cinco mil de renta.

EMBAJAD. Y yo y todo también en nombre
del Rey católico y sabio,
el gran monarca Filipo
el Segundo, le señalo
otros cinco mil de renta.

SIXTO. Cielos, no merezco tanto.

SABINA. Hermano, ¿no nos hablas?

SIXTO. Con el alma y con los brazos,
por hermana y compañera
de mi estudio y mis trabajos
César es ya vuestro esposo,
que el Príncipe de Fabriano
lo quiere así.

PRÍNCIPE. Con tal dicha,
infinito es lo que gano

CÉSARO. Pues Marco Antonio Colona
la mano á Camila ha dado,
también con vuestra licencia.

SIXTO. Honrome con tal cuñado.
Trágame, Sabina mía,
á vuestro hijo Alejandro
á Roma, porque se crie
en ella, y tenga Montalto
por apellido.

PRÍNCIPE. Sea así,
y críese en vuestro palacio,
ilustrísimo señor,
vuestra virtud imitando.

CHAMOSO. ¿No os acordáis de Chamoso
que os dio un día su cuartago
con que vinistes á Roma
mas presto que por encanto?
Pues yo bien me acuerdo de él.
O paga deudos dadnos algo,
ó, pues ya sois Cardenal,
hacedme chichón.

SIXTO. El pago
que os doy por tan buen socorro,
son de renta cien ducados
para vos y vuestros hijos.

CHAMOSO. Sudré el vientre de mal año.
Yo sé que habéis de ser Papa,
que cuando érades muchacho
de teta, todos los días
decíades *teta, papa.*

EL PAPA. Vamos, que quiere que Roma
sea lo que han alcanzado
las letras de un pastor pobre.

SIXTO. Los que á sus padres honraron,
premia el cielo de esta suerte.

CÉSARO. Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años
que gozó de la tiara
y sumo pontificado,
á la segunda comedia
le convido, que son tantos,
que no pueden reducirse
á tan corto y breve espacio.

COMEDIA FAMOSA

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO

PERSONAS DELLA [1]

OTON, *caballero.*	FULBIO, *gramático.*
ROSELA, *dama.*	AGUDO, *criado*
CESARO, *letrado.*	OCTAVIA, *dama.*
HONORATO, *viejo.*	GRIMALDO, *viejo.*
GILOTE, *villano.*	LISENO, *caballero.*
CRISELIO, *caballero*	RAMON, *alcaide.*
CLEMENCIA, *dama.*	CLAVELA, *dama.*
ALBERTO, *soldado.*	UN PAJE.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale OTON *de estudiante, con el* Arte de Antonio [2] *en la mano*

¿Qué os hice yo, estrellas pías,
que tanto me perseguís?
¿Qué confusión infundís
en estas potencias mías?
En un año que ha que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el *Arte* ajusto
á mi torpe entendimiento;
por mas que, á costa del sueño,
niego á la cama el tributo
y decorando sin fruto
soy más incapaz que un leño,
la primer conjugación
aun no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi lección.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre
sin saber un tiempo solo?
Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por experiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años,
mas que mi madura edad,
para que á mi padre ablande
y que estudie lo me mande
con tanta incapacidad,
cielos, mas memoria os pido,
porque soy siquiera amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina,
pensar en ella es mi gloria,
y si es para mi memoria
su imagen anacardina,
sealo, estudios, tambien,
para que en mí os autoricen,
que nunca se contradicen
saber bien y querer bien.
Ya es hora de dar lición;
presto el preceptor vendrá,
mas ¿qué le aprovechará
si en mí sus preceptos son
lo que en el yunque el martillo?
Ahora bien, decorar quiero
aqueste tiempo primero.

1 Intervienen además El Duque de Mantua y Enrique, *Conde de Placencia*
2 De Nebrija.

¡Oh, quién pudiera confundirlo
todo sin saber de aquí!
¡Ánimo, ingenio de plomo!
Parga parece que tomo.
El verbo es de *sum, es, fui*,
el que me hace trasnochar
(Comienza a estudiar poniendo los libros sobre el Arte.)
y me ocupa el tiempo todo.
Vaya indicativo modo,
en el modo de mostrar.
Tempore presenti dice, *(Hace)*
luego, en el tiempo presente
como aquesto se me asiente
al preceptor satisface.
Dice luego, *sum*, yo soy,
es, tú eres: adelante
Est, aquel es. ¡Que estudiante!
Aquesto basta por hoy
como el singular decore,
mañana sabré el plural.
¡Que deprenda yo tan mal,
y que tan bien me enamore!
Cierro el *Arte*, y de corrida
quiero. ¡Que mal me acomodo!
Vaya: indicativo modo. *(Pensando)*
en el modo de mostrar.
Tempore presenti, el tiempo
presente. *Sum...*, es, pues,
(Hablando)
sum, significa ... aquel es
Sin provecho gasto el tiempo
No sé abrir el libro en vano.
¡Que una cosa tan común
me cueste á mí tanto! *Sum*...
¡ah, memoria de vidrio!
(Lee) *Sum*, yo soy, pues enseña aquí
Lo que por el libro aprendo
lo olvido luego en leyendo.
¡Cielo! ¿en qué estrella nací?
¡Ah, gramática maldita
(Tirando el Arte)
malhaya quien te inventó!
Sin ti soy para tí yo.
¿quién a que estudie me incita?
Vete con la maldición
Arte de embelecos llena,
de mi memoria veneno,
de mi ingenio confusión;
que ni te quiero aprender
ni contigo pena ni asombre
Si es natural en todo hombre
el deseo de saber,
y hace en mí tan poco fruto
la doctrina que me das,
no me llamen hombre más,
sino foole, estatua, bruto.
¿Hay tan desesperación?
El preceptor sale ¡ah, cielo!

ESCENA II

OTON y FULVIO, *maestro*

FULVIO. Oton ¿el *Arte* en el suelo?
Bien se sabrá la lección
OTON. Arrójale la torpeza
que en mi vil memoria ves,
que á cerrarla por los pies,
pues no entra por la cabeza.
¡Por Dios, que es hombre terrible
mi padre, pues en no atenta,
siendo en mí tan imposible
Si a un verbo no hay dar alcance
¿cuando llegare á su fin,
ni como sabrá latín
quien no sabe bien romance?
Aunque tenga padres, ya
de calidad varonil, que encierra
más valor para la guerra
que para el arte en que estoy,
y sé bien que en estos nidos,
no son mis años capaces
de esa calidad que á rapaces
maestran palmetas y azotes.
FULVIO. Señor Oton, vuestro padre
tiene, por ser principal,
más nobleza que caudal,
y porque el estado cuadre
á vuestro valor debido
que estudiéis á cargo toma,
porque sus deudos que en Roma
por las letras han subido
hasta alcanzar el capelo
prometen hacernos hombres
estudiad, y no os asombre
la incapacidad que siento
queréis, os digo, imputar
Sabe vuestro padre os ved,
que no hay cosa que no sea
difícil al principiar
De la hombría es breve atajo
el estudio; que el cuerdo ama,
porque al tiempo de la fama
se entra por el del trabajo.
Nace ahora valor a medra
la dificultad regalada,
que una gota reiterada
rompe la más dura piedra.
Pues vuestro estudio venza
la memoria hasta que alcance
lo que os crezca, pues hace
la mitad lo que comienza.
Vizcaíno, Arte de suelo *(Tirando)*
y estudiad en mí, Oton.
Ea, decid la lección
que ayer os enseñé.
OTON. ¡Yo, cielo!
FULVIO. De ese verbo, sustantivo
el primero tiempo mi edad
No os contentéis, comenzad
OTON. Comenzaré ... mi padre
será ...
FULVIO. ¡Donoso majadero!
¿Nombre hacéis á mí, yo, *fui*?
¿no es verbo?
OTON. Dame, señor,
FULVIO. Pues decid el tiempo primero
OTON. ¿No fue en ese tiempo Adán?
FULVIO. ¡A propósito estáis harto!
¡Por cierto ingenio bizarro
por cierto palo me dan!
¿No os enseñé impertinente,

los tiempos del verbo? Estaba...
OTOS. Ya... ya... no se me acordaba.
FELIPO. Pues dezíe, tiempo presente.
OTOS. El presente es bien de loco,
seguirle no le escotte.
Moneda de vellon corre
y reinan Venus y Baco.
Sabia cassa la lisonja,
es pescadilla de caña
la verdad, la lealtad daña,
la ambicion se mete monja.
Las dadivas presentacion,
ingenuidad, sinceridad,
el mentir vagamundad,
y grandeza ser ladron
y valor el que consiente,
buen seso hacerse sordo,
verde hacer la usura,
y este es, tiempo presente
y pues en la ignorancia
vence á la sabiduría,
y en mi facultad podria
ser de mayor importancia
que el atun que aprendo en mar,
con vuestra Alteza aveniendo, (Vase.)
y á mi padre le decid
que no trueco el natural
de un hombre mi libertad,
que es hacer á cada agravio,
y si me quiere hacer sabio
que me deje ser ignorante. (Vase.)
FELIPO. Es hombre de donaire y bien.
Y me huelga de un trabajo
que á tanta gente molestaba
perdiera el seso tambien.
¡Pesia, que gran matalote!
Mas ha de ser mas que le den
de latin a manos llenas,
que me abarca y me apalote
del Lascoris mas con tin
le aprendiera en media hora,
y sale con el postrera
con nominativo, *hanc*
¡Que de Otones que me miran,
discretos en la opinion,
que para el Antonias son
tamquam asinus ad lyram. (Vase.)

ESCENA III

Salen ROSELA, *dama, y* AURELIO

ROSELA. De modo contenta estoy,
que pues no hago acciones locas,
ni maestro que hermana soy
de Cesar... Muchas pocas
por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha cobrado?
AURELIO. Toda Italia le sublima
por el mas noble letrado,
que en cátedra de *Prima*.
No tiene jurisperito
Europa sabio como él,
su nombre en Bolonia escrito
por las aulas, el laurel
le ofrece.
ROSELA. (Cesa, cabalo)
con esas nuevas me das
¿Que alegre estara Honorato,
mi padre?
AURELIO. No quieras mas,
que es cabeza de Monferrato,
tiene guerra ya sabeis
que con el de Mantua tiene
mas de causa tal vez
de las paces que previene
ROSELA. Cuentame eso.
AURELIO. Gloriosa
á ganar su valor viene
Dos años ha, como sabes
que sobre la posesion
de algunas ciudades graves,
que en esta comarca son
de Italia y Mantuanas llaves,
el duque de Mantua y yo,
y el marques de Monferrato,
los dos de la guerra espejo,
con singular aparato
perturban paz y consejo,
y siendo la guerra
pareceres de letrados,
que el mas sabio tal vez yerra,
de Italia los potentados
han convocado á su tierra
Pesaban cada dia,
y con bastante cuidado
la dicha y la valentia,
en asaltos y en batallas
se abrasaba corazones,
Y son poderosos reyes
los que la paz intentaban,
la ocasion andaba entre unos,
de quien, ciegos, procuraban
sin verla, asirse cabellos.
Cansados de guerras, pues,
entre el Papa de por medio,
llamando al Duque y Marques:
y, para poner remedio
en tan pesadas vejezes,
mandó que buscar le esen
al mas ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.
Uno la diligencia prosa,
y volando á las ciudades
de Italia á la fama, avisa
á aquellas Universidades
de Perusa, Ferrara, Pisa.
Vienen letrados de Roma,
los suyos Bononia apresta,
mas, Cesaro, que les doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma.
Rindiéronse á su opinion
cuantos ser jueces quieran,
y de tan grande blasón,
pues tambien á mismos hicieran
Bartulo, Bardo y Jason.
Juez arbitro le nombraron
el Duque y Marques al fin,
y despues que confirmaron,
de dar á sus guerras fin

y pasar vos dos juraron
por su sabio parecer,
en la fiesta resuelto,
que no os adelantes rompe
Y después de haber revuelto
todo el Derecho, a vencer
vino en Duque, pero dijo
Cesar: "Tres razones
y tan eficaz hablen,
que a pesar de discursos
a los desaparezcan,
con que la cortesana Clemencia,
hija de Duque, se case
con el conde de Provenza,
hijo de Marqués, y pase
la guerra a bodas y herencias."
Vinciolos dos en esto,
y a Cesar alborotados,
en el gobierno se ha puesto
el Duque de sus estados,
y el Marqués, que se compuesto
tan a su salvo a Provenza
puesto tan largo y rendido,
en muestras de su afición
de joyas se ha enriquecido,
y una villa en posesión
y mayorazgo le ha dado,
premio de su mucha ciencia:
y para vos ha alcanzado,
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un casado,
con el esposo que os da
ved lo que el estado alcanza

ROSELA. Pues de estado me preciad,
voluntad, a la mudanza
estatuas levantaré,
Valano padre fue el ser
al mundo, que me metió
en el trato mercader
bien os en varias telas
y el sembrar por no vender
Admito la voluntad
que mi padre tenerme Otón,
ilustre en esta calidad,
creyendo de su afición
interesar la calidad
a mi sangre con su amor,
que aunque es pobre, es caballero,
pues dar de mesa su valor
y yo en tanto dinero,
fuéranse los dos parejos.
Pero, pues, tal ignoras
de mi humilde sujeción
a tan noble prenda obras
y, en fe de su mucha estima,
he de privar con Clemencia,
Otón, mude de voluntad,
que ya los cielos serenos
de mi amor se han anublado,
porque no pueden ser menos
que esposa de un titulado

AGUSTO. A eso y más puede mi arte
Cesario, de mano espero (*Vase.*)

ESCENA IV

ROSELA. OTÓN.

OTÓN. Rosela, por adorarte
dos años estudios dejo,
que al natural causa el arte
¿Qué gramática mejor,
que más noble facultad,
que ciencia de más valor
que a la que has visto en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie no mentecatos
quien como yo no se asombre,
y apoque es adjetivos,
cómo declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen a *sum, es, fui,*
sudamos de tres desde hoy,
pues sólo de ti aprendí,
mi bien, con el *sum,* que soy
triste y no vivo sin ti.
No se enoje mi padre
porque en su gusto no vengo,
que de cuadre no se cuadre
á tu amor por padre tengo
y á tu hermosura por madre
Abre el amor los labios,
contiene tu sed cautiva,
no hagas a Otón se agravie,
que mas quiero ser tu esposo
que, no siendo, ser sabio

ROSELA. (*Aparte.*) (¡Que discreto impertinente!)
Otón, pobreza y valor
no son dote competente,
mi anda ya desenvoltor
en la opinión de mi gente
Si ya que eres pretendiente,
fueras hombre de prisa, Otón,
estimarate constante,
que es tener en desprecio
y es cosa que ha valido amante
Hace el amor cien años ha dado
tantas letras, que se ven
por ellas enfadonzados,
y siendo sabio no es bien
darse a un necio por casado.
De tu agudeza a mí me pesa.
Cesario me ha prometido,
por lo que en esto interesa,
que no ha de ser mi marido
quien no me hace condesa.

OTÓN. Responderé como mozo,
pues en la hacienda reparas,
hasta tan de mercader
que trates de su amor a varas
en la tienda del tener.
¿Al interés amor llamas?
Ved si es más que valor
de la voluntad que infamas.

ROSELA. Pues tú, que sabes de amor
y amor y has llegado *á amo, amor?*
Arda, vele á ser, es fe...

OTÓN. Sí haré, que es caballero,
y será siempre el que fui,
y el ser vil amo y grosero
de un terrón al que hay en ti.
Yo, soy yo.

ROSELA. ¿Dasme licion?
OTÓN. Y tu, eres tu
ROSELA. A amigugar
te vas enseñand , Otón,
mas tu amor te ha de negar
con ingrata condición,
ni a ser amante tan poco,
que mas a dar amante pasa
OTÓN. A no estimarte tan poco,
villana...
ROSELA ¿No has qu en de casa
a palos me eche este loco?

ESCENA V

Dichos y AGUDO

AGUDO. Abrevian, señora mia,
tu padre y hermano están
en casa y a Martina van
Por ellos el Duque envia
y por ti, porque madama
Clemencia te hace favor.
ROSELA. (Aparte.) ¿Es justo estimar tu amor
cuando un príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu ingrato amante desvalo
y a Cesario y a Honorato
cuenta de él quisiera dar;
mas en fe de tu desprecio
bastete, Otón, por agravio
que en venga a pagar por sabio
lo que tu pierdes por necio
Y pues de ti no hago caso,
por lo que te falta de hombre,
desvanecidos de un nombre,
mientras en Mántua me caso.
que *musa*, *muste*, te excusa,
pues mientras te corresponde,
me casaran con un conde
y a ti, amante, con musa
OTÓN. ¡Que esto sufra! ¡que esto escucho!
¡que esto causa el no saber!

ESCENA VI

Salen de camino, con botas, Cesario y HONORATO, viejo

HONORAT. ¡Ha ja!
CÉSARO. ¡Hermana!
ROSELA. Sea el placer
de la muerte cuando es mucho,
no sé, hermano, cuanto vivo.
Si honro el cabel tu cabeza,
honre mis brazos tu cuello,
en que el alma te aperciba
Ya se cuan sabio te nombra
la fama que te engrandece
que el Duque te favorece
y a mi, que estoy a tu sombra.
Ya se que el con el Marques,
por bastar a apaciguarlos,
te hacen señor de vasallos
y conde te harán despues.
Ya se que entro en la privanza
de madama, y que por ti
vienes levantando en mi [1]
hasta el cielo mi esperanza.
que á mi padre da honor
la vara que en ti merezca,
y de medio hasta agota,
ya en todo gobernador
Se que a tu sangre enriqueces,
y aunque honrarte tanto escucho,
se en fin, se te han dado mucho,
que no lo mas mereces.
CÉSARO. Yo se, Rosela querida,
lo que basta a engrandecer
mi linaje, sangre y ser
Prevenlo luego tu partida,
que te esperan dos carrozas.
ROSELA. ¿Dos?
HONOR. ¿Pues eso te ha espantado?
Yo esperaba te encontrado,
si tu padre a ti, hermana gozas,
que te hace su mujer
un Caballero un Cenzaga.
ROSELA. ¡Ay, Padre! el cielo baja.
OTÓN. ¿Que saber y conocer
todo es uno La ambicion
de estos me ha causado risa.
CÉSARO. Yo, hermana, vengo de prisa
ROSELA. Vamos.
CÉSARO. ¡Oh, señor Otón!
¿aqui esta vuesa merced?
OTÓN Cierto, es contento y gusto
que en esta ocasion es justo
CÉSARO Todo es hacerme merced.
Ya estara bravo latino.
¿como va de construir?
Veras si sabra ya medir,
no envidiara a Caicedino.
ROSELA ¡Y como! No hay quien le iguale.
Es carum, es, fui la pluma:
que tanto es que es estima,
que de sum, es, fui, no sale
CÉSARO Hace bien, que es caballero.
Estudie, haga lo que manda
su padre, que el tiempo ablanda
el ingenio mas grosero.
No le cuenta mas por mas
debe tener, muchacho es,
tiempo le queda despues
para aprender lo demás.
¿Azota el preceptor?
OTÓN. Por la buena honra fuera,
mas si el verdugo los diera
en casa de algun labrador,
fuera afrenta con la vara
CÉSARO. ¿Tan presto se ha de picar?
OTÓN. Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.
Como mercader no fui
no temo azotes por esto.
CÉSARO. Yo no me corrí tan presto.
aunque no diga por mi
HONOR. ¡Vive Dios, hidalgo pobre...
CÉSARO. Basta, padre, que la ciencia

---

1 Así en el original. Hartzenbusch corrigió acertadamente

de madama y que por mi
vienes, levantando así

es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre,
vanidad que entran ya
sus padres. Estudia, hermano,
que yo te daré la mano.

OTÓN. ¿Que de cuatro os que tendré?

ESCENA VII

DICHOS GRIMALDO, OCTAVIA Y OCTAVIO, *su esposa*

GRIMALDO. ¿Que el Arte arroja en el suelo?
¿Hay afrenta igual?

OCTAVIA. Le contra su natural
es contradecir a cielo.
Si el estudio a Otón repugna,
no le pases, acero
ni al pecho que sea acero.

GRIMALDO. No es para esa ni ninguna.
¡Vive Dios! que ha de guardar
los ganados en la aldea

OCTAVIA. No harás tal, que aunque no sea
capaz Otón de estudiar,
es vuestro hijo, y vos su madre,
y es bien que ande en traje noble.

GRIMALDO. ¿Hay cosa en bruto, un roble?
¿yo de un mentecato padre?

OCTAVIA. ¿Que sabes si os la ventura
que Dios en él tiene guardada?

GRIMALDO. Que esto por pluma ni espada.
Octavia, no has de procura.
¿Que por estar cerca hablara
para conseguir valor?

OCTAVIA. El nuevo gobernador
es el que presente está,
Vuestro tío, mi retrenado.

GRIMALDO. Antes me cuento de ver
que un hijo de un mentecador
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes,
con una parva casa
todo su caudal, hoy pasa
desde el azada a las leyes.
¿Que por su estudio presuma
ganar honrosos blasones
destruyendo ayer terrones,
y hoy laureando su pluma,
y que este bárbaro ultraje
mi sangre en su rudeza,
y cuando en César empieza,
acabe en Cesto? Basta!
Que en se pudiera volver
a ser visto, por no dalle
el parabién.

OCTAVIA. Llega á hablalle
que le habremos menester.

GRIMALDO. Pues es ya gobernador
de nuestro Duque, es forzoso.
(*Llega a* CESARO.)
Guarde Cesto de todo,
como tan sabio consejo
el fruto pueda gozar
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha sucedo

CÉSARO. ¡Oh! Grimaldo, ¿ya, Octavia aquí?
Sobre cuál mas honesto.
gustaré haceros placer.

GRIMALDO. (*Aparte.*) ¿Placer? ¿Que nos hable así
en esto de un tosco arado?

HONOR. Cesario es gobernador
de nuestro Duque y señor,
y un título le ha mandado
Por la buena voluntad
que con vos tenido habemos.
Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera cortesía. (*Vase.*)

ROSELA. Yo, si el Duque me casa
con un conde, cual ved oso,
recibiré en mi servicio
a Otón, y honrarte en mi casa. (*Vase.*)

CÉSARO. Y yo lo mismo os prometo.
Mas, pues tan ignorante es,
hacedle que sea cortés,
ya que no podéis discreto.
No le enseñe yo su alcanza
a dar de sí testimonio,
en vez del *Arte de Antonio*,
el de la buena crianza (*Vase*

ESCENA VIII

GRIMALDO, OCTAVIA Y OTÓN

GRIMALDO. ¿Que esto haya yo consentido
y caballero me llame?
¿Que de esta suerte un infame,
cielos, me haya respondido?
¡En viejo tal cosa!

OCTAVIA. ¡Ah, fortuna, toda extremos!

GRIMALDO. «Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera cortesía».
¡Por cuatro letras que sabe!

OCTAVIA. «Si me hubieras menester
gustaré haceros placer».
¡Arrogante, necio y grave!

GRIMALDO. ¡Infamia...! ¡Que esto pasa
y no pierda yo el seso!
«Antes bien en mi servicio
a Otón honrarte en mi casa».
Y por última venganza
infame, para afrentarte
me dicen que en vez del *Arte*
te enseñe buena crianza
La del campo es la mejor
un labrador estudiante
te infama, torpe, ignorante
Desde hoy serás labrador,
que si á ser noble comienza,
quiero, pues que te envilece,
que por donde acaba empiece
que así no sientas vergüenza.
¡Hola! (*Llama.*)

OCTAVIA. Grimaldo, señor,
sosegad y no hagáis caso
de que en cara os mesme pase
que sabe a buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
es, como ha, os ha hablado,
vos, con lo noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de que el otro os enoje?

¿Da la fortuna que escoja
regalo a quien por él viene?
Dios me dé que este estudiante,
no sea justo que vos
queráis hacer más que Dios.

GRIMALD. Quitaosme, Octavia, de ante,
que os hare

OCTAVIA. ¿No soy su madre?
¿No es razón que a mí me acuda?

GRIMALD. Sí sois, pero estoy en duda
si le habéis dado otro padre
Desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA IX

Dichos y GILOTE, villano

GILOTE. ¡Vengamos Dios!
¿qué vagar tenemos dos?
¿Hanmos hoy de despachar?
Mandeme dar pan y queso,
y a cuenta de mi soldada
seis reales, que esta preñada
mi Torcida y parece el sesgo
de achaque. ¿De qué, diga?
De dar a cura.

GRIMALD. Gilote,
quítate aquese capote
y el sayo.

GILOTE. ¡Mas arre allá

GRIMALD Quita presto

GILOTE. Mas ¿qué quiere,
que en meter leña me canse?

GRIMALD. Desnuda.

GILOTE Desnudaranse
que no son bestias espere
(*Desnúdase*)

GRIMALD Quítate aquesa sotana,
tu, y todo, idiota

OTÓN. ¡Señor

GRIMALD. Desde hoy has de ser pastor
con vida tosca y avara.
Quita y callad, ¡vive Dios! ..
(*Desnúdase Otón*)

GILOTE. Otro danzante tenemos
Mas ¿si quiere que riguemos
a los batanes nosotros?

OCTAVIA. No se debe sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista
Cada cual su trabajo asista
tosco el tosco, sabio el sabio.

OTÓN Señor, si se me permite
mostrarme siempre extraño ..

GRIMALD En el estado de mi edad,
cuando el trabajo compite
con el más delicado ocio,
no resisto la grosería,
porque en la pesadumbre
la hembra ha puesto su estima
Vístete esos hopalandas

GILOTE. ¿Compráme yo capas?
Tres varas tién de buriel.
(*Vístese una de pastor*)

GRIMALD. Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
a hablar romances latín:
con que afrentándote están,
pues sabien lo que tú debes

GILOTE. Es verdad, tal me hago
la barba de Hesiodo
Mas de esos ¿qué pan se cuecen
mi capote? ¡Aquí de Dios!

GRIMALD. Esta ropa es para vos

GILOTE. ¿Qué dice? ¡Oh, que bien!

OTÓN. (*Aparte.*) ¡Que esto un padre permita!
Su respeto me acobarda

OCTAVIA. La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia sola ella.
No en las letras solamente
consiste, Otón, nuestra alabanza
nuestra buena crianza.
Ser docto suele hombre inútil
por lo impertinente sabio,
sus faltas ventureando,
y aunque le conozca su agravio,
el contento se asegura
con decir, y verdad es,
no haber deslealtad presente.
siempre es nueva la ventura
Ya sabes muchas veces esto:
la grosería a sabio precia
tanto, que suele ser hecho
para ser grosero hoy
Dete Dios hoy, ventura,
que en la cabeza ordenamos

GRIMALD. Si estas lecciones dadas,
¿tras que aprendemos procura?
Ve te con Gilote a arar,
deja el estudio
que inquieta, y ve a labrar,
que no sabes más de ser
Padua, afrentado por
de la boca de un villano

OTÓN (*Aparte.*) ¡Cielos, qué es tiempo vano,
que me hayan de afrentar así!
Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuenta que eres
Padua, afrentado por
de la boca de un villano

GRIMALD. ¿Mientes? Mientes. Tú eres
hijo de algún gran pastor.

OTÓN Madre ...

GRIMALD ¿Tu de mi casta?
Ven

OTÓN Obedeceré ciego

OCTAVIA Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta
(*Vanse y queda Gilote*)

ESCENA X

GILOTE

Heme aquí a mi envidiado.
¡Que pa de Dios sea yo
Torcida! Si, que parece
unto de sea preñada
Mas no, que se hace el santo,
morder del pescuezo al cura,
porque vea la criatura
y a ver no le crezca el otro,
hermano es agudeza

muéstrame á mí, en cuyo uso,
que estás valiente mientras son
que estés loco en la cabeza. (Vase.)

ESCENA XI

CRISELIO y LISENO, retirándose.

LISENO.

Si ciegate, señor.

CRISELIO.

Mozo, Liseno,
es mejor que vayas desapercibido
Si acaso, en tales casos, se previene.
¿Cómo pudiera yo dar alcance
Dos años ha que sirvo, y hace poco
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y deseos,
por pagar amor con amor, me pagan celos.
De duque vuelve Marqués este primo,
acreceptar de su pretensión
con el de verme. Yo, Liseno, no reprimo
el fuego riguroso de mis celos.
Sirvo en estas grandezas, y amo mucho
de amor que blanco el blanco,
cuando á Clemencia casa por mí ofrecida,
en lugar de Roque se ofrece á Lisa
¿Y Liseno, á Clemencia se opone?
¿Qué importa que de Roque sea sobrina?
¿Qué importa que su dote valga la mitad
menos á nuestro amo, que á otro no menos?
Estoy loco, estoy ciego, estoy perdido
Que en cobrar Clemencia voluntad,
no siente agravios, ni de veras ama
¿Porque en Clemencia, y en mis celos dama?
Decía, Liseno, que no hallada tierra
me da la muerte agora.

LISENO.

¿Señor?

CRISELIO.

¿Clemencia
del Conde, y yo, cuando de la guerra,
que en la ausencia de mi dueño ha ocupado
¿Yo, el autor de mi pena, á la disculpa?
¿Yo, el color de mi sentencia?
¿Yo amante sirvo á quien tanto me atrevo?
¿Yo, que hallo, y no hallo en mi cuidado
Esta es la razón que cierra mi escudo
Perdone el Duque si por hacer paces,
al Conde da de mi traición el fruto

LISENO.

Nodes veces, señor, mira lo que haces

CRISELIO.

Amor venza mi ambición, porque astuto
á mi esperanza ama la ocasión.
Yo estorbaré que el Conde de Plasencia
á Madama herede, y case con Clemencia.

LISENO.

Ya cualquiera remedio vendrá tarde
pues á esta casa [illegible]
Ya Padua en el aposento de la sala,
donde el Duque y Marqués han concurrido

CRISELIO.

Siempre falta ocasión al que es cobarde,
y sobra tiempo al diligente atrevido
Yo haré que en no casarse se resuelva,
aunque la guerra á sus pasos vuelva.

LISENO.

Al Conde de Plasencia está aguardando,
que hasta aquí ha dilatado la fiesta,
y si tan presto llega, no se cuando
podrás á no casarse persuadirla

CRISELIO.

En un hora se vea Troya abrasando
sólo un tiro murallas apartilla.

LISENO.

Madama sale.

CRISELIO.

Amor, valiendo obra,
que á quien valor no falta, el tiempo sobra

ESCENA XII

DICHOS, CLEMENCIA y CLAVELA, *de camino*, y RAMÓN, *criado*

RAMÓN. De que el Duque se sea servido
de [illegible] á la fuerza,
[illegible], con [illegible] a vuelta
[illegible] he tenido.
[illegible] Plasencia,
[illegible]
[illegible]
tu esperanza [illegible].
Dichoso pleito, por Dios,
[illegible],
[illegible]
[illegible]

CLAVELA. [illegible] guerra,
[illegible]

CLEMEN. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

CLAVELA. [illegible]
CLEMEN. [illegible]
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
[illegible]?

CRISELIO. (*Ap.*) Favoreced, dicha mía,
mi mentirosa cautela,
que [illegible] al desposado,
[illegible].

CLEMEN. [illegible]
[illegible]

CLAVELA. [illegible]
CLEMEN. [illegible]
¿Qué [illegible]?

CRISELIO. Descansar
de camino no será justo,
que [illegible] contra el calor
RAMÓN. Contra el calor que hoy abrasa
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y el [illegible] al bosque que abraza
deleitosa pesca y caza.

CLEMEN. Pasat iempo vuestro, en fin.
RAMOS. Y desseo de serviros
con vuestra hermosa presencia
CLEMEN. Pase de sala la gente: iré a
ver con quien comunicarse,
que par Dios gatturemos.
RAMOS. En tu de essotras están sus puertas
con ventanas y abiertas
que casi es de que tenemos
por huespeda a vuestra alteza
cerrarse fuera traycion.
CLEMEN. Nunca vuestras cortesías, Ramon.
RAMOS. Para vos no hay fortaleza.
Dormid, señora, segura (Vase.)
CRISELIO. (a Clem.) Un poco tengo que hablarte.
CLEMEN. Despues.
CRISELIO. Ha de ser aparte.
CLAVELA. (Ap.) ¿Mas que pedirla procura
que sus bodas regocije
con las mias, que me adora?
CLEMEN. ¿Vaste, prima?
CLAVELA. Adios, señora.
(Ap.) (¡Ay, si fuese lo que dije!)
(Vase.)

ESCENA XIII

CRISELIO y CLEMENCIA

CRISELIO.

No quiero con preambulos decirte
lo que la presa me pide ponderarte,
pues basta mi lealtad a persuadirte
y el tener yo en tu sangre tanta parte.
Sólo quiero darte puesto de servirte,
si mi amor es digno de tu parte
hagas de él estimacion de manera,
que quien viene de paz a hacerte afrenta
Entre el duque y marques de Monferrato,
despues de dar en la faccion sentencia
fingido se hizo el amistoso trato
de darte por esposa al de Plasencia;
mas él, celoso y sin duda ingrato,
contra la fe y del deudo reverencia
al Papa, que en las paces se interpuso,
a vengarse a tu costa se dispuso.
Hoy, que viene por tu, se determina,
forzandote, al enemigo sangre y casa;
que tanto puede el odio y vana ruina
la enemistad de los descendientes pasa.
No á ser tu esposo viene, ni enamorado
tenerte amor, cuando en furor se abrasa,
sino hacer con las paces, tenerte dado,
lo que con tantas guerras no ha podido
Enrique su padre, que, imprudente,
antepone á la honra la venganza,
y en esta torpeza ha puesto gente,
porque su alcance la traicion alcanza;
y dando en tan grave accidente,
de medrar por ti nunca esperanza.
Por esto confesando te recibe
regalos te hace y bodas te apercibe
De buen original se todo esto
Fabio, mi hermano, que al de Monferrato
sirvio de capitan, por haber puesto
amistad en los dos el largo trato,
viendo tu honor en riesgo tan honesto,
me escribió este suceso con recato
y temor que el Marques corta a tenga,
porque con tiempo tu favor prevenga
Mira lo que has de hacer.

CLEMENCIA.

Criselo amigo,
deudo eres mio, por tu cuenta corre
la honra que a perder vendras conmigo
cuando esa infamia mi nobleza borre.
De que verdad me dices es testigo
el corazon de sangre, que socorre
con avisos del daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene
Sin conocer al Conde de antes fresco;
que asi con su traicion me desden cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO.

Defenderla ofrezco.
Encierrate, señora, en esa cuadra,
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevenì una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con que puedes estar segura
Si, mientras vuelvo, regalas tal Conde,
hazte fuerte y da voces, que al instante
sere contigo y con mi gente en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.
La puerta del jardin que corresponde
al bosque y está abierta, es importante.

CLEMENCIA.

¿Avisaré a Clavela?

CRISELIO.

No, señora;
que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA.

¡Oh, Conde tementado!

CRISELIO. (Aparte.)

(Amor, ayuda;
que si a Clemencia vence mi consejo
y asegura el amor que he puesto en duda,
á ser del Duque sucesor me atrevo
Mi gente esta en boscada, porque acuda
al amoroso robo. Dos sucesos
me llaman mi esperanza y prudencia:
segundo Paris soy. Adios, Clemencia. (Vase.)

ESCENA XIV

CLEMENCIA

De la poca voluntad,
Conde traidor, que te tengo
a sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad
que entre tu sangre y la mia
ha asumido a Lombardia,
y la costumbre y bajeza,
que en ti es ya naturaleza,
Vives pensamientos tan
Aunque en parte estoy contenta
de tu intencion al reves,
pues me impide el ser tu esposa

Voz. (*Dentro.*) ¿De dónde viene, dad cuenta
á madama.
CLEMEN. ¿Voces, Dios? ¿que es esto?
Mi peligro es manifiesto
y afrenta, pues la ocasión
el traidor, que no podrá
Creerse que he vuelto tan presto.
La puerta cerré con llave;
más de que se vuelva, ¡ay, cielo!
si da con las horas sabe?
Examino, noto, acabo
y no le creo: es cierta.
Ay, Dios que salen á prisa
de este, y aquí en duda
que por darme á mí ayuda
quizás que esta es la abierta?
Por ella debe de agarde
su vil respeto: no hay
buscalle será mejor
que hallarle si viene tarde.
Más da el temor cobarde,
si tras él voy que dejo
mi partida? Pero ingrato,
contra el Marqués que le apoya
será mi intención de prueba
tu Placencia y Monterrato. (*Vase*

ESCENA XV

Salen OTON *con un gabán de campo*

Umbrosas arboledas,
avarientas al sol, al aire francas,
pues le impedís que vuestros troncos dore,
fuentes que jamás quedas,
rubias arenas entre perlas blancas
claras donde Narciso se enamore,
á que os hable y adore
me envía el desprecio,
si no rehusais que os acompañe un necio
Ya que letras no entienda
en que la gente funda sus caudales,
sabe mis ingenios y establece grados,
en vosotros aprenda
mi dicha, pues sus obras naturales,
por el Abril cubiertos encadenados
dan á mis cuidados
por fin de mis congojas
las aves, plumas, vuestros ramos, hojas
Si de Reseda amante
un tiempo la adoré, y en su hermosura
fundada la amistad en toco á mudanza,
mi parcela arrogante
en vuestras hojas, flores y frescura,
y luego en el favor, en confianza,
que contra la esperanza
de la hermosura ingrata
trueca el oro de Dios en plata
Dad, árboles, sombras,
montes á reyes, cuidados seguros,
aves, pájaros, peces, pues le gozan
Mi madre me desampara
que busque mi ventura á la ventura,
pero, si en esto acaso demora
¿cómo me declara ahora
que es tormento dilatado
el ser á un tiempo noble y desdichado

ESCENA XVI

OTON y CLEMENS *de capatillo, bastón*

CLEMEN. Pastor, ya quiero, serrano,
si se halla alguna nobleza
en tu humana rustiqueza,
que la vez entre villano
se hospeda más cortesía
mejor que en la sangre clara,
socorre, ayuda y ampara
á quien de ti su honor fía
Escóndeme de un traidor
que mi deshonra pretende
y con la venganza ofende
las prendas de su valor
Mira que se acerca aquí
quien solo intenta herirme espera
OTON. Si la ventura viviera
como la nobleza en mí,
no me dierades, hombre
con que me habeis ayudado,
pero soy tan desdichado
que aun no merezco ser hombre
¿Que temeis os acometa?
¿Que os agravia quien es?
CLEMEN. No te acuerdes después
Si tenes cosa de España,
en esa selva puede estar
á quien un traidor asecha,
que podrá ser, si le halla
como dices, la ventura,
que por mí, sus muchas
OTON. No me ofenda entre tantas
nobleza y sus cortes,
aunque á las letras dadas
Una gran casa aquí cerca
de un padre, que por castigo
de que el estado no sigo,
que no se hereda mi hacienda,
en este traje me ha puesto.
Entre cuanto os refiero,
y si os ve, sea posible
que os maltrate, descompuesto,
sospechando se halla os hevo
lo que en mis años propios
en pan en las bocas bebo.
Mas, venid, que viene siguiendo,
y siendo de la ventura,
de manera el sitio ocupa,
que cualquiera mientes agravia
quien á los de nobleza,
pague al valor que me esfuerza
al traidor con que os asalta,
que aquí os ofrezco la
esfuerzo y brazo fuerza.
Venid, que harta dicha ha sido
á que ya me favorece,
pues defendeis nuestro
CLEMEN. La que el hado ha ofrecido
se ofrece, pues generosa
dudas de defender un agravio,
hacerle, ya que lo sabes,
por la menos ventajoso.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen GRIMALDO *y* OCTAVIA

GRIMALD. Yo le haré que tenga seso,
pues no le puedo hacer sabio:
¿tras ignorante, travieso?
OCTAVIA. ¡Grimaldo!
GRIMALD. ¡Con buen resabio
ha salido! Estará preso,
vive Dios, hasta que olvide
las pasiones que ha trocado
por las letras que despide.
¡Bueno! ¿Otón enamorado
cuando en el campo reside?
¿Mujercillas en mi quinta?
OCTAVIA. Esta es una labradora,
no cual vuestro enojo pinta.
GRIMALD. Echalda, Octavia, en mal hora,
o la que traigo en la cinta,
dándola de espaldarazos
mi colera amansará.
¿Qué mucho si en tales lazos
gasta el tiempo cuando da
al amor torpes abrazos,
que no lo que estudia sepa
ni haga cosa de valor?
No hallo yo pecho en quien quepa
el estudio y el amor,
que de la virtud discrepa.
La torpeza no conserva
letras con que el sabio viva,
de los vicios contraverba,
que si Venus es lasciva,
por eso es virgen Minerva.
¡Bien en la quinta se emplea!
Con tan buenos cartapacios
estudiando en el aldea,
olvidará los palacios
que el ocioso amor pasea.
No me repliquéis, Octavia;
preso ha de estar despedid
esa mujer si no sabía.
OCTAVIA. Desenojaos y advertid
si Otón con ella os agravia,
y castigalde después
que lo hayáis averiguado.
GRIMALD. ¡Que siempre en las madres es
el amor desatinado!
OCTAVIA. Como no hay otro interés
que premie lo que nos cuesta
un hijo, sino el amor,
mas sus fuerzas manifiesta.
GRIMALD. ¿Queréis indicio mayor
de la afición deshonesta
que Otón tiene a esa mujer?
Pues advertid el cuidado
con que vive desde ayer
que en casa se ha acomodado,
que yo he procurado ver
si a solas se hablan, y han sido
tantas las muestras y tales
de amor, que me han persuadido
a que en lazos desiguales
se han de casar, si no impido
este desatino luego.
OCTAVIA. ¿Vos lo visteis?
GRIMALD. Yo, que sé
las propiedades del fuego,
que aunque de lejos se ve,
da luz y es para sí ciego.
Por eso en el fuego ha puesto
amor su esfera, y ansí
despedida, Octavia, presto,
y dejadme hacer a mí,
que yo me entiendo.
OCTAVIA. ¿Qué es esto?

ESCENA II

Dichos, y salen el CONDE ENRIQUE, *el* DUQUE, *viejo,* CRISELIO, CLAVELA, ROSELA, CESARO *y* RAMÓN, *todos de camino.*

DUQUE. (*Al Conde.*) Si con alguna traición
no provocáis mi paciencia,
mirad, conde de Placencia,
que usáis mal de la ocasión
que el cielo da a nuestras paces.
¿Qué es de Clemencia, que en ella
mi vida estriba?
CONDE. A perdella
los sentimientos que haces,
gran señor, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora
ha de padecer. No mandes
impedirme de esa suerte
la ventura que intereso;
que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte
la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.
CRISELIO. Conde, en vuestra fortaleza
estuvo Clemencia hermosa.
Para la amorosa entrega
de estas paces la lleve
y en la cuadra la deje,
que su depósito niega.
Hallar la puerta cerrada
y abierto el falso jardín
del bosque, si no es a fin
de alguna traición pensada,
no sé lo que conjeture.
DUQUE. El alcaide es deudo vuestro;
y como en ardides diestro,
no me espanto que procure
en mi agravio la venganza
que posponéis al amor.
RAMÓN. Yo nunca he sido traidor.
CONDE. Ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás
a que de industria no haces,
para deshacer las paces,
que eternas fueran de hoy más,
Duque, aquese estratagema,
que estarás arrepentido
que siendo yo su marido
peligros de amor no tema;
y para que no la goce
la habrás mandado esconder.

DUQUE. Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce.
Y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto.
Conde, vuestra guerra fiera
que me obligue á compromisos
ni á usar de tales engaños.

CONDE. Truecan los maduros años
faltas de esfuerzo en avisos,
é intentaréis deshacer
lo concertado con eso,
pero esté el alcalde preso,
Duque, y en vuestro poder
mientras se sabe quién es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia.
Veremos si mi interés
ó el vuestro queda culpado.

DUQUE. Soy contento.

RAMON. ¡Gran señor!

CRISELIO. (Ap.) ¿Qué es esto, confuso amor?
¿Cómo os me habéis malogrado?
Mientras por mi gente fuí
y con engaños traté
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.
Pero un consuelo me queda,
y es que no la gozará
el Conde, ni amor, guerra
que mal mi industria suceda.

CÉSARO. (Ap.) Mi dicha se desbarata
si Clemencia no parece,
que el Duque que favorece
mis letras y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el Marqués de mí hará caso.

ROSELA. (Ap.) Con mi desdicha me caso
si no me vengo á casar
con el Conde imaginado.

CLAVELA. (Ap.) Si mi prima falta, cielos,
aunque sosieguen los celos
que ella y Criselio me han dado,
como el Duque no sosiegue
¿qué gusto podré tener?

GRIMALD. ¿Qué causa ha podido haber
para que á mi quinta llegue
ansí el Duque alborotado,
con el conde de Placencia?

OCTAVIA. Si no parece Clemencia,
bastante ocasión le han dado.

ESCENA III

DICHOS, *y sale* CLEMENCIA *en traje de pastora.*

CLEMEN. Pues los cielos te han traído,
padre invicto, Duque justo,
á esta quinta, asilo sacro
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
en azar cuellos pretendas
que se aborrecen por uso
Antiguas enemistades,
desde tus padres augustos,
al marqués de Monferrato
dan tiranos atributos,
que los odios que se heredan
(cual muestran ejemplos muchos
han menester Alejandros
que desenlacen sus ñudos.
La autoridad sacrosanta
del Papa, que se interpuso
entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo,
que no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
solo de verlos desnudos,
pero, prudente y piadoso,
armas á libros redujo,
asaltos á tribunales,
guerras á pleitos confusos,
criminales competencias
á civiles estatutos,
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por ti la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo
que estableciendo amistades
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas.
¡necio arbitrio, aunque seguro!
Concertadas ya mis bodas
y reducidos al culto
del amoroso Himeneo,
á celebrallas me trujo
Criselio, á una fortaleza
donde el engaño dispuso
que saliese á recibirme
el conde Enrique, perjuro.
Dejáronme en una cuadra
en que, obediente á tu gusto
y rebelde el mío (que amor,
en fe que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no ve, no da tributo
porque es más sordo que ciego)
estaba haciendo discursos,
ya en pro, ya en contra, hasta tanto
que venció el cansancio, y pudo
rendirme á pesar del miedo
en brazos del sueño mudo.
Soñando estaba verdades
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardín (que si da fruto
debe de ser en traiciones)
el Conde, París segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un ñudo
á la boca que intentaba
obligar al favor justo
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que sin alas
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,

y díjome: «Aquí procuro
vengar antiguos agravios
mientras que tu honor injurio
No letrados con sobornos
piense tu padre cautelo
que quiere enemistados
sentenciando en favor suyo.
A la fuerza de tu honor
voy cautamente rendido
cautelam que esperabas,
vuelven en afrenta su yugo.
Con deshonrarte me vengo
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que esta que ha tanto que busco.»
Dioses, pidiendo al cielo
rayos, que vengan verdugos
contra tan graves ofensas,
mi honor de asen seguro
Oyóme un labrador,
en cuerpos viene robusto,
puesto que noble en los hechos,
á quien mi queja atrevo,
que con un tosco cayado,
despojándome inhumano duro,
contra el bárbaro atrevido
salvó á mis quejas de escudo,
y sin temer los traidores,
cobardes, puesto que muchos,
testigo de sus hazañas,
hizo los montes mudos.
Huyó el traidor afrentado,
siendo testigo su oficio,
que no hay valiente traidor,
pues tantos temblaron de uno.
Y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restaurando en mis gustos,
y asegurando recelos
de Carmañola, padre suyo,
me visto de labradora,
engañas en cuanto al vulgo
De este modo, gran señor,
desde aver ocasión busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.
Si el torpe desmudado
niega en su mente asalto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos negados
Es armada desde hoy más,
y de enemigos perjuros
no te fíes otra vez
cuando aborrecen por uso:
que mal firmo has de pedir
que retroceda su viso,
al que engendre blasfemias,
ni que desarmados brutos.
La enemistad heredada,
si á mi ejemplo acudo,
es otra naturaleza
Con el presente te arguyo
armas, valor y hombres tienes,
vuelva el acero desnudo
á dar filos á tu agravio,
á asaltar traidores muros,
que primero que me obligues
á su aborrecido yugo,
dando me muerte violenta
cubriré á Mántua de luto.

DUQUE.

Bárbaro Conde, ¿qué descuida tienes,
que á descargarte de este insulto baste?
¿Armado á celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste,
que pues defensa á tu traición previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no guerras
que en fiestas, á mis sin sospecha traidoras,
¿lo que con tantas guerras no has podido,
intentas con traiciones, y bizarras
de ilustre, de cortés y bien nacido?
A tus armas añade esas coronas
Con el Papa y con Dios tengo cumplido.
Tú mismo, contrario traidor, pregonas
la guerra en que ha de ser muerta, retrato
de Roma por Nerón tu Monferrato.
¡Viven los cielos y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,
y amparando traidores crece y medra!
Hablarálo cuando la derribe,
en vez de gente, sí blanca yedra,
que siempre verde en ti de tu castigo,
de mi justa venganza sea testigo.
Vete á tu padre, como tu, engañoso,
y podrásle decir cuando le avises
de tu intento burlado y cautelloso,
que deje engaños para el griego Ulises,
y que si sale á campo belicoso,
las hierbas teñirá que huyendo pises,
con más copia de sangre que dio Italia
á los trágicos campos de Farsalia.

CONDE.

A no saber que con tan vil engaño
de darme á tu Clemencia arrepentido,
tus embustes redujeses en mi daño,
con aquesa mentira prevenido.
fácil pudiera darte el desengaño,
y de mi amor honesto persuadido,
mostrar que en causa aquese trato doble,
quien su sangre envilece y quien es noble
Mas el amor vence que es razón estime
á madama Clemencia, cuya mano
pense gozar, mi cortés tepe me,
que siempre amor es cuerdo y cortesano.
Injurie mi valor, quejas intime
de que inocente estoy, llámeme en vano
corsario de su honor, que en su decoro
no podré decir más de que la adoro,
y que pues niegas Duque, al juramento
la obligación y paces ya quebradas,
no descortés, pero injuriado intento
hacer que á mi valor te persuadas,
los tafetanes lisonjeando al viento,
brillando al sol las hojas aceradas,
dando voces las cajas, mi justicia
publicarán mi amor y tu malicia. (*Vase.*)

1 Hartzenbusch modificó así este verso
Como contrario, tú, traidor, pregonas

ESCENA IV

DICHOS, menos el CONDE DE SANGÜESA

DUQUE ¿Adónde está el Gobernador
de nuestra hueste defensa?
CLEMEN. Ese nombre le hace ofensa,
que es vasallo, es cierto, señor
El dueño de aquesta quinta,
noble, aunque pariente vuestro,
y su generosa madre
Octaviana que en Otón pinta
como en imagen el ser
de su heredada nobleza.
GRIMALD. Dentro estoy de vuestra alteza.
DUQUE. ¡Oh, Grimaldo! ¿Cómo ver
que en grados me imputa
de Conde el vil atrevimiento,
y se queja sin razón,
pero ¿qué mucho? si todos
a vestir en loco traje
a Otón, y en ser heredero?
GRIMALD. Tiene el pecho generoso,
vendrá en sí, su engaño
Quisiera que se aplicara
a las letras, y valiera
por ellas, mas de manera
la fortuna le ha dado gusto,
que en un año se ha podido
sus prendas aventajar,
y quiere castigar,
de su gente amada ofendido,
con temeroso retirado
aquí donde oculto asista
y el traje grosero vista
con su ingenio conformado,
que quien no sabe ser hombre
no es bien que con hombres viva
DUQUE. No en sola esta ocasión estrecha,
Grimaldo, el generoso nombre
que cuesta a un hidalgo pecho,
que si todos sabios fueran
poco las armas valieran
que tantas veces han hecho
Providencias celestiales
que contrarias en lo diverso
el dar naturales diversos
y distantes a cada cual.
Por eso son las estrellas
tantas, porque en los mortales
den del ánimo naturales,
naciendo en sus cumbres de ellas
Y pues tuvo en la elección
del hombre la fortaleza
que pretende, a Otón de ella
que ya su valor le hacen
¿Dónde está?
GRIMALD. Tengo preso
por lo que supe y me fuera
cruel, premio mereciera.
DUQUE. Imprudente andás en eso.
Id por él, que le de premiarle,
pues en tan leves deslices
cuando menos del honor.
(Vase GRIMALDO)
CLEMEN. Ya yo comienzo a envidiarle.
ROSELA. Y yo, hermano, a arrepentirme
de hacerle mal español

CRISELIO. (Aparte) Los sucesos que he escuchado
han venido a persuadirme
que el engaño que finge
con ellos en la verdad
¿Si en fe de la enemistad
del Conde, en su ofensa,
por mi gente, a cuyo cargo entró
el Conde y roso a Padua?
Pero, pues, el alemania
y Otón ayuda le da,
¿qué han que dilatar? Suerte mía,
tu dicha pedí, zafiros,
ayer mintiendo acertasteis.
Sosegad, sospecha fría,
que, pues ya se desbarata
la amistad y el casamiento
del Conde, el mi honesto intento
no será contra ingrata.
CLEMEN. (Aparte) Qué buen medio hacer intento
dijeran padrinos
maestros de prudente
aborrezca a sus parientes.
Destruyese Lombardía,
y no destruya a mi sobrino
quien se vea en su valor.
OCTAVIA (Aparte) Será Otón de este día,
aunque incapaz de saber,
por mi valor extraño dichoso,
que para ser venturoso
poca ciencia es menester

ESCENA V

DICHOS. Salen GRIMALDO y OTÓN, con galas

GRIMALD. Este es, gran señor, mi hijo.
DUQUE. Otón, mucho os sois a cargo
De vuestro aumento me encargo
por capitán os elijo
de esta guerra, que mi honor
por vos tan bien defendido,
contra el Conde fementido
espera en vuestro valor.
pues si sois y desarmado
le hacéis temer y temer,
mejor le sabréis vencer
de mi gente acompañado.
OTÓN. Aunque no tengo experiencia
en semejantes empresas,
el ser en vuestro servicio
y de madama Clemencia
sobrina cuanto os deseo
que haya, gran señor, en mí.
Pero ¿yo cuándo vencí
al Conde?
DUQUE. Quereis, discreto,
disminuir el afrenta
de que os venzido se ve
por vos. Tal vez caso se,
y el premio queda á mi cuenta.
CLEMEN. Lo que en mi vida habeis hecho
no es en vano la razon.
Id sobrino, Otón. (Aparte á él)
os ha de ser de provecho
Yo os vestí de dicha procuro
dejos por entendida ya.

DUQUE. La guerra otra vez está
declarada, y yo seguro,
pues vais de mi parte vos,
y el Conde es vuestro vencido.
OTON. (Aparte.) ¿Qué es esto, cielo?
DUQUE. Cumplido
tengo con el Papa y Dios.
Pues Enrique desbarata
las paces que romper quiero,
y haciendo en mi heredero
atentar mi sangre trata,
nadie culpe mi venganza
si castigo á un desleal
Otra vez sois general,
Criselio.
CRISELIO. La confianza,
gran señor, que de mí hacéis
castigará al Conde ingrato
destruyendo á Montferrato.
DUQUE. Con vos, Otón, que creyeis,
primo, por tener prendado
á César, que es esperar
de Italia, y con el consejo
de tan tan sabio letrado,
vuestro esfuerzo y su prudencia
juntas harán extremada,
en vos, primo, con la espada,
y en César con la ciencia.
CESARO. Yo procuraré, señor,
sacando de verdadero
trocar estos por aceros,
reconociendo en favor
de que la lealtad escalas
que en tan alto os tiene el cielo.
DUQUE. Libro es la guerra también,
las espadas son sus hojas
Pues sois en las unas sabio,
sed en las otras valiente.
Tanta es la sangre caliente,
con que la escribo mi agravio,
y pues por mi sentenciastes
y mi costa entendés,
id y mostrad que sabés
defender lo que estadasteis,
que si volveis con victoria,
por letrado y capitán
Marte y Minerva os darán
laurel de eterna memoria.
CÉSARO. Beso tus pies.
DUQUE. Vuestra hermana
queda á cargo de Clemencia.
Si del conde de Plasencia
la soberbia humillais vana,
un Otón la dará
mano de esposo.
ROSELA. En la vuestra,
gran señor, mi dicha muestra
que toda mi dicha está
DUQUE. Á Otón, Criselio, os encargo
ya sabeis lo que debo
CRISELIO. Seguro veis, pues le debo
en mi ayuda y con tal cargo.
DUQUE. Grimaldo, el término es mío
de toda aquesta comarca.
Cuanto en dos leguas abarca
esta sierra, valle y río,
os doy, para que juntéis
á vuestra gente esta hacienda.
GRIMALDO. Jamás tus canas ofenda
el tiempo.
DUQUE. Esto debeis
á Otón, y más lo que intento
hacer por su interesón
con vosotros.
CESARO. (Aparte.) A este Otón
temo ya
ROSELA. (Aparte.) Que medre siento
DUQUE. Vamos á Mantua, de donde
salga vuestra gente y estos tres
para postrar á mis pies
la ingrata cerviz del Conde.
CLEMEN. Yo quedo agradecida y vengada.
CLAVELA Y yo segura y honrada
OCTAVIA. Y yo, segura la verdad
que Dios te tiene guardada

(Vanse, quedándose Otón y sale Gilote.)

ESCENA VI

OTÓN Y GILOTE.

GILOTE. Diz que vais por capitán
del duco, Otón.
OTÓN. ¡Oh, Gilote!
es verdad.
GILOTE. Sin capote
el que os dé cuando en gañán,
de escolar os hizo ser
vuestro padre, no hace al caso,
pues que vistiendoos de raso
ya no le habeis menester,
volvedme el que no me hallo,
si he de hacer verdad, sin él.
Tres varas tengo de buriel:
aforradme, y he de honrallo
con mi buena compañía,
o sino pagadmelé
OTÓN. Vente conmigo y te haré
hombre.
GILOTE. ¡Bueno! ¿Eso será
hombre? ¿Pues soy yo mujer?
OTÓN No es hombre quien de su tierra
no sale. Prueba en la guerra
tu esfuerzo.
GILOTE ¿Y que me heis de hacer?
OTÓN. Irás conmigo y si fueres
valiente, cabo serás
de escuadra
GILOTE ¿Cabo y no más?
OTÓN. Conforme lo que valieres.
Hasta alcanzar la jineta
te ayudaré.
GILOTE El cargo acabo.
Llevadme por vuestro cabo,
seré cabo de aguijeta
¿Y qué hemos de hacer allá?
OTÓN Matar á los enemigos.
GILOTE. Y si los pierdes y testigos
¿quién de mí ahorcará.

1 Ahora Hartzenbusch con razón, este verso así las paces que con el duque

OTÓN. Anda, necio
GILOTE. Yo á mudar
el traje. Pardiós, que es vicio
ser medico en el efecto.
Oton, vamos á matar. (*Vase.*)

ESCENA VII

OTÓN. *Sale* GRIMALDO, y *luego*, OCTAVIA y GILOTE

GRIMALD. Agora tengo de ver
para lo que eres, Oton.
Las armas ventura son,
si mentiros el saber,
pues para aquestas no has sido,
en las letras te aventaja
Gente humilde, pobre y baja
por las armas ha subido
hasta la suprema altura
que en el Imperio se encierra
Veras seguirse la guerra
que todo en ella es ventura.
La ventura de una escala
cuerga sin riesgo la vida.
tal vez valiendo perdida
pasara por ti una bala
matandote á compañero
y dejandote seguro
caerá al foso desde el muro
todo un escuadron entero,
y la ventura piedra,
á pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la ayuda que te da
¿Quien á una posta perdida,
blanco de tanto cañon,
sino la ventura, Oton,
hace que vuelva con vida?
(*Sale* OCTAVIA.)
El que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto mas reparado,
ni la mas tartar trinchea
darán defensa segura,
si una bala se abalanza
que á todas partes alcanza
Pues esta te favorece,
usa de ella con valor
el Duque te hace favor,
en palacio se ofrece,
(del modo que en la milicia)
la ventura, en efecto,
quedarse el merito atras
y arrinconar á cualquiera
sólo medra el venturoso
No por esto te aconsejo
que del valor, que es espejo
para el noble y valeroso,
apartes tu juventud,
que aun en el mas dicha manda,
mucho mas puede cuando anda
al lado de la virtud.
Dios una ventura te dé
para que no dejes ecos
en la opinion de quien eres
OCTAVIA. Hijo llega y te daré
los brazos
OTÓN. Adios, señora,
padre, adios Vuestros consejos
seran desde hoy mis espejos
en que me mire cada hora
(*Gilote sale de vestido gracioso.*)
GILOTE. ¿Vengo bueno?
GRIMALD. (A Otón.) ¿Va Gilote
contigo?
OTÓN. Que le vale bien.
GILOTE. Yo con Oton, que no tien
con que pagarme el capote
soldado sea va de casta:
entiendo, si me corto,
OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

Salen marchando CRISELIO y CESARO.

CRISELIO. Decidme otra vez la traza
de ese estratagema nuevo;
que aunque mi eleccion la abraza,
es estraño y no me atrevo
á ejecutarle.
CESARO Esta plaza,
con las paces descuidada,
mientras que la guerra ignora,
segunda vez publicada,
no se ha dejado cuidar agora
con la prevencion pasada
Lo mas de la guerra estriba
en ardides e invenciones,
que aunque el esfuerzo derriba
murallas y torreones,
la industria el valor apriva.
Por eso estan estimada
la soldadesca de Flandes,
porque en su region helada
consigue victorias grandes
el ingenio, y no la espada.
A estas gentes inquietas
con ardides cada vez
ganan victorias discretas,
y como en el ajedrez,
se suelen vencer á tretas.
Cuanto vuestra valentia
á peligros se arrojete,
fiadme, Criselio, sera
la ventura que os promete
la traza y maña nueva.
CRISELIO. Gustome el Duque ha mandado
por vos en esta ocasion,
y yo estoy deseando nada
de ver si las letras son
[illegible] la
Duque [illegible] hace
CESARO. Que se [illegible] gente,
Criselio, desta hacer
[illegible] que [illegible]
de Mantua ha [illegible]
su [illegible]
[illegible]
que á [illegible]
cuatro soldados bizarros
á sombra de un capitan,

y en villanos transformados,
dándoles franca la puerta
de este engaño descuidados,
pondrán en vie dola abierta
dos de ellos atravesados,
y harán luego una señal
á la cual acudiremos
con dicha y esfuerzo igual,
y sin sangre ganaremos
la fuerza más principal
con que en llevando en prisión
al Marqués y al Conde, puede
mostrar, ganando opinión,
que á las fuerzas siempre excede
el ingenio y la ocasión.

CRISELIO. Alto, yo os he de seguir
como el Duque me ha ordenado.
Si no hay más que prevenir,
ya el sol su curso ha acabado;
al bosque podemos ir.
Veamos si vuestra ciencia
tiene en las armas valor.

CESARO. Mostrarálo la experiencia.

CRISELIO. *(Ap.)* Dadme preso al Conde, amor,
y gozaréis á Clemencia. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen el CONDE ENRIQUE *y soldados.*

CONDE.

Llegar Tántalo al árbol avariento,
y huir la fruta cuando el labio toca,
el líquido cristal besar la boca,
y burlalle dejándole sediento,
á la mesa asentarse el rey hambriento,
y cuando apenas el manjar provoca
al apetito, ver que el Arpía loca
alza los platos y convida al viento.
Lo mismo por mí pasa. No sintiera
Tántalo el hambre tanto, á no incitalle
del árbol la presencia apetecible.
Vi á Clemencia y perdí la. ¡Ay, suerte fiera!
que ver tan cerca el bien, y no gozalle
es hacer el tormento más terrible.

ESCENA X

DICHOS *y* ALBERTO *soldado.*

ALBERTO. Buena ocasión en las manos
te ha ofrecido la ventura
hoy te da la noche escura
á tus contrarios tiranos.
En ese pinar están
emboscados y seguros,
que de tu ciudad los muros
esta noche asaltarán.
Con ellos fuí por espía:
una salida no más
tienen: vencerlos podrás
antes que al sol mire el día.
Pega fuego al monte espeso,
y entretanto que le abraso
tus soldados pon al paso
que aseguren el suceso.
Saldrán sus ardides vanos,
y del fuego vengador
huyendo, el mismo temor
hoy te los pondrá en las manos.

CONDE. ¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

ALBERTO. Tu victoria sea testigo
de que la verdad te digo.

CONDE. Si salgo con ella, Alberto,
una jineta te aguarda.
Abrásese el monte luego.
Un amante todo es fuego:
no es mucho que el monte se arda
á imitación de mi pecho.
¡Oh! ¡quién pudiera abrasar
tu ciudad, Duque, y vengar
los agravios que me has hecho!
(Vanse.)

ESCENA XI

Salen OTÓN, *bigarro, y* GILOTE.

OTÓN. Pesárame haber llegado
tarde.

GILOTE. ¡Buena flema tienes!
¿A qué fiesta ó boda vienes?
¿Qué mesa te ha convidado?

OTÓN. ¿Hay mesa de más valor
que la que la fama envía?

GILOTE. La mesa de una hostería
es más barata y mejor.
Allí á pasto bebo y como;
que aquí en esta mortal venta
dan pólvora por pimienta
y albondigillas de plomo.
¡Miren qué conejo ó polla!
¡Fuego de Dios en cocina
donde es una culebrina
la más sazonada olla,
alemaniscos manteles
los lienzos de una muralla,
que intentan desmantelalla
pajes de tiros crueles,
sangre el vino que promete
á quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquete!
¿Qué pecados te han traído
á la muerte convidado?
De tu madre regalado,
en tu quinta entretenido,
levantándote á las once,
y aguardándote al hogar
el lomo para almozar,
no en asadores de bronce,
como los que usa la guerra:
la torreznada con huevos
ó los pichones, que nuevos
apenas pisan la tierra.
Criado entre miel y natas
sin haber visto desnuda
una espada, ¿quién te muda
que así malograrte tratas?

OTÓN. El esfuerzo suplirá
lo que falta á la experiencia;
pues no soy para la ciencia,
la guerra me ensalzará.

¿Qué guerra ¡pese á mi suegra!
si en la aldea los d santos
nunca esgrimiste entre tantos,
una vez la espada negra?
No lo echemos á perder;
demos vuelta á casa Otón.

OTÓN. Calla, necio.

ESCENA VII

Dichos, y salen el Conde y Alberto desnudas las espadas.

CONDE. La razon
de mi amor vengo á vencer,
la que el juego perd
ha consumido en la espada.

ALBERTO. Vuestra ha sido extremada.

CONDE. ¿Cómo está preso?

ALBERTO. No

CONDE. De arase abrasar,
por no rendirse en mi poder

OTON. ¿Como es esto?

GILOTE. Esto es temer,
y eso debe ser temblar

OTON. Retírate aquí, sabemos
quien sois en estos y que habeis
de Cisello

GILOTE. Yo he vendido
á darle cuerda [1].

OTON. Escuchemos

CONDE. Deja que campo despoje
lo que el fuego no ha deseco
pues es del debido derecho
de la guerra, y mientras coge
el premio de su victoria
mi gente, repara, Alberto,
en que Clemencia me ha muerto
porque viva su memoria
Con esta postrera afrenta
cerrado habeis la vecindanza
á las puertas á la esperanza
Ya no habrá quien aplaque la furia
de Duque, que por no darme
el galardon prometido,
si en las paces fementido,
trayendo aquí vino á emplumarme,
¿con agravios verdaderos,
quien venceria y prendia?
¡Ay, desatinado amor,
impedido de socorreros

OTON. Oye. El conde de Piacencia
es este, y he cogido
que Cisello esta vendido
y el adalid á Clemencia.
¡Vive Dios, que he de probar
donde llega mi ventura!

GILOTE. ¿Que intentas?

OTON. La noche escura
preso al Conde me ha de dar.

GILOTE. ¿Estás loco?

OTON. Solos dos
son cual nosotros; ¿que espero?

GILOTE. Yo, Oton, no soy mas que cero
que nada vago. Por Dios,
que no des triste vuelta
á mi Toledo.

OTON. Importuno,
si eres cero, yo soy uno,
y antes voy por diez
Enfrente, dos á prision (al Conde.)

CONDE. ¿Que es esto?

GILOTE. ¡Ay, Toledo mio!
No hay tal desde aqueste dia.
Locos de vuelta te dan

CONDE. ¿Quien eres tu que arrogante
á la locura te atreves?

OTON. Despues que mi esfuerzo pruebes
salta, y con tenes de ante

CONDE. ¿Eres Cisello?

OTON. No tengo
á experiencia mi valor
que le ha vencido á justar,
pero con mi espada ha sido.
Date á prision, o presente
no tantes mi valor

ALBERTO. Dile la muerte señor
mientras que el amo te gente
que pues habla el criado,
no viene solo el que viene

GILOTE ¡Bien mio,
de hurel Tras el mal comodo.

CONDE No dé, Duque eres soldado,
dejate ya de campaigne,
que tu captan te hace

OTON Ya la realidad que heredé
no hay interés que la obligue,
que en mi vida fui traidor
Date
(*Pelean, y pierde el Conde la espada.*)

CONDE. La espada he perdido
y en un brazo me has herido,
mostrado has bien tu valor:
Esto basta, no me lleveis
al Duque, y pide el rescate
que gustares.

OTON Disparate
es que con el otra pruebes
mi lealtad. Vas tu de preso,
y quedarás en vida aquí.

GILOTE. Vaya este rescate dí.
cortese el brazo hasta el grueso.

CONDE ¿Eres noble?

OTÓN. Y caballero

CONDE ¡Cielos! ¡despues de la gloria
de tan fuerte victoria,
tal azar! Tu prisionero
soy, haz, señor de famoso,
de mi no que mis grandezas

OTON. Todo es en vuestras manos
á quien sufre mi brazo
Ata la herida ese brazo
y esta banda aprieta al brazo,
que cortes tendrás de trazo,
ya que en las armas te vences
Y en ese caballero mio
sabe que en el de este es

GILOTE. Heme aquí á pie

[1] En el original en este momento se dice: Pero ¿qué estoy haciendo? Cisello está en Toledo, y yo me hago el cautivo. Es cosa de locos.

ALBERTO Yo te ve
A mi lado cautivo

Lleve el diablo el desafío.

CONDE. Tu nombre y hazañas trato,
aunque enemigo, me obliga
a que en tanto honor tenga.
¿Que á vista de Montserrato
me haya preso un hombre solo?

OTÓN. Tu gente temo que venga
y corro en que no detenga
peligro tu sale Apolo.
Vamos.

CONDE. ¡Ingrata Clemencia!
Cuando no quitarte vida
tu padre, por bien perdida
la juzgara en tu presencia.

OTÓN. Si con estas de provecho,
no tengas de esto temor.

GILOTE. ¿Qué te ves de mi valor?
¡Bravamente os hemos hecho!

OTÓN. ¿Yo?

GILOTE. Vos, pues.

OTÓN. ¿Detrás de mí,
cobarde, no te pusiste?

GILOTE. Siendo cierto amas temas
todo el valor que tuviste,
si no guardas tú mismo
¿cuando el cerro va detras
no vale el carnero mas?

OTÓN. Valiente eres.

GILOTE. En guarismo.

OTÓN. Gran Sobrino eres, y fuerte.

CONDE. ¿Victorioso y prisionero,
cielos?

GALOTE. Llamame todo cerro
que y te que ha habido cerote.

(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen el DUQUE, CLEMENCIA, ROSELA y CLAVELA.

DUQUE. No temo, aunque vez sucesa
de esta guerra, pues me ampara
la justicia de esta y clara
de agravios que he sufrido.
Buen general señale
vencedor Cristino has sido
mis veces defendido.
Marques, y asegure
su valor con la prudencia
de Cesar, cuerdo y sabio,
¿quien duda que de mi agravio,
juntando á su valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

CLEMEN. Y mas cuando te asegura,
señor, de Otón la ventura.

CLAVELA. Ya el Conde estará deshecho.

DUQUE. Estad de la suerte que vienen
trayendo á Mantua los tres,
y, presos Conde y Marqués,
por mí, á Montserrate tienen.

ROSELA. De mi hermano no has dudar
siendo Cesar, que presuma
juntar la lanza á la pluma
y vencer como estudiar.

DUQUE. Sí, con la victoria sale
con Cesar el Cesare.

CLAVELA *(Aparte.)* ¡Ay cielos!

DUQUE. Y conde le hare
de Regio, para que iguale
el estado á su valor.

ROSELA. Tres Gonzaga, no puedes
hacer mejores mercedes.

CLAVELA. *(Aparte.)* Si le pierde vencedor,
haced que vuelva vencido
no le deis ayuda, cielos,
salga al encuentro, cielos,
pues vuelve deseo he salido.

ESCENA XIV

DICHOS. *Salen marchando descompuestas las cajas,* CESARO y CRISELO, *de luto.*

CRISELO. *(Dentro.)* Esta es la primera vez,
mi tio duque de Mantua,
que, vencido, tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyas á descuido,
desorden, compañeros tantas
veces á mis manos tristes
tu dar á vuestras desgracias,
sino á la ciega fortuna,
que en las guerras y privanzas
por parecer mas hermosa
quiere mostrarse mas varia.
Detente por compañero
á Cesaro, con quien mandas
que estrata gemas con suerte,
pida ardides, siga trazas.
No digo y (aunque pudiera)
á diferencia y distancia
que has de' arnes á la joya,
de la barba á la celada,
cuan mal que se compadecen
barbas de blancos y espadas,
ejercitos con esquadras
y catedras con murallas,
pero diga á experiencia
lo que has de obras á palabras,
de las plumas á la pluma,
de argumentos á batallas,
que se compusos testiman,
el presente, Duque, basta,
pues por seguir á las letras
se ven vencidas las armas.

CESARO. No eches la culpa al ingenio,
Criselo, cuyas ventajas
á tu pesar reconoces
las fuerzas mas celebradas.
Cátedras es la milicia
que universidades pagan,
y á especulacion redimen
experiencias practicadas.
Me parece fue ingenioso,
y á la ejecución ligera,
Montserrato y su Marques
fuera proverbio en Italia.
Di tu que no bastan ciencias,
que pene el consejo canas,
que asalte el esfuerzo mozos,
que arrime en lo bajo
si no asiste la ventura,
porque la vez que esta falta,
ni Pompeyo entre legiones,

ni Marco Antonio entre armadas
á la fortuna de César
se opusieran, que en una barca
del Tercio, asegura á Amilas
y atrevido pretendan contrasta
Mandete confesar la gente
para que al cuarto del alba,
ganando los Marqueses las puertas
diesen al valor entrada.
Dio la fortuna envidiosa
de este afrentoso cuenta á la fama,
con tu señora enemiga,
que el mismo viento agenta abrasa,
y por el pescante de fuego
la victoria á voces canta,
no el esfuerzo, la ventura.
no el valor, sino las armas
Si no fuimos venturosos,
no culpes las letras sabias
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas

DUQUE. Basta
Vencedores venturosos,
las letras son humanos habitan,
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ayax,
pero los dos sin ventura.
La elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volveos, Cesario, á los libros:
abogad, sentenciad causas,
que no es bien paseis la pluma
de la mano á la celada
De vuestro centro os saque,
y fuera de el pesa el agua,
no traen armas los jurados
con solo un *fallamos* matan.
¿Que es de Oton?

CRISPELO. No sé si afirme
en su afrenta ó alabanza
que el temor y la ventura
previnieron su tardanza
No fue al campo.

DUQUE. Yo lo creo,
que si en el Oton se hallara
salieran con la victoria
su valor y mi venganza.

CESARO. ¿La victoria un ignorante
que en su vida ciño espada?

DUQUE. Mejor sois para fiscal
que para soldado. Basta.

ESCENA XV

DICHOS. *Tocan cajas, y sale* OTON *bizarro, y el* CONDE ENRIQUE, *sin armas y con banda*

OTÓN. (Al Duque.) Atribuye á mi ventura
y no al valor que me falta
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras
tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa,
halle al Conde que con otros
su victoria celebraba,
pedí ayuda á la fortuna,
y de suerte me acompaña,
que en fin, vine, vi y vencí.
Por relacion esto basta,
y por premio de mis hechas
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que es Zuñiga,
y que el valor resplandezca
en tí mas que la venganza.
En tu poder está el Conde:
el que es generoso paga
agravios con beneficios,
perdónale si te agravia

DUQUE. A vuestras cortas razones
y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces:
venciendo habeis otras tantas
á Enrique y restaurado
á su ser mi antigua fama
Pues me da un Conde preso,
bien será que Conde os haga
Conde sois de Val Hermoso.

OTÓN Esclavo tuyo me llama

DUQUE Crispelo, el baston os vuelvo,
y pues la dicha acompaña
á Oton, seguid su ventura.
que mientras Cesario trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha enseña,
valor tercia y Oton dicha
restaurad vuestras desgracias

CRISPELO. Castigando, señor, premias
Si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor
justamente á Oton levantas.
Con su feliz compañía,
ni fortuna contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE. Conde, á intercesion de Oton,
debajo vuestra palabra,
la ciudad tened por cárcel
sin prisiones y sin guardas

CONDE. Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que en mi tierra
de mi amistad te satisfagas.
(Aparte.) Dichosa prision, si estoy
en presencia de mi dama.
Amor, mas cierto anduvieras
si libertad la llamaras.)

CLEMEN. ¿No me hablais, Oton?

OTÓN. Señora,
poco agradece quien habla.
La suspension siempre mira,
la obligacion siempre calla.
Por vos tengo el bien que tengo.

CLEMEN. Ya sois Conde.

OTÓN. Serme basta
esclavo vuestro.

CLEMEN. Yo haré
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA. (Ap.) Pues no se casa Rosela
con mi Criselio, esperanzas
dalle, pues vuelve vencido,
pésame no, alegres gracias.
CÉSARO. (A Otón.) El nuevo título goce
vueseñoría, edad larga.
OTÓN. ¡Oh, señor gobernador!
pésame de sus desgracias.
Si hay en que pueda servirle
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.
ROSELA. No doy á vuestra excelencia
el parabién de turbada
con el encarecimiento
que debe quien tanto le ama.
OTÓN. ¡Oh, hermosa Rosela! ya
llegó la hora deseada
en que esté en vuestro servicio;
y á Otón honre vuestra casa;
pues sirviendoos de la mía,
mientras que condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el Duque, con ellos casa,
por dichoso me tendré,
no en que si se ofrece, os haga
cualquiera comodidad,
que fuera poca crianza,
sino que como señora,
me mandéis.
ROSELA. (Ap.) Diome en el alma.
CÉSARO. (Ap.) ¡Que se anteponga á mis letras
de este modo la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!
ROSELA. (Ap.) La envidia el pecho me abrasa.
CÉSARO. (Ap.) A quien le sobra ventura,
el saber poco le basta.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen CLEMENCIA *y* CLAVELA.

CLEMEN. ¿De mí, en fin, estás quejosa?
CLAVELA. Mi amor te lo certifica.
La voluntad te halla hermosa,
el interés te verifica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversación,
y ansí de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido,
victorioso, si soldado,
y si galán, preferido:
luego es cierto mi cuidado.
CLEMEN. Otro, Clavela, es el mío,
del tuyo tan diferente,
que le juzgo á desvarío.
Nunca de amor que es pariente
lograr esperanzas fío.
¡Ay, prima mía! ¡qué extrañas
somos las mujeres!
CLAVELA. ¿Pues?
CLEMEN. Porque sepas si te engañas...
¿Ves mi libre desdén? ¿ves
mis rigurosas entrañas?
¿lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?
¿lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí
que no llegó á ejecución,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Otón?
CLAVELA. Yo, prima, supe de ti
el aviso que tuviste
del Conde, tu amor ingrato;
que su venida supiste,
y que de su torpe trato,
al bosque turbada huiste;
el buen proceder de Otón,
el por qué te disfrazaste,
y por anticipación
que al conde Enrique imputaste
la no gozada traición
¿hay más que añadir á eso?
CLEMEN. A Enrique desheredado,
á Enrique sin padre y preso,
sin amigos, sin estado,
y estoy por decir sin seso,
á Enrique que aborrecí,
porque lo que soy publiques,
á Enrique ya pobre...
CLAVELA. Sí.
CLEMEN. Pues á Enrique...
CLAVELA. ¿Hay más Enriques?
CLEMEN. Prima, quiero más que á mí.
CLAVELA. ¿A quién tu afrenta intentó?
CLEMEN. No sé que eso verdad sea.
Sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.
CLAVELA. Bien sé yo
de las muestras de afición,
con que más Enrique siente
tu desdén por su prisión,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinión.
Pero hale el Duque quitado
el estado que tenía,
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardía
de tantos le haya quedado.
Si rico fué aborrecido,
no sé cómo pueda ser
cuando tan pobre, querido.
CLEMEN. Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho, ni que á un rubí
ó un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;

pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.
Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble,
al oro puro aventaja,
esa es mi estad guardada
á Dios solo y al poder,
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser
y valor á lo que es nada.
Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque á luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no más que la hechura.

CLAVELA. Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
á tu gusto y mi provecho.

CLEMEN. Mi hechura sí saldrá
si hago al Conde ya desecho.

CLAVELA. Rosela sale.

CLEMEN. Pues anda,
y no temas que pueda
pierda tu amor su demanda,
que á mi Enrique el alma di,
si bronce, va cera blanda.

(Vase Clavela.)

ESCENA II

CLEMENCIA y ROSELA

ROSELA. En busca de vuestra alteza
me trae, señora, un cuidado
que ocasiona mi tristeza.

CLEMEN. Como sea enamorado,
á comun carle empieza,
que los de una facultad
alivian su mal mejor.

ROSELA. Es, gran señora, verdad.
Mas ¿paga tributo á amor
vuestra alteza?

CLEMEN. Voluntad
tengo á quien aborrecía.
Decirme la tuya puedes
mientras yo callo la mía.

ROSELA. Segura con las mercedes
que me has hecho desde el dia
que entré en palacio, quisiera
si de mí te satisfaces...

CLEMEN. ¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA. Que fuese en unas paces,
gran señora, medianera.

CLEMEN. ¿Con quien los enojos son?

ROSELA. Dias ha que he sido amada
con recíproca aficion,
aunque agora mal pagada
de Oton.

CLEMEN. Luego ¿sabe Oton
querer?

ROSELA. Ninguno lo ignora,
ni el tan venturoso fuera
si no quiera, gran señora.

CLEMEN. Bien dices: la planta y fiera,
por dar fruto se enamora.

ROSELA. Cuando alcancé tu privanza,
te traté con menosprecio,
y con ingrata mudanza
le llamé ignorante y necio,
porque llegó mi esperanza
á prometerse por sí
dar la mano á un potentado,
que aunque plebeya nací
como mi hermano ha llegado
á tanta dicha, creí
subir donde mi ambicion
pretendió desvanecida.
Sintió mi desden Oton,
y despreciado, me olvida.

CLEMEN. Agravios y celos son
espuelas con que amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
á apagar llamas, Rosela.

ROSELA. De un hombre tan ignorante,
que aun no le admite la escuela,
¿quién pensará tal ventura?

CLEMEN. ¿Mujer eres de *pensé que*?
Desdicho has de tu cordura.
Ahora yo haré que se trueque
el aspereza en blandura
de Oton, que si te ha querido
y otra vez el fuego atizas,
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas,
no ha muerto al fuego el olvido.
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA. El viene, porque procures
mi paz.

CLEMEN. Si cuerda te llamas,
ni en *pensé-ques* te asegures,
ni desprecies á quien amas.

(Vase Rosela y sale Oton.)

ESCENA III

CLEMENCIA y OTON

OTON. Aguardando el Duque queda
á vuestra alteza.

CLEMEN. Y yo á vos.

OTON. ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMEN. Conde, ¿no muestra ser Dios
amor con vos, que se hospeda
en el más rústico pecho
como en el alma más rica?

OTÓN. No soy para él de provecho,
mas á la guerra se aplica
mi inclinacion.

CLEMEN. Ya habeis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos se encierra,
pero ya que es todo paz
y se ha acabado la guerra,
cuando reina amor, rapaz,
¿en qué solés ocupar
el tiempo?

OTON. Pues el más largo
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy á cargo
y no he de poder pagar?

CLEMEN. Vos, ¿qué me debeis á mí?

OTÓN. Todo el ser que me ha ilustrado

la privanza á que subo,
el haberme acreditado,
fingiendo que yo venía
al conde Enrique, á sacarme
de una grande al cargo honroso
con que he venido á ilustrarme,
y el haberme hecho dichoso,
¿que es lo mas que podeis darme?

CLEMEN. La dicha que es con exceso,
es deuda que el cielo debida;
yo no tengo parte en esa
fuga de Enrique la huida;
mas trayendo á vos preso,
bien habeis beneficiado
lo que dije en profecía:
el título que os ha dado
mi padre á intercesion mia,
vuestro esfuerzo le ha ganado.
Antes os soy tan deudora,
que si es la paga mejor
la que el amor atesora,
os he de hacer acreedor
de un alma, Oton, que os adora.

OTON. ¿A mí, señora?

CLEMEN. Y tan bella,
como la imaginacion,
transformada, Oton, en ella
os dió en alguna ocasion
ánimo para quereros.

OTÓN. Si no es que de mí os burlais,
no sé, señora, á que fin
mi libertad inquietais.
No os entiendo.

CLEMEN. Y hablar latin
no es mucho no me entendais.

OTÓN. Yo en mi vida tuve dama.

CLEMEN. Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis de aquestas razones
sacad que es á que os ama.

OTÓN. ¿Yo obligaciones de amor?

UN PAJE. (*Sale.*) El Duque á hablar envia
á vuestra alteza.

OTÓN. (*Aparte.*) Temor,
retirad á la ovejita.

CLEMEN. Para saber lo mejor
de esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,
con ella hablaréis.

(*Vase Clemencia y el Paje.*)

ESCENA IV

OTON

¿Que espero?
Imaginacion, si es vuestro
antojo fantasmas quereis
¡Valgame Dios! ¿Es mi dama,
para ensanchar mi ventura
de todo punto, me ama?
Mas ¿que bárbara locura,
necio pensamiento, os llama?
¿Yo de Clemencia? ¿yo amado
de quien el sol puede ser,
no original, su traslado?
Mas ¿no es Clemencia mujer?
¿Que imposibles no ha allanado
de amor el real decoro?
Dicha, de mi parte es hado,
hombre soy, mi dama adoro
como á la tierra el cristiano,
ó como á Pastrana el toro.
Retenaos, lengua habladora,
y no ofendais tal valor.
Pero ¿no me dió ella ánimo
con que he de hacerme acreedor
de un alma, Oton, que os adora?
Mas ¿por fuerza ha de ser cierta?
Sí, que antes imaginacion
transformada dijo en ella
me dió tal vez ocasion
y ánimo para quererla.»
Sí, el ánimo es menester,
cierta es la dificultad.
Ánimo para querer,
sí, no es para su verdad.
¿Para que otra pueda ser?
Pero, maguer sea necia,
¿quien vuestra voluntad contrasta?
Clemencia á Enrique desprecia,
y con ella no fué casta
Penélope ni Lucrecia.
Mas si me dió el alma
«pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis, de aquestas razones
sacad que es á que os ama»,
¿Y á quien tengo obligaciones
si no es solo á su hermosura?
¿quien ha sido la ocasion
de mis tan dadas ventura
sino ella sola?
Pues de aquesto sacar quiero
mi dama, que es cierto digo
el de esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,
con ella hablaréis» Grosero
soy, pues en esto reparo
Sí, mi dama hablar en ella
¿que dudais, ingenio avaro?
«Conmigo, hablaréis con ella»;
¿pudo decirlo mas claro?
Fuera, cuestion ociosa,
pues ahora es menester,
el ánimo me asegura
de ser Clemencia mujer
y lo que es mas, mi ventura. (*Vase.*)

ESCENA V

Salen CLEMENCIA *y el* DUQUE, *su padre*

DUQUE. Ya, Clemencia, hará por tí
lo que me pides.

CLEMEN. A Oton
casarle será razon,
pues ora á Rosela dí
de suplicarte, por ella.

DUQUE. Bien, con Otona casará,
y en Rosela tendrá
esposa discreta y bella.
Dotarela de mi mano,
porque tú la quereis bien,

y porque debo también
mucho á César, su hermano.
Mas tú, que por todos ruegas,
y casar quieres á Otón,
¿por qué á tu edad en sazón
tan honestos lazos niegas?
Ya es bien que de este cuidado
me libres, y pues sabes
obediente á mi consejo,
desde este estado
Monferrato estoso vas;
á Mántua, Clemencia, heredas,
la más poderosa quedas
de Lombardía, y podrá
cualquier rey, si el interes
ve de tu dote y belleza,
dar corona á tu cabeza
porque la mandes.

CLEMEN. Eso que fué á cargo tuyo,
que en mí no fuera razon
exceder de tu eleccion.

DUQUE. Pues si eso es así, concluyo
con que vas teniendo gusto,
mi Clemencia, un noble esposo,
no de suerte poderoso
que, atento á título de mando,
siendo rey y hombre, añada
el título de señor,
sino á quien siendo menor
que tú, la vida privada
y estado por tí mejore,
á tu gusto se sujete,
por señora te respete
y por esposa te adore.

CLEMEN. (Aparte.) Si no es este Enrique, el conde,
cielos, decid ¿quién será?
Pobre y sin estado está,
y con mi amor corresponde
Pedidme albricias si es él,
amor

DUQUE. Vergonzosa y muda,
mezcla de temor y duda
en tu silencio veo clave!
Razon será despertarte
tu esposo ha de ser, Clemencia,
Críselo

CLEMEN. ¿Quién?

DUQUE. Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mío, y su valor,
igual á sus prendas claras,
tanto, que sin ellas claras
le hiciera mi sucesor.

CLEMEN. Antes por ser tan cercano,
no le admito ni le aprecio,
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE. Ya es en vano
resistir mi voluntad,
que es tenerle ser gusto mío,
para que dispense envío
mi cuñado á su Santidad
á César.

CLEMEN. (Aparte.) Amor, ya os lloro
malogrado.

DUQUE. Este es mi intento.
Sobre sangre, casamiento.
dicen que es sobre azul, oro.

CLEMEN. (Aparte.) O será mi esposo Enrique,
y la muerte me dará.
En papel le escribiré,
Mas ¡ay! sus penas publique

DUQUE. Cuerda y obediente eres
mirando y sabe después.

CLEMEN. Como ese hombre tome des,
cásame con quien quisieres. (Vase.)

DUQUE. Ejecutaré mi gusto,
y pues sabrás mi regalo,
mas no sufrirá mi amor
que la case á tu disgusto
¡Qué grande felicidad
fuera si un padre engendrara
como en el talle y la cara,
en el alma y voluntad
su semejanza! Mas Dios
cria el alma y la da el ser,
y así es milagro el hacer
una voluntad de dos.

ESCENA VI

El DUQUE *y sale* CÉSARO.

CÉSARO. De prevenir la partida
que he de hacer á Roma, vengo.

DUQUE. Mientras que yo no prevengo
á Clemencia, persuadida
á no hacer mi voluntad,
¿qué importan tus prevenciones?
Á tus ruegos y pesadumbres
responde con libertad
que hasta el nombre le es odioso
de Críselo, y porque vea
y hacer mi gusto desea,
desde cualquiera otro esposo,
fuera de él.

CÉSARO. (Aparte.) ¡Buena ocasion
la ceguedad darme procura,
para atajar la ventura
con que me ataja esta Otón!

DUQUE. Es mi amiga heredera,
ámola excesivamente,
y aunque pudiera imprudente
forzarla á que le quiera,
mucho más debo á mi hija
que á Críselo, y entregarla
á quien aborrece es darla
no esposo, mi muerte previa
Pues tal palabra empeñada,
y de armas y vestidos,
á la falta de hijos varones,
por mujer convidada,
llevará, César, mi
Críselo, en fin, es mi prima,
por varonil le estimo,
por discreto y por leal
Se casará con Clemencia,
mi sangre se continuará,
sin que por ella pasara
á extranjera descendencia
Esta aquesta es mi intencion
que me atrevo este pedido

CÉSARO. De que no se case hasta
gran señor, la causa, Otón,

que va que á este punto llego,
traidor fuera, á no decir
lo que llegue á ver y oir.
Como amor le pintan ciego
no repara en calidad
Madama, gran señor, ama
á Otón.

DUQUE. ¿Qué dices?

CÉSARO. Madama
le muestra tal voluntad,
que si no es á Otón, no creas
que á otro de la mano y si.

DUQUE. Agora se fué de aquí,
y porque tu engaño veas,
afectuosa me pidió
que con tu hermana Rosela
case á Otón.

CÉSARO. Esa es cautela
con que sospechas impide.
Hácele tanto favor
y con tal publicidad,
que no falta en la ciudad
quien satisface su amor;
y quiérete deslumbrar
con pedirte que le cases
con mi hermana.

DUQUE. Si probases
lo que acabas de afirmar,
yo la dicha trocaría
de Otón de suerte que hiciese
que envidiosos no tuviese

CÉSARO. Á llamarle, pues, envía,
y dile que luego quieres
que se case con Rosela,
verás cual duda y recela,
y que si fuerza le hicieres
madama misma procura
disuadirte el casamiento
que te pido.

DUQUE. El sufrimiento
á estos tiempos es cordura.
No ha Otón de perder conmigo
(aunque contra el mundo pues)
mi amor mientras no averigües
méritos de su castigo.
Vele á llamar

CÉSARO. (Ap.) Sí afrentado
de mi hermana la aborrece,
y por mujer se la ofrece
el Duque, es averiguado
que ha de responder que no,
y así, queda satisfecha
de Clemencia la sospecha,
y de Otón vengado yo,
que su ventura me tiene
tal que fuera de mi estoy.

DUQUE. ¿No vas?

CÉSARO. A llamarle voy
Pero él mismo, señor, viene.

ESCENA VII

DICHOS, y *sale* OTÓN

OTÓN. Ingenio siempre ignorante,
¿de cuándo acá discurris,
conjeturáis y arguis,
si sois tan torpe estudiante?
Dejad tanta consecuencia,
y ya que hacerlas queréis,
probad que os desvanecéis
y que no me habla Clemencia.

DUQUE. ¿Otón?

OTÓN. ¡Gran señor!

DUQUE ¿Que poco
de vuestro aumento curáis,
cuando á mí me desvelais
por él?

OTÓN. Si no es que tan loco
me tenga el favor que siento,
hacerme vos, gran señor,
¿que aumento quiero mayor
que el desvelaros mi aumento?

DUQUE Ya es tiempo de que os caseis,
que se pasa el tiempo en vano;
y si ha de ser de mi mano,
como á Rosela la deis,
á su dote me obligais.

OTÓN. ¿Yo á Rosela, gran señor?

DUQUE Vos, pues

OTÓN. No me tiene amor.

DUQUE. Engañado, Conde, estás,
que en su nombre me ha pedido
Clemencia este casamiento.

OTÓN. ¿Quién, señor?

DUQUE. Turbado os siento.

CÉSARO. No dirás que te he mentido.

OTÓN. Turbóme de que madama
pida que me case yo
con Rosela.

DUQUE. ¿Por qué no,
siendo Rosela su dama?

OTÓN Mire, señor, vuestra alteza
que no pedirá por mí
madama.

DUQUE. Aquesto es así.
(Ap.) Mi sospecha es ya certeza.

OTÓN. (Ap. ¡Ay, sobrada presunción!)
Señor, que se burlaría
madama, ó probar querría
de esta suerte mi intención.

DUQUE. ¿A qué efecto? ¿no es igual
este casamiento?

OTÓN. Yo
mi digo sí, ni que no,
Rosela tiene caudal
y belleza apetecida
para cualquiera valor;
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE. ¿Pues qué hay de dificultad
en eso?

OTÓN ¿No es cosa grave
que cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Rosela, quiera ofendella
y darme esposa á disgusto
de Cesaro?

DUQUE. Por mi gusto
Cesaro el suyo atropella
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolucion
de este casamiento. Otón

OTÓN. Cayó la máquina agora.

Locura que en viento labras,
sobre arena edifique,
y aun menos, pues levante
quimeras sobre palabras. (Vase.)

ESCENA VIII

El Duque y Césaro.

DUQUE. Bien probaste tu intención.
Este es de Clemencia amante,
indicio he visto bastante
en su necia turbación.
¿Que haremos?

CÉSARO. Darle la muerte,
que el crimen de deslealtad
es de lesa majestad.

DUQUE. No pagaré de esa suerte
bien lo mucho que le debo.
Ya no pretendo casarle
con tu hermana, mas sacarle
de Mantua.

CÉSARO. Tu gusto apruebo,
aunque dejar con la vida
á quien ayer levantaste
del polvo y le subiste
á tu privanza, con vida
á que otro como él se atreva
á perturbar tu sosiego.

DUQUE. ¿No dices que amor es ciego?
Pues si es ciego quien le lleva,
y le da mi [illegible] ocasión,
cualquier yerro le disculpa.
Clemencia tiene la culpa
Echando de Mantua á Otón
y enviando á [illegible]
del despojado Marqués,
podrá Criselio después
no malograr su amor tierno
con este título honesto
los inconvenientes quite.

CÉSARO. Eso es premiar su delito.

DUQUE. Lo que le amo manifiesto.
Ven, y haré la provisión
del estado á que le envío,
y porque á [illegible] desvarío
no haga Criselio, en razón
del desden con que Clemencia
niega el pretendido sí,
la palabra que le di,
y de mi estado la herencia,
también le he de asegurar
con una cédula mía.

CÉSARO. (Ap.) Mi envidia en vano porfía
á este idiota de [illegible].

DUQUE. Crueles para [illegible].

CÉSARO. (Ap.) ¿Gobernador Otón va?
¿Mas que su estado le da
y le persigue [illegible]?
(Vase el Duque, y sale el conde Enrique.)

ESCENA IX

Césaro, y el conde Enrique.

CONDE. A buen término he venido
por vos, amor. De mi estado
y libertad despojado,
de Clemencia aborrecido;
sin deudos y sin amigos,
que de mis males se acuerden,
que los trabajos los pierden,
ó los vuelven enemigos.
Pero, amor, lo que más siento
es de mi ingrata el desden;
porque á quererme ella bien
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO. Enrique es este. Ya estoy
contra Otón determinado
no gobernará el estado,
no viva, si puedo, hoy.
¡Oh, Conde!

CONDE. ¡Oh, Césaro amigo!

CÉSARO. Con tal nombre me estimad,
que yo os diera libertad,
á poder dar el castigo
á un bárbaro que merece
y estorba vuestra ventura.

CONDE. Libertad, no la procura
mi amor, que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive
padeciendo en su presencia.

CÉSARO. Si como os ama Clemencia,
y por dueño os apercibe
el alma, no se opusiera
la necia contradicción.
Enrique, que os hace Otón,
brevemente Mantua os viera
su esposo, y de Duque airado
noble yerno y sucesor.

CONDE. ¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO. Mi hermana cuenta me ha dado
de lo que por vos padece
lo que vuestra prisión llora,
si os estima, si os adora,
y si vivíos se enternece.
Pero Otón, que al Duque hechiza,
ignorante y ambicioso,
pretendiendo ser su esposo,
á Clemencia os tiraniza.
A gobernar vuestro estado
le despacha, y en secreto
quiere esta noche, en efeto
(ved si le tiene hechizado)
que á Clemencia de la mano,
mientras Criselio lo ignora,
que como sabéis la adora
y dándoos muerte inhumano,
en tomando posesión
de Monferrato, nombralle
por su marqués y dejalle
de Mantua la sucesión.
Esto en secreto he sabido
y á decíroslo me atrevo,
porque á lo mucho que os debo
es bien ser agradecido.
De esto último nada entiende
Clemencia, á vuestro amor fiel,
porque esta noche con él
forzarle á casar pretende.
En fin, dama, estado y vida
de aquí á mañana perdéis,
si remedio no ponéis.

CONDE. Sin Clemencia, bien perdida

sea; de nuevo te ofrezco
el Duque
CÉSARO. Mejor remedio
es quitar a Otón de en medio,
que vivos persuadirle intento el
de apartar que el Duque viejo
trueque su empleo en otro
ya veis que me hace favor
y que estima mi consejo
CONDE. ¿Pues de que medios os parece
se haga, y yo esté seguro
del Duque?
CÉSARO. Pues que procuro
lo que Cesario apetece,
haced de vuestra suerte.
Esta noche a Otón matemos,
que a Cesario atribuiremos
seguramente su muerte,
que essa amante declarado,
y el Duque tendrá por cierto
que a Cesario ha descubierto
el casamiento tratado
con Otón, y que en venganza
de su menosprecio y celos
le ha muerto
CONDE. Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza:
que vuestro sea el estado,
y es cosa saludable en
CÉSARO. Quedaremos, hermano Otón,
vos contento y yo vengado. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen OTÓN *y* GILOTE

OTÓN. ¿Quedaba buena mi madre?
GILOTE. Buena, contenta y segura
de ver crecer la ventura,
y bendiciendo tu padre
el día que te engendró.
Los trigos a la cuartiga,
las vacas (Dios las bendiga),
y a Noé que las parió
señales muy cumplidas
de henchir hasta los capachos
los cestos, y a los zarzos
en llenarse las medidas
El garañón hasta los perros
gruñen para revolcar,
rebuznando de parear,
llenos de voces de becerros.
Borregos (Dios los aumente)
no entran por la puerta cabrones;
cabrones tuvo, corderos,
no quitan un pelo de verdes.
Los pardos llenos de trigos,
y las yeguas la barriga
las burras, por las orejas
unas paren, que entran otros.
Juegan los de cerrá la polla,
el barbero y el sacristán,
damas y galanes también
No hay boda en toda la villa,
ni cosa que no parezca
a todos bien con vida,
y a mí la comida parda
de ver á mi amo con dos coyotes.
¿Que has de nuevo por acá?
OTÓN. Que me casa el Duque
GILOTE. ¿Es curar
OTÓN. Resuelta enmendar procura
desdenes viejos.
GILOTE. Si hará,
mas tú ¿que dices a esa?
OTÓN. Nuevas traigo, dilo en
GILOTE. Pues quedaraste sin seso.
¿Pero vienes sabes de donde
nace ese mal, o porque es?
OTÓN. Pregúntame después;
que sabe Cesario.

ESCENA XI

DICHOS *y* CRISELIO

CRISELIO ¡Oh, Conde!
OTÓN. ¡Oh, señor! ¿a donde?
CRISELIO Vengo
al Duque, que por mi envía
OTÓN Yo y todos a buscarme venía,
porque en esta hora que tengo
de término para darme
cierta respuesta, no queda
nada ya
CRISELIO Bien os sucede,
porque yo temo en el cielo
según vengo alborotado.
OTÓN. ¿Como?
CRISELIO. Con deseo de trata
promesas que en alta
le han de alborotar su estado.
Su privanza son y Cesarea
cuando me da mano y se
gana
OTÓN. El Duque a vuestro aquí.
Si le hablaras llevad paciencia

ESCENA XII

DICHOS. *Sale el* DUQUE *con dos papeles*

DUQUE. Primo.
CRISELIO. Gran señor.
DUQUE. Otón
OTÓN Señor
DUQUE. A los dos estimo,
a vos, Cesario, por primo,
y a vos por vuestro tío
(Da cada uno un papel y
Tomad y leedlos a solas,
que son pretendidos gastos,
a vos por asegurados, a Criselio)
y por honrados a vos.
(*Vase el* Duque.)
CRISELIO. (*Lee.*) ¿Por asegurarme a mí?
Mi dicha es grande en extremo.
OTÓN. (*Lee.*) "Con el cargo que..." ¿Qué encargo,
que no acabe,
GILOTE. ¿Quedaste sin seso quedado
cada vez que se casa!
CRISELIO. ¿Es esta la merced que Cesarea
el sí de esposa me ha dado?

OTÓN. ¿Si porque á Rosela admita,
algun estado me da?
CRISELIO. Suspension, veamos ya
lo que contiene esta nota.
OTÓN. Lo que dice quiero ver
el papel que á honrarme viene.
GILOTE. Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.
CRISELIO. (Lee alto.) «Antes que os caséis, importa á mi servicio y vuestro aumento, saqueis mentirosa á la envidia que os pretende descomponer conmigo, y esto ha de ser partiendoos á Monterrato, por gobernador de todo su marquesado. Ocupad luego esa plaza, que sobre aquesta merced, cualquiera pretension vuestra caerá mejor.»—*El Duque.*
OTÓN. (Lee en secreto.) «El amor que os tengo pasa por cualquier dificultad y contradiccion, aunque haya no pocas para que os dé á mi hija Clemencia y con ella la sucesion de mi estado que procuran impedirme, y ansi para vuestra seguridad y en muestras de mi amor os doy esta firma de resguardo y mi palabra con ella, que otro no será su esposo que me here de sino vos.»—*El Duque.*
CRISELIO. ¡Valgame Dios!
OTÓN. ¡Dios me valga!
CRISELIO. ¡Jesus!
OTÓN. ¡Jesus!
GILOTE. (Ap.) Yo tambien
me santiguo, que si ven
algun diablo, porque salga,
bueno es echar bendiciones.
CRISELIO. ¿Descomponerme procuran?
LOS DOS. ¡Jesus!
GILOTE. (Ap.) Parece que curan
por ensalmo lamparones.
OTÓN. ¿A mi palabra de esposo
de Clemencia, y su heredero
el Duque?
CRISELIO. Algun lisonjero,
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido,
y para empezar á honrarme
el Duque y asegurarme
la sucesion ha querido
que gobierne á Monterrato,
y haciendome su marques
darme á Clemencia despues.
¿Qué dudo? ¿en qué me recato,
si en esta cédula corta
asegura con certeza
mi casamiento? ¿No reza?
(Lee.) «Antes que os caséis importa
á mi servicio y aumento
vuestro...?» Luego presupone,
contra quien me descompone,
por cierto mi casamiento.
Pues si el Duque le asegura,
temores, ¿qué hay que dudar?
OTÓN. Esto y mas puede esperar
el que tiene mi ventura.
Yo apostaré que Clemencia
á su padre ha declarado
el amor que me ha mostrado,
y él por hacer experiencia
del que á Rosela he tenido,
(que de Cesaro sabrá
sucesos pasados ya)
me mandó ser su marido,
para saber si la quiero,
o paso mas adelante
mi pretension que de amante
Esto en mi provecho infiero.
De sangre ilustre desciendo:
los Grimaldos y Fregosos
en Italia generosos
me dan el ser que pretendo.
No perderá calidad
conmigo su ducal casa.
(Lee.) «El amor que os tengo pasa
por cualquier dificultad
y contradiccion, aunque haya
no pocas para que os dé
á mi hija Clemencia.» En fe
de que mi ventura vaya
siempre de bien en mejor,
fácil será aquesta empresa,
pues por escrito confiesa
que me tiene el Duque amor.
Pues rompe dificultades,
pues su heredero me llama,
pues me promete á madama,
pues sois sospechas verdades,
fortuna, tened segura
la rueda sobre que fundo
mi suerte, y seré en el mundo
ejemplo de la ventura.
GILOTE. Encantado está este dia.
Hecho un papatoste estoy.
CRISELIO. Clemencia es mia desde hoy.
OTÓN. Desde hoy es Clemencia mia.
CRISELIO. Mi dicha este papel muestra.
Id, amor, y pretended
(Lee.) «Que sobre aquesta merced
cualquiera pretension vuestra
caerá mejor.» Pues por vos
queda seguro este trato
alto, amor, á Monterrato.—
Conde, adios.
OTÓN. Criselio, adiós.

ESCENA XIII

OTÓN y GILOTE.

OTÓN. ¿Fuése?
GILOTE. Ya se fue.
OTÓN. ¿Qué aguardo?
GILOTE. ¿Qué diablos tienes, señor?
di.
OTÓN. (Lee.) «Y en muestras de mi amor
esta firma de resguardo
y mi palabra con ella
que otro no será su esposo.»
¿Hay hombre mas venturoso?
¿Tan hija Clemencia bella?
GILOTE. O me despide, ó procura
decirme que es lo que tienes.
OTÓN. Vida, gusto, estado, bienes,

amor, esposa y hermosura.
GILOTE. O en que quieres dos veces,
o dime en que tres veces dichoso.
OTÓN. (*Lee*) «Que Otón no será su esposo
que no le debe ser sino vos.»
Besa, besa este papel.
(*Sentándose á leer*)
GILOTE. ¿Gánase alguna indulgencia?
OTÓN. Claro por ella á Clemencia.
GILOTE. Quien la gana bese en el
¿Que dice?
OTÓN. ¡Si tu supieras
leer!
GILOTE. Y como que sé.
OTÓN. Pues lee aquí.
GILOTE. *O, u, e, que*
Por *q* comence, ¿qué esperas?
Berlaco agüero, por Dios.
OTÓN. Suelta, torpe.
GILOTE. Leo, ingenioso
OTÓN. (*Lee.*) «Que nadie se ha de esposo
que me heredé sino vos.»
GILOTE. ¿No dice mas?
OTÓN. ¿Esto es poco?
GILOTE. Clemencia está aquí, señor.
OTÓN. Hasta en esto, tierno amor
tengo dicha.
GILOTE. Y en ser loco.

ESCENA XIV

DICHOS. *Salen* CLEMENCIA y ROSELA; *luego un* PAJE

CLEMEN. El Duque me ha prometido
que te desdeñará, y que Otón
satisfará (¡ay de mí!) con
haciendole tu marido.
ROSELA. Beso tus pies.
PAJE. Gran señora,
el Duque dice que al punto
le veas.
CLEMEN. (*Aparte*) Lo que es lo primero
Que trata que el billete dé agora
á Otón, pero aparte
ruegos, promesas, ruegos,
que sólo desee mi amor,
ó morir, ó ser de él. Vaque
PAJE. El Duque, señora, espera
CLEMEN. Hasta en dar prisa es cruel.
Da el Conde este papel,
y que importa considera.
(*Dale en secreto un papel á* Rosela, *y vase y el Paje con ella.*)

ESCENA XV

ROSELA, OTÓN y GILOTE

ROSELA. ¿Para el Conde, y sin nombralle,
papel madama me da,
y que importa? ¿Quién será
el Conde á quien no declare?
En Mantua hay dos solamente
Otón y Enrique; ¿cuál hace
Mas sí. Enrique Conde fué.
Conde es de Saboya al presente,
aborrecerle madama
y por no verle se esconde,
luego no es Enrique el conde
á quien de esta suerte llama.
De Otón me hablaba Clemencia
antes de darme el papel,
y estándome hablando de él
me dijo, si era su pertenencia.
Podrá ser, pues mensajera
me hace, que en este diga
el dote con que se obliga
y el estado que le espera
si con mi amor corresponde.
Lo que imagino será.
Pero si aquí Otón está,
y dice dalle este al Conde,
no hay duda de que le vió;
y cuando le Duque pida
discretamente me avisa
que para Otón le escribió.
Llego á hablarle. ¡Oh, señor Conde!
OTÓN ¡Oh, Rosela!
ROSELA. (*Dando le el papel*) Aqueste envia
madama á vuestra alteza,
y su secreto respete,
aunque viva descuidado
de suerte tan venturosa,
respete y adore esposa
que le da en dote un estado. (*Vase.*)

ESCENA XVI

OTÓN y GILOTE

OTÓN. No hay ya que poner reparo
en lo que amor me apercibe.
Pues que madama me escribe
y Rosela habla tan claro,
en Mantua es público ya
mi casamiento.
GILOTE. ¿Por eso
estás tan fuera de seso?
OTÓN. Si el Duque se huelga de me da
¿no es, Gilote bien perdido?
GILOTE. ¡Como! ¿á quien te da?
OTÓN. A Clemencia.
GILOTE. Esa es linda impertinencia.
¿No dices que te ha pedido
que te cases con Rosela?
OTÓN. Ya de parecer mudó,
y en popa mi amor rompió
estorbos á remo y vela.
(*Lee el papel*) «Conde, con la brevedad
que á tanta prisa conviene,
Clemencia advierta que os tiene
rendida la voluntad
Pues acaeciere, gozad
la dicha con que os corresponde,
que el jardín os dará donde,
cuando haya bien que os espere,
que otro no usurpar quiere
Clemencia, esposa del Conde.»
¿Que el Duque esté hasta aquí duda
en bien que tan adquirido
¿Qué he de hacer, triste de mí,
si el Duque parecer muda?
(*Entrándose.*)
GILOTE. ¿Hemos menester ayuda?
¿Tan presto se ha destemplado

[illegible]

OTÓN. Si amor de mi parte eso,
¿qué estorbo me dan dado?
¡Viel ar ja din, que procura
(Alegrase.)
ser templo de mi tesoro,
tesoro de mi belleza,
teatro de mi ventura
y Duque me la asegura
en el papel donde afirma
que su prueba es confirma
pues casando la sepa amada,
mostrarte que me he casado
con su gusto y con su firma.
GILOTA. Hombre es de tu mayor,
ya estás a este, ya triste,
¿qué cosa con te viste
cata olas de arrebol?
OTÓN. Es a mi hermana gozar a solas.
GILOTE ¿Son de noche? No es adonde
le haya.
OTÓN. Un jardín le esconde,
y este papel es confirma
pues en el dice esta letra
Leonarda, esposa de Conde. (Vanse.)

ESCENA XVII

Sale el DUQUE *y* CRISELIO. *Después* CLAVELA

DUQUE. Ansí, Criselio, asegura
vuestra herencia el casamiento
CRISELIO. Y yo en agradecimiento
de tanta merced prestado
no sabré de lo que os toma
mi voluntad y previsión
DUQUE. Tomo en la ocasión,
pero en ver vuestra palma
la paciencia que os he dado,
premio, en ella.
CLAVELA. (Sale.) Mi lealtad
ha de decir la verdad,
y hasta agora la he callado
DUQUE. Clavela, pues ¿qué queréis?
CLAVELA. Que vuelvas por vuestro honor
Madama ha estado, señor,
primero que la obligues
á que á otro esposo mueras,
al donde hay que un papel
pide que vaya en ese
a vella...
DUQUE. ¿Como?
CRISELIO. ¡Ay, de mí!
CLAVELA. Esta noche a su jardín,
porque ha de ser su esposa.
os ruega mucho le vaya
dar a ver el sentimiento
que ha causado en su gusto,
pues se ha casado sin gusto,
que no es justo que vos seáis
burlas a vuestro descuido.
Mirad que es de importancia,
y para ser que pondera
ponga el Conde el bien que cobra
y [illegible]
DUQUE. ¿Yo, Clavela? ¿Pretendes amor
Clemencia a Enrique?

[illegible] duda
que [illegible] amada
con lealtad e [illegible]
Si esposa sois de [illegible]
cuando esta [illegible] quiere
DUQUE La [illegible] de volverle
aprueba su [illegible] amor
Lo [illegible] le [illegible] do
a [illegible] el hecho
Mas antes la [illegible] presto
Que estoy mi [illegible] mostrado
Voy [illegible] pronto
el [illegible]
CRISELIO. ¿Qué? No [illegible] parte estas,
[illegible], rapaz no [illegible]
[illegible] [illegible]
[illegible] [illegible]
CLAVELA. ¿De esta vez [illegible] obligo
que con Criselio me case (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen OTÓN *y* GILOTE, *de noche*

OTÓN. Señas de tarde y me han hecho.
Aquí, Gilote, se agravia
GILOTE ¡Mira a que [illegible]
con [illegible] y [illegible]!
OTÓN Yo, Gilote, le [illegible]
GILOTE. **Sal presto, que tengo el alma**
en la prensa del temor;
que [illegible] en Francia
OTÓN. La [illegible]
esta escalera [illegible] tasta
para subir a [illegible]
de la ventura más alta.
Dad [illegible]
[illegible] en estas
vuestra diestra [illegible]
GILOTE [illegible]se,
y creo que va a [illegible]
¿Mira a que [illegible]
que le guarde las espaldas,
que es [illegible] de [illegible],
y [illegible]
[illegible]
Mas [illegible] la,
que a través [illegible]
cuando [illegible] en Mantua

ESCENA XIX

GILOTE, y *salen el* DUQUE, CRISELIO *y otros*

DUQUE [illegible]
¿Vos [illegible] mañana,
[illegible]
y [illegible]
GILOTE [illegible]
¿[illegible]
a [illegible]
de [illegible]
Si [illegible]
se [illegible]
y [illegible]
[illegible]
CRISELIO Agra [illegible], [illegible] que entre,
[illegible] y tu casa

aunque excusas no disculpen,
y vuestra ley tiene alcanza
DUQUE. Desde aquí como atento a muro
siento un hombre
GILOTE. ¡Madre Urganda!
convertido en lagartija.
CRISELIO ¿Quién va?
GILOTE. ¡Oh, quien se transformara
en moldura de estas piedras!
DUQUE. ¿Quién va?
GILOTE. Todo lo que anda
va, señores, si es vivo,
en buscar a su posada,
el que no, a la vuelta
verá que cuba bebido a la cama.
Yo, para ganar honores de cura,
la daré a caza de gorrinas,
y así, si me quedo en vela
tendré mis pobres cuitas.
DUQUE. ¿Quién sois?
CRISELIO. ¿Sois el Conde?
GILOTE. ¿Yo?
Condenada este mi alma,
que no es eso, en voz de ser conde,
con desmayos que me acaban.
DUQUE. ¿Qué hacéis aquí?
GILOTE. ¿He de decillo?
Unas cámaras extrañas
tiene hasta un cuarto
de marqués de Camarasa
DUQUE. Decid quién sois o prended de
GILOTE. Venga acá. ¿Puede ser nada
un criado en este mundo?
DUQUE ¿Criado sois?
GILOTE. Hasta el alma.
CRISELIO. ¿De quién?
GILOTE. Del Conde, señores.
DUQUE. ¿Luego mi jardín y casa
ha escalado?
GILOTE. Sí, señor,
me pones entero en cama.
DUQUE Echad en tierra esas puertas
GILOTE La importante está echada,
que no hay cosa cerrajeros
que vuelvan a remendalla.

ESCENA XX

DICHOS. *Salen* CÉSARO *y el* CONDE ENRIQUE, *de noche, y acometen al* DUQUE.

CRISELIO. ¡Ay, cielos!
CÉSARO. Este es Otón.
CONDE Muera, pues, y mi esperanza
viva
DUQUE. ¡Ah, traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola! ¡Ah, gente! ¡ah de mi guarda!
CÉSARO. El Duque es nuestro señor.
(*Salen alabarderos y dan prisa con hachas*)
DUQUE. (*A un lado*) Da voces.
UN PAJE. Aquí están hachas
y alabardas, no hay temor.
CONDE. (*Aparte*) Aquí con mi vida acaban
mis desdichas.
DUQUE. ¿Con tal furor
¡Césaro! ¿contra mi espada?
¿A mi la muerte?
CÉSARO. Señor,
si me creen mis palabras
creed, a Dios y no a ti
que soy traición tuerte airada.
DUQUE. ¿Pues por qué
CÉSARO Yo por envidia.
CONDE. Yo por celos que me abrasan.
DUQUE. ¿Cielos, traidor, si Clemencia
para su esposo te hacía
y a escalar mi jardín vienes
con la noche que te ampara?
CONDE. ¿Yo, gran señor?
DUQUE. Tú, traidor
CRISELIO. A ti te ha sucedido, madama,
y este lacayo es testigo
de que vienes a gozarla.
GILOTE Y no estoy para firmar
CONDE. ¿Traición? ¿Vos contra mí tal maraña?
¿Otón, esto me vos a mí?
GILOTE. En mi vida le eché para.
CÉSARO. Este es criado del conde
Otón.
GILOTE. ¡Miren la bobada!
Pues aquí ¿qué se niega?
Si por aquesto hacían,
¿no ha que les estoy diciendo
dos horas ya, que se casa
con Clemencia el conde Otón,
y por su papel o carta
que le dio suyo Rosela,
viene a hacerla encamisada
que en las bodas se acostumbra?
DUQUE. ¿Clemencia a Otón?
GILOTE ¡Qué pensaba!
DUQUE. Derribad luego esas puertas
CRISELIO. Pues mis celos no me maten,
pero a Clemencia he querido
CONDE. ¿Hay tal traición?
CÉSARO La venganza
que el Duque tomara de él,
mi enojada queda y amansa
CONDE ¿Si está Otón en Clemencia,
y con vida? ¡Ay, fieras ansias!

ESCENA XXI

DICHOS OTÓN, CLEMENCIA, CLAVELA y ROSELA

CLEMEN (*A Otón*) ¡Cruel, ¿qué traición es esta?
OTÓN. ¿Yo traición, cuando te llamas
mi esposa con dulces nemas
y en este jardín me aguardas?
DUQUE. Prended este hombre
OTÓN. (*De rodillas*) Señor,
humilde estoy a tus plantas.
DUQUE. No te levantarás de las
con vida.
OTÓN. Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no se que haya causa
para tan cruel sentencia
DUQUE. ¿Cuando de afrentarme acabas,
dices que no hay causa, infame?
OTÓN. Por este papel, madama,
que me envías con Rosela,
como a su esposo me trata,
a sus bodas me convida,

y si vine á celebrarlas
es por ser, señor, tu gusto.
DUQUE. ¿Mi gusto?
OTON. No habrá mudanza
que niegue, Duque, ser tuya
esa cólera honrada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.
DUQUE. ¿Yo? Para que pasmaras
á Montesato, te dí
la provisión.
OTÓN. Hablan cartas.
CRISELIO. A mí, gran señor, me dijo
la gobernación que acabas
de decir.
OTÓN. Y á mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.
DUQUE. Trocadas Vuestra ventura,
Otón, esas cosas traza.
Caballero noble sois
de los más limpios de Italia;
lo que la ventura ha hecho
no es bien que yo lo deshaga.
ella os casó con Clemencia.
CLEMEN. Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Rosela le enviaba
al conde Enrique
ROSELA. Eso no,
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera la esposa de Otón,
al Conde diste.
DUQUE. Basta,
que la ventura se emplea
en hacer por vos hazañas.
Clemencia es ya vuestra esposa.
CLEMEN. Hasta en aquesto le ampara
su dicha, que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.
DUQUE. Dalde, Criselio, á Gerona
la mano, y seréis de Padua
y de Clemonia Marqueses.
CRISELIO Yo beso las tuyas francas
CLEMEN. (Al padre.) Al conde el no perdona.
DUQUE. Criselio tiene una hermana,
su estado le resta tuyo
si Enrique con ella casa.
CONDE. Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mía
más enemistades haya.
DUQUE. Otón, pues os está en gusto
daros muerte, ejecutada
en él, os haced vuestro gusto.
CÉSARO. ¡Ay! ¡Si os lo mi fe rogaba.
OTON. Dadme en fe de esa certeza
dos veces, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia
CÉSARO. Deseo parecer cristiano
No hay en mí más venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga
OTÓN. Basta.
A Rosela, porque cumpla
de ser condesa los años
que ha tenido la cara inquieta,
con el Conde he de casarla
de Florel.
ROSELA. Beso tus pies.

ESCENA XXII

DICHOS Y GILOTA

GILOTA Tus padres, señor, acaban
de llegar, que á verte vienen.
DUQUE. Vamos, pues, á ser á Octavia
la enhorabuena, pues que son
vuestros padres.
GILOTA. (Aparte.) ¿Y sin nada
me dejas?
OTÓN. Por tuya queda
la hacienda, plata y granja,
principio de mi ventura.
GILOTA. Vivas más que una madrastra.
DUQUE. En vos, Otón, queda el ejemplo,
con que inmortal se llama
lo que puede la ventura.
OTÓN. Sin ella no va en nada
sangre, hacienda, armas ni letras,
pues es proverbio de España:
Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.

COMEDIA FAMOSA

LA VENGANZA DE TAMAR

PERSONAS DELLA [1]

AMÓN.	ABIGAIL, *reina.*	SALOMÓN.
ELIAZER.	BERSABÉ.	TIRSO.
JONADAB.	UN CRIADO.	BRAULIO.
ABSALÓN.	UN MAESTRO DE ARMAS.	ALISO.
ADONIAS.	JOAB.	RISELO.
TAMAR.	DAVID.	ARDELIO, *ganadero.*
DINA.	MICOL.	LAURETA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen AMÓN, *de camino,* ELIAZER *y* JONADAB, *hebreos.*

AMÓN. Quitadme aquestas espuelas
y descalzadme estas botas.
ELIAZER. Ya de ver murallas rotas,
por cuyas escalas vuelas,
debes de venir cansado.
AMÓN. Es mi padre pertinaz,
ni viejo admite la paz,
ni mozo quita de lado
el acero que desciñó.
JONADAB. De eso, señor, no te espantes;
quien descabezó gigantes
y comenzó a vencer niño,
si es otra naturaleza
la poderosa costumbre,
viejo, tendrá pesadumbre
con la paz.
ELIAZER. A la grandeza
del reino que le corona
por sus hazañas subió.
AMÓN. No soy tan soldado yo
cual de la fama pregona
De los amonitas cerque
David su idolatra corte,
máquinas la industria corte
con que a sus muros se acerque;
que si en eso se va a la bien
porque sus reinos mejora,
mas quiero, Eliazer, una hora
de nuestra Jerusalén,
que cuantas victorias dan
a su nombre eterna fama.
ELIAZER. Si fueras de alguna dama
alambicado galán,
no me espantó que la ausencia
te hiciera la guerra odiosa;
que amor que en la paz reposa,
pierde armado la paciencia.
Mas, no amando, aborrecer
las armas, que de pesadas
suelen ser desamoradas,
cosa es nueva.
AMÓN. Sí, Eliazer,
nueva es, por eso la apruebo,
en todo soy singular;
que no es digno de estimar
el que no inventa algo nuevo.

1 Intervinieron además JOSEFO, ELISA, MÚSICOS y SOLDADOS

ELIAZER. ¿Y después que le hayas hecho?
AMON. Esto ha de ser, pues Dios!
Vamos los tres á buscar
por donde poder entrar.
ELIAZER. ¿Entrar, quién?
AMÓN. Yo, que los dos
fuera me esperaréis.
ELIAZER. Alto.
AMÓN. Hacia allí he visto unas yedras,
que abrazadas á sus piedras,
aunque el muro está bien alto,
de escala me servirán.
ELIAZER. Vamos, y á subir empieza.
Entrándole en la cabeza
una vez, no podrán
persuadirle á lo contrario
catorce predicadores.
JONADAB. ¡Que extraños son los señores!
ELIAZER. Y el nuestro, ¡qué temerario! (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale DINA *con guitarra, y* TAMAR.

TAMAR. ¿Viste jamas tal calor?
Aunque tu mejor lo pasas
que yo.
DINA. ¿Pues por qué mejor?
TAMAR. Porque no juntas las brasas
del tiempo, al fuego de amor.
Mas yo, que no puedo más,
y á mi amor junto el bochorno
que hace. .
DINA. ¡Donosa estás!
TAMAR. ¿Qué seré?
DINA. Serás un horno,
en que á Joab cuezas
pan de tiernos pensamientos,
á sustentarse bastantes
contra recelos y vientos.
TAMAR. Sí, que en esos tres amantes
paga amor en ardimientos
DINA. ¡Notable cuenta! No mueve
una hoja el viento siquiera.
TAMAR. Si aquesta fuente se atreve
á apiadarse su fuerza fiera
que en la taza de oro bebe
de su arena aqueste prado,
demos su margen asiento.
DINA. En cogines de brocado
sus flores de ciento en ciento
te ofrecen su real estado,
que, en fin, como eres tirana
no te contentas con menos.
TAMAR. Pues traes instrumentos, canta;
que en los jardines ajenos
así amor su mal espanta.
DINA. Yo no tengo que espantar,
que no estoy enamorada;
ni al viento puedes llamar;
pues siendo tan celebrada
en la morisca Tamar
como en la bellota, á orta
correrá el cerro manso,
alegre por divertirte.
TAMAR. ¿Lisonjéasme?
DINA. Descanso
si amores llego á decirte.

ESCENA V

DICHAS *y sale* AMÓN.

AMÓN. La mocedad no repara
en cuanto intenta y procura:
la noche mi gusto ampara,
cuanto me entristece oscura
me alegra esta fuente clara.
Cierto no sé donde estoy,
en cuanto topo tropiezo.
DINA. Cuando yo á cantar empiezo,
tregua á mis penas doy.
TAMAR. Dejar, pues ese instrumento.
AMÓN. Mudos y secos umbrales
aquí hablar mal me siento.
TAMAR. La musica se inventó
en alivio del tormento.
AMÓN. Cantar quieren, no pudiera
venir á tiempo mejor.
TAMAR. ¡Ay si mi amante me oyera!)
AMÓN No hay parte en que no entre amor
hasta aquí llegó su esfera.
TAMAR. (Canta.) «Ligero pensamiento,
deja ese pajaro á cgle,
que vive la esperanza
de plumas y alas verdes:
si fuente de tus gustos
es mi querido ausente,
donde amoroso asistes,
donde sed ento bebes,
tu vuelta no dilates
cuando á su vista llegues,
que me darán tardanzas
cuidados si no vuelves
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente
Corred de mis quejas
serás cruel si leyes
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes
con tu amorosa prisa.
si en mi memoria durmiere,
del sueño de su olvido
es bien que le despiertes,
cantando desatados,
amorosa lengua leve,
presentale finezas,
favores le promete
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.»
AMÓN. ¡Que voz tan apacible!
¡Que quejas tan ardientes!
¡Que acentos tan suaves!
¡Ay, Dios! ¿Que hechizo es éste?
A su melodioso canto,
cuando el viento vuelve,
que en él que se detuvo,
muy bien puede correrse;
y por no malograr
su voz, la brisa que temple
los tiples de estas hojas,
los bajos de estas fuentes,

Amor, no sé qué os diga,
si vuestro lugar vence
á escuras y de noche
porque os veo os ofende,
como á la luz igual le
la belleza que se ve
ser ángel en acciones
y en ofensa ser serpiente...
¡Fealdad, no abominada,
de un corazon temerle,
si contigo, va mal me,
si bien, va bien estoy!

DINA. Volved á cantar, señora,
que por oiros ver verte
el sol, vuestro lustre,
antes que se ponga crece.

AMON. Si por ver vuestra luz á
sus rayos amanece,
¿qué duda que es hermosa?
¿Qué duda que conviene
su cara con su canto?
¡Ay, Dios, qué merece ese
atestiguar de vista
lo que se oye á los oidos!

TAMAR. ¡Quién se ha de cantar, mi loro!

AMÓN. Entidad en mi creed es;
serán de rudimentos
con que mi amor comience.
¿Me has ausente y presente?
¿Has visto y no has visto?
¿Has hoy con leyes?
¡Oh, milagrosa fuerza
de un ciego dios que vence,
sin ojos y con alas,
cuando debe fuerte!

DINA. Así, un amante goces,
y de sus años veinte
os cuestos á mirarlos
en primavera siempre,
que, por ociosidad, á veces
es el amor que gozades
y olvidas con el verle

TAMAR. Ya, pues que lo queréis. (*Canta.*)
«¡Ay, pensamientos tristes,
cuando amor se despierte!
¡Qué leve que le ponen!
¡Con qué ligereza vuelves!
¡Celosa estoy que goces
de mi ausencia ausente
la vista con que agravias
la ardiente sed de verte!
Si acaso de sus labios
el dulce nectar bebes,
que sabrán sus palabras
y hurtarle algunas puedes.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.

AMÓN. ¿Hay mas apacible rato?
¡Espíritus celestiales,
siente mis sentidos mortales,
ver quereis vuestro retrato,
venid conmigo! Acercarme
quiero un poco... mas callar. (*Calla.*)

TAMAR. ¡Ay, cielos! ¿Quién está ahí?

AMÓN. Ya es imposible ocultarme;
aunque la noche es de suerte
que mentir mi nombre puedo;
pues con su oscuridad quedo
seguro que nadie acierte
á ver el traje en que estoy.

TAMAR. ¿Qué es esto?

AMÓN. Dême la mano;
hijo soy del Occidente;
que he caido. A diablo doy
la música, que en la hue
ocasion que tropezase
en un tronco y me quebrase
la espinela, ¿no me ve?

DINA. ¿No veis vos pardal de andais,
y os quereis de ver mostrais?

AMÓN. ¡Pardos, damas, ó qué otras,
verdaderamente cantais!
Oye los yo doce dias
sin dormir.

TAMAR. ¿Haos contentado?

AMÓN. ¡Pardos, que lo habeis cantado
como un gigante Gabras!
Dadme la mano, que pesa
un monte. (*Aparte.*) Tome ella,
bese la y pido en verla. (*Besasela.*)
que la mie me dió el beso.

TAMAR. Atrevidos sois, villano.

AMÓN. ¡Que parece, siempre se vido,
se da coces antes de

TAMAR. Al fin, ¿os he hecho daño?

AMÓN. ¡Sí pardaza, é inficionado
á moscas!

DINA. ¡Buen modorro!

AMÓN. ¡Pardos, vos teneis bien chorro!
Si esa cara es la ayudado
como en la voz la ventura,
con todos os pudeis alzar,
aunque no se suele hallar
con buena voz la hermosura.

TAMAR. Tosco pensamiento es ese.

AMÓN. ¿No sale, aunque esto os espanta,
de ese á la que bien canta:
«¿quién te oyó, no te viese?»

TAMAR. Cumplirás ese deseo
la curiosidad que ha de ahora.

AMÓN. Antes me abrazo, señora,
pues ya que os oigo no os veo.

TAMAR. Pues ¿no me hateis conocido?

AMÓN. Sois tantas las que aquí estais,
y de dia y noche á dias
pasando el jardin florido,
que como no me explaqueis
vuestro nombre, no me espanto
que no os conozca en el canto,
porque aunque tal vez llegueis
á rozarme, y me quejo
de mas de un pellizco y dos
que me dais, quiza, pardos,
porque el Rey, que ya está viejo,
os cumple mal de justicia,
temiendo tanta mujer,
soy rudo en el conocer.

TAMAR. ¡Que villano!

DINA. ¡Y que mal criado!

TAMAR. ¡Ea! burlas de esta gente!

AMÓN. ¿Quiere decirme quién es
y llevarela despues
de flor y fruta un presente?

TAMAR. Sois muy hablador.
AMON. (*Aparte.*) El guante
de la mano le quite
(*Quítale el guante de la mano.*)
cuando a besarla llegue
TAMAR. Vamos.
AMON. No se vaya, infante,
¿así le reconoce el cielo
á David, pues es su marido?
TAMAR. Un guante se me ha caido.
AMON. Debe de estar en el suelo.
Hallele, pardios, que gano
en hallazgos mucho ya.
TAMAR. ¿Que es de él?
AMÓN. Tome
TAMAR. Dadle acá.
AMON. Bese'la otra vez a mano (*Besándola.*)
TAMAR. ¿Qué en tanta cercanía odio?
Villano.
AMÓN. Mi dicha sola.
TAMAR. Dadme acá el guante
AMÓN. Mamóla.
(*Vanse á dar y burlarla.*)
TAMAR. ¿Luego no le hallaste?
AMÓN. No.
TAMAR. ¿No gustas de lo que pasa?
DINA. Buen jardinero.
AMON. (De amor)
¿Que pensais todo esto es flor?
TAMAR. Yo hare que os echen de casa
¡Vamos!
DINA. ¿Has de ver mañana
la boda de Elisa?
TAMAR. Si.
DINA. ¿Que vestido?
TAMAR. (Carmesí.—
AMON Seréis un clavel de grana.
(De aqui mis venturas saco.)
Qué, ¿sin cantar más se van?
¿Sus nombres no me dirán?
DINA No, que sois un gran bellaco.
(*Vanse.*)

ESCENA VI

AMÓN

Agora, noche, si que á oscuras quedo,
pues un sol hasta aqui tuve delante,
libre de amor entre, ya salgo amante;
relame antes de él, ya llorar puedo.
¡Ay, amorosa voz, oscuro enredo!
¡Cifrad vuestra ventura en solo un guante,
que se iguala á su musica el semblante
victorioso quedás, yo os lo concedo!
¡Cuando mas descuidado, mas rendido!
Sin saber á quien quiero, enamorado;
asaltando murallas y venciendo!
Mas dichoso, rapaz, vuestro cuidado,
sacando quien es por el vestido,
la suerte echais no en blanco, en encarnado.
(*Vase.*)

ESCENA VII

Salen ABSALON, ADONIAS, ABIGAIL, *reina*, y BERSABÉ

ABIGAIL. ¿Quedaba el Rey, mi señor,
burlón?
ABSALON Alegre salud goza;
que en el temor pasado
parece que se renueva
y le da sangre el valor.
ABIGAIL. Quedo con la certeza
de tu alegria, el deseo
de tu gusto de esta victoria.
ADONIAS. Amarás es su locura;
es sus valores es su gloria.
ABSALÓN. Por cosas que habia dado
á entender que le espante,
pues no sé que se haya hallado,
no en guerra, sino de amante,
no en paz, mas desto es dado
En la mas ardua ocasion
esta vez a mi brazo el testigo
que tercie en tal lesion,
la espada en el enemigo
y en sus trazas mi memoria.
ADONIAS. Bien sabe esto Bersabé
y Abigail no lo ignora
ABIGAIL. Que estos trofeos gané,
se
BERSABÉ Yo que en su ausencia llora
quien vive cuando le ve.
ABIGAIL. ¿Pensais volveros tan presto
al cerco?
ADONIAS. Las trazas son
tan breves, que ellas ha puesto
que no estrañe dilacion.
ABSALON. Y tú, mancebo, estás dispuesto
á partirme
ADONIAS. Y yo tambien.
ABIGAIL. Es sobre los dos
al Rey, que si quiere bien
ded que pasemos a Dios,
seguro en Jerusalen,
y en la guerra no consuma
la pasta que pone helada,
que, aunque en su esfuerzo presuma,
el viejo cuerpo gasta
y en sabios ruegos la pluma.
ABSALÓN. A ambas cosas se acomoda
mi padre
BERSABÉ. Galan venis,
Absalón
ABSALON. Sois hoy de boda.
BERSABÉ Y vos, infante, sois
para que la vea toda
se vaya tras vos perdida.
ADONIAS Autorizais la fiesta
que esta novia conocida

ESCENA VIII

Salen AMON, *muy triste*, y JONADAB y ELIAZER
Dichos. Despues CRIADO

ELIAZER. ¿Qué novedad será esta,
señor?
AMÓN Es mudar de vida
JONADAB. **¿Qué te sucedió que así**

desto que os [illegible] triste
[illegible]
ELIAZER. ¿De viste cuidado y egoste?
AMÓN. Triste estoy porque no vi
Decidme, que [illegible]
y vida, mostar pretendo;
no quiero conversa[illegible]
porque va, con quien me entiendo
[illegible]
(Aparte.) ¡Ay, estimado vestido,
si a verme salieses ya!
ABSALON. ¡Oh, Príncipe!
ABDIAIL. ¡Amón querido!
AMÓN. Las treguas que David da
á veces nos han traido.
ADONIAS. Y agora en casa[illegible]
nuevas fiestas celebra
que dan á sus gallos prisa.
AMÓN. Merece su perversa
ABSALÓN. Para vos es de risa
sus casamientos y amores.
AMÓN. No se lo que en eso os diga.
(Sale un Criado.)
CRIADO. Loeto espera, señores,
que le honreis.
ADONIAS. Y [illegible] nos obliga
á que le hagamos favores.
ABSALÓN. ¿Vamos, Príncipe?
AMÓN. Despues,
que tengo que hacer agora.
ABSALÓN. Adonias, vamos pues
(Sale todos menos Amón.)

ESCENA IX

AMÓN

Salid ya, encarnada aurora,
postrarse me á vuestros pies,
salid, [illegible] esta mañana
que en la voz enamoras,
sea vuestro sol mudanza,
y sepa yo [illegible]
la causa á mi olvidada
¿Si mudara parecer?
¿Si [illegible] olor
que mi remedio ha de ser?
¿Si quiera vengarse amor
de [illegible] no procede?
No lo permita, dioses ciegos,
sepa yo, pues que me abraso,
quién es la que enciende el fuego;
no hagais de [illegible] caso,
pues [illegible]
ya sabeis de [illegible]
á mis desprecios los celos.
(Mientras habla Amón, entran acompañados de dos en dos más de treinta, y traen Tamar un vestido rico de carmesí, y la hacen detras, dan una vuelta y salen.)
Dadle, alegre, le amo amando,
¡Ay, Tamar! ¿Por qué de modos
almas [illegible] abrasais?
Quiero, esta vez, de aquí,
ver si ser visto, os pesa
que [illegible] me abraseis.
¡Ay Dios, ya el fuego me abrasa
de un estado y temes!
¿Es este el [illegible] amado
mi hermana? ¿No es esta, celos,
Tamar? ¡Buena suerte he echado!
¡Ay, imposible es, desvelos!
¿De mi hermana enamorado?
¡Mal haya el jardin, amen;
la noche triste y oscura,
mil veces la Jerusalen;
malhaya, amen, mi locura,
que para mal de mi bien,
libre me obligo á saltar
los muros de amor tirano!
¡Alma, morir y callar,
que se pudo amante y hermano
lo mejor es olvidar!
Mas vale, celos, que muera
dentro mi pecho esta llama
sin que salga el fuego afuera,
ausente, olvida quien ama,
amor es pasion ligera.
Al cerco quiero partirme,
que á los principios se aplaca
la pasion que no es tan firme
¿Eliazer?

ESCENA X

Salen ELIAZER y JONADAB

ELIAZER. Gran señor.
AMÓN. Saca..
ELIAZER. ¿Qué quieres?
AMÓN Quiero vestirme
de camino y al campo ir.
Preven las botas y espuelas.
JONADAB. Postas voy á prevenir
AMÓN. Pero ciego y con pequeñas,
¿mi mal podrá el sacre huir?
Deja eso, dame un vaquero
de tela, sacame un rostro,
(Vanse Eliazer y Jonadab.)
que hallarme en el sarao quiero.
Desimposibles soy un mostro;
esperando desespero.
Ame cada cual [illegible] cantor,
al pálido el persa adore,
á la estatua tenga amor
el otro, el bruto enamore
la [illegible] de mas valor,
que de mi loca vana
el tormento es más atroz
y la pasion mas [illegible] ana,
pues me enamoro de la voz
y adoro á mi misma hermana.
(Salen Eliazer y Jonadab.)
JONADAB. Aquí están rostro y ditraz.
AMÓN Vistame, pues, pero quita..
que este lugar perjudicar
con la razon precipita
de mis sentidos la paz.
¿Dejad me solo? ¿No os vais?
ELIAZER. (Ap.) ¿Que le habrá dado á este loco?
(Vanse Eliazer y Jonadab.)
AMÓN. Penas, si esto amor llamais,
en distancia y tiempo poco

su infierno experimento y
Naturaleza Dios que un deseo
desatinado y cruel
vuelva con amor tan feo
á un príncipe de Israel.
Mostruoso nombre trofeo,
Incesto es mi dolor:
pues ya soy vuestro vasallo
ciego Dios, dadme favor
por que adorar y callando
son imposibles de amor. (*Vase.*)

ESCENA XI

Salen todos los de la boda, y TAMAR *con ellos, y siéntanse.*

TAMAR. Gocéis, Josefo, el estado
con Elisa, años prolijos,
con la vejez coronada
de hijos y hermosos hijos,
fruto de amor sazonado.

JOSEFO. Su nobleza nos da
tan felices parabienes
¿quién duda que gozará
nuestra ventura los bienes
que nos prometemos ya?

ELISA. A lo menos desearéroslos
toda esa dicha, señora,
porque con ella pagaremos
lo mucho que desde agora
á vuestra alteza debemos.

ESCENA XII

Un CRIADO *y luego* AMÓN. *Dichos.*

CRIADO. Máscaras quieren danzar.

TAMAR. Dese principio á la fiesta.
(*Salen* AMÓN *y damas de máscara.*)

JOSEFO. El cielo puso en Tamar
con una hermosura honesta
un donaire agigantar.
(*Danzan y cuando acaban* AMÓN, *de máscara, habla al oído de* TAMAR.)

AMÓN. ¿De qué sirve entre dos dos
tan rebelde resistencia,
amor, si en fuerzas sois Dios
y vuestra con tal violencia
que al fin me llevastes vos?
Desocupado está el puesto
de mi pecho: entre Tamar,
deidad es sois solo en esto;
¡que de estos ojos, cruel, hermana,
os hubiese de enamorar
el cielo os ha puesto!
Por gozar tal soy bestia.
(*Habla á* TAMAR.)
bien me holgara yo, señora,
que cazara en ventura
una dama en la hora,
puesto que la noche es oscura
también voluntades sabe,
hecho á andar un jardín,
donde, cuando el tiempo abrasa,
con voces de un serafín
hizo perla nuestra casa.
Yo se quien, antes de veros,
enamorado de otros,
los árboles cuyos ramos
movió anoche en suspiros
ya vos no pudo mover.
Yo se que en beso una mano
dos veces fueran dos mil
yo se.

TAMAR. Fingido hortelano,
para vuestro mal, cautel
y para mi honor villano;
ya he engaño he colegido,
que en lo de su oscuridad,
os hizo anoche atrevido
la sagrada inmunidad
del parabién habeis roto;
pero, agradeced que intento
no dar á esta fiesta fin
que tuvo tan buen contento;
que hoy os sirve mi jardín
de castigo y escarmiento.

AMÓN. De castigo, cosa es cierta,
que vuestro gusto cumplió
mi flaqueza siempre avara,
pero de esa manera no
¿Quién que estar tenga
yo en mi mano? Mas no temo
castigos, que el cielo me hizo
sin temor, con tanto extremo
que yo mismo en fuego atizo
y brasas en que me quemo.

TAMAR. ¿Qué es esto vos que habeis ansí?

AMÓN. Un compuesto de contrarios,
que desde el punto que os vi,
me atormentan, tan extraños,
y todos son contra mí.
Una quimera encantada,
sois una cosa en que lucho,
un verdugo en nueve hechuras,
y, en fin, por serviros mucho,
no os sirvo, infanta, á ser nada.

TAMAR. ¿Vos sois el semejante?

AMÓN. Vos sois que me perdistes,
porque yo ganase, un guante,
la mano que á un pastor distes
dadla, pues, á un firme amante.

TAMAR. Mascara desvergonzada,
levantad ese velo de agora,
que haré que cueste cara vida.

AMÓN. Esa es buena pedí:
tarde veréis á quien la pida.
Mas, pues veis es bien que un villano
más favor de vos logrado
que á un caballero cortesano,
que quien no os quedas
os he de besar la mano.
(*Hácese y vase.*)

TAMAR. ¡Ola, matadme ese hombre!
(*Levántanse todos.*)
¡Dejad la fiesta, seguidle!

JOSEFO. ¿Qué teneis? ¿Qué hay que te asombre?

TAMAR. ¡No me sigais, que os mate!
dadle cuchillada, dadme nombre
de desdichada!

ELIAZER. Detenga
el sarao, que hacer es justo
lo que manda

JOSEFO. Siempre vemos

que del más cumplido gusto
son pesares los extremos

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale AMÓN, *vistiéndose, muy melancólico, con ropa y montera, y* ELIAZER *y* JONADAB

JONADAB. No lo aciertas, gran señor,
en levantarte.
AMÓN. Es la cama
potro para a paciencia.
ELIAZER. Un discreto la compara
á los celos.
AMÓN. ¿De qué modo?
ELIAZER. De la suerte que regalan
cuando pocos, si son muchos,
o causan flaqueza o matan
AMÓN. Bien has dicho. ¡Hola!
JONADAB. Señor.
AMÓN. Dadle cien escudos
ELIAZER. Pagas
como Príncipe, no sólo
las obras, mas las palabras
AMÓN ¿Qué es esto?
JONADAB. Darte aguamanos.
AMÓN. Si con fuego me lavara
pudiera ser que estuviera
mejor, pues me abrasa el agua.
Dame algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
tanto, Eliazer?
ELIAZER. No sé como
darte gusto, ya te cansadas
con que hablando te divertían,
ya darte nueva mandas,
ya á veces que te hallas despides,
y ahora á que te levanta.
JONADAB. Esta tu melancolía
tiene, señor, lastimada
a toda Jerusalén.
ELIAZER. **No hay caballero ni dama**
que a costa de alguna parte
de su salud, no comprara
la tuya.
AMÓN. ¿Quiérenme mucho?
ELIAZER. Como á su Príncipe.
AMÓN. Basta.
No me hablés más en mujeres:
¡pluguiera a Dios que se hallara
medio con que conservar
la naturaleza humana
sin haberlas menester!
¿Vino el médico?
JONADAB. ¿No mandas
que ninguno te visite?
AMÓN. Si supieran como sanan,
no estuviera en el estado yo.
ELIAZER. No estudian, señor, palabra;
sangrar y purgar son polos
de su ciencia.
AMÓN. Y su ganancia.
JONADAB. Todo es seda, ámbar y mulas,
si dan de esas en tierra
a Egipto o Siria, David,
con solas palmas, mataran
más que su ejército todo.
ELIAZER. Juntáronse ayer en casa
de Deodora, seis doctores,
que ha días que está muy mala,
para consultarse entre ellos
la enfermedad, y aplicarla
algún remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
estando la gente de ella;
dióme gana a una criada
(que bastaba ser mujer)
de escuchar lo que trataban;
y cuando tuvo por cierto
que del mal hablos fraban,
de la enferma, y experiencias
acerca de ese hablaran,
oyó preguntar a uno:
«Señor doctor, ¿qué ganancia
sacara vuesa merced
una con otra semana?
Respondió: «Cincuenta escudos,
con que he comprado una granja,
verde arboledas de vides,
y un soto en que tengo vacas;
pero no me contenta
el buen gusto de las casas
que tiene vuesa merced,
(dijo otro) son celebradas
No sé que hacer de dinero
que gran cosa extremada
es ver que, sin ser verdugo
porque matamos nos pagan!—
De allí a poco
otro y decid de qué traza
os fue en el juego de ajedrez.—
Pasó, sonriéndose todos
Pero ¿tenéis muchos dos?
Dos cuerpos no bastan,
con cuatro dedos de polvo,
que ni ellos hablan palabra
de cuantas que eso erran miro.
Ostentación e ganancia
nos han dado de comer;
más ha de cuatro semanas
que no hojeo, sino son
pechugas de pavos, blancas;
tomos de gazapos tiernos
y con pimienta y naranja,
perdiz, pichón y vaquita,
cas a la temerilla usan
Los hipocritas al uso. —
Pero lo pasado basta:
vamos a ver questa enferma,
que estará muy consolada
en nuestra conversación.» Fueron
y dijo el de mayor barba:
«Lo que se saca de aquí
es que al momento se haga
una fricación de piernas,
y por todas las espaldas
la echen catorce ventosas,
las tres ó cuatro sangradas.
Ponganla en el corazón

un sí dócil y modesta
con mil [illegible] de azahar,
tenga en el cielo esperanza
que la consulta de hoy
la ha de dar más presto sana.»
Diéronles doscientos reales
y volviéronse a su casa
bien medrados de la junta
como te he contado.

AMÓN. Calla,
relator impertinente,
que me atormentas y cansas.
¿Es posible que hables tanto?

ELIAZER. ¿Tú, señor, no me lo mandas?
Si callo, te doy pesar;
en hablando me amenazas.
Dios te dé sosiego y gusto.

AMÓN. ¿Qué es aquesto? ¡Hola! ¿quién canta?

JONADAB. Músicos que recibiste
para que sus consonancias
tu melancólico humor
alivien.

AMÓN. ¡Industria vana!

(Cantan desde adentro.)

«Pajaricos que hacéis al alba
con lisonjas alegre salva,
cantadle a Amón,
que tristezas le quitan la vida
y no sabe si son de amor,
y no sabe si de amor son.»

AMÓN. Hola, Eliazer, Jonadab,
echadlos por las ventanas,
dadlos muerte, sepultadlos;
haciendo ataúd las tablas
de sus necios instrumentos
tendrán sepultura honrada,
como gusanos de seda
en sus capullos.

JONADAB. ¡Qué extraña
pasión de melancolía!

AMÓN. ¿No irritan en una casa
a su señor los criados?
¿Yo llorando y ellos cantan?
¿Mi enfermedad les alegra?

ESCENA II

DICHOS y *sale* UN MAESTRO DE ARMAS.

ELIAZER. Aquí está el maestro de armas
que viene a darte lección.

AMÓN. Dadme, pues, la negra espada,
aunque pues se queda en blanco
mi nunca verde esperanza,
mejor que la espada negra
pudiera jugar la blanca.

MAEST. Vuelva en sí, gran señor,
los colores a tu cara,
que, la tristeza, marchita
con la salud que te falta.

AMÓN. Retórico impertinente,
el que es diestro jamás habla;
jugad las armas callando
o no os [illegible] de las armas.

MAEST. Perdone vuestra alteza.
Dije en la lección pasada
que con estas dos posturas
y en mi [illegible]
medio pie de tierra.

AMÓN. Siete,
que son los que a un cuerpo bastan.
Cuando os haya muerto a vos,
darán quietud a mis ansias.

(Da tras el Maestro.)

MAEST. ¿Qué es lo que hace vuestra alteza?

AMÓN. Castigar vuestra arrogancia.
Necios, el mal que me aflige,
siendo de amor, no se saca
con bélicos instrumentos.
Moriréis todos, pues me matan
invisibles enemigos.

(Corre detrás de todos.)

MAEST. Huyamos, mientras se amansa
el frenesí de su furia.

(Huyen todos.)

AMÓN. Si hubiera armas que mataran
la melancolía que me aflige,
¡qué buenas fueran las armas!
¡Hola, Eliazer, Jonadab,
Josefo, Abiatar, Sisara!
¿No hay quien venga a dar alivio
al tormento que me abrasa?

ESCENA III

AMÓN y *salen* ELIAZER y JONADAB.

JONADAB. Gran señor, sosiégate.

AMÓN. ¿Cómo? ¿si es quimera mi alma
de contradicciones hecha,
de imposibles sustentada?
¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme presto, presto.

ELIAZER. Tú te vistes y levantas
contra la opinión de todos.

AMÓN. Mentís.

JONADAB. Desnúdale y calla.

AMÓN. ¿Yo sedas en vez de lutos?
¡Ay, libertad malograda!
¿Muerta vos y yo de fiestas?
Sayal negro, jerga basta,
os tienen de hacer desde hoy
las obsequias lastimadas.

(Suenan cajas dentro.)

¿Qué es esto?

JONADAB. Gran señor, viene
tu padre, Rey y monarca
de las doce ilustres tribus,
entre clarines y cajas,
triunfando a Jerusalén
después que por tierra iguala
de [illegible]
las ciudades rebeladas.
[illegible]
músicas, himnos y danzas
a recibir a sus puertas,
cubiertas de cedro y palma,
los cortesanos alegres,
[illegible]
con que [illegible]
sus [illegible]
Sal a darle el parabién,

y con su célebre entrada
suspenderás tu tristeza.

AMÓN. Al melancólico agravan
el ruido y contentos ajenos.
Idos todos de mi casa,
dejadme a solas en ella,
mientras veis que me acompañan
desesperación, tristeza,
locura, imposibles, rabia,
pues cuando mi padre triunfe
muerte me darán mis ansias. *(Vase.)*

JONADAB. ¡Lastimoso frenesí!

ELIAZER. ¿Que no se sepa la causa
de tanto mal?

JONADAB. ¿Si es de amor?

ELIAZER. A serlo, ¿quién rehusara
a quien hereda este reino?

JONADAB. No sé, por Dios. Mas, pues, calla
la ocasión de su tristeza,
o Amón está loco o ama. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen, marchando con mucha música, por una puerta Joab, Absalón, Adonías y tras ellos David, viejo, coronado; por otra, Tamar, Bersabé, Micol y Salomón, dan vuelta y dice

DAVID

Si para el triunfo es justo, [illegible]
después de [illegible], levantar trofeos,
[illegible] veces repetido,
a [illegible] de mis [illegible] deseos,
si tras [illegible]
de [illegible], [illegible],
de Get y de [illegible] tierras,
inexausta materia a [illegible]
Si después que en los brazos [illegible]
de [illegible], fuertes [illegible]
hipérboles [illegible] mudos
ciegos que el [illegible] en parras,
y [illegible],
[illegible]
de [illegible] entre el [illegible] vello
como joyas sus brazos me eché al cuello.
En fin, si tras hazañas adquiridas
en la robusta edad, que amor dilata,
gravada en su [illegible] las heridas,
ejecutoria de quien nobles trata,
agora a esta pequeña reducidas,
cuando a mi edad el tiempo paga en plata
el oro que le dió juventud florida,
que, pues se trueca y pasa, ya es moneda,
por [illegible] que me ha quitado
al Amón la rey[illegible]
cuatro coronas mi valor premiado
en vuestros ocho brazos gana [illegible]
quisiera, con [illegible]ado,
que [illegible] cuellos,
y [illegible] de amor teatro,
[illegible]
Ya Rabbath [illegible]
de Amón [illegible]
ofrece [illegible] que [illegible]
[illegible],
ya la tristeza trasformada en risa,
muerta Belona, cuatro laureolas
lisonjean mi gozo con sus lazos,
reduciendo mi cuello á vuestros brazos.
Micol querida, que por tantos años
á [illegible] poseedora deste trofeos,
da en este día a la venganza, a amor engaños,
al tiempo que contar, y a mi deseos.
dadme entre esos abrazos desengaños
como yo a vuestras aras [illegible],
sus prepucios al Rey incircuncisos,
plumas al sabio y á la fama avisos.
Discreta Abigail, a quien el cielo
gracia de aplacar cóleras ha dado
del bárbaro pastor en el Carmelo,
premio no merecido ni estimado,
en esos brazos, polos del consuelo,
en quien vive mi amor depositado,
descanse mi vejez, que pues los goza
sus largos años cuenta ya esta moza.
Hermosa Bersabé, ninfa del baño,
que sirviéndoos de espejo en fuentes frías,
brillando el sol en ellas, de un engaño
dieron causa a un pecado, lágrimas mías,
ya se restaura en vos el mortal daño
del malogrado por [illegible] Urías,
pues dais quien edifique templo al Arca,
paz á los tiempos y a Israel monarca.
Y vos, mi Salomón, noble sujeto,
en quien vos ciencia infusa deposite,
de la fábrica célebre Arquitecto
que la gloria de Dios en niebla imite,
el Líbano de Hiram grato y discreto
cedros os corta donde eterna habite
la incorrupción que el tiempo no maltrata,
con oro os sirve Ofir, Tarsis con plata.
Bellísima Tamar, hija querida,
cárcel del sol, en vuestras hebras preso,
dichosa mi victoria reducida
al triunfo que con veros intereso,
¿cómo estáis?

TAMAR.

Dando albricias á la vida
que vos ausente en contingencia al seso,
gran señor, puso.

ABIGAIL.

Y yo de mi deseo
pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estáis mi Abigail buena?

ABIGAIL.

A serviros
dispuesta, gran señor, eternamente.

DAVID.

¿Y vos hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros
en gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros

tierno en amores, si en valor valiente,
ndoos toda el alma por despojos,
que á gozaros se asoma por los ojos

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
ó verte mil ducados, rica y bella,
lo fué del Amonita, que os presento
alegre en ver que sois la piedra de oda.
Mi general Joab, merecimiento
de la fama, que envidias atropella,
de mi victoria la ocasión habiendo sido
valiente capitán, si comedido.
A Rabata redujo á tanto aprieto,
que cegando su sed, asolo en pozo,
dejo su asalto de llevar á efeto
y ser ejecución de su denuedo,
por avisarme á mi tal sujeto,
que á mis victorias añadase el gozo
de esta conquista que su fe publica
las veces que Israel me la dedica
dadle las gracias de ella

JOAB.

En esas plantas,
puesta la boca, quedaré premiado,
pues á mayores prendas me levantas
con sólo el nombre, ¡oh Rey! de tu soldado.
Cuelga ante el Arca con tus armas santas
trofeos que á la envidia den cuidado,
y al arpa dulce, de tu gusto atenido
cantate las victorias á ti mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalón, á mi Adonías,
diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALÓN.

A tu lado, señor ¿qué valentías
podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMÓN.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Ver en nuestros días,
al tremolar hebreos tafetanes,
juntar en dos sujetos la ventura,
el esfuerzo abrazando á la hermosura.

DAVID.

Mi Amón, mi mayorazgo, el primer fruto
de mi amor ¿como estás?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
tristeza en verle, á su pesar tributo,
priva á la muerte que sus años corte,
llanto á sus ojos, y á nosotras luto,
pues callando su mal, no hay quien reporte
la pálida tristeza que, enfadosa,
guardas siembra en su cara y burla rosa.

SALOMÓN.

No hay médico tan célebre que acierte
la causa de tan gran melancolía,
ni con música ó juegos se divierte,
ni va á cazar, ni admite compañía

BRASABI.

A los umbrales llama de la muerte
para dar á tu reino un triste día.

ABIGAIL.

Háblale, si el dolor que le molesta
alivianas su cuidados, señor, esta.

(Corren una cortina y descubren á Amón sentado en una silla y muy triste.)

ESCENA V

AMÓN DICHOS

DAVID. ¿Qué es esto, amado heredero?
Cuando tu padre David trata
remedios que alegrarte trata,
por ser tu el hijo primero,
de darle la comunicar
de tus mayores placeres,
¿hallas algo triste que pones
que no sea á recibir?
Divertirte los despojos
que toda tu cuerpo has visto,
todo el reino te conquisto,
alza á mi rostro los ojos,
llega á entrar á mis brazos,
los brazos, tu gusto admita
esta corona, que imita
el oro de tus cabellos.
¡Hijo! ¿No quieres hablarme?
Alza la triste cabeza
seya con esa tristeza
no pretendes acabarme.

ABSALÓN Hermano, ¿la cortesía
cuando no tuvo lugar
en vuestro pecho, á pesar
de cuya quiere mostrarse?
Mirad que el Rey, mi señor
y padre, hablarte os está.

ADONIAS. Si Adonías cada día
á observar os amor
que en vos mismo la experiencia,
por el os ruego que habléis
á un Monarca que tenéis
llorando en vuestra presencia.

SALOMÓN. No ¿qué tan angustiada
TODOS. Príncipe, volved en vos.
DAVID. ¡Amón!
AMÓN. ¡Oh, valgame Dios,
que imperador se postra!
(Se levanta cubierta muy triste.)

DAVID. ¿Que tenes, cargo cansado
de este triste original,
que en alivio de tu mal,
de todo el hebreo estado
la mitad darte prometo?
Mira y no estés así,
pon esos ojos en mi.
¿Es tu gusto el estado?
No se niega el Real Cetro
de tu cansada cabeza.
¿Que quieres? ¡Habla, pide!
AMÓN. Que os veas y no me deis pena.
DAVID. Si en esto tu gusto estriba,
no te quiero dar pesar,
tu tristeza ha de causar

que ya es mi consuelo viva.
Agrado vas el regalo
con que Israel se alegra.
Pero ¿qué es lo que tiendo guiada
al dolor que causa mi hijo?
¿Que no conozca a Amón,
aunque hermano fuera,
una palabra siquiera
de amor? ¿Desasosiego no?
¡Príncipe, un mal tan solo!
¡Loca estoy con mis canas eres!
¿Qué haces? ¿Qué aguardas? ¿Qué quieres?

AMÓN. Que os vais y me dejéis solo.
ABSALÓN. Pues parte es esto mas cuerdo,
pues perdéis el seso en vano.
DAVID. ¿Qué va de ello, Absalón, qué pasó,
hijos, y al Príncipe que dejo?

(Sale y al entrar Tamar, llámale Amón y levántase de la silla.)

ESCENA VI

TAMAR y AMÓN

AMÓN. Tamar. ¡Ah, Tamar! Señora.
¡Ah, hermana!
TAMAR. ¡Príncipe mío!
AMÓN. Oye de mi desvarío
la causa que el Rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?
TAMAR. A estar su aumento en mi mano,
sabe Dios, gallardo hermano,
con cuánta solicitud
hierbas y piedras buscara,
experiencias aprendiera,
montes ásperos subiera,
hasta los cielos volara,
para volver a Israel
un Príncipe, que la muerte
pretende quitarle.
AMÓN. Advierte
que no siendo tú doctor,
sin pedir, drogas ni yerbas,
metales, montes ni mares,
está mi vida en tus manos,
y que en ellas la conservas.
Toma este puñal, en el pecho (Tómale)
los dedos como instrumento,
a cuya encendida acento
conceptos del corazón
entiendas.
TAMAR. Desasosiego
muestra.
AMÓN. Cáusanle mis penas.
Sangre encierran otras venas;
en las mías todo es fuego.
(Tómanle y abrázat las manos.)
¡Ay, manos que el alma toca,
(Bésaselas.)
pagando en besos agravios!...
¡Quién se hiciera todos labios
para gloria de esta boca!
TAMAR. Por ser tu hermana consiento
los favores que me haces.
AMÓN. Y porque así satisfaces
la pena de mi tormento,
TAMAR. Dime ya tu mal, acaba.
AMÓN. ¡Ay, hermana, que no puedo!
Es fiera de mi estado
Darte parte de lo que sabes...,
pero... vete, que es mejor
morir mudo. ¿No te vas?
TAMAR. Si de curiosidad estas
efetos, son tu humor.
Vóyme, adios.
AMÓN. ¡Crueldad extraña!
Oye
TAMAR. Vuelvo.
AMÓN Pero... vete.
TAMAR. Alto.
AMÓN. Vuelve y contaréte
el fiero mal que me engaña.
TAMAR. Si de una hermana no fias
tu secreto, ¿qué he de hacer?
AMÓN. (Aparte.) De ser hermana y mujer,
pasiones mezcladas crías.
¿Posible es que no has sacado
por el pulso mi dolor?
TAMAR. No sé yo que haya doctor
que tal gracia haya alcanzado.
Si hubiera no me lo enseñas,
mas tu enfermedad sabré
AMÓN. Pues yo de pulso bien sé
que es lengua que habla por señas
Pero pues como este
por el tanto desvarío,
en tu hermosura y brío,
hermana, mi mal acabe
¿No te llamas tú Tamar?
TAMAR. Ese apellido hered.
AMÓN. Quita al Tamar la T,
y ¿dirá, Tamar...?
TAMAR. Amar.
AMÓN. Ese es mi mal; yo me llamo
Amón, quitarle la N
TAMAR. Serás amo.
AMÓN. Porque pene,
mi mal es amar, yo amo.
Si esto adviertes, ¿qué preguntas?
¡Ay, hermana Tamar,
amo y es mi mal amar,
sabe mi nombre el tuyo juntas!
TAMAR. Si como has sido igual
entre los nombres, la hubiera
en las personas, no fuera
milagros en tu verdad.
AMÓN. Amor ¿no es correspondencia?
TAMAR. Así le suelen llamar.
AMÓN. Pues si entre Amón y Tamar
hay tan poca diferencia,
que dos letras solamente
nos distinguen, ¿por qué callo
mi mal, cuando puedes hallo
que apliques mi fuego ardiente?
Yo, mi Tamar, cuando tu
corteza el amor siento,
y en el, con bate primero
del Ites, mi padre, seguí
las banderas y el valor,
si sobre el muro una tarde
un arco hice de alarde
de sus brazos de amor,
Quede luego en la conquista
de sus ojos soberanos

y sin llegar á las manos
me venció sola su vista.
Desde entonces me asistió
amor entre sus soldados,
supe lo que eran cuidados
que hasta aquel instante, no.
Tuve sueldo de desvelos,
sospechas me acompañaron,
imposibles me animaron,
quilataron mi amor celos,
y procurando saber
quién era la causa hermosa
de mi pasión amorosa
en que me siento encender,
supe que era la Princesa,
hija del bárbaro Rey,
contraria en sangre y en ley,
si una sola amor profesa.
Y, como imposibilita
la nuestra el mezclarse, hermana,
sangre idólatra y pagana
con la nuestra israelita,
viendo mi amor imposible,
á la ausencia remití
mi salud, por que creí
que de su rostro apacible
huyendo, el seso perdido,
á pesar de tal violencia,
ejecutara la ausencia
los milagros del olvido.
Volvíme á Jerusalén,
de celos con despojos,
[illegible]
que siempre en su daño ven;
pero, [illegible]
cazas, [illegible]
fueron remedios, [illegible]
de aplicarse mis pasiones.
Creció mi mal de día en día
con la ausencia, que quien ama,
espuelas de amor la llama,
y, en fin, mi melancolía
ha llegado á tal extremo
que aborrezco lo que pido,
lo que me da gusto olvido,
y me anima lo que temo.
Aguardé á mi padre el Rey
para que, cuando volviese,
por esposa me la diese,
que, aunque de contraria ley
la nuestra, hermana, dispensa
de. [illegible]
con que cuando amare tanto
como yo, y casarse piensa
[illegible]
ganada en esta guerra,
la [illegible] á su casa y tierra
donde en paz sus campos pisa,
[illegible]
[illegible] de otros [illegible]
le [illegible]
y pueda ser su marido.
Esta esperanza en sosiego
hasta agora conservé,
pero ya, Infanta, que sé
que mi padre á sangre y fuego
la ciudad de quien adoro

destruye, quedando en ella
[illegible]
sangre [illegible] más [illegible],
[illegible]
de sanar, esta [illegible],
[illegible]
para hacerla más [illegible]
¡[illegible] piedad, hermana bella,
de mí!

TAMAR. Dios, hermano, sabe
si cuanto es tu mal [illegible]
me aflige más tu [illegible].
Mas yo, ¿cómo puedo, Amón,
remediarte?

AMÓN. Bien podrías,
si tú, mi Tamar, quisieras.

TAMAR. Ya espero [illegible].

AMÓN. Mira, hermana, [illegible],
[illegible]
como [illegible]
con [illegible]
[illegible]
[illegible]
tal vez [illegible],
[illegible]
[illegible]
¿No has visto [illegible] flores
que, en apariencia y colores
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que de [illegible]
[illegible]
que [illegible] tan cumplido,
pues [illegible] paz,
[illegible]
[illegible]
[illegible] paz,
[illegible] las flores
[illegible] un engaño
[illegible]
[illegible]
[illegible]
pues [illegible], bella Tamar,
que [illegible]
[illegible]
¡Mi [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] nada.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible], asegura
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
[illegible]
[illegible]

TAMAR. Si en eso estriba tu mal,
caro hermano, tu sosiego,

tu gusto ejecuta luego,
que en mi la dama hallarás,
quizá más correspondiente
que la que ansiosa abrazas.
Ya no soy tu hermana yo,
pretendiente ingrato,
que, con mi estrella, engaño,
mientras tu hermana no soy,
para que vines, tendidos
de [illegible] este lazo.

AMON. ¡Oh, lengua mal osada!
¡Oh, manos de mi ventura!
(Besa las manos de Tamar.)
¡Oh, cielo de la hermosura!
¡Oh, remedio de mi alma!
Vivo, en fe de tal
salud á mi misma dama.

TAMAR. ¿De veras esa es mi dama,
ó sois como Tamar?

AMÓN. Como á Tamar hasta ahora,
mas, desde aquí, como á espejo
de mi amor.

TAMAR. ¿Luego ya dejo
de ser Tamar?

AMÓN. Sí, señora.

TAMAR. ¿Princesa soy?

AMON. Finge que en la palma estoy,
y que hoy al cielo subir voy
al abrazar, desde hasta
tu palma, el Rey, que cercado
por el mío, está al lado,
y ve en tu amor convertido,
después de haberte avisado
que esta noche te he de ver,
entre armado, y seguro
por un portillo del muro,
y tú, por corresponder
con mi amar, á recibirme
sales.

TAMAR. Dichosa aventura.
Comienza á nacer mi ventura.
¡No sabe poco el que no reina!

AMÓN. Limpio, puro, Arboles bellos
de este jardín, cuyas hojas
son ojos que mis congojas
llora amor por tus cristales,
¿habéis visto á quien adoro?
Pero si, visto la habéis,
pues el arrebol que vertéis
condensado en gotas de oro,
de su vista se le debe.

TAMAR. ¿Si habrá el Príncipe llegado?—
¿Sois vos, mi bien?

AMÓN. Que, ¿he adquirido
el blasón con que me honráis?
¡Dichoso mi amor mil veces!

TAMAR. ¿Venís solo?

AMÓN. No es discreto
el amor que no es secreto.
¿Cómo, amores, tú me ofreces
esos brazos amorosos
que con tus suspiros mezco?
Pues que ya los tengo cerca,
cese el amor fugitivos,
y sepa yo que se oculta
con sus sayos de oro bellos
de esos hermosos cabellos,
estrellas son de esa zona
esos dos, esas manos
que al cristal envidia dan;
la vía láctea serás
de mis gustos soberanos.
¡Ay mis manos, que me abraso
(Toma las manos á Tamar.)
sólo á los labios no os acerco
con que sus llamas reprimo!
Remediadme

TAMAR. Paso, paso,
que no os doy tanta licencia.

AMÓN. ¿Decísme esto como á hermano,
ó como amante, que ufano
está loco en tu presencia?

TAMAR. Como á hermano y á galán,
que si de veras te abrazas,
las leyes de hermano pasas;
y si tantas te dan
ocasión de que así estés
la primera vez que vienes
á ver tu dama, no tienes
de medrar por descortés.
Basta, por agora, esto.
¿Cómo te sientes?

AMON. Mejor.

TAMAR. ¡Donosas burlas!

AMÓN. De amor.

TAMAR Ya es sospechoso este puesto.
Vete

AMON. ¿No eres tú mi hermana?

TAMAR. El serlo recato pide.

AMON. Como á galán me despide.

TAMAR. Vaya, pues esto te sana

AMON. Adiós, dulce prenda

TAMAR. Adiós.

AMON. ¿Quereisme mucho?

TAMAR. Infinito.

AMON. ¿Y admitis mi amor?

TAMAR. Sí admito.

AMON. ¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR. Vos.

AMON. ¿Vendré esta noche?

TAMAR. A las once.

AMON. ¿Olvidaréisme?

TAMAR En mi vida.

AMON. ¿Quedás triste?

TAMAR. Enternecida.

AMON. ¿Mudaréisos?

TAMAR. Seré bronce.

AMON. ¿Dormiréis?

TAMAR Soñando en vos.

AMON. ¡Qué dicha!

TAMAR. ¡Qué dulce sueño!

AMON. ¡Ay mi bien!

TAMAR. ¡Ay caro dueño!

AMON. Adiós, mis ojos.

TAMAR. Adiós. *(Vase Amón.)*

ESCENA VII

Sale Joab, que ha estado escuchando escondido
TAMAR.

JOAB. Escuchando he aquí estado,
aunque á mi pesar, finezas,
requiebros, gustos, ternezas

de un amor desatinado.
¿Cuándo entre dos hermanos,
aun de la gente perdida,
esto de no bien, ni vida,
entre cuchillos, besar manos?
¿Y, tú, esposa, tú caro dueño!
¿Mentirás? ¿Será verdad?
¿Verdad es esta mentira? Anas once.
¿Sabe en tu Dalila Sansón
Nerse yo que haya semejanza
de una hermanada alianza
como estas, sin razón?
Tamar, de hermanos carnales.
En pago de mis hazañas
pruebe al rey pretendo,
por esta causa emprendí
de cautelas extrañas.
El primero que arribo
á esta deseada puerto hebreo
con mucha gente del chaseo
muros en Sión, fuerte
Su capitán general
eres perfectamente hecho,
con que en parte satisfizo
mi pecho noble y leal.
En muestras de este deseo
siempre quedará la puerta fuerte,
para, llegue, vea, vence,
y agora llego, entro y veo
presas altas batallas,
ofensas de reyes, del Rey,
de tu sangre de tu ley,
y con esto cautividades,
ofendidos pues servidos,
menospreciado mi amor,
mi prenda mi valor
y de tu deshonra indicios
Mas, ¿para qué lloro, que ha sido
en tiempo que queda en pie
mi honra, desde hoy fuerte
á vuestra voluntad olvido,
al Rey suplico que pesa
como testigo de vista,
pues, como extranjera conquista,
al cabo pierde su causa,
y, mientras hago, acabado
en mi pecho habitación,
en el incestuoso Amón
tendrás hecho lo vengado.

TAMAR. Oye, espera, loco amante,
así, ángeles buenos guarden
que en cielos descompuestos
de un amor, sólo aparente.
Si aun tu locura quieres oír
tres veces, que es decirlo
por cierto de un aprieto
la vez pasado honor,
le apuntó en la cabeza,
le habla hincada la rodilla,
con vasallo estilo,
y tan cerca del cuello,
con que su locura niega,
al cabo dichos le pareció
que era Amón de amores loco,
y que de esta manera llega
hasta besar la mano
con que a mi padre ha de dar,
si no le mata el pesar,
vejez triste é inclemente.
Quiso una dama alcanzar
que con ojos de mas precio
cuando á Rabata asedio
la venganza intenta
Tuvo en ello, esta empresa
y en alma su esperanza,
dueño de su semejanza,
y que si del mar me pesa,
que le atrasa, hasta ser
la que adora, y cuando venga
con amores le entretenga.
En mi hermano, ved, poder
del ciego amor que le quema,
y para que poco á poco
apague el tiempo á este loco
segar, como veis, su tema.
Mas, pues resulta en tu daño
y en riesgo de mi opinión,
muestre en tu hermano Amón
y vese desde hoy tu engaño.
Si le ama, veame también
las partes de un capitán,
el más valiente y gallardo
que ha visto Jerusalén
Pídeme mi padre luego,
que otras bodas ha pensado
con vasallos que no han dado
las nuestras que en tu ver luego,
y no ofenda esta montaña
el valor de mi fineza,
ni un amor en la corteza
que a un enfermo amante engaña.

JOAB. Conozco tu discreción
y tus virtudes agradezco,
tu honesta hermosura adoro
y celebro tu opinión,
No vuelva más ojos, ni enojos:
perdóneme Joab, Tamar,
que desde hoy juro no dar
crédito en tus sus ojos.
Si ser tu esposo interesa,
será yerro de mi amor,
en tu de aquese favor
la mano, hermosa, te beso. (Vase.)

ESCENA VIII

Sale AMÓN *al mismo tiempo que* JOAB *besa la mano á* TAMAR

AMÓN

Besar la mano donde el labio ha puesto
su Príncipe, tu vasallo es desatino grave,
que el vaso se reserva donde bebe
el cabello el vuelo y el vestido puesto
Como he visto, es manifiesto manifiesto,
como amante á tu pecho mueve,
¿Loco de mi amor, he mano suave!
¿Tan presto me engañas? ¿Tan presto?
Como amante entendido y como hermano
á locura y vanidad me provocas,
darte la muerte á Joab y á ti,
y cuando ruegas las venganzas locas,
desterrarte de mi mano,
pues por tener con que, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amón, tu hermana, ya tu dama,
aquella verdadera, ésta fingida,
quimeras deja, tu pasión convida,
que enferma, porque tu sanes, mi fama.
Si una difunta en mi busca tu llama,
dile que estoy para tu amor sin vida,
si siendo hermana soy de tu oprimida,
razon es que aborrezca á quien me infama.
No me hables mas palabras disfrazadas,
ni con engaños tu pasion revistas,
cuando honesto amor pretenda,
que andamos yo y tu fama muy pegadas,
y no se yo como tu mal gozes,
sin que la una de las dos se ofenda. (Vase.)

ESCENA IX

AMÓN.

¿Así te vas, homicida?
¿Con palabras tan resueltas,
la vencida y la herida sueltas
para que pretenda la vida?
Pues yo te daré venganza
cruel, mudable Tamar;
que, en un mar,
por ser mar en la mudanza,
¿Que me abrasa, fingidos cielos;
que me da muerte mi rigor!

ESCENA X

Sale JONADAB.

JONADAB. ¿Qué es aquesto, gran señor?
AMÓN. Mal, fe de corazon, decoros.
JONADAB. ¿Celos? ¿No sabré yo, acaso,
de quien?
AMÓN. Sí, que pues me muero
ni puedo callar, ni quiero
por Tamar de amor me abraso.
JONADAB. ¿Que dices?
AMÓN. No me aconsejes;
dame muerte, que es mejor.
JONADAB. Desvarios tienes tu amor,
mas, para que no te quejes
de mi poca calidad,
tu pasion quiero avivar
prenda su honra Tamar
y no pierdas tu la vida.
Fíngete mal en la cama.
AMÓN. No es mal tan cierto fingido.
JONADAB. Desvanecida te pinta
y al Rey, que te adora, llama.
Pídele que venga á darte
Tamar, tu hermana, á comer;
y cuando esté en tu poder,
no tengo que aconsejarte,
discreto eres: la ocasión
lo que has de hacer te dirá.
AMÓN. En ese remedio está
mi vida ó mi perdicion.
Ve por mi padre ¿que aguardas?
JONADAB. Como andas á tientas, amor
no distingues de color,
ni á hermanos respeto guardas. (Vase.)

ESCENA XI

AMÓN

Si amor consiste sólo en semejanza,
y tanto los hermanos se parecen,
que en sangre en miembros y en valor merecen
igual correspondencia y alabanza,
¿qué ley impide que mi amor alcanza?
De Adan, los mayorazgos nos ofrecen,
siendo hermanos, ejemplos que apetecen
lo mismo que apetece mi esperanza.
Perdones, pues, la ley que mi amor priva,
vedando que entre hermanos se conserve;
que ley natural en contra arrojo.
Amor, que es semejanza, venza y viva,
que, si la sangre, en fin, sin fuego hierve
¿que hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XII

Salen DAVID, JONADAB y ELIAZER, AMÓN

DAVID. De que envíes á llamarme,
hijo, arrimo de mi vida,
ya mi tristeza se olvida,
ya vuelves á consolarme.
Habla, no repares, pide.
AMÓN. Padre, mi flaqueza es tanta,
que la muerte se adelanta,
y tu favor no lo impide.
No puedo comer bocado,
ni hay manjar tan exquisito,
que alentando el apetito,
mi salud vuelva á su estado.
Como el mal todo es antojos,
parecerme, padre, á mí
que á ver á Tamar aquí,
con solo poner los ojos
y las manos en mi pecho,
una fuerte calentura
temprana dicha á la vida,
que ya de camino has visto
¿Quiere, señor, vuestra alteza,
concederme este favor?
DAVID. Pues pides á mi amor;
si así alivias tu tristeza,
Tamar vendrá diligente
AMÓN. Beso tus pies.
DAVID. Eso es justo.
AMÓN. Quisa Tamar á mi gusto,
y entiendese solamente.
DAVID. No le quiero disgustar,
voy á llamar á la Infanta.
(Vase David.)
AMÓN. Eliazer, dime algo, canta
si alivia á amor el cantar.
ELIAZER. (Canta.) «Cuando el bien que adoro
los campos pisa,
madrugando el alba,
llora de risa.
Cuando los pies bellos
de mi niña hermosa
pisan, jurcia y rosa,
ámbar salen de ellos;
va el campo á prendellos
con grillos de flores,

y muerta de amores,
si el sol la ausa,
madrugando el alba
llora de risa.»

ESCENA XIII

Sale Tamar con una fuente al hombro y una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo

TAMAR. Mandome el Rey, mi señor,
que á vuestra alteza truxese
de mi mano, que comiese,
porque sabroso os fuese humor;
ya no tendrá bien sabor
si de gusto no ha mudado,
porque aunque yo lo he guisado,
si llaman grasia á la sal,
yo vendré, Príncipe, tal,
que no estará sazonado.

AMÓN. Jonadab, sálte allá fuera,
cierra la puerta, Ehazer,
(Vanse estos.)
que á solas quiero comer
manjares que el alma espera.

TAMAR. Lo que haces considera.

AMÓN. No hay ya que considerar,
tu sola has de ser manjar
del alma á quien avarienta
tanto ha que tienes hambrienta,
pudiendola sustentar.

TAMAR. Caro hermano, que harto caro
me sabrás si eres cruel.
Príncipe eres de Israel,
todos están en tu amparo;
mi honra es espejo claro
donde me remiro y precio,
no sufrirá su desprecio
si le procuras quebrar,
ni tu otro nombre ganar
que de amante torpe y necio.
(Retirándose.) Tu sangre soy.

AMÓN. Ansi te amo.

TAMAR. Sosiega.

AMÓN. No hay sosegar.

TAMAR. ¿Que quieres?

AMÓN. Tamar, amar.

TAMAR. ¡Detente!

AMÓN. Soy Amón, amo.

TAMAR. ¿Si llamo al Rey?

AMÓN. A Amor llamo.

TAMAR. ¿A tu hermana?

AMÓN. Amores gusto.

TAMAR. ¡Traidor!

AMÓN. No hay amor injusto.

TAMAR. Tu ley...

AMÓN. Para amor no hay ley.

TAMAR. Tu Rey...

AMÓN Amor es mi rey.

TAMAR Tu honor ..

AMÓN. Mi honor es mi gusto

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen Amón echando de empujones á Tamar. Llaman y abren.

AMÓN. ¡Vete de aquí, sálte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
alpa que en tu centro agrada,
sepulcro blanqueado lleno
de podredumbre y gusanos,
manzana hermosa en el seno
y en la corteza arrugada,
¡No me mires, que me matas!
¡Vete, monstruo, que me acabas
y mi juventud marchitas!
¿Que yo te pude ser dulce posible
que yo te tuve afición?
Fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbon
si en la cortez... ble
¡Sal fuera, que eres horror
de mi vida y su escarmiento!
¡Vete, que me das temor!
Mas es... aborrecimiento,
que me primero mi amor
¡Hola, echadme de aquí!

TAMAR. Mayor ofensa mi honra
es la que haces contra mí,
que fuerza amorosa tacha
de tu torpe frenesí.
¡Tirano de aqueste talle,
dobla en mí agravios y afrenta
hasta que pueda vengarme,
mujer forzada es bastarda,
haz que me echen á la calle,
ya que así me has deshonrado,
llama el pregonero que has comprado,
un perro, al suelo arrojado;
di que se ponga en venta,
que hay ya, alguien le ha comprado.
Honra con tales despojos
á quien se empeña en perderte,
y á mí dame unos cabellos

AMÓN. ¿Que aún no te vas de corrido,
sordo á mi afrenta y mis ruegos!
¿No te quieres ir, traidor?

TAMAR. ¿Donde estás hombre ingrato,
no hay quien me quiera acoger,
sea tu verdugo, sea
deshonrada tu mujer?
Haz de tu hermana cuenta,
ya que de tu mano ha sido,
no añadas afrenta á afrenta,
que en desdichas de perdido,
perece quien las aumenta.
¡Llama de mi honor ofendido,
ganado has, por fuerza vencido,
joyas que en vano he pedido,
que tanto la vida y todo,
pues va lo mas he perdido
No te lo acabes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque es que pierde es molesto

mientras en la mesa hay resto.
Resto has de la vida, ingrato,
pero es vida en honor,
y así de perdida tal
sabrá el mundo, Tamar,
dar esa muerte en barato.

AMON. ¡Infierno, vuelvo de rabia,
pues me atormentas crueles!
¡Socorre, muestra, valerosa!

TAMAR. Porque pueda, sabe, armas
para defenderme tengo, luego.
Mal temor, mal, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda atrás, vivamos,
la vida, que tiene ser,
y gozarás por mí mismo.

AMON. ¿Vuelve tormento sobre este?
¡Hola! ¿Nadie me socorre?
¿Quién estos lazos desata celestes?

ELIAZER. ¿Llamas?

AMON. Echadme de aquí
esta víbora, sus pies.

ELIAZER. ¿Víbora, pese? ¿Qué es de ella?

AMON. Llevadla de aquí al momento,
cerrad la puerta tras ella.

JONADAB. Calla, Tamar, vete así,
que ya aquí no te has de quedar.

AMÓN. Echad a la calle.

TAMAR. Así
estaré bien, que es razón,
pues que el dueño fue ingrato,
que por esas calles pregón,
mi deshonra, contra él.

AMÓN. Vos me pone no te escuchar.

(Vase Amon.)

JONADAB. ¡Extraño caso, Eliazer
tan odiar tras tanto amar!

TAMAR. Puesto, villano, has de ver
la venganza de Tamar.

(Vase.)

ESCENA II

Salen ABSALON y ADONIAS

ABSALON.

Si no fueras mi hermano, loco estuvieras
en pagarlo, ambicioso, tan presto
hoy, con la vista bárbara, pudieras
el deseo atrevido e impudente

ADONIAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
con que te he dado mi padre ilustremente,
no hubiera que quitarte de las manos,
de purpura cazaran a Adonias.

ABSALON.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿Tú, muerto Amon de mal que le consume,
sabrá, tirano, aspira, soberano,
que en doce tribus su valor resume?
¿Quién ya no sabe ya tu mayor hermano?
¿Quién compite con Absalon presume,
a cuyos pies ha puesto la ventura
el valor, la ligereza y la hermosura?

ADONIAS.

Si el reino con la silla se heredara
por el más desdichado, tuerto y pelo,
aunque no soy tu mayor en cuerpo y cara,
a tu vuelo hubiera dado el vuelo.
cada trenza tus cabellos, hilara
en oro de tu cabeza,
y en ellos hiciera en cadenas
te pechara en cuentas y en perlas
Redes eras a damas tu aseo,
a trenzas tu cabello, y a un estado
es tu padre y
las armas a abrazar las ha obligado:
por escuchar lisonjas de espejo,
y de tu misma vista enamorado,
en lugar de la espada que me aplico,
cogiera peinas, fuera un abanico.
Mas ¿qué agravio tan grande te hizo
con que tanto de veras te ofendes?
¿Cuándo ha puesto la mano en tu cabeza,
pues sus dedos a las damas vendes,
cada año, haciendo despojos tu belleza,
cuando salen a dar pésames entre dientes,
repartiendo por tierras sus cabellos
se compran en dos reinos vasos de oro
De tu belleza ser el rey procura,
déjame a mí, Israel, que hace agravio
a tu delicadeza, a tu hermosura.

ABSALON.

Cierra, villano, el atrevido labio;
que no sea tu lengua á dar la hermosura.
á pesar de tu envidia, dijo un sabio,
será que es lo que es, aunque está en ella,
que no, huésped bella habita en casa bella.
Cuando mi padre a enemigo asalta
no me quedo en la corte, dando al ocio
las breves años, que me vale esta falta
que, con mis hechos, que dar negocio;
mi acero reconocerá sangre esmalta,
la guerra, que sabe la sociedad,
en mis hazañas enseñará procura
cuán bien dice en mi valor con esta hermosura
Mas ¿para qué te digo que es tan cierto he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has dispuesto,
si porque soy hermoso soy cobarde.

ADONIAS.

Por adorno no más te la habrás puesto.
No la saques así, que amor te guarde,
que te desmayarás si la ves fuera

ABSALÓN.

¡Si no saliera el Rey! ...

ADONIAS.

¡Si no saliera!...

ESCENA III

Salen el REY DAVID y SALOMÓN. Dichos

DAVID.

Bersabe, vuestra madre me ha pedido
por vos, mi Salomón; atended, sed hombre,
que si amado de Dios sois, y querido,

conforme significa vuestro nombre,
yo espero en él, que, á, trono real subido,
futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMON

Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes....

ABSALON.

Gran señor ..

DAVID.

¿En qué se entiende?

AMNON.

La paz ocupa el templo en novedades,
gástas la moneda al ignorante vende,
si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALON

La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida á cerrar sus soledades,
esta traçamos y tras ella fiestas

DAVID.

¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV

Sale TAMAR *descabellada y de luto*

TAMAR. Gran monarca de Israel,
descendiente del Leon,
que para vengar injurias
dió á Judá el viejo Jacob
sus bendiciones, sus rayos,
si mi compasiva voz,
si lutos, si menosprecios
te mueven á compasion,
y cuando aquesto no baste,
si el ser hija tuya es
á que castigues te incita
al que tu sangre afrenta,
por los ojos vierto en sima,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo envio,
de mis agravios vengador.
Cubierta esta mi cabeza
de ceniza, que un amor
desatinado, es fuego,
solo deja en galardon
cenizas que lleva el aire:
mas, aunque cenizas son,
no quitarán mancha de honra,
sangre sí, que es buen jabon.
La mancha de fealdad
del templo príncipe Amon,
peste de la hebrea fué;
pégase su culpa, pues
que le imitase mandaste,
á quien es sí á saber
de esa pared el aposento,..
¡Ponzoña fiera me dió!
Sazonóle una sustancia;
mas las sustancias no son
de provecho, si se oponen
accidentes de afficion
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha, quisó
su desvergüenza mi agravio;
sazonóle la ocasion,
y sin advertir mas cuenta,
en el pecho me cebó
tu hija, Rey, y su hermana,
su esclava, su sol, su Dios,
echando la gente fuera,
á puerta cerrada entró
en el templo de la fama
y vanidad del honor.
Abofeteóme ofendida,
no me espanto, que al fin son
enemigas declaradas
la esperanza y posesion
Escarnecióme justamente
de su casa el vencedor,
oprobios por gustos dando:
¡Pague, en fin, de tal señor!
Deshonrada por las calles
tu corte me mandó ir:
sus piedras se compadecen,
cubren sus rayos el sol
entre nubes, por no ver
caso tan feo y atroz
Todas te piden justicia
¡justicia, justicia, señor!
Diras que es Amon tu sangre.
el vencerla corrompió,
sangre te deseo, si quieres,
derramada en tu favor
Hijas tienes herederas,
sobre esa cama tuyas son
estos estados y virtudes;
no desprecies sucesor
que, deshonrando á su hermana,
mereciendo tu opinion,
pues hoy afrentara
las que le vivas son
la, sangre generosa
de Abraham en vano valor
contra el incestuoso hijo
el cuchillo esgrimirá,
uno tiene, muchos tienes,
inocente Dios, Amon,
á Dios sirvo, Abraham,
ansi, servirás á Dios.
Vuestra, Rey, a tu mando,
la vida, á la pasion,
se vea pronta, que es mas gloria
que hacer piezas al con
Hermanos, pues conmigo
justicia pide Absalon
un padre nos ha engendrado,
una madre nos parió,
á los demas no me debe
de mi deshonra y baldon
sino sola la mitad
mis medios hermanos son,
vos los sois padre y madre;
entera satisfacion
tomad, o en esta afrenta
veréis sin fama desde hoy
¡Padre, hermanos, israelitas,

calles, puertas, cielos, sol,
brutos, peces, aves, plantas,
elementos, campos, Dios...!
¡Justicia os pido a todos de un traidor,
de su crueldad hermana y violador!

DAVID. Alzad, infanta de Sión,
Llamad a vuestro príncipe Amón.
¿Lloráis, cielos, tener hijos?
Mudo me deja el dolor,
hablad otros a pedazos,
sentid mi alma, lenguas sois.
¡Las lágrimas serán palabras
que expliquen mi corazón!
Rey me llama la justicia;
padre me llama el amor,
uno obliga y otro empeñe,
¿cuál vencerá de los dos?

ABSALÓN. Hermana, (¡nunca lo hagas!)
da lugar a la razón;
pues no se habla la venganza;
frena a tus lágrimas pon.
Amón es tu hermano y sangre;
á su mismo se afrentó,
puertas adentro se quede
su lagrimoso y tu desamor.
Mi hacienda está en Efraín,
granjas tengo en Baalhasor:
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vendrás conmigo en ellas
que, mudando de opinión,
no es bien que en cortes habite,
muerta su reputación.
Vamos á ver si los tiempos
tan sabios medicos son
que, con remedios de olvido,
den alivio á tu dolor.

TAMAR. Bien dices, vaya entre fieras
que entre hombres se perdió;
que á estar con ellas, ¡voto
que no muriera mi honor. (*Vase.*)

ABSALÓN. (*Ap.*) Fuego tengo en mi alma,
presto cubrirá Absalón,
quitando vida y tiempo,
de esta satisfacción. (*Vase.*)

ADONIAS. A tan perdido caso,
no hay palabras, no hay razón
que aconsejen y consuelen;
triste y confuso me voy. (*Vase.*)

SALOMÓN. La infanta es hermana mía,
del Príncipe hermano soy;
la afrenta de Tamar sabido,
temo el peligro de Amón,
el Rey es sabio y prudente,
es su esperanza heredar,
mas viene dar con el tiempo
lugar a la admiración. (*Vase.*)

ESCENA V

Sale temeroso AMÓN, DAVID *está llorando*

AMÓN. El Rey, mi señor, me llama.
¿Llamarme Rey no sabe?
¿Si será para matar
sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy a la nieve
de aquestas canas, que son
los pecados, frías escarchas
del hielo que en vos amor
¿Que aun así, antes del viaje,
anda siempre el pecador!
¡Cuerdo, qué cobarde!

DAVID. Príncipe...

AMÓN. A tus pies estoy.
(*De rodillas, leyendo.*)

DAVID. (*Ap.*) ¿No ha de poder la justicia
aquí, más que la afición?
Soy padre, también soy Rey;
es mi hijo, me agravió;
piedad sus ojos me piden,
la infanta satisfacción.
Pienderele en escarmiento
de este insulto. Pero, no;
levantase de la cama;
de su pecado el dolor
sus temores con el uno.
Pero ¿qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
con tan necia remisión?
Viva la justicia, y muera
el Príncipe violador.
(*A él.*) Amón.

AMÓN. Amoroso padre.

DAVID. (*Ap.*) El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
socorro pide a mi amor...
Pero, muera... ¿Cómo estás?
(*Vuelve a el fingido, y en viéndole se entristece.*)

AMÓN. Piadoso padre, mejor

DAVID. (*Ap.*) En mirándole, es de cera
mis entrañas, y su cara es sol.
El adulterio hombre da,
con ser Rey, me perdí no
el justo Juez, porque dejo
un pequeño desacato.
Vencido en él, a la izquierda
la piedad, su imagen soy;
el castigo es mano izquierda,
mano es derecha el perdón,
pues ser cuerdo es efecto...
(*A Amón.*) Mudad, Príncipe, por vos;
cuidad de vuestro regalo.
(*Ap.*) ¡Ay, prenda del corazón!
(*Vase el Rey.*)

ESCENA VI

AMÓN

(*Levantase.*) ¡Oh poderosas hazañas
de mi padre, cuyas manos
que vencen a Dios dan vencido
a cuantos reyes vencieron!
Que me case por mandado,
bien dice: tomaré yo,
el castigo de presente
es la mayor ofensa.
Temo, dama, mi pesadumbre,
por entender me dejas;
yo pagaré amor tan grande
con no ofenderte desde hoy. (*Vase.*)

ESCENA VII

Sale ABSALÓN *solo*

ABSALÓN. ¿Que una razon no le dijo
en seña de sus enojos?
¡Notable severo mal de ojos!
Hijastes Tamar, si es hija.
Mas, no importa, que ya cuido
la ocasion que he procurado
que á mi padre le pasmen
de todo punto, pues no se,
con su muerte, mi agravio
la justicia, en cabeza
No es razon que reine en el mando
quien no tiene el apetito
en su debida virtud
todo medio de valor
Honor y de Rey, y grado.
Ha par vos, que pasa presto,
hacer á mi padre esto
y de suerte le despache
con que ha poco de hazalle
amigo, sin pie ni cabo
Aquí está. Pero ¿qué es esto?

(Pisa una cortina y descubre un bufete, y sobre él una fuente y en ella una corona de oro de rey.)

¿La corona en esta fuente
con que cubre la real frente
mi padre, grave y compuesto?
La mesa es, plato me ha puesto
que ha tanto que he deseado,
despues de ser agraviado,
y el reparo es tan sacado
como á mi honra el ambicioso,
no es de perder tan buscado.
Amon no me ha de gozar,
este, en quien mi dicha encierro,
que sois vos, padre, y os yerro
el que os deshonro á Tamar
Mi cabeza quiero honrar
con vuestro [illegible];
mas rehusaros no he menos,
pues aunque en ella os encumbre,
temo ansias de pasos os desplombre
con [illegible] de mi culpa. *(Coronase.)*
Bien me estais, vos me hacen ansi
nacida, y mirad si mia,
pues nací de sangre real,
y vos nacisteis para ella
¿Sabreis merecer, vos, si,
y conservarla? Tambien.
¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¡Ay de mí!
¿Quién hay en [illegible]
que le estorbe? A mí no ¡Matarle!
mi padre que ha de vengarme...
Matar á mi padre.

ESCENA VIII

Sale DAVID.

DAVID. ¿A quién?

(Saca la espada Absalon, *sale al encuentro* David *y dale la corona.)*

ABSALÓN. ¡Ay, cielos! A quien no es
vasallo de vuestra alteza.

Arrodíllase.

DAVID. Coronada tu cabeza,
no dudes bien á mis pies.
ABSALÓN. Pienso heredaste despues,
que anda el Príncipe mal puesto
DAVID. Hasta puesto muy presto,
no estás vos cierto suyo,
que de esa corona agravio,
que como llega á caer
un talento, le menoscaber
mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿que quieres matar?
ABSALÓN. ¿Yo?
DAVID ¿No acabas de decirlo?
ABSALÓN. Si llegaras hasta oirlo,
mi [illegible] de perdonar,
si vengo, digo, á matar
vivo [illegible] traicion,
no cumplo primero quien
fama pierda por temor al golpe,
y pues ser traidor, quiere
matar á mi padre.
DAVID. Bien
¿Pues qué? ¿has á quien le cuadre
tal título?
ABSALÓN. No se yo
quien á su hermana forzó
también matará á su padre.
DAVID Pues se olvidos de mi madre,
contra Amon te has agraviado,
pues ten por averiguado
que quien fuere su enemigo
no ha de tener paz conmigo.
ABSALÓN. Sea paz entre nosotros.
¿No es yo, te digo, rompe?
DAVID. ¿Qué mucho, si la tomas
con Amon?
ABSALÓN No le ama más
que yo, nadie en Israel;
antes, gran señor, con él
y las Partes pese la ofensa
que vuestra alteza vuestra
al esquilmo, que ha empezado
en Rey mas [illegible],
y que esta merced de hacerá
Tamar desde [illegible]
y vengarse [illegible],
que [illegible] prevengo
de tales personas dignos;
honre nuestros vellocinos
vuestra presencia señor,
y de [illegible] dolor
que le causa este suceso;
con esta que [illegible]
gran señor [illegible]
DAVID. Tu hermana te [illegible],
y estas [illegible],
ya Príncipe [illegible],
pues [illegible] y no Abel.
ABSALÓN Si hay otra venganza en él,
plegue á Dios que me haga guerra
cuando el cielo y la tierra
y contra [illegible]
de [illegible]
[illegible] en [illegible] y la tierra
DAVID. Si [illegible], Absalon,
mis edades te perdonen,
con los brazos te corono

si mejor corona son.

ABSALON. En mis labios los pies pon,
y añade á tantas mercedes,
porque sea todo entero,
señor, el venir á hurtar
mi esquilmo, pues das lugar
la paz y alegrarte puedes

DAVID. Hacerte este nuevo gasto
no, hijo, goza tu hacienda,
á, esto pide que atienda
la vez que en vanas gasto

ABSALON. Pues á ello parte no hubo
á esta tu enojo, da licencia,
que, sin perder tu presencia
Adonías Salomón,
hagan verdad con Amnón,
de mi ausencia y noble experiencia

DAVID. ¿Amnón? Eso no, hijo mío

ABSALON. Señalarse en esta,
sus pocas dichas
en gallo, en carnero, en toro.

DAVID. Tanto que dejes desafíos
de nuevo acosa á mi manso

ABSALON. Despídete de aquesto
que hacer mucho conmigo.

DAVID. La experiencia en este trago,
que cuando con el disfraz
vean el agravio, de paz,
es el mayor beneficio

ABSALON. Antes el gusto y regalo
que he de hacer é he de abonarme.
en esto pues no estrañarme.

DAVID. Nunca creer al lisonjero

ABSALON. ¿Pagará con que sin un paso
alguna que me suspenda
con mi padre, y me ofenda!
No me estrañe mis pasos,
padre, hasta que á Ver-on me des.

DAVID. Deja mi alma la mejor prenda,
pero en tu fe, te confío
en fin, vete con mi gracia

ABSALON Cierto va de todo mi amor quedo

DAVID. ¿Qué? ¿De qué dudas, temor frío?

ABSALÓN. Voy á avisar.

DAVID. Bien mío,
en olvido agravio pon

ABSALÓN. No temas

DAVID ¡Ay, mi Absalón:
lo mucho que te amo pruebas!

ABSALON. Adios

DAVID. Mira que me llevas
la mitad de corazón. (Vanse.)

ESCENA IV

Salen TIRSO, PRASIO, ATILIO, BIRRIO, ABRAHÉN, *pastores y* TAMAR *de pastora, vestida la cara con la toca*

UNOS. (*Cantan.*) Al esquilmo, pastores,
que ya están las ovejas y los carneros

OTROS. (*Cantan.*) Pastores, á esquilmar,
que ahora es pastores el mayoral.

UNO. Ea, ea, trasquila
la lana, pastora,
los corderos mansos
que á su aprisco van.

trasquila la dama
a pobre, pastora
aunque no es oficio
que [illegible]
Enquisse a cuide
al que pres esta,
y [illegible] la
en prueba va
Pero esto bien,
porque esto bañar
con [illegible]
desnudar [illegible]
Pero el [illegible]
hasta no dejar
vellones, á bolsa,
pues, este que tal
[illegible]
pero [illegible]
que hay [illegible] pedadores
y pesquisidores.

TODOS. «Al esquilmo, pastores,
que están las ovejas y los carneros;
pastores, esquilmar,
que ahora es pastores el mayoral.»

TIRSO. Dichosas verán de suerte hoy
las rosas que esmaltan
cristales que bellos beban,
y en tiernos pacen sal
Ya con vuestra hermosa vista
verán el prado bastará,
pero mas que el sol,
pues vos sus cuidados pastes.
¿De qué estás tan amorosa.
hermosa Tamar,
pues con vuestros ojos bellos
estos mares á cuajar?
Sal de aquí, sal de la corte
de que á ti el rey esta,
y vos en ella en belleza,
la corte es vista, no hay mas.
La plática, corrieron,
vuelva hacia su mayoridad
en las aguas que os ofrecen
por espejo su cristal

TAMAR. Temo de mirarme en ellas.

BIRRIO. Si es por los ojos enamorar
de vos en esta, bien haces,
que á la hermosa que tú ves
desde el alba á la mañana
á cuantos y cuantos están,
y que para mí de muchos
el dolor es trabajar.
Mas, aunque con todo eso,
veréis en mis cristales
en la tabla de este rio
si en ella á los ojos miras,
y hacen un cristal verde,
que por quedar grandezas,
las flores de esta vega,
de mar á cristal serán.
¡Hermosa, mirad en ella!

TAMAR. Vuelve hermosa mis mandas,
tengo una mancha afrentosa
si se ve en ellas.

ATILIO. ¿Manchas tenéis? Y aun por eso,
que aquí las esperas que hay,
si manchas muestran, las quitan.

enseñando al amestad
A [illegible] esperanzas
s[illegible] para soñar
faltas, que [illegible]ne en vidrio,
c[illegible]s en nostro dan,
así, s[illegible] de agua
que [illegible] a [illegible]n,
muestra[illegible] y [illegible]quitan,
en [illegible]e [illegible]ar.

TAMAR. Si agora esa mudanza quitara,
hara agora mis [illegible]dan,
[illegible] la [illegible]
la sangre de un des[illegible]

RISELO. No [illegible] tal muda
[illegible] al[illegible],
que [illegible] las caras venden
[illegible]dad.
¿Son penas?

TAMAR. Pecados son.

ARDELIO Cubr[illegible]

TAMAR: No queda, pastor, por eso;
toda [illegible]

TIRSO. ¿Has agora [illegible], acaso,
que con [illegible]

TAMAR. No se muda con la luna,
[illegible] es la de [illegible]

TIRSO. Pues sea lo que se huviere,
pardez, que hemos de cantar
y [illegible] pesadumbre,
que es [illegible]
(Aparte.) [illegible] estás triste. La In-
fanta [illegible] [illegible]
desdenes de amor,
la ausencia los sana,
para desengaños
buena es la semejanza,
si atormentan celos
dar los a quien ama,
para la vejez,
armar las armas,
para mujer pobre,
gastar lo que basta;
para mal de ausencia,
juegos hay y cazas,
para excusar penas,
estudiar en casa,
para agravio de honra,
perdon o venganza,
que si tras estas, a infanta,
todo el tiempo lo acaba.»

ESCENA X

Sale LAURETA *con un tabaque de flores.* DICHOS

LAURET. Todas estas flores bellas
á la primavera he hurtado;
que pues de amor se [illegible] prado,
competir podrás con ellas.
[illegible] este cesto
de las más frescas y hermosas,
verdes, partidas y rosas,
desde el clavel al tomillo.
Aquí está la azucena,
la estrella mar turquesada,
con la violeta morada
que amor, porque huela, pisa;
el sándalo, el pajarillo,
[illegible]s, y este [illegible]as,
azucenas y reinamas,
madreselva e hyacinto.
Tomadlos, que son despojos
de [illegible], y [illegible] en ellos
[illegible]os, [illegible]s y sabrosos,
[illegible]os, frente, ojos y ojos

TAMAR. Todas las que [illegible] estimada,
pierden en mi su valor,
Laureta, porque la flor
que más [illegible] me falta.
(Dale algunas violetas y ponerlas Tamar en los pechos.)

TIRSO Y [illegible]
[illegible] cosas le [illegible];
que, como [illegible],
con [illegible] a [illegible].
Laureta, diz que tratás
con el diablo.

ARDELIO. Ya han venido
los príncipes, que han querido
honrarnos hoy.

TIRSO ¿Que aguardáis?

ARDELIO. Mientras el cerro le pasa,
a [illegible] apacentamos,
y de [illegible], veréis y vamos
en [illegible] a casa.

TIRSO. Ardelio, tenéis razón.
Dejemos prosa, pastores,
pero ¿qué tenéis de flores
hay como ver a Absalón?
(*Vanse los pastores.*)

TAMAR. Vámonos de aquí, Laureta.

LAURET. ¿Para qué [illegible] tan distrazada
estás.

TAMAR. Di mal injuriada.

LAURET. Olvida, si eres discreta.

TAMAR. Bien dices, aunque ese es buen medio,
un ingenio singular
«el remedio era olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XI

Salen AMON, ABSALON, ADONIAS y SALOMÓN. DICHAS

AMON. Bello está el campo

ABSALON Es el Mayo,
el mes galán, todo flor.

ADONIAS A lo menos labrador,
según agradece el año

AMON. Oid, que hay aquí serranas,
y más de una [illegible] y bello

ABSALÓN. De mi hacienda la señor, y os lo
que envidian [illegible] vecinas
[illegible] he [illegible]

AMÓN. ¡Bien [illegible], en la belleza
debe a la naturaleza,
no al afeite y compostura!

ABSALÓN. Esta es mujer tan curiosa,
que de [illegible] avisa,
tienen a pecado [illegible]
estos rústicos, [illegible]

SALOMÓN. Y ¿es cosa
de importancia?

AMÓN. De esta gente

hacer caso es vanidad,
tal vez dirá la verdad,
y después mentirá siempre.
Mas ¿quién es la retirada?
ABSALÓN. Es una hermosa pastora,
que encubre de su hermosura
y espera verse vengada.
AMÓN. Ella tiene cuenta fiera.
¿No la veremos?
ABSALÓN. No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.
AMÓN. Linda flema. (A Laureta.)
Ahora bien, con vos me entiendo.
Llegaos, mi serrana, acá.
LAURET. Su aspereza pretenderá,
y después vase huyendo.
AMÓN. ¿Es parecer cosa cierta
Luna de tres veces vernos,
¿que me mandas separar,
si en ese centro os encierra?
LAURET. Estos prados son teatro
donde representa Amántea
Mas, perdone mi os quejéis, ea,
á cada cual de los cuatro
tengo de dar una flor.
AMÓN. Y esotra serrana ¿es muda?
(Quita el retrato.)
LAURET. Está en muda.
AMÓN. ¿Mudas hay acá?
LAURET. De honor.
AMÓN. Y ¿hay honor entre villanas?
LAURET. Y con más terneza esta,
que no hay primores acá
ni fáciles cortesanas
Pero dejemonos de esto,
y va de flor.
AMÓN. ¿Cuál me cabe?
(Aparte á cada uno.)
LAURET. Esta azucena suave
AMÓN. Eso es pecarme de honesto.
LAURET. Yo sé que esotra os agrada,
pero no la deshojeis,
que la espadaña que veis,
tiene la forma de espada.
(Dásela á aquella con una espadaña.)
Vaya juegos grandes de oro,
aunque á la vista feroces,
matachines mansos son,
porque están de su festejo
en señorías, deseos,
Amón, de festejar flor
con espadas de humor,
y en la otra de celos, guardais
AMÓN. Vos estais vuestro cuento.
(¡De mi vida es esta mujer!)
SALOMÓN ¿Que os han dado?
AMÓN. No hay que hacer
caso; por boca de dos.
ADONIAS. ¿Qué flor me cabe á mí?
LAURET. Extraña:
espuela de caballero.
ADONIAS. Bien por el hombre la quiero.
LAURET. A veces la espuela daña.
ADONIAS. Diestro soy.
LAURET. Si lo sois, alto,
pero guardaos, si os agrada
de una doncella casada,
no os perdais por picar alto
ADONIAS. No os entiendo.
ABSALÓN. Yo me quedo
postrero, id, hermanos, vos.
SALOMÓN. Confusos vienen los dos
(A Laureta.) Si acaso alegraros puedo,
mas con mi pecho disculpad.
LAURET. Esta es corona de rey,
flor de vista, creed, hoy,
sus propiedades gozad,
que aunque Rey sois espejo,
y el mayor de los mayores,
temo que os perdais por flores
de amar, si sois mozo y viejo.
AMÓN. ¡Buena flor!
SALOMÓN. Con su pimienta.
ABSALÓN. ¿Cabeme á mí?
LAURET. Este narciso.
ABSALÓN. Ese á mí sin duda quiso
LAURET. Pues tened, Absalón, cuenta
con él, y no os queira tanto,
que de puro engrandeceros,
estimarse y quereros,
de Israel, sea espanto
Vuestra heroica hermosura enloquece
á toda vuestra nación.
Naceis solos, Absalón,
que también os desvanece
Contais cuatro bellos,
que si os dejais crecer
os habeis presto de ver
en alto por los cabellos
(Vase Laureta.)

ESCENA XII

DICHOS menos LAURETA. Luego UN CRIADO

ABSALÓN. Espera, traese (Si en alto
por los cabellos le veo,
cumplirase mi deseo
al reino he de dar asalto —
¿En alto por los cabellos?
Mi hermosura ha de obligar
á Israel, que á coronar
me venga, (Cogese los cabellos.)
AMÓN. Contados os habeis quedado.
ABSALÓN. ¡Primo pes, alto, á comer!
(Ap.) Sobre el trono, me han de ver,
de mi padre, coronado.
Muera en el cuento de Amón,
quede vengada Tamar,
de la corona privar
á que la herede Absalón.
(Sale un criado.)
CRIADO. La comida que se enfria,
á vuestras mesas llama
AMÓN. (Ap.) De aquesta serrana dama
ver la cara gustaria (A Absalón.)
Idos, hermano, con ellos.
ABSALÓN. No me hagais esperar
(Ap.) Rabiando, verme á quedar
en alto por los cabellos.
(Vanse todos, menos Amón y Tamar.)

ESCENA XIII

Tamar y Amón

AMÓN. Yo, serrana, estoy picado [illegible]
de [illegible]
que deben de ser [illegible],
pues [illegible] me [illegible]
¿Qué [illegible], vos despicar?
TAMAR. Cansaréis [illegible] presto,
y en [illegible] esto
luego [illegible]
AMÓN. ¡Buenas manos!
TAMAR. De pastora.
AMÓN. Dadme una.
TAMAR. [illegible]
dar mano a [illegible] mano
[illegible]
AMÓN. [illegible]
pues [illegible] esfuerza
TAMAR. ¿A [illegible]?
AMÓN. Por fuerza.
TAMAR. ¡Qué [illegible]!
AMÓN. Basta [illegible] todas das
en [illegible]
TAMAR. [illegible]
[illegible]
[illegible]
AMÓN. ¿[illegible]?
TAMAR. Cada [illegible]
[illegible]
AMÓN. [illegible]
Dad[illegible] una flor.
TAMAR. ¡Buen floreo
os traéis! Creed, señor,
que [illegible] flor
no [illegible] que veo.
AMÓN. [illegible]
TAMAR. [illegible]
AMÓN. [illegible]
TAMAR. ¡[illegible] de forzar!
Pero, tomad, si os agrada.
(Dale [illegible])
AMÓN. ¿Violetas?
TAMAR. Para alegraros,
porque yo no puedo daros,
Amón, [illegible]
AMÓN. ¡[illegible]!
Destapaos.
TAMAR. [illegible]
AMÓN. Por fuerza [illegible]
(Descúbrela.)
TAMAR. ¡Qué [illegible] de forzar!
AMÓN. ¡[illegible]! ¿Tú eres?
¡[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] vida,
que [illegible]
[illegible]
[illegible] (Vase.)
TAMAR. [illegible]
[illegible]
[illegible]
la venganza de Tamar! (Vase.)

ESCENA XIV

Salen los pastores con ramos y cantando.

[illegible] las puertas de [illegible]
vamos, vamos, [illegible] famos
[illegible] tamos.
UNO. A [illegible]
[illegible]
[illegible]
y [illegible]
TODOS. Vamos, etc.
OTRO. [illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
TODOS. Vamos, etc.
UNO. [illegible]
de [illegible]
y [illegible]
[illegible]
TODOS. Vamos, etc.
OTRO. [illegible] prudente
[illegible]
de [illegible]
que [illegible]
TODOS. Vamos, etc.

ESCENA XV

Gritan desde adentro, y hacen ruido de golpes y [illegible] [illegible] buscando [illegible]

ABSALÓN. La [illegible] has de pagar
[illegible]
AMÓN. ¿Por qué [illegible] hermano?
ABSALÓN. Por dar venganza a Tamar.
AMÓN. ¡[illegible] piedad! ¡[illegible]!
SALOMÓN. Huye.
ADONÍAS. ¡Oh, [illegible]
todos [illegible] del Rey
[illegible] (Vanse.)
TIRSO. ¡[illegible]!
ALBERTO. [illegible]
[illegible]
BRAULIO. [illegible]
de [illegible]
TIRSO. ¡Oh, [illegible]!
¡[illegible] que Absalón
sus pavos!
ALBERTO. [illegible], chitón,
que [illegible] (Vanse.)

ESCENA XVI

Descúbrense [illegible] [illegible] Amón [illegible] por la garganta una daga [illegible] Absalón y Tamar.

ABSALÓN. [illegible], hermana, se ha hecho
[illegible]
aunque de [illegible]
nuestro agravio ha satisfecho

hágate muy buen provecho.
Bebe su sangre, Tamar,
pues para esto la has guardado
tu fuente, hasta agora manchada:
ya está vengada, ya está
dada la puedes dar.
A Dios, Absalón querido,
que eres vengador, y padre
de nuestra afrentada madre.
TAMAR. Ea, vamos desde hoy,
que no le falte desde hoy
un tan valiente hermano valiente;
y pues tu mano ha muerto gente
rebelde a tu padre y Dios,
que la sangre del traidor
es blasón de inocente.
Que late, bárbaro, que late,
que en brazos de tu valor
sepulcro del deshonesto
es cama, taza y plato.
ABSALÓN. Heredaste el corazón
TAMAR. ¡Dentele los cabellos!
ABSALÓN. Amigos tengo, y por ellos,
como dijo a mi padre,
todo Israel me ha de ver
en alto por sus cabellos.
(Vase, y entrándose la aparadora.)

ESCENA XVII

Sale el REY DAVID *solo*

DAVID. ¿Amón, Príncipe, alto muro
si resistía, pardo tesco
albricias, que ya triunfantes
¿Gracias a Dios que a pesar
de sospechas y recelos,
con la vida que tenía
la vida que tengo he dado.
¿Mas qué vientos? ¿Qué tempestades?
¿Dónde, arrojando tu cuerpo,
imprimes en ellas
golfos en aceros?
(Quiere abrazarle y halla encuentra el
vacío.)
Dame, dame los brazos
¡Ay, engaños de mi pecho!
¿Por qué con brazos de plomas
me niegas abrazar los cielos?
Como la madre acalorada
a hijo que tiene a pecho,
¿Qué cuerpo a nova de
para esconderle a fuego?
Como en la ostra se cría
perla, en cristal de siglos
bregada en nubes de plata,
sol de cristal de cielo.
Como fruta de pared,
cuyo hermoso en espejo,
como tesoro escondido,
como la fuente a caterno,
¿dónde tan esperado
engañas mis pensamientos
para acrecentar penas,
para atormentar desvelos?
¿Amón, qué celos?
Desbaratad tus sesos,
cese de tu cabeza,
reconoce tu sangre,
¿Si se acuerda Absalón vengado?
¿Si amor es ciego, como temo,
ha cegado de tus ojos,
de sus esquinas cordero?
No, que es nuestro hermano en fin:
la sangre corre a su fuego.
¡Mas, ay! que es sangre heredada
de padre a su hermano mismo
vendo, y el rato David
como hermano, es sin duda,
que a Amón la venganza ha muerto.
Absalón ¿no me da
albricias? ¿Dónde tiemblo?
Pero, el alma y el aliento
nunca guardan juramentos.
La esperanza y el temor,
en este contrario pecho,
a gran prisa en contra,
pretendiendo en favor, a voces
¿Las trompetas suenan ¿si serán
mis amados hijos estos?
Almas, ayudadme a ver.
Ojos, abrios para verlos.
Grillos echa el temor frío
a los pies, cuando yo deseo
se arroja por las ventanas.

ESCENA XVIII

Salen muy tristes ADONÍAS *y* SALOMÓN *y* DAVID

DAVID. ¡Hijos!
ADONÍAS. Señor...
DAVID. ¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros hermanos?
¿Cómo? Siempre triste silencio
empieza de desgracias.
¿Cómo? Hablad, mensajeros
mis esperanzas, hablad.
¡Ay, ay, mis temores!
¿Mató Absalón a su hermano?
SALOMÓN. Sí, señor.
DAVID. Perda el consuelo
la esperanza de tener
a mi alma, pues a Amón perdo
Tu eterna posesión
el llanto, porque es eterno
de mis ojos los raudales
hasta que los deje ciegos.
Lastimas hablad, mis ansias.
No escuchen mis oídos
mis dos estrellas.
¡Ay, mi Amón! Ay, mi heredero!
Floreta, padre, en Jacob de verdor!
¡Hijo, una fiera cruel te ha muerto!
ACTOR Y de Tamar la hermosura
a sido aquí en tragedia odiosa.

COMEDIA FAMOSA

DE LA FINGIDA ARCADIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LUCRECIA, *condesa.*
ALEJANDRA, *dama.*
HORTENSIO, *viejo.*
CARLOS, *caballero.*
PINZÓN, *lacayo.*
ANGELA, *criada.*
LARISA, *labradora.*
DON FELIPE, *caballero.*
FELICIANO, *caballero.*
CONRADO, *idem.*
DON PEDRO, *idem.*
DON ROGERIO, *idem.*
UN CRIADO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen LUCRECIA *y* ANGELA, *criada.*

LUCRECIA.

«Silvio, á una blanca corderilla suya
de celos de un pastor, tiro el cayado
con ser la más hermosa del ganado.
¡Oh amor! ¿que no podrá la fuerza tuya!
Huyó quejosa, que es razon que huya
habiendola, sin culpa, castigado;
lloró el pastor, buscando el monte y prado;
que es justo que quien debe restituya.
Hallóla una pastora en esta afrenta,
y al fin la trajo al dueño, aunque tirano,
de verle arrepentido, enternecida.
Dióla sal el pastor, y ella contenta
la toma de la misma ingrata mano,
que un firme amor cualquier agravio olvida.»
No se pudo decir más;
hasta aqui la pluma llega.

ANGELA. Pluma de Lope de Vega
la fama se deja atrás.
LUCREC. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé
qué diera por conocelle!
A España fuera por velle,
si a ver á Salomón fue
la celebrada etiopisa.
ANGELA. Compara con proporción
que no es Lope, Salomón.
LUCREC. Lo que su fama me avisa,
lo que en sus escritos leo,
lo que enriquece su tierra,
lo que su espíritu encierra,
y lo que velle deseo,
mi comparacion excusa;
y á él le da más alabanza,
lo que por su ingenio alcanza
que a esotro su ciencia infusa.
Tan aficionada estoy
á la nacion española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del dia.
ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo.
LUCREC. Valladolid
dicen que es competidora
de su grandeza.
ANGELA. Si fuera
si el clima y cielo tuviera
que á Madrid hacen señora.
Mas, si sus partes te alego
contestarás que es mejor:
patria es Madrid del amor,
y así está fundada en fuego.
Agua los celos la han dado,
si su fuerza hace llorar,

de tuertes que pueden ser
[illegible]
Sus [illegible]
[illegible]
sus [illegible]
sus retratos [illegible]
Dale [illegible] Marina
[illegible]
Pastrana, Guadalaviar,
los [illegible] campo y hierba.
Las [illegible]
que dormir Alcalá puede,
la [illegible] Toledo
que de [illegible]
Sus [illegible] hermosura,
sus [illegible],
su [illegible] amor.
Sus [illegible] ventura,
nuestra [illegible]
de [illegible],
de [illegible],
[illegible]
que [illegible],
y en [illegible]
valor, esos [illegible]

LUCRECIA. D. para [illegible]
de [illegible]

ANGELA. Señor, gasto [illegible]
no es esto [illegible],

LUCRECIA. Yo, después [illegible], que estos
entre [illegible]
enfadada, a [illegible]
a Lope por padrastro
de [illegible],
y al Basco en la [illegible],
a Lope en [illegible]
que hace [illegible],
Mas de un desaparecido
[illegible]
que en la [illegible],
estos y [illegible]
y a Ovidio en la [illegible]
y [illegible] de sus versos,
[illegible],
con [illegible] esta verdad
con [illegible]

ANGELA. Señor, esto [illegible]
¡qué bien [illegible]!
¿qué bien supe [illegible]?

LUCRECIA. ¿Agradece?

ANGELA. Aunque hay alguno
que apasionado [illegible],
estos [illegible],
que para [illegible],
Pero ¿qué [illegible]
con tantos [illegible]?

LUCRECIA. Todos son suyos, Angela,
y aquel [illegible],
mientras gasto bien los ratos
que [illegible],
[illegible]
veré a Lope en sus retratos.

ANGELA. [illegible]
escudo este y no [illegible].

(Retira todas las obras de Lope en un estante.)

LUCRECIA. [illegible]
[illegible]

ANGELA. [illegible]
[illegible]
de [illegible]

LUCRECIA. Bien [illegible]
que [illegible] pueda [illegible] y flor

ANGELA. [illegible]

LUCRECIA. De [illegible],
no [illegible] debe;
por eso [illegible]
[illegible],
[illegible].

ANGELA. [illegible].

LUCRECIA. [illegible],
[illegible] Abel
[illegible]

ANGELA. Estas [illegible]

LUCRECIA. ¿Que [illegible], ah?
¡Valedores estáis!

ANGELA. Rara
habilidad, y en ella
a *Dea*, [illegible]
de [illegible]

LUCRECIA. [illegible] paz o guerra
[illegible]

ANGELA. Mata en un cuerpo pequeño
mil [illegible]

LUCRECIA. Bien [illegible]

ANGELA. Este se llama las *Rimas*
de Lope

LUCRECIA. Son como el dueño.
¡Qué canciones, qué sonetos,
qué églogas, qué [illegible]!
Las noches gasto y las horas
en meditar sus conceptos.
¡Son [illegible]
celebrados [illegible]!

ANGELA. Estos a *Zaragoza*

LUCRECIA. [illegible] Caso
Mata [illegible]
de [illegible],
[illegible],
pues [illegible] apenas
[illegible],
y [illegible] parte
en [illegible] de Marte,
no [illegible] de amor.

ANGELA. Aquí [illegible] *Peregrino*

LUCRECIA. Mas [illegible],

ANGELA. Que [illegible],
[illegible]
de aquel [illegible] Arcadia,
[illegible] Soles de [illegible]
por Lope [illegible]

LUCRECIA. ¿Pues [illegible]
que [illegible]?
¡Qué [illegible], qué [illegible]!

ANGELA. Y más [illegible]
que [illegible] Luzmán,
Los pastores de Belén
son estos.

LUCRECIA. Sabiduría
fue en Isaías, pastor
sabe Lope [illegible],

ANGELA. [illegible]
en [illegible]
y agora en [illegible]

entre amorosos peligros.
Todas estas son comedias.

LUCREC. Decima séptima parte
ha impreso.

ANGELA. No hay que espantarte,
que aún esas no son las medias
que tiene escritas.

LUCREC. Pues ¿cuántas
ha compuesto?

ANGELA. Novecientas.

LUCREC. Si los años no le aumentas
¿dónde hay vida para tantas?

ANGELA. Esta es verdad conocida
en España.

LUCREC. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.

ANGELA. A novecientos llegara
siendo otra Marfisa en.

LUCREC. En el se holgaran bien.

ANGELA. En este tal no repara
que es la *Filomena*

LUCREC. Canta
Lope aquí, por Filomena,
de suerte que ya es sirena
si ave fué, pues nos encanta.
Pero, para echar el resto
a nombre que le hace claro
y ufrertar al Sanazaro
en la *Arcadia* que ha compuesto,
metalor cosas amenes
en otra *Arcadia* mora,
sus sutilezas admira,
tendrá envidia a sus pastores.
Que yo, creyendo que piso
margenes de su Henareto,
si, con Belisarda canto,
Horacio es con Anfriso.
No sé dar tan dos reas
de sus versos y sus prosas,
de sus quejas sentenciosas,
de sus discretos enojos.
De día ocupa mi mano,
de noche mi cabecera.
¡Ay quien transformar pudiera
vida y traje cortesano'
en la comunicación
de sus Leonisas, Arandas,
Amarilis, Belisardas,
¡que cosa era a un Galatrón,
un Menalca, un Damoeta,
un Bersardo, un Licidano,
un rústico cortesano,
un Cremo, un Laurel discreto'
¡Oh, si es Po, que nuestra quinta
riegas y fertiliza tanto,
trocándose en Henareto
la Arcadia que Lope pinta
á Lombardía pasara.!
¡Oh, quien Belisarda fuera'
¡Que a tan alto sol quisiera
y a su Olimpo desdeñara'

ANGELA Si el desdenes amantes
te dan veces, señora,
notable ha de ser agora
en nuestra España Cervantes,
que, a su manchego hazañoso
loco por caballerías
le prometo en breves días
hacer legítimo esposo
de otra dama, que, perdida
por quimeras pastoriles,
entre Duanas y Galeses
rematase seso y vida.

ESCENA II

Salen cantando DAMON, *de pastor*, *y* ALEJANDRA, *dama*, TIRSIS, *labradora*, *y cantan*

TODOS. «Alma perseguida
romped la cadena;
que tan triste vida
para nada es buena.

UNO. Pesares amigos,
haced como tales
que os haré testigos
de mayores males.

OTRO. Falsas alegrías,
vanas esperanzas,
agora sois mías
porque sois mudanzas.

UNO. Si el amor se olvida
acabad mi pena.

TODOS. Que tan triste vida
para nada es buena.

UNO. ¡Ay! mis ojos tristes
no sintais llorar
pues mirar supistes
sabed lo pagar.

OTRO. Que en mi mala muerte
vergüenza tuve de ser,
pero mas lo fuera
dejar de hacer.

UNO. No viva afligido
que en cesso pena.

TODOS. Que tan mala vida
para nada es buena.»

LUCREC. Tan bien sonado sea
como la canción es buena.
Lope sus versos ordena
a su Arcadia es honras,
para darme gusto a mí
no hallares cosa igual.

ALEJAND. Ya en la tercera pastoral
el Pisuerga nuevo pasó,
que puesto que eres Condesa
de Saldaña, de Po, has dado
en conocer el grado
que en tu vista interesa
Nueva primavera y flores
y dejado la ciudad
en aquesta soledad
gozan tan dichos pastores,
que en otras de España miras
lo que a tantos potentados
causa celos y calidades.

LUCREC. De cortesanas mentiras
huyo, Alejandra; no creo
encarecimientos locos
mas ciertos, cuanto mas pocos;
amores humanos leo
que no pueden engañarme
con su sabia sencillez.

no con lisonjas, tal vez
persuad[illegible]me, ni obligarme.
Cuando me cansan los cierro,
cuando me alegran los abro,
en ellos firmezas fabro
ya diamantes, ya antes hierro;
sobre gustos no hay disputa,
déjame con mi opinion.

FELIPE. En ella cobran sazon
rio y monte, flor y fruta.
Honre, señora Condesa,
nuestros campos, pesa á tal.
personas y sitio es igual.
Tal vez en la mejor mesa,
entre el pavo y francolin,
sabe bien el sayazon,
gente los pastores son.
amor nació en su jardin.
En las cortes vive el vicio,
y en el campo el desengaño;
la sencillez viste paño
sedas el artificio;
sepa, señora, de todo,
buena Pascua le dé Dios.

LUCREC. Mas os precio Felipe, á vos,
cuando me habiais de ese modo,
que cuantos la corte cria.
En sus doseles nací,
ilustre sangre adquirí,
toda esta comarca es mia;
lisonjas sé de palacio,
verdades quiero saber,
aprisa vive el poder,
vivir quiero aqui despacio.

FELIPE. Yo sé de cierto señor,
harto regalado y tierno
que, acostándose el invierno,
despues que el sol era entrado
la cama le sazonaba,
se levantaba en camisa,
y dando causa á la risa
desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente,
y juzgaba el desvarío
que el frio de frio
y diese diente con diente,
quien abrigarse pudiera,
mas él, despues de haber dado
sus pasos cual helado,
á la cama se volvia,
diciendo: para estimar
el calor que agora adquiero
es necesario primero
el frio experimentar.
Ya que se vive en esta sabe
tanto de corte y grandeza,
pruebe aquí, vuestra alteza
mas humana y menos grave;
y sabrale allá más bien
el trato y soberbia vea,
que quien no ha probado el mal
poco, ó nada, estima el bien.

LUCREC. Pastor de Arcadia pareces
segun estás hoy discreto.

ESCENA III

Salen HORTENSIO, FELIPE

HORTEN. Lucrecia, por tu respeto,
despues que te desvaneces
á estas selvas retirada,
en libros de poco fruto,
de tu ociosidad tributo,
paso una vida cansada.
Soy tu tio, y en tu estado
me has hecho gobernador;
llámame padre tu amor,
como tal, me da cuidado,
ver, por lo que te veo
de lo que te está mas bien.
Tus vasallos que te ven
incasable, con deseo
de que los des un señor
á tus méritos igual,
justamente llevan mal
de que malogres en flor,
sin fruto, tus verdes años
tan dignos de apetecer,
el gobierno en la mujer
es viento, y causa engaños.
Dale dueño á tus estados
que envidian á Lombardía
á quien te sirve, un buen dia,
y treguas á mis cuidados.
Deja estos fabulosos,
quintas, bosques, sociedades.

LUCREC. Basta, que aunque persuades
con afectos amorosos,
primero es el aprender
tio, que el enseñar,
en libros aprendo á amar;
en sabiendo bien querer,
daré á mis vasallos gusto
y á tu consejo atencion,
porque, sin merecerlo
ya tú sabes que no es justo

HORTEN. Muy gentil dama es la tuya
para los muchos amantes,
que juzgan sólos instantes,
deseando que concluya
el amor sus pretensiones.

LUCREC. Que, ¿tantos son por tu vida?

HORTEN. ¿No lo sabes?

LUCREC. Se me olvida.

HORTEN. Dos condes y seis barones,
un duque y cuatro marqueses.
¿Caballeros? ¡No hay contallos!

LUCREC. Si he de escoger y estimallos,
fuerza será que confieses
que para hacer eleccion,
algun tiempo es menester.
Mi esposo no ha de tener
ni falta, ni imperfeccion;
muchas he considerado
en los que mi amor me ofrecen,
que, en mi opinion, desmerecen
no gusto, sino estado.
De todos tengo una lista
que, si vuelves esta tarde
te harán un cópioso alarde;
pasa por ellos la vista,
y si de alguno supieres

[illegible] de [illegible],
[illegible] todas.

HORTEN. [illegible] eres
[illegible] pastor,
[illegible] dar
[illegible]?

LUCREC. [illegible]
[illegible]
[illegible]

ALEJAND. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] puedes.
[illegible],
te casarás con papel
[illegible] que después

LUCREC. ¿[illegible] dafne [illegible]?
¿[illegible]?

HORTEN. ¡[illegible]!
[illegible]

ALEJAND. Pues [illegible]
con [illegible] (Vase.)

LUCREC. [illegible]
[illegible]
[illegible] parte [illegible].

LARISA. [illegible]
nuestra condesa.

MED. [illegible] esta,
á uno dice y otro sabe. (Vanse todos.)

ESCENA IV

[illegible] FELIPE

FELIPE. [illegible] prenda mía,
que [illegible],
[illegible],
[illegible]
[illegible] por [illegible] Valencia
[illegible], en [illegible]
[illegible] Marte,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
que no [illegible], donde nace
[illegible].
[illegible] Marte [illegible] de armas,
[illegible]
[illegible] Marte [illegible]
[illegible]
[illegible] del [illegible]
[illegible]
[illegible] de [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
que [illegible]

[illegible] un pastor,
[illegible],
tres [illegible],
tres [illegible] Marte,
[illegible],
[illegible]
[illegible] Néstor.
[illegible],
[illegible] en la [illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
[illegible] palabras,
[illegible],
[illegible] obras [illegible]
sus [illegible] a favor
que [illegible]
[illegible]
[illegible]
hasta [illegible],
de quien [illegible] condesa.
[illegible]
Vuestro nombre, que en Italia
ser [illegible]
el [illegible] en un soneto
[illegible],
nos [illegible], glosando,
esta vez, [illegible]
[illegible] la fama, y [illegible] hermosura,
pues [illegible].
[illegible]
[illegible], donde [illegible]
fue el maestro de danzar
[illegible]
va en [illegible], donde pudo
[illegible],
[illegible],
[illegible] la sazón
[illegible]
una noche [illegible]
de [illegible] que al dios niño
[illegible],
[illegible]
es [illegible] dos.
[illegible] derecho,
[illegible]
[illegible],
[illegible] el sol
[illegible] engaños
[illegible].
[illegible]
[illegible]
[illegible] conceptos
[illegible],
de [illegible],
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
[illegible] vos,
[illegible],
[illegible].
Pero [illegible] deshacerse
[illegible]
[illegible],
perdí el seso, que mayor

bien sabes vos, prenda mía,
que de vuestro amor cautivo
cuando todos os regalaban
vuestra frente, vuestro labio;
vuestro talle, vuestros cabellos,
aquel verde color tan
que en el pecho de mis ansias
sembrasteis cuantas veces,
agradecida y piadosa
derramastes en mi alma,
como esperanzas regadas
con tan puras lágrimas;
en este pecho testigo
de cada una que vertía (Retirando.)
en cada una sembrado
que conservaba el corazón.
Solo de tantos dichosos
se vende, escuela,
solamente con espanto,
solamente, señor,
luego el día de vuestra ausencia.
¿Pues tan mudable,
después de tantos ruegos,
el contento, testigo,
pero aquí cuatro paredes,
en la tierra ni en el cielo
de vuestra amor no presencia,
¿qué a mi dolor pueden,
adonde mis, cuando la tierra,
cuando el pensamiento, el
alcázar de cristal vuestra
pasos retirados,
hasta con el cielo
que a pisar se atreve
una mujer vuestra ausencia
de mi pecho el cielo,
Dejadme, pues, ofrecentes
el cielo me queda,
en esperanza
la libertad pierde
¡Oh cuánto os esta puerta,
¿Aquella es la que pisastes,
sabes que esa
mis plantas, a mis oídos
Destruir aquí en fin,
esa de abrazar,
amor sentidos, cuidados,
todo estas, de dolor
Sois mesas, la tiranía,
que sois pagados,
con esperanzas
ama y otra vez,
en amigos, de mis,
mis tan lisonjeras amar;
mis cosecha sin reveses,
en esa
Pero ¿qué he de hacer que en nada
que mi agrado y alabo
tanto ama te pierde
de quien sois dueño?
Sois, vuestros,
pedirosa alma,
vuestra alabanza,
Oh, mi vida,
que sois
no para esperanzas largas

Leonor

Leonor, prenda del alma mía,
¿Qué es lo que dices, cielo,
¿Qué es lo que dices, dueño de mis pensamientos,
dueño de mis sentidos,
vida de mis entrañas,
sol que alumbra, luz que mira,
que no se deben temerosa,
si no se cubre con el velo,
a dar fondo en aquellas
de tu amor, a tu querer mío,
hasta en otras manos,
si en las manos agenos,
¿Dudas de mis palabras?
¿Dudas de mis finezas?
pues enfermo está el amor,
que es cosa en el mundo,
Juzgado empezaste a amar,
vuestro temor pasado,
convenciste, no me espanto,
que en tu pecho juramento.
Los pensamientos juramos,
en materia de querer,
que pensad cautivo
los títulos que pretenden,
Antonio, las ligas,
asistencia pretendes
el cielo quedado.
Señor, cabrás se ruega,
en el tiempo,
de tan vistas tan presto,
cedidas, de bien temor,
pensamientos, dudas, preocupadas,
pensamiento, esperanza
en esperanza pierde,
¿Y pudiera escuchar
vuestra amor agradecido,
vuestra pecho adorado,
cuantas de vuestras vos,
¿Qué vuestros pensamientos?
¿Qué vuestras deseos
el cielo en razón,
que vuestra amor en vistas?
Las cosas de ayer
pensamientos pensados
que vuestros, de ellos
cautelosa tan
Pedidos pendientes,
que son de amor, si en que ella
en su deseo a un español
hasta el amor querer?
Pero, pues cuenta,
amor, que el pecho
de vuestra, pensamiento
mis de tan, pensamientos,
y cuenta de engaño o tiempo.
tus vuestra amor más
de vuestras esperanzas
que en pensamientos,
vuestra, en pecho
pasar el vuestro
vuestros brazos;
de enamorados deseos.

lo que estudio con el sol
a la luna le repito,
después que pastor te veo
tan pastora el alma mujo,
que me juzgo llenarada
y te considero Antriso.
Si celos te dan sospechas tienes,
ni hay competencias de Olimpo,
ni fuerza de Cesar nardo,
ni ventajas de Garcilo
(aunque dichoso de todos,
que, si vuelve atrás el río,
retroceden los cielos,
no se mueda al viento el risco,
antes, que de su atajo,
y en la eternidad del viso
trofeos de mis constancias,
me entras en armeza amigo
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempos, ríos,
robles, cedros, laureles, palmas,
muros, montes, peñas, riscos...
Si amarte dejo,
matenme celos y en ausencia olvido.

FELIPP. Si deseos dilatados
hallan en tu alivio,
¡dulce dueño de mis ojos!
poco tiempo he padecido.
Mas valen las esperanzas
que en tu agrado, los suspiros
que en tu alegre, las sospechas
que en tu aseguradas mío,
que las posesiones de otros.
Liberal pagas servicios,
piadosa, premiadas penas,
prodiga, haces beneficios.
Injustas mis quejas fueron:
¡perdón, humilde te pido!
Jacob soy, mi Raquel eres,
su amor y paciencia imito;
no trocare desde hoy mas
estos jardines Elisios,
estos dichosos salvajes,
estas fuentes, este río,
por la silla del imperio,
por las tesas de Midas,
por las riquezas de Tiro
Pastor soy, no soy soldado,
galas dejo, armas olvido,
solo á Belisarda adoro
que me transforma en Antriso.

ESCENA V

Salen ANGELA

ANGELA. Cansando estan esas puertas
competidores prolijos,
por saber resoluciones
de su amor desvanecido.
Aquí está el duque Alejandro,
los marqueses Federico
y Pompeyo, los dos condes
Marco Antonio y Julio Ursino.
Despedidos de una vez,
o da la mano al mas digno;
porque entre tantos cuidados
venga a ser el escogido.

LUCRET. ¿Has estado solícita?
Ven; que en tu papel que he escrito
verás, Angela, cuán bien
de sus obras te he pintado.

ANGELA. En fin, ¿no te quieres casar?

LUCRET. De estas señoras he aprendido
gustos de libertad.
(A Felipe.) ¿Qué os parece?

FELIPP. Aqueso p[ide]
(Lucr[etia])

ESCENA VI

Salen FELICIANO, PORCIO, CARLOS, CONRADO y HORTENSIO, *pajes*

FELICIANO.

Yo sé que la Condesa se goza,
porque, cortés, recibe dádivas ajenas,
y mis deseos con celosa mira,
por mas que la pasión llegue a segaros.

ROBERTO.

La confianza que tenéis, me admira,
cuando favores, puesto que no celados,
segaros, anteponen mi voluntad
á la consecución de su hermosura.

CARLOS.

No he visto yo, hasta agora despreciados
los méritos, que en mí, merecen estima.

CONRADO.

Si paga amor, y no desprecia estados,
duque de Urbino soy, y de la esfera prima.

HORTENSIO.

Todos sois en Italia estimados,
y á todos la esperanza que os anima
os tiene, en su [illegible] paciencia,
esperando suspensos las sentencia.
Vuestras ilustres partes la he propuesto:
el término se cumple apuesta hoy,
en esta quinta el término ha puesto
amor, mas cada cual con presupuesto,
que aunque en efectos no hace alarde
de méritos ni partes, pues se elige,
no por razón, por voluntad se rige.
Mucha ha de ser, no menos escogido,
culpen a las estrellas los llamados.

CARLOS.

Seguro estoy que soy el preferido.

ROBERTO.

Presto veréis que premia mis cuidados.

ESCENA VII

Sale ANGELA

La condesa, señores, que ha sabido
que de cuatro de sus penas congojados,
de este papel me manda ser correo,
remitid a los ojos el deseo.
(Dale)

ESCENA VIII

(Dichos, menos ARDITE.)

CARLOS. Léale, Hortensio.
HORTEN. Así dice
(*Lee el papel.*) «La duquesa de Valencia
que da gusto a sus vasallos
y cuya esposo inserta,
entre los que en la comedia
pretensiones han tenido,
dijeras, por sus muchas partes,
de merecerla dueño,
no sabe a cuál favorecerse,
temerosa que ofendan
los que, ofreciendo a uno solo,
hacer con todos por fuerza.
Además, que cualquiera toma
señora por sus prendas,
voluntad y entendimiento
y por sus obras estas
así, cuando la verdad
es que, cuando entera
quede, cuando entera la cifra
y no puede dudar se crea,
de una mujer cuando puede
obrar la voluntad ciega
sin la bondad, que es su objeto,
la cual ha de ser perfecta
y bella en todas sus partes:
para que el amor la crea,
pena que sin nada falta
y para que sea beldad y belleza,
en esta noche primera sola,
pues en ella misma contiene a:
Bonum ex integra causa,
nace el bien, de causa entera,
y todo el mal, de cualquiera,
porque el mal, es cosa cierta
que es *Ex quocumque defectu*,
por cualquier causa pequeña,
según esto, cuida de amar,
y cuida que ha de estimarla entera,
a todos estos extremos
corresponder debe tenga:
la que, con ser tan perfecta
a ser de todos desea
respetada y deseada,
todo tiene amor, es cosa.
Yo, pues, por no parecerlo,
estoy tan lejos que no crea
hallarse en todo tan cabal
que ser objeto merezca
de mi voluntad y amor,
no sé de casarme, aunque pierda
las dadas a mis deseos
por locura, cuerdo de veras;
he pensado las ventajas
que tendrán los que desean
este casamiento, bueno,
y, porque cuando las sepan
de sus contrarios decidan,
me ha parecido poner las
en esta breve memoria.
Si las hazañas pequeñas
para esposo, no son bien;
que el mayor para que sea,
Est ex quocumque defectu
como el peor de cualquiera.»
CARLOS. ¿Hallarse sabe esta dama?
HORTEN. Estas son las dos cosas ciertas
que se pedían de esta suerte:
y esto sabido, la dadosa.
FELICIA. Ahora bien, vayan de fiestas
y vaya por fuera ropa.
CONRADO. Para perder el seso
se previene de esta suerte.
HORTEN. Decían «dispuesto a entrado (*Lee.*)
por puertas nuevas,
que no es bueno para esposo
un corredor de cada día.»
CONRAD. ¿Y si?
HORTEN. (*Lee.*) «Dicen que despacio
al que los cuellos le abría,
porque en el, un paño, un día,
mas un día de diablo
que en el otro, y si así pasa
no hay falta cual la avarienta;
que quien abanicos cuenta
¿cómo hará la hacienda de casa?»
CONRAD. ¡Vive Dios, que la han mentado!
(Hortensio *lee.*)
HORTEN. «También á Rogerio quiero,
que, puesto que es caballero,
el sexo ha desmerecido,
pues vive desempeñado
y á mi parecer se atreve,
porque es caballero debe
y no paga el bizarro.»
ROGERIO. ¡Don sea tanta merced!
HORTEN. (*Lee.*) «De cuanto me da en los ojos,
que tiene azules los ojos
y verdes los cabellos.
Guarde lo azul para el cielo,
porque, si le he de admirar
los ojos, ha de tener
con ellos barba y cabello.
Carlos es desvanecido
y no le he de ser mujer
de ese color, que es color,
la primera vez que hubiese usado.
Pues ¿hay cosa más sin bello?
Tenerla en la cara, sea boca,
pues le es preciso tener en la boca
toda la barba de pelo.»
CARLOS. ¿Pues esa es tener con grosera?
FELICIA. Sí, es verdaderamente, saca le
en la boca por la calle,
es escoba afuera.
HORTEN. (*Lee.*) «Julio, de barba cerrado,
habla por triple y sesea,
y hará cualquier cosa fea
un hombre triple y barbado.
Celoso es salvo, y para padre
nunca bueno se concluya,
que mayor voto que arroja
es, ¡por vida de mi madre!
Marco Antonio trae antojos;
Cesar, copete y quedejas,
zarcos los ojos y bellas
y cubra la capa sus ojos.
Y, si alguno se casa
con ellos por saber
cuál de los dos es mujer
y quién el que manda en casa.

Peleteros, nos penetra
[illegible] que [illegible] debe
[illegible] breve
[illegible] ella
[illegible] dad [illegible] traer
[illegible]
y [illegible] que se humilla
[illegible]
P[illegible]
[illegible] señores de [illegible]
[illegible]
[illegible] he de [illegible] celos.
[illegible]
[illegible]
tan perfecto [illegible] Lope
en su Arcadia [illegible] Anfriso
ROGERIO. ¿[illegible] que Lope es este?
FELICIAN. ¿[illegible] Lucrecia
es [illegible]
CARLOS. Pues aunque [illegible] baste
[illegible] los celos
que he de hablar [illegible]
ROGERIO. Yo imagino
que a [illegible], cuerda, y no,
por [illegible] celos
que [illegible]
[illegible]
CONRAD. Yo [illegible] de hablar
[illegible]
[illegible]
de [illegible] esposo.
ROGERIO. ¿[illegible]
[illegible]?
CONRAD. [illegible]
CARLOS. [illegible]
[illegible]
[illegible]
FELICIAN. [illegible]
y [illegible], mas [illegible]
[illegible]
CARLOS. [illegible]

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON FELIPE, de pastor, y ALEJANDRA

FELIPE. ¿Tan [illegible] ella ha dado en eso?
ALEJAND. [illegible]
[illegible]
[illegible] profeso,
[illegible]
el [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y el [illegible]
[illegible] daba.
[illegible]
[illegible]
cuantos [illegible]
-denaron en breve espacio
toda la [illegible] de [illegible].
[illegible], cuya gente
mando á cada cual, por ley,
por faltar un diente [illegible] rey
que se sacase otro diente;
mueve el [illegible] presente
[illegible] en pastores Lucrecia,
[illegible] caballeros desprecia,
después que estos campos mora;
[illegible] la señora,
[illegible] cuerda [illegible] necia.
[illegible] Arcadia ha sido
de Lope, quien la ha encantado.
FELIPE. La Arcadia de Lope ha dado
al traste con su sentido.
ALEJAND. [illegible], basta [illegible]
Yo sé, que aunque jardinero
te vendrá [illegible] grosero,
[illegible] pastoral,
debajo [illegible], hay al-
FELIPE. ¿Qué ha de haber?
ALEJAND. Un caballero.
FELIPE. Bien puedo venir a ser
de menos [illegible] Dios.
ALEJAND. [illegible]
[illegible]
[illegible] por saber
¿Di [illegible] quién eres?
FELIPE. Vera
en la [illegible] que da
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] quien
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Mas [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] cargo la [illegible]

ESCENA II

Sale LUCRECIA con la Arcadia en la mano

LUCREC. ¿[illegible]
[illegible]
[illegible]
ALEJAND. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] manos
[illegible]
[illegible]
[illegible].
LUCREC. [illegible] Alejandra, están
[illegible]
FELIPE. [illegible] tengo yo
[illegible]
ALEJAND. Aqueso [illegible]
[illegible]
que [illegible]
FELIPE. [illegible] queda

LUCRET. Yavan
qu[illegible]tando
e[illegible]
ALEJAND. ¿Esta es traza de[illegible]
o[illegible]
LUCRET. ¡La[illegible]
ALEJAND. A[illegible]
en[illegible]
que[illegible]
mas[illegible]
FELIPE. [illegible]
en[illegible]
a[illegible]
[illegible]
Estudiaba para esta,
mas tengo la color dura
y quédome en albardar
Sabete, que para esta
(Saca una bolsa con puntas de cuello.)
ALEJAND. ¿Que es desventura esta que me manda,
¿que en breve vas a ser randa
con el bolsico de sayal?
LUCRET. ¿Has de ventar tan?
Don Felipe, a[illegible]on, traidor.
ALEJAND. ¿Qué dices, pastor?
[illegible]
de[illegible]
Pero[illegible]
[illegible]
y[illegible]
que, pues andal[illegible]
[illegible]
s[illegible]
que[illegible]
de[illegible]
y que a vos os quiera tanto (Llor

ESCENA III

Lucrecia y dicho Lucrec

FELIPE. ¡Lucrecia del Alma mía!
LUCRET. ¿De vuestra alma? De ser
alma, Felipe, de ser
con nuestros señoritos,
Quien de esparteles se cria
[illegible]
que en jardines se cuelga,
fuera de ellos se seca,
somos de la grandeza,
cosas bajas, mas altas
FELIPE. Si, dueña esquiva, ingrata,
porque aquí, Lucrecia estaba...
LUCRET. A[illegible]
galán, sus ravas ven.
FELIPE. Si, pero advertidos han
saberlo retirar...
LUCRET. Son tan humanos, galanes,
Felipe, que es justo
y[illegible]
[illegible]
con la vuestra el pesar calma
de Alejandro, dadle en
[illegible]
que[illegible]
a[illegible]
y[illegible]
FELIPE. Allá[illegible]
LUCRET. No[illegible]

ESCENA IV

Salen Carlos

CARLOS. Aunque en[illegible]
de[illegible]
Condesa...
FELIPE. [illegible]
[illegible]
CARLOS. [illegible]
FELIPE. Yo[illegible]
que[illegible]
de[illegible]
que[illegible]
CARLOS. [illegible]
[illegible]
que[illegible]
FELIPE. [illegible]
[illegible]
que[illegible]
y[illegible]
CARLOS. [illegible]
[illegible]
que[illegible]
con[illegible]
[illegible]
FELIPE. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
cabellero, si pastor,
[illegible]
[illegible]
CARLOS. ¿Que[illegible]
¿[illegible]
que[illegible]
FELIPE. [illegible]
[illegible]
[illegible]
que[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
CARLOS [illegible]
[illegible]
[illegible]
LUCRET. [illegible]
que[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
¿[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Andad, dadlas otra mano
si no basta la primera
CARLOS. Menos tratables os quisiera,
sencillo, con un villano.
LUCRECIO. Gente de gente sencilla
mas ya este pastor me enfada
porque tiene alma doblada.
¡Idos de aquí.
FELIPE. Persuadidla
que sueña á lo que es verdad.
LUCRECIO. Ya os digo que vos os vais.
CARLOS. Rústico, vos pretendeis
que ofenda la calidad
de mi nobleza á vos.
FELIPE. Que no ofenderá
CARLOS. Villano,
¿vos os vais del pie á la mano
conmigo?
FELIPE. Y con dos dos.
LUCRECIO. ¡Bárbaro! ¿Con el Marqués?
FELIPE. Después que soy caballero
y espuelas de caballero
traigo, ya que no en los pies,
en las manos, he cobrado
humos de caballería:
el valor nobleza cría
Si me habeis menospreciado,
juzgando por suerte escasa,
el casaros conmigo al doble,
advertid que este huesped noble
tal vez y se os en pobre casa.
CARLOS. ¿Que esto consienta á un grosero?
LUCRECIO. ¡Dejado, que si villano
se ha tomado tanta mano,
vengarme y vengaros quiero
con daros la mano yo,
en fe de lo que os estimo
como amante y como primo!
(*Dase las manos y quitanselas* don Felipe.)
FELIPE. ¿Como amante? Aqueso no,
que yo, que este jardin guardo,
arbolico, si me parece,
la mala hierba que crece,
y sus espinas arranco,
espadas desenvainando
mientras Alejandra siembran,
y se han de trasplantar
flores que sean provecho,
satisfagan mis desvelos
la venganza que se aprecian,
ya que como espinas pican
y como arrojadas flechas,
que las plantes que trazo
de otra manera han de ser.
CARLOS. ¿Que haces, bárbaro?
FELIPE. Romper,
por todo do, este brazo.
CARLOS. Atrevido, tal castigar
un loco tan descompuesto.
(*Echa mano á sus armas, y riñe con don Felipe en el teatro.*)
LUCRECIO. Tasso, Carlos, ¿qué es aquesto?
TASSO. Esto es, mudanza esperar.
CARLOS. Y esto hacer que un descortés
no lo sea.
TASSO. Cortesano,
¿á la derecha das la mano?
Pues no os me habeis de ir á pies.
(*Vanse peleando.*)

ESCENA V

LUCRECIO

Gente, pastores, criados,
que matan mi hard héroe,
mirad que si en lo espero
dar sosiego á mis celos dados.
¡Oh celos! Confuso atomo
como el que os tiene no alcanza,
que en vez de tomar venganza
la experimenta en sí mismo.

ESCENA VI

Sale don FELIPE

Yo, Lucrecia, soy de España,
mi noble patria es Valencia,
que, nuestra competencia
ni perdona á quien engaña.
La guerra es mi profesion,
toda cólera y venganza;
si agravios causan mudanza,
juzgad los vuestros que son.
Que yo, español mal sufrido
y vengador valenciano,
que en ajena tierra mano
he visto, de que he sido
dueño, si á vuestra promesa
es bien que crédito dé,
no es justo que tenga le
en mano que otro hombre besa.
Si á Alejandra se la dí,
fue porque quise, celosa,
como tirano mal mosa,
hacer experiencia en mí
de si lo que fingi ser
he, por vos, ejercitado,
ó, sabor si á otro abrazado
era Tasso jardinero,
fortunas de cazador
buscaba Alejandra en ella:
quien de vuestros ojos pierda
y no os satisfaga en,
achaques busca, sin duda,
con que excusar su mudanza
hallólos vuestra venganza:
no es mujer el que se muda.
Gozad á Carlos que es justo
mientras que me ausento yo,
que, si en la mano os dio
prendas, á mor de su gusto;
y en ella la posesion
fe de vuestra libertad,
alegará antigüedad,
y, guardarseá esta razon
Dama tengo yo en Valencia
con que despertar celos,
menos crédula en sus dioses,
y mas constante en mi ausencia.
Las prendas que le distes,
aunque hay celos cortesanos,
no hallastes venganza en manos.

ni mudanzas aprendistes;
y quien ejemplos no guarda
de amantes que mintieron,
no es bien que os ligue en Anfriso,
pues no ha sido Belisarda.
Ella es firme y fiel con vos;
pero contra tales daños
templos hay de desengaños
donde sane Anfriso: ¡adiós! (*Vase.*)

ESCENA VII

LUCRECIA

Felipe, mi bien, aguarda,
cesen venganzas y afrentas;
si, como Anfriso, te ausentas,
muérome Belisarda.
Yo me cortaré la mano,
ocasión de tus enojos,
yo me sacaré los ojos
que dieron crédito vano
a tu pás que no hay en ti.
Árboles, ¿no le estorbáis?
Arroyo, ¿no le atajáis?
¡Fuese, cielos! Ay de mí!
Pastores de soledades,
si me enseñastes a amar
ya me podéis enseñar
soledades y tristezas.
Arcadia, decidme vos
con qué paciencia y sosiego
llevará ausencias de Anfriso
Belisarda, y si sus dedos
distantes tan cuerdos eso
para sufrir voluntades
que en remisas voluntades
cordura son con exceso.
Celos le volvieron loco
a Anfriso, y pues no perdió
ella el seso, muestra dio
que amaba a su pastor poco.
Mas ya que en que vaya pierda
y en fe de que se quiere,
con Anfriso loca ser
que con Belisarda cuerda.
¡Flores, que ya espinas sois!
¡fuentes a quien llanto doy!
¡Contestad que loca estoy
o restauradme a mi Anfriso!

ESCENA VIII

Salen CARLOS, ROGERIO, CONRADO, HORTENSIO, ALEJANDRA y ANGELA DORA

CARLOS. ¿Hay más furioso tirano?
ROGERIO. Muerte os da, a mis defenderos.
CARLOS. Si la vida he de defenderos
buscando, que será en vano
mientras no tiene yo de el
hacer de mi vida caso
LUCRECIA. ¡Zarzas, atajad el paso!
¡arroyos, corred tras él!
ALEJAND. Prima.
HORTENS. Alejandra.
CARLOS. Señor.
LUCRECIA. Belisarda soy, pastores.
Mi Anfriso ausentan traidores
¿qué parte tiene en Arcadia?
CONRAD. ¿Qué novedades son estas?
ANGELA. Locura a Lucrecia esta
LUCRECIA. Vuestra contienda sea ya,
haréis en Arcadia fiestas,
pastores de Henarejo,
que Anfriso se torna a Liseo
cumplido a la envidia de deseo
vuestro gozo y mi llanto.
Industrias de Galatea
y cuentos de Lisarda,
mi Anfriso ausentan en vano
pues se guarda en mi corazón.
HORTENS. ¿Que Arcadia, que tan arrones
son estos?
ANGELA. Bien hecho:
desde que Lucrecia dió
en leer prosas y canciones
de esta Teocrita, ¡oh, mal haya yo!
que el seso había de perder.
LUCRECIA. Ausencias, no han de poder,
malicioso Cesarino,
causar en mi amor olvido.
Bronce soy, columna, roca.
ROGERIO ¿Vuestra alteza está loca?
CARLOS. Que mal os libros que han sido
ocasión de este accidente
LUCRECIA. ¿Por una mano que di,
pastor, me decías sí?
HORTENS. Tenedla.
LUCRECIA. Mi Anfriso ausente,
no quiero gusto, ni vida
CARLOS. ¡Oh! Milagro creo, amen
la Arcadia y Elos también
que engañan a este pobre.
ALEJAND. Prima mía, mueve en tí
LUCRECIA. ¿Cómo? ¿Soy Belisarda.
¿Y tú, cautelosa Arcadia,
me usurpas Anfrisos así?
ALEJAND. ¿Yo Arcadia, prima? ¿Qué es esto?
LUCRECIA. Tú, cautelosa pastora
vendes a mi amor! Tu dura
en este estado me has puesto.
ANGELA. Alto, ella ha dado en gozar
la *Arcadia* de Lope toda
HORTENS. Sobrina.
LUCRECIA. Mal se acomoda
quien no tiene gusto al amar,
cardeno padre, a Silvano.
HORTENS. ¿Quién es este padre? ¿Que aguardo?
LUCRECIA. Mi padre eres, desatado.
HORTENS. Reportaos, sobrina.
CARLOS. ¡Cielos, señora mía!
LUCRECIA. Pues tú, Otrando, me consuelas
cuando se de tus cautelas
lo que intenta tu fin?
CARLOS. A todos nos pasa nombres
Basta, que el tiempo me ama.
LUCRECIA. El engaño a quien abona
¿Qué importa, traidor, que asombres,
mi pastoral con tus quimeras,
si al fin vence la verdad?
Y en tiempo y voluntad.
CARLOS. Alto aquí esto va de veras
CONRAD ¿Has desgraciado semejante?
LUCRECIA. (Soberbia) Mentiras, sea (soberbia)

premias gustos, celos lloras,
en la Arcadia, firme amante
llora mis penas también.

HORTEN. Menalca llama á Conrado.

LUCREC. A mi Anfriso ha desterrado
la envidia, no mi desdén.
¡Llanto será vuestra risa,
prados, mi pastor ausente!
Si tu amistad mi mal siente
consuélame tú, Leonisa.

ANGELA. También á mi me ha cabido
mi título pastoril.

LUCREC. Huye del engaño vil
de aquese Olimpo atrevido
que con cautelas aguarda
vengarse, mas no podrá,
que firme celebrará
la Arcadia á su Belisardo. *(Vase.)*

ANGELA. Miren aquí qué provecho
causan libros semejantes;
después de muerto Cervantes
la tercera parte ha hecho
de *Don Quijote*. ¡Oh, civiles
pasatiempos de estos días!
¡Libros de caballerías
y quimeras pastoriles,
causan estas pesadumbres,
y, asentando escuela el vicio,
ó destruyen el juicio
ó corrompen las costumbres!

ALEJAN. *(Ap.)* Tirso es, sin duda, el Anfriso
que alegoriza Lucrecia.
Si huyendo la menosprecia,
y dar muerte á Carlos quiso,
contra disfraces villanos
indicios son de sabello,
la curiosidad del cuello
y blandura de las manos.

ROGERIO. ¿Hay desdicha más extraña?

HORTEN. ¿Que un libro causa haya sido
de que el seso haya perdido?

CARLOS. Bastaba ser el de España.

HORTEN. Vamos á poner remedio,
(si le hay) para tanto daño.

CARLOS ¡Ay! ¡quién con algún engaño
hallara, Conrado, medio
para poder persuadilla
que era yo su Anfriso amado!

CONRAD. En notable tema ha dado.

ROGERIO. Si no viene á reducilla
el tiempo y cura, tan loco
tengo de vivir como ella.

CARLOS. En adoralla y querella
yo lo estoy, ó tanta poco.

CONRAD. ¿No buscamos el pastor
que contra vos se ha atrevido?

CARLOS. Por el mayor mal olvido
mi agravio, pues es menor.
Esta Arcadia he de leer
para saber qué pastores
dan motivo á sus amores.

ROGERIO. Olimpo venís á ser.

CONRAD. Menalca á mí me llamó.

HORTEN. Conrado á mí.

ALEJAND. A mi Anarda.

ANGELA. Leonisa soy, Belisarda
ella y Erimanto el Pó.
Miren, cuan desvanecidas
la tienen estas quimeras.

CARLOS. Basta, que el Pó y sus riberas
son ya la Arcadia fingida. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen DON FELIPE *de galán y* PINZÓN, *criado suyo.*

PINZÓN.

Con seis meses de ausencia
á las lenguas del vulgo das licencia.
Quien dice que, cansado
de Milán, y el blasón de ser soldado,
á España te volviste
descortés, pues que no te despediste,
del Duque valeroso
ni de tu General, que generoso
capitán de caballos
te hizo, y no supiste gobernallos.
Quien dice que te han muerto
por algún licencioso desconcierto,
que á bisoños de España,
en Italia las más veces engaña
pensar que son señores
ya en casos de intereses, ya de amores.
Mira tú lo que haría
Pinzón que te aguardaba de día en día,
oyendo tantas cosas,
y las más, en tu agravio, poco honrosas.

FELIPE.

Ya Pinzón te he contado
de mis amores el confuso estado.

PINZÓN.

Medrado caballero
de capitán, amante jardinero,
no esperaba otro fruto
si de Lucrecia fué marido bruto,
que se interpreta bestia,
sino tal galardón por tal molestia.
Ya que en tales quimeras
flores plantabas ¿no nos escribieras?

FELIPE.

Importaba el secreto,
que es la Condesa dama de respeto.

PINZÓN.

Pero no de alabanza,
pues pagó tus servicios con mudanza.

FELIPE.

No tratemos en eso
si de celos no quieres pierda el seso.
Ya que á Milán he vuelto
de la prisión traña de amor suelto,
al gran duque de Feria
los pies quiero besar.

PINZÓN.

¿Y en qué materia
fundarás la disculpa
de la probija ausencia que te culpa?

FELIPE.

Diré que hice promesa
de ir á Roma.

PINZÓN.

Muy floja escusa es esa,
pues no se lo dijiste,
ni de tu general te despediste.

FELIPE.

No faltarán colores
que me finja para.

PINZÓN.

Buscalos mejores,
y seas bien venido
hijo prodigo, a casa reducido.

ESCENA V

Salen con PEDRO, de camino, DICHOS.

PEDRO. ¿Si habrá llegado Duque en Medán?
que no es digna este suceso
de ignorarse.

FELIPE. ¿Que es eso?
¿Qué fue?

PEDRO. ¡Oh señor Capitán!
huelga de verte aquí.

FELIPE. Di Pedro, ¿pues has venido?

PEDRO. Una desgracia, que ha sido
la más nueva para mí,
de cuantas hasta hoy se ha visto.
De Valencia de Pó vengo,
que en toda Europa no tiene
siempre en su provecho aviso.
Vas a Flandes, que se pierde,

FELIPE. Es verdad, que ya me acuerdo,

PEDRO. Y, en fin, pues estoy cerca,
a darte la enhorabuena
con justa razón me atrevo
de la merced que te hizo
este rey, que Dios guarde
muchos años, como puede
y como sus vasallos deben.
Acuérdate después
a los buenos que dejaste
en España, que extraña
tus ausencias mismas es.
Pero ¿qué se me acuerda a mí
de penas, hoy que estamos
todos tan alegres, tantos
y todos tan nuevos antes
ya en Italia, ya en Flandes,
que en estos ratos dichosos
nos vemos todos juntos,
que llueva toda es hablar
y España toda es conceptos
De este suave modo,
de esta dulce ocasión, que al fin
retirándose un jardín
descubre el Campo santo
en los libros que escribió
el Apolo de Madrid

FELIPE. ¡Ese es Lope!

PEDRO. Y, advertid
que entre todos estos pastores
prados fuentes transformada
de día y noche celebrada
celebraba sus amores,
recreándose en su historia
aunque fabulosa, llena,
tanto, que no hay verso en ella
que no sepa de memoria
Pero aquí no es ocasión
en tan breve rato y preciso
de decir que es la Arcadia
y que algunas selvas son,
sabeis de los cuentos
de las fuentes, sus montañas,
sus pastores, sus cabañas,
sus ovejas, su ganado,
las damas que están con ella
Amarilis y Belisas,
Lisardas y Filidas,
los celos, que ya la vida
van, con los desengaños,
Ocios honestos, honestos,
Olmos, claros Manzanares,
Prados y arboledas,
Ahora que estoy sin ellas,
y que en Amberes desierta
la corriente que os abrazo,
de quien, con su ausencia agravia
dar a sus plantas ofensas,
tristes pasos ofrezcan
por las sabias arenas
cuba, bital y sayes,
escribe en tristes versos
por las márgenes de Po
lo que en la Arcadia leyo,
cantando sus versos,
y se quieren ya olvidar
de cuanto, ó bien sabia,
de cuanto ya han de seguir
los que tienen su vergüenza
Hasta aquesto exilio llega,
y en tu fuerza apetecen,
y de esta suerte a vos
versos de Lope de Vega
Sus amantes y pastores
de este casi destierro
pueden mis tristes males
medir con los accidentes
de tan extraña guerra
hasta que mucha, buena,
pues que con esto la saca
y de amor no temo nada
Luego a esta, a buen seso
Sentidas nuevas que voy
a Dios, que a corte le voy
al Duque, aquese suceso. Vase.

ESCENA VI

DICHOS, menos PEDRO.

FELIPE. Yo soy la causa, Pinzón
de que Lope celebrado
no nos cuente lo que ha sido
Bastante satisfacción
tengo de que no recelos
fuerza mi ausencia hayan dado
¡Malagón! Si os acordais
que dan por los cuernos
Yo la adoro, yo he de ser

la salud de su hermana
hoy le he de dar, si acaso
á Lucrecia he de volver,
sígueme, y no me acuerdes estos.

PINZÓN. ¿Vuelve en sí esta mujer?
Mas ¿qué dudo? Este tu seso
que es suyo amantes y herejes
son de una especie, sudas
en defender un error.

FELIPE. Todo este mal es amor.

PINZÓN. Locos pues, todos estos
son de una misma locura
y otra vez amor les vean
¿para qué has de sanar bien?

FELIPE. Jamás estaré sanado.

PINZÓN. ¿Medicos has menester?
con su presencia me alegro
Pinzón. La vida por la verdad.
Presto á tu tierno dolor,
vamos, y verás que cuerda
me burlas con un Pinzón.

FELIPE. ¡Ay mi loca!

PINZÓN. Locos y sano
han de sanar el loco. (Vanse.)

ESCENA VII

Salen ALEJANDRA, HORTENSIO, ANFRISA, CARLOS, CORALBO *y* RISELO.

ALEJANDRA.

¡Lastimosa desgracia!

CARLOS.

Si le dura
á Lucrecia este mal, yo que la adoro,
imitaré con ser de su locura.

ANFRISA.

Sus años verdes mal logrados lloro.

CORALBO.

¡Que á tanta discreción, tanta hermosura,
un loco frenesí perda el decoro!

HORTENSIO.

Ya ha castigado fácilmente el fuego
los libros, con quien de sus sesgos
[illegible]se, sigue al desatino
de sus locuras, de quien es dueña,
que su Anfriso la adora, y no
hacer ausencia, vuelve en mi daño.
Mas, si quiere mi suerte por camino,
de nuevo se enturbie.

RISELO.

¡Qué extraña
pasión de su engañada fantasía!

CORALBO.

¡Ay prenda malograda!

CARLOS.

¡Ay loca mía!

HORTENSIO.

Si la dama Candesa, que de verte
decía que no es mujer, sino pastora;
si la cuerdo, llamando locamente
voces furiosas da, suspira y llora:
padre me nombra, y dice que aunque intente
privarla en su presencia de quien adora,
no han de bastar prudencia, ni arte ni hierro
á que, á Anfriso olvidando, ame á Sancho
Porque se quede, en libertad la deje;
Bernardo la llama, y que soy digo
su padre Clotaldo.

CARLOS.

Es consejo,
por eficaz, para su gusto vano.

ALEJANDRA.

Fué de su amor. Felipe, claro espejo:
quebrarle en sus ojos yo me obligo
á sanarla, si vuelve en juicio cuerdo.

HORTENSIO.

Medicos, Carlos, de Felipo espero.

CORALBO.

¿Que medicina puede haber bastante
que dé entendimiento á tanto engaño,
en lo que ve, oye y toca tan errado,
y aquél, se estima más, que hace más daños?

CARLOS.

¿Loca Lucrecia, Celio, y tu amante?
¿Tan triste empleo de tan verdes años?

HORTENSIO.

Ella sabe: escuchadla, nadie niegue
que es pastora y discreta que sosiegue.

ESCENA VIII

Sale LUCRECIA *de pastora, y dichos.*

LUCRECIA. Asperos montes de Arcadia
que estáis mirando soberbios
en vuestras altas y vuestras aguas
mi desdicha y vuestro extremo,
bosques de cultas cortezas,
papeles mis pensamientos,
escuelas de mis sentidos
contra mí con tantas de tiempo.
Ruiseñores, si bien vanos,
mis voces de los ecos,
consortes en peregrinos,
vuestros en mis desvelos,
Musas veces veladas,
que hicisteis de mi ejemplo
á mis esperanzas tristes
á mis sentidas penas
lazos ciegos, que á las venturas
matan en los contentos,
pues se quedan en blanco
y en los sí desvanecen.
Mas, que, por tantas veces
tan vanos, tan ociosos, tan
generales para el ingrato,
tan resueltos, tan crueles,
¡Qué de veces es poco el alma
cada vez que me acuerdo
que en vosotros se queja al día,
resuelta de sí ella!
¡Qué de veces la aurora
vio, dando quejas al viento,

porque le usurpaban blancos
sus desdenes, desvíos!
¡Qué de lágrimas prosaicas!
¡Qué de vanos juramentos!
¡Si siempre lo mismo engañan
tarde, nunca, se cumplieran!
¡Aquí, sobre estos papeles,
de papeles, que tercios
por ser letras se burlaron,
por ser papeles se rompieron!
¡Palabras en papel dadas
lleban sus obras al viento,
que, en la desdicha, los gustos
se quedan siempre en deseos!
¡Montes, prensas, robles, martas,
jazmines, marquesas, trébol,
noche, aurora, día, tarde,
papeles, obras, deseos!
¡todos mentirosos, por adorarte, [muerto!
¡Tarde os conozco, cuando el daño es cierto!

HORTEN. No es bien, hija Bernarda,
mancillar tus amigos
con memorias tan penosas
que hacen acordarse tan presto.
A la Arcadia vuelve Anfriso,
y de tener tanto seso
te acuerde tus amorosas cartas,
que, con el papel, he abierto.
Tú eres, hermosísima,
de aquestas cristal espejo,
¿y te entristecen con pesares
que hacen más a los postreros?
Vuelve a tener los pasatiempos
que en tu diversión tuvieron
conversaciones honestas
y, en fin, los pasatiempos:
hablemos.

LUCREC. ¡Oh Cardenio,
Menalcas, Olimpo, Tarseto,
Arsenda, Lisarda!
¡Nunca el teste de mentirosos!
Triste estoy, no puedo hablaros,
perdonad mis descortesías
y ausencias, pues las desdichas
me atormentan tan de cerca. (Acompañanse todos.)

CONRAD. ¿Hay pesadumbre semejante?
CARLOS. Tal estoy, que tengo celos
de este Antonio, a quien llego.
ROGERIO. Yo lloro sus desconciertos.

ESCENA XIV

Sale un criado.

CRIADO. Un médico, que de España
pasa a Roma, y en salud
la enfermedad de Lucrecia,
primo suyo, ha sabido,
desea verla.
HORTEN. Dile que entre. (Vase el criado.)
Que con esperanzas vengo
en tus obras tanta fe
como en las artes sabemos.

ESCENA XV

Sale Pinzón de médico, de capa y sombrero, Felipe
de estudiante y Beatriz.

PINZÓN. Besa vuestras manos siervas
mis deudos.
FELIPE. (Aparte a Pinzón.) Pinzón, yo temo,
si cual sueles bufonizas,
que has de echarme a perder.
PINZÓN. Quedo.
HORTEN. Dios guarde al señor doctor.
PINZÓN. Su guardia, que en efecto
cada cual su hacienda guarda.
Hoy gané mucho de verlos
señores, entre las flores,
aunque sea fuera en invierno
disenteria amenazaban
las humedades del suelo,
porque *in cerebro cruda*
desde Septiembre a Febrero,
y a fin de Marzo, según otros,
in rapidibus no es bueno
cuatro días, dos es mucho
de Dioscórides expreso,
con tiene este Laguna,
confirmando a Galeno,
y la experiencia lo dice;
porque yo curé un divieso
que a cuarto acierta moza
por sentarse en duros bancos.
FELIPE. (Aparte.) ¿Estás borracho, Pinzón?
PINZÓN. Las flores siempre tuvieron
sobre la melancolía
jurisdicción, dice aquesto
Hipócrates
CARLOS. Buen humor
tiene el mozo.
PINZÓN. Si al texto
de Avicena damos fe
(que fue el Séneca nuestro)
dice *Caute, de partibus*
melancolicis, que es bueno
para hacer mejor su oficio
ha de ser poesía, discreto,
cortesano, fácil y resuelto
para que alegre el entremo,
y entretenga cuando en cuando
dos altercados y cuento.
por esto estoy agora
en guardias y tercios pelos.
Las musas de estos años,
las de esas que nunca fueron.
Yo, que soy algo burlón,
a las circunstancias tengo
de gorgorán, doctas y graves
que el doctor muestra perfecta
salud, hoy en la privada
la alteración de cerebro
que padece a Cándida,
aunque yo ser su deudo tengo
de su Santidad, no quise
pasar de aquí, y primero
darle a la enferma salud,
no recetarla un pegujo
de ganave y de habas
que en esta puesto.
FELIPE. (Aparte a Pinzón.) Necio,

¿Quieres mirar lo que deseas?
PINZON. En el Nombre de Dios
y Hospedador Zarazza
[illegible]
y los ojos que amo cara
[illegible]
LUCREC. Si para verla de cerca
hubiera hallado remedio
[illegible]
PINZON. Vengan, pues
[illegible] acuerdo
Mensajero
sea de Vuestra, que la envía,
hermosa pastora, a veros,
que está por vos celosa
y anda en vuestra busca,
y porque le deis crédito
de vuestra alta nobleza,
en fuego de diamante,
ya que no a dar os viene,
a vendaros
LUCRET. ¿Qué dices?
PINZON. Digo amor, señora
[illegible] cuerpo de Dios, con la cara
[illegible] esta paso,
desnuda, de cuidado
y pesada, mas no aspero
de la suya antes de flores.
CARLOS. Yo os daré de oro un peso
si es esa propia que digo.
PINZON. Oye a fuera un momento
para que pensar pueda
y se quede a vuestro lado,
[illegible] aquí, señor paxante,
tente aquese puesto.
LUCRET. ¡Ay de mí!
(Vase por la puerta del teatro.)
¡Que muero!
FELIPE [illegible] Felipe os
que corrido, mi bien, estoy,
porque la mala nueva
PINZON. ¿Que le parece?
FELIP. Que temo
circunstancias peligrosas
(Señor, [illegible] que estaba allí.)
Que contra su salud sea
poderosas accidentes,
PINZON. Siempre es [illegible] de edad
[illegible] parece, temerario,
que estén en sus fundamentos
LUCREC. ¡Así me valga!
FELIPE. (Aparte.) ¡A [illegible]!
PINZON. Este frío es un efecto
procede del [illegible],
que es decir, de cosa negra,
mezclada con [illegible],
y cansada, [illegible] entendido
de esos hombres platicos
HORTEN. Acierto
PINZON. Y como que acierto
para, con [illegible]
se [illegible]
de [illegible],
[illegible],
de [illegible],
[illegible],
un [illegible]

y media azul [illegible],
cuezanse las [illegible] partes,
[illegible]
por proveer [illegible],
[illegible],
pasadas [illegible]
y [illegible]
que, [illegible],
[illegible]
Y porque [illegible]
que estos [illegible] son
de [illegible],
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
las [illegible]
[illegible]
haga [illegible],
[illegible],
en [illegible]
que [illegible]
y de [illegible]
[illegible]
para [illegible]
HORTEN. [illegible] sin duda
que es [illegible]
para [illegible]
CARLOS. Si, [illegible]
PINZON. La [illegible]
se [illegible]
[illegible]
y [illegible]
FELIPE [illegible] podamos
[illegible]
¿que le [illegible]?
LUCREC. [illegible]
[illegible]
de [illegible]
en [illegible]
[illegible]
PINZON. ¿[illegible]?
HORTEN. [illegible]
PINZON. [illegible]
a [illegible]
esto [illegible]
¿No [illegible]?
CONRAD [illegible]
de [illegible]
[illegible]
PINZON. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible],
ha [illegible]
que [illegible]
RODRIGO [illegible].
CARLOS. Oh, [illegible]
CONRAD. [illegible]
RODRIGO. [illegible]
HORTEN. ¿[illegible]?
[illegible]
¿[illegible]?
PINZON. [illegible]

mi natural Rivadavia,
el doctor Parra mi abuelo,
¡gran médico de cristianos!
Mi padre el doctor Sarmiento:
yo, que de razón dellera
llamarme, con razón aquesta
también el doctor Recino,
porque no se conviertan
las aguas de aquel otoño
que las venas corrompieron,
vine á llamarme en Castilla...

ANGELA. ¿Cómo?

PINZÓN. El doctor Maeso

ANGELA. Todos son nombres vanos.

PINZÓN. Gracias me dieron, que dan buenas albricias.
Pero, las gracias de ellos,
y mis recetas se pongan
en orden.

LUCREC. Padre, yo tengo
de ver las cartas que Celso
me escribe, gusto y deseo.

HORTEN. Vamos, pues no perdida.

CARLOS. Ante, galanes, vamos
y que vamos nuestros montes
los de Arcadia.

ALEJAND. ¡Oyeres! ¿Que embelecos!
¿Son estos españoles?

PINZÓN. ¿Que te parece, mi genio?

FELIPE. Loco, pero provechoso.

ALEJAND. No se vaya de partir tan presto
á Roma el señor doctor.

PINZÓN. ¡Jesús! Sanará primero
la condesa y dejará
fama al doctor Aracios.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen PINZÓN *de médico y* FELIPE *de pastor bizarro*

PINZÓN. Famosa vaya la maraña
de nuestra Arcadia elegida.

FELIPE. Por mal día vea vana
no se sabe de ser cierta,
cuando volvamos á España.
Lucrecia, loca hasta aquí
y la cuerda, hace perder
los gastos que ves y extremos.

PINZÓN. A estas sus padres nos
entretenernos así
Que, para ser tía, al duque has dado
y al Parnaso Occidente
de este amor encantado,
vos, que sois pastor de el
y del cielo y desposado.

FELIPE. Espera de tu saber
que me hará su Excelencia.

PINZÓN. ¿Y que eres ser de cera?
Aracios? Para en ella
y mucho hablar.

FELIPE. De tu humor
todo próspero suceso
pienso, Pinzón, conseguir.
no obstante que te confieso
que, según me haces reir,
cuando por curar el seso
que Lucrecia haya adquirido
tanto atolondramientos
receto ser conocido.

PINZÓN. Cuartanas, almorranas y bubas
aun curar han pensado
toda dolencia ignorancia,
y ya, médicos mas ricos
dan opinión y ganancia,
al menos que en ellos
se curan pocos de hambre.
Pocos, hasta ahora,
el mas bachiller me precia
por un Galeno.

FELIPE. Mejora
prudentemente Lucrecia,
y que ya la casa ahora
se alegre con el doctor

PINZÓN. Ha Sarmiento estudiado
dos años, pero de humor,
que es, pretendiendo fue,
hacer á María por mujer,
siendo en fin su abogado
que á Escalona, á decir con flema.
El efecto ya he mandado
que sigan todos la flema
en que nuestra loca ha dado
mejorando poco á poco;
y con esto fundamento
á sus amantes provoco,
que es fin, si no recuerdo.
¿Cuántos habrá un doctor loco?

FELIPE. No ha sido fácil pretendiente,
ausente competidor
que por tu ilustre no intente
y yo quiero, ya pastor,
disfrazarme

PINZÓN. Es excelente
mi ingenio

FELIPE. La primavera
á estas selvas da verdura,
la juventud nos espera,
esta quinta celebrada,
estas selvas y ribera,
todo se junta al deseo
de ver mi Condesa vana

PINZÓN. Y ve que soy el Orfeo
de aquesta Grecia Arcadiana,
por todo y otro rodeo
conde de pronto sacar.
Fingir ser Antes ahora
que acabaste de llegar
de Roma de la pastoría,
y de allí con gran pesar
de verte, aquestas quimeras,
mentiras de libros de cuentas,
Antes, de estas veras
que no que tener por burlas
la vez la vida mas de veras,
Y pues, que es ya aquí
en Inglaterra ganaderos

FELIPE. Bien te entiendo y callo.

PINZÓN. Dos años ha estado cabalgeros
fuera de que no el
en la Arcadia, de zagal

que no trayese el zurrón
de perros, de oro y cristal
el cayado, y no estuvon
que aquí se vistiesen
que son de tus amores.

FELIPE. Impertinente pinto
su traje, Lope.

PINZÓN. No ignoro
que en esta Arcadia dorada
pintar pastores
Lope, y que se apacentaban
los ganados que pacen,
vistiendo telas de tisú
así, el valor que tienen
más que el que representaban.

ESCENA II

Salen por una puerta Belardo muy bizarramente vestido de pastor, y Carlos, Conrado y Hortensio por otras, todos muy bizarros, de pastores, de la manera que se pintan los Arcades, con cayados y zurrones, de terciopelo carmesí.

ELLAS. Trebole ¡ay Jesús cómo huele el Ar-
Trebole ¡ay Jesús qué olor! [cadia.

ELLOS. Trebole ¡ay Jesús dónde está Bel-
Trebole ¡ay Jesús qué amor! [sardo.

ELLAS. El Arcadia todos estáis
ELLOS. Belardo está todo amores.
ELLAS. Aquí cantan mis señores.
ELLOS. Aquí gozan los pastores.
ELLAS. Aquí corre el contento.
ELLOS. Aquí amores, risa y viento.
ELLAS. Aquí hay gloria.
ELLOS. Aquí hay dolor.
ELLAS. Trebole ¡ay Jesús cómo huele el Ar-
Trebole ¡ay Jesús qué amor! cadia
ELLOS. Trebole ¡ay Jesús dónde está Bel-
Trebole ¡ay Jesús qué amor! [sardo
FELIPE. Señores, de la pastora,
después de ausencia tan larga
con el agua que le riega
la que por vos mi alma llora,
vuestra merced me prometa,
que le mande ver presente,
que le advierta le cuente
de donde [illegible]
que os amase, antes que
pase a aquella ardiente agua ardiente,
[illegible]
de nuevos y habitada,
que es ahora ya olvidada,
vuelva el alma a recobrar,
vos, mis ojos y memoria
de la suerte, en piedad y amor,
[illegible]
[illegible]
pienso el que [illegible]
abrazar con [illegible]

CARLOS. Ya que en nuestro valle os veo
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
y del Manzanares [illegible]
ausente, no os asuste espanto
que os crezcan en Tajo y Betis
cuernos como a Acteón y Fabio.
Pero la esperanza en flores
en agua que la riega,
que suele alentar y prometer
en [illegible]
ya que [illegible] pastores
y vuestra virtud [illegible]
en tanto [illegible] tierra,
tened a esta [illegible]
seguros en paz para [illegible]
los despojos de [illegible].

CARLOS. Más de cerca y [illegible] (Ap.)
Conrado, [illegible] pastor
CONRADO. Tenga en toda [illegible]
y este Antres [illegible]
¿Quién podrá hay [illegible]
[illegible]
de Lucrecia?
CARLOS. Mas [illegible]
[illegible]
[illegible]
Conrado, [illegible]
CONRADO. [illegible]
[illegible]
A los festivos [illegible]
que [illegible]
CARLOS. [illegible]
ROMERO. [illegible]
[illegible]
en [illegible]
ANGELA. [illegible]
para [illegible]
que [illegible]
guarda [illegible]
HORTENSIO. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
FELIPE. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
PINZÓN. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
LUCRECIA. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
LUCRECIA. [illegible]
PINZÓN. [illegible]
[illegible]
HORTENSIO. [illegible]

de una prenda a favor
de ruego, esto de amor,
a ella le amo una pretina,
y el darte de la cadera
la ocasión de repente
en verso.

CARLOS. Poca excelente.

ALFONSO. ¡Vaya!

ANGELA. No quede por mí,
que en la Arcadia es cosa así
andarse á sustento diferente.

LUCRECIA. Este necesidad esto
doña Antona.

ALFONSO. Y yo quiero dar
á Menalca este cuchar
de cuchara.

CONRADO. Prenda es esta.

ANGELA. Yo te digo, esa soy
yo, dos en uno, estas calabazas
á Lucrecia estos dos gajos,
y á Filipo esta pretina negra.

CARLOS. Puesto por triste, me alegra.

ANGELA. ¿Salen versos?

PINZÓN. Se escandalos.

ANGELA. Esta calabaza de oro
es de ley, pues, señor doctor.

PINZÓN. Si no hay visto no hay amor,
vos lo veréis y no lo gusto.
Alarcos, toca y Tarfo,
cantad versos de improviso.

CARLOS. Tan poco Apolo me quiso
que no sepa hacer de satisfacción
coplas de provecho hacer.

FELIPE. ¿Quién comienza?

LUCRECIA. Vos, Antruso.

FELIPE. (*Al mismo instante.*)

Prenda me han dado que á ser provecho
el seso. ¿Veréis qué la alcanza?
pues si en ella parece una desconfianza
tal vez veréis la contestación en ella.
Favor con entre claros ojos toco
de Berenice la cabellera
pues para que sustente mi esperanza
dice que se la quita de la boca.
Haga de ha de ver si empobrecerla,
bácalo sed de que no quede estéril,
cetro en mis versos, dé a redoma.
Lleva de amor el color que al cielo sube fuego
y apoyo en su verdor, que al cielo vive,
como es rapaz, en casas de pechos.

CONRADO. ¡Tremenda Vuelva satisfechos,
versos, de un gajo
que á ruego, dios de amor,
le quitan hoy los pechos:
en todos los provechos
que Antruso le ha de dar
le quiere alimentar;
que es rica y no parece,
pues la cuna hay dice,
que negara el mamar.

ROGERIO. (*Aparte.*) ¿Quién estorbará sus pasos
Lucrecia hermosa, mis quejas, penas,
si adornan vuestras orejas
gotas que son prisiones?
Desdenes y sonrojones
halla mi amor por despojos,
mas, cuando por darte enojos
aprovechan, los sentidos
no vendo de mis ojos,
el oro entrará por los oídos.

ARTOS. (*Aparte.*) Sobre negro no hay
color que muestra la que pinta favor:
negro, no pienses tuyo.
que si ha de hablar, sagrada cinta,
otro amor sobre mi amor
Sentencia:
vuelve con confianza,
pues hoy los precios pierde
de mudanza,
y dejando el color verde,
pierda en negro su esperanza.

PINZÓN. (*Aparte.*) No te honrarán mucho
con mi parecer, estas trazas.
pues mira debo traer
que en mí ha de haber abrazas.
Aunque caste, años viejos,
dirán que es buena señal,
pues nunca se llevan mal
calabazas y viejos,
favoreciendo mi entadas.
porque en darme, prenda mía,
la calabaza vacía,
me das de calabazadas.
Mudarás, o en paz y en salvo
mi amor se desembaraza,
que favor de calabaza
solo se ha de dar a un calvo.

(*Levantanse.*)

ESCENA III

Tocan trompetas, chirimías y todala música, vase todo el teatro y quede un jardín lleno de flores y verdura y la puerta derecha este un pergamino en el pecho algunas rosas, y a la izquierda un infierno y en el cielo un sol en una trompa, y en las puertas de los lados, arriba en ellas dos trofeos, una gloria y en alta apariencia en medio de una nube de laurel en la mano

LUCRECIA. ¿Qué es esto?

PINZÓN. El pastor Corselo,
que aunque pastor ingeniante,
con su cueva á Antruso
cuando llorosa pesares,
en lágrima de rosicler,
sepulcro cuenta en sus males
la Arcadia, tercero dios,
fabricante Vulcano, os hace
ostentación de su ciencia
Pida hombre de hoy acordarse
cuando en los montes de Italia
perdimos a don Beltrane,
digo, a peregrino Antruso,
que llegando a conocerse,
le dio seña el pastor Corselo,
hijos de Apolo y de Marte,
como son Rómulo y Remo,
Cesar, Leonizo, Alexandre,
Aquiles, Aníbal, Anibal,
las cuatro matronas graves,
Semiramis, Artemisa,

Zeuxis, y la que le dio aspid
en pecho, el mismo Nilo,
y a Marco Antonio sol sangre:
[illegible]
al Rey de Sangredonia Jaime,
al Duque Bernardo, en campo
y al gran Tamorlán Pérez de Oliva.
Este pues, a cuya sombra
hoy es que [illegible] de
de sus [illegible] retratos
pequeños [illegible]
LUCREC. ¿Qué [illegible]?
CARLOS [illegible] española vista!
HORTEN. Es [illegible]
ALEJAND. Y aquí [illegible]
[illegible]
PINZÓN. Este es Parnaso de [illegible],
y todas las [illegible]
son poetas.
FELIPP. Y aquí son
los que están a estas [illegible] partes?
PINZÓN. El Parnaso [illegible]
de [illegible]
pobre, [illegible] pelagatos.
ANGELA. ¿Que [illegible]?
PINZÓN. Es de la [illegible],
porque [illegible],
en otras [illegible] dicen
Parnaso crítico
LUCREC. Trance
es de temer. Mas ¿por qué
pobres?
PINZÓN. Pecados [illegible]
son [illegible],
que [illegible] de purgarse.
vocablos [illegible]
que [illegible]
están [illegible]
son los que en nuestro lenguaje
profanan [illegible],
latinizan el [illegible]
y echando [illegible],
como [illegible],
Dicen que está en [illegible]
su primer [illegible]
que [illegible]
nuestra [illegible]
Pensaron [illegible]
sus [illegible]
por no pecar de [illegible],
que los [illegible].
ROGERIO. Y ¿quién son?
PINZÓN. Este es *Cimbor*,
aquese [illegible],
Bermejo [illegible],
[illegible],
Gerardo [illegible],
Hipocrene, *Pegaseo*,
Pindo, *Gloria* [illegible],
Corpus [illegible] *Impedite*
mal [illegible],
y [illegible],
más [illegible]
Recoged [illegible] saque
de [illegible]
que [illegible] entre [illegible]
que [illegible]
y vereis [illegible]
FELIPE. Y ¿quién [illegible]?
PINZÓN. Leed esas [illegible]
FELIPE. *Parnaso* [illegible]
LUCREC. Y esos ¿no pueden salvarse?
PINZÓN. No han de [illegible] de Apolo.
LUCREC. ¿Por qué causa?
PINZÓN. Detestables
¿No es hacer moneda falsa
crimen laese majestatis?
LUCREC. Cierto está.
PINZÓN. Pues es [illegible]
á todo representante
comedias falsas, [illegible]
de [illegible]
han sido [illegible]
contra [illegible]
y hechores, que [illegible]
[illegible]
y están [illegible]
que las hacen [illegible],
cargadas de [illegible],
pesas [illegible],
que las tienen [illegible],
y así no pueden que pasen
pesas y cargas [illegible]
á sus [illegible],
y las [illegible]
arpas, [illegible],
que son [illegible]
introducen [illegible],
dando al [illegible].
LUCREC. Que [illegible], que [illegible].
CONRAD. ¿Qué [illegible]?
PINZÓN. [illegible]
que pide trazas de noche
de [illegible]
CONRAD. ¿No las hace?
PINZÓN. No es hombre de traza el pobre,
que hay poetas [illegible]
que cosen lo que les corta
el maestro.
ANGELA. No le arauben
de ingenio á ese.
ALEJAND. ¿Y aquél?
PINZÓN. Es un poeta de [illegible],
que en una comedia suele,
[illegible],
[illegible]
[illegible]
con [illegible]
LUCREC. Vemos [illegible]
FELIPE. No le [illegible]
á [illegible]
y [illegible]
[illegible]
para [illegible]
PINZÓN. [illegible]
que [illegible],
en vez de [illegible]?»
¿hay comedia nueva?
CARLOS. Pasen
por [illegible],
y [illegible]
papeles [illegible]
en ese [illegible]
ALEJAND. ¿Qué [illegible] aquél que en la silla

tan a[illegible] grave
[illegible]
[illegible] de [illegible]
PINZÓN. [illegible] de [illegible]
[illegible] llaves
[illegible]
y [illegible] docto sabe;
[illegible]
[illegible] fácil.
[illegible]
[illegible] llevarle,
[illegible]
[illegible] gaste
más [illegible]
[illegible] guante,
[illegible]
ALEJAND. ¿[illegible]?
PINZÓN. ¡Que se abrasen!
pues [illegible] palo,
[illegible] hambre.
[illegible]
[illegible]
que [illegible]
a [illegible]
a [illegible]
LUCRECIA. [illegible] hablarle.
CARLOS. [illegible]
ÁNGELA. Y sus [illegible]

ESCENA IV

[illegible]

ALEJAND. [illegible] señor doctor,
en [illegible] gradúa
[illegible] dado
[illegible]
¿Vos pensáis que [illegible]
[illegible]?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] todos,
[illegible]
[illegible] receta
[illegible]
PINZÓN. ¡Oye, [illegible]
contra [illegible] de palo
me has [illegible]
¿[illegible] respeto
de [illegible],
[illegible]?
ALEJAND. Bachiller, [illegible]
[illegible] señor
en [illegible] disfraza,
y [illegible]
[illegible] amor
[illegible] Antonio
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] ciudad está.
¡Mal [illegible]
[illegible]
Ya hortelano, ya pasante,
ya pastor de esta ribera,
que su [illegible] mera
[illegible] adelante,
[illegible] desvelos,
médico [illegible],
que pues no paga mi amor
[illegible] celos.
Yo [illegible] que es [illegible]
que ni esta loca [illegible],
ni con maraña tan necia
es bien que se [illegible].
[illegible]
[illegible]
[illegible] cuidados,
a pesar de [illegible]
que [illegible]
[illegible] a vos
a [illegible]
PINZÓN. ¡Cuerpo de Dios
con quién [illegible] me ha metido!
¿No [illegible] perder
[illegible]?
[illegible] el seso;
que le cure has menester.
ALEJAND. [illegible]
¿Vos a Antonio me quitáis?
PINZÓN. ¿Quién yo?
ALEJAND. ¡Vos curáis,
médico desatinado,
[illegible],
para que yo el seso pierda
[illegible] Alejandra, [illegible] cuerda?
¿Hay tan gran bellaquería?
Carlos, Hortensio, ¡Oh, qué bueno
[illegible]
PINZÓN. Paso, [illegible]
a [illegible] y a Galeno,
[illegible] viejos
inventó la medicina,
[illegible]
[illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible] yo hiciera
que pagara [illegible],
pues no está por la Condesa
[illegible],
que no haya considerado
lo que con[illegible] interesa.

ESCENA V

[illegible]

LUCRECIA. [illegible] en el jardín
[illegible] y el doctor
[illegible]
ALEJAND. ¿Que me tiene amor?
LUCRECIA. Saber [illegible] que fin
[illegible] veces,
desde este [illegible] escuchada.
PINZÓN. [illegible] vida,
[illegible]
[illegible] veces.
Verdad es que enamorado
de [illegible] disfrazado
con la fuerza que encareces

por Lucrecia ha estado loco
y en esta Arcadia mal fija
el pastor Anfriso anda.
Mas viendote, paso á paso,
su amor primero olvidada,
y ya en el tuyo se abrasa.

LUCREC. ¡Ay, cielos! ¿Aquesto pasa?
¿Que esto escuchas, desdicha mia?

PINZON. Como hay tantos imposibles
que á mi dueño han de estorbar
cuando se intente casar,
su ejecucion...

LUCREC. ¡Que terribles
desenganos!

PINZÓN. Tanto Conde,
tanto Duque ha estado
contra un pobre valenciano,
á sus deseos responde
que en Arcadia se mueden.

ALEJAND. ¿Pues como nunca me ha dado
señales de su cuidado?

PINZON. ¿Que amantes hay que no duden
declararse? Si es supuesta
las bizarras de tu amor.

ALEJAND. Ya las sabe.

LUCREC. ¡Oh, vil doctor!
¿Nos curáis de esa manera?
Yo hare que os saiga la cura
costosa, por vuestro mal.

PINZÓN. Espera á su general;
y para esta coyuntura
guarda el discreto su amor;
porque, discreto desea
que tal caballero sea
testigo de su valor.

ALEJAND. Si el aborrece á Lucrecia
y eso, doctor, es verdad;
ya sabeis mi calidad

PINZON. Es la Condesa una necia.
¿Creiste por hombre, vos,
que se habia de casar
con una loca?

ALEJAND. Si amar
todo es locura

PINZÓN. ¡Por Dios,
que os adora!

ALEJAND. ¿Pues de que
sirve el fingir que es Anfriso?

PINZÓN. Pretende con este aviso,
entretanto que aqui esté,
veros para declarase
cuando su General venga,
y que la Condesa tenga
sosiego para curarse,
que si va á decir verdad
¿á que mármol no bastara
ver sin seso á vuestra prima?

LUCREC. ¡Buena capa de piedad!

ALEJAND. Pues bien, ¿como dareis vos
traza de que me asegure
el cuento, y que me le jure?

PINZÓN. Yo hare que os hableis los dos
esta tarde, y mude el brazo
de esas nuevas que le cuento,
fuera que un enredo nuevo
era de asegurar malicias
de esta gente.

ALEJAND. ¿De que modo?

PINZON. ¿En la Arcadia no tengo
Anfriso que á Amarda amo?

ALEJAND. Ya me acuerdo, el bien nacido,
y celoso de Bernarda,
le hacen desenamorar
que á Amarda empezaba á amar.

PINZON. ¿Pues vos no sois aquí Amarda?

ALEJAND. Si.

PINZON. Direis vos á Lucrecia
que porque mereciamente
la Arcadia, sus iras temió,
muestre que á Anfriso desprecia,
y que á Olimpo favorece,
porque Carlos ha tenido
noticia de que el fingido
pastor que á desterrado se,
es un español que viene
con esta industria á casarse
su dama, y que asegurarle
y que no lo crea, conviene.
Hacer la favorecida,
y Anfriso, de esta mudanza
quejoso, para venganza
de su agravio y ofendida,
diga que es ya vuestro amante,
y que se quiere casar
con vos.

ALEJAND. ¿Y en que ha de parar?

PINZON. Direle que es importante
á todos, para que el sexo
cobre Lucrecia, que vea
que el Anfriso que desea
tiene esposa.

ALEJAND. Bueno es eso.

PINZON. Porque viendose casado,
y que imposible ha de ser
llamarse ya su marido,
ya que en este tema ha dado,
cobre su perdida honra,
pues segun dice Galeno,
veneno, contra veneno,
contra locura, locura.
Todos acreditarán
mi parecer y opinion,
y aprobando mi razon
vuestras bodas lograrán,
y creyendo que es Lucrecia
de bizarros casamientos,
desdichada el encantamiento
se quedara para necia.

LUCREC. ¡Bien el fingido me trata!

ALEJAND. Concluid vos asi
y satisfaceos de mi,
que os pagare

PINZON. ¿En oro ó plata?

ALEJAND. En uno y otro. Mas, quedo,
que sale Lucrecia.

PINZON. ¿Quien?

ALEJAND. La Condesa.

PINZON. ¡Por Dios, bien
si la escuchado mi sitio enredo!

ALEJAND. Nos iremos pues, por no
desde que estoy indispuesta.

PINZÓN. Empuso, esto, aunque es esta
(Tentar el pulso á las dos manos.)
calentura, bien se yo

de lo que os ha procedido.

LUCREC. ¿Que haceis los dos aquí?

PINZÓN. Está
mala Alejandra, y será
de que esta tarde ha comido
almendrucos indigestos;
tiene el pulso destemplado
como barro; ha merendado
fiambre, y son manifiestos
principios de apoplegía.
Vide Averrois juxta textum,
eruditum super indigestum,
febrem pestilentem cita.
Pero vayase á acostar,
y para preservacion
haganla una tricacion
de piernas, y luego echar
mil y quinientas ventosas.

ALEJAND. ¿Cuantas?

PINZÓN. Apela, si cuentas
hoy con las mil y quinientas,
que todas son provechosas.
Mas no la echeis no seis,
la una de ellas faxada,
que esto á Laguna le agrada,
De encurbitis.

LUCREC. No echéis
á perder tanto aforismo
que sois prodigio, doctor.
Ve á acostarte tú.

ALEJAND. Mejor
me siento.

LUCREC. (*Aparte.*) En extraño abismo
me anegáis recelos vanos.

ALEJAND. Pero iréme, con todo eso,
(*Vase Alejandra.*)
á reposar.

ESCENA VI

DICHOS, *menos* ALEJANDRA

LUCREC. ¡Pierdo el seso!
¡Ay hombres, todos livianos!
Decid, doctor. ¿Por ventura
es de vuestra facultad,
despues que á la enfermedad
pulsos toca y pone en cura
ser en amores tercero?

PINZÓN. ¡Por Dios, que nos atisbó! (*Ap.*)

LUCREC. Que Galeno, no sé yo
que fuera casamentero.

PINZÓN. Señora, por todo pasa
el que dar salud procura.

LUCREC. El médico solo cura
y el cura solo es quien casa.
Mas si la jurisdiccion
ajena usurpastes ya,
por vos el vulgo dirá
desde hoy, y tendrá razon:
«Cura que en la vecindad [1]
cura con desenvoltura,
¿para que le llaman cura
si es la misma enfermedad?»

PINZÓN. ¿Pues que tenemos para eso?
¿Que varetas me tirais?

LUCREC. Basta, que á Anfriso casáis
y á mí me curais el seso.

PINZÓN. ¡Que bien que estáis en el caso!
Si á Alejandra no engañara
de este modo, declarara
nuestro enredo.

LUCREC. ¡Paso, paso!

PINZÓN. Paso, o envido, ella sabe
el nombre de mi señor,
su patria, hacienda y valor,
si es villano, si hombre grave;
si es de veras vuestro mal
o de amor traza sutil.

LUCREC. ¿Vos, un médico civil,
contra mí tan criminal?
¡Villano!

PINZÓN. Esto va muy malo:
¿mas que soy tan venturoso,
que sin sentirme buboso
me manda tomar el palo?

ESCENA VII

Sale DON FELIPE. DICHOS

FELIPE. ¿Qué disparates son estos
de Alejandra y de Pinzon?
¿Que bodas o enredos son,
decid, estorbos molestos,
los que acaba de decirme?
Mas aquí Lucrecia está;
mi pastora...

LUCREC. Ceso ya
la Arcadia, ya no fingirme
ni loca, ni Belisarda.
Alejandra es vuestra esposa,
discreta, rica y hermosa
para casarse os aguarda.
Pinzón fue el casamentero,
goceis el dichoso estado
que, de tal mano, tal dado,
tal boda de tal tercero:
que yo, pues la Arcadia cesa,
que tan en mi daño fue,
con Carlos me casaré,
no pastora, mas Condesa. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON FELIPE y PINZÓN.

FELIPE. ¿Mi bien? ¿Condesa? ¿señora?
¿A Lucrecia, á Belisarda?
Traidor, ¿que desdicha es esta?
¿Que le dijiste á Alejandra?
¿Que embelecos has fingido?
¿Qué bodas son las que trazas
para matarme con ellas?
¿Por que me ofende y se agravia?

PINZÓN. Eso sí, echarme la culpa
cuando es justo darme gracias,
porque á Alejandra impedí
el echar por la ventana
el bodegon.

---

1 Es el principio de una letrilla de Góngora, con la variante de:
Cura que en la vecindad
vive con desenvoltura, etc.

FELIPE. ¿Estás [illegible]?
PINZÓN. Borracho al menos estaba
[illegible]
[illegible] tan [illegible] me pagas
[illegible]
[illegible] padre [illegible]
[illegible]
los engaños de esta Arcadia,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
que [illegible] desgraza,
¿[illegible] te parece a ti
que [illegible] asegurar a
[illegible]
de [illegible]
[illegible]
[illegible]
por [illegible]
para [illegible] dama
¿es [illegible]?
FELIPE. [illegible] que yo amaba
a [illegible]andra
PINZÓN. ¿Qué querías?
FELIPE. ¿Y [illegible] escucha [illegible]?
PINZÓN. [illegible] todo es [illegible].
FELIPE. Pues si [illegible] se casa,
¿qué he de hacer, traidor, yo agora?
PINZÓN. Mondar níspero[illegible].
FELIPE. Tú causas
mi muerte, tú me [illegible].
PINZÓN. [illegible]
que [illegible] de ser [illegible]
que [illegible]?
FELIPE. ¡Traid[illegible]! ¿Y [illegible]
que [illegible]
a perde[illegible] me [illegible] echar?
PINZÓN. Alto. ¿Yo he de ser la vaca
de la boda?
FELIPE. ¡Vive Dios,
villano! Pues que me matas
que has de morir tú primero.
([illegible] un cuchillo [illegible])
PINZÓN. M[illegible] aquí en [illegible] que para
un [illegible] de [illegible]
y [illegible] hasta
qu[illegible] libros,
[illegible], pulgas y [illegible]!
FELIPE. Una pierna [illegible] de cortarte,
escoge.
PINZÓN. [illegible] anda
con [illegible],
[illegible]
[illegible]
FELIPE. ¡Traid[illegible]
que he de hacer [illegible]!
PINZÓN. ¿Ya es barro
[illegible] Alejandra?
FELIPE. ¡Oh bul[illegible], borracho, loco!
([illegible] de las [illegible])
PINZÓN. ¡A[illegible] de Dios! ¿[illegible] sacan
de las [illegible]?
¿Hasta cuándo has de [illegible]arlas?

ESCENA IX

Salen CARLOS, ROGERIO y [illegible]

CARLOS. ¿[illegible]?
CONRAD. [illegible]
Pero, ¿[illegible]?
PINZÓN. [illegible] la capa
[illegible]
[illegible]
¡Maldiga Dios quien te [illegible]!
([illegible])
ROGERIO. ¿Qué es esto?
PINZÓN. [illegible] de casa.
es este, nuestr[illegible],
[illegible]
[illegible]
¡Jesús, Jesús!
CARLOS. ¿Pues qué pasa?
PINZÓN. [illegible]
de [illegible]
[illegible]
que [illegible]
[illegible]
[illegible]
con [illegible]
[illegible] ¿no manda
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
¿D[illegible]
contra la [illegible]
[illegible]?
Aún en [illegible]!
Buen[illegible]
[illegible] fuerza [illegible]
que del [illegible]
FELIPE. [illegible] disparata.
¿Y [illegible] en tierra?
[illegible]
[illegible]
yo vendré a desen[illegible] *([illegible])*

ESCENA X

D[illegible]

PINZÓN. [illegible] de vergüenza
el pasant[illegible]
ROGERIO. [illegible]
[illegible]
PINZÓN. [illegible]
[illegible]
¿[illegible] que haga?
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] basta *([illegible])*

ESCENA XI

Salen [illegible], [illegible], [illegible] y [illegible]

[illegible] [illegible] padre, se ha de hacer
Yo estoy ya desengañada

de que Valerio no me quiere
por casarse con Arcadia!
Mi esperanza de ser suya,
pues ya veys cuánta es, hasta
que alcance plenos efectos
con Sancho Bermudo,
mi amor, que puede, dispensa,
y para dar vuestra gusto
de sus agravios, apuesta
HORTEN. Pues, hija, que se haga
tu gusto.
CARLOS. Aunque sea ingrato,
dexte, amor, y despreciar
las gracias de aquesta dama,
pues es justo lo que ordena
mi deseo. Decid vos
que es verdad lo que os contaba,
y represente de veras
lo que de burla estuvieras.
LUCREC. Pues, pido, amplase el ruego
CONRAD. ¿Que es esto?
HORTEN. Las mudanzas
de Lucrecia, que son tales,
como veys, por su ingrata
Dexa que hoy le despose
hoy con Olimpo, y revela
el humor, y las burlas
y dadle el parabien
ROGERIO. Vaya
aunque á Carlos le pesada
HORTEN. Todos de burlas
ROGERIO. Las veras
aun que de burlas así
de veras que las celebren.
ALEJAND. Muchos años los gocen
despeñados y en semana,
para gloria de estos reynos.
LUCREC. Y vos, venturosa Arcadia,
logreis el amor de Valerio
CARLOS. Hagase un torrente de agua
esta tarde que va luego
en nuestro Bermudo barcos.
ANGELA. Así en la Arcadia se hizo
en las bodas mas pesadas
que cuentan para su cuenta
LUCREC. Son de vuestra semejanza
HORTEN. De sus mismos oficios.

ESCENA XII

Baja por la puerta en una nube y quédase abajo, y al mismo tiempo arrebata la otra a Carlos y vase arriba

FELIPE ¡Oh traidora Bermuda!
PINZON. Estos son los dos antiguos
que la nueva edad labra
a Olimpo, con deseos
mas hoy por mi destruirla,
porque en la ten trabajosas
a defenderse cristianas
y sabrá el rey nuestro dueño
Por arte de encantamento
volver Olimpo, no dudes,
que sabrá vencer la pena
ANGELA. Buena burla
CONRAD. Extremada
FELIPE. Esta ciudad es
una de las mas ricas.
Tiene cosas de España:
yo, de ver que he de esperar:
Vaya tiempo de hacer verdades!
LUCREC. ¿Es esto así de veras Valerio?
PINZON. Si vuestra merced lo manda
le dará el Cielo de palos
LUCREC. Respondedme, ya estoy cuerda.
CONRAD. ¿Creeis esto?
PINZON. Esto se burla
entre cuerdos, para
y entre amigos aquesta dama.
ROGERIO ¿Hay cuerdos de veras?
PINZON. Y locos
CONRAD. No, no trasquile yo el viejo.

ESCENA XIII

Salen CARLOS

CARLOS Pastores, en buena nueva
tenga el cielo hoy para el
que tiene en nuestro suelo á Italia
de Jerusalen, el roso.
Pensamientos, sus armas
y vuestro de Lucrecia
Medio amor se esta acaba
que le vuelva á ser padrino,
no de Valerio y Bermuda,
de Lucrecia con Felipe
Cedan su camarada
y luego Mis deseos cesan
y todos os desengañen
que ya cedeis la ingrato
sabrá Arcadia, y nuestra Arcadia
por esos españoles dueño.
ALEJAND ¿Hay tal burla?
CARLOS Aunque pesada,
yo sabré contentar a ella
y Arcadia con la paga
ALEJAND. Mucha Grande cortesano
CONRAD. Alma ingrata, si os habla
en el oeste dan, dadme
la mano.
ANGELA Y con esta el alma
PINZON. ¿Y que hará de tanto dolor
Valerio, que ya rompiera
de un pago de esos cuernos?
LUCREC. Y esa esta á tus quejas
FELIPE. Salga toda de golpe
á los jardines, y hagan
fiestas a mis desposorios,
los que ya celebrarán,
cuando sepan que regalo
Y corra la voz de España,
y sepan que en nuestro reino
den á nuestra Angela Arcadia

COMEDIA FAMOSA

LA MUJER QUE MANDA EN CASA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA [1]

JEZABEL.	ELÍAS.
RAQUEL.	DORRAN, *pastor*.
CEISELIA.	ZABULON, *id.*
JEHU.	CORIOLIN, *id.*
ACAB.	LISARINA, *pastora*.
NABOT.	UN ÁNGEL.
ABDIAS.	DOS SOLDADOS.
PAJE.	DOS CIUDADANOS.
JOSEPHO.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Música de todos géneros, y por una parte suben al tablado (habiendo venido a caballo al son de un clarín) en hábito de caza, JEZABEL, RAQUEL, CEISELIA y cazadores con perros, ballestas y venablos. Por la otra parte, al mismo tiempo suben también (al son de cajas y trompetas) soldados marchando y entre ellos NABOT, ABDIAS y JEHU detrás de todos a lo hebreo, con corona y bastón el rey ACAB tocan chirimías, y en estando todos arriba llega ACAB a JEZABEL y dice

ACAB. Por más que inmortalice
eterna en sus murallas
Babilonia, a Semiramis, su reina,
y su fama felice,
diosa de las batallas
lauros ciña, cuando Ofires peina;
pues sin cuidar prendellos,
causando al Asia espantos
y ocasionando simulacros tantos
opuesta al sol enarbolo cabellos,
su fama en vos admiro,
luz de Sidon, Semiramis de Tiro.
Guerra es tambien la caza,
estratagemas tiene,
inventa ardides y emboscadas pone,
vos de la misma traza,
(cuando en triunfo solemne
mis sienes manda Marte que corone
del árbol fugitivo,
al Dios planeta esquivo)
porque Moab postrado,
sujeto a vuestro Acab, parias le ha
divina cazadora [dado,
triunfos de fieras, blasoneis Aurora
Envidia tengo al ave
que ejecutando vuela,
(rayo veloz de pluma) altanerías;
si lo que goza sabe
no ha menester pigüelas
que en las alas repriman osadías.
en cárcel generosa,
alcándara es hermosa,
de cristal transparente
vuestra mano, si en ella favor siente,
que mi fortuna pueda hacer dichosa,
la garza que hay mas bella
renunciara, por no apartarse de ella.
Provincia es tributaria,
Moab (por mi abatida),
de Israel, porque en dichas trueque
su Rey pecha a Samaria, que as,
en cambio de su vida,

1 Figuran además CAZADORES, una MUJER que canta, un PROFETA y PUEBLO.

cada año para vos en mil ovejas,
veinte cinco de plata
diros en ellas trata,
que se bravonen, dignos
como el de Colcos, ser de el cielo sig-
nos,
y el matrice convierta en escarlata,
porque Jezabel pueda
anteponer la púrpura a la seda.
Cargados mil camellos
de marfil y oro puro,
esponjos son que os sirvan de tesoro,
con que alcazares bellos
os labre, que preciaro
palacios de mastil a deidad de oro.
Volveremos vuestros ojos,
y menazlando despojos
de la caza y la guerra,
yo valles conquistando, vos la sierra,
venceremos los dos, Jorea enojos
enemigos agravios,
mientras este creciente
(Vase.)

JEZABEL. Vuelva mano (Dios) me pidas,
mi voluntad diamantes
conquista de otras naciones
a tus banderas rendidas,
mientras en tu templo olvidas
tu desacato y mis penas:
que en valde tantas cadenas,
cuando haces de cautivos copia,
retirado de tu nación propia
y bebedor de las arenas.
Mando que el celo interesa
(por tu causa) de Israel,
y menospreciada en el
tu reverencia y mi alteza,
no consientas que en tal empresa
tengan tus aras acogida,
y vuelve el pueblo ingrato,
y rebelde tu nación,
desprecie mi sacrificio,
si es bien que tu, se permita.
Haya sido tan sabia,
por tu esposa mi elección,
presumo contigo yo
dar de mi amor testimonio;
celosa del matrimonio
estrazaré, tu vez ardientes,
dos corazones, no contentes
mostrar de tu amor extremos,
porque mal nos mintientes
Dioses en ley de celestes
Baal es mis dioses, Baal
sabrás que mis deseos;
dioses dijos Asirios
tienen; de mi voluntad,
sobervia, mi deidad es igual
en que, en desprecio de Apolo,
dixe que de piedra pulo,
autor de la noche y día,
porque a su cetro pida,
y dios se entitula, sea
la verdadero el pueblo,
que a mi tantos he muerto,
vea que por tus decretos
Pese numero infinito
de hebreos y sin delito,
cuarenta años desterrados
por sus culpas pecados
(el mundal siempre con ellos,
cual hilo para sus cuellos)
fueron siempre castigados.
Por adorar un becerro,
dio muerte a una multitud.
¿Será de Dios tal crueldad,
tal castigo por tal yerro?
¿Para que tanto destierro,
si darles luego podia
la tierra que prometia?
¿Para que de Egipto huyendo,
si no fue porque temiendo
sus iras, los perseguia?
Profeta fue Moisen,
oyó sus tantos daños:
cuatro bravos cuarenta años
entre pacatos se ven.
Labró en Jerusalen,
templo, después Salomón,
mas como su religion
jazga por cosa de risa,
los dioses de la empresa
invadaron su adoración.
Las tres partes de la tierra
veneran (sino unos pocos
hebreos, ciegos y locos)
los dioses que el cielo encierra.
¿Diremos que el mundo yerra,
y solos ellos acertaron?
Sabios que a todos lustraron:
hombres que no supieron
las ciencias, ¿todos mintieron?
¿Todos, en fin, se engañaron?
¿Qué cegueda, Rey, es esta?
No diré bien, que tu eres Rey
que en, defensa de su ley,
no basa esfuerzo y no molesta
Ten por cosa mia propia
que entretanto que a Baal,
con aparato general,
no reverencie Israel,
no mas de amar en Jezabel
agrado a tu amor injuria. (Vase.)

ACAB. Antes que el sol de tu cara
(hechizo de alma mia)
esplendor a luz al dia
que mis tinieblas repara,
llore el mundo en noche avara
obscuridades eternas,
espuja lagrimas tiernas
que el alba envidia al adornarlas,
que es tan suma mi congoja
cuando mis dudas se abierran,
Adán de Jerusalen
su Dios es, su templo de oro,
que viva Jezabel adoro
y a Baal tan bien.
Cuantos en mi reino estén
reverencien a Baal
por deidad universal,
pues Jezabel se le humilla;
que en no le hacer la rodilla,
tenga pena capital.
De pórfido y jaspe hermoso

[illegible]
de alabastro y de marfil,
de [illegible] preciosos,
y [illegible]
consagre [illegible],
que [illegible] sean [illegible] tos
[illegible].
[illegible]
[illegible] altares [illegible]
[illegible] á sus [illegible]
parte en sus montes Samaria;
que [illegible] de [illegible],
[illegible].
[illegible]
de [illegible]
la [illegible] de [illegible]
[illegible] pasa su esfera:
quien [illegible] muera,
á mi hermosa Jezabel. *(Vase.)*

ESCENA II

Dichos, menos Acab.

JEZABEL. [illegible] acepta
[illegible], que el Rey me concede;
[illegible] de [illegible] que te
con [illegible]
Quien [illegible],
venga á [illegible] venganza,
el que [illegible]
de [illegible].
[illegible]
[illegible]
Aras á Baal levanten,
[illegible] Samaria [illegible],
[illegible]
[illegible] espanten,
en selvas y [illegible]
[illegible]
de los dioses de Sidon,
y con festivos empleos
[illegible]
[illegible]
De mi [illegible] de [illegible]
sus [illegible] altares,
[illegible] altares,
que [illegible] poder
[illegible] mujer)
[illegible] días,
[illegible]
de [illegible]
[illegible] profetas
[illegible]
[illegible]
que [illegible] de Abraham,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

TODOS. ¡Viva!

JEZABEL. ¿Quién [illegible]?

TODOS. ¡Viva Jezabel!

(Vanse con el aparato que entraron.)

ESCENA III

Quedanse RAQUEL y NABOT.

NABOT.

¿Podrá darte los brazos
quien, tras [illegible] que [illegible] plazos
el premio de esta [illegible],
[illegible] en la vista que el pesar destierra
(hermosa Raquel mía),
que el alma [illegible] padecía?

RAQUEL.

Podrás (esposo caro)
con ellos á mis ansias dar reparo,
que en su [illegible] espera
[illegible] el alma de [illegible] dulce esfera.
¿Cómo en Moab te ha ido?
¡Qué asustada en sus riesgos me has tenido!
Despierta te lloraba,
dormida, [illegible] te soñaba
lastimosos despojos
de la Parca [illegible] enojos;
[illegible]
[illegible] tras [illegible] prolijo!

NABOT.

Peligrosa, tu [illegible]
[illegible] la victoria
[illegible]
Acab blasfemo, que la gloria quita
a Dios [illegible] santo,
ingrato a tanta dicha, á triunfo tanto.

RAQUEL.

Tiene el [illegible]
rendido [illegible] torpe fuego
de [illegible]
que [illegible] le cautiva.

NABOT.

Si ella el gobierno goza
de las tribus hebreas y destroza
[illegible]
a Pasite

RAQUEL.

Será Sardanapalo
Rey, que no se [illegible],
y [illegible] gobierno de [illegible]
[illegible]
de la [illegible].

NABOT.

Dios nos castiga.

RAQUEL.

¿Qué será (Nabot mío)
la causa que con tanto desvarío
Jezabel [illegible]
persigue á [illegible] Dios, aras levante
al ídolo Sidonio
y [illegible] del demonio?
[illegible]
que [illegible] verdadero Dios adora
[illegible],
[illegible] y hermosura
[illegible]
con que se venga de sus enemigos.

desde el sepulcro agravio,
(¡oh mar Bermejo de tu precipicio)
de tantos muertos cadáveres,
abrió abismo a Israel, arado de reyes,
por las doce cabezas
más frescas que esmaltan por mayeras,
hasta Roboan, que necio
por hacer de sus pueblos menosprecio,
perdió en dos reyes diez,
los diez y nueve son; esto, pues, conoce,
¿cómo se precipita
y la debida adoración no aplaca?

NABOT.

No es solamente tema
la que el oráculo a Jezabel blasfema,
sino aversión odiosa
en Dios de Baal, a Jezabel escandalosa.
Permite esposa mía
de aquel idolatra a la idolatría,
que después que la prueba
toda, a su Dios perseverar le lleve,
y en el ofrendar sus holocaustos
le agrada en sus sacrificios y los sacrificios,
en el buscar que anhela,
de quien en hallarlos es trasunto;
cuando de pía celo santo
atento, a los trabajos da reposo,
cuando la hortelana
se ofrece en el apetito y la diligencia
de todos, de tal modo
que prorrogue el verano sexto todo
Año en que primero
que el cielo, a todo el orbe a jornalero,
como si fuera bruto,
paga a dos estaciones un fruto.
Vuelta vez la diosa,
de nos fe sea, y sepa su fama,
con el precepto ponte
(nueva de pida y ya de sobre),
por de Ventosa,
falte moneda alguna, de mi mano riega
Consentido de marido
más sabio, más cuerdo y prestado,
si que en tales casos
que ya se adelantan en su palabra ceros,
[illegible]
es a cielo abierto en dos
[illegible] Jezabel vence,
[illegible] y sonroja la vergüenza
en ásperos reglas
a cuantos se precian de ser machos,
demás de prevenir
de religión, su trato deshonesto
de esta suerte la prueba
que a Nabot de Rama cuando en ese se enciende;
porque en tal [illegible]
a cualquiera valor tenga derecho

RAQUEL.

¿A que Cree, a que Reina
no cuerdo hacer en [illegible] a tu fama?
¿Al Nabot [illegible]
por [illegible] pozarse por [illegible] verdad
de sangre, que [illegible]
pudo [illegible] de [illegible] rojeza
[illegible] rojeza
oste apartado tan barata torpeza

ESCENA IV

Sale ARDIAS. Dichos.

ARDIAS.

Nabot, la Reina os llama

NABOT.

¿La Reina a mí?

ARDIAS.

Merece vuestra fama
hacer de vos empleo,
y para buenos, que os aguarda creo.
A [illegible] de [illegible]
de esa fuente os espera [illegible]dad de prisa. (*Vase.*)

ESCENA V

Dichos, menos ARDIAS

RAQUEL.

¿Que es esto esposo mío?
¿La Reina a vos llamado tan presto
de su apetito ciego,
cuando se hace [illegible]tado el torpe fuego
con que os [illegible] alcanza?
¿Vos a su orden llamado, de su casa?

NABOT.

¿Pues que temor (esposa)
en tu agravio le tiene sospechosa?
¿Quién lo que [illegible] ascienda?
Soy ciudadano de [illegible] de estima,
esta [illegible] en ella,
quiere que [illegible] consultar con ella
[illegible] grave
que con el pecho en su servicio acabe.

RAQUEL.

Di que querrá quererte.

NABOT.

No entiendas mi constancia de esa suerte.

RAQUEL.

Quiera que tu el primero
a Dios [illegible], a ella mujer),
a Baal sacrifiques
porque después [illegible] con tu [illegible]
[illegible] consejo que [illegible]
de su fuego incendio de sus damas.

NABOT.

Anda que estás loca necia,
pues tu temor [illegible] desprecia,
[illegible] que a Dios [illegible] ofende,
[illegible] en la esfera,
y que por [illegible]
[illegible], dos lo sabe y olvida.
Vecinos de Palacio
[illegible] en [illegible] espacio,
de esta [illegible]
[illegible] de [illegible] de [illegible]
[illegible] pues su [illegible]
[illegible] en [illegible] a nuestra cerca,
que se [illegible] que [illegible]
sigan del recelo en que te han puesto,

tus livianos temores,
convertas las sospechas en amores.

RAQUEL

¡Ay! no quieran los cielos
que pronostiquen llantos mis recelos. (*Vanse.*)

ESCENA VI

Salen JEZABEL *y* CRISELIA

JEZABEL. En dando en contradecirme
sea fuerza aborrecerte
CRISELIA. Acobardarte es quererte
JEZABEL. Reprehenderme es desvanecerme.
¿De cuándo acá escrupulosa
vas de amor contra la ley?
CRISELIA. Eres esposa del Rey
JEZABEL. Tengo amores y soy su esposa.
Los preceptos he seguido
de Venus y de Baal
CRISELIA. Solo el amor convenga
te puede ser permitido
JEZABEL. Esposa fue de Vulcano
Venus, y aunque Diosa fué,
de Marte amante se ve
rendida a su amor liviano.
CRISELIA. Si esos ejemplos imitas,
¿por qué no temes en ellos
la red que pudo cogellos
a los dos? ¿Por qué acreditas
deleites de su amor solo
que la afrenta ocasionaron
en que los dioses la hallaron
descubriendo los Apolo?
JEZABEL. ¿Que castigo dio Vulcano
á Venus, por ese error?
La afrenta fue de su honor,
pues hizo público y llano
lo que Venus, prevenida,
ocultamente lograr.
CRISELIA. Venus se pudo vengar,
pero no perder la vida,
que es diosa. Mas tú, señora,
siendo mortal, ¿de qué suerte
podrás escusar tu muerte,
si sabe el Rey (que te adora)
que con un vasallo suyo
su tálamo honesto ofendes?
JEZABEL. Arguyes lo que no entiendes.
CRISELIA. Tu honor defiendo, si arguyo.
JEZABEL. ¿Por qué piensas tú que le muerto,
tanto Profeta amador,
que contrarios de mi amor
engaños han descubierto,
sino porque no limiten
deleites, con que se alberga
la especie humana contenta
en que con gustos la mueven?
¿Por qué imaginas que quiero
que a Baal no reverenciemos,
y con sacrificios nuevos
regalos que en él ofrezco,
si porque en sus sacrificios,
en que por las espesuras
dedicadas a su culto
tal cual tando ocasiones,
da a los gustos permisiones,
gozando en silencio oculto
el amoroso aplauso
cuanto el deleite desea,
sin que mientras dura, sea,
cualquier liviandad, defecto?
¿Hay gusto igual a que siente
el amor que alcanza y ella,
prendas que en los bosques halla,
sin que siendo pretendiente
pase por asperezas
de malezas y de quejas,
de mal heridas y rejas
y examinando pasiones,
y dando entre desvelos
solicitando un favor?
Aquí sin mentir amor
gustos festeja y no da celos:
aquí se compra barato,
pues las fiestas de Baal
con ocasión liberal
a todo gusto hacen plato
Si es lícito, pues, todo esto,
¿por qué no podré yo ser
de quien gustare, mujer,
cuando se sepa? ¿que puesto?
¿Por qué no podré yo amar
a Nabot, gallardo hechizo
que mis ojos satisfizo)
sin que se pueda quejar
el Rey?
CRISELIA. Tu resolución
me asombra.
(*Aparte.* ¿Has tal frenesí?
JEZABEL. Con mi gusto cumplo así,
y aumento mi regalor
CRISELIA. Ya está en el jardín tu amante.
JEZABEL Pues retírate tú de
Flores brota este vergel
y dando entrar su sabor delante.
Finge que estoy dormida,
porque de mi sueño advierta,
lo que no osar despierta
decirle.
CRISELIA (*Aparte.* ¡Mujer perdida!
JEZABEL. Que aquí se acerque, es cosa,
pero que no me despierte
mientras que estoy así que verte
esta fuente, toda rosa
contemplo, esa vena acerca
y vete. (*Acuéstase en una silla.*)
CRISELIA. (*Aparte.* Si así está
JEZABEL. Que oírme de allí podría
pues la fuente está tan cerca.
(*Finge que duerme.*)

ESCENA VII

Sale NABOT *y dicha*

NABOT. ¿Que puede su majestad
querer de (Criselia) a mí?
CRISELIA. Según lo que presumo
cosas son de calidad

Llegad; pero... ¿detenéos
que esperándoos se duerme.
NABOT. Vuélvome, pues.
CRISELIA. Eso no.
Aquí, Nabot, hay recreos
en que, mientras que despierta,
entreteneros podáis.
Si oír murmurar gustáis,
los pájaros de esa huerta,
las hojas de aquellas plantas
y las aguas de estas fuentes,
murmuran (mas no de ausentes).
Escuchadlas pues son tantas
y el tiempo es más oportuno
para que contento os den,
que, aunque murmurando estén,
no dicen mal de ninguno.
Sentáos aquí.
NABOT. Pues ¿os vais?
CRISELIA. Tengo que hacer.
NABOT. ¿Si se enoja
la Reina?
CRISELIA. No os dé congoja,
que solo, á su gusto estás. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* CRISELIA. *Después* RAQUEL

NABOT. ¡Válgame Dios! ¿A qué fin
me llamará esta mujer?
(*Sale á una reja* Raquel.)
RAQUEL. Desde aquí los puedo ver
á estas rejas del jardín,
Acechad sospechas mías
y averiguarés deseos
de mi pena, pues los celos
inventaron celosías.
NABOT. Recostada la cabeza
en la mano, Jezabel,
la azucena y el clavel
compiten con su belleza.
(*Como que duerme ella.*)
¡Que peregrina beldad!
¡Si menos crueldad tuvieras!
Mas siempre son compañeras
la belleza y la crueldad.
¡Qué igual consorte tenía
Acab, si no desdijera
la perfección de su cara
con manchas de idolatría!
En uno y otro es asombro.
Quitarme quiero el sombrero,
(*Quítasele.*)
que descortés y grosero,
cuando la miro y la nombro
su persona desacato.
La cama Real, los vestidos
reverencian bien nacidos,
el sello Real, el retrato,
en su original su copia
goza la Reina esta pida,
pues mientras está dormida
es imagen de sí propia.
¿Quién pudiera reprendella
con eficacia tan clara
que sus costumbres mudara
y al paso que duerme, luego viva
el cielo, la hiciera santa?
Durmiendo está; los sentidos
(tal vez (aunque están dormidos),
suelen tener virtud tanta
que escuchan á quien se llega
á hablarlos. ¿Podré atreverme
á decirla, mientras duerme,
lo que despierta me niega
el temor de su crueldad?
¿Por qué no? Casi no vive
quien duerme, si me apercibe
podrá ser que mi lealtad
temple el rigor de sus manos,
y que mude pareceres,
que, idolatrías y mujeres
dan crédito á sueños vanos.
Sospechará que ha soñado
lo que decirla pretendo:
á la industria me encomiendo:
Dios ayude mi cuidado.
Llego, y las tres reverencias
que como á Reina y señora,
se deben, la hago ahora.
(*Hace tres reverencias y llégasele al oído de rodillas.*)
RAQUEL. ¿Qué es lo que veis, impaciencias?
¿Sentada la Reina está,
y mi esposo descubierto?
¿Que la llega á hablar advierto?
¡Ay, cielos! ¿Qué la dirá?
¡Oh! Quien tuviera en los ojos
los oídos. Desde aquí
oirlos, no; verlos sí,
pueden mis ansias y enojos.
NABOT. Llámame (señora) avisado
que me llama Vuestra Alteza.
RAQUEL. ¿Tan cerca de su belleza
vasallo que no es privado?
¿Los labios junto á su oído?
¿Y asegurare yo agravios
de sus oídos y labios?
¡Loca estoy, pierdo el sentido!
JEZABEL. A Nabot mande llamar.
(*Todo esto como dormida.*)
NABOT. Señora, humilde, aguardo.
JEZABEL. ¿Sois vos, Nabot, el gallardo?
NABOT. Soy quien os llega á besar
la mano, por el blasón
que me dais, y no merezco.
JEZABEL. Besadla, pues.
NABOT. Encarezco
tanta merced; mas no son
dignos mis labios de empresa
tan alta
JEZABEL. Por uso y ley
común, á la Reina y Rey
la mano el vasallo la besa.
NABOT. Es así; mas no en secreto,
que es Vuestra Alteza mujer
y está sola.
JEZABEL. Al Real poder
se le guarda este respeto,
solo, como acompañado.
Su Reino en mí renunció
Acab.
NABOT. No lo niego yo.

JEZABEL. Palestina me ha besado
la mano, como á Señora.
NABOT. ¡Oirá todo el Oriente!
JEZABEL. Vos no, (Nabot) solamente.
NABOT. Temí.
JEZABEL. Pues besadla ahora
NABOT. Reverenciaros procura
mi fe, mas considerad
lenguas
JEZABEL. Una Majestad
por sí misma está segura;
tendré á poca reverencia
la cortesía que mostráis.
¿Que es esto? ¿Vos me negáis
solo (Nabot) la obediencia?
NABOT. No lo permitan los cielos
si en esto mi lealtad toca:
honre este marfil mi boca.
(Besa una mano.)
RAQUEL. Besóla la mano. ¡Celos
transformados en desengaños!
¿Como de aquí no me arrojo?
¿Como consiente mi enojo
desatadles entre engaños?
Daré voces, daré al Rey
lo que ofenden los dos,
á la gente, al cielo, á Dios,
y á su profanada ley.
JEZABEL. Ahora sí, que esa lealtad
desmiente recelos míos.
Alzad del suelo, cubríos,
pedid mercedes, llegad.
NABOT. Yo, gran señora, estoy bien.
JEZABEL. Haced lo que os mando yo.
(Levántase y cubrese.)
NABOT. Ya, señora, me cubrí
vuestro favor.
JEZABEL. Que érades bien.
RAQUEL. Cubrióse delante de ella,
del suelo se ha levantado;
mi agravio ha certificado:
con su lealtad atropella.
NABOT. (Aparte.) Si no es que hija despierta
sueños, aquesta mujer
¿como puede responder
y hablando no desconcierta?
¿Que es esto cielos?
JEZABEL. Pedid
mercedes que recibaís.
NABOT. Si vos (señora) aumentáis
mi cortedad; advertid
lo primero que os suplico.
JEZABEL. Decid, no tengáis temor.
NABOT. Tiembla de vuestro rigor
este imperio, noble y rico,
siente ó ver que en tal belleza
pueda caber tal crueldad
en los Reyes la piedad
acrecienta la grandeza.
Habeis mandado dar muerte
á los Profetas sagrados,
que nuestros antepasados
reverenciaban, de suerte
que oráculos de Israel
su dicha estribo en ellos.
Si vos dais en perseguirlos,
y el Reino, por Jezabel,
pierde favores del cielo,
¿qué mucho que os quieran mal?
JEZABEL. Sirva Israel á Baal,
que es más piadoso este celo:
servidle vos y tendreis
acción que al Rey os iguale:
lo que su corona vale
y más que ella, gozareis.
Frecuentad su culto vos,
que en su bosque y espesura
os aguarda una ventura
que no os dará vuestro Dios.
Decidad que gusta y dispensa
imposibles de otro modo
que á todos iguala en todo,
quien menospreciarla piensa
no es cuerdo. Yo os amo mucho:
amadme otro tanto vos,
que os importa más que el Dios
que adoráis.
NABOT. (Aparte.) ¿Que es lo que escucho?
Antes que la ley olvide (A ella.)
que en Sinaí nos dió Moisen,
que á idolatras quiera bien,
que cumpla lo que me pide
quien el tálamo sagrado
de su esposo trata mal;
que me llame desleal,
Raquel, á quien he adorado;
por un falso testimonio
la patria me juzgue aleve,
me saque al campo la pleve,
me usurpe mi patrimonio,
y apedreado de todos
en vez de alabastro puro,
montones me den sepulcro
de piedras, por varios modos.
Mi ley, mi Rey natural
reverenciar esto profeso.
JEZABEL. Pues cumplíase todo eso
no siendo á mi amor leal.
NABOT. Gran señora. Vuestra Alteza
algo, sin duda, ha soñado
que la altera.
JEZABEL. Hame alterado
vuestra mucha rustiqueza.
Industria para deciros
lo que os quiero, me fingio
dormida. Juzgaba yo
que entre sueños, mis suspiros
hicieran en vos señales
de estima, que agradecer,
pues no estuvo en su poder
por dormir, suspiros Reales.
Mas vos, cuyo corazon
desprecia tales empeños
direis, porque os amo en sueños
que los sueños, sueños son.
NABOT. A resolucion (señora)
tan extraña.....
(Quítase, levántase la Reina como que despierta y detiénese.)
JEZABEL. Detenéos,
y estimad más los empleos.
RAQUEL. La Reina á su Rey traidora,
como á nuestro Dios, pretende
obligar á su regalo

á mi esposo, menos malo
es, pues de ella se defiende.
(*Entrase Raquel.*)

NABOT. Vuestra Majestad repare...
JEZABEL. No hay reparos en amor.
NABOT. Que soy leal
JEZABEL. Sois traidor
á mis llamas.
NABOT. Quien juzgare
sin pasión, lo que al Rey debo...
JEZABEL. Amor es Dios, si él es Rey.
NABOT. A mi Dios y ley.
JEZABEL. No hay ley
ni hay Dios, sino el que os doy nue-
Baal que me amés permite; [vo.
por eso os mando adorarle.
NABOT. ¿Y vuestro esposo?
JEZABEL. Matarle.
NABOT. ¡Gran señora!
JEZABEL. Cuando imite
á Semiramis, que á Nino
(en tres dias que la dió
el Reino que le pidió)
á ser su homicida vino,
en su ejemplo hallaré escusa.
No soy yo de mi hijo amante,
como ella, causa bastante
doy á la llama difusa
que me abrasa. ¡Baal vive,
que ejemplo de desdichados,
si despreciais mis cuidados,
habéis de ser!
NABOT. Pues derribe
mi cabeza, la crueldad,
que torpe, me asombra en vos.
Reina, que ¡vive mi Dios!
que contra la Majestad
del Rey, que obedezco fiel,
de la esposa á quien adoro,
ni el interes de un tesoro,
ni el castigo mas cruel
ha de hacer mella en mi honor
porque á vuestra culpa iguale. (*Vase.*)
JEZABEL. Sabes, bárbaro...

ESCENA IX

DICHA. *Sale primero* CRISELIA *y luego el* REY, JEHU, ABDÍAS, JOSEPHO *y otros.*

CRISELIA.
El Rey sale.

JEZABEL.
Yo me vengaré, traidor.

ACAB.
No como Rey, hermosa prenda mia,
como ministro vuestro solamente,
de Israel desterré la hipocresía
que ciega amotinaba nuestra gente.
Trescientos y mas son, los que este dia
en Samaria (llamándome inclemente)
porque los pueblos predicando engañan,
las aras de Baal en sangre bañan.
Si alguno queda vivo (que lo dudo)
él mismo temeroso se destierra
y el falso Elías (que ofenderos pudo)
desembaraza, huyendo, nuestra tierra.
Bosques consagro, en sus altares mudo
la adoracion que sola Juda encierra.
Célebre templo al dios Baal dedico
en fábrica admirable, en rentas ricos.
Mandado he convocar el reino nuestro
para que junto en él, quien la rodilla
no postrare á Baal (por gusto vuestro)
sujete la cerviz á la cuchilla.
De esta manera lo que os amo muestro:
Baal es Dios, vos sois la maravilla
de la verdad mayor que Apolo alienta;
pierdase el Reino y tengaos yo contenta.

JEZABEL.
¡Los brazos (no la lengua) han de premiaros
que de ello (caro esposo) he de quereros!
¡Huya Elías que vino á amenazaros;
perezcan sus secuaces agoreros!
Ya no podrán (mi Acab) pronosticaros
trágicos fines de peligros fieros.
Gracias al cielo, que nos deja Elías
limpio á Israel de sus hipocresías.

ESCENA X

ELÍAS *muy venerable á lo penitente.*—DICHOS.

ELÍAS. No blasones impiedades
lascivo y bárbaro Rey,
hijo del esclavo Amri,
consorte de Jezabel.
No blasones impiedades
contra el cielo, á quien infiel
provocas contra tu vida,
yo su Profeta, El tu juez.
Afemina tu diadema
(no en la cabeza) en los pies,
pues indigno de ser hombre
te gobierna una mujer.
Sigue dolatras engaños
del primero que á Israel
aparto del culto pio
que Dios intimó en Oreb.
Simulacros del demonio
erige; porque después
que Samaria te obedezca
la transformes en Babel,
que pues blasfemas del Templo
que adora Jerusalen,
receptáculo del Arca
del Dios de Melquisedec.
Nombre y fama adquirirás
del príncipe más cruel
que tendrán las tribus doce
de Saul á Manases.
Ni el torpe Jeroboan
(que ingrato al cielo y su Rey,
hizo que el pueblo adorase
los becerros de Betel)
en los insultos te iguala,
ni los cinco que tras él
infamaron la corona
que ciñe las tribus diez.
Bebe la sangre inocente
de tanto Profeta Abel,

que en el seno de Abraham
clamando mis ovejas ven.
Sigue las supersticiones
por no irritar su desden
de esa arpía de Sidon,
de esa Parca de Israel,
que, pues por ella te ruges,
yo, matador de Fineés,
de parte de Dios te anuncio
(pues sólo hablo de mis de él)
que si mientas, á ruegos mios,
no me abrirá su poder
los tesoros de esas nubes
que el cielo por vuelve á verdel,
con llave de acero y bronce
cerrados, ni han de llover
sobre tu mísero Reino,
por que perezcas tú y él.
Rayos de abrasador calor
vesca tienen de volver
las más fértiles riberas
que en vuestros valles teneis;
ni el ganado ha de hallar pastos
ni los hombres que comer,
porque vuestras rebeldías
se castiguen de una vez.
Esto os anuncio de parte
de Dios que adoro Israel,
ó á traged as te apercibe
ó vuelve á abrazar su ley.

ACAB. ¡Oh, ingrato anunciador
de agüeros, por más que estés
en ese Dios confiado,
que en mi vida adoraré,
no te librarás ahora
de la muerte mas de vez
que desacatamiento al delito
y al engaño fué temer!
(Saca el Rey la daga, va á herir á Elías, y vuelve.)
Aguarda; profeta falso.

ELÍAS Bastóme, bárbaro infiel,
Así sabe Dios guardar
á los que esperan en El.

ESCENA XI

Dichos, menos Elías

JEZABEL. ¡Seguidle, vasallos mios!
si vengarme pretendes.

ACAB. Prendedle por esos montes
y al volver le matarés.

JEZABEL. ¡Oh, hechicero encantador!
No te vengue Jezabel
mientras no beba tu sangre,
mientras no bañes mis pies.
Bien te pudiera con mis manos,
¡Hebreos! vengar el tiro;
Así deja la venganza,
con todas las veras
ACAB Mientras sale de mi presencia
he de despedazar través,
por cuanto circunda el mar
no se encontrará quien vea.

JEZABEL. Yo deshare tus hechizos.

ACAB. Quien su cabeza me dé
será en mi reino el segundo

JEZABEL. Quien le ampare, guardese. (Vanse.)

ESCENA XII

Dichos, menos ACAB y JEZABEL

JOSEPHO ¿Que sentís de estas crueldades?

ABDIAS. Que es fuerza el obedecer.

JEHU. Yo parto en su busca al punto,
que temo y respeto al Rey.

JOSEPHO. ¿Que importan sus amenazas
si vuelve el cielo por él?

JEHU. Esto y mucho mas peligra
reino en que manda mujer. (Vanse.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sobre unas peñas muy altas salen DORBAN y ZABULÓN, *pastores, y abajo* CORIOLÍN, *pastor.*

ZABULÓN. ¡Ah del monte de Carmelo,
serranos! ¡Abajo, abajo!

CORIOLÍN. Tomadlo han á destajo.
(*Los dos*) ¡Al valle!

CORIOLÍN. Al valle mi aguelo.
El hambre mos trae de tal e
que el andar á pie es trabajo,
y el los dale ¡abajo, abajo!
¡serranos, al valle, al valle!

DORBÁN. ¡Ah del monte, ah de la sierra!
¡al valle, al valle, á la junta!
(*Dan dos vuelta*)

CORIOLÍN. Dado le han ya que le canta
(si sabes) toda la tierra?

ZABULÓN. A ver si remedio hallamos
al hambre que padecemos.

DORBAN. Tres años ha, que no vemos
nube en el cielo.

LISARINA. Acá estamos
todos.

CORIOLÍN. Lisarina, ¿vos
á qué venis?

LISARINA. Las mujeres
tambien damos pareceres.

ZABULON. ¿Y serán buenos?

CORIOLÍN. ¡Par Dios!
si los vuestros son del talle
que los que Jezabel da,
el demonio os traiga acá
Ya habemos bajado al valle.
¿Qué tenemos?

DORBAN. Coriolín,
la falta de bastimentos
á perecer va á muchos,
amenaza triste fin.
Sembrados y busca hemos medido
como no marcha la gente. Sentándose.

CORIOLÍN. Dadme vos en que sustente
el estomago, que todo

se me desmaya de cuajo,
o, pues son impertinentes,
alquiladme boca y dientes
con la obscena de abajo,
que en mí no tienen que hacer.

LISARINA. Ya estamos todos sentados.

DORBÁN. Pastores, ya no hay ganados
que esquilar ni que comer;
a nadie el hambre reserva,
los cielos están con llave,
ni por el viento vuela ave,
ni alegra á los campos hierba.
No hay arroyo que no trueque
en polvo, el agua que borra,
ni que á manchas no corra,
fuente que ya no se seque.
Todos la vida nos tasan
por quitarnos el sosiego,
que son los pecados fuego
y hasta las fuentes abrasan.
No se enmiendan nuestros reyes
y así crecen nuestras quejas;
comámonos las ovejas,
no perdonamos los bueyes.
Si yo á persuadiros basto,
lo que vos vengo á decir
y se nos han de morir
las bestias, por no haber pasto,
mejor es que las matemos
y á costa suya vivamos,
pues como las dividamos
el pueblo socorreremos.
¿Que os parece?

ZABULÓN. Habeis hablado
como Salomon, pardiobre,
no perezca el pueblo pobre
y más que no haya ganado.

DORBÁN. Yo tengo una yegua flaca.

ZABULÓN. Yo una mula.

LISARINA. Yo un jumento.

CORIOLÍN. Yo un rucio, pero no intento
(aunque el hambre no se apraca)
que por ingrato me arguya
y tan mal pago le den,
que es un borrico de bien;
mi ánima con la suya,
cuando de este mundo vaya

LISARINA. Por votos heis de pasar.

CORIOLÍN. ¿Votos?

LISARINA. No hay que repricar,
Como la suerte vos cava.

DORBÁN. El más mozo es, Coriolin,
del pueblo: voto por él.

CORIOLÍN. Dorbán, siempre sois cruel.

DORBAN. Yo entregare mi rocin,
después que hayamos comido
vueso burro.

LISARINA. Yo eso quiero,
muera su burro primero.

CORIOLÍN. Y á vos ¿qué en vos ha metido
en los votos del Consejo?

LISARINA Yo, que tambien so presona.

ZABULÓN. A nadie el hambre perdona,
hed repartir el pedaço
para almorzar: por la gente,
y el burro el siguiente dia
vaya á la carneceria,
donde se pese igualmente,
que este es nuevo voto y gusto.

CORIOLÍN. De capa os sirvo el pellejo,
vote (mi burro) el Concejo
sobre la capa del justo;
que yo moriré con vos,
pues que librarlos no pudo
el mi amor.

LISARINA. Venga el menudo,
aderezarele.

CORIOLÍN. ¡Adios
el mi jumento de l'alma!
Vivo queda quien vos pierde;
más, porque de vos me acuerde
yo colgare vuestra enjalma
del clavo do esta el mi espejo;
vueso atahare traeré
al cuello por banda, en fe
que no os olvide, aunque os dejo.

DORBÁN. Esto está bien ordenado;
venid darelsnosle.

CORIOLÍN. ¿Yo,
traidor á quien me crió
en somo de si asentado?
¿Con qué vergüenza pudiera
decirle al mi buen jumento:
yo del vueso prendimiento
corchete soy? ¿Que dijera
entonces el rucio mio?
Vaya el Concejo á llevarle,
pues se atreve á sentenciarle.

DORBAN. Dejad ese desvarío,
¿estáis en vos?

ZABULÓN. ¡Ea, venid'

CORIOLÍN. Pues que ya llegó su plazo
Zabulon, dalde un atrazo,
y en mi nombre le decid
(cuando le deis el segundo).

LISARINA. Cor olin, cansado estas.

CORIOLÍN. ...Que no nos veremos más
sino es en el otro mundo. (*Vanse.*)

ESCENA II

Sale ABDIAS, *solo*

Tres años ha (mi Dios) que las impias
persecuciones ocasionan llantos,
y en sus Profetas y ministros santos
la crueldad ejecuta tiranías.
Tres años ha que de mi pecho flas
(á pesar de amenazas y de espantos)
tus fieles siervos, puesto que ha otros tantos
que el cielo cierra la oración de Elias.
En dos cuevas amparo y doy sustento
á cien Profetas tuyos escondidos
del poder de la envidia y los engaños.
¡Ampara tú, Señor, mi justo intento;
clemente abre á mis ruegos tus oidos,
baste, mi Dios, cast go de tres años!
Si hallara yo algun pastor
de cuya simplicidad
se confie mi piedad
sin riesgos de mi temor.
Mayordomo de la casa,
soy, del Rey, y estoy privado,
su gobierno me ha dado,

todo por mi mano pasa,
pena ha puesto, de la vida,
con privacion de la hacienda
á quien ampare y defienda
á algun Profeta, perdida
ha tres años que la tengo,
pues por conservar mi ley
voy contra el gusto del Rey
y cien Profetas mantengo.
No hay hombre de quien fiarme
¡Deparadme (eterno Dios)
quien me ayude en esto, Vos!

ESCENA III

Dicho y sale CORIOLÍN.

CORIOLÍN. Murria me viene de ahorcarme,
sin vos el mi rucio amado,
el mi lindo compañero:
¿vos, mi burro, al carnicero?
¿vos por él descuartizado?
¿que habeis de morir, en fin?
¿que ya mi amor no os aguarda?
¿que hará sin vos ell albarda
sino la trae Coriolín?
¿que la burra, o vos sin ella,
de mi comadre Darinta
que estaba, por vos, en cinta,
viuda hoy, y ayer doncella?
ABDÍAS. Oye, detente, pastor.
CORIOLÍN. Si de un lazo no me escurro.
ABDÍAS. ¿Estás loco?
CORIOLÍN. Estó sin burro.
ABDÍAS. ¡Qué simple!
CORIOLÍN. Mire, señor;
pues que no le ha conocido,
no se espante si le lloro,
que era como un pino de oro:
jumento tan entendido
no le tuvo el mundo.
ABDÍAS. Acaba.
CORIOLÍN. ¿Piensa que miento? Decian
que las burras le entendian
cuantas veces rebuznaba,
pues honesto, en mis sucesos
que con las hembras se halló
nunca en la carne pecó,
¡que estaba el pobre en los huesos!
Pues la vez que caminaba
tan cuerdo hué de en dia en dia,
señor, que en todo caía,
o al de menos, tropezaba.
Pues sofrido, no hubo her
por más palos que le diese
que alguna vez se corriese,
que él jamás supo correr,
pues aunque huese de prisa,
si á la jumenta oliscaba,
al cielo ell hocico alzaba,
que hué una boca de risa.
Y con tener estas gracias
y otras que callo (señor),
me le llevan (¡ay dolor!)
la cola y orejas acias
á morir al matadero,
do el carnicero le sise
y ell hambre despues le guise.
¿Hiciera mas un ventero?
ABDÍAS. (*Aparte.*) Esta sencillez podrá
asegurar mi recelo.
CORIOLÍN. Pondréme paños de duelo
por él.
ABDÍAS. Pastor, oye acá:
como me guardes secreto
yo te daré otro mejor.
CORIOLÍN. ¡Mas, arre allá!
ABDÍAS. Tu favor
he menester.
CORIOLÍN. ¿En defeto
que á quien secretos le guarda
da burros y de comer?
ABDÍAS. Sígueme.
CORIOLÍN. ¿Y qué he nos de her
si no le viene ell albarda?
ABDÍAS. (*Aparte.*) Con este puedo enviar
á mis santos la comida,
mientras el hambre atrevida
y el temor, no da lugar
á que en público los goce
nuestro misero Israel.
No temeré á Jezabel,
pues este no la conoce,
ni quien soy tampoco sabe.
CORIOLÍN. ¿Quien tal dicha hallar pudiera?
Echeme en la faltriquera
el secreto, si tien llave.
ABDÍAS. Mi Dios, contra un Rey ingrato
esta piedad os dedico.
CORIOLÍN. ¿Por un secreto un borrico?
¡pardiéz que compre barato! (*Vanse.*)

ESCENA IV

Salen ACAB, JEZABEL, JEHU, JOSEPHO *y* MÚSICOS.

ACAB.

En fin, que contra Elías
salen frustradas diligencias mias.

JEZABEL.

Encantos de sus vuelos
nos le arrebatan penetrando cielos;
cuantos embajadores
has despachado, dándoles favores,
desde Grecia á Etiopia
por cuanto esmalta la florida copia
secunda de Amaltea,
el mar de Zafir baña, el sol rodea,
sin perdonar desierto,
valle, monte ó collado, han descubierto
sus fieles diligencias,
sin tener nuevas de él.

ACAB.

Las inclemencias
del cielo, que ocasiona,
no siempre han de ofender á mi corona.
Hermosa prenda mia
¿quién sino vos apaciguar podia
mis pesares y enojos,
si estriba mi descanso en vuestros ojos?
Elías no parece,
todo mi reino, misero perece,

porque hechizos y encantos
le niegan el sustento meses tantos,
por ese vil Profeta
á quien el cielo todo le sujeta,
á quien sus influencias
la llave han dado.

JEZABEL.

Abrásanme impaciencias;
no muera yo hasta tanto
que en sangre trueque Palestina, el llanto
que compasivo vierte,
y á quien le causa, den mis manos muerte.

ACAB.

Entre las flores bellas
de este jardín (pues vos reináis en ellas)
divirtamos pesares;
pongan aquí la mesa y los manjares.

JEZABEL.

Todo está prevenido
en este cenador, que guarnecido
de jazmines y nuezas
fino sitial es tálamo de Altezas.

ACAB.

Sentáos, pues, dulce prenda,
que aunque el enojo vuestro pecho encienda,
no tarda la venganza
(aunque espaciosa) cuando al fin se alcanza.
Cantad tonos suaves
alternándoos vosotros con las aves;
que una y otra armonía
divertirán la hermosa prenda mía.

(Descúbrese una mesa con dos sillas y un aparador debajo de un jardín, siéntanse, comen y los músicos cantan.)

(*Cantan.*) «Dos soles tiene Israel
y que se abrase recelo,
el del cielo y Jezabel.

UNO. ¿Cuál es mayor?

OTRO. El del cielo.

TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo,
y el nuestro luce más que él.»

ACAB. Buena es la dificultad
de la letra, mas mi esposa,
en fe de que es más hermosa,
á Apolo da claridad.
Cada día la deidad
del cuarto planeta nace,
y aunque al mundo satisface
cada noche tan bien muere;
mas quien á mi esposa viere
que alumbra deleita y vive,
dirá que de ella recibe
vida el sol y luz el suelo
y que la debe más que á él.

(*Cantan.*) «Dos soles tiene Israel
y que se abrase recelo
el del cielo y Jezabel.

UNO. ¿Cuál es mayor?

OTRO. El del cielo.

TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo
y el nuestro luce más que él.»

ACAB. ¿Quién ha compuesto esa letra?

JEZABEL. La adulación. Mas ¿qué es esto?

(En cantando bajan dos cuervos por el aire, y el uno arrebata un pan y el otro un ave asada y vuelven á volar, y levántanse.)

ACAB. ¡Anuncios de mis desdichas,
aves torpes del infierno!

JEZABEL. ¡Dadlas la muerte, flechadlas.

ACAB. Quitad esa mesa. ¡Ah cielos!
tragedias y mortandades
me intiman fúnebres cuervos;
plumas de luto me anuncian
el mísero fin que espero.
Nuestras mesas contaminan
las arpías de Fineo,
presagios duros, infelices,
el corazón en el pecho
buscando al alma salida
ya es tirano de mi aliento
¡Llorad mi muerte, vasallos!

JEZABEL. ¡Rey, señor, esposo!

ACAB. ¡Tiemblo,
dudo, desmayo, suspiro,
abrásome vivo, y muero!
Los cielos son contra mí.
¿Quién resistirá á los cielos?
Mi mortal sentencia firman
plumas de verdugos cuervos.

JEZABEL. ¿Qué afeminado temor
desacredita el esfuerzo
que un hombre, un Rey, un Monarca
debe tener? Si en ti el miedo
se apodera de ese modo,
¿de tus vasallos qué espero?
¡Gentil traza de animarlos!
¡Mejor dire de ofenderlos!
¿Qué ejército de enemigos
te hacen fuerza á sangre y fuego?
¿Qué nubes arrojan rayos?
¿Qué terremotos el centro?
Esto es cosa natural,
el aire niega avariento
las preñeces á sus nubes
que fertilicen el suelo,
perecen tus reinos de hambre,
los montes están desiertos,
las plantas se esterilizan,
los valles sin hierba, secos;
á las aves y á los brutos
les niega los alimentos
la tierra, que siendo madre
madrastra esta vez se ha vuelto.
¿Qué mucho, pues, que atrevidos
busquen de comer los cuervos
y que la necesidad
haga pirata su vuelo?
¿No te avergüenzas, siendo hombre,
que te anime el vil sujeto
de una mujer, que se burla
de mentirosos agüeros?
Si no ignoras los hechizos,
los engaños y embelecos
de ese Elías burlador
de mi ley y tus preceptos,
¿qué mucho que en nuestro agravio

obligue (para ofendernos)
las aves que nos persigan
si le obedece el infierno?
Su muerte á tu vida importa,
á mi injuria, á tus deseos.
Muera Elías (dueño caro)
y abrirán después de él muerto
los tesoros á sus nuevas
las nubes, que obedecieron
los conjuros execrables
que nos las vuelven de acero.
¡Buscadle, vasallos míos!
Al que le hallare prometo
hacerle (á pesar de envidias)
el segundo de este reino,
Gozará nuestra privanza,
estribará en su gobierno
la guerra y la paz; su nombre
quedará en bronces eternos.
¡Si la lealtad no os anima
animeos siquiera el premio!
Más oculto que él, el oro,
la plata, el cobre y el hierro
vive en las minas profundas
y no se cobra por eso
de la avaricia del hombre
aunque le escondan sus cerros.
La verdad vence al engaño,
la virtud, encantamientos.
Bien os dará favor:
id, que su ayuda os ofrezco.

ACAB. Tus palabras me dan vida;
la respiración me has vuelto;
en tu lengua Apolo asiste,
que te anilaye esos consejos.
¡Sega dios, ejecutados!
Pero mirad que os advierto
que si volvéis sin Elías
seréis al mundo escarmiento,
¡Por vida de Jezabel
(que es sola el alma que tengo),
que en una cruz afrentosa
ha de hacer plato á los cuervos
(porque no asalten los míos)
el que atrevido, indiscreto,
diere la vuelta á Samaria
sin Elías, vivo ó muerto!
Esto os notifico á todos;
si los castigos y premios
ponen alas, escoged
ó coronas, ó destierros.

(Vanse los Reyes.)

ESCENA V

JOSEPHO y JEHU.

JOSEPHO. ¡Qué crueldad!
JEHU. ¡Qué tiranía!
JOSEPHO. ¿Qué habemos de hacer?
JEHU. Perdernos
ó buscarle. ¡Adiós Samaria!
JOSEPHO. Imposibles pretendemos. *(Vanse.)*

ESCENA VI

ELÍAS

Tres años ha que escondido
en aquestas soledades,
porque defiendo verdades
de todos soy perseguido.
Vos, mi Dios, habéis querido
que asperezas del Carmelo
(porque cielo
el culto de vuestra Ley)
me amparen de un torpe Rey
y de una mujer lasciva,
porque viva
cual bruto, en esta montaña.
¡Cosa extraña
que triunfe el vicio que engaña,
que ande huyendo el que os es fiel,
que tenemidad latinas,
que el mundo aborrezca á Elías
y que adore á Jezabel!
De este arroyo (que al Jordán
tributa y Carit se llama)
los cristales que derrama
mi llanto imitando van.
Secos los demás están;
que cual mercader quebrado
se ha alzado,
el cielo (todo rigores)
sin pagar acreedores,
con inmensos
tesoros de agua, que en censos
cobraban, correspondientes
los vivientes,
montes, prados, lagos, fuentes.
Pero ya en arenas secas
ni flores ni frutos nacen,
porque los pecados hacen
fallidas las hipotecas.
¡Perezcan (mi Dios) protervos!
¡Acábese la impiedad!
¡La sangre (Señor) vengad
que derraman vuestros siervos!

(Bajan volando los dos cuervos y traen en los picos lo que quitaron de la mesa del Rey.)

¿Pero qué es esto? Los cuervos
de quien mi defensa fía
la fe mía,
á traerme de comer
vienen, hora debe ser.
¡Ay, Señor, de inmensos nombres!
si los hombres
porque á Jezabel obliguen
me persiguen,
los brutos voraces siguen
piedad que en ellos no vemos.
¡Qué bárbaros desvaríos!
¡Venid, maestresalas míos
que todos tres comeremos! *(Vase.)*

ESCENA VII

Sale RAQUEL, sola

Busco alivio á mis desvelos,
casa de placer, en vos,

y enfermos de un mal los dos,
entrambos ahora nos celos.
Las fuentes, los arroyuelos,
las plantas, las verdes flores,
los alegres ruiseñores,
naranjos, vides y yedras,
si en amar fundan sus medras,
con celos tienen temor:
¡todo es celos, todo amor,
parabos, flores y piedras!
Si en los arroyos y fuentes
reparo, el temor me avisa
que hay celos entre su risa,
pues murmuran entre dientes.
Celosas las flores presentes
llevan, que las acompañan,
pues el vidrio en que se bañan,
las avisa (aunque lo ignoran)
que si de sí se enamoran
de sí celosas se engañan.
Estas vides todas lazos,
de estas yedras Briareos,
¿por qué trepan los deseos
cruendo el muro á pedazos?
¿por que con verdes abrazos
crecen entre agenas medras,
sino porque hasta las yedras,
ejemplos del firme amor,
tienen, celosas, temor
que se les vayan las piedras?
¿Por que con música y vuelos
los ramilletes del aire
compiten con el donaire,
sino porque tienen celos?
No afectan sino desvelos,
no fundan sino temores,
no cantan sino favores,
no piden sino asistencias,
porque donde hay competencias
celos avivan amores.
Más causa tienen mis males,
mis llantos más pena admiten,
que, en fin, celos, si compiten
es entre apuestos iguales:
mas yo que con celos reales
lloro agravios evidentes,
bien podré, por más ardientes,
juzgar mis celos, mayores
que los que abrasan las flores,
las plantas, aves y fuentes.

ESCENA VIII

Sale NABOT —DICHA.

NABOT. De extraños bienes nos priva
la tirana Jezabel.
RAQUEL. No es tirana, no es cruel,
la que, tierna y compasiva,
con vos, de suerte se ablanda
que, á su presencia os admite,
estar junto á sí os permite,
cubrir la cabeza os manda.
Ya sois Grande de su Estado,
ya con Acab competís,
ya á su amor os preferís,
ya os soñareis colocado,
ya, usurpador de su silla,
que tarde el Reino querreis,
y Raquel, pretenderes,
que, hincándola la rodilla,
la mano os llegue á besar.
Blasonad lealtad y rey;
decidnos que á Dios y el Rey
debemos reverenciar
que estas dos cosas cumplis
ofendiendo al Rey y á Dios.
NABOT. Cara prenda ¿estás en vos?
¿Yo á Dios y al Rey? ¿Qué decís?
RAQUEL. ¿No besastes una mano,
no vasallo, amante sí,
que yo, fiscal vuestro, vi,
siendo á nuestro Rey tirano?
NABOT. ¿Celos? No me espanto
si la sospecha os cego.
¿Yo á la Reina amor?
RAQUEL. ¿Vos? No,
¡que sois leal, sois un santo!
Llorad su amor descompuesto,
ofended mi casta ley,
que yo daré cuenta al Rey
de lo que he visto.

(*Vase* Raquel.)

ESCENA IX

Sale ACAB — DICHO

ACAB. ¿Qué es esto?
NABOT. Señor, ¿Vuestra Majestad
en esta su casa y quinta?
No en balde se esmalta y pinta
hoy de nueva amen dad.
ACAB. Parece que vuestra esposa
que así contra vos tronaba.
¿Que tiene? ¿Por que lloraba?
NABOT. Quiere bien y está celosa.
Ha dado en encarecer
lo que aun ignora la fama.
ACAB. Dese tan celos de dama
y enfadan los de mujer.
Oid a lo que he venido
que procuro ocasionaros
á serviros, para honraros.
NABOT. Basta haberlo pretendido
para que yo, gran señor,
eternamente obligado,
ya esclavo, si antes criado,
engrandezca este favor
ACAB. Esta viña, que así llama
vuestra quinta, Jezabel,
en cuyo ameno vergel
Abril su copia derrama,
como de mi casa está
tan cerca (que esta muralla
solo se atreve á apartalla),
me parece que será
más bella, si estorbos quito,
y dilatando su espacio
con el Parque de Palacio
ilustraría sitio.
Hare, si las incorporo,
un huerto fresco, un pensil
que eternamente el Abril.

al de las manzanas de oro
el nuestro fértil, prefiera;
si á servirme, os animáis,
con ella, si me la dais,
gozaréis otra más bella
que vuestro caudal aumente,
y aunque más distante esté
frutos copiosos os dé,
y al doble que aquesta rente.
Pero, si os está mejor
venderla, que no trocarla,
yo gustaré de comprarla.
Señaladme su valor
y convertiréosla en plata.
No como Rey os la pido;
cual mercader he venido
que en posesiones contrata,
puesto que obligado quedo
siempre á acordarme de vos.

NABOT. No permita (Señor) Dios
que el patrimonio que heredo,
y es solar de la limpieza
que mis padres me dejaron,
cuando en ella vincularon
memorias á su nobleza,
se la quite yo á sus nietos.
Gran señor, no ignoráis vos,
que en su Levítico, Dios,
manda, por justos respetos,
que no se puedan vender
posesiones que en herencia
toquen á la descendencia
del primogénito; ver
puede Vuestra Majestad
en el vigésimo quinto
capítulo si es distinto
mi intento, de esta verdad.
Y aunque en esta ley dispense
el mismo legislador
con el pobre, y yo (señor)
venderla y serviros piense,
dándome el cielo riqueza
con que mi sangre acredite,
si esta venta se permite
solamente á la pobreza,
¿de qué suerte queréis vos
que vaya contra mi ley?

ACAB. Yo, Nabot, soy vuestro Rey,
y no adoro á vuestro Dios.

NABOT. Yo, sí señor, yo le adoro;
yo me precio de cumplir
sus preceptos, y morir
por ellos, aunque un tesoro
me dierades, no apetezco
ir jamás contra su ley.
Perdonadme, que á mi Rey,
por mi Dios, desobedezco.
Mandadme lo que sea justo
y veréis si soy leal.

ACAB. Podrá ser que os esté mal
no haberme dado este gusto. *(Vase)*

ESCENA X

Nabot, solo

NABOT. Cumpla con el vuestro yo,
¡Dios mío! que es lo que importa.
Toda vida humana es corta,
porque á censo se nos dió;
si me mandare pagar
el severo Rey con ella,
¿que importa por vos perdella,
si al fin es censo al quitar?
Los celos apaciguemos
de mi engañada Raquel,
locuras de Jezabel
ocasionan sus extremos.
Temo á una Reina viciosa;
un Rey me causa desvelos,
mi esposa se abrasa en celos,
y, en fin, Rey, mujer y esposa,
mi sosiego traen sin calma,
¿qué haré, si vienen á ser
mi esposa, el Rey, su mujer
tres enemigos del alma? *(Vase)*

ESCENA XI

Salen Lisarina y Coriolín, pastores

LISARINA. ¿Qué, me niegas en efeto,
dónde has estado hasta agora?

CORIOLÍN. Serrana pescudadora
un burro cuesta un secreto.
Pues el otro me heis comido
no quiero que me comáis
el que me dieron, ya estáis
emburrada, y ya os olvido.

LISARINA. Luego ¿no me queréis bien?

CORIOLÍN. Como á la peste. ¿Yo á vos?
¿Hambre y amor? Ved que dos
para que se avengan bien.

LISARINA. Dime tu que por Birena
estás perdido.

CORIOLÍN. Es verdá
¿tendréis celorrios?

LISARINA. Verá,
no me dan los celos pena.
Pero que me dejes siento
por una...

CORIOLÍN. Quedo.

LISARINA. Que tien
la cara...

CORIOLÍN. Tratadla bien.

LISARINA. Con cien burujones.

CORIOLÍN. ¿Ciento?
¿Pues qué hacen los burujones
para el amor?

LISARINA. ¿Eso dices?
Mujer de chatas narices,
hecha la cara á empujones,
altibajos y repechos,
los carrillos de pelota...

CORIOLÍN. Es su cara bergamota,
mala cara y buenos hechos.
Quítame el ser chata, enojos,
viéndola, cuando se para,
de un golpe toda la cara,
sin que tropiecen los ojos.

LISARINA. Tú tienes gentil despacho.

CORIOLÍN. Cara chata es de hembra sola,
pues faltándola la cola
no la pueden llamar macho;
por eso la quiero más,

pues, aunque os cause celera,
bien de una misma manera
la de delante y detrás.
Mas sana que á vos, la hizo
chata, el cielo.

LISARINA. ¿Qué me dices?

CORIOLÍN. La verdá, pues sin narices
se ahorra de un romadizo,
y si mos casare Dios
hasta ver un abolengo,
no importa eso, que yo tengo
narices para los dos.
¿Estáis contenta?

LISARINA. ¡Para ésta!

CORIOLÍN. ¿Juráismela? Pues bonito
soy yo, no se me da un pito
de vos.

ESCENA XII

Salen DOS SOLDADOS - DICHOS

SOLD. 1.° Hacia aquella cuesta
cuya cumbre besa el cielo
dos pastores me afirmaron
que los cuervos se asentaron;
de donde abatiendo el vuelo,
ignoran hacia que parte
guiaban.

SOLD. 2.° Será á sus nidos,
¿Cómo fueron conocidos
sino intentan engañarte?

SOLD. 1.° Vieronlos llevar el pavo
y el pan.

SOLD. 2.° Si dan esas señas
no hay duda, que entre estas peñas
está Elías.

SOLD. 1.° ¡Oh! ¡Si al cabo
de tres años que tras él
andamos, le hallare yo!

SOLD. 2.° Qué ¿los cuervos hechizó?
Bien le llama Jezabel
embustero, encantador.

SOLD. 1.° Estos sabrán donde asiste.

SOLD. 2.° Si le hallas dichoso fuiste.

SOLD. 1.° Préndeme aquese pastor.

CORIOLÍN. ¿A mí prenderme? ¡Arre allá!
¿Ya yo mi rucio no he dado?

LISARINA. Prendanle que es un taimado.

SOLD. 1.° ¿Adonde el profeta está
que en este desierto habita?

CORIOLÍN. ¿Quien, señor?

SOLD. 1.° Aquel Profeta
del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Ser poeta
es pecado? Hay enfenita
caterva de ellos doquiera:
entre públicos y ocultos,
cómicos, críticos, cultos;
hay chusma villancíquera
y otras enfenitas setas
que eslabonan desatinos:
entre catorce vecinos
los quince hallará poetas.

SOLD. 2.° No te preguntamos eso.

CORIOLÍN. ¿Pues qué pescudan?

SOLD. 2.° A Elías
buscamos los dos.

CORIOLÍN. ¿A Herblas?
¿Y le cheren llevar preso?
Pobre de él.

SOLD. 1.° Tú le conoces,
pues que te lastimas de él:
premiarate Jezabel,
dierate hacienda que goces,
si á donde asiste nos guías.

LISARINA. Señores, él le escondió.

CORIOLÍN. Un sastre conocí yo
que tuvo por nombre Herblas,
y al tiempo del espirar
le llevaren para lastre,
como allí ánima del sastre
suelen los diablos llevar.

SOLD. 1.° No disimules villano
si quieres vivir.

CORIOLÍN. Acabe.

LISARINA. Sacudanle que él lo sabe.
(*A él aparte*) Vengareme por su mano.

CORIOLÍN. ¿Es por la chata?

LISARINA. Traidor,
tú lo sabes, no hay que habrar.

CORIOLÍN. Acabe de declarar
que es lo que busca, señor,
que tengo mucho que her.

SOLD. 1.° Al Profeta del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Poeta de caramelo?
¡Que dulce debe de ser!
¿Por qué le cheren tan mal?
Si es de miel no le castigue.

SOLD. 2.° Porque al dios Baal persigue.

CORIOLÍN. ¿Que persigue al dios *varal*?
Terrible pecado ha hecho.

SOLD. 2.° Dinos donde se escondió.

CORIOLÍN. En la vida he visto yo
dios *varal*; será derecho.
Mas si hemos de habrar de veras,
ni yo conozco ese Herblas,
ni por aquí en muchos días
he visto, si no son fieras,
que á saberlo les prometo
que me holgara de ser rico.

LISARINA. Miente, señor, que un borrico
le dieron por un secreto;
y el secreto debe ser
que al que él os buscan esconda.

CORIOLÍN. ¿Pescudal o ellos no bonda?
¿Do le había de esconder?

SOLD. 1.° Traedle que, por su mal,
el decírnoslo dilata.

LISARINA. Viuda ha de quedar la chata.

CORIOLÍN. Casaos vos con el *varal*. (*Vanse*)

ESCENA XIII

Salen JEZABEL *y* JEHU

JEZABEL. Cuéntame lo que ha pasado.

JEHU. Después que tres años seca,
se quejaba, por las bocas,
la tierra, á Dios de sus grietas,
buscando todos á Elías
(como mandó Vuestra Alteza)
vino Abdías á encontrarle,

y mil misterios le cuenta,
diciendo que resucita
al infante de Sarepta,
y en el hambre de su madre
seis meses y más le aumenta
el aceite con la harina,
y que después en la sierra
del Carmelo, le alimentan
los cuervos (serán quimeras)
maestrosalas, los manjares
que, hurtándolos de tu mesa,
le ministran; ¿que no hará
una vejez hechicera?
Presentóse al Rey, en fin;
y, con osada soberbia,
dice ser aquel, castigo,
porque al Dios de Moisén deja;
pero que si al fin pretende
que fertilice la tierra
el agua, hasta aquí negada,
junte todos los Profetas
de Baal, que si impetrasen
de su dios que el cielo llueva,
él, como falso y perjuro,
quiere perder la cabeza,
pero que si no los oye
y a Elías su Dios alegra
con el agua deseada,
los otros la vida pierdan.
Trescientos y más se juntan
que la imagen reverencian
del Dios de Sidón que adoran
y una infinidad inmensa
de todo el reino y provincias,
y Elías, con voz severa,
sobre la cumbre de un monte,
les dice, de esta manera:
«Pueblo de Israel, ingrato
á Dios y á tu ley suprema,
¿de qué sirve que mudables
sigáis doctrinas opuestas,
para que andéis claudicando
en dos partes, ya en las ciegas
imágenes del demonio,
ya en nuestra ley verdadera?
No malogréis vuestro culto:
si el Señor, que está en mi lengua
es Dios, seguidle constantes,
si Baal, dadle obediencia.
Yo he quedado solamente
con vida entre los Profetas
que al Dios eterno servían;
ochocientos y cincuenta
son los que al falso Baal
y á los dioses de las selvas
sirven, y da de comer
la impiedad de vuestra reina;
yo solo, pues, y ellos tantos
hagamos todos la prueba
de cuál Dios, el mío ó el suyo,
es digno de reverencia.
Demos á todos dos bueyes
y escojan los que blasfeman
de mí, de los dos el uno,
divídanle luego en piezas,
pónganle sobre un altar,
carguen sus aras de leña
pero no la apliquen lumbre,
que yo de la suerte misma
pondré el otro, hecho pedazos,
sobre otro altar, sin que tenga
fuego para el sacrificio,
hasta que del cielo venga.
Invoquen ellos sus dioses,
yo invocaré al que me alienta
y aquel que piadoso oyere
lo que sus siervos le ruegan
y el holocausto abrasare
bajando desde su esfera
llamas que el altar consuman,
ese, Dios llamarse pueda.»
Proposición admirable
gritan todos; así sea:
el reino lo quiere así
quien no lo cumpliere, muera.
Los de Baal levantaron
un altar, y en él aprestan
la leña y el sacrificio;
voces dan al cielo, tiernas,
y para que más le obliguen
rompen (señora) sus venas;
pero, en vano, por que sordo
Baal su favor les niega.
Vencidos, levanta, Elías
(de las aras que por tierra
echaste, por ser del Dios
que Jerusalén respeta),
otro nuevo que edifica
con no más que doce piedras,
(en fe de las Tribus doce)
y alrededor dejó abierta
una zanja, como cava;
pone el buey, pone la leña
y doce cántaros de agua,
hace que sobre él se viertan;
luego, en el suelo postrado,
la vista en el sol atenta,
presente el Rey y sus Tribus
dijo á Dios de esta manera:
¡Dios de Abrahan, Dios de Isaac,
Dios de Jacob, haz hoy muestras
que eres el Dios de Israel,
y yo, siervo tuyo, sepan
que he cumplido tus mandatos!
¡Óyeme, piedad inmensa!
¡Óyeme, Dios poderoso,
porque Israel se convierta
y diga que tú, Señor,
eres sólo Dios, y vuelva
(los ídolos despreciando)
reducido á tu obediencia!
Con lágrimas venerables
esto dijo, cuando apenas
dijustos de fuego bajan
que el sacrificio, la leña,
y hasta las piedras consumen
quedando la zanja seca
de la agua que, derramada,
dio á tal prodigio materia.
¡Vive el Dios de Elías! (pronuncian
todos) ¡Los blasfemos mueran
con Baal, su engañador,
y quien por dios le confiesa!
Degolló, por mano suya,

Elías, á tus profetas
sobre el arroyo que llaman
del Cedrón, y luego llega
al Rey, y que se recoja
le avisa, porque ya empiezan
inundaciones de nubes
á hacer con los campos treguas.
Llovió tanto, que no pudo
hacer que no le cogiera
Acabó el agua en el campo.
Mojado, señora, llega
á descansar en tu vista.
(De dentro con música.)

UNOS. ¡Viva Elías, que remedia
la esterilidad pasada!

TODOS. ¡Viva, pues él nos sustenta!

JEZABEL. Vivirá si yo no vivo.
Por las deidades excelsas
que adoro (á pesar del Dios
de ese rústico profeta)
que he de lavarme las manos
en las corrientes sangrientas
del que mis dioses injuria
y sus ministros desprecia.
¡Yo le beberé la sangre!
¡Yo pisaré su cabeza!
¡Loca estoy! No viva un hora
quien reinando no se venga.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale ELÍAS *con báculo, cansado.*

La vital respiración
me falta, rendido vengo,
por que tengo
celo á vuestra adoración.
¿Es razón
que rigores,
de blasfemos pecadores
perseguido,
me den penas, por regalos,
triunfando siempre los malos
y siempre el justo afligido?
¿Cómo, omnipotente Dios,
permite vuestro poder,
que una mujer
ose competir con vos?
De los dos,
vos suprema
Majestad, ella blasfema;
su malicia
persiguiendo á la inocencia,
¿y basta vuestra clemencia
á templar vuestra justicia?
Otra vez en el desierto,
peregrinando horizontes,
por sus montes
muerto vivo y peno muerto.
¡Ay! ¡qué incierto
es el descanso
del mundo, ceñro manso,
pues me asombra
de una mujer el furor!
Recread vos mi temor
y deme este enebro sombra.
(Siéntase al pie de un enebro.)
¿Vuestra providencia suma
querrá, acaso, el plato hacerme
con volverme
maestresalas de pluma?
No presuma
mi hambrienta necesidad;
a la crueldad
de Jezabel,
dar hoy venganza cruel;
pues profeta
soy vuestro. Sepan protervos
que aquí me alimentan cuervos
y allá una viuda Sarepta.
Mas, permitidme que os pida
mercedes de más recreo.
yo deseo
salir ya de aquesta vida,
perseguida
me aflige; no soy mejor,
gran Señor,
que mis pasados;
si en las canas y cuidados
los imito,
desear morir con ellos
por gozarlos y por vellos,
no será, mi Dios, delito.
El cansancio y la tristeza
padrinos del sueño son;
mi aflicción
quiere aliviar mi flaqueza;
la cabeza
en este tronco reclino.
Al fin vino
si no propia,
la muerte en retrato copia.
¡Bien llegada!
pues al fin, en sus empeños
gozaré la muerte en sueños
que es lo mismo que pintada.
(Recuéstase y duerme. Baja un ángel y déjale á la cabecera un vaso de agua y una tortilla de pan, y vuela.)

ESCENA II

ELÍAS *y un* ÁNGEL.

ÁNGEL. Despierta y come.

ELÍAS. ¿Qué es esto?
¿Quimeras mi sueño fragua?
Pero, un pan y un vaso de agua
á mi cabecera han puesto.
Reciente está, entre cenizas
parece que se cocía,
el cielo le sazonó. *(Come.)*
pues sabroso le suaviza.
Comeré una parte de él
y guardaré lo demás,
no gusté cosa jamás
como ésta. Amarga es la miel
con su sabor comparada. *(Bebe.)*

El agua es néctar divino;
dichoso fué mi camino,
venturosa mi jornada:
restauróme el aliento.
Otra vez me ha provocado
el sueño. Duerma, cansado,
pues nos da el cielo el sustento
(Duérmese y duerme: vase el Ángel.)

ANGEL. Despierta y come, que tienes
mucho camino que andar.

ELÍAS. Bien puedo, con tal manjar
ya mis males juzgo buenos.
(Despiértase, come y bebe.)
Vuelvo á comer, su apetito
de nuevo me fortalece,
vuelvo á beber, ya parece,
desmayos, que resucito.
Recobrados, pues, fuerzas mías,
que en virtud de este manjar
bien podremos caminar
cuarenta noches y días.
Al monte Oreb, siento yo
Señor, que me encaminás.
Moisés cuando les leyes daba,
cara á cara en él os vió.
Sinaí y Oreb, todo es uno.
¡Ea, ánimo al temor venza!
Caminemos, que hoy comienza,
como el de Moisés, mi ayuno. *(Vase.)*

ESCENA III

Salen ACAB *y* JEZABEL.

ACAB.

Déjame, esposa, fenecer la vida,
pues, siendo Rey, cumplir no puedo un gusto:
un menosprecio ha sido mi hazaña,
un sentimiento mata al más robusto.
Que yo á Nabot visite, que le pida
una mísera viña, y por ser justo
no se la quite y que Nabot se atreva
negársela á su Rey, ¡jura es nueva.
No es Rey, no este blasón gozar merece
quien halla resistencia en su apetito.
¿Quién duda que Israel no me obedece,
pues cuando de un vasallo necesito,
rebelde mis deseos desvanece?
De lesa Majestad fué su delito,
no la corona ya mis sienes ciña,
pues aun no tengo imperio en una viña.
Reine Nabot, pues ya se me rebela,
quite la vida á Acab, pues me desafía;
que pues ninguno más agravio sea,
más estimo su gusto que mi fama.
No quiero más vivir; nadie se duerma
de ver que en vez de estar en mi cama,
sin comer, mis congojas multiplique,
y á sola una pared las desahogue.

JEZABEL.

Por cierto que tus penas ocasiones
por perdidas no tuvieran de veras.
Injustas grandes son las que padeces,
todo el mundo de ti ya de burlas tienes.
¡Oh! que bien que triunfaras de coronas
enemigas, honrándose en tus sienes,
si, aun no como mujer, como una niña
lloras por el juguete de una viña.
No por eso te mueras; yo me atrevo
á que cumplas en breve con tu antojo.
Come y sosiega, que antes de que Febo
pene la Aurora su cabello rojo,
en ti, tendrá la viña, señor nuevo.
Nabot castigo, fin, en fin, tu enojo.
Entrégame el anillo con que sellas
y fía de mi industria tus querellas. *(Dásele.)*

ACAB.

No su heredad me altera, su desprecio.
¡Que un hombre...

JEZABEL.

Basta, basta, no prosigas.
Vete y déjame hacer

ACAB.

Pusela en precio...

JEZABEL.

Vete ya y otra cosa no me digas.

ACAB.

Mas valor que yo tienes. *(Vase el Rey.)*

JEZABEL.

Nabot necio:
si mi amor desdeñoso desobligas,
y hoy no otorgas tu dicha á mis deseos,
satisfaran venganzas tus empleos.

ESCENA IV

Sale NABOT *y* DICHA.

NABOT. Griselia me ha dado aviso,
que Vuestra Alteza me llama.

JEZABEL. Nabot, si es fuego esa llama
de los más ilustres quejas

NABOT. No entiendo eso, gran señora.

JEZABEL. Siempre fuego encubrimiento
mendigo de entendimiento.
Quien las palabras ignora,
mal, Nabot, podrá entender
el lenguaje de los ojos,
donde sus gustos ó enojos,
á quien los sabe leer
escribe el alma

NABOT. Remota
esa ciencia está de mí.

JEZABEL. Creo, que vais vos y yo
en cosas de amar, discreta.
Pero, quéroos yo enseñar
á que enigmas acertéis,
para que sabios quedéis,
si bien os ha de costar
mucho, el errar la ocasión.

NABOT. Explíquese Vuestra Alteza.

JEZABEL. A no ser la rusticeza
vuestra, tanta, en ocasión
os puse yo, cuando os vi,
y vuestra dicha expliqué,
que os obligara.

NABOT. No sé,
señora.

JEZABEL. Esperadme aquí;
que si la presencia Real
os tiene, ó necio ó turbado,
medio la industria me ha dado
que os ha de estar bien ó mal. (*Vase.*)

ESCENA V

NABOT, *solo.*

¿Qué es esto, fortuna mía?
¿Qué pretende esta mujer?
¿Pero, qué ha de pretender
quien es toda tiranía?
Quien á Dios tiene osadía
de oponerse, quien reprueba
la ley que á los cielos lleva
y vive, esperanza en Vos,
atreviéndose á su Dios,
¿qué mucho que al Rey se atreva?
Pues fulmine contra mí
tempestades Jezabel;
que, á Dios, al Rey y á Raquel
fidelidad prometí.
Ser traidor, no; morir sí;
pues cuando á furor se incite
y la cabeza me quite,
si nombre á matronas da
castas, la fama en mí habrá
un hombre que las imite.

ESCENA VI

Sale CRISELIA.

La Reina, Nabot, os manda,
primero que os ausentéis
de esta sala, que estudiéis,
pues el favor no os abanda,
vuestra dicha, ó vuestro daño,
aunque es nueva la doctrina.
Corred aquesa cortina
y dad lugar á su engaño. (*Vase.*)

ESCENA VII

NABOT; JEZABEL, *dentro.*

NABOT. ¡Jeroglíficos confusos,
vanos descifra mi temor!
¡Enigmas torpes de amor
no admito vuestros abusos!
Dicha ó daño me ofrecéis:
si la dicha ha de costarme
tan cara, que despeñarme
porque la el la queréis,
(puesto que en mi mal reparo)
si acabada de alcanzar
me pesa, no he de comprar,
cielos, el pesar tan caro.
Dicha que por mano vienes
de Jezabel, toda engaños,
no te admito. ¡Honrosos daños,
vuestros males traen mis bienes!
Daño que al cielo encamina
no es bien que daño se llame;
dicha que ha de hacerme infame
no honor. Corro la cortina.

(*Corre una cortina, y sobre un bufete estarán tres fuentes de plata, y en ellas lo que aquí se va diciendo.*)

Tres fuentes sobre una mesa
(en lo que ofrecen contrarias)
muestran con insignias varias
lo que cada cual profesa.
En esta está una corona
y envuelto en ella un cordel,
plato, en fin, de Jezabel,
que dignidades pregona,
porque en patíbulos paren.
Un rótulo dice así.
(*Lee.*) «La corona es para ti
como miedos se reparen.»—
Libre está de estos combates
mi honor, hasta aquí felice.
Este sobre el cordel dice.
(*Lee.*) «Para que á tu Raquel mates.»
¡Ay cielos! ¡Ay prenda mía!
si vive mi alma en los dos,
dándoos yo la muerte á vos,
verdugo de mi seria.
Sobre la fuente segunda
una espada y una toca
á confusión me provoca.
¿En qué este enigma se funda?
Dice el mote de esta suerte,
que está en la espada á esta parte.
(*Lee.*) «Hierro, para castigarte,
y toca, para quererte.»
Fácil se deja entender;
pues muestra desenfrenada
que es Reina, y que tiene espada;
y en la toca, que es mujer,
que si me arrojo á querella
me satisfará amorosa,
pero fiera y rigurosa
si mi desden la atropella.
¿Hay tal desalumbramiento?
¿La torpeza, que no hará?
Lleno el tercer plato está
de piedras, y de sangriento
licor. La letra me admira
y me causa confusión.
(*Lee.*) «No son piedras: rayos son:
mi desprecio te las tira.»
¡Ay cielos! A que banquete
Jezabel me ha convidado:
que morire apedreado,
si no la amo, me promete.
¡Piedras! en vuestra firmeza
quiere aprender mi constancia!
¡Fulmínelas la arrogancia
del poder y la torpeza!
Por mi ley y mi Rey, pierda
la vida Nabot, que es fiel;
que pues tira Jezabel
piedras á Dios, no está cuerda.
Espada de su malicia,
dad al juez Supremo cuenta,
pues [illegible] y torpe, afrenta
la espada de la justicia.
Corona, si en su cabello
serviste de insignia Real,

bajáos y seréis dogal
con que suspendáis su cuello.
Corde, servid de escarmiento
á los idólatras vos,
mientras que á mi Rey y á Dios
confieso, al darme tormento,
que, á la muerte me apercibo,
no á su llama deshonesta,
y para dar la respuesta
la vil corona derribo.
(Derribala y la pisa.)
Porque su interés desprecio
y como infame la piso.

JEZABEL. *(Desde dentro.)* Lloraras tu poco aviso:
apedrearante por necio.

NABOT. Por necio no, por fiel sí.
No temo tus amenazas:
tumulo eterno me trazas:
este solo apeteci.
Laureles, logro, leales,
que inmortalicen mis medras.
¡Labra, tirana, las piedras
y junta los materiales;
que, desdeñando tus vicios,
mientras la muerte me dan,
piedras preciosas serán
de inmortales edificios!
(Vase y cubrese la mesa.)

ESCENA VIII

Salen dos CIUDADANOS *viejos, leyendo el uno este papel.*

(Lee.) «Los vasallos que sin averiguar secretos de su Príncipe, guarden sus órdenes, merecen que en su privanza se prefieran á los demás; Nabot, israelita, vecino vuestro y poderoso en vuestra república, me tiene criminalmente ofendido, buscad pues dos testigos, que las dadivas cohechen, y estos afirmen que le oyeron blasfemar de su Dios y de su Rey, y, examinados, publicad general ayuno (como en Israel se acostumbra cuando se espera algun castigo riguroso); llamad luego á Nabot á vuestro tribunal, y presentados los testigos, sin admitirle descargos, le condenad por público blasfemo, sacándole al campo, donde muera, como la ley dispone, apedreado, aplicando sus bienes todos á nuestro fisco; que ejecutada con toda disimulacion esta sentencia, yo me daré por bien servido y vosotros quedareis premiados. De nuestro Palacio Real de Jezrael.—*Yo el Rey.*»

CIUD. 1.° Esto el Rey, nuestro señor,
manda.

CIUD. 2.° ¿Quien creyera tal?

CIUD. 1.° No vive mas el leal
de lo que quiere el traidor.
De vos, y de mi confía
la ejecucion de este insulto.

CIUD. 2.° Para Dios no le hay oculto.

CIUD. 1.° Sacrílega tiranía.

CIUD. 2.° Nabot es en Jezrael
(aunque el mejor es) el más santo.

CIUD. 1.° Y aun por saber que lo es tanto
le persigue Jezabel.
Pero ¿en que os resolveis, vos?

CIUD. 2.° Temo á Dios, mas tambien temo
á un Rey tirano y blasfemo.

CIUD. 1.° En dando en temer á Dios,
será el Rey vuestro homicida,
mandando que muerte os den.

CIUD. 2.° ¡Ay Cielos!

CIUD. 1.° Nabot también
le teme y pierde la vida.
Dad en vuestros riesgos corte.

CIUD. 2.° ¿Y habrá, para estos sucesos
testigos falsos?

CIUD. 1.° ¿Pues esos
pueden faltar en la corte?
Dos pide el Rey, y otros dos
tengo, que lo son á prueba.

CIUD. 2.° Fuerza ha de ser que me atreva
primero que al Rey, á Dios.
Tirano uno, otro clemente...

CIUD. 1.° Busquemos otro testigo
que habiendo tres yo me obligo,
á hacer el caso evidente.

CIUD. 2.° ¡Con que de temores lucho!
¡oh Rey impío! ¡oh vil mujer!

CIUD. 1.° O morir, ó obedecer
porque un, yo el Rey, puede mucho.
(Vanse.)

ESCENA IX

Sale RAQUEL, *congojada.* DOS CIUDADANOS, *dentro.*

RAQUEL. No sosiego, no reposo;
no hay descanso para mí.
¿Que tengo? ¿Son celos? Sí;
pero no, mas riguroso
es mi mal. ¡Ay caro esposo!
¡Y que caro
me has de costar, si reparo
en un sueño,
que de mis potencias dueño,
tragedias representaba,
cuando en sangre se bañaba
una serpiente,
que venenosa, inclemente,
en tus carnes se cebaba!
Mas quien á sueños da fe,
provoca á enojo á los cielos,
dormime llena de celos;
sierpes en ellos soñé.
Jezabel el áspid fué,
que lasciva,
mientras de lealtad te priva,
Circe nueva,
en tus entrañas se ceba,
pues tu posesion la diste;
pero mal acierto hiciste,
pensamiento;
que Nabot la ama contento;
y yo le vi muerto, ¡ay, triste!
Sentar me quiero por ver
si sosiego de este modo. *(Sientase.)*
¡Todo penas! ¡Ansias todo!
¡Todo llorar y temer!
Mas es esto, que querer;
mas pesar
es esto, que sospechar.
¡Ay, desvelos!

¡Ojalá, Nabot, sean celos!
Que á trueco que no recibas
penas que han soñado vivas
mis quimeras,
yo sufriré que á otra quieras
en albricias de que vivas.
Menos quietud asentada
tengo. *(Levántase y pasease.)*
¡Ay, quinta! Quiera Dios
que no me venga por vos
más mal que no ser amada.
Ya vuestra vista me enfada;
mas temores
tengo yo que tenéis flores.
Penas veo
seguirme, si me paseo;
penas, si me siento apenas
entre rosas y azucenas.
¿Qué he de hacer?
Infierno debo de ser,
pues no hay en mí sino penas.
(Dicen de dentro.)

CIUD. 1.° A Nabot han condenado
y le llevan á apedrear.

RAQUEL. ¿Qué escucho? ¡Ay, cielo! ¡Ay, pesar!
¡Ay, desdichas! ¡Ay, cuidado!

CIUD. 2.° Pues ¿por qué le han sentenciado?

CIUD. 1.° Por blasfemo.

RAQUEL. ¿Por qué vivo? ¿Por qué temo
el ir á morir con él?

CIUD. 2.° Justo y fiel
fué á Dios y al Rey.

CIUD. 1.° Y aun por eso.

RAQUEL. ¡Qué bien dijo: ya es exceso
ser leal!
¡Perderé con muerte igual
la vida, pues perdí el seso! *(Vase.)*

ESCENA X

A la ventana de una torre Jezabel y Acab.

JEZABEL. Goza ya la posesión,
Rey, que tanto has deseado.
Vuelve en ti, si desmayado
te tuvo su privación.
Ya murió Nabot, no impida
tu gusto esa pena ingrata.
¡Comprado la has bien barata,
pues sólo cuesta una vida!

ACAB. ¡Ay, esposa de mis ojos!
¿Es posible que murió
quien mi agravio ocasionó?

JEZABEL. Así vengues mis enojos
como yo los tuvo vengo.
Por blasfemo apedreado,
y en su sangre revolcado,
tu satisfacción prevengo.
Mira, bañadas las piedras,
desde aquí, en su sangre vil.

ACAB. ¡Qué pecho tan varonil
te dió el cielo! Cuantas medras
me vienen, son, cara esposa,
por tu causa.

JEZABEL. Ve á tomar
posesión, á su pesar,
de su viña deleitosa.
Recréate en su vergel,
que cuando impos bien pidas,
ya sabe, á costa de vidas,
comprar vidas Jezabel. *(Vanse.)*

ESCENA XI

Sale Raquel sueltos los cabellos y enlutada, y deteniéndola Abdías y Josepho.

RAQUEL. ¡Dejadme, idólatras torpes!
¡Soltadme, alcaes vecinos
de la más impía ciudad
que á bárbaros dió edificios!
¡Sacrílegos envidiosos,
de un rey tirano ministros,
de una blasfema vasallos,
de una falsedad testigos,
de un Abel Caínes fieros,
de un cordero lobos impíos,
de un justo perseguidores,
de un inocente enemigos!
¡Soltadme, ó haréos pedazos!
¡Ojos tengo basiliscos!
¡Víbora soy pozzimosa,
¡Veneno son mis suspiros!
¡Soltadme ó abrasaréos! *(Suéltase.)*

ABDÍAS. ¡Qué lástima!

JOSEPHO. Compasivo,
lloro suspenso.

ABDÍAS. Sosiega,
señora, que son indignos
de tu honor, esos extremos.

RAQUEL. ¿Qué honor? Si lo fuera el mío
¿no me lo hubiera quitado
ese Rey, torpe y lascivo,
esa Reina hambrienta de honras?
Con ellos no hay amor limpio.
¿Qué fama no han asolado?
¿Qué opinión no han destruído?
¿Qué castidad no profanan?
Honor aquí, ya es delito;
virtud aquí, ya es infamia;
vergüenza aquí, ya es castigo.

ABDÍAS. Si al pie de la cazar real
das en estos campos gritos,
provocarás á los Reyes,
pues es forzoso el oirlos.

RAQUEL. ¿Pues qué es lo que yo pretendo?
(Vanse.) ¡Acab sangriento, vil hijo
de Amri, que á su Rey traidor
le forzó á abrasar el vivo!
¡Adúltera Jezabel;
que al demonio sacrificios
ofreces, para que en ellos
licencia des á tus vicios!
La esposa soy de Nabot
el que porque nunca quiso
consentir en tus torpezas
es de tu crueldad prodigio.
Mandad con él darme muerte;
acompañe un rigor mismo
dos almas, que en tiernos lazos
recíproco un amor limpio.
¿Por qué (decid) le matastes,
cohechando falsos testigos?
Pues, cuando blasfemo fuera

(como afirman fementidos)
imitador de sus Reyes
mereciera, por seguiros,
la sacrílega privanza
de vuestros favorecidos.
¿Qué más blasfemias ¡tiranos!
que las que habéis los dos dicho
á Dios, y no os apedrean
siendo común el delito?
Díganlo tantos profetas
consagrados al martirio
por vosotros, cuya sangre
está dando al cielo gritos.
Díganlo el gran Zelador
de nuestra ley, perseguido
de vuestra impiedad tirana
por sierras, montes y riscos.
Díganlo tantos altares
arruinados, destruidos
por vosotros, que erigieron
á Dios los padres antiguos.
¡Blasfemos! en fin, ¿remando
vosotros y el dueño mío
muerto? ¿En vasallos y Reyes
serán acaso distintos
los insultos generales,
siendo, en substancia, los mismos?
¿Por qué si afectáis rigores
no os ofende lo que os digo?
¿Por qué no hacéis apedrearme?
Cantos hay en este sitio
que en la sangre de mi esposo
se han bañado. Si os irrito,
mandad que mezclen con ella
la que á Nabot sacrifico.
Bañense unas mismas piedras
en la esposa y el marido.
¡Serán talamo de sangre
las que su túmulo han sido!
Pero ¿para qué doy voces
pues tan crueles os miro
que, por más atormentarme
negáis la muerte que os pido?
¡Ansias! ¡mostradme el teatro
de mis tragedias!

ABDÍAS. Dos ríos
son, de lágrimas, mis ojos.

JOSEPHO. En sentimientos la imito.

Descúbrese tendida en el suelo NABOT, *muerto, en camisa y calzones de lienzo, él y el vestido manchado de sangre, entre un montón de piedras, también ensangrentadas.*

RAQUEL. ¡Ay dueño de mi esperanza;
regalo de mis sentidos,
consuelo de mis congojas;
de mis tormentos alivio!
Celosa lloraba yo
engaños y desatinos.
¡Qué caras satisfacciones
á costa de entrambos, miro!
¡Mi Abel, mi justo, mi santo!
¡Pisad el más más bellísimo,
pues, colocado entre estrellas,
mártir os honra el Olimpo!
Altar de piedra, estas piedras,
rubíes y granates finos,
al simulacro del cuerpo
holocaustos os dedico.
Más valen que los diamantes
crisolitos y jacintos,
diadema os labran, mejores
que esmeraldas y zafiros.
Por reliquias, las vellero;
por sagradas, las estimo,
las beso, por sangre vuestra, (*Besalas.*)
por mis joyas las recibo.
¡Plegue á Dios, tigres de Hircania,
Acab, del cielo maldito;
idólatra Jezabel,
oprobio en Samaria y Tiro,
que no quede de vosotros
memoria al futuro siglo,
vasallo que no os desprecie,
rigor que no os de castigo!
¡Quiteos la vida y el reino
el más confidente amigo,
destruyendo en vuestra sangre
desde el decrépito al niño!
¡Si el Rey marchare á la guerra,
flecha de acero prolijo
le atraviese las entrañas
de tanta blasfemia asilo!
¡Si Jezabel enviudare
despedacenla á sus hijos,
sin permitirla llorarlos,
quien blasonaba servirlos!
¡Ese alcázar, desde donde
morir mi inocente ha visto,
cuando más entronizada,
la sirva de precipicio!
¡Desde el más alto homenaje
mida el aire, hasta este sitio,
y antes que le ocupe, muera,
oprobio á grandes y á chicos!
¡Lebreles la despedacen,
arrastrándola los mismos,
cuarto á cuarto, por los campos,
miembro á miembro, por los riscos!
¡No dejen reliquias de ella
de carne, hueso, ó vestidos,
sino la cabeza sola
para acuerdo de delitos!
¡Cielos pios!
¡Justicia en tanto mal, justicia pido!
¡Vengad, piadosos cielos,
mi esposo, mis agravios y los vues-
[tros!

ABDÍAS. Enjugad, señora, el llanto,
que si es la venganza alivio
con que descansan ofensas,
por mandato de Dios vino
el Profeta del Carmelo
y de su parte le dijo,
(cuando iba el Rey á tomar
la posesión, presumido,
de la viña de Nabot)
que con los mismos castigos,
morirán él y la Reina,
que al cielo le habéis pedido.
Llevad á enterrar el cuerpo.
Será, muerto, ejemplo vivo
de mal que á los Reinos viene
por una mujer regidos.

(*Vanse y encúbrese el cuerpo.*)

ESCENA XII

Salen Zarzuón, Dorbán y Lisarina, *pastores, y dicho soldado gracioso* Coriolín.

CORIOLÍN. ¿Cuidáis vosotros que es barro
ser sueldado?
ZARZUÓN. ¿Que el lugar
dejas solo, y sin llorar?
CORIOLÍN. Tengo en alma de guijarro.
¿La sierra no me quintó?
¿No vo por ella á la guerra?
Pues llore por mi la sierra,
que no pienso llorar yo.
Aqueste oficio me cuadra.
LISARINA. ¿No mos verás más, de vero?
CORIOLÍN. No, hasta ser Emperadero,
ó si no cabo de escuadra.
LISARINA. ¿Cabo de que?
DORBÁN. De cochillo.
CORIOLÍN. Eso mesmo pescudo
una vieja que acepo
en casa á un medio caudillo.
Estaba una compañía
en la su aldea hendida gente
(y aun hurtos) y ella inocente
de manera le servía,
que decento una traja
de un tinto, que con pies rojos
diz que saltaba á los ojos
Era tahur de ventaja
en esto de alzar de codo
el tan cabo, sin dejado,
y, de hoto enamorado,
le resquebraba de modo
que en el alma le metía,
pero porque no se hallaba
bebiendo solo, convidaba
á toda la compañía.
Llevábalos á su casa
dos á dos y tres á tres;
estovieren á lo un mes
¡saludaba el hurdes su casa!
Sospechaba cada instante
la vieja el daño presente,
viendo la sed en creciente,
y la hacienda en menguante.
Mas ¿qué mucho que el sentido
perdiese, y aquel calor
supiese con su calor
las faltas de su marido?
Hacíase el huésped importuno,
tocando á marchar la caja,
que el espíritu la traía
y ellos irse, hire todo uno.
¡Vaya con la maldición!
la viuda pobre decía.
¡Guay de vos, tocata mía
agotada hasta el hondón!
Sin vos ¿que ha de ser de mí?
¿quién habrá que me mantenga?
¿Que mala pascua le venga
á quien vos ha puesto así!—
Tratad al soldado bien.
(dijo uno más presumido)
que el huésped que habeis tenido
es cabo de escuadra.—¿Quién?—
Quien sirve al Rey y trabaja,
y es cabo de escuadra.—Igual,
(respondió) dirá ese tal,
que es cabo de manija.—
Y porque no es para más,
á Dios, que me voy á romper.
LISARINA. Pues ven acá ¿sabrás ser
sueldado tú?
CORIOLÍN. Buena estás,
yo se tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de bocetas,
echar catorce renegos,
arrojar, treinta por vidas!
acojer hembras perdidas,
sacar barato en los juegos:
y en batallas y rebatos,
cuando se toman conmigo,
se enseñarle allí el amigo
las suelas de mis zapatos.
ZAZILÓN. Eso es ser gallina, en suma.
CORIOLÍN. Dejos, Zazilón, lo vero.
¿Por que pensás que el sombrero
lleva el sembrado de pluma?
¿Sí, porque huyendo después
que la batalla se empieza,
volando con la cabeza
corre mejor con los pies?
Estas es de gallo, y trabajo
por darla aquí en sonso estima,
que, como el gallo va encima
y la gallina debajo.
Sos gallina en esta empresa,
que sabre cacarear,
porque al comer y al cenar
hasta gallina en mi mesa
LISARINA. Dejos le vaya á nuestros ojos
LOS DOS. ¡Dios te vea!
CORIOLÍN. A Dios
LISARINA. ¡Acordáos de mí!
CORIOLÍN. ¿De vos?
Dejadme agarrar despojos;
que vos os enane el traer
de las palmas que hurtare,
y si en la guerra finare. . . (*Llora.*)
LISARINA ¿Lloras?
CORIOLÍN. Y cuemo en señal
de que mi alma se condena,
antes de anochecer,
prometo de verse á ser
en regata de alma en pena.
LISARINA. No, Coriolín, eso no,
yo os perdono la vesita.
CORIOLÍN. Queroos ver, que sos bonita,
de cerca os pienso estar yo
dos dedos os como un oro,
que vos barran, que vos reguen,
que vos guisen, que vos frieguen.
LISARINA. ¡Fuese abuera!
CORIOLÍN. ¡Ay, como lloro!
¿Pensás que la guerra es paja?
Embarradme, vadme.
LISARINA. ¿Que os me vais el zagal vos!
CORIOLÍN. A ser cabo de manija. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen dos soldados tras un profeta que huye. Sale también Jehú con bastón

SOLDADO 1.º

¡Corred tras él, tenedle, que, pues huye,
algun delito ha hecho!

SOLDADO 2.º

Al viento excede.

SOLDADO 1.º

¡Que nunca aquesta seta el Rey destruye!
¿Cuándo podré yo ver que el reino quede
libre de estos hipócritas tasmados,
que el mal nos profetizan que sucede?
Trúele preso.

JEHÚ.

Sosegad, soldados.
Dejadle, que es de Dios justo profeta,
y fiel ejecutor de sus mandados.

SOLDADO 2.º

Si tu acreditas esta mala seta,
príncipe de ejército y segundo
después del Rey, ¿que mucho se prometa
engañar (no á Israel) á todo el mundo?

JEHÚ.

No blasfeméis de Dios, que me provoco
á enojo, cuando en El mis dichas fundo
Acab murió, como cautivo y loco,
en la batalla, cuando pretendía
prender á Ramot (castigo poco
á su barbara y ciega idolatría).
Una flecha desmanda el cielo airado,
que le pasó el pulmón (¡dichoso dia!);
los perros en su sangre se han cebado;
venganza es de Nabot. Reino su hijo
Ocozías, como él, desatinado;
murió (como el profeta lo predijo)
precipitado de unos corredores,
después de la pension de un mal prohijo.
En carroza de eternos resplandores
arrebató una nube al del Carmelo
Elías, luz de santos celadores.
Reina Jorán agora, cuyo celo
idolatra, á su padre semejante
y hermano, de su vicio es parcelo.
Dios intenta asolar este arrogante.
A Dios, por esto y por señor, invoco.
Nadie blasfeme de El de aquí adelante.

SOLDADO 1.º

¿Qué te quería á solas este loco?

JEHÚ.

¿Conocístele acaso? ¿Habeis sabido
lo que me dijo?

SOLDADO 1.º

Importaráte poco.

SOLDADO 2.º

Mentiras serán suyas. Mas ¿que ha habido?
Cuéntanoslo.

JEHÚ.

Llamándome en secreto,
cerró la puerta.

SOLDADO 1.º

¡Qué desvanecido!

JEHÚ.

Y llegándose á mí, con real respeto,
una ampolla derrama en mi cabeza
del óleo sacro (milagroso efeto).
«Eso dice el Señor de eterna alteza:
Dios de Israel (prosigue), yo te elijo
por Rey del pueblo mío y su grandeza.
Severo destruirás, como predijo
el Tesbites, de Acab la torpe casa,
aunque fué tu señor y lo es su hijo.
Yo vengaré por tí, pues que te abrasa
mi celo y ley, la sangre que vertida
de mis profetas hasta el cielo pasa;
la de mis siervos todos, cuya vida,
á manos de la impía y deshonesta
Jezabel, fué de tantos perseguida.
Por tí he de hacer venganza manifiesta
de cuantos propagó la sangre suya
(si primero triunfante, ya funesta);
no ha de dejar en pié la espada tuya
persona de su ingrata descendencia.
¡Toda perezca, toda se destruya!
Desde la senectud á la inocencia:
desde el mas retirado y recogido,
hasta el que en vicios tiene más licencia,
su nombre quedará en perpetuo olvido,
como el de Jeroboán y Basa fieros,
cuya familia toda ha destruido.
Jezabel, de Profetas verdaderos
verdugo, por los campos arrastrada
de Jezrael, castigos más severos
ha de pasar por tu furiosa espada;
perros su cuerpo comerán, hambrientos;
en nombre de Nabot despedazada.
Cuantos la vieren estarán contentos,
mofando de su idolátra locura;
y en gustos convirtiendo sus lamentos,
ninguno osará darla sepultura:
las entrañas de torpes animales
el talamo serán de su locura.
Goza, Jehú, de las insignias reales»
Dijo y huyó. ¡Soldados, pues, valientes
ved si á Jorán ó á Dios sirvos hoy lea es!
Cerco en persona puso con sus gentes
á esta ciudad, Ramot es su apellido;
sus muros escalamos eminentes;
retiróse á Samaria el Rey herido,
dejóme en su lugar mientras que sana.
Dios de Israel me llama Rey ungido.
Juzgad si esta esperanza saldrá vana,
o si es razon que el cetro real reciba
contra Jorán y Jezabel tirana.

(Salen los que pudieren.)

SOLDADO 1.º

¡Viva Jehú, soldados!

SOLDADO 2.º

Jehú viva.

SOLDADO 1.º

Trono le hagamos todos de la ropa;
desnudome también de medio arriba.

(Hacenle trono de sus ropas y con música le besan la mano.)

JEHU.

Pues Dios me elige, el viento llevo en popa.

SOLDADO 2.º

Las manos, por su Príncipe, te besa
el Asia y Palestina. ¡Tiemble Europa!

SOLDADO 1.º

Deja, Rey, á Ramot, deja su empresa;
el cuello de Jorán tu planta pise.
Parte á Samaria, marcha, date priesa.

JEHU.

Ese consejo proponeros quise.
Marche á Samaria el campo.

TODOS.

Marche el campo.

JEHU.

Ninguno salga de él, porque no avise
al mísero Jorán.

ESCENA XIV

DICHOS.—CORIOLIN

CORIOLIN.

Con el me zampo,
que de esta vez soy cabo de tinajas.

JEHU.

¡Yo os vengaré, mi Dios! Marchen las cajas.

(Vanse.)

ESCENA XV

Sale JEZABEL *de viuda, bizarra, y* CRISELIA.

JEZABEL. Ya Jorán se ha levantado.
CRISELIA. Peligrosa fue la herida,
pero, pues, queda con vida,
y tu, Alteza, sin cuidado.
Albricias, señora, han dado
Remas en tal ocasión.
JEZABEL. Pídelas, pues.
CRISELIA. De prisión
á la viuda Raquel saca,
que una buena nueva aplaca
la más fiera indignación.
JEZABEL. ¿Que dices bárbara?
CRISELIA. Advierte...
JEZABEL. No prosigas, que estás necia;
quien á sus Reyes desprecia
poco en su peligro advierte.
Apresurarás su muerte
si eso vuelves á pedir.
CRISELIA. ¿Qué más muerte que vivir
sin dueño que tanto ha amado?
JEZABEL. Por eso no se la he dado;
pene y viva, que es morir.
Albricias de poco fruto
intentas: necia estás hoy.
Cansada, de sella estoy
de tanta viudez y luto.
Tres años pago tributo
al llanto, la pena mía;
de sí misma ser podría
verdugo, quien mucho llora.
Festejemos, pues mejora
mi hijo, su mejoría.
Vuelvan á hacer mis cabellos
con los del sol competencia,
que yo sé, que en mi presencia
su luz se corrió de vellos.
Rigurosidad es tenellos
en prisión mientras que lloro;
estas bocas, sin decoro,
son cárcel que los maltrata;
no es bien, que hilos de plata
escondan madejas de oro.
Acerca ese tocador;

(Asientase á tocar en él.)

pónme sobre él ese espejo;
con su cristal me aconsejo,
que es sumiller del amor.
Ve, y el vestido mejor
me saca, mientras divido
los cabellos que he ofendido,
y en Asia toda celebra
ensartarte en cada hebra *(Destocase.)*
perlas que al Oriente pido.
Golfos de luz surcará
el marfil de aqueste peine,
porque en campos de oro reine
mientras sobre ellos está.
CRISELIA. El de verde mar será
mejor: que adorna y alienta.
JEZABEL. Verde mar no me contenta,
que, esperanza puesta en mar,
ó se tiene de anegar
ó ha de padecer tormenta.
Ya sabes que soy cruel;
el pagazo y encarnado
me pondré.
CRISELIA. Desesperado
y sangriento.
JEZABEL. Llore en él
su amor difunto Raquel.
CRISELIA. ¡Qué locura!
JEZABEL. No hay mudanza
en su pena y mi venganza;
CRISELIA. Voy *(Ap.)* ¡Qué bárbara, qué fiera!

(Vase Criselia.)

ESCENA XVI

JEZABEL *y una* MUJER, *dentro.*

JEZABEL. Si verde mar me vistiera,
ya fuera darla esperanza.
Tengamos, espejo, aviso,
no demos segundo ejemplo
mientras en vos me contemplo,
á locuras de Narciso.
Murió, porque no me quiso
Nabot, justa fue mi queja:
deje la vida, quien deja
de adorar ventura tanta.

Alguno allá dentro canta
que adulador me festeja.
(Canta dentro una mujer.)

(Canta.) «En la prisión de unos hierros
lloraba la tortolica
los mal logrados amores
de su muerta compañera.
(Retirándose Jezabel.)
mal hubiera la crueldad
del águila, cuya osadía
dio fin, no á sus iras,
sus arrullos y sus vidas.»

JEZABEL. Parece que es de Nabot
y Raquel la historia misma;
quien de ellos se compadece
me canta y me esforza.
Los dos las tórtolas fueron;
yo el águila vengativa,
que celosa de su amor,
su tálamo tranquila
«¿En la prisión de unos hierros
lloraba la tortolica»
cuando á Raquel tengo presa?
Mi crueldad metaforizan.
Basta que ya en versos anda
su tragedia; pero ingrata
es que escarmientos la canten
si tras de ellos la matan.
Tiemblome el mudar; eso quiero;
venganzas me regocijan,
rigores me alegran,
severidades me animan. *(Tocándose.)*

(Canta.) «Requiriendo requebros
en el valle de una viña,
fertilidad le prometo
de amor su cosecha opima.
Nunca nacieran los celos
que arroyos esterilizan,
corazones desecharan,
y esperanzas desanimaron.»

JEZABEL. ¿Que has que hablar? Si historia
amores, celos y viña [canta
en su favor me condenan
y en mi crueldad se averiguan.
Pero si te ame en secreto
¿como mis celos publican
versos, que mi fama ofenden,
canciones que la infaman?
Raquel los habrá contado.
Raquel ilustrará estos
desatinos de su lengua
efectos de sus desdichas.

(Canta.) «Perdió la tortolica amante
á manos de su malicia,
epitafios consortes
¡Vaya de que son desperdicio!
Con fiera el águila fiera,
(mejor la llamara acaso
cuando ejecute crueldades
¿quién osará resistirla?»

JEZABEL. Ya pasa de desacato
lo que escucho, su osadía
mi agravio y furia provoca
llamas añade mis iras. *(Levantase.)*
¡Hola! ¿Quien es la que canta
allá adentro? ¿Quien me indigna,
sin recelar mis rigores,
sin respetar mi justicia?
Mas, mi autoridad ofendo
dando en por entendida.
¿Quien pudo enfrenar las lenguas
del vulgo, ni reprimirlas?
(Vuelve á sentar.)
Canten, llámenme cruel;
que podrá ser que algun dia
las viles cabezas corte,
por más que son de esta hidra.

(Canta.) «¿Que importan las amenazas
del águila ejecutiva,
si ya el leon coronado
venganzas contra ella intima?
Humillara su soberbia
caerá el Aguila atrevida,
siendo presa á los rigores
lebreles que la dividan.»

JEZABEL. ¿Que leon (cielos) es este
que sangriento me derriba?
¿Yo presa de brutos fieros?
¿Yo en pedazos dividida?
¡Hola, vasallos, Criselia!
¡Ay cielos!
(Levántase tocada.)

ESCENA XVII

Jezabel, Criselia. Voces dentro.

CRISELIA. Señora mia
¿qué sientes? ¿Por qué das voces?
La color te has perdido.

JEZABEL. Y con ella la paciencia.
(Mírase al espejo.)
¡Muerta soy! ¡Aparta, quita
ese espejo, que me ensaña
á Nabot, dentro de heridas!
¡Un hombre armado amenaza
con su desnuda cuchilla
mi trágico fin!

CRISELIA. ¿Qué es esto?

JEZABEL. Su corte en mi cuello alfana...
¿No lo ves?

CRISELIA. No, gran señora.
¡Vuelve en tí!
(Tocan cajas.)

JEZABEL No, desatina
mi temor. Pero... ¿que es esto?

DENTRO. ¡Viva Jehu!

TODOS. ¡Reine y viva!

ESCENA XVIII

Salen ABDIAS, JEZABEL *y* CRISELIA.

ABDIAS. Huye castigos, sí fora,
del cielo, que pronostican
trágico fin á tu casa.
Mas del cielo ¿quien se libra?
Jehu se te ha rebelado,
de Samaria está á la vista,
Jorán le salió al encuentro,
Jehu una flecha le tira
que el corazon le traspasa,
y victorioso entrando

el ejército y deseos
á esta ciudad.

JEZABEL. ¡Ea, desdichas,
acabad conmigo todas!
Pero, la industria me avisa
remedios con que dilate
sino venturas, la vida.
Fiada de mi belleza
haré al engaño que finja
amor á Jehu tirano.
Pondréme á un balcón festiva,
mostraré que estoy gozosa,
que, de Jorán homicida,
su diadema le corone
y el solio de su silla.
Prometeréle mi esposo,
y si la belleza hechiza
¿quién dirá que ha de escaparse?
¿quién duda á que me admita?
Dame, Criselia, esas joyas,
galas el cuerpo se vista,
y el alma tuvos secretos,
pues son substancias distintas.
(Vase.)

ABDÍAS. No se yo que tus crueldades
te prometan tantas dichas,
que es vengador de inocentes
Jehu.

CRISELIA. ¡Ay mujer perdida! *(Vanse.)*

ESCENA XIX

Salen soldados marchando, entre ellos CORIOLÍN *y* JEHU, *con bastón, detrás, y al mismo tiempo del vestuario, con música, los más que pudieren y* ABDÍAS. *Detrás de todos* RAQUEL. *Acompañada de* CRISELIA, *de viuda, y sobre un balcón* JEZABEL, *muy bizarra.* JEHU *y los suyos suben al tablado por un palenque.* RAQUEL *que le recibe con los demás, saca una corona de oro sobre una fuente de plata, tocando chirimías, cajas y clarines.*

RAQUEL. En nombre de Jezrael
ciudad tuya, patria mía,
que por consolar mis penas
generosa me autoriza,
te ofrece ¡oh gran vengador
de la Majestad divina,
por Acab menospreciada
por Jezabel ofendida!
diadema que en paz poseas,
agora tus sienes ciña
y después por todo el orbe
(Corónale.)
los círculos del sol siga.
Púrpura adorna á los Reyes,
púrpura, señor, te vista
de sangre idolatra aleve
que altares sagrados pisa.
Venga inocentes (Monarca)
profetas, huérfanos, viudas,
mozos que estraga el engaño,
viejos que el temor lastima.
Teatro este sitio fué
de la impiedad más lasciva,
la más bárbara tragedia,
la crueldad más inaudita
que el tiempo escribió en anales,
que puso horror á provincias,
que verdades afirmaron,
que fabularon mentiras.
Aquí mi Nabot fué muerto;
Nabot, cuya fama limpia,
coronaba su inocencia,
celebraba su justicia.
Falsos testigos cohechó
contra él, el oro y la envidia,
el poder y la soberbia,
la ambición y la malicia.
Una viña le dió muerte,
que, quien reinos tiraniza,
sangre vende de leales
por el precio de una viña.
Testigos de su inocencia
pueden ser (no lenguas vivas
que estas, tal vez, se apasionan)
las piedras sí, fidedignas.
Haz información con estas;
la sangre en que se matizan
presento en tu Tribunal,
testigos fueron de vista.
¡Venganza, Rey poderoso!
antes que estas piedras mismas,
si agora testigos, claman,
jueces después, te persigan.
(De rodillas.)

JEHU. ¡Basta, Raquel; cese el llanto:
alzad, consolad desdichas!
Setenta hijos Acab deja:
todos setenta, en un día,
satisfarán vuestro agravio.
Deudos, amigos, familias
de Acab y de Jezabel
mueran.

RAQUEL. Y tu eterno vivas.

JEHU. En nuestra ciudad entremos,
pues su lealtad nos obliga.
(Al entrar dice JEZABEL *desde el balcón.)*

JEZABEL. Goce Jehu, mi señor,
con la corona israelita,
la paz, que todos desean,
pintando al laurel, la oliva;
que si á su Rey dió la muerte
el padre de Acab imita,
que á su Príncipe obligó
á resolverse en ceniza.

JEHU. ¿Quién es esta aduladora?

ABDÍAS. Esta es Jezabel maldita.

JEHU. ¡Derribadla de la torre!

CORIOLÍN. ¡Soldados, subid arriba!
que para esto soy valiente
(Suben á la torre CORIOLÍN *y soldados.)*

RAQUEL. ¡Ah bárbara! Así castiga
el justo cielo, tiranos,
que si tarda, nunca olvida
(Arriba defendiéndose JEZABEL *y al cabo la echan abajo.)*

JEZABEL. ¿A vuestra Reina, alevosos?
¡Favor cielos!

CORIOLÍN. Eso pida
favor al cielo, que está
muy bien con sus obras pías.
¡Vaya, abajo la borracha!
(Cae hacia dentro.)

JEZABEL. ¡Muerta soy!
CORIOLÍN. ¡Ha de allá! ¡Asidla!
¡no se os vaya, que tendrá,
como gato, siete vidas!
SOLD. 1.º Perros salen á comerla.
CORIOLÍN. Cada cual la descuartiza,
y herederos de sus carnes
van haciendo la partija.
SOLD. 1.º Arrastrando se la llevan.
CORIOLÍN. All alma tened mancilla;
que con ella juegan diabros
diz que á «salga la parida.»

RAQUEL. ¡Ya se acabaron mis penas,
dulce esposo, prenda mía!
Tu Raquel en tu venganza
esta sangre te dedica.
JEHU. Alce Israel la cabeza,
pues de Jezabel se libra,
y escarmiente desde hoy más
quien reinare; no permita
que su mujer le gobierne;
pues destruye honras y vidas
la mujer que manda en casa,
como este ejemplo lo afirma.

COMEDIA FAMOSA

DOÑA BEATRIZ DE SILVA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Silveira.	Perreira.
Olivenza.	Doña Beatriz.
Don Juan.	Doña Isabel.
Don Fernando.	Doña Leonor.
Don Pedro Pereira.	El Conde de Portalegre.
Don Pedro Girón.	Don Alvaro. [1]
Melgar.	Doña Inés.
Rey don Juan.	Don Luis de Velasco.
Don Pedro de Aragón.	Don Diego Sarmiento.
Don Enrique.	Nuestra Señora, *niña*.
Girón.	San Antonio de Padua.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tiros de Artillería, música de todo género; fiestas de dentro, y sacan Silveira *sobre los corredores de arriba, á un lado, una bandera con las armas de Portugal y Castilla*

Silveira. La hermosa doña Isabel,
Infanta de Portugal,
(que va á dar mano de esposa
al segundo rey don Juan),
nieta del rey don Duarte,
hija de aquel capitán
que con la cruz portuguesa
ganó renombre inmortal,
¡viva siglos infinitos
por gloria de nuestra edad!
(Disparan y tocan chirimías)

(*Dentro.*) ¡Vivan don Juan e Isabel
por Castilla y Portugal!

(Al otro lado saca arriba Olivenza *otra bandera con las armas de Portugal y del Imperio)*

Olivenz. La Infanta doña Leonor
que gloria á estos reinos da
y á Federico tercero,
(que del Imperio alemán
es monarca) llama esposo.
¡Viva!
(*Dentro*) ¡Viva!

Olivenz. Desde el mar
toquen festivos e arines,
que á ellos responderá,
(con marciales intrumentos)
Lisboa.
(Entranse los de arriba.)

Silveira. Haced disparar
las piezas de este castillo.
(Música y tiros)

(*Dentro*) ¡Alemania!

Otros. ¡Portugal!

ESCENA II

Salen don Juan *y* don Fernando.

Juan. Dejad las festivas voces
crueles, que atormentáis
un alma, entre amor y celos,

[1] En la comedia figuran D. Alvaro de Estúñiga y D. Alvaro de Luna

hecha esfera de un volcán.
No dispareis culebrinas,
o con ellas me apuntad
al corazon, que hecho piezas
suspira por su mitad.
Vuestras galas son mi luto,
vuestras fiestas mi pesar,
vuestras bodas mis obsequias;
sin Leonor no vivo ya.

FERNAN. Mirad don Juan de Meneses,
que dais nota en la ciudad
con esos locos extremos,
y que en vos parecen mal.
Atentos en vos reparan
cuantos castellanos hay
en Lisboa, á quien envia
por su esposa, el rey don Juan.
Encubrid vuestras pasiones,
o (si amigo me llamais),
decidme la causa de ellas,
que ofendeis nuestra amistad.

JUAN. Conde ilustre de Arroyolos,
¿para qué me preguntais
lo que á voces manifiestan
mis desdichas?

FERNAN. Un año ha
que de estos reinos, y vos
ausente, troque la paz
en Africa, por la guerra
que eterniza á Portugal.
Libre entonces os dejé
sin que arpones del rapaz
pudiesen en vuestro pecho
sus ciegas llamas lograr.
Si agora, pues que he venido,
olas al mar aumentais,
quejas de viento á los vientos,
sin que os merezca sacar
la causa, ignorarla es fuerza.

JUAN. ¡Ay, don Fernando!

FERNAN. ¿Qué hay?

JUAN. El médico por el pulso
conoce la enfermedad,
todo es pulsos un celoso
que son fuego de alquitrán
los celos, y humo de amor
de sus incendios señal.
Mas, pues, no sabeis la causa
de mis ansias, escuchad,
que mi pena, hasta aquí muda,
ya revienta por hablar.
Después que al rey don Duarte,
(que de Dios gozando está
para luto de estos reinos),
llevó la muerte voraz,
entre los pequeños hijos,
ramo de su tronco real,
que nos dejó para alivio
de su triste soledad,
fueron el rey don Alonso
el quinto, en tan tierna edad
que aun cinco años no tenia,
dejándonosle en agraz,
y doña Leonor, su hermana,
que, de cuatro años no más,
como el sol, nos amanece
sobre su cuna oriental.
Quedaron los dos á cargo
del duque de Guimarán
y del Coimbra, tio suyo,
espejo de la lealtad.
Pusoles casa, y á mi
casa en los años su igual,
me introdujo su bien no;
yo muchacho, amor rapaz;
crieme, con la licencia
que suelen los años dar,
con el Rey y con la Infanta,
privando entre los demas,
tanto, que sin mi los dos
no acertaban á jugar,
ni les supo cosa bien,
ni en mi ausencia hubo solaz.
Pero, quien se aventajaba
en mostrarse liberal
dándome favores tiernos,
que en desdichas vuelto se han,
fue la Infanta, mi señora,
comenzando amor rapaz
entre niños, á ser niño;
fue creciendo, viejo es ya.
Mil veces por el jardin,
entre calles de arrayán
y murtas, cogiendo flores
se vinieron á encontrar
las manos, al elegir
ya el clavel, ya el azahar,
abrasando á fuego lento
su nieve mi voluntad.
Y si entonces daban glorias
estos encuentros ¿qué harán
cuando saliendo del nido
sepa el ciego dios volar?
Mil veces (que á los colores
jugamos) sentí enlazar
entre favores de cintas
mi crédula libertad
que sin saber los peligros
(como el pájaro que va
al reclamo que le burla)
quise bien, salióme mal.
Crecimos y creció el fuego,
volviéndose en natural
la costumbre poderosa,
y cuando á hospitar
comenzaban mis discursos
en alegre facultad
de amor, todo sutilezas,
que inventa la ociosidad.
Con los años en la Infanta
creciendo el respeto real,
crecieron los imposibles,
avaros en ver y hablar.
Desde entonces comencé,
Fernando, á experimentar
los efectos de mi fuego,
leve hasta allí, ya alquitrán.
Tuve celos, desvelóme,
versos hice, di en rondar,
saqué galas, fui á motes,
frecuenté la soledad,

1 El ni no está en el original ni en la reimpresion.

y otros varios ejercicios
de esta profesión, juzgad
con tales huespedes, Conde,
que tan mi alma estará.
Las veces que, desde entonces,
permitió la autoridad
de la infanta y sus retiros,
para asistirla jugar,
con equívocos favores,
con afable gravedad,
tuvo en pie los pensamientos
y mi amor entre esos pasos
de esperanzas y recelos
non plus ultra de este mar,
puesto que juzgare loco
un amor tan desigual,
pero, no tanto, que dado
que es rama de un tronco real
y de Duarte heredera,
dió á mi sangre calidad
el Conde de Portalegre,
primero Aníbal
en las guerras y del rey
Don Pedro hijo natural.
Abuelo materno mío
fue el marqués de Villareal,
descendiente de Diademas
Augustas, cuya grandeza
y la de mi amor perdido
pueden, Conde, disculpar
alguna vez de mi empleo,
si amor es temeridad.
En efecto, luego el hoy
de mi vida, ya se va
la infanta doña Leonor
á Alemania, á coronar
por Fénix de Federico
y por sol que osen mirar
las dos cabezas de un cuerpo
blason de tan Imperial.
Ya se parte de Lisboa,
ya, Conde, se va embarcar
sobre los hombros del Tajo
que, de popa y corral
guarnecido su cabeza,
celos tiene, porque el mar
en sus brazos la reciba
y su azul hurtando está,
como yo, que, imagen suya,
de los muros de San Gian,
arrojándome á sus olas,
mi fuego he de sepultar;
pues en mortajas turquíes
bien los celos morirán
que me abrasan, si para ellos
no es poca su inmensidad.
¡Hoy muero, hoy fenezco, Conde!

FERNAN. Imposibles, don Juan,
cuando es discreto el amante,
redimen la libertad,
no lo ha sido vuestro amor,
su bien pudo recelar
tan remontados empleos;
más serán desde hoy más,
que es la infanta Emperatriz
sol que nació en Portugal
y va á derretir la nieve
del venturoso alemán,
de quien antípodas sois;
y, pues á obscuras quedáis,
á otra luz, no tan difícil,
si sois cuerdo, os alumbrad,
y Leonor goce mil años
el tálamo con Portugal
de tercero Federico
que la aguarda en Aquisgrán.

JUAN. Ya van saliendo las damas.

(Música y tiros.)

FERNAN. ¡Brava salva!

JUAN. Imitarán
á mis suspiros, que encienden
celos, Conde, de alquitrán.

ESCENA III

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON PEDRO GIRÓN *y en medio* DOÑA BEATRIZ DE SILVA, *de camino, todos muy bizarros.—Dichos.*

PEREIRA.

Cuando en publico acá la infanta sale,
un caballero solo ocupa el lado
de la dama á quien sirve, porque iguale
el premio de su dicha á su cuidado,
mi amor quiere que en ello me señale,
y la presente suerte me ha dictado
un año de servicios y desvelos
que alimentan ya esperanzas y ya celos.
Si allá en Castilla (noble caballero)
no se practica este uso cortesano,
ya que os aviso, aconsejaros quiero,
de vos el puesto que ocupáis en vano.

PEDRO GIRÓN.

Nunca es blason el término grosero,
que acostumbra el que es noble castellano,
que la corte del Rey don Juan segundo
puede enseñar mesura á todo el mundo.
Esa ley (que contáis por maravilla)
es mas antigua allá y hala heredado
Portugal, de la Corte de Castilla,
con todo el reino tambien, antes Condado.
Obligación os corre de cumplilla;
pues siendo negligente enamorado
ni el uso que alegáis es de provecho,
ni á este lugar, por hoy, teneis derecho.
Yo le ocupé primero y daré nota
de para poco, si por vos le dejo.

PEREIRA.

¿Sabéis quien soy?

PEDRO GIRÓN.

Nunca eso me alborota:
seréis de sangre y de valor espejo.

PEREIRA.

Soy nieto del que os dió en Aljubarrota
(mozo en el brio y en los años viejo)
noticia de la sangre de Pereira.

PEDRO GIRÓN.

La hazaña saldrá aquí de la Forneira
que haceis de blasonar esa victoria,
propio del pobre (cuya corta hacienda

no se le cae jamás de memoria,
y mas cuando se ciña en una prenda);
hidalgo pareceis de ejecutoria
que no hay corrillo, calle, plaza ó tienda,
donde venga ó no venga, (dando enfado)
no saiga el pergamino iluminado.
Castilla tantas veces ha vencido
á Portugal (desde su Rey primero)
que la memoria de ellas ha perdido,
aunque no vuestra sangre, nuestro acero.
Pero, por que del caso hemos salido,
si vos hidalgo sois, yo caballero,
si vos Pereira, yo Girón, que enseña
los tres, blasón antiguo del de Ureña.
Si vos accion teneis á la ventura
que se me sigue de este hermoso lado,
yo le adquirí primero, y no es cordura
el ser tras negligente, mal criado.
(*A ella.*) Pero por no ofender vuestra hermosura
(hermoso sol de quien será traslado
el del cielo) decid pues se os concede
quien gustais que se vaya y quien se quede.

PEREIRA.

A no haber señalado juez tan presto
yo, castellano, á hablar os enseñara,
menos despreciador y más modesto,
y del lado ó la vida os despejara,
mas, pues en tales manos habeis puesto
la justicia y accion que alego clara,
de ella y de vos, señora mia, espero
el mal despacho de este caballero.

BEATRIZ.

Hidalgos, siempre fué consejo sano
no juzgar entre amigos, que en no intenta
perder el uno, y más en dia que gano
tanta honra y con los dos voy tan contenta.
A don Pedro Girón (por castellano
á cuyo reino voy) me corre cuenta
como á huesped servirle y serle afable,
(si la ley del hospicio es inviolable).
A don Pedro Pereira también debo,
por deudo, conterráneo y pretendiente,
toda correspondencia y no me atrevo
pagar su honesto amor ingratamente;
dos Pedros á mi lado, ilustres, llevo,
cada uno galán, noble, valiente,
sin saber (cuando tanto entre ellos medro)
distinguir lo que va de Pedro á Pedro.
Y así, porque ninguno quejas tenga,
ni yo pierda la dicha de tal lado,
dispénsase esta ley. Cada uno venga
en el puesto que halló desocupado.

PEREIRA.

Con vuestro gusto es bien que me convenga,
pues estoy en el sitio mejorado,
que si el derecho es, (con tal cosecha)
tendré en serviros buena manderecha.

PEDRO GIRÓN.

Yo, que al izquierdo voy, no creo que pierdo
la accion de venturoso (pues me cabe)
el corazón, que yendo al lado izquierdo
podré experimentar tierno y suave.

PEREIRA.

Más noble es el derecho.

PEDRO GIRÓN.

Si sois cuerdo
ved que del corazon gozo la llave.

PEREIRA.

Sabréosla yo quitar.

BEATRIZ.

Hidalgos, paso,
que me descuartizáis á cada paso.

JUAN.

¡Oh hermosa hermana! En fin Castilla puede
privándonos de vos dejarnos solos.

FERNANDO.

En noche triste nuestro reino quede,
pues se le ausentan juntos tres Apolos.

BEATRIZ.

Ese título solo se concede
á las Infantas (Conde de Arroyolos)
que en mi no caben excelencias tantas.

FERNANDO.

Reina en belleza sois, si ellas infantas.

BEATRIZ.

Señor don Juan ¿con tal melancolía?
¿Tan llano traje, cuando el mundo os loa
por Adonis en gala y bizarría
y es ramillete del placer Lisboa?
¿En tanto gozo, en tan festivo día,
que no hay en tierra coche, en mar canoa,
que desde el tope hasta el humilde lastre,
telas no arroje, púrpuras no arrastre?
¿Vos sin una señal, sin una pluma
con que esteis en el papel del viento
de esta jornada la felice suma,
asunto ilustre á tanto pensamiento?

JUAN.

Borde, doña Beatriz, cándida espuma
el turquesado y húmedo elemento,
y brille al sol su inquieta superficie,
porque del mar celosa llore Cloe.
Retrate á Abril y Mayo el cortesano,
y en varios campos recamados pinte,
siendo abeja oficiosa, que el verano
flores de seda coge, que hizo el tinte:
y mientras, envidioso el tiempo cano,
perfiles de oro en años no despinte,
ni los países de la edad destemple
(pues es la juventud pintura al temple).
Quien gustos logra y al pesar no ha visto
dé galas al amor, plumas al viento,
que, si con ellas veis que me enemisto,
siento esta ausencia y visto como siento.

BEATRIZ.

En fin ¿no hacéis jornada?

JUAN.

Aquí resisto
ímpetus de un ligero pensamiento
que me quiere llevar sobre sus alas,
y á pesar del pesar envidia galas.

BEATRIZ.

Yo á Alemania creí que ennobleciera
vuestra gentil presencia y nobles años,
y que la Emperatriz os persuadiera
á su asistencia.

JUAN.

Todos son engaños;
más vale, hermana, que entre ausencias muera,
que no entre irremediables desengaños.
(*Disparan.*)

FERNANDO.

Hermosa confusión.

PEDRO GIRÓN.

Célebres fiestas;
la Emperatriz y Reina son aquestas.

ESCENA IV

Salen doña LEONOR *y* doña ISABEL *muy bizarras, de camino,* SILVEIRA, OLIVENZA *y otros.*—DICHOS

LEONOR. En fin, Portugal, que os dejo;
que me parto, Lisboa, en fin.
OLIVENZ. Llorando y riyendo el Tejo,
de escamas de oro un delfín
rompe en el cristal su espejo,
creyendo que ha de llevar
á Vuestra Alteza á embarcar;
llore nuestro Tejo y ría,
pues pierde y goza en un día
el sol que le usurpa el mar.
ISABEL. ¿Desde aquí hasta Aldea Gallega
hay tres leguas de agua solas?
P. GIRÓN. Tajo á Vuestra Alteza ruega
que pise plata en sus olas
y la lengua humilde llega
conque lisonjero lame
la arena para que os llame
y á que la plantas os lleve.
ISABEL. Quien á dejarle se atreve
bien es que otro mar derrame.
P. GIRÓN. Antes de veros partir
de aquí aumenta su placer,
y vos le podéis seguir,
si en Cuenca le veis nacer
ya que aquí le veis morir;
que estimará en mucho el Tejo
que, mirándoos en su espejo,
le gocéis, dándole nombre,
niño en Cuenca, en Toledo hombre
y en nuestra Lisboa viejo.
OLIVENZ. (*A doña* LEONOR.) Hora es ya que Vuestra Alteza
se embarque, porque el mar, rico
en poseer tal belleza,
asegure á Federico
tranquilidad y llaneza.
SILVEIRA. (*A* ISABEL.) Ya es hora de que piséis
un barco sobre que honréis
(desde la quilla á la gavia)
de Tiro, esquilmos y Arabia.
PEREIRA. (*A* LEONOR.) Gran señora no lloréis,
LEONOR. Lisboa es merecedora
de esta amorosa señal;
pues no la ama quien no llora,
ni tiene ciudad igual
el orbe en cuanto el sol dora.
(*Sale el* Conde de Portalegre.)
CONDE. Denos los pies Vuestra Alteza.
LEONOR. Don Diego de Silva, alegre
vuestra vista, mi tristeza,
pues Conde de Portalegre
os llama vuestra nobleza.
CONDE. Vendoos vos, señora mía,
no me pidáis alegría.
LEONOR. Doña Beatriz, vuestra hermana,
no quiere ser alemana
ni admite mi compañía.
BEATRIZ. La reina, nuestra señora
doña Isabel, cuya hechura
soy, me honra consigo.
LEONOR. Adora
Portugal, vuestra hermosura;
sin vos esta corte llora
y yo (que quiero seguilla
en esto) va que á la silla
del Imperio voy, gustara
de que Alemania os gozara
que está envidiando á Castilla:
mas pues no gustáis, á Dios.
BEATRIZ. Federico, gran señora,
al mundo deje de vos
sucesion, que cuanto dora
el sol, rija por los dos.
ISABEL. En fin, Conde, ¿acá os quedáis?
CONDE. Alfonso, el rey, mi señor,
me lo manda.
ISABEL. ¿Y vos gustáis?
CONDE. Pero al de Campomayor,
mi hermano, por mí devéis;
y de su prudencia fío,
pues en mi nombre le envío,
que hará como portugues.
ISABEL. Don Alfonso Veaz es
buen lleno de tal vacío.
LEONOR. Pues, don Juan ¿vos solamente
ni me habláis, ni os despedís?
JUAN. No es la lengua suficiente
á explicar, cuando os partís,
lo mucho que el alma siente;
y pues vien dos mudo quedo,
y todo lo que decir puedo
y Vuestra Alteza advertir,
juzgue que llego á decir
cuando aun lo posible excedo.
Mudo el pesar me consuma
con que triste os reverencio
mas vos me entenderéis, que, en suma,
á veces habla el silencio
más que la lengua y la pluma.
LEONOR. Ni os despidáis, ni de mi nombre
de ausente, ni así os asombre
la navegacion que sigo;
porque quiero que conmigo
vengáis, por mi gentil hombre.
Juntos nos hemos criado;
lo que la niñez imprime
nunca el tiempo lima borrado;
el alta causa á que estime
la fe que me habeis mostrado.
En mi nave os embarcad.

JUAN. Ponga Vuestra Majestad
esos pies en estos labios,
pisará en ellos agravios
de una necia liviandad
que estuvo desconfiada
de tal merced y favor,
y ya vive restaurada.

LEONOR. Don Juan, siempre os tuve amor;
servidme en esta jornada.

ISABEL. Vuestra Majestad me dé
licencia y brazos.

LEONOR. Mejor
pena y lágrimas daré
en empeños del amor
que, desde niña, cobré
á Vuestra Majestad.

ISABEL. Diga
el sentimiento que obliga
en mis ojos á llorar,
gran señora, mi pesar.

LEONOR. ¡Ay prima, ay reina, ay amiga!
Vuestra Majestad se queda
en España, (que reporta
su pena y lágrimas veda)
pues ¿con jornada tan corta
que mal hay que durar pueda?
Mas yo (que desde el Oriente
de nuestra patria excelente,
por tanto piélago paso
hasta el alemán ocaso)
lloraré más justamente.

ISABEL. Presto se consolarán
con un monarca del mundo
llantos que penas nos dan.

LEONOR. Del rey don Juan el segundo
gocéis un tercer don Juan,
señora, que os dé á los dos
un nuevo orbe.

ISABEL. Y nos deis vos
un sol en la imperial silla.

LEONOR. ¡Adiós reina de Castilla!

ISABEL. Augusta alemana ¡adiós!

(Por diferentes puertas se entran las dos y todos los demás con mucha música y tiros, y quédase don Juan.)

ESCENA V

DON JUAN.

Muy enhorabuena vayas,
bello Félix portugués,
esfera y patria de amor.
Mayo augusto, real vergel;
vayas muy enhorabuena
premiadora de mi fe,
alivio de mis congojas,
cifra de todo mi bien.
Leonor, honor de este siglo.
Celoso desespere,
cuando piadosa, cortaste
á mi garganta el cordel,
por tu gentil hombre gustas
que vaya contigo, iré
Leonor, por tu hombre gentil,
pues como tal he de hacer
altares en que idolatre
en ti mi amor, siempre fiel,
sin que se atreva mi vida
á otra imagen, á otra ley.

ESCENA VI

Sale MELGAR.—DICHO

MELGAR. Par Dios, señora Lisboa,
que desde este día no de
un zeoti de Portugal
por toda vuesa merced.
Sin Leonor se queda á oscuras,
desierta sin Isabel,
en el limbo sin Beatriz
y viuda sin todas tres.

JUAN. ¿Qué es esto Melgar?

MELGAR. Desdichas.

JUAN. ¿Desdichas? ¿Cómo ó de qué?

MELGAR. Bueno es el qué que preguntas.
¿Qué lidiago, hombre de bien
ó de mal, hay en Lisboa,
qué sucesor de Moisén;
qué mercader á caballo
ó qué caballero á pie
que sus lacayos no vista,
pues desde el picaro al Rey
con galas hacen la corte
un tablero de ajedrez?
¿Es hoy día de bayeta?
Cuantos muchachos me ven
me tiran de pepinazos,
llamándome (y hacen bien)
paje ó lacayo de *requiem*.

JUAN. Desesperarme pensé,
corte tuvo á mi esperanza,
marchitábala un desden,
mas ya salió de peligro,
dan galas, mudaré
el traje con los pesares,
plumas vengan, porque den
alas á mis pensamientos.

MELGAR. ¿Burlámonos?

JUAN. Anda, ve.

MELGAR. ¿Qué color?

JUAN. Azul y plata.

MELGAR. ¿Celos castos? ¡Oh, qué bien!
¿Qué plumas?

JUAN. Del color propio.

MELGAR. Y yo ¿qué me vestiré?

JUAN. El que lleve de camino,
cuando partí á Santarén.

MELGAR. Ya se me tolija el alma
y luego, ¿qué hemos de hacer?

JUAN. Embarcarnos con la Augusta.

MELGAR. ¿Cuándo?

JUAN. Al punto.

MELGAR. ¿Luego?

JUAN. Pues.

MELGAR. ¿Qué correncia te da prisa?

JUAN. Esto manda una mujer.
¿Mujer dije? Un cielo, un ángel.

MELGAR. Patudo, si tiene pies.

JUAN. La Emperatriz me ha ordenado
que fin á mis penas dé,
y por gentil hombre suyo
vaya á Alemania.

MELGAR. Hace bien;
pero, quítale el gentil
y por hombre suyo ve.
JUAN. ¡Ay, cielos!
MELGAR. Diablos son bolos,
virla y prueba, pero, ven,
si es que habemos de vestirnos.
JUAN. Amor, como alas me des,
Icaro, me atrevo al sol;
¡ojalá me abrase en él! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON FERNANDO.

PEREIRA. Aguas del Tejo doradas,
que con las del mar tejéis
listones de azul y plata,
parad el curso, tened
La hermosura se nos huye,
la discreción, el placer,
con doña Beatriz de Silva
si su asistencia perdéis.
No crezcáis con la marea,
vuestro cristal en sus pies
sirva de grillos piadosos:
¡correos aguas de correr
á desterrar vuestra dicha!
que para tanto interés
honra es el volver atrás
si acá con ella volvéis.
FERNAN. ¿Por qué, pródiga Lisboa;
ínclita ciudad, por qué
pobre atrevés á quedarte
y á otros vas á enriquecer?
Si á Leonor das á Alemania,
como á Castilla á Isabel,
dejárasnos á Beatriz
que cifra de todos es.
PEREIRA. Ya, amor, (pues ella se ausenta)
no os llaméis más portugués;
pasad gustos á Castilla
que aquí no los puede haber.
Galas, con vestidos en fulos,
saraos, desde hoy no tendréis
el aplauso que hasta agora
veláis, pues Beatriz no os ve.
Cerrad puertas y ventanas;
cortesanos, no habitéis
corte que queda tan corta,
ausente amor, que es su Rey.

ESCENA VIII

Sale DON JUAN *muy bizarro, y* MELGAR *bien vestido.*
DICHOS.

JUAN. ¡Oh, Conde amigo! ¡oh, don Pedro!
A que los brazos me deis
os traen los cielos adios.
FERNAN. Don Juan de Meneses ¿pues,
que mudanza repentina
tan presto os pudo volver
de triste alegre y gozoso?
JUAN. Efectos del bien querer.
FERNAN. ¿A dónde vais?
JUAN. A Alemania.
FERNAN. ¿Y tan gustoso?
JUAN. Hay por qué.
FERNAN. ¿Quien lo manda?
JUAN. Quien me hechiza.
FERNAN. Será la Emperatriz.
JUAN. Es.
FERNAN. ¿Lleváis esperanzas?
JUAN. Muchas.
FERNAN. ¿En qué las fundáis?
JUAN. No sé.
FERNAN. ¿Contra un Aguila Imperial
voláis? No la alcanzaréis.
JUAN. Es amor sacre sublime,
empresa de su fuego es,
Conde, o vencer ó morir
vencerela o moriré.
(Tocan y disparan.)
MELGAR. A leva tocan ¿qué esperas?
Sube, que allí está el batel
y ha de ir á la capitana.
FERNAN. Ventura la suerte os dé.
JUAN. ¡Adios, fundación de Ulises!
MELGAR. Adios, seboso Babel,
Castillo, Plaza, Rua Nova,
Palacio, San Gian, Belén,
Cruz de Cataquitaras,
á Dios, Chafari do Rei,
bayeta, boas botas, luas,
blancos y negros también;
que voy á beber cerveza
por no olvidar el beber.
(Tocan y disparan.)
JUAN. Arraez la plancha, que tocan
á leva segunda vez. *(Vanse los dos.)*

ESCENA IX

DON FERNANDO *y* PEREIRA. *Voces dentro.*

FERNAN. Alegre estruendo.
PEREIRA. Decid
triste y así acertaréis,
pues se despuebla la corte.
FERNAN. Ya empiezan á descojer
linos que el viento se vista
Si las naves queréis ver
(que ya de la barra salen)
y el barco donde Isabel
y Beatriz dan luz al Tajo,
aquí, don Pedro, os poned.
(Dentro con música, tiros y grita.)
UNOS. ¡Leva, leva!
OTROS. ¡Buen viaje!
PEREIRA. ¿Que esto nuestros ojos ven?
UNOS. ¡Alemania!
OTROS. ¡Portugal!
UNOS. ¡Viva el Cesar!
OTROS. ¡Viva el Rey!
TODOS. ¡Castilla y Portugal vivan!
OTROS. ¡Vivan Leonor é Isabel!
PEREIRA. ¡Viva Beatriz! y yo muera
pero sin verla, si haré. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen el REY DON JUAN DE CASTILLA, DON ALVARO DE ESTUÑIGA *y los* INFANTES DE ARAGÓN, DON ENRIQUE *y* DON PEDRO, *de camino todos*

REY. Bien habemos caminado.
ENRIQUE. De Valladolid á aquí
no has descansado
REY. Seguí
los afectos de un cuidado.
PEDRO. Ya estamos en Badajoz.
REY. Presto, primos, veré en él
si es tan hermosa Isabel
como publica la voz
que enamora á todo el mundo.
ENRIQUE. Cuando sea tan hermosa
merecerá ser esposa
del Rey don Juan el segundo.
Mas mucho me maravilla
que llegue á ser la fortuna
de don Alvaro de Luna
tan poderoso en Castilla,
que él solo baste á casar
á Vuestra Alteza con quien
no es hija de Rey, ni es bien
(pues me llego á declarar)
que, cuando lo contradice
la castellana nobleza
solo por él, Vuestra Alteza,
estas bodas solemnice.
REY. La infanta doña Isabel
es (pues en eso advertís)
nieta ilustre del de Avis
rey de Portugal, de aquel
que en Aljubarrota un día
á Castilla destrozó,
y con su esfuerzo borró
manchas de su bastardía.
Mas, si va á decir verdad,
y veis que por todo paso,
por don Alvaro me caso
mas que por mi voluntad;
quiérole bien y no sé
decirle á cosa de no.
ENRIQUE. Ninguno á su Rey casó,
guardando lealtad y fe,
por su elección ofendido.
PEDRO. Si se elige la mujer
por ajeno parecer,
REY. Cuerdo es Alvaro, y prudente;
no hará cosa que me esté,
primos, mal el Condestable;
pero mejor es, notable,
que antes que cuenta me dé
de estas bodas, las concierte
con el rey de Portugal.
PEDRO. ¿Y no le estará eso mal
á Vuestra Alteza, si advierte,
lo que don Alvaro habrá
de esos conciertos sacado?
ENRIQUE. Yo sé que no lo ha tratado
en valde
REY. Ello es hecho ya.
ENRIQUE. Bien se puede deshacer.
REY. Sí que don Alvaro sea,
por mí, no puede ser, no;
quien mi amigo intente ser
de don Alvaro lo sea.
Cuando Isabel no sea tal
como afirma Portugal,
si me pareciere fea,
primero que llegue á vella,
á don Alvaro veré
que, como el contento esté
luego la tendré por bella.
ESTÚÑ. Solo falta que le den
la silla y corona real.
REY. Nada me parece mal
como á él le parezca bien.

ESCENA XI

Sale DON ALVARO DE LUNA.—DICHOS.

ALVARO. Vuestra Alteza, gran señor,
con sus grandes se aconseje,
y este casamiento deje,
que es lo que le está mejor.
A don Alvaro, de oídos,
de Estuñiga, que es Justicia
mayor, y tiene noticia
de los tratos convenidos
que tengo con Portugal,
y lo que en casarle medro;
á don Enrique y D. Pedro
(que me llaman deseo)
como á Infantes de Aragón,
oiga también, y no pase
por conciertos, ni se case
en virtud de mi elección,
que cuando sin hijos quede
(por no casarse) aquí está
don Enrique, en quien tendrá
prenda que á Castilla herede.
Donde asiste su persona
no hace falta mi presencia;
deme su mano y licencia,
retiraréme á Escalona.
REY. En vos se ha comprometido
mi voluntad, Condestable;
murmure Castilla y hable,
que si por vos he venido
á Badajoz á casarme,
y porque agradaros trato
sin haber visto retrato
de la Infanta, ni informarme
de su hermosura, ni edad,
no mas de por daros gusto,
tomé esta mi voluntad.
Por vida de vuestro Rey
que os desenojéis.
ALVARO. Señor,
el ausentarme es mejor,
que no os guardo amor ni ley,
pues contra mí os aconsejan
los tres que me han calumniado,
no he de andar á vuestro lado
mientras ellos no le dejan.
ESTÚÑ. Antes estar el Rey delante
y respetar este puesto...
REY. Justicia mayor, ¿qué es esto?
ENRIQUE. Yo os buscaré.
REY. Paso, Infante,
salid los tres de mi corte.

ENRIQUE. A salir de la lealtad
con que Vuestra Majestad
obliga á que me reporte,
yo mis agravios vengara,
pero, ocasión hallaré alguna
en que quite de esa Luna
Vuestra Majestad la cara,
y la ponga en la razón
ESTÉS. Luna en breve menguará;
que puesto que Luna os veis,
estáis en oposición. (*Vanse los tres.*)

ESCENA XII

Sale DON PEDRO GIRÓN.—*Dichos.*

P. GIRÓN. Mande, señor, Vuestra Alteza
todos los grandes salir
si tengan de recibir
la Reina que á entrar empieza
en Castilla, y ya estará
en el río que divide
los reinos.
REY. Si es bien se olvide
este sentimiento ya,
id, Alvaro, á recibilla;
no riñamos más los dos;
andad y llevad con vos
los títulos de Castilla,
que porque estemos en paz
y vos partáis como es justo,
que os llame su Conde, gusto.
Santisteban de Gormaz.
ALVARO. Besaré estos pies.
REY. (*Tiéndele*) No es bien,
cuando los brazos os doy,
que mis pies, aunque Rey soy,
encima la Luna estén.
(*Vase* D. Alvaro.)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* DON ALVARO

P. GIRÓN. Favor y dicha notable.
REY. Contra las leyes de amar,
don Pedro, me he de casar,
á elección del Condestable:
y aunque el suyo es tan conforme
y tan ajustado al mío,
que de estas cosas fío,
manda el alma que me informe
de quien su dueño ha de ser.
Don Pedro, ¿es Isabel bella?
¿Es discreta? ¿Podré en ella
mi sosiego entretener?
P. GIRÓN. Dos retratos traigo aquí,
que ha podido, gran señor,
el uno pintar un ángel,
y la lealtad que hay en mí,
el otro éste es de la Infanta:
(*Dale uno de los dos retratos.*)
Vuestra Majestad le vea
y la valentía crea
que se atrevió á copia tanta.
REY. Sigua á un original
esta, que al sol mismo agravia,
ya el Fénix faltó de Arabia
va enriquece á Portugal:
bella mujer.
P. GIRÓN. ¡Vive Dios! (*Aparte.*)
Los retratos hé trocado:
el que es hermoso traslado
de doña Beatriz, le dí.
¿Qué haré? (*Lee.*) Advierte, gran se-
REY. Don Pedro Girón va advierto, [ñor
que si me ha vencido muerto
tema vivo al vencedor.
No sale en su hermosa cuna
más bella el cuarto planeta;
elección, al fin, discreta
de don Alvaro de Luna.
Tan perdido estoy por él,
que si original no hubiera
ó en nada se pareciera
á esta imagen mi Isabel,
aunque su amor perdonara,
á pesar de su hermosura,
adorando esta pintura
con el nombre me casara.
P. GIRÓN. ¡Bien mi amor ha satisfecho! (*Aparte.*)
¡Bien á la Reina obligado
y con el Rey informado
muy bien sus partes he hecho!
Quiero le desengañar
de que es de doña Beatriz,
que amor tierno en la raíz
no es difícil de arrancar. (*Al Rey.*)
Considere Vuestra Alteza
que este retrato...
REY. Ya sé
que me pedís que os dé
el porte de esta belleza.
Marqués de la Mota os hago.
P. GIRÓN. Advierta que no es razón.
REY. Diréis, don Pedro Girón,
que con escaseza os pago.
Nunca el amor es avaro,
y más cuando es el amor
de un Rey como yo. Señor
sois de Villaescusa de Haro,
y si esto os parece poco,
pedid, que más se os dará.
P. GIRÓN. ¿Qué remedio? El Rey está
por mi portuguesa loco:
pero, advertirle conviene
el engaño en que le he puesto.
Señor, á verdad. (*Suena música.*)
REY. ¿Qué es esto?

ESCENA XIV

DON ALVARO.—*Dichos.*

ALVARO. La Reina, gran Señor, viene,
y entra ya por la ciudad;
salgámosla á recibir.
P. GIRÓN. ¡Que no me ha querido oir!
REY. Si iguala á vuestra beldad
bella imagen, vuestro dueño,
conquiste don Juan segundo
(para que os le ofrezca) un mundo
porque mi reino es pequeño.
(*Vanse todos menos* don Pedro Girón.)

ESCENA XV

PEDRO GIRÓN

¿Tan presto ha enternecido una pintura,
del Rey el corazón, que fué diamante?
¿Libre en un punto, en otro ciego amante?
¿Y yo por descuidado, sin ventura?
Pero amor (cuando llega á coyuntura,
introduce su forma en un instante
y obra la voluntad, si ve delante
el objeto eficaz de una hermosura
¿Que haya podido hacer tan grave daño
el trueco de un papel pintado? ¡Ah, cielos!
Y que yo en el remedio ignore el modo.
Perderé á mi Beatriz, verá mi engaño
el Rey don Juan; tendrá la Reina celos
y yo, inocente, pagarélo todo.

ESCENA XVI

Salen por una parte la REINA *y* doña BEATRIZ *y acompañamiento, y por la otra el* REY *y los suyos* — DICHO.

REY. Vuestra Alteza ha enriquecido
(A doña BEATRIZ.*)*
mi Castilla; y pues en ella
reina sol de luz tan bella,
dia es ya y no noche ha sido.
Lisonjero había creído
que era con vos el pincel,
y haciendo cielo un papel
consolaba vuestra ausencia.
Mas ya sé la diferencia
que hay de Isabel á Isabel.
Bella es Isabel pintada,
pues mi libertad cautiva;
pero con Isabel viva
será sombra inanimada.
Elección bien acertada
de don Alvaro de Luna,
para mi amor oportuna,
y este hemisferio español;
pues fué bien que de tal sol
fuera tercera la luna.

BEATRIZ. Mire, señor, Vuestra Alteza
que no soy la Reina yo,
vuestra esposa.

REY. ¿Cómo no?

P. GIRÓN. Aquí mi peligro empieza.

REY. Don Pedro, ¿de esta belleza
este retrato no fue?

P. GIRÓN. No, señor, que le troqué
cuando turbado os le dí.

REY. Tarde en la cuenta caí; *(Aparte.)*
mal remediarme podré.
Vuestra Alteza me perdone,
(A la Reina.*)*
que á tanta luz deslumbrado,
no es mucho me haya engañado
la que delante me pone;
y porque mi yerro abone
baste que en esta ocasión
conjeture mi elección
(aunque avergonzada está)
¿qué tal la Reina será
si tales sus damas son?

ISABEL. No es nuevo adorar, señor,
á Efestión (yendo al lado
de Alejandro) el que ha juzgado
por la presencia el valor;
pues haciendo este favor
á doña Beatriz hermosa,
diré (sin estar celosa)
que Vuestra Alteza acertó;
pues doña Beatriz y yo
somos una misma cosa.

REY. Discreta habeis satisfecho
mi inadvertencia, yo sé
como os desagraviaré.
(A don Pedro aparte.)
¡Ay don Pedro! ¿Que habeis hecho?
aposentóse en mi pecho
doña Beatriz (que sosiega
de mi amor la llama ciega)
y á Isabel dejo burlada,
que el alma, como es posada,
se dá al primero que llega.
Venga Vuestra Majestad.
¡Ay engañosos despotos *(Aparte.)*
que del modo que los ojos
me llevás la voluntad!

P. GIRÓN. *(Aparte.)* Celos, desde hoy castigad
mis descuidos con desvelos.

PEREIRA. Si á Beatriz ama el Rey ¡cielos!
¿que hará quien viene á servilla?

ISABEL. Basta; que he entrado en Castilla
por la puerta de los celos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen doña BEATRIZ *y* doña INÉS, *dama*

BEATRIZ. Alegre está Tordesillas.

INÉS. Si en estas bodas ha sido,
entre ciudades y villas,
solo el lugar escogido
del Rey ¿qué te maravillas?

BEATRIZ. ¡Bravas fiestas, destras cañas,
valientes toros!

INÉS. Los hijos,
(Beatriz) de las dos Españas,
aun hasta en los regocijos
se entretienen con hazañas.

BEATRIZ. ¿En fin tenemos torneo
esta noche?

INÉS. Del amor
que te tienen, noble empleo;
pues dando á tantos favor,
tan repartida te veo,
que te juzgo enamorada,
y no sé, en particular
si lo estás.

BEATRIZ. Todo me agrada,
y á todos quiero igualar,
y no me enamora nada

INÉS. A don Pedro diste un guante.

BEATRIZ. Es Pereira y mi pariente,
portugués en lo constante,

en lo airoso, en lo valiente
y Portugués en lo amante.

INÉS. En Castilla está por ti
bien, por fuerza, has de quererle.

BEATRIZ. Quiero le, Inés, así, así,
lo que basta á entretenerle,
pero no á salir de mí.

INÉS. Si eso es verdad, no has andado
grata á su merecimiento,
pues le has con otro igualado.

BEATRIZ. ¿Cómo?

INÉS. A don Diego Sarmiento
el otro guante le has dado.

BEATRIZ. Pídele con cortesía;
es de nuestro castellano
y cuando calzada vía
la una á la otra mano
en dueña se convertía.

INÉS. Es don Diego en extremo,
y si en tales Sarmientos
llamas de amor, ya te temo.

BEATRIZ. Á tales llamas, Inés,
cualquiera vez me quemo.

INÉS. Creedle, pues le debes
don Luis de Velasco

BEATRIZ. Sabe.
Tiene alma, es gallardo, es fuerte;
por el secreto y lo grave
entre dos mares de Norte.

INÉS. También le contrastes largueza
en favorecerle.

BEATRIZ. Sí,
que es mucha su gentileza.
Y como os quise mal,
fuí á pedirla la cabeza
una flor de su tocado.

INÉS. Pues, ¿cómo, has de dar favores
á todos tu amante agrado?

BEATRIZ. (Unos dan joyas, otros dineros,
dan unos joyas, otros dineros;
no he de ser yo menos que ellos.)

INÉS. Los no bien conocidos quedar,
pedirlos á los caballeros.

BEATRIZ. Mas Inés, que no ha de llevar
lo que sus manos pusieron

INÉS. Señora, todos se dan al
porque en vos hermosura, conserves
tu poderoso imperial
con tantas joyas reserves,
que en mí pocas veces
y me dais con razón
celos de ti.

BEATRIZ. No me espanto
¿qué es?

INÉS. Don Pedro Girón.

BEATRIZ. ¿Que dices?

INÉS. Quiérele tanto,
que le he dado el corazón.

BEATRIZ. Como hasta ayer
bien le dabas de comer.
Don Pedro es cuerdo y galán,
y yo (solo por saber
que celos pena te da
aunque le igualé hasta aquí
con los otros) esa pena
he de aumentar.

INÉS. ¿Cómo así?

BEATRIZ. Todo lo que es cosa ajena
engendra apetito en mí
Viendo en otra una gala,
luego por ella me muero
hasta estar de envidia mala;
al que desdeñaba, quiero
si otra dama le regala.
Mira tú de qué manera
sufrirá mi condición
que lo que quieres no quiera.

INÉS. Esa es con un corazón
y no eres tú la primera;
pues que todas lo heredamos.
Mas, las que nos hacemos,
(cuando amistad profesamos)
con cortesías resistimos
lo que necesitaríamos

BEATRIZ. Ahora bien, yo me prometo,
doña Inés, hacerlo así,
y, sólo por tu respeto,
olvidarle desde aquí.

INÉS. ¿No le has de dar, en efecto,
favor para este torneo?

BEATRIZ. No para esta empresa.

INÉS. Voyme, pues, que hablar deseo
á don Velasco de Lara
A don Pedro quiero ver. *(Aparte)*
Escondido quiero ver
si esta portuguesa sabe
cumplir como promete.

ESCENA II

Sale D. Pedro Girón. Dichos.

P. GIRÓN. (á D.ª Beatriz.) No tiene por cosa grave
el que es rico mantener
su fausto con su caudal;
mas aquel (cuando importa)
la voluntad es escasa,
y la fineza hasta la cuenta
le dan los gustos sin tasa,
pagando el pagar
con ganancia á quien hace apuesta
hasta el último maravedí.
Señora ayuda de costa,
no os ofrezco algún favor.

BEATRIZ. Que es vuestra empresa la cuenta;
dama has de llevar hoy,
que más que otras cuenta
cuesta favor que pide ya
y en vuestro nombre al mundo.
Perdida, don Pedro, vos
para esa empresa favores,
que en la corte de Valois,
nada estorba á dos señores,
antes para es de dos.

P. GIRÓN. Es muy corto el tiempo ahora
para poder responderos,
por ser ya de torneo hora:
solo pedir cuenta haceros,
que siendo vos mi señora
no se sujeta mi amor
á otro dueño, ni otra ley,
porque es vasallo tan dor
quien conoce más que á un rey
y sirve más que á un señor.

Y mi palabra os empeño,
que mi esperanza creciera
si, en tanto amor que enseño,
solamente yo os sirviera,
pues vos sola sois mi dueño.
Mas deseos excusados
dan materia á mi temor:
pues me advierten mis cuidados
que ha de ser uno el señor,
pero muchos los criados
En serlo vuestro me empleo;
mas, pues sin favor me voy,
y en vos novedades veo,
ningte que enfermo estoy
y quedaráse el torneo. *(Quiérese ir.)*

BEATRIZ. No quiera Dios que por mí
pierda el Palacio su fiesta;
volved, no os partáis así,
que si tan caro me cuesta
cumplir lo que prometí,
por mejor tengo agradaros
que triste el Paseo esté.
Don Pedro, ¿que podré daros?
Buscando estoy y no sé
si he de hallar con que agradaros.
Ahora bien, inconvenientes
contra amor no han de bastar,
de celos impertinentes;
mis sin causa os quiero dar,
don Pedro, este mondadientes.
(Dásele.)
que es la voluntad notoria
de una dama á quien hacéis
objeto de vuestra gloria,
y os le doy porque saquéis
reliquias de la memoria. *(Vase.)*

ESCENA III

PEDRO GIRON.

¡Oh premio rico, que á perder provoca
el seso de dichoso que te alcanza!
Pues se enloquece una desconfianza,
también el gozo suelve una alma loca.
Ya la sentencia mi temor revoca,
pues á pesar de celos y mudanza,
Beatriz (por sustentar vos mi esperanza),
os lo habéis dos quitado de la boca.
Haga flecha de vos el rapaz ciego,
báculo sed, en que mi dicha estribe,
vara en mis cervos, id á reducirlos
Leña de amor con que atizáis mi fuego,
puntal de su edificio, que amor vive
(como es rapaz) en casas de palillos. *(Vase.)*

ESCENA IV

Sale doña Inés.

Si en palabras portuguesas
no hay mas que esto que dar,
bien segura puedo estar
de amistades y promesas.
Arrogancia es la hermosura;
de esta Señora decís
que es parte de idolatría,
pues que la adoren procura
el cayado y la corona.
Como es doña Beatriz bella,
porque idolatren en ella
ninguna ocasion perdona;
á todo hombre de importancia
admite y hace favor;
no se llamará éste amor,
mas llamarase arrogancia.
Desde el punto que entró aquí
(ya sea por cosa nueva,
ya por hermosa) se lleva
las voluntades tras sí.
Y en fe de esto, ni nos precia
ni de palabras que da
hace cuenta ¡bien está!
Toda confianza es necia
Yo vengaré los desvelos
con que burla mi esperanza;
que en la mujer no hay venganza
como la que dan los celos.

ESCENA V

Sale el REY DON JUAN.—DICHA.

REY. Yo os adoro Silva bella;
fácil en el alma entrastes;
tras vos la puerta cerrastes;
mal os echará por ella
de la Reina la hermosura,
que aunque abrir ha procurado,
no puede, que habeis dejado
la llave en la cerradura.

INÉS. Señor ¿qué endechas son esas?

REY. Tan crueles como vanas;
esperanzas castellanas
secan penas portuguesas.

INÉS. La Reina, nuestra señora,
la portuguesa será
que os suspende, claro está,
que aunque á vuestra alteza adora
por más que llegue á gozar
cuando su amor le conceda,
en lo amado siempre queda
mucho más que desear.

REY. No, doña Inés, que aunque Reina
en el alma (que adorarla
jura) puede ser vasalla
de quien me abrasa la Reina.
Imposibles de palacio
y sospechas de Isabel
hacen mi amor más cruel,
dándome muerte despacio.
Yo quiero bien á una dama
con quien hablar puedo mal;
mi agrio de Portugal,
mas hermosa que su fama;
y vos, doña Inés, podeis
hacerme á mi harto favor.

INÉS. ¿Es doña Beatriz, señor?

REY. No es mucho que lo acertéis;
que vos sola me advertís
que en la corte no hay belleza
digna de la real grandeza,
fuera de la que decís,
y pues entendida y fiel

vuestra discreción me obliga
á que mis penas os diga,
dadla, Inés, este papel. *(Dásele.)*
Decid que la amo infinito,
y que si muerte me ha dado
en solo un papel pintado,
me dé vida en otro escrito. *(Vase.)*

ESCENA VI

DOÑA INÉS

Todo oficio es principal
en Palacio, medrar puedo,
pues por mano del Rey, quedo
desde hoy por tercera real.
A saber doña Beatriz
guardar palabras que dió
y no estar celosa yo
suerte lograra feliz.
Pero la envidia cruel
en vengarse se resuelve,
y mis agravios envuelve
en este amante papel
Pues no es bien, cuando hace alarde
del engaño que en mi fabra,
que quien no guarda palabra
quiera que yo amistad guarde. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON DIEGO SARMIENTO

PEREIRA. Habéisme de hacer merced,
señor don Diego Sarmiento,
de mudar divertimiento.
DIEGO. ¿Y el por qué?
PEREIRA. ¿El por qué? Sabed
que ha un año y más que se humilla
á amor mi altiva cerviz,
y que por doña Beatriz
de Silva, asisto en Castilla.
Que se funda mi afición
sobre antiguo parentesco,
y que si su amor merezco,
con una dispensación
daré al conyugal decoro
perfección más excelente,
que el amor (cuando es pariente)
dicen que es azul sobre oro.
Paga mi lealtad mi prima,
vístome de sus colores,
háceme honestos favores,
versos que la escribo estima;
y aunque, libre de desvelos,
con esto pudiera estar,
como en materia de amar
son portugueses los celos,
el sol me los dá, por Dios,
no es bien que los aumentéis,
si á caso no pretendéis
que nos matemos los dos.
DIEGO. No poco siento el pesar
que os doy, que sois cortesano;
pero no está ya en mi mano
amar, ó dejar de amar.
Pretendiente más moderno
soy, que vos, de esa beldad,
mas no vale antigüedad
en las plazas de amor tierno;
ni por años se averigua:
que amor constante y leal
no es boda de cosa igual.
que honra más por más antigua.
Desde que doña Beatriz
dio nueva luz á Castilla,
logre empleos de servilla,
y mi esperanza feliz,
(con el mismo fundamento
que vos) promesas me da,
que de dos almas hará
una sola el casamiento.
Si en el deudo no os igualo
consuélese mi afición,
en que no hay dispensación
á donde no hay algo malo,
y así vuestra prima toma
más gusto (y no es maravilla)
con amor que está en Castilla
que con el que está en Roma.
No me desdeña también,
favores tengo también,
que á pesar de algún desdén
pudieran volverse luego,
y así, si porque la quiero
reñir con migo intentas
(mientras que á Roma enviás
por dispensación) primero
que venga, hacedlo de modo
que dándome muerte aquí,
partáis por ella, que así
iréis á Roma por todo.
PEREIRA. Burlas en cosa de veras
no las sufre un portugués;
y, más, si la ocasión es
por amorosas quimeras.
Yo soy... Mas la Reina es ésta:
agradeced su venida,
que la espada apercibida
iba á daros la respuesta.

ESCENA VIII

Salen LA REINA, D. PEDRO GIRÓN *y* D. LUIS DE VELASCO. DICHOS

P. GIRÓN. No ha de decirme de no
Vuestra Alteza, gran señora:
basta saber que la adora
quien de embajador sirvió
en aquestos casamientos
al segundo Rey don Juan.
LUIS. Si acciones los servicios dan
y al amor merecimientos
don Luis de Velasco soy,
bien sabe el Rey mis hazañas,
envidiadas por extrañas.
ISABEL. Confusa oyéndoos estoy.
Debo á don Pedro Girón
lo que sabéis, por tercero
en mi casamiento, y quiero
premiar su fiel intención
También hago justa estima
de vos, y juzgo cuán bien

me puede estar de que os den
á doña Beatriz mi prima
Mas ¿cómo ama, no sé como
os contente con ella á dos,
no haciendo de un milagro Dios,
puesto que á mi cargo tomo
agradaros.

LUIS. En tal caso
el más digno pretensor
ha de salir con ceder.

P. GIRÓN. Alto, por esa voy paso.

LUIS. De mi sangre y gente esa
bien sabe cuál ha nacido.

ISABEL. Una igual correspondencia
de esa esposa, será dichosa.
La elección de un casamiento,
si se hace con libertad,
pende de la voluntad
mas que del entendimiento.
Sepa yo á quien será tiene
de los dos, doña Beatriz,
que este será el más feliz.

LUIS. Si agradar prendas conviene,
desde que vino á Castilla
y mi amor la eligió dueño,
con el semblante risueño
mil veces agradecerla.
Mirarle en toda ocasión,
y hasta haberme oído
que á solo verme volver
saco el cuerpo de la silla,
y bajando la cabeza
mi buena suerte aprobó,
cuando acompañando entró
en la corte á Vuestra Alteza.
Sé yo que alabada me ha:
«Si el entendimiento gana
en el don Luis á su gala
desde hoy por galán le elijo».
Y, si no es esto bastante
á anteponerme, señora,
á dos cielos, en cada hora
que tan bien me dan este guante.

PEREIRA. De este tengo yo un hermano,
(ya que derechos escusados
en vos por deudos hallo),
que se trae de quedar en vano).
Doña Beatriz es cortés,
y en fe de su afabilidad,
sin costas de voluntad,
con terceto portugués,
se muestra agradable á todos
y cada amorosa á mí.
Por su gusto estos aquí
y he sido en diversos modos,
por parciales y por amantes,
su esperanza; y puedo esperar
que su mano he de alcanzar,
como premio de guantes.

ISABEL. Terceto con pendor
tenemos ¿qué le de esto
don Pedro Girón?

P. GIRÓN. Supuesto
que es calidad de mi amor
emplearle en que adoran
tan nuestros caballeros,
aunque pudiera traeros
favores que ellos ignoran,
quiero guardar el respeto
á quien mi calidad premió,
que nunca se atrepalló
amor que estima el secreto.
Doña Beatriz solamente
es en esto interesada;
esa sabe que mas le agrada
entre tanto pretendiente,
y cese esta competencia.

DIEGO Yo quiero eso y me está bien.

ISABEL. ¿Pues amas á vos también?

DIEGO. Y en esta correspondencia
que me juzgo preferido
á cuantos de su afición,
si á caso llamados son,
han de agradarle escogido,
remítome á la experiencia.

ISABEL. ¡Vengate Dios por mujer
que ama debes de tener
la voluntad y conciencia!
Ahora bien; porque no niegue
vuestra dama obligaciones
y á convenzan razones
cuando á persuadirla llegue,
cada cual me dé su favor
que tiene, y le hace dichoso;
que aquél ha de ser su esposo
que me le enseñe mayor
No quiero yo que la corte
se alborote en la lid
por dama que es sangre mia.

PEREIRA. Como para mi suerte
está bien, en este guante
se cifra todo mi bien.

LUIS. Y en este mi banda también
mi amor, honesto y constante

DIEGO. Mas le debe á su belleza
la fe que espero en premiarla,
Vanla dando los favores
pues se quitó, por premiarla,
esta flor de la cabeza

P. GIRÓN. La mas alta se ha tocado,
si bien que el amor suprema,
celebra, adora y estima,
en una dama es la boca.
Una mano, la frente
suele alcanza la dama amante,
después de una flor, o un guante.
¿Pero quién habrá que intente
llegar á su boca hermosa
sino el que está en posesión
y se hermana con el blasón
de adquirirla por esposa?
Pues á mi porque concluya
competencias tan pretendientes
que se gana de la suya,
me han de dar este atrevidos,
y si es lícito casarse
dos pueblos por poderes,
y aunque mudes pareceres
no ha de concierto de mudarse.
Juzgad si es mi dicha poca,
pues, cuando mi amor premió,
por poderes me envió
en el partido la boca.

(Dando.)

ISABEL. Bien encarecido está;
las muchas prendas que sé
que teneis la propondre
y ella luego elegirá.
Andad con Dios.

P. GIRÓN. Vuestra Alteza
advierta, que si no soy
su esposo, dispuesto estoy
en mudar naturaleza,
desnaturalizareme
de estos Reinos. *(Vase.)*

PEREIRA. Yo he venido
á servirla; y así pido
que Vuestra Alteza se extreme
en favorecer mi suerte;
porque en siendo de otro esposa,
todo ha de ser una cosa:
casarse y llorar su muerte. *(Vase.)*

LUIS. Si esto á su elección se deja,
seguro estoy que ha de ser
doña Beatriz mi mujer.
Mas mire que la aconseja
Vuestra Alteza, que sabrán
las armas vengar mi agravio. *(Vase.)*

DIEGO. Yo escojo medio más sabio
yendo á hablar al rey don Juan,
porque sea intercesor
con Vuestra Alteza y con ella.

ISABEL. Como el Rey pida por ella
vos sereis su poseedor,
y yo viviré sin celos.
Esa diligencia haced.

DIEGO. Siempre el Rey me hizo merced
¡Tenédme el grato, cielos! *(Vase.)*

ISABEL. Basta, que truje conmigo
mi mismo desasosiego,
del Rey y su corte el fuego,
de la paz el enemigo.
Doña Beatriz me ha quitado
de mi esposo la mitad,
que es el alma y voluntad:
sólo el cuerpo me ha dejado.
Si no me le restituye
conocerá por su mal
que celos de Portugal
no es cuerda quien no los huye.

ESCENA IX

Salen el REY *y* DON ALVARO DE LUNA.—DICHA

REY.

Don Alvaro de Luna, á esta jornada
os prevenid, que tengo de partirme
á la tala del reino de Granada
antes que pase el mes. Venga á servirme
el que acostumbra matizar su espada
en sangre mora, y sus hazañas firme
con ella en los anales de la fama,
donde es de más valor quien más derrama

ALVARO.

No quedará en tus reinos caballero
que á tan santa jornada no te siga.
Á Agar destierra de rincón postrero,
de donde hasta hoy al godo, Dios castiga.
No en las guerras civiles el acero
se ejercite, cuando hay gente enemiga
que ofrece el cuello á tan divina hazaña,
fama á tu nombre y libertad á España.
Cien hombres de armas y dos mil infantes
voy á alistar, con que servirte pienso *(Vase.)*

ESCENA X

DICHOS, MENOS DON ALVARO

REY.

Deseos amorosos é insconstantes
que hacéis que os peche el alma y pague censo;
si la paz hace guerra á los amantes
ni paz con esta guerra recompenso.
¡Dichoso si con ella divertido
apago incendios y á Beatriz olvido!
Pero la Reina es esta. ¿Pues señora
qué suspensión y soledad es esa?

ISABEL.

Suspensa, sí; no sola, que el que adora
con sus deseos amistad profesa.
En Vuestra Alteza el alma hablaba agora.

REY.

Fineza, al fin, de amante portuguesa.
¿Y de qué se trataba? ¿Amor ó celos?

ISABEL.

¿Celos de vos? No lo querrán los cielos.
Á Vuestra Alteza, gran señor, pedía
consejo para cierto casamiento,
que, por tocarme en sangre gustaría
que saliese acertado y á contento.
Doña Beatriz de Silva, deuda mía,
cuya hermosura, edad y entendimiento
en el primer lugar puede ponerse,
la corte trae á riesgo de perderse.
Pidenla cuatro Grandes, y deseo
dársela al uno de ellos por esposa.

REY. *(Ap.)*

No quiera amor que se haga tal empleo,
la Reina debe estar de mí celosa *(A la Reina.)*
Las muchas prendas de esa dama creo,
sé que es noble, discreta, rica, hermosa,
y dama vuestra, en fin, porque la fama
pueda envidiar tal Reina de tal dama.
Mas ¿quiénes piden ese casamiento?

ISABEL.

A don Pedro Pereira, que es su primo
en primer lugar pongo, con intento
de que la alcance.

REY *(Ap.)*

Amor, cómo os reprimo.
(A ella.) Buena elección, discreto pensamiento,
que es ilustre don Pedro y yo le estimo.
Mas parientes casados por amores
malógranse, y no dejan sucesores.

ISABEL.

Está bien dicho y yo lo había notado.
Sea don Pedro Girón el venturoso.

REY.

Tengo á don Pedro en Aragón casado;
y aunque lo ignora, es ya lance forzoso.

ISABEL.

Si es forzoso, á casarse irá forzado.
Don Luis de Velasco es generoso
en estado y en sangre.

REY.

Darle trato
de San Juan, en Castilla, el gran Priorato.

ISABEL.

No se podrá casar de esa manera.
¿En don Diego Sarmiento hallás escusa?

REY.

Es muy mozo don Diego.

ISABEL.

Peor fuera
la vejez para el tálamo confusa.
Amor las bodas ama en primavera;
poco las goza el que en vejez las usa.
Doña Beatriz...

REY.

No me canséis, señora,
que no gusto se case por agora. (*Vase.*)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL

Quien en clausuras de cristal pretende
cubrir la luz que en las tinieblas lleva;
el fuego entre la pólvora que enciende;
el gozo quien recibe alegre nueva,
ese encubrirá el amor á quien ofende
y el ejemplo del Rey sirva de prueba
á los celos que ya vengar presumo,
pues si es llama el amor, ellos son humo.
Los imposibles que hoy el Rey ha hallado
al desposorio de esta mi enemiga,
sabrá vencer mi velador cuidado,
por más que ciego en su pasion prosiga.
Los celos mi paciencia han apurado;
solicita el poder, la injuria instiga
á la venganza que el rigor profesa;
que soy mujer celosa y portuguesa. (*Llora.*)

ESCENA XII

Sale DOÑA INÉS. —DICHA

INÉS. Gran señora ¿Vuestra Alteza llorando?

ISABEL. Sí, doña Inés,
de mi amor, como fuego es
sube el humo á la cabeza.
Celos, en casos de amar,
son humo que causa enojos,
y con el humo á los ojos
claro está que he de llorar.

INÉS. Siendo de quien yo imagino,
á no preciarme de fiel,
causa fuera este papel
de hacer algún desatino. (*Dásele.*)
Nombróme el Rey su estafeta
(por callar otro apellido)
que de esta suerte ha querido
graduarme de discreta.
Mas, como no lo se ser
quiero, en fe de mi lealtad,
darle á Vuestra Majestad
noticia... que leer
con fines... si bien dichas,
no á lo menos bien empleadas.

ISABEL. Voluntades mal casadas
cobran su dote en desdichas.
A doña Beatriz irá
que es la inquietud de esta corte.

INÉS. Cobre tu venganza el porte,
pues tanta ocasion te da,
que, á quitársele ella al Rey,
yo sé que no se atreviera
ni ese papel la escribiera.

ISABEL. El amor no guarda ley.
(*Lee.*) «Aun retrato vuestro había
yo (doña Beatriz) ofrecido mi corona,
si no desconviera la fortuna lo que con
tanta razon depuso un engaño. Reina os quisiera de Castilla; pero pues
no puede ser, sedlo de mi voluntad,
ó quejareme del pintor que os retrató hermosa y no homicida.»

ESCENA XIII

Sale DOÑA BEATRIZ —DICHAS

ISABEL. No leo mas; llamarme Inés
esta mujer.

INÉS. Ella propia,
por dar á tus celos copia,
viene á que el papel la des.

ISABEL. Doña Beatriz.

BEATRIZ. Gran señora.

ISABEL. Por tu honor mirar pretendo
y el mio. En anocheciendo,
luego, al instante, á la hora
de la corte has de salir
y volverte á Portugal.

BEATRIZ. ¿Qué causa?...

ISABEL. Temo un gran mal
si aquí te dejo asistir.
Liberal... ma eres
no sabes lo que es negar;
si aprendieran de tí á dar,
Beatriz, las demas mujeres
nadie de ellas se quejara.
No es bien que conmigo estés:
que temo que tanto des
que á mí me salga á la cara.
Que el pródigo que sin freno
imprudente y necio gasta,
cuando su caudal no basta,
hurta, tal vez, el ageno;
y tengo una prenda yo,
que aunque celo por guardarla,
andas muy cerca de hurtarla.

BEATRIZ. No entiendo ese enigma.

ISABEL. ¿No?

Pues yo sé que basta.

BEATRIZ. ¿A quien
prenda he dado favor
que ponga á riesgo mi honor?

ISABEL. ¿A quien, preguntas? ¡Que bien!
¿Este guante es tuyo?

BEATRIZ. Sí;
favorecer es decente
á un caballero pariente
á quien anoche le dí.

ISABEL. ¿A un caballero? Bien dices;
pero ¿á dos? Solo es ligero.
¿El este no es el compañero?
¡Constantes sois las Beatrices!

BEATRIZ. Juegos que son cortesanos
poco ofenden.

ISABEL. Bien alegas,
pues dando dos guantes juegas
airosamente á dos manos.
Y, como pica y provoca
amor, tahur, aunque ciego,
por si la boca hace juego
dio este papel á tu boca.
(Le echa en la falda los favores.)
Al cuarto ha visto jugar,
y porque pueda ganar
le has dado á entender la flor.
Cuatro los premiados son,
y pues haces cuatro damas
seras (pues Silva te llamas)
Silva de sarta lecerum.

BEATRIZ. Mire Vuestra Alteza...

ISABEL. Asombro
haces de que á cuatro diga,
que tu arrogancia obliga
Pero, si á quinto te nombro,
¿qué harás?

BEATRIZ. Mientras no me dejes
disculpar...

ISABEL. Este papel
el Rey te escribe, y en él
dice hazañas hereles
y á quien mi enojo ocasiona
(Rasga el papel.)
como el papel, rasgaré
el alma, y le comeré
el corazon. La corona
que yo poseo, quería
ponerle el Rey, y no osara
decirlo, cómo no hallara
lugar en tu fantasía.
Viviana ¿tu con el Rey?
¡Vive el cielo!...

BEATRIZ. El Rey bien puede
amarme, sin que yo quede
por alguna causa ó ley
culpada, mientras no doy
color á esos desatate.
Vuestra Majestad me trate
bien, pues que su prima soy;
y advierta que aunque respeto
al rey don Juan, mi señor,
y al reverencial amor
que debo, el alma sujeto
de mi sangre generosa,
tal vez tuve heredé
y presuncion, que no sé

[illegible] su esposa.

ISABEL. ¿Hay crueldad tan inaudita
del Rey, delante de mí?
Ese loco frenesí,
ya no sé que le fundáis
en las alas que le days,
y en los locos cortesanos
á su vil, con favores vanos,
hechizais. No quiero ya
que os portais á Portugal;
aquí sabrán mis celos
esconderos de los ojos
del Rey, que un agravio real
puede remediarse así.
Abren ese aparador, Inés.
(Abre un armario donde mete á doña Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Que es lo que intentas?

ISABEL. Que estés
encerrada y presa así,
donde sin respirar
ni sustento, muerta quedes;
que de otra suerte no puedes
satisfacer mi pasion.

INÉS. ¡Gran señora!...

ISABEL. Dejame
esconderla desta suerte
del Rey; que sola su muerte
sosiego es bien que me dé.

INÉS. Rogata, Beatriz, por vos
si supiérades cumplir
palabras

BEATRIZ. Si he de morir
aquí, no sepa (mi Dios)
ninguno, que esta crueldad
pudo en el pecho caber
de tan severa mujer,
que en esta conformidad
yo prometo, aunque me muera,
no dar voces.

ISABEL. Cierra Inés;
dame esas llaves *(Cierrala.)*

INÉS. Despues
que aquesta tempestad pase
pase, abrirla mandarás;
que es castigo riguroso.

ISABEL. ¡Por vida del Rey mi esposo!...

INÉS. No jures, señora, más.

ISABEL. Que he de tenerla entre tanto
que muerta la alegre á ver.

INÉS. ¿No ha de comer, ni beber?

ISABEL. Coma angustias, beba llanto. *(Vase.)*

ESCENA XIV

Sale DOÑA LEONOR, *emperatriz, y* don JUAN.

LEONOR. En Roma estamos (don Juan).
Federico, mi señor,
dignamente Emperador,
es un Nerón aleman.
Cifradas en él estan
las gracias que hay repartidas
en gentilezas lucidas
que ensalzan la antigüedad;
con una alma y voluntad
quisiera darle mil vidas.

Hoy nos han de coronar
(en fe del amor que encierro),
con la diadema de hierro
que el Milan se suele dar:
quiere el Papa dispensar,
porque mañana haga iguales
dos almas, que liberales
el yugo esperan cristiano
del tálamo soberano
y bendiciones nupciales.
Desposaranos mañana,
y esotro, con real decoro,
nos dará el círculo de oro
de la majestad romana.
Tan gozosa estoy y ufana,
y tan perdida de amor
por el César, mi señor,
que, á poderlo hacer, le hurtara
del sol la hermosura rara
por parecerle mejor.
Triste, don Juan, me escucháis,
¿pesaos del bien que declaro?

JUAN. A mi suerte le comparo,
que al paso que vos contáis,
gran señora, lo que amáis
á quien no sé si os merece.
Se disminuye y decrece
una esperanza atrevida,
que, entre impos bien florida,
se ha muerto cuando amanece.
Vine yo amando, señora,
esta jornada á una dama
que cuanto más á otro ama,
más la sirvo y me enamora.
No sé si mi amor ignora,
mas sé que me mando, en suma,
embarcar, porque presuma
cuán poco hay de mar á amar
y que es locura esperar
firmeza en remos de espuma.
Sobre ella mi atrevimiento
torres vanas levanto,
mas ¿qué cuerdo edificó
sobre la espuma y el viento?
Llegué á Roma, vi el contento
que (como yo vuestra alteza)
da á otro dueño su belleza,
y en las congojas que paso,
la semejanza del caso
ocasiona mi tristeza.

LEONOR. ¿Pues en qué causa, ó razon,
fundáis que esa dama os quiera?

JUAN. En la voluntad primera
que estriba en la inclinacion;
en la comunicacion
que en la niñez arraigada
crece, de amor fomentada
y en natural convertida,
suele andar lo que la vida
con el alma acompañada.

LEONOR. La llaneza suele hacer
atrevido al menosprecio,
y mas (don Juan) cuando el necio
la llega mal á entender.
¿Por fuerza tiene que ser
amor, toda voluntad?
Sed buen intérprete, andad;
que ingenios desvanecidos
cuando tuercen los sentidos
yerran con facilidad.

ESCENA XV

Sale un Paje.—Dichos.

PAJE. El Emperador está,
con la romana nobleza
y esperando á vuestra alteza.

LEONOR. Irse á coronar querrá.
Don Juan, la dama se ya
(A él aparte.)
que amáis (aunque no os declaro
quién es), poned mas reparo
en vuestro perdido seso,
porque si insistís con eso
podrá ser que os cueste caro.

ESCENA XVI

Quédase solo don Juan.

Tarde el desengaño vino,
difícilmente se cura
si se arraiga la locura,
y amor todo es desatino.
¡Buen remate de camino
han hallado mis enojos!
mas decidí vanos antojos
aunque desdenes me afrenten,
en Leonor ¿no se desmienten
las palabras y los ojos?
¿Con voluntad no me mira,
cuando me habla con rigor?
Luego, en los ojos amor
llama á la lengua mentira.
Nunca me miró con ira,
aunque contra me ha hablado,
por entendida se ha dado,
salir con el pleito intento,
que su mismo pensamiento
tiene de ser mi abogado.
Hable una vez el amante,
que el amor es buen testigo
de que se lleva consigo
quien la inquiete cada instante.
Yo proseguiré adelante,
con mi altivo pensamiento,
fabriqué ó no sobre el viento;
que en la importuna frecuencia,
no hay mujer con resistencia
ni amor sin atrevimiento.

ESCENA XVII

Sale Melgar.—Dicho.

MELGAR. Roma, ó chata, hermosa sales;
mas débeste de afeitar,
porque no te vean andar
tan llena de cardenales.
Fiestas, al fin, imperiales.
¡Oh, señor! ¿Qué haces aquí?

Acompaña, ¡pese á mí!
la Emperatriz por quien Roma
las varas de un palio toma
de brocado carmesí.
Salí á los recibimientos,
verás á Nicolao quinto,
en medio de un laberinto
de tomates ó pimientos
pacíficos instrumentos.
Roma, vestida de fiesta,
y de doseles compuesta,
sus calles llenas de flores
y sus ventanas de amores.
Mas la Emperatriz es esta.
Aguardala una bacanea,
en la blanca palomina,
que, al lado del César, Roma
hoy coronarlos desea.

JUAN. ¡Amor! ¿Qué importa que sea
Emperatriz, si sois dios?

MELGAR. En un palio van los dos
hasta San Juan de Letrán.

JUAN. ¿Qué temo? ¿No soy don Juan,
Leonor mujer, de dad vos?

ESCENA XVIII

Sale la EMPERATRIZ *con acompañamiento, música y la* EMPERATRIZ *que tropieza y al darla la mano* DON JUAN, *se la aprieta y quiere besársela, y ella le da un bofetón.—Dichos.*

LEONOR. Federico, mi señor,
¿me espera?

PAJE. Señora, sí.

LEONOR. ¡Válgame el cielo! cal.

MELGAR. Tenía.

JUAN. ¡Ay divina Leonor,
si en la cuenta de mi amor
caverades reducida
que venturosa caída!
Levantarme yo ufano,
si como yo os doy la mano
me dejades vos la vida.

LEONOR. ¡Atrevido! De esta suerte
vuestros desaliños pago,
y agradeced que no os hago,
como merecéis dar muerte.
Así, es razón que os despierte.

UNO. ¿Qué es esto?

LEONOR. Pudiera ser.
Poco debéis de saber,
pues viendome tropezar,
me pretendéis levantar
para que vuelva á caer.

ESCENA XIX

Quédanse solos MELGAR *y* DON JUAN *muy suspenso.*

MELGAR. Sin mentís, un bofetón,
es como rayo sin trueno.
Tu carrillo queda bueno
para rueda de salmón.
Quiere que en esta ocasión
tu amor á Roma te guíes,
que en prueba de esas señales
fuera (porque te autorices)
tu cara, á estar sin narices,
Roma con sus cardenales
Cinco en la cara te ha puesto;
si fue favor no me espanto,
mas favor que duele tanto
mas es quinto que no sexto.
No se te caerá tan presto,
ni yo (á caerse) te alzara;
¡oh mercader que sin vara,
al tiempo que te despides,
tan ligeramente mides
á palmos toda una cara!
¡Líbreme el cielo de ti!
¿Qué suspensión te ha elevado?

JUAN. Levantando, he levantado
la memoria que perdí.
Mundo, si pagas así,
á dejarte me apercibo;
pues es bastante motivo
el ver (si á decirlo basto)
que tras veinte años de gasto
me asientas este recibo.
A pagarme te dispones
con los salarios usados,
que ya se pagan criados
á coces y á bofetones.
¡Locas imaginaciones,
necio es el que no os repara!
No más vanidad avara;
quedaos torpes ejercicios,
que aún no paga el mundo en vicios
y da con ellos en cara.
Pues ha salido á la mía
á tal tiempo la señal,
no es mi enfermedad mortal,
posible salir sana;
no halló la filosofía
medico para este daño
que se iguale al desengaño.
Alto, pues, si en quien se cura,
mudar aires es cordura,
hoy mudo los de mi engaño.
Adiós corte, en quien se ampara
el que es tratante de enredos,
que das el favor á dedos
y estos puestos en la cara.
La verdad divina y clara
me enseña que eres un mostro;
profanos gustos, ya os postro,
que si el mundo estriba en ellos,
por darme en rostro con ellos
vinieron á darme en rostro. (*Vase.*)

ESCENA XX

MELGAR

¡Espera, aguarda! ¡Ah, señor!
Afrenta debe de ser
dejarse un hombre poner
salserillas de color.
Leonor, no sois vos Leonor,
sino octava maravilla.
Volverme quiero á Castilla.
Pretended, Leonor, de hoy más,
pues echáis así el compás,
ser maestra de capilla.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Una Niña que ha de hacer á Nuestra Señora, dice desde arriba sin descubrirse, y responde Doña Beatriz encerrada en el armario

NIÑA. ¿Beatriz?
BEATRIZ. ¿Quien es? ¿Quién me llama?
que con regalada voz
mortales ansias olvido
libertad es mi prisión.
NIÑA. Sigueme.
BEATRIZ. ¿Seguirte? ¿Cómo,
si tres días ha que estoy
oprimida en la clausura
de esta obscuridad atroz?
Aquí me maltratan celos
de una Reina, que al rigor
de su enojo obra tantos
venganzas á su pasion
Muda muero, ofensas callo,
(en fe de que noble soy),
porque ignore el Rey crueldades
que ha ocasionado su amor.
NIÑA. No temas: fia en mi amparo.
Libre estás; al resplandor
de los rayos que me visten
te saca mi protección.
(Abrense las puertas y sale doña Beatriz y sobre ellas en una nube se aparece una niña con los rayos, corona y hábito con que pintan á la Imagen de la Concepción.)
BEATRIZ. ¡Gracias al cielo que os veo
claros orbes, pero á vos
es más justo que os las de,
Alba, Estrella, Luna, Sol!
NIÑA. ¿Conocesme?
BEATRIZ. Hermosa niña;
que de los ojos de Dios,
niña cara os considero,
no se si durmiendo estoy.
Pero ¿que conocimiento,
que humana imaginacion,
qué Ave Real no cegara
á tal luz, tanto candor?
NIÑA. ¿No me conoces, en fin?
BEATRIZ. Regalada niña, no;
pero si para serviros.
vuestra eterna esclava soy.
NIÑA. ¿Conoces estas colores?
BEATRIZ. Conozco, niña, que son
lo azul celeste y lo blanco
las que mi gusto eligió,
en vanas ostentaciones
y que dieron ocasion
á no pocos dispartates,
mas ya son cuerdas por vos.
NIÑA. Sí, que son colores mías.
BEATRIZ. Me honraron su valor;
calificaron su estima,
honrolas vuestra eleccion;
ojos de Dios sus amores,
pues, con el blanco color
y lo azul, sois niña zarca
que me roba el corazon.
No hay en vos (mis ojos) nube;
que por eso os cerca el sol,
siendo sus rayos pestañas
de su esfera guarnicion.
NIÑA. Ya, Beatriz, por conjeturas,
me conoce tu atencion.
Ojo de Dios me llamaste;
tu advertencia lo acertó;
siéndolo, pues, de su cara,
hay en el mundo opinion
que sustenta su porfía,
afirmando que cegó
el primer instante este ojo
del rostro de mi Criador,
la nube que al primer padre
la destemplanza causó
siendo la gracia el colirio
que de ella me preservó.
Yo soy la privilegiada,
cuya cándida creacion
hecha por Dios *ab initio*,
para su madre eligió:
que habiéndose de vestir
la tela que amor tejió,
quiso preservar sin mancha
en mi limpio este girón,
al poner el pie en el mundo
donde el hombre tropezó.
Dios, amante cortesano,
la mano de su favor
me dió, anteviendo el peligro
sin que de su maldicion,
se atreviese á mi pureza
el lodo que Adam pisó.
Por eso el vestido escojo
con que he venido á verte hoy,
cándido, limpio, sin nota,
sin pelo de imperfección;
porque si la levadura
del pecado, corrompió
toda la masa de Adam
general su contagión,
la Providencia del cielo,
antes del primer error,
lo acendrado de esta masa
sin levadura apartó.
También es lo azul mi adorno
porque si Pablo llamó
á mi hijo segundo Adam,
siendo el primero en rigor,
hombre de tierra terreno
y hombre juntamente y Dios,
celeste el Adam segundo,
yo por la misma razón,
si Eva fué mujer del suelo
la celeste mujer soy,
que estoy del cielo vestida
y en Patmos mi Aguila vió.
¿No confiesas tú todo esto?
BEATRIZ. Bien sabe la devoción,
Vuestra Alteza, niña pura,
que esa verdad me enseñó.
Con el alma la confieso;
tengola en el corazón,
y perderé en su defensa
mil vidas, que humilde os doy.
Sois Reina ¿Qué razon hay

y que se precie de razón
os de nombre de pechera
si es vuestro hijo Emperador?

NIÑA. Si soy Reina como afirmas
¿ser mi dama no es mejor
que de la Reina Isabel?

BEATRIZ. ¡Ojalá me admitáis vos!

NIÑA. Las damas de mi Palacio
(Beatriz) siguen el olor
de mi pureza virginea
y Angélica incorrupción;
no, como tú, el tiempo pierden,
que tanto el cuerdo estimó
en galas y vanidades;
incendios del torpe amor.

BEATRIZ. Yo os prometo Aurora pura,
(como me ensalce el blasón
de dama de vuestra casa
que es Templo de Salomón).
Yo os hago solemne voto
de ser una, desde hoy,
de las que al Cordero siguen,
porque sus Vírgenes son.

NIÑA. En la corte corres riesgo.

BEATRIZ. Huiré de la Corte yo.

NIÑA. Así tu hermano lo hizo;
ya cortesano de Dios
gentil hombre es de mi casa,
no de la Augusta Leonor;
que le despertó del vicio
la afrenta de un bofetón.
Ya no se llama don Juan:
su nombre es Fray Amador;
confírmole el desengaño;
la vida y nombre mudo.

(Aparécese don Juan de Ermitaño, dándole San Jerónimo la mano para que suba por unos riscos. Estén colgados de un árbol, espada, daga, sombrero con plumas; toquen música.)

Amador quiso llamarse,
porque en fe de que me amó,
de mi Concepción intacta
promete ser defensor.
Mírale hacendo trofeos
de las galas que ostentó
la soberbia cortesana,
la lisonja y la ambición.
Colgándolas, como advertes,
las trata como al ladrón,
que hurtando la castidad
al vicio la puerta abrió.
A Jerónimo le ofrece
el pulso, porque es Doctor
de la Iglesia, y sana enfermos
su alada contemplación.
Los extasis de María,
Antonio, Pablo, Hilarión
le suspenden, pero María,
discípulo le eligió
que activo á la Iglesia sirva,
siendo ilustre imitador
del Alférez de mi hijo,
que sus llamas le imprimió.
¿Quieres tú seguir sus pasos?

(Descúbrese la apariencia.)

BEATRIZ. Quiero lo que queráis vos.

NIÑA. ¿Serás hija de Francisco?

BEATRIZ. Su esclava (mi Niña) soy.

NIÑA. En Toledo has de fundarme
una nueva Religion
que el nombre y hábito tenga
de mi Pura Concepcion.

BEATRIZ. ¡Venturosa yo, mil veces!

NIÑA. Pues vuelvete á tu prision,
que presto, Beatriz querida,
saldrá de Sodoma, Lot.
Toledo te está esperando,
que, si en su Iglesia Mayor,
bajé á vestir á Ildefonso,
de mi honra defensión,
en ella quiero que fundes
una orden de tal valor,
que mi Concepcion defienda
é ilustre su devoción. *(Encubrese.)*

BEATRIZ. ¡Mil veces alegre cárcel,
volvamos á ella, mi Dios;
pues os halla en los trabajos
quien en gustos os perdió!

(Entrase y cierranse las puertas.)

ESCENA II

Salen la REINA *y* DON ALVARO DE LUNA.

ALVARO.

Vuestra Alteza, señora, no se enoje,
porque, en lo que manda el Rey, insista.

ISABEL.

A nadie para darme pena escoje
sino á vos, que es la causa que resista
cualquiera de Palacio el disgustarme,
sino sois vos que andáis siempre á su vista;
vos consultando siempre en que agraviarme.

ALVARO.

Mándame el Rey que sepa qué se ha hecho
doña Beatriz de Silva. El excusarme
no ha sido, gran señora, de provecho.
Tres dias ha que no se sabe de ella,
y el Rey de vos no está muy satisfecho.
A vuestras damas pregunté por ella
y llorando responden que gustaran
saber, si muere ó vive para vella;
mil sospechas y dichos se escusaran
con decir donde está, que en vuestra ofensa
los grandes que la sirven se declaran;
el Rey, que la tenéis en prisión piensa;
y don Alonso Vélez (que es su hermano)
anda á esta causa con tristeza inmensa.
No hay título, ni ilustre cortesano
que no trueque en pesar el alegría
que vería daba al suelo castellano.
El portugués don Pedro desafía
á don Pedro Girón, y no hay sacarle
de que, favoreciendo su porfía,
la escondéis de la corte por casarle
con ella. Entiende don Diego Sarmiento
que á don Luis de Velasco (por premiarle
el Rey con tan honroso casamiento)
se la promete, y esconder la manda,
favoreciendo vos el mismo intento.
Ved, pues, señora, cuando la corte anda
de esta manera en bandos dividida,
si es justo vuestro enojo y mi demanda.

ISABEL.

Decid que esa mujer no está perdida;
(pero si el Rey por ella) que es mi dama
y mi parienta, que ninguno pida
cuenta de cosas mías, y esa fama
que han echado, no importa el vulgo diga;
que no ofenden quimeras que él derrama.
Cada cual su opinión defienda ó siga,
que yo no pienso responder más que esto.
Idos con Dios; andad.

ALVARO.

El Rey me obliga
á que peque, señora, de molesto.
Yo tengo de mirar todo este cuarto,
obedeciendo á lo que me han impuesto.

ISABEL.

Ya, Condestable, os he sufrido harto;
no me deis ocasión á que interprete
que por ser su tercero, veis mi cuarto;
pues si sois causa vos de que se meta
el Rey, ya podrá ser que haya castigo
contra quien gustos torpes le prometa.

ALVARO.

¿Qué dice Vuestra Alteza?

ISABEL.

Aquesto digo.

ALVARO.

¿Y yo soy digno de ese premio justo
por lo que España puede ser testigo?
Casé á Vuestra Alteza contra el gusto
de estos Reinos, y siendo su infanta
en el trono la puse con Augusto.
¡Bien por estos servicios me adelanta!

ISABEL.

Nunca á la obligación debe memoria
el desvelado que á su Rey encanta.
Andad con Dios, y no seáis historia
en Castilla, del mundo, que al fin rueda,
y no estéis confirmado en esa gloria.
No provoquéis mi enojo, que aunque pueda
la privanza encumbrar vuestra fortuna
y en haceros favor el Rey exceda,
soy vengativa yo, y si importuna
vuestro enfado, tal vez por no sufrillo
puesta al riesgo, con poca vuestra una
Guárdaos el Rey, y no me matara lo
que no temáis, mas la ciudad más fuerte
se rinde presto perdiendo un portillo.
En un cadáver sabré hacer la muerte
tragedias de los Grandes de este mundo,
que el tiempo es dado, y mudase la suerte.
Bien se (pues estoy digo) en que me fundo;
procurad conservaros en el puesto
donde os sustenta el rey don Juan segundo,
que es hombre... Mas, él viene, andad.

ALVARO.

¿Que es esto?
¿Que una, que portillo, que cada vez,
nuevo temor á mi privanza ha puesto?
¡Ay arrimos del mundo sobre leve!
¡Quiera Dios que la Reina, que me paga,
por haberla hecho yo, no me deshaga!

ESCENA III

Salen el REY, DON PEDRO GIRÓN, DON PEDRO PEREIRA DON DIEGO Y DON LUIS.

REY. Caballeros, la prudencia
de la Reina (que ha sabido
vuestro interesado) hasta ahora quiere
quitaros, de la presencia
con doña Beatriz, disgustos
y ocasiones de encontraros.
Yo no puedo concertaros
ni acudir á tantos gustos.
Beneméritos sois todos
de su adorada belleza,
edad, estados, nobleza,
os igualan por iguales todos.
Separemos á donde esté,
y por ese día un corte
con que sosiegue la corte,
que la Reina lo dirá.
Pero, pues está presente,
vuestras dudas satisfaga.

ISABEL. Basta, que no hay quien deshaga
(aunque la causa está ausente) (Ap.)
este inhumano extraño,
tenido por maravilla
en Portugal y Castilla,
que de él lo puede un engaño.

REY. Quitad vos las asientos
de nuestra corte, señora.

ISABEL. Si es doña Beatriz la autora,
y tantos de su afición
pretendientes, nadie pida
desde está, que es cosa cuerda
que sepa que no se pierda
esta mujer perdida.
Negaros á su vista
aunque le agravie la hallará, (al Rey.)
que por saber dónde está
la de tantas por escrito
Su Alteza Majestad
es crueldad digna de muerte,
dar ocasiones al fuerte
contra su libertad,
y ese acaudalado amor,
¿que castigo dará á ver
á quien á su mismo Rey
entrega sin haber amado?
Yo he hecho verdad de servicios
de tanta... por exceso,
de este crimen son proceso
letras de cierto papel.
Como Reina he sentenciado
á perdimiento de vida
á esta mujer atrevida
que al Rey, mi señor, ha dado
hechizos con su belleza.
Cerrad vos, Alvaro, luego
que mata en esa cárcel,
vengándome su clausura.
Haréis así que esté viuda,
sin darle alivio al sustento.
falta de vista á este
y viva en el sepultada,
porque este incendio se apague
que tanta gente ha perdido,

darla la muerte he querido:
quien tal hace que tal pague.

REY. ¡Oh, bárbara! ¡Vive el cielo!
si es muerta, que tu castigo,
siendo esta corte testigo,
tiene de asombrar al suelo.

ALVARO. ¿Hay hazaña mas impía?

P. GIRÓN. Mudo me tiene el dolor.

(*Abre y sale* doña Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Qué es ésto, Rey y señor?
¿Qué es ésto, señora mia?

ISABEL. Beatriz ¿estás viva?

BEATRIZ. Estoy
de mi inocencia amparada;
del cielo patrocinada;
á cuya Alba gracias doy,
que, contra Reales enojos,
tan seguro amparo envia.

REY. Apenas el alegria
permite el uso á mis ojos,
para novedad tan rara.

PEREIRA. No sale el alba tan bella,
cuando enamorado de ella,
el sol la afeita la cara,
como de la prisión sale
el prodigio de mi amor.

LUIS. Es ángel, dióla favor
el cielo de quien se vale.

REY. Yo, Beatriz, tendré más cuenta
desde este punto de vos,
que quien, sin temor de Dios,
os confiesa por parienta
y os hace obras de enemiga.

BEATRIZ. A la Reina, mi señora,
soy de la vida deudora,
y cuanto valgo, castiga
justamente y es razon
escarmentar y temer,
y en el dechado aprender
de su heroica discrecion.

REY. Caballeros, la hermosura
premio del valor se llama,
quien á doña Beatriz ama,
y ser su esposo procura,
á la tala de Granada
mañana me he de partir,
mientras puede pedir
á su ventura y espada
Que el que con fuerzas bizarras
la vega mora corriere
y más cabezas truxere,
á doña Beatriz en arras
en el tálamo de amor,
ese será el preferido,
porque siempre el premio ha sido
de Marte, el honesto amor.

LUIS. Yo acepto esa noble empresa.

DIEGO. Ya sabe cortar mi espada
los granos de esa Granada.

PEREIRA. La experiencia portuguesa,
que en Africa se ejercita,
triunfará de esa nacion.

P. GIRÓN. Soy amante y soy Girón,
amor y sangre me incita.

REY. (*Ap.*) ¡Ay, doña Beatriz hermosa,
sol eres, Icaro soy!

ISABEL. ¡Amor, socorro, que voy (*Aparte.*)
más corrida y más celosa!

ESCENA IV

Vanse y al entrar DOÑA BEATRIZ, *sale por otra puerta* MELGAR, *y llámale*

MELGAR. ¿A mí sa doña Beatriz?
suplico á Visiñoria.

BEATRIZ. ¡Melgar!

MELGAR. Señoraza mia:
pon la pata, la raiz
de ese árbol, que á amor provoca
y le ofrece frutos ricos,
encima este par de hocicos,
pasearáste por mi boca.

BEATRIZ. Pues, Melgar ¿á donde queda
vuestro señor y mi hermano?

MELGAR. Asentá onle la mano,
y aunque en lo blando era seda,
hasta el mandamiento quinto
le imprimieron en dos credos,
letras de un lustro de dedos
dejándole blanco y tinto
(sin ser vino) en un carrillo.
Diósele doña Leonor,
en réditos de su amor,
que no pudiera sufrillo
(á ser otro) la ceñida.
Viendo, pues, su mal despacho
don Juan, ha dado en capacho
y muda de traje y vida.
De San Jerónimo es
Ermitaño, por lo menos.

BEATRIZ. Intentos, Melgar, tan buenos
dignos son de portugueses.

MELGAR. Como sin dueño he quedado,
y la ermitaña aspereza
no la abraza mi flaqueza,
(porque estoy desvencijado)
y si no me desayuno,
en ama recién Dios,
con media azumbre ó con dos
y un zoquete cuando ayuno,
luego me da la jaqueca,
hase venido á amparar
de Visiñoria, Melgar,
ya que don Juan vida trueca.

BEATRIZ. No está para gente honrada;
el mundo, (Melgar amigo)
paga mal.

MELGAR. Tambien lo digo.

BEATRIZ. Ya yo estoy escarmentada,
como mi hermano.

MELGAR. Alto, pues,
no hay sino ser ermitaña
Vámonos á una montaña;
que como tú en eso des,
yo seré en Sierra Morena
ventero, que cuenta pida
para enmienda de mi vida,
que allí hay culpas y no hay pena.

BEATRIZ. Melgar, yo os he menester.
La lealtad que habeis tenido
á mi hermano, he conocido

y no la queráis perder
conmigo, doña Leonor
pagó el mal que hizo á San Juan;
los celos nunca dan
premio á servicios mejor.
La Reina, doña Isabel
(que has á en esto ha imitado),
nunca mal también me ha pagado,
esta celosa y cruel.
La vida me va en salir
de la corte, que en Toledo
y en un monasterio puedo
medrar mejor con servir
á quien en paga de otra suerte
Vendrá en vuestra compañía
y en otro traje, podré
escaparme de la muerte,
con que la Reina amenaza
mi inocencia, sin razon.
La noche nos da ocasion
como vos sepais dar traza,
para buscarme un vestido
de labradora, que aquí
no hay pocas.

MELGAR. Hárelo así,
y de paso agradecido
(pues hago de mi confianza
Vuestra Alteza) no quiero
con hablar ser lisonjero;
agrádame la mudanza.
Yo también, de labrador,
acompañando vuestra,
que aunque guardaros sabré,
holgara fuera mejor.

BEATRIZ. Vamos, pues; dareos dineros
para comprar los vestidos.
¡Deseos desvanecidos! (*Aparte.*)
á servir que á ser señores
con quien de tan gran galardón
que aquí no os saben premiar.
Vamos que hemos de fundar
Orden á la Concepcion,
donde segura sirvamos
á la que preservó Dios.

MELGAR. Anda la, de dos en dos
se me convierten los amos.

ESCENA V

Salen DOÑA ISABEL *y* DOÑA INÉS

ISABEL. Doña Inés, no se que diga
mis celos aventurados
hacen mi vida fatiga,
y el temerlos no vengados
á nuevo pesar me obliga,
por otra parte, á clemencia
me mueve, al ver que los cielos
manifiestan su inocencia
con tantas señales.

INÉS. Son,
gran señora, los celos
contagiosa pestilencia.
Desterrar á doña Beatriz
y privar desa hermosura
es cosa que no es cordura.
Echad Beatriz de Castilla,
pues á darle celos vuelve,
que así vive segura.

ISABEL. Que es bien, será la mia mal,
con que esta loca hermosura
ha hechizado un pecho Real.
seguir tu consejo quiero:
saldrá esta noche de aquí
esta arpía por quien muero.

ESCENA VI

Sale el REY *y* DON ALVARO DE LUNA *con* DICHAS

REY. En la Reina descubrí
entrañas de duro acero.
Por que no la precipite
segunda vez su pasion,
es bien que se deposite
doña Beatriz.

ALVARO. La razón
lo aconseja y lo permite.

REY. En un Monasterio esté,
hasta que mandado estado,
para nuestra certeza.
Amor, por razon de Estado,
desde agora os dejare.

ISABEL. Rey y señor.

REY. No creyera
que tan cruel en extremo,
señora, el cielo os hiciera.
Amabaos antes, ya os temo:
cuanto hermosa sois severa.

ISABEL. Quereis mucho, estoy celosa.

REY. Por cuitaros la ocasion,
(que va en vos tan sospechosa)
en un convento es razon
que esté vuestra prima hermosa.
Váyanla luego á llamar.
(*Sale doña Inés.*)

INÉS. Yo, gran señor, voy por ella.

ISABEL. Si la corte ha de inquietar
¿no será mejor tenella
donde se pueda escusar
lo que temo? Yo quería
á Portugal enviarla.

REY. Agravio nuevo sería,
por hermosa desterrarla,
y con ella á la vuestra
de mi corte. Brevemente,
(dándola esposo feliz)
cesará ese inconveniente.

INÉS. No se halla doña Beatriz.

REY. ¿Cómo es eso?

INÉS. Diligente
he preguntado por ella;
todo el cuarto he registrado
de las damas, y no hay della.

ISABEL. Mi recelo confirmado
me avisa que en vano de ella.

REY. Si del pasado suceso
es fácil conjeturar,
vos, señora, la habeis preso;
que aun no advertis el pesar
que recibo.

ISABEL. ¡Bien os oso!

REY. Ya os he dicho que cuesta crueldad,
(Isabel) modere enojos.
No hay que hablar, esto es verdad.

por quitársela á mis ojos
la quitais la libertad.
Si sois cuerda no incitéis
mi enojo otra vez, señora.
(*Vuelve á entrarse* doña Inés.)

ISABEL. Disimulad; bien haceis;
si bien mi pesar no ignora
que escondida la teneis.
Deme nombre de cruel
Vuestra Alteza, pues le cobra
de esposa leal y fiel,
y ponga luego por obra
las promesas del papel.
Déla su mano y su silla,
que en mí se logra tan mal:
finezas haga en servilla
que, viéndome á Portugal,
podrá reinar en Castilla.

REY. Quejas tan sin ocasión,
desmientan vuestros desvelos;
y aunque diga la opinion
que no hay discrecion con celos,
pues os sobra discreción,
usad de ella, con la estima
que mi persona merece:
y si la pena os lastima
de los celos que os ofrece
doña Beatriz, vuestra prima,
hacedla traer aquí,
ponedla luego en estado,
iráse al suyo, y así,
seguro vuestro cuidado,
no se agraviará de mí.

ISABEL. Vuestra Alteza no me dé
ocasion de que le pierda
el respeto. Yo no sé
de esa mujer, ni fuí cuerda
cuando viva la dejé.
Don Alvaro la tendrá,
por vuestra orden, escondida,
y por ella intentará
encumbrar mas la subida
de la privanza en que está.
Pero á lunas semejantes
suele tal vez la ambicion
precipitar las menguantes.

ALVARO. Basta, que estas quejas son
(señor) de participantes.
No se yo en que haya ofendido
á la Reina, mi señora,
si ya en haberla servido
con el Reino, que la adora,
en mi delito haya sido

REY. Mal sabéis aprovecharos,
Isabel, de mi paciencia.

ISABEL. A desengaños tan claros...

REY. Basta; sirva la prudencia,
señora, de sosegaros:
que cuando las ocasiones
del Reino (que Dios me dió)
para el gusto hallen razones,
soy don Juan segundo yo
y sé refrenar pasiones.
Por la vuestra y por mi vida
que doña Beatriz no esta
por mi mandado escondida.
Cese vuestro enojo ya;
y á la verdad reducida,
sin ser cruel portuguesa,
pues sois Reina castellana,
templad rigores, pues cesa
la ocasión, y, más humana,
libremos á Beatriz presa;
que, yo os juro desde aquí
porque fenezcan enojos
(que viendo su copia os dí),
de no ocasionar mis ojos.
¿Está vuestra alteza así?

ISABEL. Estadlo vos, gran señor,
de que de Beatriz no sé,
que en fe de mi firme amor
á esos Reales pies pondré
todo mi enojo y rigor. (*Sale* doña Inés.)

INÉS. Sobre un bufete dejó
doña Beatriz, gran señora,
este papel que escribió
para Vuestra Alteza.

ISABEL. Agora
mi sospecha sosegó.

REY. Y agora yo estoy culpado
ó no, sabreis.

ISABEL. Yo he tenido
causa de haber mal pensado,
pesar de que os he ofendido
y premio de que os he amado.
(*Lee la Reina este papel.*)

«Sospechas de Vuestra Alteza, y desengaños mios (en tres dias que estuve sepultada) me enseñaron los peligros de Palacio, pues al cabo de ellos, podré afirmar que resuelté al tercero dia. Ya, pues, que no estoy determinada huir segundos riesgos en la quietud de un monasterio; para mi propósito ninguno mejor que el de Santo Domingo el Real de Toledo, donde tengo parientas y noticia de la santidad con que se vive. Retírome á esa Corte con licencia de Vuestra Alteza, por dificultad de alcanzarla; pero con la obligación perpetua de pedir al cielo toda mi vida prospere la de Vuestra Alteza y la del Rey, mi señor, en cuya compañía goce años felices esta Corona y despues eterna, etc. *Doña Beatriz de Silva*».

ALVARO. Devota resolución.

ISABEL. Religioso atrevimiento.

REY. Tuvo bastante ocasión.
Vayan en su seguimiento
que, aunque alabo su intención,
cuando á ejecutaria atiente,
es bien que llegue á Toledo
como á su estado es decente.

ISABEL. Perderéis celos en miedo,
pues está la causa ausente.

REY. Hoy me habia de partir
á la tala de Granada;
y pues no hay que prevenir
y el rodeo es poco, ó nada,
por Toledo habemos de ir,
que quiero ser su padrino.

ISABEL. Favor del Rey tan cristiano;
mas querreis ser, imagino,
si aquí galan á lo humano,
devoto allá á lo divino.

REY. No hay estar libre de vos.

ISABEL. Mi nación es muy celosa;

y hay que temer de los dos.

REY. Beatriz, mujer tan hermosa
solo la merece Dios. (*Vase.*)

ESCENA VII

De dentro SAN ANTONIO DE PADUA, *dice lo que se sigue, y siguiendo su voz salen* doña BEATRIZ *y* MELGAR *de Pastores*

ANTONIO. No huyas, Beatriz, espera;
que, aunque disfrazada finjas
lo que no eres, ya estás
por nosotros conocida.

BEATRIZ. ¡Ay, Melgar, perdidos somos!
La Reina, severa, envía
ministros que me den muerte.

MELGAR. Pues á mí, ¿daránme guindas?

BEATRIZ. ¿Quién serán los que nos llaman?
¿Quién dio á la Reina noticia
de nuestro disfraz grosero
y mal concertada huida?

MELGAR. ¿Quién puede ser sino el diablo,
que anda conmigo estos días
de mala, porque no juego,
ni quiero decir mentiras?

BEATRIZ. Dos frailes de San Francisco
parecen.

MELGAR. En las capillas
y cordones, los conozco;
hace el diablo tropelías,
suele vestirse de fraile,
representarse á la vista
(como á Cristo) de ermitaño,
cuando á piedras le convida.
Atisbémosle las patas;
que á mí me dijo mi tía,
algo bruja, que el demonio
por más formas que ejercita,
no puede mudar los bajos,
porque quiere su desdicha
con pies de gallo calzarle
infernales zapatillas.

ANTONIO. Beatriz, aquieta tu suerte; (*Dentro.*)
no temas, nuestra venida
más es para consolarte
que para que te persigan.

MELGAR. En la venta se colaron.

BEATRIZ. Melgar, pues con tanta prisa
me están llamando, la Reina
darme muerte solicita;
á confesarme vendrán
para que esté prevenida
á la muerte, cuando lleguen
los ministros de sus iras.

MELGAR. ¿Y quién duda que también
el compañero me diga
(por ser yo tu motilon)
motilonas teologías?
Andábame yo en Italia,
de hostería en hostería,
embutiendo macarrones,
retocando fantecillas,
y trujome á ser, el diablo,
guarda damas de Castilla,
para que me bamboleen
de un almendro, junto á Ollas.

BEATRIZ. Melgar, si Dios gusta de esto,
su voluntad es la mía,
la vida le doy gozosa
como con ella se sirva.

MELGAR. ¡Por Dios! yo contento, no
(¿de qué sirve hablar mentiras?)
Yo muero de mala gana,
porque soy una gallina.
Si es que Dios quiere llevarte
y alegre no le replicas,
yo sólo juré de hacerte
á Toledo compañía;
pero al otro mundo no,
que para él no se camina,
como en España, á caballo,
ni allá hay lacayos que sirvan;
fuera de que yo no anduve
esas partes en mi vida,
y si hemos de andar á pata
tengo una tacha maldita;
porque, si de legua á legua
no hay lugar, venta, ó ermita
donde la palabra moje,
me seco como una espiga.
Pues decir, hay taberneros
por esas esferas limpias,
no que allá van puras almas
y ellos aguando bautizan,
y como son agua todos
á penas suben arriba
cuando las nubes los llueven
y á cántaros se deslizan.
A vista estás de Toledo,
esta venta se apellida
de las Pavas; voy á echar
de comer á mi borrica,
y á acogerme antes que vengan
sayones de Tordesillas,
que por la Reina colchados
la nuez moscada me afligan.
Si preguntare por mí
esa franada bendita,
y para que me confiese
disponen que me aperciba,
di que voy por una bula
á Toledo, ó á las Indias,
porque por ella me absuelvan;
y, adios, que estoy muy de prisa.
(*Vase.*)

ESCENA VIII

Doña BEATRIZ.

Si se ha llegado la hora,
Virgen, protectora mía,
de mi muerte, y las sospechas
celosas la Reina indignan,
disponedlo vos de modo,
sol del cielo, luz de día,
que, quedando en pie mi fama,
goce yo vuestras delicias.

ESCENA IX

Música, y en lo alto en medio del tablado SAN ANTONIO DE PADUA.—DICHA

ANTONIO. Beatriz, no temas, sosiega:
Francisco de Asís (que imita
á Dios en vida y en armas,
pues se honra con sus insignias)
y yo que soy de Lisboa
hijo y Padre, cuya estima
dándome Padua su nombre,
á honrar entrambas me obliga,
somos los que te llamamos
no á que la muerte te aflija
sino á alentar los intentos
con que al cielo te dedicas.
Está tan lejos la Reina
de ser (Beatriz) tu homicida
que, viviendo largos tiempos,
has de tener muchas hijas.

BEATRIZ. Soberano portugués:
Hijas ¿cómo? ¿Es, aunque indigna,
la pureza he profesado
que el virgen Dios tanto estima?
En fe de esto he de encerrarme,
con sus esposas divinas,
en Santo Domingo el Real,
si puedo, este mismo día.

ANTONIO. Virgen has de ser, y madre
que así (de algún modo) imitas
á quien siendo Madre y Virgen
á Dios que se humane obliga.
Y, porque el como no ignores,
escucha, Beatriz querida,
la propagación dichosa
que á la Iglesia ha de hacer mía.
La Aurora madre del sol,
la nave que de las Indias
trujo al mundo el pan celeste
por el mar de amar María;
en fe de que en el instante
feliz, que fué concebida
sin mácula de pecado,
por la prevención divina,
al eterno preservada
más que las estrellas limpias,
fundadora quiere hacerte
de una religión, que vista
lo blanco de su pureza,
lo azul del cielo á que aspiras.
Hay en el mundo y habrá
quien de su Majestad diga
que probó el mortal veneno
que causó su golosina.
No quiere Dios hasta agora
que este misterio defina
su Iglesia, que el cuándo sabe
reservado á su noticia.
Pero, como es hijo suyo
y parece cosa indigna
nacer de madre villana,
Rey, á quien las jerarquías
sirven de escabel y trono,
volviendo por su honra misma,
por la de su madre vuelve
y su devoción le fía.
De Santo Domingo el Real
saldrás á empresa tan digna
de la honra de su madre,
que, no en vano determina
que en Santo Domingo empiece
Religión que Dios fabrica
á la pura Concepción,
porque la honre su familia.
Tendrás mil contradicciones;
pero siendo defendida
por Fernando é Isabel
luz de Aragón y Castilla.

(Música, y en una silla carmesí, sentado á una parte, Sixto IV, Papa

Sixto cuarto de nuestro orden
(este que ves en la silla
de la popa de la Iglesia,
cuya nave sacra rija)
con apostólico celo,
orden te dará en que vivas,
y en el oficio y octava
de su inmaculada día,
escribirá de su mano
las lecciones y homilías,
concediendo á sus devotos
indulgencias infinitas.
Volverán las opiniones,
contrarias á tu porfía,
desde aquí á doscientos años,
y la competencia antigua.
Mas, crecerá de manera
la devoción (ahora niña)
en nuestra dichosa España
de la Concepción Virginea
que en Castilla y en Toledo,
Valencia, el Andalucía
y, en fin, en los pueblos todos
de estas bélicas provincias.
Los doctos, los ignorantes,
la vejez y la puericia,
con palabras y con obras,
con fiestas, con alegrías:
en cátedras, en sermones,
en prosas y en poesías,
confesará toda España
que fué el Alba concebida
sin pecado original,
para que en bronces se imprima.
Será patrón de esta causa,
por lo que medre en seguirla,
en fe de su mucho celo,
un Felipe, que la silla
gozará de los dos orbes
rigiendo en paz y en justicia,
un siglo por él dorado,
dos Españas y dos Indias.
Este trayendo en su pecho,
con toda tu Real familia
la Concepción en medallas
de diamantes guarnecidas,
del sucesor de San Pedro
Paulo quinto (esencia quinta
en santidad y prudencia,
piedad y sabiduría),
alcanzará un *proprio motu*
que las disputas impida.

(Al otro lado frontero de Sixto, se descubrirá á Paulo V, del mismo modo, sentado.)

Plumas, pláticas, sermones
de los que á la Virgen quitan
la gracia al primero instante,
su apacible rostro mira,
su devoción engrandece,
que este eregirá capilla
augusta, para su encierro
que en prueba de su porfía,
de la Concepción se nombre,
siendo octava maravilla.
Rejuvenecerá España,
y en sus ciudades y villas
harán asombrosas fiestas.
Pero Toledo y Sevilla
se han de aventajar á todas;
aquélla por tener dicha
de ser casa de solar
de esta religion benigna,
y estotra por el Colón
que su Iglesia patrocina,
del Monte Santo en Granada
que en vez de oro, da reliquias.

(Más abajo á los dos lados, Toledo y Sevilla con sus armas música.)

Toledo y Sevilla son
las dos que la fama pinta,
para que encumbres su nombre
y su bendicion bendigas.

(Al lado derecho, más abajo, el Rey don Jaime armado con capa de la Merced y una tarjeta de sus armas.)

Aragón, también devota,
con dos Reyes autoriza
la verdad de este misterio,
en servicio de María.
Don Jaime el primero es éste
que á su Concepción dedica
la orden de la Merced,
porque cautivos redima,
en fe de que su patrona
jamás estuvo cautiva,
en la original prisión
que á cuantos nacen obliga:
por razón de la pureza,
de su celebre milicia
se viste el manto que ves
del candor que al alba envidia.

(Al lado izquierdo el Rey don Juan, armado con otra tarjeta de las mismas armas.)

El otro Rey es don Juan
el primero, la caricia
de sus vasallos, que esperan
dichosa paz con su vista.
Este en públicos edictos
á los rebeldes castiga
con destierros y rigores,
que esta devoción no sigan.

(En lo alto de todo, entre unas peñas, estará don Juan de Meneses de Fraile Francisco, con una pluma en la mano, contemplando arriba en una imagen de la Concepción y un libro abierto y blanco en la otra, en que parece que escribe, y una águila que con el pico le tiene el tintero.)

Tu hermano fray Amadeo
de la Religión francisca,
cuyo hábito le consagra,
sol que la gracia ilumina,
en San Pedro de Montorio
penitente se retira,
donde, como á Juan en Patmos,
el cielo le comunica
visiones, de asombro llenas,
porque por ellas escriba
la limpieza de la Aurora
que vió el tierno Evangelista,
y un segundo Apocalipsis,
cuyas sacras profecías
siendo freno á pecadores,
den á España maravillas.
No ha de haber Orden sagrada
sino una (en cuantas militan
en el gremio de la Iglesia)
que esta devocion no admita.
¡Ea, fundadora noble!
á Toledo el paso guía,
para que esta Orden comience
por doña Beatriz de Silva.

(Música y desaparece todo.)

BEATRIZ. Milagroso lusitano,
¿por qué con tu ausencia eclipsas
luces que mi fe alentaron?
Oye, Antonio, espera, mira.—
¿Es esto verdad ó sueño?
Pero no, Virgen benigna:
¡Viva vuestra Concepción
y quien la defienda, viva!

ESCENA X

Sale MELGAR.—DICHA.

MELGAR. Albricias pido, eche mano,
señora doña Beatriza,
el Rey y la Reina vienen
tras nosotros, deme albricias.
Íbame yo en mi jumenta,
encontrélos que venían
á Toledo; conocióme
en la tal fisonomía
don Pedro Pereira, y luego,
prendiéndome la justicia
me preguntaron á donde
por mi causa te retiras.
Negábalo, desmintióme
hasta la jumenta misma,
porque rebuznó al instante.
Yo, hincado el par de rodillas,
con más miedo que vergüenza,
desbuché cuanto sabía,
porque secretos guardados
dicen que dan mal de tripas.
Apeáronse en la venta,
y la Reina (no con ira,
sino toda gozo) á verte
manda que todos me sigan.
Pero hételos unos y otros,
Rey y Reina.

ESCENA XI

Llegan los REYES *y todos los* CABALLEROS *en traje de camino.—Dichos*

REY. ¡Beatriz!
ISABEL. ¡Prima!
¿Así olvidáis nuestra corte?
BEATRIZ. Temí el veros ofendida:
dadme esos augustos pies.
REY. Alabanzas os doy dignas
de vuestra elección heroica.
ISABEL. Yo gusto que se prosiga.
REY. Vamos, Beatriz, á Toledo,
que no hay quien no tenga envidia
al estado que escogeis.
GIRÓN. (*Aparte.*) Ya mis celos se mitigan.
PEREIRA. Nadie á Beatriz me quitara
sin quitarle yo la vida.
Mas con Dios no hay competencias;
sólo es Beatriz de Dios digna.
REY. A Santo Domingo el Real
avisen nuestra venida.
ISABEL. Hermosa rústica hacéis.
BEATRIZ. En mí lucen groserías.
ISABEL. Volved, prima, á vuestro traje,
y en mi coche y compañía;
venid, seremos las dos,
desde agora, muy amigas.
BEATRIZ. Esclava de vuestra alteza
tengo yo por mayor dicha.
MELGAR. Avecindome en Toledo
que hay en el bellas vecinas.
Tejer terciopelos sé,
en el arrabal alquilan
telares, tornos y casas;
trabajar es cosa rica.
Será Melgar tejedor,
irá y vendrá cada día
al Real Monasterio á ver
la nuestra doña novicia;
serviréla de andadero
y pasaráse la vida,
tejiendo en telares sedas,
y en el convento mentiras.
P. GIRÓN. Para la segunda parte,
senado ilustre, os convida
el autor con lo que falta
de esta historia peregrina.
La fundación, los milagros,
regocijos, alegrías
de la Concepción, y muerte
de doña Beatriz de Silva.

COMEDIA FAMOSA

TODO ES DAR EN UNA COSA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

GONZALO PIZARRO.
DON ALVARO DURAN.
DOÑA MARGARITA.
DOÑA BEATRIZ.
DON FRANCISCO.
CARRIZO, *pastor.*
CRESPO, *idem.*
BERTOL, *idem.*
PUERTA, *pastora.*
MEN GARCIA, *viejo.*
DON RODRIGO, *idem.*
DON FRANCISCO CARRZAS.
DON MARTÍN.
HERNANDO CORTÉS.
UN MAESTRO.
UN PAJE.
PIZARRO, *muchacho.*
UN PAGADOR.
UN CAPITAN.
ROBLEDO, *soldado.*
TRES PASTORES.
QUIRÓS, *soldado.*
ISABEL, *reina.*

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale DOÑA MARGARITA *leyendo un papel*

(*Lee*) «Dos intérpretes, señora,
de diversa calidad,
sirven a la voluntad
en favor del que os adora.
Amor, que en los ojos mora,
tal vez con ellos anima;
a quien secretos estima
la lengua los manifiesta,
con tierna claridad ésta,
los otros con dulce enigma.
Hallome favorecido,
en los vuestros cada instante,
que su luz gozo delante,
y juzgo que soy querido:
pero aunque en ese sentido
amor su esfera elegió,
pues por los ojos entró,
siempre en ellos advertí
puertas que le admitan, sí,
lenguas que le expliquen, no.
No usurpen ageno oficio,
que se quejara la lengua
de que sufrás que en su mengua
tiranicen su ejercicio.
Mirad que en mi perjuicio
desdichas entre venturas
buscan claridad a obscuras,
y que siempre que ojos leo
favores que deletreo
estriban en conjeturas.
Palabras han de explicar
el alma de un bien querer,
que querrá la lengua ver,
si que ere la vista hablar.
Esta noche den lugar

(1) Figuran ademas en la comedia CARRIZO, *pastor*, DOS SOLDADOS y UN CRIADO

á estilos más verdaderos,
merezca yo, si no veros,
otros y ahorrar de enojos,
porque andar descifrando ojos
es hablar entre extranjeros».—
Dice don Alvaro bien;
que por los ojos amor
habla, mas es por mayor:
con gusto los míos le ven,
pero nunca se ha atrevido
á dar al recato enojos
la lengua, que de los ojos
el lenguaje es permitido,
aunque difícil y oculto,
y el alma acostumbra hablar
por la lengua á lo vulgar,
mas por la vista á lo oculto.

ESCENA II

Sale doña Beatriz *leyendo este papel.*—Dicha

Beatriz. *(Lee.)* «Si en ausencia padecemos,
gloria en presencia tengamos,
que el tiempo que malogramos
hará el tiempo que lloremos.»
Margar. *(Ap.)* ¿Que es esto? ¿Hasta en el leer
papeles doña Beatriz
quiere imitarme?
(Guarda doña Margarita *su papel en la manga.)*
Beatriz. *(Ap.)* ¡Feliz
ingenio! ¡Que encarecer
tan sazonado y discreto!
No sé apartar de los ojos
sus letras, tiernos enojos,
quejas de amor con respeto,
aunque sentido, templado.
Margar. ¿Hermana?
Beatriz. ¡Mi Margarita!
Margar. Tristeza que se limita
con versos, no es de cuidado.
¿Cuyos son los que encareces
y ponderativa alabas?
No ha un hora que triste estabas;
enfermas y convaleces
brevemente. No es cruel
mal que tan presto se pasa,
ni hará mucha costa en casa
su cura, siendo un papel.
Beatriz. ¿Es eso reñirme?
Margar. Es esto
prevenir riesgos.
Beatriz. ¿De qué?
Margar. Amor, que cerradas ve
puertas, donde el gusto ha puesto,
dicen que, en lugar de llave,
suele abrirlas con papeles,
porque á pesar de canceles
¿por donde un papel no cabe,
y más versificador,
que es dos veces sospechoso?
Beatriz. Y en tu título forzoso
jugar de hermana mayor.
No perderás tu derecho
por un reino.
Margar. Está sin madre
esta casa, y nuestro padre
de mí confianza ha hecho.
Lloverá sobre mí el daño
que en ti disculpado deja
tu edad.
Beatriz. Sí, que eres muy vieja;
aún no me llevas un año.
Olvida temas prolijas,
así Dios te guarde, ó di
que ensayar quieres en mí
cómo has de criar tus hijas,
cuando casadas las tengas.
Estos versos que leía
no los hizo á instancia mía
(por maliciosa que vengas)
su autor, ni á contemplación
de cosa que le desvele
en mí. Muchas veces suele
ya el ocio, ya la ocasión
reparar en lo primero
que encuentra. No sé qué alhaja
en una excusabaraja
buscaba, y el mozuelo
papel (por tal desechado)
halle, donde envueltas vi
de seda verde y turquí
tres madejas.
Margar. En lo ajado
se echa de ver lo que dices,
y más en lo que encareces
su estilo, que esas dobleces
(cuando no le solemnices)
muestran que deben de ser
de la seda que envolvías,
cuando, sin verme, decías
suspensa: «¡qué encarecer
tan sazonado y discreto!»
Beatriz. ¿Pues de eso tu desvarío
podrá colegir que es mío?
¿O es justo que por respeto
de que para mí no viene
no alabe yo la sazón
de su estilo y discreción?
Anda, hermana, que te tiene
la envidia loca.
Margar. Sí hará.
«No sé apartar de los ojos
sus letras, tiernos enojos.»
Beatriz, acabemos ya.
Si intentas satisfacerme,
con dejármele leer
podré en sus cláusulas ver
si amor en ti vela ó duerme.
No viniendo para ti,
¿qué te importa?
Beatriz. El estimarme
tu en poco. Quiero vengarme
de tus malicias así.
(Quiere rasgarle, y cógeselo Margarita.)
Margar. Eso no, no has de rasgarlo
antes que yo llegue á verle.
Beatriz. Perderé por no perderle...
Margar. ¿Que? Si vuelves á cobrarle.
Suelta, necia.
(Métesele Margarita *en la manga.)*
Beatriz. No porfíes,

ni á villana correspondas,
que aunque en el alma te escondas,
te le he de sacar: ¿te ríes?

MARGAR. Pues ¿qué he de hacer? ¿Enojarme?
Tengo yo más sufrimiento.

BEATRIZ. Yo no. Con tu atrevimiento
luego habías de dejarme
sin el y llevártele, ¿eh?
¡Qué donoso frenesí!

MARGAR. Tenme respeto.

(Tira Beatriz del lenzuelo que cuelga de la manga de Margarita, y cáesele el papel que ésta venía leyendo, y cójele Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Yo á ti?
sé cuerda y te le tendré.
Cayóse y cobréle.

MARGAR. *(Ap.)* (¡Ay, cielo!
que es el mío). Hermana, mira
que ese que llevas..

BEATRIZ. Me admira
que le deba yo á un lenzuelo
lo que tú tiranizabas.

MARGAR. Oye, rómpele primero
que te vayas.

BEATRIZ. Ya no quiero.

MARGAR. ¿Pues antes no le rasgabas?

BEATRIZ. ¡Válgame Dios! ¿Qué te importa,
Margarita, este papel,
que tal inquietud por él
tienes contigo? Reporta
la sospecha que te incita,
que el dueño que le escribió
jamás de ti se acordó.

MARGAR. ¿No, Beatriz?

BEATRIZ. No, Margarita.

MARGAR. ¡Ay, qué engañada que estas!

BEATRIZ. ¿Luego de mí tienes celos?

MARGAR. No son esos mis desvelos.

BEATRIZ. ¿Pues?

MARGAR. Abrele y lo verás.

BEATRIZ. *(Lee para sí.)* ¡Ay! no es mío este papel.

MARGAR. ¿Ves si se acordó su autor
de mí?

BEATRIZ. ¡Bueno es tu rigor!
Respetarete por él;
reprendeme como sueles;
vuelve á decirme muy grave
que el amor en vez de llave
abre puertas con papeles.
Hipócrita de á dos haces,
uno obras, y otro publicas:
á lo fariseo predicas,
que dices lo que no haces.

MARGAR. Basta, Beatriz, que sospecho
que has perdido...

BEATRIZ. «Está sin madre
esta casa, y nuestro padre
de mi confianza ha hecho:»
¡bien lo que tiene en ti sabe!

MARGAR. ¿Cuándo tu así hablarme sueles?

BEATRIZ. «Porque á pesar de canceles,
¿por donde un papel no cabe?»
¡Y qué cierto! ya lo ves;
probaste lo que has propuesto.

MARGAR. ¿Estás loca?

BEATRIZ. «No, que es esto
prevenir daños.»

MARGAR. Ea, pues,
baste, hermana, el cordelejo,
que yo me doy por vencida.
Un modo de estado y vida,
seguimos, pendencias dejo;
acábense en amistad,
que si amor es nuestro Dios,
no es bien riñamos las dos
siendo de una facultad.

BEATRIZ. ¡Que de ello ha si tu quisieras
que esto estuviera ya en paz!

MARGAR. No te juzgue tan capaz
que amaras con tantas veras;
pero quien tan bien defiende
prendas que el amor le da,
el grado merecerá
que en su escuela se pretende.
Tu tercera quiero ser,
si tu admites serlo mía.

BEATRIZ. Decirte de no quería,
mas perdonar es vencer.
Comunicarte deseo
secretos que ya te fío.
Repasa este papel mío
mientras que yo el tuyo leo;
contaremonos después
las dos nuestras aventuras.

MARGAR. Así estarán más seguras.
Va de versos.

BEATRIZ. Vaya, pues.

(Lee doña Beatriz para sí un papel, y doña Margarita en voz alta el otro.)

MARGAR. *(Lee.)* «Vulgar experiencia alcanza
quien tiene por opinión
que es muerte la posesión
de su madre la esperanza.
Yo, mi bien, que la mudanza
tengo por fallido empleo,
cuando en posesión me veo
vuelvo de nuevo á esperar
lo que tengo de gozar,
y poseyendo deseo
La voluntad, que liviana,
no es igual á la que os doy,
no ve que lo que goza hoy
lo ha de apetecer mañana.
Poseí la soberana
belleza que solicito,
porque olvidarla es delito,
y porque amor, siendo Dios,
no tiene límite en vos,
sino asomos de infinito.
Siendo esto así, el dilatar
será, Beatriz, padecer,
vuélvaos mi fe á poseer,
porque os vuelva á desear.
Ventura, tiempo y lugar
donde vos sabéis tenemos.
Si en ausencia padecemos,
gloria en presencia tengamos,
que el tiempo que malogramos
hará el tiempo que lloremos.»

(Acaban de leer una y otra.)

¡Posesión, Beatriz! ¿qué es esto?

BEATRIZ. Llámanse conformidades
de gustos y voluntades
que amor y el cielo han dispuesto.

posesión, por el derecho
que tiene el galán ó dama
en la voluntad que ama.

MARGAR. No, hermana. ¡Ay, cielos! ¿qué has hecho?

BEATRIZ. Entregar en las potencias
de mi alma, que el cuerpo no.

MARGAR. Quien tiempo y lugar halló
para tales evidencias,
mal se vendrá á contentar
con el alma al encenderse:
que esta para poseerse
no necesita lugar,
que no le ocupa, Beatriz,
el espíritu.

BEATRIZ. ¿Aún porfías?
Yo no sé filosofías:
esto es verdad.

MARGAR. Más feliz
es tu amante que fue el mío,
que él en mis ojos vel pudo
mi amor solo, honesto y mudo,
y aun de ellos no le confío.
Plegue á Dios...

ESCENA III

DICHAS, y un CRIADO.

CRIADO. Mi señor llama.

BEATRIZ. ¿A quién?

CRIADO. A vuesa merced. *(Vase.)*

BEATRIZ. Desear, es tener sed.
Direte después quién me ama
y honestamente desea
lazos de un amor constante,
y tú me darás tu amante.

MARGAR. ¡Quiera el cielo que no sea
perdición de nuestra casa!

BEATRIZ. Anda, incrédula, que amor
cuando es padrino el valor,
las almas, no la honra abrasa. *(Vase.)*

ESCENA IV

DOÑA MARGARITA.

Culpaba desenvolturas
de solos mis ojos yo,
cuando mi hermana logró
palabras y coyunturas.
¡Válgame Dios! ¿quién será
este amante poseedor,
ó quién terciando en su amor
á la ocasión se la da
para que se vean los dos?
Mas ¿qué pregunto si sé
que amor espíritu fué
invisible, porque es Dios,
y que cuando á un alma abrasa
y introduce sus enojos,
entrándose por los ojos
mejor podrá entrarse en casa?
Basta, que es ya poseer
en Beatriz, lo que hasta aquí
fué sólo mirar en mí.
Quiero volverle á leer.

(Sale don Alvaro, y llegase sin ser visto y mira las espaldas de Margarita, que está leyendo el papel.)

ESCENA V

DOÑA MARGARITA y DON ALVARO.

ALVARO. *(Ap.)* Leyendo está mi papel.
Veré (pues no me ha sentido)
si le alaba.

MARGAR. *(Ap.)* ¡Qué entendido!
Mil sales vienen en él.

ALVARO. *(Ap.)* ¡Ay, cielos! letra es agena.
Sospechas ¿a los umbrales
salís? ¿papel con mil sales,
y no mío?

MARGAR. *(Ap.)* Dame pena
esto de la posesión.

(Lee el papel para sí don Alvaro, detrás de doña Margarita.)

ALVARO. Mis desdichas en él leo,
y entre desengaños veo
lo que las mujeres son.
Que la posesión la da
pena, dice mi homicida,
luego ya está poseída,
luego aborrecerme ya.
¿Qué dudo, si por escrito
lo ve mi pasión tirana?

MARGAR. *(Lee.)* «Posei la soberana
belleza que solicito.»

ALVARO. *(Lee.)* «Ventura, tiempo y lugar
donde vos sabéis tenemos.»

MARGAR. Honra inútil, ya podremos
vuestra perdida llorar.

ALVARO. *(Ap.)* Tarde el Santelmo ha llegado
de vuestro conocimiento.
No tienen merecimiento
las lágrimas en pecado;
quien no supo prevenirse
con imprudencia las vierte,
porque después de la muerte
no vale el arrepentirse:
muerto el honor, pena es vana.
Gente sale. Pues no he sido
de quien me ofende sentido,
retirarme quiero.

(Entrase, y quédase escondido.)

ESCENA VI

DOÑA MARGARITA. *Sale* DOÑA BEATRIZ.

BEATRIZ. Hermana,
Gonzalo Pizarro está
con mi padre. Si te agrada
verle (pero interesada
eres no poco, si hará)
ven, porque en él consideres,
cuando desdenes asombres,
el Aquiles de los hombres,
el París de las mujeres.

MARGAR. ¡Valgame Dios! no te cabe
en la boca. ¿Que interese,
cuando venga á ser todo eso,
en verle yo?
BEATRIZ. Dios lo sabe.
No te pese que hable en él,
que ya yo vi, ansí te goces,
que le alabas y conoces.
MARGAR. ¿Yo?
BEATRIZ. Dígalo este papel.
MARGAR. ¿Pues es suyo?
BEATRIZ. Acaba ya:
¿fingimientos tú conmigo?
Si tienes ese test go
donde estabonando está
finezas que alegre leas,
¿por qué fingida me engañas,
ni por qué su nombre extrañas
cuando en él te saborcas?
MARGAR. ¿Yo en él?
BEATRIZ. En su estilo tierno.
¡Qué bueno anda nuestro honor!
MARGAR. Conforme le muestra amor
ya le sueña padre yerno. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale DON ÁLVARO

Fenecieron ya sospechas
á manos de certidumbres;
lo que dudaban vislumbres
ven verdades satisfechas.
Mintieron en Margarita
ojos, donde se asomaron
lisonjas que me engañaron,
porque amor mal se acredita
en sus niñas, que livianas,
cuando esperanzas concierta,
franqueando á otro la puerta
desmienten por las ventanas.
Gonzalo Pizarro es yerno
de casa: así le llamo
doña Beatriz, poseyó
galán, entendido y tierno;
fué estudiante, graduóse
en escuelas de discreto.
Ya es soldado, y al respeto
de Marte, Venus rindióse.
Su industria y mi negligencia
le amparan la posesión,
cuando sólo tengo acción
en los ojos. Competencia
contra quien en ella está
no me promete sosiego,
pero, en fin, amor es ciego,
y á ciegas sentenciará.
¡Vive Dios, que he de vengarme
en él de quien me agravió!
En sus ojos tuve yo
derechos para ampararme.
Si es valiente, mis desvelos
desmentirán su partido,
que nunca sale vencido
amor que riñe con celos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen DON FRANCISCO CABEZAS, *viejo, y* DON GONZALO, *soldado, muy galán*

FRANCISCO.

En fin, Gonzalo, malograstes cursos
que en Salamanca os prometían el grado,
con que honran estudiosos sus concursos.

GONZALO.

Plumas gastan el sabio y el soldado,
uno en papel, el otro en el sombrero.
No me llamó mi estrella á ser letrado
Condena á muerte un juez, en paz severo,
y si con una pluma afrenta y mata,
¿cuánto es mejor tarjeta al sombrero?
La juventud que entre las hojas trata
de los libros que estudia, las que anila
Toledo, siempre á las hazañas grata;
mientras el tiempo la vejez jubila,
se emplea en travesuras y lecciones,
porque en ambas sus gustos recopila.
Ocasionaron las oposiciones
de dos cátedras vacas competencias,
que hay poco de cuestiones á cuestiones.
Vizcaya (siempre amiga de pendencias)
saliendo á retar Extremadura,
una noche propuso resistencias:
mas yendo con nosotros la ventura,
si no el valor, que no soy arrogante,
dando la muerte á tres nos asegura
Murió entre éstos un célebre estudiante,
hijo del Secretario que mas priva
con nuestro Enrique cuarto, y fué bastante
su sentimiento á que el Consejo escriba
despachos criminales, que comete
á un juez pesquisidor, un peste viva.
Este á fuego y á sangre á saco mete
culpados é inocentes, porque avaro
tenía la ocasión de oro del copete.
No valieron con él ruegos, no amparo:
destierra, echa á galeras y ajusticia
á diestro y á siniestro sin reparo.
Huyeron el rigor de su avaricia
muchos, y yo con ellos, al sagrado
que halló la juventud en la milicia.
Hallóme en rebeldía condenado
á cortar la cabeza; mas ¿qué importa,
si gozo privilegios de soldado?
En fin, mientras cabezas el juez corta,
los hábitos repudio, galas visto,
y el parche sigo, que al valor exhorta.
Llego á Valladolid, y en él me alisto
en favor de mi rey, que despojado
de su silla, á rebeldes es mal quisto.
En Avila se había coronado
el Infante, su hermano (simple mozo),
instando sola la razón de estado.
La ambición é interés (mortal destrozo
del gobierno) y la paz se disfrazaban
en traje de lealtad ¡oh vil rebozo!
Dejo en silencio los que conspiraban
contra su rey y lo que pasó en esto,
que los nobles no injurian, unos alaban.
Leal seguí el partido más honesto,
á imitación de los Mendozas todos,

y la mayor nobleza, que hasta en esto,
abominando los injustos modos
con que se vió sin reino nuestro Enrique,
mostraron ser reliquias de los godos.
No queda Osorio ilustre, no Manrique,
Arellano, Velasco y Acevedo
que á la lealtad la vida no dedique;
los Alvarez famosos de Toledo,
los Cuevas de Alburquerque, y cuantos leales
la batalla vencieron junto á Olmedo.
Hallémeme en ella, honrándome señales
de alférez que adquirí, si no hazañoso
afortunado siempre en riesgos tales.
Murió el intruso rey de un presuroso
accidente mortal (Alfonso digo,
engañado mancebo, no ambicioso):
sus cómplices temieron el castigo,
y con Enrique, en fin, reconciliados,
padre le aclaman, si antes enemigo.
Volvieron á triunfar siglos dorados,
colgó arneses la paz, y en prevenciones
libraron sus servicios los soldados.
Yo, señor don Francisco, que en lecciones
seis años, y uno y medio en la campaña,
ya seguí las escuelas, ya pendones,
mientras respira sosegando España,
vuelvo á Trujillo, noble patria mía,
por ver si la amistad el ocio engaña.
Parecióme que en ella no cumplía
con lo que os debo no viniendo á veros,
si bien tardanzas disculpar podría
con estorbos precisos.

FRANCISCO.

Reprenderos
debiera con razón, pero ha va un año
que esta ciudad, dichosa en poseeros,
otra vez os gozó: ¿conmigo extrañó?
mas ¿cuándo no causaron las vejeces
la verde juventud, hermoso engaño?
Vedme, señor Gonzalo, muchas veces,
y acordaos más de mí, si sois servido,
que aún tengo vivas yo vuestras mientes:
el verdadero amor que os he tenido
es de padre, esto es cierto.

GONZALO.

El cielo os guarde,
que yo lo estoy de lo que os he debido,
y haré de estos empeños fiel alarde
siempre que de vos fuere ejecutado.
Dadme licencia.

FRANCISCO.

Ya parece tarde:
vaya con vos una hacha.

GONZALO.

No la he usado,
y es temprano, aunque noche.

FRANCISCO.

Con todo eso.
¡Hola! *(Llama.)*

GONZALO.

No ha de ir conmigo.

FRANCISCO.

¿No un criado?

GONZALO.

No hay que hablar. Vuestras manos, señor,
(beso.)

FRANCISCO.

Hágaos, Gonzalo, Dios un gran soldado.
(Vase.)

ESCENA IX

DON GONZALO *después* DON ALVARO

GONZALO. A mi Beatriz vi al entrar
y suspendíome de suerte,
hermosa, que si lo advierte
su padre, pudiera hallar
en los ojos de los dos
mi amor y su agravio escrito:
pero amor no hace delito,
que á hacerle no fuera dios.
(Sale don Alvaro rebozado.)
En la mitad de la calle
parece que un hombre está
embozado. ¿Qué querrá
á tal hora y en tal calle?
¡Ah, caballero! ¿Podremos
pasar?
(Don Alvaro con la espada desnuda al pecho.)

ALVARO. Podréis por aquí.

GONZALO. Jamás sin causa reñí.
Templaos y no alborotemos
vecinos. ¿Sabéis quién soy?

ALVARO. Sé que fuisteis Licenciado,
y en licencioso habéis dado,
después que informado estoy
que os atrevéis al respeto
del que gobierna esta casa;
sé el incendio que la abrasa
por vos, y sé, que indiscreto,
alegando posesiones
(que las guardara mejor
el silencio) usurpador
sois de antiguas pretensiones
con más derecho adquiridas,
y más cordura calladas,
de quien amáis estimadas
y hasta aquí correspondidas,
puesto que, como estudiante,
de engaños os amparéis
y mentiras blasonéis
como soldado arrogante.
Porque el papel que escribisteis
(y su dueño me entregó,
quejosa de vos) sé yo,
que es falso y que le fingisteis
para dar celos con él
á hermosuras que engañáis.
Si con la espada firmáis
lo que mintió el tal papel
y reñís ocasionado,
ya lo estáis, satisfaceos
con obras, no con deseos.

GONZALO. Relación falsa os ha dado
la que un papel os dió
y en quien debéis de tener
(si os llega á satisfacer)
más jurisdicción que yo.

La antigüedad os concedo
que alegáis en su servicio,
porque yo soy tan novicio
en su pretensión, que puedo
afirmaros que no ha un año,
puesto que le falte poco;
creíla, que amor es loco,
y la mujer nuestro engaño.
Si el á mi papel desmiente
y á vos crédulo os hallo,
¿que perdere en eso yo?
Sólo hay un inconveniente
que mal os tiene de estar,
y es, que os haya dado aviso
de secretos, con que quiso
la industria disimular
lo que la fama atropella;
y si fué fácil conmigo,
no he de permitir testigo
que viva para ofendella:
sois o ya vos, y en rigor,
puesto que mudable fué,
así sepultar podré
menoscabos de su honor. *(Ríñen.)*

ALVARO. *(Dentro.)* ¡Muerto soy! ¡Jesús mil ve-
GONZALO. Así, mudable, sepulto [ces!
livianidades de tu insulto,
puesto que no lo mereces.
Consuela, aunque no avisada,
olvidos de aborrecida,
desprecios de poseída,
mas con créditos de honrada. *(Vase.)*

ESCENA X

Salen CARRIZO, CRESPO, BERTOL *y* PULIDA, *pastores.*

PULIDA. El ha de ser escribén
ó sobre eso...
CARRIZO. ¡Dalle, dalle!
Polida, vos lleváis talle
de alguna tunda. No tien
de ser, si macho paris,
escribén. Mira, Polida,
que el crego tien buena vida.
PULIDA. ¿Por qué?
CARRIZO. Porque está en un tris
de ser cura de Garcías,
y aun de obispar en Mejadas.
PULIDA. Tomad para vos, si á osadas,
no lo verán vuestros días.
(Dale cuatro higas.)
Escribén será, ó sobre eso
morena.
CARRIZO. Mirad, Polida...
PULIDA. O no parirlo en mi vida,
ó escriben.
CARRIZO. Tened más seso,
ó yo os juro á non de Dios
que os cueste la paridura...
el mochacho ha de ser cura.
PULIDA. Malos años para vos.
El diabro me lleve, amén,
por más que deis en reortir,
que ogaño no he de parir
en no héndole escribén.
CARRIZO. Mas que nunca lo paráis,
porque no ha de ser, sí, cura,
que con una hisopadura
coma y cene no me hagáis...
BERTOL. ¿Sobre qué estáis altercando?
¿Sabeis vos lo que ella tien
en el vientre?
PULIDA. A un escribén.
BERTOL. ¿Pues de do lo vás sacando?
PULIDA. ¿De do? Sientole dar vueltas
de día y de noche.
BERTOL. ¿Pues bien?...
PULIDA. Luego ha de ser escribén
quien mis tripas trae revueltas.
Desque preñada me siento
se me antoja levantar
testimuños y arañar
cuanto topo: en todo miento,
y en cualquiera falsedad
si se conciertan conmigo,
á cuantos lo dudan digo:
yo doy fe de que es verdad.
Un proceso se esconder
un mes por menos de un cuarto:
si es tramposo antes del parto,
¿despues de él qué vendrá á ser?
CARRIZO. No nos andemos cansando:
crego tien de ser, Polida,
que, en fin, ganan la comida
lo más del tiempo cantando.
Catá, que os dará un puñete
que os haga...
PULIDA. ¿Qué me hes de hacer?
CARRIZO. Apenas le veo nacer
cuando le encajo el bonete.
PULIDA. Pues no le pariré yo.
CRESPO. ¿Hay riña más extremada?
BERTOL. ¿Y si estáis de hija preñada?
CARRIZO. ¡Malos años! eso no.
La primera condición
con que nos casamos hué
que cada que en cinta esté
ha de parirme un garzón.
PULIDA. Por eso no quedará,
que ayer el cura me dijo:
¡ay, Polida! os bulle un hijo.
CARRIZO. ¿Veislo? pues cura será.
PULIDA. Luego el escribén también
con la mano me tentó,
y al punto el rapaz saltó:
luego ha de ser escriben.
CARRIZO. No en mis días.
PULIDA. Sí en los míos.
CARRIZO. ¡Dalle, tijeretas, dalle,
Polida!...
PULIDA. ¡Carrizo...
CARRIZO. Talle
lleváis...
CRESPO. Dejad desvarios.
¿No es locura que riñais
por lo que está por nacer?
PULIDA. Escribén tiene de ser,
ó lo tengo de abortar.
CARRIZO. *(Va para ella.)* No tien de ser sino cura.
BERTOL. Teneos.
CARRIZO. No puedo sofrillo.
PULIDA. O escribén, ó malparillo.

CARRIZO. Yo os sacaré la criatura
por el cogote.
PULIDA. Llegá.
CARRIZO. ¿Que llegue? Verá si llego. (*Daña*).
PULIDA. ¡Ay, del rey!
CARRIZO. ¡Mas que os despego
la escribanura!
CRESPO. ¡Arre allá!
Teneos, Carrizo, Pulida.
CARRIZO. Crergo ha de ser si sop.ese.
PULIDA. Escribén, aunque os repese.
CARRIZO. Dejádmela dar.
PULIDA. Por vida
de esto que acá me rebuile,
si os llegais, que he de sacaros
los ojos y rastrillaros
la cara.
CARRIZO. Aunque más barbulle
el tema que roca os tien,
he de salir con la mia.
PULIDA. ¡Mas nonada!
BERTOL. La porfia...
CARRIZO. Crergo dije.
PULIDA. Yo escribén.

ESCENA XI

DICHOS y CERREZO, *pastor*.

CERREZO. ¿Qué esto, Carrizo? ¿estáis
sin seso? Dejad extremos
y ved que en casa tenemos
al amo viejo: ¿no vais
á dar e la bienvenida?
CARRIZO. ¿Quién?
CERREZO. Don Francisco Cabezas,
y con él las dos bellezas
en que remoza su vida.
Apeáronse de un coche
en este instante los tres
y hicieron sacar despues
á un mancebo, que esta noche
diz que hieron en Trujillo,
y casi á la muerte está.
CARRIZO. ¿Pues á qué le traen acá?
CERREZO. Eso no pude advertirlo;
mas ellos, en fin, acaban
de apearse, y preguntó
el viejo por vos.
CARRIZO. Pues yo.
BERTOL. ¿No pudieran, si pensaban
trasnochar, darnos aviso,
y tuvieran que cenar?
CERREZO. ¿En la Zarza han de faltar
conejos?
CARRIZO. Tan de improviso
y casi al amanecer,
¿qué mucho que no los haya?
CARRIZO. ¿Yo á verlos?
PULIDA. Vaya ó no vaya,
escribén tiene de ser.
CARRIZO. ¡Oh! ¡Qué pan como unas nueces
se os apareja!
CRESPO. ¿Hay locura
semejante?
PULIDA. Escribén.
CARRIZO. Cura.
PULIDA. Escriben quinientas veces. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen DON FRANCISCO *y* MEN GARCÍA, *viejo*.

FRANCIS. El crédito que de vos
tuve siempre, Men García,
fiándoos la hacienda mia,
me obliga á que entre los dos,
quedando mi honor seguro,
os comunique secretos
que necesitan discretos
consejos, y los procuro
de vuestra larga experiencia.
GARCÍA. Ya sabéis, señor, de mi
que en vuestra casa nací
y que en ella y la asistencia
de esta granja os he servido
con limpieza y con lealtad.
FRANCIS. Saquéos á esta soledad
de noche y recién venido,
porque lo que he de deciros
pide todo este recato.
Ya os consta á vos como trato
mi honor y podré advertiros
que no guarda el avariento
tesoros de su ganancia,
Mendo, con más vigilancia.
GARCÍA. Si el mucho recogimiento
de vuestra casa, y que en ella
de padre y madre servis,
pues por los dos asistis,
cuidando prudente de ella,
si bien no hay mucho que hacer
en guardar las hermosuras
de Trujillo, pues seguras
aun no se permiten ver,
y está en ellas vinculada
la honestidad extremeña.
FRANCIS. ¡Ay, Mendo, que la despeña
la juventud desbocada!
Escuchad una desgracia,
que si hasta aquí no entendida,
en sabiéndose ocasiona
ó mi muerte ó mis desdichas.
Esta noche, cuando en luto
trocaba el cielo la risa
del alba, porque el sol muerto
resucitaba en las Indias,
apenas mandé cerrar
las puertas (que una visita
les permitió á tales horas
lo que les niego aun de día),
cuando sentado á la mesa
ligera cena admitia
por sucesor suyo al sueño
(que la vejez ya es antigua
pensión dormirse temprano,
si bien las aves imita,
que madrugan con el alba
á darle la bienvenida),
á los primeros bocados,
centro yo de mis dos hijas,
oigo espadas en la calle;
mas fué tan breve la riña

como su desgracia larga,
porque apenas dando prisa
á un montante jubilado
y á una hacha mal encendida,
salgo, cuando sin aliento,
tropieza en su sangre misma
un hombre que á mí se abraza
diciendo ¡Virgen Divina!
¡Confesión! ¡Jesus mil veces!;
y bañándome en su herida
el ya extranjero licor,
caimos los dos encima,
el casi difunto joven
y yo, en su sangre teñidas
canas y ropa, la muerte
pensó en mí, copiar su cifra.
Bajaron al alboroto
mi Beatriz y Margarita
con dos doncellas, que solas
son de noche la familia
de mi casa, porque en ella
no consiente que se admitan
hombres el cuerdo escarmiento
(¿que queréis? costumbre es mía.)
Como me vieron bañado
en sangre, y no prevenidas,
ocasionaran las voces
á que en las casas vecinas
me dudasen agresor,
murmurandome homicida,
y conjeturando agravios
de honor, ocios y malicias,
atajé este inconveniente
haciendo subir arriba
el herido desmayado.
Cerré puertas y advertíla
ser de otras venas la sangre
que sin razón despedida
del dueño propio, buscaba
hospedaje en mí, mendiga.
Callaron, no sosegadas
con esto, mas reducidas
al riesgo de su alboroto.
Domésticas medicinas
aplicamos al paciente
cuando el alma fugitiva
buscaba puerta, y la hallara
por una estocada encima
tres dedos del corazón,
si aceites, bálsamo y hilas
no hicieran retroceder la
al pecho que vivifica.
Tomada, aunque mal la sangre,
puesto que no permitía
el parasismo rebelde
que el pulso pidiese albricias,
entro, aunque inquieta, en consejo
la honra, á quien apadrina
la prudencia recelosa
y aquesta vez discursiva;
reparó en curtos dades
del herido, ya de día
cursando nuestra parroquia,
ya nuestra calle, aunque habita
en la ciudad: (bien sabéis,
que así por costumbre antigua
se llama la parte baja,
y la superior la villa).
En esta, pues, que los nobles
moran y apartados distan
de la plebe, que en lo llano
contrata, vende y fabrica,
daba á la murmuración
causa, y á las celosías
de nuestra casa recelos,
profanadas con su vista.
Mancho mis puertas su sangre,
y temí que pretendía
quien tanto las paseaba
de noche á mi infamia abrirlas.
Hallaron estas sospechas
indicios en Margarita,
si no evidentes, probables,
porque la color perdida,
lágrimas se desmandaban
con disfraz de compasivas,
amantes en la sustancia:
y aunque el temor reprimía
suspiros que malograba
el silencio en la oficina
del pecho, aborto el pesar
por los ojos su noticia
Lloraba también su hermana,
pero las señales tibias
de su piedad inocente
me mostraron cuán distintas
son las que el amor arroja,
y que hay tal vez (siendo enigmas
que sustituyen palabras)
lágrimas ponderativas.
Dudoso yo en este aprieto
por ver si los averigua
sin testigos la prudencia,
que baje al zaguan me avisa
la industria, y sacando el coche
á la puerta sin abrirla,
mando tender una cama
en él que al enfermo sirva,
donde al punto le traslado,
y corriendo las cortinas
notificado el secreto
que el temor manda que admitan,
mis dos hijas y criada
hago que dentro le asistan.
Con esto á la calle salgo
y dando al cochero prisa
(ya sabéis que vive enfrente)
puso á un caballo la silla,
y guarneciendo otros tres
yo á un estribo, sin noticia
de lo que en el coche lleva,
cuatro horas antes del día,
tres leguas que hay de distancia
hasta aquí corrimos, que guían
dudas de un temor honrado,
sospechas que martirizan.
Volvió el herido en su acuerdo
y aunque de verse se admira
caminando y con nosotros,
amistades y caricias
le aseguran y aconsejan
que de mi casa se sirva
y diligencias estorbe
forzosas en la justicia.

Llegamos, Mendo, á la Zarza,
donde aunque el engaño finja
disimulos de mi ofensa,
mientras su dueño peligra,
si muere podrá el silencio
(haciéndole compañía
su cómplice en mi deshonra)
sepultar con él malicias
que vulgarice la fama,
y si el cielo le da vida,
desposándose los dos
trocar pesares en dichas.
No puede esto dilatarse,
porque mientras se publica
la falta que hace en su casa
quien quiso ofender la mía,
no siendo mortal el golpe,
tálamo la cama misma
será, ó túmulo si muere,
que al llanto ó al gozo sirva.
Para cualquier cosa de estas,
Mendo amigo, necesita
la confianza que os hago
de vuestra ayuda, no diga
Trujillo que en mi vejez
se eclipsó la sangre limpia,
siempre en los Cabezas noble,
pero jamás ofendida.
Prevenid, mientras dispongo
bodas ó obsequias. García,
caballos que á Portugal
deslumbren los que nos sigan.

GARCÍA. Yo, señor, no consejero,
sí obediente, como en dichas
en desgracias vuestra sombra,
no osaré que os contradigan
razones de la lealtad.
Cuerdas canas autorizan
vuestros años y experiencias;
sírvaos yo, y ellas elijan,
que aunque no me hayáis fiado
el nombre del que os obliga
á tanta resolución
(quizá porque no lastiman
de los que no se conocen
desgracias), por cuenta mía
corro á ejecutar deseos
que agradan, más no examinan.
Voy á apercibir caballos.

FRANCIS. No, Mendo, aguardad que os diga
quien es el que...

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA BEATRIZ, *cubierta con manto y chapín bajo.*

BEATRIZ. Si en los nobles
vinculó la cortesía
el favor de las mujeres,
y puede con vos su estima
que, sirviendo á las hermosas,
honréis á las afligidas;
oid aparte. Yo soy (*Apártase con él.*)
quien del vuestro necesita,
y huyendo riesgos mortales
más de estos montes se fía
que de quien el ser me ha dado.
Mi historia (si á referirla
me dieran lugar temores
que ligeros se avecinan)
os asombrara, mas baste
á advertiros que me obligan
engaños de un hombre aleve
á que de mi casa misma,
desterrada en las tinieblas
de esta noche, amparo pida
al cielo y á vuestro valor,
al secreto y la osadía...
(*Espántase de conocer á su padre, y tápase más la cara.*)
¡Jesús, mil veces!

FRANCIS. ¿Qué es esto?
Sosegad, señora mía.
¿Qué sentís? ¿qué os da congoja?

BEATRIZ. Peligros que más me animan
cuanto más cerca estoy de ellos.

FRANCIS. También lo está aquí una quinta
donde podréis...

BEATRIZ. Excusalda,
que es fuerza ser conocida
de vos, y mi afrenta temo.

FRANCIS. ¿Pues en qué mandáis que os sirva?

BEATRIZ. En que en fe de que sois noble,
mientras que no se os permita,
de lo que aquí sospechéis
á ninguno deis noticia,
en que no sigáis mis pasos,
porque os doy mi fe que estriba
mi vida y honra en ir sola,
en que entre aquesas encinas
que margenan ese arroyo
busquéis en la más antigua
la concavidad que el tiempo
labró para su ruina,
que con vislumbres del alba
(que empieza á correr cortina
al sol que le va al alcance)
se os ofrecerá á la vista
un hurto que os cause asombro,
puesto que no de codicia
para quien su precio ignora,
tan costoso á mis desdichas
que temo por él perderme.
Interpreten este enigma
vuestras nobles diligencias,
que á quien os le deposita
se le volveréis después,
si dándoos las señas mismas
que en él hallaréis agora
os volviere á buscar viva.
Vos sois noble, mujer yo,
mi riesgo y pena precisa,
y el ausentarme forzoso.
adiós, que el tardar peligra. (*Vase.*)

FRANCIS. ¿Hay suceso semejante?

GARCÍA. Señor ¿qué es esto?

FRANCIS. García,
descaminos de la noche
que ignorancias precipitan.
No puedo deciros más.
Dí palabra, he de cumplirla;
esperadme aquí, que presto
sabréis cosas peregrinas. (*Vase.*)

ESCENA XIV

Dichos GARCÍA, y salen CARRIZO, CRESPO y BERTOL.

CARRIZO. Sacomos la empujadura
de pendencias.
CRESPO. ¿Qué parió?
CARRIZO. No sé cómo lo llamo
la comadre. En fin, ni cura
ni escribén será la cría.
BERTOL. ¿Pues que ha de venir á ser?
CARRIZO. No siendo hombre ni mujer,
Bertol, cesó la porfía:
ya no habrá sobre qué arguya.
CRESPO. ¿Pues es animal?
CARRIZO. Tampoco.
CRESPO. ¿Qué diablos parió?
BERTOL. ¿Estás loco?
CARRIZO. No salga ella con la suya
y reviente. Un burunón
vino á empujar con su cola
redondo, que llaman bola
de Beatriz.
CRESPO. Callad, simplón.
Bola matriz debió ser.
Milagro será si escapa.
CARRIZO. Muerese un reve y un papa,
un conde y un mercader;
cuando se muera Polida
paciencia y capuz.
GARCÍA. ¿Qué es eso,
Carrizo?
CARRIZO. ¡Oh, señor! le beso
las manos. Esta parida
nuesa compañera, y dudo
que segun á verla llego,
tome las de Villadiego.
GARCÍA. ¿No os pesará de ser viudo?
CARRIZO. Ni tampoco al ganapán
que del tercio se descarga,
comiendose mucho embarga
(con darnos la vida) el pan.
Pues ¿que hará tanta mujer
por mañana, tarde y da?
CRESPO. ¿Dónde, señor Men García,
podremos al amo ver,
que dize que ha poco que vino?
GARCÍA. Debe (como ha trasnochado)
reposar.
BERTOL. Será pesado
por ser viejo, aunque el camino
es corto.

ESCENA XV

Dichos *Sale* DON FRANCISCO *y apártase con* MEN GARCÍA.

FRANCIS. Mendo, esta noche,
sin duda, Mercurio y Venus,
juntando constelaciones,
predominan en el cielo,
pues una influyendo amor,
y otro estabonando enredos
parece que intentan ambos
sus horas quitarme al sueño.
Aquella mujer que vistes
entre crepusculos negros
y blancos, con los de un manto
desvelar conocimientos,
vecina de nuestra Zarza
(porque ¿quien dudara serlo
la que encubierta á tal hora
pide socorro al secreto?)
me contó peligros suyos
que, entre preñados misterios,
pararon en que guardase
á su opinión el respeto,
y el hurto que en una encina,
cómplice á sus desaciertos
hállase, depositando
en mí su estima y silencio.
Admitílo cortesano,
y ausentándose con esto
sin consentir compañía,
promesas puse en efecto.
Registré troncos vecinos
de ese arroyo casi seco,
y hallélе (escuchad milagros)
cuna de un niño risueño,
á quien, amorosa madre,
una cabra daba el pecho.
Asombróme su piedad,
trayendome el alma ejemplos
de Semiramis, de Abides,
de Ciro, Rómulo y Remo;
y pronosticando en él
las felicidades de ellos,
compasivo le di abrazos,
cariñoso le di besos.
Aquí le traigo, García,
(Descubre un niño recién nacido.)
casi olvidado (os prometo)
de agravios que temí propios,
y agora socorro ajenos;
quizá porque ordena Dios,
cuando venganzas prevengo,
que en estas que son mayores
temple el rigor sus aceros.
Mirad que hermoso postumo
de un tronco estéril y viejo,
y advertid que le amo más
que si le fuera mi hijo.
GARCÍA. ¡Válgame Dios! ¡que de cosas
en la brevedad del tiempo
que há que el sol se fué al ocaso
negan la fe á sus sucesos!
El inocente es un ángel.
Como en el alma, en el cuerpo
en sus facciones firmaron
que eran ilustres sus dueños.
Dichosos con vos han sido,
y más en que os dé el cielo
alma, que es nuestra criada
recien parida en el pueblo.
FRANCIS. ¿Quién es, que lo estimo en mucho?
GARCÍA. Pulida, la de frentero
de vuestra heredad.
FRANCIS. ¿Carrizo?
CARRIZO. ¿Qué manda? que como vemos
que se aparta de nosotros,
la cortedad y el respeto
nos turba el llegar á dalle
los prácemes que debemos.
Su merced sea bien venido.

FRANCIS. Carrizo, feriaros quiero
un tesoro, que es mi hallazgo.
(*Dale el niño.*)
Esta joya os encomiendo:
que la traiga en nombre mio
colgada Polida al pecho,
por ser de coral y plata.
CARRIZO. Si hue su merced el platero,
lindamente labra brincos.
Debió el molde de ser nuevo,
que diz que en joyas vaciadas
suelen acertar los viejos.
Pohda (que no lo ha sido
en el parto) arrojo al suelo
un bollo matriz de carne,
y llora su mal empleo;
mas este la alegrara.
FRANCIS. Vamos, pues. Pero ¿qué es esto?
Señor Don Rodrigo ¿vos
en la Zarza? (*Sale D. Rodrigo.*)

ESCENA XVI

DICHOS *y* DON RODRIGO, *viejo*

RODRIGO. Y con recelos
de que vuestros disimulos,
señor Don Francisco, han hecho,
desheredando mi casa,
tragedia mi hn postrero.
A Don Alvaro Durán,
casi á vuestras puertas muerto,
trasladaste s esta noche
desde Trujillo á este pueblo.
Quien curioso vio desdichas,
disimulándolas cuerdo,
por no despertar testigos
que injuriasen el secreto,
aviso me dió de todo,
y como os conozco, temo
que libráis en la venganza
parte de un desacierto.
Verdad es que ha sido amante
Don Alvaro, pero honesto,
de vuestra hija mayor,
y que instándome los ruegos
que obsequioso me intimaba,
mañana tenía propuesto
de pedirosla, y trocar
amistad en parentesco
Si porque tal vez le visteis
á deshora huesped
con las puertas que adoraba
ponderarlas sus afectos,
juzgais, su sangre vertida,
manchas hoy del honor vuestro,
y le traéis por sacarlas
donde el jabón es de acero,
sosegaos, que si está vivo
(¡oh, permitanlo los cielos!)
yo quedaré consolado
cuando muera vuestro yerno.
FRANCIS. Don Rodrigo, adivinásteis.
La opinion, que como espejo,
puesto que al honor retrata,
le quiebra o turba el aliento,
satisfaccion me pedia;
mas, con tan sabio remedio,
ella cobrará su lustre,
y yo viviré contento
tambien lo está vuestro hijo.

ESCENA XVII

DICHOS DOÑA MARGARITA *y* DOÑA BEATRIZ

MARGAR. Beatriz, hele satisfecho
de modo que ya está sano,
que su mal más fué de celos
que de la inclemente herida.
BEATRIZ. Señor, á pedirte vengo
albricias de las mejoras
que alientan á nuestro enfermo.
MARGAR. Le insta en que á verle vayas.
FRANCIS. Mas instarán los deseos
que en vos, hija, culpe anoche,
y ya más piadoso apruebo.
Beatriz, vuestra hermana tiene
á mi satisfaccion dueño.
No habeis vos de estar ociosa:
haros este ángel quiero
Seldo vos suyo de guarda,
como á madre os le encomendo.
(*A Margarita.*)
CARRIZO. ¿Madre y virgen en Castilla?
BEATRIZ. ¡Que hermoso es!
FRANCIS. Como mi afecto.
BEATRIZ. No será el primer milagro,
si á travesuras creemos
que mi madre nos contaba,
y aun no las marchita el hielo.
Pero decidnos su hallazgo.
FRANCIS. Pide espacio ese suceso.
Su nutriz será Polida
y su ayo vos.
BEATRIZ. Yo lo acepto.
¡Ay hermana de mis ojos!
Este niño... (*Ap. á Margarita.*)
MARGAR. Si.
BEATRIZ. ¿Direlo?
MARGAR. Acaba ya.
BEATRIZ. Es fruto mio.
MARGAR. ¿Estás loca?
BEATRIZ. De contento.
MARGAR. ¿Cómo ó cuándo?
BEATRIZ. No ha dos horas
MARGAR. ¿Donde?
BEATRIZ. En el campo.
MARGAR. Sospecho
que me burlas.
BEATRIZ. Posesiones
del papel (si enigmas fueron)
ya son verdades con alma.
CARRIZO. ¡A jo, niño, ajó cordero!

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen doña Beatriz, doña Margarita, don Martín, don Alvaro y don Francisco

MARTÍN.

La fe de aquel amante,
á pesar de desvelos, tan constante
(Beatriz) que se promete
esperar, tras siete años, otros siete,
que, al fin de tanto dia,
mejoren en Raquel burlas de Lia,
mi dicha reconoce,
pues si catorce no, pretendí doce
conquistar resistencias
que premios logran ya, si antes paciencias:
puesto que me aventajo
al hebreo amador, pues su trabajo
mejoró de partido,
que él, en fin, esperó correspondido,
pero en vuestra belleza
leyendo ingratitudes mi firmeza,
tejia entre esperanzas
rigores y amor (fiel de estas balanzas)
me muestra hoy generoso
que medra al paso que es dificultoso.

FRANCISCO.

Don Martín, ya sois dueño
de vuestra pretension. Tiempo es pequeño
(por largo que parece)
el que consigue aquello que apetece.
Beatriz, cuerda, hace alarde
de que el mora porque produce tarde
sus frutos asegura,
no como el loco almendro en la hermosura
de su ambicion tirana,
que madrugando necio, apenas grana.
Ya vos sois, hijo mio,
de don Alvaro primo, en quien confío
sucesion venturosa,
pues una sangre os honra generosa
que propague infinita
sucesion en Beatriz y Margarita.

ALVARO.

Mi primo y yo mostramos
que en gustos como en deudos conformamos,
pues si amor nos abrasa
nos conduce á su yugo en una casa
y á una misma nobleza
enlazados los dos con la belleza
que en posesion tenemos
de hijos vuestros el nombre merecemos,
con que á trocar venimos
en vínculo de hermanos el de primos.

FRANCISCO.

Don Martín ¿cuando se trata
ausentarse de aquí?

MARTÍN.

Mi amor dilata
lo mismo que apresura.
Falta á mis padres hago, la hermosura
de mi Beatriz parece
que en hablándola en esto se entristece;
pero perdiendo tanto
y ausente de tal padre, no me espanto.
Ella el término elija
cuando fuere su gusto

FRANCISCO.

Ya estáis, hija,
sujeta á nuevo empleo,
digno de las virtudes que en vos veo.
El natural derecho
que hasta aquí tuve en vos, puesto que estre-
transfiere poderoso [cho,
amor, que es rey y es Dios, en vuestro esposo
Ya estáis emancipada
de padres y de deudos, y obligada
solo á los lazos justos
de un tálamo, recíproco en dos gustos.
El vuestro ya no es vuestro,
rendilde al dueño, mi Beatriz, que os muestro,
y pues os quiere tanto,
no entibien llamas suyas vuestro llanto.

BEATRIZ. *(Llorando.)*

Conozco, señor mio,
dichas que medro, y aunque más porfío
refrenar mis enojos,
sin consultar la voluntad los ojos,
dieran con poco acuerdo,
el bien que gano por el bien que pierdo.

FRANCISCO.

Beatriz, ya yo adivino
la causa que ocasiona el desatino
de esas lágrimas leves,
no las imputes lo que no las debes,
que no por ausentarte
de tu hermana y de mí, pueden ser parte
á tan rebeldes quejas
Lloras el ver que á Francisquito dejas;
que como le has criado,
el nombre en ti de madre ha granjeado,
y tú con el contenta,
ni de tomar estado has hecho cuenta,
ni cuando le parieras
amor al que le tienes añadieras.
No me espanto yo de esto,
que el rapaz tiene hechizos, y hablas puesto
en el todo tu gusto,
mas ya pasa tu llanto de lo justo.
En doce años no ha sido
posible que cuyo es se haya sabido.
Su madre que afligida
puso á riesgo, por no ser conocida,
su poca edad, sospecho
que debió de morirse, pues no ha hecho
por él las diligencias
que ofrecio al ausentarse; ¿á qué inclemencias
no están las hermosuras
sujetas que se creen de travesuras?
Francisco es ya medio hombre
y casi hijo de casa, que hasta el nombre
en vida me ha heredado,
amor le tengo, deja ese cuidado
á mi cuenta y olvida
adoptiva aficion, pues reducida

al que obediencia debes,
no será bien que en la memoria lleves
ocupación que me divierta
de serviros y amarle se divierta,
y dispón tu partida
que ha de ser luego.

MARGARITA.

Toda despedida
es penosa, y mi hermana
(puesto que reconoce lo que gana
lo que se deja siente,
que es padre, hermana y patria juntamente.

MARTÍN.

Ea, mi bien, yo espero
serviros tan amante que primero
que entréis en nuestra casa
(si amor en gustos descontentos pasa)
halléis en mi cuidado
el bien que aquí lloráis por malogrado.

ALVARO.

Vamos y prevendremos
vuestra jornada. (*Vanse.*)

MARGARITA. (*Aparte.*)

Hermana, esos extremos
si hasta aquí ocasionaban
lágrimas que remedios esperaban,
ya de hoy más serán necios.
Castiga con olvidos menosprecios,
y estima en que este oculto
de tu amor mal pagado el ciego insulto:
que Francisquito queda
á mi cargo, y en mí tu amor hereda,
porque desde este día
si pierde madre, quedo madre y tía. (*Vase.*)

ESCENA II

BEATRIZ.

No es la pena tan precisa
en los que el remedio ignoran,
cuando las desdichas lloran
lágrimas que esperan risa.
pero si el dolor avisa
que es su cura irremediable
¿qué pretende el alma sabe
que llorando desespera?
Más valiera
por no hacer su mal eterno
morirse, pues malogradas
lágrimas desesperadas,
sólo las llora el infierno.
Doce años ha de olvidos
á eternizarse bastantes
¿qué en viudez en mudanzas amantes
tanto os estiman los sentidos?
¡Ay, don Gonzalo! tantos
los hombres quedan por ti:
Penélope ausente fue,
si tu á Troya militaras,
ya tornaras.
Mas ¿ya para qué? Detente,
que tanto imposible en medio
lo que antes fuera remedio,
de hoy más será inconveniente.

ESCENA III

BEATRIZ y GONZALO, *de camino*

GONZALO. Celos, mi Beatriz (no mía,
ajena sí), celos fueron
los que de ti me ausentaron:
celoso amor desvaría,
mientras los persuadieron,
pesares los engañaron.
Ellos y el amor trocaron
los sentidos,
pues ambos desvanecidos
dan crédito á sus antojos,
amor viviendo á los ojos,
y celos en los oídos.
Mientras mi amor no te vía
oyeron de tu desdén
agravios en apariencia,
difícil me persuadía,
pero los celos, mi bien,
¿cuándo hicieron buena ausencia?
Agravios de competencia
en alabanza
de su dicha y tu mudanza
apretaron los cordeles.
verdugos fueron papeles,
murió en ellos mi esperanza.
Don Alvaro me engaño
engañándose á sí mismo
(propia pasión de los celos:)
hirióme porque me hirió
en el alma, y un abismo
de gozos y de recelos
conquistaron mis desvelos,
que bastaran
á olvidar, si se olvidaran
celos que amor desatina,
ponzoñosa anacardina
que da la muerte al que amparan.
Vínome luz á acometer
imposibles de atrevido,
mejor de desesperado
su rey Alfonso vencer
mis sospechas ofendido
como su remisa duda.
Supe que se había casado
con tu hermana,
don Alvaro, y que fue vana
su sospecha y mi temor,
cruel de mis cuatro amor
y nuestra ocasión los ama.
Que se remedian ausencias
que en doce años sepultadas
muertas en la mar, partí, culpando impaciencias;
volé (no corrí) jornadas,
pero ¿qué importa si hallé
enagenada tu fe,
perdido el bien que interesa,
mi agravio en mayor exceso,
desperdicios de doce años,
mortales mis desengaños,
tu casada y yo sin seso?

BEATRIZ. A doce años de delito
no sé yo que sea bastante
la disculpa de un instante
que se opone á lo infinito.

Vos, Gonzalo, al fin sois hombre,
tarde disculpas escucho:
Gonzalo, estimad en mucho
que se me acuerde este nombre,
que ha tanto que estoy sin veros
y mi paciencia ha gastado
tanto, que aun no me han quedado
palabras que responderos.

(Quiérese á Beatriz ir, y sale Pizarro (que le haya una mujer) muchacho, ni en traje total de noble, ni de villano.)

ESCENA IV

Dichos y Pizarro

Pizarro. ¿En fin, madre, se nos va
y no me lleva consigo?

Beatriz. No será el primer castigo
que sin culpa sentirá
quien cual hijo os ha criado.
Darle esas quejas podeis
al que presente teneis,
que él, Francisco, ha ocasionado
el apartarnos los dos;
pues si memorias pagara
so á la muerte bastara
á dividirme de vos.
Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensáis,
que de él, Francisco heredáis
larga injuria y dicha corta:
que aunque de poco provecho
no hallareis (causeos espanto)
hombre á quien le debáis tanto,
ni que más daño os haya hecho.

(Vase.)

ESCENA V

Gonzalo Pizarro y Pizarro, niño. *Luego un paje.*

Pizarro. *(Ap.)* ¡Hombre á quien yo tanto deba
y que me haya hecho más daño!
¿A mí, en qué? ¡Misterio extraño!
¡Válgame Dios! ¡cosa nueva!
(A él.) Hidalgo á quien nunca vi;
puesto que la vez primera
que os veo á que bien os quiera
me obligáis ¿tenéis de mí
noticia alguna? ¿sabréis
declararme estas razones?
Agravios y obligaciones
dicen que os debo, y ya veis
cuán mal conformarse pueden
deudas de ofensas y amor.
Quisiéraos yo mi acreedor,
y aunque los años me veden
que de vos me satisfaga,
yo sé de mi poca edad
que empeños de voluntad
(si amor con amor se paga)
os pidieran fin quito.
Porque á fe de hombre de bien
que os quiero bien, y también
que cualquier deuda desquito
que en esta parte me obligue.
Pero ya habeis escuchado
que estoy por vos agraviado;
de donde tambien se sigue
que os pida satisfaccion
(si bien ignoro de que)
fidedigno el fiscal fué
que os puso la acusacion.
Si es verdad (como sospecho)
que no hay, puesto que me espanto,
hombre á quien yo deba tanto,
ni que más mal me haya hecho,
en lo primero me fundo
cual vuestro deudor pagar,
mas tambien he de intentar
vengarme de lo segundo.
Ejecutad acreedor,
y pagad ejecutado,
que yo ofendido obligado
si me confieso deudor,
pues dicen que me ofendisteis,
á procuraros me atrevo
bien, por lo mucho que os debo,
mal, por el mal que me hicisteis.

Gonzalo. Por cierto, niño discreto,
que en vuestra proposición
vos igualais la razon
al donaire, y yo os prometo,
á fe de hidalgo (si bien
no sé la causa hasta agora
que tiene mi acusadora
para que con su desden
crezca vuestro sentimiento)
que estoy, por el bien que dice
que me debeis y yo os hice,
en tanto extremo contento
cuanto del mal pesaroso
que me imputa contra vos.
Averigüemos los dos
su enigma dificultoso
por conjeturas. Decid,
¿es acaso madre vuestra
esta dama?

Pizarro. Amor me muestra
de madre, pero advertid...

Paje. *(Sale.)* Francisco, señor os llama,
que os quiere ver dar lición.

Pizarro. De más importancia son
lecciones en que la fama
averigua obscuridades
Dile que no me has hallado.

Paje. Está con vos enojado.

Pizarro. ¿De qué?

Paje. De las libertades
que usáis con vuestro maestro,
y sabe que estáis aquí.
Mirad que sale. *(Vase el paje.)*

Pizarro. Si en mí
merece el amor que os muestro
hidalga correspondencia,
caballero, dar lugar
á que volviendoos á hablar
cumpla hoy yo con mi obediencia.
Débole yo á mi señor
más que podré exageraros,
presto acudiré á buscaros:
hacedme tanto favor

que me esperéis en la plaza.
¿Prometeisme?

GONZALO. Interesó,
mancebo, tanto yo en eso
que, á no dar vos esa traza,
os fuera agora pronto.

PIZARRO. Dadme esa mano. (*Dásela.*)

GONZALO. En su palma
parece que sale el alma
á abrazaros.

PIZARRO. Ved que dijo
la que saber deseáis
si como madre me exhorta.
Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensais.

GONZALO. ¡Ay, cielos! ¿Y es vuestra madre?

PIZARRO. No y sí.

GONZALO. Por el no perdí
un hijo que por el sí
me llamaba vuestro padre.

PIZARRO. ¿Que decís?

GONZALO. Lo que deseaba,
aunque sospecho, por Dios,
que tengo más parte en vos
de lo que yo imaginaba. (*Vase.*)

PIZARRO. ¿Más parte en mí? Confusiones,
¿que es esto? ¿qué intentáis hoy?

ESCENA VI

PIZARRO y DON FRANCISCO

FRANCIS. ¿Francisquito?

PIZARRO. En medio estoy
de un mar de contradicciones.

FRANCIS. ¿No respondes?

PIZARRO. ¡Oh, señor!
sí respondo. No advertí
que me hablabas.

FRANCIS. ¿Cómo ansí?

PIZARRO. Echo menos el amor
de quien presente tenía
por madre, y ya se me va.

FRANCIS. ¿Pues yo no me quedo acá?

PIZARRO. Y en tí la esperanza mía.
Pero quien dos brazos tiene
y sabe lo que le importan,
si acaso el uno le cortan,
aunque á consolarle viene
el otro, dado que pueda
suplir en algo su falta
¿no sentirá el que le falta
por el brazo que le queda?

FRANCIS. No, que el hortelano astuto
en fe de hacer bien su oficio
corta las ramas al vicio
para que el árbol de fruto.
Las alas que siempre hallaste
en Beatriz te han hecho mal:
sin ellas el natural
conocerá que heredaste:
porque si hasta aquí niñeces
travesuras disculparon,
ya, Francisco, esas pasaron.
Doce años tienes, pues creces
en edad, crece en acciones
de virtud y de experiencia:
tu habilidad es tu herencia,
no tienes más posesiones.
Quejas llueven sobre tí
de cuantos la Zarza habitan,
que indignarme solicitan.
Celebrel's hasta aquí
por donaires de rapaz,
pagándolas en palabras:
sus hijos les desalabras,
con ninguno tienes paz.
Dos años ha que te enseña
el maestro que te he dado,
á leer, y en tí ha labrado
lo que el viento en una peña.
Aun no sabes deletrear;
en materia de escribir
no hay esperanzas, decir
que contigo han de bastar
castigos y reprensiones
es por demás. Si pretende
azotarte, te defiende
Beatriz, sus intercesiones
echado te han á perder.
conoces lo que te adora,
amparaste della y ahora
con esto ¿que hemos de hacer?
Ella se ausenta, en efeto:
doce años tienes, de hoy más,
libro nuevo ó perderás
el favor que te prometo:
la edad que te disculpaba
ya pasó.

PIZARRO. (*Ap.*) ¡Válgame Dios!
«que tengo más parte en vos
de lo que yo imaginaba.»
¿Si fuese mi padre este hombre?

FRANCIS. Francisco, mientras siguieres
mi consejo, haz cuenta que eres
hijo de casa. Mi nombre
te dí; si este no te inclina
á imitarme, ni por padre
me tengas, ni llames madre,
sino al tronco de una encina:
allí te hallé en conclusión,
y allí te puedes volver.

ESCENA VII

DICHOS y un MAESTRO con una *cartilla*.

MAEST. Francisco, desde antiyer
no hay hacerte dar lición.
A este andar no es maravilla
que luzga lo que te muestro.

FRANCIS. Tiene razón el maestro.
Afrentete esa cartilla
que en dos años no has pasado.
Llega y da lición, acaba.
Ya quien por él os rogaba (*Al Maestro.*)
se ausenta; tened cuidado
desde hoy con él, enseñalde
con el rigor que requiere,
y el día que no supiere
bien la lición, azotalde.

(*Vase don Francisco.*)

ESCENA VIII

El Maestro y Pizarro

MAEST. Ea, que esperando estoy.
PIZARRO. Yo tengo un poco que hacer.
Hagame tanto placer
que se quede esto por hoy,
pues no hay mucho hasta mañana.
MAEST. ¿Qué modo de hablar es ese?
Daréis licion, aunque os pese;
llegad.
PIZARRO. Tengo poca gana.
Váyase con Dios maeso.
MAEST. En azotándoos, si haré.
Daos prisa.
PIZARRO. ¿Azotes ó qué?
soy ya grande para eso.
MAEST. ¿Pues por qué no seréis grande
para afrentaros de ver
que no aprendéis á leer?
PIZARRO. ¡Que dónoss afrenta! ¡Ande!
¿No habrá habido muchos nobles
que sin leer y escribir
sepan vencer y lucir?
MAEST. Sí, entre encinas ó entre robles.
PIZARRO. Eso de encinas es cosa
con que muchos presumidos
me dan en cara nacidos,
no de sangre generosa,
pero de villana sí,
y aun de tan poca opinion...
MAEST. Dejaos de eso, y dad licion.
PIZARRO. Y si lo dice por mí,
quiero advertirle al maeso
que por mejor he tenido
ser en duda bien nacido
que en certidumbre confeso.
MAEST. Yo soy tan...
PIZARRO. ¿De esto se siente?
MAEST. Honrado...
PIZARRO. ¡Válgame Dios!
Sosiéguese.
MAEST. Como vos,
que en fin sois un bastar...
PIZARRO. Miente,
y antes que pronuncie el do,
tome y sea bien criado.
(Saca la daga y dale.)
MAEST. ¡Muerto estoy!
PIZARRO. Y yo vengado. *(Vase.)*
MAEST. ¡Ay, cielos!

ESCENA IX

El Maestro, don Francisco y doña Beatriz.

FRANCIS. ¿Qué es esto?
MAEST. Dió
muestras ese que arrojaron
sus padres mal satisfechos,
como sobras y desechos
del ser que en él despreciaron,
de cuán necio determina
domesticar una fiera
quien del modo que en la cera
quiere labrar en la encina.
Hirióme tras no querer,
como suele, dar licion.
FRANCIS. *(A Beatriz.)* Las alas de tu aficion
por fuerza habian de tener,
Beatriz, tan torpe suceso.
¡Vive Dios! que he de matarle
á azotes. Id á buscarle.
BEATRIZ. ¡Señor!...
FRANCIS. Si fuera travieso
con otros como lo ha sido,
disculpara e la edad;
mas tanta temeridad
que á su maestro haya herido,
va de atrevimiento pasa.
Yo mismo le he de buscar.
BEATRIZ. Oye, espera.
FRANCIS. Esto es criar
hijos ajenos en casa. *(Vanse los dos.)*

ESCENA X

Doña Beatriz. — Sale don Martín.

BEATRIZ. ¡Ay, prenda del alma mía!
ya pronostico tu daño.
Mi padre airado... ¡Es extraño
tantos males en un dia!
Don Martin, templad enojos
si verme viva queréis.
A mi padre conocéis:
son terribles sus enojos.
Si no le vais á la mano
alguna desgracia espero.
Mirad que á Francisco quiero
más que á mí, y que será en vano
vivir sin él.
MARTÍN. Yo sin vos,
imposible. Voy tras él. *(Vase.)*
BEATRIZ. ¿Qué es esto, estrella cruel?
¿Perdidas de dos en dos?
Por mejor la muerte elijo:
ó ejecutalda hoy en mí,
ó ya que al padre perdí,
no pierda también al hijo. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen don Gonzalo y Hernando Cortés, mancebo.

GONZALO. ¿Hernando Cortés? ¿sobrino?
¿vos en la Zarza? ¿á qué fin?
juzgábaos yo en Medellin.
CORTÉS. Tras sí me lleva el camino
que Fernando y Isabel,
reyes nuevos de Castilla,
hacen á la maravilla
de Guadalupe, y en el
busco galas cortesanas.
GONZALO. Siempre vos os inclinais
á cosas grandes. ¿Dejais
buenos vuestros padres?
CORTÉS. Canas
y años son enfermedades.
Mi padre Martin Cortés
anda achacoso después
de sesenta Navidades.
GONZALO. ¿Tiene doña Catalina
Pizarro salud?

CORTÉS. Y muestra
dicha en ser hermana á vuestra
con que á tan tarde me inclina.
GONZALO. Ya estáis grande
CORTÉS. Y pesaroso
de que, estándolo, no haya hecho
cosa hasta aquí de provecho.
GONZALO. Sois extremeño animoso:
heredáis de vuestra tierra
y sangre el noble verdor
que enciende vuestro valor.
Pronósticos hay de guerra
con Portugal, presentemente
se os cumplirá ese deseo.
CORTÉS. Esa ocasión (según creo)
trae los reyes con su gente
á presidiar sus fronteras,
porque Alfonso portugués,
pide á Castilla después
que, fundándose en quimeras
del cuarto Enrique, se casa
con doña Juana su hija.
GONZALO. Ese nombre la prohija
quien por la opinión no pasa
que Enrique en Castilla deja;
pero desinteresados
contra los apasionados
la llaman la *Beltraneja*.
CORTÉS. No sé en eso lo que os diga:
siempre he guardado respeto
á mis reyes.
GONZALO. En efeto,
cada cual su parte siga:
que si hay guerra, no tan malo
para los que no tenemos
otra herencia.
CORTÉS. Ya que os vemos
aquí, señor don Gonzalo,
(digo en España) después
que en Nápoles habéis dado
muestras de tan gran soldado,
desbaratando al Francés,
¿qué hacéis en pueblo tan corto?
GONZALO. Experimentar engaños
de amor, después de doce años
de ausencias: penas reporto
que me causa una hermosura
de quien me juzgaba dueño.
CORTÉS. ¿Hermosura en tan pequeño
lugar, y no está segura?
Si es noble ¿quién puede aquí
usurpárosla?
GONZALO. Mudanzas
que ofenden mis esperanzas.
Palabra de buscar di
á un mancebo, y os prometo
que me importa el sosegar
mil sospechas: dad lugar
á que averigüe un secreto,
y volvámonos á ver.
Iremos á Guadalupe
juntos.
CORTÉS. Nunca de amor supe:
gran cosa debe de ser,
pues tanto os desasosiega.
Si queréis que os acompañe.
GONZALO. Cuando dudas desengaña
os diré hasta dónde llega
el rigor que me amenaza,
pero conviéneme ahora
ir solo: dentro de una hora
podréis buscarme en la plaza
y haremos nuestro camino.
CORTÉS. Será apacible con vos,
yo os buscaré luego
GONZALO. Adiós. (*Vase.*)
CORTÉS. ¡Qué poco al amor me inclino!

ESCENA XII

HERNANDO CORTÉS.—*Salen* CARRIZO *y* PULIDA.

CARRIZO. Sí, escondelde, que es la pieza
digna de guardar.
PULIDA. ¡Pues no!
CARRIZO. El diabro acá mos le echó.
Verá qué temprano empieza.
PULIDA. Todo muchacho tras eso
viene, cuando grande, á ser
hombre de pro y de valer.
CARRIZO. ¡Descalabrar su maeso!
Pardiez, que no hiciera más
Roberto el Diabro Cualde,
morios por él, rega alde.
PULIDA. Carrizo, pesado estás:
¿si el otro agravio le hacía
y le llamó desechado?
CARRIZO. ¿Vos, en fin, no le heis criado?
Cual el ama, tal la cría.
Pues yo os juro si le coge
el viejo (que tras él anda)
que ha de llevar una tanda
cual digan dueñas.
PULIDA. Se enoje
o no, yo le tengo acá,
y aunque venga la justicia
no le he de dar.
CARRIZO. ¡De codicia
es el niño!
PULIDA. Sí será.
CARRIZO. Pardós que no tién más miedo
que Gaiferos á Sansón.
PULIDA. Es de bravo corazón.
CARRIZO. ¿Pues decir que se está quedo?
Apenas los bolos vió
y á los zagales jugando,
cuando la bola agarrando
todos nueve los botió.
PULIDA. Sabe mucho, y es placer
ver que de doce años solos
venza á todos.
CARRIZO. Sí, á los bolos,
es verdad, mas no á leer.

ESCENA XIII

DICHOS, *y salen* CRESPO, BERTOL *y otros pastores contra* PIZARRO, *y él con una bola de bolos tras ellos.*

PIZARRO. Nadie se me descomida,
si no es que tiene pesar
de vivir.
CRESPO. ¡Descalabrar
á su maeso!

PIZARRO. ¡Por vida
de don Francisco Cabezas,
mi señor!
CORTÉS. (A los pastores.) Tened: ¿qué es esto?
PIZARRO. Que al que llegue descompuesto...
CORTÉS. Jamás consentí bajezas.
Apartáos allá, villanos.
¿Contra uno tantos?
PIZARRO. Ya digo
que no se metan conmigo
ó se guarden de mis manos.
CARRIZO. ¡Tomaos con el rapacito!
Polida, ved el zagal
que criais.
PULIDA. No le hagan mal,
y él no le hará. Francisquito,
buena Pascua te de Dios;
al que te la hiciere, dale.
BERTOL. ¡A fe que si él viene, sale!...
PIZARRO. ¡A fe si os llegáis los dos!...
CORTÉS. Bárbaros, quitáos allá!
¿Cómo no tenéis empacho
de venir contra un muchacho
tantos juntos?
CRESPO. Porque está
endimuñado.
BERTOL. Hijo, en fin,
de una encina.
PIZARRO. Madre es mía;
mas no hay encina judía
como quizás algún ruin
de los presentes.
CRESPO. Por vos
lo dijo, Carrizo.
CARRIZO. Apelo.
PIZARRO. Yo tengo por padre al cielo,
una encina debo á Dios
por amparo, que de cuna
me sirvió. Si infame fuera
quien me parió, no sintiera
desgracias de la fortuna,
ni al desierto me arrojara,
luego noble debió ser.
Quien no tiene que perder,
poco en hazañas repara.
¿Que me perseguís, villanos?
¿Rómulo y Remo no fueron
reyes? ¿Principio no dieron
á los Césares romanos?
¿Que importa que los deseche
la fortuna, al noble esquiva,
si contra ella, compasiva
una loba les dió leche?
¡Vive Dios! que el que otra vez
encinas me ose nombrar
que le tengo de ahorrar
de achaques de la vejez.
CORTÉS. ¿No sabremos lo que ha hecho
este muchacho?
CARRIZO. Es muy luenga
esa historia: no habrá lengua
que de ándoos satisfecho
os cuente sus travesuras.
BERTOL. Hará aquí, si se le encaja,
por quitame allá esa paja,
treinta descalabraduras.
No se puede averiguar
todo este pueblo con él.
CARRIZO. ¡Malos años! es la piel
del diablo.
CRESPO. Quísole dar
lición agora el maeso,
y sobre dalla ó no dalla
le metió por atajalla
todo un cochillo hasta el hueso.
Huyó á casa de Polida.
(que es ésta, que le dió el pecho)
y como si no hubiera hecho
cosa ninguna en su vida,
con mucha frema se puso
á birlar bolos. El amo
(ansí á un caballero llamo
que le ha criado), confuso
de tan grande atrevimiento,
mos ha enviado á buscalle
porque quiere castigalle;
mas él, que no está contento
con lo hecho mos la jura.
CORTÉS. ¿Que á quien le enseñaba hirió?
Eso no lo apruebo yo.
CARRIZO. No tién respeto ni al cura.
CORTÉS. Azotarle.
BERTOL. (A Pizarro.) Llegaos, ¡hola!...
(Pizarro amenazando con la bola.)
PIZARRO. Ténganse que estoy resuelto.
CARRIZO. Llegad.
PIZARRO. ¿Mas que si la suelto
que me llevo tres de bola?
(Llega Hernando Cortés á quitarle la bola, y porfían los dos con ella.)
CORTÉS. Suelta, rapaz.
PIZARRO. Hola, hidalgo,
no os metáis (que no os conviene)
en lo que no os va ni viene.
CORTÉS. ¡Acaba!
PIZARRO. ¿Apostemos algo
que os he de birlar los cascos?
CORTÉS. ¿Hay atrevimiento igual?
¡Vive Dios!
PIZARRO. Soy natural
de encinas y de carrascos:
pegóseme su dureza.
Si por fuerza la queréis,
guardad que no la llevéis
encajada en la cabeza.
CORTÉS. No sufro locuras yo.
PIZARRO. ¡Oh! pues yo soy muy sufrido.
Tomalda.
(Tiran de la bola cada uno para sí, y quédase cada uno con la mitad de la bola.)
CORTÉS. ¡Suelta, atrevido!
¿Qué es esto?
PIZARRO. En dos se partió.
CARRIZO. ¿Hay cosa igual?
CRESPO. Pues no estaba
hendida y de encina se hizo.
BERTOL. ¿Que decís de esto, Carrizo?
CARRIZO. ¡Brava cosa!
BERTOL. ¡Y como brava!
CORTÉS. ¿Quién eres, rapaz valiente,
que tanta fuerza has tenido?
PIZARRO. Mas ¿quién sois vos, que habéis sido
para tanto?

CARRIZO. ¡Hola! ¿que gente
es esta que va llegando?

ESCENA XIV

Dichos y sale un PAJE.

PAJE. Los Reyes en el lugar.
Venid, veréislos pasar.
CORTÉS. ¿Quién?
PAJE. Isabel y Fernando,
que han de entrar hoy en Trujillo.
CORTÉS. (*Aparte.*) No puedo dejar de verlos,
si bien voy por los cabellos.
Confuso me maravillo,
mister o debe esconder
suceso tan raro y nuevo.
¿Queréis, gallardo mancebo,
que nos volvamos á ver?
PIZARRO. ¿Yo, por que no?
CORTÉS. Pues, adiós,
que ya os miro con respeto,
y hemos de ser, os prometo,
grandes amigos los dos.

(*Vanse todos sino es* PIZARRO.)

ESCENA XV

PIZARRO.

¡Válgame Dios! ¿Daré fe
á presagios contingentes?
No, que, en fin, son accidentes
sin que causa se les dé,
pero tambien de otros sé
(si he de creer lo que oí),
que sucedieron ansi
verificando apariencias:
para Dios no hay contingencias,
mas para los hombres sí.
Ninguno en el mundo ha habido
de principios prodigiosos
que con hechos hazañosos
no se haya opuesto al olvido.
Contar de Abidis he oído,
(rey de España celebrado)
que á las fieras arrojado
por su abuelo, al viento, al mar,
despues, vinciendo reinar,
fué como Dios adorado.
Que criaron las palomas
á Semiramis sabemos:
muchos Rómulos y Remos
nos fundaron muchas Romas.
Si ejemplos en éstos tomas,
valor coronas te labra;
la fortuna dió palabra
de ayudar á la osadía:
si una loba reyes crió,
leche me dió á mí una cabra.
Un globo, bola ó esfera
es la insignia en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el César, ¿será quimera
el creer que la mitad
del mundo, felicidad
á mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio: alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte, y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado
y en el esperanza nueva.
Quien dificultades prueba,
felicidades conoce.
conquiste Alejandro y goce
el mundo, venciendo extraños,
que si empezó en doce años,
yo le imito de otros doce.
Sere Alejandro Segundo.
¿Fué mas de un hombre? hombre soy:
con el medio mundo estoy,
conquistaré un medio mundo.
Fortuna, en esto me fundo;
vida espero prodigiosa,
favoréceme amorosa,
que en los pechos invencibles
para acabar imposibles
todo es dar en una cosa.

ESCENA XVI

DOÑA BEATRIZ y PIZARRO.

BEATRIZ. Gracias á Dios que los Reyes
el enojo han divertido
de mi padre, que intentaba
con mi llanto tu castigo.
Su venida á nuestra aldea
me permite darte aviso
de misterios que no sabes,
mientras á verlos ha ido.
Aquel hombre (si merece
este título, Francisco,
que en por no guardar palabras,
perderme y perderte quiso);
aquel con quien te dejé,
cuando mi pena te dijo
que injurioso bienhechor
juntó á agravios beneficios,
es tu padre, y ¡o alá
que juntando al apellido
de tu madre el de su esposa
disculpara el desatino!
No fuí digna de este nombre,
puesto que sí el ser principio
de tu vida y mis desgracias,
de tu agravio y sus olvidos.
Lograba yo verdes años,
que autorizaban floridos
el recato siempre honesto
de las damas de Trujillo,
aunque sin madre, segura
entre los cuerdos retiros
de una casa, cuyo alcaide
fué el honor, cuyo presidio
fueron honrados respetos,
por herencia bien nacidos,
por ignorancia engañados,
por confianzas perdidos,
cuando ¡ay, rigurosos cielos!
Gonzalo Pizarro vino
á mi patria (de esta suerte

se llama quien causa ha sido
de desdichas incurables)
con galas ostentativo,
dad vos con los pobres,
cortesano con los ricos.
Vistonos una vez,
doméstico por vecino,
discreto por estudiante,
conversable por amigo;
y puesto que en Salamanca
repudió escuelas y libros
por plumas y espadas nobles,
engaños trujo consigo,
profesión de sus escuelas,
que, sirviéndole de hechizos,
vencieron descuidos castos,
desdichados por sencillos.
Vióle el alma por los ojos,
y estos (como son ministros
de amor) pintándole en ellos
hicieron tan bien su oficio,
que admitiendo los cohechos
de su talle (¡ay, Dios, mi hechizo!)
vendieron mi libertad,
ella simple, ellos Bellidos.
Conformidad de deseos,
correspondencia de signos,
igualdad florida de años,
comunicación de niños,
juntándose la ocasión
y añadiéndose artificios,
¿qué mura las combatieran
que les negasen portillos?
Obligáronme asistencias,
engañáronme suspiros,
inclinaronme papeles
y dispusieronme olvidos
de mi padre en darme estado,
que muchas veces ha sido
la tardanza en el remedio
de los descuidos castigo.
Solicito á doña Juana
de Añasco (de quien es primo,
y de quien sobrina soy,
bien que por grados distintos)
á que pidiese á mi padre
que al celebrar un bautismo
de quien madrina la hicieron,
gozase ratos festivos.
Concedióle, fui á su casa,
y en ella escondió al peligro
para asaltar inocencias
el interés persuasivo.
Halleme sola con él,
resistiéndose al principio
respetos de honor honestos,
pero venciéronse tibios
á hechiceras diligencias
y á juramentos fallidos
de honestar con yugo santo
amorosos descaminos.
Creíle (que no debiera),
y rendí á este engaño antiguo
prendas que por confiables
lloran después desperdicios.
Volví al paso que injuriada
amante, y llevé conmigo,
si no el arrepentimiento,
la pena de mi delito,
pues como el caballo griego
admitieron riesgos vivos
de mi vida mis entrañas
tiranizando su hospicio.
Creció el temor con el tiempo,
y si bien el artificio
pasó publicidades,
se acercara ejecutivo
el plazo de mis afrentas,
si el cielo (á un tiempo benigno
y riguroso) no fuera
cuando fiscal mi padrino.
Una noche que á mi hermana
rondaban intentos limpios
de quien agora es su dueño,
y entonces su amante digno
de recíprocos cuidados,
tu padre, que con indicios
celosos, mas no con causa
dio crédito á desvaríos,
y alentando desconciertos
le imagino amante mío,
equivocando papeles
las desdichas con que lidio,
á mis puertas, en efecto,
sosegados sus vecinos,
añadió á palabras obras
que le dejaron herido,
y achacándome mudanzas
tomó de Italia el camino
fiando hazañoso en Marte
remedios contra Cupido.
Cenaba mi padre entonces,
y alborotado á los gritos
que daban á sus umbrales,
si no el temor, los peligros,
abrió las puertas, y en ellas
riguroso y compasivo
conjeturaba la muerte
disfrazada en parasismos.
La vejez (que toda es honra,
y está toda discursivos
recelos) imagino
si le hallaba en aquel sitio
la malicia de la plebe
riesgos de fama (que el vidrio
en manos del vulgo loco
amenaza precipicios).
Mandó aderecer caballos
á un coche, y dentro de él hizo
que el casi cadáver metan,
y antes que el sol diese aviso
de nocturnos desaciertos,
sin permitir prevenirnos,
á esta aldea nos traslada,
sacando yo por indicios
del caso y su condición
que intentaba vengativo,
por no oír deshonras muertas
sepultar temores vivos.
Buscaba para este efecto
cómplice que siendo amigo
secretos no profanase,
y mientras que toda arbitrios
discurría la venganza

el cómo, cercado vino
de riesgos y de dolores
el plazo, si antes temido,
ya en mi pena ejecutado,
amenazando castigos,
cunas que tumulos fuesen
mortal fin, y tal principio.
Cobró la necesidad
esfuerzo (¡qué mal que dijo
quien llamó al temor cobarde!
mejor dijera atrevido).
Mi padre fuera de casa,
y yo en riesgo tan preciso
salí (ahogando en el silencio
mil pregoneros gemidos)
al desierto por la huerta.
Abrióme el cielo un postigo.
La casa estaba en el campo,
como el sueño en el dominio
de las tinieblas piadosas.
Siendo esta noche propicios
montes, tinieblas, secretos
á desgracias sin registros,
naciste, en fin, en los brazos
de la fortuna, y convino
harte de sus mudanzas,
permitiéndote á su arbitrio,
por no darte á tu abuelo,
y, envuelto entre los armiños
de un rebozo, que la noche
más que el discurso previno,
el cóncavo y duro tronco
de una encina fué, Francisco,
sucesor de mis entrañas,
puesto que áspero, benigno.
Dejéte cruel piadosa,
llorando tus desabrigos,
y apresurando los pasos
diligencias solícito
á que mi ausencia reparen;
y apenas de ti divido
los ojos (pero no el alma)
cuando en mitad del camino
dos hombres halló. Fiéme
en su piedad (¿qué prodigios
en tu extraño nacimiento
no vencen los inauditos?)
Con el socorro de un manto
cubierta al más viejo pido
que te ampare, disfrazando
verdades con dos sentidos.
Prosiguiéndolas estaba
cuando (escucha otro peligro)
conozco, casi mortal,
que es mi padre á quien las digo,
Turbóme el riesgo impensado
de suerte, que compasivo,
casa y amparo me ofrece
que yo agradezco y no admito.
Roguéle que me guardase
el tesoro que escondido
confiaba á su nobleza,
díle las señas del sitio,
y ausentándome animosa
halle en casa regocijos
sucesores de mi llanto
que encubrieron mi retiro.
á don Alvaro en su acuerdo;
á su padre dando alivio
con su vida á sus pesares,
y á tu abuelo que contigo
en los brazos admirado,
tu hallazgo (nunca otro visto)
contaba, tan amorosa
como si hubiera sabido
que sin riesgo de su fama
eras su nieto y mi hijo.
¡Disposición de los cielos,
que así es abona prodigios!
Afirmóme que una cabra
te daba leche, y previno
pronósticos tal milagro
que en ti asombren este siglo.
Profetizaba ignorante
lo que fuiste, pues me dijo
que cual madre te criase:
ya tú ves si lo he cumplido.
Doce años las esperanzas
de tu desagradecido
padre, que legitimarte
siendo mi esposo, no quiso,
entretuvieron deseos
que consolados contigo,
resistieron persuasiones
de quien con ruegos continuos,
con preceptos y obediencias,
siendo mi esposo, han podido
obligarme á nuevo imperio
por no ocasionar castigos.
Caséme, y yo vio tu padre
cuando te imposibilito
á legitimar tu fama:
mira si con razón digo
que á don Gonzalo le debes
más que á otro hombre, siendo su [hijo,
y si hay á quien debes menos,
pues pudiendo, no ha querido
darte el blasón que te falta,
que yo á segundo dominio
sujeta, es fuerza olvidarte,
si en tanto amor cabe olvido.
Padre tienes generoso:
tu abuelo por mal sufrido
y travieso te aborrece;
acostumbrado á peligros
estás, no sabrás temerlos;
de portentosos principios
naciste, sigue su estrella,
y si los consejos míos
apruebas, pues que tu padre
fue tan severo contigo,
heredale en las hazañas,
serás hijo de ti mismo. (*Vase.*)

ESCENA XVII

PIZARRO

Madre, yo lo cumpliré
si el valor á que me inclino,
los presagios que me amparan,
las esperanzas que animo
no me salen mentirosas
Yo, que repudiado he sido

de ti, cuyo honor no quiere
que me intitule tu hijo,
yo, que del ser que me han dado
los empeños desobligo,
pues avariento mi padre
ha injuriado este apellido,
hijo de ninguno soy;
no tengo padres, no admito
ascendientes que me agravien;
en mis obras legítimo
el nuevo ser que restauro,
las hazañas á que aspiro:
deudor de mí mismo soy,
hijo seré de mí mismo.
Yo malograré mis años
¡vive en los cielos propicios!
si, á pesar de inconvenientes
medio mundo no conquisto.
No tendré nombre hasta entonces;
no sabrán de qué principios
procedo, no temeré
ejércitos de enemigos,
montes de dificultades,
naufragios jamás creídos,
desiertos nunca pisados,
arduos hasta el cielo riscos.
La media esfera que gozo
es medio mundo; así explico
el pronóstico, que en ella
todo un orbe ha dividido.
Yo he de dar desde hoy en esto,
ó morir ó conseguirlo:
todo es dar en una cosa,
donde hay valor no hay peligro.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen un Pagador *y un* Capitán

Pagador. ¡Plegue al cielo que estas paces
sean sin fin!
Capitán. ¿Para qué?
Nunca cosas deseé
de nuestra vida incapaces.
Déles Dios paz á las monjas,
tenga paz el labrador,
paz pida un adulador,
(que en la guerra no hay lisonjas)
paz el avaro, que encierra
usuras, paz el letrado,
paz el cura, y el soldado
tras una guerra otra guerra:
¿tenemos otro caudal?
Bien comeremos por vos,
Pagador, si os oye Dios.
Pagador. Son Castilla y Portugal
en la nobleza y hazañas
(puesto que competidoras
y de sus armas señoras)
honra de las dos Españas.
Mientras ellas entre sí
se destruyen, triunfa y crece
el moro y se ensoberbece
viendonos andar así.
Quitemos á esta Granada
la corona que Ismael
la puso, doña Isabel
y Fernando (sosegada
Castilla) pisen sus granos
y gocen de sus tesoros:
conquistemos reinos moros
viviendo en paz los cristianos:
que es afrenta que un rincón
que sólo al alarbe queda
en tantos años no pueda
limpiarle nuestra nación.
Barramos esta basura
que por setecientos años
á costa de tantos daños
y tantos peligros dura.
Capitán. Escobas tienen de fuego
nuestra Isabel y Fernando,
que ya el moro está temblando,
y á ver en su vega llego
malograrles su cosecha.
Pagador. Escoba es la Inquisición
(de estos reyes fundación)
que llamas toda, aprovecha
tanto contra la cizaña
que sembró la pravedad
blasfema.
Capitán. Con la Hermandad
y Inquisición vive España.
pero mientras que Fernando
tala al morisco su Vega
y el tiempo dichoso llega
que esta el bautismo esperando
en que á pesar de andaluces
mire es su Alhambra vea,
si con lunas se platea,
que la eclipsan nuestras luces,
decidme, pues lo sabeis,
de estas paces los contratos.
Pagador. Para nosotros baratos
si sus condiciones veis.
Después que aquel gran Girón,
Maestre de Santiago,
venció la del Albufera
contra portugueses tantos
y las quebras restauró,
celebrados por milagro,
que llaman de Aljubarrota
por romper los castellanos;
la Infanta doña Beatriz,
que viva nestoreos años
y es tía de nuestra reina,
duquesa del noble estado
que se intitula Viseo,
suegra de don Juan el Sabio,
Príncipe de Portugal
y del mundo espejo raro;
deseosa de que vuelva
á España el siglo dorado
que Marte convirtió en hierro,
las puertas abriendo á Jano,
para atajar competencias
tomó prudente la mano
en apaciguar naciones
de dos reinos casi hermanos,

y con dando á los nuestros
el Católico Fernando
que de sol o aragonés
iba, á pesar del navarro,
á tomar la posesion
por muerte de aquel anciano,
asombro de la milicia
que dió laurel á sus años,
(el segundo rey don Juan
de Aragon, digo) el cuidado
de estas paces remitió
á nuestra Isabel, espanto
de los vivos, sol hermoso
cuyos generosos rayos,
como dan luz á los buenos,
ciegan y abrasan los malos.
Concertáronse, pues, vistas
sobre la Puente de Tajo
en Alcántara, que es linde
de los dos reinos contrarios,
que dichosas concluyeron
á los postreros del Marzo
presente, que es el de mil
cuatrocientos y ochenta años,
y fueron las condiciones
principales, que quitando
el rey don Alfonso el quinto
los leones cuarteados
y castillos de su escudo
no se llame el lusitano
rey, desde hoy, de Castilla,
como por el mismo caso
ni los nuestros se intitulen
de Portugal reyes, dando
por ningunos los derechos.
Item, que ofrezca la mano
doña Juana, la pretensa
Princesa, la que llamaron
Beltraneja mal crosos,
y de don Enrique el cuarto
heredera, confidentes
al nieto del rey, llamado
Alfonso, como el abuelo,
hijo de don Juan, quedando
de Portugal sucesores
después que falten entrambos.
Pero que si no quisiere
pasar por estos contratos
el niño Infante después
que llegue á perfectos años,
la portuguesa corona
de luego cien mil cruzados
á doña Juana, la cual
pueda, si gusta, entretanto
en un monasterio ilustre
dar al mundo desengaños,
envidia á sus enemigos
y á sus pesares descanso.
Que á rebeldes de Castilla
se les cierre puerta y paso
para ampararse en su reino
contra el nuestro conspirando;
y que toda la conquista
que margena el Océano
por las africanas costas
quede eternamente á cargo
de las quinas portuguesas,
sin que por sucesos varios
que intente el tiempo, Castilla
tenga derecho á estorbarlo.
Que queden como en rehenes
hasta cumplirse estos tratos
en poder de la Duquesa
de Viseo, por un año,
en el castillo de Mora
el niño Alfonso, al regalo
blando e de su tía
y el clavel del mejor Mayo
que vió la naturaleza,
(la Infanta digo, retrato
en la hermosura y el nombre
de nuestra reina) con tanto
que el portugues deje libres
los pueblos que en los asaltos
de esta guerra nos usurpa,
y nos entregue otros cuatro
de los suyos por seis meses.
Uno ha que se publicaron
en las dos cortes, haciendo
universalmente aplauso
lo plebeyo y generoso
de ambas coronas, trocando
en regocijos y fiestas,
muertes, peligros y agravios.
Ya á sus reyes reducida
la condesa, aquel gallardo
espíritu belicoso,
digno de inmortales lauros,
de doña Beatriz Pacheco,
que en Medellin sus vasallos
por Semiramis pretenden
ded carla simulacros,
olvidadas competencias,
besa pies y la honran brazos;
y el Clavero, don Alonso,
de Alcántara, va del bando
donde la lealtad le alista,
muestra que si fué Alejandro
en hazañas, ya es Monroy,
blasón generoso y claro.
Ya el gran marqués de Villena
con el valiente Primado
Pacheco uno, otro Carrillo
enojos reales templaron:
todo es paz, todo sosiego.
Permitan los cielos santos
que lo que las discusiones
hasta este tiempo turbaron
lo restaure la concordia
y que contra el africano,
reliquias del vil profeta,
esfuerzo y armas juntando,
á nuestra ley reducida
trueque Granada los granos
en diamantes por rubíes
que Isabel goce y Fernando.

ESCENA II

Dichos y Rosardo, *soldado*.

ROSARDO. Ya puede vuestra venganza
gozar, señor Pagador,
si es el vengarse valor.

esta noche su venganza.
El capitán don Gonzalo
Pizarro asiste en Trujillo.
Alcalde es de su castillo,
las armas son su regalo:
mas como este reino goza
de paz, amor mas humano
quiere que le dé la mano
doña Beatriz de Mendoza
y en ella el regalo mayor
que el Dios desnudo reparte,
que lo que no prenda Marte
toma por su cuenta amor.
En fin, se casa con ella,
y esta noche son las bodas:
juntanse las damas todas
trujillanas, y es tan bella
la novia, que se recrea
amor de verse español,
y ya que en ausencia es sol
parece á su lado fea.
Descuidado de enemigos
y todo festivo está:
si pena al agravio os da,
la noche ofrece castigos:
aprovechadlos ahora
y vengad á vuestro hermano.

PAGADOR. Antes que la deje mano,
contra mi sangre agresora,
se la he de colgar al cuello.
En esta ocasion mostrad,
capitán, vuestra amistad,
que el fugitivo cabello
nos ofrece la ocasion
quince años ha deseada,
y sola esta noche hallada.
En Salamanca, en razon
de una cátedra que había
llevado un deudo, sanó
con otros y me mató
un hermano que tenía,
el más lucido letrado
que aquel concurso estimaba.
Yo era entonces quien probaba
con honor que, que vengado
quiso verme, en tanto extremo,
que, despachando contra él
un juez severo y cruel,
dio los cómplices al remo;
pero huyendo el agresor
por excusar la justicia,
se valió de la milicia,
que á perdidos da favor.
En ella, en efecto, ha sido
tan dichoso que alcanzara
si yo no se lo estorbara,
premios que otros han tenido
con menos méritos que él;
porque como sucedí,
en el favor que adquirí
con Fernando é Isabel,
persiguiendole hasta agora
no le he dejado medrar,
si bien no pude estorbar
que cuando venció en Zamora
nuestro campo al portugués
sus hazañas no alcanzasen
que capitán le nombrasen
los reyes, y que despues
trocase la compañía
de infantes en hombres de armas.
Vense la envidia á las armas:
creció en su valor la mia.
Diversas veces cohechó
soldados que le matasen,
dientes que le impusiesen,
y con el rey procuré
desacreditar su fama,
mas sacóle vencedor
mi desdicha y su valor,
que en las tinieblas la llama
luce más, y los engaños
si aprietan, no prevalecen:
Beber su sangre apetecen
mis agravios ya ha quince años;
si esta vez no lo consiguen
morirán desesperados.

CAPITÁN. Aconsejar agraviados
que mas sus pasiones siguen
que la razon, es gastar
persuasiones sin provecho.
De mi amistad satisfecho
podeis, Pagador, estar,
pues la guerra concluida
y dandoos el caudal
el rey de su hacienda real,
depende de vos mi vida,
como de quien socorrerme
puede en mis necesidades.

PAGADOR. Conformemos voluntades
Si Alejandro queréis verme
vengad en vos y seréis
dueño de cuanto poseo.
Segura la ocasion veo,
si ejecutaria quereis
dos yeguas desta de aquí
Trujillo y el sol se ausenta.
Mi enemigo solo intenta,
descuidandose de mí,
trocar el acero en galas:
en tanto sus bodas trueque,
porque su esperanza seque
el pesame de dos balas.
Sabremos cual es la casa
donde se ha de desposar,
enviaremosle á llamar,
y entre la gente que pasa
á tener parte en la fiesta
encubriendonos mejor,
sin saberse el agresor
podrán lograrla funesta.
¿Que decís?

CAPITÁN. Que hay paces digo
y que con ellas no hay paga,
que vuestro gusto se haga,
porque vuestra mesa sigo.
Trazad, y pondré en efecto
cualquiera orden que medeis.

PAGADOR. Como á mi hermano vengueis
mil escudos os prometo. (Vase)

ESCENA III

Salen CARRIZO *y* PULIDA

CARRIZO. Ya por hoy no iré al molino.
PULIDA. Hannos en la Zarza echado
tanto del roto soldado,
que el diablo con ellos vino.
¿Mas que nos queda el corral
con el gallo soldemente?
CARRIZO. Por bien se lleva esta gente,
Polida, que no por mal.
Un dia es, y este se pasa
como quiera. ¿Tenéis olla?
PULIDA. De macho con su cebolla,
tocino y pan hay en casa;
¿mas vino y las golorias
que piden?
CARRIZO. Pan y manteles
nos obrigan.
PULIDA. Son crueles,
y más los de aquestos dias,
que vienen mal avezados
de la guerra que han tuvido
en Portugal
CARRIZO. Despedido
los han, y ya van pagados.
El soldado que os copiere
recebilde con amor,
que por mal es lo peor.
PULIDA. Mientras aquí no estoviere
don Alvaro, que al Trujillo
á unas bodas se hue ayer,
ansí lo habemos de her,
que si no pan y cochillo
(y aun eso de mala gana)
les diera.
CARRIZO. Llevóse ya
Dios al viejo.
PULIDA. A estar acá,
la Zarza quedara sana
de estos lobos que el pellejo
nos quitan. ¡malditas piezas!
CARRIZO. Sí, don Francisco Cabezas
hué bravo hombre.
PULIDA. ¡Lindo viejo!
CARRIZO. Mas don Alvaro Durán
no le va, aun que mozo, en zaga.
PULIDA. Carrizo, no sé que me haga.
Habrar quiero al capitán,
y dolererase de mi
quizaves.
CARRIZO. ¡Bonicos son!
Daldos á la maldición,
que en viendoos, Polida, ansí,
con aquesa catadura,
temo...
PULIDA. ¿Qué teméis?
CARRIZO. ¡Pardiós!
que vais una y volvéis dos.
Yo os digo la verdad pura:
dad al huesped buen despacho,
que mas vale, si se atreve,
que doce pollos nos lleve
que no que os deje un mochacho.
Mas el alcalde es mi amigo,
yo le vo al concejo á habrar,
que si se deja rogar
y mi pobreza le digo,
por ocho ó por doce reales
de este trabajo saldremos
PULIDA. Carrizo ¿y dos os tenemos?
CARRIZO. Vendo un buey y excuso males;
que hay soldado (si le cuadra
la posada que le dan)
que convida al capitán
y con el toda una escuadra,
y por heros más merced,
mostrando que es dadivoso,
dando tras roso y velloso
no deja estaca en pared.
Porque esto no nos suceda
vollo á concertar, Polida. (*Vase*)
PULIDA. Pues venga y vino me pida,
que á fe (si en mi casa queda
y no es comedido el mozo)
porque cene con regalo,
que le he de dar pan de palo
y á beber agua del pozo.

ESCENA IV

PULIDA *y* QUIRÓS, *soldado, muy roto, y con frascos y cuerda en la cinta.*

QUIRÓS. Me racomando, patrona.
PULIDA. No entiendo latin, soldado.
QUIRÓS. Esta boleta me han dado
para aquí.
PULIDA. De su presona
cuidaremos.
QUIRÓS. ¿Qué hay de cena?
PULIDA. Tocino, macho y cecina
tién la olla.
QUIRÓS. ¿No hay gallina?
PULIDA. Para soldados no es buena,
que engendra sangre cobarde.
QUIRÓS. Aves come el que es guerrero,
y las plumas del sombrero
harán de mi esfuerzo alarde.
Yo de noche no como olla,
que el soldado no es gañan.
¿Hay pollas?
PULIDA. No faltarán.
QUIRÓS. Jugaremos á la polla.
¿Que principio y postre espero?
PULIDA. Principios, señor soldado,
son acá el primer bocado.
QUIRÓS. ¿Y los postres?
PULIDA. El postrero.
QUIRÓS. Pues yo empiezo en ensalada,
y remato en aceitunas
PULIDA. De encina mos traen algunas,
que es comida regalada.
QUIRÓS. ¡Pesar de quien la parió!
¿Bellotas ha de comer
un soldado?
PULIDA. ¿Pues qué ha de her?
QUIRÓS. ¿Soy hijo pródigo yo?
PULIDA. Parécelo en los retazos.
QUIRÓS. Poquito á poco, monsiura:
¿qué cama habrá?
PULIDA. Algo dura.
QUIRÓS. Pues yo vengo hecho pedazos.

PULIDA. Ya lo veo. Hay cabezales,
en somo de aquel escaño.
QUIRÓS. ¿Sin sabanas?
PULIDA. Hacen daño.
QUIRÓS. ¿Y qué mantas?
PULIDA. Dos costales.
QUIRÓS. ¡Cuerpo de Cristo con ella!
PULIDA. Quien da lo que tiene ¿qué debe?
QUIRÓS. ¿Y aquí qué vino se bebe?
PULIDA. Del pozo.
QUIRÓS. Bébalo ella
y reviente, porque yo
esta noche he de cenar
borrajas al empezar.
PULIDA. Borrachas cubdia yo.
QUIRÓS. Y tras ellas su jigote.
PULIDA. ¿Mi gi qué? ¿qué es si lo sabe?
QUIRÓS. De ternera, si no es de ave.
PULIDA. ¿Gigorro?
QUIRÓS. Ó pastel en bote.
PULIDA. Ni yo garrote sé her,
ni pastel he visto en bota.
QUIRÓS. De lo caro una candiota.
PULIDA. Cand. hay que empieza á arder.
QUIRÓS. Y levantada la mesa.
en cama mudida y blanda
colcha y sábanas de Holanda.
PULIDA. Ya tomara estopa gruesa.
QUIRÓS. Y por si me hiciere mal,
con esas dos manos tiernas
ha de traerme las piernas.
PULIDA. Si las deja en el corral.
QUIRÓS. Podrá ser que así me obligue
á que soplando el candil
la dé mi cuerpo gentil
con lo demas que se sigue.
PULIDA. Pues si con lo que le dan
en casa no se contenta,
y sin naranja y pimienta
no come cecina y pan,
antes que salte las bardas
(que no estan bajas á fe)
porque duerma le traere
las piernas con unas cardas;
y si en su tema prosigue,
le mediremos dos trancas,
desde el cogote á las ancas,
con lo demás que se sigue.
QUIRÓS. Pues yo la voto...
PULIDA. No bote.
QUIRÓS. A Cristo, que ha de llevar
esta noche que rascar
la papara á puro azote.
Ponga las manos en cruz.

(Quiere atarla con la cuerda.)

PULIDA. ¿Para?
QUIRÓS. Cruce los dos brazos,
sabrá qué son latigazos
de una mecha de arcabuz.
PULIDA. *(Grita.)* ¡Aquí de Dios y del rey!
¿No hay justicia?
QUIRÓS. *(Dala una coz.)* Menos voces.
PULIDA. ¡Despinfarrado! ¿De coces
vos a mí? ¿No hay Dios? ¿No hay ley?

ESCENA V

Dichos y salen dos Soldados y CARRIZO

SOLD. 1.º O rescatar la posada
con cien reales, ó pasar
crujía, y sin replicar.
CARRIZO. ¿Con cien reales? ¡Mas nonada!
SOLD. 2.º Cabales.
CARRIZO. Menos los ceros.
Diez les iba yo juntando.
PULIDA. ¡Ay, Carrizo! Aquí andan dando.
SOLD. 1.º Ea, ponedmele en cueros,
vereis la tunda que lleva.
QUIRÓS. Desnudese ella tambien.
CARRIZO. ¿Ambos desnudos? ¿No ven
que ya pasó Adan y Eskueva?

ESCENA VI

Dichos y PIZARRO, muy galan, con mucha pluma y un rosario

PIZARRO. ¿Qué esto?
PULIDA. ¡Ay, Francisco mío!
¿Tú en la Zarza y yo en trabajos?
Este muladar de andrajos
con mujeres tiene brio;
que á nacerme aquí unas pocas
yo les juro á non de Dios...
CARRIZO. Francisco, doleos de nos.
PIZARRO. ¿Soldados contra unas tocas
en vez de darlas socorro,
y hombres os osais llamar?
CARRIZO. Me quieren desatacar.
PULIDA. Me piden carne en gigorro.
PIZARRO. Quitáos las torpes espadas,
quitáosla, ó ¡vive Dios!
SOLD. 1.º Señor alferez, los dos
somos...
PIZARRO. ¿Qué dos ó qué nadas?
Acabemos, desceñidas,
y en su lugar os poneis
dos ruecas.
SOLD. 2.º Vuesa merced
nos trate bien.
PIZARRO. Redimidas
la vejacion en que estan
corridas á vuestros lados.
pícaros sois, no soldados.
Si en los campos labrarán
los miseros labradores
si las manos les tenéis
atadas. ¿Pretenderéis
por esta hazaña favores
en el consejo de guerra?
Presentad esos cordeles
cuando alegueis por papeles
que defendisteis la tierra.
¿Adonde esta el capitán?
QUIRÓS. A Trujillo fué esta tarde.
PIZARRO. Quita la espada, cobarde,
que pues sus veces me dan
y soy su alferez, agora
sabré si conforme á ley...
SOLD. 1.º Mire...
PIZARRO. ¡Por vida del rey
y la reina, mi señora,

infames, que la bandera
me fio, si no os quitais
las espadas que afrentais
(mejor una cana fuera)
que os cosa con el venablo!

CARRIZO. Polida, ¿que decis de esto?

PULIDA. Es un dimuño.

CARRIZO. Es un diabro.

PIZARRO. Llamadme á los labradores.

(Vase Carrizo.)

ESCENA VII

DICHOS, menos CARRIZO.

SOLD. 2.° Vuesa merced considere
que es muy mozo, y que si quiere
con desprecios y rigores
poner su enojo en efeto
(aunque nuestro alferez sea)
tiene poca barba, y crea
que á no guardalle el respeto
que pide el cargo...

PIZARRO. ¡Cobarde!
Mi bandera y preeminencia
no la adquirí por herencia,
ni las barbas son alarde
del valor que al noble anima,
sino el espíritu honrado
que en el alma vinculado
los peligros desestima:
que á ser ansí (aunque parezca
que en ellas le puso Dios)
barbas os sobran á vos
para una guarda tudesca.
La Reina, nuestra señora,
me dió el cargo que consigo,
siendo ella misma testigo
en el cerco de Zamora,
que mi capitán rendido
y perdida su bandera,
paje de gineta era,
pero aunque paje, atrevido,
(no con mujeres, cual vos)
pues fiado en la fortuna
volví, (si perdimos una)
á su presencia con dos.
Alferez entonces me hizo
sin suplicárselo yo;
la bandera que me dió
de trece años la autorizo.
Y porque sepais si en mí
las barbas son menosprecio,
agora veréis cuán necio
fuisteis en hablarme ansí.
Desceñíos esa espada
antes que enojos provoque
y fruta de un alcornoque
os haga mal sazonada.
presto. *(Quítanselas.)*

SOLD. 1.° Por mi superior
os obedezco.

PIZARRO. ¿Que aguardan
los dos?

SOLD. 2.° Ya vamos.

PIZARRO. Ya tardan.
¡Hola! Carrizo.

ESCENA VIII

Salen CARRIZO *y* OTROS. *—Dichos.*

CARRIZO. Señor,
aquí todo el pueblo está.
(Llegan [illegible] á Quirós.)

PIZARRO. Este (con vuestra mujer
valiente) en vuestro poder
para ejemplo quedará
de infame, con condición
que este en la plaza colgado
hasta mañana.

QUIRÓS. ¿Yo ahorcado?

PIZARRO. No, que os tengo compasión.
De los hombres solamente,
mas sin que os quiten la vida,
con una rueca ceñida
regocijaré á la gente.

CARRIZO. ¿Y estotros dos?

PIZARRO. Castigaldos.
Deles cada labrador
catorce azotes.

SOLD. 1.° Señor,
mira que somos...

PIZARRO. Lleva dos.

SOLD. 2.° No faltará quien de cuenta
á los reyes de este agravio.

PIZARRO. Ella es santa y él es sabio.
Yo les diré vuestra afrenta,
podrá ser que se mitigue.

PULIDA. Venga á la plaza el [illegible],
porque le demos gigorro
con lo demás que se sigue.

CRESPO. ¡Burlaos con el Francisquillo!

CARRIZO. Azotina ha de haber hoy.

PIZARRO. A ver á la reina voy,
que entra esta noche en Trujillo.
(Vase.)

PULIDA. Soldado, esas piernas bellas,
despues que colgado este,
¿oye? no se las traere,
pero tirarele dellas.

SOLD. 1.° ¡Que á esto un rapaz nos obligue!

PULIDA. Y á estotros dos marquesotes
á cada catorce azotes,
con lo demás que se sigue. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sale el PAGADOR, *el* CAPITÁN *con un arcabuz y* ROBLEDO.

PAGADOR. Mejor lo habemos trazado
de esta suerte.

CAPITÁN. En la ciudad
nos pusieran en cuidado,
que en tanta publicidad
y con tanto deudo lado,
aunque es de noche, no fuera
posible no conocernos.
Aguardándole aquí fuera
si él viene (antes de ofendernos
la justicia) cuando muera,
es fácil el retirarnos
sin que se sepa el autor
de su muerte.

PAGADOR. Por vengarnos
menospreciaré el favor
de los reyes.

CAPITÁN. Ocultarnos
con las tinieblas podemos,
después que muerte le demos,
quedando en pie tu privanza.
PAGADOR. Cumpla yo con mi venganza,
que después nos libraremos.
En fin, dijo que saldría
á este sitio.
ROBLEDO. Prometiólo,
y con mucha cortesía;
puesto que no estaba solo,
y que entonces le asistía
de Trujillo la nobleza,
por asegurarlos dijo:
«Trátame con aspereza
esta dama, y es prolijo
amor si temoso empieza.
Yo acabo de desposarme,
y es bien desembarazarme
de cosas que la han de dar
á doña Beatriz pesar.
Pero, pues, envía á llamarme,
dígala, hidalgo, que luego
voy al sitio señalado;
que le apreste mientras llego,
y tome por el cuidado
esta sortija.»
PAGADOR. ¡Sosiego
notable!
CAPITÁN. ¿No se turbó?
ROBLEDO. ¿Turbar? antes se rió
mientras el papel leía.
PAGADOR. Más de su esfuerzo se fía
que de mi venganza yo.
Pero cumpla él su promesa
verá presto el desengaño.

ESCENA X

DICHOS, *y salen* DON GONZALO, *como de noche. Luego* PIZARRO, *de camino*

GONZALO. A algun celoso le pesa
de mis bodas, y en su daño
quiere turbarme esta empresa.
Sin firma vino el papel,
como yo sin compañía
amor celoso es cruel.
PIZARRO. (*Sale.*) Tarde, diligencia mía,
venís; honra, no sois fiel,
si os perdéis por perezosa
y mi padre se desposa
sin impedírselo yo.
CAPITÁN. Este es, ¿tirarèle?
PAGADOR. No:
tened, que en acción dudosa
me pesará que matemos
otro en vez del que buscamos,
pues si esta ocasión perdemos,
sin esperanza quedamos
de que después nos venguemos.
Sepamos quien es primero.
CAPITÁN. Llegad, que yo aguardo aquí.
PAGADOR. (*A Pizarro.*) Si sois don Gonzalo espero
saber.
GONZALO. Pronunciar oí
mi nombre, acercarme quiero.
PIZARRO. (*Ap.*) (¿Don Gonzalo? Ansí se llama
quien me ha dado el ser que tengo.
Si alguno que le desama
le intenta ofender, yo vengo
á acreditar más su fama.)
Mi nombre es Gonzalo.
GONZALO. ¿Cómo?
PAGADOR. ¿Gonzalo Pizarro?
PIZARRO. Pues,
con ese apellido domo
cobardes.
PAGADOR. (*Al Capitán.*) Amigo, él es,
vengue mi agravio tu plomo:
dispárale.
CAPITÁN. No dió fuego.
GONZALO. ¡Oh, villanos! la traición
que en vosotros á ver llego;
con noble satisfacción
dará á mi enojo sosiego.
Yo soy Gonzalo Pizarro.
¡A ellos, joven gallardo!
PAGADOR. Tres somos, mueran los dos. (*Riñen.*)
PIZARRO. ¡Oja á os hiciera Dios
tres mil!
ROBLEDO. Esta cuesta agarro.
Vida, bajaos á los pies,
y ellos os libren de mal. (*Huye.*)
GONZALO. ¿Contra uno, y sais tres?
PAGADOR. Al Pagador general
matáis, sosegaos.
GONZALO. Después,
que agora es razon (si ha sido
Pagador) que las traiciones
pagues que me han perseguido.
PIZARRO. Cuchilladas, no razones,
¡cuerpo de Dios! ya he tendido
al uno. Esotro que queda
porque escaparse no pueda
desjarretarle es mejor.
(*Huye el Capitán.*)
GONZALO. A traidores, Pagador,
se paga de esta manera.
¿Huís? no me maravillo.
PAGADOR. ¡Muerto soy! ¡Favor al Rey!
Alguaciles de Trujillo,
¡justicia! ¿no hay Dios? ¿no hay ley?
(*Huye.*)
GONZALO. Hay valor, que es tu cuchillo.
PIZARRO. No los sigáis caballero,
que tengo que hablar con vos.

ESCENA XI

DON GONZALO Y PIZARRO

GONZALO. Obligado á vuestro acero
confieso que os trujo Dios
en mi socorro, no quiero
más dicha ya que saber
quien sois y luego serviros.
PIZARRO. Admitiéralo, á no ser
ingrato vos á suspiros
de alguna ilustre mujer,
que perdió por olvidada
lo que os lo por querida,
y en mi deseo vinculada
la venganza de ofendida,
si no de menospreciada

GONZALO. No os entiendo.
PIZARRO. Yo lo creo:
que el no entender ya es en vos
mal viejo, común empleo
de quien sin mirar que hay Dios
se sujeta á su deseo.
¿Habeis dado ya la mano
al nuevo dueño que amais,
ó que es que hablo en vano
palabras que la empeñais
en fe de un amor liviano?
¿Iréisos á Italia ya
para que no os siga yo
la sucesion que os dará,
y burlada se trasluzca,
pues por vos sin honra está?
GONZALO. Encubierto defensor,
que en ofensas multiplicando,
me imitais y dais favor,
á un tiempo estais engendrando
ira en mi pecho y amor
Sabed que me ayuda vuestra,
¿por qué agraviarme queréis?
¿con la noche os encubrís?
¿un traidor socorréis
y un amigo perseguís?
PIZARRO. Porque á tantos os atrevo,
enemigo de fiar,
escudando á quien debo
el bien y el daño mayor
que tiene el mundo.
GONZALO. Mancebo;
segun el modo de hablar,
sois vos el que os preciais,
sin duda deberes de estar.
¿Sois vos hijo...?
PIZARRO. Yo soy hijo,
sin padres, de un encinar.
GONZALO. ¡Ah, cielos! ¿Doña Beatriz
cabezas es vuestra madre?
PIZARRO. Fuera yo, á ser tan feliz,
que á su tálamo mi padre
sujetara la cerviz
Mas no lo soy (agraviadas
prendas por vos infelices)
viendo (pues quedan burladas)
de nuevo con las Beatrices,
y ellas con vos desdeñadas
GONZALO (Oh, á quien el cielo adora,
cesen en vos, que es mengua
de contento el alma
PIZARRO. ¿Está
con vos desposada ya
esotra Beatriz?
GONZALO. No ha una hora
que por dueña la adquirí,
pues tuvo en olvido tu madre
vana esperanza por ti.
PIZARRO. Pues, padre, no sois mi padre:
tengos á mí
GONZALO. Vuelve en ti.
PIZARRO. Vais érades por mí vos,
cuando de una culpa fruto,
ingrato á mi madre, á Dios,
y á mí me tuvisteis un punto
tres deberes mas que á los dos.
Volverades por mi fama:
pues el más tosco pastor
padre legítimo llama
al suyo, y vuestro rigor
cuando me engendra, me infama.
Tengo seis hijos que pasan
el título que no aguardo,
y menores que yo sean,
porque me llamen bastardo
cuando su hermano me vean.
¡Ah, cielos! y quién pudiera
dispensar obligaciones,
y la mayor no os tuviera,
porque á vuestras sin razones
fin con mis desdichas diera.
Junto amor en un sujeto
dos contrarios sin ser sabios
¡Triste de mí! que en efecto
si intento vengar mi agravio,
pierdo á mi padre el respeto.
Extrañas contrariedades
mezclandose me persiguen
¡oposiciones persecuciones
que á un mismo tiempo me obliguen
agravios y obligaciones!
¡Vive Dios que no ha de verme
más la faz de aqueste mundo,
ni España en el conocerme,
mientras que en otro segundo
de vos padre no esconderme!
Ya hay quien ofrece á Fernando
de otro Orbe el descubrimiento,
que en mi esperanza fundando
mejore mi nacimiento,
mi suerte le fatigando.
Y, ingrato padre, á pesar
de vuestro poco cuidado,
tanta agua pienso pasar
que en ella mi honor manchado
pueda mi esfuerzo lavar.
Yo mismo agraviaré mis años,
y habiendo vuestros engaños
vencido de un mundo á otro mundo,
donde del polo segundo
pasaré climas extraños.
Yo, si llegare á tener
hermanos, con más valor
que ellos he de proceder
que me vengan señor,
obligando me á obedecer.
Suplirá la fortaleza
faltas de naturaleza
y de vos desobligado
seré (por mi consiguiente dado)
el bien y la nobleza.
Juzgaréisme, cuando esté,
por vos, más honrosa
mente acción vuestra,
que en dando yo en una cosa
salgo con ella.
UNO (*Dentro.*) Tendrá
el castigo que merece
quien dio muerte al Pagador.
HOMB. 2.º (*Dentro.*) Aquí están los dos.
PIZARRO. Parece
que se convoca al furor
popular, y que apetece
prendernos.

GONZALO. El retirarnos
juzgo ahora por cordura.
PIZARRO. El valor baste á animarnos,
no hay valiente sin locura,
vileza es dejar cercarnos.
¡A ellos cuerpo de Dios!
pues vamos juntos los dos.
GONZALO. ¡Oh, hijo, César segundo!
PIZARRO. Mientras no gano otro mundo
no os tengo por padre á vos. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Suenan cajas y salen SOLDADOS *dando la* REINA ISABEL *y sale también* HERNANDO CORTÉS.

REINA. Vuélvase á alistar la gente
que de la guerra pasada
se despidió. Esta Granada
nuestras armas acrecienta.
El rey, mi señor, su empresa
pretende, y sobre ella está
sirva esta Granada ya
para postres de mi mesa.
Contra el hereje funde
la divina Inquisición,
la Hermandad contra el ladrón,
los judíos desterré:
vuelva la fe á su decoro,
y en tan sagrada conquista
quien desterró á Talavista
destierre también al moro.
La Fe del bautismo de
á España su integridad,
fundaréla una ciudad
que se llame Santa Fe
No quede en Extremadura
quien no logre alta su fama:
ganó mi esposo al Alhama,
á Baza cercar procura,
yo he de asistir en persona
hasta ver esta Granada
que de cruces coronada
es timbre de mi corona
¡Al arma, pues, extremeños!
CORTÉS. Si tal valor nos anima,
si á sus reyes dan estima
virtudes de tales dueños,
¿qué mucho, vos su caudillo,
que muestre el valor que cobra?
Animándonos vos, sobra
para Granada Trujillo.
Presto os llamarán monarca
sus blasfemos aduares.
SOLD. 1.° Alegres cuantos lugares
abarca nuestra comarca,
señora, con celo fiel
os salen á festejar
venturosos por gozar
siglos de tal Isabel.

ESCENA XIII

DICHOS, y *salen* CRESPO, BARRIL, CARRIZO, PULIDA *y labradores cantando*

(*Cantan.*) «Por esta calle que voy,
por estotra doy la vuelta:
no hay zagala que tenga la cara
tan hermosa como la reina.
UNO. En ella vive un Abril
con todas sus zarandajas,
no es cara á lumbre de pajas,
sino del Mayo gentil,
sus ojos son torongil,
sus pechos blancas cebollas,
sus manos bollos ó bollas,
nieve y manteca revuelta
en darme muerte resuelta
cuando enamorado estoy.
TODOS. Por esta calle que voy,
por estotra doy la vuelta:
no hay zagala que tenga la cara
tan hermosa como la reina.»
PULIDA. A fe de Dios que no hay natas
que igualen su catadura:
bendiga Dios su hermosura
y deme á besar las patas.
REINA. Seáis, serrana, bien venida
por lo pulido que habláis
PULIDA. ¡Oh! si el nombre me acertáis
ya sabréis que sé Polida.
Escucheme su aspereza.
CARRIZO. (*Ap. á* Pulida.) Su Alteza, necia, la da..
PULIDA. Su Alteza necia, que aquí,
digo en la Zarza.
CARRIZO. (*Ap.*) ¡Ya empieza!
PULIDA. Vino... en lo que toca al vino
que el soldado mos pidió
rapé el diabro el que quedó:
pero sobrando el tocino
¿no bondana? Dígalo ella.
Salga esta vez todo el corro,
y como pidió el gorro,
ansí yo fuera doncella
pasara, mas con mando
¿no es pecado que pidiese
que las piernas le tropiese?
Aun si se le hubieran ido,
vaya: mas, señora mía,
ansí nos alumbre Dios,
que una y otra, ambas á dos
consigo se las traía
REINA. Yo lo creo. (*Ap.*) (¡Hay tal simpleza!)
PULIDA. Como no pude sofrillo:
¿conoce ella á Francisquillo,
aquel que hizo su torpeza
alfiler el otro día?
Tamaño se echó de ver
que alfiler había de ser,
porque tuvo alteresa.
Daba en que me había de atar
las manos, y bien ¿y qué hizo?
ansí, también á Carrizo
mandaron desatacar.
Pues Francisco en mi socorro
los espetos les quitó,
por los sobacos colgó
en la praza al de gorro,
y á los dos de los bigotes,
porque cenasen mejor
mandó á cada labrador
pegarles catorce azotes.
Quedaron hechos tasajos,
y al colgado (aunque eran tiernas)

hendo.e a traer las piernas
le tire de los zancajos.
Dicen agora malas lenguas
que al mi Francisquillo vienen
á acusar. La culpa tienen
ellos: pásense sus menguas
y esta gente se castigue,
que en labradoras se envicia:
pido costas y justicia,
con lo demás que se sigue.

REINA. Al que a vos mal os hiciere
tendré yo por enemigo:
muy justo fue ese castigo.

PULIDA. Si, señora, que no quiere
si quitarmos esta gente
los pellejos.

REINA. Yo lo creo.

PULIDA. ¿Mos perdona?

REINA. Si.

PULIDA. Desco
por el servicio presente
ella merce.

REINA. Guárdeos Dios.
Gusto me ha dado infinito.

PULIDA. ¿Y perdona á Francisquito?

REINA. Yo le perdono por vos.

ESCENA XIV

Dichos y ROBLEDO

ROBLEDO. Al Pagador general,
señora, han muerto á traición.

REINA. ¿Qué decís?

ROBLEDO. Sin ocasión
á tanto delito igual,
el capitán don Gonzalo
Pizarro á matarle vino
de noche y en el camino
de esta ciudad.

CARRIZO. ¡Malo!

PULIDA. ¡Malo!

REINA. ¿Don Gonzalo? Dudo yo
que sin causa se atreviese
á cosa que desdijese
de la sangre que heredó,
que es tan fiel como animoso.

ROBLEDO. Los testigos lo darán.
Dió muerte á su capitán
un alférez revoltoso
que con don Gonzalo fué,
á quien vuestra Alteza ha borrado
sin haber sido soldado,
ni aun tener barbas.

REINA. ¿Quién fué?

ROBLEDO. El que porque á un labrador
cama y posada pedía,
que por suerte le cabía,
un soldado de valor
le hizo colgar en la plaza,
y á otros mandó azotar.

CARRIZO. Quisomos desacatar.
Mire su merced que traza
de honrados.

REINA. ¿Tenéislos presos?

ROBLEDO. Hanse los dos resistido
á la justicia.

REINA. Vendo
he yo á castigar excesos.
Vaya mi guarda por ellos.

CARRIZO. Peor, Pulida.

PULIDA. Peor

REINA. Si los hizo mi favor,
también sabré deshacerlos.

ESCENA XV

Suenan cajas, y sale PIZARRO *con una bandera al hombro, a su lado don* GONZALO. *Tiende en llegando la bandera a los pies de la* REINA *y hincan las rodillas.*

PIZARRO. Leal postro á vuestros pies
esta bandera, señora,
con que me honro vuestra alteza,
liberal con mi edad corta.
Quince años son los que tengo,
pero testigo es Zamora
de que muriendo mi alférez,
con una pieza en la mano
(insignia de quien servía)
entre nuestra escuadra rota,
por el campo portugués,
que cantaba la victoria,
volviendo con dos banderas,
sin que me sacasen gota
de sangre, que esta se guarda
para hazañas más heroicas.
Castigue las demasías
de cobardes, que son honra,
fugitivos en la guerra,
son presa de sus escotas.
Ya os constarán sus insultos
y si no, esta labradora,
pues aquí la trajo el cielo,
los diga, que en esta historia
es la más interesada
por simple, no mentirosa.
Llegué de noche á Trujillo
á referir estas cosas
á vuestra alteza, y ya cerca
salen de entre peñas toscas
tres hombres á preguntarme
(adviértase el sitio y hora)
si don Gonzalo Pizarro
me llamo, que les importa.
Yo, que oigo nombrar mi padre,
receloso que alevosas
diligencias le persiguen,
mando al amor que responda
que sí, y apenas lo escuchan,
cuando con una pistola,
cómplice sin de su infamia,
venganzas torpes provocan.
No dió fuego el polvorín,
ni la sangre generosa
de mi padre, que allí estaba,
lugar á que se le acojan
los salteadores aleves,
pues quedaron por memoria
y escarmiento de la envidia
medrada con sus lisonjas.
El Pagador general
es el uno, y vos, señora,

testigo de estratagemas
[illegible]
con que pudiera [illegible] padre,
[illegible]
de [illegible] hazaña [illegible]:
¿Qué [illegible] que [illegible] estorbar?
[illegible]
que [illegible] en la [illegible]
a [illegible] de su muerte
bien dada, aunque lastimosa.
[illegible] padre
y casi [illegible]
[illegible]
Vuestra Majestad [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

REINA. [illegible]
[illegible]
de [illegible]
[illegible],
que [illegible]
y [illegible]
a [illegible],
[illegible]
Ya [illegible]
el [illegible]
que [illegible]
que [illegible]
[illegible]
y en [illegible]
[illegible]
información mas copiosa.
Averigüe yo haber sido
como deseo, que persona
vuestra, sabiendo capitán,
puesto que de edad tan poca.
De la prisión que os señalo
á los dos, no os dé congoja,
que vuestras guardas serán
mis mentiras de Espinosa.
Irán sin armas con ellas,
y cerca de [illegible] persona
harán guarda [illegible]
mas a modo de [illegible]
Entre mi señor pretende,
equivocando [illegible] muestras,
presentarme una [illegible]
que [illegible] nos [illegible]
Advierte de [illegible]
que sirve de [illegible] corona
pagar [illegible] que os premio
[illegible] de [illegible]

GONZALO Vuestra [illegible] que [illegible]
[illegible],
[illegible]

PIZARRO Señora, [illegible]
os [illegible] desde [illegible]
tanto [illegible] que [illegible]
cuando [illegible] de [illegible]
y [illegible] [illegible]
Su [illegible] no descubre
en vuestras [illegible] hermosas
os [illegible]
de [illegible]
de España mientras [illegible] os dicre
más [illegible]
que cuando dueño del mundo,
triunfe de [illegible] Roma
Cumplid, Hernando Cortés
[illegible] que [illegible]
los [illegible]
haced vuestra alma hermosa,
que [illegible]
á la envidia que proponga
locuras en [illegible]
y de escucharlas se asombra,
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa
que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

COMEDIA FAMOSA

AMAZONAS EN LAS INDIAS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

MENALIPE.
MARTESIA.
GONZALO PIZARRO.
FRANCISCO DE CARAVAJAL.
DON DIEGO DE ALMAGRO.
DON GARCIA DE ALVARADO.
TRIGUEROS, *gracioso.*
JUAN VALSA, *soldado.*
VACA DE CASTRO.
ALONSO DE ALVARADO.
DOÑA FRANCISCA PIZARRO.
EL CAPITAN ALMENDRAS
HINOJOSA.
CUATRO SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra y salen peleando MENALIPE, MARTESIA *y otras Amazonas. La primera con hacha de armar, la otra con un baston y todas con arcos y aljabas de flechas á las espaldas, y contra ellas españoles bizarros, entre los cuales estan* FRANCISCO CARAVAJAL *y* GONZALO PIZARRO. *Llena cada la rodela de flechas, y retirando á* MENALIPE, *sin sacar la espada, van peleando entrando y saliendo, hasta que quedando solos* DON GONZALO *y* MENALIPE, *dicen*

MENALIPE.

Matadme estas arpías
que con presencia humana,
el privilegio á nuestra patria quiebran,
no perdan nuestros dias
la integridad antigua, aunque inhumana,
que ilustran tantos siglos y celebran.
No estas arenas pisen
plantas lascivas de hombres,
que obscurezcan nuestros castos nombres,
cobardes por el miedo nos avisen
que no sabemos abrir coronas.
¡A ellos, invencibles amazonas!

MARTESIA.

¿Qué importa el animarnos?
¿El dar voces, qué importa,
si en ellos ni el hacha de armas corta,
ni las flechas victoria pueden darnos?
Pues con poblar esas regiones sumas
(temblando el sol de verlas)
el ánimo perdemos con perderlas
y adornando sus galas,
en vez de darles muerte les dan alas

ESCENA II

DON GONZALO PIZARRO *y* MENALIPE

GONZALO.

¡Oh, region belicosa!
¡Oh, sol, que en el ocaso donde mueres,
por guarda de tu pira luminosa
influyes tal valor en las mujeres!
¿Que prodigio, que encanto
en pechos femeniles puede tanto?
Las fabulas que en Grecia
Alejandro (por ser de Homero) precia,
á Palas eternizan,
á Tomiris pirámides levantan
y á la madre de Nino solemnizan,
mienten (por mas que sus historias cantan)

si con estas se atreven
á competir (por más valor que prueben),
¡Que en los límites últimos del orbe,
armada la hermosura
nuestro valor estorbe,
y en trance de tan bélica fortuna
nos ponga una República, que, sola
sin admitir varones,
forma del sexo frágil escuadrones
y se atreve á sacar sangre española!
Aquí naturaleza
el orden ha alterado,
que por el orbe todo ha conservado,
pues las hazañas junta á la belleza.
¡Vive, pues, mi valor el cielo vive,
que, aunque á sus manos muera,
no he de sacar la espada que apercibe
á la infamia, ocasión si sale fuera
y en sangre temeni su temple esmalta;
supla el esfuerzo, si el acero falta!

MENALIPE.

Hombre, ¿por qué no miras
mortales amenazas de mis iras?
¿Por qué si te defiendes
(la espada ociosa) mi valor ofendes?
A furia me provoco,
ó me tienes en poco
ó ya desesperado
á mis manos morir quieres honrado.

GONZALO.

Armígera Belona,
los que nacieron como yo al respeto
que la fama corona
obligados, y estiman el conceto
en que el valor los pone,
adoran las bellezas,
y por más que ocasione
el peligro su enojo, las nobleza
en defender las damas se ejercitan
y en fe de esto su amparo solicitan.
Amarlas y servirlas
es solo mi blasón, pero no herirlas.

MENALIPE.

¿Agora cortesías?
¡Que mal conoces presunciones mías,
si juzgas por favor estos rigores!
Aguarda y llenarete de favores. *(Dale un golpe.)*

GONZALO.

Bizarro aliento, airosa valentía,
feliz región que prodigiosa cría
en tan remota parte
á Venus tierna, transformada en Marte.
La industria, esta vez sola,
sin armas ofensivas
acredite mi sangre, que, española,
refrenando las manos vengativas
sabe, sin ofender tales bellezas,
vencer peligros y lograr destrezas.

(Entranse, retirando don Gonzalo á Menalipe, sin sacar la espada.)

ESCENA III

Salen CARAVAJAL *y* MARTESIA, *peleando.*

MARTESIA.

No tengo de matarte aunque pudiera;
que si lo apeteciera,
aunque su esfuerzo en ti depositara
cuanto vigor, aliento, bizarría,
tu heroica sangre cría;
aunque Alcides en ti resucitara
su espíritu gigante,
(aquel en cuyos hombros
eternizando asombros
pedestal de los cielos con Atlante
fió su alivio en ellos),
hay más valor en mí, que en todos ellos.

CARAVAJAL.

¿En qué anales, archivos ó memorias
has aprendido historias,
si en tan remoto clima
(¡oh, bárbara arrogante, toda enigma!)
no hay quien sabe presuma
los útiles desvelos de la pluma?
¿Cómo hablas el idioma
que España (por sus ruinas) feriò á Roma?
¿Quién te enseñó el estilo
de la elocuente lengua castellana?
que puesto que hasta el Nilo
haya llegado, y á la zona indiana,
preceptos elegantes,
aquí, no, que hasta agora
el mundo todo este girón ignora.

MARTESIA.

Dudas discreto: pero no te espantes,
que tal divinidad mi pecho encierra
que oráculo soy, pasmo de esta tierra.
Los hombres y los brutos
veneran mis preceptos absolutos:
los tigres, los leones,
sierpes y basiliscos,
habitadores de esos árduos riscos,
vendrán (si los convoco) en escuadrones;
las islas animadas
promontorios de escamas y de espinas,
(ballenas digo), de mi voz forzadas
cubrirán esas olas cristalinas,
y desde ellas poblando estas arenas
alistaré caimanes y ballenas.
No están de mis conjuros,
los astros, los planetas, tan seguros,
que, si los doy un grito,
no truequen por mis plantas su distrito.
Escalas pongo al cielo,
sobre los vientos vuelo
y á imitación del sol (que al Indio admira)
mi agilidad (como él) los orbes gira
¿Espantarate agora
(si esto te certifica la experiencia)
que quien registra cuanto su luz dora
tenga noticia de cualquiera ciencia,
y hablando en todas lenguas, tus vocablos
pronuncie?

CARAVAJAL.

Calepino sois de diablos,
mejor labráis en habras que en la aguja.
Mas ¿cómo no sois vieja siendo bruja?

MARTESIA.

Francisco, tu valor...

CARAVAJAL.

¿También mi nombre?

MARTESIA.

Caravajal, tu patria te intitula
tu valor, pues me hechiza, no te asombre
si vieres que mi amor por él te aduja.
Se las hazañas grandes
que en Navarra, Milán, Sajonia y Flandes
sirviendo al quinto Carlos te eternizan,
cuando lo hechizo todo estas me hechizan.
Las paces se de Europa,
y por ser tu profesión la guerra
el mar del Norte favorable en popa,
nuevos orbes te ofrece, nueva tierra,
y los tales del Sur atropellando,
fama, mas que metales, vas buscando.
Quédate aquí, serás mi esposo y dueño;
haré por causa tuya,
que la ley rigorosa se destruya
de esta región, y su infecundo empeño.
Gozarán, por mi amor, las amazonas
el talamo, hasta agora aborrecido;
sepultará crueldades el olvido.
El cuello rendirán las amazonas
al apacible imperio
de amor que hasta aquí fué su vituperio.
Todo esto cesará, si satisfaces
los castos deseos míos,
eterna paz tendrás, si estimas paces;
si guerra anhelan tus bizarros bríos
canoas y piraguas
te cubrirán las fugitivas aguas
de ese jayán monarca de los ríos;
conquistarante en ellas
provincias comarcanas,
ejércitos armados, de doncellas,
tan exentas de amor cuanto inhumanas.
La Reina y yo (español) somos hermanas:
ella el título goza solamente,
yo, el uso y el gobierno.
Francisco, la ocasión logra, presente.

CARAVAJAL.

Señora comisaria del infierno:
no acepto matrimonios
en que entran á la parte los demonios.
Vuesa merced predique
esa secta en Marruecos, ó en Mastrique
y defiéndase agora
(trayendo contra mí diablos de esgrima)
veremos si con ellos me enamora.

MARTESIA.

Pues guárdate de dar la vuelta á Lima;
que por cruel y á mis suspiros falso
perderás la cabeza en un cadalso.

CARAVAJAL.

Desdorara su fama si no fuera
su oficio bruja, fondo en alquitera
Haga (para escaparse) algún conjuro;
que, ni presagios creo,
ni me asombran peligros que no veo,
ni los diablos alcanzan lo futuro.

MARTESIA.

¡Oh, loco presumido!
¿Luego imaginas de la oferta mía
que en lugar de aficion es cobardía?
Aguarda, pues, grosero, inadvertido.

CARAVAJAL.

Bruja tahur, con brindis de marido
(*Pelean.*) probad de estos requiebros si soy tierno
que yo os daré despachos al infierno. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Salen GONZALO, *defendiéndose con una mano herida y* MENALIPE *peleando con él.*

MENALIP. Acaba ya de rendirte
pues rehusas ofenderme.
GONZALO. Ardides han de valerme
cansado de resistirte.
(*La rodela al pecho cierra con* Menalipe *y quitándole las arcas.*)
MENALIP. ¿Qué haces hombre?
GONZALO. Desarmarte
de superfluos instrumentos.
¿De qué sirven los violentos
si puedes aprovecharte
de esos ojos soberanos,
que, apacibles homicidas,
abrasando, quitan vidas,
victoriosos, quitan manos?
Hacha de armas ¿para qué,
si en vez de hachas, miro en ellos
dos soles de incendios bellos
en que, Fénix, me abrase?
Para que triunfes de España
las flechas y el arco deja
¿No es arco en ti cada ceja?
¿No es arpón cada pestaña?
Ese de azabache, bello
monte (que mi asombro alaba)
¿de rayos no es una aljaba?
¿no es flecha cada cabello?
¿Pues que más armas pretendes,
si en fuego y nieve deshecho,
lo que hielas con el pecho
con las mejillas enciendes?
Enfrena severidades,
pues que con armas prohibidas,
cuando das al deseo vidas
das muerte á las libertades.
MENALIP. Si supieras cuán de acero
tengo el alma (que hasta agora
mentiras de amor ignora)
no engañarás lisonjero.
Palabras desaprovechas,
saca la macana oculta
y con ella me consulta
tu amor, que si anda con flechas
el que vuestra España os pinta,
para engañar simples damas

sin que temamos [illegible] llamas,
nuestra profesión distinta
por [illegible] esden
Pues [illegible] entrambos extremos
[illegible] nos quitemos bien?
Carne humana [illegible] manjar
que [illegible] nuestra vida
Pero, ¿de sangre teñida
la mano?, ¿[illegible] dudar
que estás herido

GONZALO. El amor
que en [illegible] venas predomina
por [illegible] alma encadena
para admirar tu valor.
Y en [illegible] de ser más que humano
[illegible] fortunes despojos,
no [illegible] con [illegible],
te sabré ver por romanos

MENALIP. Ponte en ella este [illegible]ón
con que [illegible] estañarla puedas,
que, á falta de vuestras vedas
las [illegible] (*Dándole*

GONZALO Mucho de mí [illegible] sabes

MENALIP. Menos [illegible] saber
de ti, para no temer
la pérdida de las [illegible]
de un pecho, hasta aquí diamante.
¡Ay, Gonzalo! mírese en [illegible]
que en el retratada está
tu imagen, tan semejante
en [illegible] formas que encendí,
que no añadan á verdad
tu vista en mi voluntad
cuando [illegible] amor te trajo aquí.
Que se refresquen ardores
de mis ciegos desatinos,
tan nuevos y peregrinos
como lo son los temores,
por eso sabré defenderte,
si bien, cuando peleaba
cada golpe que te daba
era para mí de muerte
Defiéndete, sin armas,
mas ¿para qué las querías
si hechizos tienes cortesía
tienes, con que me desarmas?
Mírala con nombre á mujer;
llámase amantes extremos,
pues que los dos parecemos
tú la herida y yo el dolor.
y escúchala, porque te asombre
la nueva que tu fama
por estos orbes derrama
Sabrás cómo es tu nombre,
tu patria, tu nacimiento,
tus aventuras extrañas,
el triunfo de tus hazañas,
y valor estime atento
Mas ha de tres mil y dos siglos
que de las Sectas remotas,
la Asiática y la Europea,
vasallos de la Europa
á apellidarse de la Asia
las naciones belicosas
de cuyos troncos y líneas
sus ramas somos hojas.
Despoblaron por la guerra
los valientes, las gallardas
provincias que baña el Tanais
y el Termodonte coronan
sus heroínas, pues nuestra patria
[illegible] en su custodia
las [illegible], [illegible] seguras
de que [illegible] plantas pongan
[illegible] sus [illegible] sellos,
[illegible] la [illegible] conquista
que solo al sangre el sexo
[illegible] de sus matronas
[illegible], pues, desde los
[illegible] Asia en varias copias,
sujetaron desde Armenia
hasta la Jonia y sus costas
cuarenta [illegible] reinaron
[illegible] á las heroínas
[illegible] de su nueva,
[illegible] Lacedemonias
y después [illegible] edades,
siendo contra sus [illegible]
lo que [illegible] Lamas la cerca
las Medas y Babilonias.
Señoras ya de Oriente
pacíficas en su zona,
y temidas sus conquistas,
que son [illegible] que [illegible] esposas
prevalentes parte pasen
del [illegible] que [illegible] se gozan
mientras al sitio las [illegible]
la unidad nos [illegible] conforma.
Envían á [illegible]
un ejército [illegible] tarda
que al Archipiélago hurtaron
llena de presas [illegible]
y el mar con [illegible] inunde,
(que tal vez hacen las hijas
á la dicha y á la cuna
como á los hombres las olas)
tomaron tierra en su patria,
poblándose nuestras costas
de arcabuces y arqueles
al son de cajas y trompas
Pero, como acostumbradas
las mujeres, por [illegible]
al [illegible] de su gusto,
exentas de las fatigas
que anida [illegible] nueva
al [illegible] [illegible] que dominan
opresiones [illegible],
(pues si [illegible] mandan)
por [illegible] segunda [illegible]
rebeldes las armas [illegible],
solteras al campo salen,
vagantes el parche [illegible],
hazañeras [illegible] dictan,
resueltas dar los [illegible],
ingratas su sangre [illegible]
bárbaras sus dueñas postran,
crueles [illegible] rubian,
diestras desenfrenadas copas,
hasta [illegible] cuerpos [illegible],
severas [illegible] brios [illegible],
y en breve tiempo, verdugos
de su carne y gente propia,
viudas por sus manos mismas,

triunfando á su casa tornan.
Luego, después con el templo
á la crueldad, y piedad suya
dando la venganza humana
en sacrificios que adoran,
establecieron preceptos
que hasta hoy la ley griega ruega
de admitir en sus fuerzas
hombres y en sus leyes rompa
y sobre tal opinión.
Son en los años que aduerma
de flor Amaltea los campos
y el sol, la cumbre doza,
de la noche, mas cercana
tantos y tantos años cuantos
cuantos bastan á sumar
las que la muerte contaba,
si en sus dedos los hombres
todos hubieran puesto para
suma tanta libertad,
siempre en sus nobles preciosa.
Los que mueren no hacen
desde el pecho á las congojas,
desde la cuna á sus años,
desde la luz á sus sombras
(cuando su muerte el monstruo)
hiere y vence contenta,
y al sol, que sale del alba
blanca vanguardia de roja.
Pero, la que sale en luz
hermosa tela, alborozo
con regocijos el pueblo,
conduciendo á la pompa
festiva, á templos y aras,
donde la queman, ofrecían
el pecho izquierdo que el arco
el noble esfuerzo estorbaba.
Crece á tan nuevo instituto
la República matrona,
(que la templanza en la Venus
más fértiles frutos logra)
y conquistando provincias
comarcanas, las vencidas,
siempre inviolables debían,
hasta que el sol se hacían
de su imperio formidable
en la ciudad, que ambiciosa,
al orbe eyes impuso
y el cielo escala arrasona.
Si antigüedades leíste
¡oh Gran Pizarro! no ignoras
que ocuparon sus mujeres
tantos reinos como historias.
Lampridia y Martesia, reinas
hicieron temblar á Europa,
Orsua y Pantasilea
aseguraron á Troya,
que no llorara cenizas
viviendo ella, si paterna
de Aquiles, que la dió muerte,
no fuera la vega diosa
esta (que de la hacha de armas
y la rodela, no entera
fué creída en Menalipe
hoy las que á Orco asombran;
pues abrasando el milagro
que hipsea á Cintia invoca
en oprobio de los griegos
de Plantas al Vandalia
Montaña del orbe, en ho.
triunfaban las amazonas,
cuando, en Atenas Teseo
les obscureció victorias,
venciendo con su fortuna
(mas sus fuerzas, que envidiosas
hasta hoy tuvieran las esferas
que en sus luces los pies pongan).
Ayudáronse á la venganza
las que en Scitia belicosas
quedaron, y al elemento
de sal, una armada arman
de innumerables presagios;
pero en vano hacen el lloro
de que le surquen sus quillas,
risas de cristal abordan
por todas partes los leños
donde cautivas gozosas,
porque en tumultos de vidrio
cubre el valor sus hazañas.
Las reliquias derrotadas
sin que aprovechen la sonda,
sin que el timón obedezca
al arte veleas rectas,
siguen no sigan los rumbos,
y sin saber si derrota,
piedras son más naufragan,
hasta que al fin las encarca
por ese monstruo de rizos,
ese hambriento que agota
peces en sus inmensidades
que pródigo al mar devora
Cincuenta leguas de anchura
le miden entrambas costas,
cuando besa los umbrales
de las africanas ondas.
Viene pues, con la industria
las Argonautas heroicas,
horribles de tempestades,
ganan las bramadas proas
trescientas leguas arriba,
hasta una tierra hermosa
de esta provincia, que oculta
les ofrece el puerto que toman.
Fundan pueblos, labran campos,
República y Reino forman
y prosiguen en sus leyes,
inclitas progenitoras
fueron nuestras, conquistando
sus descendientes famosas,
cuantas naciones vecinas
sus montes y valles moran.
Esta es mi antigua ascendencia;
en mis sienes su corona
veneraciones conserva:
que en á Menalipe nombra,
(que es mi fatal apellido)
la rodilla al suelo postra,
y como á casi de dad
pone en la arena su boca.
Martesia, sacerdotisa
y maestra, diosa, prodigiosa
en las armas y en las ciencias,
la diadema de estas gozas,
tan sabia, que si conjura

esas aguas, esas rocas,
esos frutos, esas plantas
los fuerza á que la respondan
y así sen de cuanto pasa,
desde la adusta Etiopía
hasta la helada Noruega,
que el sol seis meses ignora.
Esta, pues, diversas veces,
de la nación española
ponderándome noticias
y refiriéndome historias,
me avisó de tus hazañas,
tu prosapia generosa,
el valor de tus hermanos,
las conquistas que los nombran,
si en guerras de Italia Aquiles,
Alejandros de la zona,
que dándoles otro mundo
su globo por medio corta.
Sé del Marqués don Francisco
las hazañas peligrosas,
la constancia en los trabajos
el celo á la ley que adora,
la lealtad para sus reyes
y que á sus plantas les postra
mil leguas, todas de plata
y un océano de aljófar.
Sé que en España la envidia
bárbaramente aprisiona
al inclito don Fernando,
(que así se premian victorias)
después de haber defendido
seis meses de inmensas copias
la imperial ciudad del Cuzco,
á pesar de la ponzoña
de la hidra desleal
cuyas cabezas destronca.
Sé, en fin, que buscando fama
vienes, español, agora,
en nuestro descubrimiento
y de las plantas preciosas
que la canela tributan,
y por estas tierras toscas,
á las que el Maluco esquilma
imitan en flor y en hojas.
Aquellos doce desvelos
que las fábulas pregonan
de Alcides, son, con los tuyos,
lo que en el Sol es la sombra;
celebrárántos las plumas,
serán al mundo notorias
y á eternas posteridades
darán materias gloriosas,
si en esta región te quedas,
si el paso atrás no revocas,
como á mi amor satisfagas
como á mi fe correspondas;
pues si al Perú das la vuelta
riesgos mortales convocan
la deslealtad y la envidia
que á tus virtudes se opongan.
Llevóte el falso pariente
el bajel, tesoro y ropa,
¿sin ti cómo vencerás
(cuando por los montes rompas
imposibles formidables)
ya en la tierra, ya en las olas,
de ese casi mar inmenso?
Admíteme por tu esposa;
derogaranse mis leyes,
juzgaranse venturosas
á tus pies, estas provincias;
diamantes que al sol se opongan
te rendirán esos cerros;
perlas, (almas de sus conchas),
á montes la plata pura;
el oro á cargas que brotan
esos ríos, esas fuentes,
esmeraldas, pluma, aromas,
y un alma nunca rendida
que dueño te reconozca.

GONZALO. A la obligación que labras
en mi agradecido pecho,
para quedar satisfecho
no he de pagarte en palabras.
Quiera el cielo que algún día
me desempeñen las obras:
y entretanto que no cobras
serás acreedora mía.
De los que atentos soldados
que leales me siguieron,
más de doscientos murieron
en guerras y en despoblados.
De cuatro mil indios dejo
cadáveres la mitad,
llámame la mucha edad
del Marqués, que solo y viejo,
entre envidiosos y extraños,
necesita mi presencia,
porque mal, sin mi asistencia,
podrá reprimir engaños.
De codicias y ambiciones,
mi hermano en España preso,
si sucede algún exceso,
culparán mis dilaciones.
El capitán Orellana
con mi bergantín se alzó
y desnudos nos dejó;
(deslealtad torpe y villana),
no llevará bien mi gente,
si tus hnezas admito,
el no dar la vuelta á Quito.
Seis meses he estado ausente,
dejaron sus prendas caras
hijos y esposas en ella,
juzga, tú, amazona bella,
cuando de mí te apartaras
y mi amada esposa fueras
para no volverme á ver,
qué extremos hablas de hacer,
que pesares padecieras.
Para casarme contigo
eres de contraria ley.
vengo en nombre de mi Rey,
leal sus órdenes sigo.
Esta bélica región
por dueño suyo te adora:
si te doy la mano agora
tendrá la envidia ocasión
de afirmar que me levanto
contra mi Rey, con la tierra.
La lealtad que en mí se encierra
es de suerte, obliga á tanto,
que á tu afición contradice,

porque la honra y su interés
no estriba tanto en lo que es
como en lo que el vulgo dice.
Yo voy tan enamorado
de ti, y tan reconocido
que jamás podrá el olvido
borrarte de mi cuidado.
Volveré, mi Menalipe,
á tus ojos brevemente
con armada y con más gente:
tendrán Carlos y Felipe,
noticia de tu valor.
Licencia les pediré
para que el alma te dé
con la mano; y el amor,
(uniéndonos en sus brazos)
hará un dicha inmortal:
admite agora, en seña,
de mi palabra) estos brazos.
Adios, que es fuerza el volverme.

MENALIP. Gonzalo mira lo que haces:
goza aquí seguras paces,
que has de perderte y perderme.
Ya el Marques, tu hermano... ¡Ay
No te quiero referir ¡cielo!
tragedias que has de sentir
más que la muerte. El recelo
de tus pesares refrena
con el silencio mis labios;
que hace á quien te adora agravios
quien le antecede la pena:
dígatelos la fortuna
sin que yo los anticipe.

GONZALO. Bellísima Menalipe,
no siento agora más de una,
que es el partirme y dejarte.

MENALIP. Pues si mi vida deseas
escucha avisos; no creas
los que lleguen á adularte;
porque hallarás mentidos
que tus dádivas disfrutan
y en el peligro te imputan
sus traiciones á delitos.
No todo lo que es brillante,
riqueza al avaro ofrece;
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.
La luz que una antorcha cria
al sol competir procura,
más sólo su llama dura
lo que dura su materia.
Escarmientos te propone
el sol, á quien salvas hace
el ruiseñor, cuando nace,
y huye de él cuando se pone.
Tal vez dora la experiencia
un bronce, una piedra, un leño,
que engaña al que mal es su dueño:
oro sólo en la apariencia
Huye amigos afectados,
cuando lisonjas te ofrezcan;
que aunque fieles te parezcan
en vez de oro son dorados;
y mira que has de volver
á mis ojos brevemente.

GONZALO. ¡Discreta, hermosa, y valiente:
y toda en una mujer!
Cuando sólo interesara
esos divinos consejos,
de las escuelas espejos,
remos por ellos dejara
Adiós, prodigioso extremo
del orbe.

MENALIP. ¡Adiós, mi Español!
¡Ah cielos! ¡Ah eterno sol
desmiente males que temo! (Vase

ESCENA V

Salen DON DIEGO DE ALMAGRO y GARCÍA DE ALVARADO.

DIEGO.

Quien el consejo y parecer que sigo
contradijere (o envidioso o loco)
busca mi mal con mascara de amigo,
ó el bien que se me ofrece tiene en poco.
La fortuna me llama, yo la sigo;
derecho al Perú tengo, si provoco
á España y á su Rey, España intente
quitarme la corona de la frente.
Vengue á mi padre, con la justa muerte
del ingrato Marques, que no hizo estima
del noble estado, la dichosa suerte
á que por el su nombre se sublima.
Si en el Cuzco imperial su hermano vierte
sangre que me dió el ser, yo vierto en Lima
la que apoyo su bárbaro consejo.
Fénix renazco de otro Fénix viejo.
Cuatro Pizarros pudo Extremadura
hacer que en el Perú se atravesasen
al paso del valor y la ventura
de mi padre y al Cuzco le estorbasen.
Consagróse devota sepultura
la Pizarra mayor, porque apuntasen
pronósticos del nombre sus sucesos;
losas Pizarras son, sepulten huesos.
Ya estamos libres de esta. Juan Pizarro,
(el menor de los cuatro) en primavera
cedió á la muerte el ánimo bizarro
que, á ser más cuerdo, dilatar pudiera.
No siempre á las cobardes ata el carro
de Marte la osadía, ni murmura
si al combatir la máquina enriscada
cubriera su cabeza la celada.
España al homicida, oprime preso,
de mi padre, en la Mota de Medina,
litigará el rigor contra su exceso
si el oro tribunales no arruina.
mientras Gonzalo, con fatal progreso,
las márgenes remotas examina
del Marañon, que al mar gigante vuela
y por sus riscos busca la canela
Si de cuatro me mata la fortuna
los dos hermanos, y los dos me ausenta,
¿quien queda en el Perú, que á la oportuna
ocasión que me llama, pida cuenta?
Destinóme el valor desde la cuna
al sol de occidental; si en él me asienta
el cielo por Monarca de los Andes,
grandes hazañas piden, riesgos grandes.
¡Vive el cielo, que el que...

GARCÍA. Creo
que soy á quien amenazas,
mal mis consejos abrazas.

peor pagas mi deseo.
Nunca yo tuve por bien
la torpe sin razon
que destos reinos usaron
que todos los hombres sean
hoy este, pues si su hermano,
tan experto en la milicia,
le mató, fue por justicia,
no á traicion, no por su mano.
Preso en España defiende
su causa contra fiscales
por la envidia criminales,
el Cesar Carlos pretende
satisfacer agraviados,
mas no oprimir inocentes;
Consejos y Presidentes
miran desapasionados
culpas, que atentos castigan,
servicios, que cuerdos premian;
las armas (prestos que apremian)
pocas veces sé que sigan
con ímpetu á la pobreza,
pues cuerda satisfaccion,
la vara en la nobleza,
la espada en la ligereza.
Ya que esta el Marqués mató,
y el mas poderoso quedo
con estos y aquellos medios
de cuantos España vio,
temple ahora Diego de Almagro)
(cuerdos sean tus intentos,
mira que te precipitas
DIEGO. Fuera yo por cierto
que no fueras entre dos,
como en la batalla, en querer
el crédito defender
de un...
GARCÍA. Paso, que mi dueño,
gobernador y capitan
destos reinos, es Marqués.
DIEGO. Porque lo fue, no que lo es.
GARCÍA. Preguntase con Tirteo,
y en duda, no debe estar todos;
pues los que varon profesan
generalmente confesan
que es cosa de dos sugetos.
Italia, Francia, Navarra,
de su padre el Capitan
don Cristoval, le dejan
lo que es la sangre Pizarra.
Don Fernando y don Francisco
(primero que estos reinos
conquistasen, Rey de Incas
pusieron, sino, buscasen
dentro de sí, en su desdoro,
cetro á quien dar, en su ignorancia,
advierte, que no no alcanza
buscar otra vida, sino
la que á cada uno le da
su padre, ó Alejandro,
ó Pedro de la Gasca.
DIEGO. Luego no en España?
GARCÍA. No,
que España ignora quienes;
pues á la puerta de Baeza
los padres que le conquistaron,
de la iglesia, y fué despues
hijo de la compasion
de un sacerdote llamado
Hernando Luque, y criado
de limosna en Malagon
Ya sé que estas verdades
la vida me han de costar,
pero yo he de conservar,
como noble, las calidades
que me han dejado en herencia
mis padres, y he de imitarlos.
No reina aquí, sino Carlos;
quien se atreve á su obediencia
mancha su nobleza.
García soy de Alvarado
que sabré en el campo, armado,
defender esta verdad. (Vase.)

ESCENA VI

DIEGO

¡Mata do! ¡Cerrad las puertas!
¿Válame Dios, que he de agotar
estos Pizarros, y dar
á pasiones descubiertas
castigo que al mundo espante?
¿Para qué para en lo que gasto
mi padre? ¿No se gastó
todo el Perú? ¿Que ignorante,
esta verdad no entendí?
¿Pues por qué el Emperador
ha de ser usurpador
de lo que es mi interesa
que en mi hacienda y sangre gasta?
Pues soy de un padre, quedo,
su accion y derecho heredo,
este me sobra y me basta
para el Imperio que busco
y el valor ha de alcanzar.
Pues por estos medios, morir
ó coronarme en el Cuzco
(Dan á rebato.)
Pero ¿que rebato es este?

ESCENA VII

Sale JUAN VALSA *desnuda la espada* Dichos

VALSA. ¡Ea, valiente mancebo!
¿Armas que se atreve á
hacer, ó tu muerte ó tu Imperio.
El Presidente y su campo,
(que consta de setecientos
y mas hombres, entre infantes,
jinetes y arcabuceros)
pasa de Jauja á Guamanga,
y hecha el alto en el arenal
(ya es que la gran de Chupas),
viene á hacerte y reside tu
á presentar la batalla
Los mas de estos caballeros
de Perú vienen en su campo.
Diego Centeno, Pedro
Gonzalez de la Vega,
Pedro Anzures y Pedro
de Vergara, Holguin, Tordoya,
Francisco Castro, Barrientos,

don Alonso de Alvarado,
cuyo valeroso esfuerzo
levantó en las Chachapovas
banderas, por Carlos excelso,
General Vaca de Castro;
Maese de Campo diestro,
Francisco Caravajal,
(que del Marañón volviendo,
con don Gonzalo Pizarro,
ya que este por el precepto
del Presidente en Trujillo
se queda) viene á su ruego
á gobernar todo el campo,
y tengo de él más recelo
que de todo lo restante
Pero si destos el cielo
que seguimos vencedores,
ni el número ni el acero
se oponen á la ventura,
no obstante que te aconsejo
si desfallecer agora
que te presentes con tiempo
á la piedad que te ofrece
Vaca de Castro. Vendemos
ocasión á que te infame
por traidor la voz del pueblo.

DIEGO. Juan Valsa; solo el vencedor
(*Saca la espada*)
es el traidor los excesos
del vencedor canonizan
lealtades ¡Al arma, á ella Juan!

VALSA. ¡Oh, siempre merecedor
de laure!

DIEGO. Ese pretendo,
Juan Valsa ¡O César, ó nada!
¡O el cuchillo, ó el imperio!
(*Tocan y vanse*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen marchando VACA DE CASTRO *con bastón*, FRANCISCO CARAVAJAL, DON ALONSO DE ALVARADO *y* Soldados

VACA. Este fin tienen traidores,
para escarmentar leales.

ALONSO. Quien con pensamientos reales
y juveniles ardores,
echando á cerviz al vago,
blasonando libertad,
si muere en la batalla
y no á manos del verdugo,
mas dichoso huberta sido.

VACA. No es segura esa opinión;
pues para asegurar vacante
que don Diego ha conseguido,
según sus demostraciones,
no debería la ocasión
el lugar que á justicia;
por que atrae las ocasiones,
que el riesgo á los reyes ven
difícil de resistir,
siempre ayudan á morir,
pero nunca á morir bien.
Yo (Capitán) no recelo
que de los que sentenciados
padecen, (aunque afrentados)
los más asegure el cielo;
mas no á los que en las violencias
marciales muertos quedaron,
porque tarde se hermanaron
venganzas y penitencias.

CARAVAJ. Vos sois de ese parecer,
porque ¿qué se le dará
al cielo (si en gracia va
quien le supo merecer)
de que haya en un palo muerto,
en la guerra ó en la cama?
Parece, cierto, no hay más fama
que el bien morir.

VACA. Eso es cierto,
como lo será también
el premiar su Majestad
en vuestra lealtad
de los que fueres estén
en su servicio, y yo agora,
(en su nombre agradecido)
honraré á cuantos han sido
de nuestra parte, ni ignora
el más bien merecido roto
á fuer de la sangre ingrata
Todo este Imperio de plata,
indios y repartimientos
no pueden sustentar
lo mucho de estos empeños:
pero amando los sus dueños
tendrán menos que temer.

ESCENA II

Sale TRIGUERO. *Dichos*

TRIGUER. Parabienes llegue á darte
de tu victoria adquirida
Gonzalo Pizarro.

VACA. Pues
triunfos que apetezca Marte,
como el señor de las Indias
que ha visto este polo nuevo.

ESCENA III

Sale DON GONZALO, *de luto. Dichos*

GONZALO. Por muchas razones debo
encarecer el valor
que hace dichoso este día,
pues el Perú restituyo,
mi hermano, el Marqués, vengado
penetrada la traición
y premiada la lealtad
vuelve á ser dueño segundo,
Carlos de este nuevo mundo,
y debe su Majestad,
procurase de hacer con
que haya quien en vos sea,
pues verdaderamente para
su cetro su defensión,
siendo capitán y juez,

en la campaña, soldado,
y en el tribunal, letrado,
mostrar que suele tal vez
(porque Marte no presuma
enemistades de Apolo)
juntar un sujeto solo
al laurel la espada y pluma

VACA. Si yo, señor D. Gonzalo,
no hubiera reconocido
el aplaudir advertido,
que á su valor no me igualo,
Vuesa merced crea en mí
que nunca le suplicara
que esta empresa me dejara;
hícelo, porque advertí
que llevando sola la gloria
(como en las demás ha hecho)
no hubiera yo satisfecho
deseos con la victoria
presente, que al hallarme en ella
quedara mi opinion triste;
porque donde el sol asiste
¿cómo alumbrara una estrella?
Este fué el que ocasionó
el Marqués gobernador,
desde que con su color
la fama que le corona;
pues muriendo en la defensa
de su gobierno y su ley,
de su lealtad y su Rey,
poco le estima aquí en piensa
que con tristezas señale
el dolor que manifiesta;
si se vistiera de fiesta,
si la ostentacion y gala
publicaran su valor,
mostrara que en trance igual
no vive mas el leal
de lo que quiere el traidor
La cruz que hizo en el postrero
curso de su heróica vida,
sacando á de la herida
que abrió el desnudo acero,
autorizó la que al pecho
el César Cárlos le puso,
pues católico dispuso
en las conquistas que ha hecho
el laurel que eterno gana;
que, en que en triunfos apetece,
más noble la cruz parece
de sangre, que la de grana.
Vivo, imito á Dios humano,
pues con doce compañeros,
conquistadores primeros
de este orbe nuevo cristiano,
mil leguas fundo al bautismo;
y porque del propio modo
pudiese imitarle en todo
quiso morir con él mismo.
Pues la envidia, en su venganza
sin que eclipsase su luz
le dió en su sangre la cruz
y en su Dios la semejanza.
Si esta verdad, pues, advierte
vuesa merced, ¿de qué trato
será que le agravie el luto?
Envidie el leal su muerte
y festéjela bizarro
quien su valor acredita,
pues el Marqués resucita
en don Gonzalo Pizarro.

CARAVAJ. ¡Vive Dios! que es eminente
vuesefioría, señor,
en todo: predicador,
capitan y presidente.
Voto á tal, cuerpo de tal!
predíquese tales maravillas,
y alhárrase de capillas
el Perú.

VACA. Caravajal,
vos habiais como soldado,
mezclando burlas y veras;
sabeis abatir fieras
y ordenar un campo armado.
Pues vuelta sea vos dese
y vesá á mi cargo el primalla.
Vuestro acero en la batalla,
mientras osada se atreve
á los riesgos ¿no predica?
Sí, que las grandes acciones
tambien suelen ser sermones
cuando el valor las practica.
Con sus hechos, cada cual,
el cristiano predica ó cobra,
bien predica quien bien obra,
pero mal qu en obra mal;
y porque saber deseo
la prodigiosa jornada
(puesto que no afortunada)
de la canela, y os veo,
como en las armas bizarro,
en la paz entretenido,
que nos la contemos pido,
pues triunfos de tal Pizarro
justo es que los celebremos.

CARAVAJ. Si hazañas principalmente son,
y á mí me toca el sermon,
obedezco, y predicamos.
Deseoso de ensanchar
la cesárea monarquía
de España, el marqués Pizarro
renunció (asistiendo en Lima)
en don Gonzalo el Gobierno
de Quito, cuyas provincias
eran el Perú entonces
de las cristianas conquistas
Desde cuarenta soldados
de la gente mas lucida,
que alistó, para estos orbes,
el valor y la codicia.
Con ellos, pues, y su esfuerzo
hácia el Oriente encamina
cuatro mil indios armados,
y alegres con la noticia
de que pasadas las sierras,
á las márgenes y orillas
del monarca de las aguas,
de esa undosa hidropesía
que tantos ríos se sorbe
y por mil leguas desliza
piélagos de inmensidades
potable su oro en arenas,
Marañon le dan por nombre;
(perdone vuesefioría

si excedo ponderador;
porque agora no se estiman
discursos en canto llano
mientras no se hiperbolizan,
que, vocablos con guedejas,
son los que el vulgo autoriza).
Digo, pues, que codiciosos
con la fama recibida
de los árboles canelas
que aquellos peñascos crian,
marchamos al son del parche
hasta una tierra que el Inga
Vaynacap rindió á su imperio,
pienso que se nombra Quinja.
Recibieronnos de guerra,
mas cuando ven que los brindan,
en vez de vino y jamones,
confitones de Castilla,
fantasmas, desaparecen
y en un instante se enriscan
donde, ó el infierno los traga
ó nos bamboltan la vista:
porque cuantos en su busca
diligencias exquisitas
hacen, sin topar persona,
tiempo y pasos desperdician.
Apenas, pues, se nos suelan
cuando aquella noche misma,
conjurándose los cielos
elementos amotinan;
porque la tierra temblando,
de los rayos que granizan
al son de atambores truenos,
tenebrosas culebrinas,
hasta su centro abre bocas
que bostezan ó respiran
diluvios de azufre en llamas,
entre alquitran y resina.
Como quien se sorbe un huevo
quinientas casas pajizas
se merendó, cual si fuera
tiburón y ellas sardinas.
Tocó despues á rebato
el hambre, en la gente viva,
y saliendo á pecorea
nuestro ejército en cuadrillas,
el regalo más sabroso
que nos guisó la desdicha
fué (á falta de galapagos)
culebras y lagartijas.
Salimos, cual digan dueñas
de aquella región maldita,
y fué escapar de Caribdis
para tropezar en Scila;
porque, el mar del Sur á un lado
y al otro sierras prolijas,
con cuyas cumbres se ahorrara
Nemrot de la Torre Egipcia,
de manera se eslabonan
que la esperanza nos quitan
de proseguir, ni tornarnos,
porque el hambre ejecutiva
nos amenaza á la vuelta;
y atreverse á la sublda
de las estrellas, sin alas,
aun pensarlo atemoriza.
Empanados de este modo
en agua y sierras, anima
el gran Pizarro la gente,
y llevándole por guia
trepamos, gatos monteses,
volatines por las peñas,
hincando, la vez, las dagas
por troncos y redondejas,
y tal echando á los ramos
las cuerdas y las pretinas
para guindarnos por ellos;
porque el pobre que desliza,
de risco en risco volando,
de tal manera le trinchan,
que aun no valen sus alpargatas
despues, para hacer salchichas.
Venció, en fin, dificultades
la industria, y subiendo arriba,
el que sudó de congoja
helado, despues, tirita:
porque hallamos nieve tanta
que de las escuadras indias,
cantimploras de la muerte
dejamos ciento, en cocina.
Encaramados, en fin,
sobre las cándidas cimas
de los Peruleros Andes,
pudimos tender la vista
por infinidad de tierras,
cuyas poblaciones ricas,
templos, palacios y casas
nos parecieron hormigas,
y bajando (con los ojos
en los pies) catorce dias
gastamos en ver cuetos,
ya á gatas, ya de cuchillas.
Dimos en un valle, al cabo,
que el Marañón fertiliza,
de yucas y de maizales
cuyas gentes se apellidan
Zumacos, donde un volcán
sobre una sierra vomita
cerros enteros de llamas,
la vez que se encoleriza.
Alojamonos en el
haciendo que nos reciban
á puros escopetazos
los barbaros que le habitan;
donde estuvimos dos meses
que nos duró la comida,
sin que el sol en este tiempo
su cara vernos permita,
ni las nubes tabernerias
cesen de echarnos encima
diluvios inagotables
que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los más enfermos,
porque las ropas podridas
con el eterno «agua va»,
nos dejo en las carnes vivas.
Buscamos temples mejores,
hasta que la apetecida
canela en montes inmensos
descubierta, nos alivia.
Son unos árboles estos
que á los laureles imitan
en las siempre verdes hojas,
con ramas tan presumidas

que se burlan de las flechas
sin que se osen á sus cimas;
su corpulencia tan grande
que no es posible la ciñan
tres personas con los brazos;
su flor blanca y amarilla,
su fruto ciertos capullos
que se aprietan y arraciman
formando mazorcas de ellos
y en cáscaras quebradizas
conservan menudos granos,
que, sembrados, son semilla.
Es su forma de bellotas
y con una virtud misma
raíces, hojas, cortezas,
flor y fruto, se asimilan
en el sabor y substancia
á la canela que cría
el Oriente, y por Europa
Portugal nos comunica.
Hay selvas y bosques de ella;
mas la que se beneficia
y con cuidado se labra
(según los indios afirman)
es mucho más excelente.
En fin, los que la cultivan
fundan su caudal en ella;
porque acuden las vecinas
naciones á su comercio,
y les dan por adquirirla
maíz, algodón, venados,
y mantas con que se vistan.
Crecen de modo estas plantas
que llevándose á Castilla
un árbol solo, pudiera
sazonar cuantas cocinas
tiene la guía en España,
y estarále agradecida
á don Gonzalo Pizarro
que descubrió su conquista.
Pero atrévese á buscarla
como él, quien le tiene envidia
y sabrá (sudando sangre)
á cómo sale la libra.
Volvió el hambre á ejecutarnos;
porque ¿de qué nos servía
faltando el arroz y leche
canela que muerde y pica?
Y andando á caza de gangas,
la necesidad nos guisa
zambos, monos, papagayos,
pericos y catalinas.
En más de doscientas leguas
que caminamos, á vista
del Briareo Marañon,
no hallamos otras delicias
que ñames, agios, papayas,
guayabos, cocos y piñas;
porque iguanas y alcatreces
fuera pedir gollorías.
Llegamos al cabo de ellas
á un salto que precipita
la soberbia inmensidad,
sus aguas todas ceñidas
en la estrechez de dos sierras
que le encarcelan y humillan
tanto, que no hay veinte pasos
de la una á la otra orilla.
Este, pues, con la impaciencia
de que dos cerros le opriman,
doscientos estados salta
y á unos llanos se derriba,
con estrépito tan grande
que las gentes convecinas
oyen su infernal estruendo
distantes de el veinte millas.
Determinamos pasarle
por las angosturas dichas,
juntando á entrambas riberas
una puente levadiza;
y haciendo cortar maderos,
(¡á que no se determina
el valor necesitado!)
nos dió la industria tal prisa,
que armándola aquella noche,
y de bejucos y pitas,
(hay mucha en aquellos campos)
torciendo sogas rollizas
la atamos el día siguiente,
y á fuerza de ingenio y grita
á la otra banda la echamos
causando á los indios grima.
Proseguimos, en efecto,
aquella costa prolija,
dos meses, cuyos trabajos,
hambres, lluvias y fatigas
han de pasar (si las cuento)
en los que ociosos nos sigan,
sino plaza de novelas
por vislumbres de mentiras.
Pero ¡voto á Dios! señor,
que entre plagas infinitas
que nos brumaron la carnes,
(sus cicatrices lo digan)
cuando sufriéramos solo
enjambres de sabandijas,
murciélagos de á dos varas,
arañas, tabanos, niguas,
mereciéramos coronas
de mártires, á adquirirlas
en los siglos Diodecianos
por la fe y no la codicia.
Mosquitos hay tan valientes
que taladran, cuando pican
una bota de baqueta,
porque son alezrías vivas.
Gegenes hay aradores,
que, imposibles á la vista
dan más dolor, si se ceban
que una azagaya morisca.
Pruébelo quien lo dudare,
que nosotros, hechos cribas,
y en puribus, conquistamos
Mamas, Guemas, Urarinas,
Cerbataneros, Cocamas,
Troncheros, Guaimos, Paninas,
y otros mil que á la ignorancia
darán (si los nombro) risa.
Resolvióse don Gonzalo
á una cosa, solo digna
de los caprichos Pizarros,
porque temoso fabrica
un bergantín que asegure
los enfermos que peligran,

llevándolos agua abajo
con el fardaje y comida.
Cimentó dos fraguas y hornos;
árboles quema y derriba
con que carbón amontona,
y que le den solicita
las armas de los que han muerto,
cascos, arneses, cuchillas,
herraje de los caballos,
y hasta las propias pretinas
desyerra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel, de esta materia:
¡tanto puede una porfía!
Don Gonzalo era el primero;
que porque todos le sigan,
ya en el taller, ya en la fragua
trabaja, sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, aserra, acepilla;
porque en tales ocurrencias
más noble es quien más se tizna.
Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas
supliò la brea y resina.
Para que no falte estopa
mantas de algodón deshilan
que el casco calafatean,
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen;
con que logrando fatigas,
al agua, alegres, le arrojan
y en él su remedio libran.
A Francisco de Orellana,
por ser persona de estima,
de su sangre y de su tierra,
su gobierno le confía,
y con cincuenta españoles
lo manda, que á toda prisa
por el Marañón abajo
descubrim entos prosiga,
y que á las ochenta leguas
aguarde porque le avisan
que allí con el Marañón
dos ríos pierden la vida.
Partióse el falso parente;
y en perdiéndonos de vista,
con el bajel se levanta,
la gente toda amotina,
y al Padre Caravajal,
de la sagrada familia
del mejor Guzmán de España,
(porque de su tiranía
los excesos reprehende)
echa en tierra, y fué harta dicha
que no pereciese de hambre,
pues no comió en cuatro días.
Llegamos al cabo de ocho
por tierra, á la referida
región, y encontrando al fraile
nos cuenta la fuga, indigna
de tal hombre y tal nobleza,
con que en efecto nos pida
más de cien mil pesos de oro
que nos dieron las conquistas,
en carnes y su hacienda.

Juzgue Vuestra señoría
la cara que en los soldados
la pobreza hereje pinta,
que de vinagre las nuestras,
con reniegos y por vidas,
impaciencias desfogamos
(permisión de la milicia),
cuando al querer dar la vuelta,
nos asaltan infinitas
legiones de hembras armadas,
en los rostros serafinas
pero en las obras demonios,
pues tanta piedra llovizan,
tantos dardos nos arrojan,
tantos flechazos nos tiran
que, si no se enamorara
de la airosa bizarría
de don Gonzalo Pizarro
su hermosa reina ó cacica,
y de mí su bruja hermana,
por Dios que nos desbalijan
de las armas, y que, hambrientas
ó nos asan ó nos guisan,
porque comen carne humana
mejor que nosotros guindas.
Estas son las Amazonas
que las historias antiguas
tanto ensalzan y ponderan,
y allí viven sus reliquias.
Picadas, en fin, las dos
de nosotros, nos convidan
á que su tierra poblemos,
y de repente nos brindan
con el santo maridage
ofreciéndome la mía,
en dote, cuantos demonios
sótanos de azufre habitan.
Era, aunque hermosa, hechicera
de suerte la diablesa ninfa
que habló en lengua castellana
mejor que las de Sevilla.
Y apretaba el matrimonio;
mas con escusas fingidas,
guarnecidas de requiebros,
don Gonzalo las obliga
á que nos dejen volver
á Quito y que nos permitan
allegar más gente y armas,
jurando que en breves días
tornaremos á sus ojos,
porque alegres nos reciban
no en los partos cordobanes
sino con galas lucidas.
Concedíéronlo por fuerza;
y llorando enternecidas,
por otros rumbos echamos:
no me consientan que diga
las desgracias de la vuelta,
pues fueron tan inauditas
que las juzgarán por añas.
Trujillo se las repita,
que nos recibió esqueletos;
y aunque ropas nos envía,
no quiso nuestro Pizarro
que ninguno se las vista,
sino que para trofeo
del valor que le eterniza

manda que entremos en carnes
desde el cuello hasta la cinta.
Amaban e de manera
sus vecinos que, sabida
su resolución, salieron
los más de la suerte misma
á recibirle en pelota
triunfo parece de risa,
pero fineza es de España
que en bronces la fama escriba.
Esta fué la tal empresa
para nosotros maldita,
mas para España dichosa
si ganar á solicita.
Quien canela apeteciere,
al Rey su gobierno pida:
porque yo le voto á Dios
de no probarla en mi vida.

VACA DE CASTRO.

A vos, Maese de Campo os sobra tanta
y endulzais narraciones lastimosas
de suerte, que si oirlas nos espanta
vuestra sazón las sabe hacer sabrosas;
solo caben por vos en su sujeto
vencer valiente y deleitar discreto.
Crió el cielo en España
al señor don Gonzalo,
para acciones al crédito imposibles:
y mostró en esta hazaña
que para él los peligros son regalo,
mas deseados, cuanto más horribles.
Si Carlos á su lado le tuviera
temblara Argel y Solimán huyera.
Vuesa merced consuele á su sobrina,
(A don Gonzalo.)
hija del gran Marqués, pues le sucede
en esta obligación y solo puede
restaurar su presencia la ruina
que con su muerte llora.
Tendrá doña Francisca (mi señora),
pues á su amor la fío,
juntamente en su amparo, padre y tío.
Yo doy la vuelta á Lima,
porque el Perú recela
las ordenanzas que el Consejo intima,
y que despacha á Blasco Nuñez Vela
por su Virrey primero,
al paso bien nacido, que severo.
Si el Cesar, cual se afirma,
hizo al Marqués merced de que nombrase
Gobernador que en su lugar quedase,
preséntenme su cédula, ó su firma,
que si antes que muriese
el Marqués, ordenó que sucediese
Vuesa merced en su gobierno y cargo,
renunciaré yo el mío (sin embargo
de que hasta agora en posesión le tenga).
Y antes que á Lima Blasco Nuñez venga,
la Real Chancillería
le admitirá por tal, á instancia mía,
que las Reales mercedes concedidas
no se derogan mientras no sucede
insulto que las vede,
y dándose el gobierno por dos vidas,
siendo vuesa merced (como sospecho)
por el Marqués nombrado ¿qué derecho
alegará el Virrey, con que le prive
de la acción que le ampara mientras vive?

GONZALO PIZARRO.

Debe á vueseñoría
todas sus medras la fortuna mía;
y es cierto que mi hermano
antes que me partiese
quiso, que después de él le sucediese:
y haciendo testamento ante escribano,
en virtud de la Cédula adquirida,
al gobierno me llama
que Carlos concedió por otra vida,
y así esta vez dió verdad la fama.
Pero yo, que hasta en eso
la fe y lealtad público que profeso,
mientras á España envío,
suspenderé mi acción, porque confío
de la Imperial palabra y celo justo:
que, si el Cesar en guerras divertido,
dió lugar al olvido
para nombrar á otros, como augusto,
como rey y señor de sus acciones,
revocará al Virrey sus provisiones.
Entretanto á la Charcas retirado,
treguas daré al cuidado,
ocios al pensamiento
y en las minas de mi repartimiento,
donde sus indios me han encomendado,
descansaré seguro.
Mas, si el Virrey que viene
turba la paz que agora el Perú tiene
(como de él se recela y conjetura),
y á mis servicios muestra ingrato pecho,
por fuerza habré de usar de mi derecho.

VACA DE CASTRO.

Hará mal, si no estima
tal valor el Virrey. Mándeme en Lima
vuesamerced, verá con cuánto celo
le procure servir.

GONZALO PIZARRO.

Prospere el cielo,
(señor) á vueseñoría
para patrón de la justicia mía. (Vanse.)

ESCENA IV

Salen MERACILE y MARTESIA.

MENAL. No dudes, Martesia mía,
la muerte que darme tratas,
si la vista me dilatas
del español solo un día.
Amor y melancolía
martirizan mis desvelos;
la ausencia, que es toda hielos,
llamas en mi pecho aumenta,
su memoria me atormenta
y me enloquecen mis celos.
¿No fué ingratitud notoria,
hermana, no fué crueldad,
llevarme mi libertad
y dejarme su memoria?
¿Robarme el alma es victoria
y no el cuerpo en que se encierra?
Mas ¡ay cielos! que en la guerra,

que en mi pecho se arroja,
las joyas y oro despoja
y echa la casa por tierra.
Blasonaba mi rigor
desprecios de mi desdén.
¡Guárdese de querer bien
quien nunca ha tenido amor!
que, cuando con mas valor
el bronce suele mostrarse
al fuego, que apoderarse
de su materia pretende,
cuando más tarde se enciende
dura más en conservarse.
Martesia, cara, yo muero,
yo perezco, yo me abraso;
si de mi vida haces caso
pagame lo que te quiero.
Ya suele el viento ligero
servirte de augusto carro;
más que el de Febo bizarro
forma de sus alas coche,
y haz que me lleve esta noche
á ver mi Apolo Pizarro.

MARTES. Si con la facilidad
que en eso puedo agradarte
pudiera yo asegurarte
la española voluntad,
sabrosa felicidad
en sus brazos poseyeras.
¿Pero que logros esperas
de un hombre tan desdichado
que á muerte le han destinado
las superiores esferas?
Un juez ha de degollarle:
los mismos que le acompañan,
y aduladores le engañan,
le han de vender y dejarle.
A la guerra han de forzarle,
y al tiempo del asistirle,
la victoria han de impedirle,
el Imperio han de ofrecerle
y han de insistir en perderle,
por no querer admitirle.
Si del amor que conservas
remedio á mi ciencia pides,
yo te daré con que olvides
esas memorias protervas:
aguas, metales y hierbas
me han sus propiedades,
y si con ellas añades
conjuros y caracteres,
verás (si olvidarle quieres)
que sé mudar voluntades.

MENAL. No curas como discreta,
que el alma espíritu puro,
ni á las hierbas ni al conjuro
como el cuerpo se sujeta;
su substancia es tan perfeta
que por libre la reputan,
los sabios, con que confutan
tus astrologas violencias,
porque agueros é influencias
si señalan, no ejecutan.
No se deje llevar de ellas
el absoluto albedrío
del gallardo español mío,
y mentirán las estrellas;
ni tu hermana por tenellas
que te olvides has de alcanzar;
puesto que en esto de amar
suele en un ingrato ser,
el premio del poseer
motivo para olvidar.
No en mí, que vive en su llama,
salamandria, mi afición.
Ves especie de traición
buscar olvido que ama
Mente á ofensas á vil fama
que en las plantas piensa hallar
virtudes con que curar
penas, que no admiten medio,
porque no hay otro remedio
para olvidar, que olvidar.
Pero, disputas demos
y venturas prevengamos,
¿para que vidas busquemos
si ver y gozar podemos?
¿No sientes tu mis extremos?
¿Pues con ellos no te obligo?

MARTES. Si siento, pues que los sigo,
de tu gusto ejecutora
Yo te pondré dentro un hora
con tu amante; ven conmigo. (*Vanse.*)

ESCENA V

Salen DON GONZALO PIZARRO *y* DOÑA FRANCISCA, *de luto y llorando*

GONZALO. Enjugad los ojos bellos
que sin culpa maltratáis
mirad que hecho por trofeo
y podreis matar con ellos
llevose el cielo al Marques,
padre vuestro, hermano mio:
la vida, sobrina, es rio
que corriendo al mar, sin pies
en su golfo viene á hallar
imperio más dilatado,
pues con sus olas mezclado,
muere rio y vive mar.
Haced el discurso mismo
con vuestro padre y mi dueño,
pues si muere, es pequeño,
ya es, con Dios, inmenso abismo.
y poned, Francisca, en él,
toda vuestra confianza.

FRANCIS. Diera á la muerte venganza
mi sentimiento crüel,
á no templar su dolor
la dicha que en vos reparo,
pues quedais para mi amparo
por mi padre y mi señor.

GONZALO. Título más venturoso
quiera el cielo que me cuadre,
si, como me llamáis padre,
venís á llamarme esposo,
que no es, Francisca, razon,
cuando restaurarse puede,
que por ser vos hembra, quede
sin hijos la sucesión
de quien este Imperio indiano
por su Alejandro conquista,
Este inconveniente cesa

(vos su hija y yo su hermano)
si volvemos á anular
quiebras de tantos cuidados,
pues en semejantes grados
suele el Papa dispensar;
que admitiendo el amor mío,
á pesar de este defeto,
conseguís en un sujeto
juntos, padre, esposo y tío.

FRANCIS. Si yo guardara la ley
de los Ingas (aunque vana)
solamente con su hermana
se casaba nuestro rey.
Mi abuelo fué Guainacapa,
Yupanqui y Pizarro soy.
mi consentimiento doy
para que dispense el Papa.
Pues s. Dios lo determina
y nuestra ley lo consente,
no es tan grande inconveniente
casar con vuestra sobrina,
como lo fué con la hermana
en nuestros Ingas primeros.

GONZALO. Ni puedo yo encareceros
el bien que mi gozo gana,
si no es señando los labios
con estos puros candores;
que extremos ponderadores
aduiando hacen agravios.
Solo con silencio igual
mi amor sus extremos muestre.

ESCENA VI

Sale TRIGUEROS.—DICHOS

TRIGUER. Nuestro de Campo Maestre,
Francisco Caravaja.,
dice que qué le importa hablarle
cosas que llama el latino
arcanas, y es femenino
segun Nebrija y el Arte.

GONZALO. Seranlo pues él lo dice
que es de los hombres primeros,
valientes y consejeros,
de España; el cielo autorice,
(mi Francisca) nuestro amor.
Trigueros guarda esa puerta,
no entre nadie.

TRIGUER. Aunque esté abierta,
á ser yo tan guardador
de lo que me desbalija
el vuelco de un dado solo,
como de que no entre Apolo
ni aun por una redendija,
yo tuviera más dineros
que en Castilla paga un juro.
Vaya Vuesasted seguro
que buena tranca es Trigueros.

(*Vanse* D. Gonzalo *y* doña Francisca.)

ESCENA VII

Salen tapadas de medio ojo á lo español, MENALIPE *y* MARTESIA.—TRIGUEROS

MARTES. Así las damas de España
averiguan los temores
de sus sospechas y amores.
Presto verás si te engaña
tu amante.

MENALIP. Bien satisfaces
prodigios que prometiste.
¿Mas de donde apercibiste
tan brevemente disfraces
con que viendo sin ser vista
temeridades ocultes?

MARTES. Nunca en eso dificultes
mientras vieres en mi lista
los espíritus sujetos
que ejecutan cuanto pido.
Si por el viento has venido
á experimentar secretos
que después te dén enojos,
quien lo más, hermana, pudo
¿no podrá lo menos?

MENALIP. Dudo
lo que veo.

TRIGUER. ¿Medios ojos
ya en Indias? No hay patacón
que no tiemble de favancas
en el aire y manos blancas.
busconas de España son.
¿Que es lo que mandan aquí
vuestras medias ojerias?

(*Quiérense entrar sin hablarle.*)

Damu-mudas, que en mis días
sois las primeras que vi;
zamparos sin responder;
siendo yo la cerradura
es descortés travesura
Tengase toda mujer
que hay orden de no pasar
de estos umbrales un dedo.

(*Dale* Martesia.)

¡Ay, cuerpo de Cristo! ¡quedo!
¿Qu jadas sabéis hablar,
manecilla de manteca?
Más parecéis de almirez:
¡tan blanda en la vista y tez
y en las dádivas tan seca!
Mano sois del Jueves Santo;
mano de tigre y tejon;
si ha de haber conversación
desenfardélen el manto,
que hablar á ojo será mengua.

(*Vanse á descubrir y pégale* Martesia.)

¡Paso, ofrézcoos á Judas!
O tener las manos mudas
ó pasarlas á la lengua.
Mas ya sale mi señor,
dénse con él á entender,
que yo no acierto á leer
bellezas de un borrador,
ya que hacerlas retirar
dos manotadas me cuesta.

MARTES. ¡Don picarón para ésta
que me lo habéis de pagar!

(*Retiranse las dos sin descubrirse.*)

ESCENA VIII

Salen DON GONZALO, CARAVAJAL *y* DOÑA FRANCISCA

CARAVAJ. Notificó en Panamá
Blasco Núñez (como digo)
las severas ordenanzas
No habemos de tener indios,
no ha de haber encomenderos.
Yanaconas de servicio,
ni por la imaginación,
llevar para el beneficio
de minas los naturales
será criminal delito.
Con que estériles los centros
de estos codiciosos riscos,
á falta ya de comadres,
(quiero decir de ministros)
nos dificultan los partos
de sus preciosos esquilmos;
podrán los conquistadores
aprender de hoy más oficio,
y en pago de sus hazañas
pedir limosna sus hijos.
Todo esto ocasiona el celo
de escrupulosos caprichos,
todo esto inventan ociosos;
todo esto causan arbitrios.
Los españoles que dieron,
á costa de más peligros
que tiene ese mar arenas,
que quiebran sus costas vidrios,
cerros, al César, de plata
con que enfrenar ha podido
Luteranos en Sajonia
y en Milán franceses lirios,
por medio del Presidente
Vaca de Castro, han pedido
al Virrey que, suspendiendo
leyes de tanto perjuicio,
permita suplicar de ellas
al César Rey, siempre invicto,
informándole verdades
y advirtiéndole precisos
inconvenientes y riesgos
que van abriendo camino
á intentos desesperados
de la fé española indignos.
Pero el sordo á nuestras quejas,
rebelde á nuestros gemidos,
quiere perderse y perdernos,
por no humanarse y oirnos.
Los oidores de la Audiencia,
tan sabios como advertidos,
disponen que á Lima vaya
á consolar sus vecinos
doña Francisca Pizarro,
mi señora, en cuyo arrimo,
(por ser animada imágen
del gran Marqués don Francisco)
fundan todo su remedio,
porque, con su patrocinio,
creen que el Virrey, cuando llegue,
como ilustre compasivo,
venerará las memorias
en ella, de aquel prodigio
que tanto España celebra,
que tanto honró Carlos Quinto.
El cuerdo Vaca de Castro,
(señor) os pide lo mismo,
y para esto me despacha
de la mitad del camino.
Id, piadoso, á interponer
vuestro valor y servicios
entre el rigor y los ruegos,
la aspereza y los suspiros.
Gozad la acción que tenéis
al gobierno, que os intimo,
pues os le ofrece la Audiencia,
pues sucesor suyo os hizo,
(en nombre del César Carlos)
el Marqués que tanto os quiso:
pues os llama el Presidente,
pues todos os lo pedimos,
que yo en fe de lo que os amo,
y lo que ofrezco serviros,
sin esperar la respuesta,
voy á dar á los amigos
la nueva de vuestra entrada;
pues si lo contrario afirmo,
vituperándoos de ingrato
daréis á guerras motivos. *(Vase.)*

ESCENA IX

DICHOS, *menos* CARAVAJAL

GONZALO. Sobrina, no han de poder
las persuasiones conmigo,
más que el valor que profeso,
más que la lealtad que estimo.
Mientras el Emperador
no derogare el dominio
que, en daño de mi derecho,
han negociado validos
para Blasco Núñez Vela,
á Las Charcas me retiro,
donde en quietud y descanso
saldré de estos laberintos.
Id vos á Lima (señora),
pues bastarán los hechizos
de vuestras tiernas palabras,
de vuestros ojos benignos,
para suavizar rigores,
y hagan los cielos propicios
las partes de nuestro amor,
para que el nombre de tío
mejorado en el de esposo,
podamos los dos unidos
lograr en tálamo casto
deseos que duren siglos.

ESCENA X

Salen MENALIPE *y* MARTESIA, *quienes descúbrense y llégase á* DON GONZALO *y* TRIGUEROS.

MENALIP. Venganzas, que á deslealtades
den escarmiento y castigo,
verás (ingrato) primero
en mi agravio y en tu olvido.
¡Ah, inconstante! ¿Estos engaños
son de la nobleza dignos,
que injustamente blasonas,
tan fácil yo en admitirlos?

¿Es blasón de caballeros
el prometer, fementidos,
correspondencias amantes
burlando pechos sencillos?
¿Así se cumplen palabras?
¿Así se estiman suspiros?
¿Así se truecan empeños?
¿Así se pagan hospicios?
Pues en mi favor los hados,
en mi venganza los signos,
en mi amparo las estrellas,
en mi abono los auspicios,
con don Fernando, tu hermano,
celebrarán regocijos
las bodas, que no mereces,
porque él solamente es digno
de ser de tu dama esposo,
y con generosos hijos
resucitar del Marqués
los hazañosos prodigios.
¡Plegue á los cielos, mudable!...

MARTEN. ¿Para qué, hermana, pedimos
lo que ellos ya á cargo tienen
según muestran los destinos?
Ven, que amanece el aurora.
Y vos, grosero ministro, (*A* Trigueros)
alcaide de ingratas puertas,
seguidme, que así imagino
vengar descomedimientos.

(*Cógele de una oreja, y vuelan los tres todo el paño.*)

TRIGUER. ¡Madre de Dios! ¡Jesucristo!
¡Que me arrebatan los diablos,
que me desorejan un grifo,
que me encaraman sin alas,
que si del aire deslizo,
cien Contadores de Hacienda
no han de sumar mis años!

FRANCIS. ¡Válgame el cielo! ¿Que es esto?

GONZALO. Sobrina, fuerza de hechizos;
que en esta tierra el demonio
con esto engaña á los indios.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale GONZALO PIZARRO *solo, con gabán y montera, y una escardilla en la mano*

Quien por falta de experiencia
huye las felicidades
que ofrecen las soledades
á la vida y la conciencia,
venga á aprender esta ciencia
en mi sabrosa quietud,
y hallará aquí á la virtud,
tan segura de temores
que, coronada de flores,
le conserve la salud.
Después que envainé el acero
y el arnés troqué en gabán,
si primero capitán
ya en mi quinta jardinero,
floro del tiempo primero
la juventud malograda,
y sé que en la aventajada
vida de esta profesión,
Dios á Adán dió el azadón
y el viejo á Nembrot la espada.
Dichoso el que no hace caso
de lo que no necesita,
y á Diógenes imita
quebrando en la fuente el vaso.
Si está tan cerca el ocaso
humano que á penas siente
la distancia de su oriente,
¿quién es de tan poco aviso
que, gozando lo preciso,
anhela lo impertinente?
Esoberbezca monarcas
el oro (alma de un abismo)
que yo lo soy de mí mismo
en la quietud de las Charcas.
Guarde el avaro en sus arcas
tantas barras como penas,
que mientras naufraga arenas
yo en más seguros parajes,
gozo el oro en alelíes
y la plata en azucenas.

ESCENA II

Dicho y TRIGUERO

TRIGUER. (*Dentro.*) ¡Ay!

GONZALO. ¿Qué es esto?

TRIGUER. Si fué pulla,
trabajoso de ella escapo.
¡Ay!

GONZALO. ¿Quién se lamenta?

TRIGUER. Un sapo,
que no ha mucho que fué grulla.
¡Oh, bruja precipitante!
¡trota nubes, saltamontes!
Si no hay pícaros Faetontes
¿qué te hizo un pobre ignorante,
sargento de mochilleros,
aguilucho en el amago,
para darme salto en vago
desde las nubes?

GONZALO. ¡Trigueros!

TRIGUER. Oye y no me trigueruces,
pues ves cual estoy por tí;
provanza de soplos fuí,
ya soy remacha narices.

GONZALO. Pues bien ¿qué te ha sucedido?

TRIGUER. ¿Pues bien dices? Di pues mal.
Aquella que al tribunal
inquisidor ha ofendido;
porque á Dios que antes de un Credo,
obispa en Corozaín,
la absuelva de volatín
el brasero de Toledo,
llevándome en un momento
por una oreja volando,
y conmigo registrando
los abanillos de viento,
como si hiciera calor,
me trasladó un diablo en popa
á su tierra, que en la ropa

le parece borrador,
y en ella (aunque de rodillas
misericordia pedí)
en un instante me vi
sentenciado á albondiguillas.
Patrocinóme su hermana,
(de quien diz que eres galán),
que quien bien quiere á Beltran,
etcetera, y más humana
me dió (con arco y saetas)
la futura sucesion,
por lo menos de Amazón
quizá por verme sin tetas.
Un mes estuve con ellas,
y no sé si mis delitos
las dibujó amazoncitos,
pero no, que son doncellas;
y al cabo de él me despacha
la Reina por mandadero
de su amor; no seas grosero
que es la más linda muchacha
que en el Perú puede hallarse.
Su reino todo te ofrece,
y si su amor se agradece
jura desamazonarse.
Pero si no, te amonesta
que no des crédito á amigos,
porque sangrientos castigos
la vil fortuna te apresta;
y si te vuelve la espalda
debes temblar sus agüeros,
porque mil diablos caseros
son sus perrillos de falda.
Volvió á asirme de la oreja
la bruja, y en su jornada
serví al aire de arracada,
hasta que caer me deja
despues de ponerme en fil
de este sitio, siendo en él
ó murciégalo Luzbel
ó cernícalo albañil.

GONZALO. Quien de hechiceras se fía
sale, cual tú, escarmentado.

TRIGUER. A caer en empedrado
medraba mi legacía;
mas que te guardes te advierte
tu amazona damisela,
de este Blasco Núñez Vela
que solicita tu muerte,
y en causa tan peligrosa
te desea apercibido.

GONZALO. ¿Por qué, si no le he ofendido?
Ni de la vida dichosa
que ha feriado á mi sosiego
esta alegre soledad
en su dulce amenidad,
podrá el apetito ciego
(que ambicion el cuerdo llama)
sacarme (gozoso en ella),
no obligándome á perdella,
mi ley, mi Rey y mi fama.

ESCENA III

Salen el CAPITAN ALMENDRAS, CARAVAJAL *y otros*

ALMEND. Aceptará don Gonzalo
el gobierno y la defensa
de los vecinos del Cuzco
y el Perú que le respeta:
ó cuando lo rehusare
habrá de hacer la violencia
lo que no la cortesía,
obligándole la fuerza.
Llegad y hablémosle todos.

GONZALO. Señor Capitan Almendras,
señor Maese de Campo,
¿qué hay en que servirlos pueda?
¿qué se ofrece? ¿qué me mandan?

CARAVAJ. ¡Cuerpo de Dios con la flema!
¿Sembrando agora achicorias
y escardando berenjenas?
Hortalicen ermitaños
que comen no más que hierbas,
y no usurpe ese ejercicio
vuesa merced á poetas,
que tratantes en legumbres
pintan flores, plantan huertas,
y, sin salir de Pancayas,
gastan musas verduleras.
Estáse abrasando el mundo,
porque el Virrey nos le quema,
¿y entretiénese en lechugas?
Pero hace bien, que son frescas.

GONZALO. Amigo Caravajal:
yo escogí. . .

CARAVAJ. Mas que me alega
Emperadores romanos,
que arrimaron las diademas
por ingerir bergamotas,
si no en nísperos en berzas,
menospreciando coturnos
por un cestillo de brevas.
Pues escuche lo que pasa.
Capitán, dadle vos cuenta
de lo que está á vuestro cargo
y el cabildo os encomienda.

ALMEND. La imperial ciudad del Cuzco,
de todo el Perú cabeza,
y por sus procuradores
otras tres juntas con ella,
que son: Guamanga, Arequipa
y Chuquisaca, resueltas
de no admitir al Virrey
que dicen que á Lima llega,
por su embajador me envian,
mandándome que os advierta
obligaciones que os corren,
pues somos hechuras vuestras.
Vos, primer conquistador,
con cuya sangre y hacienda
y la de vuestros hermanos
habéis ganado á la Iglesia
más reinos, provincias más
que tiene en Castilla el Cesar,
(cuando no villas) ciudades,
reduciéndole mil leguas
las más ricas de este polo.
Vos, á quien solo venera
el Perú, por sucesor

del gran Marqués, y en quien deja
el gobierno destos orbes,
en virtud de la que ordena
la Cédula Real, que os trama
á tal grado la suprema
desta casa Monarquía
por toda la vida vuestra,
vos, en efecto á quien toca
el conservar la nobleza
de tantos conquistadores
que os tuvieron en la guerra
por caudillo, y en la paz
limitadamente premian
por solamente dos vidas
hazañas de fama eterna:
vos, victorioso Pizarro,
es razon que á la violencia
del Virrey os opongais,
Gobernador y cabeza
por el Rey de esta corona,
y por las ciudades mismas
General procurador,
haciendo instancia por ellas
en que el Virrey se desista
del cargo, que en vuestra ofensa
las posesiones usurpa,
hasta que España resuelva
dudas tan enmarañadas,
y vuestros amigos sepan
por qué delito os deroga
el Rey las mercedes hechas.
Armas las cuatro ciudades
os ofrecen, y á su expensa
hasta quinientos soldados
que del rigor nos defiendan
con que el Virrey amenaza
á cuantos le instan y apretan
en que la suplica admita
que hace este reino á su alteza.
Esto es á lo que he venido;
pues para tan justa empresa
por padre el Perú os escoge,
sus ciudades os aclaman,
sus españoles os llaman,
sus caballeros os ruegan,
sus soldados os suplican
y vuestra piedad os fuerza.

GONZALO. Capitanes valerosos:
puesto que de la aspereza
con que el Virrey ejecuta
leyes que la paz inquietan,
me pesa la mayor parte,
y que agradecido os deba,
como á hermanos en las armas,
morir en vuestra defensa,
no han de alterar persuasiones
en mí, la justa obediencia
que debo al Rey, mi señor,
aunque por ello me pierda.
Despachados tengo á España
procuradores que adviertan
al César, de mi justicia,
é intentar, antes que vuelvan,
resistir sus ordenanzas,
será ocasionar las lenguas
de envidiosos y enemigos
que contra mí al rey alteran.
No han de bastar, ¡vive Dios!
á destemplar mi paciencia
del Virrey las amenazas,
de mis amigos las quejas,
del Perú las inquietudes,
la pérdida de mi hacienda,
el no premiar mis servicios
ni el no estimar mi nobleza.
Tres cosas solas podrían
hacerme olvidar la quieta
felicidad de estos campos
donde mi paz se conserva,
que son: el celo debido
á la ley, que en esta tierra
por nosotros dilatada
á un Dios eterno confiesa,
el defender con la vida
á mi rey, hasta perderla
y el no permitir deshonres
que mi honor y fama ofendan.
Capitanes tiene el Cuzco
que si el Virrey no se templa
podrán, sin mí, reducirle
con respeto y con prudencia.
Ochenta conquistadores
son sus vecinos, de ochenta
caballeros é hijosdalgo,
escojan uno en quien puedan
estribar sus esperanzas,
pues cada cual tiene prendas
dignas de cargos mayores,
y esto es dar por respuesta.

CARAVAL. ¿Pues qué ley, qué rey, qué fama
su conservacion no arriesga
si, pues, ánime ahora
rehusas el defendella?
Nuestra ley (cuyos principios
saben los indios apenas),
¿podrá en ellos ser durable
si en su libertad los dejan,
aun viviendo encomendados
á españoles que refrenan
su supersticion antigua
y nuestra fe les enseñan?
Buscan de noche las guacas,
y entre los riscos y cuevas
idolatras sacrifican
á los brutos y á las piedras.
¿Qué harán, pues, cuando les falten
los dueños á quien respetan,
y con libertad dañosa
ejerciten sus blasfemias?
Luego, si el virrey nos quita
su administracion, ya queda
destruida en el Perú
la ley que á Cristo venera.
También al rey se le sirve
(mientras que no le obedezcan
por nuestro gobernador)
si la proveen presentas
que el Marqués en nombre suyo
hizo en ti, pues fué primera
que la trae Blasco Núñez,
adquirida con cautelas.
Nombrados los dos estan
con una autoridad misma:
el por tiempo limitado,

tú por concesión perpetua,
que dure lo que tu vida
¿Tendrá acaso menos fuerza
en ti la Cédula Real
que la que el Virrey alega?
Decir que sí, es ignorancia:
luego quien fuere contra ella
rebelde al Rey que te elige
hará á su palabra ofensa.
Cien mil castellanos de oro
del fisco y la real Hacienda
que embarcó Vaca de Castro
para servicio del César,
desperdició Blasco Núñez
(sin permisión de la Audiencia)
en armas, que contra ti
dice la fama que apresta.
Doce mil y más ducados
gastó de estos en cuarenta
machos que á sus deudos compra
porque á tus amigos prendan.
Juzga si á su rey desirve
quien le defrauda sus rentas,
ó que valdrán las Coronas
y los Imperios sin ellas.
Rebelde al César te llama
y como tal te condena,
á instancia de los de Almagro,
á cortarte la cabeza.
De Lima mandó sacar,
con indigna inadvertencia,
á tu inocente sobrina,
y á vista del puerto presa
con guardas en una nave,
los ardores menosprecia,
porque los riesgos le intiman
que tan ilustre doncella
y ocasionada hermosura
corre, dejándola expuesta
entre marineros libres
á la atrevida torpeza
Si dudas de estas verdades,
no des crédito á la lengua,
pero dáse e á estas cartas
GONZALO. Cesa, que me matas, cesa.
¿Doña Francisca Pizarro?
¿Doña Francisca? ¿Y que en ella
un caballero ejecute
desaires de su nobleza?
¿Presa en la mar mi sobrina?
¿Por qué culpa y á qué presa?
¿Por qué en la mar, si culpada?
¿Que aún no mereció en la tierra
que le conquistó su padre,
que sus abuelos pudieran
dejarla como monarca
en fe de ser su heredera?
¿El sol de su honestidad
entre las viles tinieblas
de atrevimientos soldados?
¿Al qué dirán de las lenguas?
¿Cuando pecó la ignorancia?
¿Cuándo agravió la inocencia?
¿Cuándo enojó la virtud?
¿Cuándo ofendió la belleza?
¿No obligaran cortesías
por mujer, cuando ofendiera?
¿Por noble, cuando agraviara,
y cuando todo, por bella?
¿Yo sin honra, mi Francisca
ocasionada á la afrenta?
¿La ley de Dios profanada,
á riesgo del rey la hacienda?
¿Y yo gobernador suyo?
¡No, cielos! No y da quieta,
no retiros agradables,
no soledades amenas,
Sin retornos mis servicios,
vana, sin indios ni rentas,
mis heridas y trabajos
¿qué importa cuando se pierdan?
Pero, ¿sin fama, sin honra,
á peligro la limpieza
de mi inocente sobrina
y que por ella no vuelva?
Vituperárame el mundo.
A Dios apacibles selvas,
valles siempre sosegados,
quintas flor das y frescas;
que ya será cobardía
lo que hasta agora prudencia.
¡Toca al arma, marcha al Cuzco!
¡Muera el ocio! ¡Viva el César!

ESCENA IV

Sale el CAPITAN HINOJOSA.—DICHOS.

HINOJOSA.

Aguarde vueseñoría;
oiga las alegres nuevas
que me ocasionan á darle
este título, en que muestra
la razon y la justicia
sus hazañas y finezas.
¡Ojalá se le conmute
el Rey en el de Excelencia!
Llegaron del Virrey á extremo tanto
las siempre aborrecibles destemplanzas,
que en menosprecio se trocó el espanto
de sus severas leyes y ordenanzas.
No todo celo (si es superfluo) es santo,
ni cordura atajar las esperanzas
del pueblo, pues por más que el juez presuma
suma justicia, es injusticia suma.
Mientras que Lima recibir procura
al Virrey, en el valle y su distrito
(que intitulan los Indios Hubahura)
un mote halló sobre una puerta escrito:
Imprenta es la pared de la locura
y el carbón, pluma y tinta del delito.
Juzgad si es imprudente el que se afrenta
de motes en paredes de una venta.
Leyó, pues, en el Tambo estas razones:
«A quien viniere á echarme de mi casa
echaré yo del mundo»; y dió ocasiones
esta desenvoltura al mal que pasa:
pues, como engendran fuego los carbones,
tanto al Virrey encienden, que se abrasa
y á Antonio de Solar, dueño del Valle,
manda, en llegando á Lima, aprisionalle.
Sin más indicios, pues, que ver el mote
en la pared, aunque el autor se ignora,
manda que le confiese un sacerdote,

porque ha de ajusticiarle dentro una hora;
sentenciale al instante á dar garrote,
y aunque inocente se desculpa y llora,
y no hay contra él testigos ni proceso,
la ejecucion se notifica al preso.
Alborotóse el pueblo, (porque en Lima
era este hidalgo justamente amado;)
la nobleza piadosa se lastima,
y cada cual le sirve de abogado;
conque el Virrey (temiendo no le oprima
la plebe amotinada) mas templado
que este en un ca abozo, al fin ordena,
con esposas, con grillos y cadena.
En dos meses sufrió mil de rigores,
por mas que libertarle solicita
la piedad de infinitos valedores,
mas era la crueldad mas infinita,
hasta que se valió de los Oidores
que le mandan soltar en la visita
donde se presentó, porque no hallaron
aun sombra del error que le imputaron.
Sintió Blasco Nuñez sumamente,
enemistado ya con el Audiencia,
prendió á Vaca de Castro Presidente
sin darle cargos ¡bárbara violencia!
Y porque le aborrezca más la gente
al Factor Luán Juárez, su impaciencia
mató una noche por sus mismas manos,
temeridad horrible, aun de tiranos.
A unos negros, despues, de noche obliga
que vestido le entierren y en secreto.
Supolo la ciudad, vá su enemiga,
y alborotada le perdió el respeto.
La Audiencia Real, prudente, los mitiga,
y recelando el peligroso aprieto,
prendieron al Virrey (que de otra suerte
no hay duda que le diera el pueblo muerte.)
Formáronle proceso los Oidores,
sacando del sepulcro otra mañana
al difunto Factor, que causo horrores
al pecho, de piedad menos humana.
Enterráronle oculto los rigores,
envuelto en una capa, que de grana,
pronosticarle su desdicha intenta,
pues hasta la mortaja fue sangrienta.
Vuelvenle á sepultar, con sentimiento
y pompa funeral, y luego trazan
que se embarque el Virrey, pues que violento
á muerte sus rigores le amenazan,
y surcando el cristal la leve quilla,
preso el Virrey le llevan á Castilla.
Los Oidores, despues, Ciudad y Audiencia,
en virtud del derecho que te ampara,
gobernador te nombran en su ausencia:
prudente accion de tu justicia clara.
Asegure peligros tu asistencia,
temple congojas tu apacible cara;
paga la voluntad de quien te estima
y el cargo admite que te ofrece Lima.

GONZALO.

Si alientan los Oidores mi derecho,
¿qué hay que esperar? Marchemos, pues, amigos
y de la fe y lealtad que está en mi pecho
con Dios y con el Rey sereis testigos.

CARAVAJAL.

Bastantes pruebas, gran Gonzalo, has hecho.
Castigos se remedian con castigos,
pague el Virrey los suyos en España.

GONZALO.

Marcha á Lima, salgamos en campaña. (*Vanse.*)

ESCENA V

Salen MARTESIA *y* MENALIPE *con armas á lo amazónico.*

MENALIP. Morir, Martesia, morir
ó librar á don Gonzalo;
mi amor á su estrella igualo.
Si le puedo reducir
á que mis consejos siga,
y de estos reinos se ausente,
los pronósticos desmiente
de la fortuna enemiga.
Pero si no admite avisos
y obedece al hado cruel,
morir matando con él
son los medios mas precisos
que mi triste suerte escoje.
Esta es mi resolucion.

MARTES. Ponerla en ejecucion,
(perdoname aunque te enoje)
ha de aprovechar tan poco,
que en vez de obligar tu amante,
á tus consejos diamante
y á mis persuasiones loco,
ha de apresurar su muerte.
Pero aunque esto es infalible,
yo hare por todo lo posible,
patrocinete la suerte,
y á tu amor agradecido,
tu amante se guie por mí.
El que ves que sale aqui
de ejército apercibido,
es aquel Caravajal
á cuyo esfuerzo y valor
desde el postrer Dictador
no le tuvo el mundo igual.
El Virrey que preso á España
surcaba ese golfo frio,
por su mal, con el navío
se alzo, (su pasion le engaña)
y en Tumbez tomando puerto,
de Trujillo y San Miguel
juntó la gente, que fiel
(como no sabe de cierto
la accion que al gobierno tiene
tu amante, y que los oidores,
por atajar los rigores
con que Blasco Nuñez viene,
gobernador le han nombrado)
como españoles de ley,
quieren seguir al Virrey,
y la obediencia le han dado.
Contra él, pues, Caravajal
desde Lima apercibido
á deshacerle ha venido,
y de éste (por ser leal
valiente y sabio) se fia
don Gonzalo. Si yo hiciese
que mis consejos siguiese,
discreto persuadiria
á tu amante que dejase

el Perú en esta ocasión
y en nuestra fértil región
esposo tuyo renase.
Quiero yo á Caravajal
algo más de lo posible,
por lo soldado invencible,
por lo entretenido sal,
pero, es de modo arrogado
que si da en aborrecerme,
ni hechizos han de valerme
ni todo cuanto he estudiado.
Pero si quisiese Dios
llevarnos á nuestra tierra,
sin que amor nos haga guerra
tendremos quietud los dos.

MENAL. ¡Ay cara hermana! si en ti
pusiese tal eficacia,
amor, si te diese gracia...

MARTES. Calla y retírate á aquí.

ESCENA VI

Salen CARAVAJAL *y el* CAPITAN ALMENDRAS.—DICHOS.

CARAVAJ. Marchar, señores, marchar;
que si la ocasión perdemos
que entre las manos tenemos,
será difícil de hallar
otra vez.

ALMEND. Doscientas leguas
has corrido en seguimiento
de Blasco Núñez, y atento
pide el campo, dale treguas
siquiera al cansancio, un día.

CARAVAJ. Este solo que nos lleve
de ventaja, hará que apruebe
nuestro daño, su pericia.
Si se fortalece en Quito
y en el campo reforzado
nos espera descansado,
¿no le parece delito,
digno de vituperar
perder esta coyuntura?
La presteza y la ventura
juntas se han de ejecutar.
Acabemos con el tema
en que su locura ha dado:
la Audiencia le ha desterrado
á España; si nuestra flema
la victoria nos dilata
esta empresa se destruye.

ALMEND. Al enemigo que huye

CARAVAJ. Dirá la puente de plata.
Mas no huye quien se retira
para volver animoso,
reforzado y poderoso.
Quien como diablos mira
(señor Capitán) no sale
con hazaña de provecho;
en no dejando deshecho
al enemigo ¿qué vale
el orden de la marcha?
Agora que nos ampara
la Audiencia Real, y está clara
por nosotros la justicia,
lógrela la diligencia.
Marchar, soldados, marchar;
don Gonzalo ha de llegar
mañana á nuestra presencia;
no se nos lleve la gloria
de tan honroso laurel,
pues ganándole sin él
será nuestra la victoria.
Tome refresco la gente
y sigamos el alcance,
porque perdido este lance
es nuestro daño evidente.

ALMEND. No lo es menos el no dar.

CARAVAJ. Ya sabe mi condición:
pues propuso su razón,
obedecer y callar
es lo que ahora le toca.

ALMEND. Sí, mas digo que me obliga.

CARAVAJ. Capitán, haga y no diga,
mas manos y menos boca
(Vase Almendras.)
¡Vive Dios! que he de alcanzarle
esta noche, y deshacerle.
Acabemos con este nombre.

ESCENA VII

MARTESIA, CARAVAJAL *y* MENALIPE

MARTE. Airado español, detente

CARAVAJ. ¿En desierto y tentadoras?
Mas que llegáis á ofrecerme
¿piedras por pan?

MARTE. ¿Me conoces?

CARAVAJ. Los diablos y las mujeres
dicen que son de una casta,
y aunque serafín parezcas,
tendrás diablescas las obras,
si engañosa me detienes
en favor de Blasco Núñez.
¿Dónde te he visto? ¿Quién eres?
¿Qué pides? ¿Qué se te antoja?
que todas las de tu especie
en llegando el donativo
vienen para mí *de requiem*.
Si en la corte de Castilla
un medio ojo me embobase;
y por la calle Mayor,
(donde son sus mercaderes
escollo de toda bolsa,
sus coches nuestros bajeles,
que en cualquiera tienda encallan,
y sus niñas holandeses),
pudiérasme ocultar
en colonias, alhileres,
guantes, bandas, rosas, dijes,
ó más arriba en joyeles,
polleras, basquiñas, naguas,
y lo que este siglo teme
en cajas de chocolate,
que para que desesperen
los Píramos en verdón
(conforme de allá me advierten),
el diablo inventó á Guaxaca,
Guatemalas y Campeches;
pues, después que se conocen
en nuestra nación, se beben
en tres jícaras, tres damas,
cien escudos en dos meses.

Pero aquí si no es que pidas
del modo que lleva á la sierpe,
ó plátanos, ó guayabas,
solo tengo que ofrecerte
con vizcochos de estos riscos,
chocolates de estas fuentes.

MARTES. Famoso Caravajal,
(que si asombras por valiente
dejetas por sazonado,
en fé que todo lo vences).
Yo soy aquella Amazona
que si tuvo dicha en verte,
fué infelice en adorarte,
pues sus penas no agradeces.
Se los riesgos á que el hado
te lleva, se que te atreves
contra el cielo y la fortuna
á hazañas que te despeñen.
Por tu Reina, mi hermana,
(cuyo renombre obedecen
cuantas naciones distantes
la plata liquida beben
al inmenso Marañon),
dejando su patria fértil,
alas de los vientos forma,
para que sobre ellos vuele
á esta region que os anuncia
á ti y á su amante, en breves
tiempos tragedias que lloren
los siglos que nos suceden.
Respétate por amigo,
don Gonzalo, con él pueden
tus consejos cuanto pides,
tu eficacia cuanto quieres.
Rindeele á las venturas
que sus deseos le prometen,
si dueños de nuestra patria
y noble correspondiente,
al amor de Menalipe,
nuestra corona ennoblece
para blason de tu fama,
que se eternice en sus sienes,
que, si por tus persuasiones
á las estrellas desmiente,
que triste fin le amenazan,
conquistará felizmente
las dos márgenes ocultas
del Marañón, dando leyes
á cuantas provincias varias
viven sus comarcas verdes.
Desde las sierras de Quito
hasta donde sus corrientes
con el Oceano luchan
del Norte, que se las bebe,
mil leguas y más le aguardan
tan ricas, que son perennes
las venas, que en vez de sangre,
el metal monarca vierten;
tanta plata y oro esquivan
los Omaguas, solamente,
que, mayorazgo del sol
goza su comarca fénix;
tantas minas, cuantos riscos,
conquistara si os vence
á Europa, al Africa, al mundo
postrando á sus plantas reyes.
Serás, español gallardo,
si su condición rebelde
ablandas, señor del orbe,
regiones hay en que reines
ignotas hasta aquí al mundo,
y en pacíficos deleites
dueño de un alma serás
que como á Dios te venera.

MENALIP. ¡Oh si contigo bastasen!
¡oh si en tu estima valiesen
(nuevo Pompeyo de España)
lágrimas, que han sido siempre
hechizos para los nobles!
Si las que vierto te mueven,
si persuasiones te obligan,
si penas te compadecen,
humilde á tus pies se postra
una Reina, á quien la suerte
y el amor de tu caudillo
rendida á sus llamas tiene;
si le reduces ¡que dicha!
¡que gloria! si le convences,
¡que hazaña! si le dispones,
¡qué premio! si le enterneces,
¡de qué males, que le escusas!
¡de qué riesgos le divertes!
¡de qué tragedias le libras!
¡de qué gozos le enriqueces!
¡Si de envidiosos le apartas,
si en mi Reino le previenes
coronas, que quieto goce
amor, que le adore siempre!
¡Cuánto es mejor que mi amante
pacíficamente impere,
sin dependencia de España,
que no entre la envidia y muerte
gobernar ingratitudes,
que, al paso que más se premien,
más sus fortunas envidien,
más sus hazañas condenen!
Vuestra vida está en tu mano:
vuestro honor solo depende
de tu lengua, librarásle
como cuerdo le aconsejes
que me siga, que retorne
la fe de un amor ardiente,
dispuesto á perder la vida
con él, si la suya pierde.

CARAVAJ. Persuasivas Ciceronas,
si vuestro llanto pretende
darnos la plaza de brujos
porque en España nos quemen,
vive Dios que obligan tanto
esas perlas mequetretes,
esas razones gitanas,
esos semblantes de nieve,
que son dichosos los diablos
porque os sirven y obedecen
y que á no estar tan de prisa...
¿Pero qué rebato es este?

ESCENA VII

Retiranse las dos y tocan á rebato y sale el CAPITÁN ALMENDRAS.

ALMENDR. ¡Al arma, al arma, españoles!
¡Al arma, insigne Maestre
que la victoria nos llama!

CARAVAJ. Si llamará; mas, sosiegue.
¿Qué hay de nuevo? ¿qué le asombra?
ALMENDR. De las acciones crueles
con que el Virrey Blasco Nuñez
hace que todos le tiemblen,
tan temerosa le sigue
su casi forzada gente,
que de noche á don Gonzalo
se acogen, de veinte en veinte.
Hizo dar garrote un dia
(por sospechas sólo leves)
á los capitanes Serna
y Gaspar Gil, sin que templen
ruegos, sus severidades.
Mató de la misma suerte
á don Rodrigo de Ocampo
con ser su lugarteniente;
con Ojeda hizo lo mismo;
Gómez, Estacio, Balverde,
y Alvaro Caravajal,
todos caudillos valientes.
Llegó Gonzalo Pizarro,
(que nunca ocasiones pierde)
por atajos del camino,
mientras descuidado duerme,
y asaltóle valeroso;
si agora, pues, le acometes
participarás la fama
que corona al dirigente.
CARAVAJ. ¡Al arma, pues! ¿qué esperamos?
(*Llégase á Martesia y Menalipe.*)
Señoras: vuesas mercedes,
altezas ó majestades,
ó el título que quisieren,
perdonen mi grosería,
que nunca fueron corteses
peligros, convoquen diablos
que á su provincia las lleven,
que acá al Apostol gallego
invocamos solamente,
pues vale más su cruz roja
que diez legiones de duendes.
(*Vanse, quedando las dos.*)

ESCENA IX

MENALIPE y MARTESIA

MENALIP. Socorramos á mi amante.
¡Ojalá una bala acierte
mi pecho, y saque las llamas
que en cenizas le resuelven!
MARTES. Vencerá si tu le ayudas;
pero como ensorbebece
la victoria, llorarásle
degollado brevemente. (*Vase.*)

ESCENA X

DON GONZALO PIZARRO y SOLDADOS *marchando*

SOLD. 1.° Quiso morir encubierto.
SOLD. 2.° Su daño le disfrazó.
GONZALO. Quisiérale, amigos, yo
vencido, pero no muerto.
¡Infelice caballero!
SOLD. 1.° ¿Pues por él muestras tristeza?
GONZALO. Estimo yo la nobleza.
Si fuera menos severo,
valor el Virrey tenía
digno de veneración;
aguó su resolución
toda la fortuna mía.
Enlutaréme por él;
sepultele la piedad
conforme su calidad.
SOLD. 2.° Hombre que fué tan cruel
no merece sepultura.
GONZALO. ¡Qué rigurosa razón!
no dura la emulación
lo que la vida no dura.
Hasta aquí tiró la suerte
cuanto su poder alcanza;
que no pasa la venganza
los límites de la muerte.

ESCENA XI

Sale CARAVAJAL. — DICHOS

CARAVAJ. Los parabienes te doy
de la victoria presente,
y el pésame juntamente
que recelo. Tuvo soy
hasta morir, pero mira
que aunque á tu contrario has muer-
un clérigo toma puerto to,
y que el peligro no espira.
Contra ti marcha, preven
con el esfuerzo las manos,
y si juzgaste por sanos
mis fieles avisos, ten
por cierto, que son mejores
los que mi amistad y celo
te advierten, porque de el cielo
granizan Gobernadores.
Mas, si á seguirme te inclinas,
dicha mi fe te promete,
guárdate de este bonete
que hiere con cuatro esquinas.
Digo, pues, que es lo mejor
que trueques á toda ley,
intitulándote Rey,
riesgos de Gobernador.
Constituye Monarquía
de eterna felicidad,
llamémoste Majestad,
dejemos la Señoría.
Con tu hacienda y tus hazañas
este Imperio se ha ganado,
su sitio es más dilatado
y rico que diez Españas;
si quieres tener seguros
vasallos fieles, que mandes,
haz Títulos, cubre Grandes,
que son los mejores muros
de las Coronas y Estados.
Obliga con intereses,
nombra Condes y Marqueses;
cría luego Adelantados,
un Almirante en el mar,
un Condestable en la tierra,
Mariscales en la guerra.
A los Grandes puedes dar

á cien mil pesos de renta,
pues gozas un orbe de oro,
de inmensa plata y tesoro:
á diez, á veinte y á treinta
á los títulos menores,
ya en Indios y ya en lugares;
haz órdenes militares,
elige Comendadores
que tomen la advocación
de los santos que quisieres;
si Mayorazgos hicieres
ilustrarás tu nación
con rentas establecidas
perpetuas, y no á quitar,
que estas saben obligar
y no las de por dos vidas,
que á los nietos empobrezcan
sin premiarse tanta hazaña.
Escribe á la Nueva España
que por su Rey te obedezcan,
y harás lo mismo con ellos
que con nosotros procuras,
y de esta suerte aseguras
hechizos con que atraellos;
pues viendose el bien nacido,
como merece, premiado,
á sus hijos con Estado
y á su Rey agradecido,
y que honrando descendencias
que llegan á eternizarse,
sus nietos han de llamarse
Señorías y Excelencias,
por no perder esta acción
diez mil vidas perderán,
y firmes conservarán
tu corona y su opinión.
Pide, después, una nieta
de los Ingas que reinaron
(y á tus armas se postraron),
la más hermosa y discreta,
por esposa, y coronada
con ostentaciones reales
los Indios y naturales,
si la ven entronizada,
en fe que la sangre adoran
de sus venerados reyes,
obedeciendo tus leyes
cuantos esos reinos moran
y el temor tiene esparcidos,
te traerán con mano grata
los tesoros de oro y plata
que conservan escondidos.
Si haces eso ¿quién podrá
despojarte sino el cielo?
Labra un fuerte en Portobelo,
pon presidio en Panamá,
y venga todo el poder
de España á desposeernos.
¿Con qué armada ha de ofendernos
si no les dejamos ver
del Sur la menor arena?
Esto es lo que te aconsejo:
toma de un soldado viejo
lo que con tiempo te ordena,
ó, pues, el Gobernador
(que ya se acerca) pregona
que por el Rey nos perdona
si no te damos favor,
y mi aviso no te agrada
ganemos estos perdones,
porque en tus apretones
Gonzalo, ó César, ó nada

(Saca la espada para Caravajal.)

GONZALO. ¡Vive el cielo! ¡Desleal,
desconocido, traidor!
CARAVAJ. Se Rey, no gobernador. *(Vase.)*
UNO. Todos con Caravajal
venimos en coronarte.
TODOS. Esto tu ejército pide.

(Vanse todos, dejando solo á don Gonzalo.)

ESCENA XII

DON GONZALO.—VOCES DENTRO

GONZALO. Primero que mi fe olvide...
DENTRO. O verte Rey, o dejarte.
GONZALO. ¿Esto se puede sufrir?
¿Esto es digno de creer?
DENTRO. ¡Muera quien no supo ser
Rey del Perú!
GONZALO. Pues morir:
morir, ingratos, perderme,
y no admitir tal infamia:
no eclipsar la sangre mía
no echar en ella tal mancha.
¡Desamparadme, avarientos!
Sepa mi Rey, sepa España
que muero por no ofenderla,
que pierdo (por no agraviarla)
una corona ofrecida,
tan fácil de conservarla,
cuanto infame en poseerla.
Diga que pude, la fama,
ser Monarca y que no quise;
que todos me desamparan
por leal, por leal, por noble:
será feliz mi desgracia
Diga que violentamente
me sacaron de mi casa,
de mi quietud, de mi mismo,
los que en el ruego me faltan,
los que me dejan ahora.
Con ellos premios reparta
quien á perseguirme viene,
déles indios, déles plata,
que no les dará, á lo menos,
estimación, ni alabanzas,
de que de mi perdición
no fueron ellos la causa.
Muera á manos de un verdugo
quien tanta fe á su Rey guarda,
que va á perder la cabeza
por no querer coronarla.
Mas no publique la envidia
(que mentirá como falsa)
que alcé contra el Rey banderas
que toque á su ofensa cajas.
Gobernador me nombró
mi hermano y el Marqués, sellada
tengo esta merced, del César,
cuatro ciudades me llaman
para Procurador suyo.

la Audiencia Real me despacha
confirmación del gobierno
no está, hasta aquí, derogada
mi justicia por el Rey.
Si á Blasco Núñez embarca
preso y culpado la Audiencia,
y es su temeridad tanta
que contra mí se despeña,
pues por morir se disfraza,
¿atribuirame el prudente
su muerte á culpa? Escusarla
quise ¿pero qué en escusa
sucesos de las batallas?
Tomad, amigos, al temple,
¡despojadme de las armas!
(Arroja la espada y la daga.)
infelices en creeros
si en vencer afortunadas.
Entregadme al Presidente,
pues además con dos caras,
pues, Judas, me habeis vendido,
pues vuestro interes me engaña,
que, cuando todos me dejen
gozosa volará el alma
á mansiones más seguras,
pues mi lealtad la acompaña. *(Vase.)*

ESCENA XIII

Salen MENALIPE y MARTESIA

MENAL. ¡Déjame morir, Martesia,
pues á mi amante me matan!
¡No nos dividan tormentos,
mezclemos ansias, con ansias!
El severo Presidente
cortar manda la cabeza
más digna de aclamaciones
que honró laureles y palmas.
¿Podré yo vivir sin él?

MARTES. Podrás, si extremos amansas,
resucitarle en tu pecho,
y prevenirle venganzas
contra todos los que intenten
de su nación inhumana
conquistar nuestras provincias,
tiranizar nuestra patria.
Crevóse de adalides,
fuele la fortuna avara,
no quiso dar le á consejos,
cumplio destinos la Parca.
¿Qué remedias con tu muerte?

MENAL. Lo que creo con tus palabras,
pues cuanto más me consuelas
más mis congojas me abrasan.
¿Cómo vivire sin vida?
¿Qué vale un cuerpo sin alma?
Ven y matemos muriendo.

MARTES. No fuera tan de eficacia
la virtud de mis estudios,
si en fe de ellos no enfrenara
los ímpetus de tus penas
que furiosos te maltratan:
voluntarte al sosiego.

ESCENA XIV

Salen ALONSO ALVARADO y otros.—Dichos

ALONSO. Resolucion es, que á España
ha de causar compasiones
que llore siempre la fama.
No quiero verle morir,
que mi tio con mis armas
debajo de sus banderas.
Mas el Presidente paga
servicios de tanta estima.
Si prudente lo mirara
con más acierto y clemencia
lograr pudiera alabanzas.
¿Orden del Rey no traía,
que si fuese de importancia
de don Gonzalo el gobierno
por él se le continuara?
¿Quién pacificó esta tierra?
¿Qué leyes cuerdas y santas
no estableció en tiempo breve,
que segunda vez repara
al virrey en aquí estudes?
Siendo esto así ¿por qué causa
no cumple lo que le ordenan?
¿Por qué la cabeza aparta
de los más valientes hombros
que dieron gloria á su patria?

MARTES. ¡Oh, Alvarado, siempre insigne!
Tu solo, entre todos, pagas
correspondencias de noble,
firme fe á tu amigo guardas.
Agradeceráte el cielo
con las obras tus palabras:
generaciones ilustres
serán de tu tronco ramas.
Villamor te dará Condes,
entrando en tu antigua casa
los mejores de Castilla,
los más célebres de España.
No piense la emulacion,
envidiosa y desventurada,
que porque Gonzalo muere
podrá en la sangre Pizarra
agotar deudos ilustres,
que en otro siglo deshagan
nubes, que torpes pretenden
con falsedad eclipsarla.
Fernando, su hermano heroico,
puesto que preso en España,
dará á sus reveses mano
que vuelva á resucitarla.
Al Marques de la Conquista
vuestra Extremadura aguarda,
luz del credito español,
nuevo Alejandro en las armas.
Malográrase en un hijo
que en Flandes tuña las aras
en servicio de sus Reyes,
que á la eternidad levanta,
mas casándose otra vez
con generosa prosapia,
dará envidia á la Ausonia
y sucesión á su casa.

MENALIP. Sí, mas no espere ninguno
que otra vez pisen sus plantas
las regiones escondidas

que el fértil Marañón baña:
concedióselo esta suerte
al que objeto de desgracias,
cede al destino inocente
y la crueldad desbarata.
No merece poseerla
nación con él tan ingrata,
que le aconseja peligros
y, en medio de ellos, le falta.

MARTES. Encubriráos nuestra tierra
el cielo, aunque á conquistarla
se atrevan, después, codicias,
que malogren su esperanza.
Morirá un Pedro de Ursua
antes que surque sus aguas,
un traidor Lope de Aguirre,
un Guzmán y un Orellana.

MENALIP. Y cuando el hado mintiera
y alguno vivo llegara
á nuestra amena provincia,
en no admitir hombres sabia,
yo estoy aquí, yo, que sobro
contra ingratos.

MARTES. Ven, hermana,
y deja, prudente, al tiempo
tus consuelos y venganzas.

(Abrese el monte y encúbrense las dos.)

ESCENA XV

ALONSO.

¿Qué voces (cielos) son estas
que asombrosas nos espantan,
y sin ver los que las forman
con presagios amenazan?
Mas los elementos mismos
en la muerte desdichada
del español más valiente,
solemnizan sus desgracias.
Este fué el fin lastimoso
de don Gonzalo; la fama
de lo contrario ha mentido.
La malicia ¿qué no engaña?
Lea historias el discreto
que ellas su inocencia amparan,
y supla en esta tragedia,
quien lo fuere, nuestras faltas.

COMEDIA FAMOSA

LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Obregón.
Cañizares.
Don Alonso de Mercado.
Don Alonso Quintanilla
Castillo.
Padilla.
Don Fernando Pizarro.
Don Gonzalo Vivero.
Doña Isabel.
Doña Francisca.
Chagón.
Don Gonzalo Pizarro.
Don Juan Pizarro.
Robles, *soldado.*
Peñafiel, *idem.*
Piurisa, *india*
El inga rey.
Dos judíos.
Guayca, *india.*
Granero.
Juan Rada.
Don Alfonso de Alvarado.
Don Pedro.
Don Rodrigo.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan dentro chirimías y trompetas como en la plaza cuando hay toros, vítores y grita, y salen Obregón y Cañizares.

Obregón. Acogerse, que el toril
está abierto, y las trompetas
hacen señal.
Cañiz. A recetas
tan viudas, lo civil
de la fuga es más seguro
que una muerte criminal.
Obregón. Otra vez hacen señal.
Cañiz. Aquel andanio es mi muro.
Obregón. ¿Hay bota?
Cañiz. Con munición
de Alaejos.
Obregón. Esa afrenta
tome Medina á su cuenta,
pues solos sus vinos son
los monarcas de Castilla.
Cañiz. Y á fe que en fe de su vino
dicen que Baco es vecino
desta populosa villa;
más todo lo forastero
suele ser más estimado.
Obregón. ¿Qué hay mas?
Cañiz. Conejo empanado
y una pierna de carnero,
tan tachonada de clavos,
y para que en mas se precie,
ojalada con la especie
villana por todos cabos
que se juntan las Molucas
en ella con Alcalá
de Henares.
Obregón. Cogense allá
robustos ajos.

CAÑIZ. Caducas
suspensiones de la taza
que tiemblan de puro añejas,
con un jamon, que en guedejas
se deshile, harán la plaza
que se te ande alrededor.
(Grita como que sueltan al toro.)
UNO. *(Dentro.)* Bravo toro.
OTROS. *(Idem.)* Guárdate, hombre.
OBREGÓN. Pedidle á la oreja el nombre
si os preciais de toreador,
dos rayos lleva en los huesos
y cuatro alas en los pies.
CAÑIZ. Barrendero valiente es:
¡por Dios, que los mas traviesos
le van despejando el coso!
OBREGÓN. A todos tiembla la barba.
CAÑIZ. ¡Fuego de Dios, como escarba
y como bufa el barroso!
UNO. *(Dentro.)* ¡Jesus, Jesus, que le mata!
OBREGÓN. ¿Cogióle?
UNO. *(Dentro.)* ¡Válgate Dios!
CAÑIZ. ¿Otra vez? De dos en dos
cita, ejecuta y remata
á pares las cabezadas.
¡Oh Minotauro español!
OBREGÓN. ¿Hiriole?
CAÑIZ. No, pero el sol
le alumbra las dos lunadas.
OBREGÓN. Descortesmente se paga
toro que hace tal castigo.
CAÑIZ. Debe de ser enemigo
del Arzobispo de Braga.
OBREGÓN. No experimento sus tretas.
CAÑIZ. A to al tablado, Obregón,
que este, sin ser postillon,
condena en las agujetas.
UNO. *(Dentro.)* ¡Corre, corre, que te alcanza!
OBREGÓN. ¡Qué bien la capa le echó
el que se le atravesó!
CAÑIZ. En ella toma venganza:
¡oh! como ojala y pespunta;
¡dale, dale! ¿hay tal porfía?
OBREGÓN. ¡Falde una ropería!
CAÑIZ. No tiene de punta á punta
palmo y medio su armazón.
OBREGÓN. Mas de algun culto dijera
que se pone bigotera.
CAÑIZ. Aguardemos, que hay rejón.
(Dentro suenan pasos de caballo con pretal.)
OBREGÓN. Alentado, caballero,
¡qué buen aire, que bizarro!
CAÑIZ. Este es Fernando Pizarro.
OBREGÓN. ¿Quién?
CAÑIZ. El Marte Perulero
El que ha dado á Carlos Quinto
un nuevo orbe, que dilata,
y de mil leguas de plata
le trae al César su quinto.
El más airoso soldado
que Italia y que Flandes vió.
OBREGÓN. ¿Este es á quien hospedó
don Alonso de Mercado?
¿El que en la justa y torneo
hizo tan festivo estrago?
CAÑIZ. El lagarto de Santiago,
en te de tan noble empleo
tiene en su pecho el lugar
que es su centro y propia esfera.
OBREGÓN. Extremadura le espera
en estatuas venerar.
Este dicen que prendió
al monarca Atabaliba,
y de una suma excesiva
de indios triunfante salió.
CAÑIZ. Cuatro hermanos son, que igualo
á los nueve héroes que dan
renombre á la fama, Juan,
Francisco, Hernando y Gonzalo,
pero el que ves sobre todos.
OBREGÓN. Su presencia lo asegura,
venturosa Extremadura.
(Suena el pretal como que se pasea.)
CAÑIZ. Es sangre, en fin, de los godos.
OBREGÓN. Ya ha dado á la plaza vuelta
y hacia el toro se encamina.
CAÑIZ. ¡Que bien al bruto examina!
¡Qué airoso que el brazo suelta
caido con el rejon!
OBREGÓN. El caballo es extremado.
CAÑIZ. Hermoso rucio rodado.
OBREGÓN. Su piel en oposicion
mezcla la nieve y la tinta
bellas manchas la hermosean.
CAÑIZ. Mas las colores campean
si la enemistad las pinta,
en éste solo se enseña
(si quieres examinarlo)
la perfeccion de un caballo
cabeza airosa y pequeña,
viva, alegre y descarnada,
los ojos grandes, arcitas
las narices, por ser puertas
del aliento, bien poblada
la crin, que el talle hace bello,
de plata, espesa y prolija,
que se escarcha y ensortija,
ancho el pecho, corto el cuello,
las dos caderas partidas,
al pisar firmes y llanos
los pies, echando las manos
afuera, y tan presumidas,
que á los estribos se atreven,
tan sujeto al freno y fiel,
que parece que con él
le habla el dueño.
OBREGÓN. Licion leven
los más diestros de lo airoso
con que el gallardo extremeño
quiere salir deste empeño.
CAÑIZ. ¡Qué atento le mira el coso!
OBREGÓN. Aguardemos esta accion,
que no es bien mientras subamos
al tablado que perdamos
tan vistosa ostentación.
(Suena el pretal como que se pasea.)
CAÑIZ. Repara con el aseo
que paso á paso se va
al toro.
OBREGÓN. ¡Que atenta está
la plaza!
CAÑIZ. El comun deseo
le favorece.

OBREGÓN. Ya el bruto
le encara, escarbando el suelo,
y hacia atrás tomado el vuelo,
airado, diestro y astuto
previene la ejecución
del golpe.

CAÑIZ. Y el don Fernando
la nuca le va buscando
con el hierro del rejón.

(Ruido del caballo y pretal, como que acomete.)

OBREGÓN. ¡Oh, quiera Dios que le acierte!

CAÑIZ. Ya le embiste.

OBREGÓN. Con el cierra.

UNO. *(Dentro.)* ¡Válgate Dios!

CAÑIZ. Cayó en tierra
el toro.

UNO. *(Dentro.)* ¡Extremada suerte!

(Chirimías.)

OBREGÓN. Tan dichosa como cuerda.

CAÑIZ. Pienso que al caballo hirió.

OBREGÓN. No pudo, que le sacó
veloz por la mano izquierda
y la presa hizo en vacío
la bestia.

CAÑIZ. Patas arriba
aplaude á quien le derriba.

OBREGÓN. Todos celebran su brío.

CAÑIZ. Dejóle dentro una braza
desde la nuca hasta el cuello.

OBREGÓN. ¡Lance airoso, golpe bello!

CAÑIZ. Vítores le da la plaza.

OBREGÓN. Y con razón, que su gala
mayor aplauso merece.

CAÑIZ. ¿En qué el toro se parece
á la comedia que es mala?

OBREGÓN. Buen enigma, alto al tablado.

CAÑIZ. ¿En qué se parecen, digo,
el toro y comedia?

OBREGÓN. Amigo,
parécense en lo silbado. *(Vanse.)*

ESCENA II

DON ALONSO DE QUINTANILLA, DON FERNANDO, *como que se apea de dar el rejón, y con hábito de Santiago, y* CANTILLO, *su criado.*

QUINTAN. Don Fernando, estos abrazos
os doy por dos parabienes,
y entrambos son tan solemnes,
que á transformarse sus lazos
en laureles, consiguieran
la dicha de coronaros,
dedicándoos por hallaros
en España, no pudieran
darme nuevas de igual gusto.
Los míos también os doy
por la acción con que honrais hoy
estas fiestas, pues fue justo,
cuando Medina del Campo,
católica, las ordena
á la Cruz, que fue de Elena
tesoro que halló en el campo,
(como el Evangelio dice)
oculto, y del orbe luz
que honrando vos con la cruz
el pecho noble y felice,
hállase en vos igual pago,
pues una y otra divina
festeja á la de Medina
hoy en vos la de Santiago.
Bizarra demostración,
tan dichosa como diestra,
acaba de darnos muestra
de que vuestros hechos son
dignos de infinitas famas,
con razón podrán teneros
si, envidia los caballeros,
en su protección las damas.
¡Sazonada y feliz suerte!

FERNAN. Tía de hallaros lo será,
dejad de encarecer ya
el dar á un bruto la muerte,
que los de toros y dados
consisten en la ventura.

QUINTAN. Juzgábala yo segura
mientras que fuimos soldados
y camaradas los dos
en Italia.

FERNAN. ¡Oh, capitán,
qué vida aquella!

QUINTAN. Ya están,
desde que faltasteis vos
las cosas tan diferentes
que no las conoceréis.

FERNAN. Mudanse, como sabéis,
los sucesos con las gentes
pero el César, Dios le guarde,
en Nápoles y en Milán
reina, huyóle Solimán,
solo con Carlos cobarde
Túnez le paga tributo,
á pesar de Barbarroja,
al ciego Sajón despoja,
cubrió el Lansgrave de luto
presunciones que Lutero
lleno de torpe arrogancia;
preso en Madrid, lloró Francia
á su Francisco primero:
Roma le dió la obediencia
(bien que á costa de Borbón):
Duques los Médicis son
con su favor en Florencia.
Capitanes y soldados
tiene de inmensos valores:
¿qué le falta?

QUINTAN. El ser mejores
siempre los tiempos pasados:
¿Acordáisos de aquel día,
que nos hallamos los dos
(alférez entonces vos)
Fernando, en la de Pavía:
cuando el Marqués de Pescara
al rey Francisco prendió,
que porque la honra negó
al Marqués, de acción tan rara,
un capitán italiano,
le desafiasteis?

FERNAN. Fue
en las hazañas y fe
prodigio algo más que humano
el Marqués. ¿Qué maravilla,
si se llamó don Fernando

de Avalos, ilustrando
sangre que le dió Castilla,
que un don Fernando volviese
por otro? E lo mereció;
mas tambien me acuerdo yo,
porque el crédito os confiese
en que el César siempre os tuvo,
que cuando Su Majestad,
después que dio libertad
al dicho Rey, y él no estuvo
firme en la correspondencia
á tanta piedad debida,
su ingratitud conocida,
é irritada su paciencia,
que de persona á persona
le envió á desafiar,
y á vos os hizo avisar,
que partiendo á Barcelona
le hiciese la compañía,
para que fuese dos á dos
el combate, que de vos
valor tanto el César fía.

QUINTAN. Excusóse el Francés desto
y quedóse mi alabanza
no más, que en esa esperanza,
pesóme, yo os lo confieso.
Dichoso vos, don Fernando,
que no cabiendo en el mundo,
buscasteis otro segundo
nuevos polos conquistando,
que el *Non plus ultra* desata,
y al César su globo humilla.

FERNAN. Don Alonso Quintanilla,
fama pretendo, no plata.

QUINTAN. Con una y otra se adquieren
blasones y estados grandes.
ricos de fama hay en Flandes,
que pobres de plata mueren.
Yo vengo ahora de allá
tan cargado de papeles,
como el honor de laureles,
pero juzgareme ya
por dichoso y bien premiado,
pues veros he merecido.

FERNAN. Todo lo que he adquirido
es vuestro.

QUINTAN. No interesado,
amigo sí, me estimad,
que son más firmes tesoros
gocemos ahora los toros,
y aquella ventana honrad,
oiréis aplausos desde ella,
que la plaza os aperciba.

(Gritos y ruido, dentro, de fuego.)

FERNAN. Quien de adulaciones vive
poco le debe á su estrella
Pero escuchad, ¿qué ruido
es este?

UNO. *(Dentro.)* Agua, que esta casa
se quema

OTRO. *(Idem.)* Agua, que se abrasa
esta acera.

OTRO. *(Idem.)* Ya ha cogido
las puertas el fuego.

OTRO *(Idem.)* Ayuda
que me abraso.

OTRO *(Idem.)* Que me quemo

OTRO *(Idem.)* Que me ahogan.

QUINTAN. ¡Triste extremo!

FERNAN. ¡Que brevemente se muda
el regocijo en cuidados!

QUINTAN. Confusa con la congoja
toda la gente se arroja
sin sentido á los tablados
desde los balcones

FERNAN. ¡Llamas
terribles, incendio extraño!

QUINTAN. El sobresalto hace el daño
mayor ¡Que de hermosas damas
sin reparar en recatos
se arrojan y precipitan!

FERNAN. ¡Y qué poco solicitan
su remedio los ingratos
pretendientes de su amor!

QUINTAN. ¿Pues qué ayuda pueden darlas,
si aunque intenten ampararlas
contra el fuego no hay valor?

FERNAN. No desamparar su lado
en peligro tan urgente.

(Gritos dentro y ruido como que se ha hundido un tablado.)

QUINTAN. La multitud de la gente
con todos hundió el tablado.

UNOS *(Dentro.)* ¡Jesus, Jesus!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me matan!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me ahogan, confesion!

FERNAN ¿Hay mas triste confusion?

OTRO *(Dentro.)* ¡Agua!

OTRO *(Idem.)* ¡Favor!

FERNAN Se retratan
sus congojas en mi pecho:
¡ah, cielos, que no haya traza
de socorreros!

QUINTAN. La plaza
va toda ahora sin provecho,
porque antes la multitud
estorba que favorece.

FERNAN. Voraz el incendio, crece
el espanto y la inquietud.

QUINTAN. En una silla han sacado
del riesgo una dama bella.

FERNAN ¡Valgame Dios! ¿No es aquella
doña Isabel de Mercado?
¿Qué espero aquí, si la adoro?

UNO. *(Dent.)* Huir, que el toril se ha abierto.

UNOS. *(Idem.)* ¡Agua!

OTROS. *(Idem.)* ¡Favor!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me han muerto!

OTROS. *(Idem.)* ¡Confesion!

QUINTAN ¡Soltóse un toro!

FERNAN. Y hacia el tablado casado
se encara contra la gente.

QUINTAN. ¡Extraña ocasion!

FERNAN. Presente
mi dama, desaire ha sido,
cuando tanto la he querido,
el no irla yo asegurar:
¿yo tengo fe? ¿yo se amar?

QUINTAN A la silla ha acometido
el bruto fiero, y los mozos
huyen, dejándola en ella

(Embraza la capa y saca la espada.)

FERNAN. Aquí valor, aquí estrella;
no ha de malograr mis gozos

la fortuna, no la suerte;
amor, esta es mi ocasión. (*Vase.*)

ESCENA III

QUINTANILLA

QUINTAN. Gallarda resolución;
tercia se envidia la muerte;
contra el bruto cara á cara
se arroja, y puesto delante
de la silla (acción de amante)
airoso á su prenda ampara.
¡Que valientes cuchilladas,
qué diestro que sale y entra,
que animoso que le encuentra,
qué atentas y que acabadas
acciones! Ni descompuesto,
ni con el riesgo turbado.
UNO (*Dentro.*) ¡Bravo golpe!
QUINTAN. Cercenado
le ha la cabeza, echo el resto
su valor; aprenda del
el ánimo y la destreza.
Dejádole ha la cabeza
al cuello, como joyel,
y dividido en pedazos
el cuerpo, la arena tiñe,
el acero heroico ciñe
y á su dama saca en brazos.

ESCENA IV

Sale DON FERNANDO *desmayada en brazos á* DOÑA ISABEL. *Después* CASTILLO *y* CHACÓN.—DICHO

FERNAN. ¡Tal desgracia y en tal día!
Su mejor flor seca el Mayo,
dos almas corto un desmayo,
la de Isabel y la mía. (*Sale* CASTILLO.)
Esta casa es principal.
Castillo, á esas puertas llama,
prevén en esta dama cama. (*Vase* CAST.º)
Si fuese (amigo) mortal
este trágico accidente,
las suertes se malograron,
que envidiosos ahogaron
los aplausos de la gente.
QUINTAN. No has que temer este extremo,
que un desmayo ocasionado
de riesgo tan apretado,
es común.
FERNAN. Su muerte temo.
QUINTAN. Las delicadas bellezas
son flores que se marchitan,
pero luego resucitan;
porque sustos y tristezas
desmayan, mas nunca matan.
(*Salen* CASTILLO *y* CHACÓN.)
CASTIL. Sube, señor, que ya aborrezco.
FERNAN. Nueva esperanza me dieron
las perlas que se desatan
bordando de cada mejilla.
QUINTAN. Pues que mora, viva está.
FERNAN. ¡Oh, amanezca este sol ya!
Don Alonso Quintanilla,
esperadme aquí, Chacón,
á don Alonso Mercado
corre á avisar del estado
en que tanta confusión
nos ha puesto, di que asisto
á su hermana mientras viene.
(*Éntrase don* FERNANDO *con la dama y también* CHACÓN.)

ESCENA V

QUINTANILLA *y* CASTILLO

QUINTAN. ¿Pues de nesta tan solemne
ha faltado?
CASTIL. No la ha visto
Poco á estas cosas se inclina,
después que A caide le ha hecho
el César, del sat sfecho,
de la Mota de Medina.
QUINTAN. Es notable fortaleza,
y en Castilla de importancia.
CASTIL. Los hijos del rey de Francia
humillaron su grandeza
tan endeble por pasion.
QUINTAN. ¿Y es don Alonso casado?
CASTIL. Hasta poner en estado
dos hermanas, perfeccion
de la hermosura y nobleza,
la desmayada Isabel
y Francisca, prenso dél,
que juzga á poca fineza
darlas cuñada, que son
tan suegras.
QUINTAN. Vuestro dueño
de la mitad deste empeño
le sacara.
CASTIL. Inclinación
muestra don Fernando extraña
á doña Isabel.
QUINTAN. Merece
todo el amor que la ofrece
su beldad.
CASTIL. Puede en España
ser espejo de doncellas
en virtud, honestidad,
recato, afabilidad
y discrecion.
QUINTAN. Partes bellas
para hacer que don Fernando
olvide al Pirú.
CASTIL. Sería
á lo menos feliz día
para aquel Orbe, si entrando
en él con tan bella esposa
don Fernando, mi señor,
diese á las Indias valor
su prosapia generosa.
Huésped suyo agasajado
ocho días ha en la Mota,
amor, que esperanzas brota,
bien puede deste Mercado
festejar dulce compañía.
QUINTAN. ¿Correspóndele la dama?
CASTIL. No sé que pase su llama
extremos de cortesía;
pues para que en mas se estime
el valor, que en ella adora,

si afable y bella enamora,
grave y honesta reprime.

ESCENA VI

Salen DON ALONSO DE MERCADO, DON FERNANDO *y* CHACON. *Dichos.*

MERCAD. Ya mi Isabel, recobrada,
volvió en sí, gracias á Dios,
porque os debamos á vos
fineza tan sazonada.
Pagáis, en fin, la posada,
que en mi casa honrado habéis
de suerte, que igual hacéis
mientras que della os sirváis
al placer, que la asistáis,
al pesar, que os ausentéis.
Medina os queda deudora;
porque sin vos, ¿qué valieran
fiestas, que tragedias fueran
sólo el temor las llora?
Con vos en gozos mejora
pesares, que amenazaron
desgracias, pero no osaron
competiros cuando os vieron,
pues dado que acometieron
cobardes, no ejecutaron.
El fuego os tuvo temor,
pues vengando nuestra injuria,
sólo hizo alarde su furia
de vuestro invicto valor.
Para que fuese mayor
creció peligrosa llama
y cuando más se derrama,
más la suerte os engrandece,
que al paso que el riesgo crece,
crece en el noble la fama.
Esta en una y otra acción
parece que duplicada
tuvo envidia vuestra espada
á vuestro airoso rejón
un toro á su ejecución
rindió la rebelde vida,
logrando en otra lucida
vuestra espada su destreza,
que á dejarle la cabeza
pudiera quedar corrida.
Muerto, en fin, á vuestros pies
confeso, añadiéndoos famas,
que aun un bruto con las damas
es razón que sea cortés
débeis mi hermana después
nueva vida y ser segundo,
y así en vuestro valor fundo
que sólo, ensalzando á España,
pudiera hacer tanta hazaña
un hombre del otro mundo.

FERNAN. Soy yo, don Alonso, amigo,
todo vuestro, y no es razón,
que prendas que vuestras son
alabéis, parte y testigo
más y con ello os obligo,
creedme, á fe de soldado,
que del Perú conquistado
no estimo en tanto el laurel
como ver vuestra Isabel
libre del riesgo pasado.
La desgracia repentina
estas fiestas lastimara,
si la beldad mía ograra
que vale más que Medina:
cesó su fatal ruina,
pasó el rigor como el rayo,
que ocasionando al desmayo
sobresaltos y temores,
si congojó nuestras flores,
volvió á alentarlas el Mayo.
Doña Isabel, mi señora,
vuelve á casa, y asegura,
cómo tras la noche oscura,
con más belleza el aurora:
venid y demos á agora
parabienes, pues no debe
sufrirse que el premio lleve
de una suerte bien lograda,
el brazo solo y la espada,
sino el alma que los mueve.

MERCAD. Airosa es la bizarría
que sabe para obligar,
del modo que en vos, juntar
al valor la cortesía:
si fuera la hermana mía
alma que el brazo os rigiera,
dichas mi casa tuviera,
que en vos estoy envidiando,
vamos. *(Vase.)*

ESCENA VII

Sale DON GONZALO DE VIVERO *y* DON FERNANDO.

VIVERO. Señor don Fernando,
aparte hablaros quisiera.

FERNAN. Don Alonso, al punto os sigo,
Quintanilla valeroso,
vernos después es forzoso.

QUINTAN. Adiós, don Fernando, amigo.
(Vanse los dos.)

ESCENA VIII

CASTILLO, DON FERNANDO *y* CHACON.

CASTIL. ¿He de quedarme contigo?

FERNAN. No, Castillo, con Chacón
en casa espera.

CASTIL. A cuestión
me huele tanto recato.

CHACON. Horma topó su zapato
que le apretará el talón.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DON FERNANDO *y* VIVERO.

FERNAN. Ved en qué serviros puedo,
pues solos nos han dejado.

VIVERO. De vuestro cortés agrado
con nuevas envidias quedo,
pero no habéis de enojaros
si apasionado y celoso
me advirtiéredes curioso
en lo que he de preguntaros

FERNAN. Escusad esa advertencia;
por que yo va ha muchos años,
que entre peligros y daños
aprendí á tener paciencia;
mas, celoso, sentiria
haberos yo ocasionado
á mal tan desesperado.
VIVERO. Vos causais la pena mia:
¿á cuál de las dos hermanas
que os hospedan, queréis bien?
FERNAN. A entrambas, porque no esten
quejosas, que en cortesanas
obligaciones no hay tasa
que reprima al libera',
ni. fuera bien querer mal
á quien me admite en su casa.
VIVERO. No os deis por desentendido
si sabeis la diferencia,
que hace la benevolencia
al amor correspondido,
¿De cuál destas sois amante?
¿quien vuestro cuidado obliga?
FERNAN. No se, por Dios, lo que os diga
á pregunta semejante:
pero podreos afirmar,
que cuando hiciera el deseo
en una ó en otra empleo,
oso tan poco fiar
á ninguno mis afectos,
que aunque dentro el alma moran
mis pensamientos, ignoran
unos de otros los secretos
Ved si será desvarío,
no siendo amigos los dos
que os fie el secreto á vos,
que al pensamiento no fio
VIVERO. Comunicando cuidados
amor su ardor procura
FERNAN. Si más las de Extremadura
somos en todo extremados,
y en semejantes desvelos
hay quien afirma (y no mal)
que amor nació en Portugal,
y en nuestra patria los celos:
éstos, huyendo ocasiones,
que con sospechas maltratan,
son tales que se recatan
de sus imaginaciones
VIVERO. Los que traigo recatados,
puesto que no tan avaros,
me obligan á provocaros,
entre otros, por dos motivos.
La envidia de vuestra fama
es el uno, porque temo
que siendo con tanto extremo,
me olvide por vos mi dama;
el otro, la enemistad
que causa la competencia
hablan de vuestra experiencia,
esfuerzo y capacidad,
con tanta ponderacion,
cuentan de vuestras hazañas
tan inauditas y extrañas
cosas, que fabulas son
Dicen que en el Occidente
vuestro animo valeroso
mataba de mil en mil
los Indios, y que su gente,
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del Sol;
que un ejército vencisteis
vos solo (seña de estopa),
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusisteis,
que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallasteis de oro un tablón
que pesaba dos quintales,
y que el Rey por redimir
su prision, hizo venir
cargados de los metales
(que han hecho tantos delitos)
sumas de Indios, que llenaron
el salon, que señalaron,
de tesoros infinitos,
y puesto que sin provecho,
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.
Que en el Cuzco despojasteis
un templo al Sol, cuyo muro
de tablones de oro puro
guarnecido, aun no apagasteis
la sed, que avarienta hechiza,
y que en otro de la Luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grande, que las menores
de cuarenta pies pasaban,
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramos, hojas, frutos,
peces, pajaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza
era todo de oro y plata.
Sume el que en números trata
si puede, tanta riqueza,
ó vos, que fuisteis testigo,
con los demás castellanos,
que hasta las trojes y granos
de maiz (que es vuestro trigo),
de ciento en ciento arrimadas,
oro afirma, quien las sueña,
hacinas había de leña
al natural imitadas,
que siendo deste metal
(sólo para ostentacion
de su vana rengion)
agotaron el caudal
al Sol, que produce el oro,
esmeraldas se quebraron,
que doce brazas pesaron,
atrevense á tal tesoro
las novelas destos dias,
con que la verdad se infama.
¿Leyó la crédula dama
libros de caballerías,
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?

Pues como cada mujer
juzga estas burlas por veras,
y agrada todo lo nuevo
y á cada dama en Medina,
que tiene en vos imagina
un caballero del Febo,
un Artus, un Amadís,
y que si os llega á obligar,
en dote le habéis de dar
tres ó cuatro Potosís,
aumentáis este deseo
con las suertes que lograsteis
en los toros que matasteis,
y en lo airado del torneo.
La dama que socorristeis
os confiesa obligación,
su hermana os muestra afición:
de toda la plaza oísteis
aplausos, que hasta los cielos
vuestra alabanza subliman,
y sólo á mí me lastiman
penas, envidias y celos.
Yo adoro á una de las dos,
que me obligó á preguntaros
cuál dellas basto á prendaros,
y pues no alcanzo de vos
noticias, que me encubrís,
tampoco quiero deciros
su nombre, que intento heriros
por los filos que me heris,
mas aseguraros puedo
que, puesto que no admitido,
no me quejo aborrecido.
Entre Medina y Olmedo,
mi patria, la vecindad
y frecuencia de sus nobles
suele hacer con lazos dobles
parentesco la amistad.
Esta, y amor que me abrasa,
me ha obligado á que recele
el riesgo que causar suele
un competidor, y en casa,
á esperanzas que de fuera,
marchitándolas en flor,
como es frecuencia el amor
distante se desespera.
Sólo un reparo procura
mi resolución honrada,
que es por medio de la espada,
probar con vos mi ventura;
pues muriendo á vuestras manos
gano en lugar de perder,
con quien supo merecer
tantos laureles indianos,
y si os doy, por dicha, muerte,
que estos lances son acaso,
toda vuestra fama paso
á mi venturosa suerte,
pues dando nuevo valor
al esfuerzo, siempre han sido
las hazañas del vencido
despojos del vencedor.

FERNAN Desacertados desvelos
mi cólera han provocado
puesto que quedo vengado
con haberos dado celos,
mas porque advirtáis cuán lejos
me tenéis de castigaros,
quiero en lugar de enojaros,
serviros con dos consejos.
El uno es, que en ocasiones
semejantes, procuréis
ser, antes que os empeñéis,
señor de vuestras acciones,
pues si contra el ofendido
os arrojáis destemplado,
el reñir desbaratado
es lo mismo que vencido.
El segundo, que primero
que toméis resolución,
averigüéis la ocasión
con que sacáis el acero,
porque arriesgar vida y fama
sin certeza del agravio,
ni es acción de pecho sabio
ni medrará vuestra dama,
sino es la publicidad
que con desdoro indiscreto
en ofensa del secreto
eclipse su honestidad.
Respetos de la hermosura
piden atento el cuidado,
que honor y vidrio quebrado
nunca admiten soldadura,
y las de quien huésped fui
(que de hoy más no lo seré)
conservan el suyo en pie
de suerte, que es frenesí
imaginar, que conmigo
den átomos de ocasión
á vuestra imaginación,
porque es el cielo testigo,
que puesto que he examinado
por lo exterior los afectos,
que dentro el alma secretos
no siempre encierra el cuidado,
jamás en la que es mi dueño
pudo un descuido ó mudanza
dar alas á mi esperanza;
porque el agrado risueño
que una mujer principal
muestra al huésped de valor,
si es el regalo mayor,
no por eso da señal
con que, pasando de raya,
su amor intimarle pueda;
que quien sin agrado hospeda
dice al huésped que se vaya.
Ya os constará, según esto,
cuán poco seguro estoy
de que preferido soy
á vuestro amor, mas supuesto,
que con empeños mayores
se agravian vuestros recelos,
(que el cuerdo no pide celos
si antes no adquirió favores)
porque yo estos no os impida,
os doy mi fe de buscar
color con que despejar
la casa (si agradecida
no profanada por mí)
ó ausentándome mañana
á vuestra sospecha vana
satisfacer. Mas si así

aun no basto á aseguraros,
ya veis que el puesto y la hora,
de vuestra dama desdora
la opinion, que ha de obligaros:
volved cuando enmudeciendo
la noche lenguas al dia,
honeste vuestra porfia
con valor y sin estruendo,
que á las doce, sin dar nota
á la gente que nos ve,
en el terrero estaré
del Castillo de la Mota. (Vase.)

ESCENA X

VIVERO.

Este hombre junto al valor
la prudencia y el respeto,
obligando en lo discreto
da en lo valiente temor,
mas yo con celos y amor,
¿como podré en su alabanza
desbaratar mi venganza
mientras no supone del
que no es mi doña Isabel
el blanco de su esperanza?
Como por conjeturas,
que quiere bien donde vive,
pero ignoro á quien recibe
por dueño de sus venturas,
si de las dos hermosuras
me encubre la que me toca,
lo que me niega su boca,
mi industria averiguará,
que con celos mal podrá
ser muda la de dad loca.
Esta noche ha de aguardarme
como ofrece en el terrero,
buscar un amigo quiero,
que en esto pueda ayudarme.
¿Qué mucho, que atormentarme
llegue el dudar y el temer?
mi opuesto rico, mujer
la causa de mi cuidado,
el todo oro, ella *mercado*,
y amor comprar y vender. (Vase.)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL Y DOÑA FRANCISCA.

ISABEL. Aquí entre la amenidad
destos álamos, que son
del castillo guarnición,
que vivimos, si es verdad
que amor gobierna tu seso,
y yo merezco saber
quien te llega á merecer,
me vuelve á referir eso,
que estuve poco advertida
en casa á tu relación,
en fe de la turbación
que puso á riesgo mi vida.
parece que el huesped nuestro
te ha dado en que desvelar,
vuelveme, hermana, á contar
estas novedades.

FRANCIS. Muestro
en declararte, Isabel,
mi pecho, el último afeto
que te tengo.

ISABEL. Amor secreto,
aunque seguro, es cruel.

FRANCIS. Digo, pues, que desde el dia,
que este hechicero Pizarro
me deleitó en lo bizarro
y obligó en la cortesía,
di lugar á pensamientos
que hasta entonces sosegados
ya quieren amotinados
ser causa de mis tormentos.
Considere su valor,
y que, Alejandro segundo,
conquistando un nuevo mundo
se le dió á su Emperador.
Bastaba esto para hacerle
señor de mi voluntad,
¿que hará pues mi libertad
si esta tarde llego á verle
aplaudido de las damas,
envidiado de los nobles,
añadir con suertes dobles
dicha á dichas, fama á famas?
De todo el pueblo querido,
de la fortuna amparado,
de la plaza celebrado,
de los cobardes temido,
y, en fin, de tu vida dueño,
pues sola amparada del,
nos hizo doña Isabel
deudoras de tanto empeño:
¿que mas quieres que te diga?
saca tu por consecuencias,
si discurres, evidencias,
que no quiere que prosiga
la lengua, corta en hablar,
si larga el alma en querer.

ISABEL. Mucho te llego á deber,
pues quieres por mi pagar
deudas que yo sola debo,
pues si bien nuestros cuidados,
si obligan mancomunados,
yo que el mayor logro llevo
desta usura, era razó
que este empeño asegurase,
y liberal te sacase
de tan nueva obligación.

FRANCIS. ¿Pues amas á don Fernando?

ISABEL. No, pero si es acreedor,
y tu le tienes amor
por eso, ya estoy culpando
mi remiso natural,
y que en deudas semejantes
á la paga te adelantes
siendo yo la principal.

FRANCIS. ¡Ay!, hermana, esos desvelos
si no envidia, celos son.

ISABEL. Primero entra la afición
y esta abre puerta á los celos.
Don Fernando ocupa ahora
(mas que en nuestros galanteos)
en la guerra sus deseos,
que Marte no se enamora
mientras que no se desnuda

el arnés todo rigor;
mándale el Emperador
que otra vez al Piru acuda,
y si se ha de partir luego,
y aquí de prestado está,
¿quién duda que apagará
tanto mar tan poco fuego?

FRANCIS. No sé que el mar le consuma,
que si en Chipre se crió
amor, su madre nació,
perla en nácar, de su espuma.
Pero, ¿qué te importa á ti
que yo me esponga á su olvido?

ISABEL. Ver, Francisca, que has querido
pagar finezas por mí,
y desearte empleada
en seguras profesiones,
sin que flores dilaciones,
antes viuda, que casada.
Que gozos que no aseguran
no se deben pretender
y hay cosas que al parecer,
dele tan pero no duran:
luz de relámpago breve,
sol y flores por Febrero,
amistad de pasajero,
bebida en Julio, de nieve,
y presunción de belleza
que al espejo se ha mirado,
son como amor de soldado
que se acaba cuando empieza.

FRANCIS. Nunca tan moral te vi;
mas celos, Isabel mía,
son todos filosofía
y leen cátedra por ti.
Pero mi hermano y el dueño
de nuestra conversación,
están aquí.

ESCENA XII

Salen DON ALONSO MERCADO *y* DON FERNANDO. DICHOS.

FERNAN. La ocasión
insta, y el plazo es pequeño;
mándame el César que al punto
me parta, amigo, á embarcar,
mañana pienso marchar.

MERCAD. Dáisnos don Fernando junto
el gozo y los sentimientos,
menos mal hubiera sido
el no haberlos merecido
nuestro huésped.

FERNAN. Son violentos
los preceptos de la Corte.

MERCAD. ¿Pues por qué dan tantas prisas?

FERNAN. Reinan ahora las brisas
en los piélagos del norte,
y, si esperamos las calmas
de Julio, es flema penosa.

MERCAD. Con prisa tan rigurosa
nos lleváis tras vos las almas.
Góceos, Medina, siquiera
esta semana.

FERNAN. Han llegado
camaradas, que he obligado
á este viaje, y quisiera
que con cuatro compañías
que llevo á esta embarcación
no hiciese la dilación,
como suele, demasías.
Ya sabéis cuán fácilmente
la gente se desbarata,
y cuán mal los pueblos trata
en que se alojan.

MERCAD. Urgente
causa dais ¿que hemos de hacer?
Hablad á mis dos hermanas.

FERNAN. Las perfecciones humanas (1)
que en ellas merecí ver,
han de hacerme mal pasaje
con su memoria.

MERCAD. Ojalá
la prisa que el César da,
amigo, á vuestro viaje,
fuera menos que mi intento
imaginaba obligaros,
(si alguna pudo inclinaros)
á que fuesedes de asiento
dueño, y no huésped de casa.

FERNAN. ¿Qué más dicha, á haber en mí
méritos que no adquirí
y la fortuna me tasa?
Empleos más generosos,
don Alonso, las buscad,
que merece su beldad
dos Césares por esposos.

FRANCIS. ¿No nos daréis permisión,
hermano, para llegar
á agradecer y pagar
tan precisa obligación
como al señor don Fernando
Isabel y yo tenemos?

ISABEL. Avaro de suerte os vemos
en esta parte, ocupando
el tiempo todo con él,
que estoy por pediros celos.

MERCAD. Pedídselos á los cielos,
que envidiosos, mi Isabel,
nos le ausentan.

ISABEL. ¿Cómo, ó cuándo?

MERCAD. Mañana si á resistillo
no bastáis.

ISABEL. Este castillo,
si fué, señor don Fernando,
limitada habitación
que os regaló cortamente,
ya, desde hoy, por de incuente,
os servirá de prisión
porque obligar dando vida
y sin que se satisfaga
rehusar admitir la paga,
si no igual agradecida,
ni dar término al aprecio
que pide tanta importancia,
ó es género de arrogancia,
ó especie de menosprecio.

FRANCIS. No es posible que queráis
deslucir tan razonado
favor, como ha interesado
mi hermana, si os ausentáis

(1) En el original dice «sobrinas» y «adivinas» pero es errata evidente.

FERNAN. Antes, señoras, pretendo
no añadir obligaciones
que os confieso en ocasiones
que os estoy tantas debiendo;
porque el servicio pequeño
que esta tarde os satisfago
favor fué, que se me hace,
y yo el deudor de su empeño,
que, aun no amarme el temeroso
en el peligro en que os vi,
¿qué dicha ó suerte hubo en mí
que no os diese deberos?
Vos pusistes en acierto
de mi espada agradecida,
porque á quedar vos sin vida
el perderla yo era cierto,
y pues con aquel favor
mi dicha ap ausos mejora
y siendo vos mi acreedora
me empeñeis vuestro deudor,
no me culpéis si adelanto
mi ausencia por no aumentar
deudas, sin poder pagar
ISABEL. Quedad dos por entanto
no se intentara la prenda.
FRANCIS. Preso estáis y ejecutado.
FERNAN. Soltadme, pues, en fiado,
que donde falta la hacienda
es bien que se le permita
irla á buscar al deudor.
ISABEL. Contentarme puede el fiador
que nos deis.
FERNAN. Si se acredita
mi palabra, yo os la empeño
de volver de aquí á dos años.
ISABEL. Largo plazo, pero extraños
los intereses del dueño.
MERCAD. La paciencia hará por él
lo que en Jacob por su dama.
ISABEL. Por que no ilustra la fama
lo que pasó Raquel.
¿Por ventura era menor
el tormento que sufría
Jacob engañ. con Lia
dilaciones de su amor,
Raquel sola con más fieles
finezas dilató engaños
MERCAD. No son catorce dos años,
puesto que sean dos Raqueles
las hermanas, que hadas
en vuestra palabra y fe,
os aguardarán.
FERNAN. Tendré
hasta entonces represadas
esperanzas, que despues
cumplidas, don Alonso, vos.
MERCAD. Si ¿mas en cual de las dos
fundáis las vuestras?
FERNAN. Cortés,
la modestia siempre cuerda,
teme mi feliz fortuna
que por señalar la una
la gracia de la otra pierda;
y así, guardando el decoro
que debo, afectos amigo
pues ¡oh don Alonso amigo!
que al paso que la una adoro
tengo á la otra respeto
Mis camaradas están
aguardándome y tendrán
quejas justas, que, en efecto
dejan su patria por mí,
si á visitarlos no voy,
permitidme que por hoy
los acompañe, que así
cumpliré finezas podré
con que el noble amigos gane.
Volveré por la mañana,
y en prendas os dejaré,
de la palabra que he dado,
un alma que en compañía
del favor y cortesía
que en vos he experimentado
estará en su natural,
pues dando, señoras, muestra,
que empeñada es prenda vuestra
no sabréis de tratarla mal (Vase.)

ESCENA XIII

DOÑA ISABEL, DOÑA FRANCISCA Y MERCADO

ISABEL. ¡Qué apacible!
FRANCIS. ¡Que discreto!
MERCAD. Soledad nos ha de hacer
pero, en fin, si ha de volver
dichoso, dueño os prometo
á la una de las dos. (Vase Mercado.)

ESCENA XIV

DOÑA ISABEL Y DOÑA FRANCISCA

ISABEL. Trágale el cielo con bien.
FRANCIS. Si los efectos se ven
del alma y amor, que es Dios,
penetra los corazones,
perdido se va por mí.
ISABEL. Nunca yo crédito dí,
Francisca, á equivocaciones;
y si bien no me ha decido
finezas de bien querer,
no por eso he de perder
la parte que me ha cabido
en el amor que confiesa,
que de ingrata me notara
si su amor menospreciara.
FRANCIS. Será por lo que te pesa
de ver que de mí se agrada.
ISABEL. Antes quedo persuadida
que al paso que se presumida
has de correrte burlada. (Vanse.)

ESCENA XV

Salen DON GONZALO DE VIVERO Y PADILLA

VIVERO.

¿Ya vienes enterado
en lo que has de decirle?

PADILLA.

Ya he estudiado
tu pensamiento todo.
Yo he de llegar á hablarle, mas de modo,

que crea que imagino,
que te hablo á ti.

VIVERO.

Sacarle determino,
Padilla, desta suerte,
si á mi Isabel adora, ó con su muerte
asegurar desvelos.

PADILLA.

Valiente es, pero mas lo son los celos;
daréle de tu dama
el fingido recado, pues si la ama
fuerza es que sentimientos
manifiesten ocultos pensamientos,
que gatos y celosos desatinos
despiertan con sus quejas los vecinos.

(Sale don Fernando.)

VIVERO.

Este es sin duda.

PADILLA.

Sea.

VIVERO.

Aquí me aparto, porque no me vea.
Padilla, sé discreto
y averigua, ingenioso, este secreto,
que si sirve á la dama de mi prenda,
señor puedes llamarte de mi hacienda.

(Retírase.)

ESCENA XVI

DON FERNANDO, luego PADILLA.

FERNAN. Las once el reloj ha dado:
ya vendrá mi opositor,
que poco duerme el amor
con sospechas desvelado.

(Llegase Padilla embozado y habla á don Fernando.)

PADILLA. Don Gonzalo de Vivero,
doña Isabel, mi señora,
como los celos no ignora
que os ha dado el forastero
me previno á que saliese
á este sitio á aseguraros,
¡harto se holgára de hablaros!
mas si su huésped viniese,
que aguardan para cenar,
ocasionara malicias,
mándame que os pida albricias,
y bien me las podeis dar,
porque se parte mañana
el estorbo que temeis.
Si de su boca queréis
informaros, la ventana
frecuentada os dará audiencia,
volviendo antes que se ría
la aurora, madre del día.
Añadid á la paciencia
que hasta ahora habeis tenido
la que os pide hasta este plazo,
que harto siente el embarazo
que estas noches ha impedido
el hablaros, pues sin vos
no hay cosa que la consuele
ya sabéis por donde suele
hablaros: volved y adiós.

(Vase.)

ESCENA XVII

DON FERNANDO.

De inadvertido tercero
se fió esta vez el amor;
basta, que mi opositor
es don Gonzalo Vivero.
¡Ah, cielos! no tan severo
quisiera yo el desengaño,
pues aunque cure este engaño
mi perdida libertad,
tal vez en la enfermedad
hace el remedio más daño.
¡Amor! ¿Celos al partirme?
¿Desengaños por la posta?
¡Qué mala ayuda de costa
para poder divertirme!
¡Qué bien hice en resistirme!
¡Qué mejor en recelarme!
¡Qué cuerdo en no declararme!
¡Qué ignorante en detenerme!
¡Qué infeliz en ausentarme!
Privilegiada creía
de amor la honesta beldad
que amé, pero en esta edad
con ellas nace y se cría.
Creer que hay plaza vacía
en bellezas con sazón,
es ignorante opinión
pretendan amantes tiernos
en damas, como en gobiernos,
le futura sucesión.
Yo dejaré malograda
mi memoria inadvertida
como prenda que se olvida
al salir de la posada.
Doña Isabel obligada
á don Gonzalo, ha deshecho
máquinas que, sin provecho
ni locura edificó,
que amándola antes que yo,
no he de usurparle el derecho.

ESCENA XVIII

Sale VIVERO. Dicho.

VIVERO. (Aparte.) Con mis intentos salí,
mis dudas certifiqué,
sus querellas escuché,
su discreción advertí,
sentenciado ha contra sí
la razón me favorezca
sola esta vez. No os parezca

(Llegase á don Fernando.)

que descuidado ó cobarde
os vengo á buscar tan tarde.

FERNAN. No lo es mientras no amanezca,
si bien primero que vos
cierto desengaño y no
que siendo nuestro padrino
en paz nos puso á los dos
Don Gonzalo de Vivero.

de cierto aviso he sabido
que queréis y sois querido,
y en esta parte prehero
la justa acción que tenéis,
porque yo (puesto que amante
de vuestra dama) ignorante
del favor que poseéis,
aunque os fuí competidor,
hasta este punto no he dado
indicios de mi cuidado,
ni he merecido favor
de que poderme alabar
que me haya á vos antepuesto.
Pero tengo, fuera de esto,
algunas que as que os dar
que el noble favorecido
de su prenda, tan sin tasa,
que á las rejas de su casa
cada noche es admitido,
con damas de jerarquía
como la que vos servís,
mientras que no veis ni oís
desdoros, no es cortesía
ni fineza de discreto
arrojaros á creer
della lo que pudo ser,
ni aún lo que es, si está secreto,
pues mientras tuvisteis della
imaginación tan vana
la sospechasteis liviana
que sobró para ofendella;
y la mujer principal
que recatada y honesta
su voluntad manifiesta
á quien se la muestra igual,
es, la vez que se declara,
tan á fuerza de rigores,
como afirman los colores
que amanecen en su cara.
Esta ofensa es suya y mía
porque contra la elección
que hizo en ella mi afición,
sospechaste's que podía
inconsiderado amar,
llevado de su hermosura,
dama tan poco segura
que se pudiese mudar.
Ofenderla y ofenderme
son dos delitos en uno,
pero no es tiempo oportuno
este de satisfacerme,
que quiere ya amanecer
y os espera vuestra dama
donde otras veces mi llama
(que no llegó á merecer
lo mucho que envidio en vos)
que sirve hasta en esto,
habiadla, que en este puesto,
en vez de reñir los dos,
he de alcanzar con su hermano,
puesto que hoy he de partirme,
que vuestras dichas confirme
y os dé de esposa la mano.

VIVERO. Puesto que en todo bizarro,
don Fernando generoso,
intente salir airoso,
celos del valor, Pizarro,
más que de doña Isabel
mudaron los de mi amor,
ya yo os soy competidor,
no en la dama sino en él.
Ni doña Isabel me espera,
ni el recado, que en mi nombre
os dieron suyo, os asombre,
que todo esto fué quimera
de mi sospecha inventada
para averiguar la prenda
que adoráis, ni esto os ofenda,
ni la victoriosa espada
enmiende temeridades
ya reformadas en mí,
los hidalgos brazos sí
que eternicen amistades.
Restauraos á la esperanza
que mi envidia os malogró,
que no he de competir yo
con quien en todo me alcanza,
vos supisteis merecerla,
en las fiestas obligarla,
en los peligros ampararla,
en la opinión defenderla.
vos reprimís mis pasiones,
yo me doy por convencido,
que más fama han adquirido
que las armas, las razones
Al Perú he de acompañaros,
esto habéis de concederme.

FERNAN. Si cortés queréis vencerme,
amigo, intento imitaros
hoy habeis de ser esposo
de doña Isabel, por Dios.

VIVERO ¡Vive el cielo, que si en vos
(con los demás generoso)
falta esta virtud conmigo,
que aquí me habéis de quitar
la vida; ya no sé amar,
ya en vuestra milicia sigo
las armas, que el ocio infama,
ó darme muerte ó seguros.

FERNAN. Con la vida he de serviros,
y ..

VIVERO. No digáis con la dama,
que esa os toca de derecho

FERNAN. Ya mi camarada os nombro

VIVERO Con tal blasón seré asombro
del nuevo mundo, esto es hecho
amaneció con el día
la dicha que apetecí.

(Tocan á marchar

¿qué es esto?

FERNAN. Verá por mí
marchando la compañía,
que, con otras, por mandado
del César, mandé aprestar.

VIVERO. ¿Luego, hoy habéis de marchar?

FERNAN. Tengo el tiempo tan tasado,
que es fuerza que de esta villa
salga al punto. Prevenidos
podéis despacio, y partidos
á la posta, que en Sevilla
os aguardaré, si acaso
no mudáis de parecer.

VIVERO. Ni á Olmedo tengo de ver,
ni apartarme un solo paso

de vos; joyas y dineros
traigo, que es la prevención
de más provecho y sazón.

FERNAN. Siendo los dos compañeros,
todo cuanto yo poseo
por dueño propio os tendrá.

(Tocan, y sale CASTILLO.)

ESCENA XIX

DICHOS Y CASTILLO

CASTIL. Deseosa la gente está
de marchar.

FERNAN. Pues su deseo
cumplamos; mas despedirme
de don Alonso, es precisa
obligación.

ESCENA XX

Sale don ALONSO DE MERCADO. – DICHOS

MERCAD. ¿Tan deprisa,
don Fernando, sin decirme
el cuándo? Este disfavor
las leyes de agravio excede.

FERNAN. Deuder que pagar no puede,
la cara huye al acreedor.
Así, excuso sentimientos
de partirme y de dejaros.

(Salen á una ventana doña ISABEL *y* doña FRANCISCA.)

MERCAD. Mis hermanas han de daros
quejas justas, y escarmientos
al amor que os han tenido;
á la ventana os están
culpando.

FERNAN. *(Hacelas cortesías.)* Disminuirán
querellas, si han advertido
que yo vendolas á ver,
la jornada han de estorbarme;
porque hablarlas y ausentarme
¿cómo, amigo, podrá ser?

MERCAD. Para todo hallais salida,
no sé qué regalo os hacen,
si los cortos satisfacen,
de ropa blanca (en partida
tan breve, nunca se labra
lo que la obligación pide)
pero como no se olvide
su amor y vuestra palabra,
desvelaránse las dos
por gozar vuestra venida.

FERNAN. Quien bien quiere tarde olvida:
adios, caro amigo.

MERCAD. Adiós.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra cajas y clarines, batalla dentro y fuera entre indios y españoles. Sale don FERNANDO *con rodela y espada desnuda.*

FERNANDO.

¡Ea, valor de España;
asombro de la envidia,
esta es, sin ejemplar, única hazaña,
mas gloria ha de ganar quien con más gloria
trescientos mil y más son los contrarios
menos somos nosotros de trescientos,
ya están, en ordinarios
asaltos semejantes, los alientos
de vuestro esfuerzo heroico acostumbrados
á ejercitos vencer desbaratados.

ESCENA II

Sale don GONZALO PIZARRO *del mismo modo.* – DI

GONZALO PIZARRO.

Aunque la tierra brote más que yerbas
bárbaros atrevidos;
aunque las nubes llueva multitudes,
sus cervices proteivas,
sus arcos presumidos,
trofeo han de ilustrar nuestras virtudes.
Pizarro soy, ¿qué importa
que infinidades vengan,
que en el Cuzco imperial situados tengan
trescientos mil á menos de trescientos?
Más nos caben por uno;
ojalá que añadiera
la fama, por crecernos nuevas famas,
más bárbaros que arenas á Neptuno
en su cerulea esfera
su pelago, que espumas y que escamas
faltara de esta suerte
papel á las historias,
plumas á las victorias
y vidas que quitar despues la muerte

ESCENA III

Sale don JUAN *herido en la cabeza.* – DICHO

JUAN

La sangre de esta herida
de modo me acrecienta
el valor, el esfuerzo, los deseos
que á gota cada vida
de idólatras vencer mi fama intenta.
Ciudadoso interés de mis empeños
¡oh, invicto don Fernando!
¡oh, Gonzalo, blasón de Extremadura!
no espada, vuestros hechos envidiando,
os intenta imitar, más ¡que hazaña
pretenderme igualar á los Pizarros
al entos que hoy he visto en vuestro acero,
si de cuatro Pizarros
soy el menor hermano!

FERNANDO.

Y el primero,
en el valor, de todos,
laureo de España, triunfo de los Godos.

GONZALO PIZARRO.

Don Juan ¿estáis herido?

JUAN.

Un dardo arrojadizo en la cabeza
probar ha pretendido
si soy mortal, no es nada.

FERNANDO.

Fortaleza,
don Juan, que no acompaña la cordura
no es fortaleza, llámase locura.
Retiráos porque os cure el cirujano.

JUAN.

¿Qué es retirar ahora?

GONZALO PIZARRO.

Mirad que os desangrás.

JUAN.

Soy vuestro hermano,
sangre en mis venas suficiente mora:
apretadme este lienzo, *(Apriétansele.)*
que harta me sobra si con ella venzo.

FERNANDO.

Haced, Juan, lo que os digo.

JUAN.

¿Qué cura pueden darme
cuando con tanta suma el enemigo
nos intenta oprimir? ¿Qué han de aplicarme
si aquí la plaza de armas es botica,
la cama el arrimarse al muro ó pica,
y unguentos contra flechas y lanzadas
enjundias de los muertos que quemadas
y en hilas embebidas
antes crecen que curan las heridas?

FERNANDO.

Don Juan, vuestra persona
importa al César más que mil soldados,
añadid este imperio á su corona:
los ímpetus con tiento sazonados,
pintan á las hazañas la obediencia,
que no hay victorias donde no hay prudencia.
Retiráos á curar.

ESCENA IV

Salen DON GONZALO VIVERO *y* DICHOS.

VIVERO.

Pizarros fuertes,
guardad para ocasión más acertada
las vidas que amenazan vuestras muertes,
si hoy no hacéis una bella retirada.
El Inga rebelado, de la sierra
que en los Andes el paso al viento cierra,
marcha con tres ejércitos, y en ellos
cuando contar su multitud intenta
se pierde la aritmética en la cuenta.
La fortaleza que del Cuzco asombro
de todo el orbe asombro,
avergonzó pirámides al Nilo,
y como Atlante al cielo arrima el hombro,
ganó el bárbaro fiero
Doscientos mil la guardan y presidian;
trescientos sois, no más, y aunque os envidian
los nueve de la Fama, vuestro acero
intentará imposibles contra tantos
ocasionando la piedad á tantos.

FERNANDO.

Vivero valeroso,
¿ese es consejo digno de la fama
que vuestro pecho alienta generoso?
¿Que huyamos, nos decís, cuando nos llama
sangre española, varonil denuedo?
¿Vos de Castilla sois? ¿Vos sois de Olmedo?
¿Que receléis el vario de la suerte?
Acordaos que en Medina
tuvisteis las victorias, que ganaron
los que este Imperio al César conquistaron,
por desluciros hazaña,
y el blasonar España,
vencer gentes desnudas y sin ropa,
cuando lo sospechábades de estopa
¿Como, pues, en tal traje ¡oh gran Vivero!
si son de estopa los temores de acero?

VIVERO.

Yo, don Fernando ilustre,
no temo, no recelo, ni rehuso,
dar á mi patria lustre,
desde que os conozco y la amistad me puso
á vuestro mismo lado,
y en la milicia soy vuestro soldado.
Un año ha, que el gobierno
del Cuzco moderáis: ¡ojalá eterno
en vos se perpetuara!
Cuando esto fué ha, que el indio ciego
ni en perdida reparo
ni sabe descansar, pues Troya al fuego
de sus flechas, de nuevo, arrojadizas
sabe que fué ciudad, yace cenizas.
Cuántas veces la luna,
recien nacida en plateada cuna,
nos ha mostrado el mes nueva,
rebelde, liga su fortuna prueba
y gran zando de esas formidables
sierras, que el cielo intiman obeliscos,
llueven diluvios, bárbaros sus riscos,
de gentes en tropas innumerables,
en sus tercios formados, de tal suerte,
que lo que menos que temor es la muerte.
Diga la fama la atención, la envidia
si mientras vuestro brazo vence y lidia,
yo inseparable á vuestro mismo lado
me puede reprehender vuestro soldado.
Luego no es este miedo, es experiencia
que me sabe enseñar esta prudencia.

FERNANDO.

Valeroso Vivero,
sabio arguís y peleáis guerrero.
Mas cuando se aventura
la fama, el retirarse no es cordura.
El Marqués don Francisco, que está en Lima,
me ha puesto esta ciudad y está á mi cargo,
si después de peligro y sitio largo
que un año ha nos ha sustentado,
en la nueve, que de temor inflame,
á Lima hemos huido,
¿qué maravilla que después derrame
arrogancias, y haga que se atreva entre
los indios, se prevenga,
y en el llano español en poco tengan,
con que añadiendo al daño inconvenientes
y haciéndose la empresa más terrible
restaurarla después sea imposible?
¡No hermanos, no Vivero:
morir por la honra y por la fe primero!

JUAN

Eso es lo que yo digo.
¡Al asalto, famoso don Fernando,
crezca en la multitud nuestro enemigo,
no en la fortuna que te está adulando!
Volvamos á ganar la fortaleza

TODOS.

¡Al asalto, al asalto!

FERNANDO.

Esa es fineza
de Extremadura sola
¡Al asalto, señores,
que si hasta aquí triunfantes vencedores,
la fortuna esta vez es española!
Don Juan, en la cabeza una celada
ampare vuestra vida

JUAN

Dolerá con su estorbo más la herida
¡Al arma, al arma amigos,
hazañas de unos y otros sean testigos
del esfuerzo invencible castellano!

FERNANDO.

Hállenos el Marqués (aunque es mi hermano)
de suerte victoriosos
que tenga envidia.

GONZALO PIZARRO.

Amigos valerosos,
inmortalicemos hoy la justa guerra.

UNOS.

¡Santiago!

OTROS.

¡Al asalto!

TODOS.

¡España cierra!

(Pelean otra vez.)

ESCENA V

Salen INGA *y algunos indios con arcos y flechas*

INGA. Si mi inmenso padre el Sol,
si la soberana Luna,
mi madre, si la fortuna
para al al nombre español
dejasen hoy de ayudarme,
hoy que tal ocasión tengo,
hoy que en el Cuzco prevengo
victorioso coronarme,
dudaré de su deidad,
creeré que estos españoles
son, contra el Sol, muchos soles
que eclipsan su claridad
La fortaleza (prodigio
del mundo, en cuyos cuidados
todos mis antepasados,
desde el primero vestigio,
levantaron hasta el cielo,
pues su cabeza imperial
de la Luna pedestal
osa á su globo ser vuelo)
es ya mía: conquistóla
mi fogosa juventud,
la lealtad la multitud,
contra la fama española.
Acabe yo de arrancar
estas reliquias pequeñas,
estas Pizarras, o peñas,
hijos abortos del mar,
ponga yo por hombre y orla
las armas que en ellos busco,
vuelva á coronarme el Cuzco,
y ña mis sienes su borla.
Tres ejércitos combaten
por tres partes: la pequeña
cantidad de hombres que enseña
en cada cual muchos Martes,
ciento dellos, en cada una
contra cien mil, mis vasallos
á soplos pueden matallos
¡Inclito Sol, madre Luna,
no les deis valor, no aliento!
¿Trescientos no? Aunque fueran
hormigas los consumieran.
más aristas lleva el viento,
más flores á la ganadaña
rinden de un golpe los que los
¡Mis indios, al arma, al arma!

UNO. *(Dentro.)* ¡Santiago, cierra España!

INGA. ¡Emprended fuego en las casas
con armas arrojadizas!
En el Cuzco son pajizas:
resuelvanse, pues, en brasas,
no haga el incendio distinto
el sexo que el color priva

UNO. *(Dentro.)* ¡Viva el Inga!

MUCHOS *(Idem.)* ¡Venga y v

OTROS *(Idem.)* ¡Viva el César Carlos qui

INGA. Al cielo las llamas vuelvan,
diluvios de fuego son:
los gritos, la confusión
y el humo turban y ciegan
hasta las esferas sumas
(amen llamas las estrellas).
¡Oh, si muriesen en ellas
los hijos de las espumas!
Los Viracochas expulsos
por no sufrirlos el mar,
¿Hasta cuándo han de triunfar
formidables sus impulsos?
¡Ea, mis indios leales,
aquí el valor, aquí el celo!
¡Un Viracocha del cielo
con mis agrosas señales
llega atropellando nubes
sobre un bruto que de nieve,
es raso en lo airoso y leve

Baja de una nube á tiempo que [illegible] *Juan. Sacude [illegible] y huyendo los indios.*

¡Oh, tú que bates y subes
y vestido de metal
que cual plata resplandece
y España en manos ofrece
para nuestro fin fatal!
¿qué eres que, toda luz,
tan pavorosos estragos has hecho?
¿qué en ese tu ovado pecho
rubí y grana honra la cruz?

¿quién eres tú, que estoy ciego
y absorto de ver tu estrago?

(Desaparécese el Apóstol.)

TODOS. *(Dentro.)* El Apóstol Santiago
nos da favor.

INGA. Todo el fuego
que el Cuzco empezó á encender,
ya ineficaces sus brasas,
volando sobre las casas
va apagando una mujer.

(Nuestra Señora, con una limeta de agua, se aparece rociando las llamas y volando por encima de los muros.)

Su resplandor, su belleza
deidad soberana arguye,
á su hermosa presencia huye
el fuego, á su fortaleza,
reconocido el sol mismo
tiembla de ver su arrebol.
No es sol ya con ella el sol,
que esta es de luces abismo,
esta que Aurora se ensalza,
que en las armas es Belona
que de estrellas se corona,
que sol viste y luna calza,
enfrena los elementos,
postra ejércitos armados,
afemina mis soldados,
llamas hiela y pisa vientos.
Huir, mis indios, huir,
que no hay multitud que asombre
á un hombre solo (si es nombre
quien á res sabe medir),
á una mujer que, sin alas,
paloma cándida vuela,
águila imperial asela,
sacre pone al cielo escalas.
¡Ah, Sol cruel! ¿Este pago
es bien que tu hijo reciba? *(Vase.)*

UNOS. *(Dentro.)* ¡La Virgen Aurora viva!

OTROS. *(Idem.)* ¡Viva el Apóstol Santiago!

(Desaparécese Nuestra Señora.)

ESCENA VI

DON FERNANDO Y DON GONZALO PIZARRO
luego DON GONZALO DE VIVERO

FERNAN. Con socorro tan feliz
¿qué teme España leal
si al Cuzco, corte imperial,
socorre una Emperatriz?
Rinda la torpe cerviz
el idólatra, pues tantas
maravillas vemos, santas,
Virgen en tu protección,
que no es nuevo que el dragón
sirva escabel á tus plantas.
Huya el voraz elemento
su presencia consagrada,
como el bárbaro la espada
que Marte vibra en el viento,
salió el rayo y fué instrumento
del triunfo, que Dios predijo,
pues Diego del trueno es hijo
que el celo de España aprueba,
y hoy en milagro renueva
las victorias de Clavijo.

G. PIZ. Dedíquese á tu alabanza
este Orbe, ¡oh gran protector,
pues capitán pescador
truecas la caña en la lanza,
anime nuestra esperanza
la Aurora del sol suprema,
que, á pesar de la blasfema
canalla, Diego y María,
esta, nieve, el fuego enfría,
rayo aquel, bárbaros quema.
¡Gran milagro!

FERNAN. No habrá duda
desde hoy, contra envidia tanta,
de que esta conquista es santa,
pues Dios nuestra empresa ayuda,
que para que quede muda
la lengua del que se atreve
á decir, torpe y aleve,
que injustamente poseemos
este imperio, ya tenemos
fe que lo contrario pruebe.
No ayuda á la tiranía
Dios, que á la inocencia ampara,
luego nuestra acción es clara,
pues su Madre nos la envía.
Si arguyere la herejía
del holandés rebelado
contra esto, del cielo armado
Diego (asombrando sus ejes)
con llamas castiga herejes,
que es inquisidor soldado.

(Sale don Gonzalo de Vivero.)

VIVERO. No sabe venir el gozo
sin pensiones de pesares;
templó el cielo con azares
el nuestro (¡triste destrozo!),
murió el más gallardo mozo
de la primavera humana,
murió Juan Pizarro (¡oh vana
esperanza de los hombres!)

FERNAN. Ni te entristezcas ni asombres
de quien lo que pierde gana.
Juan, todo valor y celo,
en el mundo no cabía,
esta victoria le envía
por su embajador al cielo.
Guíe el católico vuelo,
sin que envidie á Elías el carro,
y en sus esferas, bizarro,
muestre con lauros segundos
que como acá nuevos mundos
conquista cielos Pizarro.

VIVERO. Asaltó la fortaleza
sin admitir la celada,
y partióle, desarmada,
medio risco la cabeza.

G. PIZ. Si quien á la fe endereza
sus acciones y dedica
la sangre que califica
á la ley que le ennoblece,
nombre de mártir merece
Juan sus triunfos sacrifica.
No con tristezas estorbes,
Vivero amigo, sus medras,
Esteban fué, entre las piedras,
protomártir de los orbes.

Muerte, aunque las vidas sorbes,
no la fama, no el valor.
Juan, en el conquistar mayor
y en fe de lograr su suerte,
piedras en rubíes convierte
coronado vencedor.

FERNAN. Vamos, y al cadáver demos
festivas aclamaciones,
no arrastrándole pendones,
no las cajas destemplemos;
con aplauso le enterremos,
que es el más debido pago
con que su fe satisfago,
pues con más noble trofeo
para su mitra creo
que le escogió Santiago. (*Vanse.*)

ESCENA VII

GUAICA, *india*, y CASTILLO

GUAICA. Pídeme ó que quieres
y dé á ese con la vida.

CASTIL. No te canses.

GUAICA. Si ofendida
me dejas, si con mujeres
no eres cortés ¿que blasona
tu generosa nación?

CASTIL. Juzgarasme requesón
por lo blando de corona.
No hermana: de las almenas
echó un risco, no sé quien,
sobre Juan Pizarro... (*Llora ella.*)
¿Que me enternezcan tus penas?
Muerto el joven más valiente
que de España vio el Perú,
(llorona de Belcebú)
¿cómo podré ser clemente?
en la cabeza le hirieron;
muro en él la gentileza:
no ha de quedarme cabeza
de cuantas se le atrevieron,
que esta tarde no herodee.
Fuera toda petición,
toda gesticulación,
todo llanto de cabrito,
pues no me cupo del saco
sino las vidas que quito,
este es general decreto,
hermosa, fondo en tabaco,
no me arrumaques, que el perro
de tu cacique galán
ha de morir.

GUAICA. ¿No podrán,
(alma de bronce, de hierro,
de diamante, alma de risco)
contigo llantos? ¿No ruegos? (*Llora.*)

CASTIL. ¡Oh, tengas los ojos ciegos
pedigüeño basilisco!
Pon á tus congojas calma;
cese (limpiando enojos)
el aguaval de tus ojos
que me sapuan el alma.
Ya soy piadoso, ya humano,
no llores más, pesa á tal!
que en cada lagrimón
pasa mi amor un pantano;
no llovizne, no des gritos,
que á ver Madrid tus enojos
celebrara en tus dos ojos
dos fuentes de Leganitos.
El nudo que patrocinas
¿es tu marido?

GUAICA. Serálo.

CASTIL. ¿Bodas de futuro? ¡Mano!
con celos me desatinas.
¿Estás intacta?

GUAICA. No entiendo.

CASTIL. ¿Si estás desa, ecorrupta,
ó el consonante de fruta
te meretriza?

GUAICA. Pudiendo
hablarme claro ¿por qué
vocablos oscuros usas?

CASTIL. Han dado en esto las musas
castellanas.

GUAICA. Ya yo sé
tu lengua, porque serví
á un español más de un año.

CASTIL. ¿Uno y dueña? Es engaño.

GUAICA. Mi honestidad defendí,
bien que mi dueño intento,
con regalos y ternezas,
obligarme á sus finezas.

CASTIL. Si un año te hinezo,
serás racimo en la parra,
que aunque á la apariencia sano,
llega el tordo y pica un grano,
llega el pave y otro agarra,
y el matrimonio espantajo,
por más que en su guarda vele,
de puro picado, suele
hallar sabor escobajo;
que entre mendrugos arriscos
dicen que dispensan mucho
mordiscones de los dedos
que llama el vulgo pellizcos.
Consiénteme, sé tu amante
redimes la vexación,
que siendo yo el postillón
corra la posta delante,
que en negando á pies juntillas
degollación ha de haber

GUAICA. No querrás de una mujer,
¡oh, español! que de rodillas
su honestidad te encomienda,
ser lascivo volador.
¿Rescatarle no es mejor?
¿Cien barras va en su hacienda,
tu incendio, ilícito, aplaca
que yo te haré dueño della

CASTIL. ¿Cien barras? ¡Oh, tu bias bella
loga, Cazorla, Cuenca,
Manzanares, Palacio, Oh cal!
¡Oh, serafín negro! ¿Y
que, parienta del Estado,
al sol te tostó mi dicha!
¿Son las barras de oro?

GUAICA. Y pues
mil pesos vale cada una

CASTIL. Tu eres el Sol, tu la luna
¿Cien mil pesos? Siempre un cuco
un mayorazgo opulento
que me ensanche el corazón

ó para el *nobilis nobis*,
vita brevis, un regimiento.
A cargas el chocolate;
y dos coches echaré
que es el *mente post me*
de toda dama tomate.
¿Dónde está lo barretudo?

GRACIA. Cuando dado está en ese pozo,
que viendo nuestro destrozo,
la prisa y miedo no pudo
en otra parte esconderlo.

CASTIL. ¿Y está el pozo en seco?

GRACIA. Sí.

CASTIL. ¿Podré atisbarle de aquí?

GRACIA. Si te asomas podrás verlo.

CASTIL. Pues, si te amaba, primero,
haz cuenta, ya á lo seguro,
que mi amor fué vivo puro
y dio con el tuerto, acero,
aguo mi incendio en ese pozo;
tu amante te doy por é.
Eres honesta, eres fiel
¡No me cabe dentro el gozo!
Deja que á verle me asome,
que luego tu indio vendrá
y á sacarle bajará.
El barreamiento me come
mas que tu agrio, y se me agarra
del alma. ¿Quién barras? ¿Viento?
entraré en mi Ayuntamiento
hinchado de barra á barra.

(Asomase y cógele por los pies y échale dentro.)

Mientras no sois su mirón.
¡Me muero! ¡No puedo mas!
¡Ay, que me ahogo!

GRACIA. Allá irás
con toda la maldición.
Busque el loco tu codicia,
que no has de hallar, pues te infama,
apagues con agua la llama
de tu insaciable avaricia;
y libre al amante mío
la industria de mi poder,
que el ingenio en la mujer
suple las armas y el brío. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen PEÑAFIEL, CHACÓN, *que trae una soga*, GRANERO *y Soldados*. CASTRUCHO *luego.*

PEÑAF. Ahora, Chacón, que están
capitanes y soldados
en el entierro ocupados
del malogrado don Juan,
y que los indios hayan
(mudanza acá nueva) amen)
que partamos, será bien,
las barras que nos cupieron,
y las piezas de oro y plata
en el saco de esta fuerza.

CHACÓN. Como la codicia esfuerza
y en las Indias nada trata
de pelear y vencer
sino por volver á España
(á costa de tanta hazaña)
poco, y vivir á placer;
porque lo que hemos pillado
se escapase de monton,
(que en comun repartición
al cobarde y esforzado
no hace el premio distintos)
mandon Fernando ordenase
cual suele que se sacase
lo que al Rey le toca en quintos,
mientras todos peleaban
de ese pozo lo he.

GRANER. ¿Qué decís?

CHACÓN. Industria fué
que mis arbitrios alaban.
Una petaca está llena
de piezas, que dos arrobas
pesarán. ¿Dos dije? y bobas.
Depositéla en su arena
que es poca el agua que tiene.
Fácil será de sacar

GRANER. ¿Quién por ella ha de entrar?

CHACÓN. Yo que la escondí, aquí viene
soga, que entrarlos me atrevo.

(Ponen la soga en el carrito del pozo.)

PEÑAF. Aplíquese á la carrucha

CHACÓN. No es menester fuerza mucha
para que de mí tuerza,
y de la petaca luego
que también tiene un cordel.

PEÑAF. Bien dicho; atados.

CHACÓN. *(Mande la soga á la cinta.)* Peñafiel,
tratemos de esto y sosiego,
que es hombre, y en peña viva,
no peligre la cabeza

PEÑAF. Yo os aseguro esa pieza;
entrad, que en volviendo arriba
se hará la partija igual.

CHACÓN. Sacadme, yo primero.

GRANER. Buen ánimo.

CHACÓN. Andrés Granero,
vuélvame los ojos al brocal.

(Vanse metiendo.)

GRANER. ¿Pues, tembláis?

CHACÓN. Miedos me ofenden
de morir en años mozos,
porque hay diablos moza pozos
que no sueltan, aunque prenden

PEÑAF. Haceros la cruz.

CHACÓN. *(Dentro.)* Quedito.

PEÑAF. Asomaos á los agujeros
de alrededor.

CHACÓN. Compañeros,
en oyendo el primer grito
tirad apriesa, que puede
darme un pasmo la humedad.

GRANER. Perded cuidado y bajad.

CHACÓN. ¡Fuego de Dios, como hiede!

(Da un grito.)

¡Ay!

PEÑAF. ¿Que es eso?

CHACÓN. ¡Ay!

GRANER. ¿Qué sentís?

CHACÓN. Tres diablos que de los pies
me tiran.

GRANER. ¿Burlasos?

CHACÓN. ¿Tres?
Trescientos. ¡Ay! ¿Hola? ¿Oís?

Aprisa, tirar, tirar
PEÑAF. ¿Y la petaca?
CHACÓN. Conmigo
va tambien; tirar es digo,
si no me querés dejar
desde la cintura abajo
conventual de este pozo.
(Van tirando.)
GRANER Mucho pesa
PEÑAF. Será el gozo
mayor, si es oro.
CHACÓN. De cuajo
me arrancan las pantorrillas,
treinta diablos de los pies
me cuelgan, acabad, pues,
que ó son lagartos, ó anguilas,
ó duendes de estas cavernas
(Llega arriba el medio cuerpo.)
PEÑAF. Libre estás, de tus fatigas.
CHACÓN. Tirad, mas veréis las ligas
que me autorizan las piernas
GRANER. ¡Jesus!
PEÑAF. El diablo es.
GRANER. ¡Que feo!
Fuego arroja
PEÑAF. Huye, Chacon
(Tiran hasta sacarle todo el cuerpo hasta la garrucha y sale asido de sus pies Castillo y Abreu, y sale todo embarrado cara y manos, y asida una petaca de la cintura.)
CHACÓN ¿Y el oro?
PEÑAF. Será carbon
y duende suyo el que veo.

ESCENA IX

CASTILLO.

Todo mal viene por bien,
la codicia me empozó
y ella misma me sacó
por siempre jamás amen
¡Oh Mamacona bendita!
¿Las rescatas mandas?
¡creed en llantos bañados!
El cordel de la petaca
que el que huyo quiso sacar
y yo desde abajo así
al cuerpo me recibí,
su peso es dulce pesar,
que estaba llena de plata
y de oro los escuché,
no en balde al pozo bajé
ni mintió la voz ingrata,
puesto que pensó burlarme,
guardemoslo, que es mia, da.
¡Oh ventajosa caida
que así supo levantarme!
¡Oh mondadas pozos buenos,
que aunque no seáis santos, sacas
del purgatorio petacas
como cuenta de perdón!
Pues ya tus sufragios gozo,
el pozo á escribir me obliga
una comedia que diga,
diga «Mi gozo en el pozo»

ESCENA X

DON FERNANDO y GONZALO PIZARRO

FERNANDO.

Ya en Indias más seguras,
don Juan, (si mal grado
al mundo) al cielo (por que se traspone,
conquista aves poblas
que no altere el cuidado,
la envidia eclipse, ni el pesar baldone
Ya goza en quieta paz feliz tesoro,
ni en plata minas, ni en arenas oro.
Cenizas su sepulcro,
reliquias de las llamas
de su valor, pero olvidos deposita
Al elemento puro,
cuantas cenizas fenix, tantas famas
vuelan, donde el temor no las limita,
que el pavon humano á las regiones sumas
si es general su llega, aunque sin plumas
Ambicioso agravio
de envidias y parciales,
no compite estrellas ni alcanzas teme,
no ido atras al privado,
no adula tribunales,
donde la ingrata ambicion bastardee,
que porque el gozo en pension le asista
lo mismo le corona que conquista
¡Que triunfos inmortales
no le ofrece diademas,
que adquirio por sus hechos, por su fama,
estatuas y murales!
Las sienes le guarnecen ya suprenas
de encina y oro, de laurel y grama,
¡Mas veces venturosa valentia
que a Dios el premio, no á los hombres, tia

GONZALO PIZARRO.

Mi hermano, aunque difunto,
vivira eternamente
en el bando, pluma y en la memoria,
heroico siempre asunto
de historiador valiente,
nos deja en testamento esta victoria,
que supo, en fin, su muerte dar acierto
dar vivo impulsos y victorias muerto
Pero ya que descansa
y nos traes al dano,
a peligro, Fernando, siempre expuestos,
sin que la quietud mansa
permita en tanto engano
dar en paz al arnes ociosos bizcochos
¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Que adquiramos
si poco á poco, en fin, nos consumimos?
A la corte española,
navegando dos mares,
te llevo la verdad, no la codicia,
al pie augusta boca
doraste con millares
de barras que sagro nuestra milicia,
¿que premios adquiriste?
¿qué mercedes á que cargos nos trajiste?
Un pedazo de grana
te sustenta el pecho,
cuando la sangre es tanta, que has vertido
(ya herética, ya indiana)

que pudiera teñir á su despecho
cuantas Grecia á monarcas ha teñido.
Por cierto, ¡ilustre pago
la cruz (sin encomienda) de Santiago!
¿Necesitaba de ella,
quien de la estirpe goda
puede al sol dar limpieza en la que crías?
Tu antigüedad, sin ella,
es tan inmemorial á España toda,
que en ti son siglos lo que en otros días.
¿Qué calidad el César te acrecienta
si el hábito te ha dado y tu á él la renta?
Trujístele un dictado
á tu hermano ¡gran cosa!
darle por ser Marqués, este hemisferio.
¿Mide el globo romano
tierra tan espaciosa
como el Pirú, ó igualá su Imperio?
¡Marqués sin renta, bien podré decirlo,
es fantástico honor, Marqués de anillo!
Almagro sí que medra
(su agente tú en España)
dichas que compres caras algún día,
ese hijo de la piedra,
que más que ayuda engaña,
de Chile Adelantado y Señoría,
¿el qué arriesgo? Seguro despensero,
si las vidas nosotros, su dinero.
Su interés premie Carlos
por ti solicitadas,
ejecutorias, honras y favores,
que tú, sin negociarlos,
cuando nos persuadas
á empresas de más riesgos y más sudores,
podrás decirnos (para engrandecerlas)
que el más honroso premio es merecerlas.

FERNAN. Gonzalo, ¿cómo es posible
que el ánimo os satisfaga
si, por el premio ó la paga,
haceis el valor vendible?
Hasta este punto invencible,
ya os habeis afeminado,
que quien hace interesado
cuando de su esfuerzo fía
las hazañas, grangería,
mercader es, no soldado.
Hágase al plebeyo igual,
pierda de noble la ley,
quien á su Patria ó su Rey
le sirve por el jornal,
que el generoso, el leal,
el premio que ha de adquirir
es la fama hasta morir,
y esta estriba en pretender
merecer, por merecer,
servir sólo por servir.
Fuí á España y á Carlos quinto
le presenté este Occidente,
y ya veis si de presente,
lo que se ve de es distinto.
Cuanto está zona, este cinto
ciñe, y abraza este mar
le di, no había de tomar
corta paga, á no ser necio,
que lo que no tiene precio
mejor se está sin premiar.
En Almagro el César doble
gobiernos, que ha de menester;
cobre él, como mercader,
sírvale yo, como noble.
De estéril laurel y roble
coronó la antigüedad
al valor y á la lealtad,
y de infructífera grama,
en prueba de que la fama
sólo busca eternidad.

ESCENA XI

Sale DON GONZALO VIVERO. *Dichos.*

VIVERO. Porfía hasta que nos venza
la fortuna siempre brava,
á penas un riesgo acaba
cuando otro mayor comienza,
Almagro y quinientos hombres,
por que tu fama aniquile
deja el gobierno de Chile,
y añadiendo aleves nombres
á su bajo nacimiento,
porque nos cree destrozados
en los peligros pasados,
toma con el Inga asiento
y se conciertan los dos
de echarnos de esta ciudad.

FERNAN. No creas de su lealtad
que, contra su Rey y Dios,
ejecute acción tan loca.

VIVERO. Porque en la fe no consista
certifíquete la vista.
Dice que el Cuzco le toca,
porque en la demarcación
de su gobierno se encierra,
apercíbete á la guerra,
ó teme tu perdición,
porque con las cajas mudas
nos asalta descuidados.

FERNAN. Ánimo, pues, mis soldados,
satisfagamos sus dudas,
primero, con las razones,
y si estas no le vencieren
las armas son las que adquieren
victorias contra traiciones.
Yo sé que si llego á hablarle
le tengo de convencer.

G. PIX. ¿Para qué? Dete poder
y vuelve á España á premiarle;
que todo esto merecemos
pues dimos honra á un ingrato.

FERNAN. Gonzalo, no es ese trato
de vuestro valor; marchemos.

(*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen INDIOS, *el* INGA *y* JUAN DE RADA, *soldado español.*

INGA. Vuelve á leerme, español,
eso que escribe tu Almagro,
que no es el menor milagro
que debo á mi padre, el Sol,
pues si él, y los que le siguen
al Cuzco me restituyen,

y eternas paces concluyen
que mis desgracias [illegible]
mi esperanza [illegible].

RADA. Por tu ocasion ha dejado
á Chile el Adelantado.

INGA. Débole infinito, di.

(Lee Rada la carta.)

Don Diego de Almagro, Mariscal Adelantado del Perú, á Mango Inga, Príncipe del Cuzco, salud, etc.

La amistad antigua que [illegible] hemos profesado, los desafueros que con Vuestra Alteza los Pizarros han hecho, el gobierno que me pertenece, de esta provincia y el deseo de que vuestros indios [illegible], me saca de Chile, me guia al Cuzco, y me asegura la victoria contra nuestros enemigos. Aprieta Vuestra Alteza sus [illegible], que yo avisaré á su tiempo, para que los dos en recíproca amistad poseamos este Imperio, muertos los que nos le estorban. El [illegible] entero crédito y él informará [illegible] de la pluma. Guarde [illegible] Vuestra Alteza, etcétera. De mi campo [illegible] Mayo, año 1534.

El Adelantado.

INGA.

Si cumple esas promesas
el español Almagro, sus empresas
serán restauracion de [illegible],
y él el señor de nuestra [illegible].
Descansa en nuestro [illegible]
mientras los indios, [illegible]
y tú, primo Yllampo,
entretanto que alisto á nueva guerra
ejércitos sin suma
tan numerosa, que al salir armado,
flor á flor, yerba á yerba, cuente al prado,
arena á arena el mar, y espuma á espuma,
asiste á su regalo.

RADA.

El cielo te restaure al nuevo Imperio.

INGA.

Hágalo Almagro.

RADA.

Hágalo,
librándote del casi cautiverio,
en que desposeido
entre ásperas montañas te ha escondido.

(Vase.)

ESCENA XIII

INGA.

¡Oh, amigos, oh, parientes!
¡qué feliz ocasion, qué [illegible]
nos ofrecen los hados ya [illegible]!
A los Pizarros desterrar procuran
Almagro y sus soldados.
Ya veis, si los Pizarros son osados
saldrán en su defensa,
pelearán unos y otros,
y, mientras cada cual victorias piensa,
con engañosa prevencion, nosotros,
después que se hayan entre sí asolado,
las reliquias, que el miedo haya dejado,
por nosotros desechas, fácilmente
podrá la burla autorizar mi frente.
No del Marqués (que en Lima
ha un año que no sabe de su hermano)
el asombro os oprima;
socorrerale, si lo intenta, en vano,
pues tomados los pasos y los puertos
imitarán sus compañeros muertos.
Seiscientos españoles perecieron
que en diferentes tropas enviaba;
porque el riesgo del Cuzco adivinaba,
á vuestras manos bélicas murieron;
que, aunque valientes, locos,
¿qué han de poder contra infinitos, pocos?
El Marqués, en efecto, desarmado,
pues los soldados suyos ha perdido,
y uno y otro español desbaratado,
Almagros y Pizarros, redimido
juzgo mi Imperio ya, que entre estos cerros
hasta ahora lloro nuestros destierros.

ESCENA XIV

Sale PIURISA, *bizarra, con una lanza, que calada le detiene.* DICHO.

PIURISA. ¿A donde volveis cobardes
que de la humana nacion
sois oprobio, sois injuria,
sois afrenta, infamia sois?
¿A donde volveis vencidos
no del riesgo, del temor,
que os pinta moscas gigantes,
que el ciervo os vende leon?
Cuatrocientos mil salisteis,
trescientos, no más, os dió
la fortuna por contrarios,
por vencidos la ocasion.
¿Y no para mí, y os vencen?
¿Y os preciás hijos del Sol?
¿Y os atreveis llamar hombres?
¿Y os blasonais al valor?
Mentís mil veces, infames,
ni aun átomos os dignó
el viento, que, á merecerlo,
superfluos átomos son
trescientos mil, si se juntan,
para un pequeño escuadron
de humanos cuerpos, que mueren,
que la tierra alimentó
Fingid rayos, que del aire
bajaron, poniendo horror
á los ojos con su vista,
con su efecto al corazon.
Decid que un hombre de acero
sobre un bruto más veloz
que del arco la saeta,
que de la cuerda el harpón,
nieve el uno, fuego el otro,
desde la esfera bajo
de esos páramos de luces,
de ese lucido artesón;
atribuidle prodigios
á la espada, que segó
cervices de ciento en ciento,

ellas espigas, ella hoz,
que mientras el miedo os miente
fábulas de torpe error,
y despiertos las soñasteis,
dire, con más verdad, yo
que una frágil mujer pudo
(para eterna confusion
de vuestra naturaleza)
causaros tanto temblor,
que os asombró, desarmada,
que su presencia bastó
á que huyendola, cobardes,
os infame este baldon,
pues, afeminados viles,
si una mujer os causó
tanto asombro, miedo tanto,
tanto pasmo, mujer soy
que estas montañas defiendo;
las que las viven, y yo,
bastamos con vuestra afrenta
á todo un mundo español.
Volveos, cobardes, servildos
como esclavos, pues no sois
como hombres para vencerlos;
llevad á cuestas desde hoy
Yanaconas de sus damas,
las andas en que su amor
os transforme en simples brutos,
incapaces de razon
Cultivaldes vuestros campos,
coman de vuestro sudor
regalos, que, á vuestros padres
en herencia el cielo dió.
Registrad en los abismos
metales, que, con temor
de la española avaricia
huyeron de su ambicion:
daldos á cerros la plata,
y de montón en montón
el oro midan á fanegas,
pues le idolatran por Dios;
conceded á su apetito
vuestras hijas, que algodón
para sus ropas les tejan,
é infamias para su honor.
¿Vosotros sois descendientes
de aquel celestial varon
que á los planetas monarcas
por padres reconoció?
¿Vosotros al Sol eterno
llamaréis progenitor,
y á la Luna vuestra madre,
del cielo antorchas las dos?
No es posible, no sois Ingas,
no sus hijos, hombres no,
estatuas sí en forma humana;
aparente imitación
de lo que representáis,
cuerpos sin alma y con voz;
cobardes, aun no mujeres,
que éstas estiman su honor.
No imagineis que estas tierras
admitan la contagion
de vuestra vil compañía,
que aquí, el ánimo, el valor,
la venganza, la fiereza,
generosa patria halló.
Aquí frecuentan sus riscos
la real águila, el leon,
el tigre, el áspid, la sierpe,
y cada cual vencedor
si os comunican recelo
que degenere el blason
que los dió naturaleza,
y en vosotros se infamo,
no atreváis los pies un paso,
retiráos; ó ¡vive el Sol!
que os ensarte, como á peces
en la lanza, mi rigor.

INGA. ¡Oh, belicoso prodigio
de este imperio, emulación
del esfuerzo y la belleza,
miedo en uno, en otra amor!
Despertonos asombrados
el acento de tu voz,
canoro bronce del cielo,
de los mortales terror.
Tanto la vergüenza puede,
tanto espíritu infundió
en nosotros la elocuencia
de tu justa reprension,
que á no templar esperanzas
de coyuntura mejor,
hoy nos previniera triunfos
ó fúnebres llantos hoy.
Almagro es de nuestra parte
y ofreciendonos favor,
marcha contra los Pizarros,
de estos orbes confusion,
déjale que asalte al Cuzco,
salga su competidor
vengativo, en su defensa
desbarátense los dos,
destruyase el uno al otro,
pues quedará el vencedor
tan flaco, que sin peligro
nos aplauda la ocasion.
Y dame agora esos brazos.

PIURISA. No los espere tu amor,
mientras no me los bañares
en sangre del español.

ESCENA XV

Sale un Indio.—Dichos.

INDIO. Albricias pido á estos pies,
generoso emperador
de estos orbes, que oprimidos
los cielos restaurar hoy,
por las más felices nuevas
que en la desesperación
de un príncipe despojado
jamás la piedad tenió
Almagro, que á la ciudad
de tus padres fundacion
marcho en fe que á su gobierno
blasona tener accion,
fué recibido de paz
de aquel Pizarro, que atroz
parca ha sido de tus indios,
de la envidia admiracion.
Tocaban á acometerse,
pero un fraile, que al candor

de la nieve hurtó ropajes
y al cielo veneración,
su apellido Bobadilla,
su ejercicio Redentor,
la Madre Mejor, su madre,
la Merced su religion,
entrándose de por medio
treguas puso entre los dos
de tres dias, que juraron,
para que en su disensión
hasen el compromiso
al Padre, porque ganó
nombre de docto en la esfera
y astrólogo superior.
Aposentado en el Cuzco
el Almagro, y sin temor
el Pizarro de que hubiese
en lo propuesto traicion,
á su confianza y sueño
los ojos encomendó,
esta vez, solo desnudo,
que en todo un año, otra no,
la seguridad dormia,
mas velaba la ambición
del Almagro, á su palabra
y juramento agresor.
Acometióle de noche,
pero intrépido salió
con un estoque y rodela
el estremeño leon,
y aunque desnudo, de suerte
á sus contrarios pasmo
que se valieron del fuego,
(siempre es cobarde el traidor)
Viéndose abrasar Pizarro
cuerdo las armas rindió
con su hermano y sus amigos
de dos daños el menor
Huyó Gonzalo y Fernando,
dicen que de la prision
saldrá á un teatro funesto
sentenciado ¡vil rigor!
Almagro, pues, determina,
siendo del Cuzco señor,
trazar que muera el Marqués
y, tenga justicia ó no,
partir los reinos contigo
dándote jurisdicción
en los indios, que heredaste
y él, contra su Emperador,
gobernar sus españoles,
porque tiene presunción
de hacerse rey de estas Indias,
sin admitir superior.
Para esto intenta casarse
con tu hermana, y que los dos
una sangre, se eternice
la paz en su sucesión,
sobrinos tuyos sus hijos.
Según esto, ya cesó
el peligro de tus gentes,
porque enlazándoos amor
con talamos apacibles,
el indio será español
y el español indio nuestro.
Si las nuevas que te doy
merecen premios y gracias
feliz muchas veces yo.

INGA. Toca al arma, vuelta al Cuzco,
que si Fernando murió
no temo á Almagro y su gente
mi victoria es su traición,
ya le juzgo destrozado.

PICARISA. Bien puedes, el corazón
alienta que, contra España
yo sola bastante soy. VANSE

ESCENA XVI

Salen CASTILLO y CHACÓN

CASTIL. ¿Como quieres que se llame
esta accion con que ha manchado
su fama el Adelantado?
¿Es mucho decir que infame?
¿Es de nobles este trato?

CHACÓN. Ya sabes que por reinar
cualquier ley se ha de quebrar.

CASTIL. Ese es blasón del ingrato.

CHACÓN. Si á esta ciudad tiene accion,
¿por qué su culpa encareces?

CASTIL. Por reintegrar á sus jueces
y usar despues tal traicion.

CHACÓN. La guerra es de mas acierto
si el derecho se la da.

CASTIL. ¿Que derecho alegará
quien (menos un ojo) es tuerto?

CHACÓN. Sacósele esta conquista.

CASTIL. Mal adquirirá valor
quien por no mirar su honor
tiene solo media vista.

CHACÓN. En efecto, ¿hoy determina
darle garrote?

CASTIL. El marqués,
su hermano, sabrá despues
vengarle, que ya camina
en su socorro.

CHACÓN. ¿Y qué hace
don Fernando en tanto aprieto?

CASTIL. No desbarata al discreto,
que, como él, ilustre hace,
el peligro, tan en sí
está el valiente extremeño,
como si esto fuera sueño.

CHACÓN. ¡Notable valor!

CASTIL. No vi
tan generosa templanza.

CHACÓN. Blasfemará del rigor
de Almagro.

CASTIL. Nunca el valor
dió á los labios la venganza.
¿Quieres ver á donde llega
su prudencia sosegada?
Pues oye: con Juan de Rada
agora á los dados juega.

CHACÓN. ¿Que dices?

CASTIL. Esto es verdad,
puesto que éste la sentencia
le intimó.

CHACÓN. ¿Y eso es prudencia
ó loca temeridad?

CASTIL. Prudencia, que quien seguro
da la vida por su Rey,
por su crédito, su ley,

contra un bárbaro perjuro,
no es justo que se alborote.

CHACÓN. ¿Jugar un hombre prudente,
sabiendo cuán brevemente
tienen de darle garrote?
No, Castillo, no imagines
de su cordura tal flema,
esa será estratagema
de más misteriosos fines.
Hombre tan atento y sabio,
de tan grande cristiandad,
con esa seguridad,
sin dar muestras de su agravio,
¿jugando?

CASTIL. Y no como quiera,
cien mil pesos ha perdido.

CHACÓN. ¿Con Juan de Rada?

CASTIL. Ofendido
está del, más quien espera
morir, ni jamás perdona
y no se acuerda de excesos.

CHACÓN. ¿A la muerte, y cien mil pesos
al juego, y con tal persona?
No, Castillo; algo ha trazado
que te asombre.

CASTIL. Ello dirá.
Mas los dos salen ya
con Alonso de Alvarado.

ESCENA XVII

Salen DON FERNANDO, JUAN DE RADA *y* DON ALONSO DE ALVARADO

FERNAN. Cincuenta mil pesos de oro
me habéis ganado, ya veis
que si hoy muero no podréis
cobrarlos. Aunque no ignoro
dónde están, que nunca juego
sin tener con qué pagar,
deme la vida lugar
que os satisfaga.

RADA. (*Aparte.*) Si llego
á Almagro, que hace más caso
de mí que de otros amigos,
y templando estos castigos
estorbo á la muerte el paso,
que á don Fernando amenaza,
le obligo á eterna amistad,
y cobro la cantidad
que pierdo sin esta traza.
¡Cincuenta mil pesos de oro!
¡Cuerpo de Dios! ¿es partida
para no darle la vida?
Si me perdiese el decoro
el Adelantado en esto,
me obligará á algún desgarro,
porque, en muriendo Pizarro
muere mi hacienda. ¡Eche el resto
mi favor, alto cuidados,
mejoremos de opinión
que más quiero un patacón
que á dos mil adelantados! (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DICHOS, *menos* RADA

ALVAR. No sé yo, Fernando amigo,
que sea el juego diligencia
buena para la conciencia,
(perdonadme si esto os digo)
de quien siendo tan cristiano
está al umbral de la muerte,
no la teme el varón fuerte,
pero el cuerdo da la mano
á todo lo que se opone
al alma y su salvación.

FERNAN. Dadme esta vez permisión,
puesto que amigo os perdone,
para quejarme de vos,
pues sin duda habéis juzgado
o que estoy desesperado,
o que me olvido de Dios.
¿Visteis en mi acción alguna
que me pueda desdorar?

ALVAR. Nunca hallé en vos que culpar,
fuera de esta, si no es una.

FERNAN. Y esa ¿cuál fue?

ALVAR. El confiaros
de Almagro, enemigo vuestro,
siendo vos tan sabio y diestro,
de suerte que pudo hallaros
sin prevención y desnudo,
durmiendo con el sosiego
que en Trujillo.

FERNAN. No os lo niego,
ni conociéndolo, dudo
de que en eso anduve mal,
pero, si los juramentos
y treguas son escarmientos
y no ley tan natural,
que los bárbaros la guardan,
¿cómo se ha de conseguir
la paz?

ALVAR. Suelen á admitir
respetos, que no acobardan
cuando el noble los celebra,
más quien padres no conoce,
como coyunturas goce,
palabras y leyes quiebra.
Pero ¿qué disculpa dais
á ese juego que os desdora?
(*Bíese don Fernando.*)
¿Oyéis?

FERNAN. Sabréislo agora,
si un poco cuerdo esperáis.

ESCENA XIX

Sale JUAN DE RADA

RADA. Del juego habemos salido
vos y yo tan ganancioso,
que vos ganáis vuestra vida
y yo, Fernando, vuestro oro.
Por mí Almagro os la concede,
pero ha de ser de modo
que, amigos como primero,
la hermandad olvide enojos.
El mismo viene á ceñiros
los brazos, que en vuestros hombros

nobles y alegres, pretenden
reciprocarse con otros.
Sano festivo al encuentro.

FERNAN. Esto, amigo don Alonso,
satisfaga vuestras dudas,
mientras que, en suma, os respondo
que, á no pagar no viviera.
Juan de Rada, reconozco
empeños y beneficios:
pagarlos juntos todos.

ESCENA XX

Dichos. Cayus dentro y sale don GONZALO VIVERO

VIVERO. Amigo, á vista del Cuzco
asoma en vuestro socorro
el Marqués, hermano vuestro;
escuchad los parches roncos.
Vecinos y ciudadanos,
como diversos en votos
diferentes en afectos,
mezclan pesares y gozos.
Pacheco le apercibe
Almagro, hospicio amoroso,
ya temor, ya amistad sea
que le puede darse á todo,
sus diferencias remite,
al Maestro religioso
fray Francisco Bobadilla,
árbitro juez de unos y otros.
Todo esto concede Almagro,
si bien algunos curiosos
dicen que engañaros quiere
y que en cesando el estruendo
del Marqués, cuando se sueva,
resucitará alborotos
que ya por bien, ya por mal,
le den el gobierno á él solo.

ALVAR. Sal d, pues, á recibirlos,
y esar prudencia en vos propio
para los lances futuros.

FERNAN. Ya su condición conozco,
vamos, que cuando intentare
nuevos engaños, si en los
templo y admito amistades,
tarde olvido, aunque perdono.
Guárdese Almagro, no quebre
las paces, que nunca rompo,
porque, en cayendo en mis manos
na de pagarme uno y otro

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen don GONZALO DE VIVERO *y* doña ISABEL

ISABEL. ¡Que pueda tanto el exceso
de la envidia y sus engaños!
¡A cabo de tantos años
en este casi no preso
que dado á España, al rey y á Dios,
un mundo!

VIVERO. Isabel hermosa:
fuera su prisión penosa
á no ser su Alcaide vos
Don Fernando volvió á España
á desmentir enemigos
que, huyendo de sus castigos
en vano, de tanta hazaña
eclipsan el resplandor.
Hanle puesto muchos cargos,
que siempre en servicios largos
se alarga, ingrato, el rigor,
los que en el Piru siguieron
á Almagro, á aquel desleal
contra la corona real
y los que le ennoblecieron.
Ayudó Dios la justicia,
prevaleció la prudencia,
conocióla inobediencia
de quien, con ciega codicia
al Cuzco tiranizaba,
y, viéndole estos perdido,
preso, confuso y vencido,
cuando esperanzas les daba
de poner infame yugo
á aquel Orbe conquistado
y que muerto sentenciado
á manos de un vil verdugo,
persiguen á don Fernando,
que, como gobernador
del Cuzco fue ejecutor
de su muerte, y asustando
al César ¡ciegos engaños!
le puso en la Goleta preso
y formándole proceso
crece el rigor con los años.
Renuncio Carlos invicto
á España en su sucesor,
que á estar el Emperador
vivo, de tanto delito
como á Fernando levantan,
averiguara verdades
castigando falsedades
que, asombros, encantan

ISABEL. Quisiera César muy bien

VIVERO. Debóse á sus servicios,
como pueden dar indicios
los que sin pasión leyeren,
y saben cuantas fineezas
en el Perú recogió
con que al César acudió,
sufriendo las asperezas
de los que le murmuraban,
cuando para él les pesa
y á su augusta monarquía
tantas guerras apretaban.
Reina en su lugar, agora,
el gran Felipe segundo,
que de uno y otro mundo
es monarca; y como ignora
quién es don Fernando y quién
el que en engaños le acusa,
rigores severos usa
hasta que se informe bien.
Yo espero en Dios que, postrados
sus émulos, saldrá el sol
de tan leal español
libre, á pesar de nublados,
y que vos, señora mía,
alegres, siendo su esposa,

esta noche tenebrosa,
como el alba alegra al día.

ISABEL. Cuando yo la esperara,
más dé para que os pudiese
pagar, lo que es bien confiese
á amistad tan firme y rara,
sumamente lo deseo,
pues podeis atribuiros
los Orestes, los Zopiros,
que con más lucido empleo
en vos honran nuestra edad,
cuando todos le han dejado,
inseparable á su lado
y asombro de la amistad.

VIVERO. No tengo yo otro blasón
que se iguale al que consigo,
de merecer tal amigo.
Pero, decidme ¿quién son
estos que bajan agora
de visitar nuestro preso?

ISABEL. Dos cortesanos, que en eso
la mentira aduladora
satisface obligaciones
y afectando sentimientos
disfraza con cumplimientos,
(estoy por decir traiciones)
pasaron por aquí acaso
y entráronle á visitar.
Creereis que esto es maliciar,
mas yo que al discurso paso
tal vez los ojos vividos
no se que los escuché
á solas, que causa fué
de que imaginé fingidos
sus ponderados extremos,
y porque advirtáis cuan vana
es la amistad cortesana,
desde aquí los escuchemos,
que, sin vernos nos darán
de sus intentos noticia.

VIVERO. Si así dotan su malicia
cualquiera vileza harán.

(Retíranse los dos y salen de camino, D. Pedro y D. Rodrigo.)

ESCENA II

DON PEDRO, DON RODRIGO.—DICHOS

PEDRO. Compadecíme en los ojos
y holguíme en el corazón.

RODRIGO. Mas rigurosa prisión
merecían los enojos
que estos Pizarros han dado
á nuestros deudos y amigos
en el Piru.

PEDRO. Los castigos
que en el pobre Adelantado
hizo este hombre, no se pagan
con sólo tenerle preso.

RODRIGO. Sustanciárase el proceso,
que porque se satisfagan
los muchos que allá ofendió
sabrá Felipe el Prudente
vengar á Almagro inocente.

PEDRO. Bueno es, que quien despojó
aquel reino de riquezas,
y le lleno de crueldades,
alegre ahora lealtades
y afirme, fueron finezas
dignas de premio y favor
haber dado aleve muerte
al varón más claro y fuerte
que tuvo el Emperador.

RODRIGO. Con las alas de su hermano,
¿á qué no se atreverá?

PEDRO. Murió Carlos quinto ya,
con los Pizarros humano.
Rey tenemos que, severo,
volverá por la inocencia.

VIVERO. ¿Esto sufre mi paciencia?

ISABEL. Don Gonzalo de Vivero
reportaos ¿á dónde váis?

VIVERO. A poner, si puedo, seso
á estos locos.

ISABEL. Ved que de eso
se seguirá...

VIVERO. No temáis. *(Llégase á ellos.)*
Grandes amigos serán
vuestras mercedes, sin duda,
del preso, pues no les muda
su peligro, cuando están
algunos más obligados
á compadecerse de él,
que en el olvido cruel
y ingratitud sepultados
huyendo las tempestades
las bonanzas lisonjean.

PEDRO. Los bien nacidos desean
desempeñar amistades
en los peligros sucedas
si en los gustos granjeadas.

RODRIGO. Correspondencias pasadas,
y, agora reconocidas,
nos traen á Madrid á ver
á don Fernando.

VIVERO. Es fineza
digna de tanta nobleza,
y á mí me llega á caber
parte de la obligación
en que á don Fernando ha puesto
su proceder, y en fe de esto,
si se ofreciere ocasión
en que se sirvan de mí,
no será favor pequeño
acudir al desempeño
de un amigo que adquirí
á costa de mi lealtad
sin perder jamás su lado.
Dos años fuí su soldado
pasando la inmensidad
del mar del sur y del norte,
y en el Piru fuí testigo
de hazañas que, si las dejo
á envidiosos de la corte,
podrán causar confusión
y desbaratar procesos.
Mas ya sabrán sus sucesos
vuestras mercedes.

PEDRO. No son
para ignorarse estas cosas.

VIVERO. ¿Saben que el Marqués, su hermano,
aquel Hércules indiano,
en las conquistas gloriosas

que han rendido al Occidente
fue de los hombres milagro:
y que don Diego de Almagro
puso en esas soledades
la industria y la granjería
de una parte del dinero
que, como su compañero
entre otros dos le cabía,
y que mientras arriesgaba
dos Francisco fama y vida,
en tantos trances perdida,
en Panamá descansaba
don Diego? ¿Y que es bien se entienda
por quien fe á sus hechos da
la diferencia que va
de las vidas á la hacienda?
Pues sume en lo que fuere hiel
si cuando ajuste partidas,
sacó el Marqués más heridas
que maravedises él.
Y si cuando Almagro entró
en el Perú va sin guerra,
preso el Inga, en paz la tierra,
del tesoro se llevó
la mitad, y en tal empresa
como absoluto señor,
con el ajeno sudor
se halló el manjar en la mesa.

RODRIGO Todo eso es indubitable

VIVERO Cuando don Fernando y no
á España de su caudal,
¿qué premio considerable
medro, sino el adquirido
título de Adelantado
de Chile, con que elevado
quiso, después, destruirle?
Don Fernando ¿no tenía
en el Cuzco justa acción
á aquella gobernación?
Don Francisco, ¿no le había
nombrado en ella? ¿No saben
que con su valor y acero
la defendió un año entero,
para que envidias le alaben,
de cuatrocientos mil hombres?
¿No saben que, codicioso,
desleal, ciego, ambicioso,
y digno de infames nombres,
se concertó con el Inga
contra su Patria, su ley
su amistad, nación y Rey,
para que no se distinga
de un Conde don Julián,
de un Bellido, un Galalón,
y que, prendiendo á traición
mientras que treguas se dan,
á don Fernando le quiso
dar garrote, y que, después
que vino en el Cuzco al Marqués
puso el preso en compromiso
de nueve doctos y santos,
pasando por la sentencia,
y que si él, en la audiencia,
después de debates tantos,
confesó que no tenía
al Cuzco acción ni derecho,
y quedando satisfecho,
partiendo la Hostia un día,
que el Marqués y el comulgar
juró Almagro: «Este Señor
por perjuro, por traidor,
como los que le negaron,
me condene, y intentare
contravenir al sosiego
de estas paces.» Si don Diego,
aunque la pasión le ampare,
contra tanto juramento
convoca campo después,
y, vuelto á Lima el Marqués
en bárbaro atrevimiento,
quebró las reales divinas,
y á don Fernando siguió
y la batalla perdió
que llaman de las Salinas,
quedando confuso y preso,
¿no mereció su malicia
que, sin pasión, la justicia
le fulminase proceso
y como traidor muriese?

PEDRO ¿Pues quién dice lo contrario?

VIVERO El ingrato, el temerario,
el desleal

PEDRO. ¿Quién es ese?

VIVERO. El que ahora hoy alza
en la Corte sus acciones
y por dorar sus pasiones
testimonios autoriza,
con que su muerte procura,
el que para consolarse
á la Mota á visitarle
viene, y después murmura.
pero, si ignoran quién es
el que así su opinión mengua,
esta espada sea lengua,
si no se me van por pies,
que con honrosos alardes
para poder convencerlos,
les mostrará que son ellos
los ingratos, los cobardes,
los viles, los para poco... (*Echa mano y*
saquen el intacto acero...

ISABEL ¡Oh, valeroso Vivero!

Entrase doña Isabel y vuelve Vivero
los otros á cuchilladas.

RODRIGO ¡Huye, don Pedro, este loco!

ESCENA III

Salen don Fernando preso, y doña Francisca

FRANCIS. Dicen, Fernando, que amor,
en fe de ser tan ciego,
usó las flechas primero
que otro ningún vencedor
Estaba yo en este error
viendo os tan gran soldado
animaba mi cuidado,
porque juzgaba imprudente
que al paso que sois valiente
érades enamorado
Crédula, pues mi esperanza,
dos años mereció ser,

vos ausente y yo mujer,
de la firmeza alabanza.
Fundóse mi confianza
en una equivocación,
que os escuchó mi aficion,
estando ya de partida,
necia, por mal entendida,
que amor todo es presunción.
Vos vistes con más laureles
que al mar burlastes espumas
que á escribirse atreven plumas,
que en lienzos osan pinceles;
persecuciones crueles,
de envidiosos conjurados,
cobardes y apasionados,
preso os tienen, querrá Dios
que la verdad triunfe en vos
contra mal intencionados
Pero si entre las prisiones
suele amor causar alivio,
¿como, Fernando, tan tibio
á tantas obligaciones?
Decir que persecuciones
helan vuestro incendio amante
será disculpa ignorante,
pues sois vos tan dueño de ellas
que aun no alcanza á conocerlas
la vista en vuestro semblante,
más, porque me satisfaga
decidme, que en moneda igual
quien cobra sus deudas mal
peor las que debe paga:
¿querreis que una cuenta se haga
en vos y en mí, y que perdidos
estemos, no agradecidos,
á costa de beneficios,
vos paga el Rey en rigores
me pagués vos en olvidos?

FERNAN. Nunca en tan viles bizarzas
satisfizo la nobleza,
ni es bien que de tal bajeza
me arguyan desconfianzas,
cuando hacen ejecución
en el gusto la ocasión
si falta, Francisca, el gusto;
aunque pagarlas sea justo
bizarzas fallidas son
preso yo, y en contingencia
mi fama por tribunales
donde envidias son fiscales
y la pasión quien sentencia,
¿qué mucho que no dé audiencia,
entre grillos y cuidados
á efectos enamorados,
si amor en tales empleos
puede oir sus los deseos
y huye los embarazados?
Querrá el cielo que comience
mi inocencia á hacer alarde
de mi lealtad, que aunque tarde
la verdad mentiras vence;
esperad que se avergüence
el engaño, en mi favor,
que para entonces amor
con seguro desempeño,
os hará de un alma dueño
digna de vuestro valor.
Yo sé, si el cielo me libra,
que no tendreis de mi queja.

ESCENA IV

Salen por Alonso Mercado. Dichos

MERCAD. Cobardes son las desgracias,
no es posible que se atrevan
á acometer una á una,
juntas como arabes llegan,
y atabonando infortunios,
tarde acaban cuando empiezan.
Cobrad en mi semblante,
Fernando amigo, las nuevas
que es forzoso que os infame,
aunque se excuse la lengua.
¡Ojalá nunca esta casa
vuestro valor conociera;
casa que esta media tuvo,
nunca de vuestra promesa
se hubiera cumplido el plazo,
pues cuando os juzgaba en ella
hermano, deudo y señor,
me obligó la suerte adversa
el Rey, mi corta fortuna,
á que vuestro Alcaide fuera,
y al cabo de tantos años
preso en esta fortaleza
quiere ahora! ¡Ah, suerte ingrata!

FERNAN. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué ordena?
¿Mándame, don Alonso amigo,
que me corten la cabeza?
¿Salió la envidia triunfante?
¿Logró ya la pasión ciega,
con mentiras disfrazadas
maliciosas diligencias?
No os contagiés, decidmelo,
que cuando ese precio tengan
mis lealtades y servicios
las historias están llenas
de ejemplos, que pueden darme,
si no consuelos, paciencias.
Escipiones tuvo Roma,
Belisarios Joro Grecia,
y un Gran Capitán España
con quien compararme pueda.
Todos murieron á manos
del disfavor y aspereza,
y el ser único en desgracias
es la más civil miseria.

MERCAD. Propias de vuestro valor
son prevenciones tan cuerdas:
porque el venceros á sí mismo
es dificil fortaleza
En fe, pues, de lo que alabo
en vos, sabed que ya trueca
caducas felicidades
por posesiones eternas.
El gran Marques don Francisco
la ambición y la soberbia
de un mestizo de un bastardo
que á su padre Almagro hereda
las locuras y la envidia
de otros traidores cabeza

le ha dado, sobre seguro,
en Lima, muerte violenta;
y como en los desatinos,
los insultos se encadenan,
contra su Rey y lealtad,
amotinan toda tierra
tiranizaba aquel orbe,
hasta que los parches templa
el heroe Baca de Castro,
para que en el resplandezcan,
á un tiempo Marte y Apolo,
en las armas y en las letras,
pues, venciéndole con unas,
con las otras le sentencia,
sobre un funesto cadalso
á muerte que así escarmienta
el cielo temeridades
que la juventud despeñan.

FERNAN. Llore tal perdida España
que mi hermano no cumpliera
con su valor, á morir
de otra suerte, su tragedia
eternizará su nombre.
Amaneció en el apenas
el uso de la razon,
cuando siguió las banderas
del Católico Fernando,
y en Nápoles, dando muestras
de la luz de sus hazañas,
fama añadió á su nobleza.
Contra el rebelde alemán
sirvió al siempre invicto César,
oprimiendo victorioso
desatinos y blasfemias,
pasó despues á las Indias
donde sacó verdaderas
las fábulas que de Alcides
hiperbólicas griegas cuentan,
pues si á los doce trabajos,
que ensalzan tantos poetas,
Hércules quedó divino,
para que los obscurezca
mi hermano, en aquellos orbes
no doce, infinitos prueba,
que creditos harán dudoso
cuando historias los refieran.
Con solo trece soldados,
(imitacion verdadera
del Cristo y sus doce alumnos),
rindió á su Rey, á la Iglesia
la infinidad de gentiles,
que por naciones diversas
oprimidos del engaño
habitan mas de mil leguas.
Rebeldes venció en Italia;
rindió luteranos belgas,
idólatras en las Indias
por el nuestra ley confiesan.
Faltaba oponerse agora
á la traidora insolencia
del padre y del hijo Almagros,
matáronle en la defensa
de su Rey, sus asechanzas,
porque faltando en la tierra
nuevos mundos que conquiste
juzgó su vida superflua
el cielo, entre los mortales,
por esa ocasión le lleva
á los triunfos que le aguardan
pisando glorioso estrellas.
Su muerte la fama envidie,
porque es de algun modo afrenta
que quien vivió entre las armas,
viejo ya, en la cama muera.

MERCAD. Decís bien, si á su lealtad
agora no se opusieran,
para eclipsar sus blasones,
descaminadas tinieblas.
Gonzalo Pizarro dicen
que aquellos reinos altera,
y que saliendo en campaña
mató á Blasco Nuñez Vela,
primer Virrey del Piru.
Duda el Rey inteligencias
que tendreis como su hermano,
y aunque de la lealtad vuestra
consta á todos y despacha
á aquellas parte su alteza
al de la Gasca, varón
de admirable industria (1).

FERNAN. Ya con esas cosas cesa,
que me lastiman el alma,
que el corazon me atraviesan;
me despedazan la vida,
los rigores de tu lengua.
¿Contra su Rey, don Gonzalo?
¿Mi sangre, aleve en sus venas?
¡No es posible que sea mia:
mintió la naturaleza!
¿Pizarro y traidor? Alcaide:
más fácil será que crea
que el sol retrocede líneas,
que el cielo desclava estrellas,
que el mar permite pisarse,
que su inmensidad se seca,
que sus profundos se habitan,
que son flores sus arenas.

MERCAD. Esto publica la fama;
si bien hay quien por él vuelva
y al Virrey eche la culpa,
cuya condicion severa
en las Indias ha imitado
no sé que ordenanzas nuevas,
que en general perjuicio
mandó ejecutar el César.
Nombróle el Reyno del Cuzco
Procurador, en defensa
de cuantos conquistadores
temen quedar sin la hacienda
que adquirieron sus hazañas,
si estas leyes, de que apelan,
en su agravio se ejecutan
y su valor no se premia,
suplicábale en su nombre
don Gonzalo, que á Su Alteza
representase los daños
que teme se sigan de ellas,
y que hasta la sobrecarta

(1) Así en el original, pero Tirso quizás escribiría

á don Pedro de la Gasca,
varon de admirable industria

suspendiese con prudencia,
protector, amparo y padre,
resolución tan molesta
Alterose Blasco Núñez,
y añadiendo fuerza á fuerza
contra don Gonzalo se arma
y por traidor le condena,
el entonces, en virtud
de una cédula que alega,
(de Carlos Quinto en que le hace
merced que al Marqués suceda
en todo el gobierno Indiano)
al Virrey se la presenta
intimándole, que en tanto
que en la corte se resuelva
cual gobierna de los dos,
su jurisdicción suspenda
y deje el dominio libre
de aquel Imperio, á la Audiencia
Quiso prender los Oidores
Blasco Núñez, y ellos templan
los ánimos alterados
de la plebe y la nobleza,
y, viendo que es imposible,
si al Virrey gobernar dejan,
que el rigor de sus pasiones
aquellos orbes no pierda,
á una nave le retiran,
porque en España de cuenta
al Consejo, de los cargos
que ofendidos le procesan.
Á don Gonzalo tras esto,
la Audiencia el gobierno entrega
hasta que lo que el Rey mande
sobre este punto, se sepa.
Pero el Virrey, obligando
á los que preso le llevan
en Trujillo desembarca,
forma ejército y presenta
la batalla á don Gonzalo
que, junto á Quito, en defensa
de su gobierno y su vida
al Virrey despojó de ella
Si esto es ansi no es tan grave
su delito

FERNAN. La nobleza,
amigo Alonso, á la sombra
de su Príncipe venera,
á sus ministros se humilla,
al nombre de su Rey tiembla,
á sus órdenes adora.
Tenga disculpa ó no tenga
mi hermano el Marqués, que en todo
mereció alabanza eterna,
siempre que en las tu[illegible]ciones
del oro, la Real Hacienda
de sus quintos acendraba,
si por descuido, en la tierra
algun grano se caía,
con los labios, con la lengua
del suelo le levantaba
diciendo «De esta manera
se han de venerar migajas
que pertenecen al César.»
¿Contra el Virrey, don Gonzalo?
¿Contra las Reales banderas?
¿Contra su nombre y milicia?
¡Ah, cielo, ah, fortuna, ah, estrellas!
Permítame el Rey venganzas,
deme á castigos licencia,
harele pleito homenaje
de dar á esta cárcel vuelta
dentro un año, que yo solo
ocasionaré materias
al espanto, á las crueldades,
á la fama, á la experiencia,
de que si un Pizarro ha habido,
uno solo, entre la inmensa
propagación de mi sangre,
que á su príncipe se atreva,
hay otro que, derramando
la que envilece sus venas,
miembros bastardos castiga,
manchas limpia, infamias venga
¿Agora yo detenido?
¿Preso yo agora? ¡Quien viera
á aquel bárbaro!

MERCAD. Fernando
¿que es de la cordura vuestra?

FERNAN. ¿Sin honra, buscáis cordura?
¿sin fama, queréis prudencia?
¿sin crédito, áurea templanza?
¿sin opinión, hay paciencia?
Acrecentará desdichas
la fortuna, siempre adversa,
añadiera el Rey prisiones,
quitóame la cabeza,
y no el honor don Gonzalo,
que la verdad é inocencia
en el leal, no da fruto
si primero no se entierra.
Mas ya, Alonso ¿con que alivio
morirá quien tal baleza
de su sangre participa?
No, cielos, ninguno crea
que de ese desatinado
los espíritus alienta.
Pizarra sangre es la mía,
engaño la continencia
de quien le parió á mi padre
pues da causa á la sospecha,
la que con unos liviana
que con otros no es honesta.

MERCAD. Ahora, amigo, aprovechaos
de vuestra templanza cuerda
en la presente desdicha
y advertid, que el Rey me ordena
que apriete vuestras prisiones,
y que á ninguno consienta
que os escriba, ni os visite,
como la fe se atraviesa
que debe al rey mi confianza.
Ya juzgaréis si me pesa
el haber de hacer alarde
la lealtad de mi obediencia
Prevenid vuestro valor,
porque segun lo que aprietan
émulos, temo que está
vuestra vida en contingencia (vase

ESCENA V

DON FERNANDO

Estuviéralo la vida
y no la reputación.
¡Ah, cielos! ¡Qué de pensión
paga la fama oprimida!
Felicidad conocida
gozara el hombre, si fuera
como el ángel, y pudiera
de los otros distinguirse
en especie, y atribuirse
á sí solo el mal que hiciera.
En aquel segundo instante
que el ángel de su albedrío
usó, cuando el desvarío
derribó al querubín gigante,
su castigo el arrogante
y su premio el obediente
se granjeó solamente
sin tocar en otro alguno,
porque, en fin, era cada uno
de los otros diferente.
¿Pues por qué el rigor humano
querrá, con desdoro igual,
que participe el leal
los insultos de su hermano?
¿Gonzalo ¡cielos! tirano;
y que eclipse su vileza
tanto servicio y nobleza,
tanta lealtad española?
Mas sí, que una mancha sola
destruye toda una pieza.

ESCENA VI

Sale doña ISABEL. Dicho

ISABEL. A despedirme de vos
me traen forzosos extremos;
pues dicen que nos veremos
esta sola vez los dos.
No quiere, Fernando, Dios,
dar á mi amor más reparos,
ni me vende menos caros
los gozos del mereceros,
pues, instantes de poseeros
compro á siglos de lloraros.
No sin ocasión temía,
al cabo de tantos años,
la ejecución de estos daños,
Fernando, la suerte mía,
lo mismo que apetecía
os rehusaba tantas veces,
no desprecios, ni altiveces,
sino el cuerdo recelar,
que en mí se habían de juntar
el tálamo y las viudeces.
Un año ha que os admití
al nombre de esposo y dueño,
pero muchos que el empeño
de estas desgracias temí,
adivinaba (¡ay de mí!)
la cortedad de mi suerte,
el daño que agora advierte,
y que era lance forzoso
el llamaros vos mi esposo
y el llorar yo vuestra muerte.
No anunciaban mejor fruto,
á advertirlo mi razón,
desposorios en prisión
que solemnidad de luto:
un año ha que os da tributo
la fe que medre en quereros,
porque en mis hados severos
los infortunios y males
son los bienes gananciales
que en dote pude ofreceros.

FERNAN. Dos muertes me dió el rigor
con solo un golpe cruel,
vos en el alma, Isabel,
y mi hermano en el honor.
Vos mi esposa, él agresor
contra la fe que he heredado.
Sin la fama, el desdichado
que afrentas cual yo recibe,
de balde en el mundo vive,
mejor parece enterrado.
Un año guardó el secreto
gozos, que sin merecer
mi amor, llegó á poseer
y á ocultar vuestro respeto;
si consiguieran su efeto
dichas, que ya adversidades
aumentan rigurosidades,
esperábamos los dos
libre yo y mi esposa vos
festejar solemnidades.
Uno y otro nos ha negado
mi estrella, en todo fatal,
que á ser yo menos leal
no fuera tan desdichado.
Todo el aprieto pasado,
con vos, dulce esposa mía,
tan gozoso me tenía,
que en mi prisión el juzgar
que se había de acabar,
me daba melancolía.
Desleal el mundo llama
á mi sangre, y fuera error
tener vos, mi bien, amor
á quien ya no tiene fama,
pega su vicio la rama
á cuanto se le avecina,
sola una piedra arruina
el templo más soberano.
¿qué mucho, pues, si mi hermano
mi crédito les amina?
Máteme el Rey, que un consuelo
llevaré en rigor tan grave,
y, es el ver que sólo sabe
nuestros amores, el cielo.
Vivireis vos sin recelo
de perder vuestra opinión,
y yo daré á la pasión
piedades, porque la muerte
dicen que tal vez convierte
la venganza en compasión.

ISABEL. Yo sé de mi pena fiera
que antes que llegue esa hora
os prevendré precursora
el sepulcro que os espera.

Sere en morir la primera
y en vuestra patria querida,
a donde estoy de partida,
nos enlazará una suerte
los cuerpos, a la muerte,
las almas, a la vida
Reliquias de vuestro amor
aposentan mis entrañas,
traslado de las hazañas
que en vos ha ogra el rigor.
ojalá suerte mejor
que a vos el cielo la ofrezca,
y en el vuestra fama crezca,
porque a pesar de desdichas,
en el valor, no en las dichas
a su padre se parezca
Pero, ¿por qué aumento enojos
mi pena en vuestros agravios?
Enmudezca el discurso labios
y nabe en mis ansiosos ojos
los brazos, para despojos
ultimos. llegad a darme
FERNAN. ¡Ay, mi Isabel! Si al dar me
solo, en tan triste partida
con vos os llevais mi vida:
no tiene el Rey que quitarme.
Pero, ¿acabará conmigo
que os ausenteis vuestro hermano?
ISABEL. Ya á mis ruegos está llano
en fe de ser vuestro amigo,
una novena le digo
que a Guadalupe ofrezco
por vos, y estando de allí
Trujillo cerca, un convento
podrá honestar el tormento
que es fuerza acabarme aquí,
si, en tan rigurosa empresa,
preso, el Rey manda mataros,
¿que más dicha que imitaros
muriendo, como vos, presa?
FERNAN. ¿Tanto rigor tanta prisa
al dividirnos los dos?
ISABEL El alma queda con vos,
partir sin ella es forzoso
FERNAN. ¡Ay, luz mia!
ISABEL ¡Ay caro esposo!
FERNAN ¡Adiós, mi bien!
ISABEL. ¡Dueño, adiós! (Vanse.)

ESCENA VII

Salen doña FRANCISCA y CASTELLO

FRANCISCA

¿En fin, va á Guadalupe,
doña Isabel, mi hermana?

CASTELLO

Ahora supe
que en devotas novenas
de don Fernando intenta aliviar penas

FRANCISCA.

Piadoso es su camino
y el medio soberano.
mas mientras el favor busco, digno,
pretendo yo, Castillo, que el humano
de la industria se vaya
porque tu dueño de este trance salga

CASTILLO.

Las llaves que en la cera
impresiste, con hacen
de suerte la cerradura
que, cuando se entraron,
adúlteras hicieron
las cerraduras que luego les dieron
Por ser tal la belleza
del preso, que tu amor, todo fineza
ver libre solicita,
¿que dudo que permita
agraviar esta pureza,
porque diré, que se hizo ver ciega
lo que la envidia falsa del público
Yo a lo menos, señora, no me atrevo
a acordarle que su muerte excuse
pues si las llaves que me dio le hurto
y sabe que a este engaño le dispuse,
mientras que a tus consejos le aperciba,
duda que de sus manos salga vivo

FRANCISCA.

No creas que la vida,
de tu nombre sobre todo apetecida,
cuando en tanto riesgo está, tenga en tan poco,
que Fernando esta vez sola sea el loco
No es deseca tal hurto persecuciones
de mentiras, engaños y traiciones,
pues vive tu señor y estando ausente
podrá desengañar al Rey, que agora
cobre su pieza a tomar, aunque prudente,
lo mucho que a Fernando debe gozar,
que el tiempo contra engaños y malicias
es padre de verdades y noticias,
y en la vida la sangre puede
de los muertos, después, no hay quien se
Mas ven que vaya por la [illegible] acuerde.
mi amor, Castillo, traza más segura,
con que escusarte quiero
de respeto primero
de su amigo

CASTILLO.

Celebre en tu hermosura,
igual a tu bondad
España tu valor, para que imites,
del orbe maravillas
cuando a tu amante las prisiones quites
a la que al primer Conde de Castilla
sacó libre de riesgo semejante,
del á su esposo, como yo á tu amante. (Vanse.)

ESCENA VIII

Sale don FERNANDO. Luego doña FRANCISCA

FERNAN Tarde, cielos, á ver llego
que ha fundado la virtud
en las hembras, la inquietud.
en el trabajo, el sosiego

Ya con vista, si antes ciego,
puesto que el tiempo perdí,
conoceré desde aquí
que quien vanidades deja
cuanto más de ellas se aleja
más se va acercando á sí.
Nunca el alma tan cautiva
como cuando, toda sueño,
de otros se imagina dueño
pues de sí propia se priva,
nunca menos discursiva
que cuando en más dignidad,
porque la prosperidad
es madre de la torpeza,
como de la sutileza
la ingeniosa adversidad.
Esta prisión es mi escuela;
aquí enseña el escarmiento
materias al sufrimiento
que el necio estudiar recela;
aquí el peligro consuela,
la injuria enfrena sus labios,
vence la paciencia agravios
y atropella sin razones,
que solas persecuciones
sacan discípulos sabios
¡Venturoso aquel que sabe
convertir lo malo en bueno
y tran formar el veneno
en antídoto suave!

(Arrójale doña Francisca desde arriba un papel y una llave de loba.)

FRANCIS. En ese papel y llave,
Fernando, hallarás salida,
tu reputación y vida;
si es que estimas estas dos,
sé cuerdo.

FERNAN. ¡Válgame Dios!
¿Honra hasta aquí combatida?
¿Llave y papel? *(Cogelo.)* Dos asaltos
son del honor más crueles
¿Cuando no dieron papeles
á la opinión sobresaltos?
¿Qué importan los muros altos
si un poco de hierro sabe
abrir la cerca más grave
que la traición falseó?
Ni ¿qué puedo esperar yo
de un papel y de una llave?
Doña Francisca pretende,
en fe de lo mucho que ama,
que huyendo eclipse su fama,
pues su amor lealtades vende;
ignorante el que la enciende
de que es mi esposa Isabel,
la llave me ofrece infiel
que á mi fuga de lugar;
mas ni ella me la ha de dar
ni aconsejarme el papel.

(Pásgale y arrójale.)

Lea en pedazos el viento
sospechosas persuasiones,
que quien escucha razones
va las da consentimiento:
no parezca el instrumento
de esta traición, pues le arrojo.

(Arroja la llave al vestuario.)

Satisfaga el Rey su enojo
y sepa que, por no dar
á las malicias lugar,
morir inocente escojo.
¿Que más la envidia quisiera,
sino que huyendo rigores
acreditara á traidores
y verdad su engaño hiciera?
Muriendo, mi fama espera
lo que vivo dificulta,
si mi inocencia está oculta
resucite mi lealtad
que, aunque entierren la verdad,
la virtud no se sepulta.

ESCENA IX

Tocan dentro chirimías y tiran cohetes. Dentro DON ALONSO MERCADO. — *Dichos.*

MERCAD. No quede en la fortaleza
almena que no se vista
de luces; que, innumerables
con las del cielo compitan,
artificiales cometas
que, inquietando, regocijan,
tinieblas obscuras borden
de impresiones peregrinas,
músicas al vulgo alegren
que puesto que tanta dicha
agüen pesares caseros
lo más á lo menos priva.

FERNAN. ¡Válgame el cielo! ¿Qué nuevas
son las que al Alcalde obligan
á tales demostraciones?
¿De qué será esta alegría?
Siente, como amigo caro
que envidiosos me persigan,
teme que el Rey me dé muerte
mi inocencia patrocina,
¿y, en medio de estos desaires
ostentaciones festivas
truecan recelos en gozos,
y contentos solemniza?
No sin causa los celebra.

MERCAD. Los contentos de esta vida *(Dentro.)*
para que no den la muerte
con el pesar se limitan.
Celebraremos mañana
las obsequias compasivas
de la malograda prenda
que la fortuna nos quita.
Cortense lutos groseros
que muestren en mi familia,
con demostración llorosa
mi justa melancolía;
vayan por mí á convidar
la nobleza de Medina,
porque mañana en las honras
deudos y amigos asistan;
prevénganse, para entonces,
Órdenes y Cofradías,
cubran el templo bayetas;
cera y pobres se aperciban,
el túmulo se levante;

no quede en toda la villa
campana que no se doble.

FERNAN. ¡Válgame Dios! Qué distintas
diligencias entretejen
acciones que atemorizan
¿fiestas á un tiempo y clamores?
¿Luto y galas? ¿Llanto y risa?
¿Si acaso ha dado la Reina
algun infante á Castilla,
de Carlos, Príncipe, hermano,
que asegure con su vista
la sucesion de estos reinos?
¿Si las flamencas provincias
á Filipo rebeladas
le reconocen vencidas?
¡Oh! quiera Dios que algo de esto
suceda, aunque pronostican
las tristezas que previene
trágico fin á mi vida.
Lutos, obsequias, campanas,
una prenda que lastima
á mi amigo don Alonso
con muestras tan compasivas,
¿quién duda de que se ordenan
por mí, y que el Rey determina
que esta noche me den muerte
y se vengue la malicia?
«Celebraremos mañana
las obsequias merecidas
(dijo mi amigo el Alcaide)
al bien que el cielo nos quita.»
De su amistad me prometo
las finezas, que le obligan
á lo que en estas razones
su pesar me significa.
Si es ansí esta noche muero,
quien con el papel me avisa
y con la llave me alienta,
¡bien mis riesgos adivina!
Pude y no quise librarme;
permanezca mi honra limpia
que al morir, tarde ó temprano,
es en todos comun dita.
¡Ojalá salgamos ya
de las manos de la envidia
y libre de aquilatores
vuelva á nacer mi justicia.
Ella ampare mi inocencia
que, siempre, de las cenizas
de leales mal premiados
las verdades resucitan!

ESCENA X

Salen de luto DON ALONSO MERCADO, DOÑA FRANCISCA, DON GONZALO VIVERO Y CASTILLO

MERCAD. Amigo, dispuso el cielo
con providencia divina,
como las fábulas cuentan:
(que, en efecto moralizan
los sucesos de los hombres)
que imitase nuestra vida
á una tela, que las Parcas
de varios colores hilan.
Si todo fuera dichoso,
como siempre desatinan
al hombre felicidades
y al soberbio precipitan
¿quién con él se averiguara?
Si todas fueran desdichas,
más valiera nacer bruto,
peñasco, ó planta sin vida.
Tejió de lanas opuestas
nuestra duracion fallida
el influjo de los cielos
que en lo mortal predominan;
ya los males, ya los bienes
mezclan diferentes listas,
más, como aquellos son tantos
poco estotros se divisan.
Fernando, empezar intento
á contar vuestras desdichas,
guardándolos para la postre
nuevas que os den alegría.
Murió Gonzalo Pizarro,
con lástima de las Indias,
á las manos del rigor
que ciego, tal vez castiga,
lo que amigos le engolfaron
en acciones, que pelegran
cuando á los jueces se oponen
que el nombre Real apellidan,
dejándole al mejor tiempo
imitando las hormigas
que huyendo las tempestades
la prosperidad esquiman.
Degollóle la entereza
que, atada á la ley, no mira
que el sumo celo en los cargos
sea la suma injusticia.
No pocos son en su abono
que, disculpándole afirman
la lealtad con que á sus plantas
el cetro ofrecido pisa.
Gobernador de aquel Reino
era por cédula y firma
del César, y de la Audiencia
que vino entonces á Lima.
Si es ansí ¿qué deslealtades
los envidiosos le intiman,
cuando, en nombre de su Rey,
defiende lo que conquista?
En efecto, en opiniones
la suya está dividida,
si sus émulos le cargan
los benévolos le libran.
No ha dejado descendencia
y así esta mancha no eclipsa
la sangre que dél nos toca.
¡Fenezca en él su mancilla!
Murió ¡ay cielos! Isabel,
de congojas oprimida
que vuestros riesgos causaron,
porque el amor homicida
cuando aquilata finezas
á Roma las Porcias quita,
para que celebre España
como Caria otra Artemisa;
encerróse en un convento
de Trujillo, en que cautiva
por su propia voluntad

dió renombre á sus cenizas,
esposa vuestra se nombra,
yo os la ofrezco, aunque creia
que para tiempos mas claros
el valor que os acrecienta
los talamos reservara
mas como amor lo es prisa
no me espanto que en presentes
corrijais su fuego avida
La herencia que os ha dejado
es un angel, es una dama,
perla de nacar honesto
que la casa ha de honrar fiel,
cuanto la corte vuestra,
pues la carta en que no avisa
que en secreto os desposo
su calidad sigo ama
Yo espero en Dios que por ella
con este y mas prosperar
goce España descendientes
que ilustren vuestras hazañas
Pero esto hasta aqui, Fernando,
es pesar, son mis pasiones
nuevas, que tambien escojen,
penas que el pecho os allanan
Pero, ya en las tempestades
que os persiguieron, rotas
el sol sereno se aparece
que bonanza cierta es
Tiempo, prudente, santo,
á pesar de las malicias
de vuestros perseguidores,
cuando mas os levantais
conoce vuestras verdades,
lo que os debe en las conquistas
prodigiosas, que á sus plantas
le postrais coronas ingas,
la lealtad, prudencia
y valor que os eternizan
tanto, que contra los tiempos
atras la fama os labra,
Lealtad nobleza heredada,
la hacienda, que defendeis
por su fisco y sus embargos
creyo el engaño primera,
que os restituyan ordena
y la fortuna vencida,
conoced que á vuestras plantas
es bien que su rueda os rinda
A esta causa son las fiestas
que estas comarcas celebran,
y bien, funestos malogros
que de mi hermana os privan
mezclan en gozos vuestros anhelos,
desdichadas nupcias tristes
con lutos que, tristemente
contrapuestos se celebran
Dichosa á ambos augures
mi lealtad, ya convertida
en nobles anhelos,
debe á mi Isabel, querida
el sentimiento presente
Lealtad perdida tan digna
de lastimas amorosas
y alegres la conseguida
lealtad, saldran á un tiempo
lágrimas, Fernando, ambiguas
que, afirmando lo que niegan,
derramen pesar y risa.

FERNAN. Tan cristiana libertad,
Alfonso, no es conseguirla,
es perderla. Ojala el cielo
trocara suertes y viva
mi cara esposa acabara
con mi muerte apetecida!
Desgracias que ahora empiezan
mas fieras y ejecutivas
sin mi Isabel, sin mi esposa
¿De que valor, de que estima
sera el vivir

MERCAD. Don Fernando
va Isabel en las delicias
estremas pisando, entre ellas
riegos cabellos olvida,
su virtud nos lo promete,
y vuestro amor os obliga
á celebrar las mejoras
que goza en mas quietas Indias
El de Casca ha enviado
á España vuestra sobrina,
del Marques, hermano vuestro.
unica heredera é hija.
su retrato hasta en el nombre
pues llamarla se Francisca
mezcla, para nuevas famas,
los Pizarros con las Ingas.
El Rey casarla pretende
con un Grande de Castilla,
y para hacerlo, en su Corte
la aguarda desde Sevilla.
Llegada trae para veros,
y nos ha dado noticia
que, en tanto que desea,
mañana entrará en Medina
Amigo, pues que los hados
quieren en una hora misma
lloreis bodas y viudeces
de vuestra Isabel querida,
juntad segunda vez sangre,
añadid quebradas mesas,
dad á vuestro hermano nietos
porque eterno en ellos viva.
Dispensaciones remedian
estorbos, cuando encaminan
los cielos tales deidades
que á tanto bien son aspiran.
Conservara su belleza
los pesares que os lastiman
con perdidas restauradas
en vuestra hermosa sobrina

FERNAN. Tal fineza de amistades
solo es de un Mercadillo,
que, por mis dichas y medras,
las suyas propias olvida.
Consultaré á mi mismo,
pero, entre tanto que elija
lo que mejor pueda estarme
sabed que á doña Francisca,
vuestra hermana y mi señora
esta palabra mia
empeñada, y que le de darla
prenda ilustre que la sirva.
Ya sabeis vos que debo
á la fe y amistad cumplir

de don Gonzalo Vivero,
y que desde el primer día
que los dos la profesamos,
las almas juntas y unidas
á pesar de adversidades,
puesto que estas examinan
los amigos, le han mudado;
su nobleza es conocida,
su valor sin semejante.
Vivero, porque yo viva
contento, su esposo sea,
que como esto se consiga,
imposible de pagaros
obligaciones antiguas,
añadís otras mayores.

MERCAD. Esta será nueva dicha
para mi honor y mi casa.
VIVERO. Vuestra mano me permita (*A ella.*)
honrar mis labios en ella.
FRANCIS. Mi voluntad reducida
al imperio de mi hermano,
por dueño es bien que os reciba.
MERCAD. Vamos, pues, y celebremos
las obsequias en Medina,
de aquel angel malogrado
que eternas luces habita;
y aprenda el prudente, cuando
envidiosos le persigan,
en don Fernando, pues vence
la lealtad siempre á la envidia.

COMEDIA FAMOSA

ANTONA GARCÍA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Reina Católica.	Bartolo, *pastor*.	Gila, *pastora*.
Marqués de Santillana.	Doña María Sarmiento.	Pero Alonso.
Almirante de Castilla.	Centeno, *pastor*.	Cuatro castellanos.
Antonio de Fonseca.	Cuatro labradores.	Cuatro portugueses.
Malduerme, *pastor*.	Músicos.	Chinchilla, *soldado*.
Cuatro soldados.	Cuatro caballeros.	Fernando, *rey*.
Juan de Ulloa.	Conde de Penamacor.	Una ventera.
Antona García.	Don Basco.	Velasco, *soldado*.
Juan de Monroy.	Cuatro pasajeros.	Don Alvaro de Mendoza.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Marchando la Reina, *el* Mariscal, *el* Almirante *y* Antonio de Fonseca, *con otros soldados.*

Reina. No nos recibe Zamora;
que el mariscal y su hermano,
Valencias en apellido,
portugueses en los bandos,
se han apoderado della.
Castronuño nos ha dado
con las puertas en los ojos,
por Alfonso, lusitano,
enarbolando pendones.
Toro se muestra contrario
al derecho de mi reino,
y leales desterrando
de la ciudad, Juan de Ulloa
por el marqués, animado,
de Villena, determina
dar al portugués amparo.
Doña María Sarmiento,
su mujer, vituperando
su misma naturaleza,
en el acero templado
trueca galas mujeriles;
plaza de armas es su estrado,
sus visitas, centinelas,
y sus doncellas, soldados.
Todos á Alfonso apellidan,
por reina legitimando,
á doña Juana, su esposa,
por muerte de Enrique cuarto,
mi hermano, que tiene el cielo,
sabiendo que á don Fernando,
mi esposo y señor, y á mí
los ricos hombres juraron
por Príncipes de Castilla
en los Toros de Guisando.
Mas ciégalos la pasión
y el interés. No me espanto;
la inocencia está por mí;
los más nobles castellanos
mi justicia favorecen;
la verdad deshará agravios
Mis tíos, el Almirante
de Castilla, con su hermano
el conde de Alba de Aliste,
por mí arriesgan sus estados.

Toda la casa Mendoza
y el Cardenal, fiel y sabio,
don Pedro (que es su cabeza),
de Enrique testamentario,
por su reina me obedecen
Reconóceme vasallo
don Rodrigo Pimentel,
en cuya experiencia y años
justifico mi derecho,
y en Benavente ha mostrado
contra quinas portuguesas
la lealtad que estima en tanto.
La casa de Guzman tengo
en mi ayuda, y la de Castro,
con el duque de Alburquerque
que noble sigue mi campo.
Lo principal de Castilla
y León, vituperando
acciones de los inquietos,
rehusan reyes extraños.
Pocas ciudades me niegan
En Burgos está sitiando
la fuerza el Rey, mi señor;
si Toledo es mi contrario,
su arzobispo le violenta,
(con ser él por cuya mano
fui Princesa de Castilla
Mal parecen en prelados
mudanzas escandalosas,
y peor en viejos que, varios
son, por seguir sus pasiones
á sus consejos ingratos.
¿Qué importa que el de Villena
en armas ponga su bando
con Girones y Pachecos,
Ponces, Silvas y Arellanos?
Los Cabreras y Manriques,
los Cárdenas y Velascos,
valientes se les oponen,
resistiendo los hidalgos
Dios ampara mi justicia,
ricos hombres, no temamos,
la verdad al cabo vence,
no la pasion. Marche el campo

ALMIRAN. A valor tan generoso,
cuando fuera menos claro
el derecho que á estos reinos
intentan negar livianos,
cuando mi padre no fuera
aguelo del rey Fernando,
rey natural de Aragon,
de nuestra España milagro
y una misma nuestra sangre,
el esfuerzo soberano
de esa virtud atractiva,
no los hombres, los peñascos
llevara, invicta Isabela
tras sí. Mi vida, mi estado
ofrezco á vuestro servicio.

REINA. Tio Almirante, el reparo
de mi reino estriba en vos.

MARQUES. Yo, gran señora, no aguardo
sino ocasiones que muestren
la fe y lealtad con que os amo.
No os den recelo las quinas
portuguesas, si intentaron
ofenderos, que por vos
ya la fortuna echó el dado.
No rebeldes os asombren
que sin justicia son flacos
ejércitos enemigos,
y ella sobra contra tantos
Seis mil montañeses deudos
en vuestro servicio traigo,
si no bastan, haced gente,
vended mi Hita y Buitrago

REINA. Vuestra persona, Marques
de Santillana, es espanto
de todos nuestros opuestos,
con ella sola yo basto
á conquistar nuevos mundos
Al Cardenal, vuestro hermano,
como á padre reverencio,
que es pastor discreto y santo

ANTONIO. Yo, en nombre de los demas,
invicta señora, salgo
fiador que fieles sabremos
morir, pero no olvidaros.

REINA. Don Antonio de Fonseca,
de vuestros antepasados
heredastes generosa
lealtad y valor hidalgo
Marchemos á Tordesillas,
que en ella el socorro aguardo
del conde de Benavente.

TODOS. ¡Viva Isabel y Fernando!

Suenan dentro gaitas y tambor, y fiesta

REINA. Aguardad. ¿Qué fiesta es esta?

ANTONIO. Una boda de villanos,
que en este pueblo vecino
sale á festejar á el prado
Tengo en él alguna hacienda;
y aunque no son mis vasallos
como señor me obedecen
Habíanme convidado
á que fuese su padrino:
pero en negocios tan arduos
dejé, por lo mas lo menos.
Entretuviérase un rato
vuestra alteza á no venir
con la prisa y los cuidados
que la guerra trae consigo,
porque sencillos y llanos,
causan gusto sus simplezas,
mas no es tiempo de hacer caso
de rústicos pasatiempos.

REINA. No, don Antonio, hagan alto,
que adonde á vos os estiman,
pretendo yo con honrarlos
que sepan en lo que os tengo.
Lícito es en los trabajos
buscar honestos alivios,
que un pecho real es tan ancho
que pueden caber en él
aprietos y desenfados
Gocemos la villanesca.

ANTONIO. Pues es la novia milagro
de las riberas del Duero,
y hay de la sucesos raros
Asombra con la hermosura
á cuantos la ven, y tanto,
que de Toro y de Zamora
generosos mayorazgos
se tuvieran por felices

de que, dándola la mano,
disculpara su belleza
algún rifete villano.
Mas es de suerte el extremo
en que estín á su ser bajo,
que antepone el saval pobre
á las telas y bordados.
Sus fuerzas son increíbles
tira á la barra y al canto
con el labrador más diestro,
y hay carretero de Campos
que rodeando hartas leguas
por verla, desafiados,
á los dos tiros primeros
perdió las mulas y el carro.
Llevaban á ajusticiar
en Toro á un su primo hermano,
y al pasar junto á un convento,
llegándose paso á paso,
cogió al jumento y al hombre,
y llevándole en los brazos,
como si de pa á fuera,
los metió en la iglesia á entrambos.
Echáronle los alcaldes
en su casa seis soldados,
que aunque labradora es rica,
y dándoles los regalos
caseros que un pueblo tiene,
porque no se contentaron,
cogió del fuego un tizón,
obligándolos á palos
á que en el corral se echasen
dentro de un silo, y cerrados
con la trampa en el los tuvo
hasta la mañana, dando
un convite á los gorgojos,
que el hambre en ellos vengaron.
Si me juzga vuestra alteza
en esto demasiado
la boda sale al encuentro.
Porque vea que la alabo
con razón, experimente
en la novia dos contrarios
de hermosura y fortaleza
y en lo uno y otro milagro.

ESCENA II

Música de aldea. Labradores y, entre ellos, BARTOLO *y* CARRASCO *detrás de las manos,* ANTONA GARCÍA *á lo labrador, de novia, y* JUAN DE MONROY, *también labrador.* DICHOS.

TODOS. (*Cantan.*) «Más valéis vos, Antona,
que la corte toda.
UNO. De cuantas el Duero
que estos valles moja
afeitando caras
tiene por hermosas,
aunque entren en ellas
cuantas labradoras
celebra Tudela.
TODOS. Más valéis vos, Antona.
OTRO. Sois ojesmeralda,
sois cariredonda,
y en fin, sois de cuerpo
la más gentilhombra.
No hay quien vos semeje,
reinas ni señoras,
porque sois más linda.
TODOS. Que la corte toda.
Más valéis vos, Antona,
que la corte toda.»
ANTONIO. Llegad, Antona García,
con vuestro esposo á besar
los pies á quien quiere honrar
vuestras bodas este día.
La Reina, nuestra señora,
esta merced gusta haceros.
ANTONA. A la mi fe que con veros
tan apuesta y guerreadora,
nos dais de quien sois noticia.
Mal haya quien mal vos quiere,
y quien viéndoos no dijere
que vos sobra la justicia.
Todos los pueblos y villas
que por aquí se derraman
la Valentona me llaman,
porque no sufro cosquillas,
no las sufrais vos tampoco,
pues Dios el reino os ha dado
que os vi en pintiparado,
y quien lo niega es un loco.
Para ser emperadora
del mundo erades mejor,
pues venís, por dar amor,
con cara de regidora.
No es comparanza el abril
con vos, aunque lo encarecen,
vuesos dos ojos parecen
dos matas de perejil.
Toda vuesa cara es luz
que encandila desde lejos,
vuesos cabellos bermejos
parecen al orozuz.
De vuestra vista risueña
no hay voluntad que se parta,
gloria es veros cariharta
honrar la color trigueña.
En las dos mejillas solas
miro, según son saladas,
rosas con leche mezcladas,
ó cebollas é amapolas.
Yo tengo el pergeño bajo,
más díganme los presentes
si igualen á vuesos dientes
los brancos dientes del ajo.
Pues ¿y el talle y la cintura?
Estas cuatro higas os doy,
que á la fe que loca estoy
viendo vuesa catadura.
REINA. Y yo, Antona, agradecida
al amor que me mostráis
con sencillas muestras dais
señales de bien nacida.
ANTONA. Nuesa Señora del Canto
mi feligresía es,
en ella nací de pies
dando á la comadre espanto.
Bautizáronme en su iglesia,
mire ella si bien nací
hidalga no, pero sí
sin raza y cristiana vieja.
REINA. ¿Y quién es el desposado?

ANTONA. Hinojaos, Juan de Monroy.
MONROY. (*De rodillas.*) Yo el novio, señora, soy
de la Antona á su mandado,
y en la ciudad también moro.
REINA. Pues ¿por qué en este lugar
os salís á desposar,
si sois vecino de Toro?
MONROY. Tenemos la hacienda acá
y este pueblo está mejor
para cuidar la labor.
Además que por allá
la ciudad toda está llena
de bandos que el rey derrama.
REINA. ¿Cómo este pueblo se llama?
ANTONA. ¿Quién? ¿este? Tagarabuena.
REINA. Dios os haga bien casados.
MONROY. Mantenga Dios su presencia.
REINA. Tomad esta joya, Antona,
(*Dale una cadena.*)
que si salgo de cuidados,
yo me acordaré de vos.
ANTONA. Más hijos para y más hijas
que tien la sarta sortijas,
y sean de dos en dos,
papas reinando á la par,
y el mayor el puesto ocupe
de Prior de Guadalupe,
que no hay más que desear.
BARTOL. Señora, si porque sólo
se casa Antona García
la ha dado su Reinería
cadenas, yo soy Bartolo,
que huera marido va
á topar á quien querer:
más cuando no haya mujer
no falta son la mitá.
Media cadena la pido
hasta que Gila me chera,
pues si Antona es novia entera
Bartolo es medio marido,
y encadenados quiza
Gila y yo, haremos de modo
que después casado y todo
vaya por la otra mitá.
LABR. 1.° ¡Quita, necio!
IDEM 2.° ¡Bestia, calla!
BARTOL. Quitaos vos y callá vos.
Verá. Pues ¿no hay más de dos
maridos de media talla?
Pintadas vi muchas veces
figuras (verdad vos digo)
como hombres hasta el lombligo
que de allí abajo son peces,
y yo en viéndolos decía
medio maridos serán
que de noche huera están
y en casa duermen de día.
REINA. Antona, ya estáis casada:
vuestro esposo es la cabeza
id con la naturaleza
en sus efectos templada.
No hagáis de hazañas alarde
porque el mismo inconveniente
hallo en la mujer valiente
que en el marido cobarde.
Olvidad el ser bizarra,
viviréis en paz los dos,
aliñad la casa vos,
mientras el tira la barra.
No os precieis de pelear,
que el honor de la mujer
consiste en obedecer,
como en el hombre el mandar,
y vedme cuando entre en Toro.
ANTONA. Por ser vuestro ese consejo,
desde hoy mis bravuras dejo,
que á la mitad que os adoro.
Mas, Reina, también vos digo
que en dando en cabecear,
quien no vos dé á reinar
y vos persigue enemigo,
si en vuestro favor tomare
armas, no os dé maravilla,
que ha de ser vuestra Castilla,
pese á quien le pesare.
En cuanto esto, no me pasa
por el pensamiento ser
como me mandáis, mujer,
la cabeza si de casa.
Obligada estoy por vos
y he de pagar á quien debo
la sarta que al cuello llevo
mos encadena á los dos.
Mande y rija mi marido,
pues Dios su yugo me ha puesto,
pero no me toque en esto,
que no será obedecido;
que en siguiendo armas tiranas
contra y resa lea corona,
entonces á te de Antona,
que han de ir rocín y mazanas
perdone padre y marido.
REINA. A ser todos como vos
no hubiera guerras, adiós.
ALMIRAN. ¡Brava mujer!
REINA. Yo he tenido
con ella un alegre día.
ANTONA. Bailemos y despidamos
la reina con fiesta.
REINA. Vamos
notable Antona García.
(*Vanse y cantan los villanos.*)
TODOS. (*Cantan.*) «Por Morales van á Toro,
por Tagarabuena y todo.
UNO. Si á ver iban sus amores
por Morales los pastores,
las zagalas cogen flores
del Duero entre arenas de oro.
TODOS. Por Tagarabuena y todo.»

ESCENA III

Quédanse BARTOLO *y* CARRASCO.

BARTOLO. Carrasco, oid si os agrada.
CARRAS. ¿Qué tenemos?
BARTOLO. Dame pena
que Antona lleve cadena
por sólo que esté casada
y Gila por no querer
conmigo matrimoniar,
en el pueblo dé que hablar
y mi amor eche á perder.
CARRAS. ¿Qué, en fin la tenéis amor?

BARTOLO. Yo no sé si es amorío
este desconcierto mío,
si es angustia, si sudor.
El pecho se me basuca
y me dan ciclones luego.
Si esto es amor, dole al huego,
que pardiez que es mala cuca
si vuesa edad no me endilga
lo que es, abridme la huesa.
CARRAS. Bartolo, celera es esa.
BARTOLO. Esto hecho una pocilga
de celos, que por ser tercos,
poner al hombre de lodo
y andar gruñendolo todo,
se comparan á los puercos.
CARRAS. Pues bien, ¿y ella sabe acaso
que la amáis?
BARTOLO. Sí.
CARRAS. Bueno está,
¿y habeisla habrado?
BARTOLO. Verá
pullas la echo á cada paso.
CARRAS. Pescudo si la habeis dicho
vueso amor.
BARTOLO. Por comparanzas,
y ayer cerniendo las granzas
la declaré mi capricho.
CARRAS. ¿De qué modo?
BARTOLO. Darvos quiero
relación de esa demanda.
Ya vos veis del modo que anda
el gatico en Enero.
Estaba una gata bisca
con cierto gato rabón
allá en el caramanchón,
éste tierno, la otra arisca.
Cual si le pegaran ascuas
y en su lenguaje gatuno
se decían cada uno
los enombres de las Pascuas.
Porque si explicallos quiero,
siempre que el gato maullaba
de maullera la llamaba,
y ella con *fuf*, de fullero.
En fin, con gatos feroces
andaban dando carreras,
que gatos y verduleras
sus faltas se echan á voces.
Escuchábalos allí
Gila, envidiosa de verlos,
y yo, que iba á componerlos,
la manga ¡pardiez! alas,
para que no se me escape,
y como su amor me afrige,
miz, hocicándola, dije.
CARRAS. Y ella, ¿qué os repuso?
BARTOLO. ¡Zape!
y impríome tal aruño
que el carrillo me pantó.
Agarréla entonces yo,
mas ella cerrando el puño,
escopeta hizo dos muelas
deshaciéndome un carrillo.
CARRAS. Hizo bien, porque un gatillo
de ordinario es sacamuelas,
y eso fué lindo favor.
BARTOLO. ¿Lindo? A otros dos, si me toca,
despoblárame la boca,
pero otro me hizo mayor.
CARRAS. ¿Mayor? ¿Cómo?
BARTOLO. Hue al molino,
y yo tras de la antiyer,
y acabado de moler
llegué á cargarla el pollino,
y cuando el costal le pongo
dos yemas en cara echo,
y á la primera que vió,
dijo: ¡pápate ese hongo!
Yo como la ví burlar,
las manos la así y beseselas,
y aruñómelas y aruñéselas
y volvióme las á aruñar.
Tiróme una coz después,
pronóstico de una potra,
y yo tirándola otra
jugamos ambos de pies.
Y durando el retozar,
volvióme dos y apareselas,
y tiróme las y tireselas
y volvióme las á tirar.

ESCENA IV

Lichos, y sale hilando ANTONA

ANTONA. ¡Alto! al ganado, Bartolo,
que bueno le boda ha estado.
BARTOLO. ¿Mas matal al ¿hoy al ganado?
ANTONA. Sí, que le dejaste solo,
y están cerca los mañuelos
del cura, y si se entra allá,
la guarda los prenderá.
BARTOLO. No nos faltaban más duelos.
¿Hoy, que sois novia, hilá sivos
y á mí al hato me enviáis?
Temprano en casera dais,
enriquecereis los dos.
Dejad que llegue mañana
y holguémonos entretanto.
ANTONA. Hoy, Bartolo, no es disanto,
mas gastemos la semana
en fiestas. Donde no hay renta
trabajar es menester.
Casera pretendo ser,
si he sido hasta aquí valienta
¿el sermonador no puso
ayer una comparanza,
que como al reve la lanza
honra á la mujer el huso?
BARTOLO. Sí.
ANTONA. Pues las alforjas saca,
que yo haga lo que debo.
BARTOLO. Vaya, cedacico nuevo,
el primero día en estaca.
ANTONA. A estercolar fué mi Juan.
No me repliques, cantina,
echa en la alforja cecina,
cebollas, nueces y pan,
y al hato con la mochila.
(Sale cantando.)
BARTOLO. «Hilandera era la aldeana
más come que gana, más come
que gana.
¡Ay!, que hilando estaba Gila.

más bebe que hila, más bebe
que hila.»

ESCENA V

Salen á lo soldado el CONDE DE PENAMACOR *y* DON BASCO

PENAMACOR.

Llaman á Alfonso Quinto desde Toro,
que ya á Zamora con su campo llega;
y aunque el partido de mi rey mejoro,
si esta plaza que es fuerte se le entrega,
como la fe con que le llama ignoro
y tanta gente de Castilla niega
de Alfonso y doña Juana el real derecho,
primero es bien que quede satisfecho.
Bien es verdad que siendo nuestro amigo
Juan de Ulloa, que tiene tanta mano
en la ciudad, y deja á don Rodrigo
contrario en opinión, con ser su hermano,
nos asegura; pero siempre sigo
el parecer de Cipión romano,
que el que cree su contrario, brevemente,
cuando falta el remedio, se arrepiente
Capitán general, de mi rey tengo
á mi cargo su ejército, y procuro
facilitar estorbos que prevengo,
que en reino extraño nadie está seguro.
Para esto á Toro de Zamora vengo,
porque amparado del silencio obscuro,
cuando anochezca deje asegurada,
sin tratos dobles, á mi rey la entrada.

BASCO.

Muestra el valor en eso Vueselencia
que á su sangre azañosa corresponde.
Mas victorias alcanza la prudencia
que la osadía cuando no la esconde
el consejo que anima á la experiencia.
Ramo es del tronco real, y por su Conde
Penamacor le estima, en su milicia
nuestros reyes alientan su justicia.
Hija del Cuarto Enrique es doña Juana
¿qué pretende Isabel, si el reino hereda
en Castilla la hija y no la hermana,
por más que la pasión en ella pueda?

PENAMACOR.

Reparad, dejando eso, en la villana,
don Basco, que al encuentro nos hospeda
en el alma con vista enamorada,
ojos las puertas, gloria la posada.
¿Vistes en Portugal más hermosura?

BASCO.

¡Qué divina mujer!

PENAMACOR.

Parca es hilando
libertades, que fundan su hermosura
en los labios, que vidas están dando
á los copos que tocan. ¿Ya procura,
cuando Isabel no hubiera ni Fernando
con mi rey en Castilla opositores,
mezclar mi dicha hazañas con amores?
Retiraos entretanto que anochece,
don Basco, por el márgen dese río,
que quiero hablar con ella.

BASCO.

Bien parece
que es amor portugués.

PENAMACOR.

Es desvarío
¿Hay hilandera igual?

BASCO.

Mientras que crece
sombras el sol, que en el ocaso frío
da á purpuras de luz bosquejos de oro,
allí te aguardo para entrar en Toro. *(Vase.)*

ESCENA VI

Sale ANTONA *con delantal blanco y saca* GILA *rastrillo y lino y siéntase* ANTONA *y rastrilla.* *(Dicho.)*

ANTONA. Dame, Gila, que rastrille,
que no tengo ya que hilar
¡Oh, qué te á que he de echar!

PENAMA. Amor sus penas humille
á tan superior belleza.

ANTONA. Aquí á la puerta veré
el campo y rastrillaré
con gusto hasta que anochezca
Echa berzas y cebolla,
que vendrá de la labor
alentado tu señor,
y después de Dios, la olla.

(Vase Gila, canta Antona y rastrilla.)

«Rastrillaba! la aldeana
y ¡cómo rastrillaba!»

PENAMA. Si merece un pasajero
hallar, bella labradora,
mientras se llega la hora
de picar y un compañero
llega, por ser forastero
la gracia en vos, que esa cara
pregona, os acompañará
una alma, que en vuestros ojos,
aliviando sus enojos,
congojas tristes repara.
Si gustáis, le aguardaré
aquí, que presto vendrá.

ANTONA. Pues á mí, ¿qué se me da
que se vaya ó que se esté?
Pésame de verle en pie.
En casa no hay otras sillas
sillos ó tres de costillas
Gila, saca la mejor
en que se asiente el señor

PENAMA. Mejor fuera de rodillas

ANTONA. Eso en la iglesia al altar.

GILA. Esta es la mejor que he hallado.

(Saca una de costillas Gila, ponela y vase.)

ANTONA. Posese si está cansado

PENAMA. Mal puede amor reposar
cuando comienza á penar

ANTONA. ¿Está malo?

PENAMA. Y lo desea
mi dicha.

ANTONA. Pues en la aldea
no hay doctor, si está doliente;

Dos mos mata so demente.
No me estorbe la tarea (*Canta.*)
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. Advertid que castellanas
entre esos dichos y tuyo
un corazón peregrino
que de muerte váis
Yo una flecha de amor
hiere, no con tantas puntas,
vos, que ejércitos de plantas
multiplicáis, ¿no es rigor
que heráis con armas prohibidas,
y con ojos bandoleros,
hallagüeños asesinos
para quitarles las vidas?

ANTONA Señor, poco de arrumacos,
que no se usan por acá.
Al compañero espera
cuando sabe que son bellacos
labradores, y sospechan
mal de todo palaciego,
y apenas habrán que luego
cuidan que pueblas nos echan
Guardaos de gente villana
que no se sabe burlar,
y dejadnos trabajar. (*Canta.*)
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. Vos afrenta en el trato hidalgo
la plática que entretiene.
Mientras que el que espero viene
gastemos el tiempo en algo.
Poco os puede desdeñar
habiéndome en este lugar
del hombres enamorar
de la mujer resistir.
¿Qué importa que así pasemos
aqueste rato los dos?
No sois tan labradora vos
que os han de ablandar extremos,
principalmente de quien
tan presto se ha de ausentar.

ANTONA Todo huésped se ha de honrar
en eso habéis dicho bien.
Yo consiento la ocasión,
y vos les fuerza el admitilla
Que en su casa da vida,
se huelga a conversación.
No falta en los labradores
cortesía, aunque grosera
apartad la silla afuera
y no me tratéis de amores,
que eso nunca es permitido
en quien tiene dueño ya,
y en lo demás conversá

PENAMA ¿Dueño tenéis?

ANTONA Y mando.

PENAMA ¡Ay, cielos!

ANTONA Con esto atajo
principios que dan mal gusto.
pues casada y labradora,
ya veis si tendréis de hablar
en lo que nunca ha de ser.

PENAMA ¿Casada, decís? Buen cuerdo

ANTONA. Sí, empezad, que bien podéis
rastrillar y responder

PENAMA ¿Qué conversación no es vana
estando casada vos?

ANTONA. Pues casada estoy, adiós. (*Canta.*)
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. Ahora bien, fuerza es pasar
el tiempo del mal lo menos.
(*Aparte.*) ¡Ay, dulces ojos morenos,
la muerte me habéis de dar!
(*Aparte.*) Yo tuve amor en mi tierra...

ANTONA. Ya vos digo que dejéis
amores, y que contéis
otra cosa

PENAMA ¿Qué?

ANTONA ¿No hay guerra?
Está abrasada Castilla
en competencia mortal,
viene el rey de Portugal
con gente á ocupar su silla,
y siendo vos caballero
y va la guerra inclinada
¿os falta que hablar?

PENAMA La espada
fue mi profesión primero
que no fue de razón tuviese

ANTONA Tratad de la guerra, pues
¿Sois de acá?

PENAMA Soy portugués.
(*Levantase Antona.*)

ANTONA ¿Portugués? Pues aunque os pese
han de reinar Isabel
y Fernando, en nombre el Quinto

PENAMA ¿Fernando?

ANTONA Como os lo pinto,
y yo de morir por él.
Si sois de enemigo bando,
perdonad, que á fe de Dios
que he de comenzar por vos

PENAMA. Reine Isabel y Fernando
sosegáos, que yo no quiero
más de lo que vos queréis

ANTONA Portugués, no me engañes

PENAMA. Aunque amor es hombre,
amándoos yo ¿de qué modo
(cuando vuestro gusto sigo)
no tendré por enemigo
al vuestro? Ya yo soy todo
de la opinión castellana.

ANTONA ¿Reine Isabel

PENAMA Soy contento

ANTONA Pues con eso va de cuento
(*Vuelven a asentar y hacer labor, canta*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA ¿Hay rústica más donosa?

ANTONA. ¿Como os llamáis vos, señor?

PENAMA Conde de Penamacor.

ANTONA ¿Vos sois conde? ¡Fuerte cosa!

PENAMA Penamacor soy, en fin
que me corta su fe ordena
que empiece mi estado en pena
y que tenga en ella su fin,
porque con este blasón,
sea, en tan confuso abismo,
pena mi color, que es lo mismo
que péname el corazón.

ANTONA Ya otra vez os he rogado
que amores dejéis estar,
pues hay guerras de que hablar

PENAMA No os cuidéis y de mi estado,
preguntáisemele, y así

es fuerza el decirlo.
ANTONA. Pues,
siendo conde y portugués
¿a qué habéis venido aquí?
PEÑAMA. Mandóme hacer asistencia
mi rey en esta jornada.
Salió con su esposa amada,
coronándose en Plasencia
doña Juana, hija de Enrique
y nuestro rey su consorte;
y en la castellana corte,
porque la acción se publique
que al reino tienen, alzaron
por todos reales pendones,
y con fiestas y pregones
por reyes los aclamaron.
Llegó a darnos obediencia
el maestre de Calatrava,
Conde de Ureña, que estaba
con el Duque de Plasencia;
el Primado de Toledo,
que es don Alfonso de Acuña,
portugués, de ilustre alcuña,
si en esto alabarme puedo,
el de Viseo, y con ellos
otros mil, que de Castilla
y León, le dan la silla.
ANTONA. Malos años para ellos,
y aun para vos, que parece
que en decirlo os relameis.
PEÑAMA Yo quiero á quien vos queréis
ANTONA ¿Y qué hubo mas?
PEÑAMA Obedece
todo el pueblo humilde y llano,
y con aparato y fiesta
no era tan blanca como esta
de nuestra reina la mano;
más la lealtad los provoca
a llegar de dos en dos,
de modo que yo con vos,
se lando en ella la boca;
que en fe de que fuí testigo
desta fiesta sin, advert,
que la besaban ansi.
(Quiérela besar la mano.)
ANTONA Manos quedas: ¡jo! le digo
PEÑAMA. Con ejemplos se declara
mejor lo que decir puedo
ANTONA. ¿Que va, si no se está quedo,
que le rasguño la cara?
PEÑAMA ¿A un conde?
ANTONA. Me maravillo
de más títulos que traiga,
que porque no se le caiga
le hace conde del Rastrillo
Si él conociera la moza
con quien habla, á buen seguro
que él la sonara
PEÑAMA Yo os juro
que según lo que se goza
el alma en ojos, es cierto
que lleva en vos que soñar
si bien me holgara de estar,
por veros siempre, despierto.
Estimad a quien os ama,
volved
ANTONA. No se descomida

que me enojaré, por vida
de doña Isabel, nuestra ama
PEÑAMA. Mucho la amais
ANTONA. Tal es ella.
PEÑAMA. ¿Qué tal es?
ANTONA Ángel de Dios.
PEÑAMA. Yo ya la quiero por vos.
ANTONA. Si es cuerdo, ¿no ha de quereros?
PEÑAMA. Sí, pero ¿que me dareis
porque yo a la reina siga?
ANTONA. A la fe que sea su amiga.
PEÑAMA Si eso vos me prometeis
mi rey creo.
ANTONA. Hará muy bien.
PEÑAMA. ¿Amaréisme?
ANTONA. Sin pecar
PEÑAMA. ¿Sí no?
ANTONA. Darame pesar.
PEÑAMA. ¿Me aborreceréis?
ANTONA. También
PEÑAMA ¡Qué desdicha!
ANTONA No es pequeña
PEÑAMA. ¿Por qué la amás?
ANTONA. Porque es santa
PEÑAMA. ¿Que tanta es su gracia?
ANTONA Tanta
PEÑAMA. Mayor es la vuestra.
ANTONA ¿Sueña?
PEÑAMA ¿Es hermosa?
ANTONA. Como un sol
PEÑAMA ¿Es discreta?
ANTONA Como un cura.
PEÑAMA ¿Tanto?
ANTONA Toda es hechizura.
PEÑAMA ¿Tiene valor?
ANTONA Español
PEÑAMA Será rubia
ANTONA. Como el trigo
PEÑAMA. Será blanca.
ANTONA Como el campo
PEÑAMA Será gentil.
ANTONA Como el campo.
PEÑAMA Más lo sois vos. *(Vase a asir la mano.)*
ANTONA. Yo le digo,
hacerse allá y manos quedas,
que no conoce la Antona.
PEÑAMA. Amor todo lo perdona.
¿Como es posible que puedas,
labradora, cuando labras
una voluntad rendida,
dar con los ojos la vida
y muerte con las palabras?
ANTONA. El está muerto.
PEÑAMA Aquí yace
un portugués, por despojos
del desden de estos dos ojos
ANTONA ¿Él? pues *Requiescat in pace*
PEÑAMA. Si en paz y en descanso fuera,
no hubiera en mi pena tanta.
ANTONA. A los defuntos lo canta
el cura desta manera.
PEÑAMA. Mi tormento es más notorio,
pues el que paso es eterno
ANTONA Será alma de infierno
PEÑAMA. Sí, porque en el purgatorio
todas ha hay esperanza.
ANTONA. Pues si en el infierno está

conde, hermano, hágase allá.
PENAMA. Si mi amor de vos alcanza
sufragios, tendré sosiego.
¿queréisme vos ayudar?
ANTONA. Mas ¿qué me tien de quemar
el alma con tanto fuego?
PENAMA. ¡Ojalá el alma abrasada
comunicarse pudiera
a esa nieve!
ANTONA. Hágase á huera,
si es alma condenada;
que se me sabe el humillo
y podrá ser (si le topo)
que, ya que falta el guisopo,
le pegue con el rastrillo.
PENAMA. No es mi pena tan tirana
que el remedio no os avisa.
ANTONA. ¿Hay son decille una misa
(si pena) por la mañana?
PENAMA. Remedios quiero a lo humano:
tened de mí compasión.
ANTONA. ¿Cuáles los remedios son?
PENAMA. Darme la mano.
ANTONA. ¿Esta mano?
PENAMA. Sí.
ANTONA. ¿No ve que es mano agena?
PENAMA. ¿Cuya es?
ANTONA. De mi marido.
PENAMA. ¿Qué importa?
ANTONA. ¿Está sin sentido?
PENAMA. Estoy en pena.
ANTONA. ¿Y qué pena?
PENAMA. De fuego.
ANTONA. Cerca está el río.
PENAMA. No basta.
ANTONA. Pruébese á echar.
PENAMA. Ni el mar basta.
ANTONA. ¿Ni aun el mar?
PENAMA. Ni mil mares.
ANTONA. ¡Desvarío!
PENAMA. Estoy loco.
ANTONA. Bien lo prueba.
PENAMA. ¿Queréisme vos curar?
ANTONA. Id...
PENAMA. ¿Adónde?
ANTONA. A Valladolid.
PENAMA. ¿A qué?
ANTONA. Al Hospital de Esgueva.
PENAMA. Pues ¿qué hay en él?
ANTONA. Curan locos.
PENAMA. ¿Locos de amor?
ANTONA. ¿Y qué tal?
PENAMA. ¿Deste mal?
ANTONA. ¿Qué hay deste mal?
PENAMA. Sanan pocos.
ANTONA. ¿Qué tan pocos?
PENAMA. Ninguno.
ANTONA. Pues yo me obligo.
PENAMA. ¿A qué?
ANTONA. A que esté presto sano.
PENAMA. ¿Yo?
ANTONA. Si le aprieto la mano.
PENAMA. Dadla, pues. *(Tómasela.)*
ANTONA. Yo le digo:
¡arre allá, suelte! *(Levántase.)*
PENAMA. No puedo.
ANTONA. Suelte le digo otra vez,
pues si le aprieto, ¡pardiez!
que ha de sudar. *(Apriétasela.)*
PENAMA. ¡Quedo, quedo!
¡Ay, cielos!
ANTONA. A los traviesos
hago yo aqueste favor.
PENAMA. Que me la quiebras.
ANTONA. Mi amor
no es más que quebranta huesos.
¿Mas que ya el suyo se entra? *(Suéltala.)*
PENAMA. ¿Qué infierno fuerzas te dió?
ANTONA. ¡Miren con quién se topó
si con Antona García!

ESCENA VII

Sale un Basco.—Dichos.

BASCO. ¡Gran don Lope de Alburquerque,
Conde de Penamacor,
dame albricias! Toro aclama
a la alegre sucesión
de Castilla á nuestro Alfonso,
y todo el pueblo, a una voz,
por doña Juana levanta
el real y invicto pendón.
La nobleza que la habita
(siendo Juan de Ulloa su autor
de la lealtad castellana)
sigue la cuerda opinión
del Arzobispo y Marqués
de Villena, y el valor
de doña María Sarmiento
asegura su temor.
Bien es verdad que lo impide
el plebeyo y labrador,
pero pecheros villanos
de poca importancia son.
Entra, que todos te esperan.
PENAMA. ¡Viva Alfonso, mi señor,
y su esposa doña Juana,
en Castilla y en León!
ANTONA. ¿Y la promesa?
PENAMA. No tiene
poder, Antona, el amor
donde reinan la nobleza
y la lealtad.
ANTONA. ¿Cómo no?
Pues Isabel y Fernando
reinarán en Toro hoy,
que á pesar de desleales
y sebosos, sobro yo.
¡Aquí de mis labradores!
Avisa a Juan de Monroy,
mi marido, que hoy será
Toro para lo que soy.
¡Alto! ¡A Toro, deudos míos!
PENAMA. ¡Extraña mujer!
ANTONA. No doy
un higo por Portugal.
Si a mí os dará el afición,
Conde, aquí tenéis la mano,
tomalda, que á fe de Dios
que os ha de costar bien cara.
PENAMA. Aún me dura su dolor.
TODOS. *(Dentro.)* ¡Viva Alfonso el Quinto!

ANTONA. ¡Viva
don Fernando, que es mi tor,
y doña Isabel, y tienen
cuarenta siglos los dos! (Vanse.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Por una puerta cuatro CABALLEROS, *el* CONDE DE PENAMACOR, DON BASCO, DOÑA MARÍA Y JUAN DE ULLOA *por otra cuatro* LABRADORES *con el pendón de Castilla, los primeros con el de Portugal.*

ULLOA.

¡Oid, oid! ¡Castilla por Alfonso
y doña Juana!

CABALLEROS.

¡Vivan muchos años
rigiendo propios, conquistando extraños!

(Esto se ha de hacer sobre un tablado, y quando tres veces los pendones, con clarines y trompetas.)

LABRADORES.

¡Oid, oid! ¡Castilla por Fernando
y Isabel!

LABRADORES.

¡Felices años vivan,
imperios gocen, su laurel reciban!

ULLOA. Labradores, hombres buenos,
oficiales, que la plebe
desta ciudad populosa
morais reales y fieles
¿que desbocado furor
os ciega, para que aleves
constituyais pueblo aparte
y amotineis tanta gente?
Las ciudades de Castilla
cuando alzan por sus reyes
pendones, á los principios
al regimiento dan siempre
el derecho desta accion,
y la nobleza es quien tiene
por oficio el aclamar
al Príncipe que sucede.
Alférez mayor de Toro
soy, á quien solo se debe
esta ceremonia ilustre
¿quién, pues, se opone á su alférez?
Los nobles en forma y cuerpo
de ciudad festivos vienen
á justificar acciones
de doña Juana, que reine
con su esposo Alfonso el Quinto,
siglos felices y alegres
Desatinos refrenad,
que bárbaramente os pierden.
Hasta agora ¿quién ha visto
los plebeyos oponerse
á los nobles en alardes
generosos y solemnes?
¿Como sabrá el labrador
entre el azada y los bueyes
puntos que el jurisperito
con dificultad entiende?
Comprometed vuestras dudas
en cabeza que os gobierne:
regimiento teneis sabio,
vuestro sosiego pretende
Hombres buenos, reducios,
y lo que no os pertenece
dejad á quien tiene el cargo.
Alfonso es santo y prudente,
doña Juana hija de Enrique,
divinas y humanas leyes
en Castilla los amparan.

LABRAD. No queremos portugueses.

ESCENA II

Sale DOÑA MARÍA SARMIENTO. - DICHOS

MARÍA. ¡Bárbaros, que sin discurso,
con desordenadas leyes,
siendo vulgo desbocado,
no hay persuasion que os enfrene!
¿Que rústica ceguedad
con descaminos os mueve
á despeñaderos locos
que os pronostican la muerte?
¿Entendeis lo que aplaudis?
¿Conoceis lo que os conviene?
¿Que derechos estudiasteis?
¿Que escuela os dió pareceres?
Los surcos del tosco arado,
¿son clausulas suficientes
que mano rústica escriba
y la aguijada margene?
¿Sabeis quien es don Alfonso,
la justa accion con que viene,
el valor de sus vasallos,
los heroes de quien desciende?
¿Conoceis á doña Juana?
¿Oisteis jamas que hereden
á Castilla (habiendo hijos)
hermanas que los ofenden?
Pues escuchad sosegados,
si la razón os convence,
que para accion tan notoria
basta aclamarla mujeres
La casa de Portugal,
del tronco es un ramo verde
de los reyes de Castilla,
y su primero ascendiente,
don Alfonso Magno el Sexto,
que al Conde Enrique, el valiente,
ilustre en virtud y en armas,
sol de los Siglos franceses,
dió á su hija doña Elvira,
y en dote el Condado fértil
de Portugal, hasta entonces
estrecho, pobre y estéril;
mas ya dilatado reino,
tanto, que invencible extiende
su diadema á la Etiopía,
que sus Quinas obedece
Con la sangre de Castilla,
sin esta, otras doce veces
sus príncipes se casaron.
Siendo esto ansi ¿habrá quien niegue
ser Alfonso castellano

en la sangre, descendiente
por todo un lustro de siglos
de nuestros invictos reyes?
Por sola esta accion pudiera,
á pesar de los rebeldes,
pretender la sucesion
que la malicia divierte.
Vuestra Princesa es su esposa;
por hija suya la tiene
Enrique el cuarto, jurada
por los mismos que la venden.
Si á las portuguesas quinas,
con que el cielo favorece
aquel reino, pues bajaron
de sus esferas celestes,
los castillos y leones
se juntan ¿qué imperio puede
contrastarnos? ¿Qué nacion
ha de haber que no nos tiemble?
Al rid los apasionados
ojos, pues la verdad vence
nubes de apariencias falsas
que eclipsar su luz se atreven.
Vivan y reinen los dos,
que por diez años prometen
haceros francos y libres,
sin que los de Toro pechen.
Zamora, humilde y leal,
los recibe, y con solemne
demostracion los aclama
por sus naturales reyes.
Vuestra vecina es Zamora;
razon será que os afrente
la fe de vuestros vecinos
y que la ventaja os lleven
en la lealtad que blasonan.
La nobleza toda viene
á persuadiros verdades:
permitid que os aconseje.
Las letras los adjudican
el reino, y los más prudentes
de Castilla se conforman
con sus sabios pareceres.
Las armas en su defensa
(si razones no convencen)
á costa de nuestras vidas
mostrar su valor prometen.
Nuestros vecinos sois todos;
derramar el amor teme
sangre de su cara patria:
unos muros y paredes
nos hospedan; unos frutos
nos sustentan y una gente
república nos conforma,
solo en esto diferentes.
Vuestra ruina amenazan
vecinos de Toro, cesen
guerras civiles: Alfonso
y su esposa reinen.

CABALL. ¡Reinen!

LAB. 1.° Si los dos nos hacen libres,
deudos, amigos, parientes,
y ha de quedar franca Toro,
necio es quien tal dicha pierde.

LAB. 2.° Juren, que nos harán francos.

PENAMA. Yo os lo juro.

TODOS. Pues reinen.

ESCENA III

Sale ANTONA.—DICHOS.

ANTONA. ¿Quién ha de reinar, cobardes,
sino Fernando é Isabel?
Soltad el pendon, que en él
hará mi lealtad alarde. (*Quítasele.*)
Infame interés aguarde
quien de sus promesas fia;
que si vuestra villanía,
avarienta se rindió
al oro, no al menos yo,
que soy Antona García.
A ellos digo, los de allá;
que porque son caballeros
se precian de argumenteros
por lo que Alfonso les da.
Sepan que no es tiempo ya
de arguciones, porque es clara
la razón que nos ampara;
defiéndanlos sus doctores;
que acá somos labradores
y yo no he sido escolara.
Soldemente se decidos
que no hay ley que el reino dé
á doña Juana; el por qué
pescudenlo á los corrillos,
no oso yo contradecillos:
voz del pueblo es voz de Dios.
Si sois de otro bando vos,
Marihidalga, bachillera,
contradecido acá huera
y avendremonos las dos.
A no dudar de ofender
honras, que acata el respeto,
de doña Juana el defeto
yo vos lo hiciera entender.
Soy mujer y ella es mujer,
yo honro mi naturaleza
mas, ¿cuál, diga la nobleza,
es mejor que al reino acuda,
una hija de Enrique en duda
ó una hermana con certeza?
¿Quién puede saber mejor
esto, que el Duque leal
de Alburquerque? ¿ó qué señal
busca el dudoso mayor?
Su vida, hacienda y valor
á nuesa Isabel ofrece
y á la vuesa no obedece
Privado del rey difunto
cuenta con aqueste punto,
que es más de lo que parece.
Por más que estudie, responda
quien huere letrado aquí,
si puede, que para mí
esta razón basta y bonda.
La verdad nubes esconda
de engaños: ¿el Duque deja
á doña Juana y se aleja
della por doña Isabel?
Pues aténgome con él,
como castellana vieja.

MARÍA. Pues, ¿tú te atreves, grosera,
á contradecir letrados
tan doctos?

ANTONA. Tan sobornados,

diréis mejor, caballera
Bajad, salid acá fuera,
veamos que esfuerzo cría
la nobleza y hidalguía,
y quede esta duda llana.

PENAMA ¿Quién reina, Isabel ó Juana?

LABRAD. Dígalo Antona García

ANTONA. Digo que quien fuere bien
á doña Isabel reciba
por Señora.

LABRAD. ¡Isabel viva!

ULLOA. Temed vuestro fin cruel.

ANTONA A Fernando y á Isabel
se les debe la corona
esto la lealtad pregona.

ULLOA. ¡A ellos, pues, caballeros!

ANTONA. ¡Animo, mis compañeros!
que aquí teneis vuestra Antona!

LABR. 1.° Mal podremos, desarmados,
pelear

ANTONA ¿No hay palas, bieldos,
trancas, arados? Traedlos
que aquí, bondan los arados

ULLOA. Daldos por desbaratados,
sin orden y sin milicia

ANTONA. Donde reina la codicia
vence siempre la razon,
con el asta del pendon
defienda Dios mi justicia.

(Quita el asta y pelean unos con otros.)

¡A ellos, mis labradores,
que ya se van retirando!
¡Nuestra Isabel y Fernando
vivan con sus valedores!

(Retiranse y vuelve á salir Antona con tres soldados, y sale el Conde de Penamacor.)

PENAMA. ¡Soldados, haceos afuera,
no maltrateis el valor
que ha visto España mayor!
Guerreadora hermosa, espera,
detén la mano severa,
pues aunque airada, ofendida (1),
muerte intentas dar en vano,
si á cuantos mata tu mano
dan fuego tus ojos vida.
Si vida matando quitas,
¿para que las armas tratas,
ó por qué los hombres matas,
si luego los resucitas?
Mata una vez, no permitas
dar vida para tornar
segunda vez á matar
á quien vencerte porfía,
que no es para cada dia
morir y resucitar

ANTONA ¡A buen tiempo, á fe de Dios,
me resquiebra y enamora!
¡Pelead, seboso, agora;
que mala Pascua os dé Dios!

PENAMA. Oye

ANTONA. Si os alcanzo á vos,
apostemos que vos quito
el mal

PENAMA Eso olvidalo

ANTONA. Atendedme, pues, un rato,
veré si esta vez os mato,
despues como os resucito.

MARÍA. Mientras viva la villana
poco Toro se asegura:
á prueba me la ventura
de Alfonso y de doña Juana.

(Arroja doña María con una piedra grande que cae sobre Antona y cae en el suelo fingiendo.)

ANTONA ¡Ay, cielo! á traicion me han muerto

MARÍA Hidalgos de Toro, aquí
con la victoria salí.
Murió Antona.

PENAMA Si eso es cierto
no viva yo, pues sin ella
ya no tengo que esperar.

MARÍA. Acabalda de matar
y perderán con perdella
el ánimo los villanos

TODOS ¡Muera Antona, Alfonso viva!

MARÍA. En eso mi suerte estriba.

(Quieren acabarla los soldados.)

PENAMA Tened las vuestras manos;
dadme á mí muerte primero.

(Defiéndela el Conde.)

MARÍA. Conde de Penamacor,
¿Qué es esto?

PENAMA Tener amor;
ser portugués caballero
Al rendido es villanía
injuriarle, yo la adoro.
Hidalgos nobles de Toro,
¿qué es de vuestra cortesía?
Ya huyen los labradores,
¿qué queréis de una mujer
casi muerta?

LAB. 1.° No ha de haber
en nuestra ciudad traidores.
Si á vuestro rey sois leal
matad á quien dais favor

PENAMA. Yo sirvo á mi rey, mi señor,
y quien reina en Portugal
no se dá por agraviado
de una mujer, cuya fama
para su alabanza llama
plumas que han eternizado
otras que menos han hecho

MARÍA. Acabalda de matar.

PENAMA Si haceis eso han de pasar
vuestras armas por mi pecho

MARÍA. Pues vaya presa

PENAMA Eso sí;
mas su alcaide seré yo,
porque de los que ofendió
pueda estar segura así:

LAB. 2.° Si la tercera voluntad
librare sia

MARÍA Haced primero
como noble y caballero
pleito homenaje

LAB. 1.° Jurad.

PENAMA Por la cruz de aquesta espada
juro, pena de caer

(1) Falta un verso para completar la décima. Este trozo debe haber sufrido mucho, pues antes hay una redondilla en medio de dos décimas. Por desgracia, de esta comedia no existen mas ediciones.

en mal caso, de tener
su persona tan guardada
como el mayor enemigo,
mientras Toro se sosiega;
y como el traidor que entrega
castillo o fuerza que tiene
a pasar por cualquier rey
de menosprecio y afrenta,
si del aviso tiene cuenta,
que anoche hablé con mi rey,
con mi lealdad gane tal don
y el fuego con que me abrasa.

MARÍA. Su cólera es vuestra casa.

PENAMA. Su estera mi corazón

MARÍA. Ponga el regimiento en ella
gente de guarda.

PENAMA. ¡Ay de mí!
ponga el cielo guarda en mí
que no me deje ofender la.
¡Pobre de vos, mi ama,
si muere el daño que adoro!

MARÍA. Nunca Alfonso entrará en Toro
viviendo Antona García.

(Vanse llevando de [illegible] en brazos a Antona desmayada.)

ESCENA IV

Salen la REINA CATÓLICA, ANTONIO DE FONSECA *el* ALMIRANTE, *el* MARQUÉS DE SANTILLANA *y* SOLDADOS

REINA CATÓLICA.

Alfonso está en Zamora
con doña Juana, y este trato ignora.
Alcaide es de su puente
Pedro de Mazariegos, tan valiente
como fiel; presidio
por don Francisco de Valdés, que ha sido
de mi casa criado,
entregarnos la puente ha concertado,
Su Alteza, mi señor, lleva
gente de noche, que a dar se atreva
de su palabra. Es noble,
no temo que nos haga trato doble.

ALMIRANTE.

Si al portugués prendemos
con su esposa en Zamora, no tenemos
á quien tema Castilla.

REINA CATÓLICA.

Antes espero que podré en Castilla
suceder portuguesa,
si mi derecho anima nuestra empresa;
puesto que perdió el cielo
se la negó a don Juan, mi buen abuelo.

ANTONIO DE FONSECA.

Todo el tiempo lo trueca

REINA CATÓLICA.

Tío Almirante, Antonio de Fonseca,
esto se nos ofrece;
Marqués de Santillana ¿que os parece?

MARQUÉS DE SANTILLANA.

Que importa la presencia
del Rey, nuestro señor, cuya asistencia
hará seguro y cierto
lo que hay que revelar deste concierto

REINA CATÓLICA.

Ya el Rey está avisado;
y puesto que el cazar ha sitiado
de Burgos, no habrá duda
que con secreto y brevedad acuda
á lo que tanto importa

ANTONIO DE FONSECA.

Si toma postas, la jornada es corta

REINA CATÓLICA.

Esta noche en efeto
le aguardo.

ALMIRANTE.

En tales casos el secreto
y ejecución, señora,
á la fortuna sacan vencedora.

REINA CATÓLICA.

Esta pequeña aldea
alojamiento nuestro agora sea:
que de Toro vecina
á Zamora, mejor nos encamina,
pues (si cual pienso) viene
esta noche Fernando, cierta tiene
su dicha la victoria,
y si se tarda, gozaré la gloria
yo sola desta hazaña.

ALMIRANTE.

¡Valor de la Semiramis de España!

ESCENA V

Sale BARTOLO.—DICHOS

BARTOL. ¡Ay, el mi amo malogrado,
la mi Antona mal herida,
la mi borrica prendida,
yo el solo y desamparado!
Jumenta de el ánima mía,
sin vos ¿que ha de hacer Bartolo,
pobre, sin amigos y solo?
La flor de la burrería
¿qué es de vos?

REINA. Ved lo que tiene
ese pobre labrador,
sin borrica, y a señor
y a su Antona: no viene
un daño solo.

ANTONIO. ¿A quién llora?

BARTOL. A la metá de la mi alma,
con la jáquima y la enjalma
se la llevan. En dos horas
perdí la Antona preciosa,
el amo y la burra mía.
Si es castellana ¿para
ser mi burra portuguesa,
señor?

ANTONIO. Pues, Bartolomé,
sosiega, ¿no me conoces?

BARTOL. Si la vista trae coces,
quédeme desde hoy á pié.
¿No es el señor Antonio
de Fuensesa? ¡Ay! si supiera

mi mala ventura y vera
á nuesa Antona en prisión,
á Juan de Monroy mordo
y á mi burra confitada,
Tagarabuena quemada,
el ganado destrozado,
y todo en menos de una hora,
no me conortara ansi.

ANTONIO. Soségate, que está aquí
la Reina, nuestra señora.

REINA. ¿Qué hombre es ese?

ANTONIO. Es un pastor
que sirve á Antona García

REINA. ¿A mi amiga?

BARTOLO. La servía,
más desde hoy más ¡ay, dolor!
no la servire, esta guerra
todo lo vino á asolar.

REINA. ¿Murió?

BARTOLO. Ya debe de estar
hendo bodoques de tierra.
Levantaron los de Toro
(los que son nuda gos digo)
pendon por el enemigo.
Diga, ¿es portugues ¿es moro,
ó cristiano?

ANTONIO. Cristiano es.

REINA. ¿Hay mayor simplicidad?

BARTOLO ¿Cristiano? Creo que es verdad.
Salieronlos al través
los labradores, y Antona
con las armas de Aragon
y Castilla en un pendon;
y al tiempo que uno pregona:
¡viva Alfonso y doña Juana!
la nuesa Antona García
que, ¡viva Isabel!, decía;
y con su gente a deana,
arrancando del pendon
el asta, y dando tras ellos,
hizo á todos retraellos
al puro del cascorron.
Sin estorbarla la ropa,
diez mata y tantos heridos,
que para quedar guardados
no tien Portogal estopa.
Y cuando ya los tenía
casi á pique de vencer
un dimaño de muger,
llamada doña María
Sarmiento, de una ventana
medio tabique arrojó
con que en la cholla la dió
¡hazaña, pardiez, villana!
y dando en tierra con ella
(á no que daba á un señor
(cendido de Espasmelchor)
dejárado huyeran por ella.
Jarán de guardar la presa:
dieron tras los labradores;
como no eran guerreadores
y en prisión la Antona nuesa,
fuera los echaron hoy
de la ciudad desterrados,
muertos, ó descalabrados,
y entre ellos Juan de Monroy,
nueso amo, que ya estará
donde ni comen ni beben,
con esto á robar se atreven
lo que quedado nos ha.
Hurtan á Tagarabuena
los sebosos y otro tanto
cuanta hacienda dentro hallaron.
Mas lo que me da mas pena
es mi burra la serrueca,
la mitad del alma mia.
¡Ay, Dios! Bien la conoca
el buen Antón de Fonseca.
Llevándola bando cruel
sin culpa (eso es cosa llana)
que no era vino á doña Juana
ni á Fernando ni á Isabel;
ni en su vida se metió
en que boba o otra quedase
vencedora o que reinase;
sólamente, pienso yo,
por no ser de ningun bando
que se vean tal barraja:
«Dios me ayude con mi paja
y no me Alfonso ni Fernando.»
¿Que ha de hacer Bartolo ahora
viudo sin tal compañía?

REINA. ¿Presa está Antona García?

BARTOLO. Herida y presa señora

REINA. Pesarame que sea cierta
tan valerosa mujer

BARTOLO. Pues mi burra ¿que ha de ser,
que castellana vieja era,
sí, renegar y tornarse
de enemigo portuguesera?

REINA. No se que diera, Almirante,
por ver esta labradora
libre

ALMIRA. Paga, gran señora,
sentimiento semejante
su fe y amor justamente.

BARTOLO. ¡Ay, mi burra!

ANTONIO. Yo os daré
una yegua.

BARTOLO. No hagáre
desde Levante á Poniente
quien desta pena me cuentre,
que era muy linda mi burra,
no quiendo presumir.
Yo sé, si la conociera,
que á punto la enamorara;
si el hocico, si la cara,
si el diente de ajo me viera,
si en pescuezo y cola,
mas año para abanico
de dama cuidoso y rico,
con una sola sola
mataba diez moscas juntas.
¿Pues qué, cuando rebuznaba?
Cuatro barrios atronaba
aguzando dumbas puntas.
Lo que es este tiempo importuno,
perdida para mas daños
en el Abril de sus años,
que aunque le regalaba al cristiano,
que vuelto este Marzo hiciera

MARQ. ¡Dadle pastor, por Dios!

ANTONIO. Ya os daré con que otras dos
compreis

BARTOL. Pues desa manera
consuélome, que otra mente,
¡pardiez! que pudiera ser
que hiciera.
ANTONIO. ¿Qué habéis de hacer?
BARTOL. Ahorcarme solamente
por el alma de mi parda.
ANTONIO. ¿Qué decís?
BARTOL. ¡Que me sé yo!
ANTONIO. ¿Vos sois cristiano?
BARTOL. O si no.
ANTONIO. Decidlo.
BARTOL. Vender la albarda.

ESCENA VI

Sale don Alvaro de Mendoza.—Dichos.

ALVARO. El Rey está, gran señora,
media legua de aquí.
REINA. Ya,
Marqués, el cielo nos da
por conquistada á Zamora.
¿Quién viene con él?
ALVARO. Secreto
salió de Burgos ayer.
No ha cesado de correr
postas. Fingióse á este efeto
enfermo, y nos ha mandado
que nadie en su tienda entrase,
sino que se divulgase
que, porque estaba sangrado,
á ninguno daba audiencia,
y al tiempo que anocheció,
disimulado salió,
teniendo la diligencia
de Fernando Alvarez puestos
en las Huelgas dos caballos,
y con sólos tres vasallos,
á morir por él dispuestos,
que es el uno don Rodrigo
de Ulloa, puesto que hermano
de Juan de Ulloa, que en vano
en Toro es nuestro enemigo,
yo el otro, y su secretario
Fernán Alvarez, se dió
tal prisa, que al fin llegó
donde si nuestro contrario
no ha sabido es el suceso
ó el alcalde no se muda,
Zamora es nuestra, sin duda,
y Alfonso quedará preso.
Por lo que en serviros goza
mi fe, delante he venido.
REINA. Digno de vuestro apellido
sois, Alvaro de Mendoza.
Marche el campo á recebir
á Fernando, mi señor,
que su presencia y valor
esta noche ha de rendir
la portuguesa porfía.
ANTONIO. Es suya propia esta empresa.
REINA. Mucho siento dejar presa
á nuestra Antona García.
ANTONIO. Es gran mujer, no me espanto.
REINA. Yo premiaré sus hazañas.
BARTOLO. ¡Ay, burra de mis entrañas!
¡quién vos dijera otro tanto! *(Vase.)*

ESCENA VII

El Conde de Penamacor y Antona, presa.

PENAMA. El cirujano os espera.
ANTONA. Bóndame una te araña;
yo soy de buena calaña,
no hayáis miedo que me muera.
Basta que hayáis porfiado
en que me sangre.
PENAMA. La herida
pone á riesgo vuestra vida.
ANTONA. La Sarmiento me la ha dado,
poco mal hace un sarmiento.
Si la coto, pobre della.
PENAMA. Creed, mi valiente bella,
que con tanto extremo siento
vuestro mal, que no me atrevo
á daros cierto pesar
que mi amor ha de alegrar.
ANTONA. Ya sé que la vida os debo
y que si no lo estorbaran
tres cosas, pudiera ser
que deudas de un buen querer
mis deseos os pagaran.
PENAMA. ¿Y son?
ANTONA. El tener marido
la primera y principal;
el ser vos de Portugal
la segunda, que he aborrido
gente de vuesa nación,
la otra el ser yo villana
y vos conde, que no gana
cosa con vos mi afición.
Porque pretender de mí,
lo que el bien querer procura,
si no es por mano del cura,
es, ya lo veis, frenesí,
y imaginar que los dos
hemos de hacer compañía,
yo, villana, y señoría
en Portugal, conde vos;
vuestro oro junto á mi paja,
la seda junto al sayal,
fuerza es que parezca mal,
porque ni pega, ni cuaja,
y así será lo mejor
no cansaros sin provecho.
PENAMA. Como esas mezclas ha hecho
el artificioso amor.
De las tres dificultades
la mayor está ya suelta,
que la fortuna, resuelta
en ejecutar crueldades,
á vuestro esposo dió muerte.
ANTONA. ¿Qué decís?
PENAMA. Juan de Monroy
murió. La pena que os doy,
aunque en favor de mi suerte,
me llega hasta el corazón.
ANTONA. Si murió, venturoso él;
pues como vasallo fiel
dió á su rey satisfacción
De que era, en fin, dueño mío

no le imagino llorar;
lágrimas trueque el pesar
en venganzas, que yo fío
que mi mudo sentimiento
por su muerte, ha de encender
á Toro, aunque soy mujer.
Yo haré, abrasando el *sarmiento*
que estas desdichas apoya,
que quien lo ofendió lo pague;
yo, sin que el mundo lo apague,
convertiré á Toro en Troya.
Andad, Conde, idos con Dios.
Si hasta agora quise mal
la gente de Portugal,
agora á toda y á vos
aborrezco de tal modo
que si no os vais, aunque herida...

PENAMA. Advertid que en vuestra vida
se cifra mi alivio todo;
no añadáis con el enojo
peligros á ese accidente.
Creed de mi amor ardiente,
que pues por dueño os escojo,
mejore, si vos queréis,
la suerte que el vuestro llora.

ANTONA. Idos, Conde, en la mala hora.

PENAMA. Pues sola ¿qué pretendéis?

ANTONA. Que os vais antes de apurarme
la paciencia que me queda.

PENAMA. Dadme permisión que pueda
curaros.

ANTONA. Ya no hay curarme,
mientras que sobre la herida
que me dieron á traición
no me ponga el corazón
de la Sarmiento homicida;
mas, presto hacerlo presumo.

PENAMA. Vuestro daño reparad.

ANTONA. Conde portugués, mirad
que se me sube el humo
á las narices: ¿queréis
verme sana?

PENAMA. Eso deseo.

ANTONA. Pues entretanto que os veo
presente, no lo esperéis.
Idos, acabemos ya.

PENAMA. Condición tenéis extraña
La pasión, Antona, os daña
más que la herida. Si os da
alivio el que yo me ausente,
no pretendo yo añadiros
pesares á los suspiros
que os causa tanto accidente.
Cama tenéis, reposad
mientras os hago traer
de cenar. ¿Hay tal mujer? (*Vase*)

ESCENA VIII

ANTONA

Sola estoy, Antona, dad
á vuestro Juan de Monroy
venganza, pues ya se ha muerto.
Durmiendo á la gente advierto;
guardada con llave estoy;
valerme pienso del vino
que sepulta á los soldados
con mi herida descuidados;
quemar la puerta [illegible]
que me impide la salida.
El bálago de la cama
podrá dar prisa á la llama,
y su madera encendida
me abrirá franca la puerta.
No teme mi enojo al huego,
que el de mi venganza ciego
hará que esotro divierta.
Envolveréme en las mantas
y entre llamas y centellas
arrojándome por ellas
saldré, que no serán tantas
que estorben lo que presumo.
Ea, injurias vengadoras,
vamos, que entre labradoras
suele ser aceite el humo.
El candil voy á pegar
á la paja, y la madera
podrá con venganza fiera
estas puertas derribar.
Buscaré á la luz del huego
la Sarmiento que me incita,
que en esotro cuarto habita;
y si á descubrirla llego
podrá la cólera mía
vengarse de la pedrada.
Saldrá (aunque descalabrada)
quien es Antona García. (*Vase*)

ESCENA IX

DOÑA MARÍA SARMIENTO *y el* CONDE DE PENAMACOR

MARÍA. Conde, vos habéis de ser
causa de perderse Toro,
si contra vuestro decoro
amparáis esta mujer.
Muerta ella, los labradores,
que en sus locuras se fían
aunque rebeldes porfían,
siguiendo avisos mejores,
con temor de sus castigos
defenderán nuestro bando
por Isabel y Fernando
domésticos enemigos
han de morir, mientras viva
la que su parcialidad
defiende.

PENAMA. Menos crueldad
ha de tener quien estriba
en la nobleza, señora,
que vuestro valor ampara.

MARÍA. Eclipsa su sangre clara
quien como vos se enamora
de una rústica villana,
y ponéis en opinión
vuestra fe y reputación
siendo tal la lusitana.

PENAMA. Mi rey sabe lo que tiene
en mí; y por ser vos mujer
no me tengo de ofender
de ese agravio, ni conviene
á la opinión portuguesa
que muestre temor liviano,

más que al campo castellano,
á una labradora presa
Herida está y á la muerte:
¿que más honroso blasón
deseará vuestra nacion
desventurada nuestra suerte,
que decir que una mujer
nuestro crédulo atropella,
y que por abrazarse de ella,
presa y en nuestro poder,
su sangre un conde derrama?
¿Qué opinion con esto crece
si nuestro nombre envilece
y nuestra raza infama?

MARÍA. Pues esos vuestros ruegos en esa,
Conde de Peñamacor,
y veréis en mí mejor
prevenir cuerdo el exceso
que temo mientras Antona
mas dure desavenencia.

Gritos y alboroto dentro.

UNOS. ¡Traigan agua!
OTROS. ¡Fuego, fuego!
MARÍA. ¿Que es esto?
PEÑAMA. Fuego, persona
la confusion de esta casa
UNOS. ¡Favor, que todo se quema!
MARÍA. ¿Qué es esto? ¿qué hay que temer? ¿no toma?
TODOS. ¡Agua, que todo se abrasa!
UNO. Las puertas nos han cogido.
OTROS. ¡Ayuda, cielos, favor!
PEÑAMA. Fuego es mas no yo el amor
pues el alma me ha encendido.

ESCENA X

Sale ANTONA *con un palo de cama.* DICHOS.

ANTONA. Yo soy quien, no alevosamente
como en que en pedir arroja,
del fuego, presa, me vago,
elemento que asevola
como el oro las lealtades
Prueben todas contra todas
la fe que á sus reyes deben
las comunes generosas,
no desdeñosa las fieras
con piedras tarazas traidoras,
que pues vos forzó á librarlas,
mi envidia vos reconoce.
A mis manos pagaredes
la saudez, que lastimosa
sin mi amada compañía
á vengarse me provoca
Antona soy, la Sacramento,
que quiere poner Antona
(mientras sarmientos abrasa)
en fe de tanta victoria,
luminarias á Isabel
y á Fernando. Aquí las obras
y no las palabras sobervias
remedian peligro pongan
MARÍA. Mujer ¿que intentas?
ANTONA. Matarvos
MARÍA. ¡Ayuda, socorredlas, postas,
criados, gentes, ayuda!
ANTONA. La del cielo buscad sola.

Defiéndela el CONDE.

PEÑAMA. Parad, Antona, templad,
Señora, esa cólera,
el ímpetu vengativo,
que es fuerza que yo socorra
mi bando. Pagadme, cuerda,
la vida que me es deudora,
pues defiendo yo la vuestra
Huid en tanto, señora, *(á doña María)*
que yo me opongo á su furia.
ANTONA. Aunque el cielo se oponga
MARÍA. Mirad y fue profeta
mi recelo

¡Vase doña María. Vocean dentro voces.

PEÑAMA. Idos, Antona,
que dentro vos la ciudad
toca alarma y se conmueve
ANTONA. Por cierto favor se escapa
la Sacramento, mas no importa,
que para vos y para ella
mis fuerzas y brazos bastan
Mas ¿cómo hoy que venganzas
PEÑAMA. ¿Hay muerte mas prodigiosa?
ANTONA. Labradores nuestros reyes
vivan, pues viven su Antona

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen ANTONA *y* PERO MOSCO, *labrador*

ANTONA. No creeréis, primo, el contento,
que tengo viendo que os habeis
bueno, y aquí he venido
solo de Isabel. Mucho siento
las que padeceis en Toro,
pero, en fin, como leales,
así sabreis esos males,
que aunque en el alma os lloro
os doy el pésame á escuras
No tengais pena ninguna,
la honra y hacienda trabajos
pérdida que os duele
Ya que os habeis escapado
de Toro, y que en el camino
vos malos, y ellos y yeguas,
y por ellos desterrado
y vuestra hacienda perdida,
de ser todo vos nacidos,
que por cosa la perdeis
que es poco perder la vida.
PERO. Estando yo á tales vuestros,
amo, prima, la cosa,
repito hace cosa que mal
que vos [illegible] contesto
¿Cómo estais por aquí?
ANTONA. Yo de hacer en Salamanca
cortesía esta y de la manera,
con el de Talavera
como vos me hicieron
[illegible] que estaba allá,
mi cuñado, fue que estaba,
segun vos me dijeron,
en Medina del Campo.

y quiérome andar con ella
para consolarme en vella
y servilla.
PERO. Lo en su campo,
que con vuesa compañía
no se verá á la fresca mas,
pues ya tiembra Portugal
de oir á Antona García.
ANTONA. ¿Que venta es esta vecina?
PERO. De el Mocondo se llama.
ANTONA. ¿Tien en esta tierra fama?
PERO. Por ella se va Medina,
desde Salamanca.
ANTONA. En esta
haremos noche, que estoy
cansada, y en todo hoy
no he comido.
PERO. Guardados de ella,
que es redomado el ventero
y encarga á los forasteros
los granos por palos secos
y las cebada por carneros.
ANTONA. Comidos, no es mal regalo,
si tienen su sazoncita.
PERO. Esso al baño de la cuenta.
ANTONA. Para el hambre no hay para mañana.
Acá saben

ESCENA II

Cuatro Pasajeros y la Ventera de la

PAS. 1.° ¿Y que hay más?
VENTER. Un conejo
PAS. 2.° No sea gato
VENTER. No es desta venta ese trato.
PAS. 3.° Si le comes, mayzás
PAS. 4.° ¿Do esta el huesped?
VENTER. Y Medina
partio ayer por una carga
de vino
PAS. 1.° ¿Buenor
PAS. 2.° ¿No aguarda?
PAS. 3.° Asen, pues, esa gallina
y vamos apresurad,
que hay hambre cap gorrona
PERO. Portogueses son, Antona,
lo que hemos de hacer cuidad
que si paramos aqui
temo vuesa condicion
ANTONA. En posadas no hay cuestión,
desde ant Ver no com..
como causa no me den,
Pero Alonso, no temais.
PERO. No habra, si no la buscais
ANTONI. ¡Loado sea Dios!
TODOS. Ame
ANTONA Huespeda ¿habra que cenemos?
VENTER. No, hermana, ya esta embargada
la olla.
ANTONA ¿Ni una tajada
de caca?
PAS. 2.° Si nos queremos
bien os la podremos dar,
mas no sufre dasas tarda.
ANTONA. ¿Has sor matar una pulla?
VENTER. No has polas para matar,
si para que pongan huevos.
PAS. 3.° ¿Polla vos y en ese traje?
PAS. 4.° No las conoce su linaje
ANTONA. Sosegadémonos, mancebos,
que cada cual es persona
para comer lo que Dios
le ayudare
PAS. 1.° ¿Y sosiego?
PERO. Tened sufrimiento, Antona.
ANTONA Huespeda, una sartenada
de huevos y de tocino
nacer gusto el camino,
dadme a vos empedrada
de migas y gordo, que sé
traer el pan sesano en esto,
y echenos vos todo el resto
en aves, que buena pro
os haga, pero sin ber
burra de tan mal vestidos
VENTER. Palominos hay cebados,
no faltará que comer
ANTONA Para todos sobra gana
cansada estoy entrados aca
Pero Alonso. (*Entranse los tres.*)
VENTER. Y cama habrá

ESCENA III

Salen todos Castellanos

CAS. 1.° Despedida de la tarda
CAS. 2.° Hay aguinas por aqui
alli as todas
CAS. 5.° Buena pro
nos hacemos dado. Avisa
al huesped.
CAS. 6.° Apercebo
esas alforjas, que hay gente
y habra lo ocupado todo.
CAS. 7.° Mal fuera dese mozo
haber sido negligente:
Dos perdices y un jamon
compre. (*Entrase al séptimo y*
CAS. 8.° Ponedlos á asar
y en acabando, picar.
CAS. 1.° Estos cata leros son
CAS. 5.° ¡Loado sea Jesucristo
por siempre jamas, amen!
POR. 2.° Lo cuerpo santo tambien
vuesa entradero de isto.
CAS. 5.° ¿Cuyo es ese cuerpo santo?
POR. 2.° San Pero Gonzalez he.
CAS. 6.° Ese castellano oue,
harto es que le querais tanto.
POR. 3.° Arrenegos de Castela
e enhergonse en Portugal,
que es faz cavedal
de e
POR. 2.° ¿Quien teme? ¿Isabela
o doña Juana?
CAS. 6.° Senores,
aqui no somos soldados.
POR. 2.° ¿Pues?
CAS. 6.° Mercaderes honrados.
POR. 2.° O pos siendo mercaderes
nos facemos deres conta,
que sacon de «viva quien vence»

Nenum pe eja comence,
que en hosta agen he afronta.
volvamonos á falar,
castellano.

POR. 3.° Aquiso sin.

POR. 4.° Toda esa gente he roin,
que nada sabe pelejar.

POR. 1.° ¡Buena guerra!

CAS. 6.° ¡Buena guerra!

CAS. 5.° A quien se la diere Dios
viva y reine de las dos
y goce en paz nuestra tierra,
mientras la mesa regala
los gustos.

POR. 3.° Esa es mi cuenta.

POR. 2.° La comodidad de venta
ya todos sabeis que es mala.
Mientras se asa, como dijo
el otro, gozad del viento.

CAS. 5.° En este banco me asiento.

(Asiéntanse los unos en un banco y los otros en otro, fronteros.)

POR. 3.° Yo estroto de enfrente elijo.

CAS. 7.° Sí, que fuera maravilla
juntaros con nuestra gente.

POR. 1.° Mejor está frente á frente
Portugal contra Castilla.

POR. 2.° ¿Vais á Salamanca vos?

CAS. 5.° Sí.

POR. 2.° ¿Y vos?

CAS. 6.° A Valladolid.

POR. 2.° ¿Y vos?

CAS. 7.° Vengo de Madrid,
huyendo casi.

POR. 2.° ¡Por Dios!
Pues ¿que os sucedió?

CAS. 7.° Tener
enemigos y envidiosos.

POR. 3.° Eso es propio de ingeniosos.

CAS. 7.° De ricos lo había de ser;
que el oro los pone en precio
de discretos.

POR. 3.° No lo ignoro:
necio debe ser el oro,
pues siempre acompaña al necio.

POR. 1.° Riquezas son estímulos
de vicios.

POR. 2.° Siempre se ve.

CAS. 7.° Émulos tengo sin e.

POR. 1.° Émulos sin e son mulos.

CAS. 7.° Pues ¿que quereis vos que sea
quien se pone á reprender
lo que nunca acertó á hacer
porque al discreto recrea?

POR. 4.° ¿Que llevais á vender vos?

CAS. 5.° A los bobos trojellas,
que gustan de bobejas.

CAS. 6.° Sabemos hacer los dos
juegos de manos.

POR. 4.° Civil
ocupación.

CAS. 5.° Mi caudal
es alquilar un portal,
y tocando un tamboril
con diez títeres de nuevo
causar al simple deporte.

CAS. 7.° Idos con eso á la corte.

CAS. 5.° Allá voy; y á fe que llevo
una novedad extraña.

POR. 1.° ¿Extraña? ¿Que puede ser?

CAS. 7.° Lo que apetece más ver
y menos espera España.

POR. 1.° ¿Es alguna abada?

CAS. 7.° Más.

POR. 1.° ¿Es ballena, es cocodrilo?

CAS. 6.° Esos en el mar ó el Nilo
se queden, que aquí hallarás
mujer que llorando mata.

CAS. 7.° ¿No será mas de admirar,
para Castilla, enseñar
un real de á ocho y en plata?

CAS. 5.° ¿En plata? ¡Cuerpo de Cristo!
Darante cuanto les pidas.

CAS. 7.° ¿Sabeis vos lo que es?

CAS. 5.° De oidas,
que yo en mi vida le he visto.

POR. 1.° A enriquecer has venido.

CAS. 5.° ¿Real de á ocho, es animal?

CAS. 6.° ¿Donde hallaste joya tal?

CAS. 7.° De Génova le he traido.

CAS. 6.° Solia decir mi aguelo,
aunque agora os maravilla,
que tuvo tantos Castilla
que rodaban por el suelo.

CAS. 7.° Ya pasó solia...

POR. 1.° ¿Y qué
vendeis vos?

(Sale el 8.° y siéntase con los castellanos.)

CAS. 8.° Yo tengo oficio
de no menos artificio
que estotro.

POR. 1.° ¿Como?

CAS. 8.° Yo sé
teñir ojos.

POR. 1.° Cosa nueva.

CAS. 8.° Celebraban los amantes
los verdes y azules antes,
ya solamente se aprueba
el ojo negro rasgado.
De aquí los soy tintorero.

CAS. 5.° Gran gitano es el dinero
¡miren la invencion que ha hallado!

CAS. 7.° Yo solamente creia
poderse teñir los cuellos,
las barbas y los cabellos,
¿mas los ojos?

POR. 1.° Cada dia
hay que ver.

POR. 2.° Todo es antojo
del ocio, que el tiempo pierde.
¿De que modo, siendo verde
volvereis vos negro un ojo?

CAS. 8.° Tengo un escabeche yo
que á dos tintes le transformo
en azabache, y le formo
como quiero.

POR. 3.° ¡El diablo dió
tal traza! ¿Y de que manera?

CAS. 8.° Oid y sabréis el como.
Meto una aguja de plomo,
y sacando el ojo fuera.

POR. 3.° ¿El ojo fuera?

POR. 4.° ¡Oxte puto!

CAS. 8.° No os admiréis hasta el cabo
Dos ó tres veces le lavo
en la tinta, y luego, enjuto,
le encajo donde se estaba
POR. 1.° ¿Y vé con él?
CAS. 8.° Pues si viera
¿quién enriquecer pudiera
como yo, ó que me faltaba?
POR. 1.° ¿Que queda ciego?
CAS. 8.° Pues ¿no?
POR. 1.° Idos al rollo.
CAS. 8.° Yo, amigo,
á teñir ojos me obligo,
pero á darlos vista no.
Esto es por regocijaros;
que en ventas se sufre todo.
POR. 1.° Yo os perdono dese modo.
POR. 2.° Si, más yo caza he de echaros.
POR. 3.° Y vos ¿que mercaduría
vendéis?
CAS. 7.° ¿Yo? Envidia
POR. 3.° ¿Qué?
CAS. 7.° En esto
todo mi caudal he puesto
POR. 4.° ¡Buen caudal por vida mia!
CAS. 7.° Bueno ó malo, ya le gasta
gente que os admiraréis.
POR. 4.° Vos alabarle podéis,
pero no es de buena casta
CAS. 7.° Pues véndese agora tanta
envidia é ingenios diversos,
que hay hombre que haciendo versos
á los demas se adelanta,
y aunque mas fama le den
es tal (la verdad os digo)
que quita el habla á su amigo
cada vez que escribe bien.
POR. 1.° ¡Maldiga Dios tal bajeza!
POR. 2.° Poeta debeis ser vos.
CAS. 7.° Castigóme en serlo Dios
POR. 2.° ¿Y escribis con agudeza?
CAS. 7.° Dicenlo todos, que yo
no me tengo por agudo
POR. 2.° ¿Llamáisos?
CAS. 7.° Decirlo dudo,
que hasta el nombre me quitó
la envidia.
POR. 3.° ¿Satirizáis?
CAS. 7.° No se hallará quien presuma
de mí que muerda mi pluma
á nadie, antes si miráis
lo que he impreso y lo que he escrito,
por modo y estilo nuevo
solemnizo á quien no debo
buenas obras.
CAS. 5.° Ya es delito
saber mucho
POR. 4.° Debéis ser
soberbio, hacéis menosprecio
de los otros.
CAS. 7.° Solo el necio
al discreto osa morder;
que yo venero de modo
á los de mi profesión
que el menor me da lición,
pero ni lo alabo todo
ni de todo digo mal
POR. 1.° De bobos es alabarlo
todo y todo despreciarlo,
de perverso natural,
más castigad su porfía,
hablando bien siempre dellos,
que esto para convencellos
es socarrona ironía.

ESCENA IV

Sale ANTONA.—DICHOS

ANTONA. Ya yo he cenado; gocemos
la buena conversación
todos.
POR. 1.° Puesto está en razón.
CAS. 5.° Asiento en medio la demos.
Asiéntase entre los Castellanos.
ANTONA. Esta vez me poso aquí,
aunque bien allá me estaba
Pues bien ¿de que se trataba?
POR. 2.° Conversación balad;
vos la habéis de mejorar
¿De donde, hermosa aldeana?
ANTONA. Soy de Toro y castellana,
que lo dos os ha de pesar.
POR. 2.° ¿De Toro? No sé que Antona
de allá nos venden guerrera
tanto y mas que la Fornera
portuguesa
ANTONA ¡Oh! es gran presona
POR. 2.° ¿Conocéisla vos?
ANTONA. Conmigo
ha dormido más de un mes
POR. 1.° Dizque al nombre portugués
persigue.
ANTONA También lo digo.
POR. 1.° Pues ¿por qué?
ANTONA Porque es leal;
y mientras que ella viviere,
en Castilla nunca espere
coronarse Portugal
POR. 4.° Pues el a ¿que saca deso?
ANTONA. Lo que en esotro os va á vos
POR. 4.° La culpa yo sé, por Dios,
quien la tiene.
POR. 2.° El poco seso
de mujer, que se ha metido
en lo que no va ni viene.
POR. 3.° Hile y barra.
POR. 4.° No la tiene
sino el mandria del marido
Si ella fuera mi mujer
un roble descortezara,
cuando en aquello tratara,
en sus costillas.
POR. 1.° Querer
usurpar lo que le toca
al hombre, es mundo al reves,
y hacer cabeza á los pies.
POR. 3.° Ella debe ser gran loca
POR. 2.° Muchos me cuentan que ha muerto.
POR. 1.° Cuentos de camino son,
que no es tan bravo el león
como lo pintan.
ANTONA ¡Y cierto!
Pero hablar mal en ausencia

y de mujeres ¿no ven
que no es de gente de bien,
y que es cargo de conciencia?
Si ella lo oyera ¿qué haría?

POR. 1.° Llevarlo, hermana, en dos veces.

(Levántase y detrás ellos con el banco.)

ANTONA. Pues ¡fanfarrones soeces:
yo soy Antona García;
si no tiemblan de ofendella,
en cuanto han hablado mienten,
porque de la hera cuenten
del modo que les hue en ella,
aguarden, pues hombres son!

POR. 1.° ¡Ay, que me ha muerto!

POR. 2.° ¡Ay!

ANTONA. Al cabo
conoceran si es tan bravo
como se pinta el leon
Tomar las de Villadiego
y desocupar la venta
presto.

POR. 2.° ¿Hay semejante afrenta?

ANTONA. ¿No pican?

POR. 3.° Ya

ANTONA. ¡Luego, luego:
acabemos!

POR. 4.° Ya nos vamos.

POR. 3.° ¿Sin cenar?

ANTONA. No les dé pena,
que no engorrará la cena,
pues harlos acá quedamos.
Dense priesa que se enfria
la olla

POR. 1.° ¿Hay demonio igual?

ANTONA. Y cuenten en Portugal
lo que es Antona García.

POR. 1.° Una pierna me ha quebrado.

POR. 2.° A mí los lascos.

POR. 3.° Y á mí
las costillas

ANTONA. Que ¿aun aquí
se estan?

POR. 4.° ¡Demonio encarnado!
ya nos vamos.

ANTONA. Paso franco
les doy, caminen, y adiós.

POR. 1.° Yo me acordaré de vos.

POR. 2.° ¡Oh, mujer!

POR. 3.° ¡Oh, Antona!

POR. 4.° ¡Oh, banco!

(Vanse los cuatro portugueses.)

ANTONA. Pero Alonso, echad la tranca
y volvamos á cenar,
dejen ellos de temblar,
y si van á Salamanca,
pues son todos castellanos,
buen ánimo, que la cena
mas consola á costa agena
El cerrojo todo es manos;
entren.

CAS. 5.° ¡Mujer de los cielos,
no tema al mundo Castilla
contigo, ponga su silla
en Grecia!

ANTONA. Llore sus duelos
quien mal habla.

CAS. 6.° De admirar
no acabo su valentía.

ANTONA. Luego ¿desta niñería
hacen caso? Alto, á cenar.
Huéspeda, salid acá.

(Entranse los cuatro castellanos.)

VENTER. ¿Qué manda? (Temblando yo.)

ANTONA. Sabed que preñada estó.

VENTER. Pues parilo

ANTONA. Rato ha
que los dolores me aprietan.
¿Sabreisme vos partijar?

VENTER. ¿No será mejor llamar
la comadre?

ANTONA. No me metan
con gente desa manera,
bonda que esteis aquí vos
Parámoslo entre las dos,
que yo no so comadrera

VENTER. Pues entraos en mi aposento

ANTONA. ¡Ay! no lo puedo sufrir

VENTER. Entrad, pues.

ANTONA. ¿Qué aquesto es cara
No más matrimoñamiento

VENTER. ¿Duele mucho?

ANTONA. Aunque me pesa
no vos lo puedo negar.
Paramos y, alto, á cenar,
mientras se pone la mesa

VENTER. ¿Es bunuelo? Plegue á Dios
que aun despues de haber parido
y un mes de cama cumplido
quedéis para mujer

ANTONA. ¿Vos
cuidáis que es Antona dama?
Antes de empezar la cena
he de parir y estar buena.

VENTER. ¿Sin echaros en la cama?

ANTONA. ¿Calor? Qué gentil despacho
¡Ay, dolores entadosos!
Matara yo diez sebosos
por no parir un mochacho *(Vanse.)*

ESCENA V

Sacan VELASCO *y* PADILLA *preso al* CONDE DE PENAMACOR

VELASCO. Suceso, conde, son todos
de la guerra que se inclina
como el juego á varias partes
gana y pierde la milicia
Don Alvaro de Mendoza
os acometió á la vista
de Toro, cuando á Zamora
gozó Fernando rendida.
Peleastes como noble
y los vuestros con la vida
perpetuaron lealtades
que su valor solemnizan
Consolaos, que el que os rindió
es un Mendoza, que estriban
por su acreedor la fama,
por hijo suyo Castilla.

PENAMA. Los hados y las batallas
usan unas suertes mismas
no bastan, soldado, en ellos
alientos si faltan dichas

Don Alvaro es generoso;
cuando la espada le ronda
un conde de Portugal,
no menoscaba su estima,
ni es eso lo que mas siento.
(Aparte.) ¡Ay, abrasadora querida!
preso y sin ti ¿qué han de hacer
mis esperanzas marchitas?
(A ellos.) ¿Donde manda el rey llevar-
PADILLA. A la Mota de Medina, [me?
una fortaleza fuerte
que de aquí seis leguas dista
En esta venta haréis noche,
y, cuando el alba se vista,
madrugando, llegaremos
á la Mota al medio dia
VELASCO. En fe de vuestra palabra
y de nuestra cortesía,
habéis hasta aquí llegado
sin prisiones, mas no fía
el riesgo con que os traemos,
de una venta, por antigua,
flaca, y en que, sin defensa,
el mas seguro peligra.
Este es camino cosario
de Portugal y Castilla,
y andando todos de guerra,
si tuviera de vos noticia,
procurarán libertaros
Esta ocasion es precisa
para poneros prisiones.
PENAMA. Que en mas tiene mas prisiones
en el alma, no hará caso
de las que los pies me oprimen.
VELASCO. Pues échalde esta cadena
(Echanle la cadena.)
PENAMA. Si estos pleitos se averiguan
y hay paces, como se trata,
poco durarán deshechas,
donde el valor se acrisola
y la lealtad se ejercita.
VELASCO. Haced despejar la venta,
y dad vos orden, Padilla,
de que aderecen al Conde
cena breve y cama limpia.
En llegando los soldados
que en su guarda el Rey envia,
hagan sus cuartos de posta
y de seis en seis se vistan.
Todas estas prevenciones
requiere la mucha estima
de tan noble prisionero.
PENAMA ¡Ay, bella Antona García!

ESCENA VI

Salen ANTONA *y la* VENTERA. *Después* PERO ALONSO.—DICHOS

VENTER. Mirad que es temeridad
la que hacéis, recien parida,
como una granada abierta,
la más vagante peligra.
ANTONA. No soy nada escrupulosa;
ni porque este dolorida
he de engordarme en la cama.
¿Que es lo que salió?
VENTER. Una niña
tan hermosa como vos,
que llora de pura risa.
ANTONA. Lo peor que pudo ser,
mala noche y parir hija
Lavalda por vida vuesa,
y, después que esté bien limpia,
hed de una sábana y manta
los pañales y mantillas,
que yo lo pagaré todo
VENTER. Amamantada, que es linda,
dalda el pecho, no se muera,
y echaos; comeréis tortijas
con canela, miel y huevos
ANTONA. En mi tierra no se crian
los hijos tan regalones;
mas no si demosle guindas
Apenas nace ¿y ya llora
por mamar? Ayúne un dia
ó sino vayase afuera,
ahorrarase de desdichas.
VENTER. ¿Hay tal mujer?
ANTONA. Bautizalda
primero, viva ó no viva,
que esto es lo que más la importa
VENTER. ¿Vos sois madre?
ANTONA. Estoy de prisa
VENTER. ¿Si muere?
ANTONA. ¿Qué mayorazga
ó Infanta pierde Castilla?
Siendo mujer no hará falta.
Postemas son las nacidas,
habrá una postema menos.
VENTER Andad, Antona García,
que aunque mas disimuléis,
la amás como á vuesa vida
ANTONA. Si va á deciros verdades
á la fe, huespeda mia,
que aunque esto digo, me muero
por besarla la boquilla.
Salió, en fin, de mis entrañas,
un pedazo es de mi misma,
y era su padre un buen hombre.
VENTER. Sois madre ¿qué maravilla?
ANTONA. Solamente es mal agüero
que nazca aquí.
VENTER. ¿Boberia?
ANTONA. Mujer y en venta, ya veis
que de males pronostica.
VENTER. Pues aquí ¿que se le pega?
ANTONA. Malas costumbres son viña
de mesones y posadas,
donde vive la codicia.
Todo en una venta se vende;
y despues me pesaria
que saliese á la parenta
mal criada y sabidilla
VENTER De las cepas uvas nacen
y de los cardos espinas:
si sois vos honrada, Antona,
también lo será vuesa hija.
Andad acá, dalda el pecho.
ANTONA Mejor será una escudilla
de sopas en vino
VENTER. Asi
se amamantan en Galicia.
ANTONA. Pues no le va en zaga Toro;

do las madres son sus viñas,
las amas son sus tinajas
y los pechos sus espitas.
Mas veamos la chicota.

VELASCO. Huéspeda, una escuadra envía
nuestro Rey con este preso
á la Mota; dejad limpia
de huéspedes la posada.

ANTONA. ¿Conde?

PENAMA. ¿Labradora mía?

ANTONA. ¿Preso vos? ¿Cómo ó por quién?

PENAMA. Ya con vuestra amada vista
estoy libre, ya no temo
desgracias que me persigan.
Don Alvaro de Mendoza
salió con seis compañías
de castellanos, saliendo
donde estaba, por espías.
Peleamos junto á Toro;
quedó muerta y destruída
mi gente y yo prisionero
de su valor ¿qué más dicha,
pues os hallo por su causa?
Los reyes, en fin, me envían
preso, á fuer de buena guerra,
á la Mota de Medina.

ANTONA. ¿Y os traen estos dos no más?

PENAMA. Y una escuadra que camina
detrás con treinta mosquetes.

ANTONA. ¿Acordáisos cuando herida
me defendisteis en Toro
de aquella doña María
y de todos sus parientes?

PENAMA. Pendiendo de vos mi vida,
no hice mucho, si era fuerza
morir yo sin vos.

ANTONA. No olvidan
deudas de tanta importancia
las que son agradecidas.
Soldados, ó lo que son,
vuélvanse á Zamora y digan
al don Alvaro que lleva
al Conde Antona García,
que ella dará cuenta dél.

VELASCO. ¿Cómo es eso?

PADILLA. Desatina
la villana. (Sale Pero Alonso.)

ANTONA. Pero Alonso
entre tanto que reprican,
quitalde al Conde esos hierros,
y entra en la caballeriza,
donde hallaréis una yegua;
ponelda el freno y la silla
en que vuelva á Toro el Conde.

VELASCO. ¡Oigan la mujer!

ANTONA. Aprisa
primero que esotros lleguen;
que yo no estoy para riñas.

(Sale Pero Alonso á quitar la cadena.)

PADILLA. ¿Qué haces, hombre del diablo?

ANTONA. Él sabe lo que hace.

PADILLA. Mira
que á Fernando y á Isabel
ofendes.

ANTONA. Si los avisan
que es Antona quien lo manda,
y que así se desobriga
de otro tanto que hizo el Conde
por ella y que queda viva
y á su servicio como antes,
daráles buenas albricias.
Callar y sufrir conviene,
que no esto para porfías.

VELASCO. Parece que habla de veras.

ANTONA. ¡No sino el alba! (Quítasela Antona.)

VELASCO. ¿No es linda
la flema de la villana?
¡Vive Dios, que se la quita!

PADILLA. ¿Estás borracha, mujer?

VELASCO. ¡Y el Conde que se la mira,
elevado en contemplarla!

PADILLA. Dalda con esta petrina
tres ó cuatro latigazos,
que es la mejor medicina
para locos.

ANTONA. Mal conocen
con quien lo han.

PENAMA. Antona mía,
por mi causa no pongáis
en peligro vuestra vida,
que ya los soldados llegan
y os han de matar.

ANTONA. Daos prisa.
Huéspeda, vos entretanto
matad un par de gallinas
que estén tiernas para el Conde,
y mientras se asan ó guisan,
aparejad esa yegua
vos, Pero Alonso, que encima
llegará, aunque por rodeos,
nuestro Conde, más ama
á do los suyos están.

VENTER. La yegua, Antona, no es mía,
que es alquilada.

ANTONA. ¿Qué importa?
Pagarla. Démonos prisa.
Cincuenta coronas traigo
tomaldas.

VENTER. Temo que riña
mi dueño.

ANTONA. No hablemos tanto,
que me toma la mohina.

VENTER. ¡Ay!

ANTONA. O somos ó no somos.

VENTER. Regañando estoy de oirla.
Antona, hez lo que queréis,
que tiemblo en viendoos con ira.

ANTONA. Ensillalda, Pero Alonso;
y ellos, si el consejo estiman,
antes que la murria vuelva
de quien en paz los avisa,
agarrar la puerta huera,
el camino haldas en cinta
ó saldrán por las ventanas.

VELASCO. ¡Oigan, que nos desafía!

PADILLA. ¡Oh, villana fanfarrona!
Aunque sea acción indigna
el poner en ti las manos,
¡vive el cielo!...

ANTONA. ¿Qué aun prohidian?
Pues miren, yo no he de ser
mal de importancia á quien sirva
á la reina, de quien soy
leal vasalla y amiga.

pero por los cabezones,
(Sácalos fuera deste modo.)
agarrándolos ansina,
los he de poner á pares
en el campo de paticas.
Caminen vuesas mercedes;
y agradezcan de rodillas
á nuesa reina, que llevan
en su lugar los costillas.

VELASCO. ¡Que me ahoga!

PADILLA. ¡Que me mata!

ANTONA. ¿Qué se quejan?, que no hisan
tanto as cuanos de Antona.

PADILLA. ¿De quien?

ANTONA. De Antona García. *(Echalos.)*
Pero Alonso, por si acaso
vien la gente á la hostería,
echad la aldaba á la puerta
y arr malda un par de vigas.

PENAMA. ¡Vive el cielo, que sospecho
que mis ojos desatinan
y que está fingendo el alma
lo que entre sueños me pintan!
Aldeana portentosa,
basta que os deba la vida
y libertad; joyas traigo;
venced me, si sois servida
en hazañas, no en largueza:
yo pagaré.

ANTONA. A quien convidan
coma y calle, y luego alon;
lo demás no es cortesía
Callar, cenar y pagar
es lo que importa. La chica,
huésped, da, vos encomendo.

VENTER Envuelta está ya y dormida.

ANTONA. Pues pe ad luego las aves
(Vanse la Ventera y Pero Alonso.)

ESCENA VII

ANTONA *y el* CONDE PENAMACOR

PENAMA. Mejor, si gustáis, sería
antes que llegue la escuadra
cenar, Antona mía

ANTONA. Habeis de cenar primero,
venga ó no venga.

PENAMA. Osadía
es la vuestra peligrosa

ANTONA. No es valiente quien replica.
Tres trancas tiene la puerta;
si vienen y la derriban,
por la zaga del corral
buscaremos á guarida
Contadme ahora despacio
que hay de Zamora

PENAMA. Perdida,
por trato de los de dentro,
á Toro el rey se retira.

ANTONA ¿Que la perdió el rey Alfonso?

PENAMA. Sí, mi Antona.

ANTONA. Cuatro higas
para todo Portugal,
si Zamora es nuestra amiga.

PENAMA. Yo os prometo que se vió
mi Rey, á no darse prisa
al salir, casi en las manos
de los reyes de Castilla

ANTONA ¡Ojalá! Mas, ¿cómo hué?
Proseguid, por vuesa vida.

PENAMA. ¿Y si vienen los soldados?

ANTONA. Mientras se asan las gallinas

PENAMA. Yo, es fuerza que os obedezca,
porque en vuestro gusto estriba
mi contento, aunque otra vez
me prendan.

ANTONA Acabe, diga.

PENAMA. El alcaide de la puente
de Zamora, que trata
tratos con los castellanos..

ANTONA. ¡Ay!

PENAMA ¿Qué tenéis?

ANTONA. Dolorida
estoy, desde un hora acá,
de cierto achaque; prosiga,
que no es nada.

PENAMA. ¿Cómo no,
si os adoro?

ANTONA Ya se avia
Vaya aquello de la puente.

PENAMA. La cara se os amortigua.

ANTONA. Oyendo yo que mi reina
venció, todo se me quita
Adelante.

PENAMA. A media noche,
al rey don Fernando avisa,
que llegaba por la posta
de Burgos

ANTONA. ¡Virgen bendita,
qué gran dolor!

PENAMA. ¿Qué sentís?
Mirad que me martirizan
vuestros extremos.

ANTONA. No es nada.
Ya estoy buena. Diga, diga,
¿ganó mi Reina la puente?

PENAMA. Por mas que la defendía
mi Rey con todo su campo.
La ciudad se le amotina;
vídeo endo á voces todos
¡Fernando y Isabel vivan,
don Alfonso y doña Juana
mueran!...

ANTONA. ¡Qué bien que decían!

PENAMA. A no retirarse luego
los dos á Toro peligran.
Quedó Zamora, en efecto,
por vuestros reyes, que asisten
la fortaleza, si bien
se defiende, guarnecida
por el Mariscal su alcaide.

ANTONA. ¡Ay!

PENAMA ¿Qué es eso, Antona mía?

ANTONA. No es nada: atendedme un rato.

PENAMA. Dadme licencia que os siga.

ANTONA. No hay para que, al punto vuelvo.

PENAMA. Pues ¿qué hay?

ANTONA. Rompujé una hija,
y debió de quedarme otra
acá No haré son parirla
y al instante dos la vuelta,

PENAMA. ¿Cómo es eso?

ANTONA. ¿Mari Diaz?

¿Huespeda?

VENTER. (Dentro.) ¿Quién llama?

ANTONA. Antona.
¡Ay Jesús! aprisa, aprisa. (Vase.)

PENAMA. ¡Qué mujer es esta, cielos!
¿Ansí se paren los niños?

ESCENA VIII

CONDE DE PENAMACOR y PERO ALONSO.
Luego ANTONA *y la* VENTERA.

PERO. Si habemos de irnos, ya están
cena y yegua apercibidas.

PENAMA. ¿Venís con Antona vos,
hombre de bien?

PERO. Es mi prima.

PENAMA. ¿Y es de bronce esta mujer?

PERO. Tiene condición rolliza.
Pero ¿por qué lo pescuda?

PENAMA. Porque de una hora parida,
(como quien no dice nada)
segunda vez se cita
otro parto, y que la espere
dice, porque á la hora misma
que pariere, yo verá
á que mi hijo la prosiga:
¿esto se puede creer?

PERO. Si á Antona se le encapricha
una cosa en el meollo,
el diablo que la resista.
Parirá, si se le antoja,
diez muchachos en un día,
y se irá sin hacer cama
al punto á podar las viñas,
es mujer de digo y hago.

PENAMA. Es prodigio de Castilla.
(Salen Antona y la Ventera.)

VENTER. Antona, mal vos queréis,
acostaos.

ANTONA. ¿Es chico ó chica?
(Vase Pero Alonso.)

VENTER. Chica como unas candelas.

ANTONA. Pues quilitradinela, amiga,
de la manera que á esotra,
no se muera si se enfría,
que luego las daré el pecho.

PENAMA. Pues ¿ansí Antona querida,
os salís acá? ¿queréis
ser de vos misma homicida?

ANTONA. No hayáis miedo que me muera.
Ya yo me siento guarida.
Vaya la hertolla adelante,
que á fe que me regocija.

PENAMA. ¿Qué decís?

ANTONA. No sea pesado.
Quedamos en que tenían
cercada la fortaleza
los nuevos, y que retira
los suyos el portugués
á Toro.

PENAMA. Es ansí.

ANTONA. Pues diga,
¿de allí no Fernando?
(Sale Pero Alonso.)

PERO. Antona, ya están á vista
los soldados de la venta.

ANTONA. Ansí, pues, para otro día
se quede el cuento. Envolved
Pero Alonso, esas chiquillas
en vuesa capa y ataldas,
que llevándolas yo encima
las espaldas, como alforjas,
parecerá peregrina,
destas que vienen de Francia.
Y vos, Conde, pues vos obra
quien vos paga lo que os debe,
sobre la yegua y abrida
por los hijares, picando
á Toro, si no camina.
Huespeda, no me contento
con lo que os di, agradecida
seré con vos á la vuelta.
¡Alto de aquí!

PENAMA. Maravillas
llevo á mi rey que contar.
Antona del alma mía,
no os olvidéis de mi amor.

ANTONA. Quien bien quiere, tarde olvida.

PENAMA. Pues ¿queréisme vos?

ANTONA. No sé.

PENAMA. ¿Que soy digno de tal dicha?

ANTONA. Mirad, yo bien me casara
con vos, la guerra cumplida,
pero temo...

PENAMA. ¿Qué teméis?

ANTONA. Esto de parir lastima.

PENAMA. Ojalá que os viera en eso
mi ventura.

PERO. Vamos, prima,
que todo está á punto.

ANTONA. Vamos.

PENAMA. En fin ¿prometéis ser mía?

ANTONA. Sí, con una condición.

PENAMA. ¿Y es?

ANTONA. ¿Juráis vos de cumplirla?

PENAMA. Claro está.

ANTONA. Que vos paráis
los hijos y yo las hijas. (Vanse.)

ESCENA IX

Salen los REYES CATÓLICOS *el* ALMIRANTE, *el* MARQUÉS DE SANTILLANA, *don* ANTONIO DE FONSECA *y don* ALVARO DE MENDOZA.

ALMIRAN. Pues algo he yo de valer
con vuestra Alteza, Señor,
concédame este favor.

FERNAN. Cuanto pidáis he de hacer
mas la Reina, mi señora
á los que rebeldes son
no gusta de dar perdón.

ALMIRAN. Ansí entre vos como en Zamora
en Toro, Isabel gloriosa
que en el Duque de Plasencia
resplandezca la clemencia
que os da fama generosa.

REINA. El Rey, mi señor, podrá
hacer lo que sea servido.

FERNAN. Yo por mí, mi ofensa olvido.

REINA. Pues por mí olvidada está.

ALMIRAN. Dadme los dos eros pies.

MARQ. No he de valer menos yo

con vuestras altezas.

FERNAN. No
alzad del suelo, Marqués,
que os debo yo esta corona

MARQ. El de Villena que ordena
serviros.

REINA. Dese á Villena,
siendo duque de Escalona,
y el rey, mi señor, con esto
á su servicio le admite.

MARQ. Si vuestra alteza permite...

FERNAN. Fuera deste presupuesto
la reina no le perdona.

MARQ. Sigo era porque á estos pies...

REINA. Sin Villena sea marqués
y duque con Escalona

MARQ. Contento con eso quedo.

FONSECA. El arzobispo, señor...

FERNAN. Es mi padre intercesor
de la mitra de Toledo.
Don Antonio de Fonseca,
por él en Castilla entré.

REINA. El la total causa fué
de reinar los dos.

FERNAN. No trueca
la mudanza obligaciones
en el generoso pecho,
muchos servicios me ha hecho;
pervirtiéronle razones
de gente indiscreta y moza
No pudo acabar consigo
ver privar á su enemigo
el Cardenal de Mendoza.
Pues mi padre, el rey don Juan
de Aragón, me lo ha mandado;
sus canas y el ser Prelado
á quien sujetos están
todas las mitras de España,
ablanden, Isabel mía,
sentimientos este día.

REINA. Vuestra es, señor, esa hazaña,
y mío el obedeceros,
Fuera de que nunca estuvo
el arzobispo (aunque tuvo
tanto ánimo de ofenderos)
lejos de la voluntad
que, como á padre, le tengo.

FERNAN. Perdón general prevengo
á todos

ANTONIO. La adversidad
nunca indigna al generoso
tanto que vencido intente
satisfacerse inclemente

REINA. El pleito fué tan dudoso
entre doña Juana y mí
que los que la obedecieron
por hija de Enrique y dieron
en seguir su bando ansí,
no por esto han incurrido
en deslealtad, ni en traición.
Probable fué su opinión
la nuestra ha favorecido
el cielo, que está animando,
señor, vuestra real clemencia.

MARQ. Sola es digna tal sentencia
de Isabel y de Fernando.

ESCENA X

Sale BARTOLOMÉ y DICHOS

BARTOL. ¡Señor! ¡Ah, señor! *(Dentro.)*

ALVARO. ¿A quién
llamas, pastor?

BARTOL. A nuestro amo.

ALVARO. ¿A cuál?

BARTOL. Al rebelde llamo.

FONSECA. ¿Bartolomé?

BARTOL. Y á él también

FONSECA. ¿Qué queres?

BARTOL. Es un secreto
que no les trae de pesar.

FONSECA. Llégate, pues.

BARTOL. No he de hablar
sí en puridad. So discreto
¿Piensan que vengo de visto?

FERNAN. ¿Qué quiere aquese pastor?

BARTOL. Alléguese acá, señor,
háganos este servicio,
que á fe que he topado cosa
que no poco ha de importarle
Si á solas no puedo hablalle,
mi vuelta será forzosa.

FERNAN. No temas ¿Qué quieres? Llega

BARTOL. ¿Que me llegue? Llegaos vos,
que os importa, y yo á nadie,
que aquí ninguno vos ruega.
Llegue ella también, señora,
y traiga al señor Antón
consigo, que todos son
amigos.

REINA. La labradora
nuestra amiga ¿no tenía
este pastor por criado?

ANTONIO. Sí, gran señora, el ganado
guardó de Antona García.
No haga vuestra Alteza caso
del, que es un simple

BARTOL. Verá;
¿que temen llegarse acá?
Pues si el vado otra vez paso,
no ganará por ogaño
á Toro el rey.

FERNAN. ¿Cómo es ésto?
¿Vado tiene el río?

BARTOL. De presto
ó vome.

FERNAN. ¡Suceso extraño!
¿Que se puede vadear
Duero aquí cerca?

REINA Lleguemos,
y dél la verdad sabremos.

ANTONIO No tengan que sospechar,
vuestras Alteza, que en él
ni hay maldad ni hay traición

BARTOL No han de dejar más que Antón,
el rebelde y su Isabel.

(Aléjanse los tres.)

FERNAN. Ya estamos solos. ¿Qué dices?

BARTOL. ¿Es el el rebelde?

FERNAN Sí.

BARTOL. ¿El no más?

FERNAN Acaba, di

BARTOL. ¿Con sus ojos y narices?

¿Que no más aquesto es rey?
Por volverme allí hato esto;
imaginábale yo
del tamaño de un gran buey.
Hará bien, ya que ha venido
¿su altura ho garase entrar
esta noche en Toro y dar
sobre el portugués dormido?

FERNAN. ¿De qué modo?

BARTOLO. Aquesta noche
sí, por do yo vadeare
á Duero, no hay que repare
bien puede pasar un coche,
cabando quiere seguirme,
con gente que sea de pró,
me atrevo á ponelle yo
en Toro; no hay son decirme
cuando ha de ser, y chitón.

FERNAN. Pues ¿por donde hemos de entrar?

BARTOLO. Mire, por aquel lugar
los derrumbaderos son
tan ásperos y seguros,
que como el río, ya ve,
los baña y no tiene pie,
están sin guardas y muros.
Yo sé, días ha, un atajo
por do de Toro sacaba
el ganado y le llevaba
por esas cuestas abajo
al valle, y si se me antoja
entro y salgo en la ciudad
sin verme nadie.

ANTONIO. Es verdad,
hacia allí nadie se aloja.

BARTOLO. Señale su Señoría,
y créame, un escuadrón
que lleve el señor Antón,
y hendolos yo por guía
vadeare á Duero, y tras mí
irán subiendo después.
Esto enfecuitoso es
saber trepar por allí:
no hay atajo sin trabajo;
mas yo los pondré en media hora
adonde, como en Zamora,
cuando repique el badajo
á rebato, sin chistar
les demos castellanada.

ANTONIO. Aquí no se pierde nada
y se aventura á ganar
mucho. Yo tomo esta empresa
á mi cargo.

FERNAN. Mirad bien
si es fiel ese pastor.

BARTOLO. ¿Quién?
Yo sirvo á la Antona nuesa,
y ella y yo (si imagino
cosa que llegue á ofendella,
hace mal), porque yo y ella
somos (¿qué piensa?) ella y yo.

ANTONIO. No hay que recelar. Yo tomo
por cuenta mía esta hazaña.

FERNAN. Si sabéis que no os engaña.

BARTOL. ¿Engañar? ¿No digo el cómo?

FERNAN. Yo, Fonseca, os haré dar
gente de satisfacción
ó escogeida vos.

BARTOL. Si son
hombres que saben trepar
síganme y déjenme á mí.
Pero, por paga quisiera
que su reinura me diera...
¿pedírelo?

FERNAN. Pide, di.

BARTOL. Llamarme, en el mesmo día
que yo la gente ganase
y su altura en Toro entrase,
Bartolomé de la Guía,
y quedar libre de pecho
y alcabala.

FERNAN. Yo te haré
hidalgo, pastor.

BARTOL. ¿A te
que lo hará? Pues esto es hecho.
(Entrase hacia [illegible])

FERNAN. Oid.

ANTONIO. A rebato toca
el campo.

ESCENA XI

Sale ANTONA *con dos muchachas al cuello, metidas unas alforjas, una detrás y otra delante. Dicen* BARTOLO. DICHOS.

ANTONA. ¿Señora mía?

REINA. ¿Qué es esto, Antona García?

ANTONA. ¿Qué se yo? hazañas de loca.
Viene un ejército en zaga
de sebosos contra vos,
y divididos en dos,
que mal el cielo los haga,
dicen que es el capitán
del uno el hijo heredero
de Alfonso, y rige el zaguero
el duque de Guimarán.
Este me quiso prender,
más yo, hendo poco caso
dellos, por enmedio paso
hasta veniros á ver,
con aquestas dos chequillas
que he acabado de parir,
para que os puedan servir
en saliendo de mantillas.

REINA. Estimo yo, Antona amiga
el veros con libertad
tanto y más que á la ciudad
de Toro.

ANTONA. Dios la bendiga.

REINA. Hablad al rey, mi señor.
Esta es la Antona García
que á vuestra alteza decía
Hágala mucho favor.

FERNAN. Yo os haré merced, Antona.

ANTONA. ¡Qué presencia tan cabal!
En fin, sois tal para cual,
bien vos viene la corona.

FERNAN. Al camino los salgamos,
castellanos, si os parece,
que si el enemigo crece,
peligros acrecentamos.

ALMIRAN. Cansados, señor, vendrán.

la batalla presentemos.

ANTONIO. Eso sí, tras ellos demos.
Sepa el príncipe don Juan
quien es el rey don Fernando
y la su doña Isabel.

FERNAN. Marchad, pues.

ANTONIO. ¡Bien haya él
y los que siguen su bando!
(Sale Bartolo.)

BARTOL. Señor, deténgase, espere.

FERNAN. ¿Qué quieres?

BARTOL. Téngase, digo,
que no tien ya para que
seguir á los enemigos.

FERNAN. ¿Por qué causa?

BARTOL. Porque salen
con su gente Alfonso el Quinto,
los tamboriles tocando,
desde Toro á recibillos.
Yendo contra tres zurzas
su altura, ya ve el peligro
que tien, seyendo tan pocos.
Reciba el reye á su hijo
y huélguese en hora buena:
volveráse por do vino,
mientre que acá le ganamos
aqueste Toro ó novillo
esta noche ha de quedar
por suya.

FERNAN. Discreto has sido.
Si la conquistó, él ausente,
darse puede por vencido.

MARQ. Esta es ocasión dichosa,
pues solamente el presidio
ha de dejar ordinario
el rey.

BARTOL. ¿Velo? Lo adivino.

FERNAN. Alto, Antonio de Fonseca
de vuestro valor confío
el riesgo á que os arrojais.

ANTONA. ¿Qué es esto, Bartolo amigo?

BARTOL. Esto es pasar por el vado,
agora que es de noche el río,
y subiendo aquellas cuestas
por do baja su cabrío,
ganar á Toro.

ANTONA. ¡Oh, qué bien!

BARTOL. ¿Qué la parece?

ANTONA. Que has dicho
verbos por aquesa boca.
Tenganme allá este envoltijo,
que yo he de ser la primera
que pase el Duero.

FERNAN. Este es brío
de española.

ANTONIO. Cumplirálo
del modo que ha prometido.

FERNAN. Denle mi caballo á Antona.

ANTONA. ¿El suyo? Dambos hocicos
pongo en estas dambas patas.

FERNAN. Alto, don Antonio amigo,
que os quiero ver vadear
desde aquí el Duero.

ANTONIO. Ya animo
el alma á mayores hechos
con tal merced.

BARTOL. Yo los guío.

ANTONA. Echad acá la bandera,
serviráme de corpiños
mientras cuelo todo el vado
que refresca y he parido,
que despues yo la pondré
en el mango más prolijo
y en torno de aquellas torres
que acompañan el castillo.

ANTONIO. Vamos en nombre de Dios.
(Entranse los tres.)

BARTOL. Sobí, Antona.

ANTONA. Ya me aplico.
(De dentro hablan los tres.)

ANTONIO. ¿De un salto?

ANTONA. Pues ¿qué pensaba?
No sé de frenos ni estribos.
¡Dios me la depare buena!

BARTOL. Síganme á mi derechitos,
que tien Duero alrededore
muchas ollas sin tocino.

FERNAN. Ya llegan á la mitad.

REINA. Dios los saque de peligro.

BARTOL. Animo, Antón de Fonseca,
que ya colamos. (Dentro.)

ANTONA. Ea, hijos,
no hay que temer con Antona.

BARTOL. Guardáos deste remolino;
echad ancla man derecha.

ANTONIO. ¡Gracias á Dios que salimos!

MARQ. De la otra parte están ya
en seguro.

FERNAN. No ha mentido
el pastor. Yo, mi Isabel,
le premiaré este servicio.
Acudamos á la puente,
porque en dándonos aviso
de que están muertas las guardas,
es el socorro preciso.

BARTOL. No caigan, suban con tiento,
(De dentro.)
que nos falta, como dijo
el otro, por desollar
el (ya me entienden) quedito.

ANTONIO. Yo he de trepar como un gamo.

ANTONA. Soy ágil.

ANTONIO. Y mogil.

BARTOL. ¡Vitor!
¿Agilimógili sois?
Abriréis el apetito.

ANTONA. ¡Ay de vos, María Sarmiento,
si os cojo!

ANTONIO. ¡Qué ásperos riscos!

BARTOL. Hablen paso, no despierten.

ANTONA. Pagaréisme á mi marido.
(Aparécense los tres sobre los muros.)

ANTONIO. Ya estamos sobre la cerca.

ANTONA. Sobí en ella de dos brincos.

FERNAN. ¡Al arma, mis castellanos!

TODOS. ¡Vivan los reyes invictos
don Fernando y su Isabel!

UNOS. Entrados; somos vecinos
y ciudadanos de Toro.

OTROS. ¡Aquí, que somos perdidos! (Pelean.)

ANTONA. ¡A ellos, que aquí está Antona!

BARTOL. Encerróse en el castillo
la Sarmienta.

ANTONA. Sacaranla
mis venganzas de su nido. (*Salen.*)
ANTONIO. Todos huyen.
ANTONA. ¡Ah, sebosos!
ANTONIO. La puente han acometido
los reyes, y entran triunfando.
Salgamos á recibirlos.
ANTONA. Señores, los que me escuchan:
todo cuanto agora han vido
es hestoria verdadera
de previlegios y libros.
Esto es solo la mitade;
y el poeta que lo ha escrito
guarda para la otra media
muchos casos pelegrinos.
Si quieren ver en qué para
la Antona de Toro, aviso
que para el segundo tomo
desde luego los convido.

COMEDIA FAMOSA

LA PEÑA DE FRANCIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON JUAN II, *rey*.
DON ENRIQUE, *infante*.
DON PEDRO, *idem*.
DOÑA CATALINA, *infanta*.
DON GONZALO.
EL CONDE DE URGEL.
DON DIEGO.
RICARDO, *viejo*.
SIMÓN VELA.
FERNÁN ALONSO.
UN EMBAJADOR.
PADILLA, *criado*.
BENAVIDES, *idem*.
UN ALCAIDE.
CELIA, *dama*.
TIRSO, *pastor*.
MARTÍN, *idem*.
CRESPO, *idem*.
DOMINGO, *pastor*.
PAYO, *idem*.
ELVIRA, *serrana*.
MELISA, *idem*.
UNA GUARDA.
UN PAJE.
GUARDAS.
UNA VOZ.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen SIMÓN VELA, *de estudiante, con un arte de Antonio (de Nebrija) en la mano, y* RICARDO, *viejo*

RICARDO. Dos años, sobrino, habrá
que llevo á tu hermana Opia
el cielo, que luz la da,
dejándote larga copia
de hacienda, que aumentará
tu industria, tomando estado.
Pues Dios, Simón, te ha dejado
sin padres, ¿no es ya razón
que procures sucesión
á la sangre que te han dado?
Ya tu edad las flores pasa
de la adolescencia tierna,
y la juventud que abrasa;
treinta años tienes, gobierna,
sobrino, tu hacienda y casa,
que tu flojedad me espanta.
SIMÓN. Sin razón te maravillas.
RICARDO. Los pensamientos levanta.
SIMÓN. Sí, ¿pero con qué costillas
podré llevar carga tanta?
Que tienes razón confieso,
pues mi edad obliga á eso;
pero, tío y señor, ¿cómo
siendo la carga de plomo
podré sufrir tanto peso?
¿Agora quieres que entienda
en los pensamientos vanos
que la ambición encomienda?
¿Agora me atas las manos
con los lazos de la hacienda?
¿Grillos á los pies me pones,
de tantas obligaciones,
cuando librarme entendí?
¿Que delito hallas en mí
que me cargas de prisiones?
Goza la hacienda que apuestas
y por mía manifiestas,
porque entregarme el poder
de estado y casa, es querer
echarme la casa á cuestas.
Ya mi poca habilidad
te consta, y que no he podido
desde mi primera edad,
aunque desvelo el sentido,
saber la latinidad;
ocho años ha que estudiando
gramática, estoy cansando

los ojos, sin que haya parte
que pierdan de vista al *Arte*,
y en los preteritos ando
Si en ocho años, pues, no se
lo que un niño en medio sabe,
¿de qué manera podré
sustentar el peso grave
que á tus hombros confié?

RICARDO. Poco importa eso, sobrino,
que por diverso camino
reparte el cielo en las gentes
ciencias y artes diferentes.
No te quiere Dios latino;
mas, en otros ejercicios
querrá, que honrando tu tierra,
des de tu caudal indicios.
Valor se gana en la guerra,
hacienda en cargos y oficios,
no todos tienen de ser
soldados, ni han de querer
cursar las escuelas todos.
Estados hay de mil modos,
el hidalgo, el mercader,
el religioso, el letrado,
el rey, el duque, el pastor,
el Pontífice, el soldado,
el esclavo y el señor,
el rico y el despreciado,
todos, por modo diverso,
hacen un compuesto verso
de la máquina que ves;
porque la variedad es
adorno del universo.
En fe de lo que te quiero,
porque en mi vejez prolija
descansar contigo espero,
te has de casar con mi hija,
que aunque primos, si primero
viene la dispensación
de Roma, con sucesión
noble, si juntos vivís,
tendré nietos en París
que estime nuestra nación.
Esto es lo que te conviene.

SIMÓN. ¿Que, con tan grandes cuidados,
cielos, el dinero viene?

(En un bufete se descubren tres fuentes de plata, en la primera este un libro y un bonete con borla colorada, en la segunda bruquel y una espada desnuda, y en la tercera un peso y una vara de medir.)

RICARDO. Estos son los tres estados
que el mundo en más precio tiene,
las letras, sobrino, son
éstas, si apeteces letras
(que te causen confusión)
y sus misterios penetras
honrarás su profesión,
que bien puedes ser casado
y juntamente letrado,
interpretando las leyes
que Emperadores y Reyes
escritas nos han dejado.

(Enseñale el primer plato.)

Casi sin numero son
los que han ganado opinión
y renombre soberano
en ellas, un Justiniano
Bártulo, Baldo, Gersón,
y otros mil, por quien confieso
que dura la paz propicia
y entrenan cualquier exceso,
porque son de la justicia
los que gobiernan el peso.
Mas, ¿por qué dirás, sobrino,
que en balde para la ciencia
con mis consejos te inclino?
Pues natural impotencia
tienes, toma otro camino,
ejercicio mas barato
te ofrece el plato segundo

(Muestrase)

con que intento hacerte el plato
las armas dan en el mundo
honras de real aparato.
Este estado noble toma,
que altivas cervices doma,
verás que solo por él
gozó César el laurel
que oprimió el cuello de Roma.
Si valor tu pecho encierra
para empresas de importancia,
que el miedo torpe destierra,
Carlos Octavo de Francia
marcha contra Ingalaterra,
sal con su gente en campaña,
deber de su Flor de Lis
de las armas de Bretaña,
porque triunfes en París
célebre con tanta hazaña,
que cuando la escala arrimes
y en poco la vida estimes
premiará el Rey tus trabajos,
pues sue en soldados bajos
subir á cargos sublimes.
Mas si te lleva á otra parte
tu pacífica costumbre,
y conoces inclinarte,
conforme tu mansedumbre,
más á Mercurio que á Marte,
en este plato repara,
Simón, que es ciencia más clara
y su ganancia en exceso.
No es de justicia este peso,

(Enseñase)

no de justicia esta vara,
pero es de mayor codicia
esta con que medir ves
sus medras á la avaricia,
que la vara de interés
tuerce la de la justicia.
Por solo este plato precia
sus dueños Italia y Grecia,
y por ella valen tanto,
que al mundo han causado espanto
las dos, Génova y Venecia.
Si este estado seguir quieres
los príncipes de más nombre
harán cuanto les pidieres;
que ya el más presumido hombre
adula á los mercaderes.
En fin, de estos tres estados
puedes despacio escoger
el de menores cuidados,
mas ha de ser tu mujer

mi hija.

SIMÓN. Ans, son dobiados.

RICARDO. Es moza noble y honesta,
considerale, y apresta
el gasto y la inclinacion
á la mejor profesion
porque me des la respuesta (*Vase.*)

ESCENA II

SIMÓN

Dejado me han en tres platos
las armas, letras y tratos
con que vive el mercader,
y todos de la mujer
son verdaderos retratos.
Las letras, porque ellas son
tan sabias para engañar
que atropellan la razón
y obligan á idolatrar
las ciencias de Salomon.
Las armas, por ser extrañas
en el mundo las hazañas
con que atropellan rendidas,
Troyas en Asia, encendidas,
y mal ganadas Españas.
El peso y vara, es la vida
de su cautiva fingida,
porque la mujer más cara
suele al medir de una vara
dar los gastos sin medida.
Letras habre menester
para que no me contrasten
ardides de su saber;
mas, ¿qué letras hay que basten
¡cielos! contra una mujer?
Armas, para que defienda
el honor, costosa prenda;
porque el hombre que se casa,
si tiene al ladron en casa,
justo es que guarde su hacienda.
Escudo, porque ande armado
de la paciencia en que fundo
el gobierno de su estado;
que no hay mártir en el mundo
que sufra lo que un casado
Y por conservar el seso,
he menester vara y peso
con que pese, á mi pesar,
las joyas que le he de dar
a este extraño contrapeso.
Pues si tanto es menester
para un casado, Dios mio,
¿quien sufrirlo ha de poder?
no permitás que mi tio
me dé bienes y mujer.
Notable sueño me ha dado;
¿no es bueno que me ha cansado
no más que el imaginar
que me ¿procuran casa?
Mas, de casado á cansado
va una letra solamente
¡libre el cielo de mi cuello
el yugo que lo consiente!
Mas quiero dormir sobre ello
veré si me es conveniente,
que, en fin, es perfecto estado
entre todos el casado.
Mas si el casamiento fuera
de veras, ¿eh, no? ¿qué hubiera,
pues que cansa imaginado?

(*Duermese sobre una silla y oye una voz que dice dentro.*)

VOZ. Vela, Simón.

SIMÓN. (*Despierta.*) ¡Santo cielo!
O alguna imaginacion
me inquieta con tal desvelo,
ó dijo: «Vela, Simon»
una voz. No; imaginélo
que lo que el alma recela
tal vez en sueños desvela
Dejadme, cuidados tristes,
ya que de tropel venistes,
este rato.

(*Vuelve á dormirse y vuelve la voz.*)

VOZ. Simón, vela

SIMÓN. ¿Otra vez? Sin duda el cielo,
como en mi provecho anda
para alivio mio recelo,
agora velar me manda
voz misteriosa, ya velo
De aquí se, que ha menester
velar, quien ha de escoger
esposa de honesto nombre,
que no es bien que duerma el hombre
cuando ha de elegir mujer.
El dormir fue desacierto,
despierto escucho y advierto
lo que mandas, voz sagrada.
¿Ninguno me dice nada?
Pues no me quieren despierto.
Si imaginacion no ha sido
la que me desvelaba;
voz que á inquietarme has venido,
dí lo que quieres de mí
que velando estoy dormido.

(*Duérmese y vuelve la voz y despierta.*)

VOZ. Simón, vela...

SIMÓN. ¿Hay tal instancia?

VOZ. (1) Y si esposa de importancia
quieres hallar, santa y bella,
sal de Francia, y fuera de ella,
busca la Peña de Francia,
y vela, Simon

SIMÓN. (*Levantase.*) Si haré.
Quien tan buenos sueños sueña
bien es que durmiendo vele.
¿Mujer me han de dar de Peñas?
¡Que dura esposa tendré!
Mas buena debe de ser,
pues guardará ans el decoro
que el honor ha menester;
que no la abrandará el oro
si es de peña la mujer.
Mas, ¡ay promesas risueñas
de esperanzas halagüeñas
que imposibles han de ser,

(1) En el original no dice quien es la Voz la que pronuncia esos versos; pero el descuido fue corregido en la impresión del siglo XVIII, hecha por D.ª Teresa de Guzmán. En el mismo códice de la Bib. Nac. también consta la lección que adoptamos.

pues si es peña la mujer
dád vas quebrantan peñas!
Mas si me promete el cielo
una esposa de importancia,
velando en este desvelo,
sabremos, Simón, de Francia.
¡Adios Paris, patrio suelo!
¡Adios bienes con cautela!
que este estado me consuela,
libre de hacienda y pesar.
¿Dios me ha mandado velar?
Llamaréme Simón Vela.
¡Adiós mundana arrogancia;
laberinto en que me ofusco,
donde triunfa la ignorancia,
que fuera de Francia busco
desde hoy la Peña de Francia! (*Vase.*)

ESCENA III

Cubrese la mesa de platos y vase doña Catalina, *Infanta, con un papel abierto, y* Celia

Catalin. Ya tengo escrito el papel
al Infante y mi delito;
tambien mi verguenza ha escrito,
pues va declarado en él.
Pero el ciego amor impele
al alma que teme y arde,
el aconsejarme es tarde,
dame la hostia y cerrarele,
quedara mi desacierto,
con mi atrevido cuidado,
dentro del papel, cerrado,
y dentro del alma, abierto.
Celia, acaba, la hostia venga.
Celia. El sacre fuera mejor.
Catalin. No tiene lacre mi amor
aunque mi fama le tenga.
Ve por la hostia mientras yo,
leyendo esta breve suma,
miro si escribió la pluma
lo que el alma la dictó (*Vase Celia.*)
(*Lee.*) «Esta noche ó nunca, Infante,»
Breve y compendioso está,
pero es filósofo ya
en el hablar un amante.
Que vaya asi determino;
porque verguenza y temor,
cuando comienza el amor
le notan de vizcaino.
Extraña resolucion
tenemos, intentos livianos,
sirvenme (aunque son hermanos)
los Infantes de Aragón.
Mas que ere amor que en mi medro
hoy el alma sacrifique
al mayor, que es don Enrique,
y no al menor, don Pedro.
Vituperaráme el mundo,
pues una Infanta se allana
hoy á un hombre, siendo hermana
del Rey don Juan el segundo
(*Sale Celia con una escribanía.*)
Celia. Aqui está la escribanía
Catalin. El papel cierre mi mengua
donde callando la lengua
hable sola la osadia. (*Cierra.*)
Celia. Toma el sello.
Catalin. Conocello
podria alguno por él,
y si es tercero el papel
bien puede sello sin sello
Déjale, que con razon,
si impresas en el están
las armas se correrán
de Castilla y Aragón.
Sin ellas amor rapaz
quiere que el papel escriba,
porque al Infante reciba
puesto que es guerra la paz.
Dame por el un punzon
(*Dásele y pasa la cerradura*)
Celia. ¿Pues por qué le picas tanto?
Catalin. ¡Ay, Celia!, porque otro tanto
me ha picado el corazon
Don Enrique, no me impidas
que á quien tiene de parlar
mis faltas, desee matar
y dé mínimas heridas
Llámame á Padilla, el paje,
que á don Enrique le lleve.
Mas quien á tanto se atreve
digna es de cualquier ultraje.
Dejale, porque no sea
testigo de tanto error;
que traza dará mi amor
de que el Infante la lea

ESCENA IV

Sale un Paje.—Dichas

Paje. La Reina, señora, llama
a Vuestra Alteza.
Catalin. Querrá
salir fuera.
Paje. No, que está
algo indispuesta en la cama,
y quiérese entretener,
señora, un rato con vos.
Catalin. ¿Mala está? ¡Válgame Dios!
Vamos, que la quiero ver.
(*Aparte.*) ¡Ciego dios, niño gigante,
pues que sabéis enredar,
trazad como pueda dar
este papel al Infante! (*Vase.*)

ESCENA V

Salen don Enrique y don Pedro

Pedro

Mi hermano eres mayor y asi respeto,
Enrique, tu persona.

Enrique.

No hagas cuenta
de edad, ni de hermandad, cuando mi sed
usurparme mi amor, en tu ausencia
¿Tú servir á la Infanta?

PEDRO.

Estás sujeto
á tu poca razón, y no me afrenta
tu lengua, aunque arrojada desatina.

ENRIQUE.

¿Tú amar la Infanta doña Catalina?

PEDRO.

Yo amarla, pues ¿no soy como tu Infante,
hijo de don Fernando, rey Primero
de Aragón? Y si pasas adelante
como tu, ¿no soy nieto del tercero
Enrique de Castilla? Di arrogante,
si, como tu á la Infanta sirvo y quiero,
¿soy menos noble yo? ¿soy menos hombre?
El rey don Juan, de primo me da nombre,
Con mi hermana la Reina está casado,
y dos hermanos tengo, que en la silla
de Aragon y Navarra, me han dejado,
como á ti, posesiones en Castilla.
Don Pedro, Infante de Aragón, me ha dado
por nombre España ¿qué te maravilla,
si á la hermana del Rey por dama elijo?
¡Nieto de reyes soy, de reyes hijo!
Goza tu estado Enrique, enhorabuena,
y no lo quieras todo, sobre el pecho
traes la cruz que los bárbaros refrena;
Maestre de Santiago el Rey te ha hecho;
Marqués de Medellin y de Villena
te llama el mundo, que te viene estrecho.
Tuyo es Trujillo; déjame esta dama
que sé que te aborrece y que me ama.

ENRIQUE.

¿Que sabes que te ama y me aborrece?
¿Cómo puede eso ser, soberbio, loco,
si ha un mes que mis servicios agradece,
estimando el amor con que la invoco?

PEDRO.

Si el estado que así te desvanece
te obliga á que me estimes en tan poco
ahora lo verás.

ENRIQUE.

¡Cobarde, espera!

PEDRO

¡Si no saliera el Rey!...

ENRIQUE.

¡Si no saliera!...

ESCENA VI

Salen el REY *y la* INFANTA *—Dichos*

CATALINA.

Poca es la calentura, en Dios espero
que no vendrá á ser nada Vuestra Alteza
se vuelva.

REY.

Yo he de ser vuestro escudero.

CATALINA.

Queda sin vos la Reina, y no es fineza
dejarla sola.

REY.

Obedeceros quiero,
aunque juzgo á rigor esa extrañeza.
¿Infante?

LOS DOS.

¡Gran Señor!

REY.

Don Pedro digo.

PEDRO.

A tu servicio estoy.

REY.

Ventos conmigo.

(Vanse los dos.)

ESCENA VII

DOÑA CATALINA *y* DON ENRIQUE

ENRIQUE.

No sienten tanto el verse atormentando
las almas tristes, que del fuego hambriento
son perpetua materia y alimento,
mi pecho entre sus penas retratando,
como el saber que han de vivir penando
del modo que mi altivo pensamiento,
y que ha de ser eterno aquel tormento
sin que de su descanso llegue el cuándo.
¿Cuándo, señora, pues, mi pecho tierno
podrá librarse de esta pena fiera
que mi tormento juzga por eterno?
¿Hasta cuándo quereis que por vos muera?
Mirad que es una imagen del infierno,
quien sin saber el cuándo, un cuándo espera.

CATALIN. La paciencia en la tardanza
convierte el acero en cera,
y algo espera, quien espera
el cuándo de su esperanza.
Y pues le estáis esperando,
primo, no desesperés
que, cuando menos penséis
hallaréis el como y cuándo.

ENRIQUE. Con favor tan soberano
ya espera mi fe animosa,
con el título de esposa,
vivir.

CATALIN. Este es vuestro hermano,
adiós.

ESCENA VIII

Sale DON PEDRO *—Dichos*

PEDRO. ¿Pues cómo, señora,
viendo lo que amándoos medro,
os vais?

CATALIN. ¡Oh, infante don Pedro!
Tengo de escribir agora
á Aragon y es fuerza acorte
esta merced, y me parta
adiós.

PEDRO. Si por esa carta

me dejáis, yo pago el porte

(Al entrarse, alcanza los dos tercios del tapiz, la deja caer en el suelo un guante y vase.)

ENRIQUE. El cuándo estoy esperando
que mi esperanza ha de ver
cumplida. ¿Cuándo ha de ser?

CATALIN. Buscad y hallareis el cuándo. *(Vase.)*

ESCENA IX

DON ENRIQUE Y DON PEDRO

ENRIQUE. Un guante se le cayó:
alzarele y gozare
este favor. *(Cógenle los dos.)*

PEDRO. Suéltale,
si no pretendes que yo
suelte el nudo de tu vida

ENRIQUE. No me provoques, Infante;
suelta el guante.

PEDRO. Suelta el guante.

ENRIQUE. ¿Que un parentesco me impida
castigar tal desacato?
Más mi justo enojo crece;
suelta el guante y agradece,
don Pedro, que no te mato.

PEDRO. Suéltale tú, no publique
mi agravio algun hecho cruel,
que te cortaré con él
esa mano, don Enrique.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¿Esto oyendo estoy?

PEDRO. Venga el guante entero ó roto,
que por no hacer alboroto
dándote muerte me voy

(Partese por medio y llévase don Pedro la mitad.)

ESCENA X

DON ENRIQUE

No harás, aunque te dé el viento
alas, que mi amor te sigue,
bárbaro, porque castigue
tu arrogante atrevimiento.
Pero ¿adónde voy, dejando
la dicha que hallar colijo?
La Infanta, al partir, me dijo,
«buscad y hallareis el cuándo».
Ya los ojos van buscando,
como justicia al ladron,
el cuándo; su posesion
verá mi esperanza verde;
porque quien el cuándo pierde
también pierde la ocasión.
Vos, medio guante, habéis sido
de mi naufragio el piloto,
tesoro que en saco roto
mi esperanza ha enriquecido
Pues partido, sois partido
de mi esperado favor,
no sequeis mi dicha en flor;
mas ¡ay de mí! que sospecho
que como estáis tan deshecho
se ha de deshacer mi amor.
Medio guante he granjeado
y no será mal remedio
si por ser medio, es el medio
de mi amoroso cuidado.
mi pr dago desgarrado
de manirroto lo estáis,
mas, no lo sois, pues premiáis
mis amorosos enredos
en vez de manos á dedos,
que á dedos el bien me dais
Si bien en esta ocasion
mil veces dichoso he sido,
pues entre ellos me ha cabido
el dedo del corazon
Bolsa que rompió el ladrón,
sacando lo que tenia,
me pareceis, prenda mia,
ó, segun dejado os han
sois casa, que por San Juan,
la deja el huesped vacia.
Una hermosa mano y palma
fué el alma que el ser os dió;
mas, como cuerpo, os dejo
muerto sin forma y en calma,
pues que sois cuerpo sin alma
quien no os sepulta es cruel,
en mi pecho entrad, que en él
sepulcro os tengo labrado
mas no estáis muerto que ha hallado
una alma, en vos, de papel

(Saca del medio guante la mitad de papel que escribió la Infanta.)

No hay escrito en lo rompido
sino parte de un renglon
¿tuvo mayor confusion
jamás, humano sentido?
Breve la respuesta ha sido
¿Que temeis recelo amante?
Con solo verle delante
sin leerle estoy temiendo
Mas sepamos de este cuando
la respuesta. *(Lee.)* «Nunca, Infante»
¿Nunca, Infante? De esta suerte
la respuesta está aquí escrita
de mi cuidado ¡Ah, letra fiera!
nunca yo llegara á verte
Sentencia de vuestra muerte
es esta, ocasión perdida,
no has apelacion que impida
el nunca que rehusais.
que, porque nunca murais,
un nunca os dan de por vida
Nunca (ruego al cielo santo)
fenezca este nunca eterno,
porque si nunca del infierno
muere el nunca de mi llanto,
nunca se acabe el encanto
que hechiza este nunca cruel,
pues porque nunca haya en él,
sino un nunca que llorar,
nunca tengo de olvidar
el nunca de este papel

ESCENA XI

Sale DON PEDRO *y saca el otro medio guante y medio papel*

Medio guante, en vos elijo
de Salomon la sentencia,
en la civil competencia
de las dos madres y el hijo.
Pues si partir el Infante
mandó, en aquella ocasión,
yo, imitando á Salomón,
el papel partí y el guante.
Mi herencia sois, cara prenda,
pues, al fin de enojos vanos,
Enrique y yo, como hermanos,
hemos partido la hacienda.
Celos me abrasan el pecho
por ver con tanto favor
premiar mi competidor,
pero, yo gozo el provecho.
Que, si por tan vario modo,
la mitad vine á heredar,
seguro podré esperar,
pues llevo la parte, el todo.
A lo demás tengo acción,
pues merecí en mi poder
este papel, que ha de ser
mi carta de obligacion.
Quiero verle, que aunque esté
en dos piezas dividido,
en la que aquí me ha cabido
algunas letras leeré.
Y el temor que me alborota,
con celos que me rodean
las entenderá, aunque sean
razones de carta rota.
Nueve letras solamente
hay en él. ¿Qué es esto cielo?
Cubierta el alma de yelo
peligros que ignora siente.
«Esta noche», y media *O*
mal escrita y destrozada
hay no más, ó es *C* ó no es nada,
rota por medio quedó.
sin duda que no escribió
más al que su amor contrasta
desta noche, que esto basta,
y para mi muerte sobra,
que el amor, puesto por obra
poca retórica gasta
Esta noche hay sólo escrito
en todo ese roto pliego;
mas será el caballo griego
que trae oculto el delito.
Como las letras de Egito,
son las que celoso escucho
que hablan poco y dicen mucho
Letras, ¿qué queréis decir?
Acabad ya de salir
este monstruo con quien lucho
Dirá que esta noche espera
insultos con que amor crece,
y que esta noche le ofrece
aumentar mi pena fiera,
pero, aunque con tal quimera
hace á su amor plato franco,
si Enrique el papel en blanco
llevó, mi dicha se alegra,
porque en esta noche negra
tengo de dejarle en blanco.
Esta noche he de gozar
con nombre y traje fingido
el bien que amor me ha ofrecido
saldrame encuentro este azar.
Una escala he de llevar,
á sus rejas, y el favor
dado á mi competidor
tengo de hurtar disfrazado,
que todo lo que es hurtado
dicen que sabe mejor. (*Vase.*)

ESCENA XII

Salen el REY, DON GONZALO DE ESTREMERA, FERNAN ALONSO *y un* PAJE

REY Don Gonzalo de Estremera,
Fernán Alonso, templad
la lengua mordaz y fiera;
que no sé si es lealtad
el hablar de esa manera
Mirad que no sea pasion
la que os ciega la razon,
no digáis tal de mi primo
don Enrique, que le estimo
como á Infante de Aragon
De mis reinos desterré
á Ruy López, el que fue
objeto de mi favor
un tiempo, y como á traidor
sus estados confisqué;
y advertid que no quisiera
que por tomar del venganza,
en fe de tanta quimera,
del cielo de mi privanza
á tierra por vos cayera.
Pues para que califique
su crédito y le publique
por inocente y leal,
basta que me digais mal
agora de don Enrique.

GONZALO. Vuestra Majestad advierta
que solamente á los dos
decir esto nos despierta
la lealtad, la ley de Dios
y el ser cosa ya tan cierta
En Tordes has entró
un año ha, y con mano armada
de vuestro palacio echó
toda la gente granada,
y luego se apoderó
del Reino y vuestra persona,
llevándoos hasta Escalona,
aunque libre, como presa.
¿No será indicio este exceso
que aspira á vuestra coronar
Si vuestra Alteza no hubiera
de Escalona á Talavera,
y don Alvaro de Luna,
con armas y gente alguna,
al encuentro no os saliera,
¿estábades muy seguro
de alguna urgente desgracia?
Serviros siempre procuro,

en vuestro favor y gracia
estoy, pero conjeturo
de aquí, que ya no se mira
si no es con desprecio ó ira
en palacio la lealtad.
¡Quiera Dios que mi verdad
no se cumpla y sea mentira!
Con la Infanta, mi señora,
celebrar bodas pretende;
como es vuestra sucesora,
porque heredaros entiende,
viendoos sin hijo agora;
y si sus hermanos son
de Navarra y Aragón
reyes, gran señor, ¿quién duda
que pidiéndoles ayuda
nos pongan en confusión?
Con Ruy López se carlea,
que está en Valencia, y desta
volver á la dignidad
que imp dió su deslealtad.

FERNÁN. Vuestra Majestad nos crea;
y, pues la ambición le abrasa,
ponga á sus intentos tasa,
que echándole de Castilla,
asegurará su silla
y echará al ladrón de casa.

REY. Basta; yo de Enrique sé
que es vasallo muy leal
y he examinado su fe.

GONZAL. Señor...

REY. Nadie me hable mal
de él, porque me enojare.
¿Don Diego?

PAJE Señor.

REY (*Aparte.*) Yo quiero
salir contigo á rondar
de mi palacio el terrero,
dando á cuidados lugar;
prevenme un casco de acero,
rodela, capa y espada.

PAJE. ¿Cuándo ha de ser?

REY A la una.
que es hora más sosegada.

PAJE. Voy.

REY. Don Alvaro de Luna
no ha de saber desto nada

(*Vanse el* Rey *y el* Paje.)

ESCENA XIII

DON GONZALO *y* DON FERNÁN ALONSO

GONZAL. Entre tanto que estuviere
este Enrique en la privanza
del Rey, que oirnos no quiere,
la que nuestra industria alcanza
seguridad poca adquiere.
Mas su muerte tengo urdida
si me quieres ayudar.

FERNAN. De ella depende mi vida,
pues, sin él, hemos de estar
libres, no hay temor que imp da
mi ayuda, trázala y muera.

GONZAL. Cada noche á rondar sale
el terrero, donde espera
que la Infanta le regale
con su vista, y de manera
en su esfuerzo se confía
que sin otra compañía
de su secreto y valor
se valen los de su amor,
probemos su valentía.

FERNÁN. Probemos. ¿mas de qué suerte?

GONZAL. Abrazaraste con él
y daréle, que por fuerte
que sea, seguros del
verá en tus brazos su muerte

FERNAN. Vamos, que la noche obscura
con su tiniebla asegura
nuestro intento.

GONZALO. Robles, vamos.
que si al Infante matamos
durará nuestra ventura. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Sale de peregrino SIMÓN VELA *y* DON ENRIQUE

SIMÓN VELA.

Sali, señor, cual digo, de mi tierra,
entrando en Aragón por la montaña
de Jaca, que al francés el paso cierra,
los campos visité, que el Ebro baña
en busca de la Peña que te digo,
y juzgo que he de hallar en vuestra España
En la ciudad de Huesca hablé conmigo
un caballero pobre, y desterrado
por la persecución de un falso amigo;
pidiome con secreto y con cuidado,
pues á Castilla el paso encaminaba,
(de cuyo Rey fué un tiempo gran privado)
si á don Enrique, Infante, en ella hallaba
le diese, sin testigos, este pliego
por la seguridad que en mi llevaba.
Prometílo y partíme, Infante, luego
hasta Valladolid, donde he cumplido
con mi palabra y su amigable ruego.

ENRIQUE.

Contento con su carta he recibido;
que es un gran caballero y gran soldado,
aunque traidores le hayan perseguido,
restaurarle en Castilla he procurado;
mas como el Rey es mozo ha dado orejas
á dos malsines que andan á su lado
Mas no tratando de esto ¿por qué dejas
la hacienda, que me dices que heredaste
y, peregrino, de París te alejas?

SIMON VELA.

Quisieron dar con mi esperanza al traste
nuevos cuidados de insufrible peso,
quisieronme casar, aquesto baste,
de una mujer huyendo el grave peso
vengo cual ves

ENRIQUE

¡Oh, que discreto fuiste!

SIMON VELA.

La patria desprecié por no estar preso

ENRIQUE.

(*Aparte.*) ¡Ojalá yo también hubiera huido
y nunca, el *nunca* de un renglón leyera.

porque nunca viviera aborrecido.
¿Que peña buscas, pues, de esta manera?

SIMÓN VELA.

Una que se intitula la de Francia
y donde mi descanso y paz me espera,
el cielo me promete alta ganancia
y una mujer de célebre renombre,
ejemplo de virtud y de constancia.

ENRIQUE.

Jamás he oido Peña de ese nombre,
ni juzgo yo que la haya en todo el mundo,
ni donde tal mujer merezca un nombre.

SIMÓN VELA.

Con todo eso, en registrar me fundo
á toda España.

ENRIQUE.

En esta villa, donde
tiene su Corte el rey don Juan segundo,
lo sabrás, porque aquí nada se esconde.
Vente conmigo, que eres muy discreto,
pues huyes los peligros.

SIMÓN VELA.

Corresponde
tu valor á tu fama. ¿aquí, en efeto,
sabré lo que deseo y me desvela?

ENRIQUE.

Informarme de todo te prometo.
¿Cómo es tu nombre?

SIMÓN VELA.

El mio es Simon Vela.

ENRIQUE.

Y el mio un hombre á una mujer sujeto,
que con medio renglón me desconsuela.

(Vanse.)

ESCENA XV

Sale la Infanta doña CATALINA *á una ventana, de noche*

Desnudo dios, rapaz invencionero,
¡qué ardides enseñas á un amante!
Tu me enseñaste á hacer que fuese un guante
de mi secreto amor, mudo tercero
Aqui, dudosa, la respuesta espero,
que si escribi «Esta noche ó nunca, Infante»,
es porque amor se goza en un instante,
que tiene la ocasión vuelo ligero.
En esta noche mi amorosa llama,
aunque con la vergüenza y amor lucho,
hará que la honra sufra y amor venza.
Aquesta noche ó nunca pierdo fama,
porque una vez el arriesgarla es mucho,
pero arriesgarla dos poca vergüenza.

ESCENA XVI

Sale don PEDRO *solo y con una escala.*—DICHA.

PEDRO. Hecho me habéis que trasnoche;
cumplid como prometéis,
pepel, pues dicho me habéis
que busque al sol esta noche
¡Cielo, haced mi dicha llana!
Saber si me esperan quiero.

CATALIN. Pasos oigo en el terrero.

PEDRO. Hablar siento en la ventana
¡Oh, mas que dichoso amante!
¿Ah de arriba?

CATALIN. Pensamiento,
albricias de este contento
me pedid. ¿Es el Infante?

PEDRO. Es quien resucita agora;
puesto que estuve difunto.

CATALIN. Si es el Infante pregunto.

PEDRO. El Infante que os adora.

CATALIN. ¿Venis solo?

PEDRO. Acompañado,
más que yo quisiera, estoy.

CATALIN. Mal lo hiciste, yo me voy,
indiscreto habéis andado.
¿A tantos de mi flaqueza
dais parte?

PEDRO. Señora mia,
esperad, que es compañia
que adora vuestra belleza.
Acompáñanme recelos,
sospechas, deseos, temores,
memorias, gozos, favores,
pensamientos y desvelos.
De todos estos soy centro,
más no me contentarán
estas dichas, porque están,
mi Infanta, puertas adentro.
Mas, ¿de qué sirve, mi bien,
que el tiempo gaste en preguntas?
Pues las almas están juntas
juntos los cuerpos estén

CATALIN. Aunque vergüenza y temor
el alma oprimen confusa,
lo que la fama rehusa
hace fácil el amor.
Subid, que es bien; pues él reina,
que á vuestra fe corresponda.

(Empieza á subir.)

ESCENA XVII

Salen el REY *y* don DIEGO, *Paje*

REY. Quiero ver qué gente ronda
á las damas de la Reina;
que entre las cansadas leyes
del Gobierno, y los cuidados,
una es vivir encerrados
en sus palacios los Reyes.
¡Qué buena noche!

PAJE. Excelente,
aunque obscura.

REY. No hay rondantes.

PAJE Valladolid tiene amantes,
no de rejas solamente;
que son amigos de ver
y tras el ver desear,
tras el desear, hablar
y tras hablar, poseer;
y, como las de palacio
dan tan escaso el favor,
no hay en la Corte, señor,

galan que esté tan despacio
Rey. Favores por alambique
para muchos son regalo.

ESCENA XVIII

Salen don Gonzalo y Fernan. Dichos

Fernan. Este ha de ser, don Gonzalo,
el Infante don Enrique
Mientras que con él me abrazo
á darle la muerte llega
Gonzal. Nuestra privanza sosiega
en quitando este embarazo.
Fernan. ¡Dále!
Gonzal. ¡Muera!

(*Abrázase con el Padre y dále don Gonzalo y entrase el Padre herido.*)

Padr. ¡Confesión!
Rey. ¡Ah, gentes sin Dios ni ley!
Gonzal. ¡Muera ese otro!
Rey ¿A vuestro Rey?
¡Ah de mi guarda! ¡Traición!

(*Vase el Rey.*)

ESCENA XIX

Gonzalo y Fernan. *Después* doña Catalina y don Pedro

Gonzal. El golpe habemos errado.
Fernan. Por aquí en palacio entremos,
y en busca del Rey salgamos,
cada cual alborotado,
como que en viene ignorante
de este insulto.
Gonzal. Dices bien.
Fernan. Limpia, pues, la daga y ven.
Gonzal. ¡Que no fuera este el Infante! (*Vanse.*)
Pedro Perdonad, señora mia,
que el Rey ha pedido ayuda
y es bien que á darsela acuda
Catal. (¿Mas si es el Rey?
Pedro. Si sería,
que en la voz le conocí
Catalin Vuestra vida el cielo guarde
Pedro. ¿He de volver hoy?
Catalin Ya es tarde;
adiós.
Pedro. ¿Y mañana?
Catalin Sí;
mas no, que he de ser constante
y pues pasar has dejado
esta ocasion, ya ha llegado
desta noche el nunca, Infante.

(*Vase y dejase colgando la escala.*)

ESCENA XX

Salen el Infante don Enrique y Simon Vela

Enrique. Tengote tanta aficion,
desde que se que dejaste

(1) En el original y en el manuscrito todo esto lo dice D. Pedro, pero del contexto parece deducirse que habia recibido la Infanta. El impresor del siglo XVIII tambien está errado.

riesgos que, huyendo, excusaste
de una mujer, que en razon
de venir Simon conmigo,
puesto que lo has escuchado
ya que mi amor te he contado
vengo seguro contigo.
¿Que he de hacer?
Simón Volver en ti
y advertir que una mujer,
en materias de querer
en el no disfraza el sí,
y el roto papel señala
que hubo engaño manifiesto
en tu sospecha.
Enrique. ¿Qué es esto?
¡Ay, cielo!
Simon. Esta es una escala.
Enrique. ¿Escala? Mirala bien.
Simón Escala es.
Enrique. ¡Jesús, mil veces!
¡Jesus!
Simón Si vida apeteces
huye riesgos, y harás bien,
De este modo amor regala.
Enrique. ¡Ah, cruel! ¿Es bien que así
el nunca me des á mí
y á mi enemigo la escala?
¿Otro hombre admite tu sala?
¡Fuera vida, seso fuera!
porque primero que muera
pueda hablar con claridad.
publiquemos la verdad
pues estoy en la escalera
Pecheros del ciego amor
si qu etud queréis tener
no améis mas, pues la mujer
consiente escalar su honor,
huid de la que es mejor,
porque sólo tiene asiento
su firmeza sobre el viento,
ejemplo bastante os doy,
pues, para el paso en que estoy,
que ni me engaño, ni os miento.

(*Tiene en la mano el remate de la escala.*)

¡Que en tan quebradizos vasos
la honra guardada esté,
porque al primer puntapié
se caiga! ¡Ah, bienes escasos,
escala vil! Estos pasos,
pasos de mi muerte son,
y pues los pies de un ladron,
¡cielos! tales pasos dan,
en estos pasos están
los pasos de mi pasión.

ESCENA XXI

Salen el Rey, don Gonzalo, Fernan Alonso *gente y hachas*. Dicho

Gonzalo.

Ninguno pudo ser, sino el Infante,
el agresor, invicto Rey; adviérte
lo que te dije ayer, y que es amante
de la Infanta, y desea sucederte
Información daré de esto bastante.

FERNAN ALONSO.

Si no fuere verdad, danos la muerte.

GONZALO

Ayer con cartas de Rui López, vino
un frances, disfrazado en peregrino,
quien á tu paje echo, señor, los brazos
creyendo ser el Rey, y paso el pecho.
¿Quien duda que quitar los embarazos
quiso de su ambicion y vil provecho?

FERNAN ALONSO.

¿Qu en se atreve á su Rey á hacer pedazos
sino quien ser rey quiere?

REY.

Ya sospecho
que la verdad me dices: en un cadahalso
pagaras tu traicion, Enrique falso.
¿Que gente es esta?

ENRIQUE.

Soy quien no quisiera
tener ser, por no ser tan desdichado.

GONZALO.

Don Enrique es

REY

Prendeldo.

ENRIQUE.

¿Por qué? Espera.

REY.

¡Ah, lobo en piel de tigre disfrazado!
El preguntar por que de esa manera
ya se que es por venir disimulado
á encubrir tu traicion: ya lo se todo

ENRIQUE.

¿Qué sabes? ¿Como me hablas de ese modo?

REY.

Prendeldo.

ENRIQUE.

Si la Infanta ha sido mala,
¿que culpa tengo yo que no te ofenda?
Informate quien es el que á su sala
subio por esa escala que estás viendo

REY

¿Escala, cielos? ¡Ah traidor! ¿Escala
en mi palacio? Aleve, ya te entiendo.
No eches la culpa á nadie, que tu has sido
que en mi palacio escala, y me ha ofendido.
Las armas le quitad.

ESCENA XXII

Salen los PEDRO *—Dichos*

PEDRO.

Por ver si puedo
la escala descolgar, que dejé en vano,
vuelvo al terrero.

ENRIQUE.

¡Bueno, cielos, quedo!

GONZALO.

Este es don Pedro, del Maestre hermano

REY.

Pues prendeldo también.

ENRIQUE.

De tanto enredo,
la causa son traidores.

REY.

¡Ah tirano!

FERNAN ALONSO.

Don Pedro, dad las armas.

PEDRO.

¿Quién me prende?

FERNAN ALONSO.

El Rey.

PEDRO.

¿El Rey? ¿En que de mi se ofende?

REY.

En que os haceis tambien, don Pedro, complice
en los insultos del hermano vuestro.

PEDRO.

Poderoso señor, ¿que insultos?

REY.

Basta;
miraldes los papeles que traen, que ellos
declararan lo que Ruy Lopez Davalos
les escribe en ofensa de mi vida.

PEDRO.

¿De tu vida, señor? ¡Primero el cielo..

ENRIQUE.

¡Ah traidor! Poco á poco vas echando
de Castilla á los buenos, que eres malo,
y temes no cast guen tus traiciones

(*Mira de o Gonzalo las faltr queras á don Enrique y* Fernan Alonso *á don Pedro, y sacando los medios papeles*)

FERNAN ALONSO.

Don Pedro tiene aquí medio billete.

GONZALO.

Y otro medio el Maestre don Enrique

REY.

Cifras deben de ser con que se entienden.
Dadlos acá, la letra es una misma
y en un solo renglon dicen sus partes
(*Lee*) «Aquesta noche ó nunca, Infante »

GONZALO.

¿Veslo?
La muerte, por alzarse con Castilla
te concertaron dar en esta noche,
y por esa ocasion te acometieron
matandote á tu paje.

REY.

¡Ah, cielos santos,
que no sufris traiciones! Esta noche

me libro mi inocencia de la muerte
De Ruí López serán estos consejos,
por volver á Castilla.

ENRIQUE.

¿Hay tal desdicha?

SIMÓN VELA.

¿Hay lástima mayor?

REY.

Llevaldos presos.

PEDRO.

Advierte, gran señor...

REY.

Y á ese criado
que traen consigo, le pondreis al punto
á cuestión de tormento, porque diga
la verdad de este insulto.

SIMÓN VELA.

¿A mí?

REY.

Llevalde.

SIMÓN VELA.

El cielo ampare mi inocente vida.

REY.

Esté también mi loca hermana presa,
con gentes en su cuarto que la guarden.

ENRIQUE.

¡Ea, venid de golpe, males fieros!
Mas ¿qué no hará un traidor de un rey privado?

PEDRO.

¡Qué buen suceso tuvo mi amor loco!

REY.

¡Ah, traidores infantes!

FERNAN.

Bien se ha hecho.

GONZALO.

Desde hoy verás crecer nuestro provecho.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen don Gonzalo y don Pedro, como preso

GONZAL. El buen fin de este suceso
os será muy importante
si haceis lo que os digo, Infante.
Dos meses ha que estais preso,
sin dejar que os comunique
vuestro hermano su pasion,
porque en diversa prision
tiene el Rey á don Enrique
La Infanta ama á vuestro hermano
con voluntad excesiva,
y mientras Enrique viva
la pretenderéis en vano.
romped parentesco y ley,
que á esto obliga el ser amante,
atropellad al Infante,
decidle, don Pedro, al Rey
que darle la muerte quiso
cuando al paje le mató,
y que de este caso os dió
en aquel billete aviso;
y afeando la maldad
de tan bárbaro remedio
os rompio el papel por medio
y se llevó la mitad;
que él aquella escala puso
para alcanzar á la Infanta,
cuando con locura tanta
á matarle se dispuso,
que con Ruí Lopez concierta
por cartas, esta traicion,
y en fin, que su pretension
hubiera salido cierta,
si el cielo no le librara
aquella noche de muerte,
y, que el hablar de esta suerte
es por ser verdad tan clara.
Sabrá el Rey que le servis,
y yo, entonces, os prometo
de trazar que tenga efecto
la esperanza en que vivis.
De don Alvaro de Luna
gozo toda la privanza,
yo, vos sabéis lo que alcanza
con ellos dos mi fortuna.
Libradme vos de esta pena,
que, en fe de ventura tanta,
yo haré que os den á la Infanta
y el Estado de Villena
Determinaos brevemente,
y advertid que si perdeis
un hermano, cobrarés
honra, estado y juntamente
un amigo que os convida
en la ocasión, que os advierte,
si no lo hacéis, con la muerte,
y si lo hacéis, con la vida. (Vase

DON PEDRO

¡Consejo riguroso, val acuerdo!
¡Traidor!, vencerme intentas, pero en vano,
mucho gano si esposa y vida gano,
mucho pierdo si rey y hermano pierdo.
Dejar esta ocasión no es de hombre cuerdo
locura es ser traidor contra mi hermano
¡Oh extraña confusion, oh amor tirano!
duermes al honor y á la pasion recuerdo.
Mucho puede un traidor que manda y p
mucho el amor con que combato y lucho,
mucho la sangre en que mi falta estriba,
mucho todo Mas ¡ay de mí! que escucho
decir que vence amor, pues amor viva,
que todo es poco cuando amor es mucho.
(Vase

ESCENA II

La Infanta doña Catalina y Padilla

CATALIN. El Rey es mozo y da oidos
á los dañosos consejos
de los traidores lisgidos,
en años y engaños viejos,
y por eso son recios;
y quiera Dios que no den
con el reino algun vaven,
que quien los nobles destierra
hacer quiere á la paz, guerra.

PADILLA. Dices, gran señora, bien.

CATALIN. ¿Que dirá el Rey de Aragón
y el de Navarra, Padilla,
viendo á su hermano en prision,
y que así el Rey de Castilla
le atraviesa tal traicion?
¿Entiende que los soldados
de sus castillos dorados
(cuando á tantos hace injuria)
le han de librar de la furia
de dos reyes agraviados?
¿Entiende que no se ofende
el cielo de los juramentos
con que sin culpa me prende?
Mas, quien trata con traidores,
traiciones solas entiende.
Estoy, Padilla, sin seso.

PADILLA. La Reina doña María
¿qué dice, que siente de eso?

CATALIN. Viendo con la tiranía
que al infante tienen preso,
sientelo como muger
mas no pudiendo vencer
del Rey injustos enojos,
todo lo libra en los ojos.

PADILLA. ¿Que de un traidor el poder
llegue á tanto!

CATALIN. ¿Qué se suena
de don Pedro?

PADILLA. Que saldrá
Libre y Marques de Villena.

CATALIN. ¿Marqués de Villena ya?
Alguna traicion se ordena.

PADILLA. Hace por él don Gonzalo.

CATALIN. De esa suerte va igualo
con él, porque es un traidor
de don Pedro es valedor,
no es por bueno, mas por malo.
Mas vaya traza que he dado
la razon á cielo cierta,
poco valdrá su cuidado,
que, para que abra la puerta
de la prision, tengo hallado
un medio. Pero el secreto
ya sabes que.

PADILLA. Yo prometo
guardarle como hasta aquí.

CATALIN. Sí, haras, porque tengo en tí
un confidente discreto.
Llama á Benavides, pues,
que es de quien se fia el Infante,
y sabrás esto despues.
Mas ya le tengo delante.

ESCENA III

Sale Benavides. —Dicha.

BENAVID. Beso, señora, tus pies.

CATALIN. ¿Pues como te ha sucedido?

BENAVID. Del modo que lo has pedido
al cielo.

CATALIN. ¿De qué manera?

BENAVID. Llevé un pedazo de cera,
y cuando hallé entretenido
al tal Alcaide (jugando
con otros) como que allí
su juego estaba mirando,
cuatro llaves imprimí
que en la cinta hasle colgando,
y el oro las contrahizo
á pedir de boca.

CATALIN. Bien.

BENAVID. El interés es hechizo
de todo bárbaro.

CATALIN. Ven
que tu ingenio solenizo.
Trazas me ofrece el amor
con que de mi Enrique impida
el peligro y el temor,
que no han de ofender su vida
un Rey mozo, y un traidor. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Salen don Pedro, *libre, el* Rey, don Gonzalo y Fernan Alonso de Robles

REY Libre vos, don Pedro, desde hoy
muestras y señales halló
de un leal y fiel vasallo.

PEDRO. A tus pies humilde estoy

REY Gozad en parte de pago
el Estado de Villena,
que de á don Enrique pena,
que el Maestrazgo de Santiago
os diera también, á estar
en mi mano, mas después
que en el Convento de Uclés
los Treces haga juntar
y algunos Comendadores,
les diré, que será bien
que este ilustre cargo os den,
pues los merecéis mayores
Don Alvaro el Condestable,
primo, se os ha de oponer,
y seréis cuerdo en temer
competidor tan notable;
pero, si de mano os gana
el Maestrazgo, yo os prometo
de hacer como llegue á efeto
el casaros con mi hermana.

PEDRO Mil veces estos pies beso.
(*Aparte.*) Traidor he sido, mal hago:
Mas si me han de dar tal pago
como el que agora interesso,
y á la hermosa Infanta gano,
perdone el mundo mi error,
que por comprar tal favor
poco es vender á un hermano.
(*A los dos traidores.*)

REY Bien me habéis aconsejado;

y aunque la paga sea poca,
don Gonzalo goce á Coca,
que es un lugar del Estado
de don Enrique.

GONZAL. Esas plantas
sellen mis labios mil veces,
pues como yedra engrandeces
la humildad que en mí levantas.

REY. A Fernán de Robles doy
también la villa de Arnedo.

FERNÁN. Beso tus pies.

REY. Aún no quedo
contento.

FERNÁN. Tu hechura soy.

REY. El Rey don Alfonso el quinto
de Portugal viene á verme,
que quiere satisfacerme
sobre si es ó no distinto
su oriental descubrimiento,
del mío, en el nuevo mundo.
En Salamanca me fundo
hacerle el recibimiento.
Lleven preso allá al Infante;
porque en presencia del Rey,
con el rigor de la ley
le dé el castigo bastante
y pidan satisfacción
sus hermanos, que las barras
y las cadenas navarras
temblarán de mi león. *(Vase el Rey.)*

GONZALO. Por mi consejo, don Pedro,
está silbre y sois Marqués,
y la Infanta, antes de un mes
será vuestra.

PEDRO. Por vos medro.

FERNÁN. El Rey don Juan el segundo
su Real palabra empeño.

PEDRO. Vendere por ella yo
no á un hermano, á todo el mundo.
(Vanse.)

ESCENA V

Sale DON ENRIQUE, *preso, y una* GUARDA.

ENRIQUE. ¿Amor de la Infanta ha hecho
traidor á mi hermano?

GUARDA. Sí,
que el Rey se le da.

ENRIQUE. Perdí
el bien que alentó mi pecho.
¿Que, en fin, mi hermano es privado
del Rey? ¿Que su amigo es?

GUARDA. Y de Villena Marqués
porque todo vuestro estado,
ha dividido con él,
con Estremera y con Robles.

ENRIQUE. Podrá el Rey hacerlos nobles,
pero á nadie dellos fiel.
¿Hay más de nuevo?

GUARDA. Más.

ENRIQUE. Pues
dilo, no tengas temor.

GUARDA. El Comendador mayor
ha convocado en Uclés
capítulo, como es ley,
que, como os da por desleal
contra la Corona Real
y os priva de todo el Rey,
quiere que el Gran Maestre;
y don Alvaro de Luna
lo será, sin duda alguna.

ENRIQUE. Con él su privanza muestre,
enrisque más su subida,
será más terrible el salto
que, á no estar Faetón tan alto,
no diera tan gran caída.

GUARDA. Mándanme que os notifique
que la Cruz roja os quitéis
y que al Convento la enviéis
de Uclés, señor don Enrique,
para que libres estén
del homenaje que os dieron
el día que os eligieron.

ENRIQUE. ¿La cruz me quita? Hace bien
¡Cruz del Patrón español,
del alarbe noble estrago,
(Vase la quitando.)
Cruz del Apóstol Santiago
y de mis tinieblas sol,
pesar de dejaros siento,
mas, pues que de vos me quitan
conmigo, sin duda imitan,
de Cristo el descendimiento!
A imitarle me apercibo,
aunque á Cristo, si lo advierto,
quitáronle de vos, muerto,
y á mí, en fin, me quitan vivo.
Pero, señales son estas
que estoy cerca de acabarme,
pues para crucificarme
me quitan la cruz de á cuestas.
Dásela á los que en pasiones
y envidias triunfaron ya,
que, muy bien parecerá
la cruz entre dos ladrones.
(Besala y ponela sobre una calzada; vase la Guarda.)
y, déjame agora un poco
á solas.

GUARDA. Infante, adiós. *(Vase.)*

ESCENA VI

DON ENRIQUE.

Hagamos cuenta con vos,
antes que me vuelva loco,
alma, que aunque me veis cuerdo
en sufrir y en padecer
ya no tengo que perder
si acaso el sexo no pierdo.
Ni mi peligro me espanta
ni que traidor me haya sido
don Pedro, á su amor rendido.
Mas, que mi mudable Infanta
se me mostrase cruel
y premiase el rendimiento
de mi enemigo, está siento,
pero no que aquel papel
que vino dentro del guante,
aunque cierto, lisongero,
decía, leído entero,
«Esta noche o nunca Infante»

El Rey así lo llevó
aunque el misterio no supo,
el «nunca Infante» me cupo,
pues ¿por qué la culpo yo?
Mas que ligo así una escala
pendiente á sus rejas vi?
si la admitió contra mí
su insulto en ella señala.
¿Mas, si don Pedro la puso,
porque en el papel leyó
«esta noche»? Sí, mas no:
dejadme temor confuso,
que prisiones tan estrechas
no me dan tantos cuidados
como los grillos pesados
de celos y de sospechas.

ESCENA VII

El Alcaide, Benavides y Padilla.—Dicho.

BENAVIDES.

Ea, que ya pecáis de muy curioso;
¿no basta, que no hay vez que entre en la cárcel
que no me miren todos los vestidos,
sino que hasta la cena, que al Infante
traigo, me registréis?

ALCAIDE.

Este es mi oficio
y cumplo el orden que me tienen dado.

BENAVIDES.

Sí, pero más templado.

ENRIQUE.

Ola ¿qué es esto?

BENAVIDES.

El alcaide es, señor, que hasta los platos
me examina, por ver si traigo entre ellos
instrumentos, papeles ó quimeras,
que sueña con que rompas las prisiones,
hasta quitar la tapa de un conejo
que te traigo empanado.

ALCAIDE.

Benavides,
esta es orden del Rey.

ENRIQUE.

Y es justa cosa
hacer, Alcaide, lo que el Rey os manda.
Miraldo todo y registrad mi pecho,
que yo sé que no hallaréis en él afecto
menos que de leal y fiel vasallo.
Ojalá que también fueran visibles
los pensamientos que á mi Rey adulan,
saliera yo leal y ellos traidores.

ALCAIDE.

Para mí, gran Maestre, eso es sin duda,
pero es fuerza cumplir con lo que ordena
el Rey.

ENRIQUE.

Andad; haced lo y no os de pena.

(Vase el Alcaide.)

ESCENA VIII

Dichos, menos el Alcaide.

BENAVID. Ya es hora, señor, que cenes.
ENRIQUE. No de manjar hagas cuenta,
que el alma que se sustenta
con pesares y desdenes,
al cuerpo ha dado alimento,
de recelos y pesar,
ya no admitiré manjar
que no le guise el tormento.

(Sacando la mesa puesta.)

Padilla, ¿aquí estás? Perdona,
que quien todo es frenesí
aun no se conoce á sí,
¿qué hará con otra persona?
Sirves, en fin, á la Infanta
y debiera hacer estima
de ti.

PADILLA. Y ella se lastima
de tus riesgos.

ENRIQUE. Canta, canta.

PADILLA. ¿Qué quieres?

ENRIQUE. Algo que sea
congojoso.

PADILLA. ¿Para qué?

ENRIQUE. Estoilo yo y gustaré
de tonos de mi librea.

(Padilla canta y cena el Infante.)

PADILLA.

«Fernán González, Conde perseguido,
asombro del Alarbe, estaba preso
en León, por la envidia, cuyo peso
el más firme valor tiene oprimido.
Pero su esposa, que contra el olvido
en bronce su renombre dejó impreso
la libertad le dió (notable exceso)
trocando con el Conde su vestido.
Durará eternamente lealtad tanta
en cuantas partes se despeña Febo,
porque en su luz su amor se comunique,
á no tener Castilla hoy otra Infanta
que con traza ingeniosa y amor nuevo
la libertad franquea á don Enrique.

ENRIQUE. ¿Libre yo? ¿Cómo lo sabes?
PADILLA. El cómo y el cuándo dejo
remitido á ese conejo?
ENRIQUE. ¡Jesús! ¿qué es esto?
BENAVID. Dos llaves
y una carta.
ENRIQUE. ¿Qué invención
me traes aquí Benavides?
BENAVID. Si al ingenio el amor mides,
llaves son de la prisión,
que para poder librarte
te envía la Infanta.
ENRIQUE. ¡Cielo!
que estoy soñando recelo.
PADILLA. La vida á venido á darte
quien te dió en su amor lugar.
ENRIQUE. Ya es dichosa mi prisión,
pues por ella la afición
conozco que he de adorar.
Padilla, ¿qué? ¿las envía
la Infanta?

PADILLA. Ella fué la autora
deste ardid.
ENRIQUE. Y será autora
que á mis penas traiga el dia. *(Papel.)*
(Lee.) «Aunque mi vida en tu ausencia
será muerte, por no verte
sin vida, elijo la muerte
que te no sin tu presencia.
Huye, Enrique, la violencia
de un lisonjero cobarde,
que haciendo engaños alarde,
inventa traiciones nuevas,
contigo el alma me llevas
muerta quedo. Dios te guarde».
(Habla.) Solo con mudo silencio
estime el alma este bien,
que con razones no es bien
si impos bles reverencio.
BENAVID. La ocasion insta, dejemos
palabras que hiperbolizas
las dos llaves son hechizas,
su favor aprovechemos
cuando se duerma la gente.
ENRIQUE. Simon Vela ¿no podrá
salir conmigo?
BENAVID. Será
ponerte á riesgo evidente,
porque un triste calabozo
tu favor hace imposible,
es el Alcalde terrible
y extranjero el pobre mozo.
ENRIQUE. Líbrele el cielo, pues yo
no puedo.
PADILLA. Mira por ti,
y harás harto.
ENRIQUE. Amigo, di
á la Infanta, que salió
como el sol tras los nublados,
que venció su claridad,
como á darme libertad
á desmentir mis cuidados,
que en bronces de duracion
eterna, ha dejado impreso
el favor que la confieso.
BENAVID. ¿Piensas partirte á Aragon?
ENRIQUE. No, amigo, que determino
desmentir las diligencias
que han de intentar las violencias
traidoras. Mejor camino
juzgo que es, por despoblados,
el guiar á Portugal.
PADILLA. Su Rey es, señor, tu tio.
ENRIQUE. Vivir á su sombra fio
mientras el riesgo mortal
en que traidores me han puesto
durare.
BENAVID. Si el de Aragon
sabe tu persecucion
el pondrá remedio presto.
PADILLA. Sal con recato y cautela.
(Cubren la mesa.)
ENRIQUE. ¡Ah cielos, si en dicha tanta,
pudiera llevar la Infanta
y librar á Simon Vela! *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen el INFANTA DON PEDRO, DON GONZALO Y FERNAN ROBLES, *como de noche.* DON ENRIQUE *encubierto.*

GONZALO. Muy en la memoria tiene
el Rey lo que os prometió.
PEDRO. Es Rey, en fin.
GONZAL. Juzgo yo
que si á la Infanta entretiene,
es por partirse mañana
á Salamanca, y quedá,
Marqués, que os casi sé allá,
porque va con él su hermana
y puesto que no la ha dado
noticia de esto, barrunto
que quiere que vaya junto
el saberlo y darla estado.
PEDRO. Con esos dulces engaños
alivio melancolías,
juzgando las horas dias,
midiendo las horas años.
GONZAL. Siempre el esperar fué malo.
PEDRO. Don Gonzalo de Extremera,
quien espera, desespera.
(Don Enrique, rebozado.)
ENRIQUE. Nombrar oí á don Gonzalo
el amor que me encamina
como á su esfera, al terrero
me manda que hable primero
á mi doña Catalina.
Mas hanme estorbado el paso
traidores que me han vendido.
PEDRO. Ya los dos habeis sabido
que en sus amores me abraso.
Si no es la Infanta mi esposa
mataréme ¡vive Dios!
ENRIQUE. Este es mi hermano y los dos
traidores. Infiel cosa
me parece acometellos.
FERNAN. Otro rondante ha venido.
ENRIQUE. ¡Animo! Ya me han sentido,
solo estoy ¡venganza! ¡ellos!
¡Haga aquí mi esfuerzo alarde!
PEDRO. Reconozcamos quien es.
ENRIQUE. Traidores son todos tres,
y el traidor siempre es cobarde.
PEDRO. ¿Quién es?
ENRIQUE. Un hombre que viene
con solamente una cara.
FERNAN. Seña es singular y clara.
ENRIQUE. Hay algunos que dos tienen
y en prueba de su interes
conozco tres hombres yo
en quien la traicion pintó
seis caras, aunque son tres.
GONZAL. Algun loco debe ser.
FERNAN. No hagáis caso del, dejalde.
PEDRO. Diga quien es, ó matalde.
ENRIQUE. Soy, si lo quereis saber
un hombre que á vuestra tienda,
donde vive el interes,
viene á comprar de los tres
su lealtad, si hay quien la venda.
PEDRO. ¿Que dices, hombre?
ENRIQUE. Esto es dan
todos tres dais en vender.

y aun yo sé de un mercader
que puso en venta á su hermano.
Mas, disculpale el amor.

PEDRO. ¡Mentes!

ENRIQUE. ¡Bueno el mentís es!
¿Luego no sois vos, Marqués,
marcado ya por traidor?

PEDRO. ¡Muera!

TODOS. ¡Muera!

ENRIQUE. ¡Aduladores!
llegad, que aunque es desigual
el número, el que es leal
vale más que mil traidores.

FERNAN. ¡Muerto soy! *(Cae dentro.)*

ENRIQUE. Un traidor menos
tiene ya España.

GONZAL. El huir
es fuerza, por no morir. *(Vase.)*

ENRIQUE. Esperad, vasallos buenos.

PEDRO. La espada se me ha caído,
¿que es esto, fortuna airada?
(Cogela don Enrique.)

ENRIQUE. No es mucho perder la espada
quien su lealtad ha perdido.
Castigarete, villano,
con privarte de las armas,
que pues de traiciones te armas
y vendes tu mismo hermano,
la espada te es escusada,
que, quien se ocupa en vender
las tierras, no ha menester
para tal oficio espada. *(Vase.)*

PEDRO. De colera quedo loco.
¿Tal afrenta he de escuchar?
Mas, pues fui traidor, callar,
que todo este oprobio es poco.
El que vive de esta suerte
á morir mal se convida,
que siempre á una mala vida
se sigue una mala muerte. *(Vase.)*

ESCENA X

Sale Simón Vela, alborotado, siguiendo una Voz que dentro se habla en diversas partes.

SIMÓN. Voz extraña y peregrina,
tu presencia me consuele;
sino es que mi muerte vele
¿ya que he de velar?

VOZ. Camina,
por la parte que me escuchas
y saldrás de esa prisión.

SIMÓN. Para un miserable son,
voz santa, estas dichas muchas.
Solo oigo la consonancia
de tu voz y no te veo.

VOZ. Para cumplir tu deseo
busca la Peña de Francia;
que el cielo, con mano franca,
mil venturas te promete.

SIMÓN. ¿Pues donde la hallaré?

VOZ. Vete,
Simón Vela, á Salamanca.

SIMÓN. Pues de este riesgo cruel
me libras, voz, y me guías,
llámeme el mundo Tobías,
llamarete mi Rafael. *(Vase.)*

ESCENA XI

Habrá unas peñas lo más altas y ásperas que se pudiere y en lo enriscado de ellas saldrá Cardenoso, pastor, dando voces. Después Tirso, Doringo, Payo, Crespo y Martín.

CARD. ¡Ah, chivato! Verá el diabro
que dello que se encaramá.
¡Ruchoo, manchado, á la rama!
Eso sí, huir, ¡por San Pablo!
que si desato la honda
que yo haga que bajeis.
¡Rucho, ah! ¿Qué, no queréis?
¿pues que llamaros no honda?
pues aguardad, cabra roin,
(Tira con la honda.)
y ahorraremos de trabajo.

(Vienen bajando por la otra parte de las peñas, Tirso, Doringo, Payo y Martín, serranos.)

TIRSO. Crespo, Cardeneno, á lo bajo;
Damor, Doringo, Martín,
á lo bajo.

DORINGO. Sancho, Payo,
bajad ya, si heis de escoger
el que esta vez ha de ser
quien ha de cortar el mayo.

PAYO. ¡Bueno va, gritar y dalle
tiesos tenes los gargueros!

TIRSO. ¡A lo bajo carboneros!

TODOS. ¡A lo bajo, al valle, al valle!
(Bajan todos.)

DORINGO. Anda, Tirso, que á Melisa
el mayo has hoy de cortar.

PAYO. Sí, habíale de llevar
Tirso, bueno.

CARD. Andar á prisa.

PAYO. Si á mí me tocase el mayo
dichosa será Teruela.

MARTÍN. Buen cuidado vos desvela,
¿mas que no le llevais, Payo?

PAYO. ¿Mas que me toca, Martín?

MARTÍN. Apostemos la pollina.

PAYO. Cuál ¿la rucia o la mohina?

MARTÍN. La rucia y vueso mastín.

PAYO. No chero apuestas con vos.

CARD. Salve y guarde, buena gente.

TIRSO. Ea, cada cual se asiente.

CARD. ¿Tirso acá? Mantengaos Dios.
(Siéntanse en corro.)
¿Hase hecho mucho carbón?

CRESPO. De cargar seis carros vengo
de encina.

PAYO. De brezo tengo
un razonable montón;
pero parece de encina
según recocido está.

DORINGO. Eso á Salamanca irá.

PAYO. Sí, pero no tan ahina
que tengo dos bueyes malos.

TIRSO. Y yo echados á perder
dos carros.

MARTÍN. No hay son poner
ruedas, estacas y palos,
que allá ganaréis el dobre,
porque aquellos escolares
compran costales á pares

de encina y tambien de robre.
PAYO. Sí, allá no faltan dineros;
pero bien se satisfacen
con las burlas que nos hacen
á los pobres carboneros.
CARD. ¡Oh, qué bravo pescozón
me dió uno en el mercado
á voto jueves pasado!
DORIN. ¿Como?
CARD. Vendiendo carbón,
llegó un escolar ro n,
y los ojos levantando,
como que estaba mirando
la torre de San Martin,
á decir, gritando, empieza:
¡Que se cae la torre al suelo!
Yo, que estaba sin recelo,
alzo, á verla, la cabeza
arriba, y á mala vez
que la acé, me sacudió
un pasa acá, que me echo
al colodrillo la nuez.
CRESPO. Pues si yo á decir empiezo
mis burlas, no acabarán.
DORIN. ¡Huego de San Cebrián
los abrase!
CRESPO. En el pescuezo
me metieron dos avispas
que aun me duran los ronchones.
TIRSO. Malos son los avispones
DORIN. ¡Ah herrero que echa chispas!
MARTÍN. ¿Quien ha de cortar el mayo
para prantarle en la alberca,
nuevo pueblo, que se acerca
el primero dia?
PAYO. ¿Quién? Payo.
CRESPO. ¡Mas nonada!
PAYO. Para vos.
CARD. Yo le tengo de llevar.
PAYO. Crespo, ¿hemos de comenzar?
DORINGO. Presto os quedarán los dos.
Echad suertes.
TIRSO. Buena traza.
MARTÍN. Eso es ahorrar de renchla.
CARD. Si el Mayo llevo á Belalia
le he de prantar en la plaza
y mas calla, de suerte
que no se ose el sacristén
competilla.
PAYO ¿Cantáis bien?
CARD. Tengo el chorro claro y fuerte.
DORINGO. Cada cual meta un bastón
en mi carapaza luego.
TIRSO. Si el Mayo saco, un borrego
le presento á San Antón
CARD. Este encarnado, me dió
Belalia.
CARD. A mi este pajizo,
Gila.
TIRSO. Buen regalo os hizo;
del legazo se quitó
este azul, Melisa hermosa.
(Van echando cada cual su tarjeta en la caperuza.)
PAYO. Huérfalo si no afeara
con tanta peca la cara;
pero peca de pecosa.
TIRSO. Y aun de facil
PAYO. Este verde,
me dió Teresa.
MARTÍN. Y á mi
Luis, este carmesí.
CARD. Ya por vuestro amor se pierde
DORINGO. Todos están dentro ya.
quiero revolverlos bien
TIRSO ¿Quien ha de sacarlos?
DORINGO. ¿Quién?
Cardencho los sacará,
que es simple
CARD. No os de fatiga.
DORINGO. El primero que saliere
le lleve
TIRSO. A quien Dios le diere
San Pedro se le bendiga.
(Saca el azul Cardencho)
DORINGO. El azul salió
TIRSO. Melisa
se lleva el Mayo.
PAYO A pesar.
DORINGO ¿De dó le cuadrás cortar?
TIRSO. Mirándose está en la rosa
de ese rio, que de Francia
se nombra, un alamo blanco,
y un tronco me ofrece franco
para el Mayo, de importancia.
Crespo, trocando por él
me le podrás desgajar
CARD. ¡Que le hubiese de llevar
Tirso! ¡Voto al sol cruel,
que he de cortar otro yo,
y á las puertas de Belalia
le he de hincar!
DORINGO. En una valla
no ha de haber si un Mayo.
MARTÍN. No
CARD. Dérale la capa parda
de los dasantos por él.
PAYO. ¿La capa?
CARD La de buriel
TIRSO. ¿Y qué os pondreis?
CARD. Una alabarda
MARTÍN El álamo está muy alto,
¿hes de poderle trepar?
CARD. Dejadme vos desnudar,
veréis cuan ligero salto.
DORINGO. ¿Pues aquí os dejais el sayo?
CARD. Quedo sobre mi camisa
TIRSO. ¡Que alegre ha de estar Melisa
viendo á sus puertas el Mayo
(Dejan el sayo allí y vanse.)

ESCENA XII

Sale don Enrique

De Ciudad Rodrigo huyendo
he venido hoy hasta aquí,
porque en sus plazas oí
el pregon que estoy temiendo.
Pena tiene de la vida
que en no me entregare al Rey
ó el que quebrando esta ley
me diere hospicio y comida,
mil ducados por mi dan

y mi vida puesta en precio
alborota al vulgo necio.
Terribles peñas están
por aquí, riscos groseros,
buscando los hombres andan
mi vida, y no os alcanzan,
como á todos, los dineros,
amparadme, pues tocáis
con vuestras cimas al cielo.
Si de vuestro altivo vuelo
su piedad participáis,
aquí en vuestra compañía
podrá vivir mi lealtad,
que la llaneza y verdad
en los desiertos se cría.
Mas, válgame Dios, ¿qué es esto?
mi pensamiento fue error,
el vestido de un pastor
delante el cielo me ha puesto;
en cuanto la vista alcanza
no hay humano por aquí,
fortuna, al hallarme así
vuelve á alentar mi esperanza.
Por este quiero trocarle,
mas, mi parecer no es bueno,
que á quien se viste de ajeno
le desnudan en la calle.
No sé el consejo que elija.

ESCENA XIII

Por lo más alto bajan el CONDE DE URGEL, *muy viejo, en traje de carbonero, y* ELVIRA, *de serrana, como andan en la Peña de Francia.—Dicen.*

CONDE. Baja con tiento la peña
que voy á hacer partir leña
para hacer el carbón, hija:
si bien dejar tu presencia
me obliga á que reverendo
el alma que palpitando
la da aliento tu asistencia,
más es muerte, prenda mía
en el camino te aguardo
no vuelvas con paso tardo,
que sin tu, la sangre fría
rematará mi vejez
que ya no es más que un desmayo.

ELVIRA. En habiendo visto el Mayo
no más, padre, de una vez,
que pulen los carboneros
de la vida, junto al frío,
este que es de cristal frío,
volveré al momento á veros
de rosas y flores llena,
porque os pienso coronar
la frente, aunque llegue á hurtar
la junca al valle, y verbena;
traeré rosas y retamas
que, ciñendo vuestras sienes,
vos remocen.

CONDE. Mientras vienes,
en pago de lo que me amas,
mi Elvira, te prevendré
un tarro de natas lleno,
pan blanco y no de centeno,
(Van bajando.)
sino de trigo y que esté
con miel y leche amasado,
y dos abrazos después
con que nueva vida des
al corazón desmayado.
No cagas, baja con tiento.

ELVIRA. No haré, padre.

CONDE. Por aquí,
que no es tan áspero

ELVIRA. Sí
no suele volar el viento
más ligero que yo bajo
por estas peñas: ya estoy
avezada.

CONDE. Yo me voy
al encinar, que el trabajo
siempre da poca ganancia
si su dueño no le mira.
Vuelve temprano, mi Elvira,
luz de la Peña de Francia.

ELVIRA. Yo iré luego.

CONDE. ¡Tiempo cruel! *(Ap.)*
grandes tus mudanzas son,
pues anda haciendo carbón
don Jaime, Conde de Urgel
(Retírase por arriba.)

ENRIQUE. Ahora bien, por no ser muerto
será fuerza el disfrazarme,
Dios debió de depararme
en medio de este desierto
este rústico vestido.

ELVIRA. ¡Santa Olalla! ¿Y qué es aquello?
Hombre parece.

ENRIQUE. Este cuello
y el acero aquí escondido
estará con el sombrero
y la capa

ELVIRA. ¿Que querrá
hacer, que quitándose está
la ropa?

ENRIQUE. ¡Ay tiempo ligero!

ELVIRA. Que garnido sayo y bragas;
parécese al San Martín
que en somo de su rocín
da su capa al de las llagas.

ENRIQUE. Bien encubierto está aquí

ELVIRA. Escondida quiero ver
que es lo que pretende hacer.
Un vestido tiene allí
de serrano, y se le pone
en somo del tafetán

ENRIQUE. Traidores hechome han
pastor, el traje perdone.
de mis primeras hazañas,
pues que tan mal me han pagado.

ELVIRA. El alma me ha quillotrado
el garzón.

ENRIQUE. ¡Fieras montañas!
ya soy vuestro habitador.

ELVIRA. ¡Ay Dios y que mal me ha hecho
esto! ¿Quién es? En el pecho
siento como un arador
que no hace sino picar
el corazón con abrojos,
después que miré sus ojos.
Aojada debo estar,
hablarle quiero, mas, no,

que debe de ser pecado.
Nunca en el pecho me ha dado
el mal que agora me dió.
Arabien, yo yo ¿que espero?
Mas ¿si en viendo me se enoja
y me deja? ¿Hay tal congoja?
Habrarele pracencero;
pero mejor es reñirle
porque el sayo se vistió
que entre las matas halló,
que me muero por decirle
el no se que, que me mata.

ENRIQUE. Podrá ser vuelva á buscar
su vestido á este lugar
el dueño, pues que me trata
ansí mi estrella traidora.
Esperar quiero que venga:
harele que por bien tenga
el amparar me.

(Llégase Elvira á don Enrique.)

ELVIRA. En mal hora
do el ladrón, hurteis el sayo
que no es vuestro.

ENRIQUE. Una serrana
he visto, aurora ó mañana.

ELVIRA. ¿Están los otros el mayo
cortando, y deja el vestido
el que subió á desgajalle
y venisos vos á hurtalle,
para que esotro garrido
no se os manche, que debajo
traeis? Yo lo vi, ladrón.

ENRIQUE. ¿Ladrón?

ELVIRA. (Ap.) Si que el corazón
me tien. (A él.) ¿Que ventura os trajo
aquí? Yo se lo diré
al alcalde de la Alberca,
que os agarre, que aquí cerca
está.

ENRIQUE. Alcalde ¿para que?
Vos tenéis la cara tal
y tales ojos tenéis
que libertades prendeis,
más no para hacerlas mal.
Este sayo hallé, sin dueño,
en este bosque escondido,
ando por aquí perdido
y con temor no pequeño.
Importame no ser muerto
el que no sepan quien soy
y por vos seguro estoy
que no seré descubierto,
pero amparado de vos,
porque esos hermosos ojos
no son para dar enojos
si no es de amores.

ELVIRA. Ay Dios!
¡Que bien que lo sermoniza!
No lo habrá el cura tan bien
cuando junto al sacristén
sermona, casa ó bautiza,
como el pulido garzon.
No se que tien en la boca
que cada razon me toca
las telas del corazón.

ENRIQUE. ¿Daisme licencia, serrana,
que así me quede vestido?
¿o quitarele?

ELVIRA. Habeis sido
bien criado, mucho gana
la mesura, buen provecho
vos haga, no os le quitéis
que con él me pareceis
un pino de oro.

ENRIQUE. ¡Buen pecho
que la rustica se ablanda!

ELVIRA. Si el dueño sayo viniere
y acaso le conociere
(que con los serranos anda
cortando el mayo) en mi casa
tiene el mi padre criados
para el carbon, y ganados,
porque es su hacienda sin tasa.
No vos faltará vestidos,
uno de ellos le hurtaré
que mejor que este os esté.

ENRIQUE. Con favores tan crecidos
me obligas. Dame esa mano.

ELVIRA. ¿Pues que quereis her con ella?

ENRIQUE. ¿Que? Besarla.

ELVIRA. ¡Mas mordella!

ENRIQUE. Su donaire es soberano
en besárte á procura
mi dicha este bien pagar.

ELVIRA. ¿No hay son llegar y besar?
¿Es mi mano la del cura?

ENRIQUE. Si, pues cura de mi bien.

ELVIRA. Esta ahí.

ENRIQUE. ¡Que blanda y bella!
es cuajada, es leche, es pella
de nieve ¿que es lo que ven
mis ojos? ¿Entre estas peñas
cria el cielo tales manos?
Palacio, que á cortesanos
natadas manos enseñas
ven y verás maravillas
en esta rustica sierra
que ninfas de plata encierra.

ELVIRA. (Aparte.) El alma me hace cosquillas
desde que su mano toco.

ENRIQUE. ¡Con qué donaire me mira!
¿como es vuestro nombre?

ELVIRA. Elvira.

ENRIQUE. Estoy oyendola loco.
Ya mi amorosa arrogancia,
sus presunciones destierra.
¿Como se llama esta tierra?

ELVIRA. ¿Esta? La Peña de Francia.

ENRIQUE. (Aparte.) La que busca Simon Vela
será sin duda.

ELVIRA. ¡Ay de mi!

ENRIQUE. En fin ¿tienes padres?

ELVIRA. Si,
aunque sin madre y agüela.

ENRIQUE. ¿Y querrame por criado?

ELVIRA. ¿Luego no? Cien carboneros
tien y treinta ganaderos
yo le haré que de buen grado
vos reciba.

ENRIQUE. Pues, serrana,
desde hoy en tu casa estoy.

ELVIRA. Llena de contento voy
¿Saliréis her carbon?

ENRIQUE. Mañana

pienso ensayarme.

ELVIRA. En buen hora,
dejad el vuestro vestido
en esta cueva escondido,
no le tope alguno agora,
que yo volveré por él,
y en la mi arca de castaño
vos le guardaré.

ENRIQUE. ¡Que extraño
donaire!

ELVIRA. Daréos por él
(en llegando á casa) un sayo
con que conocer no os pueda
el dueño dese, que queda
con los otros por el mayo,
y cuando allá no le haya,
yo sé coser, y os haré
uno, que al vivo os esté,
aunque descosa una saya.

ENRIQUE. ¿Viose afición semejante?
Seguir este oficio quiero;
podrá ser que, carbonero,
tenga más dicha que Infante.
¡Ay, mi doña Catalina,
á no ser tanto tu amor,
pudiera ser que el favor
y hermosura peregrina
desta serrana, en tu ausencia,
de mí hiciera sacrificio;
porque obliga el beneficio
y enamora la frecuencia.
Pero está el alma obligada
á lo mucho que te debo.

ELVIRA. Chispas en el alma llevo
á fe que vó quimotrada.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen cotando los PASTORES *y* TIRSO *con el mayo*

TODOS. (*Cantan.*) «Entra Mayo y sale Abril:
¡cuán garridico le vi venir!»

UNO. «Entra Mayo coronado
de rosas y de claveles,
dando alfombras y doseles,
en que duerma amor, al prado,
de trébol viene adornado,
de retama y torongil.

TODOS. «Entra Mayo y sale Abril,
¡cuán garridico le vi venir!»

TIRSO. Oído os habrá Melisa,
plantalde aquí, que si está
despierta, ella acudirá,
si es que mi amor le da prisa.

PAYO. Quizabes saldrá con ella
Elvira, la de nuestro amo.

TIRSO. ¡Oh! en escuchando el reclamo
se erguirá, ¡bonita es ella!

MARTÍN. Diz que es muy inficionada
á la musquina.

TIRSO. No sé
que tién desde ayer, que hué
anoche mencolizada
á cenar, y en el garçón
que recibieron ayer,
no hacía son poner
los ojos.

MARTÍN. Mancias son.

TIRSO. ¡Pregue á Dios no dé la Elvira
con el Mayo algún traspié,
que temo algún daño á fe
después que tanto le mira!

CRESPO. ¡Y que triste que está el viejo
cuidando es enfermedá!

TIRSO. Dejemos eso y canta.

CRESPO. Canten que ya yo lo dejo.

TODOS. (*Cantan.*) «Si quieres, etc.»

ESCENA II

MELISA *y* ELVIRA — DICHOS

MELISA. Sal Elvira á la ventana
y verás el mayo verde
con que el mal no se te acuerde
que tienes, y á la mañana,
que cubiertos los carrillos
del encarnado arrebol,
la viene puniendo el sol
con sus rayos los zarcillos.
Vuelva á tus labios la risa
que hasta aquí mos alegraba.

ELVIRA. No puedo aunque quiera.

MELISA. Acaba.

ELVIRA. Duéleme el alma, Melisa.

DORINGO. ¡Tirso, Tirso! á la ventana
Elvira y Melisa están.

TIRSO. Templad pues, y escocharán
las dos el canto de gana.

TODOS. (*Cantan.*) «Si queréis, etc.»

TIRSO. ¿Qué decís de la mosica?
mi Melisa ¿haos contentado?

MELISA. Lindamente lo heis cantado.

TIRSO. Ansí mi amor se pobrica
la mi Melisa agraciada;
¡pardiez! que os me semejáis,
cuando escochándome estáis,
á la ventana asomada,
á la mi vegua que dejo
garrida cuando la cincho,
que alegre escucha el relincho
del cuartago del concejo.

MELISA. Y á mí la vuesa musquina
me semeja al dulce son
que hace con el carbón
la carreta si rechina.

ELVIRA. ¡Ay, Dios!

MELISA. ¿Agora sospira
tu dolor, Elvira hermosa?

ELVIRA. Estó muy melanconiosa.

TIRSO. ¿Qué tiene nuesa ama, Elvira?

ELVIRA. No sé.

TIRSO. ¿Quiere que tañamos
para que se alegre?

ELVIRA. No,
que antes el canto me dió
tristeza.

DORINGO. Pues bien cantamos.

TIRSO. ¿La musquina no resiste

el mal que causa la pena?

ELVIRA. No, que el alegría agena
es tormento para el triste.
Échalos de aquí, Melisa,
que tengo que te contar.

TIRSO. ¿Queréisme una cinta dar?

MELISA. Después, que ahora estó deprisa.
Ponte enfrente de la Igreja,
que en pellizcándote yo
es señal que te la dó.

TIRSO. Ya es tarde, que la madeja
del sol, las cabezas mira
de nuestros riscos. ¿Iréme?

MELISA. Sí.

TIRSO. ¿Y qué has de her?

MELISA. Tornaréme
á la cama con Elvira,
que está mala.

TIRSO. ¡Pese al mal!

MELISA. ¿A cantar no heis de volver?

TIRSO. Sí. ¿mas por dónde ha de ser?

MELISA. ¿Por dó? Por el trascorral.

ELVIRA. Ven Melisa, que me muero.

MELISA. ¿Dónde?

ELVIRA. Bajemos abajo.
(*Aparte.*) Mi desdicha acá nos trajo
al pólido forastero (*Vanse.*)

DORINGO. ¿Hase cantado bien?

TIRSO. Sí,
vamos, daréos de almorzar.

PAYO. ¡Par Dios!

TIRSO. Hasta reventar.

DORINGO. ¿Y el mayo?

TIRSO. Quédese así. (*Vanse.*)

ESCENA III

Salen ELVIRA *y* MELISA

MELISA. Digasme tú, la serrana,
adamada de faciones,
aunque del sol ofendida
porque nunca del te escondes;
así de tus pensamientos
los dulces empleos goces,
y contra lisonjas tiernas
tengas el pecho de bronce:
¿qué nuevo mal te entristece
desde ayer, que las colores
del abril de tu hermosura
muestran penas interiores?
¿Hízote mal con los ojos
algunos de los garzones
que por vengar los que matan
intenta añoblar tus soles?
¿Has tomado alguna yerba,
entre el torongil que comes,
cuyo veneno te cría
tan desabridos humores?
¿Comes carbón, yeso ó tierra
como las damas de Corte,
que diz que adrede se opilan
por andar las estaciones?
¿Has visto alguna fantasma
del alma, que Dios perdone,
que se aparece en la Igreja
á los que pasan de noche?
Si es amor, la mi serrana,
y al aso no le conoces,
bachillera de su huego
sus travesuras me hicieren.
Una abeja es, pequeñita
que tiene dos aguijones
de amor y aborrecimiento,
¡huego en él, que bien se esconde!
A quien le conoce olvida,
ruega á quien no le conoce,
no hay agravio que le venza,
no hay ausencia que le borre.
Antaño por este tiempo
á la sombra de aquel robre
me dió por alma un serrano
¡hoguera soy desde entonces!
Ni sé lo que es libertad
ni que es quietud; que el chicote
ciego, mátalas callando,
no suelta si una vez coge.

ELVIRA. ¡Ay, mi Melisa! Esas señas
son las que al pie de aquel monte
conocí en la buena lanza
que dices, ¡nunca el se logre!
Vi (nunca yo le mirara)
de yuso un álamo, un hombre
que se me entró por la vista
á robarme el corazone.
Hice recibirle á padre,
sirve en casa, pero el joven,
si es de mi padre criado,
es dueño de mis pasiones.
¿Qué he de her, serrana mía,
que las entrañas me comen
unas cositas que siento
tamañas como aradores?
¡Ay, Dios!

MELISA. Que, en fin, es Mireno,
Elvira, el tu lindo amore?
¡Merécelo, que es garrido!
Sosiega y no te congojes,
que para que le enladenes
yo te daré dos liciones,
que en el su amor te hagan ducha
y su libertad quilotres.

ELVIRA. Chiton, que mi padre viene
¿Vos sois amor, picarote?
¡Bellacas burlas tenedes,
quien no os conoce que os compre!

ESCENA IV

Sale el CONDE, *de carbonero.*—DICHAS

CONDE. Tan de mañana, mi Elvira,
no es vuestro mal muy pequeño
pues tan poco os dura el sueño
espejo donde se mira
mi vejez ¿cómo os sentís?
¿Permanece el mal pasado
de anoche? ¿Habéis reposado?
Pero los bellos rubís
de vuestras mejillas, hija,
según quebrados están,
cuenta, aunque mudos, me dan
de vuestra pasión prolija.
Respondeme, ¿de qué son
tus males?

ELVIRA. No me los mientes.
CONDE. Dime, ¿dónde el dolor sientes?
ELVIRA. Padre, aquí, so el corazón.
MELISA. Alguna melancolía
tiene, lo mejor será
dar orden, si triste está,
de alegrarla.
CONDE. Elvira mía,
¿quieres ir á Salamanca?
ELVIRA. No, padre.
MELISA. Elvira, sí, sí.
CONDE. Ea, por amor de mí;
comprarás con mano franca
cuantas cosas imagines;
comprarás medias de grana,
gala, aunque gruesa, serrana,
y colorados botines,
cuentas de plata, labradas
que á tu pena den alivio,
cruces de Santo Toribio
y dos patenas, que, á osadas,
no las traiga en nuestra sierra
otra zagala mejores
Contigo irán mis pastores,
con las cosas de la tierra,
que al mercado cada jueves
llevan.
ELVIRA. ¿Qué pastores son?
CONDE. Con los carros del carbón,
porque que en te sirva leves,
irán Crespo y Tirso.
MELISA. Bueno,
y á Melisa llevarás,
¡vaya! ¿Pero no han de ir más?
CONDE. El nuevo zagal Mireno,
si gustas, irá también.
ELVIRA. Sí, que es de entretenimiento.
(*Ap.*) ¿Con él de ir? ¡Qué contento!
(*A su padre.*) ¿Y ha de ser hoy?
CONDE. Sí.
ELVIRA. Pues ven,
quizá yo sanaré allá.
CONDE. Pon á tus congojas treguas,
que, si bien catorce leguas
de aquí Salamanca está,
sobre tu manso pollino
podrás á tu placer ir.
ELVIRA. (*Aparte.*) A Mireno he de decir
el mi amor por el camino.
CONDE. Durmiendo deben de estar
los mozos.
MELISA. ¿No han despertado?
CONDE. Duermen, en fin, sin cuidado,
¡siempre los he de llamar!
Tirso, Cardenchio, Domingo,
Payo, Mireno.
TODOS. (*Dentro.*) ¿Quién llama?
CONDE. Alto, dejemos la cama.
¿Pensáis que es hoy el domingo?

ESCENA V

Salen DOMINGO, MARTÍN, CARDENCHIO, CRESPO, *cada uno de por sí, y luego* PAYO, *desnudo, con un candil.*—DICHOS.

PAYO. Ya vamos, no grite tanto
CONDE. El sol ha sacado ya.
MARTÍN. Sí, el sol; la luna será.
MELISA. Madrugad, que no es día santo.
CARDEN. Buenos días nos dé Dios,
con toda la compañía
CRESPO. Buenos días, si es de día.
CONDE. ¿Bostezando sois vos?
CRESPO. Y tras uno daré mil;
porque de sueño me caigo.
PAYO. ¿Quién llama?
MELISA. ¿Do, buen Payo,
desnudo y con el candil?
DOMINGO. Que es de día mentecato.
¿Do vas?
PAYO. Yo sé donde voy.
¿Nuestro amo no me mandó
buscar el freno del gato?
Pues ando en busca del freno
MELISA. Vete á vestir, ¿qué, aún porfías?

ESCENA VI

Sale don ENRIQUE, *de carbonero.*—DICHOS

ENRIQUE. ¡Oh, nuestro amo, buenos días!
ELVIRA. ¡Qué gallardo es mi Mireno!
MELISA. Como el sol.
PAYO. ¡Pardiez, que creo
que es de día!
DOMINGO. ¿No lo ves?
PAYO. A vestir me vuelvo, pues. (*Vase.*)
ELVIRA. En su vista me recreo.
CONDE A aderezar las carretas
que han de llevar el carbón.
ELVIRA. (*A don Enrique.*) También vais allá
CRESPO. ¿Cuántos vamos? ¡garzón.
CONDE. No te metas
en danza; ve á echar el heno
á los bueyes; tú á poner
los costales.
CRESPO. Voilo á hacer
(*Vanse los pastores.*)
CONDE. Y vos, amigo Mireno,
también habéis de ir allá.
ENRIQUE Que me place.
CONDE. Tú, Melisa,
corre y adereza aprisa
de almorzar; mira si está
puesta la olla.
ELVIRA. Ve, y deja
ajos, pan, vino y cebolla.
MELISA. Ya lo tengo todo en la olla,
con cecina y con ove,a
CONDE Parece que das indicios
de estar buena.
ELVIRA. Estaré espero
presto.
ENRIQUE. ...fante y carbonero.
¡Medrando voy en oficios! (*Vanse.*)

ESCENA VII

Salen el REY, *don* PEDRO *y don* GONZALO

REY.

¿Que no se haya el infante descubierto,
ni nuestra diligencia haya bastado
á atajarle la fuga, vivo ó muerto?

GONZALO.

Algun traidor ayuda le habrá dado,
y puesto en Aragon.

REY.

Será esto cierto.
Pero, don Pedro, lo que me ha admirado
es que se fuese sin dejar abierta
de la prisión, pared, postigo ó puerta.

GONZALO.

Aunque el Alcaide atormentado ha sido
y las guardas con él, no hay quien confiese
haber dado ayuda.

REY.

En fin, ha huido.

PEDRO.

(*Aparte.*) ¡Que aquella noche tan valiente fuese!
¡Que diese muerte al uno, el otro herido!
Mi vergüenza el silencio va confiese.
¡Oh que valiente es siempre la inocencia!
¡Mas, para la verdad no hay reticencia!

REY.

Mañana haré que os dé su hermosa mano
quiera mi hermana ó no

PEDRO.

La tuya franca
empuñe el Imperial globo romano.
(*Aparte.*) Hermosa Infanta, que tu mano blanca
gozar merezco ¡oh bien venido hermano!

REY.

Haced que apreste fiestas Salamanca
para la boda, en toda esta semana,
que quiero ser padrino de mi hermana.

(*Vanse.*)

ESCENA VIII

Sale SIMÓN VELA, *vestido de estudiante*

SIMÓN VELA.

¡Voz santa, que de Francia me sacaste
y libre en Salamanca me pusiste!
sin que diese don Juan Segundo al traste
con la vida que siempre defendiste.
En Salamanca estoy, tu me mandaste
que la Peña buscase ¿en que consiste
de todo mi camino la importancia?
¿cuando, pues, te he de hallar, Peña de Francia?

ESCENA IX

Salen DOMINGO *y* PAYO, *cardoneros.—Dicho*

PAYO.

Algún diablo nos trujo á Salamanca.
Huye, Domingo, que estos escolares
me tienen criba la mitad de una anca.

DOMINGO.

Rey entes ¡pregue á Dios! por los hijares,
hánome metido un alfiler de á branca,
tres veces pur de zaga

PAYO.

A mi dos pares
de mamonas me han hecho, y con sanna
me dieren por la boca.

DOMINGO.

Esto hecho era ha
Si en la Peña de Francia cojo á alguno,
yo os voto á San Anton y á su cochino,
que no se ha de volver á casa ayuno
sin probar la correza a medio encino.

PAYO.

No quiere Dios que allá vaya ninguno.
¡Ay, Domingo!

DOMINGO.

¿Qué tienes?

PAYO.

Que me hino
á la Peña de Francia me va luego

SIMÓN VELA

¿Peña de Francia? ¡Cielos!

DOMINGO.

Ten sosiego

PAYO.

Estoy de alfilerazos derrengado.
¿Y quieres que sosegue?

SIMÓN VELA

Amigo, amigo,
¿á donde está la Peña que has nombrado?

PAYO.

¿Otro escolar? Apártese, le digo.

SIMÓN VELA.

No tengas miedo.

PAYO.

No, que remolgado
llega á picarmos.

DOMINGO.

¡Dole al enemigo!

SIMÓN VELA.

Escucha.

PAYO

No hay escuchas.

SIMÓN VELA.

¡Qué ignorancia!
¿Dónde la Peña está, decid, de Francia?

DOMINGO.

No os llegueis

SIMÓN VELA.

Pues enseñame esa Peña
que nombraste de Francia.

PAYO.

La pescuda
¿Para que la quereis? ¿Para hacer leña
y acarrear carbon?

SIMÓN VELA.

Es fuerza acuda
á buscar cierta joya que me enseña
el cielo en ella.

PAYO.

Sí, santo es sin duda
Vente, que es hora y van lejos los carros.
Si se llega, aquí llevo dos guijarros. (Vanse.)

SIMÓN VELA.

¡Peña de Francia mia, que he ya hallado
noticia vuestra! ¡Peña de mi vida!
loco de gozo estoy; todo el cuidado
de mis largos trabajos se me olvida.
Una mujer (en vos, Peña), me ha dado
mi suerte, hermosa, santa y escogida.
¿Qué aguardo que no os busco, pues me enseña
el cielo á donde estáis, divina Peña?
Yo hago á vuestros riscos juramento,
y á la voz que, piadosa, mis pies guía,
de no admitir desde hoy algun sustento
hasta hallar á la hermosa prenda mia.
Vos me dareis, sagrada Peña, aliento:
seguir quiero la simple compañía
de estos sencillos pobres carboneros.
¡Peña de Francia, muerto voy por veros!
(Vase.)

ESCENA X

Sale DON ENRIQUE, *de carbonero*, y PADILLA.

ENRIQUE. Hago de ti la confianza
que siempre.
PADILLA. Y yo, que te he visto,
el gozo apenas resisto,
aunque lloro esta mudanza.
¡Qué de ello que se ha de holgar
la Infanta, que por ti llora!
ENRIQUE. ¿Llora por mí?
PADILLA. Si te adora,
¿qué ha de hacer sino llorar?
ENRIQUE. ¿Cómo, si dicen que el Rey
la casa con el traidor
don Pedro?
PADILLA. Solo en tu amor
funda su ventura y ley.
ENRIQUE. Padilla, mi ser y vida
está en tu mano; ya sé
tu lealtad, secreto y fe.
Dile á mi Infanta querida
de la manera que estoy,
y que si me da lugar
para que la pueda hablar,
puesto que á la muerte voy
Esta noche será el dia
en que mi firme esperanza
alcance alegre venganza
del pesar que antes tenia,
y por si á venir se allana
conmigo, yo te daré
un vestido que compré
hoy para cierta serrana,
que es hija del carbonero
á quien sirvo.
PADILLA. ¡Bueno estás!
ENRIQUE. Su belleza saldrá más
entre este traje grosero,
como el sol entre el nublado,
pues en la sierra escondida
la tendrá nuestro cuidado
hasta que permita Dios
librarnos de tiranías,
y desvaneciendo espías
á Aragon vamos los dos.
PADILLA. Bueno el disfraz me parece,
y nuestra constante Infanta,
si en nuevas de dicha tanta
al dárselas no enloquece,
aprobará cuanto ordenas.
ENRIQUE. Pues, Padilla, no te vayas,
llevarás botines, sayas,
cuentas, corales, patenas,
y un tocado á lo serrano
de los que consigo trajo
la pastora que te digo.

ESCENA XI

Salen ELVIRA y MELISA. — DICHOS.

MELISA. ¿No es el lugar muy galano?
¿No te parece muy bueno?
ELVIRA. No, Melisa.
MELISA. Eres novel.
ELVIRA. Ha mucho que no veo en él
al mi adorado Mireno.
¿Y quieres que me parezca
bien sin él?
MELISA. Pues vesle aquí.
¿Es bueno el puebro?
ELVIRA. Ahora, sí.
(A don Enrique.)
¿Qué os heis hecho, que ha gran pieza
que os busco por el lugar;
y ya casi que lloraba
como en todo él no os hallaba?
ENRIQUE. Mi serrana, fui á comprar
estas cuentas para vos.
ELVIRA. ¿Son de prata?
ENRIQUE. Daros quiero
ferias.
ELVIRA. ¿De vueso dinero?
ENRIQUE. ¿Pues cuyo? Tomad.
ELVIRA. ¡Ay, Dios!
¡Y qué garridas, Melisa!
PADILLA. Esta es ángel, no es mujer.
ELVIRA. Tengomelas de coser.
MELISA. ¿Do?
ELVIRA. Al cuello de la camisa
He de acostarme con ellas,
y en ell alma las metiera
si cuentas traer pudiera
por nunca vivir sin ellas.
ENRIQUE. (A Melisa.) Tomad vos esta patena.
MELISA. A la he que tenés franca
la bolsa hoy en Salamanca.
¡Que garrida Madalena!
Aun no le debo otro tanto
á Tirso.
ELVIRA. No tien poder.
MELISA. Mas miento, que me dió ayer
una del Espíritu Santo.

ENRIQUE. ¿No es buen lugar éste?
ELVIRA. Sí,
de ver su gente me admiro;
pero yo poco le miro,
mientras puedo verte á ti.
PADILLA. No os quiere mal la serrana.
ENRIQUE. Todo esto es pura inocencia.
PADILLA. Bien puede hacer competencia
á la Infanta, aunque sea hermana
del rey don Juan el Segundo,
y celebrarse en Castilla
por la más bella.
ENRIQUE. Padilla,
no hay tal Infanta en el mundo.
ELVIRA. Vámonos que no hay que ver
y es muy tarde.
PADILLA. Por extremo
es bella.
ELVIRA. Venid, que temo
que os he otra vez de perder.
ENRIQUE. Id vos, mi Elvira, adelante,
que pues las carretas van
despacio, poco andarán,
yo os alcanzaré al instante,
que quiero sacar mi hermana
de la casa donde está
porque os sirváis vos allá,
que es propia para serrana.
ELVIRA. ¿Hermana tenéis aquí?
ENRIQUE. Sí, mi Elvira, y un tocado
de esos pide.
ELVIRA. De buen grado.
hoy le aliñé, heme ahí
Pero, no os he de dejar.
(*Cógele el sayo.*)
ENRIQUE. Sí, sí, que importa, mi Elvira.
PADILLA. Del sayo ¡por Dios! le cura
ELVIRA ¿Vos me queréis ver llorar?
PADILLA ¿Hay tal gracia?
ENRIQUE (*Aparte.*) A no deber
á mi Infanta lo que debo,
por Dios, que con amor nuevo
me hechizara esta mujer. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen el REY *y doña* CATALINA

CATALINA.

Mira, señor, primero lo que haces

REY.

Infanta, este es mi gusto; no repliques.
Por fuerza has de casarte con don Pedro,
si de grado no quieres, de esta suerte
tendrás en mí un hermano que te estime,
y de otro modo harás que verifique
que apruebas la traición de don Enrique.
(*Vase.*)

CATALINA.

Primero el sol ligero
no mostrará este globo tachonado;
será cera el acero,
no tendrá arena el mar, ni yerba el prado,
que á don Enrique olvide,
ni fuerce el Rey la mano que me pide.
¡Hoy verá en mi Castilla
la perdición que infama á don Rodrigo!
¿A dónde está Padilla?
No vivo, no sosiego, Enrique amigo
mal sacarán del pecho,
tu imagen, que el amor con fuego ha hecho.

ESCENA XIII

Salen PADILLA *y* DICHA

PADILLA.

¿Qué es esto, mi señora?
¿De qué son esas quejas?

CATALINA.

Mal conoces
el mal que el alma llora.

PADILLA.

¿Qué mal puede obligarte á que des voces?

CATALINA.

Quiere que dé la mano
el Rey, al mismo que vendió á su hermana.

PADILLA.

Pues pon fin á tu llanto
y de contento tus mejillas baña,
que Enrique te ama tanto
que en Salamanca está, y riesgos engaña.

CATALINA.

¿Qué dices?

PADILLA.

Carbonero
tu amor le ha disfrazado.

CATALINA.

Pues ¿qué espero?

PADILLA.

El traje de serrana
me dió con que te obligue á disfrazarte.

CATALINA.

¡Oh, noche! Que ya humana
á la fortuna ruegas de mi parte,
apresura tu coche.

PADILLA.

Por ti vendrá amparado de la noche

CATALINA.

Dame, pues, el vestido,
verás que una mujer determinada
de amor ejemplo ha sido,
contra la voluntad desbaratada
de quien me tiene en poco
¡quédate, ciego Rey, infante loco!

ESCENA XIV

Salen PATO, DONIEGO *y* SIMÓN VELA

DONIEGO. No nos deja este escolar
con estar los dos tan cerca
de nuestro pueblo, el Alberca.
SIMÓN. ¿Que he merecido llegar

á este sitio, Peña amada?

PAYO. ¿Qué es lo que buscáis, decí,
buen escolar, por aquí?

SIMÓN. Busco una joya estimada
en ese monte escondida.

PAYO. Buen lance haréis, ¿y es de oro?

SIMÓN. Es de infinito tesoro.

DORINGO. ¡Gentil trema, por mi vida!

PAYO. Este debe de ser loco;
mientras que la joya os dan,
desayunaos; queso y pan
vos daremos.

SIMÓN. Poco á poco
subiré donde me enseña
mi adivino corazón
que ha de hallar mi devoción,
(Va subiendo.)
mi esposa dentro una peña,
que juré de no comer
hasta merecerla hallar,
alma, aliento y caminar.

DORINGO. Vos lleváis bien que entender
si arriba cuidáis subir.

SIMÓN. Dios alivia mi trabajo.
(Entrase arriba Simón Vela.)

PAYO. Escolar, no deis abajo,
que temo habéis de plañir.

ESCENA XV

Sale el CONDE DE URGEL.—DICHOS.

CONDE. Payo, Doringo, ¿y mi Elvira?

PAYO. En la ciudad se quedó
con los demás.

CONDE. ¿Pues tú?

PAYO. ¿Yo?
Vengo huyendo de la ira
escolariega, que en mí
hizo fuerte.

CONDE. ¿Y no venía?

DORINGO. Dijo que comprar tenía
unos corales allí;
y ella, Melisa y Mireno
se quedaron; mas ¡par Dios!
amo (aquí para los dos)
que no le tengo por bueno,
porque delante nosotros,
y aún en secreto, al garzón
miraba con enfición,
y aun se decían sus quillotros;
y como Elvira no es fea
y el mozo tien buen reclamo..

CONDE. ¿Qué?

DORINGO. Que pregue á Dios, nueso amo...

CONDE. Dilo.

DORINGO. Que orégano sea.

CONDE. ¿Que la cólera refreno
y no te mato, animal?

PAYO. ¿Luego vos cuidáis que el mal
no hué de amor de Mireno?

CONDE. *(Aparte.)* No hablan sin ocasión
éstos, que ya yo he notado
de Elvira el nuevo cuidado
y me causa confusión,
pero el fuego que la abrasa
cesará, si de quien es
le doy cuenta, haréio pues
luego que lleguen á casa.
(A ellos.) ¡Hola, la lengua templada,
que es muy honrada mi Elvira!

PAYO. ¡Pregue á Dios!, que amor que tira
da en el alma virotada. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Sale SIMÓN VELA, *arriba, sobre las peñas.*

SIMÓN. Peñas que estimo y adoro
¿por qué me ocultáis ansí
la esposa que apetecí
por mi divino tesoro?
¡Jesús! un mortal desmayo
me impide el vital aliento,
en faltándole alimento
la flor desfallece en Mayo.
¡Vuestro nombre eterno invoco!
Mas, no es en balde esta pena,
que hallar una mujer buena
nunca suele costar poco.
(Abrese una peña y descubrese una mesa proveída.)
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Convidado soy, mi Dios,
una peña abierta en dos
banquete tranco me ha puesto.
¡Milagrosa maravilla!
Plato el cielo me hace tranco,
cecina, queso y pan blanco
me sirven, será mi silla. *(Asiéntase.)*
este peñasco, yo he sido
dichoso en hallar mujer
que sabe dar de comer
sin ofensa del marido.
(Come. Sale agua de una peña.)
Brindando me está esta pena
como á Moisés y á Sansón.
Hacer quiero la razón. *(Bebe.)*
sabrosa es como risueña.
(Encubrese todo.)
Púsome el cielo la mesa
como al celador Elías.
Durmiéndome estoy, que ha días
que mi cuidado no cesa
en desvelarme; aquí es trato,
cansancios, satisfacer,
que siempre tras el comer
es salud dormir un rato. *(Duérmese.)*

VOZ. Simón, vela, que no medra
quien busca y se duerme ansí.
(Desgajase un risco desde lo alto y dale en la cabeza, y sálele sangre y despierta.)

SIMÓN. ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ay de mí!
descalabrome una piedra.
Peligro corre mi vida
mas no hará, que si quisiera
matarme Dios, no me diera
tan sazonada comida.
(Sube y mira la rotura de la peña.)
Un agujero hasta dentro
llega en la peña, de donde
cayó el risco, en él se esconde
una imágen que es su centro.
¡Oh, Soberana Señora!

Vos mi esposa habéis de ser
que no se hallará mujer
como yo buscaba agora.
Quiero ver si quitar puedo
el peñasco que os sirvió
de sagrario; pero yo
soy solo, y herido quedo.
(Forcejea con la peña.)
Voy á llamar quien me ayude
y este estorbo facilite,
¡qué buen postre de convite!
no es posible que se mude
si no viene mucha gente.
Muriéndome estoy por veros:
á llamar los carboneros
vaya mi amor diligente.
Vengan y con dulce celo
festeje mi fe dichosa
de ante todos la esposa
con que hoy me enriquece el cielo.
(Vase.)

ESCENA XVII

Salen el CONDE *y* ELVIRA

ELVIRA. Si noble, padre, he nacido
tambien lo debe de ser
Mireno. ¿Queréislo ver?
Pues yo os mostraré el vestido
que bajo el sayo encubrió
y agora de jerga tapa:
guardada tengo la capa
que aquí cerca se quitó,
y vos tal no la tenéis.
CONDE. ¡Notable caso!
ELVIRA. Su hermana,
aunque pensáis que es serrana,
padre, engañado os habéis.
De Salamanca la trajo,
sacóla de donde estaba
y como señora andaba.
Más desterróla un trabajo,
nobles son.
CONDE. Bien puede ser,
que pues tanto ha que se esconde
(Aparte) entre estas peñas el Conde
de Urgel, temiendo perder
la vida (que perseguida
buscó Aragon tantos años)
tambien temerán sus daños
estos, y andan tras su vida.
Vislumbres de su nobleza
entre el saval han mostrado
(A ella.) La capa que habéis guardado
quiero ver.
ELVIRA. De la cabeza
se quitó una caperuza
redonda como un mortero,
y un asador dentro un cuero
que con mil hierros se cruza.
Todo lo tengo escondido.
¿Pensaréis que esto es mentira?
Pues venid.
CONDE. ¿Qué es esto Elvira?
ELVIRA. ¿Qué? Que ha de ser mi marido,
o sino abrirme la huesa.
CONDE. Ojalá tenga valor
porque segun es mi amor
te le daré, aunque me pesa. *(Va...)*

ESCENA XVIII

Salen DON ENRIQUE *y la* INFANTA DOÑA CATALINA *de carboneros*

CATALIN. Enrique, tu lengua acorte
agradecimientos vanos,
que entre estos simples serranos,
más contenta que en la corte
me alegra tu compañía.
ENRIQUE. Eres de firmeza espejo;
encarecimientos dejo,
que en amor, falta sería
solamente en esos brazos.
CATALIN. Paso que los carboneros
vienen.

ESCENA XIX

Sale SIMON VELA *y carboneros con picos y azadones* DICHOS

SIMON. ¡Ea, compañeros,
si la Peña hacéis pedazos,
yo os aseguro un tesoro
cuya divina ganancia,
la Peña ensalce de Francia,
mas que á Ofir y á Arabia el oro.
Traed azadones todos.
PAYO. ¡Hao, diz que un tesoro ha hallado!
TIRSO. Debe de estar encantado,
desde el tiempo de los moros.
(Vanse por las peñas Simon y los carboneros.)
CATALIN. ¿Qué es esto?
ENRIQUE. Simplezas son
de estos rústicos.
CATALIN. Contigo
más corte es, Infante amigo,
esta desierta region,
donde la quietud se goza,
que la del Rey de Castilla
más esta gente sencilla
que en Aragon Zaragoza.
ENRIQUE. ¡Ay, siempre amorosa Infanta!
(Abrazase.)

ESCENA XX

Salen el CONDE *y* ELVIRA

ELVIRA. Padre, ¿no veis cual están?
¡Ay Dios! desmayos me dan
de rabia.
CONDE. Elvira, levanta,
que bien pueden abrazarse
(Desmayase Elvira.)
si son hermanos los dos.
¿Qué hacéis, Elvira, aquí vos?
No es tiempo agora de estarse
con las manos en el seno,
idos vos á casa á hilar,
que no es fiesta.
ELVIRA. De pesar

está finada.

CONDE. Mireno,
oye aquí aparte. Tú, Elvira,
vete á casa.

ELVIRA. Así lo haré. *(Vase.)*

CATALIN. Celosa, Elvira se fué,
que me miraba con ira.
(Vase la Infanta.)

ESCENA XXI

Don Enrique y el Conde.

CONDE. Hoy he sabido, Mireno,
que entre aquesas ropas bastas
encubres, como oro en minas,
prendas de más nombre y fama.
La espada que te quitaste,
con el sombrero y la capa,
he visto que guarda alegre
quien en el pecho te guarda;
y deseando saber
la ocasión de tal mudanza,
para obligarte pretendo
contarte mi historia amarga.
Don Jaime, soy, de Aragón,
Conde de Urgel e Igualada.

ENRIQUE. ¡Válgame el cielo! ¿Qué dices?

CONDE. Oye atento mis desgracias.
El Rey don Martín primero,
con su hermana doña Sancha
me casó, dándome en dote
del reino las esperanzas.
Murió el Rey sin sucesión,
poniéndose á la demanda
de Aragón tres pretendientes,
que fueron el Rey de Francia,
hijo de doña Isabel,
del Rey don Martín hermana,
y el otro fué don Fernando,
que los Reinos gobernaba
del Rey don Juan el segundo,
su sobrino, de la Casa
de Castilla.

ENRIQUE. *(Aparte.)* Y padre mío.
¡Ah, fortuna, qué no ultrajas!

CONDE. Yo fuí el tercer pretendiente,
aunque el primero en desgracias,
y aun pienso que en la justicia.
Dividióse en bandos y armas
la Corona de Aragón,
porque cada cual fundaba
en derecho su justicia.
Y, en efecto, juntar mandan
los tres Estados en Cortes,
donde letrados de fama
alegan en su derecho
leyes con disputas largas.
Venció D. Fernando, en fin,
(si injustamente, ya paga
el cuerpo en polvo deshecho,
y en el otro mundo el alma).
No consintió Cataluña,
juzgando [illegible] por clara,
la sentencia y compromiso,
antes, puesta toda en armas,
hizo que me prometiese
Fernando, entre villas varias,
cien mil florines de renta
y cuatro cargas de plata
porque no le compitiese.
Negué lo, vine á batalla,
prendióme con mi mujer,
(que estaba entonces preñada
de la serrana que hechizas,
por su desdicha serrana).
Trujéronnos á Toledo,
y puestos en el Alcázar
de Madrid, tuvimos modo
como, engañando á las guardas,
huyésemos á estos montes,
donde, oprimida y cansada
de peñas y años, murió
mi querida doña Sancha.
Quedé solo con mi Elvira,
y vendiendo en Salamanca
algunas joyas que truje,
compré prados, montes, cabras.
Convertido en carbonero,
aquí donde ví mis canas,
carbón agora, antes nieve,
por luto de mis desgracias.
Esta, joven, es mi historia,
si eres de ilustre prosapia
y trabajos te han traído
aquí, la hermosa serrana
que te adora, es hija mía
y tu esposa, si es que pagas
los quilates de su fe,
que es interés de las almas.

ENRIQUE. Lastimoso es tu suceso,
Conde, aventuras extrañas
he sabido de tu vida,
y aunque, con razón, me espantan
oye, don Jaime, infelice,
tempestades y borrascas
de los golpes de mi suerte.

ESCENA XXII

Sale Pato.—Dichos.

PATO. Nuestro amo, el Rey de en casa.

CONDE. ¿Qué dices, necio?

PATO. Que viene
á nuestras pobres moradas
el Rey de Castilla,
y ya á nuestras puertas llama.

ENRIQUE. ¿El Rey? ¡Ay de mí!

PATO. ¿Qué avedes?
Diz que desde Salamanca
viene en busca de su primo
que se casó con la Infanta.
Hete que llega.

ENRIQUE. Yo soy
á quien don Enrique llama
el mundo.

CONDE. ¡Válgame el cielo!

ENRIQUE. Conde, entre estas breñas altas
[illegible] ventura me premia,
[illegible]
[illegible]
[illegible] á que mi hermana
juzgas [illegible] del Rey

que es mi esposa.
(*Huye á las peñas arriba.*)

CONDE. Espera aguarda.
¿Vio el mundo caso como este?

ESCENA XXIII

Salen el REY, DON PEDRO, DON GONZALO y GUARDAS.—DICHOS

REY. No dejéis piedra ni planta
que no busquéis, don Gonzalo.
(*Sigue le don Gonzalo y Guardas.*)

GONZALO. Yo mismo iré con las guardas,
pues mientras él no muriese
no viviría mi privanza.

CONDE. Dame, gran señor, tus pies.

REY. ¿Quién eres, viejo? Levanta.

CONDE. Un carbonero que habita
estos montes. ¿Di, que mandas
poderoso Rey en ellos?

REY. ¿No has visto un traidor que anda,
en rústico traje oculto,
de buen talle y negra barba?

CONDE. Aquí todos las traen negras;
pues con ser las mías tan blancas
tal vez el carbón las tiñe.
Mozos hay de buena cara
que me sirven en la sierra.

PEDRO. Esta es, gran señor, la Infanta,
que huyendo paró en mis manos.

ESCENA XXIV

Sacan á la INFANTA, *de serrana, y sale* DOÑA ELVIRA
DICHOS

ELVIRA. Más que mala pro la haga
el Infantazgo, pues tengo
por ella perdida el alma.

REY. ¡Vergüenza tengo de verte!
¿Y no la tienes, ingrata,
de asistir en mi presencia?
¡Qué bien honras tu prosapia!
¡Vil, aun traje escogiste
por que, en fin, fuiste villana!
Yo casi gané tus culpas.

CATALIN. Las de aduladores...

REY. Calla.

CATALIN. Castiga, que no doy yo
la mano...

REY. Cesa, liviana.

CATALIN. A un hombre que hermanos vende.

PEDRO. Yo soy leal y á las armas
remito la prueba de esto.

CATALIN. ¿Perderás, como la espada
el respeto á quien se injuria
con tu sangre?

REY. ¡Loca, basta!
Que estoy yo aquí, más quien pierde
su opinión no mira en nada.

ESCENA XXV

Sobre lo alto de las peñas sale abrazado con DON ENRIQUE con DON GONZALO.—DICHOS

ENRIQUE. Aunque mi muerte está cerca,
pues el Rey matarme manda,
traidor, que los nobles vendes,
hoy le he de dejar á España
escarmientos con el tuyo.

GONZAL. ¡Don Enrique, que me matas!

ENRIQUE. Despeñado has de pagar
tus traiciones.
(*Cae despeñado en el retablo.*)

GONZAL. ¡Virgen Santa,
que muero!

REY. ¿Estando yo aquí
tal atrevimiento? ¡Ah, guardas!
¿Cómo no le dais la muerte?
(*Sale con Enrique.*)

ENRIQUE. Ya yo castigué su infamia:
haz de mí lo que quisieres.

REY. Aquí fuera muerte honrada
la tuya. Valladolid
verá encima de una escarpia
tu cabeza, por traidor.

ENRIQUE. ¡Traidor! Si alguno se osara,
fuera de ti, que mi Rey
eres, á aquestas palabras,
no viviera un cuarto de hora
Los desleales que amparas
son traidores á su sangre,
que huyendo de las armas
(*Salen dos pastores llevando á* don Gonzalo)

GONZAL. Llévenme antes que me muera,
pues el aliento me falta,
á la presencia del Rey.

REY. Si es á pedirme venganza,
yo te la daré cumplida.

GONZAL. No, Rey, que el cielo me manda
que mis traiciones te cuente
antes que despida el alma.
Yo he sido aleve y traidor
á Dios, á ti y á la Infanta,
á D. Enrique, á Ruy López,
pues salieron por mi causa
de tu Corte y de tus Reinos.
Con traiciones y marañas
los derribé de tu gusto
y los puse en tu desgracia;
yo quise darte la muerte
la noche que imaginabas
ser don Enrique quien dió
al paje de puñaladas;
á mi persuasión, don Pedro
te dió la relación falsa
que condenó á don Enrique,
él fué quien puso la escala
que hallaste en tus Reales muros,
no puedo hablar más, si basta
esto para que el Maestre
quede disculpado, manda . (*Muere.*)

REY. En él manda expró el pobre.
Su vida el cielo alargara
para que en su castigo
ejemplo al mundo quedara.
(*Llevan al difunto.*)
¿Es esto verdad, don Pedro?

PEDRO. Confuso digo á tus plantas
que me incitó á ser traidor
la pretensión de la Infanta,
y advierte que no fué obra
la división de la carta

que nos hallaste á los dos,
para deservirte.

REY. Basta.
Dadme esos brazos, Enrique;
que si con traiciones tantas
hasta vuestro hermano mismo
os persiguió, ya se acaban
vuestras desdichas. Desde hoy
vuelto á mi amistad y gracia
con nuevo estado y mercedes
gozareis de mi privanza.
Mi hermana es ya esposa vuestra.

LOS DOS. Pisen esos pies la sacra
esfera.

ELVIRA. ¡Ay, cielos! ¿qué escucho?

REY. ¿Qué tiene aquesa serrana?

ENRIQUE. Celos, amor y ventura
de que á tal ocasión hayas
venido á hacerla mercedes.
Hija es de esas nobles canas
que á D. Jaime de Aragón,
porque te temen, disfrazan.

REY. ¿Don Jaime? Infante ¿Que dices?

CONDE. Yo soy quien desdichas tantas,
como ves, he padecido,
pero, ya á tus pies...

REY. Levanta,
ilustre Conde de Urgel,
que me enterneces el alma.

ENRIQUE. Yo quiero dar bien por mal
á mi hermano, que así pagan
los leales de mi esfera.
Su esposa será, si mandas,
doña Elvira, hija del Conde.

REY. Vuestro gusto, primo, se haga.

PEDRO. De tu mano es tanta dicha.

ELVIRA. Pues lo es vuestro, Enrique, vaya.

ESCENA XXVI

Salen TIRSO *y* SIMÓN *—Dichos*

TIRSO. Nuestro amo, venga y verá
la maravilla más rara
que en el mundo ha sucedido.

CONDE. Quedo, necio.

TIRSO. Oiga que es brava.
El escolar que siguiendo
los carros de Salamanca
se nos vino tras nosotros,
descubrió una imagen santa
dentro de una dura peña,
de donde salió más clara
que el sol, y llevando todos
azadones y palancas,
desencajamos el risco
do la Imagen se encerraba,
y cortando de los robles,
de enebros y encinas, ramas,
para adornarla, hemos hecho
(aunque humilde) una cabaña.
Más helela, se aparece.

(Descúbrese una cabaña de ramas en lo alto y en un altar de lo mismo una imagen de Nuestra Señora, con luces y á sus lados SIMÓN *y* VELA.)

REY. ¡Oh Madre del gran Monarca,
que bajando del Empíreo
hizo trono tus entrañas!
A dichoso tiempo vine:
yo haré que te labren casa
donde estés con más decencia.

CONDE. ¡Gran milagro!

ENRIQUE. ¡Cosa extraña!
pero ¿aquel no es Simón Vela
y esta la Peña de Francia,
que con tanta devoción
por nuestros reinos buscaba?
Amigo, tu suerte envidio.

SIMÓN. Yo, señor, te doy colmadas
gracias por lo que te debo,
y el parabien de que salgas
del golfo de tus desdichas
al puerto de tu esperanza.
Rey don Juan, sol de Castilla,
esta Imagen soberana
está aquí desde los tiempos
que Rodrigo perdió á España;
haz pues que aquí se fabrique
una generosa casa
y que su gobierno tengan
los Padres de la orden sacra
del grande español Domingo,
porque ya el cielo me llama
para darme en dulce muerte
hallazgos de tal ganancia.

REY. Yo haré, Divina Señora,
lo que vuestro siervo manda.
Demos Enrique la vuelta
á mi corte, donde os hagan
recibimientos festivos;
y de Aragón y Navarra,
los Reyes á alegrar vengan
bodas de nobleza tanta;
que, al viejo Conde de Urgel
restituirán á mi instancia
los Estados que ha perdido,
pues ya sus desdichas pasan.

CONDE. Llámete su Augusto Roma.

ENRIQUE. Esta Imagen (de Dios Alba)
es la que España venera,
y ésta *la Peña de Francia*.

INDICE

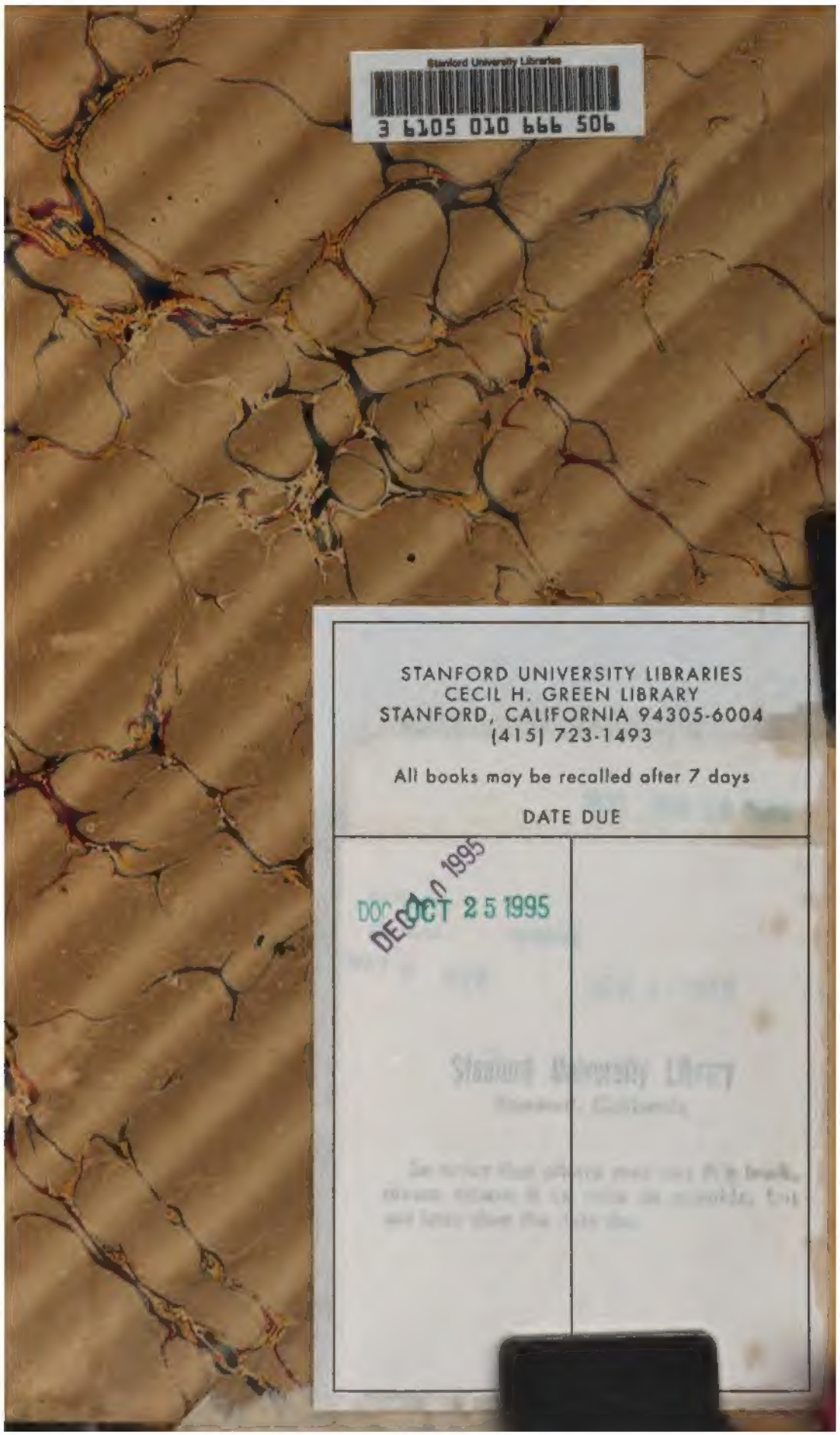
	Págs.
Dedicatoria.	1
Discurso preliminar.	III
I. Sobre esta colección.	III
II. Vida y obras de Tirso de Molina.	IV
III. Apéndice.	LXXXI
Cómo han de ser los amigos.	1
El árbol del mejor fruto..	30
El Melancólico..	61
El mayor desengaño..	90
Tanto es lo demás como lo de menos. .	118
La Reina de los Reyes.	149
Quien habló pagó..	178
Siempre ayuda la verdad.	207
La mujer por fuerza..	235
Próspera fortuna de D. Alvaro de Luna y adversa de Ruy López de Avalos. .	263
Adversa fortuna de D. Alvaro de Luna. .	286
La mejor espigadera.	311
La elección por la virtud.	343
Ventura te dé Dios, hijo..	375
La venganza de Tamar..	407
La fingida Arcadia.	434
La mujer que manda en casa.. . . .	460
Doña Beatriz de Silva.	489
Todo es dar en una cosa.	518
Amazonas en las Indias..	551
La lealtad contra la envidia.	579
Antona García..	616
La Peña de Francia.	645
Erratas y correcciones.	679

ERRATAS Y CORRECCIONES

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
2	2	2	Vez	Ved
2	2	48	fortuna	fortuna
3	1	55	sino	sino
12	1	31	encanta miento	encantamiento
22	1	27	aquí en adelante	aquí adelante
26	1	11	tras de don	tras don
27	2	27	vas ayo	vasallo
30	2	9	Iracto	Isacto
40	2	28	mi espejo	su espejo
63	1	22	y sucede	y sucédele
73	1	43	nuso	nuevo
90	1	24	alato	alaro
91	1	10	deje	deja
91	2	56	Evendra	Evandra
97	2	1	que pasadas son	que cansadas son
99	1	17	también	tan bien
99	1	pent.	alabarte de necio	alabarte necio
100	1	19	¿Que vos	¿Qué hacéis vos
100	1	42	campo nuevo	tal ver campo [fuero»
101	2	[illegible]	años y	años n.
112	1	23	*habita primo*	*habita primo*
114	1	42	aumenten	aumentan
120	2	32	pleito ya	pleitos ya
121	2	60 y 61	de un simple niño, de un bruto	
122	1	1	pues así has de comparar la juventud y cencerras (Corríjase la puntuación en esta forma)	
123	1	61	no olvidaré	no me olvidaré
124	2	3	en Egipto	en de Egipto
132	2	9	mucho que digan	mucho digan
145	1	30	¡a mi un mendigo!	¡un mendigo!
153	2	27	Mi brazos	Mis brazos
162	1	58	en su mano	de mi mano
165	2	9	á puesto	a puerto
165	2	56	pente	gentes
168	1	30	llegar al Rey	llegar el Rey
172	2	50	de más edá l de setenta años (Este verso incompleto quizá deba leerse así:)	
			de más edad, de mas de setenta años.	
172	2	51	los cantares	los *Cantares*
173	2	10	los cantares	los *Cantares*
179	2	35	scudid al	scudi al
184	2	15	os puedo	os puede
185	1	29	cobarde	cobardes
189	1	36	adonde está, y no he sabido quien es (Estos versos deben de leerse así:)	
			adonde esta. ¿Y no has sabido quien es?	
190	1	9	no han de decerse á mi (Verso incompleto que hay que leer:)	
			no han de decírseme á mi	
190	2	30	tienes?	temes?
192	1	6	no lo niegan y en su favor (Sobra el «no»)	
192	2	1	justo	gusto
192	2	49	eres muy	eres muy
193	2	21	á hablarme y buscarme á mi (Debe decir así:)	
			a hablarle y buscarle allí	
195	2	22 y sig.	al cuento las desgracias Del conde Don Pedro Anzures, cuya lealtad en esta patria tome los bienes, y altares por todo el orbe su fama, soy tercer nieto. (Esta debe de ser la puntuación de tales versos.)	
198	1	54	no lleno	no llevo
199	1	40	soy muy discreto	soy muy secreto
200	1	25	pues con dos fuerzas	pues contra dos fuerzas
206	2	11	porque la envidia que veis (Después de este verso falta otro que complete la redondilla.)	
209	1	3	retrar y	retrato
211	2	12	á quererle	á quererme
212	2	36	¡Celos que quereis de mí!	¿Celos q q de mí?
213	2	52	reres	Reyes
215	1	54	me trae	me traes
216	1	17	en Ismada	esmerada
223	1	11	atrevido ro rado	atrevido osado
227	1	10	BLANCA Señor. Acabad, (Deberá leerse así:) BLANCA Señor Rey Acabad,	
233	1	31	hablastes	hablases
238	2	14	Levan e	Llevarla
238	2	8	MARQUES DE LUDOVICO	MARQUÉS DE NOVICO
238	1	42	pues yo	pues ya
249	1	49	mejor me	mejor se me
249	2	22	Mas Isidoro	Más, Isidoro
252	1	19	quien sea	quien sepa
253	2	28	el pájaro	el pajazo
259	1	37	y quiero casarme	y que quiero casarme
263	1	24	Tarde me levanto,	Tarde me he levantado,
266	2	32	vuestro aumento	nuestro aumento
266	1	41	con la hacienda	con hacienda
270	2	4	yo soy necio	ya soy necio
267	1	11	INFANTA	INFANTE
268	2	10	Es una luz	Es una sola luz
268	2	24	la muestra	la nuestra
272	2	28	Segundo	Segundo
272	2	37	¡Ay, qué me mata	¡Ay, ay, que me [mata
285	1	15	INFANTA	INFANTE
293	2	33	la daré	la dará
305	2	8	otra copla	otra cosa
312	1	31	sin que	son que
317	2	55	coronas rija	coronas teja
318	1	18	no quereo	no quiere

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
318	1	21	hermosura mejor	hermosura mayor
322	2	3	por te espertar	por te acordar
327	1	13	hentaras	hontaras
330	2	21	¿Como es tu nombre?	Masal on
			(Para que el verso conste debe leerse:)	
			¿Qué es tu nombre?	
				Masal on.
331	1	10	señor, es justo	señor esto es justo
332	1	32	atreve.	atreve,
332	1	33	El	el
334	1	18	embarrincha	emberrincha
334	1	34	Que te de dar	Que ha de dar
336	2	18	desde ponen	donde pone
336	2		(Desde la mitad hasta el fin de esta co[illegible]on sobran os parentesis que indebidamente abundan en el original.)	
337	1	25	halle la vinda	halle la viuda
340	1	29	Nuevo amie	Nuevo amo
344	1	5	Ya se que has	Ya se que me has
345	2	41	hacer dánce	hacer dan o
345	1	25	catedra sutil	catedra sutil
354	2	1.	Dios y el cielo	Dios del cielo
371	1	30	¿Que os la lave esa mozon?	
			(Sobran los interrogantes.)	
372	1	14	galán, y los	galán, SALINA y los
373	1	30	llaman carrozas	llaman carrozas
377	1	43	nominavo	nominativo
381	2	36	espuetos	escuelos
382	2	13	a mi regusto	á su disgusto
411	2	24	en verla	en verla
413	2	37	esfinge en quien	esfinge con quien
421	2	4	seras	seran
428	1	18	Ha por	ya por
429	1	15	Adonias, Salomon	Adonias y Salomon
431	2	5	hermanos,	hermano,
432	2	8	cuamonso	cuamonso
433	1		(En los últimos versos sobran las admiraciones é interrogaciones.)	
433	2	2	desrelar	desvelos.
433	2	41	¡que es vuestro hermano!	
			(Sobran las admiraciones.)	
434	2	27	¿si seran	¿si son
436	1	32	en otra	en estatua
438	2	7	nestor	Nestor
440	1	62	poderosa	es poderosa
440	1	16	moquetas	mosquetas
452	1	20	*De encubribis*	*De cacubribis*
458	2	34	hadante	hasantes
459	2	1	no cangas	no te cangas
460	y sig.		(En toda esta comedia han quedado muchos dedos de pared con sus tildes, que deben ser sustituidos por comas.)	
467	2	50	Nombre	nombre
469	1	6[illegible]	carneceria	carniceria
469	2	21	darcumosle	dare snosle
472	1	29	encantan cientos	encantamientos
473	1	44	entre apuestos	entre opuestos
476	2	63	¡Ve el Dios	¡Va el Dios
477	1	3	Del Cefiro	Del Cesiro
482	1	53	le resquebraba	le requebraba

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
486	1	59	Tiemblome el mundo	Tiemblome el mundo
486	1	31	Se historia	Se historia
486	1	69	al ase mos	añade mos
488	2	48	y todo	todo
490	2	44	Reina	reina
501	2	6	no es boda	no es boda
505	1	23	(Falta el primer verso de la redondilla que sigue á dicha línea.)	
507	1	1	y que se	que se
509	1	2	os le	y os le
509	1	11	y Angelica	y Angelica
509	1	30	Yo os hago	yo os hago
510	2	27	que de ell[illegible] puede	¡que dello puede
			(un engaño.)	(un engaño!)
513	2	22	Escribara	escribira
515	2	38	Los doctos	los doctos
524	2	38	no dauveron	no creyeron
524	2	34	le veo	le vea
524	2	60	locura que riñais	locura regañar
528	2	51	a temer	a temer
543	1	58	volver os	volveros
545	2	14	los hombres	los hombros
552	1	6	bel ca [illegible]tana	
			(Quiza deba ser «bella» figura para consonar con «hermosura».)	
554	2	60	Mas de trescientos siglos	
			(Mucho es son, pero así dice el original.)	
556	2	3	desgáranse	desgaranse
556	2	4	jurgáranse	jugaranse
560	2	37	señale	señala
563	1	8	Ya riconas	ya racionas
563	1	34	riesgos	riesgo
563	1	40	el oro mandan	oro mandan
565	1	3	yo la esperara	yo no la esperara
565	1	4	más le	mas le
565	2	57	si las dejo	si las dejo
608	2		(La corrección en que ya al final no es buena, porque falta un verso para que el romance sea perfecto. El paso [illegible] vacío, aunque el sentido esté completo.)	
611	2	21	me des	me das
621	1	33	arañosa	harañosa
621	1	48	¿Ya procura	Ya procura
621	1	59	con amores?	con amores
623	2	13	y yo de morir	y yo he de morir
625	2	43	El cata muerto	¿El cata muerto
625	2	51	de los Sirios	de los Lirios
627	2	31, 60 y 65	Lan	Can
633	2	62	mercaderes	mercaderes
633	2	44	De aquellos	De aquellos
637	2	15	Suceso	Sucesos
638	2	62	si acaso el seso	si acaso el seso
639	2	38	Durara	Durara
641	1	18	dentro se	dentro le
707	1	32 y sig.	Este pasaje debe verse así:	
			Melisa	bueno
			Conde	Y a Melisa llevarás
			Estrella	Vaya. ¿pero no has de ir mas
707	1	38	¿con el de ir?	¿con el he de ir?


Stanford University Libraries
3 6105 010 666 506

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-1493

All books may be recalled after 7 days

DATE DUE

DEC 0 1995
OCT 25 1995